Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo

Coordinadores
Breno Bringel y Antonio Brasil Jr.

.br

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**

CLACSO

.br

Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo

.br

Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo / Alberto Guerreiro Ramos ... [et al.] ; coordinación general de Breno Bringel ; Antonio Brasil Jr.. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2018.

Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Gentili, Pablo)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-722-375-0

1. Antología. 2. Brasil. 3. Pensamiento Crítico. I. Guerreiro Ramos, Alberto II. Bringel, Breno, coord. III. Brasil Jr., Antonio, coord.
CDD 864

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Pensamiento Crítico / Sociología / Historia / Emancipación / Brasil

Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo

Coordinadores
Breno Bringel y Antonio Brasil Jr.

Alberto Guerreiro Ramos | Antonio Candido | Silviano Santiago | Darcy Ribeiro | Roberto Schwarz | Luiz Werneck Vianna | Elide Rugai Bastos | Gabriel Cohn | Florestan Fernandes | Luiz de Aguiar Costa Pinto | Fernando Henrique Cardoso | Emilia Viotti da Costa | Ruy Mauro Marini | Virginia Fontes | Ignacio Rangel | Jacob Gorender | Francisco de Oliveira | José Mauricio Domingues | Caio Prado Junior | Moacir Palmeira | Maria Isaura Pereira de Queiroz | Luiz Antonio Machado da Silva | Roberto Cardoso de Oliveira | Carlos Hasenbalg | Lélia Gonzalez | Heleieth Saffioti | Wanderley Guilherme dos Santos | Eder Sader | Ana Maria Doimo | Evelina Dagnino

.br

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CLACSO
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Director de la Colección: Pablo Gentili

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte
Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática
Jimena Zazas - Asistente de Arte

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar
Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición
Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2018)
ISBN 978-987-722-375-0
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional Asdi

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Breno Bringel y Antonio Brasil Jr.
Introducción al pensamiento crítico brasileño | 11

Cultura y poder en la (semi)periferia

Alberto Guerreiro Ramos
Notas para un estudio crítico de la sociología en Brasil | 33

Antonio Candido
Literatura de doble filo | 45

Silviano Santiago
El entrelugar del discurso latinoamericano | 63

Darcy Ribeiro
El destino nacional | 79

Teorías, traducciones e innovaciones

Roberto Schwarz
Un seminario de Marx | 89

Luiz Werneck Vianna
Caminos y descaminos de la revolución pasiva a la brasileña | 107

Elide Rugai Bastos
Actualidad del pensamiento social brasileño | 123

Gabriel Cohn
La sociología y el nuevo patrón civilizatorio | 139

Cambio social, desarrollo y capitalismo dependiente

Florestan Fernandes
Los cambios sociales en Brasil | 153

Luiz de Aguiar Costa Pinto
El Recôncavo como estructura social en transformación | 191

Fernando Henrique Cardoso
La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo | 215

Emilia Viotti da Costa
La dialéctica invertida: 1960-1990 | 257

Ruy Mauro Marini
Ideología y práxis del subimperialismo | 275

Virginia Fontes
Expropiaciones contemporáneas | 293

Dualismo y modernidad en Brasil

Ignacio Rangel
La historia de la dualidad brasileña | 309

Jacob Gorender
Esclavismo colonial: modo de producción históricamente nuevo | 341

Francisco de Oliveira
El ornitorrinco brasileño | 349

José Mauricio Domingues
Democracia y dominación: una discusión (vía India)
con referencia a América Latina (Brasil) | 369

Configuraciones y transiciones entre lo rural y lo urbano

Caio Prado Junior
La revolución brasileña | 399

Moacir Palmeira
Modernización, Estado y cuestión agraria | 417

Maria Isaura Pereira de Queiroz
El Coronelismo desde una interpretación sociológica | 445

Luiz Antonio Machado da Silva
Sociabilidad violenta: por una interpretación de la criminalidad contemporánea en el Brasil urbano | 483

Relaciones étnico-raciales, desigualdades y diferencia

Roberto Cardoso de Oliveira
La noción de fricción interétnica | 511

Carlos Hasenbalg
Raza y política en Brasil | 529

Lélia Gonzalez
Racismo y sexismo en la cultura brasileña | 565

Heleieth Saffioti
Contribuciones feministas para el estudio de la violencia de género | 585

Ciudadanía, democratización y movimientos sociales

Wanderley Guilherme dos Santos
Del *laissez-faire* represivo a la ciudadanía en receso | 605

Eder Sader
Cuando nuevos personajes entraron en escena | 621

Ana Maria Doimo
La erosión del campo popular y las alternativas emergentes | 657

Evelina Dagnino
Confluencia perversa, desplazamiento de sentido, crisis discursiva | 679

Sobre las y los autores | 701

Sobre los editores | 729

INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO CRÍTICO BRASILEÑO*

Breno Bringel y Antonio Brasil Jr.

Esta antología del *pensamiento crítico brasileño*, cuyo recorte temporal abarca desde mediados del siglo pasado hasta el presente, supone un esfuerzo por presentar algunos de los principales ejes y autores/as que organizaron la reflexión sobre la sociedad brasileña desde entonces. No se trata de agotar los temas y las cuestiones que fueron emergiendo a lo largo de este tiempo, tampoco los/las autores/as más importantes o representativos/as. Semejante tarea sería siempre frustrante e incompleta. Más bien, se busca ofrecer un panorama general respecto de cómo el pensamiento crítico fue ganando, desde la década de 1950, una relativa *organización* e incluso cierta *acumulación intelectual* en el país. Dicho momento coincide con la institucionalización de las ciencias sociales, con una diversidad de luchas sociales por la democratización y la justicia social, y con cambios significativos en la sociedad brasileña (incluyendo una profunda transición demográfica e intensos procesos de urbanización e industrialización, basados en

* Agradecemos los comentarios de Cesar Guimarães, Christian Lynch, Enara Echart, Francisco Mata Tavares Machado, Guilherme Leite Gonçalves, Luiz Augusto Campos y Lucas Carvalho respecto de la composición de esta antología. Esta hercúlea tarea se volvió menos solitaria y más sólida con sus provocativas e incitantes sugerencias que no tienen responsabilidad alguna por el diseño y la selección final del material. Traducción al español: Eugenia Alzueta.

desplazamientos geopolíticos y políticas desarrollistas y nacionalistas que proyectaron, tanto en el plano político como intelectual, una inédita *convergencia latinoamericana de Brasil*).

Es evidente que esto no significa que antes no tuviéramos autores/as y textos "críticos" que pudieran incorporarse a una narrativa interpretativa sobre Brasil. Pensemos, por ejemplo, en las múltiples lecturas abolicionistas, anarquistas, comunistas, socialistas, nacional estatistas, nacional populares o laboristas sobre Brasil, la construcción nacional, el cambio social, el campo popular, la cultura política, entre tantos otros temas de relevancia. En el enfrentamiento con perspectivas autoritarias, conservadoras y liberales de diferentes espectros, podemos, por lo tanto, localizar raíces seculares del pensamiento crítico brasileño. Desde el siglo XIX, por lo menos, una serie de agentes (intelectuales, políticos, periodistas, militantes y movimientos sociales) produjeron obras y reflexiones pioneras generando una serie de aportes originales para pensar el país. Sería, sin embargo, imposible trazar o reconstruir todas esas genealogías aquí, aunque sea importante reconocer ciertos antecedentes que moldearon el debate colectivo y sistemático sobre Brasil en las últimas siete décadas.

Estos precedentes pueden ser perfectamente identificados si nos volcamos sobre lo que se fue definiendo como "pensamiento social" o "pensamiento político" brasileño. Se trata, en ambos casos, de un campo de investigación amplio y diverso, de abordajes plurales, que intenta combinar texto, contexto y la producción discursiva e ideológica, operando en las fronteras entre la sociología de la cultura y la sociología del conocimiento, o incluso entre la historia de las ideas y la historia intelectual. Buena parte de los/as autores/as seleccionados/as en esta antología podrían ser *objeto* del pensamiento social o político brasileño. Preferimos, no obstante, verlos/as aquí como *sujetos* de su tiempo, comprometidos/as en (re)lecturas del país, en luchas colectivas y en disputas por un cambio hacia la igualdad, la justicia y la emancipación. Por este motivo, entendemos que el pensamiento crítico, además de un *campo de investigación* dedicado al escrutinio de sus recursos intelectuales y al análisis de sus efectos sociales y políticos más amplios, es también una *concepción*. En su centro reside la interpretación orientada hacia la transformación social, el repudio al colonialismo intelectual y el compromiso social y político.

A diferencia de lo que muchos afirman, el pensamiento crítico no es sinónimo de ensayismo. Si bien este formato fue hegemónico a lo largo de mucho tiempo en Brasil y en buena parte de América Latina, la presente antología muestra justamente el movimiento opuesto, en el cual el pensamiento crítico aparece de forma totalmente compatible con la rigurosa investigación en términos metodológicos, incluyendo

el terreno empírico, experimental y una multiplicidad de abordajes y métodos posibles. No se trata solamente de "conocimiento por el conocimiento", sino sobre todo de formulaciones que, aunque escritas y sistematizadas por una persona, son el resultado de un proceso colectivo y pretenden incidir en los rumbos del país. Retomando el argumento de uno de los autores seleccionados en esta antología, Antonio Candido, las investigaciones en ciencias sociales hechas por especialistas, además de desplazar el predominio de las visiones conservadoras sobre la sociedad brasileña —sólido hasta mediados del siglo XX— también trajeron un posicionamiento y una "rotación social y una actitud ética" al colocar en el centro del análisis la vida de las clases subalternas, los grupos marginales, aislados y oprimidos.

Los ejes seleccionados —"cultura y poder en la (semi)periferia", "teorías, traducciones e innovaciones", "cambio social, desarrollo y capitalismo dependiente", "dualismo y modernidad en Brasil", "configuraciones y transiciones entre lo rural y lo urbano", "relaciones étnico-raciales, desigualdades y diferencia" y "ciudadanía, democratización y movimientos sociales"— no son temas exclusivos de la sociedad brasileña, algo que muchas veces escapa al pensamiento dicho *brasileño*. De ahí el interés por difundirlo en otros contextos nacionales y regionales, especialmente el latinoamericano, paradójicamente tan cercano y tan distante al debate intelectual brasileño. Si bien el pensamiento crítico en Brasil se orientó básicamente *hacia sí* —con la posible excepción del debate sobre el desarrollo y sus múltiples ramificaciones, en el que los/as autores/as brasileños/as se involucraron con redes trasnacionales de producción de conocimiento, con un énfasis fuerte en América Latina—, las innovaciones teórico-metodológicas aquí gestadas no se limitan a su contexto de producción, puesto que hablan de procesos históricos y sociales de alcance global, aunque específicamente a partir de las particularidades locales y regionales.

Dicho de otra forma, incluso cuando el punto de referencia solo es la sociedad brasileña —o algunas de sus regiones—, el enfoque analítico movilizado por los/as autores/as aquí seleccionados/as puede ayudar a interpelar la comprensión de procesos sociales análogos, aunque diferentes en su realización histórica, en los demás países de la periferia o semiperiferia del capitalismo. Emergen de esto premisas epistemológicas y un poderoso arsenal teórico que busca superar el "complexo de vira-lata"[1] y la dependencia académica, contribuyendo

1 Expresión acuñada por el escritor brasileño Nelson Rodrigues, luego de la derrota de la selección de fútbol de Brasil ante Uruguay en 1950, para referirse a un complejo de inferioridad, según él, propio del pueblo brasileño.

a trascender el caso nacional y abriéndose creativamente a otros contextos y realidades, principalmente del Sur Global.

La variedad de períodos, autores/as y perspectivas teóricas aquí presentes no borra un rasgo relativamente común al pensamiento crítico brasileño: se trata de una reflexión históricamente orientada, que entiende que el proceso de formación de una sociedad de origen colonial y estructurada a partir de la esclavitud y de la gran propiedad rural genera efectos de larga duración en la dinámica social, haciéndose sentir hasta el presente. Como ya lo había advertido Octavio Ianni en *La crisis de los paradigmas en sociología*, la realidad social es un "objeto en movimiento". De esta forma, detenerse en el *momento* implica perder el *movimiento* de lo real, que es la instancia verdaderamente explicativa. En un contexto teórico y político como el nuestro, de fuerte "miopía del presente" y de rarefacción de una explicación de lo social históricamente orientada, recurrir a los/las autores/as aquí incluidos/as puede servir como antídoto al excesivo peso que los análisis sincrónicos vienen asumiendo en la teorización contemporánea. Al final, sin una perspectiva histórica, se vuelve imposible calibrar razonablemente los modos por los cuales las estructuras de dominación intentan clausurar los circuitos de transformación social, y las formas de lucha y resistencia colectivas procuran abrir caminos y energías emancipadoras. En otras palabras, la perspectiva histórica es un recurso intelectual insoslayable para evitar el doble riesgo del determinismo y del voluntarismo excesivo.

Justamente por esta comprensión de la importancia de una perspectiva diacrónica de análisis —puesto que lo que importa es el movimiento más general de la sociedad, y no simplemente sus momentos históricos específicos— es que procuramos colocar lado a lado, en cada uno de los ejes de la presente antología, autores/as y textos de distintos períodos. De ahí la presencia simultánea de nombres de las generaciones pioneras, formados en los primeros cursos o centros de investigación de Río de Janeiro y de San Pablo (como Alberto Guerreiro Ramos, Antonio Candido, Luiz de Aguiar Costa Pinto, Florestan Fernandes y Darcy Ribeiro), y de investigadores/as contemporáneos/as. Esto significa que personalidades ya integradas al canon comparten el espacio con nombres cuya producción es relativamente más reciente. Algunos podrían, por cierto, objetar tal selección, dado que, en el caso de estos últimos, su obra puede percibirse como menos estable en cuanto al sentido y el legado. Entendemos, sin embargo, que uno de los papeles centrales del pensamiento crítico es precisamente este: en vez de presentar una imagen congelada y fija de un tema o de un lugar, tenemos que animarnos a rever cánones y provocar inquietudes que movilicen el debate. Esto porque, a nuestro entender, el

pensamiento crítico se configura como un emprendimiento necesariamente colectivo e intergeneracional que busca capturar los principales nexos de estructuración y transformación de la sociedad brasileña. De todos modos, es necesario que nunca se oblitere la advertencia de que las cuestiones legadas por los/as autores/as del pasado no son rápidamente superadas por las generaciones siguientes. El acervo intelectual, aunque acumulativo, no es lineal y puede conducir no solo a beneficios cognitivos, sino también a perjuicios. Si hoy la especialización de las ciencias sociales en distintos campos sub/multi/pluridisciplinarios, de hecho, ilumina con mayor fuerza determinados aspectos de la realidad social, la visión más abarcadora e integrada del proceso social presente en los trabajos de la generación pionera de las ciencias sociales se configura como un recurso, al mismo tiempo cognitivo y político, para la creatividad teórica del presente.

A pesar de la centralidad de las ciencias sociales en esta antología del pensamiento crítico brasileño —incluyendo una cierta inclinación sociológica— no se trata de una mera reiteración de la formación profesional de los editores, sino una marca de cómo este pensamiento se organizó desde mediados del siglo pasado, con relaciones más o menos intensas entre conocimiento especializado y movimientos sociales, dependiendo de los diferentes contextos en juego. Si bien la formación disciplinar y la profesión de los/as autores/as marquen considerablemente sus respectivas miradas, es preciso hacer una salvedad: la delimitación disciplinaria estricta no es una característica que defina al pensamiento crítico. Por eso hemos buscado contemplar diferentes disciplinas en diálogo, incluyendo, además de la sociología, principalmente la antropología, la crítica literaria, el derecho, la economía, la educación, la historia y la política. Por su parte, la filosofía y la geografía —dos disciplinas que en Brasil poseen una notable tradición crítica— ciertamente están algo sub-representadas. Muchos de los nombres propios y de los textos de estas disciplinas pensaron a Brasil de forma aguda, y podrían perfectamente integrar esta antología (ya sean personalidades célebres como Milton Santos y Josué de Castro, en el primer caso, o figuras menos obvias como el padre jesuita Henrique Claudio de Lima Vaz, filósofo erudito que fue, a inicios de los años 1960, uno de los principales mentores del socialismo humanista de "Acción Popular"). Sin embargo, quizás sea más relevante pensar la centralidad de la *perspectiva* y no solamente las áreas de *actuación y formación*. En esta línea, la geografía está presente con fuerza, incluso si no es de la mano de un geógrafo, a partir de una serie de interpretaciones sensibles al territorio, la construcción regional, la espacialidad y las escalas.

Procuramos también contemplar diferentes orientaciones teóricas y políticas, de forma tal que se refuerce la importancia del pluralismo y del anti-dogmatismo en el pensamiento crítico. Tenemos de este modo contribuciones que abarcan un campo bastante amplio de perspectivas vinculadas a la izquierda social y política, y a matrices teórico-políticas diversas que incluyen al antirracismo, el feminismo, el autonomismo, el comunismo, el socialismo, el nacionalismo, etc. Al mismo tiempo, hay una variedad de perspectivas teóricas en juego, desde distintas posiciones del marxismo hasta lecturas precursoras del poscolonialismo.

Además, aunque casi todos/as los/as autores/as elegidos/as han tenido o tienen una inserción en la universidad, casi siempre buscaron o buscan trascender sus muros, actuando en política institucional, militancia social, asesoría política, mundo artístico y editorial, en educación popular y en la formación de movimientos populares. De este modo, el papel público de los intelectuales y la relación umbilical entre acción política e interpretación del mundo se ve reforzada como una marca importante del pensamiento crítico, movido siempre en pos de entender los problemas del país, interviniendo e intentando, al mismo tiempo, transformar la realidad.

Más difícil con todo es la búsqueda de un equilibrio en términos de género, raza y origen. Históricamente invisibilizadas y/o excluidas en las o de las universidades y, también, de los partidos y organizaciones políticas y sociales, se vuelve fundamental y urgente revertir esa situación en el caso de las mujeres y de las pensadoras negras e indígenas. El esfuerzo que realizamos en ese sentido es aún tímido y necesita ser reforzado para superar las barreras estructurales existentes. No hay dudas de que la academia y la carrera científica fue (y lo siguen siendo) un espacio de poder blanco y masculino. Pero no podemos hacer externa toda responsabilidad. Es necesario también hacer una profunda autocrítica al interior del propio pensamiento crítico brasileño y latinoamericano que muchas veces contribuyó a esta invisibilización al reiterar *actores y autores* masculinos como nombres propios de las luchas sociales y políticas, y de las interpretaciones intelectuales. Felizmente, la democratización del acceso a la universidad y la emergencia de luchas feministas importantes dentro y fuera de la academia contribuyeron durante la última década a contrarrestar esta tendencia y a iluminar nuevas posibilidades.

De forma semejante, el mapa también se alteró en lo tocante a la diversidad regional dentro de Brasil. La hegemonía de Río de Janeiro y de San Pablo hizo que varias de las mentes más brillantes del país solamente pudieran tener eco si se instalaban en una de estas ciudades. Este "privilegio regional" del Sudeste brasileño fue progresivamente

desplazado en los últimos años, aunque no se trata de una cuestión relacionada solamente al "certificado de nacimiento" o a un lugar geográfico, pero sí fundamentalmente a un problema epistémico. Eso se vuelve especialmente grave cuando se piensa a "Brasil" de manera simplista y sesgada a partir de estas dos capitales, dejando de lado la heterogeneidad, la diversidad y la complejidad regional que caracteriza al país.

Luchar contra estas tendencias excluyentes y simplificadoras es un desafío importante para el pensamiento crítico. Nuestra convicción es que la multiplicidad de perspectivas presentes en la antología permitirá capturar de modo complejo los diferentes lados de este objeto prismático que es la sociedad brasileña. Una única perspectiva no conduciría solamente a un empobrecimiento analítico, sino también a una limitación para imaginar nuevas formas de lucha y horizontes de transformación. Haremos a continuación un breve sobrevuelo sobre los diferentes ejes temáticos que componen la antología, destacando los elementos generales que permiten captar la centralidad de estos temas para el pensamiento crítico brasileño, así como algunas de las contribuciones conceptuales de los autores seleccionados *vis-à-vis* el contexto sociopolítico más general. Para introducir a cada autor/a, incluimos al final de la antología una biografía que presenta datos sobre su formación, la trayectoria académica y la inserción política y militante, así como algunas de sus principales obras y contribuciones originales para el pensamiento crítico brasileño.

La *Antología del Pensamiento Crítico Brasileño* está dividida en siete ejes e incluye treinta artículos y autores/as. El primer eje, *Cultura y poder en la (semi)periferia*, se vuelca al análisis de las especificidades de la vida cultural e intelectual fuera de los centros hegemónicos del pensamiento occidental, pero particularmente en el contexto de una sociedad de origen colonial como la brasileña. Debate longevo que se remonta por lo menos al siglo XIX, la discusión sobre la autonomía y dependencia cultural cobra un nuevo tono crítico y gana nuevos actores a partir de 1950. En *Notas para un estudio crítico de la sociología en Brasil*, Alberto Guerreiro Ramos registra algunas características de la actividad cultural en Brasil, fuertemente afectada por la situación colonial y, por esto mismo, básicamente orientada hacia la aclimatación acrítica de las influencias externas. En su lugar, defiende la perspectiva de una sociología "nacional" y "auténtica", esto es, que sea capaz de relacionarse de modo más autónomo con los recursos intelectuales externos e internos de modo a colaborar en la autoconsciencia de la realidad brasileña y sus tendencias de autodeterminación. Antonio Candido, en *Literatura de doble filo*, retoma algunas de sus tesis de *Formación de la literatura brasileña* (1959) al llamar la atención sobre

la dialéctica existente entre imposición cultural externa, inherente a la experiencia de la colonización, y la emergencia de una consciencia nacional, vista en perspectiva histórica. A partir de una postura analítica que él nombra como "sentimiento de los contrarios", Candido procura señalar cómo en cada tendencia cultural se manifiesta el componente opuesto y, más aún, ver cómo los intelectuales y escritores actuaron tanto reforzando los valores dominantes como dándoles voz a los desposeídos de todo tipo.

Por su parte, Silvano Santiago, en un ensayo de referencia insoslayable para los llamados estudios "poscoloniales", *El entrelugar del discurso latinoamericano*, rechaza las nociones jerárquicas que atribuyen un lugar supuestamente estable y "original" a la cultura metropolitana, quedándole a América Latina la mera realización de "copias" de segunda. Rechazando por igual las nociones correlacionadas a "pureza" y "unidad", Santiago afirma el primado de la diferencia y la potencia del trabajo crítico de artistas e intelectuales en contextos poscoloniales, que se encuentran necesariamente en un espacio *entre* la asimilación del modelo "original" y su constante reescritura y subversión. Finalmente, Darcy Ribeiro, en un tono bastante distinto, relee la formación de la sociedad brasileña y, en el último capítulo de *El pueblo brasileño*, "El destino nacional", identifica las potencialidades de la cultura y de la sociedad brasileña (junto a ciertas sociedades latinoamericanas) como fruto de su condición de "pueblo nuevo", capaz de presentar el desafío de una nueva forma de relacionar matrices culturales y étnicas diversas. Pero esa promesa de una nueva civilización mestiza y tropical, abierta al futuro y dotada de creatividad artística y cultural dependería de la superación del modo de ordenamiento de la sociedad brasileña, básicamente estructurada en contra de los intereses de la mayor parte de la población.

Ya la segunda sección del libro, *Teorías, traducciones e innovaciones* tiene como objetivo presentar una pequeña muestra de cómo el pensamiento crítico brasileño no solo fue capaz de *aplicar* el repertorio conceptual gestado en los centros occidentales, sino que realizó por igual *innovaciones* importantes, con la capacidad de interpelar a otros contextos intelectuales periféricos y hasta centrales. Aquí, nuestra meta fue la de destacar cuatro ejercicios ejemplares a este respecto, que están relacionados sobre todo a las formas en las que las ciencias sociales practicadas en Brasil se abrieron a los diferentes "marxismos" y a las diversas formas de pensamiento emancipador. Roberto Schwarz, en *Un seminario de Marx*, sitúa el trabajo colectivo de un grupo de jóvenes profesores y alumnos de la Universidad de San Pablo a mediados del siglo XX en los diferentes contextos intelectuales y políticos del debate relativo a la aplicación de las categorías

marxistas a la realidad brasileña. Destacando la peculiar articulación entre investigación monográfica especializada, diálogo interdisciplinar y relectura heterodoxa del marxismo (en contraste con la lectura dominante hecha por el Partido Comunista y otros grupos del momento), Schwarz comenta los principales trabajos publicados por el grupo, en especial los de Fernando Henrique Cardoso y Fernando Novais que traerían una nueva interpretación de la sociedad brasileña —y del marxismo— al discernir un rumbo diferente, pero no ajeno, de la marcha del capitalismo en la periferia.

Luiz Werneck Vianna en *Caminos y descaminos de la revolución pasiva a la brasileña*, despliega principalmente (aunque no exclusivamente) la discusión clásica de Gramsci sobre el *Risorgimento* italiano con el fin de discutir la modalidad peculiar de revolución pasiva en un contexto (semi)periférico como el brasileño. Discutiendo los diferentes marcos históricos de conservación-cambio en la sociedad brasileña, así como sus significados políticos —en diálogo cerrado con distintas tradiciones interpretativas nacionales—, Vianna delinea algunos desafíos para una efectiva democratización política que responda a las transformaciones moleculares operadas en la base de la sociedad. Elide Rugai Bastos, en *Actualidad del pensamiento social brasileño*, reabre un repertorio variado de discusiones hechas en los años 1950 y 1960 en Brasil y en América Latina, registrando que estas anticiparon algunas cuestiones fundamentales del pensamiento crítico contemporáneo, como la emancipación, el derecho a la diferencia, las formas de reconocimiento social y los procesos de exclusión. Además, Bastos sostiene que la periferia no es solo un lugar de enunciación, sino sobre todo un *método*, ya que es a partir de la periferia del sistema social, donde los conflictos se presentan de modo plural, que se puede tener una mejor visualización de los principios que estructuran la sociedad en su conjunto. En su caso, Gabriel Cohn, en un registro más abstracto, propone una provocación teórica de las ciencias sociales en *La sociología y el nuevo patrón civilizatorio*, al discutir una inflexión histórica que trata del pasaje de sociedades basadas en el principio de la expansión y de la acumulación hacia otra basada en el principio de la *selección*, es decir, que avanza menos por la incorporación sucesiva de espacios y grupos sociales y más por la "indiferencia estructural" en relación a sectores enteros de la sociedad. En este nuevo escenario contemporáneo, las tareas de una sociología crítica se renovarían, ya que la intensificación de la democracia en un contexto de selectividad sistémica máxima implicaría volver a unir los lazos entre democracia, civilización (entendida en su potencial normativo universalista) y ciudadanía, como una forma de revigorizar las instancias de la deliberación pública y de la responsabilidad colectiva. Aunque el texto no haga

referencia explícita a la sociedad brasileña, está claro que este tipo de reflexión posee largo lastre histórico aquí, como además ya revelaron los análisis gestados a partir de los trabajos orientados por Florestan Fernandes y su grupo, en el que Cohn se formó.

Cambio social, desarrollo y capitalismo dependiente es el título de la tercera sección, la más larga del libro. En ella encontramos seis textos que tratan de diferentes dimensiones de la articulación entre capitalismo, desarrollo y dependencia. En los tres primeros textos, tenemos una crítica pionera a las teorías de la modernización y a las visiones fuertemente evolutivas de la modernidad que emergieron a partir de perspectivas distintas. De acuerdo con el argumento de Costa Pinto, desarrollado en su estudio *Recôncavo: laboratorio de una experiencia humana*, la modernización de la sociedad brasileña no podría entenderse en clave dualista, ya que las innovaciones capitalistas y formas de producción de origen colonial no estarían alejadas unas de las otras, sino lado a lado, contradiciéndose recíprocamente. De ahí incluso su preferencia por el término "contrapunto", en lugar de "dualidad": en vez de un pasaje lineal de una sociedad tradicional en dirección a una moderna, habría una "marginalidad estructural", concepto seminal del debate brasileño y latinoamericano que denota una coexistencia entre patrones tradicionales y modernos que implica una necesaria reorientación teórica y metodológica de la propia teoría sociológica. Ya Florestan Fernandes, al hacer una especie de balance de sus trabajos hasta entonces publicados en la introducción a la 2ª edición de *Cambios sociales en Brasil*, sistematiza su ajuste de cuentas con las teorías del cambio social vigentes, haciendo hincapié en la centralidad del control político de los cambios sociales en el ámbito del capitalismo dependiente —con todas las consecuencias para la reproducción estructural de desigualdades seculares— y en el carácter heurístico de la periferia para conferir inteligibilidad a las transformaciones más generales del capitalismo a escala global. A continuación, Fernando Henrique Cardoso, en *La originalidad de la copia*, presenta y sistematiza las ideas fundamentales del debate económico de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) —por cierto, una de las perspectivas críticas que, no por falta de méritos, quedaron fuera de esta antología, como, por ejemplo, la importante contribución de Celso Furtado—, bien como sus principales desdoblamientos intelectuales y políticos para el análisis del desarrollo económico en la periferia. A la luz de sus reflexiones sobre dependencia y desarrollo, seguramente las más conocidas del autor, señala el carácter creativo de la importación de ideas económicas en América Latina y los avances representados por el pensamiento cepalino, a pesar de sus límites teóricos y políticos.

En vez de tratar la construcción histórica brasileña como un proceso poco conflictivo, hecha básicamente de arriba hacia abajo, los textos de esta sección enfatizan los conflictos sociales, las trabas al desarrollo y la centralidad de la disputa entre actores sociales y políticos antagónicos en la definición de los rumbos del país. La obra de Emilia Viotti es emblemática en este sentido, principalmente por cómo trata, en libros como *De la monarquía a la república*, elementos centrales de la disputa política brasileña: la persistencia de las elites en el poder, las estrategias empleadas en pos de la conservación del orden establecido, los mecanismos usados para ocultar la dominación, la esclavitud y la miseria, y las ambigüedades entre la independencia nacional formal y la permanencia de la dependencia de una estructura colonial de producción. Aun así, seleccionamos para la antología su ensayo *La dialéctica invertida* por el hecho de establecer un diálogo profundo con las principales corrientes hegemónicas y alternativas de la historiografía, reivindicando siempre una visión amplia y un enfoque dialéctico como forma de ver en los episodios y en los acontecimientos el punto de saturación de múltiples determinaciones coyunturales y estructurales. En un momento como el actual, en el que prima la lógica del "evento", de la coyuntura y de miradas ultra parciales y microscópicas, las propuestas de Viotti resuenan con una actualidad fuerte, reforzando la importancia de captar la procesualidad, la totalidad y la multiescalaridad.

La cuestión de la *dependencia* y la tensión entre el plano interno y externo se retoma de manera más sistemática en los dos textos posteriores, haciendo énfasis en el lugar de Brasil en el sistema-mundo moderno capitalista. Se trata, como se conoce ampliamente, de una de las principales contribuciones brasileñas al pensamiento crítico latinoamericano y, más que eso, al debate internacional sobre acumulación, (sub)desarrollo y Estados. Entender la posición del país en términos globales pasa por descifrar, como lo hace Marini en *Subdesarrollo y revolución*, una de las principales contradicciones sistémicas del país: ser al mismo tiempo objeto del imperialismo y agente del subimperialismo. En vez de reproducir acríticamente una teoría general del imperialismo, con Marini, y luego con Virginia Fontes, en *Expropiaciones contemporáneas*, tenemos una "secuencia" importante para pensar la cuestión del imperialismo en Brasil. En el centro de este debate, es notable la contribución de la autora sobre el cuestionamiento a una acumulación normalizada capital/trabajo, ya que más bien tendríamos expropiaciones masivas y actos violentos de saqueo y robo de nuestros recursos y derechos.

Todavía en consonancia con este debate, el cuarto eje de la antología versa sobre *Dualismo y modernidad en Brasil*. En *La historia de*

la dualidad brasileña, Ignacio Rangel llama la atención sobre el carácter eminentemente contradictorio del desarrollo económico brasileño que no puede comprenderse a partir de la mera oposición entre un sector pre-capitalista y otro capitalista. Por lo contrario, muestra la coexistencia entre diferentes etapas del desarrollo económico dentro de la sociedad brasileña y examina cómo actúan unas sobre las otras y entran en conflicto, imponiendo una dinámica específica al sistema económico. Su visión histórica y cíclica de la economía brasileña permitió comprender las especificidades de Brasil en relación a las sociedades centrales, el carácter dependiente de nuestra economía nacional y lo que él denomina como los polos "internos" y "externos", vistos como una unidad dialéctica. El siguiente texto, *Esclavismo colonial*, de Jacob Gorender también busca pensar más allá de los binarismos, en este caso problematizando la dualidad feudalismo/capitalismo. Se trata de un debate que inquietó durante mucho tiempo a las izquierdas y al pensamiento crítico latinoamericano, teniendo como polémicas precursoras las discusiones entre Mariátegui y Haya de la Torre y, posteriormente, entre Ernesto Laclau y André Gunder Frank. Una de las preocupaciones centrales de esta discusión estaba relacionada a cómo el desarrollo del capitalismo en América Latina no habría llevado al desaparecimiento de la economía campesina, forjando un pasaje del feudalismo al capitalismo en esferas limitadas de la sociedad y de la economía. Si el foco en las relaciones internas de producción o en el sistema mundo-capitalista dividió las interpretaciones en "endógenas" y "exógenas", el peso de las relaciones esclavistas, si bien contemplado, no siempre se trató de forma determinante y sistemática. Esta sea tal vez una de las principales contribuciones de Gorender al defender la tesis sobre el carácter esclavista colonial del pasado brasileño, visto como un modo de producción específico y base de la acumulación originaria del capitalismo en Brasil.

Lo arcaico y lo moderno son las otras dos caras de la dualidad, confrontadas en este caso por Francisco de Oliveira. Retomando los argumentos centrales de su memorable ensayo *Crítica a la razón dualista*, de 1972, en el que el subdesarrollo brasileño se leía de manera entrelazada más allá de la visión dual sobre lo arcaico y lo moderno, el autor continúa en *El ornitorrinco* con un fino análisis sobre el tipo de capitalismo existente en Brasil y sus implicaciones políticas. La lectura de mediano plazo logra localizar las convergencias programáticas contemporáneas que podrían parecer insólitas con tan solo una mirada coyuntural, los desplazamientos del mundo del trabajo y las configuraciones de clase, pero principalmente, pensar las ambivalencias de la política brasileña en un mundo dominado por el capital financiero.

Como cierre de la sección, desplazamos el foco del debate hacia el lugar de Brasil en la modernidad contemporánea, tema tratado creativamente por José Maurício Domingues en su extensa obra sobre teoría crítica y modernidad. Apartándose también de cualquier tipo de visión dualista, el autor retoma en *Democracia y dominación: una discusión (vía India) con referencia a América Latina (Brasil)* el concepto de abstracciones reales y diferentes dimensiones del imaginario moderno (libertad, igualdad, solidaridad y responsabilidad) en conexión y oposición a la desigualdad, fragmentación, egoísmo e irresponsabilidad, para oponerse a la tesis habermasiana que asocia la democracia a la dominación. En el plano más empírico e histórico, luego de discutir las tendencias democratizadoras en América Latina y sus límites, examina la trayectoria brasileña contrastándola con otros países y regiones. El resultado es una visión global de Brasil que contribuye sobremanera a evitar el provincianismo que muchas veces se proyecta en los análisis sobre el país.

El quinto eje de la antología, *Configuraciones y transiciones entre lo rural y lo urbano*, subraya que los padrones históricos del paso de una sociedad agraria hacia otra de tipo urbano industrial —proceso que conoció un vertiginoso ritmo a mediados del siglo pasado— son elementos explicativos fundamentales de la dinámica social brasileña contemporánea. Esa comprensión es fundamental para el autor seleccionado que abre esta sección, Caio Prado Jr., que desde su clásico *Formación del Brasil contemporáneo: colonia*, ya señalaba la persistencia del "sentido de la colonización", esto es, de un tipo de organización social basada en las grandes propiedades esclavistas y orienada hacia la exportación de productos para los mercados situados en el exterior, incluso después de constituida una nación políticamente independiente. En *La revolución brasileña*, el autor discute ese concepto clave del pensamiento crítico a la luz de las especificidades de una sociedad en que la centralidad del latifundio seguiría orientando en gran medida la economía brasileña, con la consecuente reproducción de relaciones de trabajo profundamente afectadas por el pasado esclavista.

En *Modernización, Estado y cuestión agraria*, Moacir Palmeira, autor de una tesis seminal sobre las relaciones entre latifundio y capitalismo en Brasil, registra cómo la acción del Estado implicó diferentes formas de recomposición de las formas de dominación y de resistencia en el mundo rural brasileño, sin que sea un simple agente neutral de la modernización o mero instrumento de las clases dominantes. Por un lado, pensando en los efectos de la legislación rural y de las políticas económicas para el campo post 1964, Palmeira destaca los modos por los que el Estado pasó a ser un importante espacio de disputa y promoción de intereses económicos *tradicionales y modernos*

para la manutención de la concentración de la propiedad rural en el país y las ganancias derivadas de la especulación con la tierra. Por otro lado, la llegada de la legislación laboral al campo abrió un nuevo espacio de disputas, en el que las leyes son recursos fundamentales para la lucha de los trabajadores rurales, ahora organizados en sindicatos y poniendo en funcionamiento las nuevas categorías jurídicas para forjar otros modos de pertenencia social y madurar un proyecto alternativo de reforma agraria. Sea como fuere, Palmeira señala la importancia del Estado para entender las formas a través de las cuales las clases y los grupos sociales se organizan y disputan políticamente la conducción del proceso de modernización agraria.

Luego, Maria Isaura Pereira de Queiroz, dando continuidad a su programa de sociología política iniciado ya en la década de 1950, propone en *El coronelismo en clave sociológica* un marco analítico alternativo a las interpretaciones corrientes sobre las formas "tradicionales" de dominación política. En vez de tomar el caciquismo local —siendo la figura del "coronel" una de sus expresiones históricas— como una simple perversión del régimen democrático representativo, Queiroz procura poner en evidencia la racionalidad del voto en ese contexto, visto como un elemento de trueque situado en una compleja red de reciprocidades asimétricas que, al mismo tiempo que abre un margen para el cálculo de los agentes sociales, no excluye la recurrencia de ajustes violentos. Mientras destaca la heterogeneidad de las formas de dominación política en el mundo agrario brasileño, Queiroz también enfatiza la plasticidad de las "parentelas", cuyo poder no se asienta en la mera propiedad de la tierra, sino en la posesión de bienes de fortuna —de ahí su capacidad sin igual para acomodarse incluso frente a su debilitamiento y decadencia, resultados de la transición a una sociedad urbana—.

Cerrando esta sección, Luiz Antonio Machado da Silva en *Sociabilidad violenta: hacia una interpretación de la criminalidad contemporánea en el Brasil urbano* propone un análisis típico ideal del significado histórico y cultural de la "sociabilidad violenta", tal como se configura en las grandes ciudades brasileñas. Tomando la violencia urbana como una representación colectiva, el foco del ensayo recae sobre el uso de la "fuerza" como principio organizador de las relaciones sociales, el cual sería responsable por romper la "normalidad" de las rutinas de vida cotidiana, y sobre los modelos de acción obligatorios que esta institucionaliza, suspendiendo (aunque no sustituyéndola enteramente) la tendencia del Estado a monopolizar la violencia física legítima. Para el autor, esta convivencia entre códigos normativos distintos y legitimados por igual, el orden estatal y el de la violencia urbana, que implican cursos de acción divergentes, propondrían

nuevos desafíos teórico-metodológicos para la comprensión del fenómeno del crimen común violento, una vez que nociones como reciprocidad, solidaridad e intersubjetividad no lograrían dar cuenta de un *orden social* en el que deseos y/o intereses estrictamente individuales serían solo regulado por reiteradas demostraciones fácticas de fuerza, y no por referencias comunes compartidas. A pesar del hincapié del texto en el contexto urbano contemporáneo, es posible conjeturar sus nexos de sentido con el proceso de transición de lo rural a lo urbano experimentado en Brasil.

La sexta y penúltima sección de la antología se titula *Relaciones étnico-raciales, desigualdades y diferencia*. Reunimos aquí cuatro textos seminales para el debate sobre indigenismo crítico, desigualdades raciales, racismo, sexismo y feminismo. Como hilo conductor de todos ellos se destaca la crítica radical a las políticas y a las visiones homogeneizadoras de la población y de la sociedad brasileña que buscan minimizar las desigualdades y ocultar y reprender todo aquello visto como "diferente". Si bien actualmente en Brasil muchos sigan percibiendo a los indígenas como atrasados, incapaces o como una población absolutamente insignificante (conforman el 0,26% de la población), si se la compara a otros lugares en las Américas, existen en el país, según los datos del censo de 2010 del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), 305 etnias y 274 lenguas indígenas. Exterminados, convertidos, despreciados o, en el mejor de los casos, integrados con políticas asimilacionistas: este es el destino habitual de los pueblos indígenas en Brasil. Sin embargo, más allá de las políticas indigenistas oficiales de carácter tutelar, de una idealización indigenista presente en la literatura romántica nacional o de un fuerte culturalismo presente en la etnología brasileña, emergen a partir de los años 1950 posiciones críticas innovadoras. Una de ellas es la de Roberto Cardoso de Oliveira, uno de los decanos de la antropología en el país, que introduce en *El indio y el mundo de los blancos* la noción de "fricción interétnica" para enfatizar la perspectiva conflictiva del contacto entre los indios (más concretamente de los Tukuna del Alto Solimões, en Amazonia) y los blancos. En vez de asumir la perspectiva de la "aculturación" o del "cambio social", en boga en el debate de aquel momento, Cardoso de Oliveira innova con esta noción que desplaza el foco tanto hacia la dimensión de las relaciones sociales focalizadas, como hacia el carácter sistémico de estas relaciones desiguales. Al sugerir que en las relaciones entre indios y blancos —entendidas en el marco de un mismo sistema y no como dos sistemas étnicos distintos— hay un gran potencial heurístico para explicar las estructuras internas de la sociedad nacional, el autor subvierte las rígidas fronteras de las perspectivas previas sobre los actores y lugares.

Una de las principales contribuciones del pensamiento crítico es crear nuevos conceptos, marcos y lenguajes, alterando los términos del debate cuando este no se muestra fructífero u ofrece explicaciones naturalizantes, ahistóricas y rígidas sobre la realidad social. Si Roberto Cardoso de Oliveira hace esto con la cuestión indígena, confrontando el integracionismo nacionalista, en el caso de las relaciones raciales, muchos/as autores/as buscaron criticar el blanqueamiento como proyecto nacional para "asimilar" al negro a partir del mestizaje y de la inmigración europea. A partir de mediados de los años cincuenta, con el "Proyecto Unesco" y trabajos críticos de diversos autores —como Guerreiro Ramos y Florestan Fernandes, en otros textos que los incluidos aquí—, el debate se fue desplazando progresivamente, llamando la atención sobre el racismo existente en Brasil. Esto colisionaba con la narrativa formulada por intelectuales previos como Gilberto Freyre, y con la visión aún bastante difundida entre las elites brasileñas, de que no existirían barreras raciales sistemáticas en el país. Fue, sin embargo, con los trabajos de Carlos Hasenbalg, principalmente en su clásico *Discriminación y desigualdades raciales en Brasil*, cuyo fragmento incluimos en esta compilación, que se explicó el racismo no solo a partir de una lectura de clase o del pasado esclavista, sino tomando en consideración su coexistencia con el desarrollo capitalista y la industrialización. Las desigualdades raciales en la configuración del mercado de trabajo y en el acceso a la educación fueron empíricamente demostradas por Hasenbalg, usando principalmente la metodología cuantitativa y argumentos sólidos sobre la estructura social brasileña, que fueron tomados con vigor por el movimiento negro en Brasil durante el período de redemocratización política.

Si Hasenbalg articula con primor la cuestión racial con el debate sobre clase social y desigualdades, su colaboradora habitual Lélia Gonzalez introduce la variable de género en el centro de la ecuación, pudiendo ser considerada como una precursora de aquello que hoy se define habitualmente en la literatura internacional como "interseccionalidad". La contribución de Gonzalez sobre el papel del sexismo y del racismo en la sociedad brasileña también es innovadora: subraya este doble fenómeno de manera articulada como síntoma de una "neurosis de la cultura brasileña" que produce prácticas discriminatorias a través de un discurso patriótico supuestamente anti-racial. Su memorable actuación en el movimiento negro y de las mujeres hace que su reflexión crítica tenga una amplia penetración en el terreno de las luchas sociales brasileñas y sea aún hoy una referencia ineludible. De todos modos, el camino abierto por Leila Gonzalez fue antes allanado por otras feministas brasileñas. Una de ella es Heleieth Saffioti, pionera de los estudios de género en el país, principalmente a partir de su

clásico *La mujer en la sociedad de clases*, en el que desglosa los diferentes factores y dimensiones para entender estructuralmente la posición de las mujeres en la sociedad capitalista. En el texto seleccionado para esta antología, *Contribuciones feministas para el estudio de la violencia de género*, Saffioti vincula también los problemas de las mujeres con los de la sociedad en general, analizando de manera minuciosa las relaciones entre la posición de las mujeres y el capitalismo, la evolución de la condición de la mujer en el país y la emancipación femenina. La relación entre capitalismo, patriarcado y racismo sirve como marco general del análisis de cuestiones concretas como la violencia de género, tratada por la autora no solo como un fenómeno pegado a la realidad social, sino también en su dimensión analítica. Al volcarse detalladamente sobre esta temática, Safiotti revela las diferentes modalidades de este tipo de violencia, contribuyendo en la calificación de esta cuestión tanto en el terreno conceptual como en el ámbito práctico, vinculado a su combate social e institucional.

Finalmente, rematamos el libro con un último eje dedicado a *Ciudadanía, democratización y movimientos sociales*. Se trata de un tema central para pensar la dimensión proactiva y fundante de los actores sociales brasileños, pero también las dinámicas históricas, políticas y societarias que moldean los tipos de luchas sociales existentes en el país, los sujetos políticos que protagonizan las mismas y las idas y vueltas de los procesos de apertura y contracción de la ciudadanía, conquista y pérdida de derechos, profundizaciones y retrocesos democráticos. Los cuatro textos aquí seleccionados para este debate, organizados de forma secuencial en términos de recorte temporal, representan contribuciones seminales orientadas a los diferentes momentos de la historia brasileña contemporánea y despliegan perspectivas teórico-metodológicas distintas. La discusión se abre con un texto de uno de los más importantes politólogos contemporáneos de Brasil, Wanderley Guilherme dos Santos. En *Ciudadanía y justicia: la política social en el orden brasileño*, el autor transita por diferentes marcos de la política social brasileña, iniciando el recorrido en 1930, que marca el fin de la Primera República, iniciada luego de la proclamación de la república en 1889. Este período marcaría la transición de un *laissez-faire represivo* a una *ciudadanía regulada*, entendida tanto a partir del sistema de estratificación ocupacional como de una norma legal, o sea, la ciudadanía se restringiría a aquellas personas localizadas en una de las ocupaciones reconocidas por la legislación. A partir de esta lógica, los derechos de los ciudadanos estarían estrechamente asociados a las profesiones ocupadas y al Estado. Eso valdría no solo para la "era Vargas", incluyendo el período más autoritario del Estado nuevo que acaba en 1945, como también para el período posterior a

este, a pesar de los cambios en la estructura ocupacional y en las relaciones entre Estado y sociedad, así como del proceso de urbanización y la mayor conflictividad social al inicio de los años sesenta. El golpe militar de 1964 vendría a interrumpir, sin embargo, la dinámica previa de la ciudadanía regulada, abriendo un nuevo período en el que el "cálculo del disenso" de los gobiernos pasa por un aumento de la acumulación y reproducción generalizada de la riqueza, incrementando también el nivel de injusticia en una lógica de regateo de derechos civiles limitados.

El incremento de la represión en Brasil después de 1968, en un fuerte recrudecimiento del régimen luego de la instauración por parte de los militares del Alco Institucional 5 (AI-5), implicó un fuerte cercenamiento de las libertades. Muchos de los autores incluidos en esta antología estuvieron presos o tuvieron que exiliarse. Todos aquellos considerados "subversivos" vieron sus derechos políticos suspendidos. Torturaron militantes, los desaparecieron y asesinaron. Ilegalizaron los partidos. Criminalizaron y desestructuraron los movimientos sociales. Pero esta es, sin embargo, una fotografía incompleta. Dentro y fuera de Brasil, hubo resistencia. De a poco, los trabajadores fueron asumiendo nuevas configuraciones y se fueron reinventando experiencias populares. Los antiguos centros, instituciones y actores organizadores de la vida colectiva (iglesia, sindicatos, partidos, etc.) entran en crisis y pasan a ser puestos en cuestión y reestructurados. En suma, *nuevos personajes entraron en escena*, título del brillante trabajo de Eder Sader que dilucida en esta antología las experiencias y luchas de los trabajadores en las décadas del setenta y ochenta. Mientras parte de la literatura internacional discutía sobre "los nuevos movimientos sociales" como sujetos culturales y posmateriales, Sader hace énfasis en esta novedad a partir de los desplazamientos de la centralidad de los sujetos colectivos y la emergencia de nuevas matrices discursivas basadas en otras configuraciones de clase y en experiencias de auto-organización popular que buscaban fortalecer la autonomía y la política del día a día. Al identificar identidades más plurales y una diversidad de los formatos organizativos y planes de acción de los nuevos movimientos populares, el trabajo de Sader contribuye también a problematizar una cuestión fundamental: el papel de los movimientos sociales en la transición política brasileña, entre 1978 y 1985, habitualmente interpretada como un acuerdo entre las elites o como una "transición por transacción".

La evolución de estos movimientos reivindicativos después de la transición es uno de los temas centrales tratado por el emblemático libro *La vez y la voz de lo popular: movimientos sociales y participación política en el Brasil post 70*. En este trabajo, Ana Maria Doimo

reconstruye la transformación de diferentes movimientos sociales (costo de vida, vivienda, contra el desempleo, salud, transporte público) a lo largo del tiempo, centrándose en lo que une semejante diversidad, esto es, lo que sería su sustrato común. La noción de "campo ético-político" emerge así de manera central para delimitar no solamente un espacio de acción, sino sobre todo las concepciones, los códigos y los lenguajes imperantes. El papel de la pedagogía popular —especialmente de la educación y de la comunicación popular, de la investigación militante y de la iglesia popular— funciona como el retrato de una época que, a partir de los años noventa, se ve confrontada paulatinamente con el peso cada vez mayor de las redes movimentalistas. Esta perspectiva empírica e históricamente orientada por Doimo contribuye a comprender la fragmentación y las dificultades del campo popular, bien como a captar las transformaciones del activismo en Brasil, proyectando un análisis crítico que pone en valor los movimientos sociales sin romantizarlos. Aprendemos así —y es esta una tarea central del pensamiento crítico— que tan importante como celebrar las victorias de las luchas es entender los motivos de las derrotas, los momentos de crisis, reorientaciones y agotamiento.

Leídos desde abajo y en toda su complejidad, los años ochenta y noventa difícilmente encajan en los habituales rótulos de "década perdida" o "década neoliberal". Si muchos de los "nuevos" personajes de los que hablaba Eder Sader fueron envejeciendo con el tiempo —incluyendo el "nuevo sindicalismo", el Partido de los Trabajadores, entre otros— o incluso salieron de escena, la imagen de una "era neoliberal" a continuación de un "momento de democratización" es demasiado simplificadora. A contrapelo de las visiones dicotómicas, Evelina Dagnino presenta en *Confluencia perversa, desplazamientos de sentido, crisis discursiva*, una motivante lectura sobre la producción de una "confluencia perversa" entre el proyecto neoliberal y el proyecto democrático. En vez de separar estos dos planos, la autora sugiere articularlos con sus tensiones y complejas imbricaciones, vinculadas a las redefiniciones de las formas de relacionarse entre Estado y sociedad, y entre cultura y política. Tal visión es fundamental para dilucidar el carácter ambiguo, contradictorio y complejo de la política latinoamericana contemporánea, así como las nuevas formas de articulación entre capitalismo y democracia en la actualidad.

Tras este sobrevuelo sobre los siete ejes de la antología, es necesario notar que, dada la reflexividad del conocimiento especializado sobre lo social, el inventario de teorías, conceptos y nociones aquí realizado no constituye un mero acervo de descripciones "externas" a la sociedad brasileña, sino parte constitutiva de su propia dinámica. Tal como fue formulado por Anthony Giddens, el conocimiento

reivindicado por observadores peritos encuentra su objeto, incidiendo sobre el mismo y alterándolo. Esto significa que, dependiendo del modo en que el conocimiento circula por los diversos grupos y clases sociales, estos pueden volverse verdaderas fuerzas sociales, modificando esquemas habituales de comprensión, legitimando reivindicaciones políticas y potenciando nuevos modos de acción.

Directa o indirectamente, todos los textos aquí seleccionados participaron reflexivamente del proceso social que buscaban describir, contribuyendo a su propia transformación. Por lo tanto, en el actual contexto de múltiples crisis y de regresión social y política por el que pasa la sociedad brasileña, ganar perspectiva sobre las varias modalidades de pensamiento crítico existente en los últimos setenta años constituye una tarea urgente por dos motivos fundamentales. Por un lado, porque éstas orientaron las disputas por la democratización de la sociedad brasileña en este período, sirviéndonos como recursos intelectuales poderosos para esclarecer los impases del presente. Por el otro, precisamente porque la actual crisis nos fuerza a poner a prueba una vez más los recursos interpretativos disponibles, su relectura es fundamental para que percibamos cuáles son los puntos ciegos y los límites existentes en este complejo material textual. Como decía Chico de Oliveira en *La tarea de la crítica*, "la excepción obliga a pensar excepcionalmente". Esperamos que la presente antología contribuya en esa dirección y que, al mismo tiempo, sirva para acercar más Brasil al resto de América Latina y del Caribe.

Cultura y poder en la (semi)periferia

.br

NOTAS PARA UN ESTUDIO CRÍTICO DE LA SOCIOLOGÍA EN BRASIL*

Alberto Guerreiro Ramos

La comprensión objetiva de una sociedad nacional es resultado de un proceso histórico. No sale de la cabeza de nadie, por mera inspiración o voluntad, ni es epistemológicamente posible en la ausencia de ciertos factores reales.

La objetividad del conocimiento histórico-sociológico, como se sabe, difiere ampliamente de la objetividad del conocimiento físico-matemático. En el conocimiento del átomo o de la célula hay poca interferencia del contexto histórico-sociológico del investigador pero, en el conocimiento de los hechos sociales, esta interferencia es ineludible. Siendo el hombre un "ser en situación" o un ser históricamente construido, no se presenta para él la circunstancia, supuesta por Descartes y Émile Durkheim, en que el *yo* se enfrenta a la realidad histórico-social como si esta fuera susceptible de ser aprehendida, en su esencia, por un pensamiento soberano, libre de juicios de valor, de pre-nociones y de tendenciosidad.

En realidad, en el dominio de la realidad histórico-social, el sujeto pensante y el objeto se compenetran o son caras de un mismo fenómeno. Esto no quiere decir que la objetividad sea imposible en

* Extraído de *Introdução Crítica à Sociologia Brasileira* 1995 [1957] (Río de Janeiro: Ed. UFRJ), pp. 34-47.

ese dominio. Quiere decir, más bien, que la objetividad se define en términos de perspectiva y que, por lo tanto, dadas varias explicaciones de un mismo hecho, la más objetiva es la que alcanza mayor número de aspectos; es aquella que hace perceptible la infra-estructura y el carácter residual, tributario o ideológico de las otras; es aquella que traduce la vectorialidad o dirección tónica, o dominante, de los acontecimientos.

La objetividad es, así, algo que no se conquista de una vez en el dominio de la realidad histórico-social, y se alcanza siempre dentro de límites.

La sociología, tal y como se ha practicado entre nosotros, dentro de un margen muy escaso, representa una efectiva inducción de procesos y tendencias de la sociedad brasilera o un instrumento de su auto-comprensión.

La toma de conciencia de la situación de la sociología en Brasil es un hecho reciente en la evolución de nuestro pensamiento sociológico. Hasta hace poco, carecíamos en nuestro medio de las presiones reales que posibilitaran este hecho y, por esto, la disciplina sociológica en Brasil estaba —y todavía está, en buena medida— incapacitada para volverse el sostén de una interpretación objetiva de la sociedad brasileña.

Sería necesario, por lo tanto, que, inicialmente, el sociólogo brasileño se dispusiera a un trabajo científico a partir de un compromiso con su particular circunstancia nacional. Y son pocos los esfuerzos en este sentido.

La particularidad y el carácter excepcional de estos esfuerzos se explican, además, históricamente. La cultura brasilera no podría eludirse a la lógica de la situación colonial. País descubierto y formado por colonización, tendría que recurrir forzosamente todas las fases del proceso colonial. Así, la particularidad de aquel compromiso es sociológicamente ordinaria y comprensible, teniendo en vista la lógica de la situación colonial en que a la explotación económica se suman otras formas complementarias de dependencia, como la asimilación, la aculturación, la asociación. Es necesario notar que es solo de grado y no de naturaleza la diferencia entre la situación colonial y ciertas formas de paz, como la *pax* lusa, la *pax* británica, la *pax* yanqui, en relación a nuestro país.

La situación colonial, puesta en cuestión actualmente por sociólogos y economistas, es comprendida como un complejo, una totalidad que impone cierto tipo de evolución y de psicología colectiva a las poblaciones colonizadas. Una de las características de esta psicología colectiva es la dependencia, cierto bilingüismo, la duplicidad psicológica, condiciones que vuelven muy limitada la posibilidad de una

identificación de la personalidad del colonizado con su circunstancia histórico-natural inmediata.

La reorientación de la evolución y la transformación de la psicología colectiva de los países colonizados, independientemente de alteraciones macroscópicas de sus estructuras, es, por lo tanto, imposible. Además, esta reorientación y tales alteraciones ideales y reales se dan, simultáneamente, en un proceso total.

La disciplina sociológica, en Brasil y en los países de formación semejante, como los de Latinoamérica, ha evolucionado, hasta ahora, según influencias exógenas que impedían el desenvolvimiento de un pensamiento científico auténtico o en estrecha correspondencia con las circunstancias particulares de estos países. Así, la disciplina sociológica en estos países se construye a partir de observación de actitudes, posiciones doctrinarias y fórmulas de salvación producidas en otras partes. Ilustra menos el esfuerzo del sociólogo para comprender su sociedad, que para informarse de la producción de los sociólogos extranjeros.

No sin cierta arbitrariedad, se toma la fecha de 1878, cuando Benjamin Constant fundó la "Sociedad Positivista" de Río de Janeiro, como aquella en que se inician, en Brasil, los estudios académicamente definidos como del dominio de la disciplina sociológica. A la luz de nuestra actual perspectiva, estos setenta y seis años de trabajo sociológico, correspondientes a más o menos tres generaciones, ostentan los defectos que discriminaré a continuación. Como se verá más adelante, el descubrimiento y la crítica de estos defectos no implican la adopción de una posición normativa de mi parte, pero pasan a ser posibles a partir del horizonte que nos abre el momento presente de la vida brasileña y mundial.

SIMETRÍA Y SINCRETISMO

Generalmente, el sociólogo originario está siempre dispuesto a adoptar literalmente lo que en los centros europeos y norteamericanos se presenta como más avanzado. Es realmente conmovedor el esfuerzo del profesional brasileño y de países en formación semejante al suyo, a fin de ponerse *up to date* con la producción sociológica de los países líderes de la cultura occidental. De ahí que la disciplina sociológica, tal y como se refleja en nuestros libros, se transforma con el paso del tiempo, al compás de los cambios que se verifican conjuntamente en los sociologías europeas y norteamericanas.

Existe en nuestra disciplina sociológica una especie de "hablar correctamente", semejante al de los cultores de la lengua pura que renuncian, por ejemplo, a los criterios comunitarios, vivos, de corrección, en favor de criterios artificiales, importados. Así como para estos

puristas brasileños hablar correctamente es hablar como hablan los portugueses en Portugal —un arte difícil que solo alcanza la minoría de los que conocen las reglas de colocación de pronombres y de acentos, inducidas del hablar lusitano—, del mismo modo se pretende practicar la sociología en Brasil, de manera súper correcta, literalmente como en el exterior. Las orientaciones y tendencias aparecen aquí, simétricamente, en el mismo orden en que surgen allá. Nuestros adeptos de Comte son sucedidos por spenceristas, estos por durkheimianos y tardistas y así sucesivamente. Pero no es solo la simetría lo que hace distintos a la sucesión de nuestros estudios sociológicos. Es también el sincretismo, ya que nuestros autores están siempre dispuestos a hacer aquí una conciliación de doctrinas que, en los propios países de origen, son incompatibles. Uno de nuestros mas eminentes sociólogos escribió: "Cada vez me convenzo más de que las incompatibilidades metodológicas se reducen a cuestiones de nomenclatura".

La simetría y el sincretismo se volvieron más nítidos desde que empezaron a ser editados, entre nosotros, compendios de sociología. En todos estos, se presentan yuxtapuestos los sistemas europeos y norteamericanos, en la suposición de que existe una verdad sociológica resultante de la "conciliación" de varias corrientes.

Esta simetría, además, se registra en todos los campos de la cultura brasilera, y Sylvio Romero, al escribir su *Historia de la Literatura Brasilera,* observó que "la literatura en Brasil [...] y en toda la América, ha sido un proceso de adaptación de ideas europeas a las sociedades del continente", marcada de "servilismo mental". Sylvio Romero insistía sobre esto: "No es más de que haber leído por azar Zola, o Daudet, o Rollinot, y disparar con ellos en la cara del país, como si todo estuviera hecho".

DOGMATISMO

Consiste en la adopción extensiva de argumentos de autoridad en la discusión sociológica, o en cierta tendencia a discutir o evaluar hechos a través de una mera yuxtaposición de textos de autores prestigiados. Este dogmatismo se puede observar en actitudes francamente apologéticas, como la de los positivistas en general, para los que las recetas de nuestros males estarían compendiadas por Augusto Comte.

En reacción a este dogmatismo se recurrió a otros dogmatismos. Sylvio Romero, fue un caso de bifrontismo, pues exprimió y adoptó tendencias contradictorias. En una de sus obras en contra los positivistas, después de afirmar que "la ley máxima de todos los fenómenos del mundo físico, la ley de la evolución", era debida al "genio" de Herbert Spencer, aconseja a los sectarios del naturismo evolucionista "que también se organicen en un centro de acción y propaganda y busquen

reaccionar, a través del periódico, del libro, de la conferencia, por la lección oral, en contra el *neojesuitismo* que nos invade", neojesuitismo que él identifica con el positivismo. Al final, el proselitismo a la *outrance* es siempre el compañero inseparable de los dogmatismos. Otro autor a quien Sylvio Romero se adhirió con entusiasmo fue lo que llamó, cierta vez, el "divino Buckle". Una manifestación que recuerda otra de la misma naturaleza, era la de Tobias Barreto, que escribió: "Alemania es mi locura, mi punto débil intelectual". Pero, quizás la nebulosa figura de nuestras ciencias sociales que más fue víctima del dogmatismo haya sido Nina Rodrigues. Toda su obra sobre el negro en Brasil es elaborada a partir de un acto de fe en la santidad y en la veracidad de la ciencia social europea. Este autor ha producido abundante material para un estudio de caso del "dogmatismo" en el trabajo sociológico.

Menos claro, pero igualmente efectivo, el dogmatismo sigue incidiendo en obras sociológicas actuales, especialmente en aquellas cuyos autores se destacan en estar ajustados literalmente a lo que en los centros europeos o norteamericanos se considera como ortodoxo.

DEDUCTIVISMO

Proviene directamente del dogmatismo. Desde que se da a los sistemas extranjeros el estatuto de validez absoluta, estos pasan a ser tomados como puntos de partida para la explicación de hechos de la vida brasileña. Hubo un tiempo, por ejemplo, en que se intentó explicar la evolución de Brasil a la luz de las leyes generales de la evolución. El positivista Luiz Perira Barreto, refiriéndose a la caída de un gabinete conservador, escribía en 1874 (véase *As Três filosofías):* "En el momento en que la sociedad brasileña deja de ser, oficialmente, teóloga para entrar en pleno régimen de la metafísica".

Actualmente, el deductivismo es perceptible en trabajos de sociólogos brasileños aficionados del marxismo. Principalmente cuando intentan explicar nuestros problemas políticos y jurídicos-sociales, muchos lo hacen según estudios marxistas aplicados a países extranjeros, o según la aplicación mecánica de categorías marxistas. Este procedimiento contraría la esencia del marxismo, pero indica la fuerza del impacto de la situación colonial en la psicología del colonizado.

La característica del deductivismo es la abstracción de la contingencia histórica, es la identificación del presente de nuestro país con el presente de otros países en una etapa superior de desenvolvimiento o, de cualquier modo, de una formación histórica diferente de la nuestra. El deductivismo, referencia básica de una teoría equívoca de la realidad brasilera, es el mismo principio de nuestra sociología educacional y de nuestra sociología político-administrativa, ambas

orientadas por criterios inducidos por la experiencia de otras sociedades. Nuestros sistemas educacionales y nuestros sistemas político-administrativos se justifican en términos de la excelencia intrínseca de ciertos procedimientos y no de nuestras peculiaridades históricas y naturales. Generalmente son implementados a partir de una teoría pre-fabricada. Por esta razón, presentan poca originalidad.

ALIENACIÓN

La alienación de la sociología en Brasil deriva de que no es, generalmente, fruto de esfuerzos tendientes a promover la auto determinación de nuestra sociedad. A raíz de esto, el sociólogo brasileño ha asumido una actitud perfectamente equivalente a la del extranjero, que nos mira a partir de su contexto nacional y nos interpreta en función de este.

La alienación de nuestros estudios sociológicos se volvió particularmente visible para aquellos que adoptan como sus aspiraciones las tendencias autonomistas de la sociedad brasileña. En realidad, el intelectual aislado o contemplativo no podrá alcanzar la alienación, porque esta se define desde un punto de vista extra-teórico o pragmático, desde un deseo orientado a la transformación de la sociedad.

Temo que este modo de ver no coincida con el de muchos lectores, ya que no es posible ignorar, actualmente, la estrecha relación entre las aspiraciones y el conocimiento. En realidad, solo el que actúa conoce la realidad, como dijo Plenge. Las posiciones pasivo-contemplativa y teórico-pragmática son inconciliables. La primera ha hecho de muchos estudios sociológicos, en Brasil, obras de literatura, de diversión y, a veces, modelos de formalismo. La segunda ha suscitado las obras de mayor contenido de pragmático y de protesta.

Tomo como modelo de la visión alienada de Brasil una obra de carácter para-sociológico que tuvo extraordinaria repercusión en la época que fue publicada. Se trata de *Retrato do Brasil* (1928), de Paulo Prado, que expresa, de modo paroxístico, cierto sado-masoquismo de nuestras capas alfabetizadas para las que el carácter del pueblo brasileño está marcado de notas peyorativas. El brasileño es un pueblo triste, lujurioso, codicioso, y romántico, para Paulo Prado; como para otros se caracteriza por el servilismo y por las malas costumbres o por características equivalentes.

Como paradigma de la mirada integrada de Brasil, elaborada desde un punto de vista pragmático, invoco *Os Sertões,* de Euclides da Cunha. Ahí se confirma la observación de Hans Freyer: "Solo el que se encuentra inmerso en la realidad social [...] puede captarla teóricamente". A pesar de sus errores de técnica científica y de su tributo al deductivismo, *Os Sertões* (1901) constituye, hasta la fecha, una obra

no superada en tanto contribución tendiente a liquidar el bilingüismo al que me referí, la ambivalencia psicológica del brasileño, y a identificarlo consigo mismo.

Además, la socioantropología del negro está complemente viciada por un tratamiento alienado del tema. El negro en Brasil, país cuya matriz demográfica más importante es el contingente de color, ha sido visto como algo extraño o exótico en la comunidad, lo que solo se explica sobre la base de un equívoco etnocentrismo.

Finalmente, en otros campos de la vida nacional, la influencia del trabajo sociológico ha sido alienante.

INAUTENTICIDAD

La inautenticidad es lo que resulta de todas las características anteriores. En efecto, el trabajo sociológico, en nuestro país, no se basa en genuinas experiencias cognitivas. A grandes rasgos, las categorías y los procesos que el sociólogo originario utiliza son recibidos ya prefabricados. No participando de su génesis, no domina realmente estas categorías y procesos.

El sociólogo brasileño se ha caracterizado por una extrema versatilidad, lo que indica, de cierto modo, su inmadurez. La versatilidad no es, sin embargo, una característica de los centros de pensamiento de gran autenticidad.

La misma sociología surgió en países europeos como un producto histórico. No es posible comprenderla sino como un capítulo en la evolución del pensamiento europeo. Uno de sus avatares es la noción medieval de ley natural, que postulaba la existencia de un *orden* interno en el mundo, que podría ser descubierto por la simple razón humana, aunque desajustada de la fe. Este *orden natural*, sin embargo, como observa Troeltsch, implica una concepción patrística o teológica del universo, y son necesarias algunos siglos para que se vuelva totalmente laica, lo que se registra en los siglos XVI y XVII, cuando principalmente los iusnaturalistas, comprenden la naturaleza como "el fundamento sobre el que reposa el mundo fenoménico", y pasan a admitir que la "esencia del hombre" postula "un determinado modelo de orden social".

La razón cumpliría, por medio de la investigación, la búsqueda de las formas naturales de convivencia humana, a las que deberían reverter las sociedades europeas. Por intermedio de las teorías que resultan de esta especulación, la burguesía ascendente justificaba sus propios propósitos de reforma de los estados absolutistas.

La *Ilustración,* en el siglo XVIII, erige esta época a la categoría de culminación de la historia. Confrontándose con épocas pasadas y con la situación de pueblos de África y de los mares de Sur de los

que entonces había noticia, el historiógrafo del siglo XVIII formula una teoría mono-linear del progreso humano en que las épocas se escalonan desde la barbarie hasta el Estado nacional. La teoría evolucionista de Herbert Spencer y la ley de los tres estados de Augusto Comte están indiscutiblemente articuladas con estas direcciones del pensamiento europeo.

En Alemania, además de la incidencia de estas corrientes, los sistemas sociológicos incorporan las categorías de *organismo* y de *historia*. Y es imposible comprender los sistemas de la sociología germánica fuera de las pautas de la filosofía hegeliana, profundamente consolidada en los acontecimientos de la historia alemana.

Nuestros sociólogos han adoptado los sistemas sociológicos europeos en sus formas terminales y finalizadas y, en la medida en que esto sucede, no los comprenden completamente, faltándoles así sostenes vivenciales y, muchas veces, el conocimiento de la génesis histórica de estos sistemas.

La sociología, en Brasil, aún no se organizó para una evolución sobre bases propias, lo que solo habría sido posible si las generaciones de sociólogos se articularan entre sí en un trabajo continuo. Como dice Hélio Jaguaribe, con respecto a la evolución de la filosofía en Brasil, cada generación repite, desde el marco cero, el esfuerzo de la generación anterior y busca ideas en Europa y, con esto, se vuelve imposible la formación de una tradición cultural brasilera.

Sin embargo, en los Estados Unidos, la sociología, a pesar de haber partido del positivismo y del evolucionismo, pronto encontró un lecho propio de evolución, y sus transformaciones fueron directamente comandadas por los acontecimientos muy particulares de la sociedad norteamericana, no se procesan simétricamente en relación a Europa. Las razones de esto son las mismas que explican la descolonización de la economía norteamericana, más de un siglo antes de la nuestra y que no cabe examinar aquí.

La presente crítica no ilustra una posición normativa a raíz de la disciplina sociológica en Brasil. Hasta ahora ha sido lo que no puede dejar de ser, y lo que habilita actualmente al estudioso a percibir estos defectos es el hecho de que esté inserto en una configuración económico-social que le da nueva perspectiva. El sociólogo actual brasilero no esta hecho de una arcilla superior a la que fueron hechos los sociólogos que lo antecedieron o que quedan por venir. Su mirada diferente de los hechos de la vida nacional es resultado de un proceso histórico. La sociedad brasileña, por la fuerza principalmente de sus transformaciones materiales, está alcanzando una gran capacidad de autodeterminación y este hecho se refleja en el plano ideológico.

Son las condiciones reales de la fase actual de la sociedad las que permiten que se inicie, de modo plenamente consciente, el trabajo de formulación de una sociología nacional. Y también el momento presente de la historia universal, en que el imperialismo entra en crisis y las llamadas áreas atrasadas se empeñan en el camino de la auto-afirmación.

En este punto, parece oportuno caracterizar lo que se entiende por sociología nacional.

La sociología, como toda ciencia, es universal. Es un método de pensar, correctamente, los hechos. Este método no es uno en Alemania, otro en Inglaterra, otro en Francia, otro en Brasil. Es lo mismo en todas partes.

Es cierto que la sociología, en particular, solo recientemente alcanzó el plano realmente científico. En su inicio, estaba fuertemente afectada de etnocentrismo. Es decir, los primeros sociólogos, como Comte y Spencer, generalizaron para la sociedad en general leyes y tendencias características de la sociedad particular en que vivieron, además de haber adoptado su propia sociedad como especie de meta del desarrollo histórico. Al final, también los economistas del siglo XVIII consideraron como la "economía política", universalmente válida, la economía particular de los países en que vivían.

El descubrimiento de la historicidad del pensamiento es que posibilitó el refinamiento científico de las ciencias sociales, inclusive de la sociología.

Pero la universalidad de la ciencia, como técnica de pensar, no impide que la sociología se diferencie nacionalmente. Esta diferenciación de la sociología es incoercible. Desde que el sociólogo solo existe nacionalmente, en la medida que su pensamiento sea auténtico, tendrá que reflejar las peculiaridades de la circunstancia en que vive. La sociología se diferencia nacionalmente en relación a los temas y a los problemas que trata. Desde que una sociedad se auto-determina, el trabajo sociológico tiende a perder la disponibilidad y volverse instrumento de esta autodeterminación.

La sociología, en Brasil, será autentica en la medida en que colabore para la autoconciencia nacional, en la medida que gane en funcionalidad, intencionalidad y, consecuentemente, en organicidad.

La crítica general que he hecho no tiene otro propósito sino poner el tema —el de la interpretación de la realidad nacional— en un nivel que los lectores puedan pensar cooperativamente. De antemano, declaro que, aunque convencido de lo que afirmo, mi posición crítica me impide considerar definitivos mis puntos de vista. Así, todo lo que aquí es susceptible de rectificaciones.

En resumen, sin la disposición para emprender su autocrítica, la sociología en Brasil no podría realizar su tarea esencial —la de volverse una teoría militante de la propia realidad nacional—.

Reservo para otra oportunidad la exposición detallada del concepto de sociología en que fundamento mis estudios. Sin desear, ni de lejos, enfocar aquí el tema, observo, sin embargo, que comprendo esta disciplina en una acepción muy diferente de la admitida por la mayoría de los que, en Brasil, se consideran "sociólogos". La sociología, así como es académicamente definida, como disciplina sistemático-formal, desconectada de la economía y de la historia, y que tiene como punto de partida los sistemas de Augusto Comte y Herbert Spencer, es menos una ciencia de que una ideología conservadora. Esta "sociología" se formó en un período de la historia europea —principalmente francesa e inglesa— en que el ímpetu revolucionario de la clase burguesa se enfría y se trasmuta en sentido opuesto, ya que esta clase asciende al dominio práctico del poder. Este hecho no se verifica sin consecuencias para el destino de la teoría social. Sin embargo, al contrario, condiciona su desarrollo, fragmentando la teoría social que se venía formando en el siglo XVIII, en diversas disciplinas especializadas. Esta especialización, mientras más avanza, más contribuye a desviar la atención de los estudiosos para los aspectos parciales de la sociedad, dificultándoles su comprensión global. Además, estimula la adopción de procesos formales de conocimiento, en detrimento de los prácticos, lo que constituían la característica, por excelencia, de los epígonos de la teoría social del siglo XVIII, que, en general, fueron al mismo tiempo teóricos y militantes.

Consecuentemente, parece necesario que la sociología contemporánea busque situarse en otra dirección de pensamiento: aquella que se articula con la tradición más genuina de la teoría social científica, así como la que todavía hoy se inspira en Hegel y aprovecha las contribuciones de Marx y del culturalismo, que tiene en Dilthey un marco decisivo.

En Brasil, uno de los hechos que han condicionado los caracteres negativos de la sociología, anteriormente enunciados, también es una condición estructural de la sociedad: la alianza de los profesionales con las agencias que se benefician de la alienación del país, principalmente económica. Nuestra sociología se orientó para el trato de temas distantes de los problemas actuales o de temas estéticos. Se estudian tribus desaparecidas, encaje de bolillos, las luchas de familias, las comunidades, la asimilación de inmigrantes, las relaciones de raza y otros temas, en teoría, y jamás de modo práctico.

Si ya poseemos algunas agencias aplicadas a la formulación de un pensamiento económico militante, casi nada equivalente se registró

en el dominio de la sociología. Por lo que parece urgente la realización de un esfuerzo tendiente a promover el desenvolvimiento de una sociología nacional, en relación a la funcionalidad de sus pensamientos.

BIBLIOGRAFÍA

Andrade, A. de 1941 *Formação da sociologia brasileira* (Río de Janeiro) Vol. l.

Balandier, G. 1951 "La Situacion Coloniale: Approche Théorique" en *Cahieers lnternationaux de Sociologie* (Francia: Presses Universitaires de France) año 6, Vol. XI .

Colungwood, R. G. 1952 *Idea de la Historia* (México: Fondo de Cultura Económica).

Freyer, H. 1945 *Introducción a la Sociología* (Madrid).

Goldmann, L. 1952 *Sciences Humaines et Philosophie* (Francia: Presses Universitaires de France).

Jaguaribe, H. 1952 "A filosofia no Brasil" en *Aspectos da formação e evolução do Brasil* (Río de Janeiro).

Mannhein, K. 1952 *Essays on the Sociology of Knowkledge* (Londres: Routledge; Kegan Paul).

Mannoni, O. 1950 *Psychologie de la Colonisation* (París: Editions du Seuil).

Ramos, G. 1952 *O Processo da sociologia no Brasil* (Río de Janeiro).

Romero, S. 1985 *Doutrina contra doutrina*: *o evolucionismo e positivismo no Brasil* (Río de Janeiro) segunda edición.

Troeltsch, E. 1949 *The Social Teaching of Christian Churches* (Nueva York: Macmillan).

LITERATURA DE DOBLE FILO

Antonio Candido

Trazar un paralelo puro y simple entre el desarrollo de la literatura brasileña y la historia social de Brasil sería no solo fastidioso, sino peligroso, porque podría parecer una invitación a mirar la realidad de manera medio mecánica, como si los hechos históricos fueran determinantes de los hechos literarios, o como si el significado y la razón de ser de la literatura se debieran a su correspondencia con los hechos históricos.

La creación literaria trae como condición necesaria una carga de libertad que la vuelve independiente bajo muchos aspectos, de modo tal que la explicación de sus productos se encuentra sobre todo en estos mismos. Como conjunto de obras de arte, la literatura se caracteriza por esa libertad extraordinaria que trasciende nuestras sujeciones. Pero en la medida en la que es un sistema de productos que son también instrumentos de comunicación entre los hombres, posee tantos lazos con la vida social que vale la pena estudiar la correspondencia e interacción entre ambas.

En esta conferencia, la literatura de Brasil será abordada más como hecho histórico que como hecho estético, ya que intentaré

* Extraído de *A educação pela noite e outros ensaios* (São Paulo: Ática, 2006 [1969], pp. 197-217). Traducción al español: Eugenia Alzueta.

mostrar de qué manera está ligada a aspectos fundamentales de la organización social, de la mentalidad y la cultura brasileñas, en varios momentos de su formación. Si tuviese más tiempo, procuraría demostrar que esto solo puede comprenderse plenamente a través del análisis de textos significativos, ya que la relación entre la literatura y la sociedad se percibe de manera cabal cuando intentamos descubrir cómo las sugerencias e influencias del medio se incorporan a la estructura de la obra —de modo tan visceral que dejan de ser propiamente sociales para volverse sustancia del acto creador—.

Me mantendré, entonces, en el nivel de las líneas generales y de las correlaciones, en una especie de sondeo preliminar o introducción al estudio del problema. Para esto, se eligieron algunos aspectos con la intención de registrar su ocurrencia en diferentes momentos de la historia de nuestra sociedad, sin obedecer a una secuencia cronológica estricta, sino yendo y viniendo entre los siglos XVI y XIX que vieron al país adquirir fisionomía propia.

La actitud adoptada podría definirse como sentimiento de los opuestos, es decir: intenta ver en cada tendencia su componente opuesto, de modo a aprehender la realidad de manera más dinámica, que siempre es dialéctica. Y como es imposible abarcar en pocos minutos un tema tan amplio, me limitaré a los tópicos siguientes, deteniéndome más en el primero, por ser el más general y la clave del resto: imposición y adaptación cultural, transfiguración de la realidad y sentido de lo concreto, tendencia genealógica, lo general y lo particular de las formas de expresión.

IMPOSICIÓN Y ADAPTACIÓN CULTURAL

Para un historiador, el aspecto más interesante de la literatura en los países de América es la adaptación a los patrones estéticos e intelectuales de Europa a la condiciones físicas y sociales del Nuevo Mundo, vía el proceso colonizador del cual es un episodio.

Respecto de esto, empecemos diciendo que, en su formación, nuestras literaturas son esencialmente europeas, en la medida en que continúan la investigación del alma e de la sociedad definida por la tradición de las metrópolis. Aún más en tanto fueron transpuestas a América en la era del Humanismo, esto es, cuando el hombre europeo intensificaba su contacto con las fuentes greco-latinas y se manifestaba una ampliamente receptivo en relación a otras formas de cultura que se le iban revelando. De manera que heredamos relativamente poco de lo que había de popular, mágico-religioso y espontáneo en la literatura de la Edad Media. Y, muy por lo contrario, sí una literatura erudita, llena de exigencias formales, abierta a una visión realista y al mismo tiempo alegórica de la vida.

Pero, por otro lado, este tipo de literatura vino a actuar en regiones desconocidas, habitadas por pueblo de color y tradición diferentes (en el caso de Brasil, primitivos), a los que se sumaron otros pueblos traídos de África, aumentando la complejidad del panorama. En consecuencia, se obligó a la literatura a conferirle a su expresión heredada ciertas inflexiones que la vuelven capaz de expresar también la nueva realidad natural y humana. De este modo, se dio en el seno de la cultura europea una especie de experimentación cuyo resultado fueron las literaturas nacionales de América Latina en lo que tienen de prolongación y novedad, copia e invención, automatismo y espontaneidad. Y estas se fueron volviendo variantes a tal punto diferenciadas de las literaturas matrices, que ya en los últimos cien años, llegaron en algunos casos a influir en ellas.

En cuanto a Brasil, estas observaciones son necesarias, a pesar de lo obvias, porque nuestra crítica naturalista, al prolongar sugerencias románticas, transmitió a veces la engañosa idea de que la literatura aquí fue producto del encuentro entre tres tradiciones culturales: la del portugués, la del indio y la del africano. Ahora, las influencias de los dos últimos grupos solo se ejercieron (y ahí sí, intensamente) en el plano folclórico. En la literatura escrita actuaran de manera remota, en la medida en las que influyeron en la transformación de la sensibilidad portuguesa, favoreciendo un modo de ser que, a su vez, influyó en la creación literaria. Por lo tanto, lo que hubo no fue una fusión previa para formar una literatura, sino la modificación del universo de una literatura ya existente, importada con la conquista y sometida al proceso general de colonización y adaptación al Nuevo Mundo.

Llevando la pregunta hasta sus últimas consecuencias, puede verse que, en Brasil, la literatura fue a tal punto expresión de la cultura del colonizador, y luego del colono europeizado, heredero de sus valores y candidato a su posición de dominio, que sirvió al mismo tiempo de forma violenta para imponer tales valores en contra de las demandas en un principio poderosas de las culturas *primitivas* que los cercaban por todos lados. Una literatura, entonces, que desde el ángulo político puede ser planteada como pieza eficiente del proceso colonizador.

Comencemos por recordar, a nivel popular, las restricciones de la administración colonial opuestas a una expansión posible de las culturas dominadas. En San Pablo, por ejemplo, donde la presencia del indio era fuerte y activa, había una competencia cultural que se resolvió, por un lado, con la fusión racial y espiritual, pero por otro, con una dura represión por parte de las autoridades. Así la Cámara de Villa San Pablo establecía penalidades para los blancos, y aquellos considerados tales, que participaran de los festejos nativos o los promovieran. En un nivel más blando, las culturas dominadas fueron

permitidas en todo el país a modo de apéndice pintoresco, como válvula de escape que creara el contraste para realzar la cultura dominante en las festividades oficiales.

Todavía más drástico fue el caso de la lengua en general, el tupíguaraní adaptado por los jesuitas, y hablado correctamente por toda la población bilingüe en diversos lugares, y que fue prohibida en San Pablo en la segunda mitad del siglo XVIII, hasta extinguirse rápidamente en un medio cada vez más instalado dentro de la cultura de tipo europea. Los últimos en usarla normalmente fueron registrados en Puerto Feliz en la década de 1820; pero de no haber sido por esa medida represiva, es posible como ya se dijo, que en San Pablo se diera hasta hoy un bilingüismo análogo al del Paraguay.

La literatura desempeñó un papel notable en este proceso de imposición cultural, basta recordar que los cronistas, historiadores, oradores y poetas de los dos primeros siglos eran casi todos sacerdotes, juristas, funcionarios, militares, señores de tierras —obviamente identificados con los valores sancionados de la civilización metropolitana—. Para ellos, las letras debían expresar la religión impuesta a los primitivos y las normas políticas encarnadas en la Monarquía. Pero incluso cuando desprovistas de un aspecto ideológico manifiesto, eran una forma de disciplina mental de Europa que debía ser aplicada al medio rústico a modo de instrucción y de defensa de la civilización.

Este objetivo de control social se ve expresado en la actividad cultural de la Iglesia y del Estado al promover manifestaciones literarias para conmemorar fiestas religiosas, fechas relacionadas a la familia real, cambios de autoridades, acontecimiento políticos y militares. Estos eran los principales pretextos para las jornadas de sermones o representaciones teatrales, composiciones y recitado de poemas. Estos abundan en la correspondencia de los gobernadores de las Capitanías a las órdenes de profesores, corporaciones, Cámara, con el objetivo de promover tales actividades.

De estas conmemoraciones de refuerzo quedaron documentos importantes que constituyen una parte considerable de la vida literaria de nuestro pasado y que dan testimonio de la función ideológica de una literatura directamente ligada a los mecanismos de dominación. Es el caso de la antología hecha en 1749, en ocasión de la toma de posesión del primer obispo de Mariana (Áureo Trono Episcopal), o del libro en el que se publicó el tributo poético al Gobernador de Río de Janeiro, Gomes Freire de Andrada, en el año 1752 (*Júbilos de América*).

En un plano más elevado y sistemático, comprobamos algo parecido en las Academias fundadas en el siglo XVIII con intención de conservar y promover grandes estudios en Bahía y en Río de Janeiro. Sus miembros eran personas de prestigio social; sus fundadores y

protectores fueron virreyes y altos magistrados. Por eso no sorprende que promovieran la celebración directa de la Orden a través de las Letras, alabando las normas de la colonización, defendiendo y justificando la obra del colonizador, haciéndose eco de las palabras de las autoridades. Al mismo tiempo, manifestaban un espíritu de investigación histórica, y luego científica, haciendo un esfuerzo por ser la encarnación de la memoria del pasado y factor de progreso intelectual.

Finalmente, con las obras literarias no ocasionales sucede un fenómeno similar, de manera más compleja e matizada. Resulta bastante significativo que los extensos y ambiciosos libros del siglo XVIII, por fuera de la poesía lítica, se aplicaran en la misma celebración de los valores ideológicos dominantes. Es el caso de la curiosa ficción moral de Nuno Marques Pereira, *El peregrino de América* (1728), de la *Historia de la América Portuguesa* (1730) de Sebastião da Rocha Pita, de los poemas *El Uruguay* (1769) de Basílio da Gama, *Vila Rica* (anterior a 1776) de Cláudio Manuel da Costa, *Caramuru* (1781) de Santa Rita Durão. En todas ellas predomina la idea conformista de que la empresa colonizadora fue justa y fecunda, y que por lo tanto debía ser aceptada y loada como implementación de los valores morales, religiosos y políticos que redujeran la barbarie en beneficio de la civilización. Por cierto, los tres poemas tienen como asunto el encuentro entre ambas.

Pero a esa altura, este punto de vista ya estaba siendo cuestionado, a lo que siguió, en base a la obra de denuncia de Raynal cuya lectura era considerada subversiva y fue catalogada como pecaminosa durante la represión a la Sociedad Literaria de Río de Janeiro (1794). Al mirar el otro lado de la moneda, vemos, por lo tanto, que la colonización portuguesa iba creando su propia contradicción, en la medida que cambiaba para adaptarse y al consolidar las clases dominantes de la colonia. Los intereses de estas comenzaran en cierto momento a presentar divergencias en relación a los de la metrópoli, y aquellas también se pusieron a expresar las nuevas posiciones y sentimientos a través de la literatura. Esta reacción intelectual de la elite no tuvo conflictos con las formas literarias traídas de Portugal, como pensaban los nacionalistas del Romanticismo. Al contrario, la adaptación al medio americano ya las había hecho capaces de expresar aquella reacción. Tanto es así que las actividades y obras literarias que acabo de mencionar pueden ser vistas desde ángulos divergentes, e incluso opuestos, pero igual de válidos. Justamente por el hecho de estar relacionada con la realidad social, la literatura incorpora sus contradicciones a la estructura y el significado de las obras.

Las Academias, por ejemplo, a medida que fueron investigando el pasado, valorizaron las imágenes de los brasileños natos y exaltaron la importancia de sus hechos, haciendo hincapié en los trazos propios

del país e preparando, de este modo, las actitudes nacionalistas embrionarias. Ya se ha advertido respecto de cómo, en este sentido, estas se fueron deslizando imperceptiblemente al punto que la última, la Sociedad Literaria, fue cerrada en 1794 y sus miembros fueron procesados por haberse transformada en una especie de club político que admiraba la Revolución Francesa e cuestionaba la legitimidad de estatuto colonial.

Respecto de los libros citados más arriba, es sencillo notar que la *Historia de América Portuguesa* alcanzó un grado de nativismo que la transformó en instrumento para verificar las diferencias del país y, por lo tanto, su eventual alejamiento de la metrópoli. *El Uruguay*, que por un lado se preocupaba por elogiar la acción del Estado en la guerra contra las misiones jesuíticas de Sur, por el otro lado se interesó tanto por el orden natural de la vida indígena, por la belleza plástica del mundo americano, que estableció los fundamento de lo que sería el Indianismo y se volvió uno de los modelos del nacionalismo estético del siglo XIX. Algo parecido ocurrió con *El Caramuru*, donde le orden natural del indio se opone al orden político-religioso del blanco. Debido a la gran agudeza del autor, el poema presenta una expresiva ambigüedad (la ambigua era la sociedad local) que valía al mismo tiempo como glorificación del portugués y como glorificación del país donde lo brasileño ya empezaba a sentirse coaccionado por el sistema colonial.

En resumen, digamos que el siglo XVIII representa una fase de madurez del proceso de adaptación de la cultura a la literatura. Se observa allí la confluencia de temas nuevos y de nuevas maneras de tratar los viejos, incluso la preferencia muy significativa por ciertas formas de composición en prosa y verso que permitían expresar de manera más adecuada una realidad física y social diferente, nacida de la dinámica interna de la colonización. Por eso las obras que más buscan acentuar y reforzar el orden político y cultural dominante son, al mismo tiempo, las que utilizan las sugestiones locales con mayor cariño y discernimiento, que finalmente parecen ante la posteridad que afirmaban nuestras peculiaridades y sentimientos contra la súper imposición externa. Y es que esta se volvió en gran parte adaptación, y la literatura, en el conjunto de la herencia cultural portuguesa, para el control de los nuevos grupos dominantes, fue pasando siempre como factor de una unidad, una continuidad y una consciencia de lo real que se ajustaban a sus intereses y a sus designios.

TRANSFIGURACIÓN DE LA REALIDAD Y SENTIDO DE LO CONCRETO

En *Visión del Paraíso*, Sérgio Buarque de Holanda mostró que la colonización de Brasil sufrió la influencia (aunque frenada por el realismo

portugués) de una serie de imágenes ideales respecto de la belleza, riqueza y propiedades milagrosas del continente americano; imágenes bien representadas por la famosa leyenda de *El Dorado*, que obsesionó a tanta gente. Este movimiento de la imaginación puede ser también considerado una forma de orientar inconscientemente la realización de la Conquista, ya que permitió no solo estimular la exploración de los recursos naturales, sino indirectamente, penetrar en la inmensidad desconocida y someterla a las normas y a la cultura impuestas por la metrópolis.

En forma parecida, la imaginación literaria transfiguró la realidad de la tierra y, al mismo tiempo, se sometió a una descripción objetiva, como si el conocimiento dependiera de esa vía contradictoria. El hombre portugués de la época de los descubrimientos no veía contradicción en esto, ya que era crédulo y crítico, soñador y práctico. Y, de hecho, las dimensiones del país incitaban el devaneo del espíritu, pero al mismo tiempo lo empujaban hacia la tierra, haciéndole afrontar las tareas con pragmatismo.

Para muchos escritores del siglo XVII y gran parte del XVIII, el lenguaje metafórico y los juegos de astucia del espíritu barroco eran maneras normales de comunicar su impresión respecto del mundo y del alma. Y esto solo podía ser favorecido por las condiciones del ambiente, formado de contrastes entre la inteligencia del hombre culto y el primitivismo reinante, entre la grandeza de las tareas y la pequeñez de los recursos, entre la apariencia y la realidad. Como la desproporción genera el sentido de los extremos y de las oposiciones, estos escritores se adaptaron con provecho a una moda literaria que les permitía utilizar osadamente la antítesis, la hipérbole, las distorsiones más violentas de la forma y del concepto. Para ellos, el estilo barroco fue un lenguaje providencial, y por eso generó modalidades tan tenaces de pensamiento y expresión que, a pesar del paso de las modas literarias, mucho de ellas permaneció como congenial al país.

En Brasil, sobre todo en aquellos siglos, ese estilo equivalía a una *visión* —gracias a la cual fue posible ampliar el dominio del espíritu sobre la realidad, atribuyendo sentido alegórico a la flora, magia a la fauna, grandeza sobrehumana a los actos—. Factor ideológico poderoso, esta compensa de cierto modo la pobreza de los recursos y las realizaciones, y al dar trascendencia a las cosas, hechos y personas, transpone la realidad local a escala del sueño. *La Historia* de Rocha Pita, a pesar del contenido informativo, cristaliza esa extensión de lo real. Poco antes, en 1705, Botelho de Oliveira había iniciado con *Música del Parnaso* una serie de poemas de hipérbole nativista que se volvieron una constante casi hasta hoy día, donde apenas si sobreviven al ridículo. Un ejemplo curioso en esta larga secuencia es el trecho

de *Asunción* de Frei Francisco de São Carlos (1820), donde el Paraíso está plantado con especies típicas de los pomares brasileños.

A esta actitud de espíritu se empalma la vieja predilección de nuestra poesía por la prosopopeya, es decir, por la humanización de la naturaleza que habla al hombre. Y como si la inmensidad e inhospitalidad de la tierra se acomodaran a los deseos del colonizador, de este modo la incorpora fraternamente al universo de sus sueños. *Prosopopeya* (1600) es, significativamente, el nombre de uno de nuestros primeros poemas, y en él, el Océano profetiza bajo la forma de una divinidad marina. Más tarde, las amplificaciones pomposas de Rocha Pita en prosa, de Itaparica, Durão y otros en verso, son una especie de animación de la naturaleza, haciendo del país entero un desmesurado cuerpo vivo.

A partir de mediados del siglo XVIII, esta tendencia se manifiesta también en el género ovidiano de la "metamorfosis", como en diversos lugares de la obra lírica de Cláudio Manuel da Costa, donde vemos a la naturaleza de Minas animarse por la transformación legendaria de cíclopes en montañas, de ninfas en ríos portadores de oro. Cruz e Silva, portugués que pasó gran parte de su vida en Brasil, transpone diversos aspectos de nuestro paisaje por medio del mismo proceso. Y a comienzos del siglo XIX, Januário da Cunha Barbosa imagina, en un largo poema que la bahía de Río de Janeiro se formó a partir de un episodio de la guerra de los Titanes. Ya en pleno Romanticismo, Gonçalves Dias ve en la sierra *dos Orgãos* la forma de un gigantesco indio adormecido que, simbolizando la tierra, atestigua el choque de razas y la destrucción de la suya. No cuesta nada recordar que, a comienzos del siglo XX, una de las imágenes centrales del poema elegido por la República para la vieja melodía del himno nacional es el País echado a orillas del mar, bajo la forma de un gigante listo a entrar en acción a través de sus hijos.

Estas maneras de ver, que elaboran el sentimiento nacional a través de la exaltación de su realidad física, existen a veces en las obras menos poéticas por el asunto y por el objetivo, como son los informes sobre las costumbres, la vida económica y los acontecimientos. Está claro que algunos cronistas, como el sobrio Frei Vicente do Salvador, en la *Historia de Brasil* (1627), se limitan lo máximo posible a informar objetivamente y en un lenguaje directo, como lo habían hecho en el siglo anterior Anchieta y Gabriel Soares de Sousa. Pero otros alimentan la hipérbole, incluso sin salirse de lo concreto, y le van dando a las cosas un brillo y un relieve de epopeya o leyenda, como es el caso de Simão de Vasconcelos.

La prueba de que esta *visión* no era incompatible con la fidelidad a lo real puede ser verificada en uno de los observadores más agudos

y precisos de la vida económica de la Colonia, el jesuita italiano Andreoni, que publicó en 1711 su obra fundamental sobre el tema bajo el seudónimo de André João Antonil. En ella, los números e informes áridos se desarrollan frecuentemente por el vuelo de su estilo que amplía la comprensión de los hechos a través del lenguaje figurado. Es el caso de la admirable descripción del proceso de producción de azúcar —presentado como un suplicio en una cámara infernal donde los esclavos negros son expuestos a la voracidad de las máquinas que los mutilan, chamuscados por el calor de los hornos, mientras se corta, se tritura, se muele y se quema la caña para extraer el jugo, en una secuencia de resonancia metafórica que el lector transpone a la condición humana—. De esa elocuente página, encendida por el fuego de sus imágenes, se desprende una visión alegórica que lleva a comprender, más que los cuadros numéricos, las precisiones técnicas y la propia intención del autor, la dura iniquidad del proceso económico.

Pero no tenemos que olvidar, por otro lado, la representación directa de la realidad, que no solo coexiste con ese método transfigurador, sino que predomina en otros, como por ejemplos los cronistas citados hace poco, que contribuyeron a establecer en nuestra literatura un realismo que se volvió arma de conocimiento objetivo de la sociedad y el espíritu.

En la poesía de la segunda mitad del siglo XVIII, se manifiestan en esta dirección las tendencias didácticas y de crítica social. Influenciadas por la Ilustración, estas constituyen un esbozo de lo que sería la consciencia nacional propiamente dicha. Las poesías de Prudencio do Amaral son poesía didáctica pura sobre el azúcar, y las de Basílio da Gama, sobre la minería. Pero los poemas cómicos de Silva Alvarenga y de Francisco de Melo Franco sobre la situación de la educación en Portugal ya entran por la política, mientras que los poemas científicos de Sousa Caldas sobre las aves, y los del mismo Silva Alvarenga sobre las formas del saber, denotan cierto inconformismo. El ejemplo más brillante es por supuesto *Las cartas chilenas*, poema que expone con vehemencia la corrupción administrativa y los abusos del poder.

Estos y otros escritores fueron en su mayoría adeptos a la política reformista de Pombal, que, a su manera, como déspota ilustrado hizo mucho por Brasil. Algunos de ellos —que encarnaban tanto la visión utópica de los nativistas transfiguradores de la realidad, como la mentalidad crítica de los precursores del nacionales— llegaron a expresar algunas reivindicaciones del país que comenzaba a percibir las contradicciones del dominio portugués. Y los que se reunieron con el fin de debatir y plantear soluciones para tales problemas terminaron presos, procesados, exilados, difamados socialmente, tanto en la represión de la Conspiración Minera, de 1789, como en la que podría

llamarse Conspiración Carioca, de 1794. Estos poetas, eruditos, y sacerdotes expresan la madurez de la inteligencia brasileña aplicada al conocimiento y a la expresión del País. Su toma de posición, que cara les costó, puede ser considerada la primera señal concreta del movimiento que terminaría con la independencia política en 1822. Y esto muestra cómo la literatura actuó en la imposición de los padrones culturales y, luego, también como fermento crítico capaz de manifestar las desarmonías de la colonización.

Lograda la independencia política, se difundió entre los escritores la idea de que la literatura era una forma de afirmación nacional y de construcción de la patria. De ahí subsistieron, como antes, los dos aspectos indicados. Vale la pena señalar que la representación más realista encontró en el nuevo género de la novela, a partir de la década de 1840, un instrumento apto para efectuar un verdadero sondeo social. Desde un principio, la ficción brasileña se inclinó hacia lo documental, y durante el siglo XIX, fue promoviendo una especie de gran exploración de la vida en la ciudad y en el campo, en todas las áreas, en todas las clases, revelando el País a sus habitantes, como si la intención fuera elaborar su significativo y completo retrato. Por eso todavía permanece viva la realidad que representa —ya sea en la novela del tiempo del Romanticismo, con Macedo, Alencar, Manuel Antônio de Almeida, Bernardo Guimarães, Franklin Távora, Taunay, ya sea en el del Realismo y el Naturalismo, con Machado de Assis, Aluísio Azevedo, Inglês de Sousa, Oliveira Paiva, Adolfo Caminha y otros que nos llevan al comienzo del siglo XX—.

TENDENCIA GENEALÓGICA

Mi insistencia con el siglo XVIII no es fortuita, dado que se definieron con cierta claridad las líneas de nuestra fisionomía espiritual, al configurarse los valores que influenciarían en toda la evolución posterior de la sociedad y de la cultura. En la literatura, notamos bajo este aspecto, ciertas elecciones intelectuales y artísticas entre las que podemos destacar lo que en nuestro estudio llamé "tendencia genealógica", tomando el calificativo en sentido amplio, con el fin de designar la interpretación ideológicamente dirigida del pasado, con el objetivo de justificar la situación presente.

Esta corresponde a la formación de la consciencia de las clases dominantes locales que, luego de estabilizadas, necesitaban elaborar una ideología que justificara su preeminencia en la sociedad, a la luz de los criterios que definían la formación y privilegios de los tres *estados* que la constituían oficialmente (clero, nobleza y pueblo). Ya vimos que, en el período colonial, la inteligencia escogió aspectos adecuados para *crear* un medio natural que estuviera representado en

la literatura y que diera forma al sentimiento. Del mismo modo, esta *inventó*, *creó* un tipo de historia, a través de la valoración especial del mestizaje y del contacto de culturas. El elemento paradójico del punto de vista lógico pero normal desde el punto de vista sociológico fue el intento por compatibilizar con los padrones europeos la realidad de una sociedad pionera, sincrética bajo el aspecto cultural, mestiza bajo el aspecto racial. De hecho, la "tendencia genealógica" consiste en escoger del pasado local los elementos adecuados para una visión que de cierto modo es nativista, pero procura aproximarse lo más posible a las ideas y normas europeas. Como ejemplo para ilustrar este hecho en el terreno social y en el literario, íntimamente ligados en este caso, tomemos la idealización del indio.

Para ese momento, en las zonas colonizadas este ya estaba neutralizado, repelido, destruido o disuelto en parte por el mestizaje. Para formar una imagen positiva al respecto, diversos factores podrían contribuir, entre los que cuales está la condición de hombre que los jesuitas les reconocieron, la abolición de su esclavitud a mediados del siglo XVIII, la costumbre de los reyes portugueses de otorgarle categoría de noble a algunos jefes que, en los siglos XVI y XVII ayudaron a la conquista y defensa del país, y finalmente, la moda del "hombre natural". Todo esto contribuyó a elaborar un concepto favorable, no sobre el indio de todos los días con el cual todavía se mantenía un contacto, sino sobre el indio de las regiones poco conocidas y, principalmente, el del pasado, que puede plasmarse a través de la imaginación hasta transformarlo en modelo ideal. Nótese que ese indio epónimo, ese antepasado simbólico justificador tanto del mestizaje como del nativismo, podía tener libre curso en el plano de la ideología porque su evocación no afectaba al sistema social que se sostenía con la explotación del esclavo negro —el que solo recibiría un esbozo de tratamiento literario idealizador en la segunda mitad del siglo XIX, cuando empezó la crisis del régimen servil—.

La actitud positiva en relación al indio ya está clara en la Academia de los Renacidos que, en 1759, al mandar a elaborar las biografías de los hombres ilustres de la historia colonial, incluyó por primera vez a los jefes indígenas al lado de gobernadores, magistrados, guerreros, y señores de tierras, ascendiéndolos de este modo al nivel de los varones tutelares. Aún más significativa fue su incorporación al orgullo ancestral, en el momento en que las familias importantes empezaban a establecer el registro (principalmente forjado) de sus estirpes. Como estas se ubicaban a este respecto en una perspectiva formalmente europea, surgía el problema delicado del mestizaje, que era un factor de discrepancia en relación a la idea de nobleza, y a la consecuente "pureza de sangre" por "los cuatro costados". Para resolverlo, los

linajistas crearon la ficción de las "princesas de sangre brasilado", es decir, las hijas de los jefes que se habían unido a los primeros colonos. De este modo, como sucede en toda sociedad nueva, los aspectos heterodoxos se redujeron al padrón dominante, y los arribistas a las colonias procuraron legitimar su posición social preeminente a través de una *corrección* del pasado. Entre las obras consagradas a esa mistificación ideológica están (en los tres núcleos principales de la colonización) las de Borges da Fonseca, en Pernambuco, la de Jaboatão, en Bahía, la de Pedro Taques, en San Pablo.

El resultado positivo fue que se erigiera el indio como símbolo nacional y, de este modo, se encontrara un recurso para afirmar nuestras particularidades. Más tarde, en efecto, en el siglo XIX, no fueron solo las familias importantes con sus divertidas "princesas", sino toda la Nación la que pasó a ver en lo autóctono una especie de antepasado mítico, de héroe epónimo, que terminó sirviendo a otra mistificación de alcance muy general: atribuir a la sangre indígena (previamente valorizada) el mestizaje con lo africano, que por varias razones, sobre todo por ser todavía esclavo, era cuidadosamente negada o disfrazada, al punto de ser ignorada en los casos individuales (por *olvido* total del antepasado negro).

Asociado de esta manera al proceso civilizador de las clases dominantes, arraigado en la consciencia de grupos sociales cada vez más numerosos, el indio no tuvo dificultad en volverse un personaje literario privilegiado. En los tres poemas referidos hace poco —*El Uruguay*, *Vila Rica*, *Caramuru*— sobre todo en el primero y el tercero, este entra como fuerza pintoresca y humana, mientras que en otras composiciones menos va apareciendo cada vez más como símbolo de la tierra, y luego, de los sentimientos locales. Para los escritores de la segunda mitad del siglo XVIII, muchos de los cuales seguían las convenciones de la poesía pastoral y, por lo tanto, proclamaban la belleza y dignidad de la vida rústica, el reconocimiento del indio como tipo de "hombre natural" era casi una extensión lógica. Esta circunstancia se concretiza de manera cabal en Antônio Joaquim de Melo, que en la década de 1830 escribió églogas formalmente ortodoxas, con diálogo y todo, cuyos pastores eran simplemente substituidos por indios.

Después de 1840, los románticos hicieron del Indianismo una pasión nacionalista que rebalsó el círculo de lectores y se difundió por todo el país, donde perdura el uso de nombres indígenas, muchos de los cuales fueron tomados de personajes de novelas y poemas de esa época. Los dos escritores más eminentes del Indianismo romántico, Gonçalves Dias y José de Alencar, fueron considerados por sus contemporáneos como realizadores de una literatura que finalmente era nacional, porque manifestaba nuestra sensibilidad y nuestra visión de las cosas.

El triunfo de esta opinión unilateral significó el apogeo de la "tendencia genealógica" durante el Romanticismo, que se fortaleció por el objetivo, políticamente comprensible, de negar los valores ligados a la colonización portuguesa. El deseo de independencia integral iba de las altas esferas de la política hasta los hábitos de cada uno, haciendo que muchas personas cambiaran sus apellidos por nombres indígenas, como si esto eliminara el origen y la tradición en la que se habían formado. Ajustándose a este ritual nacionalista, de valor simbólico muy encomiable, los dos emperadores, al conferir títulos de nobleza, tuvieron predilección por la toponimia indígena que proporcionó la designación de casi la mitad de los titulares (430 de 990), resultando en barones, condes, marqueses de sonoridad extraña al oído europeo.

Esta ansia de diferenciación integral de una joven nación explica el incremento que tuvo en el siglo XIX el deseo de *investigar* un pasado que ya fuera nacional, marcando tempranamente la diferencia en relación a la madre patria. Inspirada en parte por autores franceses interesados en el exotismo americano, la crítica literaria estableció entonces que describir la naturaleza y las costumbres del país, sobre todo las de las dos razas primitivas, era la verdadera tarea de la literatura y el criterio para identificar, en el pasado, a aquellos que habían contribuido a crearla.

Lo que esta idea tenía de estrecho y restrictivo fue compensado por el efecto que tuvo en el cambio de la estética literaria, ya que como el Romanticismo coincidió con la Independencia, todo lo que se escribía de acuerdo a sus principios pasó a ser considerado más auténticamente brasileño, y de este modo se definió un criterio que vinculó la producción literaria a la construcción de la nacionalidad. No fueron solo los temas nuevos, sino también los temas tradicionales que de pronto parecieron ser más nuestros, más legítimos, al expresarse de acuerdo a la manera personalizada que entonces predominaba, con su gusto por el sentimentalismo, lo patético y la confidencia reputados como algo realmente *brasileño*.

Además, como se trataba de construir la Nación, las actividades intelectuales y artísticas fueron consideradas por sí mismas como una contribución a este esfuerzo —lo que le otorgó al poeta, al romántico, al orados, y al periodista, una importancia mayor de la que se podría esperar en un país tan atrasado—. Tal vez haya influido en esto la actitud del segundo Emperador con las élites, ya que este se consideraba un intelectual y, de hecho, siempre manifestó, durante su largo reinado, aunque de acuerdo con los padrones más convencionales, un amor y apoyo constantes a la literatura, las artes y las ciencias. Influyó también ciertamente el hecho de que el ejercicio de la literatura sea homólogo al de las "profesiones liberales", lo que la hizo beneficiarse

del gran prestigio de estas. En el fondo, todas eran expresiones diversas de las capas dominantes y funcionaban como criterios para su adaptación a las nuevas circunstancias, marcadas por la urbanización y la formación de las clases medias.

LO GENERAL Y LO PARTICULAR EN LAS FORMAS DE EXPRESIÓN

Para los teóricos románticos, el Clasicismo (que para ellos engloba lo que después se denominó "Barroco") habría sido la expresión del colonizador portugués, que perturbó el desarrollo original de la literatura brasileña, a pesar del esfuerzo de algunos escritores. En sentido inverso, el Romanticismo representaría el espíritu nacional, que permite con su libertad creadora la manifestación del genio brasileño inspirado por las características de la tierra, la sociedad y las ideas.

Esta noción nítidamente ideológica correspondía a un estadio de la consciencia nacional en plena euforia. Y como tenía un lado verdadero, se insertó de tal modo que hasta hoy vemos críticos y profesores hablar de la importancia de los escritores del período colonial, *a pesar* de la imitación clásica. Se sobreentiende que ser brasileño era ser cualquier cosa parecida a lo que fueron los románticos.

Ahora bien, nada más dudoso y perjudicial para una buena comprensión de nuestra historia literaria que este parecer lleno de descompás temporal, cuyo presupuesto es que los escritores del tiempo de la Colonia deberían haber renegado de la moda literaria dominante en todo el mundo occidental, para volverse mágicamente nacionalistas románticos antes de tiempo. La otra suposición errada es que las normas clásicas no se prestaban a expresar la realidad natural y social del país. Lo que se dijo hasta ahora debe haber dejado en claro que pienso lo contrario, por razones al mismo tiempo de orden histórico y estético.

Históricamente la literatura del período colonial fue algo impuesto, inevitablemente impuesto, como el resto del equipamiento cultural de los portugueses. Y este hecho no tiene nada de negativo en sí, desde el momento en que nos enfocamos en la colonización, no a partir de lo que podría haber sido, sino de lo que realmente fue como proceso de creación del país, con todas sus miserias y grandezas.

En Brasil, contrariamente a los países americanos que conocieron grandes civilizaciones precolombinas, es imposible pensar en un proceso civilizador al margen de la conquista europea que creó al país. Entre nosotros sería inadmisible decir, como dice el escritor boliviano Jesús Lara a propósito del poeta quechua José Walparrimachi Maita, que la conquista destruyó la posibilidad de desarrollo de una literatura original, de calidad equivalente a la que fue impuesta, y más *auténtica* que esta. La nacionalidad brasileña y sus diversas manifestaciones espirituales se configuraron mediante procesos de imposición

y transferencia de la cultura del conquistador, a pesar de la contribución (secundaria en la literatura) de las culturas dominadas, del indio y del africano, esta última también importada.

Yendo más lejos y desarrollando una afirmación hecha hace poco, podríamos incluso decir que los padrones clásicos (en sentido amplio, abarcando todo el período colonial) fueron eficaces por varios motivos y bajo sus diversas formas: humanismo de influencia italiana en el siglo XVI, barroco de influencia española en el siglo XVII, neoclasicismo de influencia francesa en el siglo XVIII. En cualquiera de estos casos, se trataba de una disciplina intelectual coherente que llevó a que la inteligencia se ejerciera con rigor. Esto le dio consistencia y resistencia en la atrasada y por momentos caótica sociedad del período colonial. Además, la convención grecolatina era factor de universalidad, una especie de idioma común a toda la civilización de Occidente; por consiguiente, en la medida en que la utilizaron, los escritores de Brasil formaron parte, en esta civilización, de las manifestaciones espirituales de su tierra, claro y como ya fue dicho, dentro del propósito colonizador de dominación, inclusive a través de la literatura.

Vistos de este modo, ciertos trazos que fueron siempre censurados en el Clasicismo, se vuelven factores positivos, como la "artificialidad" de sus tendencias, esto es, el carácter convencional de su discurso. Tal vez esto haya impedido una expresión más enérgica de la personalidad, sin hablar del aprovechamiento eventual de inspiraciones populares. Pero en compensación, al establecer un contraste con lo primitivo reinante, permitió a los intelectuales crear un mundo de libertad y autonomía espiritual que preservó la existencia de la literatura, neutralizando el peligro de absorción por parte del universo del folclore; y al hacer del escritor un ciudadano de la República universal de las letras, lo transformó en factor de civilización del país. De ahí su capacidad crítica, a veces incluso su rebeldía, como comprobamos en diversos aspectos de la obra de Gregório Matos o, de modo más comprometido, en los poetas llamados arcádicos del siglo XVIII. Por lo tanto, lo que la moda clásica tenía de negativamente artificial lo compensó esta circunstancia gracias a la cual ciertos escritores de valor de los siglos XVII y XVIII parecen a veces menos provincianos, más abiertos a los grandes problemas del hombre que muchos románticos del siglo XIX, envueltos en el egocentrismo y lo pintoresco.

Pero incluso aceptando la argumentación tradicional, podemos ver que el estilo clásico se prestaba muy bien a expresar un mundo nuevo, enorme y desconocido. Ya vimos que el uso de la alegoría y del mito facilitaron el descubrimiento y la clasificación estética de la naturaleza, mientras que el uso de recursos más particulares como la perífrasis, el hipérbaton, la elipsis y la hipérbole permitían ajustar el

lenguaje a la realidad insólita o desconocida. Cuando Cláudio Manuel da Costa transforma en Polifemo las rocas de la Capitanía de Minas, y en Galatea los arroyos llenos de oro, está dándole un nombre al mundo e incorporando la realidad que lo acerca a un sistema inteligible para los hombres cultos de la época, en cualquier país de la civilización occidental. De este modo, la posibilidad de ajustar la tradición al medio traía en sí, junto con la disciplina, una considerable libertad; y de la combinación de ambas surgió la expresión al mismo tiempo general y particular, universal y local, que la literatura del tiempo de la Colonia transmitió como su conquista.

Para mostrar la plasticidad de formas reputadas tan rígidas y restrictivas, recordemos cómo Gregório de Matos puso dentro de los rigurosos límites convencionales del soneto, no solo la expresión de los padecimientos de amor y toda la inquietud del pecado (esto es, algo *normal* dentro de la tradición), sino las costumbres de la sociedad en formación, como sus prejuicios, sus querellas y la sonoridad de los nombres indígenas. La noción de convención es relativa, y cuando nuestros poetas arcádicos escriben sobre pastores y la paz virgiliana de los campos, no son más artificiales que un poeta español o inglés basado en la misma moda. Lo importantes es que a través de esa convención libresca manifestaron implícitamente, de manera original, el contraste entre la civilización de Europa, que los fascinaba y en la cual se habían formado intelectualmente, y la rusticidad de la tierra en la que vivían, que amaban y que deseaban expresar. Como se vio en otros niveles, también aquí en la esfera esencial de los recursos literarios, la imposición y adaptación de padrones culturales permitieron a la literatura contribuir a la formación de una consciencia nacional. En una sociedad duramente estratificada, sometida a la brutalidad de una dominación basada en la esclavitud si, por un lado, los escritores e intelectuales reforzaron los valores impuestos, pudieron muchas veces por el otro, usar la ambigüedad de su instrumento y de su posición para hacer lo posible en esos casos: brindar su voz a quienes no podrían ni sabrían hablar en tales niveles de expresión.

Dentro del proceso de análisis que estamos siguiendo, mencionemos que fue igualmente fecundo bajo este aspecto el espíritu romántico que, en un contexto histórico diferente, permitió una mayor exteriorización de los sentimientos y actitudes. Al anunciar lo que hacía a medida que iba haciéndolo, el escritor romántico expuso claramente su designio afectivo o social, y esto le dio mayor poder de comunicación inmediata. Y mientras que, en la sociedad de *estados*, la literatura clásica era más discriminatoria, al presuponer un lector con cierta formación, la del Romanticismo se volvió accesible a los niveles más modestos y grupos más numerosos.

Las formas de expresión de las que disponía el Romanticismo eran, además, más pláticas. Y esta mayor plasticidad parece providencial, vista desde hoy. Incluso porque en una sociedad ya constituida como nación y orientada hacia su propio destino, como la nuestra en el siglo XIX, el rigor, el sentido rígido del orden espiritual y estético eran menos necesarios. Y aunque la literatura sea una disciplina y una norma, las formas más accesibles que asumió en ese entonces favorecieron no solo la penetración en sectores vivos de la consciencia y de la sociedad, sino también mayor difusión entre los lectores. Basta comparar el rigor dialéctico de un soneto barroco, el malabarismo conceptual de una oda, o la rigurosa disposición de una tragedia clásica, con el universo abierto, comparativamente amorfo de la novela, o la musicalidad envolvente del verso romántico expresando una sensibilidad más ondulante y comunicativa. Sin embargo (como intenté mostrar en un libro sobre este asunto), esta ruptura estética entre los dos períodos no significa una ruptura histórica, ya que el Romanticismo siguió orientándose por la misma tendencia, esto es, el doble proceso de integración y diferenciación, de incorporación de lo general (en este caso, de la mentalidad y las normas de Europa) para obtener la expresión de lo particular, esto es, los aspectos nuevos que iban surgiendo en el proceso de maduración del país. Esta circunstancia da continuidad y unidad a nuestra literatura, como elemento de formación de la consciencia nacional del siglo XVI, o por lo menos del siglo XVII hasta el XIX. Para esa altura, tanto la literatura como la consciencia de las clases dominantes (a la que correspondía) ya pueden considerarse maduras y consolidadas, como la sociedad, por ser capaces de formular sus problemas e intentar resolverlos.

CONCLUSIÓN

Como siempre sucede en las síntesis ambiciosas y rápidas, termino con un sentimiento de insatisfacción. Para mostrar cuál fue la función de la literatura en el proceso de formación nacional de Brasil, me situé en la perspectiva de la Historia y dejé de lado los aspectos más propiamente estéticos. Además, no mencioné los momentos en que la literatura empieza a producir sus obras a la vez más características y más importantes, esto es, desde Machado de Assis hasta nuestros días, pasando por el gran eje de los modernistas de 1922. Con esto, tengo la impresión de haber mostrado apenas el vestíbulo, sin entrar al interior de la casa.

Pero incluso dentro de los cuadros que establecí fui limitado y tal vez injusto. Habría sido preciso mostrar cómo algunas tendencias, vista aquí en su aspecto positivo, fueron también negativas. Mostrar, por ejemplo, cómo la transfiguración barroca instauró en los hábitos

mentales del brasileño un amor irracional por la grandilocuencia pura y simple. Cómo la transposición de la realidad a través de la imagen y de la alegoría llevó muchas veces al espíritu a engañarse a sí mismo, y la acción a cruzarse de brazos o perderse en una utopía estéril. Habría sido preciso mostrar bien, y no solo indicar, de qué manera la elaboración mitológica del indio sirvió para ocultar el problema del negro, de modo tal que el Indianismo se convirtió también, desde esta perspectiva, una forma de conservar el prejuicio contra este, a pesar del esfuerzo generoso de poetas abolicionistas.

En los países de América Latina, la literatura siempre fue una cosa profundamente empeñada en la construcción y en la adquisición de una consciencia nacional, de modo que el punto de vista histórico sociológico es indispensable para estudiarla. Entre nos, todo se empapó de literatura, desde el formalismo jurídico hasta el sentido humanitario y la expresión familiar de los sentimientos. Por eso es difícil delimitar ese universo insinuante y multiforme. Pero la versión unilateral que acaba de ser expuesta no va a causar un gran mal, si el oyente se va con la certeza de que la realidad es de hecho mucho más vasta y compleja, y que solo las limitaciones del conferencista impidieron que esto quedara claro.

EL ENTRELUGAR DEL DISCURSO LATINOAMERICANO*

Silviano Santiago

Para Eugenio y Sally

El jabalí que solo poseía una piel blanca y suave se dejó morder por la onza que lo atacaba. Morder tan profundo que la onza se quedó prendida al jabalí y acabó nutriendo. Con el cráneo de la onza el jabalí hizo su caparazón.
Antonio Callado, Quarup.

Antes que nada tareas negativas. Es necesario liberarse de todo un juego de nociones que están ligadas al postulado de la continuidad [...] Como la noción de influencia que da apoyo —más bien mágico que sustancial— a los hechos de transmisión y de comunicación.
Michel Foucault, Arqueología del saber.

Montaigne abre el capítulo XXXI de los *Ensayos,* capítulo en el que nos habla de los caníbales del Nuevo Mundo, con una referencia precisa a la historia griega; Esta misma referencia servirá también para inscribirnos en el contexto de las discusiones sobre el lugar que ocupa el discurso literario latinoamericano en la confrontación con el europeo. Escribe Montaigne:

> *Quand le roy Pyrrhus passa en Italie. après quil eut reconnu l'órdonhance del'armée que les Romains lui envoyoient au devant: "Je ne sai, dit-il, quels barbares sont ceux-ci (car les Grecs appeloyent ainsi toutes les nations etrangéres). mais la disposition de cette armée queje vois n'esl áucunement barbare".*[1]

---

* Extraído de Adriana Amante y Florencia Garramuño (comp.) *Absurdo Brasil: polémicas en la cultura brasileña* (Buenos Aires: Biblos, 2000 [1971], pp. 61-77).

1 "Cuando el rey Pirro entró en Italia, después de haber examinado la formación del ejército que los romanos le enviaban al encuentro, dijo: 'No sé qué bárbaros son estos (pues los griegos denominaban así a todas las naciones extranjeras), pero la disposición de este ejército que veo no es de ningún modo bárbara'".

La cita histórica en Montaigne, sin duda metafórica en la medida en que anuncia la organización interna de aquel capítulo sobre los antropófagos de América del Sur —o más precisamente del Brasil—, la metáfora en Montaigne conlleva la marca de conflicto eterno entre el civilizado y el bárbaro, entre el colonialista y el colonizado, entre Grecia y Roma, entre Roma y sus provincias, entre Europa y el Nuevo Mundo, etc. Pero, por otro lado, las palabras del rey Pirro, dictadas por cierta sabiduría pragmática, no llegan a ocultar la sorpresa y el deslumbramiento ante un descubrimiento extraordinario: los bárbaros no se comportan como tales, exclama.

En el momento del combate, instante decisivo y revelador, en aquel instante en que las dos fuerzas contrarias y enemigas deben alinearse una frente a la otra, arrancadas brutalmente de su condición de desequilibrio económico, corporizadas bajo la forma de presente y guerra, el rey Pirro descubre que los griegos subestimaban el arte militar de los extranjeros, de los bárbaros, de los romanos. El desequilibrio instaurado por los soldados griegos —anterior al conflicto armado y, entre los superiores, causa de orgullo y presunción— es ante todo propiciado por el desfase económico que gobierna las relaciones entre las dos naciones. Pero en el momento mismo en que se abandona el dominio restringido del colonialismo económico, comprendemos que muchas veces es necesario invertir los valores de los grupos en oposición, y tal vez cuestionar el mismo concepto de superioridad.

Según la cita extraída de los *Ensayos,* allí donde se esperaba una *ordonnance de l'armée* delineada según los preconceptos sobre los romanos difundidos por los griegos, se encuentra un ejército bien organizado y que nada tiene que envidiar a los pueblos civilizados. Nos libramos de una embestida del orden de la cantidad y del colonialismo. dado que la admiración del rey Pirro revela un compromiso inquebrantable con el criterio de calidad que ella inaugura. A pesar de las diferencias económicas y sociales, los dos ejércitos se presentan en equilibrio en el campo de batalla Y aunque no sé presentaran en equilibrio, nunca está de más recordar las circunstancias inusitadas que rodean la muerte del monarca griego. Ese accidente inesperado, conlleva, por su actualidad, una advertencia firme para las poderosas naciones militares de hoy: Pirro, rey de Éfeso, "fue asesinado en la toma de Argos por una vieja señora que le arrojó una teja a la cabeza desde lo alto de un tejado", como nos informa deliciosamente, el *Petit Larousse*.

Vamos a hablar del espacio en el que se articula hoy la admiración del rey Pirro y de un probable proceso de inversión de los valores.

I

Pero antes es necesario establecer cierto número de distinciones, de modo que se pueda al mismo tiempo delimitar y precisar nuestro tópico. Analicemos, antes, por razones de orden didáctico, las relaciones entre dos civilizaciones que son completamente extrañas entre sí y cuyos primeros encuentros se sitúan en el nivel de la *ignorancia* mutua. Desde el siglo pasado, los etnólogos,[2] con el deseo de desmistificar el discurso condescendiente de los historiadores, concuerdan en señalar que la victoria del blanco en el Nuevo Mundo se debe menos a razones de carácter cultural que al uso arbitrario de la violencia, que a la imposición brutal de una ideología, como atestiguaría la recurrencia de las palabras 'esclavo' y 'animal' en los escritos de los portugueses y españoles, Expresiones que. aplicadas a los no occidentales configuran mucho más un punto de vista dominador que precisamente una traducción de! desee de conocer.

Claude Lévi-Strauss nos habla, en ese sentido, de una encuesta de orden psicosociológico emprendida por los monjes de la Orden de San Jerónimo. A la pregunta de si los indios eran capaces "de vivir por sí mismos, como campesinos de Castilla", la respuesta negativa se imponía inmediatamente:

> A la rigueur, peul-étre, leurs petits-enfanls: encore les indigénes sont-ils si profondément vicieux qu'on peut en douter: à preuve: ils luient les Espagnols, refusent de travailler sans rémunération, mais poussent la perversité jusqu'á faire cádeau de leurs biens: n'accep tent pas de rejeter leurs camarades á qui les Espagnols ont coupé les oreilles. [...] Il vaut mieux pour les Indiens devenir des hommes esclaves que de rester des animaux libres.[3]

En visible contraste, los indios —siguiendo todavía las informaciones dadas por Lévi-Strauss en *Tristes trópicos*—, los indios de Puerto Rico se dedican a la captura de blancos con la intención de matarlos por

---

2 Jacques Derrida, resaltando la contribución de la etnología en el proceso de deconstrucción de la metafísica occidental, comenta: "la etnología solo tuvo condiciones para nacer como ciencia en el momento en. que se operó un descentramiento: en el momento en que la cultura europea [...] fue dislocada, expulsada de su lugar, dejando entonces de ser considerada como la cultura de referencia", Y agrega: "Este momento no es solo un momento del discurso filosófico [...] es también un momento político, económico, técnico, etc.". (1972: 234).

3 "En rigor, tal vez sus hijos: además, los indígenas tienen vicios tan profundos que se puede dudar de eso: como prueba, evitan a los españoles, rechazan trabajar sin remuneración pero llevan la perversidad hasta el punto de ofrecer como presentes sus propios bienes: no aceptan repeler a sus compañeros a los cuales los españoles cortaron las orejas [...] Más vale que los indios se conviertan en hombres esclavos a que continúen siendo animales libres".

inmersión En seguida, durante semanas hacen guardia en torno de los ahogados, para saber si ellos se someten o no a las leyes de putrefacción Lévi-Strauss concluye no sin cierta ironía:

> les blancs invoquaient les sciences sociales alors que les Indiens avaient plutót confiance dans les sciences naturelles: et. tandis que les blancs proclamaient que les Indiens étaient des bétes. les seconds se contentaient de soupçonner les premiers d'etre des dieux. A ignorance égale le dernier procédé était certes plus digne d hommes. (Lévi-Strauss, 1955: 83)[4]

La violencia es siempre cometida por los indios por razones de orden religioso. Frente a los blancos, que se dicen portadores de la palabra de Dios, cada uno constituido en profeta por cuenta propia, la reacción del indígena es la de saber hasta qué punto las palabras de los europeos traducían la verdad transparente. Me pregunto ahora si las experiencias de los indios de Puerto Rico no se justificarían por el celo religioso de los misioneros Estos, en sucesivos sermones, predicaban la inmortalidad del verdadero Dios, la resurrección de Cristo: en seguida los indios se mostraban ávidos por contemplar el milagro bíblico, por probar el misterio religioso en todo su esplendor de enigma. La prueba del poder de Dios debería producirse menos por la *asimilación* pasiva de la palabra cristiana que por la visión de un acto verdaderamente milagroso.

En este sentido, encontramos informaciones preciosas y extraordinarias en la carta escrita al rey de Portugal por Pero Vaz de Caminha. Según el testimonio del escriba principal, los indios brasileños estarían *naturalmente* inclinados a la conversión religiosa,[5] dado que —de lejos— *imitaban* los gestos de los cristianos durante el santo sacrificio de la misa. En la imitación —imitación totalmente epidérmica, reflejo del objeto en la superficie del espejo, ritual privado de palabras— se encuentra el argumento más convincente que el navegante puede enviar a su rey en favor de la inocencia de los indígenas. Ante esas figuras rojas que imitan como monos a los blancos, cabría preguntar si ellos no procuraban llegar al éxtasis espiritual por la duplicación de los gestos. ¿No creerían que también podrían encontrar al dios de los cristianos al final de los "ejercicios espirituales", así como los indios de Puerto Rico se arrodillarían ante el español ahogado que hubiera escapado a la putrefacción?

---

4 "Los blancos invocaban a las ciencias sociales, mientras que los indios mostraban más confianza en las ciencias naturales: en tanto que los blancos proclamaban que los indios eran animales estos se limitaban a suponer que los primeros eran dioses, A igual ignorancia, esta última actitud era. ciertamente, más digna de hombres.

5 Consúltese nuestro artículo "A Palabra de Deus" (1970).

Entre los pueblos indígenas de América Latina la palabra europea, pronunciada y rápidamente borrada, se perdía en su inmaterialidad de voz, y nunca se petrificaba en signo escrito, nunca conseguía instituir en *escritura* el nombre de la divinidad. Los indios solo querían aceptar como moneda de comunicación la representación de los acontecimientos narrados oralmente, mientras que los conquistadores y misioneros insistían en los beneficios dé una conversión milagrosa, hecha por la asimilación pasiva de la doctrina transmitida oralmente. Instituir el nombre de Dios equivale a imponer el código lingüístico en el cual su nombre circula con evidente transparencia.

Colocar juntas no solo la representación religiosa sino también la lengua europea: ése era el trabajo a que se dedicaba el esfuerzo de los jesuitas y de los conquistadores a partir de la segunda mitad del siglo xvi en el Brasil. Las representaciones teatrales, hechas en el interior de las aldeas indígenas, comportan la *mise-en-scéne* de un episodio del *Flos Sanctorum* y un diálogo escrito en portugués y en tupí-guaraní, o —de una manera más precisa— el texto en portugués y su traducción en tupí-guaraní. A propósito, son numerosos los testimonios que insisten en señalar el *realismo* de esas representaciones. Un padre jesuita, Cardim, nos dice que, ante el cuadro vivo del martirio de San Sebastián, patrono de la ciudad de Río de Janeiro, los espectadores no podían ocultar la emoción y las lágrimas. La doctrina religiosa y la lengua europea contaminan el pensamiento salvaje; presentan en el escenario el cuerpo humano perforado por flechas, cuerpo en todo semejante a otros cuerpos que, por causa religiosa, encontraban muerte análoga. Poco a poco las representaciones teatrales proponen una substitución definitiva e inexorable: de ahora en más, en la nueva tierra descubierta, el código lingüístico y el código religioso se encuentran íntimamente ligados, gracias a la intransigencia, a la astucia y a la fuerza de los blancos. Por el mismo precio, los indios pierden su lengua y su sistema de lo sagrado y reciben a cambio el sustituto europeo.

Evitar el bilingüismo significa evitar el pluralismo religioso y significa también imponer el poder colonialista. En el álgebra del conquistador la unidad es la única medida que cuenta. Un solo Dios, un solo Rey, una sola Lengua: el verdadero Dios, el verdadero Rey, la verdadera Lengua, Como decía recientemente Jacques Derrida: "El signo y el nombre de la divinidad tienen la misma edad y el mismo lugar de nacimiento" (1967: 25), Una pequeña corrección se impone en la última parte de la frase, el suplemento de un prefijo que apunta a actualizarla afirmación: "la misma edad y el mismo lugar de renacimiento".

Ese renacimiento colonialista —producto reprimido de otro Renacimiento, el que se realizaba concomitantemente en Europa— a medida que avanza se apropia del espacio sociocultural del Nuevo

Mundo y lo inscribe, por la conversión, en el contexto de la civilización occidental, atribuyéndole incluso el estatuto familiar y social del primogénito. América se transforma en copia, simulacro que se quiere cada vez más semejante al original, cuando su originalidad no se encontraría en la copia del modelo original sino en su origen, borrado completamente por los conquistadores. Por el exterminio constante de los rasgos originales, por el olvido del origen, el fenómeno de duplicación se establece como la única regla válida de civilización. Así es como vemos nacer por todos lados esas ciudades de nombre europeo cuya única originalidad es el hecho de traer antes del nombre de origen el adjetivo "nuevo" o "nueva": New England, Nueva España, Nova Friburgo, Nouvelle France, etc. A medida que pasa el tiempo ése adjetivo puede tener —y muchas veces tiene— un significado diferente de aquel que le da el diccionario: lo *nuevo* significa bizarramente "fuera de moda", como en esta bella frase de Lévi-Strauss: "*Les tropiques sont moins exotiques que démodés*" (Lévi-Strauss, 1955: 96).

El neocolonialismo, la nueva máscara que aterroriza a los países del Tercer Mundo en pleno siglo XX„ es el establecimiento gradual en otro país dé valores rechazados por la metrópoli, es la exportación de objetos fuera de moda en la sociedad neocolonialista, transformada hoy en el centro de la sociedad de consumo. Hoy, cuando la palabra de orden está dada por los tecnócratas, el desequilibrio es científico, prefabricado; la inferioridad está controlada por las manos que manipulan la generosidad y el poder, el poder y el preconcepto Consultemos de nuevo a Montaigne:

> *ils sont sauvages, de méme que nous appellons sauvages les fruits que nature, de soi et de son progrés ordinaire, a produit: là où à la vérité, ce sont ceux que nous avons altere, par artífice et detournez de l'ordre commun, que nous devrions appeller plutót sauvages. En ceux lá sont vives et vigoureuses les vraies et les plus útiles et naturelles vertus et proprietes, lesquelles nous avons abastardies en ceux-ci et les avons seulement accomodées au plaisir de nostre goút corrompu*.[6]

El renacimiento colonialista engendra a su vez una nueva sociedad, la de los *mestizos,* cuya principal característica es el hecho de que la noción de *unidad* sufre un giro, es contaminada en favor de una mezcla

6 "Ellos son salvajes, así como llamamos salvajes a los frutos que la naturaleza, por si sola y por su progreso habitual produjo: en realidad, a aquellos que alteramos por medio de nuestro artificio y a los cuales desviamos del orden natural es que deberíamos preferentemente llamar 'salvajes'. En los primeros son vivas y vigorosas las verdaderas, más útiles y naturales virtudes y propiedades, las cuales bastardeamos en estos otros y solo los ajustamos al arbitrio de nuestro gusto corrompido".

sutil y compleja entre el elemento europeo y el elemento autóctono: una especie de infiltración progresiva efectuada por el pensamiento salvaje, o sea, apertura del único camino posible que podría llevar a la descolonización. Camino recorrido a la inversa del recorrido por los colonos. Estos en su deseo de exterminar a la raza indígena, recogían en los hospitales las ropas infectadas de las víctimas de viruela para colgarlas junto a otros regalos en los atajos frecuentados por las tribus En el nuevo e infatigable movimiento de oposición, de mancha racial, de sabotaje a los valores culturales y sociales impuestos por los conquistadores, una transformación mayor se opera en la superficie, pero que lleva definitivamente a corregir los dos sistemas principales que contribuyeron a la propagación de la cultura occidental entre nosotros: el código lingüístico y el código religioso. Estos códigos pierden su estatuto de pureza y poco a poco se dejan enriquecer por nuevas adquisiciones, por pequeñas metamorfosis; por extrañas corrupciones, que transforman la integridad del Libro Santo y del Diccionario y de la Gramática europeos. El elemento híbrido reina.

La mayor contribución de América Latina a la cultura occidental viene de la destrucción sistemática de los conceptos de *unidad* y de *pureza*;[7] estos dos conceptos pierden el contorno exacto de su significado, pierden su peso opresor, su signo de superioridad cultural, a medida que el trabajo de contaminación de los latinoamericanos se afirma, se muestra cada vez más eficaz. América Latina instituye su lugar en el mapa de la civilización occidental gracias al movimiento de desvío de la norma, activo y destructivo, que transfigura los elementos acabados e inmutables que los europeos exportaban al Nuevo Mundo. En virtud del hecho de que América Latina no puede cerrar más sus puertas a la invasión extranjera, tampoco puede reencontrar su condición de "paraíso", de aislamiento y de inocencia: se constata con cinismo que, sin esa contribución, su producto sería mera copia —silencio—; una copia muchas veces fuera de moda, a causa de ese retroceso imperceptible en el tiempo del que nos habla Lévi-Strauss. Su geografía debe ser una geografía de asimilación y de agresividad, de aprendizaje y de reacción, de falsa obediencia La pasividad reduciría su papel efectivo a la desaparición por analogía Conservando su lugar en segunda fila, es sin embargo necesario que señale su diferencia, marque su presencia, una

7 En un artículo con el significativo título de "Sol da Meia-Noite" (Sol de medianoche), Oswald de Andrade percibía por detrás de la Alemania nazi los valores de unidad y pureza y en su estilo típico comentaba con extraña felicidad: "La Alemania racista, purista y triunfalista necesita ser educada por nuestro mulato por el chino, por el indio más atrasado de Perú o de México por el africano de Sudán. Y necesita mezclarse de una vez y para siempre. Necesita ser deshecha, en el *melting-pot* del futuro. Necesita mulatizarse (1972: 62).

presencia muchas veces de vanguardia. El silencio sería la respuesta deseada por el imperialismo cultural, o incluso el eco sonoro que solo sirve para apretar más los lazos del poder conquistador.

Hablar, escribir significan: hablar contra, escribir contra.

II

Si los etnólogos son los verdaderos responsables de la desmistificación del discurso de la Historia, si contribuyen de manera decisiva a la recuperación cultural de los pueblos colonizados, corriendo él velo del imperialismo cultural; ¿cuál sería entonces el papel del intelectual hoy frente a las relaciones entre dos naciones que participan de una misma cultura, la occidental, pero en la situación en que una ejerce el poder económico sobre la otra? Si los etnólogos habían resucitado por sus escritos la riqueza y la belleza del obeto artístico de la cultura desmantelada por el colonizador, ¿cómo debe presentar el crítico hoy el complejo sistema de obras explicado hasta el presente por un método tradicional y reaccionario cuya única originalidad es el estudio de las fuentes y de las influencias? ¿Cuál sería la actitud del artista de un país en evidente inferioridad económica en relación con la cultura occidental, con la cultura de la metrópoli, y finalmente con la cultura de su propio país? ¿Podría admirarse la originalidad de una obra de arte si se instituyen como única medida las deudas contraídas por el artista con el modelo que tuvo necesidad de importar de la metrópoli? ¿O sería más interesante señalar los elementos de la obra que marcan su diferencia?

Esas preguntas no podrán tener una respuesta fácil o agradable, por el hecho mismo de que es preciso de una vez por todas declararla quiebra de un método que echó raíces profundas en el sistema universitario: las investigaciones que conducen al estudio de las fuentes o de las influencias Porque ciertos profesores universitarios hablan en nombre de la objetividad, del conocimiento enciclopédico y de la verdad científica, su discurso crítico ocupa un lugar capital entre otros discursos universitarios Pero es necesario que lo coloquemos ahora en su verdadero lugar Ese tipo de discurso crítico apenas señala la indigencia de un arte ya pobre debido a las condiciones económicas en las que puede sobrevivir, solo subraya la falta de imaginación de artistas que están obligados, por falta de una tradición autóctona, a apropiarse de modelos puestos en circulación por la metrópoli Ese discurso crítico ridiculiza la búsqueda quijotesca de los artistas latinoamericanos, cuando acentúan por rebote la belleza, el poder y la gloria de las obras creadas en el seno de la sociedad colonialista o neocolonialista. Ese discurso reduce la creación de los artistas latinoamericanos a la condición de obra parásita, una obra que se nutre de

otra sin agregarle nunca algo propio: una obra cuya vida es limitada y precaria, apresada como se encuentra por el brillo y por el prestigio de la fuente, del jefe de escuela.

La *fuente* se vuelve la estrella intangible y pura que, sin dejarse contaminar, contamina, brilla para los artistas de los países de América Latina, cuando estos dependen de su luz para su trabajo de expresión. Ella ilumina los movimientos de las manos, pero al mismo tiempo vuelve a los artistas súbditos de su magnetismo superior. El discurso crítico que habla de las influencias establece la estrella como el único valor que cuenta Encontrar la escalera y contraer la deuda que puede minimizar la distancia insoportable entre él, mortal, y la inmortal estrella: ése sería el papel del artista latinoamericano, su función en la sociedad occidental. Leí es preciso, además, dominar ese movimiento ascendente de que había el crítico y que podría inscribir su proyecto en el horizonte de la cultura occidental. Él lugar del proyecto parásito queda todavía y siempre sujeto al campo magnético abierto por la estrella principal y cuyo movimiento de expansión deshace la originalidad del otro proyecto y le otorga *a priori* un significado paralelo e inferior. El campo magnético organiza el espacio de la literatura gracias a esa fuerza única de atracción que el crítico elige e impone a los artistas, este grupo de corpúsculos anónimos que se nutre de la generosidad del jefe de escuela y de la memoria enciclopédica del crítico.

Dígase, entre paréntesis, que el discurso crítico que acabamos de delinear en sus generalidades no presenta —en esencia— ninguna diferencia con el discurso neocolonialista: los dos hablan de economías deficitarias. Aprovechemos el paréntesis y agreguemos una observación. Sería necesario escribir algún día un estudio psicoanalítico sobre el placer que puede traslucirse en el rostro de ciertos profesores universitarios cuando descubren una influencia, como si la *verdad* de un texto solo pudiera ser señalada por la deuda y la imitación. Curiosa verdad esa qué predica el amor de la genealogía. Curiosa profesión esa cuya mirada se vuelve hacia el pasado detrimento del presente, cuyo crédito se recoge por el descubrimiento de una deuda contraída, de una idea robada, de una imagen o palabra pedidas a préstamo, La voz profética y caníbal de Paul Valéry nos llama: "*Rien de plus original, ríen de plus soi que de se nourrir des autres. Mais il fáut les digérer. Le lion es fait de mouton assimilé*".[8]

Cerremos el paréntesis. Declarar la quiebra de tal método implica la necesidad de sustituirlo por otro en el que los elementos olvidados,

8 Nada hay más original, nada más intrínseco a *sí* que alimentarse de los otros. Es necesario, sin embargo, digerirlos. El león está hecho de carnero asimilado.

descuidados, abandonados por la crítica policial serán aislados, puestos en relieve, en beneficio de un nuevo discurso crítico, el cual a su vez olvidará y descuidará la caza de las fuentes y las influencias y establecerá como único valor crítico la diferencia. El escritor latinoamericano —dado que es necesario finalmente limitar nuestro asunto de discusión— lanza sobre la literatura la misma mirada malévola y audaz que encontramos en Roland Barthes en su reciente lectura-escritura de *Sarrasine,* ese cuento de Balzac incinerado por otras generaciones. En *S/Z,* Barthes nos propone cómo punto de partida la división de los textos literarios en textos legibles y textos escribibles, teniendo en cuenta el hecho de que la *valoración* que hoy se hace de un texto está íntimamente ligada a una "práctica y esta práctica es la de la escritura". El texto legible es el que puede ser leído, pero no escrito, no reescrito, es el texto clásico por excelencia, el que invita al lector a permanecer en el interior de su encierro. Los otros textos, los escribibles, presentan —por el contrario— un modelo productor (y no representacional) que incita al lector a abandonar su posición tranquila de consumidor y a aventurarse como productor de textos: "*remettre chaqué texte, non dans son individualité. mais dans son jeu*".[9]

Nos dice Barthes. Por lo tanto, la lectura, en lugar de tranquilizar al lector, de garantizarle su lugar de cliente que paga en la sociedad burguesa, lo despierta, lo transforma, lo radicaliza y sirve finalmente para acelerar el proceso de expresión de la propia experiencia. En otros términos, invita a la praxis. Citemos de nuevo a Barthes: "*queles textes accepterais-je d écrire (de ré-écrire), de désirer, d'a-vancer comme une forcé dans ce monde qui est le mien*?".[10]

Esta pregunta, reflejo de una asimilación inquieta e insubordinada, antropófaga, es semejante a la que hacen desde hace mucho tiempo los escritores de una cultura dominada por otra: sus lecturas se explican por la búsqueda de un texto escribible, texto que puede incitarlos al trabajo, servirles de modelo en la organización de su propia escritura Esos escritores utilizan sistemáticamente la digresión, esa forma mal integrada del discurso del saber, como señala Barthes. La obra segunda es, pues, establecida a partir de un compromiso feroz como el *déjà-dit,* para emplear una expresión recientemente acuñada por Michel Foucault en el análisis de *Bouvard el Pócuchet.* Podríamos precisar: con lo "ya escrito".

El texto segundo se organiza a partir de una meditación silenciosa y traicionera sobre el primer texto, y el lector, transformado en autor,

---

9 "Reconstituir cada texto, no en su individualidad, sino en su juego".

10 "¿Qué textos aceptaría yo escribir (reescribir), desear, afirmar como una fuerza en este mundo que es el mío?".

intenta sorprender al modelo original en sus limitaciones, en sus debilidades, en sus lagunas; lo desarticula y lo rearticula de acuerdo con sus intenciones, según su propia dirección ideológica, su visión del tema presentado inicialmente por el original. El escritor trabaja *sobre* otro texto y casi nunca exagera el papel que la realidad que lo rodea puede representar en su obra. En este sentido, las críticas que muchas veces se hacen a la alienación del escritor latinoamericano, por ejemplo, son inútiles e incluso ridículas. Si solo habla de su propia experiencia de vida, su texto pasa inadvertido por sus contemporáneos. Es necesario que aprenda primero a hablar la lengua de la metrópoli para inmediatamente combatirla mejor. Nuestro trabajo crítico se definirá ante todo por el análisis del uso que el escritor hizo de un texto o de una técnica literaria que pertenece al dominio público, del partido que él saca, y nuestro análisis se completará por la descripción de la técnica que el mismo escritor crea en su movimiento de agresión al modelo original, haciendo ceder las bases que lo proponían como objeto único y de reproducción imposible. El imaginario, en el espacio del neocolonialismo. ya no puede ser el de la ignorancia o el de la ingenuidad, alimentado por una manipulación simplista de los datos ofrecidos por la experiencia inmediata del autor, sino que se afirmaría cada vez más como una escritura sobre otra escritura. La obra segunda, en tanto supone en general una crítica a la obra anterior, se impone con la violencia desmistificadora de las láminas anatómicas que dejan al desnudo la arquitectura del cuerpo humano. La propaganda se vuelve eficaz porque el texto habla el lenguaje de nuestro tiempo.

El escritor latinoamericano juega con los signos de otro escritor, de otra obra. Las palabras del otro tienen la particularidad de presentarse como objetos fascinantes para sus ojos, sus dedos: y la escritura del texto segundo es en parte la historia de una experiencia sensual con el signo extranjero. Sartre describió admirablemente esa sensación, la aventura de la lectura, cuando nos habla de sus experiencias de niño en la biblioteca familiar:

> *Les souvenirs touffus et la douce déraison des enfances paysannes, en vain les chercherais-je en moi. Je n'ai jamais gratlé la terre ni quété des nids, je n'ai pas herborisé ni lancé des pierres aux oiseaux. Mais les Iivres ont été mes oiseaux et mes nids, mes bétes domestiques. mon étable et ma champagne*.[11]

11 "Los densos recuerdos y el dulce contrasentido de los niños campesinos, en vano los buscaría en mí. Nunca hurgué la tierra ni busqué nidos, no coleccioné plantas ni les tiré piedras a los pajaritos. En cambio, los libros fueron mis pajaritos y mis nidos, mis mascotas, mi establo y mi campo".

Como el signo se presenta muchas veces en una lengua extranjera, el trabajo del escritor, en lugar de ser comparado con el de una traducción literal, se propone antes como una especie de traducción global, de pastiche, de parodia, de digresión. El signo extranjero se refleja en el espejo del diccionario y en la imaginación creadora del escritor latinoamericano y se disemina por la página en blanco con la gracia y la coquetería del movimiento de la mano qué traza líneas y curvas Durante el proceso de traducción, el imaginario del escritor está siempre en escena, como en este bello ejemplo tomado a préstamo de Julio Cortázar.

Él personaje principal de *62 Modelo para armar* —de nacionalidad argentina— ve diseñada, en el espejo del restaurante parisino al que entró para cenar, esta frase mágica: "*Je voudrais un cháteau saignant*". Pero en lugar de reproducir la frase en la lengua original, la traduce inmediatamente al español: "Quisiera un castillo sangriento". Escrito en el espejo y apropiado por el campo visual del personaje latinoamericano, *cháteau* sale del contexto gastronómico y se inscribe en el contexto feudal, colonialista, la casa donde habita el señor, el *castillo*. Y el adjetivo, *sangriento,* que significaba solo la preferencia o el gusto del cliente por el bife jugoso, en la pluma del escritor argentino se vuelve la marca evidente de un ataque, de una rebelión, el deseo de ver el *cháteau,* el *castillo* sacrificado, de derribarlo a sangre y fuego. La *traducción* del significante introduce un nuevo significado: y, además, el signo lingüístico nuclear conlleva el nombre de aquel que mejor comprendió el Nuevo Mundo en el siglo XIX: René de Chateaubriand. No es casual que el personaje de Cortázar, antes de entrar al restaurante, haya comprado el libro de otro viajero infatigable, Michel Butor, libro en el que este habla del autor, de *René y* dé *Atalá.* Y la frase del cliente, pronunciada en toda su inocencia gastronómica, "*je voudrais un cháteau saignant*", es percibida en ¡a superficie del espejo, del diccionario, por una imaginación puesta en funcionamiento por la lectura de Butor, por la situación del sudamericano en París, "quisiera un castillo sangriento".

Es difícil precisar si es la frase lo que capta la atención del sudamericano, o si él la ve porqué acaba de levantar los ojos del libro de Butor. En todo caso, una cosa es cierta: las lecturas del escritor latinoamericano no son nunca inocentes. No podrían serlo nunca.

Del libro al espejo, del espejo al parroquiano glotón, de *cháteau* a su traducción, de Chateaubriand al escritor americano, del original a la agresión; en esas transformaciones[12] realizadas, en la ausencia final

12 Seguimos de cerca las enseñanzas de Derrida con relación al problema de la traducción dentro de los presupuestos gramatológicos: "*Dans les limites ou elle est*

de movimiento, en el deseo hecho coágulo, escritura, allí se abre el espacio crítico por donde es necesario comenzar hoy a leer los textos románticos del Nuevo Mundo. Si el significante es el mismo en ese espacio, el significado pone en circulación otro mensaje, un mensaje invertido. Aislemos, por comodidad, la palabra 'indio'. En Chateaubriand y muchos otros románticos europeos, este significante se vuelve el origen de todo un tema literario que nos habla de la evasión, del viaje, deseo dé huir de los límites estrechos deja patria europea. Rimbaud, por ejemplo, abre su "*Bateau Ivre*" con una alusión a los "*Peaux rouges criards*", que anuncia en su candor infantil el grito de rebelión que se escuchará en el final del poema: "*Je regrette l'Europe aux anciens parapets*". Sin embargo, cuando aquel mismo significante aparece en el texto romántico norteamericano se vuelve símbolo político, símbolo del nacionalismo que finalmente eleva su voz libre (aparentemente libre, como a menudo es —desgraciadamente— el caso), después de las luchas de la independencia. Y si entre los europeos aquel significante expresa un deseo de expansión, entre los americanos su traducción marca lá voluntad de establecer los límites de la nueva patria, una forma de contracción

Detengámonos por un instante y analicemos de cerca un cuento de Jorge Luis Borges, cuyo título ya es revelador de nuestras intenciones: "Pierre Menard, autor del Quijote". Pierre Menard, novelista y poeta simbolista, pero también lector infatigable., devorador de libros, será la metáfora ideal para precisar ajustadamente el lugar y el papel del escritor latinoamericano, que vive entre la asimilación del modelo original (esto es, entre el amor y el respeto por lo va escrito) y la necesidad de producir un nuevo texto que enfrente al primero y muchas veces lo niegue. Los proyectos literarios de Pierre Menard fueron inicialmente clasificados celosamente por una Mme. Bachelier: son los escritos publicados durante su vida y leídos con placer por sus admiradores. Pero Mme Bachelier no incluye en la bibliografía de Menard. nos dice el narrador del cuento, el más absurdo y el más ambicioso de sus proyectos, reescribir el *Quijote:* "No quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino *el Quijote,* La omisión perpetrada por Mme. Bachelier se debe al hecho de que no consigue ver la obra invisible de Pierre Menard —nos declara el narrador del cuento—, aquella que es la "subterránea, la interminablemente heroica, la impar", Los pocos capítulos que Menard escribe son invisibles porque el

---

possible oü du moins elle parait possible. La traduction pratique la différence entre signifié et signifiant. Mais si cette différence n´est jamais puré, la traduction ne l´est pas davantage et, á la notion de traduction il faudra substituer une notion de transformation: transformation réglée d'une langue par une autre, d'un text par un autre" (1972: 31).

modelo y la copia son idénticos; no hay diferencia alguna de vocabulario, de sintaxis, de estructura entre las dos versiones, la de Cervantes y la otra, la copia de Menard, La obra invisible es la paradoja del texto segundo que desaparece completamente, dando lugar a su significado más exterior, la situación cultural, social y política en la que se sitúa el segundo autor.

El texto segundo puede, sin embargo, ser *visible,* y así es como el narrador del cuento puede incluir el poema "Le Cimetiére Marín", de Paul Valéry, en la bibliografía de Menard. porque en la transcripción del poema los endecasílabos de Valéry se transforman en alejandrinos. La agresión al modelo, la transgresión del modelo propuesto por el poema de Valéry se sitúa en esas dos sílabasagregadas al endecasílabo, pequeño suplemento sonoro y diferencial que reorganiza el espacio visual y silencioso de la estrofa y del poema de Valéry, modificando también el ritmo interno de cada verso. La originalidad de la obra *visible de* Pierre Menard reside en el pequeño suplemento de violencia que instala su presencia en la página en blanco y señala la ruptura entre el modelo y su copia, y finalmente sitúa al poeta frente a la literatura, a la obra que le sirve de inspiración. "*Le lion es fáit de mouton assimilé*".

Según Pierre Menard, si para construir su texto Cervantes no "rehusó la colaboración del azar", él —en cambio— había "contraído el misterioso deber de reconstruir literalmente su obra espontánea". Hay en Menard, como entre los escritores latinoamericanos, un rechazo de lo "espontáneo", y la aceptación de la escritura como un deber lúcido y consciente, y tal vez ya sea tiempo de sugerir como imagen reveladora del trabajo subterráneo e interminablemente heroico el título mismo de la primera parte de la colección de cuentos de Borges: "El jardín de senderos que se bifurcan". La literatura, el jardín: el trabajo del escritor. la elección consciente ante cada bifurcación y no una aceptación tranquila del azar de la invención. El conocimiento es concebido como una forma de producción. La asimilación del libro por la lectura ya implica la organización de una *praxis* de la escritura

El proyecto de Pierre Menard rechaza, por lo tanto, la libertad total en la creación, poder que tradicionalmente se le delega al artista, elemento que establece la identidad y la diferencia en la cultura neocolonialista occidental. La libertad, en Menard, es controlada por el modelo original, así como la libertad de los ciudadanos de los países colonizados es vigilada de cerca por las fuerzas de la metrópoli. La presencia de Menard —diferencia, escritura, originalidad— se instala en la transgresión del modelo, en el movimiento imperceptible y sutil ele conversión, de perversión, de inversión

La originalidad del proyecto de Pierre Menard, su parte visible y escrita, es consecuencia del hecho de que se rehúsa a aceptar la

concepción tradicional de la invención artística, porque él mismo niega la libertad total del artista. Como Robert Desnos, proclama como lugar de trabajo las *formes prisons*. El artista latinoamericano acepta la prisión como forma de comportamiento, la transgresión como forma de expresión. De ahí, sin duda, el absurdo, el tormento, la belleza y el vigor de su proyecto visible. Lo invisible se vuelve *silencio en* su texto., la presencia del modelo: en tanto que lo visible es el mensaje, es lo que es ausencia en el modelo Citemos una última vez a Pierre Menard: "Mi solitario juego está gobernado por dos leyes polares. La primera me permite ensayar variantes de tipo formal o psicológico; la segunda me obliga a sacrificarlas al texto original".

El escritor latinoamericano es el devorador de libros sobre el cual los cuentos de Borges nos hablan insistentemente. Lee todo el tiempo y publica de vez en cuando. El conocimiento no llega nunca a oxidar los delicados y secretos mecanismos de la creación; por el contrario, estimula su proyecto creador, pues es el principio organizador de la producción del texto. En ese sentido, la técnica de lectura y de producción de los escritores latinoamericanos se parece a la de Marx, sobre la que recientemente nos habló Louis Althusser. Nuestra lectura es tan *culpable* corno la de Althusser, porque nosotros estamos leyendo a los escritores latinoamericanos *"en observant les regles d'une lecture dont ils nous donnent l´impressionante leçón dans leur propre lecture"* de los escritores europeos. Citemos de nuevo a Althusser: *"Quand nous lisons Marx, nous sommes d'emblée devant un lecteur, qui devant nous, et á haute voix, lit.* [...] *il lit Quesnay, il lit Smith, il lit Ricardo, etc.* [...] *pur s'appüyer sur ce qu'ils ont dit d'exact, et pour critiquer ce qúils ont dit de faux"*.[13]

La literatura latinoamericana de hoy nos propone un texto y, al mismo tiempo, abre el campo teórico en el que es necesario inspirarse durante la elaboración del discurso crítico del que ella será objeto. El campo teórico contradice los principios de cierta crítica universitaria que solo se interesa por la parte *invisible* del texto, por las deudas contraídas por el escritor, al mismo tiempo que rechaza el discurso de una crítica pseudomarxista que predica una práctica primaria del texto, observando que su eficacia sería consecuencia de una lectura fácil Estos teóricos olvidan que la eficacia de una crítica no puede ser medida por la pereza que ella inspira: por el contrario, ella debe descondicionar al lector, hacer imposible su vida en el interior de la sociedad burguesa y de consumo. La lectura fácil da la razón a las fuerzas

13 "Cuando leemos a Marx, estamos inmediatamente delante de un *lector,* que ante nosotros y en voz alta *lee.* [...] lee a Quesnay, lee a Smith, lee a Ricardo, etc. [...] para apoyarse sobre lo que dijeron correctamente y para criticar lo que dijeron de falso".

neocolonialistas que *insisten* en el hecho de que el país se encuentra en situación de colonia por la pereza de sus habitantes. El escritor latinoamericano nos enseña que es necesario liberar la imagen de una América Latina sonriente y feliz, el carnaval y la *Fiesta,* colonia de vacaciones para el turismo cultural.

Entre el sacrificio y el juego, entre la prisión y la transgresión, entre la sumisión al código y la agresión, entre la obediencia y la rebelión, entre la asimilación y la expresión, allí, en ese lugar aparentemente vacío, su templo y su lugar de clandestinidad, allí se realiza el ritual antropófago de la literatura latinoamericana.

BIBLIOGRAFÍA

Andrade, O. de 1972 *Ponta de Lança (Punta de Lanza)* (Río de Janeiro: Civilização Brasiliense).

Derrida, J. 1967 *De la Grammatologie* (París: Minuit).

Derrida, J. 1972 *A escritura e a diferença (La escritura y la diferencia)* (São Paulo: Perspectiva).

Lévi-Strauss, C. 1955 *Tristes Tropiques* (París: Plon).

Santiago, S. 1970 "A Palabra de Deus" en *Barroco* (Belo Horizonte) Nº 3.

EL DESTINO NACIONAL*

Dary Ribeiro

LOS DOLORES DEL PARTO

Brasil funcionó primero como una fábrica esclavista, exóticamente tropical, habitada por indios nativos y negros importados. Luego, como un consulado en el que un pueblo sublusitano, mestizado con sangres afros e indias, vivía el destino de un proletariado externo en posesión extranjera. Los intereses y las aspiraciones de su pueblo jamás fueron tomados en cuenta, porque solo se ponía la atención y el celo en el cumplimiento de los requisitos para la prosperidad de la fábrica exportadora. Se estimulaba la captación de más indios traídos de los matos o la importación de más negros traídos de África, para aumentar la fuerza de trabajo que era la fuente de producción de los lucros de la metrópolis. Nunca existió aquí el concepto de pueblo, que englobara a todos los trabajadores y les atribuyera derechos. Ni siquiera el derecho elemental de trabajar, alimentarse, vestirse y habitar.

Ese primado del lucro sobre la necesidad genera un sistema económico accionado por un ritmo acelerado de producción de lo que el mercado externo exigía de esta, basado en una fuerza de trabajo fundado en el atraso, famélica, ya que no se atendía en absoluto la producción y reproducción de sus condiciones de existencia.

* Extraído de *O povo brasileiro – a formação e o sentido do Brasil* 1995 (São Paulo: Companhia das Letras), capítulo 5. Traducción al español: Eugenia Alzueta.

En consecuencia, siempre coexistieron una prosperidad empresarial, que a veces llegaba a ser la más grande del mundo, y una penuria generalizada de la población local. La sociedad era, de hecho, un mero conglomerado de personas multiétnicas, oriundas de Europa, África o nativos del mismo país, activadas por el más intenso mestizaje, por el genocidio más brutal con la aniquilación de pueblos tribales y por el etnocidio radical, con la despersonalización cultural de los contingentes indígenas y africanos.

Se alcanzan así, paradójicamente, las condiciones ideales para la transfiguración étnica a través de la desindianización forzada de los indios y por la desafricanización del negro quienes, despojados de su identidad, se ven condenados a inventar una nueva etnicidad que los englobe a todos ellos. Así es que se fue fundiendo una masa humana cada vez mayor que había perdido el rostro: eran ex indios desindianizados, y sobre todo mestizos, mujeres negras e indias, muchísimas, con unos poquísimos blancos europeos que con ellas se multiplicaron prodigiosamente.

El núcleo luso, formado por muy pocos portugueses que entraran al país en el primer siglo, y por las mujeres, aún más raras que vinieron a vivir aquí, mirando a todo el resto desde las alturas de su prejuicio reinal, operaba con la fuerza de sus armas la expoliación económica, buscando imponer a todos su forma étnica y su cara civilizatoria. Ocurre, sorprendentemente, que ese pueblo naciente, en vez de configurarse como una Lusitania de ultramar, lo hace como un pueblo en sí, que lucha desde entonces por tomar consciencia de sí mismo y realizar sus potencialidades.

Esa masa de mulatos y caboclos, lusitanizados por la lengua portuguesa que hablaban, por la visión del mundo, fueron plasmando la etnia brasileña y promoviendo, simultáneamente, su integración bajo la forma de un Estado nación. Este ya estaba maduro al recibir los grandes contingentes de inmigrantes europeos y japoneses, lo cual permitió que todos estos se fueran asimilando en condición de brasileños genéricos.

Algunos, sobre todo japoneses, conservando marcas físicas de sus orígenes imposibles de disfrazar, tienen, en consecuencia, cierta resistencia a la plena asimilación o al reconocimiento de esta una vez que se cumplió plenamente. No dejan nunca de ser *nisei*,[1] porque lo llevan en el rostro. Otros inmigrantes, como los italianos, alemanes, españoles, se asimilaron más fácilmente, aceptando plenamente su condición de brasileños. Algunos hasta exacerban, como fue el caso del

1 Hijo de japoneses nacidos en América (nota del traductor).

general Geisel, brasileño de primera generación, que nunca entendió por qué los indios, aquí hace tantos siglos, temían no ser brasileños.

Los árabes son los inmigrantes más exitosos, integrándose rápidamente a la vida brasileña, participando en las instituciones políticas y alcanzando posiciones en el gobierno. Hasta olvidan de dónde vinieron y su miserable vida en sus países de origen. Ciegos ante el hecho de que su éxito se explica, en gran parte, por el desgarro que ellos vean y actúen en la sociedad local armados con prejuicios e incapaces de cualquier solidaridad, desligados de cualquier lealtad, de obligaciones familiares y sociales, para concentrarse únicamente en el esfuerzo por enriquecerse.

La actitud de esos inmigrantes frecuentemente es de desprecio e incomprensión. Tienden a considerar que los brasileños pobres son responsables de su pobreza y que el factor racial es lo que hunde en la miseria a los descendientes de indios y negros.

Hasta llegan a afirmar que la religión católica y la lengua portuguesa contribuyeron al subdesarrollo brasileño. Ignoran que llegaron aquí por crisis que los volvieron excedentes, descartables, de la mano de obra en sus patrias y que aquí encontraron un inmenso país ya abierto, de fronteras fijas, rigiendo con autonomía su destino.

Afortunadamente ninguno de esos contingentes tiene la consistencia suficiente como para presentarse como una etnia disputante del dominio de la sociedad global, o pretender una autonomía de destino.

Contrariamente a lo que sucede en otros países, que encierran dentro de su cuerpo contingentes claramente opuestos a la identificación con la macroetnia nacional, en Brasil, a pesar de la multiplicidad de orígenes raciales y étnicos de la población, no se encuentran tales contingentes esquivos y separatistas dispuestos a organizarse en quistes.

Lo que desgarra y separa a los brasileños en componentes opuestos es la estratificación de clases. Pero es esta la que, en las bajas, unifica y articula, como brasileños, a las inmensas masas predominantemente oscuras mucho más solidariamente consolidadas como tales, que en el negro profundo o el blanco cal, ya que ninguno de esos defectos son incurables. El portavoz más brillante de esa visión deformada de ciertos descendientes de inmigrantes fue el sabio Hermann von Ihering. En su pasión por defender a sus coterráneos alemanes, que estaban en guerra contra los indios que vivieron desde siempre en los territorios donados para la colonización, prestó su prestigio científico para dos campañas. La de pedir al gobierno el exterminio de los indios como requisito de progreso y de civilización, y la de acusar a las personas brasileñas, que habían construido el país que lo recibía, de incapaz de cualquier emprendimiento.

> Los actuales indios del Estado de San Pablo no representan un elemento de trabajo y progreso. Como también sucede en los otros Estados de Brasil, no se puede esperar trabajo serio y continuado por parte de los indios civilizados y como los Cáingang salvajes, son un estorbo para la colonización de las regiones del Sertón que habitan, parece que no queda otro medio al cual recurrir sino su exterminio.
> La conversión de los indios no ha dado resultado satisfactorio; aquellos indios que se unieron a los portugueses inmigrados, no dejaron más que una influencia maléfica en las costumbres de la población rural. Estoy convencido de que se debe esencialmente a esas circunstancias que el Estado de S. Pablo está obligado a incluir miles de inmigrantes, dado que no es posible contar, de modo eficaz y seguro, con los servicios de esa población indígena para los trabajos que el cultivo exige. (Ihering, 1907: 215)

Otros intérpretes de nuestras características nacionales ven los más variados defectos y cualidades a los que les atribuyen valor causal. Un ejemplo nos basta. Para Sérgio Buarque de Holanda características nuestras serían, las heredadas de los ibéricos, la altanería hispánica, la negligencia y la plasticidad lusitanas, así como el espíritu aventurero y el aprecio a la lealtad de unos y otros, y también, su gusto más por el ocio que por el negocio. De la mezcla de todos esos ingredientes resultaría una cierta flojedad y anarquismo, la falta de cohesión, el desorden, la indisciplina y la indolencia. Pero derivarían también de estas, cierta inclinación por el mandoneo, para el autoritarismo y para la tiranía.

Como casi todos esos son defectos, debemos admitirnos que somos un caso feo, siendo tamañas carencias las que padecemos. ¿Será así? Mucho me temo que no. Mucho peor habría sido para nosotros, tal vez, y Sérgio lo reconoce, tener lo contrario a nuestros defectos, tales como el servilismo, la humildad, la rigidez, espíritu para el orden, sentido del deber, el gusto por la rutina, la gravedad, la sensatez. Estos bien podrían sernos aún más nefastos porque nos habrían sacado la creatividad del aventurero, la adaptabilidad de quien no es rígido sino flexible, la vitalidad de quien enfrenta, osado, azares y fortunas, la originalidad de los indisciplinados.

Se habla mucho también de pereza brasileña, atribuida tanto al indio indolente como al negro fugitivo y hasta a las clases dominantes viciosas. Todo esto es más que sospechoso frente al hecho de lo que aquí se hace. Y se hace mucho, como la construcción de toda una civilización urbano durante los siglos de vida colonial, incomparablemente más pujante y brillante que aquello que se pudo comprobar en América del Norte, por ejemplo.

La cuestión que se nos plantea es entender por qué ellos, tan pobres y atrasados, rezando en sus iglesias de madera, sin destacarse en

ningún área de creatividad cultural, ascendieran plenamente a una civilización industrial, mientras nosotros nadábamos en el retraso.

Las causas de ese descompás deben buscarse en otras áreas. Lo malo aquí, y el factor causal efectivo del atraso, es el modo de ordenamiento de la sociedad, estructurada contra los intereses de la población, desde siempre desangrada para servir a designios ajenos y opuestos a los suyos. No existe, nunca existió aquí, un pueblo libre que rigiera su destina en busca de su propia prosperidad.

Lo que existió y lo que existe es una masa de trabajadores explotada, humillada y ofendida por una minoría dominante, espantosamente eficaz en la formulación y la conservación de su propio proyecto de prosperidad, siempre lista para aplastar cualquier amenaza de reforma del orden social vigente.

CONFRONTACIONES

¿Qué es Brasil entre los pueblos contemporáneos? ¿Qué son los brasileños? En tanto pueblo de las Américas contrasta con los pueblos testimonios, como el de México o el del altiplano andino, con sus pueblos oriundos de grandes civilizaciones que viven el drama de su dualidad cultural y el desafío de su fusión con una nueva civilización.

Otro bloque contrastante es el de los pueblos trasplantados, que representa en las Américas tan solo la reproducción de humanidades y paisajes europeos. Los Estados Unidos de América y Canadá son de hecho más parecidos y emparentados a la Sudáfrica blanca y a Australia que a nosotros. Argentina y Uruguay, invadidos por una ola gringa que lanzó 4 millones de europeos un mero millón que había asaltado el país y hecho la independencia, soterrando la vieja formación hispano-india, son otros trasplantados. Solo voy a preguntar, ¿por qué, con la igual de rica, o incluso más rica producción de cereales, carnes y lanas, no consiguen la prosperidad de Australia y Canadá que se enriquecieron con mucho menos?

¿Será el viejo Cromwell y la institucionalidad por él creada, que aún rige en el norte, lo que hace la diferencia?

Los otros latinoamericanos son, como nosotros mismos, pueblos nuevos, en construcción. Tarea infinitamente más compleja, porque una cosa es reproducir ultramar el desabrido mundo europeo, otra es el drama de refundar grandes civilizaciones, y un tercer desafío muy diferente es el nuestro, el de reinventar el humano, creando un nuevo género de personas, diferentes a cuantas existan.

Si miramos allá fuera, África contrasta con nosotros porque todavía vive el drama de su europeización, seguida de su propio liderazgo libertario al que le desagrada la tribalidad que sobrevive y a la que amenaza explotar, más que la recolonización. ¡Ilusos! Si los indios

que sobrevivieron en Brasil resistieron quinientos años y continúan siendo ellos mismos, sus equivalentes en África resistirán también para reírse en la cara de sus líderes neoeuropeizadores. Mundos más remotos, como los orientales, más maduros que la misma Europa, se estructuran dentro de la nueva civilización, conservando su rostro. Nosotros, los brasileños, en ese cuadro, somos un pueblo por ser, impedido de serlo. Un pueblo mestizo en la carne y en el espíritu, ya que aquí el mestizaje jamás fue crimen o pecado. En él fuimos hechos y todavía continuamos haciéndonos. Esa masa de nativos oriundos del mestizaje vivió durante siglos sin consciencia de sí, fundada en la *rünguendad*. Así fue hasta definirse como una nueva identidad étnico nacional, la de los brasileños. Un pueblo, hasta hoy por ser, en la dura búsqueda de su destino. Al mirarnos y escucharnos se percibe fácilmente, de hecho, un nuevo romanismo, un romanismo tardío, pero mejor porque fue lavado con las sangres del indio y del negro.

En efecto, algunos soldados romanos, acampados en la península Ibérica, latinizaron desde allí a los pueblos prelusitanos. Lo hicieron tan firmemente que sus hijos conservaron la latinidad y el rostro, resistiendo a siglos de opresión por parte de los invasores nórdicos y sarracenos.

Después de 2000 años de esfuerzo, saltaron al mar-océano y vinieron a vivir a Brasil para plasmar el neo-romanismo que somos.

Cabe señalar que, a pesar de haber sido hechos de la fusión de matrices tan diferentes, los brasileños son hoy, uno de los pueblos más homogéneos lingüística y culturalmente, y también uno de los más socialmente integrados de la Tierra. Hablan una misma lengua, sin dialectos. No abrigan ningún contingente que reivindique autonomía, ni se apegan a pasado alguno. Estamos sí abiertos al futuro.

Naciones hay en el Nuevo Mundo —Estados Unidos, Canadá, Australia— que son meros trasplantes de Europa hacia amplios espacios de ultramar. No representan novedad alguna para este mundo. Son excedentes que ya no cabían en el Viejo Mundo y vinieron aquí a repetir Europa, reconstruyendo sus paisajes natales para vivir más holgados y libres, sintiéndose en casa. Es cierto que a veces se ponen creativos, y reinventan la república y la elección griega. Raramente. Son, en rigor, lo opuesto a nosotros.

Nuestro destino es unificarnos con todos los latinoamericanos a partir de la oposición en común a nuestro mismo antagonista que es la América anglosajona, para fundar, así como ocurre en la comunidad europea, la Nación Latinoamericana soñada por Bolívar. Hoy, somos 500 millones, mañana seremos mil millones. Vale decir, un contingente humano de magnitud suficiente para encarnar la latinidad frente a los bloques chinos, eslavos, árabes y neobritánicos de la humanidad futura.

Somos pueblos jóvenes todavía en la lucha para hacer de nosotros mismos un nuevo género humano que nunca existió antes. Tarea mucho más difícil y penosa, pero también mucho más bella y desafiante.

La realidad es que somos la nueva Roma. Una Roma tardía y tropical. Brasil ya es la más grande nación neolatina, por su magnitud poblacional, y comienza a serlo también por su creatividad artística y cultural.

Ahora necesita serlo en el ámbito de la tecnología de la futura civilización, para llegar a ser una potencia económica, de progreso auto sustentado. Estamos construyéndonos en la lucha para mañana florecer con una nueva civilización, mestiza y tropical, orgullosa de sí misma. Más alegre por haber sufrido más. Mejor porque incorpora en ella más humanidades. Más generosa porque está abierta a la convivencia con todas las razas y todas las culturas y porque se encuentra en la más bella y luminosa provincia de la Tierra.

BIBLIOGRAFÍA

Ihering, H. von. 1907 "A antropologia do estado de São Paulo" en *Revista do Museu Paulista* (São Paulo) vol. VII, pp. 202-257.

Teorías, traducciones e innovaciones

.br

UN SEMINARIO DE MARX*

Roberto Schwarz

La historia mundial no siempre existió;
La historia, como historia mundial,
es un resultado.

Karl Marx, "Introducción".
Fundamentos de la crítica a la economía política.

El marxismo está a la baja y parece ser una letanía. Sin embargo, me parece difícil no reconocer que algunos de los argumentos más innovadores y menos ideológicos del debate brasileño dependen de él, con su énfasis en el interés material y en las divisiones sociales. ¿Será el caso de olvidar —o silenciar— el nexo entre lógica económica, alienación, antagonismo de clase y desigualdades internacionales? ¿Y será cierto que la vida del espíritu es más relevante sin estas referencias?

Como tuve la suerte de participar de un momento de marxismo crítico, me pareció interesante contar algunas cosas a respecto. Me refiero a un grupo que se organizó en São Paulo, a partir de 1958, en la Facultad de Filosofía, para estudiar *El Capital.* Surgieron varios buenos maestros del grupo, que escribieron libros de calidad, y vio a uno de sus miembros convertirse en presidente de la Republica. Naturalmente, no me imagino que el marxismo, ni mucho menos nuestro seminario, hayan llegado al poder. Pero es posible reconstruir más o menos un camino que llevó de la Facultad de Filosofía en la Calle Maria Antônia y de aquel grupo de estudios a la proyección nacional y al gobierno del país. Aunque susceptible de alocadas deducciones, es un tema que merece reflexión.

* Extraído de *Sequências brasileiras* 1999 (São Paulo: Companhia das Letras) pp. 86-105.

¿Cuál es el origen del seminario? Como todo lo que es antediluviano, el origen es nebuloso y existe más de una versión al respecto. Giannotti cuenta que, mientras era becario en Francia, frecuentó el grupo *Socialismo o Barbarie,* donde escuchó las declaraciones de Claude Lefort acerca de la burocratización de la Unión Soviética. De regreso a Brasil, en 1958, propuso a su grupo de amigos, jóvenes asistentes de izquierda, que estudiasen el tema. Fernando Novais creyó que era mejor dispensar intermediarios y leer *El capital* de una vez. La anécdota muestra la combinación heterodoxa y adelantada, en formación en la época, del interés universitario por el marxismo y distancia crítica en relación a la Unión Soviética.

Cuando el seminario empezó a reunirse, las figuras constantes eran Giannotti, Fernando Novais, Paul Singer, Octavio Ianni, Ruth y Fernando H. Cardoso. Con estatuto de aprendiz, también aparecían algunos estudiantes más: Bento Prado, Weffort, Michael Löwy, Gabriel Bolaffi y yo. La composición era multidisciplinar, de acuerdo con la naturaleza del tema, y estaban representadas la filosofía, la historia, la economía, la sociología y la antropología. Vivíamos alrededor de la universidad, pero nos reuníamos afuera, para estudiar con más provecho, a salvo de tener que compartir y de las dificultades propias a la institución. El ambiente era de compañerismo, animado, y también de rivalidad. Durante un buen tiempo la primera prevaleció. La discusión y la crítica eran enérgicas, unos opinaban del trabajo de los otros, había temas compartidos y disputados, con la suerte de que el proceso tenía una cierta nota colectiva, con poca margen para la propiedad privada de ideas.

En cada encuentro se explicaban y discutían 20 páginas del libro. Las juntas se hacían a cada quince días, en las tardes de sábado, con rotación de quien exponía y de la casa, y con una buena comida al final. Había mucha desigualdad de pose entre los participantes, patente en las respectivas viviendas, que iban de lo opulento y cómodo al modesto piso compartido. No pregunté la opinión de los demás, pero me acuerdo de la diferencia como algo que nos unía, que no faltaba algo poético. En lugar de molestar, contribuía para darnos el sentimiento de la primacía del interés intelectual y político. La fórmula funcionó y la generación que nos siguió armó un seminario de composición más o menos paralela, en 1963. Después, la costumbre entró para el movimiento estudiantil, ya en el ámbito de la resistencia a la dictadura del '64. Se puede percibir que en la época los círculos de lectura de Marx se multiplicaron en todo el mundo, una "coincidencia" que vale la pena examinar.

Con la muerte de Stalin, en 1953, la difusión de las realidades inaceptables de la Unión Soviética y de la vida interna de los partidos

comunistas ganó amplitud, también entre adeptos y simpatizantes. La incongruencia con las aspiraciones libertarias y el espíritu crítico del socialismo quedó irrefutable. En este marco, el regreso a Marx representaba un esfuerzo de auto-rectificación de la izquierda, así como de reinserción en la primera línea de la aventura intelectual. Afrontaba el derecho de exclusividad, el monopolio exegético que los partidos comunistas se habían conferido a sí mismos en relación a la obra de sus clásicos, de la cual daban una versión de catecismo, inepta y regresiva. A la distancia, el seminario paulino sobre *El capital* era parte de esta ola, como indica la inspiración lefortiana inicial. En efecto, la crítica al marxismo vulgar, así como las barbaries conceptuales del PCB, era uno de sus puntos de honor. Pero es cierto que los descalabros de la Unión Soviética —el desafío esencial para una izquierda a la altura del tiempo— no ocupaban el primer plano en nuestro imaginario. La apuesta en el rigor y en la superioridad intelectual de Marx, aunque suscitada por el conflicto histórico del comunismo, era redefinida en términos de la agenda local, de superación del atraso por medio de la industrialización, lo que no dejaba de ser abstracto y retraído en relación al curso efectivo del mundo. Regresaremos a este tema.

La otra referencia internacional fue la Revolución Cubana, en 1959. Ella también desmentía el marxismo oficial, pues no fue hecha por obreros, no fue dirigida por el Partido Comunista y no respetó la secuencia de etapas prevista por la teoría. Su gran repercusión rompió con la burbuja local que vivía el imaginario latinoamericano, el cual se dio cuenta, con fervor, que formaba parte de una escena contemporánea y de su transformación, y hasta portadora de utopía. La increíble aventura de los revolucionarios, en particular la figura ardiente de Guevara, parecía cambiar la idea del posible; prestaba un nuevo sentido a la iniciativa personal, a la independencia de espíritu, al propio patriotismo, y también a la valentía física, que más adelante pasarían por tremendas pruebas.

El contexto nacional, izquierda aparte, estaba formado por el desarrollo de Juscelino Kubitschek, con su propósito de avanzar cincuenta años en cinco. Tres décadas después, recordando el período, Celso Furtado observa que en aquellos años parecía posible un despegue recuperador, que redujera la diferencia que nos separaba de los países más desarrollados. Las nuevas industrias, con sus propagandas en los períodos ilustrados y noticieros de cine, los autos nacionales circulando en las calles, la inmensa zona de obras en Brasilia, inspeccionada por el presidente siempre sonriendo, que para la ocasión vestía un casco de obrero, el pueblo pobre y esperanzado llegando de todas partes, una arquitectura que pasaba por ser la más moderna del mundo, pizcas de antiimperialismo combinadas con los viejos

negocios, todo eso eran cambios extraordinarios, animados por una irresponsabilidad sin límites. El país se sacudía el retraso, al menos en su forma tradicional, pero no se dirigía, ni remotamente, por una noción exigente de progreso. Era inevitable, en las circunstancias, que otras aceptaciones más estrictas del interés nacional, de la lucha de clases, de la integridad administrativa etc. empezasen a asombrar el ambiente, para bien y para mal.

Por lo tanto, el contexto inmediato del seminario no era la izquierda ni la nación, si no la Facultad de Filosofía. En sus departamentos más vivos, apoyada por el impulso inicial de los profesores extranjeros, la Facultad huía de las rutinas retrasadas y buscaba un alto nivel, es decir, referido al patrón contemporáneo de investigación y debate. Nueva en el ambiente, la naturaleza organizada y técnica del trabajo universitario buscaba desbancar las viejas formas de producción intelectual. Se trataba de un empeño formador, colectivo, patriótico sin patriotas, convergente con el ánimo progresista del país, que sin embargo se distinguía por no vivir en contacto con el mundo de los negocios ni con las ventajas del oficialismo. De ahí una cierta atmósfera provinciana, seria, simpáticamente pequeño-burguesa, mucho más adelantada que el clima de corte que marcaba la *intelligentsia* apoyada en el desarrollo gubernamental —ver *Terra en transe,* de Glauber Rocha—. Por otro lado, también venía de ahí la consecuencia en las ideas, ya que estas corrían en un mundo aparte, que poco sufría la confrontación de las correlaciones de fuerza reales, por las que teníamos franca antipatía.

Cuando los jóvenes profesores se pusieron a estudiar *El capital,* pensaban cambiar con la Facultad. Querían promover un punto de vista más crítico, y también una concepción científica superior, aunque medio esotérica. Brasil entraba en un proceso de radicalización, y la reflexión sobre la dialéctica y la lucha de clases parecía sintonizar con la realidad, al contrario de las otras grandes teorías sociales, más orientadas al orden y el equilibrio que a la transformación. Sin embargo, la principal consecuencia del seminario pudo haber sido la inversa: a través de él, la Facultad influiría de forma decisiva sobre el marxismo local.

Grosso modo, este había existido como artículo de fe del Partido Comunista y áreas semejantes, o, aún, como referencia filosófica de espíritus esclarecidos, impresionados con la resistencia soviética al nazismo y opuestos a los privilegios de la oligarquía brasilera. En este sentido, de hecho muy positivo, el marxismo era una presencia doctrinaria a la antigua, apoyada en lo cotidiano y embebida en manuales, sin perjuicio de la intensión progresista y de las constelaciones modernas a que se refería. Además de la norma stalinista, sin embargo,

la propia opción revolucionaria y popular, así como la persecución policiaca correspondiente —fuentes naturales de autoridad—, habían contribuido para confinarlo en un precario universo intelectual, alejado de la normalidad de los estudios y desproveído de relaciones profundas con la cultura del país. Tanto es así que sus mejores resultados, hasta donde veo, sucedieron donde menos se esperaba. Se encuentran dispersos en la obra de poetas y ensayistas con otra formación, de inserción cultural e histórica más densa, como por ejemplo Oswald y Mário de Andrade, que tuvieron influencia y a los que el enfoque materialista en el drama de clases, en el interés económico y en las implicaciones de la técnica sugirió formulaciones modernas. El caso de excepción fue Caio Prado Jr., en que el prisma marxista se articuló críticamente a la acumulación intelectual de una gran familia del café y de la política, produciendo una obra superior, ajena a la superficialidad y asentada en el conocimiento sobrio de las realidades locales.

Pues bien, la conexión deliberada de la lectura de *El capital* al motor de la investigación universitaria modificaría el marco y dejaría la cultura marxista anterior en una difícil situación. En lo esencial, el desnivel indicaba distintos regímenes de reflexión social, de los cuales uno se estaba volviendo anacrónico. Los aspectos modernos de la Facultad, que era una institución especializada, de estudiosos profesionales, dejaban patentes los lados arcaicos y amateurs de los liderazgos del campo popular. Como es evidente, son cambios históricos objetivos, que no dicen nada del valor de las personas. De hecho, es cierto que la institucionalización de la inteligencia tiene un alto precio en alienación y embotamiento. Sea como sea, la idea de una izquierda marxista sin cliché, a la altura de la investigación universitaria contemporánea, abierta para la realidad, sin cadáveres en el closet y sin autoritarismo, era nueva.

La intensidad intelectual del seminario debía mucho a las intervenciones lógico-metodológicas de Giannotti, cuyo contenido exigente, exaltado y obscuro, además de siempre vuelto hacia el progreso de la ciencia, causaba excitación. El propio sector de los científicos sociales se había compenetrado de la misión fiscalizadora del filósofo, de quien esperábamos el esclarecimiento decisivo, la observación que nos permitiría subir a otro plano, o huir de la trivialidad. Supersticiones aparte, la voluntad de dar un gran paso adelante, y el sentimiento de que eso sería posible, estaban en el aire. Por Giannotti y Bento Prado interpuestos, el estudio de Marx tenía extensiones filosóficas, que nutrían nuestra insatisfacción con la vulgata comunista, además de hacer contrapeso a los manuales norteamericanos de metodología empírica, que tampoco dejábamos de consumir. A pesar de ser incómoda, la tensión entre estos extremos fue una fuerza del grupo, que

no renunciaba al propósito de explicar algún asunto real —en este sentido, nunca fue solo doctrinario—.

Sin embargo, si no me equivoco, la innovación más notable fue otra, también debida a Giannotti, que en su estadía en Francia había aprendido que los grandes textos se deben explicar con paciencia, palabra por palabra, argumento por argumento, con el objetivo de comprender su arquitectura. Paulo Arantes llamó la atención sobre la ironía del caso, en que la teoría más crítica de la sociedad contemporánea adquiría autoridad y eficacia entre nosotros a través de su asociación a la técnica de *explication de texte,* más o menos obligatoria en la secundaria europea (1994: capítulo 5). No obstante, se observa que, en Brasil, a no ser por la literatura de unos pocos escritores —Machado de Assis por delante— la idea de la consistencia integral de un texto no existía, de modo que la militancia del filósofo traía un claro progreso. Además, es cierto que los escritos de Marx, y en particular las paginas iniciales de *El Capital,* exigen un grado excepcional de atención. Al final, se percibe que el aprendizaje de la lectura cerrada y metódica atendía a las necesidades universitarias de iniciación y diferenciación. Era tanto así, que estaba en marcha un movimiento paralelo en los estudios literarios, donde también se enseñaba a leer "de otra manera", distinta de la común. Sin derroche y con resultados admirables, cada uno a su manera, Augusto Mayer, Anatol Roselfeld y Antonio Candido practicaban el *close reading* hacía algún tiempo. En esta misma época, Afrânio Coutinho hacia una ruidosa campaña por el *New Criticism,* al paso que los concretistas proclamaban su "responsabilidad integral frente al lenguaje" (Pignatari & Campos, 1965: 156). En resumen, la lectura de los textos y la explicación de la sociedad se tecnificaban, de forma por momentos exagerada, y por otros esclarecedora, pero siempre subiendo el nivel con los no-especialistas. Llegaba el tiempo de los universitarios.

Mientras, en Rio de Janeiro el ISEB conectaba la dialéctica y la lucha de clases al desarrollo. La institución era oficial, incluía varios antiguos integracionistas, no se cerraba a los comunistas, y entraba en un proceso de radicalización espectacular. Menos que lo insólito de la mezcla, nuestros ojos estrictos percibían el carácter más nacionalista que socialista de sus prédicas: se trataba de un cuadro claro de inconciencia, por lo cual lo desapreciábamos. No hay dudas de que la falta de rigor existía, y que en 1964 fue necesario pagar por ella. Pero también es cierto que el ISEB respondía por el empeoramiento social en curso —a veces de manera inventiva y memorable— mientras que nuestras objeciones poco salían del plano cerrado de las posiciones de principio. Detrás de la antipatía es posible que estuviesen, más allá de la oposición teórica, el complejo provinciano de los paulistas y, de

modo general, las diferencias entre Río y São Paulo. Como se sabe, la vida intelectual carioca evolucionaba en torno a la redacción de periódicos, editoriales, partidos políticos o ministerios: es decir, organismos con repercusión nacional e influencia sobre el debate político —sin hablar de playas, bohemia y mundanería—. Por otro lado, nuestra escuela en la calle Maria Antônia, ambiciosa y ruda, sufriendo la falta de eco nacional y teniendo como bandera el patrón científico, por oposición a la ideología. Además, es posible que la apuesta marxista "pura", orientada a la dinámica autónoma de la lucha de clases, tuviera más verosimilitud en el cuadro del capitalismo paulista. Mientras que en Río, con las brechas y verbas ofrecidas a la izquierda por la promiscuidad del nacional-populismo, no había cómo decir no al Estado, cuya ambigüedad en el conflicto, en parte, era efectiva. En esencia, sin embargo, la facilidad con que en el golpe de 1964 la derecha derrotaría a la izquierda, aparentemente tan aguerrida, demostró lo infundado de sus alianzas, dando razón a los paulistas (Pécaut, 1990).

Dicho esto, la contribución específica del seminario vino por otro lado. Los jóvenes profesores tenían por adelante el trabajo de la tesis y el desafío de firmar el buen nombre de la dialéctica en el terreno de la ciencia. De modo general eligieron asuntos brasileños, obsesionado con la opción por los de abajo que era propia a la escuela, donde se desarrollaban investigaciones sobre el negro, el campesino, el migrante, el folklore, la zona popular. Comentando el desplazamiento ideológico de los años treinta y cuarenta en la Facultad, Antonio Candido apuntó a la novedad democrática y anti-oligárquica de un elenco de temas (1992: 233-235). Este es el cuadro en que la intensa reflexión de *El capital* y del *Dieciocho Brumario,* apoyada por la literatura de los recién publicados *Historia y conciencia de clases,* de Lukács, y *Cuestiones de método,* de Sartre, dos clásicos del marxismo heterodoxo, iría mostrarse productiva. El hecho es que en determinado momento surgió en el seminario una idea que no es exagerado llamar una nueva institución de Brasil, que organizó los principales trabajos del grupo y tuvo una repercusión considerable. En suma, la novedad consistió en juntar lo que estaba separado, es decir, en articular la peculiaridad sociológica y política del país a la historia contemporánea del capital, cuya órbita era de otro orden. Con la parcialidad del estudiante que aprovechó solo una parte de lo que escuchaba y leía, expongo a continuación los argumentos que tuvieron relevancia para mí.

El paso adelante está indicado en el título del doctorado de F. H. Cardoso, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional* (1962). La osadía del libro, que estudia el Rio Grande del Sur en los años ochenta se encontraba en el complejo relacionamiento entre aquellos dos términos asimétricos, ni opuestos ni cercanos. No se trataba de categorías

complementarias, a la mera oposición entre casa grande y senzala, cuya unión compondría un todo sociológico. No se trataba, tampoco, de la culminación de un antagonismo global, a la manera, imaginemos, de "Esclavismo y abolición". Lo que el libro investiga a detalle son las conexiones efectivas entre capitalismo y esclavitud en una zona periférica del país, área con cierta autonomía, pero dependiente de lo que sucedía en las zonas centrales y en la vecina Argentina, donde primaba el trabajo asalariado.

Antes que el Señor, o la Libertad, *el otro* de la esclavitud es el capitalismo, y de modo muy relativo, ya que también es causa de ella. De entrada, eran relativizadas por la historia las polarizaciones abstractas entre esclavitud y libertad, entre los correspondientes tipos sociológicos, o la identificación ideológica entre libertad y capitalismo. Si en último análisis el capitalismo es incompatible con la esclavitud, y termina por liquidarla, por momentos también necesitó, para desarrollarse, desarrollarla y hasta implantarla. Por tanto, ni el capitalismo es tan avanzado, ni ella tan retrasada. Así, *la esclavitud podría formar parte del progreso,* y no era una mera humillación residual. Claro que no se trataba aquí de elogiarla, si no de mirar con imparcialidad dialéctica las paradojas del movimiento histórico; o, aún más, las ilusiones de una concepción linear del progreso. Sin que la polémica fuera explícita, se trataba de una importante especificación y estrategia del curso de la historia, ya que ponía en evidencia la ingenuidad de los progresistas corrientes. Especialmente en el campo de la izquierda se desmentía el itinerario de etapas obligatorias —con punto de partida en el comunismo primitivo, pasando por esclavismo, feudalismo y capitalismo, para aterrizar en el socialismo— en que el Partido Comunista fundaba su política "científica".

El camino fue abierto por Caio Prado Jr. quien, siguiendo la línea de Marx, explicó la esclavitud colonial como un fenómeno *moderno,* conectado a la expansión comercial europea, y ajeno a aquella sucesión de etapas canónicas. De hecho, el argumento de Caio trataba todavía de nuestra pre-historia. Ya en la monografía de F. H. Cardoso estamos en pleno Brasil independiente, cuyos movimientos nos atraviesan directamente. Haciendo uso de la terminología posterior, pero cuyo fundamento descriptivo ya se encuentra aquí, lo que tenemos es que el progreso nacional *repone,* es decir, reproduce y hasta amplía las inaceptables relaciones sociales de la Colonia. Y peor aún, cuando al fin suprime la esclavitud, no lo hace para integrar al negro como ciudadano a la sociedad libre, si no para enredarlo en viejas y nuevas formas de inferioridad, sujeción personal y pobreza, en las que se reproducen otros aspectos de la herencia colonial, que insiste en no disolverse y parece continuar con un gran futuro por adelante, lo cual

es necesario reconocer, una vez más, como fundado en la evolución *moderna* de la economía.

Las implicaciones de estos encadenamientos son numerosas. Para lo que nos interesa aquí, apuntemos algunas: a) la historia —¿del capital? ¿De la libertad? ¿De la alienación? ¿Del país? ¿De Río Grande?— procede por avances y retrocesos combinados; b) sin embargo avanza, tanto que el capitalismo termina obligando a la abolición de la esclavitud; c) al avanzar, esta no cumple las promesas formadas en el ámbito del conflicto anterior; d) llegado el momento, el avance tiene la forma de una tarea ineludible, cuyo alcance sin embargo permite una cierta libertad e invención políticas, así como el surgimiento de nuevas deshumanidades; e) los defectos de la sociedad brasileña, objetivados en su estructura sociológica o de clases, no deben ser concebidas como *resquicios* del pasado colonial, ni como *desvíos* del patrón moderno —cosa que, sin embargo, también son—, si no como partes integrantes de la actualidad en movimiento, como *resultados* funcionales o disfuncionales de la economía contemporánea, la cual excede los límites del país. En contra de los espejismos ideológicos, es tarea de la crítica elucidar las relaciones de toda orden, en especial las regresiones, de que se compone el progreso —de hecho, ¿progreso de quién?—.

La implicación mas innovadora, sin embargo, se refiere a la *aplicación* de categorías sociales europeas —sin exclusión de las marxistas— a Brasil y a las demás ex colonias, un procedimiento que lleva al equívoco, al mismo tiempo que es inevitable e indispensable. Dejemos a un lado la crítica al cansado uso de recetas, siempre justa, pero tan válida en el Viejo Mundo como entre nosotros. La dificultad de que tratamos aquí es más específica: en los países salidos de la colonización, el conjunto de categorías históricas plasmadas por la experiencia europea pasa a funcionar en un espacio con vigas sociológicas distintas, *diversa pero no ajena*, donde dichas categorías no se aplican con propiedad, ni pueden dejarse de aplicar, o mejor, giran en falso, pero son la referencia obligatoria, o, aún, tienden a un cierto formalismo. Un espacio *diverso*, porque la colonización no creaba sociedades semejantes a la metrópoli, ni la ulterior división internacional del trabajo equiparaba a las naciones. Se trata de un espacio del *mismo orden,* porque este también es comandado por la amplia dinámica del capital, cuyos desdoblamientos le otorgan la regla y definen la pauta. A la distancia, esa relativa vigencia de la coordinadas europeas —una configuración desconcertante y *sui generis,* que requiere una malicia distinta por parte del observador— es un efecto consistente de la gravitación del mundo moderno, o del desarrollo desigual y combinado del capitalismo, para usar la clásica expresión.

Ya en la perspectiva de las ex colonias, más o menos mejoradas por la fuerza del punto de partida, esperanzadas y empeñadas en la generalización local de los beneficios del progreso, la articulación inevitable de la modernidad y la desagregación colonial aparece como una *anomalía patria,* una originalidad en los momentos optimistas, una diferencia vergonzosa en los demás, pero siempre un desvío del patrón *civilizado*.

Uno de los mejores capítulos de *Capitalismo y esclavitud* estudia los dilemas de la racionalización en una economía esclavista. Claro que en este contexto las ideas de la razón y productividad, discutidas a detalle, aparecen a una luz cruda. El desplazamiento macabro, sin embargo, no las descalifica, ni carece de relevancia. Al contrario, así como hoy, las inadecuaciones de este tipo abren puertas hacia el lado oscuro más decisivo de la historia contemporánea, el lado global, de los resultados involuntarios, crecidos a costa de los principales interesados. Había conciencia en el seminario de que sin crítica e invención de categorías —es decir, sin la superación de la condición mental pasiva, de consumidores crédulos del progreso de las naciones desarrolladas, y también poco desarrolladas— no sería posible resolver la tarea histórico-sociológica instalada en nuestros países. En otras palabras, formaría parte de una inspiración marxista consecuente un cierto desplazamiento de la problemática clásica del marxismo, obligando a pensar la experiencia histórica con la propia cabeza, sin sujeción a las construcciones consagradas que nos servían de modelo, incluyendo las de Marx.

Estas cuestiones encontrarían su tratamiento maduro en la tesis de Fernando Novais sobre *Portugal y Brasil en la crisis del Antiguo Sistema Colonial (1777-1808)*. El libro, concebido en los años del seminario y terminado mucho tiempo después, es la obra prima del grupo. Como el título lo indica, la exposición va del todo a la parte y viceversa, con notable dominio sobre la mayoría en los dos planos. En contra del precepto corriente, que manda situar la historia local en su contexto más amplio —cuya comprensión, a su vez, no está en juego a su vez— Novais busca observar los ámbitos uno en el otro y en movimiento. Así, las reformas portuguesas en Brasil, que naturalmente buscaban preservar la posición de la Metrópoli, son observadas también como pasos involuntarios en dirección de la crisis y de la destrucción de la Antiguo Sistema Colonial en su conjunto, así como de Revolución Industrial en Inglaterra. Un encadenamiento propiamente dialéctico. La exposición en diversos planos, muy precisa y conectada, es un trabajo de alta relojería, sin tregua. Aquí también el marxismo riguroso, pero no dogmático ponía en dificultades las ideas preconcebidas, propias y ajenas. Entre estas, como se sabe, está la que afirma la primacía de

la producción sobre la circulación y, por tanto, funda la comprensión histórica en las relaciones de producción local. Pues bien, acompañando a la dinámica de conjunto del capitalismo mercantil, Novais llega a la conclusión heterodoxa, además de contra intuitiva, de que la esclavitud moderna es una imposición del tráfico negrero, y no al contrario. Al final, la interpenetración de la historia local y global alcanzada en este libro no describe solo la gravitación de aquel tiempo, sino que también responde a una intuición sobre el nuestro.

Una de las mejores contribuciones del seminario no vino desde dentro sino indirectamente. Espero no forzar la realidad creyendo que *Hombres libres en el orden esclavizador* (1964), de Maria Sylvia de Carvalho Franco, aunque elaborado fuera del grupo, respira el mismo clima crítico, ideológico y bibliográfico. Olvidando las diferencias, existe una complementariedad de fondo con *Capitalismo y esclavitud*. Este último libro sorprendía al integrar el trabajo esclavo a los cálculos y a la reproducción de la sociedad moderna. Análogamente, Maria Sylvia destacaba el vínculo estructural entre la categoría mas relegada y confinada del país —los hombres pobres del interior— y la configuración de riqueza y del poder más avanzados, tal como se habían desarrollado en la civilización del café. Aunque *Capitalismo y esclavitud* investigaba la economía de la carne seca en Rio Grande do Sul y *Hombres libres* tuvo como documentación de base los procesos-crímenes de la región de Guaratinguetá, las grandes líneas argumentativas de las dos monografías piden una lectura conjunta, ya que se refieren a las dimensiones interconectadas, generales y decisivas de la sociedad brasilera en el conjunto.

La violenta sujeción que se encontraba el esclavo, así como la relación de dependencia de la que el hombre libre y pobre en el orden esclavista no puede huir, tienen ambas como antagonista, en polos opuestos, la capa de hombres que la propiedad inserta en el mundo del cálculo económico. Fernando Henrique había analizado los impasses crueles de la racionalización productiva en el esclavismo. En un espíritu similar, Maria Sylvia observa que los dueños de la tierra tratan, por momentos tratan a sus habitantes y dependientes como apadrinados con los que tienen obligaciones morales; y, por otro, como desconocidos, sin derecho a la vivienda o protección —es decir, que la tierra en que viven de favor puede ser vendida—. Este último cambio de actitud, en que el mundo se viene abajo para uno de los lados, ocurre arbitrariamente, sin satisfacción a dar, según la variación de los intereses económicos de la otra parte. Así, aunque en las dos monografías la simpatía de los autores es con los oprimidos, el resultado sustantivo va en la dirección contraria, señalando el margen de maniobra que la estructura peculiar del proceso brasileño faculta

a la propiedad, al cual según la conveniencia toca sus negocios por medio de la esclavitud, el trabajo libre, las relaciones paternalistas o la indiferencia moderna. Lejos de ser apenas un emparedamiento en el pasado, este abanico de "opciones" mostraba una bien explotada prerrogativa social en el interior de la escena contemporánea. En otras palabras, al profundizar el análisis de clase, el seminario especificaba la inmensa y desconcertante libertad de movimientos de la riqueza frente a los oprimidos en el país —lo que no dejaba de ser un resultado paradójico para un grupo de estudios marxistas—.

Como se sabe, las preguntas que dirigimos al pasado tienen fundamento en el presente. Si abstraemos la materia específica que las tres tesis investigaron —que les confería la nueva seriedad universitaria—, su conjunto indica la mano invisible de la historia contemporánea, o aún, indica la obra que se estaba bocetando a través de nosotros y que hasta ahora no llegó al papel con plenitud deseable.

Se trataba de entender la funcionalidad y la crisis de las formas "retrasadas" de trabajo, de las relaciones "arcaicas" de clientelismo, de las conductas "irracionales" de la clase dominante, así como de la inserción global y subordinada de nuestra economía, todo en nuestros días. El estímulo venía de la radicalización desarrollista, que la universidad respondía de modo oblicuo: ¿por qué la Abolición, además de no llevar a la libertad, no generó un sistema obrero a la manera clásica? ¿Cómo imaginar el estrecho pasaje de las relaciones de dependencia personal a la apertura nacional e internacional de la conciencia de clase? ¿Cómo se procesan internamente, en el centro de las aspiraciones emancipadoras y dentro de la correlación de fuerzas local, las grandes transformaciones de la actualidad, que de emancipadoras no tienen mucho? Aunque fuese la inspiración de todos, es necesario aceptar que el horizonte socialista no se dibujaba con firmeza en los hechos, ni ganaba cuerpo en la figura que estos trabajos libres de demagogia componían. Pasando por encima de las convicciones de los autores, la investigación académica radical iba delineando un cuadro irresuelto, de difícil interpretación, que todavía vale la pena interrogar.

La relevancia contemporánea y extra-académica de estos puntos de vista apareció en el siguiente libro de F. H. Cardoso, *Empresario industrial y desarrollo económico*, una tesis universitaria a medio camino de la intervención política. El párrafo final, redactado a las vísperas y bajo la presión del desenlace de 1964, concluía por una alternativa inesperada hacia la izquierda. En lo que dependiese de la burguesía industrial, que era quien más pesaba en la balanza, el rumbo estaba tomado: "satisfecho ya con la condición de socio menor del capitalismo occidental y de la guardia avanzada de la agricultura", ella renunciara a intentar "la hegemonía plena de la sociedad". La incógnita,

si hubiese, venía del campo opuesto. ¿Cuál sería la "reacción de las masas urbanas y de los grupos populares"? ¿Tendrían capacidad de organización y decisión "para llevar más adelante la modernización política y el proceso de desarrollo económico del país"? "En el límite la pregunta será entonces, ¿sub capitalismo o socialismo?".

Solo Dios sabe lo que habría sido este socialismo, pero el pronóstico, en lo que se refiere al sub capitalismo, no solo huía de la voz corriente, como se reveló después. La alternativa contrariaba de frente las formulaciones del Partido Comunista, que se habían transformado en el clima general de la izquierda y justificaban las alianzas en que esta creía. Siempre aplicando definiciones remotas, el PC afianzaba —con el cliché del tiempo— el interés antiimperialista de la burguesía nacional, que por la misma razón sería aliada de la clase obrera en la lucha por la industrialización del país, al paso que el latifundio y los norteamericanos formaban el bloque opuesto al progreso. En esta perspectiva, no habría industrialización sin victoria sobre el imperialismo, o, de otra forma, su victoria confinaría el país en su propiedad agrícola.

Como se sabe, este conjunto de tesis fue duramente desmentido por la historia. En el aprieto, la burguesía nacional prefirió la derecha y los norteamericanos al obrero nacionalista que, a su vez, en menor medida, también prefería las firmas extranjeras. Y lo más importante: contrariando la previsión de los progresistas, al golpe conservador le siguió un poderoso impulso industrial —que sin embargo no cumplió ninguna de las promesas políticas y civilizatorias que se acostumbran asociar al desarrollo económico—. Fernando Henrique acertó en toda línea, también en este punto: se trataba de un "sub capitalismo", codicioso de avances económicos y sin compromiso con la integración social del país. La impopularidad de la tesis no impedía que su adecuación fuese reconocida a media voz y supongo que la ascendencia intelectual y política de su autor en el interior de la izquierda creció a partir de ahí.

Otro factor de autoridad estuvo en la crítica frontal a las concepciones despolitizadas del subdesarrollo entonces difundidas por el *establishment* norte americano. Contra los esquemas abstractos de moda en los Estados Unidos, que proponían la cuestión en términos *inocentes*, de *variables económicas* bien o mal combinadas, se trataba de identificar los intereses involucrados, sin lo que aquellas variables serían letra muerta. En lugar de la nueva disposición de los factores económicos aislados, operado en el vacío, o de las escalas genéricas de transición de lo *tradicional* a lo *moderno*, se destacaba —con evidente ventaja intelectual— el campo efectivo de la lucha por el desarrollo. Un campo histórico, pautado por las grandes coordenadas del tiempo:

capitalismo monopólico, imperialismo, competencia internacional, descolonización, enfrentamiento entre capitalismo y socialismo, configuraciones específicas de la lucha de clases.

Quizás se pueda decir que, en aquellos tumultuosos años, de culminación y crisis del nacionalismo desarrollista, que trajo a la escena la masa de los excluidos y que los prometía integrar, la experiencia de la historia empujó una parte de la intelectualidad a dejar de ser pequeña. La teoría social desarrollada en las universidades de los países hegemónicos pasaba a ser examinada con una mirada crítica, la validez general de sus consensos sociológicos y económicos dejó de ser consenso, y su lado mediocremente apologético fue percibido. Con eso, la discusión del subdesarrollo adquirió una representatividad contemporánea inédita, que abría perspectivas al pensamiento de oposición también en el mundo desarrollado. La circulación mundial de la obra de Celso Furtado y de la Teoría de la Dependencia, sin hablar del destaque alcanzado por artistas latinoamericanos en el período, presentan testimonios de este creciente interés. Con altos y bajos, el florecimiento del marxismo y de la dialéctica en el continente expresaba y formulaba esta repolarización de los puntos de vista, que impregnó de historia y contradicción la cuestión técnica de la lucha contra el retraso.

Desde el ángulo académico, pero también político, la novedad estaba en asociar la mirada marxista de la industrialización brasileña a una encuesta sobre lo que pensaban y hacían los empresarios. El marxismo se enfrentaba con hechos que le conciernen, al paso que los industriales eran puestos frente a su responsabilidad histórica, vista en el amplio marco de la industrialización retrasada, del progreso y de la integración —o desintegración— nacional, de la confrontación entre capitalismo y socialismo —sin olvidar la opción por el golpe militar inminente, una fecha destacada en el calendario de la Guerra Fría—. Sin favor, la investigación universitaria dejaba de ser remota. La búsqueda de la conexión viva y contradictoria entre las contingencias locales y el avance global de la historia contemporánea atendía a un ideal de dialéctica. En otro plano, también respondía a una aspiración peculiar del debate brasileño, siempre aislado de la actualidad por las características singulares y "arcaicas" del país, y siempre necesitado, por eso mismo, de un trabajo crítico de desprovincialización, que permitía comprenderlo en el presente.

La ruta y la conclusión del *Empresario industrial* formaban la síntesis actualista de los resultados del seminario. Según el libro trata de mostrar, el trayecto en dirección al progreso no es lo mismo en los países desarrollados y en los subdesarrollados, aunque aquellos sirvan de modelo para estos. Esto no quiere decir que los últimos no

se desarrollen, si no que su desarrollo corre en otras vías, encuentra problemas diferentes y es llevado adelante por categorías sociales que tampoco son las mismas. Así, su burguesía nacional no corresponde al concepto de burguesía nacional, así como para su clase trabajadora. La propia idea de racionalidad económica no coincide, y solo los doctrinarios o los sociólogos no sabían que un empresario weberiano estricto en Brasil podría ir mal y que sería un ejemplo de irracionalidad. Según los espíritus ofuscados por el modelo canónico, estas diferencias inviabilizarían el desarrollo. No así el espíritu dialéctico, que se acostumbró a ver al mismo en el otro. En realidad, es al interior de aquellas diferencias tan heterodoxas que el desarrollo se gesta, hasta que en el '64 la crisis convoque a la orden del día la redefinición de la sociedad, que daría sustancia social y civilizadora a las promesas del crecimiento, cuando entonces la clase dominante acorta las aspiraciones populares y sale por la brecha del sub capitalismo, que la nueva configuración de la economía internacional le abría.

En resumen, con el progreso las anomalías de la sociedad brasileña se reproducían sobre otra base, en lugar de disolverse. Desde otro ángulo, estas anomalías son la organización sociológico-política sobre la que se procesa la inserción del país en la economía internacional y, por lo tanto, nada más *normal* que ellas.

Aún en otros términos, el desarrollo de los países sub desarrollados no lleva al progreso sino en apariencia, pues así como, llegado el momento estos reponen su estructura social "arcaica", el capitalismo visto como un todo y en plena acción modernizante también repone la situación subdesarrollada, que en este sentido es parte de la estructura arcaica de la propia sociedad contemporánea, cuyo desarrollo sería puesto en duda. En otras palabras, se equivocaron tanto los incrédulos como los crédulos. El pionerismo en el cuadro —cuyos colores paradójicos exageré un poco— era grande, llevando Florestan Fernandes a escribir en la solapa que "de hecho, solo los científicos sociales de los 'países subdesarrollados' poseen condiciones para resolver problemas metodológicos o teóricos mal formulados por los autores clásicos". El propio autor de la monografía sabía de la novedad y el riesgo de su posición, pues termina la nota introductoria recordando al Galileo de Brecht que, en determinado momento, pensando en sí mismo, en la ciencia y en la Inquisición, hace el elogio de los copernicanos: "El mundo entero estaba contra ellos y ellos tenían razón". Cuando un poco más adelante Giannotti redactó su influyente crítica al marxismo de Althusser, en que se oponía, con notable independencia, al vaciamiento positivista de las categorías sociales, supongo que responde a un sentimiento de este mismo orden, de valía de la experiencia histórica real (1968; 1975).

Dependencia y desarrollo en Latinoamérica fue escrito después del golpe, en Chile, y ya no pertenece a la época del seminario. No tengo los conocimientos para un buen comentario de sus relaciones con la teoría económica cepalina, ni de la repercusión que alcanzó, evidentemente grande. Su programa de especificaciones históricas, sociológicas y económicas, así como el sistema de variaciones de país a país, que apunta para un todo en movimiento, constituyen la novedad y la fuerza del libro. Espero no equivocarme, sin embargo, percibiendo que en parte se trata de la generalización y del ajuste, para el continente, de los puntos de vista del *Empresario industrial.* Allí están las singularidades de las reorganizaciones sociológicas nacionales, siempre subdesarrollados y cargadas de historia, funcionando como soporte de la inserción contemporánea de la economía. Son estas las trabas del carácter dependiente, o "sub", de sus países, que no por eso quedan excluidos del desarrollo capitalista, que se procesó de forma *sui generis* a través de aquellos mismos arreglos —la reposición de retraso—, o de su reformulación —el retraso repuesto de modo nuevo—. Se trataba de mostrar que las categorías económicas no andan solas y que la subordinación de los subdesarrollados no dispensaba una corriente de transmisión interna, accesible a la lucha política —este el momento combativo—. Y que las transformaciones del capitalismo central cambian los términos de enfrentamiento de clases en los países periféricos, abriendo salidas imprevistas en el cuadro del conflicto cristalizado anteriormente, que pasa a girar en falso, mientras la nueva solución recrea otra modalidad de retraso —este es el momento de constatación dura—.

Para concluir con un toque picante, saltando más de veinte años, creo posible mirar una configuración análoga en las elecciones presidenciales de 1994. Para Lula y el Partido de los Trabajadores la disputa se daba en términos nacionales *internos,* teniendo por un lado el Brasil podrido y conservador, adornado por la palabrería tecnocrática, y por otro lado el Brasil social, del progreso y de la integración de los excluidos. Al paso que FHC apostaba en la incidencia de la mutación económica global, que valorizaba la estabilidad doméstica, invitaba al electorado a participar de las novedades materiales y organizativas del mundo contemporáneo, y declaraba materia vencida los conflictos sociales armados en el período anterior. A la vista del resultado, una vez más la evolución general del capitalismo desarmaba el enfrentamiento interno, de contenido sociológico claro, y daba espacio a la reconducción, aunque relativa, del bloque del poder. Todo se alinea con los análisis ya clásicos del propio sociólogo que, sin embargo, en ocasiones previas, se habían destinado a abrir los ojos de la izquierda, al paso que ahora llevaban a la presidencia a su propio autor, al

frente de una coalición partidaria de centro-derecha.[1] El significado histórico de esta victoria está abierto y no es tema de mi testimonio —a no ser muy indirectamente, por el enfoque de su conexión con las conclusiones del grupo, armadas en el estudio del Brasil esclavista—. En efecto, la constatación del margen de libertad absurda y anti-social de que la clase dominante —fortalecida por su vínculo con el *progreso* del mundo externo— dispone en el país, fue uno de los resultados que sin querer llegaban a nuestros estudios marxistas.

Ahora, con treinta años de distancia, ¿cómo queda el seminario? Ya dije lo que pienso de sus contribuciones para la interpretación de Brasil. Sin embargo, visto desde mi perspectiva actual, el marxismo del grupo dejaba a desear en algunos aspectos, que quizás siempre sean los mismos. *No hubo mucho interés por la crítica de Marx al fetichismo de la mercancía.* Como correspondía a aquellos años de desarrollo, el enfoque estaba en los impasses de la industrialización brasilera, que podrían hasta empujar en la dirección de una ruptura socialista, pero no llevaban a la crítica profundizada de la sociedad que el capitalismo generó y de que aquellos impases forman parte. Era lógico que hubiese una dosis de conformismo en el proyecto básicamente nacional, o hasta continental, de sacar la diferencia y superar el retraso, ya que los países más desarrollados —aunque no sus teorías sociológicas— tenían eran tomados como parámetro y como buenos. Aparte de la lógica de la mercancía en la propia producción, la normalización de la barbarie poco entraba en el análisis y quedó como el bloque menos oportuno de la obra de Marx. Por las mismas razones faltó al seminario una comprensión de la importancia de los frankfurtianos, donde el marxismo sombrío, más impregnado de realidad que los demás, había asimilado y articulado una apreciación plena de las experiencias del nazismo, del comunismo stalinista y del *american way of life,* encarado sin complacencia. De ahí también una posible inocencia del grupo en relación al lado degradante de la mercantilización e industrialización de la cultura, consideradas sin mayores restricciones. Finalmente, había una cierta indiferencia en relación al valor de conocimiento del arte moderno, incluido el brasileño, donde no se le atribuía importancia a su visión negativa y problematizada del mundo actual. El precio literario y cultural pagado por este último defecto —de hecho, un subproducto perverso de la lucha por la afirmación de la universidad— fue alto, ya que hizo que los grandes descubrimientos del seminario no se alineasen productivamente al potencial crítico de las letras y la cultura de la época, quedando confinado al código y al territorio académico, diciendo y rindiendo menos de lo que podría.

---

1 Para un análisis crítico de la ruta, ver José Luís Fiori (1994: 6-7).

Es suficiente pensar en las relaciones de la prosa de Gilberto Freyre y Sérgio Buarque con la cultura modernista, a las que se prende el estatuto tan especial de sus obras. Creo que no exagero si creo que la institución histórico-sociológica del seminario no queda debiendo a la de estos maestros, aunque es evidente que, por la falta de elaboración de un instrumento literario de este nivel, entroncado en las letras contemporáneas, las respectivas obras no ocupan un lugar de mismo orden.

Mirando más alto, al fin, me parece cierto que la clara visualización del subdesarrollo y de su articulación tiene un alcance histórico-mundial, capaz de sostener, supongamos, algo como las *Minima moralia* referentes a lo que es sin duda una de las llaves del destino contemporáneo. Queda la sugerencia, pero la idea quizás no pudiese realizarse en nuestro medio, ya que en último análisis estábamos —y estamos— enganchados en encontrar la solución para el país, *ya que Brasil tiene que tener una salida*. Bien ¿alguien imagina a Marx escribiendo el *Capital* para salvar Alemania? Así, nuestro seminario, a fin de cuentas, permanecía pautado por la estrecha problemática nacional, es decir, por la tarea de superar nuestro retraso relativo, siempre antepuesta a la actualidad. Quedaba otro paso, que enfrentase —en la plenitud complicada y contradictoria de sus dimensiones presentes, que son transnacionales— las relaciones de definición e implicación recíproca entre retraso, progreso y producción de mercancías, términos y realidades que se han de entender como la precariedad y la crítica unos de los otros, sin el que la ratonera no se desarma.

BIBLIOGRAFÍA

Arantes, P. E. 1994 *Um departamento francês de ultramar* (São Paulo: Paz e Terra).

Candido, A. 1992 "Entrevista" en *Brigada ligeira e outros estudos* (São Paulo: Unesp).

Cardoso, F. H. 1962 *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional* (São Paulo: Paz e Terra).

Fiori, J. L. 1994 "Os moedeiros falsos" en *Mais!* (São Paulo) 3 de julio.

Giannotti, J. A. 1968 "Contra Althusser" en *Teoria e Prática* (São Paulo) Nº 3.

Giannotti, J. A. 1975 *Exercícios de filosofia* (São Paulo: Brasiliense).

Pécaut, D. 1990 *Os intelectuais e a política no Brasil* (São Paulo: Ática).

Pignatari, A. de C. D.; Campos, H. de 1965 "Plano piloto para poesia concreta" en *Teoria da poesia concreta* (São Paulo: Invenção).

CAMINOS Y DESCAMINOS DE LA REVOLUCIÓN PASIVA A LA BRASILEÑA*

Luiz Werneck Vianna

En Brasil nunca hubo, de hecho, una revolución, y sin embargo, siempre se habla de esta como si su simple invocación viniera a dar vida a procesos que sería mejor designarlos de modo más corriente. Sobre todo aquí, se califican como revolución movimientos políticos que solamente encontraron su razón de ser en la firme intención de evitarla, de modo tal que se habla de Revolución de la Independencia, Revolución de 1930, Revolución de 1964, habituados todos a un lenguaje de paradojas en el que la *conservación*, para cumplir plenamente con su papel, necesita reivindicar lo que debería constituir su contrario —la revolución—. En esa dialéctica brasileña en la que la tesis parece estar siempre autodenominándose como representación de la antítesis, evitar la revolución consistió, de algún modo, en su realización.

De esta forma, en este país que desconoce la revolución, y que probablemente jamás la conocerá, esta no es una idea fuera de lugar, como no lo fue el liberalismo que inspiró la creación de su Estado nación. En efecto, Brasil más que cualquier otro país de América Ibérica, esta vasta región del continente americano que alcanza la modernización comprometida con su pasado, puede ser caracterizado como el lugar por excelencia de la revolución pasiva. Es notorio aquí que la

* Extraído de *DADOS – Revista de Ciências Sociais* Nº 39(3) 1996, pp. 377-392. Traducción al español: Eugenia Alzueta.

historia de la ruptura con el pacto colonial, del proceso de la Independencia y de la formación de un nuevo Estado nación fue diferente a la experiencia de la América Hispánica que se revistió, por lo menos en su impulso inicial, de las características de un típico proceso revolucionario nacional libertador, abortado en el caso brasileño por el episodio de la transmigración de la familia real, cuando la colonia acoge la estructura y los marcos del Estado metropolitano. El nativismo revolucionario, bajo la influencia de las ideas del liberalismo y de las grandes revoluciones de fines del siglo XVIII, comienza a partir de allí a ceder terreno a la lógica de conservar-cambiando, cuando al príncipe heredero de la Casa Real le termina competiendo el acto político que culminó con el desenlace de la Independencia, en un proceso clásico de cooptación de los antiguos liderazgos de motivación nacional-libertadora.

Si las revoluciones pasivas europeas tienen sus orígenes en los vestigios del ciclo revolucionario de 1789 a 1848, como en el estudio clásico de Gramsci sobre el *Risorgimento* italiano, la misma raíz está presente en la formación del Estado nación en Brasil —la transmigración de la familia real portuguesa hacia la Colonia se debe a un movimiento defensivo en cuanto a la irradiación, bajo Napoleón, de la influencia de la Revolución Francesa—. Pero ese movimiento defensivo era, por naturaleza, ambivalente: lo que significaba *conservación* en la metrópolis se importaría como *conservación-cambio* a la Colonia. En este sentido, si bien consistía en un proceso vibrando en la periferia del mundo y sin alcance universal, una marca de la revolución en Brasil es su precocidad, lo cual ciertamente dotó, más adelante, de recursos políticos a sus elites con el fin de mantener bajo control el brote libertario que, originario de las revoluciones europeas de 1848, se diseminó por Occidente.

La Independencia fue una "revolución sin revolución", obra de un Piamontés sin rivales, internos y externos, que no sufría la oposición del Vaticano, de potencias extranjeras —además, estaba asociado a la más grande de todas ellas, de la cultura política de las ciudades Estados y una aguerrida presencia jacobina que, por esto mismo, podía concebir su realidad como materia-prima dócil de manipular—. De este modo, si Prusia vino a recorrer, décadas antes, en busca de modernización la llamada "segunda servidumbre", el Estado que nace de la Independencia invocando el liberalismo y modelando sus instituciones políticas de acuerdo con este, intensifica la esclavitud, haciendo de esta el soporte para la restauración que realiza en cuanto a las estructuras económicas heredadas de la Colonia (Fernandes, 1975: 33). "Restauración progresiva", una vez combinada la reactualización de la base económica colonial con el liberalismo, lo cual expresaría, en la precisa caracterización de Fernandes, el "elemento revolucionario"

que iría a actuar, de manera encapuchada, en el proceso de diferenciación de la sociedad civil, desgastando a lo largo del tiempo los fundamentes del orden señorial esclavista (Fernandes, 1975: 38).[1]

La ambigüedad radical del Estado —entre el liberalismo y la esclavitud— debía resolverse desde dentro del mismo; institución tensa, arquitecto de una obra que necesitaba la complicidad del tiempo al relegar a futuro la tarea de vencer la barbarie de una sociedad fragmentada e invertebrada hasta que esta pudiera corresponder y atender las exigencias de las ideas civilizatorias de las cuales él sería el único portador. Con la decapitación política del nativismo revolucionario, donde existía la vocación por el emprendimiento económico, como los hombres de la Infidencia (Maxwell, 1978: 141), el Estado-nación, inspirado en el liberalismo, nacía sin una economía que se mostrara homóloga a este. Si, en la sociedad civil, el liberalismo actuaba como "fermento revolucionario", induciendo rupturas moleculares del orden señorial esclavista, no podría funcionar como principio de su organización sin acarrear con esto el desmonte de la estructura económica, fundada en el trabajo esclavo y la minoría agraria, y que aseguraba al Estado como una forma de inscripción en el mercado mundial y su presencia internacional. Además, el patriciado rural se comportaba como un coadyuvante insustituible desde la perspectiva de las elites políticas, para el control de las variables claves como el territorio y la población. El liberalismo tenía que consistir en una teoría confinada en las elites políticas que sabrían administrarlo a cuenta gotas, en un registro de tiempo de larga duración, a una sociedad que todavía no estaría preparada para él, so pena de balcanización del territorio, de la exposición del caudillismo y la barbarie.

Un Estado tal se pone, de cara a su sociedad civil, en posición de radical autonomía, si bien no exista la intención de hacer de la política un recurso de palanca o de favorecimiento de la modernización económica, como atestigua la mala suerte de los emprendimientos de hombres de negocios notables, como Mauá, y de los intelectuales de adhesión americana que buscaran hacer de la empresa económica un lugar de transformación del mundo, como Tavares Bastos y los hermanos Rebouças (Rezende de Carvalho, 1993: 193).[2] De ahí que, como

---

1 Azevedo Amaral también hace hincapié en el "elemento revolucionario" durante la "realización de la independencia dentro del orden de continuidad de las tradiciones políticas de la colonia, al poner al príncipe heredero de la corona portuguesa a la cabeza del movimiento separatista". Según él, "la continuidad de las tradiciones dinásticas, a partir del ascenso del príncipe regente al trono imperial brasileño, *no bastó para quitarle al movimiento emancipador su carácter revolucionario*" (Azevedo Amaral, 1963: 98; 101, itálicas nuestras).

2 Sobre los intelectuales americanistas y sus desventuras como héroes-empresarios,

bien señaló José Murilo de Carvalho, no sea posible comprender el Estado imperial como un caso de modernización conservadora (Carvalho, 1980, p. 39).

Para las elites políticas del nuevo Estado nación, la primacía de la razón política sobre otras racionalidades, se traduce a otros objetivos: preservación y expansión del territorio y control de la población. La Iberia, en su singularidad, resurgiría mejor en la América portuguesa que en la hispánica, donde el liberalismo tuvo fuerza más disolvente por haber sido la ideología que informó las revoluciones nacional libertadoras contra el dominio colonial. E Iberia es territorialista, como será el Estado brasileño —en esto, absolutamente alejado de los demás países de su región continental— predominantemente orientado hacia la expansión de sus dominios y de su población sobre estos —la economía seria concebida como una dimensión instrumental a sus propósitos políticos—.[3]

No son las estructuras económicas heredadas de la Colonia las que imponen su forma al Estado, y sí lo opuesto: el Estado es el que, al restaurarlas, inicia su historia con la única alternativa económica compatible con la vocación de su estrategia territorialista. El período de Regencia dejará claro que el impulso americano a favor de la libre iniciativa, del mercado y la descentralización política, si podía traer la afirmación de la libertad, ciertamente implicaba la pérdida de la unidad territorial. Y ese compromiso del Estado de forma liberal con medios precapitalistas de extracción del excedente económico es lo que va a caracterizar, en la extensa galería de casos nacionales de revolución pasiva, la solución brasileña como tal vez su modalidad más recesiva, y no solo por su precocidad, sino sobre todo por el sistema de orientación pre moderno de sus elites políticas, cuyo liberalismo es prisionero del iberismo territorialista. No existe Piemonte ni Prusia, Iberia permite de buen grado que sus americanos cultiven su *ethos* y su pasión por la empresa individual, pero nada hará para ayudarlos, principalmente en tanto y en cuanto sus demandas y pleitos parezcan amenazar su estrategia territorialista. Así como en la tradición del iberismo pombalino, no existen restricciones a la matriz del interés

---

versa la investigación de Maria Rezende de Carvalho, todavía en producción, centrada en la trayectoria de André Rebouças que confirma y desarrolla algunas sugerencias analíticas aquí indicadas.

3 Como distingue G. Arrighi, "los gobernantes territorialistas identifican el poder con la extensión y la densidad poblacional de sus dominios, concibiendo la riqueza/capital como un medio o un subproducto de la búsqueda de la expansión territorial". Contrariamente, los gobernantes de orientación capitalista consideran las adquisiciones territoriales como medio y subproducto de la acumulación de capital" (Arrighi, 1994: 33; 121-124).

individual desde el momento en que esta se afirme de modo subordinado a las razones del interés nacional (Maxwell, 1995: 108).

En el futuro y por el transcurso natural de los *hechos*, en su progresión molecular, bajo el escrutinio de las elites políticas, el Estado se encontrará con su sociedad. La antítesis debe ceder ante la tesis, la dialéctica se resuelve en una "teoría tranquila",[4] el protagonista debía ser los *hechos*, y no el actor,[5] y nadie más que Joaquim Nabuco fijó los rasgos de esa cultura política: "Existen dos especies de movimiento en política: uno, del que formamos parte suponiendo estar parados, como el movimiento de la Tierra que no sentimos; el otro, el movimiento que parte de nosotros mismos. En la política, son pocos los que tienen consciencia del primero, mientras que ese es, tal vez, el único que no es una pura agitación" (Nabuco, 1957: 133).

Sin embargo, si el Estado es moderno en su liberalismo, esa condición suya debe ser reprimida, solo vivenciada en el plano de la consciencia de sus elites, obligado inclusive por su índole constitutivamente territorialista, a consagrar el patrimonialismo y la estructura anacrónica del sistema productivo que heredó de la Colonia. En el Estado y en la sociedad nacional, como escribió F. Fernandes en las clásicas páginas sobre la Independencia, el liberalismo era "un destino a ser conquistado en un futuro" (Fernandes, 1975: 35). Refrenado por sí mismo, sin movilizar la política como instrumento de cambio económico, ese Estado que aparenta rendir culto al quietismo, quiere ser el administrador metafísico del tiempo, factor que estaría dotado en sí, por la inteligencia de producir, a partir de movimientos casi imperceptibles, el cambio que viniera a reparar el irremediable carácter inacabado y la rusticidad de la sociedad y del hombre brasileño. Tanto

---

4 Para Gramsci, la dialéctica sin síntesis, como en B. Croce, sería lo que caracteriza al "hegelianismo de los moderados" como una "teoría tranquila" (Garretana, 1975: 1160; 1473). "[La dialéctica sin síntesis], al conceder primacía a los *hechos*, estaría orientada a suprimir o extinguir la actividad de los seres sociales que emergían con la democratización social. Se trataría de un proceso de transformismo interrumpido en el que el orden burgués siempre se recuperaba —Inglaterra sería el mejor ejemplo— a través de la incorporación, seleccionada por las elites, de grupos e individuos en posición subordinada" (Werneck Vianna, 1995a: 224).

5 En el transcurso de la revolución pasiva, la hipótesis de Gramsci es que la inmovilización del actor de la antítesis no conduciría "al estancamiento del proceso de cambio, una vez que el actor pasara a ser representado veladamente por los *hechos*" (Werneck Vianna, 1995a: 222): "los *hechos* protagonistas, por así decirlo, y no los hombres individuales. Bajo determinado manto político se modifican necesariamente las relaciones sociales fundamentales y surgen y se desarrollan nuevas fuerzas políticas efectivas que influyen indirectamente, pero con presión lenta y incoercible, a los sectores dominantes haciendo que estos mismos se modifiquen sin darse cuenta de esto, o casi" (Gerratana, 1975: 1818-1819).

uno como el otro, así como llegaron al mundo, no iban a poder servirle de punto de partida para su obra civilizatoria.

La dialéctica brasileña como "teoría tranquila" encuentra su expresión paradigmática en la cuestión racial: el brasileño, "como todavía no tenemos una facción característica y original" (Romero, 1953: 110), no conformaría una raza sociológica, falta irremediable que comprometería su camino rumbo hacia la civilización. Como tipo humano, el brasileño también sería "un destino a ser creado en el futuro", ya en proceso de constituirse en el terreno de los *hechos* —el mestizaje— y que es confiado a la acción benefactora del tiempo, que vendría a corregir la morbidez de la población, "de vida corta, achacada y pesada" (Romero, 1853: 110): "dentro de dos o tres siglos la fusión étnica estará tal vez completa y el brasileño mestizo bien caracterizado" (1853: 112).

Desde las crises de la Regencia, con sus riesgos de secesión y desorden social, los liberales orientados por el mercado y por la cultura material, renuncian en la práctica a su papel de reformadores sociales, limitándose a prescribir la necesidad de una auto reforma del Estado,[6] si bien no hayan abandonado su publicística de denuncia de denuncia del burocratismo de estilo asiático del Estado, como con Taveres Bastos.[7] El liberalismo "de la sociedad civil" se mantendrá inmunes a las tentaciones jacobinas, negándose a realizar interpelaciones "hacia bajo" y buscar puntos de ruptura con las elites territorialistas. En el habla de la época, nada más parecido a un conservado que un liberal (Mattos, 1987; Carvalho, 1980: 181). De ahí que la acción de la oposición al liberalismo de orientación americana termine por confirmar la percepción, tan preciada para las elites políticas, de que un sistema de oposiciones debería encontrar su resolución en la búsqueda de un punto de equilibrio más que en confrontaciones abiertas (Araujo, 1994: 175).

Le debemos a Oliveira Vianna la comprensión de que el *fiat* de la vocación territorialista residía en la cuestión de la minoría agraria, y

---

6 Para Tavares Bastos, los "males del presente" no se deben al singular atraso social brasileño, sino a la organización del Poder, la forma del Estado (Werneck Vianna, 1991, p. 157). Para él, "en el estado evolutivo de nuestra sociedad existen, es cierto, grandes problemas morales y sociales que son importantes también, o mucho más, para la suerte de nuestro pueblo: la instrucción, el trabajo libre, la libertad de culto, por ejemplo, pero *todos dependen de la solución dada a la forma de gobierno, cuestión previa que domina las otras*" (Tavares Bastos, 1976: 140, itálicas nuestras).

7 En *La Provincia*, Tavares Bastos decía que "Portugal [...] caía en el absolutismo asiático al establecerse en las cosas de América, al tiempo que Inglaterra, precursora de la libertad moderna, marchaba hacia la civilización cuando los puritanos llegaron a puerto en el Nuevo Mundo" (Tavares Bastos, 1975: 50).

de que allí, estaría concentrada la única posibilidad para que los liberales se juzgaran la fuerza hegemónica:

> en esa lucha entre las aspiraciones liberales y el principio de autoridad, si los liberales y la democracia hubieran tenido, aquí [en el Centro Sur], como auxilio, así como lo tuvieron en el norte y extremo sur, la lanza del guerrillero o el matón del *cangaço* —la gran obra de la organización nacional estaría contaminada y destruida—. (Vianna, 1973: 289)

A falta de este encuentro intelectuales-pueblo, la revolución burguesa siguió en continuidad con su forma "pasiva", obedeciendo al lento movimiento de la transición del orden señorial-esclavista hacia un orden social competitivo, alcanzando con la Abolición, la constitución de un mercado libre para la fuerza de trabajo sin ruptura en el interior de las elites, y, a parte de esta, a la República en un movimiento más de restauración de uno de los pilares de la encomia colonial: la minoría agraria que ahora va a coexistir con un trabajador formalmente libre, aunque sometido a un estatuto de dependencia personal a los señores de la tierra.

La expansión de orden burgués, y con ella sus personajes sociales de la vida urbana —empresarios, intelectuales, obreros, militares reclutados de las capas medias— se convertirá en el caldo de cultivo ideal para que se active el "fermento revolucionario" del liberalismo del que hablaba Florestan Fernandes, en el contexto de una sociedad todavía permeada por el orden patrimonial. Y será en torno al canon liberal, principalmente a través del sindicalismo obrero, con sus postulados de derechos sociales, y de la juventud militar, con su denuncia del sistema electoral al servicio de las oligarquías agrarias, que el elemento de la antítesis encuentra su primera raíz en la sociedad brasileña con la formación del Partido Comunista Brasileño (PCB) y con la rebelión del tenentismo que culminó en la Columna Prestes. Las amplias demandas de modernización económica y social son recibidas por los sectores tradicionales de las elites, bajo el liderazgo de los estados de Minas Gerais y Río Grande do Sul que, con el apoyo de parte del tenentismo, de las capas medias y de la vida popular en los centros urbanos, inician con la llamada Revolución de 1930 un nuevo movimiento hacia la revolución burguesa, ahora ya en clave dela clásica modernización conservadora.

Con el movimiento político militar de 1930, la península Ibérica se reconstruye, sin desprenderse sin embargo de sus bases agrarias, de donde las elites tradicionales extraen recursos políticos y sociales para transformarse en elites modernas, llegando a dirigir el proceso de industrialización. Porque en su historia brasileña, el liberalismo no encontró quién asumiera con radicalidad su representación, y la

sociedad de masas que emerge con la urbanización y la industrialización sería indiferente a este. En su nueva configuración, la revolución pasiva tendrá como "fermento revolucionario" la cuestión social, la incorporación de las masas urbanas al mundo de los derechos y la modernización económica como estrategia para crear nuevas oportunidades de vida para la gran mayoría aún postergada, y bajo relaciones de dependencia personal en los latifundios.

En esta Iberia renovada, el actor busca afirmar su protagonismo sobre los *hechos*, dejando de confiar en la complicidad del tiempo, ya temiendo a esa altura la posibilidad de verse superado por el movimiento de su sociedad. Ya no hay lugar para el quietismo que apostaba al futuro – el "destino" se volvió una tarea a cumplir en tiempo presente. A través de la industrialización, proyecto de la política, su vocación territorialista propiciará la formación de una economía homóloga a ella, puesta al servicio de la grandeza nacional, así como en la ideología del Estado Nuevo – una economía políticamente orientada, una economía programática de un capitalismo de Estado, elites políticas a la cabeza de una nación concebida como una comunidad orgánica. Subsumir la antítesis en este nuevo contexto dinamizado por las expectativas de cambio social, requiere que se acepte subsumir, aunque parcialmente, su energía.

En el binomio *conservación-cambio*, el término *cambio* pasa a implicar consecuencias que escapan por completo a la previsión del actor, generando expectativas respecto de que la vía de transformación podría ser concebida como el mejor camino a la democratización del país. Sérgio Buarque de Holanda registraba esta posibilidad al escribir en 1936:

> La forma visible de esa revolución (la revolución democrática) no será, tal vez, la de las convulsiones catastróficas que buscan transformar a partir de un golpe mortal, y según preceptos formulados de antemano, los valores establecidos desde hace mucho tiempo. Es posible que algunas de sus fases culminantes ya hayan sido superadas sin que podamos evaluar ahora su importancia trascendente. (Holanda, 1977: 135)

En los años 50, bajo el gobierno de Juscelino Kubitschek —recordemos que Juscelino fue prefecto de Belo Horizonte sin recurrir a elecciones, y electo presidente por la coalición PSD-PTB, partidos creados por Vargas en la transición del régimen a la democracia de 1946—, el transformismo se traduce en una "fuga hacia delante", el actor en lucha contra el tiempo —los "cincuenta años en cinco"— quemando etapas como a la hora de la construcción de Brasilia y de la apertura de la frontera oeste para el capitalismo brasileño. La vitalidad del proceso de transformismo imprime, por sus realizaciones,

principalmente las económicas, legitimidad a las elites políticas territorialista – los objetivos para el territorio y la población formaban parte de las orientaciones dominantes del gobierno de Juscelino — aislando social y políticamente a las elites del liberalismo económico y a la izquierda, como la que marcó su posición en el *Manifiesto de Agosto*, de 1950, del PCB, que deseaban, por motivaciones de sentido opuesto, interrumpir su curso—.

Sustantivamente, el desarrollismo nacional indicaba al transformismo el programa que tenía que conducir a un capitalismo de Estado a base de una coalición nacional popular, bajo la creencia de que el *atraso* y el subdesarrollo podrían ser vencidos a partir de avances moleculares derivados de la expansión de lo *moderno*. El cambio social tendría, entonces, su suerte hipotecada por los hechos, en particular aquellos originados por la voluntad política que comandaba el impulso de la economía, en un tiempo necesariamente acelerado. En esta clave, la revolución pasiva se constituye en un terreno común a las elites políticas, el sindicalismo, la *intelligentzia* y la izquierda, especialmente el PCB.

La *Declaración de Marzo* del PCB, en 1958, por primera vez en la historia de la izquierda en el país, se identifica con una propuesta de ruptura que no implica necesariamente un "momento explosivo de tipo francés". Con esa declaración, la revolución pasiva deja ser escenario exclusivo de las elites, pasando a incorporar el proyecto de acción del actor de la antítesis, cuyo objetivo es el de introducir el elemento activo en el proceso de transformismo que estaría en curso: "El camino pacifico de la revolución brasileña es posible en virtud de factores como la democratización creciente de la vida política, el ascenso del movimiento operario y el desarrollo del único frente nacionalista y democrático en nuestro país" (*PCB*, 1980: 22). No se trata por lo tanto de denunciar "la revolución sin revolución", sino de percibirla en el registro positivo con la finalidad de actual lo *gradual* y lo *molecular*: "El pueblo brasileño puede resolver pacíficamente sus problemas básicos con la acumulación, gradual pero incesante, de reformas profundas y consecuentes en la estructura económica y en las instituciones políticas, alcanzando la realización completa de las transformaciones radicales puestas a la orden del día por el propio desarrollo económico y social de la Nación" (*PCB,* 1980: 22).

La actividad de este actor parece, aun así, prisionera de los *hechos*, cabiéndole a estos —"al desarrollo capitalista nacional"— el papel de "elemento progresista por excelencia de la economía brasileña", "desarrollo ineluctable" que induciría al avance de lo moderno sobre el atraso (*PCB*, 1980: 4). La izquierda descubría el tema del transformismo como una nueva alternativa para el cambio social, pero

aunque descubierta esta se llevaba a cabo en un terreno ajeno al suyo —el del Estado, la burguesía nacional y las elites políticas de tradición territorialista—. El actor que debía "activar" el transformismo dependía de movimientos sobre los cuales no tenía control, confiado de que estos respondían a necesidades objetivas, "ineluctables", lo cual en rigor significaba abdicar de su protagonismo a favor de los *hechos*. En este sentido, la *Declaración de Marzo* venía a confirmar, "por lo bajo", la cultura política de las elites territorialistas, con las que, además, se identificaba en cuanto a la centralidad concedida al papel del Estado como organizador social.

La larga corriente de la revolución pasiva brasileña, con el golpe militar de 1964 —sintomáticamente auto designado como revolución— pareció encontrar de inmediato el término de su conclusión. En efecto, durante el primer gobierno militar, implicó justamente eso con la valorización del mercado en detrimento del Estado, el empeño en la orientación por emancipar la economía de sus fines políticos, y el abandono de una política externa independiente. La derrota de los territorialistas y de la coalición política que los sostenía, abre entonces la oportunidad para la reforma liberal de las estructuras del Estado y de sus relaciones con la sociedad, cumpliéndose una americanización "por arriba" y el ajuste de cuentas con la tradición ibérica.

La ruptura en el campo de las elites acentúa aquella que va a ocurrir en el sistema de orientación de la izquierda, cuando una parte significativa de esta elige el camino de la ruptura revolucionaria, denunciando la política del gradualismo reformista, como lo enunciado en la *Declaración de Marzo*, como responsable por la victoria del golpe militar. De acuerdo a su argumento, las coaliciones pluriclasistas deberían conducir a una política definida por los sectores subalternos, en particular el movimiento obrero. La democracia populista del pre 1964 "no procedía de un pluralismo real cualquiera", sino que se constituyó como una manipulación abierta y consentida de las masas populares, que implicaba en realidad, "una autocracia burguesa disimulada" (Fernandes, 1975: 339-340). La antítesis no podría nacer de lo nacional-popular, y sí del terreno de la lucha abierta de clases, y si el capitalismo no podía prescindir del autoritarismo, marca intrínseca de su modo de manifestación en el país, las luchas por la democracia incorporaban una carga de sentido anticapitalista (Fernandes, 1975: 364; Velho, 1976: 241).

No es casualidad que fuera de la *intellingentzia* de San Pablo de donde vendrían los fundamentos más persuasivos a favor de la ruptura revolucionaria. Una economía de Estado fuerte, con una estructura de clases semejante a la europea, con sus clivajes definidos en términos de intereses, la vía del transformismo en San Pablo, como propone

Florestan Fernandes, relevaba sobre todo de su dimensión societaria —la lenta y gradual transición del orden patrimonial al orden social competitivo cuyos efectos, en el país, se revestirían de un alcance comparable a las revoluciones burguesas en Europa (Fernandes, 1977: 36)—.[8] Para la *intelligentzia* paulista, incluso antes de 1964, la alianza de la izquierda con las elites territorialistas en torno al Estado y a un proyecto nacional desarrollista implicaba convalidar el reciclado del dominio de las elites tradicionales, "como si el 'Brasil arcaico' tuviera que siempre preponderar sobre el 'Brasil moderno'" (Fernandes, 1976: 329). El nacional desarrollismo, simulando representar "los intereses de la comunidad como un todo" (Fernandes, 1976: 221), traduciría fundamentalmente los intereses privilegiados de las elites. De ahí que el programa intelectual paulista, ya en la transición de los años cincuenta a sesenta, no pusiera el énfasis en la cuestión del Estado, centrándose en personajes del mercado, del mundo de los intereses y de la realidad fabril (Rezende de Carvalho, 1994: 46).

El golpe militar sería la mejor evidencia de lo equívoca del proyecto nacional-reformador de estilo populista, lo que hace que una parte de la izquierda suscriba al diagnóstico de la *intelligentzia* de San Pablo. Al interpretar las raíces del fracaso de la democracia del régimen de 1946, y en la estela del análisis anterior de Florestan Fernandes, una serie de estudios, luego altamente influyentes, como los de F. H. Cardoso, O. Ianni y F. Weffort,[9] intentaba situar bajo una perspectiva nueva la cultura política de la izquierda: romper con el campo intelectual de la revolución pasiva, ignorarla incluso como "criterio de interpretación"; denunciar el reformismo populista y la forma de Estado del iberismo territorialista; indicar la dirección hacia una vía de ruptura con el capitalismo autoritario brasileño. La destrucción política de las alianzas pluriclasistas, construidas en torno al Estado y en base a la falaz supuesto de que existiría una irremediable oposición entre el capitalismo periférico y el capitalismo central, iba a ser

8 El ensayo citado en esta colección de textos de Florestan Fernandes, "El desarrollo histórico-social de la Sociología en Brasil", fue originalmente publicado en 1958.

9 La "biblioteca" mínima y esencial sobre la denuncia al transformismo y de prueba de la necesidad de una ruptura política en la sociedad brasileña se encuentra en los estudios de F. H. Cardoso sobre los empresarios y las relaciones centro-periferia, cuando se defiende la naturaleza asociada del capitalismo brasileño al internacional – no existiría por lo tanto una "burguesía nacional" —y en los de O. Ianni y F. Weffort, que sostienen que el nacional-populismo habría conducido a la clase obrera a una posición de subordinación a la burguesía nacional, representada por su Estado, incapacitándola a defender la democracia y sus conquistas anteriores— (Cardoso, 1964; 1970; Ianni, 1970; Weffort 1978; estos trabajos salvo el primero fueron publicados por primera vez, parcial o por completo, en el transcurso de la década del sesenta).

sucedida por el tema de la identidad y de la autonomía de las clases, cuya total inteligibilidad y mejor expresión estaría marcada por la adhesión a la clave de los intereses. De la configuración clase-identidad-interés se llegaría a la movilización contra la explotación capitalista, y a partir de esta, a la confrontación con el Estado autocrático que la garantizaba. Del sindicalismo orientado por la cuestión del desarrollo y la nación, al sindicalismo revolucionario, como en Osasco, 1968.

La revolución pasiva, por fuera de ser una obra de la cultura política de los territorialistas, y sus momentos de reformismos en el régimen populista, habrían producido el efecto negativo de cooptación de seres subalternos, la anulación de su identidad y la profundización de las condiciones del estatuto de su dominación. Hay que añadir que, con el nuevo ciclo iniciado por el segundo presidente del régimen militar —el general Costa e Silva—, la dictadura era también territorialista con su doctrina expansionista de Brasil como gran potencia. Romper, en el plano de la política, con el contexto intelectual de la revolución pasiva, se asociaba de este modo a una idea también de ruptura con el propio legado histórico formador de la sociedad brasileña: la cultura política de la Iberia considerada como un peso opresivos por su autoritarismo burocrático, parasitismo y naturaleza notarial, tal como en la tradición liberal de un tal Tavares Bastos a quien se le concedió un volver a la vida con el clásico *Los dueños del poder* de Raimundo Faoro, cuyo éxito tardío —el libro es de 1958 pero solo fue incorporado como obligatorio en los estudios sociales brasileños a finales de la década siguiente— coincidió, no sin razón, con la nueva valorización concedida a la matriz del interés como estrategia de organización social.

Sin embargo, la forma de resistencia a la dictadura que abrió camino a la transición hacia la democracia fue la de rupturas moleculares, teniendo como inspiración principal los temas de la democracia política que, sobre todo a partir de mediados de los años setenta, estuvieron cada vez más vinculados a la agenda de la democratización social. De este binomio democracia política – democratización social, ya identificado casi dos décadas atrás, como estrategia de la izquierda en la *Declaración de Marzo*, fue que se extrajo una política de erosión —y no de enfrentamiento directo— de las bases de legitimación del poder autoritario, combinándose eficacia en las disputas electorales —en ese entonces heterodoxamente transformadas en "formas superiores de lucha"— con la defensa de los intereses del sindicalismo y la explicitación de una nueva pauta de derechos a ser conquistados por los sectores subalternos.

No había, como pudo confirmarse, nexos intrínsecos e inamovibles entre capitalismo y régimen político autocrático tal como

defendían los adeptos de la ruptura revolucionaria, alcanzando conquistar la democracia política en un contexto de movilización de las masas por parte de la oposición democrática y del fortalecimiento de la vida sindical y asociativa de los sectores subalternos, sin que se alterara la forma de propiedad. La institucionalización de la democracia política, con la promulgación de la Carta de 1988, de alcance inédito en la historia del país, eliminó, por lo menos en teoría, los obstáculos institucionales y constitucionales que pudieran impedir, como observara Gramsci, la "transición molecular de los grupos dirigidos a grupos dirigentes" (Gerratana, 1975: 1056).

La transición política del autoritarismo a la democracia reabre, bajo nuevas condiciones, la agenda de la revolución pasiva: en primer lugar, porque las elites políticas del territorialismo fueron apartadas del control del Estado, siendo reemplazadas por una coalición de fuerzas cada vez más orientada por los valores de mercado y por el proyecto de "normalización" de orden burgués en el país, lo cual implicaría, además de una ruptura con el pasado —"el fin de la era Vargas"— la subordinación de todas las dimensiones de lo social a una racionalidad derivada de las exigencias de modernización capitalista; segundo, porque su "fermento" no está ya en el liberalismo, ni en la cuestión social. Como en el momento de la incorporación de los trabajadores al mundo de los derechos sociales bajo la acción tutelar y organizadora del Estado. El "fermento" es la democracia, tal como se manifiesta en el proceso de masificación de la ciudadanía, ahora en curso, cuya expresión paradigmática se da en el movimiento de los trabajadores sin tierra, a razón de la singularidad de sus demandas sociales: porque su objetivo es la *tierra* —un bien de naturaleza política—, cada avance en su agenda de democratización social incidió positivamente en el avance de la democracia política, incluso porque lleva al aislamiento a los sectores más retrógrados de las elites, cuyo sustento político tradicionalmente derivó de la exclusividad agraria.

No por nada el "programa" de las elites se orienta en sentido de la interrupción del libre curso de la comunicación entre la democracia política y los procesos de democratización social, con la finalidad de racionalizar la participación política, como en la propuesta del actual gobierno de reforma política con la revisión constitucional. En este caso, se tiene entre manos administrar "por arriba", selectivamente, el ingreso a la ciudadanía, en una democracia política lockeana entregada a la razón sentenciosa de sus elites ilustradas, empeñadas en concluir con la revolución burguesa a través del ordenamiento estable de su estructura de clases.[10]

10 Este análisis se encuentra desarrollado en Werneck Vianna (1994; 1995b; 1996).

Si la revolución pasiva de las elites territorialistas tradujo su programa de crear una nación para su Estado, la nación que viene emergiendo del proceso de conquista de derechos y de la ciudadanía por parte de las grandes mayorías, todavía no concibió su Estado. La historia de su constitución se dio más en el plano de lo societario; americanización tardía, "por lo bajo", que se realiza en un movimiento de rupturas moleculares con lo que acarrea restricciones a su autonomía y a sus acciones en defensa de sus intereses y derechos. Aun así, la política no es especular a la "sociología", y solo esta da acceso a la cuestión del Estado, haciendo que ningún grupo dirigido pueda convertirse en dirigente si no la domina. La democracia, como palabra clave del "criterio de interpretación" (Gerratana, 1975: 1827) de la izquierda sobre su forma de inserción en la revolución pasiva a la brasileña, para que se transforme en el cimiento de un transformismo activo, sostenido por la acción del actor, todavía está a la espera de que esa nueva fuerza emergente de lo *social* se encuentre con la política, incluyéndose de este modo en su historia en el país y en sus mejores tradiciones.

BIBLIOGRAFÍA

Araújo, R. B. de. 1994 *Guerra e Paz, Casa Grande e Senzala e a Obra de Gilberto Freyre nos Anos 30* (Río de Janeiro: 34).

Arrighi, G. 1994 *O Longo Século XX* (Río de Janeiro; São Paulo: Contraponto; UNESP).

Azevedo Amaral, I. 1963 *Ensaio sobre a Revolução Brasileira* (Río de Janeiro: Imprensa Naval).

Cardoso, F. H. 1964 *Empresário Industrial e Desenvolvimento Econômico no Brasil* (São Paulo: Difel).

Cardoso, F. H.; Faletto, E. 1970 *Dependência e Desenvolvimento na América Latina* (Río de Janeiro: Zahar) quinta edición.

Carvalho, J. M. de 1980 *A Construção da Ordem* (Río de Janeiro: Campus).

Fernandes, F. 1975 *A Revolução Burguesa no Brasil* (Río de Janeiro: Zahar).

Fernandes, F. 1976 *A Sociologia numa Era de Revolução Social* (Río de Janeiro: Zahar).

Fernandes, F. 1977 *A Sociologia no Brasil* (Petrópolis: Vozes).

Gerratana, V. (ed.) 1975 *Antonio Gramsci - Quaderni del Carcere* (Roma: Einaudi).

Holanda, S. B. de 1977 *Raízes do Brasil* (Río de Janeiro: José Olympio) onceava edición.

Ianni, O. 1971 *O Colapso do Populismo no Brasil* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira) segunda edición.

Mattos, I. R. 1987 *Tempo Saquarema* (São Paulo: Hucitec; INL).

Maxwell, K. 1978 *A Devassa da Devassa* (Río de Janeiro: Paz e Terra) segunda edición.

Maxwell, K. 1995 *Pombal Paradox of the Enlightenment* (Cambridge: Cambridge University Press).

Nabuco, J. 1957 *Minha Formação* (Río de Janeiro: José Olympio).

PCB 1980 *Vinte Anos de Política, 1958-1979* (São Paulo: Ciências Humanas).

Rezende de Carvalho, M. A. 1993 "Emparedados. Uma História Brasileira" en *Letterature d'America* (Roma: Bulzoni) N° 13(52-53).

Rezende de Carvalho, M. A. 1994 *Quatro Vezes Cidade* (Río de Janeiro: Sette Letras).

Romero, S. 1953 *História da Literatura Brasileira* (Río de Janeiro: José Olympio) quinta edición.

Tavares Bastos, A. 1975 *A Província* (São Paulo: Companhia Editorial Nacional, Coleção Brasiliana) Nº 105.

Tavares Bastos, A. 1976 *Os Males do Presente e as Esperanças do Futuro* (São Paulo: Companhia Editora Nacional, Coleção Brasiliana) Nº 151.

Velho, O. 1976 *Capitalismo Autoritário e Campesinato* (São Paulo: Difel).

Vianna, O. 1973 *Populações Meridionais do Brasil* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Weffort, F. 1978 *O Populismo na Política Brasileira* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Werneck Vianna, L. 1991 "Americanistas e Iberistas: A Polêmica de Oliveira Vianna com Tavares Bastos" en *Dados* (Brasil) N° 34(2).

Werneck Vianna, L. 1994 "1964" en *Estudos Sociedade e Agricultura* (Brasil: CPDA; UFRRJ) N 2, junio.

Werneck Vianna, L. 1995a "O Ator e os Fatos: A Revolução Passiva e o Americanismo em Gramsci" en *Dados* (Brasil) N° 38(2).

Werneck Vianna, L. 1995b "O Coroamento da Era Vargas e o Fim da História do Brasil" en *Dados* (Brasil) N° 38(1).

Werneck Vianna, L. 1996 "O Inferno Ainda não é o Outro: Notas sobre o Primeiro Ano de Governo do Quarto Presidente de Transição" en *Cadernos de Conjuntura* (Brasil: IUPERJ) N° 53.

ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO SOCIAL BRASILEÑO*

Elide Rugai Bastos

Contestando a la pregunta formulada por Lilia Moritz Schwarcz y André Botelho sobre cómo veía el futuro del área del pensamiento social brasileño, señalé la contemporaneidad de la temática que constantemente lo animó (Schwarcz & Botelho, 2011). Me acordé que varias cuestiones actualmente discutidas en el ámbito de las ciencias humanas para el entendimiento de la sociedad fueron, de varios modos, objeto de reflexión de los autores brasileños a lo largo de los años. La problemática de la emancipación, del derecho a la diferencia, de los límites a la libertad, de la definición de dignidad como proyecto social, del reconocimiento, de la exclusión, fueron objeto recurrente de los estudios sobre la formación nacional. La condición no democrática del país —colonia, esclavitud, sucesión de dictaduras, extrema desigualdad en la distribución de bienes— se constituyó en el escenario en que la solución de los impasses político-sociales se imponía a la reflexión y exigía una mirada más atenta a la realidad. Es cierto que el interés y las posibilidades de discusión en los varios períodos fueron desiguales. En los últimos años el retorno de los estudios sobre pensamiento social

* Extraído de *Sociedade & Estado* Nº 26(2), 2011 pp. 51-70.

brasileño y su historia permitió que fuesen recuperados los debates, evaluados su alcances y límites, además de constatar sus efectos.

Bien, las transformaciones mundiales ponen hoy aquellas cuestiones bajo otra óptica y conducen a la producción de diferentes categorías teóricas que buscan aprehender los fenómenos, pero no pueden desconocer los caminos recurridos por las interpretaciones anteriores. Es a partir de esta situación que la reflexión brasileña se inserta, necesariamente, en el debate internacional. Para ilustrar la hipótesis levantada, pretendo señalar, en este texto, cómo algunas reflexiones de los años cincuenta y sesenta —brasileñas y latinoamericanas— anticipan cuestiones actuales, aun sin haber tenido un desdoblamiento teórico sistemático.

NECESIDAD DE NUEVOS DIAGNÓSTICOS

Cuando Yeda Linhares y Francisco Carlos Teixeira da Silva evalúan el debate sobre la agricultura en Brasil a finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta, apuntan a la fragilidad de los proyectos en discusión, debilidad que atribuyen el hecho que dichos proyectos no estaban anclados en buenos diagnósticos sobre la realidad brasileña. Argumentan que la discusión sobre el cambio social, a pesar del nivel de politización que alcanzó, fue limitada por el desconocimiento de la realidad efectiva y por el carácter dogmático que marcaba el debate (Linhares & Teixeira da Silva, 1981).

Este es uno de los temas de discusión que involucró a Florestan Fernandes y Guerreiro Ramos, en el mismo período, a propósito de la situación, condiciones de producción y definición de las tareas de la sociología en Brasil. El sociólogo paulista insistía en el hecho de que solo la aplicación de una metodología que posibilitase el conocimiento de la realidad y la reflexión sobre los mecanismos perpetuadores de las relaciones sociales desiguales en Brasil permitiría una solución política que asociase democracia política y desarrollo económico. Esta perspectiva pone, en relación al problema, dos argumentos no excluyentes y no reductibles, pues perspectivas importantes para la comprensión del país y del trabajo intelectual aquí realizado son colocadas por los dos autores.[1]

Es cierto que dificultades de varios sectores impedían, en aquel momento, que se hicieran estudios precisos sobre los cambios en curso y los obstáculos para la toma de decisiones que alternasen los perfiles

1 El seminario, realizado en octubre de 1959 y promovido por el CLAPCS, reunió 60 científicos sociales de varias especialidades, venido de más de 20 países de Sudamérica, América Central y del Norte y Europa. Fueron presentados y discutidos 43 trabajos sobre la temática del desarrollo.

económico, social, cultural y político del país. Florestan ya apuntaba los límites del desarrollo de la sociología, constreñida por la falta de financiamiento de órganos estatales (Fernandes, 1976; Bock, 1980).

En el mismo momento, Costa Pinto escribió, a través de investigación financiada por la Capes, sobre la evolución de los estudios y cursos de ciencias sociales en Brasil, apuntando las dificultades de su consolidación y desarrollo. Aunque presentó la existencia de un nuevo impulso traído por la preocupación de formación de especialistas para actuar en el desarrollo de la sociedad brasilera, indica restricciones presentes en el proceso (Costa Pinto, s/f).

La reflexión sobre el desarrollo de la sociología en Brasil y sobre la temática que la constituye obligaría a observar el contexto histórico y lingüístico en que se efectúa esa evolución. Sergio Miceli recuerda que, en Brasil "la historia de las ciencias sociales constituye un aspecto del cuadro de transformaciones por que pasa el proceso de diferenciación del sistema político en sus vertientes pública y privada" (Miceli, 1989). Así, para reflexionar sobre el período indicado, sería necesario reconstruirnos el cuadro económico y político que comporta los cambios propuestos. Sin embargo, en un articulo limitado es difícil realizar esta tarea, por lo tanto. partimos de la suposición de que las líneas generales de este escenario son conocidas. Si tomamos como punto de referencia el pensamiento sociopolítico de aquel momento, constatamos que la creación de instituciones, la ampliación de las universidades e institutos de investigación alteran el escenario de los años cincuenta y sesenta. Recordando el contexto léxico en que se funda, en Brasil, el debate del período, constatamos que conceptos como desarrollo, subdesarrollo, cambio social y marginalidad, marcaron de diversas maneras los análisis y están conectados a la conducción política bajo la que se diseñan los proyectos nacionales. Estos conceptos aparecen de forma ya articulada, aunque con sentidos diferenciados en los diversos autores y en las diferentes fases de la historia brasileña.

SUBDESARROLLO, MARGINALIDAD

El concepto marginalidad comportó varios contenidos, respondió a un sinnúmero de problemas coyunturales a lo largo de la historia de la sociología. Naturalmente, el tema, la mayoría de las veces, estuvo asociado a la alternativa empleo/desempleo, sugiriéndose, en varios textos, que la solución para la cuestión residía en la ampliación *del* y en la integración *en* el mercado de trabajo.

La cuestión de la marginalidad y la "necesidad" de fijación de un modelo socio-económico que sirviera de plantilla para afirmar que un individuo, un grupo, una región o un país fuese considerado próximo

o lejano a este modelo, marcarán profundamente la producción intelectual de los años 1950-1960. Por la importancia de las cuestiones que este abordaje implica, la definición de la categoría marginalidad y del proceso de marginalización involucra numerosos choques entre los intelectuales. Un ejemplo de las dificultades que constituyen la problemática se encuentra en los debates sobre el trabajo de Wright Mills (1959), presentado en Rio de Janeiro, en el seminario internacional "Resistencias al cambio - Factores que impiden o dificultan el desarrollo" (CLAPCS, 1960: 297), organizado por el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS).

Los objetivos de este encuentro tienen evidentemente un norte: se trata de buscar conjuntamente —entre investigadores latinoamericanos estudiosos del tema— la elaboración de una *sociología del desarrollo* que ampliase el ámbito de la discusión vigente hasta entonces, vinculada a las propuestas de la CEPAL. Estas, según los organizadores del seminario, proponían un proyecto de desarrollo fundado en intereses generales de los países y del continente americano. Así, no enfocaban las cuestiones diferenciadas por regiones, países y grupos sociales. La ponencia de Wright Mills parte de esta crítica, generando una amplia aceptación al señalar las limitaciones del uso de la expresión "el desarrollo", afirmando estar anclada en un modelo explicativo evolucionista característico del siglo XIX, que propone dos polos excluyentes. En otros términos, volviendo a discusiones corrientes en sociología, la presuposición de la idea de *progreso*, que se pone como escenario de la mayor parte de los conceptos de desarrollo o cambio, llevaría a una polarización paralizante (Arruda, 2001). Así, busca analizar las formas presentes en lo que considera los dos modelos paradigmáticos de industrialización —el comunista, de la Unión Soviética y el capitalista, de Estados Unidos de América— y el papel del Estado y de la sociedad en la formulación y consolidación de los mismos. Afirma no creer que esos modelos llevaron a la construcción de una verdadera sociedad democrática.

El autor excluye la posibilidad, para los países subdesarrollados —utilizo la expresión empleada por el autor en el texto— de seguir cualquiera de estos modelos, ya que no piensa ser "verdadera la afirmación de que la totalidad de la población de los países subdesarrollados *deba* volverse industrializada" (Mills, 1960: 284). De este modo, para el autor, las sociedades subdesarrolladas, al poner el problema en otro nivel, pueden encontrar formas de organización y herramientas de participación, "que tornen posible una variedad de modos de ser, de estilos de vida, quizás nunca antes vistos en la historia humana" (Mills, 1960: 286). Este proceso llevaría al surgimiento de otro tipo de

humano que encontraría su fundamento no en los modelos existentes, si no en las singularidades presentes en la propia sociedad.

Aquí se presenta, para Mills, un problema político fundamental: ¿cómo alcanzar los objetivos propuestos arriba? ¿A partir de agendas políticas formuladas por grupos dirigentes? ¿O siguiendo formas generadas por un sistema democrático con participación directa de la población? Es exactamente la respuesta que encamina a estas alternativas la que se constituye en el eje del debate.

En una ponencia presentada en el mismo seminario, Jacques Lambert (1960)[2] habla de la existencia, en Latinoamérica, de sociedades dualistas, y busca mostrar las dificultades de encontrar una solución democrática para el direccionamiento de la cuestión. Afirmando la permanencia de fuertes sectores tradicionales en estas sociedades, con intereses opuestos a los de la modernización, se genera un colonialismo interno que impide soluciones políticas de carácter nacional. Las sociedades subdesarrolladas "son, muchas veces Estados, pero no realmente naciones" (Mills, 1960: 285).

De este modo, sugiere que la reflexión sobre cambio social deba anclarse en la pregunta: ¿existen condiciones de homogeneidad económica, social, política y cultural que permitan, en los países de Latinoamérica, que se encamine una solución democrática para la elaboración de un proyecto de desarrollo? Según el autor, la pregunta presenta al científico social un dilema moral: definir cuál es "la distinción entre 'qué es lo que el hombre esta interesado' y 'cuales son los intereses del hombre'" (Mills, 1960: 286). Aquí está puesta, además de la cuestión sobre el perfil del Estado y el tema de la planeación, la definición del papel del intelectual en la sociedad o, más exactamente, en las *sociedades periféricas*, temática central especialmente en los años sesenta y setenta, y que no abordaré en este texto.

Los debates sobre las posiciones de Wright Mills involucraron principalmente a los sociólogos Octavio Ianni, Enrique Arboleya, Pablo González Casanova y Florestan Fernandes —sigo el orden del planteamiento de las preguntas—. Aunque están de acuerdo en relación con la necesidad de ampliación de la discusión sobre el desarrollo, incluyendo la sociología como campo importante, la discordancia se refiere, principalmente, al diagnóstico hecho por el sociólogo norteamericano.

Ianni, de la Universidad de São Paulo, señala afirmaciones de Mills que le parecen contradictorias: "la aserción que la creación del tercer tipo de hombre, distinto del americano y del soviético, tendría

2 La tesis será conocida como la afirmación de la existencia de dos Brasis, pues ya había publicado los libros *Brésil* y *Los dos Brasis*.

condiciones para afirmarse en Latinoamérica y, por otro lado, la afirmación de que en los países subdesarrollados la democracia y el desarrollo económico son incompatibles" (CLAPCS, 1960: 297). Enrique Arboleya, de la Universidad de Madrid, recuerda que el debate sobre el desarrollo en la sociedad de aquel momento sostuvo posiciones críticas y que, en el capitalismo, existen muchos elementos planificados y racionalizados, no solo en el modelo comunista. Casanova, de México, criticó la afirmación "de que la democracia no es el mejor camino para el desarrollo [...] [pues] cuando un país tiene que defenderse de la penetración de países más desarrollados o cuando tiene que mejorar sus relaciones de intercambio con países avanzados es indispensable el fortalecimiento del gobierno democrático" (Mills, 1960: 286). Fernandes, de la Universidad de São Paulo, discrepa del análisis hecho por Mills tanto sobre la Unión Soviética, como sobre los Estados Unidos de América, argumentando sobre la no homogeneidad interna de los sistemas, recordando la presencia tanto de la diversidad como de la desigualdad en ambos, lo que se presenta como fuerte rasgo característico de los países subdesarrollados (Mills, 1960: 298).

Para ilustrar el sentido de las discusiones, en el caso de Florestan Fernandes, la razón de su oposición teórica —no solo sobre el diagnostico a respecto de la Unión Soviética y Estados Unidos de América— se encuentra en el texto presentado en el mismo seminario (Fernandes, 1960a). Entendiendo el desarrollo como un conjunto de formas interactivas en una sociedad, percibe el concepto como inclusivo, comprendiendo cambios recurrentes de diferenciación estructural y de la reintegración funcional de sistemas sociales concretos. "Por eso, él incluye los aspectos dinámicos de las alteraciones de la estructura, de la organización y de los mecanismos de control de dicho sistema social en cierto lapso de tiempo" (Fernandes, 1960a: 220). En este sentido, niega la posibilidad de pensar un proyecto de cambio a partir de una concepción de orden social pre-establecida, aplicable a todas las sociedades. Recordando las dimensiones temporal y espacial de cualquier intervención en la realidad, restablece el contenido histórico del concepto. A partir de esta óptica se vuelve inoperante el concepto de marginalidad, una vez que Florestan rechaza la existencia de un modelo previo de organización de la sociedad.

En la exposición de esta tesis, que ganará fuerza en su obra posterior —principalmente en la exposición del que concebirá como desarrollo desigual y combinado—, recuerda la importancia de las diferentes esferas de la sociedad, económica, social, política y cultural. Enfatiza, incluso, la interdependencia de estas esferas; la inserción económica, la pertenencia social, la participación política y la asimilación de la cultura forman parte de un único proceso social en el que

un elemento actúa como reproductor del otro. Llamo la atención, sin desarrollar el tema aquí, sobre la importancia del elemento cultural —usará el concepto de *demora cultural*—. Para el autor no existe el "retraso", como aparece en varias propuestas de los organismos internacionales orientados a la intervención en la dirección del desarrollo económico. El tema del respeto a las formas culturales en la definición de los proyectos de desarrollo casi no es abordado por lo autores en aquel momento, pues la diversidad, si no considerada como un mal, es vista, por lo menos, como un exotismo. Hoy, sabemos, el respeto a la diversidad cultural se volvió un elemento fundamental para la reflexión sobre la cuestión nacional, la cuestión social y el desarrollo.[3]

Además de señalar a la restricción de la propia formulación de desarrollo presente en diversas presentaciones, Florestan recuerda el límite metodológico presente en la caracterización de tipos sociales, que es aplicada por los analistas en la descripción de regiones consideradas *menos desarrolladas* y/o *modernas*. En otros términos, critica la tesis sobre el *carácter nacional*, lugar común en las décadas anteriores, y que persistía aún en varios de los análisis sobre el desarrollo. La más importante advertencia hecha por el autor en este articulo es la que se refiere a la dimensión ética involucrada en la discusión.

> Por distintos motivos, los objetivos del desarrollo social, valorizados tanto en los "países avanzados" [...] cuanto en los "países subdesarrollados" [...] incentivan cambios sociales indirectamente subordinados a los intereses y valores sociales de los sectores dominantes en la estructura del poder. Medidas formuladas a nombre de los "intereses de la Nación" pocas veces corresponden, de hecho, a las necesidades vitales de la comunidad como un todo. Sin embargo, estas medidas cuentan, en general, con las presiones abiertas o disimuladas de la propaganda organizada. (Fernandes, 1960a: 224)

Es importante señalar cómo este elemento ético es central en el debate contemporáneo, especialmente cuando los problemas de la identidad y posibilidad de reivindicación de derechos son abordados por las teorías del reconocimiento. Es evidente que no estoy sugiriendo que el avance del análisis que se llegó fue desarrollado por Florestan Fernandes. Solamente quiero señalar dos puntos. Primero: la teoría critica siempre tuvo la "orientación para la emancipación que [...] también exige que la teoría sea expresión de un *comportamiento critico* frente al conocimiento producido y a la propia realidad social que este conocimiento pretende aprehender" (Nobre, 2003: 9). Segundo: el reconocimiento del proyecto emancipatorio como eje de la modernidad,

3 Varios autores indianos se han dedicado a la cuestión. Véase, por ejemplo, Chartterjee (1993).

por lo tanto, como referencia central en cualquier proyecto de cambio social, es parte constitutiva de la obra del sociólogo paulista, desde sus primeros trabajos. En 1945, por ejemplo, recuerda a los intelectuales la necesidad de democratización de la cultura como un momento constitutivo de la democracia política y de la democracia económica (Fernandes, 1945; 1960b). Por lo que, la orientación para la emancipación siempre ha formado parte de la reflexión de Florestan Fernandes acerca del cambio social (Arruda, 2001).

Aunque ilustre con apenas una polémica, quiero señalar cómo el seminario internacional del CLAPCS, realizado en 1959, pone a debate no solo proyectos de desarrollo si no, principalmente, visiones sobre el papel de los intelectuales y de la sociología. Aun mas, muestra los primeros pasos de una reflexión sobre categorías analíticas, un proceso abortado por los acontecimientos políticos que resultaron en restricción a la continuidad del pensamiento y la formulación de ideas centrales para la comprensión de la "condición periférica".

Es interesante recordar el comentario hecho por Costa Pinto, en la presentación de los Anales del seminario, comentando el contenido, no solo teórico si no político, de las discusiones.

> El fecundo resultado que advino de ahí fue el alto nivel científico de las discusiones, la seriedad y la multiplicidad de ángulos por los que la problemática del desarrollo fue estudiada y, sobretodo, la enorme distancia que luego se estableció entre la sociología del desarrollo nacional, que de hecho fue debatida por un inteligente y eficiente grupo de científicos sociales —y el abordaje ideológico del problema que, en muchos países de la región, ciertos grupos de presión buscaron de manera ruidosa presentar como análisis seria y científica de los problemas del desarrollo—. (Costa Pinto, 1960)

MARGINALIDAD: DISTINTAS COMPRENSIONES

Como ya fue mencionado anteriormente, el concepto de marginalidad abriga varias dimensiones y comprende varios aspectos muchas veces en oposición. Esta oposición está presente en casi todas las definiciones, por incorporar una visión dualista, en que arcaico y moderno, viejo y nuevo se sitúan como dicotomía; en general se argumenta que el elemento tradicional debe ser superado. Presenté la hipótesis de que, en los debates del período comprendido entre 1950 y 1970, el elemento cultural en estas definiciones, fundamental para la comprensión de la diversidad, es valorado negativamente por gran parte de los autores. Frente a las cuestiones sociales actualmente presentes, la esfera cultural se volvió central en el análisis sociológico, valorizando una importante categoría en el área —socialización— la cual, durante un largo período, fue casi olvidada por la sociología. Así, es

importante retomar, de manera breve, los diferentes contenidos de estas definiciones.

Diversas connotaciones sobre marginalidad aparecen en los textos del período estudiado: marginalidad estructural, marginalidad como residuo del desarrollo económico, marginalidad y demora cultural, etc. Al analizar la cuestión urbana, Manoel T. Berlinck (1975) presentó una tipología de las principales definiciones presentes en aquel momento. El escenario del desarrollo, desde los años cincuenta, llevó a que, rápidamente, se pusiera como modelo de inserción de la población latinoamericana, el progreso generador de empleos. Los sectores que no se integrasen en este modelo debían ser explicados por las ciencias sociales. Se trataba de un cuadro eufórico, donde:

> no había lugar para la existencia de la favelas y viviendas populares que, sin embargo, terminaban por existir en el escenario de las mismas ciudades —como São Paulo y Río— donde "el progreso" sucedía. ¿Cómo "explicar" esta situación 'paradójica'? El concepto de marginalidad con una definición espacial, fue la respuesta encontrada y adoptada por técnicos de planeamiento urbano y *desfavelamiento,* y fue vista como un mal transitorio, producto de un desajuste circunstancial en el proceso de desarrollo urbano (Berlinck, 1975: 14).

El autor señala las varias críticas e investigaciones que cuestionaron esta interpretación, indicando la no homogeneidad de la población residente en las favelas, sus diferentes inserciones en la sociedad inclusiva, la pluralidad de comportamientos políticos, etc. Señala, incluso, la noción de marginalidad fundada en la idea de pasividad. Esta concepción atribuye una ambivalencia al individuo que se encuentra "entre dos culturas", enfrentando, en este caso, problemas de integración. Esta posición, bastante difundida en los países latinoamericanos, se debe principalmente, y Berlinck apunta esta influencia, a los análisis difundidos por la DESAL (Centro para el desarrollo económico y social de América Latina). Se trata de una tesis que parte de la afirmación de la existencia de una dualidad estructural, expresada en la dicotomía arcaico/moderno, viejo/nuevo, como ya señalé arriba.

Leyendo uno de los mas difundidos textos de la DESAL, *América Latina y desarrollo social,* encontramos varios pasajes que afirman esta posición.

> La primera forma de marginalidad —la más corriente y visible— se refiere al sentido pasivo de la participación. Podemos decir de un hombre o de un grupo de hombres constitutivos de una base societaria que están marginalizados, cuando no reciben, no participan de la finalidad, de las normas, de los valores, de los medios ni de la división de trabajo en esta base social.

> [...] Es indudable que el mas importante creador de los sentidos del término participación es la dinámica, de la colaboración y de la acción espontánea. Solamente cuando constatamos que existen hombres que en sus conciencias y voluntades no contribuyen a la definición de la finalidad [establecida por la sociedad]; no cumplen con las normas establecidas por esta; que no adhieren a las ideas y valores propios de la unidad, hombres que no tienen acceso a los medios que buscan el alcance de los objetivos y aquellos a los que no se atribuyen ningún papel, tarea o función específica, ahí entonces podemos hablar de marginalidad. (DESAL, 1996)

La larga cita se justifica porque muestra los dos elementos que quiero señalar como límites analíticos presentes en esta tesis: por un lado, la afirmación de la existencia de un dualismo estructural; por otro, la indicación de que la situación de marginalidad es una "elección" del hombre o del grupo.

En esta misma línea de la marginalidad fundada en la pasividad, Berlinck analiza las tesis apoyadas en la afirmación de Oscar Lewis sobre las características de la "cultura de la pobreza". Aunque la definición de cultura de la pobreza comprenda la noción de adaptabilidad —lo que sobrepasa los límites impuestos por la formación de la DESAL— Lewis la presenta a través de una dicotomía: por un lado, se trata de un modo de adaptarse a la sociedad involucrada; por otro, es una manera en que los pobres reaccionaron a la sociedad capitalista, individualizada y organizada en clases sociales. Siendo reactiva, se supone la presencia de la conciencia de la situación diferenciada. La valorización de los elementos culturales marcados de esta diferencia, la manutención de los mismos y su transmisión a través del proceso de socialización se vuelven, según el autor, obstáculos psicológicos para que los niños estén preparados para beneficiarse de las condiciones de cambio y disfrutar de las oportunidades que estas podrían cargar. Una de las principales críticas que fueron dirigidas a estas tesis señala la fragilidad de la idea de autonomía de la cultura, proposición que está casi siempre presente en las discusiones sobre marginalidad.

La cultura de la pobreza produce, según Lewis, la incapacidad de organización en relación a la lucha para superar la condición en que se encuentran los pobres. En otros términos, la privación y la exclusión conducen a la configuración de trazos que refuerzan la marginalidad y la dependencia, generando pasividad comportamental.[4]

En las discusiones de los años 1960, la marginalidad es vista también como residuo del desarrollo económico: este sería un proceso

---

4 Innúmeras críticas ya fueron hechas a la formulación del antropólogo Oscar Lewis, lo que me libera de la necesidad de retomarlas aquí. Ver, por ejemplo, Stavenhagen (1974) y Casanova (1969).

incapaz de beneficiar toda la población de una sociedad al mismo tiempo. "Así, el proceso de desarrollo coexiste con una 'población marginal al desarrollo' que, eventualmente podrá ser beneficiada por el proceso, si este subsiste" (Berlinck, 1975: 20). Bajo esta óptica, la "capa marginal" termina por ser vista, no solo por los analistas, sino también aprehendida por los especialistas en políticas públicas, como un sector para el cual resta apenas la "espera" del encaminamiento promisor de un proyecto de desarrollo nacional. Cito:

> Los marginales son [...] aquellos que "no pertenecen" [...] están ubicados en la parte inferior de la escala social, o mejor, afuera de esta. Se puede decir que no están social y económicamente integrados a una sociedad, a un sistema de clases, ya que no pertenecen a un sistema económico [...] no son nadie, no hacen más que estar, ocupar una porción de tierra, que es tierra de nadie. (Vekemans & Fuenzalida, 1969: 44)[5]

La marginalidad también es presentada como el contrario de la integración social. Aníbal Quijano (1966), representante de esta corriente, desarrolla una mirada mas sistemática que las anteriores, describiendo aspectos característicamente diferenciados, referidos concretamente a cada sociedad y no definidos de forma abstracta. De este modo, "la marginalidad es un problema inherente a la estructura de cualquier sociedad y cambia en cada momento histórico". Diferenciando integración de la sociedad y en la sociedad, Quijano confiere a la noción "un valor heurístico, en la medida en que indica las limitaciones de los elementos institucionales básicos de cada estructura" (Berlinck, 1975: 21). Sin entrar en detalles de la argumentación de Quijano, se le puede criticar por reproducir, a partir de otra óptica, el presupuesto del dualismo estructural.

En el texto que analiza parte de la obra de Costa Pinto, Gláucia Villas Bôas (2005) escribe sobre el mito de la ambigüedad que se encuentra detrás de mayor parte de los debates sobre la instauración del orden moderna, igualitaria y competitiva en Brasil, eje de las discusiones sobre la marginalidad. En otras palabras, muestra que las perspectivas que observan el retraso como patológico reproducen "una visión normativa de la sociedad y, consecuentemente, rechazan el postulado de que la sociedad se hace a través del conflicto de distintas órdenes y valores predominando unos sobre otros" (Villas Bôas, 2005: 81). En esta posición es evidente la crítica a la convergencia de gran parte de los análisis a la tesis de la existencia de intereses generales, que son definidos como intereses nacionales, como si en la sociedad brasileña

5 Ver también la crítica de Rodolfo Stavenhagen (1974), hecha a esta proposición.

fuese homogénea y se constituyesen en un espacio social en que las condiciones socio-económicas-políticas-culturales para la competición se presentasen de forma idéntica para toda la población. Como si las diferencias que definen la marginalidad fuesen de grado y no estuvieran asentadas en la existencia de intereses conflictivos.

> No fue solo la relevancia del conflicto lo que ocupó el sociólogo en su empeño por legitimar una perspectiva de interpretación sociológica de los cambios. Creyendo que solamente el estudio de la dimensión sociológica del acto humano podría contribuir para las transformaciones y contrario a toda y cualquier 'ideología' que pudiese obscurecer aquella contribución, Costa Pinto se posicionó contra el nacionalismo, que se incorporara en definitivo al vocabulario político de la época, calificando, sobretodo, el desarrollo de "nacional". Bien se puede imaginar las peleas y dificultades que tuvo, sobretodo en Rio de Janeiro, frente a la vigorosa producción y el debate de ideas producido por el ISEB. (Villas Bôas, 2005: 84)

No voy a desarrollar aquí las consideraciones hechas sobre el alcance y los límites del concepto de marginalidad estructural, porque ya están bien formulados en el artículo citado y concuerdo totalmente con ellas. Retomo el tema de la marginalidad a partir de ángulo del cambio social, enfoque central en el período estudiado.

CAMBIO SOCIAL

Aunque el debate incluye posiciones diferenciadas entre los diversos autores (Villas Bôas, 2006), recurro a los argumentos presentados por Florestan Fernandes[6] para ilustrar las líneas generales de la discusión. Este autor muestra que varias cuestiones importantes para la reflexión sociológica referente a la cuestión de la desigualdad están presentes, si no explícita, por lo menos implícitamente, en textos de los años 1940, antes de que se tornaran centrales en los años cincuenta.

> ¿Por qué el sociólogo, en una sociedad como la nuestra, vuelve con tanta insistencia sobre los problemas de cambio? ¿Cuáles son las características del cambio en una sociedad como la brasileña? ¿Por qué el control del cambio es tan importante para el poder político de las clases dominantes? [...] [estas preguntas] necesitan ser consideradas en conjunto y tomadas no como "enfoque de referencia", si no como punto de partida de cualquier discusión sociología crítica y realmente explicativa. (Fernandes, 1974: 22)

Retomando la afirmación de los límites a la homogeneidad social resultado de la herencia colonial, ya expuesta en trabajos anteriores y

6 Consultar, especialmente, Fernandes (1974), donde están reunidos artículos escritos entre 1946-1959.

que será profundizada posteriormente, desarrolla la tesis de la revolución burguesa incompleta en Brasil, que pone al analista frente a una realidad diferenciada en relación a los países centrales.

> Esto implica romper con el residuo naturalista implícito en la idea de que el régimen de clases surge de la misma manera, funciona del mismo modo y produce los mismos resultados donde sea que aparezca. [...] [así] los científicos sociales tienen que operar, tanto descriptiva cuanto interpretativamente, con una heterogeneización *máxima* de los factores propiamente estructurales y dinámicos de la diferenciación social. (Fernandes, 1974: 25)

Enseña, todavía, cómo la combinación de dos herencias —colonial y esclavista— opera en la dirección de la constitución de una distancia social que no es apenas cuantitativa —de poder económico, político y social— pero que está enraizada profundamente en la cultura.

> Aquel patrón [colonial y esclavista] compatibiliza la coexistencia de la tolerancia y hasta de la cordialidad con un profundo desprecio elitista por quien no poseía la misma condición social. Lo que hace que aquello que parece "democrático" en la superficie, sea de hecho "autoritario" y "autocrático" en su esencia. Este nivel psicosocial de las relaciones humanas es nuestra herencia mas duradera (y, al mismo tiempo, mas negativa) del pasado colonial y del mundo esclavista. (Fernandes, 1974: 33)

Señala al hecho de que el cambio social está sometido por la condición "cerrada" del orden social competitivo que se vacía como factor histórico-social, "volviéndose rígida o inerte principalmente para los intereses de clases que no coinciden con el de los "*dueños del poder*". Así, esta no se transforma en "fuente de las correcciones de tendencias antidemocráticas y antinacionales", pues "funciona como una fuente de perpetuación indefinida de fortalecimiento de estas tendencias" (Fernandes, 1974: 147-148).

No quiero extenderme en la exposición de los argumentos del autor, pero, lo que me interesa es llamar la atención sobre su propuesta analítica en relación con la cuestión de la marginalidad y de la exclusión. La preocupación se desplaza para el proceso y apenas se fija en la situación de exclusión; se preocupa por el *proceso de exclusión*. En la misma tradición de análisis, José de Souza Martins llama la atención sobre el problema, actualizándolo. Mostrando que existe una *fetichización* del término exclusión, dice:

> existen víctimas de procesos naturales, políticos y económicos excluyentes; existe el conflicto por el que la víctima de los procesos excluyentes proclama su inconformismo, su malestar, su revuelta, su esperanza, su fuerza reivindicativa y su reivindicación corrosiva. Estas reacciones, porque no

> se trata estrictamente de exclusión, no se dan fuera de los sistemas económicos y de los sistemas de poder. Constituyen el imponderable de estos sistemas, son parte de estos, aunque los niega. Las reacciones no ocurren de fuera hacia adentro; ocurren en el interior de la realidad problemática, dentro de la realidad que produjo los problemas que las causan. (Martins, 1997: 14)

Así, el camino de comprensión del proceso de exclusión, ya presente en algunas críticas a las definiciones de marginalidad expresadas en los años 1950-1960, apuntan al reconocimiento de la diversidad como elemento básico de los fundamentos de una sociedad democrática, como muchas de las nuevas propuestas teóricas en el área de las ciencias sociales buscan demostrar. O, incluso, que los llamados "marginales" son componentes de la sociedad considerada como un todo, asumiendo la función, independientemente de su voluntad, de reproducción de las tendencias antidemocráticas que le son constitutivas. Pero, en la apariencia, el orden social competitivo está "abierto" para toda la población, escondiendo la desigualdad de condiciones de competición. Si, en aquel momento, el argumento queda condicionado a esa constatación, tanto por los limites internos de los análisis como por las contriciones políticas, actualmente varias vertientes teóricas se abren para nuevas proposiciones. Se trata, evidentemente, de una hipótesis que solo el desarrollo de la reflexión podría confirmar.

Desde el punto de vista metodológico, se reabre una vieja cuestión: a partir de la "periferia" del sistema social —y no solo territorial—, donde los conflictos sociales se presentaban en su pluralidad, el analista se encuentra en una perspectiva que le permite visualizar mejor los problemas, lo que no siempre resulta en la más amplia sistematización de los mismos.[7] Se trata de una posibilidad más a ser llevada en consideración para reflexionar sobre el lugar del pensamiento social brasileño en el cuadro general de las ciencias sociales.

BIBLIOGRAFÍA

Arruda, M. A. do N. 2001 *Metrópole e cultura. São Paulo no meio século XX* (Bauru: EDUSC).

Berlinck, M. T. 1975 *Marginalidade social e relações de classes em S. Paulo* (Petrópolis: Vozes) pp. 13-42.

7 Nadia Urbinati sugiere la presencia de este procedimiento en Gramsci que, al discutir la cuestión meridional, busca apuntar antes las debilidades de la sociedad italiana como un todo de que los problemas exclusivos de región sur del país (Urbinati, 1996).

Bock, K. 1980 "Teorias do Progresso, Desenvolvimento e Evolução" en Bottomore, T.; Nisbet, R. (orgs.) *História da análise sociológica* (Río de Janeiro: Zahar) pp. 65-117.

Casanova, P. G. 1969 *Sociología de la explotación* (México: Siglo XXI).

Chartterjee, P. 1993 *The Nations and its Fragments* (Princeton: Princeton University Press).

Costa Pinto, L. A. 1955 "Panorama geral" en Costa Pinto, L. A.; Carneiro, E. *As Ciências Sociais no Brasil* (Río de Janeiro: CAPES) Nº 6, Serie Estudos e Ensaios, p. 39.

Costa Pinto, L. A. 1960 "Introdução" en *Anais do Seminário Internacional Resistências* às *Mudanças - fatores que impedem ou dificultam o desenvolvimento* (Río de Janeiro: Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais) Nº 10, p. 7.

DESAL 1966 *América Latina y desarrollo social* (Santiago de Chile: Herder) segunda edición, pp. 75-77.

Fernandes, F. 1945 "Tarefas da inteligência" en *Folha da Manhã* (Brasil) 3 de marzo.

Fernandes, F. 1960a "Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento" en *Anais do Seminário Internacional Resistências* às *Mudanças - fatores que impedem ou dificultam o desenvolvimento* (Río de Janeiro: Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais) Nº 10, pp. 219-259.

Fernandes, F. 1960b "Existe uma crise da democracia no Brasil?" en *Revista Anhembi* (São Paulo: Difel) año IV, Nº XVI(48).

Fernandes, F. 1974 *Mudanças sociais no Brasil* (São Paulo: Difusão Européia do Livro).

Fernandes, F. 1976 *A Sociologia no Brasil: contribuição para o estudo de sua formação e desenvolvimento* (Petrópolis: Vozes) pp. 53-54.

Lambert, J. 1960 "Les obstacles au dévelloppement provenant de la formation d'une société dualiste en *Anais do Seminário Internacional Resistências* às *Mudanças - fatores que impedem ou dificultam o desenvolvimento* (Río de Janeiro: Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais) Nº 10, pp. 27-50.

Linhares, M. Y.; Teixeira da Silva, F. C. 1981 *História da Agricultura Brasileira: combates e controvérsias* (São Paulo: Brasiliense) p. 40.

Martins, J. de S. 1997 *Exclusão social e a nova desigualdade* (São Paulo: Paulus).

Martins, T. G. 2008 *Florestan Fernandes e Guerreiro Ramos - para além de um debate* (Campinas: Programa de Posgrado en Sociología; IFCH-UNICAMP).

Miceli, S. 1989 *História das Ciências Sociais no Brasil* (São Paulo: Vértice; Editora Revista dos Tribunais; IDESP) Vol. 1, p. 73.

Mills, C. W. 1960 "Remarks on the problem of industrial development" en *Anais do Seminário Internacional Resistências* às *Mudanças - fatores que impedem ou dificultam o desenvolvimento* (Río de Janeiro: Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais) Nº 10, pp. 281-287.

Nobre, M. 2003 "Luta por reconhecimento: Axel Honneth e a Teoria Crítica" en Honneth, A. *Luta por reconhecimento. A gramática moral dos conflitos sociais* (São Paulo: Editora 34) p. 9.

Quijano, A. 1966 *Notas sobre el concepto de marginalidad social* (Santiago, Chile: CEPAL).

Schwarcz, L. M.; Botelho, A. 2011 "Simpósio: cinco questões sobre o pensamento social brasileiro" en *Lua Nova. Revista de cultura e política* (São Paulo: CEDEC) nº 82, pp. 139-159.

Stavenhagen, R. 1974 *Sociología y subdesarrollo* (México: Nuestro Tiempo) segunda edición.

Urbinati, N. 1996 "Le passione e La politica. Il Meridione di Antonio Gramsci" en *Studi Storici* (Roma: Istituto Gramsci) Año 37, pp. 465-487, abril-junio.

Vekemans, R.; Fuenzalida, I. S. 1969 "El concepto de marginalidad" en DESAL *Marginalidade en América Latina: um ensayo de diagnóstico* (Barcelona: Herder) p. 44.

Villas Bôas, G. 2005 "Por que rever mais uma vez o conceito de marginalidade estrutural de L. de A. Costa Pinto?" en *Perspectivas* (São Paulo) vol. 28, pp. 79-103, julio-diciembre.

Villas Bôas, G. 2006 *Mudança provocada - passado e futuro no pensamento sociológico brasileiro* (Río de Janeiro: FGV).

LA SOCIOLOGÍA Y EL NUEVO PATRÓN CIVILIZATORIO*

Gabriel Cohn

Mi propósito aquí es señalar las características que asumen en el mundo de hoy, algunos temas centrales del legado clásico en la sociología. Mi punto de partida es dado por la circunstancia de que la gran teoría social jamás se limitó a exponer una situación o a describir una condición del mundo. Más allá de eso, sus múltiples variantes convergen en un punto: exprimen, cada cual conforme su índole, una carencia, una insuficiencia fundamental en su objeto de estudio. Una carencia de orientación normativa, en Durkheim; de iniciativa dirigente, en Weber; de transformación, en Marx; de espontaneidad del flujo de la vida, en Simmel. Esta percepción de una falta en aquello que el mundo social tiene de más profundo se traduce en la pregunta sobre por qué las cosas siguen por este rumbo y no por otros. El problema básico siempre concierne al cambio en la sociedad y a los sentidos que ella asume.

De las muchas cosas que cambiaron en las ciencias sociales a lo largo del último siglo recordemos en primer lugar la más amplia. Si en el pasaje del siglo XIX al XX la gran cuestión que se presentaba era la de las condiciones de incorporación a la sociedad de nuevos grupos en vías de organizarse y firmemente determinados en hacerse presentes en los diversos escenarios sociales, un siglo después se exhibe un

* Extraído de *Weber, Frankfurt: teoria e pensamento social* 2016 (Río de Janeiro: Azougue), pp. 181-192.

cuadro inverso. Ahora, la cuestión es, cómo hacer frente a la aceleración de procesos de exclusión, y ya no de inclusión.

Antes, los conservadores veían con malos ojos la emergencia de las masas, y los adeptos al cambio —también llamado progreso— apostaban sus fichas en la conversión de esas "masas" en actores políticos organizados. Como efecto, organización era un término en torno al cual todo se articulaba. En esto se revelaba una herencia que proviene de la transición secular anterior, en el linaje que pasa por Saint Simón y Comte y que se abre en múltiples trayectorias en el siglo XX. En realidad, era desde el ángulo de la organización que ganaba contenido el tema de la inclusión. En un registro positivo, la inclusión era entendida como sinónimo de participación en un orden social. Por otro lado, en el registro negativo de la propensión conservadora al identificar organización y orden, era entendido como desorganización de la sociedad, homogeneización entrópica. En esas condiciones la cuestión central pasa a ser: ¿quién organiza qué, en nombre de qué? De esa cuestión resulta una segunda forma de organización, ¿quién acumula poder de decisión, por un lado, y acceso a los recursos, por el otro? Y ya, en términos críticos: ¿En detrimento de quién?

Claro que el problema encuentra formulaciones diferentes en las diversas áreas de las ciencias sociales. La cuestión sobre cuál es la instancia organizadora se puede resolver con el gato durkheimiano cazando su propia cola, en la cual la solución acaba siendo propia de la sociedad, entendida como la organización por excelencia, de la cual todas las otras derivan. Esa posición, en cambio, encuentra una contrapartida radical en la tesis de que solo existe voluntad y acción correspondiente a entes individuales, imponiéndose, pues a romper el círculo durkheimiano, en donde la sociedad siempre se re-encuentra con un juego de espejos. Se trata de buscar capacidades de acción, agencias efectivas —antes que estructuras—, cuya acción se traduzca en un enfrentamiento de voluntades con resultados no orientados de antemano por el sistema normativo de la sociedad. En esa perspectiva, la organización del conjunto social según una voluntad directiva pasa a ser el *bonus* en la eficacia de la decisión. Se da así realce al tema bastante moderno —post-maquiavélico, digamos— de la decisión en condiciones donde la racionalidad es más un atributo de los individuos de la asociación que ellos integran. Claro que esta es la salida de Weber, pero no solo de él. Entre esas posiciones polares hay espacio de sobra para esa combinación de estructura y agencia que está presente en gran parte del pensamiento social del siglo XX, en configuraciones altamente diferenciales —en las cuales se traducen los cambios de enfoque de los problemas y la renovación de las preguntas—.

La nueva transición secular, al exponer las ciencias sociales a un cuadro tan diferente del anterior, pone de manifiesto una cierta fatiga de los modos de plantear los grandes problemas. La vieja distinción entre estructura y agencia, o sistema y acción, pierde mucho de su filo cuando la cuestión deja de ser cómo expandir y diferenciar el sistema por la incorporación de nuevas formas organizadas de acción —por lo tanto, de actores— y pasa a ser la de cuáles son los actores que no tienen un papel a interpretar y podrán ser dejados de lado.

El punto que deseo anticipar aquí es que hasta una fase avanzada del siglo XX la referencia paradigmática consistía en la asociación entre organización y expansión. Cabe recalcar que estaban en juego procesos expansivos de diferenciación interna de las sociedades, tanto por la óptica de los elementos de sistemas como de la óptica de la constitución de actores. En la vuelta del siglo, no obstante, se rompe esa asociación entre organización y expansión, por la pérdida de sustancia del segundo término. Es un desgaste que implica una separación más profunda, entre expansión y acumulación, que antes caminaban juntas. La referencia a la organización sigue siendo central, pero tiende a girar en el vacío cuando no se encuentra un término que pueda substituir el de expansión —o a su asociado directo, acumulación—.

En la medida de lo posible consigo ver que ese término ya se muestra con nitidez: se trata de selección. La idea, aquí, es que en las condiciones que se van diseñando en la actualidad, el principio de selección cumple el papel correspondiente al de la acumulación en la fase que se va cerrando. Es ese principio el que promete dar cuenta de una condición histórica en que sistemas altamente complejos y, por lo tanto, muy avanzados en términos de organización van constituyendo una dinámica en que la expansión, desvinculada de la acumulación, se da por la eliminación de partes por fuera de la borda, pero por la incorporación de elementos y procesos —aunque esto también ocurra—. El primer problema que se presenta en este punto consiste en especificar el modo en cómo esos dos términos se articulan.

No voy a intentar desarrollar aquí este "primer problema", en el cual la realidad está contenida dentro de toda una serie de cuestiones decisivas, que no tengo cómo desmenuzar ni mucho menos examinar detenidamente. Lo que me atrevo a hacer aquí es sugerir que eso es parte de las nuevas tareas que se presentan a las ciencias sociales. Puestas las cosas en esos términos, hace sentido esbozar algunos trazos de lo que puede ser el campo en el interior del cual los nuevos problemas —y, con ellos, las nuevas versiones de viejos problemas— podrán tomar forma.

Corriendo el riesgo de oscilar entre lo trivial y lo francamente equivocado, yo identificaría como el primero de esos trazos el que

estamos en aquello que ya fue designado por la expresión "umbral civilizatorio". Esa situación, por lo demás, había sido percibida a su manera por los grandes maestros fundadores de las ciencias sociales hace un siglo. Pero la aceleración de los procesos históricos a lo largo del siglo XX, de cierto modo subvierte todos los planes hasta entonces trazados. No que eso signifique que un nuevo modelo de civilización esté en vías de forzar irresistiblemente el paso a la actual etapa histórica. En la realidad, una de las cosas que el último siglo nos enseñó es que los modelos de civilización son cosas muy frágiles, ciertamente más frágiles que los modelos de organización económica o política. Nos enseñó, más que eso, a dejar claro que la referencia a la civilización es mucho más de orden de propuestas normativas que de los marcos objetivos de la experiencia social. Se trata de un terreno a ser disputado más que un campo ya preparado, donde el juego de las formas de asociación se haga conforme a las reglas consensuales. Se trata en realidad de un terreno privilegiado, en el que se dibuja la cartografía social de la experiencia, con lo que queda desde luego indicada la importancia de retomar por mucho ese tema crucial, en la búsqueda de una nueva teoría de la experiencia social.

La expresión "umbral civilizatorio", que indica algo como el límite del pasaje de un patrón de civilización a otro, podrá suscitar fuertes objeciones. Al final, no es de modo alguno evidente que esté en curso algo tan radical como una completa restauración de modos de conducir y concebir la vida social. Creo que en este punto vale la pena sugerir una distinción en lo que concierne al cambio social a gran escala. Es perfectamente plausible la idea de grandes cortes históricos de carácter revolucionario, en la que emerge un patrón distinto de aquel que antes daba forma a la vida social. Pero esto no debe ocultar que el cambio cualitativo no se agota en la distinción radical entre estados consecutivos en la historia de las formaciones sociales. La nueva cualidad puede emerger de la condensación y síntesis de elementos todos ellos ya presentes en el escenario histórico, por un proceso que es menos de transformación y mucho más de explicación e de imposición de contornos nítidos a un marco todavía incierto. Marx apostó por la primera concepción. Todos los demás clásicos, de Tocqueville a Weber, pasando por Durkheim, apostaron por la segunda —para no hablar de los adeptos a la "revolución conservadora" en los fascismos del siglo XX—. Esa concepción es compatible tanto con el lenguaje durkheimiano de la síntesis de representaciones dispersas, así como con la preocupación weberiana sobre la racionalización como un proceso que impone nitidez y rigidez creciente a las orientaciones de la acción. Está en juego el diseño de nuevos límites para las acciones y sus sentidos, por la condensación de elementos dispersos en los procesos

sociales. Es precisamente en ese punto que se impone la consideración crítica y, como insistiré más adelante, la explícita incorporación de la dimensión normativa en el análisis. Pues de lo contrario se corre el riesgo de caer solamente en la antigua trampa de la sociología, que es la de asimilar irreflexivamente una concepción de fuerte vínculo conservador. Políticamente, el siglo XX nos enseñó que la estricta y plena explicitación del estado de las cosas presente mediante su consolidación en una configuración sólida y nítida corresponde a alguna variante del fascismo, de la "revolución por la derecha" como decía en los años 1930, Hans Freyer. Para escapar de esa trampa es preciso tener en claro que hablar de civilización, y sobre todo, de cambios civilizatorios no es lo mismo que hablar de revolución, pero también no es detenerse en los límites ya dados por una forma histórica de vida. Es ser capaz de ir más allá de lo que está dado para señalar, en el campo de las posibilidades, lo que falta es ser efectuado para que el término merezca el sentido que tiene, de *vivere libero* —si se me permite esa expresión venerable, de República plenamente realizada—. En este sentido, el reflejo, que en Giddens aparece como trazo positivo de la vuelta del siglo, sería mejor pensado como una posibilidad que se traduce en una exigencia normativa íntimamente ligada al ciudadano con la dimensión civilizada de la vida social.

PATRÓN CIVILIZATORIO

Nada de eso tiene sentido, sin embargo, si no entendemos lo que está en juego cuando hablo de civilización, o como prefiero, de patrón civilizatorio. Quiero decir que nos debemos preparar para la tarea de proponer de modo consciente y comprometido los contornos de una forma de vida que no sea la mera reiteración de la que actualmente es hegemónica y en cuya construcción las nuevas condiciones de las sociedades se tornen viables o por lo menos posibles. Estamos ante una apertura histórica, no de un rumbo inexorable —ni, mucho menos, de una puerta evidente para todas las vías que quisiéramos—. El cambio de tono que ahora se instala en mis proposiciones no es casual. Es de modo deliberado que paso a un registro francamente normativo. El argumento que aquí busco formular tiene como una de sus piezas centrales la idea de que la dimensión normativa va dejando de ser una especie de escenario de fondo implícito cuando no se reprime del análisis social para proyectarse con fuerza al centro de la atención.

El primer paso para ese avance consiste en recuperar ese concepto, observado con merecida desconfianza, dada su historia: la de civilización. La expresión alternativa patrón civilizatorio, aunque poco elegante, me parece más adecuada para lo que tengo en mente al penetrar en ese terreno pantanoso. Pero ningún rodeo terminológico

eliminará la carga que pesa sobre un terreno que acabó siendo incorporado al vocabulario de un ala específica del pensamiento social, la más comprometida con posiciones conservadoras o francamente de derecha. Paso enteramente de largo el uso que actualmente hace del término un Huntington, por ejemplo. Se trata de recuperar referencias en él contenidas que fueron soterradas por la distinción que en cierta época se construyó, entre "civilización" y "cultura", en buena medida como respuesta conservadora a los ímpetus progresistas y evolucionistas de los que apostaban por una secuencia ascendente de niveles cada vez más avanzados de organización de la vida social, entendidos justamente como niveles de civilización.

Actualmente deben ser pocos los defensores de una irreversible evolución civilizatoria. Pero la respuesta a esa concepción produjo efectos perversos, al corromper el término desde la raíz. En esa perspectiva, el término civilización pasó a significar la simple adquisición y manutención de recursos técnicos y de destreza, reservando el término "cultura" para algo más elevado, que sería la capacidad de infundir sentido a esas habilidades en un principio accesibles a todos. En una formulación bien conocida, civilización sería disponer de tenedor y cuchillo, y cultura consistiría en saber hacer uso de ellos de modo conveniente —conforme reglas sociales específicas, por lo tanto—.

La maniobra es clara. Se introduce una cuña en el empalme de la idea de civilización con la de cultura para valorizar la segunda en detrimento de la primera. Con esto se desvía el foco universal (o con tendencia universal) hacia lo particular, restricto, peculiar a este o aquel pueblo, o de preferencia, a este o aquel grupo social.

Esto tiene una consecuencia muy importante desde el punto de vista de mi argumento. Al destruirse por esa vía el contraste entre "civilización" y "barbarie" que tanto importaba a los viejos evolucionistas —para quienes indicaba las diferencias remediables entre estados de desarrollo— se insinuaba la idea de que la civilización sola, sin el correctivo restrictivo e históricamente contingente de la cultura, misma abrigaría la barbarie. Esto a primera vista puede parecer una concepción crítica —un tanto "frankfurtiana"— que señalaría el germen de la barbarie en el interior mismo de la civilización que se presenta como la más avanzada. Pero esto no es eso. La actitud cubierta no es crítica: es de simple y pura descalificación. La tarea que tenemos hoy implica justamente el retomar la reflexión crítica tanto de la civilización, como de la barbarie —y de paso, de la cultura— para sorprender los límites y también el potencial no realizado de todos ellos —incluyendo la barbarie, que también tiene su momento de verdad. Con esto sí estaríamos en la línea de los maestros de Frankfurt. Mi objetivo es recuperar el complejo expresivo que anima la idea de civilización y la vuelve

inseparable de la idea de cultura, entendida esta última en su acepción más plena, como cultivo de la humanidad, como formación. Vida civil, libre convivencia en la ciudad, ciudadanía y, yendo más profundo en su etimología, hogar, abrigo, espacio de reposo en paz. Todo esto forma parte de este complejo, señalando el gran tema que secretamente movía a los grandes maestros de las nacientes ciencias sociales: el anhelo por una sociabilidad que permita a todos estar *chez soi*.

Una referencia específica podrá ilustrar mejor mi preocupación. Luego del colapso del bloque soviético el sociólogo alemán Helmut Dubiel publicó un artículo sobre "el luto de la izquierda". Valiéndose ingeniosamente de categorías psicoanalíticas, examina las modalidades de respuesta ante una pérdida irreparable, con ese evento como telón de fondo. Al final, se interroga sobre el papel histórico que podría restarle a la izquierda en esa fase. Su respuesta es que la tarea inmediata que atañe consiste en "civilizar el capitalismo". Una ambición muy modesta, dirían aquellos que todavía recuerdan los tiempos en que la tarea de la izquierda era pensada en términos de sustituir el capitalismo de punta a punta, incluyendo un nuevo patrón civilizatorio. La abdicación que se extrae en el texto de Dubiel consiste en renunciar, por ahora por lo menos, de la tarea de generar y volver efectivo un nuevo patrón para aceptar la necesidad de activar, o reactivar, el patrón propio a la organización actualmente hegemónica de la vida social.

De una cierta forma se trata de aceptar el lado sombrío de la formulación de Rosa Luxemburgo: "socialismo o barbarie". A ella le importaba mostrar dos cosas. Primero, que la crisis del capitalismo era inevitable. Segundo —y ahí está el punto esencial— que la crisis del capitalismo sin la alternativa histórica que solo el socialismo podría proponer representaría la barbarie. Agotada la fuerza civilizadora del capitalismo, el bastón pasaría a los que proponían la alternativa socialista, bajo pena de algo que escapaba de la visión progresista evolucionista de la social democracia, a saber, la posibilidad concreta de la regresión histórica. En la óptica de Dubiel, que en esto es un legítimo heredero de la escuela en la que se formó, en Frankfurt —al menos en su figura más sombría, la de Horkheimer— perdida la energía para el gran salto más allá del capitalismo, resta hacer lo que él solo no consigue y que, sin embargo, es vital: mantener el mundo habitable. La izquierda como pedagoga de la historia —sin olvidar que pedagogo era el esclavo encargado de llevar al aprendiz los infantes bien nacidos—. Es poco, pero la alternativa es la barbarie. Cabe preguntar, entonces: ¿en nombre de qué esa alternativa es inalcanzable?

Sabemos bien cómo el término "bárbaro" porta una carga desde el origen: lo extraño, lo que no habla —nuestra lengua—, lo inaccesible, lo que tiene que ser mantenido lejos, lo sometido. En esa concepción

la barbarie es la invasión a nuestra casa por el extraño. De ahí surge el lado sombrío de la asociación entre civilización y habitación, un mundo habitable. Esta es hasta hoy, la óptica conservadora —los franceses seguidores de Le Pen, entre otros, lo pueden decir—. En esa perspectiva, la civilización es algo a ser preservado contra la amenaza externa, es algo a ser cercado, blindado. No hay, de hecho, cómo evitar que en este momento venga a la mente el significado original del término polis, que es muro, límite. Esto nos recuerda una vez más la íntima asociación de la noción de civilización con el miedo, que es transferido hacia afuera, a los de afuera. Al final, nuestros conceptos portan todos ellos las marcas de múltiples incrustaciones históricas, y no hay forma de intentar limpiarlos, ni cabe ese gesto. Sí cabe, en cambio, saber discernir sus muchas camadas inductoras de interpretaciones tácticas. Ocurre, que, siguiendo esa línea de argumentación, concluimos que la idea de barbarie es una construcción que no resiste al cambio de perspectiva generada por la consideración de lo otro como legítimamente diferente y respetable como tal. Parecería razonable proseguir, en esa misma línea, diciendo que ese gesto de elevar lo otro a la condición de diferente —y, por ello, merecedor de atención— sería el gesto civilizado por excelencia. Pero eso no es suficiente. Como nuestra derecha europea descubrió hace tiempo y ya fue demostrado por varios ángulos por sus críticos —basta pensar en los trabajos de Flávio Pierucci— esa tan decantada consideración por lo otro no rompe el círculo perverso de confrontación de lo particular con lo particular, en donde cada cual se queda de su lado en su irreductible diferencia. Claro que somos de hecho diferentes. En esto reside el momento de verdad de la barbarie. Su falsedad consiste precisamente en volver absoluto ese momento de verdad. Todo relativismo reposa en algún absoluto no cuestionado. La civilización, para hacer sentido, remite a lo universal. Es solo en este sentido que se puede romper, por el descubrimiento de los lazos que atraviesan todo el conjunto, la cáscara opaca de las peculiaridades vueltas absolutas y externas unas a otras. El juego de las peculiaridades sueltas es aún del orden de la barbarie en primer lugar, aquello que aquí nos interesa, porque en este plano no es posible evitar que el respeto por el otro se deslice rumbo a la indiferencia de cara al otro. La aceptación generalizada de la diferencia es la expresión exacta de la indiferencia.

BARBARIE E INDIFERENCIA

Mi argumento es precisamente este: que la cara contemporánea de la barbarie se expresa en la indiferencia. Pero hay un segundo paso en este argumento: esa asociación entre barbarie e indiferencia es fundamental porque la indiferencia es un trazo estructural básico de la

forma de organización de las sociedades que corresponde al modo contemporáneo de operación capitalista. La idea es que la lógica del funcionamiento de intercambio intra e internacional al interior del sistema "global" que se va dibujando en las últimas décadas encierra un aspecto de mayor importancia: a saber, que el aumento de capacidad de decisión de un número restricto de agentes económicos operando en todos los cuadrantes planetarios genera efectos a gran escala marcados por la circunstancia de ser en gran medida indeterminados. Más: que esa indeterminación no afecte a esos agentes dotados de capacidades de decisión altamente concentrada porque la propagación de los efectos de sus actos, puede en gran medida ser entendida por ellos como irrelevante para sus objetivos puntuales.

En esas circunstancias se altera el propio significado del término "decisión". En su origen se refiere a un acto de un agente señor de su voluntad que, en una situación de crisis —esto es, de parálisis por la distancia extrema entre las opciones disponibles— interviene para crear una nueva situación, una nueva configuración, en el límite de una nueva legalidad. En este sentido no hay que confundir decisión con una simple elección entre alternativas, pues es creación de nuevas alternativas. La oportunidad importa para la decisión, sin duda, pero la orientación básica se dirige para el control de la situación, de la manera más integral y en el plazo más largo posible. Este caso no opera más, en la etapa contemporánea. La nueva palabra del orden es rapidez, respuesta rápida. Decisión deja de ser una señal de virtud del agente que después busca conservar el objetivo conquistado: pasa a ser la capacidad de detectar en un santiamén la oportunidad de fortuna fugaz. Esto no es de hoy, cada vez más los agentes del capital perciben que sus intereses no solo reposan en la capacidad de explotar productivamente la fuerza de trabajo, sino en la incorporación de técnicas organizacionales y de planeamiento que les permitan, en un mundo globalizado e hipercomplejo, concentrar a cada momento la atención estrictamente en las oportunidades de ganancia inmediata que centellan aquí y allá. No se trata más de buscar eliminar, o de neutralizar, los componentes irracionales —es decir, no controlables— del ambiente en el que se actúa, sino de ignorarlos —no por negligencia, pero por exigencia de funcionamiento de un sistema hipercomplejo—. En esas condiciones la nitidez en la selección del objetivo, la destreza y la rapidez en la decisión son los imperativos de acción eficaz.

En el modelo clásico del mercado competitivo, las acciones singulares de agentes con alcance limitado se equilibran mutuamente, eximiendo toda intervención. El modelo puede haber sido una aproximación grosera, pero sirve para contrastar una situación con la actual, en la que las ondas de choque creadas por las acciones de algunos

pocos agentes literalmente monstruosos —porque no solo desconocen la fuerza que tienen, sino que no les importa cuando actúan— obligan a repensar otra categoría central del pensamiento moderno: la de control. Claro que los agentes decisivos tienen, tal vez más que nunca, control sobre sus objetivos inmediatos y sobre el formato organizacional más adecuado para atenderlos.

Sucede que la escala de operaciones y la complejidad de sus ambientes se tornan de tal forma que los efectos secundarios —directos, indirectos y combinados o sinérgicos— sobrepasan el control, no solo por la naturaleza que sumen, sino —y este es el punto decisivo— porque no importa más quien los desencadenó. Puede parecer poco, pero hay una diferencia enorme entre el agente que conoce sus límites de intervención eficaz y se preocupa por eso, y el agente a quien simplemente no le importa lo que suceda de sus acciones más allá de los límites de sus objetivos inmediatos.

En su acepción primitiva, la idea de control encerraba una responsabilidad del agente, una capacidad de respuesta hacia las consecuencias de sus actos, sin la cual perdería también sentido la idea de organización. Es un poco por eso, también, que el programa socialista clásico, sobre todo en su versión revolucionaria, va perdiendo aliento a lo largo de ese período, pues no hay cómo generar, por la capacidad de respuesta, la acción de un adversario que necesariamente incorpora las reglas del sistema en que actúa, formas de organización que permitan arrebatarle el control de los procesos en una situación en que él mismo renunció hace mucho a la racionalidad organizada y controlada que permitiría de algún modo prever sus actos. El nuevo ambiente combina de modo peculiar la concentración de capacidad de decisión con el carácter aparentemente errático de las acciones. Es porque hace sentido sugerir que el énfasis en la dimensión de organización es del pasado, substitución que va siendo por el énfasis en la movilidad. No es un simple juego de palabras afirmar que las nuevas condiciones históricas van sustituyendo la posibilidad de organización responsable por el ejercicio de la movilidad oportunista —igualmente cabe, todavía, advertir algo que no será explorado aquí, no obstante su gran importancia—; a saber, que la exigencia de movilidad, vale en registros diferentes, para todos los cuadrantes de acción en un ambiente social más amplio.

En esa línea de reflexión se puede sustentar que la actual lógica económica dominante está centrada en aquello que se podría denominar indiferencia estructural, que envuelve la irresponsabilidad de las agencias decisivas —empresas, pero también, en escala creciente, Estados naciones) en relación a todo lo que excede la órbita inmediata de su acción—. En ese sentido, se desgastan los lazos entre procesos

económicos y poder político y acaba haciendo sentido la imagen –discutible en cuanto al resto- de la creciente pérdida de substancia del Estado como institución clásicamente asociada al ámbito nacional.

No insistiré aquí sobre el radical economicismo que anima el actual orden dominante, ni sobre la descalificación de la dimensión política envuelta en eso. Otros, como Francisco de Oliveira y Milton Santos, ya lo hicieron vigorosamente. Importa en este paso señalar la importancia que asume, en el mundo cuyos contornos se vienen dibujando, la continua creación de áreas de indiferencia estructural. La dificultad de la cuestión solo aumenta cuando consideramos que indiferencia no encierra necesariamente la ausencia de mecanismos selectivos. Por el contrario, ellos ganan un papel decisivo. El término "decisivo" es intencional en este punto de vista: alude a la circunstancia de que la forma de organización de las sociedades y de su conjunto va ganando cuerpo a la sustitución de la decisión de agentes identificables por operaciones selectivas incorporadas a la rutina de sistemas complejos. Solo esas operaciones que definen lo que es relevante o no, lo que merece atención, y lo que cae en el área de la indiferencia. Se trata de un modo de dar cuenta de la imposibilidad de decisión por una agencia responsable, puesto que ningún agente, o conjunto de agentes —clase, por ejemplo— tiene cómo aspirar a una visión de conjunto de las acciones posibles y de los efectos previsibles sin la cual la acción deja de ser la expresión de una capacidad de iniciativa para ser una simple respuesta, reacción a las demandas y estímulos.

Se recuerda con frecuencia el carácter exclusivo de las sociedades que van formando el nuevo orden. Pero es necesario considerar que esa exclusión no se da más en términos de inconveniente de tal o cual grupo social bien definido, sino que incide sobre sectores enteros de las sociedades, no porque sean inconvenientes —minorías étnicas, por ejemplo—, sino porque son irrelevantes. Esa es la contrapartida social en la relación entre el poder de los grandes agentes económicos de decisión y su desinterés por los desbordamientos de las consecuencias de sus actos. En ambos casos áreas enteras del terreno en que se opera se tornan irrelevantes, insignificantes, se convierten en áreas de indiferencia. La contrapartida política de eso es la reducción de la democracia a su dimensión mínima, a métodos de selección de gobernantes al interior del mercado político. La primera respuesta posible a esa tendencia —que se traduce en la agregación del Estado mínimo como democracia mínima más la selectividad sistemática máxima— consiste en profundizar la democracia, en el sentido de la ampliación de las áreas de relevancia en la sociedad para el debate y la deliberación públicos y en el énfasis en la responsabilidad. En suma, es momento de amarrar los lazos entre democracia —tomada en serio, no

como slogan vacío para designar un mercado político— y civilización, pasando por la valorización de la figura de ciudadanía —otro término de mayor seriedad que está siendo corroído por su uso rutinario—. Claro que eso pasa por una crítica severa de las interpretaciones teóricas y de las aplicaciones efectivas de todos esos términos, para exigir de ellos aquello que los maestros de Frankfurt nos enseñaron a exigir: que estén a la altura de cumplir las promesas intrínsecas a sus conceptos.

No hay pues, cómo no ser normativo. Ni tampoco hay cómo hacer avanzar las ciencias sociales sin recuperar grandes temas —como los de responsabilidad, ciudadanía, democracia— que se convirtieron en trofeos de aquellos que no están interesados en enfrentarlos seriamente. La búsqueda por un nuevo patrón civilizatorio, en que la propia relación entre civilización y barbarie sea revisitada más allá del juego de particularidades, por plurales y múltiples que sean, es una exigencia inescapable. Y dentro de ella, la demostración, una vez más y en nuevos términos sobre la invocación de lo particular y de la diferencia en la ausencia de un universalismo críticamente reflexivo lleva a los programas de acción a perderse en un juego en que nadie responde por nada —y, por tanto, no hay agencia— y nadie es capaz de movilizar formas de organización para ir más allá de lo inmediato —después no hay sistema—. Un contrasentido en donde se exhibe con nitidez que en este admirable nuevo mundo las categorías de análisis y las formas de intervención social correspondientes aún están por ser construidas, y para hacerlo es necesario repensar críticamente el legado conceptual y la inquietud práctica que los grandes maestros nos confiaron.

Cambio social, desarrollo y capitalismo dependiente

.br

LOS CAMBIOS SOCIALES EN BRASIL*

Florestan Fernandes

El título de este libro fue elegido por sugerencia del editor, mi querido y extrañado amigo Paul-Jean Monteil. También fue suya la decisión de mantener en plural el título, lo que correspondía a las múltiples facetas de los asuntos abarcados en las tres partes del libro[1] y que permitía escapar a la ambigüedad del concepto formalista de "cambio social", tan en boga entre los sociólogos norteamericanos. Sin embargo, en esta ocasión, no me pareció necesaria una discusión sociológica integral de los problemas del cambio social en Brasil.[2] El ensayo, que ahora pasó al apéndice, sobre Actitudes y Motivaciones Desfavorables al Desarrollo, me parecía una introducción teórica suficiente, adecuada a la situación histórica-social brasileña, gracias al debate de algunos ejemplos típicos.

---

* Extraído de *Mudanças sociais no Brasil: Aspectos do desenvolvimento da sociedade brasileira* 2013 [1974] capítulo 1 (São Paulo: Global). Traducción al español: Lucía Baudizzone.

1 La tercera parte del libro contenía cinco ensayos, que fueron absorbidos por otros dos libros.

2 Esos problemas fueron retomados, de modo global, en dos ensayos posteriores sobre los problemas de cambio social en Brasil (1963: 201-242; 1968: 107-133). No obstante, todos los trabajos escritos por el autor, después de 1960, proponen como objeto la interpretación de fenómenos del cambio social en la sociedad brasileña, considerada aisladamente o en el contexto latinoamericano.

Hoy, después de tanto tiempo (no hay que olvidar que los trabajos que figuran en esta recopilación fueron escritos entre 1946 y 1959), es evidente que se impone la discusión integral del tema general. No tanto para justificar interpretaciones o puntos de vista que en ese entonces parecían más acertados; y menos aún, para actualizarlos. Pero, para llevarle el tema al lector de un modo más directo y ordenado, con la experiencia que logré acumular posteriormente, desde 1960 a 1974, años durante los cuales el análisis histórico-sociológico alcanzó su apogeo, en Brasil, y en los cuales sufrió, en consecuencia, una amplia persecución. Todo esto está sumamente relacionado con la manera en la que los problemas de cambios social fueron planteados, por lo menos para los sociólogos brasileños que veían la realidad desde una perspectiva crítica y participante.[3]

Las razones que explican este cambio de actitud son de naturaleza psicológica y política. La gran diferencia entre la situación del sociólogo en nuestros días y en las décadas de 1940 o de 1950 está en el nivel de expectativas. En ese entonces, dos cosas parecían ciertas. Primero, que al sociólogo le tocaba asumir sus responsabilidades intelectuales en un nivel puramente profesional. Una vez hecha una descripción o una interpretación, sus implicaciones o consecuencias relevantes terminarían siendo percibidas y concretizadas de una forma o de otra. Segundo, que la sociedad brasileña estaba caminando en dirección a la revolución burguesa según el "modelo" francés, bajo una aceleración constante de la autonomía nacional y de la democratización de la renta, del prestigio social y del poder. Había, por lo tanto, una presunción de que la ampliación del horizonte intelectual medio refluiría en el área de trabajo del sociólogo, creando para las investigaciones sociológicas de carácter crítico una amplia base de entendimiento, tolerancia e, inclusive, de utilización práctica gradual. Se trataba de una "utopía" y, para peor, de una utopía que estaba totalmente equivocada.

---

3 La problemática teórica de la dependencia y del subdesarrollo adquiere, en mis escritos posteriores, una importancia que todavía no había adquirido en el ensayo que servía de introducción global a *Mudanças sociais no Brasil*. Como define la tónica de esta nueva introducción, convendría mencionar por lo menos algunas contribuciones más importantes para la discusión de esa problemática con referencia a América Latina: F. Henrique Cardoso y E. Faletto (1969); F. H. Cardoso (1969; 1971); P. Gonzáles Casanova (1969); O. Ianni (1970); L. Pereira (1971; 1970); A. Gunder Frank (1969a; 1969b); T. dos Santos (1968; 1970); R. Mauro Marini (1972); D. Ribeiro (1971): A. Córdova (1970); C. Delgado (1974); J. L. Cecenã (1970). A esa bibliografía corresponde agregar por lo menos dos libros, que consideran otra problemática, pero son fundamentales para la comprensión sociológica del patrón dependiente y subdesarrollado del capitalismo: R. N. Adams (1967); A. García (1969); y el pequeño ensayo de O. Sunkel (1967); A. Bianchi *et al*. (1969: 245-278).

Tal utopía puede ser fácilmente comprendida si se toma en cuenta su origen académico (transferencia de ideales de trabajo por parte de profesores de origen europeo y capacitados para trabajar en universidades europeas) y la falta de concomitancia entre *papeles profesionales* y oportunidades de participación de los sociólogos en el movimiento político-social. Un ideal relativamente complejo de investigación sociológica fue tolerado, durante cierto tiempo; pero, finalmente, entró en conflicto con las situaciones de intereses de las clases sociales dominantes, que no estaban preparadas para conceder autonomía real a los sociólogos profesionales. Además, la inexistencia de un movimiento político-social relativamente fuerte dejó a los intelectuales más o menos "libres" e "independientes" a merced de la presión conservadora. Los más íntegros se protegieron a través de un radicalismo puramente subjetivo (es decir, sin soporte institucional, ya que no se podrían apoyar en la estructura y en el funcionamiento de la universidad brasileña; y sin soporte de la masa, ya que no existía ningún movimiento político-social suficientemente fuerte para servir de contrapeso a la presión conservadora). Los que participaban, simultáneamente, de la *vida universitaria* y del *movimiento socialista* tenían que separar sus papeles intelectuales, como si esos dos ejes de actividades fuesen inconexos, exclusivos y solo se encontraran en el infinito... Solo en algunas esferas más abstractas, casi siempre de elaboración teórica, o, en el extremo, como referencia a cuestiones prácticas de alcance limitado, se hacía posible alguna comunicación fructífera e íntegra entre estos dos mundos.

Durante la década del sesenta se asistiría a una doble evolución. En los primeros años de esa década, se fortaleció el impacto de la condición externa del sociólogo sobre su labor intelectual. Se abrieron nuevas perspectivas que acarrearon una fuerte polarización política e ideológica de los papeles intelectuales de los sociólogos. En compensación, se produjo una profundización cualitativa y cuantitativa de la sociología "crítica" y "participante". Sin embargo, ese proceso se desarrolló hasta llegar a una situación de crisis *nacional* e *internacional* de las estructuras internas de dominación de clase. Inmediatamente se hizo evidente que el grado de secularización de la sociedad brasileña como un todo y que los ritmos de democratización de las relaciones de poder eran totalmente insuficientes para absorber tal desarrollo de la investigación científica. Se abrió un vacío, que expuso a la sociología a las circularidades del obscurantismo intelectual y de la represión conservadora. La resistencia al cambio apareció, de ese modo, como una fuerza específicamente política de alto tenor destructivo, pues se desencadenó desde afuera de la universidad para adentro, pero, encontrando dentro de la universidad, un sólido punto de apoyo institucional.

Ese rápido bosquejo muestra que no se pueden reanudar los vínculos con el pasado como si nada hubiese sucedido o como si la evolución hubiese sido otra, más favorable a la expansión de la investigación científica y de las ciencias sociales. Los círculos sociales en los que participo no me propondrían, en los tiempos que corren, los temas que me fueron propuestos en las décadas de 1940 o de 1950. Por otro lado, los temas que me fueran propuestos serían claramente examinados desde un ángulo muy diferente, como lo demuestran los trabajos que escribí recientemente o los que estoy escribiendo. Esa diferencia de expectativas o de orientaciones impone, como mínimo, que se considere críticamente ciertas cuestiones. ¿Por qué el sociólogo, en una sociedad como la nuestra, se inclina hacia los problemas de cambio con tanta insistencia? ¿Cuáles son las características del cambio en una sociedad como la brasileña? ¿Por qué el control del cambio es tan importante para el poder político de las clases sociales dominantes? Estas cuestiones no aparecían o quedaban solamente implícitas en los ensayos recopilados en este volumen. En nuestros días, sin embargo, estas no pueden quedar encubiertas o meramente presupuestas. Necesitan ser consideradas conjuntamente y tomadas no como un "foco de referencia", sino como el punto de partida para cualquier discusión sociológica crítica y realmente explicativa.

¿POR QUÉ ESTUDIAMOS EL CAMBIO SOCIAL?

Hay muchas razones —empíricas, teóricas y prácticas para ser consideradas aisladamente o conjuntamente— para que el sociólogo se interese por el estudio del cambio social. Las sociedades humanas siempre se encuentran en permanente transformación, por más "estables" o "estáticas" que parezcan ser. Inclusive una sociedad considerada como "estancada" solo puede sobrevivir absorbiendo presiones del ambiente físico o de su composición interna, las cuales abundan y requieren adaptaciones socio dinámicas que siempre significan algún cambio incesante, aunque esto sea con frecuencia poco visible (sea al análisis microsociológico o a la macrosociología de coyuntura). De modo que un "estado de equilibrio" solo puede ser imaginado y obtenido, por el sociólogo, como recurso heurístico e interpretativo (bajo el supuesto de que, en determinadas condiciones, se pueden observar mejor y, por consiguiente, interpretar mejor los dinamismos de una sociedad determinada, tomándola *como* si el estado real de funcionamiento pudiera ser fijado o retenido como un estado de equilibrio aproximado). Por otro lado, lo que algunos describen como el "estado de equilibrio perfecto" solamente se puede imaginar y construir, sociológicamente, como recurso puramente heurístico e interpretativo, por vía abstracta y teórica exclusivamente. La verdad, el *estado normal*

de cualquier sociedad – el único modo por el cual las sociedades se prestan a la observación y a la interpretación de los sociólogos – es un estado concreto en el que la sociedad se revela en funcionamiento y, por lo tanto, bajo alguna combinación de tensiones estáticas y de cambios sociales. A su vez, los patrones y los ritmos de cambio varían de un tipo de civilización a otro (lo que significa que: varían de un tipo de sociedad a otro). Los límites dentro de los cuales *funcionamiento*, *cambio social estático* o *dinámico* y *equilibrio relativo inestable* pueden conjugarse y confundirse solo son determinables concretamente, en términos de condiciones objetivas (inherentes al tipo de sociedad que se considere) y de condiciones técnicas (posición desde la cual el sujeto-investigador describirá e interpretará los aspectos "estáticos" y "dinámicos" de tal tipo de sociedad).

Habría poco interés teórico en investigar el cambio social en la sociedad de clases brasileña con el objetivo de explicar los aspectos estructurales y dinámicos del propio régimen de clases. Esos aspectos deben ser naturalmente explicados por la investigación sociológica del régimen de clases en sociedades nacionales que combinen cierto grado de autonomía del desarrollo interno con un mínimo de proyección hegemónica para afuera (lo que equivale a decir: con algún control estratégico directo y creciente de las estructuras internacionales de poder, nacidas de las relaciones de sociedades nacionales, seminacionales y neocoloniales o coloniales entre sí). Los sociólogos de la llamada "periferia" del mundo capitalista desarrollado deben dedicarse, a través del análisis monográfico y de la investigación comparada, al estudio del régimen de clases: 1) o bajo condiciones típicamente neocoloniales (en las cuales solo emerge un mercado capitalista específicamente moderno o el régimen de clases aparece, así, como una realidad histórica incipiente); 2) o bajo condiciones típicamente de dependencia económica, sociocultural y política (en las cuales la dominación externa es mediatizada y la revolución burguesa, como una dimensión histórica interna, no se acelera por vía autónoma, sino gracias a esquemas de articulación de la "iniciativa privada nacional" con el "intervencionismo estatal", como el "capital extranjero" o con ambos). La primera situación histórico-social existió en Brasil en la época de la emancipación nacional y de la eclosión interna del capitalismo. La segunda ya aparece claramente configurada en las últimas cuatro décadas del siglo XIX, expresando y sirviendo de soporte al ciclo de inicio de la revolución burguesa; pero es bajo la aceleración del crecimiento económico, por lo tanto, bajo la "integración del mercado interno" y el industrialismo, que mostraría lo que significa *dependencia* bajo el capitalismo monopolista y el imperialismo total. Si el conocimiento sociológico de la formación del régimen de clases exige que

se estudie atentamente la primera situación, es en la segunda y en sus desdoblamientos históricos que se puede descubrir una explicación sociológica para el presente y para el futuro, es decir, para lo que el régimen de clases reserva a la periferia del mundo capitalista dependiente y subdesarrollado.

Al adoptar una óptica sociológica semejante, el sujeto-investigador deja de operar con el "orden social competitivo" como si fuese equivalente a un modelo fisicoquímico, biológico o matemático, válido de la misma manera para cualquier subtipo de la sociedad de clases. Al estudiar el régimen de clases en sociedades nacionales dotadas, al mismo tiempo, de desarrollo capitalista autónomo y de posición hegemónica en las relaciones capitalistas internacionales, los científicos sociales pudieron operar, tanto descriptiva como interpretativamente, con una homogeneización máxima de los factores propiamente estructurales y dinámicos de la diferenciación social; pudieron concentrar la observación, el análisis y la interpretación en casos extremos, considerados como "sistema" desde una perspectiva nacional, como si la economía, la sociedad y la cultura, bajo el capitalismo, se determinaran solamente a partir de un núcleo externo en expansión; supusieron que los factores causales y funcionales de la transformación capitalista, tanto a nivel histórico como a nivel estructural, actúan desde adentro (es decir, desde el núcleo fundamental de la relación capitalista y del conflicto de las clases sociales), y varían, siempre, de un punto de menor complejidad a otro de mayor complejidad en cuanto al grado de diferenciación de las relaciones de clase. Dicha óptica sociológica era adecuada desde un punto de vista doble: a) objetivamente, dadas las condiciones de manifestación y de expansión del régimen de clases en los países del "centro" del mundo capitalista; b) subjetivamente, dadas las hipótesis que fundamentaban al propio estudio sociológico del régimen de clases. Respecto a la periferia del mundo capitalista, sin embargo, se impone que se ponga en práctica un verdadero giro óptico del estudio sociológico del régimen de clases. Esto no invalida, como muchos suponen, conceptos, métodos y teorías acumulados previamente, pues el régimen de clases es el mismo. Esa herencia debe ser aprovechada críticamente y enriquecida. Lo que varía es el modo por el cual el régimen de clases "nace" y se "desarrolla", con influencias dinámicas externas que afectan tanto a la historia como a las estructuras de las sociedades de clases dependientes y subdesarrolladas. La diferencia entre un abordaje y otro podría ser enfatizado de la siguiente manera: en un caso, el sujeto-investigador estudia sociológicamente variantes del prototipo hegemónico de la sociedad de clases; en el otro, el sujeto-investigador estudia sociológicamente variantes del prototipo heterónomo (o dependiente) de la sociedad de clases. El

régimen de clases "rebosa" de uno para otro, gracias a las estructuras de poder creadas en el plano internacional por el capitalismo, pero el primero "hace historia" mientras que el segundo "la sufre" (obviamente, mantenidas las condiciones de preservación y crecimiento del capitalismo). Por lo tanto, para no contaminar su capacidad de observación, de análisis y de interpretación, el sujeto investigador necesita, para investigar unidades que corresponden al segundo caso, ajustarse críticamente a las condiciones específicas tanto de su objeto de estudio como de su investigación.

Eso implica romper con el residuo naturalista implícito en la idea de que el régimen de clases surge de la misma manera, funciona del mismo modo y produce los mismos resultados en cualquier lugar que aparezca. A los fines de nuestra discusión, esto quiere decir, especialmente, que el sociólogo dejará de analizar el desarrollo capitalista como si él fuera un científico de laboratorio o un matemático. Al estudiar el régimen de clases en sociedades que se enfrentan con el desarrollo capitalista inducido y controlado desde afuera, y además, sujetas al impacto negativo de las debilidades resultantes de sus posiciones heterónomas, los científicos sociales tienen que operar tanto descriptiva como interpretativamente, con una heterogeneización máxima de los factores propiamente estructurales y dinámicos de la diferenciación social. Necesitan adaptar sus ángulos de observación, de análisis y de interpretación a la naturaleza y a la variedad de fuerzas que intervienen, concretamente, en la configuración y en los dinamismos del régimen de clases de las naciones capitalistas heterónomas: unas, procedentes de las sociedades hegemónicas externas; otras, provenientes de tendencias dominantes en la evolución de las estructuras internacionales de poder, creadas por la interacción y conformación, a nivel mundial, de las impulsos imperialistas de las naciones capitalistas hegemónicas; y otras, por último, que nacen "desde adentro", de las mismas sociedades de clases dependientes y subdesarrolladas (a veces "inducidas desde afuera" pero, con frecuencia, parte de la evolución interna del capitalismo) y que giran en dirección al "desarrollo capitalista para adentro". Es decir, los científicos sociales pierden parte de su arbitrio en la abstracción del *caso nacional* del amplio conjunto de fuerzas que operan simultáneamente y con potencialidades sociodinámicas al mismo tiempo tan variadas y contradictorias. Y considerando una descripción razonablemente balanceada y una interpretación rigurosa de los hechos, el *caso nacional* solo puede ser entendido y explicado si no se lo considera aisladamente: corresponde retener todas las fuerzas que son relevantes en términos estructurales y dinámicos, en los tres niveles mencionados, pues el régimen de clases, en tal situación histórica, expresa la combinación de estas tres

órdenes de influencia, tanto en las transiciones que son consideradas como "graduales", como en las que poseen "tenor revolucionario".

La principal contribución del estudio sociológico del régimen de clases, en tales condiciones, es empírica y teórica, aunque puedan ser derivadas de ese conocimiento muchas consecuencias prácticas. Se trata del régimen de clases que se desarrolla en conexión con el capitalismo dependiente. En él, la dominación burguesa presenta dos polos; uno interno, representado por las clases dominantes que se benefician de la extrema concentración de la riqueza, del prestigio social y del poder, así como también del estilo político que conlleva, en el cual exterioridades "patrióticas" y "democráticas" ocultan el más completo particularismo y una autocracia sin límites; otro externo, representado por los sectores de las naciones capitalistas hegemónicas que intervienen organizadas, directa y continuamente en la conquista o preservación de las fronteras externas, así como también por la forma de articulación alcanzada, bajo el capitalismo monopolista, entre los gobiernos de esas naciones y la llamada "comunidad internacional de negocios". El gran error de los científicos sociales de los países capitalistas dependientes y subdesarrollados consistió en considerar la dominación burguesa solamente bajo el análogo dado por los países capitalistas hegemónicos. Se olvidaron de que el imperialismo, visto desde el patrón de dominación burguesa existente en sus países, configura un polo societario específico (inclusive en términos ecológicos, institucionales y humanos, pues las firmas y los capitales extranjeros se desplazan hacia el interior de los países dependientes y operan dentro de ellos con personas, tecnología y políticas propias). O, en otras palabras, ignoraron que la dominación burguesa nunca podrá ser descripta e interpretada correctamente, en el caso de sus países, sin que sus conexiones causales y funcionales con las sociedades de clases hegemónicas sean incorporadas a las conexiones causales y funcionales puramente internas. Además, al contrario de lo que muchos científicos sociales supusieron (y continúan suponiendo), sus países no están delante de un orden feudal amenazado y en fragmentación. En estos países (salvo algunas excepciones), lo que existe es un orden colonial en proceso de crisis y de eliminación (en los casos excepcionales, ese orden colonial se superpone al orden feudal preexistente). El equivalente del proceso histórico de desintegración del feudalismo es la descolonización – y ese hecho es de difícil reconocimiento, especialmente en América Latina donde prevalece el presupuesto erróneo que la descolonización constituye un episodio del siglo XIX y de las luchas por la emancipación nacional (cuando, en realidad, el capitalismo comercial neocolonial y, después, el capitalismo dependiente condicionaron, de varias maneras, la subsistencia de estructuras económicas,

sociales y políticas coloniales o neocoloniales y su coexistencia con estructuras económicas, sociales y políticas creadas por la eclosión de un mercado capitalista moderno y, después, de un sistema de producción capitalista localizado en el "nuevo sector", predominantemente urbano-comercial y, más tarde, urbano-industrial). En la medida en que la "burguesía nacional" lucha por el desarrollo capitalista en términos de una política de asociación dependiente se articula, activa y solidariamente, con los variados intereses externos, más o menos comprometidos en la reducción de los ritmos y de los límites de la descolonización. Ahí se ve, por lo tanto, que estamos delante de un subtipo de régimen de clase, el cual solo puede ser descripto y explicado a través de la investigación sociológica de la sociedad de clases que se expandió bajo la égida del capitalismo dependiente.

La segunda contribución importante del estudio sociológico de ese régimen de clases se refiere a la aclaración del tipo de revolución burguesa al que da origen (o que requiere). Las clases dominantes internas usan al Estado como un bastión de autodefensa y ataque, imponiendo de este modo sus privilegios de clase como "*intereses de la nación como un todo*", y esto tanto desde arriba para abajo como desde adentro para afuera. Necesitan un "excedente de poder"(no solo económico sino también específicamente político) para hacer frente y, de ser posible, neutralizar: 1) las presiones internas de los sectores marginales y de las clases asalariadas; 2) las presiones externas vinculadas a los intereses de las naciones capitalistas hegemónicas y a la actuación de la "comunidad internacional de negocios": 3) las presiones de un Estado intervencionista, fuertemente burocratizado y tecnocratizado, por eso potencialmente peligroso, especialmente si las relaciones de clase fomentan desplazamientos políticos en el control societario de la maquinaria estatal, transformaciones nacional-populista o revoluciones socialistas. Por eso, el Estado no es, para las clases dominantes y con el control del poder político, un mero comité de los intereses privados de la burguesía. Se vuelve una terrible arma de opresión y de represión que debe servir a los intereses particularistas (internos y externos, simultáneamente), según una compleja estrategia de preservación y ampliación de los privilegios económicos, socioculturales y políticos de origen remoto (colonial o neocolonial) o reciente. En la lógica de uso del Estado como instrumento de dictadura de clase, ya sea disimulada (como ocurría bajo el régimen imperial y bajo el presidencialismo), ya sea abierta (como ocurrió bajo el *Estado Novo* o en el presente), el *principal enemigo* de la burguesía son los sectores desposeídos, la mayoría clasificados negativamente en relación al sistema de clases, aunque una parte de ellos clasificados positivamente gracias a la proletarización. No obstante, en esa misma

lógica, el "socio externo" no es más que un "peligroso compañero de ruta". Es la relación política con ese aliado, por cierto, que caracteriza la existencia del capitalismo dependiente y define los rumbos de la revolución burguesa que él hace posible. Sin un Estado suficientemente fuerte y dócil, sería difícil mantener la asociación con "los intereses externos" en condiciones de autodefensa de los "intereses privados nacionales"; ese Estado es el que engendra el espacio político que necesita la "burguesía nacional" para tener una base de negociación con el exterior y, al mismo tiempo, poder usar la articulación con el "capital externo" como fuente de aceleración del crecimiento económico o de transición de una fase a otra del capitalismo. Las clases dominantes serían una mera "burguesía compradora", destituida de medios políticos para evitar la regresión a una condición colonial o neocolonial, si no contaran con esa facultad para crear y utilizar su propio espacio político en las relaciones con su polo externo. Analizando las conexiones señaladas, se constata que el Estado surge, así, como el instrumento por excelencia de la dominación burguesa, lo que explica las limitaciones de su eficacia: sus metas son egoístas y particularistas; y son raras las coincidencias que convierten "lo que interesa a la cúspide" en algo relevante para toda la nación. En tales circunstancias, la dominación burguesa no es útil ni para llevar a cabo la revolución nacional (debido a sus conexiones estructurales y dinámicas con las burguesías de las naciones capitalistas hegemónicas y con el capitalismo internacional), ni para promover la democratización de la riqueza, del prestigio social y del poder (debido a la coexistencia de varios modos de producción pre o subcapitalista con el modo de producción capitalista y del temor de que una liberalización de la compresión política pudiera conducir a la "anarquía" y a la "revolución popular"). En consecuencia, tenemos ahí una revolución burguesa de un tipo especial. Esta ha sido encarada y definida como una revolución burguesa "frustrada" o "abortada". Sin embargo, ese razonamiento interpretativo solamente se justifica cuando esta revolución es pensada en confrontación con el modelo nacional-democrático de la revolución burguesa (la comparación implícita o explícita sería con Francia, Inglaterra o Estados Unidos). En los marcos en los que esta ocurre, sin embargo, su eficacia para el "poder burgués" y el desarrollo depende de la contención tanto de la *revolución nacional* como de la *revolución democrática*. En ese sentido, no es ni una revolución frustrada ni una revolución abortada, pues ni la "democracia burguesa "ni el "nacionalismo revolucionario" burgués se inscriben entre sus objetivos reales. Lo que pretende, la creación de condiciones y medios para la aparición y la supervivencia del capitalismo dependiente, ha sido alcanzado, a veces hasta suscitando la idea del "milagro económico"

(ya aplicado tanto en México como en Brasil y América Latina). Bajo otros aspectos, cae en la categoría de las transformaciones capitalistas logradas por vías autocráticas.[4]

Por último, el estudio del régimen de clases, en tales condiciones histórico-sociales, contiene otra contribución empírica y teórica muy importante. Explica que muchas transformaciones ocurridas en las sociedades de clases no son un producto automático del orden social competitivo. Al contrario de lo que se creía, a través de utopías "democrático-burguesas" o de hipótesis específicas,[5] por sí mismo, el orden social competitivo no crea dinamismos suficientemente fuertes para destruir el "antiguo régimen" o las estructuras económicas, sociales y políticas "arcaicas" remanentes, y para construir las estructuras alternativas, auténticamente nacionales y democráticas, típicas de una sociedad de clases. Sin contar con un sistema de producción capitalista autónomo y universalizado tanto en bases nacionales como de clases, el orden social competitivo solo es eficiente y abierto para los "más iguales" (estos oscilan, en las sociedades de capitalismo dependiente, entre el uno y el cinco por ciento, raramente alcanzando a un cuarto de la población total). Ese pequeño sector efectivamente constituye toda la sociedad competitiva de la nación. Sin embargo, sería incorrecto decir que el orden social competitivo no existe, en tales casos, o que opere como un "sistema cerrado". Las influencias sociodinámicas que este orden desencadena son considerables, liderando todo el flujo de la reorganización de la economía, de la sociedad y de la cultura. Además, este orden se abre "para abajo": hay una fuerte movilidad social vertical, ascendente y descendente, con alguna "circulación de las elites" e intensa absorción de los elementos en ascenso social (nacionales o extranjeros). Sin embargo, todo sucede como un proceso típico de socialización por la cima, lo cual promueve una constante redefinición de las lealtades de los grupos en movilidad ascendente y una permanente acefalización de las clases "bajas" y destituidas. Lo que explica por qué el crecimiento cuantitativo del orden social competitivo no acarrea grandes alteraciones en los patrones de relaciones de clase o de consciencia de clase: el propio crecimiento del orden social competitivo tiende a favorecer unilateralmente a los grupos y clases privilegiados; y, por otro lado, contribuye a favorecer y generalizar expectativas autocrático-conservadoras de utilización y control del poder. Esto quiere decir que, en las condiciones mencionadas, el

---

4 Los estudiosos suelen citar a Alemania y a Japón como casos típicos en esa evolución del capitalismo (ver especialmente: B. Moore Jr. (1970); R. Bendix (1969); N. Poulantzas (1969). Véase también F. Fernandes (1973: 48-66).

5 Es el caso de las hipótesis sugeridas por W. Lloyd Warner y L. Srole (1960).

orden social competitivo se vacía como factor histórico-social, volviéndose rígido o inerte principalmente para los intereses de clases que no coinciden con los de los "*dueños del poder*" (los de la inmensa mayoría silenciosa y olvidada). No se coloca, a través de sus dinamismos espontáneos, en la fuente de las correcciones de tendencias antidemocráticas y antinacionales, porque funciona como una fuente de perpetuación indefinida y de fortalecimiento de tales tendencias. Correcciones de esta naturaleza solo podrían surgir si el orden social competitivo fuese liberado de la tutela de una burguesía autocrática y ultraconservadora. Es decir, a través de presiones anticonformistas de grupos elitistas (es decir, como una "revolución dentro del orden") o a través de la rebelión de las masas (es decir, como una "revolución contra el orden"), alternativas que son específicamente reprimidas y colocadas por fuera de la ley por parte de la burguesía, basándose en un ideal de "nación" y de "democracia" que se ajusta al modelo existente del orden social competitivo.

¿Semejantes contribuciones empíricas y teóricas poseen algún significado práctico? Obviamente la utilidad práctica de los descubrimientos de los sociólogos depende de la existencia de grupos y movimientos dispuestos a utilizar los resultados de la investigación sociológica en la esfera de la acción. En países destituidos de fuerte participación política popular y de "tradiciones liberales" muy débiles, solo existen incentivos limitados para que esto pueda ocurrir. Inclusive así, los tres puntos señalados contienen evidente importancia para los diversos círculos sociales más o menos inconformistas de la sociedad brasileña. No tanto en virtud del "desenmascaramiento" de la revolución burguesa, que ya se había evidenciado, de múltiples maneras, en el terreno de la acción (ya en la década de 1910 las huelgas obreras fueron tratadas como "cuestiones de la policía", como esa óptica fue reimplantada de forma ampliada, en 1964, se debe suponer que define el horizonte político de las clases dominantes). A nivel práctico, solo acumulamos experiencia que presuponen las expectativas autocráticas de una "tiranía instruida", lo que hace que el desenmascaramiento de la revolución burguesa se convirtiera en rutina. Hoy en día, nadie se engaña con los propósitos de "autonomía nacional", de "nacionalismo económico" o de "democracia liberal" de la burguesía. Esos conceptos sufrieron tal desgaste, que perdieron todo sentido práctico (la propia burguesía fue atraída hacia otros conceptos, como el de "seguridad nacional", "milagro económico" y "democracia fuerte"). Por otro lado, la "revolución institucional" puso fin al enmascaramiento ideológico, dejando en evidencia que ciertas compulsiones nacionalistas y democráticas forman parte del folclore político, mero recurso de ritualización del comportamiento de clase. De hecho, la dominación burguesa

se presenta como es: rígida, monolítica y autocrática, anulando o suprimiendo todo el espacio político que no sirva a los intereses económicos, sociales y políticos de las clases dominantes. Todo esto es esencial desde el punto de vista práctico: los movimientos de oposición o de inconformismo militante necesitan crear, por sus propios medios, su espacio político. El orden social competitivo no les abre camino; y la represión conservadora cae sobre ellos para destruirlos, sea cual sea su vinculación real con el nacionalismo, con la democracia o inclusive con la intensificación de la revolución burguesa. Dada esta situación global —y el hecho de que la lucha contra la represión conservadora tiene que ser, al mismo tiempo, una lucha contra la dominación externa— está claro el calibre de las exigencias prácticas, que imponen al movimiento democrático-nacionalista y a los movimientos socialistas una ruptura total con el orden existente. En esta coyuntura, la contribución práctica del conocimiento sociológico es fundamental, porque nos enseña a que no tengamos ilusiones. O servimos al Dios del capitalismo dependiente; o nos colocamos contra él, por las formas y medios que logremos articular.

La verdad, cuando la revolución burguesa se introduce en un contexto histórico-social de apropiación dual del excedente económico,[6] de modo que se canaliza institucionalmente gran parte de la expropiación capitalista para afuera, la base material para la formación y la expansión del orden social competitivo se vuelve muy débil y vacilante. No se podría esperar, en tales condiciones, que el orden social competitivo, en sus sucesivas transformaciones históricas, generara fuerzas económicas, sociales y políticas capaces de acelerar y universalizar la descolonización y, por consiguiente, de subvertir la orientación dependiente y oscilante de la revolución burguesa. En esa situación, el cambio social es comprimido, convirtiéndose, extensa y profundamente, en un proceso de "modernización dependiente",[7] producido y regulado gracias a la absorción de dinamismos socioeconómicos y culturales de las naciones capitalistas hegemónicas. Está claro que este patrón básico de modernización debilita el control interno del cambio social y del desarrollo económico, de modo permanente (cuando declina la hegemonía de una nación central, surgen otras que ocupan la misma posición, como sucedió con las transiciones neocoloniales, para el capitalismo competitivo o para el capitalismo monopolista), e impide que se instaure el patrón alternativo de "modernización autónoma", inclusive dentro del capitalismo.

---

6 Sobre ese concepto, ver F. Fernandes (1973: 71).

7 En cuanto al contraste entre "modernización dependiente" y "modernización autónoma", ver F. Fernandes (1973).

Lo que importa aquí, desde el punto de vista práctico, son las consecuencias sociodinámicas y políticas de tal proceso secular. Los ritmos históricos y estructurales, la continuidad o discontinuidad y el grado de aceleración de la revolución burguesa pasan a depender ampliamente de los dinamismos imperialistas de las naciones capitalistas hegemónicas y del mercado mundial. La falta de correspondencia entre poder económico y poder político hace que la burguesía nacional, aunque deseara lo contrario, sea impotente para realizar, por cuenta propia, sus papeles históricos e intentar, de este modo, asumir el control completo, desde adentro (aunque con recursos materiales e innovaciones importados), de las grandes transformaciones económicas, socioculturales y políticas. Esto sugiere que la revolución burguesa, en la medida que transita del capitalismo comercial hacia el capitalismo industrial y financiero, engendra problemas crecientes más complejos e irresolubles en la esfera de dependencia económica, cultural y política, apareciendo como inevitable la transferencia de decisiones vitales para los centros estratégicos de las naciones capitalistas hegemónicas. En consecuencia, la autonomía nacional y la democracia dejan de ser históricamente concretables, al nivel que ellas se objetivan en la consciencia conservadora, por vía de la revolución burguesa. Solo las clases sociales que impulsen ese tipo de revolución (o al carácter que asume bajo el capitalismo dependiente) podrían romper el *impasse*. La experiencia demostró que todavía no llegamos a ese punto de ruptura y que, por otro lado, el inconformismo de las elites (de clases medias y altas) no es lo bastante sólido como para crear una alternativa histórica dentro y desde del orden social competitivo. Lo que significa que solamente las clases sociales destituidas y el proletariado podrán forjar esa alternativa, pero fuera y contra el orden existente, lo que exige que superen la dominación burguesa interna y externa, así como que se muestren aptos para desencadenar una revolución socialista.

¿CUÁLES SON LAS CARACTERÍSTICAS DEL CAMBIO SOCIAL EN BRASIL?

Dejando de lado varias cuestiones fundamentales —algunas ya fueron debatidas en otros trabajos de mi autoría, que tratan del proceso de trasplante cultural propiamente dicho y del esfuerzo creativo inherente a la preservación de una herencia sociocultural que trascendía, de modo inevitable, a las exigencias de las situaciones históricas vividas— concentraré la atención sobre ciertos aspectos sociodinámicos del flujo del cambio social y de su control societario coercitivo. Se impone dejar de lado el período colonial. Sin embargo, no se debe olvidar que el modelo brasileño de *personas de importancia* se constituye

en ese período, en el que se agravan, debido a la esclavitud y a la propia expropiación colonial, las distinciones sociales preexistentes en la sociedad portuguesa. Hay evidente ligación entre ese patrón, que todavía no fue neutralizado por el orden social competitivo, y la mentalidad prepotente, exclusivista y particularista de las elites de las clases dominantes. Por eso, las relaciones de clase sufren interferencias de patrones de tratamiento que son primeramente estamentales y que reproducen el pasado en el presente, a tal punto que el horizonte cultural inherente a la consciencia conservadora de nuestros días, en su prepotencia, exclusivismo y particularismo agreste, recuerdan más la simetría "colonizador" *versus* "colonizado" que la "empresario capitalista" *versus* "asalariado". Esto evidencia como el orden civil todavía no alcanzó inclusive a grupos incorporados al mercado capitalista de trabajo y al sistema de relaciones de clases, demostrando que la distancia social entre las clases no siempre es una mera cuestión cuantitativa. Aquel patrón compatibiliza la coexistencia de la tolerancia y hasta de la cordialidad con un profundo desdén elitista por quien no posea la misma *condición social*. Lo que hace que aquello que parece "democrático", en la superficie, sea de hecho "autoritario" y "autocrático", en su esencia. Ese nivel psicosocial de las relaciones humanas es nuestra herencia más duradera (y, al mismo tiempo, más negativa) del pasado colonial y del mundo esclavista. Me gustaría que esto fuera mantenido en la perspectiva crítica del lector, sea cual sea su dificultad para imaginar como las cosas serían si Brasil no hubiera surgido como una sociedad colonial y esclavista. El principal foco de los dinamismos sociodinámicos del cambio social es la organización de la sociedad. En el caso brasileño, los modelos de organización social siempre contuvieron potencialidades socio dinámicas (de diferenciación estructural y funcional o de saturación histórica) que no lograron concretizarse de modo más o menos rápido e intenso.[8] El primer modelo, que sirvió de base para la organización de la sociedad colonial, involucraba una superposición del modelo portugués del régimen estamental (en fase de transición incipiente para el régimen de clases) a la esclavitud de stocks raciales indígenas, africanos y mestizos. Esa superposición representó una técnica adaptativa impuesta por la explotación colonial y dio origen a un sistema estratificatorio mixto, cuya duración estuvo condicionada por la subsistencia del régimen servil y del sistema de producción esclavista. El sistema posibilitaba la clasificación de los elementos de la *raza dominante* en términos estamentales; la clasificación de los elementos de las *razas esclavizadas*

8 Para una descripción sintética de esos modelos, de acuerdo con la orientación interpretativa del autor, ver F. Fernandes (1972: 273-283; 309-315; 399-407; 506-511).

(legal o ilegalmente) en términos de castas; y una amplia gravitación de los elementos mestizos liberados o libres alrededor de esas dos categorías. Bastan dos ejemplos para hacerse una idea aproximada de cómo fue lenta la saturación estructural-funcional e histórica de ese sistema de estratificación. En lo que respecta al señor, no es en el período colonial, sino gracias a la emancipación nacional que ocurre la integración vertical de los estamentos señoriales. Esa transformación operó a través de la integración de esos estamentos en un orden civil, que tenía el monopolio del poder político, lo cual otorgó a los señores la probabilidad de controlar la maquinaria del Estado sin mediación alguna. Mientras duró el sistema colonial, la Corona impidió esa evolución, que desplazaría el poder político de sus manos hacia los estamentos señoriales. En lo que respecta al esclavo, solamente después de la eliminación del tráfico (por lo tanto, después de que el mundo de producción esclavista entre en crisis estructural) y para hacer frente a las presiones de la incorporación de nuevas áreas a la economía de plantación, es que la esclavitud como "institución económica" sufriría una depuración funcional. El *domus* fue separado de la *plantación* y, en consecuencia, muchos factores de desperdicio o infrautilización del trabajo esclavo fueron reducidos o eliminados, con el objetivo de aumentar su intensidad y productividad.[9] El segundo modelo, que se originó, simultáneamente, de la desintegración del régimen estamental y de castas y del desarrollo interno del capitalismo, fue ampliamente solapado por la coexistencia y competencia del trabajo servil, del trabajo semi-libre y del trabajo libre, provocadas por la coetaneidad de varias edades históricas distintas y por la articulación, en el mismo sistema económico, de modos de producción pre-capitalistas y capitalistas. Eso, más que su aparecimiento relativamente reciente, explica las vicisitudes del régimen de clases en Brasil y las dificultades, tanto estructurales como históricas, que vienen dificultando la eficacia de la competencia y del conflicto en la coordinación de las relaciones de clases. Basta un ejemplo para tener una idea aproximada de lo que implica esta afirmación. Las huelgas obreras, enfrentadas como "cuestión de la policía" en la década del diez, fueron reiteradamente tratadas de modo represivo posteriormente y expulsadas del orden legal después de 1964.[10] Una sociedad de clases que somete al sindicalismo

9 El mejor ejemplo al respecto es del Oeste paulista, donde la innovación parece en conexión con los dos efectos mencionados (Buarque de Holanda, 1941: 13-14; F. Fernandes, 1972: 142-146).

10 Ver especialmente: E. Dias (1962); y, para fines de interpretación sociológica: L. Martins Rodrigues (1966); A. Simão (1966); J. Albertino Rodrigues (1966); F. C. Weffort (1972; 1968); J. R. Brandão Lopes (1967).

a una reglamentación corporativista y obstaculiza las presiones de abajo para arriba no está más que en la "infancia". Es una sociedad de clases que solo funciona como tal para los "*más iguales*", es decir, para las clases altas y medias.

El otro foco de los dinamismos sociodinámicos del cambio social es la difusión cultural. En el caso brasileño, cabe reconocer, desde luego, ese foco tiene una importancia básica, pues la incorporación a los movimientos de "expansión del mundo occidental moderno" ha operado como *factor de precipitación* tanto de las transiciones históricas como de las diferenciaciones estructurales que explican transformaciones capitales de la sociedad brasileña (ya sea bajo el régimen estamental y de castas, ya sea bajo el régimen de clases). Por lo general, el desarrollo interno de la economía, de la sociedad y de la cultura crea, previamente, un nuevo nivel, que condiciona y hace posible desde adentro, una alteración súbita en el enlace con los dinamismos económicos y culturales con las naciones capitalistas hegemónicas y con el mercado mundial. Se precipita, de este modo, una fase más o menos intensa de modernización, orientada y regulada desde afuera. Luego, la transformación se completa, a través de varios reajustes internos simultáneos o sucesivos. Cuando la transición es sustancial, estructural e históricamente (como ocurrió en la época de la emancipación nacional, con el paso del sistema colonial al neocolonial; durante la última cuarta parte del siglo XIX en adelante, con la emergencia y la expansión del capitalismo competitivo; y, después de la Segunda Guerra Mundial, con la emergencia y la expansión del capitalismo monopolista), ocurre una sustitución del patrón de desarrollo económico, sociocultural y político; se alteran también los ritmos del desarrollo económico sociocultural y político, que alcanzan una mayor velocidad inicial, para decaer gradualmente y, con el tiempo, retomar una velocidad media compatible con la preservación de los cambios ocurridos (aunque sin eliminar hiatos y discontinuidades nacidas de la heterogeneidad de los modos de producción articulados en el propio sistema económico y de la coetaneidad de las edades históricas diversas); y, finalmente, surge el encadenamiento de las transformaciones ocurridas con la diferenciación de la economía, de la sociedad y de la cultura, estableciendo un nuevo nivel, que permite o una mejor saturación estructural-funcional e histórica de los modelos de organización vigentes, u otro "salto" estructural-funcional e histórico. Ese esquema, ultrasimplificado, sitúa bien la complejidad de la vinculación de los dinamismos sociodinámicos internos y externos. La relación no es una relación de causa y efecto simple. Tenemos, primeramente, un modelo dialéctico de causación por el que podemos localizar múltiples causas y efectos en influencia recíproca y en tiempos sucesivos o

simultáneos, todos regulados, en las relaciones de concomitancia y de sucesión, por los varios tipos de contraindicaciones que juegan el desarrollo interno contra la modernización y viceversa. Busqué captar y colocar en primer plano las regularidades que aparecen, en los niveles estructural-funcional e histórico, como las tendencias características del complejo movimiento social resultante. Ese esquema contiene dos afirmaciones complementarias: 1°) en sí y por sí mismas, las "transformaciones internas" no serían suficientes para promover la diferenciación estructural-funcional y las transiciones históricas conocidas (la desintegración del sistema colonial, la plenitud del sistemas de castas y de estamentos, la desintegración de ese sistema y la formación del sistema de clases); 2°) sin embargo, en sí y por sí mismos, los flujos de la "modernización dependiente" no encontrarían base económica, sociocultural y política para que transcurran y, en particular, para que alcancen la eficacia que lograron (ya sea en la dinamización del orden esclavista y señorial o del orden competitivo, o en la dinamización del desarrollo capitalista interno, en los desdoblamientos que van de una economía neocolonial dotada de un mercado capitalista moderno al capitalismo competitivo y al capitalismo monopolista). Esas dos conclusiones también contienen un corolario: la articulación de los dinamismos económicos, sociales y culturales internos y externos, a pesar de todo, no es suficiente para producir la emergencia y la consolidación de un modelo de desarrollo que se pudiera equiparar al modelo de desarrollo autosustentado de las naciones capitalistas hegemónicas. Eso hace que la incorporación y la modernización sean observables en su verdadera naturaleza, como una expansión de fronteras económicas, socioculturales y políticas externas (desde afuera para adentro: de las naciones capitalistas hegemónicas en dirección a la sociedad brasileña), como una especie de "conquista", a la cual los dinamismos internos no tienen el poder de oponerse o de neutralizar.

El flujo descripto contenía, de hecho, dos movimientos de cambio social que se superponían y, a partir de cierto momento, se confundían y se fundían. Ambos movimientos operaban "espontáneamente": uno, a través de procesos de diferenciación del orden social esclavista y señorial (o, más tarde, del orden social competitivo) y de la saturación histórica progresiva de potencialidades dinámicas de *status* y papeles sociales, de relaciones sociales o de funciones sociales de las instituciones clave; el otro, a través de la amplia difusión y nuevas técnicas, valores e instituciones sociales, implantados en el "sector nuevo" gracias a la eclosión de un mercado capitalista moderno, a la reorganización político-administrativa del Estado y a la creciente expansión urbano-comercial (o, más tarde, urbano-industrial). Conjuntamente, los dos movimientos expresaban toda la transformación

de la economía, de la sociedad y de la cultura. Sin embargo, no operaban aisladamente. Tanto desde adentro como desde afuera, había otros movimientos en sentido opuesto, que trabajaban por el equilibrio estático de la economía, de la sociedad y de la cultura. El modo de producción esclavista, la estructura estamental y de castas de las relaciones sociales, y la dominación patrimonialista competían para preservar, en los niveles estructural e histórico, las estructuras económicas, sociales y políticas heredadas del período colonial, manteniéndolas casi intactas. Por otro lado, la influencia externa, auténticamente revolucionaria en los niveles estructural e histórico en la fase de desintegración del antiguo sistema colonial, pues incorporaba la economía interna directamente al mercado mundial y fijaba los núcleos urbanos que servirían de punto de apoyo al crecimiento de un mercado capitalista moderno, también presuponía un *feedback* negativo. El comercio externo constituía el verdadero punto de apoyo, ya sea para el mantenimiento, ya sea para la ampliación de un esquema de exportación y de importación que serviría de eje para la preservación, el desdoblamiento y la revitalización de estructuras económicas, sociales y políticas de origen colonial.

Es necesario cotejar esos cuatro movimientos de estabilidad y de cambios sociales, convergentes en ciertos aspectos y divergentes en otros, para evaluar correctamente el residuo realmente innovador y constructivo de las influencias internas y externas de transformación económica, sociocultural y política. Los movimientos que promovían la preservación y el fortalecimiento de las relaciones, instituciones y estructuras coloniales no eran, pura y simplemente, antagónicos a la modernización, al crecimiento del "sector nuevo", y a la expansión interna del capitalismo comercial. Bien analizados, constituían primeramente una precondición para que todo eso fuera posible, dadas las vinculaciones existentes entra las grandes plantaciones, la continuidad de la incorporación directa al mercado mundial y el desarrollo capitalista del nuevo sector, urbano-comercial (y, más tarde, urbano industrial). El antagonismo al cambio, por lo tanto, tiene que ser interpretado con mucho cuidado, porque forma parte de la autodefensa del sector arcaico, que funcionaba como fuente de alimentación indirecta de las transformaciones en curso y se beneficiaba de ellas en un nivel menos visible de la reorganización y concentración del poder. Por otro lado, los intereses involucrados en la modernización o en la expansión interna de un mercado capitalista moderno y del sector urbano-comercial, estratégico para tales fines, no luchaban, por el control del espacio ecológico, económico, sociocultural y político incorporado a las estructuras económicas, socioculturales y políticas de origen colonial. La verdad, se superponían y se incorporaban, en

los niveles estructural e histórico, a los intereses involucrados en este sector de origen colonial, produciéndose una articulación dinámica entre ambos. Por eso, no solo las relaciones de producción coloniales podían sustituir: ellas se convertían, de inmediato, en fuente del excedente económico que financiaría tanto la incorporación directa al mercado mundial, con sus desdoblamientos económicos y culturales, como la eclosión de un mercado capitalista moderno y la subsecuente revolución urbano-comercial. Aquí se verifica lo complejo que era el escenario global. Y, lo que tiene mayor importancia interpretativa, de qué naturaleza era el flujo de cambio social descripto. Este no surgía indominablemente, como un torrente voluminoso e impetuoso, que abría su camino de modo inexorable, sino como una especie de afluente, que desembocaba en un río viejo, sinuoso y lento. En la medida que se formaran nuevos afluentes y, en particular, en la medida que los hombres drenaran el viejo río y lo rectificaran, es que la contribución del caudal de agua adquirido revelaría todo su potencial. Esta imagen no es meramente retórica. Recordemos que, de la llegada de la familia real, en 1808, de la abertura de los puertos y de la Independencia, a la Abolición, en 1888, a la Proclamación de la República y a la "revolución liberal", en 1930, trascurren 122 años, un proceso de larga duración, que muestra claramente cómo fueron las cosas.

Ese escenario sugiere, desde luego, la respuesta a la pregunta: "¿A quién beneficia el cambio social?". Aunque transformaciones tan profundas como las que ocurrieron gracias a la desintegración del sistema colonial y a la expansión interna del capitalismo comercial afectaran el presente y el futuro de *toda la sociedad brasileña*, de hecho, los proventos inmediatos de esas transformaciones convergieron en pequeños grupos de agentes humanos, ubicados en posiciones estratégicas en el exterior o en el interior del país. Limitándonos a estos últimos: los beneficios y los efectos constructivos a largo plazo del cambio social fueron monopolizados por los estamentos medios y altos, los únicos que se incorporaban al orden civil con medios y calificación para imponer su voluntad. La cuestión no es solamente, por lo tanto, de "nivel de vida" o de "estilo de vida", como quieren creer muchos historiadores y antropólogos. Es, también, de "organización de la vida". El flujo del cambio social traía en su interior nuevas formas de organización institucional de las actividades económicas, socioculturales y políticas, las cuales fueron ampliamente absorbidas y controladas por los sectores señoriales o casi señoriales que componían el referido orden civil (en el campo y en las ciudades). Los dos núcleos más importantes de fijación de esos cambios se encontraban en el Estado emergente y en las firmas comerciales. Como la emancipación nacional constituía una revolución específicamente política, es en torno de

esa área que ocurren las principales transformaciones. La saturación histórica de los papeles políticos de los señores dio una importancia nueva a su participación de las actividades políticas, en escala provincial y nacional. Las familias señoriales tienen que enfrentar, así, más inversiones humanas y financieras en los centros de poder político, necesitando trasladar del campo a la ciudad, de manera creciente, su esfera de actuación burocrática y política crucial. El mismo proceso provoca una reactivación de las actividades político-burocráticas de los elementos de los estamentos medios y altos localizados en las ciudades, con una intensificación de la solidaridad política estamental por arriba de los lazos de familia o de nobleza (lo que constituía un requisito de la formación del orden civil como sistema de poder "cerrado" y de su funcionamiento como un mecanismo de monopolización del poder por parte de los estamentos altos y medios de la "raza dominante"). En otro plano, se encontraban las nuevas firmas comerciales, la mayoría extranjeras o asociadas, en torno a las cuales giraría, inicialmente, el crecimiento del mercado moderno y del propio capitalismo. A pesar del control externo directo o indirecto, ese avance presuponía el inicio de la desintegración gradual del modelo colonial de mercado (que continuaba existiendo, funcionando y dominando las economías locales), una nueva relación con la economía mundial y las bases necesarias para la organización institucional de las actividades económicas internas según patrones específicamente capitalistas. Tal progreso no era irrelevante, ya que permitía absorber, de inmediato, las cotas del excedente económico que eran absorbidas por la Corona y por las compañías comerciales metropolitanas; y, por otro lado, creaba un punto de partida para el nuevo funcionamiento del esquema exportación-importación, que pasó a gravitar también para adentro, fomentando el aparecimiento de un polo dinámico para el crecimiento del mercado interno y, con el tiempo, del modo de producción capitalista. Ahí estaban los gérmenes de un orden social competitivo, que abría sus flancos dentro del "antiguo régimen" en reelaboración y se alimentaría de su destrucción paulatina.

En lo que concierne a la monopolización de los efectos constructivos del cambio social por los estamentos dominantes del orden social esclavista y señorial hay poco para agregar. El "ciudadano", en la emergente sociedad nacional brasileña, no era solo un componente del orden civil: era el "noble" o el "burgués" con condición señorial, personas que disfrutaban de las garantías civiles, del derecho de representación y que disponían de voz en los mecanismos selectivos de la "opinión pública", que comandaba la *democracia restringida* imperial. El cambio social no se hacía para la *sociedad brasileña*, pero sí para esas personas, es decir, para el pequeño universo estamental que

contenía a los "hombres válidos" de la nación emergente. Ese monopolio no desaparecería junto con la desintegración del orden esclavista y señorial: la Abolición, la Proclamación de la República y la "revolución liberal" de 1930 solamente señalan que entra en crisis. La destrucción del modo de producción esclavista lleva, por primera vez, la descolonización al corazón del sistema económico, revolucionando las bases del orden social y del sistema de poder. Exige que se elimine, gradualmente, la articulación dinámica entre estructuras socioeconómicas arcaicas y modernas. Sin embargo, la subsistencia del esquema exportación-importación y el hecho de que la expansión del mercado interno revitalizaría las grandes plantaciones tuvieron efectos especiales. Se mantiene el trabajo servil disfrazado y varias formas de trabajo semi-libre mucho tiempo después de la universalización del trabajo libre. Por lo tanto, el orden social competitivo alcanza un clímax evolutivo excluyendo tanto a los blancos pobres como a los remanentes del trabajo esclavo, a los negros y a los mulatos que no lograron proletalizarse o clasificarse dentro de los estratos sociales medios y altos. Lo que surge, muy fuerte, no es el fin del proceso que nos preocupa, sino la presión desde abajo para arriba, que busca imponer la "presencia" y las "necesidades" de la nación como un todo en la esfera del cambio social, buscando terminar con la opresión y la sofocación elitista del cambio social. Este salto no se da más bajo compulsión de la modernización (inclusive, cuando sus potencialidades de conflicto se vuelven obvias, los intereses externos se componen con la llamada "consciencia conservadora" de la oligarquía y con las técnicas represivas que esta adopta). Se procesa bajo la presión de las estructuras nacionales de integración de la economía, de la sociedad y de la cultura. Emerge, así, una ideología reformista que guarda, con moderación, los ideales burgueses de una revolución nacional-democrática. La relación de autodefensa de los sectores que defendían el monopolio elitista de los efectos constructivos del cambio social tomó varios rumbos, que traducen la desorientación creada en las clases medias y altas por esa primera irrupción histórica dramática de las contradicciones que operan dentro del orden social competitivo. Sin embargo, la consciencia conservadora prevaleció, porque ella reunía las principales ventajas de las estructuras de poder: la "vieja" y la "nueva" oligarquías coincidían, en sus propósitos de "desarrollo con seguridad", con los sectores ascendentes de las clases medias y los *socios extranjeros*. Hace más de un siglo y medio después de la Independencia y hace más de tres cuartos de siglo de la universalización del trabajo libre y de la Proclamación de la República, el cambio social todavía no se da para la sociedad brasileña como un todo, sino para una minoría privilegiada, que puede ser estimada, a los efectos de clasificación social efectiva

"en el sistema", como máximo en un 40%, pero que no pasa, en realidad, de un 10%, en términos de concentración de la renta o de poder y de renta media compatible con el "nivel de vida decente" de las elites.[11]

Los mismos estratos sociales que monopolizan los beneficios del cambio social tienden a someterla a controles más o menos selectivos y coercitivos. Eso ocurrió en Brasil y continúa ocurriendo en el presente (no podría ser de otra manera). Los controles buscaban garantizar la transferencia de recurso de la comunidad nacional para esos estratos, mediante el subterfugio de asignarlos a la solución de los "problemas de cambio" que son estratégicos o vitales para ellos. De este modo, la nación como un todo financió o financia varios desarrollos técnicos, económicos, culturales y políticos que debían servir, de modo directo o indirecto, a propósitos o a intereses privados (internos y externos). Muchas "políticas" fueron montadas en el pasado remoto o reciente y en el presente, para dotar al país de una infraestructura económica, de comunicaciones, de transportes y de servicios estrictamente moldeadas por objetivos privados inmediatistas. En varios momentos, la cuestión invariable urgente siempre fue la de crear espacio ecológico, económico, social, cultural y político para la "iniciativa

---

11 Hay mucha controversia en cuanto a las implicaciones de la distribución de la renta, pero esa es la mejor referencia que tenemos para evaluar la desigualdad económica, social y cultural en la sociedad brasileña. Langoni indica que los 10% de la cima disponen de una renta media mensual de $1.309,87 (en cruzeiros de 1970) y que a ellos les corresponde el 46,47% de toda la renta. Se puede estimar lo que eso representa cuando se considera que los 50% de renta más baja solo cuentan con el 15% de toda la renta; y que se necesita al 80% de toda la población que recibe alguna renta para alcanzar el 38,38% de toda la renta. La renta media mensual en los últimos cinco deciles oscilaba entre $32,69 y $141,54. Mientras el 1% de mayor renta contaba con el 14,11% de toda la renta y una renta media mensual de $3.976,11; y los 5% de mayor renta contaban con el 34,06% de toda la renta y una renta media mensual de (C. Geraldo Langoni, 1973: 21, tabla 1.1). Para un análisis global crítico del tema, ver Paul Singer (1973: 67-94). Las contribuciones más importantes en la reciente discusión de los problemas de la distribución de la renta son: M. C. Tavares y J. Serra (1971); C. Furtado (1972); R. Hoffmann (1971); J. C. Duarte (1971); L. C. Guedes Pinto (1972); R. Hoffmann (1972); R. Hoffmann y J. C. Duarte (1972: 46-66); J. Serra (1973: 131-55). A defesa mais flexível da "posição oficial", en cuanto a la presente política de desarrollo económico, aparece en el libro citado arriba, de C. G. Langoni, y en las noticias periodísticas a continuación: "Renda cresce irregular e população também" (M. H. Simonsen, *O Estado de S. Paulo*, 30 de junio de 1972); "Renda melhora com transição do desenvolvimento" (C. G. Langoni, *O Estado de S. Paulo*, 28 de noviembre de 1972). La defensa de esa política económica, sean cuales sean los argumentos empleados, implica aceptar que la "salida brasileña" para el *desarrollo capitalista acelerado* se encuentra en las prácticas de acumulación capitalista que intensifican la concentración de la renta en la cima y profundizan los márgenes de expropiación capitalista de los asalariados, dejando para un futuro indefinido la corrección indirecta de los efectos más brutales de la extrema desigualdad en la distribución de la renta.

privada" (o sea, para expandir la red de negocios y de poder de los estratos sociales dominantes). Esa práctica no es peculiar a Brasil y a los países de capitalismo dependiente. Aunque asume en estos países un carácter típico. El pasado colonial convierte la separación entre "minoría privilegiada" y la "gran masa excluida" en una realidad dolorosa, que no llegó a existir inclusive en las sociedades de clases más rígidas de Europa, que fueron descriptas como si fueran "dos naciones". La minoría privilegiada se ve a sí misma y a sus intereses como si la nación real comenzara y terminara en ella. Por eso, sus intereses particularistas son confundidos con los "intereses de la nación" y resueltos de ese modo. Mientras los intereses de la gran masa excluida son simplemente olvidados, ignorados y subestimados. Los asuntos de cambio social entran, así, en la esfera del control social y de la dominación de clase, con una óptica sesgada, que identifica la nación con los "dueños del poder".

Dos consecuencias negativas advienen de tal distorsión. La primera tiene que ver con la unilateralidad con que "las exigencias de la situación" se elevan a la esfera de la consciencia social, del comportamiento social inteligente y de la actuación política. Los "problemas" que adquieren prioridad son los problemas que afectan los intereses, la seguridad o la red de poder de la minoría privilegiada, insensible a las tragedias humanas o deshumanos de las masas y poco sensible a las "cuestiones de orden nacional" que no la pongan en riesgo visible. La segunda tiene que ver con la propensión de esa minoría, instalada en los principales centros estratégicos de decisión y de dominación, a graduar o a adulterar los cambios así "filtrados" de acuerdo a su código de convivencias. Un Estado "nacional" y "democrático", por ejemplo, puede ser montado para servir a los intereses económicos y a las necesidades de dominación de propietarios de esclavos. O todo un aparato policial o policial-militar, en otros ejemplos, puede ser puesto al servicio de la represión de huelgas obreras o del sofocamiento de la agitación popular. Mirando la otra cara de tales ejemplos, se puede constatar que el control coercitivo del cambio social busca compatibilizar el orden social competitivo con privilegios económicos, sociales y políticos heredados del sistema colonial. Es como si en Francia se pretendiera yuxtaponer, durante la "gran revolución", los móviles de la dominación feudal a los móviles de la dominación burguesa. Eso trae a la mesa una evidencia más de que el orden social competitivo, bajo el capitalismo dependiente, no produce, por sí mismo, los impulsos para el cambio y los impulsos concomitantes para el "control democrático" del cambio, que son requeridos por las grandes transformaciones estructurales e históricas que ella misma acarrea.

Se institucionaliza la adulteración de ese orden, lo que, a su vez, engendra la adulteración sistemática del propio patrón de estabilidad y de cambio de la *sociedad competitiva* bajo el capitalismo.

Sin embargo, existen cambios espontáneos que tienen un origen estructural: se originan del propio patrón organizatorio de la sociedad de clases y no pueden ser fácilmente postergadas, sofocadas o reprimidas. Nacen de los dinamismos del mercado o del sistema de producción bajo el capitalismo, de las relaciones y conflictos de clases, o de los impulsos a la igualdad civil desencadenadas por las estructuras de poder de una sociedad nacional. Tales tipos de cambio constituyen el miedo de las burguesías de las sociedades capitalistas dependientes y subdesarrolladas (y, también, de lo que se podría designar, eufemísticamente, como burguesía internacional). Amenazan (o parecen amenazar) las posiciones de poder y las bases de dominación política de las clases dominantes, que pueden perder fácilmente, a través de sí mismas, el "control de la situación". Como las clases que se identifican con tales cambios no siempre poseen lo que algunos politólogos designan como poder de negociación, acaba siendo una tentación seductora y fácil resistir a tales tipos de cambios, ya que las represalias previstas pueden ser cómodamente evitadas o reprimidas. Aquí, se entra en el capítulo de la resistencia sociopática al cambio, a través del cual las clases sociales dominantes y sus elites disfrutan el orden social competitivo, pero lo convierten en un "orden cerrado" a las necesidades y a las aspiraciones de las demás clases. Es lugar común en la interpretación sociológica que ese comportamiento político de las clases dominantes y de sus elites deviene de la falta de socialización adecuada y de la inexistencia o debilidad con la que comparten objetivos colectivos "nacionales" y "democráticos". Por conservadorismo, por oportunismo o por una combinación de ambos, esas clases y sus elites serían empujadas a enfrentar los "problemas del cambio" sin la disposición de resolverlos según los criterios efectivamente "nacionales" y "democráticos", es decir, de acuerdo con las exigencias estructurales y dinámicas del orden social competitivo en esa fase de su desarrollo histórico. Esa interpretación es, sin duda, correcta, pero cae en un lugar común, que además ignora que, en la raíz del comportamiento de clases dominantes y de sus elites, se encuentra otro componente de mayor influencia condicionante y determinante. No es solo la *ceguera*, que cuenta, sino también la certeza (o casi certeza) de que se puede *manipular* un orden social como el competitivo de modo relativamente fácil e impune. Pues un orden social que se apoya sobre una estructura de poder económico, social y político desigual tiende a conferir peso diverso a las diferentes clases sociales. Eso introduce una ventaja estratégica permanente en beneficio de las clases

"más iguales", que disponen de un mayor poder económico, social y político, así como de medios para emplearlo a favor de sus objetivos colectivos específicos (sean particularistas o no).

La situación global, por lo tanto, permite comprender la resistencia sociopática al cambio como algo posible (y a veces posible de modo recurrente) en un orden social que confiere a ciertas clases la probabilidad de desencadenar "presiones de arriba para abajo" y, al mismo tiempo, de pervertir o impedir las manifestaciones compensatorias de "abajo para arriba". Eso sugiere que no es solo la "falta de solidaridad en la base" que explica la inexistencia o la debilidad de los controles sociales reactivos (o contra-reactivos), por parte de las clases sociales perjudicadas por la resistencia sociopática al cambio. No hay que perder de vista todo este escenario, porque, la verdad, los conflictos entre las clases privilegiadas y las clases destituidas se agravan todavía más cuando entran en juego opciones que involucran la persistencia o la sustitución del patrón vigente de civilización (que es el caso, cuando la alternativa se vuelve "capitalismo" o "socialismo"). En ese contexto, las clases privilegiadas y sus elites agravan, por *miedo histórico*, las propensiones posiblemente actuantes de resistencia sociopática al cambio, viendo en cualquier "abertura del orden" el inicio de un cataclismo social. Ese pánico, con frecuencia también manipulado y exagerado, desplaza a los conservadores y a los liberales de sus posiciones, polarizándolos en el centro o en la derecha de la reacción.

Por otro lado, en la situación cultural de la sociedad de clases dependientes y subdesarrollada existe otro elemento dinámico a considerar. Las clases dominantes y sus elites, poco propensas a asimilar y a poner en práctica técnicas, valores e instituciones sociales que podrían redundar en "mayor abertura" y "mayor fluidez" del orden social competitivo, aprovechan con avidez las ventajas de su incorporación a las fronteras culturales de las naciones capitalistas hegemónicas, para que modernicen su tecnología de control represivo y violento de los conflictos sociales, aumentando, con eso, la eficacia de los *mecanismos de seguridad del orden* o de opresión policial-militar. Como lo que prevalece en las naciones capitalistas hegemónicas es el empeño en "preservar el equilibrio bien abajo", manteniendo a la periferia como una reserva de caza, se forman en esos países programas de "asistencia" y de "ayuda" que facilitan aún más la absorción de tal tecnología y de su empleo sistemático en la adulteración de los dinamismos de funcionamiento o de desarrollo del orden social competitivo. Lo que importa resaltar es que el enfrentamiento de clases destituidas y clases privilegiadas se vuelve aún más desigual, ya que, en realidad, las primeras tendrán que enfrentar a las últimas con un incremento de poder al que ellas nunca podrán tener acceso.

O se "conforman", sumergiendo en la apatía y en las dudosas ventajas del "desarrollo con seguridad", o se preparan para movimientos de rebelión altamente complejos y de larga duración. Es que el esfuerzo necesario para "abrir" o "reabrir" el orden social competitivo es tan alto, que se vuelve más fácil y racional sustituir la "revolución dentro del orden" por la "revolución contra el orden". En este sentido, las orientaciones egoisticas y particularistas de las clases dominantes y de sus elites compiten, a largo plazo, no para "contener" o "congelar" la historia, sino para simplificarla y acelerarla. Su feroz y obstinada resistencia a los cambios compatibles con la *democracia burguesa* y con el capitalismo termina engendrando ya sea un agravamiento fatal de las tensiones sociales, ya sea orientaciones de comportamiento reactivas según las cuales la única salida tiene que pasar por la destrucción del orden existente.

¿HAY RELACIONES ENTRE EL CONTROL DEL CAMBIO Y EL PODER POLÍTICO?

Los procesos de cambio son, con frecuencia, fenómenos de poder, en la evolución de las sociedades. Y el control del cambio, a su vez, casi siempre aparece como fenómeno político (no se refiere, solamente, al poder en general, como poder económico, social o cultural, indirectamente político; pero, también, al poder específicamente político). Si eso es verdadero en teoría, la regla se aplica mejor a tipos de sociedades en las cuales la continuidad depende ampliamente del equilibrio dinámico del orden social, como sucede con la sociedad de clases. En referencia a este tipo de sociedad, es imposible concebir sociológicamente la continuidad del orden social competitivo independientemente de varias formas de cambios, simultáneas o sucesivas y convergentes o divergentes, a través de las cuales el sistema societario global se reajusta, continuamente, a las condiciones externas de la vida socioeconómica, así como a la composición y a las relaciones de las clases sociales, todo en perpetua transformación. En ese caso, el control social del cambio asume importancia equivalente a la que posee el control de la estabilidad en sociedades cuyo patrón de equilibrio es estático.

En las peculiares condiciones de la sociedad de clases dependiente y subdesarrollada, el cambio y el control del cambio son, con más razón, fenómenos específicamente políticos. Del cambio y del control del cambio no depende, solamente, la continuidad del sistema de producción capitalista y de la dominación burguesa, pero, en especial, la probabilidad de impedir la regresión de la dependencia propiamente dicha a la heteronomía colonial o neocolonial. La verdad, bajo el capitalismo dependiente la dominación burguesa no debe, solamente,

consolidar la continuidad del orden contra las "presiones internas", que se vuelven peligrosas y hasta mortales para la burguesía, cuando son presiones del proletariado en alianza con los sectores rebeldes de las clases medias y de las clases destituidas. Debe, también, consolidar la continuidad del orden contra las "presiones externas", de las burguesías de las naciones capitalistas hegemónicas, de sus gobiernos y de sus asociaciones internacionales. Para garantizarse en este nivel, la burguesía de los países capitalistas dependientes y subdesarrollados tiende a coaliciones oligárquicas y composiciones autocráticas, el medio más accesible, a su alcance, para forjar y controlar el espacio político necesario a sus ajustes con el "socio mayor", la burguesía de las naciones capitalistas hegemónicas y sus patrones de dominación imperialista. Todo eso hace que la dominación burguesa se convierta, mucho más clara y duramente que las naciones capitalistas hegemónicas, en dictadura de clase. E, por otro lado, todo eso hace que el fenómeno central del cambio sea la permanente revitalización de la dominación burguesa a través del fortalecimiento del Estado y de sus mecanismos de actuación directa sobre los dinamismos económicos, socioculturales y políticos de la sociedad de clases.

Esa situación no encuentra paralelos en las evoluciones de las naciones capitalistas hegemónicas —ni siquiera cuando se consideran las conexiones de la emergencia y de la expansión del capitalismo monopolista con el surgimiento del "Estado intervencionista" y con el fascismo—.[12] Se trata de una forma de dominación burguesa con el uso sistemático del Estado y del poder político estatal que es determinada y solo puede ser comprendida a través de los requisitos políticos del capitalismo dependiente.[13] El patrón de desarrollo capitalista dependiente es incapaz de superar ciertas realidades, que se reconstituyen y revitalizan de modo permanente, como: la fuerte dominación externa; la apropiación dual o asociada del excedente económico; la extrema desigualdad en la distribución de la riqueza, del prestigio social y del poder; la coexistencia del crecimiento capitalista interno con el subdesarrollo "absoluto" o "relativo", forzando constantes rearticulaciones de sectores "arcaicos", "modernos" y "ultramodernos"; intensa exclusión institucional de las clases destituidas, etc. La razón de eso

---

12 Para un análisis sociológico que tome en cuenta las diferentes formas de intervencionismo estatal y la especificidad del fascismo, ver N. Poulantzas (1972).

13 Ver al respecto, del autor, F. Fernandes (1973; 1969-1970). Considerando especialmente la situación brasileña, ver F. H. Cardoso (1972), donde son citados otros estudios de ciencia política; O. Ianni (1968; 1971); H. Jaguaribe (1969); L. C. Bresser Pereira (1968); C. Mendes (1966: 7-41). Por otro lado, para tener en cuenta la repercusión política de la presión popular, ver F. C. Weffort (1968).

ya fue mencionada anteriormente. El patrón de desarrollo capitalista dependiente resulta de combinaciones de dinamismos económicos, socioculturales y políticos internos y externos que siempre se revelan, en los niveles estructural-funcional e histórico, insuficientes para transformar la modernización dependiente en modernización autónoma. En otras palabras, no son suficientemente fuertes para promover "la revolución dentro del orden" en términos capitalistas, creando ya sea la independencia en relación a la dominación externa y al imperialismo, ya sea real fluidez en el funcionamiento del orden social competitivo, con el desencadenamiento de una torrente democrático-burguesa y nacionalista en las relaciones de conformación y de conflicto entre las clases. Por paradojal que parezca, semejante situación oculta la existencia y el constante agravamiento de contradicciones que no llegan a resolverse, tanto en las relaciones con las naciones capitalistas hegemónicas y con el capitalismo internacional como en las relaciones de las clases sociales dominantes con las clases trabajadoras y destituidas. Eso congestiona y endurece las exigencias políticas del desarrollo capitalista. Para que se convierta en algo viable y en constante aceleración —a pesar de las realidades permanentes señaladas— y para que pueda existir continuidad ya sea en la absorción de las variaciones en intensidad o de calidad de los dinamismos socioeconómicos y culturales externos, ya sea en la selección y control de los dinamismos económicos, socioculturales y políticos internos, se impone una especie de *gigantismo político* normal de las tres áreas típicas en que se desdobla la revolución burguesa: 1) una fuerte polarización política de la propia dominación burguesa; 2) la formación y la expansión de un Estado de "democracia restringida", que tiene como base material la extrema concentración social de la riqueza y del poder en las manos de las clases dominantes y "dirigentes", y, como fuente de legitimidad legal y política, la casi total libertad de esas mismas clases; 3) la transferencia y la institucionalización de formas autocráticas de dominación económica, social y política de la esfera privada para la órbita del Estado.

El congestionamiento y la rigidez de los componentes políticos del desarrollo capitalista dependiente varían, sin embargo, de acuerdo con las fases de la revolución burguesa. En la fase inicial, de eclosión del capitalismo como realidad histórica, a través de la emergencia y de la expansión del mercado capitalista moderno en centros urbano-comercial más importantes, los riesgos resultantes de las presiones externas e internas contra el orden fueron, de hecho, pequeños y débiles. La modernización dependiente nunca desencadenó amenazas verdaderamente serias al orden económico, social y político emergente. Y, por otro lado, el principal efecto de ese proceso, la modernización

institucional del Estado, coincidía con la renovación y el reforzamiento de las técnicas oligárquicas y autocráticas de dominación patrimonialista, elevadas de la esfera privada a la órbita de la acción político-burocrática del Estado. En ese contexto, las "presiones de abajo para arriba" no tenían como transformarse en procesos políticos consistentes, a escala regional o nacional. Se agotaban, históricamente, en el ámbito local y de categorías sociales limitadas o servían de soporte de masa a manifestaciones ambiguas del radicalismo de facciones de los estamentos social y racialmente dominantes. La transición hacia el capitalismo competitivo, del último cuarto del siglo XIX, comenzó en los mismos moldes y según los mismos rumbos. Sin embargo, el involucramiento externo en el seno de las transformaciones internas alcanzó cierta profundidad económica y cultural, llegando a afectar las bases políticas del poder burgués. La proclamada alianza de la "oligarquía tradicional" con los "intereses financieros externos" no nos debe hacer ignorar los conflictos de esos intereses en la economía mundial, sus repercusiones en los patrones de solidaridad económica o política de esas clases dominantes y, en particular, la oscilación de esas repercusiones en términos de la eficacia sectorial de la dominación burguesa.[14] El fenómeno político profundo, en este período, fue la articulación de intereses económicos internos y externos en el mismo patrón histórico de dominación burguesa, lo cual se evidencia tanto en la emergencia de una "oligarquía moderna" (ampliamente vinculada a los intereses comerciales, industriales y financieros de "socios externos") como en el acuerdo del café (que solo se hizo viable y eficiente gracias a esa articulación) y en la frecuente asociación de la emergente "burguesía industrial" con los intereses externos, principalmente financieros. Aunque los dinamismos del régimen de clases fueran inicialmente muy débiles, la universalización del trabajo libre y el surgimiento de un proletariado urbano-industrial introdujeron el conflicto de clases en bases específicamente políticas en la sociedad brasileña. Esto dio mayor resonancia a las presiones "reformistas", de contenido democrático-nacionalista, de las clases medias, y sirvió como elemento de precipitación de la primera recomposición histórica importante de la dominación burguesa. La "vieja" y la "nueva" oligarquía se articulan con los " nuevos intereses" de los industriales y de las clases medias, conteniendo sus antagonismos dentro de las opciones burguesas y convirtiendo al Estado en una verdadera *arena de conciliación* de los intereses convergentes o divergentes de las clases poseedoras y "dirigentes" Lo que entraba en juego, por lo tanto, no era la *naturaleza* de la transformación política anhelada, sino el *estilo* que

14 Ver, especialmente, B. Fausto (1968); W. Dean (1971); J. de Souza Martins (1973).

esa transformación debería asumir (según una línea autocrática-burguesa, que venía de las oligarquías; o la línea alternativa democrático-burguesa y nacionalista, sustentada por los sectores "liberales" de la burguesía, por las clases medias vinculadas al sector urbano-industrial y al Estado, que contaba con mayor soporte popular). El desenlace de esa pseudotragedia histórica fue interrumpido por la irrupción de los dinamismos económicos y culturales externos, que impusieron, con extrema rapidez y la inesperada vitalidad, una nueva "edad histórica" al poder burgués, acelerando desde afuera para adentro la transición para el capitalismo monopolista. Eso acarreó la "necesidad de ir más lejos" en la segunda recomposición histórica importante de la dominación burguesa: la aglutinación, dentro de ella, de todos los agentes o categorías de agentes internos y externos; y la limitación, a través del Estado, de la esfera de iniciativas y del ámbito de poder político de las variadas categorías de socios y del propio Estado. Esa segunda recomposición puso la revolución burguesa sobre sus ejes reales y dentro de su ruta histórica bajo el capitalismo dependiente (si este se muestra suficientemente dúctil y fuerte para enfrentar la transición inherente a la revolución urbana e industrial bajo la tecnología actual del "capitalismo avanzado"), dejando en claro que la modernización intensiva y el crecimiento económico acelerado contienen exigencias políticas que convierten la "democracia burguesa" y el "nacionalismo burgués" en reliquias del folclore capitalista. La dominación burguesa no solo avanzó hasta el control total y autocrático del Estado. Pasó a irradiar, de "adentro para afuera" y de "arriba para abajo", a través de mecanismos estatales de autoprotección y de autorrealización que conceden al Estado de *democracia restringida* el carácter de un instrumento de autocracia de clase, con funciones específicas en la esfera de la estabilización forzada de las condiciones políticas de desarrollo económico y de represión sistemática a las fuerzas políticas divergentes (inclusive cuando reflejan alternativas e intereses de clases pro-burguesas). En ese sentido, ocurre una efectiva "revolución dentro del orden", en términos capitalistas: solo que transcurre como una profundización y un salto dentro del capitalismo dependiente. Pura y simplemente, dejan de existir las condiciones históricas de esa transición, bien la viabilidad de una "revolución dentro del orden" en la dirección del desarrollo capitalista autónomo, bien espacio político para el "nacionalismo revolucionario" y la "democracia burguesa".

Esa secuencia sugiere como los desdoblamientos de la revolución burguesa se reflejan en la esfera del poder político y de organización del Estado, cuando es extensa y profundamente dinamizada de "afuera para adentro", a través de ritmos y de las oscilaciones del capitalismo mundial. Permite constatar que las burguesías "nacionales" de las

sociedades de clases dependientes y subdesarrolladas no socializan para afuera todo su poder político y, especialmente, que no ceden a la dominación externa y a la imperialización las posiciones que son estratégicas para el control político del desarrollo capitalista dependiente. Aceptan y hasta incentivan la articulación de intereses burgueses internos y externos, que parezcan refundir el poder burgués a nivel económico, aumentando, en consecuencia, su flexibilidad y eficacia como fuente de dinamización de la dominación burguesa en general. Sin embargo, buscan resguardar la base estatal de su dominación de clase, impidiendo con el mismo afán que tanto la articulación con los intereses capitalistas externos como la democratización del poder o la integración de las estructuras nacionales de poder, internamente, funcionen como focos de erosión de su poder real. De este modo, levantan un dique que las protege contra la internacionalización o la imperialización de su poder político estatal. Todavía no se conocen bien los procesos que explican, sociológicamente, ese comportamiento político reactivo. Sin embargo, parece que se agarran de la necesidad que esas burguesías sienten de mantener bajo control las fases y los efectos del desarrollo capitalista inducido, que podrían anular cualquier autonomía política relativa y destruir la eficacia del Estado como base de poder político burgués bajo el capitalismo dependiente. Como tampoco pueden "crear desde adentro" un desarrollo capitalista autónomo, necesitan de ese espacio político relativamente seguro, a través del cual se pueden lanzar en las transiciones impuestas o resultantes de la incorporación a los ritmos y a las oscilaciones del capitalismo mundial.

Por lo tanto, la capacidad de iniciativa adquirida así repunta como el verdadero eje político de la propia revolución burguesa bajo el capitalismo dependiente. Una burguesía que no puede desencadenar, a partir de sí misma, ni la revolución agrícola, ni la revolución urbano-industrial, ni la revolución nacional, recorre, no obstante, *todas* las etapas de esos procesos, como si, en la realidad, fueran productos de su actividad histórica. Por un lado, gana recursos para mantener e intensificar el flujo de crecimiento del capitalismo dependiente, continuamente acelerado y a veces subvertido "desde afuera". Por otro lado, puede aparecer, en el panorama interno de la "sociedad nacional", como la supuesta protagonista final de todas las transformaciones. El crecimiento económico, el aumento de empleos, la modernización tecnológica, la elevación progresiva de la renta o de los niveles de consumo, etc. solo se hacen visibles a través de símbolos internos, que son, además de eso, manipulados para ofuscar la consciencia crítica de las clases oprimidas y ganar la adhesión de las clases medias. Proyecta, de ese modo, la *condición burguesa* para fuera de la burguesía

e implanta, en el corazón mismo de sus enemigos de clase, identificaciones y lealtades más o menos profundas para con el consumismo, el orden social competitivo y el Estado "democrático" y "nacional".

Aquí no interesa hacer el análisis sociológico de tales evoluciones del poder burgués bajo el capitalismo dependiente. Lo que interesa es señalar las dos conexiones que son vitales a la comprensión sociológica del presente. Primero, la conexión positiva. Manteniendo o aumentando su capacidad de iniciativa política, a pesar de los efectos limitativos del patrón dependiente y subdesarrollado de desarrollo capitalista, el poder burgués logra alcanzar el punto óptimo posible de control del cambio en las condiciones reales de estructuración, de funcionamiento y de crecimiento del orden social competitivo bajo el capitalismo dependiente. Segundo, la conexión negativa. Al alcanzar ese punto, y para mantenerse dentro de él, preservando su capacidad relativa de iniciativa, el poder burgués busca impedir que el flujo del cambio, a partir de presiones internas o/y externas, desborde aquel orden social, provocando el desplazamiento del poder real o para las clases oprimidas o para afuera. Esto quiere decir que, al lado de los requisitos políticos del desarrollo capitalista dependiente, se debe considerar atentamente la esfera en la cual el poder burgués se realiza plenamente bajo el capitalismo dependiente, como un poder político de clase que se impone tanto "de arriba para abajo" como "de adentro para afuera".

Se le ha dado poca atención a esa esfera del poder burgués, inclusive en la literatura socialista concerniente a la sociedad de clases dependiente y subdesarrollada. La razón evidente de esa negligencia viene del menosprecio con que es encarada esa "burguesía impotente", o "frustrada", con frecuencia vista como una burguesía de "segundo orden" o, inclusive, como "lumpen-burguesía".[15] Según pienso, constituye un error subestimar políticamente a esa burguesía, que logró mantener y fortalecer el poder burgués en condiciones tan adversas, aunque lo haya hecho a través de artificios crueles y mezquinos. La burguesía no posee una estructura heroica. ¿Pero cuál es la diferencia si la comparamos con las "burguesías conquistadoras" de las sociedades capitalistas hegemónicas e imperiales? Solo recorren el mismo camino en sentido inverso, y su mérito no estaría en grandes objetivos históricos; sino en compatibilizar desarrollo capitalista, dependencia y subdesarrollo de tal modo que inclusive el proletariado más explotado y las clases destituidas más excluidas o marginalizadas se identifiquen, de alguna manera, con la *condición burguesa*. Los que buscan

15 Es así como A. Gunder Frank califica a la burguesía de las sociedades capitalistas dependientes y subdesarrolladas (1971).

una alternativa revolucionaria para el capitalismo dependiente y el subdesarrollo no pueden ignorar tales hechos, si quieren, de verdad, luchar con éxito por la reconstrucción socialista del hombre, de la economía y de la sociedad en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, R. N. 1967 *The Second Sowing. Power and secondary development in Latin America* (San Francisco: Chandler Publishing).

Bendix, R. 1969 *Nation building and citizenship* (Nueva York: Anchor Book).

Bianchi, A. *et al*. 1969 *América Latina: ensayos de interpretación económica* (Santiago: Universitaire).

Brandão Lopes, J. R. 1967 *Crise do Brasil arcaico* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Bresser Pereira, L. C. 1968 *Desenvolvimento e crise no Brasil entre 1930 e 1967* (Río de Janeiro: Zahar).

Buarque de Holanda, S. 1941 *Memórias de um colono no Brasil (1850)* (São Paulo: Livraria Martins).

Cardoso, F. H. 1969b *Mudanças sociais na América Latina* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Cardoso, F. H. 1971 *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes* (Río de Janeiro: Zahar).

Cardoso, F. H. 1972 *O modelo político brasileiro* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Cardoso, F. H.; Faletto, E. 1969a *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México: Siglo XXI).

Cecenã, J. L. 1970 *México en la órbita imperial* (México: El Casallito).

Córdova, A. 1970 *América Latina: ¿integración económica para el desarrollo o subdesarrollo integrado?* (Rheda: Universidad de Rheda).

de Souza Martins, J. 1973 *Conde Matarazzo: o empresário e a empresa* (São Paulo: Hucitec) segunda edición.

Dean, W. 1971 *A industrialização de São Paulo* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro) traducción O. M. Cajado.

Delgado, C. 1974 *A revolução peruana* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira) traducción M. Urbano Rodrigues.

Dias, E. 1962 *História das lutas sociais no Brasil* (São Paulo: Edaglit).

dos Santos, T. 1968 *El nuevo carácter de la dependencia* (Santiago: CESO).

dos Santos, T. 1970 *Dependencia y cambio social* (Santiago: CESO).

Duarte, J. C. 1971 *Aspectos da distribuição da renda no Brasil em 1970* (Piracicaba: mimeo).

Fausto, B. 1972 *Pequenos ensaios de história da República, 1889-1945* (São Paulo: Cebrap).

Fernandes, F. (org.) 1972 *Comunidade e sociedade no Brasil* (São Paulo: Companhia Nacional; Universidad de São Paulo).

Fernandes, F. 1963 *A sociologia numa era de revolução social* (São Paulo: Companhia Nacional).

Fernandes, F. 1968 "A dinâmica da mudança sociocultural no Brasil" en *Sociedade de classes e subdesenvolvimento* (Río de Janeiro: Zahar).

Fernandes, F. 1969-1970 "The meaning of military dictatorship in present day Latin America" en *The Latin American in Residence Lectures* (Toronto: Universidad de Toronto).

Fernandes, F. 1972 "O negro em São Paulo" en *O negro no mundo dos brancos* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Fernandes, F. 1973 "Revolução burguesa e capitalismo dependente" en *Debate e Crítica* (Saõ Paulo) Nº 1, julio-diciembre.

Fernandes, F. 1973 *Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina* (Río de Janeiro: Zahar).

Furtado, C. 1972 *Análise do "modelo" brasileiro* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

García, A. 1969 *La estructura del atraso en América Latina* (Buenos Aires: Pleamar).

Gonzáles Casanova, P. 1969 *Sociología de la explotación* (México: Siglo XXI).

Guedes Pinto, L. C. 1972 *Contribuição ao estudo da distribuição de renda no Brasil* (Piracicaba: Escola Superior de Agricultura "Luiz de Queiroz").

Gunder Frank, A. 1969a *Capitalism and underdevelopment in Latin America* (Nueva York; Londres: Modern Reader) segunda edición.

Gunder Frank, A. 1969b *Latin America: Underdevelopment or Revolution* (Nueva York; Londres: Modern Reader).

Gunder Frank, A. 1971 *Lumpen-Burguesia* (Porto: Portucalense).

Hoffmann, R. 1971 *Contribuição à análise da distribuição de renda e da posse da terra no Brasil* (Piracicaba: Escola Superior de Agricultura "Luiz de Queiroz").

Hoffmann, R. 1971 *Tendências da distribuição da renda no Brasil e suas relações com o desenvolvimento econômico* (Piracicaba: Escola Superior de Agricultura "Luiz de Queiroz").

Hoffmann, R.; Duarte, J. C. 1972 "A distribuição da renda no Brasil" en *Revista de Administração de Empresas* (Río de Janeiro) Nº 12(2), abril/junio.

Ianni, O. 1968 *O colapso do populismo no Brasil* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Ianni, O. 1970 *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina* (México: Siglo XXI) traducción C. Colombani y J. T. Cintra.

Ianni, O. 1972 *Estado e planejamento econômico no Brasil (1930 e 1970)* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Jaguaribe, H. 1969 *Desenvolvimento econômico e desenvolvimento político* (Río de Janeiro: Paz e Terra) segunda edición.

Langoni, C. G. 1972 "Renda melhora com transição do desenvolvimento" en *O Estado de S. Paulo* (Brasil) 28 de noviembre.

Langoni, C. G. 1973 *Distribuição da renda e desenvolvimento econômico do Brasil* (Río de Janeiro: Expressão e Cultura).

Lloyd Warner, W.; Srole, L. 1969 *The social systems of american ethnic groups* (New Haven: Yale University Press).

Marini, R. M. 1972 *Sous-Developpement et revolution en Amérique Latine*, Paras, François Maspero, 1972;

Martins Rodrigues, L. 1966 *Conflito industrial e sindicalismo no Brasil* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Mendes, C. 1966 "Sistema político e modelos de poder no Brasil" en *Dados* (Río de Janeiro) Nº 1.

Moore Jr., B. 1970 *Social origins of dictatorship and democracy* (Boston: Beacom Press).

Mota, C. G. (org.) 1968 *Brasil em perspectiva* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Pereira, L. 1970 *Ensaios de sociologia do desenvolvimento* (São Paulo: Livraria Pioneira).

Pereira, L. 1971 *Estudos sobre o Brasil contemporâneo* (São Paulo: Livraria Pioneira).

Poulantzas, N. 1969 *Poder político y clases sociales en el estado capitalista* (México: Siglo XXI) traducción F. M. Torner.

Poulantzas, N. 1972 *Fascismo e ditadura*: *a III Internacional face ao fascismo* (Porto: Portucalense) traducción J. G. P. Quintela y M. Fernanda S. Granado.

Ribeiro, D. 1971 *El dilema de América Latina. Estructuras de poder e fuerzas insurgentes* (México: Siglo XXI).

Rodrigues, J. A. 1966 *Sindicato e desenvolvimento no Brasil* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Serra, J. 1973 "A reconcentração da renda" en *Estudos Cebrap* (São Paulo: Cebrap) Nº 5, julio-agosto-septiembre.

Simão, A. 1966 *Sindicato e estado* (São Paulo: Dominus; Universidad de São Paulo).

Simonsen, M. H. 1972 "Renda cresce irregular e população também" en *O Estado de S. Paulo* (Brasil) 30 de junio.

Singer, P. 1973 "Desenvolvimento e repartição da renda no Brasil" en *Debate e Crítica* (Brasil) Nº 1, julio-diciembre.

Sunkel, O. 1967 "Política Nacional de Desarrollo y Dependencia Externa" en *Ciclo de Conferencias Inaugurales en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile* (Santiago).

Tavares, M. C.; Serra, J. 1971 *Mas allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo del desarrollo reciente de Brasil* (Santiago: Escuela Latinoamericana de Sociología).

Weffort, 1968a *Participação e conflito industrial* (São Paulo: Cebrap).

Weffort, F. C. 1968b *Classes populares e política (Contribuição ao Estudo do "Populismo")* (São Paulo: Universidad de São Paulo).

Weffort, F. C. 1972 *Sindicato e política* (São Paulo: Universidad de São Paulo).

EL RECÔNCAVO COMO ESTRUCTURA SOCIAL EN TRANSFORMACIÓN*

Luiz de Aguiar Costa Pinto

Algunos años atrás, se publicó en el suplemento dominical de un diario de Río de Janeiro un artículo sobre la situación económica de Bahía; artículo cuyo título y cuya tesis nos viene a la memoria en el momento en el que, descripto el cuadro y acumulado el material informativo sobre el Recôncavo (Región del Estado de Salvador Bahía, Brasil), intentamos comprenderlo como un conjunto de relaciones sociales en cambio.

La autoría del mentado trabajo, aunque respetable, no tiene para nuestros presentes objetivos ninguna relevancia. Al contrario, indicarla aquí al comienzo podría dar la impresión de fines polémicos por nuestra parte, lo cual realmente está lejos de nuestros verdaderos propósitos. Sí son significativos para nosotros, el título y la tesis que este desarrolla, ya que expresan, en cierto sentido, un modo característico, una forma frecuente de pensar e interpretar el problema clave que aquí ensayamos resolver.

El título del artículo es el siguiente: "Un plan y un millón de europeos"; y la tesis que plantea puede ser resumida de la siguiente

---

* Extraído de *Recôncavo: Laboratorio de una Experiencia Humana* 1958 (Río de Janeiro: Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais) pp. 99-136. Traducción al español: Eugenia Alzueta.

manera. Bahía necesita, para resolver su crisis económica, dos cosas: a) un plan, que sirva de hoja de ruta a su política de desarrollo; y b) un millón de europeos que puedan ejecutar ese plan a partir de la inyección sólida, en el mercado del trabajo, de mano de obra nueva y renovadora, de calidad y en calificación superior a la mano de obra local.

Un plan —y un millón de europeos o, para los que quieran ser estadísticamente más precisos— un plan —y 4.834.575 inmigrantes—, que suena de este modo a nuestros oídos como una especie de eslogan capaz de sintetizar en una locución toda una ideología que, en el Recôncavo, en Bahía, en Brasil, como también en muchos otros rincones de la tierra, surge y se corporiza en el propio proceso de desarrollo económico como forma concreta de reaccionar ante este, y como esquema conceptual para interpretarlo. De hecho, allí se resume, un poco más, un poco menos, la fórmula terapéutica propuesta, todo un diagnostico que, no por ser subyacente deja de definirse por su orientación. Visto el problema desde las perspectivas de sus implicaciones más profundas, aquel eslogan lo que contiene, en última instancia, haya sido o no esa la intención, es la elección por una alternativa, o posición, en una antigua polémica sociológica, que los hechos volvieron dramáticamente viva y actual en nuestros tiempos y que, en su lado extremo y simplificado, Manoni sugiere que podría ser propuesta en los siguientes términos: "de lo que se trata es de responder, afirmativa o negativamente, si los '*non civilisés*' son o no '*civilisables*'" (Manoni, 1950: 11).

Hoy, más que la sociología académica, es la vida social misma la que está encontrando una respuesta a esa pregunta, a saber si el hombre de una sociedad preindustrial es capaz de crear un estilo de vida económica y de estructura social superior a aquella en la que siempre vivió. La verdad es, mientras tanto, que el hecho de que la ciencia afirme y demuestre que la capacidad para transformarse, en la medida en que transforma el medio que lo rodea, es uno de los atributos fundamentales del Homo Sapiens, y la evidencia de que sucede en toda la extensión del viejo mundo colonial, en el que una nueva humanidad, *en brulant les étapes,* emerge casi directamente del nivel más rústico a la civilización industrial. La verdad es que, decíamos, esto no solo es suficiente para impedir que los esquemas ideológicos estabilizadores se reconstituyan y desempeñen su función de defensa y resistencia, toda vez y en cualquier parte donde un padrón tradicional de estructura económica y social, en su desarrollo normal, coloca por delante problemas de ese orden y envergadura que no es capaz de resolver sin transformarse.

Resulta de esto una cadena compleja de círculos viciosos intrincadamente entrelazados, que están en los planos de los hechos y de los intereses, así como repercuten en el plano de las ideas y de los valores,

que pueden desorientar muchas veces el esfuerzo por separar lo accesorio de lo fundamental, así como confundir al máximo la secuencia formalmente lógica que a muchos gustaría encontrar en la sucesión de causas y efectos. El análisis sociológico de las situaciones de cambio está superando, mientras tanto, y cada vez más, las limitaciones del lógico-formalismo ortodoxo, integrando a su campo de supino interés el estudio de las asimetrías, los asincronismos, los puntos de ruptura y los "momentos de significación" generadores de las contradicciones y los círculos viciosos particularmente característicos de esas estructuras sociales que se observan cuando —como ya fue dicho en otra parte— "los padrones tradicionales todavía subsisten pero ya no son predominantes, y los nuevos padrones, aunque presentes, todavía no prevalecen" (Costa Pinto, 1957). Para analizar y entender la ambivalencia o marginalidad estructural que de esto resulta, Gunnar Myrdal propone y aplica, recomienda y justifica, al pie de la letra, la expresión propia y la noción de círculo vicioso, integrándolas de este modo al esquema conceptual de la sociología contemporánea, usándolas como instrumento de investigación y de interpretación de las estructuras en proceso de transformación (Myrdal, 1956).[1]

Es en este vasto campo, complejo y absolutamente actual del análisis sociológico del proceso y de las implicaciones del desarrollo económico, que queremos situar el estudio preliminar, intentado seguir las mudanzas estructurales que están en curso en la sociedad regional del Recôncavo de la Bahía de Todos los Santos —y al hacerlo no tenemos declaradamente ninguna intención de tratar exhaustivamente el asunto—. Nuestro interés es, la verdad, principalmente destacar algunos aspectos que juzgamos más significativos en la configuración que tales problemas, resultados de un cambio estructural, están allí asumiendo, sobre todo aquellos que nos parecieran, por así decirlo, menos epidérmicos, más profundos y comunes a las diversas variaciones y adecuaciones locales de la vida regional, que ya fueron descriptas. Al ser más profundos y comunes, y ciertamente por eso mismo, los aspectos fundamentales que fueron los que más directamente nos interesaron, solo pueden ser analizados en el plano de la estructura social que, no como suma de "rasgos" sino como síntesis dinámica, resulta de la interrelación de las diferentes configuraciones parciales que la integran; y solo pueden comprenderse, por otro lado, desde la perspectiva histórica de las situaciones sociales en proceso de cambio, que es aquí, en este caso, el único abordaje metodológico compatible con el objetivo permanente de cualquier estudio crítico y científico de

1 Tendencias actuales de las relaciones económicas internacionales en el mundo no-soviético.

la cotidianidad concreta. Colocar los problemas analizados en el plano estructural y en la perspectiva del cambio social entendido como proceso histórico – metodológicamente significa, por otro lado, el expreso rechazo al *divertissement* culturalista como esquema conceptual o como proceso de abordaje de una realidad viva y contemporánea a nosotros, cuyo estudio es demasiado complejo y difícil para contentarse y contenerse dentro de los límites excesivamente estrechos y científicamente estériles que caracterizaron a las confusas, verborreas e interminables peticiones de principio en las que el culturalismo, a fin de cuentas, se resumió.

Ubicado en el plano estructural y observado desde una perspectiva histórica, el problema de las transformaciones sociales ocurridas en el Recôncavo se presenta, antes que nada, como manifestación o aspecto regional de un fenómeno que simultáneamente se está procesando, en grados diferentes, en el esqueleto mayor de la sociedad nacional e igualmente dentro de los límites todavía más vastos del tiempo y del mundo en el que vivimos, y que hoy presenta, como uno de sus problemas más característicos, el declive del sistema colonial y la integración de áreas y poblaciones en aumento, liberadas por el esfacelamiento del freno colonialista, en la estructura y en el ritmo de la economía y tecnología industriales. Puestas de este modo en contraste con las dimensiones que el mismo problema cobra en las estructuras mayores —nacional e internacional— es un hecho que las actuales transformaciones que están ocurriendo en el Recôncavo o que pueden entreverse, se nos muestran, en este cotejo, como casi microscópicas en su amplitud, y relativamente recientes en su duración. Será posible, si la observación se restringiera a las medidas de superficie, clasificara como inexpresivo o irrelevante, aún embrionario e indefinido, el impacto viene causando en el Recôncavo el desarrollo económico y tecnológico en el esqueleto de la estructura social y en la trama de sus relaciones humanas —proceso que, sin la menor duda, tiene todavía por delante sus fases más agudas—.

No es este, mientras tanto, el único, ni el mejor enfoque, ni el criterio de observación y de contraste de significancia más correcto respecto de lo que está ocurriendo allí. El único criterio posible a ser adoptado en esta evaluación de la importancia relativa con la que se reviste, en su envergadura y en sus consecuencias, el proceso de desarrollo económico que transcurre en el Recôncavo, es analizar y comprender el significado que tienen estas transformaciones para el hombre que vive allí, y en qué medida estas transformaciones estructurales engendran e imponen transformaciones consecuentes con su nivel y tipo de vida. En el marco de las posiciones y de las relaciones sociales que establecen entre sí, en el conjunto de obligaciones recíprocas y normas que los

mantienen en una vida asociativa, en el sistema de instituciones que los enmarca en una vida socialmente organizada y les da la noción de pertenecer a un todo que los trasciende como individuos, en los sistemas de valores y valoraciones, pautas de conducta y alternativas para la elección que regulan su comportamiento, sus actitudes, sus role, y que definen sus perspectivas, modelan sus necesidades y sus formas de satisfacerlas, establecen constantes y definen variables, dan sentido a lo cotidiano y le imponen un ritmo y una dirección.

Sea cual sea la importancia relativa que, en comparación a lo que está sucediendo en otras partes, acaso pueda tener la transformación social que se desarrolla en el Recôncavo —esto, en verdad, no altera en nada la significación profunda que esta realmente tiene para los individuos y grupos de individuos involucrados, para quienes la esfera local o regional donde nacieron y viven no es una parte o fracción del mundo— es el mundo, o su mundo. Y es en esta perspectiva que el problema tiene que ser situado, precisamente porque solo una vez que comprendamos lo que lo que existe de específicamente regional en este proceso, estaremos capacitados para entender lo que en hay en él de humano y universal.

Según nosotros lo entendemos, el cotidiano concreto del hombre del Recôncavo está hoy profundamente marcado por la presencia y la importancia de dos procesos básicos que allí se desarrollan: a) las condiciones contractuales de las relaciones de trabajo, cada vez más impuestas por la industrialización y por el declive del patriarcalismo característico del patrón tradicional; y b)la secularización de la vida social provocada, —y al mismo tiempo, manifiesta de distintas maneras en todos los sectores de la convivencia social— por la emergencia de nuevas capas sociales, el declive de los valores tradicionales, el crecimiento metropolitano de la capital regional, en resumen, por los cambios estructurales que están configurando en el Recôncavo un nuevo patrón y un nuevo estilo de estructura y relaciones sociales.

Esos dos procesos son estrechamente interdependientes, afluyen de fuentes históricas que básicamente son las mismas y se desdoblan en muchos otros aspectos que, realmente, son imposibles de separar. Aquí están destacados con intención de guiar y concentrar el análisis en el sentido que nos parece fundamental, no funcionan, sin embargo, en la realidad objetiva como variables independientes, ya que en realidad no representan más que modos diversos de encarar un fenómeno único —que es el cambio social históricamente en proceso—.

Nuestra preocupación aquí, por otro lado, es ver ese proceso histórico de cambio social no solo como un concepto abstracto y distante, sino como algo real y concreto, drama cotidianamente encarnado por personajes vivos cuyos perfiles adquieren grandeza del hecho de

no tener todavía consciencia de que, con sus simples vidas, están escribiendo capítulos de historia.

Esa historia consiste, como ya fue indicado, en la lenta transición que hoy se acelera cada vez más, de un patrón tradicional de estructura económica y de relaciones sociales —hacia un nuevo padrón que emerge del interior del primero, generado por factores de transformación que se acumulan allí—. En todos los planos de la vida social, esa transición, después de iniciada y antes de completada, resulta, durante una fase relativamente larga, en la coexistencia de dos patrones, en la ambivalencia y polarización de las alternativas, en la presencia y actuación simultánea de dos focos divergentes de influencias modeladoras de la vida cotidiana, los cuales, si con frecuencia tienen la suficiente fuerza como para anularse recíprocamente, ya no la tienen, o aún, en grado suficiente como para uno dominar al otro, imprimiéndole a la vida su sello y su marca incontestable. De esto resulta una indefinición y una discontinuidad en la trama de la vida social, no por la ausencia de alternativas sino por la dualidad y el carácter mutuamente exclusivo que, con frecuencia, presentan dramáticamente y manifiestan de distintas formas y en diferentes planos. Esta ambivalencia latente y profunda sea lo que tal vez esté en el fondo de la suave ironía con la que los mismos bahianos se refieren a Bahía, al decir que es la "tierra del ya tuvo y del tendrá", pretérito y futuro, uno suficientemente crepuscular, otro aun madrugando, ambos con la fuerza suficiente para señalar su presencia, y sin la necesaria, para ejercer una acción decisiva moldeadora del presente concretamente vivido.

Esta marginalidad estructural —que si pasara de estadio a estado pasará también de "normal" a "patológica"— repercute en diferentes esferas de relaciones sociales en el Recôncavo y puede observarse, no rara sino flagrantemente, en los pliegues del comportamiento y de la personalidad de ese tipo ideal que llamamos Homo Bahiensis, en cuya configuración socio-psicológica se suceden, se alternan y confunden el equilibrio y la inquietud, la tradición y la innovación, el apego obstinado a la tierra y la prácticamente evasión migratoria hacia otros "pagos", la simetría casi uniforme de algunos rasgos y los contraste violentos que pueden observarse en otros, como ya diagnosticaba hace mucho tiempo un estudioso.[2]

Hoy, por motivos fáciles de entender, es en el plano de las relaciones laborales entre las diferentes capas participantes de la organización social de la producción donde se refleja y manifiesta, de modo más visible, inmediato y agudo, esa marginalidad estructural de la economía y de la sociedad en el Recôncavo. Y, en realidad, no podría

2 Se trata de J. B. Sá Oliveira.

ser de otra forma ya que, en la práctica, e inevitablemente, es a partir de la fuerza de trabajo del hombre rústico del Recôncavo, y bajo el comando y orientación de los objetivos, intereses y valores de sus elites dirigentes, que se desarrolla allí la transformación de la estructura económica y social que repercute en todos los sectores, incluso y tal vez sobre todo, en las relaciones que esas mismas capas sociales mantienen entre sí; en los conflictos, o disposiciones, a la que se ven conducidas por la diversidad o similitud de las posiciones que ocupan y de los intereses que defienden; en las actitudes que cultivan y en los juicios con los que recíprocamente se evalúan en el trato diuturno; en los criterios y en las expectativas que se forman y transforman como resultantes de la interdependencia en la que se encuentran en el sistema regional.

En el plano de las relaciones de trabajo y encarando la cuestión desde el mismo enfoque desde el que la conceptualizan las capas dirigentes locales, el problema —y las tensiones que de este resultan— parecen sobre todo traslucir bajo la forma de un profundo pesimismo respecto de la posibilidad de promover y realizar el desarrollo económico, tecnológico e industrial de la región y del Estado, basándose en la fuerza de trabajo, en la cualidades y calificaciones del trabajador del Recôncavo, hombre históricamente formado por una —y para una— economía preindustrial.

En esta apreciación pesimista que hacen del trabajador del Recôncavo, en tanto trabajador y factor fundamental de la producción, olvidamos por completo que él es, como parte integrante del sistema económico tradicional, un producto históricamente engendrado por aquel mismo sistema que, para funcionar, nunca solicitó, formó o desarrolló en el Recôncavo otro tipo de mano de obra, superior a aquel del que carecía, y con el cual se satisfizo plenamente y funcionó durante siglos.

En realidad, la economía del Recôncavo tiene hoy el tipo y la categoría de trabajador y de mano de obra que esta formó en su funcionamiento histórico, como producto auténtico de su estadio tecnológico, su estructura social y su mentalidad peculiar. Lo que no formó, ni podría seguramente haberlo hecho el padrón anterior es un tipo y una categoría de trabajador y de mano de obra con cualidades y calificaciones que el sistema tradicional, por su propia naturaleza, jamás exigió ni produjo.

El sistema económico tradicional en el Recôncavo se fundaba en la explotación extensiva e intensiva de la tierra y del hombre, a los que el *ethos* dominante permitía y hasta imponía, sacar el máximo y dar el mínimo, ya que en estos saldos consistían esencialmente los beneficios de la explotación buscados por los que la comandaban. En cuanto

aquella estructura económica floreció, formó y empleó una mano de obra que, en realidad, no era ni mejor, ni peor que la misma. Para desempeñar el papel y la función que le estaba reservada en aquel patrón tradicional económico y social, nadie jamás dudó de que el rústico del Recôncavo no fuera el tipo ideal: dócil y servil, obediente y resistente, dispuesto e incansable. Si no hubiera tenido este las características que el sistema económico y social exigía de él y en él desarrollaba, el Recôncavo no habría sido una de las matrices de Brasil, su capital en la era colonial, provincia líder durante el Imperio, célula mater de la sociedad brasileña, tierra de leyendas donde aún hoy se va para reencontrar los más auténticos orígenes de este país. En este sentido, la actitud negativa, y los juicios pesimistas de ciertas capas dirigentes locales sobre el trabajador del Recôncavo podrán ser considerados con pertinencia como un juicio autocrítico, ya que significa el reconocimiento de que el sistema tradicional no solicitó ni desarrolló, o calificó otro tipo de mano de obra más allá de aquella necesaria para su estilo predatorio y parasitario. Solo podría sorprender, de hecho, encontrar hoy en el rústico del Recôncavo algo distinto a las formas económicas y sociales que lo modelaran. Ese trabajador ideal de cuya existencia hoy se quejan, se habrá formado en el proceso de desarrollo económico: él es, también, uno de los objetivos, y de los más importantes, a los que se pretende llegar con el desarrollo.

Basada tradicionalmente en la fuerza de trabajo esclavo, todavía vigente hasta hace poco más de sesenta años, la estructura económica tradicional del Recôncavo solo ahora, al transformarse y dirigirse por nuevos caminos, empieza a exigir un elemento humano diferente a aquel cuyo comportamiento ergológico, nivel de calificación, cuyas características profesionales, cuya mentalidad y perfil psicológico eran considerados no solo los mejores, sino también los únicos compatibles con la estructura y el espíritu del sistema económico antes existente. Esto significa, en otras palabras, que toda crítica que se haga al esclavo de 1850, al ex esclavo del 1900 y al trabajador libre de la década del cincuenta, es una crítica al sistema total de relaciones económicas y sociales dentro del cual nació y se formó, como uno de sus productos, esta mano de obra cuyas cualidades y defectos, actitudes y aspiraciones, limitaciones y calificaciones reproducen el inevitable perfil que le imprimió el sistema del que era parte integrante y esencial.

En las formas tradicionalmente predominantes económicas y sociales en el Recôncavo, cuyas persistencias aún vivas en todos los planos es precisamente lo que se pretende remover y transformar a través de planes de modernización y políticas de desarrollo, las principales exigencias hechas al trabajador eran fuerza física y obediencia:

ser "hombre dispuesto" y "hombre fiel" siempre fueron, dentro y de acuerdo al patrón tradicional, las expectativas principales en relación al trabajador que tenían los que empleaban su brazo; recíprocamente, la ausencia de estos atributos deseados y deseables se consideraba el mayor inconveniente —la débil fuerza física siempre interpretada como "pereza" u "holgazanería", y la falta de obediencia siempre vista como "infidelidad" o "ingratitud"—. Demás está decir que estos valores y expectativas no eran un mero error en la visión e interpretación. En un sistema basado fundamentalmente en relaciones personales y no contractuales, caracterizado por una tecnología atrasada, estas cualidades del trabajador como persona física y moral, no extraña, tenían efectivamente una significancia mucho mayor que sus cualidades como elemento de la producción en sentido estricto, ya que en las condiciones de estructura, técnica y mentalidad económica del patrón tradicional, la ética personal y doméstica estaba mucho más cerca de la ética profesional y económica que en las condiciones del patrón ulterior, hoy en plena expansión.

En el patrón tradicional, la especialización y la calificación técnica jamás sobrepasó —si alguna vez alcanzó— el nivel artesanal, ya que el funcionamiento del sistema económico no necesitaba otra cosa para desarrollar su rutina. El estado larvario de la técnica, lo primario de las operaciones de trabajo, la ínfima intelectualización exigida para la ejecución de las tareas, la extrema simplicidad de la división del trabajo y el bajo grado de especialización de funciones, así como el paternalismo de las relaciones entre trabajador y patrón configuraron tradicionalmente en el Recôncavo un paradigma económico y social preindustrial, fuertemente marcada por el espíritu e interés comercial que fue siempre uno de sus rasgos dominante y que se confunde con los propios fundamentos de la conquista, ocupación y colonización de su litoral.

Los móviles y estímulos mercantiles motivaron fuertemente la expansión marítima y, luego, la obra colonizadora que tuvo allí uno de sus principales focos de irradiación. Por eso mismo la actividad y la mentalidad mercantil, y todo el sistema de valores relacionado con ella, siempre presentaron uno de los ingredientes más definidos que, históricamente difundidos, caracterizaron la psicología social de la gente del Recôncavo. Como ya dijimos, su capital, Salvador, nació sobre todo como un puerto comercial y esa siempre fue su principal función, naturalmente condicionada por su situación geográfica. Comercio, por definición, es la actividad que consiste en hacer circular un bien producido por otro —y fue el comercio, el mercado, el objetivo central de la colonización del Recôncavo y de su explotación económica. No sorprende, por lo tanto, que el comercio— como ocupación

y como posición —haya siempre sido allí aspiración y camino a mejorar, progresar, ascender—.

Por otro lado, como el comercio, por definición, presupone a otro que produce, muchas veces aquella aspiración en la práctica implica otra, con la cual se confunde, que es la de ganar más trabajando menos. Vilhena, en más de un pasaje de sus famosas cartas, menciona las implicaciones sociales de ese hecho y de esa mentalidad, la intermitencia de esa actividad que permanecía por mucho tiempo al compás de la llegada de navíos del reino al puerto, la multiplicación de las horas de ocio y el aumento de las necesidades básicas, de aquellas que Veblen consideraba características del consumo conspicuo, consumo por encima del mínimo y del medio, de bienes y de personas bajo la forma de multitudes abundantes de esclavos, del cual resulta para el consumidor privilegiado y perdulario en estatus elevado, posición prestigiosa, hábitos corteses, trato refinado, costumbres aristocráticas.

Como se ve, ese otro que produce lo que la actividad comercial hace circular, es una pieza fundamental del sistema, sin la cual este no se explica, no se justifica ni funciona. En este caso, el otro, a quien le incumbe crear y producir algo de lo cual todos viven – ayer fue el esclavo y hoy es el rústico del Recôncavo cuya organización económica y social viene consistiendo a fin de cuentas en la sucesión y adaptación de fórmulas históricamente encontradas para promover y dirigir la labor productiva de los otros.

Bajo esta luz, se entiende el reiterado énfasis con el que Wilbert Moore, profesor en Princeton, llama la atención sobre la importancia de lo que él llama *"the social function of ignorance" y de lo que denomina "the lack of knowledge of alternatives"* (Moore, 1951: 15; Moore & Tumin, 1949: 787-795), como términos de la ecuación que resultaba, en los patrones clásicos de la economía preindustrial, no solo en el funcionamiento de todo sistema, sino sobre todo en su solemne estabilidad. De hecho, como el estado atrasado de la técnica dispensaba de cualquier intelectualización en la ejecución de las tareas productivas y de las operaciones de trabajo, la instrucción popular no se mostraba como un valor, mucho menos como valor positivo, ya que no desempeñaba ningún papel funcional en el proceso y manutención de los patrones económicos entonces vigentes; valor positivo y papel funcional que la instrucción solo comienza lentamente a representar cuando se desarrolla la tecnología, especialmente la industrial.

Ese proceso, en el Recôncavo, es muy reciente y los primeros efectos de su desarrollo nos son contemporáneos. Por eso mismo, en 1950, en una población total mayor a 5 años de edad, de 786.207 habitantes de ambos sexos, más de la mitad, o sea, 418.326 no sabían leer

o escribir. Esta cifra corresponde, en el plano cultural, a las mismas situaciones básicas que se traslucen en otras cifras, como estas, por ejemplo: a la misma fecha en todo el Recôncavo, inclusive Salvador, existían en los establecimientos agrícolas, 47 tractores, 61 camiones y 1717 carretas de buey.

En lo que se refiere a calificación de la mano de obra, el surgimiento de la industria del petróleo en el Recôncavo ocasionó grandes contrastes que también se reflejaban en la escala de salarios, y que permitían cotejar, por ejemplo, el equipo mínimo del que carece una refinería moderna para poder funcionar, y el más numeroso del cual se sirve una usina, no por ser mayor como establecimiento, sino por estar más atrasada en cuanto a la tecnología y la organización de la empresa. En relación al salario, los pagos de la industria petrolífera en la época en que se recogieron nuestros datos, representaban el doble de lo normal en la región para salarios industriales y aún más que el doble en relación a los salarios agrícolas.

Como es obvio, esto resultó en algunos problemas para los establecimientos más antiguos, especialmente las fábricas de azúcar que sufrieron los efectos de la coexistencia de escalas de salarios tan desiguales. Las declaraciones que recogimos de señores del ingenio e ingenieros petroleros sobre este asunto jamás coincidieron, y las distintas reacciones reflejan, por otro lado, de modo expresivo, discrepancias que son mucho más que solo informativas. De este modo, mientras un dueño de ingenio alegaba la succión de mano de obra por parte de la industria petrolífera como consecuencia del pago más elevado de salarios, un ingeniero jefe lo negó perentoriamente y afirmó que la mano de obra empleada en las fábricas era por regla de un nivel tan bajo de calificación que las posibilidades de que esta pueda ser aprovechada en la industria del petróleo eran mínimas, y que esta se vio obligada a importar operarios más calificados de otras partes del país. La utilización de mano de obra local, según la misma declaración, a no ser para servicios no calificados, solo habría sido posible en el sector de la construcción civil, al momento de la edificación de la refinería y de otras obras, pero no para ocupaciones directamente ligadas a la industria petrolífera, ya que para eso no había personal con las calificaciones exigidas. Además, se estableció entre el CNP y los dueños de ingenios una especie de "*gentlemen agreement*" por el cual el primero se comprometió a no aceptar candidaturas de empleo que vinieran de las fábricas. Esta composición producía, en la práctica, una verdadera "lista negra" que, si por un lado eliminaba factores de fricción entre los dueños de ingenios y los ingenieros petroleros, también representaba por otro lado, una barrera erguida frente a las aspiraciones de mejora de los trabajadores.

Este problema, a su vez, solo agravaba una situación típica y antigua del Recôncavo: el personal de las fábricas de azúcar que ocupaba las posiciones de maestre, contramaestre, capataces, etc., presentaban un alto grado de estabilidad en el empleo; eran operarios calificados, con muchos años en la casa, preparados por los técnicos extranjeros que montaron las fábricas y a los que sustituyeron en las funciones de maestría. En esta categoría no era difícil encontrar en las fábricas operarios con 20, 25 y 30 años en un establecimiento, ejerciendo la misma función. Ese índice elevado de estabilidad se constituye en un problema, especialmente para los trabajadores de las nuevas generaciones, cuyas posibilidades de ascenso y carrera permanecían muy limitadas. Esto produjo en el Recôncavo, en la economía azucarera, sobre todo, como consecuencia de la gran estabilidad de los operarios más antiguos, la migración de los más nuevos hacia otras industrias y otras regiones. De este modo, el mínimo *"turnover"* de los antiguos se convierte en factor de migración de los nuevos.

La reacción de los propietarios frente a la situación es contradictoria, y resulta de diferentes coordenadas, algunas mutuamente excluyentes. El principal dilema que al que se enfrenta es la elección entre la fidelidad y la pasividad de los antiguos, y la inquietud que con frecuencia acompaña la eficiencia de los más nuevos. Al principio, los dueños de los ingenios preferían a los operarios antiguos, incluso conociéndolos más rutinarios y menos eficientes, porque a lo que más temían era precisamente a las características del nuevo tipo de trabajador industrial que estaba surgiendo: mayor eficiencia y productividad pero, en compensación, más consciencia de clase, más espíritu asociativo y sindical, mentalidad reivindicativa, legislación laboral en ristre, menos servilismo, fidelidad personal y obediencia. Pero recientemente, no solo a causa del natural y lento desaparecimiento de los operarios más antiguos, por muerte o jubilación, sino sobre todo por los cambios ocurridos en la misma estructura de las empresas, en sentido de racionalización y secularización de las relaciones de trabajo, y también, en la propia mentalidad de la patronal, que ya no puede mirar objetivamente al operario de tipo nuevo como una excrecencia.

Mientras que los criterios tradicionales de selección profesional preferían —según un testimonio textual tomado a un gerente de fábrica— "a los más ignorantes por ser más sosegados" y veían, por ejemplo, como el establecimiento de una escuela industrial en la zona azucarera como un inconveniente, ya que solo serviría para formar mano de obra que al no encontrar allí ocupación del nivel de su calificación, tendería a migrar hacia fuera de la región o del Estado, creando así para el futuro un problema de falta de brazos (otro testimonio textual tomado en entrevista) —los criterios selectivos que hoy tienden a

predominar son cada vez más del tipo contractual, cada vez menos del tipo personal, y abordan al nuevo trabajador industrial del Recôncavo como, por lo menos, un mal necesario, o incluso lo prefieren, por la mayor ambición, eficiencia y calificación, a pesar de su mayor inquietud y de sus reivindicaciones, en lugar del trabajador antiguo que no era solo un operario de la fábrica, sino también, un compadre y un protegido—.

A pesar de estos cambios que generan no pocas tensiones y que son visibles en el plano de las relaciones de trabajo, aún persisten en el Recôncavo, tanto tabacalero como azucarero, rasgos fuertemente acentuados del patrón anterior. Tuvimos la oportunidad de observarlos, por ejemplo, tanto en una como en otra zona, cuando un hacendado y trapichero de humo, y un dueño de ingenio azucarero fueron derrotados como candidatos a las bancas del Congreso Federal dentro de sus propiedades y de su propia fábrica, uno de ellos en una proporción de 1 de 2. En represalia, por sentirse personalmente traicionados, ajustaron los clavos de la disciplina, eliminaron la tradicional distribución de regalos de Navidad, suspendieron los vales, adelantos y descuentos en remito, y lo que es todavía más característico, por manifestar de distintas formas esa reacción profundamente emocional: frente a "deslealtad" que sufrieron por parte de sus trabajadores, manifestaron que de ahí en adelante pasarían a tratarlo dentro de los estrictos términos de la ley, sin concesiones.

En este hecho —la derrota electoral de los propietarios dentro de sus propiedades— y en esta reacción —en contrapartida a la infidelidad, los operarios de allí en más solo contarían con la ley a su favor— podemos observar, resumido en el episodio de estas dos derrotas electorales y sus consecuencias, casi todas las características del problema clave que resulta del declive del patrón tradicional económico y social en el Recôncavo y de su transición hacia un nuevo tipo de organización económica y de las relaciones sociales. Ahí están, por un lado, el tono emocional de los candidatos de los candidatos que no obtuvieron los votos de sus empleados, interpretando el hecho como "ingratitud", "infidelidad" e "traición personal" —y por el otro lado, la reacción entre perpleja y rebelada de los empleados que no eligieron a sus patrones y que por eso sufrieron en la carne la venganza de los mismos—.

Es un episodio, solo un episodio, para ejemplificar la inseguridad psicológica y la inestabilidad del trabajador del Recôncavo, que se explica por el hecho de estar viviendo en una época y una fase caracterizada por el fin de las formas tradicionales de relaciones entre las clases allí presentes y, simultáneamente, por el surgimiento todavía indefinido de nuevas formas que están subsistiendo a las antiguas,

que la historia superó. El patriarcalismo del patrón tradicional fue un sistema que, a pesar de sus contradicciones internas, tuvo suficiente duración y solidez como para dar al trabajador un mínimo de estabilidad psicológica y de marco en la vida social por la inexistencia, o desconocimiento, de otras alternativas; este sistema, una vez superadas las bases en que reposaba, ya no funciona, o funciona cada vez menos —y, sin embargo, todavía no se desarrolló en su lugar nada que lo sustituya en sus funciones sociales—. En una palabra, declina el sistema de *dependencia personal* y aún no se cristalizó un sistema de *interdependencia contractual* que lo sustituya.

El padrón anterior de relaciones de trabajo reposaba sobre la total sumisión del trabajador al patrón, del cual dependía, era compadre, protegido, afiliado, servidor y siervo; en la órbita personal del patrón y de su familia giraba el trabajador con su familia también; entre ellos no había solamente una relación económica de empleo y salario, sino también relaciones más íntimas de las que su vida dependía desde el nacimiento hasta la muerte. Además del empleo y del salario, el trabajador tenía la legítima expectativa de recibir, por parte del patrón paternalista, un ajuar para el casamiento, un lugar y material para construir su casa, su ayuda frente a necesidades, remedio en la enfermedad, el bautismo de los hijos, una escuela para alfabetizarlos, recreación durante las fiestas del calendario doméstico y religioso, protección y apoyo en las riñas y demandas, ayuda a la hora del entierro. Todo lo relativo a su estatus resultaba directamente de su posición en el mundo paternalista, cuyas agencias e instituciones constituían para él la esfera global donde su vida discurría. A su vez, competía al trabajador, a cambio, darle al patrón, además de trabajo – gratitud, dedicación personal, voto, defensa, reverencia y prestigio. De parte a parte, todas esas cosas – y no solamente la prestación de servicio y su remuneración – entraban en el mutuo y tácito compromiso inherente al sistema patriarcal.

Ese patrón y ese estilo de relaciones de trabajo está hoy en la fase final del declive y en superación como consecuencia de haberse superado todas las premisas económicas, sociológicas y psicológicas que su funcionamiento exigía y que su existencia presuponía. En esta etapa de transición, sin embargo, la agonía lenta del patrón anterior y el desarrollo todavía larvario de nuevos patrones resultó en una casi neutralización de ambas tendencias; y en este compás de la espera, la impresión que se tiene es que el alejamiento en relación al cuadro tradicional fue suficiente para destruir el paternalismo, pero no para desarrollar instituciones capaces de substituirlo. Marginalizado entre los dos sistemas, el trabajador del Recôncavo contemporáneo sufre simultáneamente el peso de la decadencia de uno y la carga de

delivrance del otro —lo cual repercute todo particularmente sobre él, al ser este la columna maestra de ambos—.

Una copiosa legislación social intentó sustituir, en la práctica, el funcionamiento del patriarcalismo. No fueron pocas las veces que se lanzaron las bases jurídicas necesarias para tanto, pero muchas veces la existencia de los textos legales y el florecimiento de una ideología asistencialista respecto de la posición del Estado frente a las relaciones de trabajo redundó en un aumento de la inseguridad efectiva. Esto porque la legislación laboral, con el simple hecho de ser decretada, gana la objetividad necesaria para llevar al patrón a sentirse eximido de muchos de los deberes que el antiguo sistema le imponía —sin mientras tanto adquirir, solo por esto, el poder normativo suficiente para convencer al trabajador de que las leyes y los contratos le garantizan, como derechos, lo que él antes recibía como dádiva—. En realidad, ni la organización de su propia clase, ni el Estado que se supone por encima de todas las clases, dan hoy al trabajador del Recôncavo aquella sensación de marco, de ocupar un lugar definitivo en el espacio social, aquella idea de relativa estabilidad que le llegaba con su integración al sistema patriarcal, incluso en la posición subalterna que ocupaba, y que le daba la legítima expectativa de recibir del patrón el precio de su total dependencia.

Resulta de esto el espacio vacío, institucionalmente aún desocupado, donde hoy fluctúa el trabajador del Recôncavo que refleja en su psicología y conducta la transición en proceso.

Todavía no se terminó de definir quién va a desempeñar, en el nuevo patrón, la función social de protector; función que no era, por otro lado, explícitamente un favor: era un intercambio de obligaciones de la cual resultaba un acuerdo consuetudinario de obligaciones sociales recíprocas entre individuos que ocupaban diferentes posiciones sociales. Esa función no era, por otro lado, explícitamente un favor: era un intercambio de obligaciones de la cual resultaba de parte a parte, una noción de estabilidad, seguridad, equilibrio, estatus y prestigio. Pedir auxilio al protector en caso de necesidad, y ser atendido no era un favor, era una expectativa legítima par parte del empleado y legitimada por el hecho de que él, en devolución, daba al patrón fidelidad, trabajo, defensa y voto.

No es difícil comprender que, dentro de este patrón tradicional, la noción de *workmanship* no tienen ningún sentido para el hombre común. Jamás se le ocurre la idea de trabajar y enriquecerse, acumular, prosperar, adquirir tierra o comprar inmuebles, o incluso guardar como reserva para eventualidades. Él trabajar para mantener la vida cotidiana, para comer y beber, vestirse y morar. Para todo lo que escapa a esa rutina solo tiene un medio de conseguirlo: pedirle a alguien

que, en relación a él, desempeña el papel de protector. Se trabaja mucho, y muy arduamente en las haciendas y las fábricas del Recôncavo. Pero lo que sucede es que, lo que se gana en contraparte simplemente no es suficiente para convencer a nadie de la posibilidad efectiva de, a través del trabajo, mejorar la vida y cambiar de posición. Una experiencia de siglos convenció al rústico del Recôncavo de que no existe relación directa entre trabajar de sol a sol y la fortuna, la prosperidad o siquiera la mejora de vida. Los individuos de las diferentes categorías sociales tienen o dejan de tener bienestar y poder por la simple razón de que siempre tuvieron o dejaron de tener. La evidencia cotidiana, a lo largo de generaciones, le demostró hasta el hartazgo al *homo rusticus* del Recôncavo que eso no tiene relación alguna con el trabajo, todo lo contrario.

La falta de hábitos de ahorro, de disciplina en los gastos, la aparente ausencia de ambición de ganancia creciente y de aspiraciones de mejoría que se señala como característica del comportamiento económico del rústico del Recôncavo, se explican ahí mismo como resultados de la pereza, de la falta de autodisciplina, de la ignorancia, lo que muestra un esquema interpretativo excesivamente simplista para explicar el asunto. "En realidad —advierte un estudioso— lo que se condena como pereza y falta de amor al trabajo por parte del trabajador, muchas veces consiste, esencialmente, en la renuencia a dispensar una enorme cantidad de esfuerzo en actividades ineficientes o miserablemente remuneradas" (Greaves, 1935: 162; Moore, 1951: 84). Con esto, además, solo probarían que por lo menos el "instinto de defensa" no les fue del todo extirpado.

Todos los tipos de reacciones que el trabajador revela ante la expansión de las condiciones contractuales de trabajo, reacciones en reglas generales interpretadas de la manera más pesimista y peyorativa por las capas dirigentes, si no tuvieran otra explicación, además de la acusación comúnmente hecha de pereza y de desinterés por la propia mejoría de vida, tendrían por lo menos la de no estar él todavía completamente desligado del patrón anterior, ni aún del todo familiarizado con el nuevo patrón, entre los que las diferencias son incalculables y pueden encontrarse en todos los planos.

Esa transición y esa experiencia que están recién comenzando porque apenas si recorrieron sus primeras etapas, no configuran solamente situaciones y problemas de objetivo trascendente transcurren en el altiplano socio histórico; configuran también, como creemos haber demostrado, mil otras pequeñas tensiones, crisis y ajustes que germinan en la planicie de la vida cotidiana, donde se percibe que viene brotando un nuevo estilo de relaciones sociales y de comportamiento humano.

Lo que atañe a la estratificación social la transición en proceso se manifiesta no solo en la aparición de un nuevo tipo de relaciones entre las mismas clases preexistentes, sino también en la formación de clases sociales antes inexistentes. Junto con las capas que llamaríamos *residuales* porque son remanentes del patrón anterior y sobreviven a costa de las asimetrías del sistema social, encontramos capas que pueden ser calificadas como *emergentes* ya que se forman y son guindadas en la escala social como productos de las transformaciones que se están operando y del consecuente desarrollo de nuevos patrones económicos y sociales.

Un nuevo tipo de proletariado industrial, formado por el proceso de industrialización y por el desarrollo de las formas contractuales de relaciones laborales, así como un nuevo tipo de empresario —nuevo incluso en el sentido de ser muchas veces emigrado de otras partes del Estado para invertir capitales en el Recôncavo— son, entre las capas emergentes, aquellas cuya presencia inmediatamente se marca por los rasgos inconfundibles que introducen en el paisaje humano del Recôncavo, con el cual todavía ofrecen, por ser de formación reciente, fuertes contrastes. No solo la presencia, tal vez principalmente las relaciones y el comportamiento recíproco de esas dos nuevas clases sociales y entre ellas y las demás, por el hecho precisamente de obedecer a los mismos patrones con lo que aparecen en la estructura de cualquier sociedad industrial, tienden a ejercer una acción diluyente sobre las características regionales de las relaciones humanos, haciéndolas cada vez más semejantes a los patrones universales. Con esto diríase que el Recôncavo se civiliza, en el sentido de que se moderniza; por otro lado, sin embargo, por el mismo motivo, este pierde su caracterización. Y si quisiésemos resumir en una fórmula lo que consideramos ser el resultado más notorio y evidente de ese fenómeno, deberíamos enunciarlo de este modo: lo que tienen en común los bahianos del Recôncavo pertenecientes a todas las clases sociales parece estar disminuyendo y desapareciendo cada vez más, dando lugar al surgimiento y al realce de rasgos y características sociales y psicológicas específicas y peculiares a cada una de las capas sociales que allí coexisten; lo cual se nos presenta como resultado inevitable de la importancia creciente de lo que tiende a ser universal, y que conquista y ocupa el terreno abandonado por la dilución progresiva de lo que aún permanece regional.

Incluso como capa emergente en proceso de lenta estratificación, podría señalarse el surgimiento de nuevos grupos de clase media, aquí como siempre, extremadamente heterogéneos en sus orígenes, en su composición y sus perspectivas.

En el sistema tradicional de estratificación social del Recôncavo —como, además, en el perfil de estratificación de la sociedad brasileña como un todo— eran casi nulos los factores objetivos de formación y desarrollo de las clases medias, que por eso mismo siempre representaron un lugar vacío en la estructura social tradicional. Siempre existieron allí clases intermedias; pero las clases medias nunca tuvieron, en las condiciones objetivas de nuestra historia social, fuertes estímulos para su expansión. Hoy, en el Recôncavo, surgen algunos factores muy nítidos que producen ese efecto; factores de diverso orden que están ligados a las transformaciones estructurales que tienen lugar allí. De este modo, parece evidente la multiplicación, entre la población rural no agrícola del Recôncavo, de empleados y funcionarios, pequeña burguesía "*white collar*", resultado de la burocratización de las empresas privadas, producto de la acentuación de su carácter de empresa capitalista y de la transformación en sociedades anónimas de establecimientos que antes eran patrimonio familiar, organizadas bajo otra forma jurídica.

Si esto ocurre en el sector privado producto de transformaciones recientes, ya en el caso de la empresa estatal dedicada a la explotación petrolífera, por ejemplo, la estructura racional, técnica y burocrática que genera tipos sociales semejantes, nació con ella y llegó desde el día uno. En un nivel de mayor calificación profesional y de posición social, la figura del ingeniero petrolero, actuando como técnico y como "*manager*", confirma el hecho y la tendencia a la multiplicación del número de estratos intermedios entre los extremos de la pirámide social. En este sentido, la multiplicación de capas intermedias significa, por así decirlo, un balizamiento del camino a ser recorrido por la movilidad social ascendente, que antes solo era posible a través de un gran salto al vacío que esas clases, hoy, ocupan. En este sentido, sin dudas, la estructura social del Recôncavo se democratiza.

La presencia, la multiplicación y la integración de esos tipos sociales emergentes se muestra de diversos modos. Podríamos tomar como ejemplo de las implicancias que el fenómeno acarrea, la crisis habitacional en mucho de los pequeños poblados de la zona azucarera y petrolera; crisis que resulta del aumento de una población que si siquiera puede residir en los desvanes tradicionales de las familias de la clase dirigente local, ni acepta vivir en una habitación improvisada, al mismo nivel de incomodidad que las clases pobres. Se configura entonces la crisis habitacional porque esta nueva capa social, que no encuentra en los extremos de la pirámide a aquellos que le son socialmente igual, crea con su presencia, una situación también nueva y sin precedentes, que consiste en el aumento de la búsqueda por un nivel de casa y comodidad que antes no existía porque, prácticamente, no

existía tampoco esa clase media en el patrón tradicional de la estructura social.

Como clase intermedia y capa emergente en la economía y en la sociedad del Recôncavo, ninguna mejor definida ni con más ejemplos que la burguesía formada por los "alambiqueros", es decir, los dueños de los alambiques, fábrica de *cachaça* y destilerías. Según nos informó en Santo Amaro un gran conocedor de la región y sus problemas, la historia social y profesional de un gran número de ellos sigue más o menos el siguiente paradigma: generalmente vienen "de abajo", con un origen en las capas inferiores de la sociedad, de las cuales ascienden, escalando a niveles superiores, a costa de mucha ambición y poca vacilación en las elecciones de los medios de ascenso económica y socialmente; esa escalada está en parte facilitada por la circunstancia de ellos ser, por lo general, procedentes de otras regiones del Estado, o incluso de otros Estados, lo que les quita todo antecedente o blasón a respetar, circunstancia que si en muchos casos es un obstáculo, en otros como en este, libera al individuo de la limitación de ciertas coordenadas tradicionales, especialmente cuando se tienen planes de hacer fortuna a corto plazo; un elevado número de alambiqueros, por otro lado, según el testimonio indicado, tuvo un duro comienzo en la vida, siendo frecuente entre ellos el hecho de haber sido conductores de camiones, después propietarios de camiones, acumulando medios para establecerse y eligiendo la fabricación de *cachaça* como empleo de capital, lo cual se sabe asegura voluminosos lucros.

El camión fue, en el último cuarto de siglo, el nuevo y gran adelantado del Sertón brasileño y abrió en casi todas las fronteras internas de este país, nuevos frentes pioneros, ampliando el mercado interno y estableciendo relación regular entre las islas regionales del archipiélago nacional, redistribuyendo, incluso, sobre la carta geográfica, el trazado de un nuevo mapa sociológico, como ya señalamos antes en referencia al propio Recôncavo. Además de estas y otras funciones sociales que desempeñó y viene desempeñando, todo indica, según datos que recogimos sobre la biografía histórica y social de una nueva y emergente burguesía rural brasileña, que el camión se constituyó también en vía o canal de capilaridad social, como lo ejemplifica el caso del alambiquero del Recôncavo.

Muchos de ellos continúan explotando empresas de transporte y emplean el capital que el camión les dio en otros sectores de actividad, de tipo más sedentario, comercial o industrial. Tal vez sea difícil concebir, sin entrar en contacto con alguna persona que haya vivido ese proceso, la significación psicológica y sociológica que tiene, en el mundo de una sociedad parroquial, ese pasaje de una vida y una actividad andante y errante, primero como conductor asalariado, después

como dueño de su propia máquina, días y noches en la cabina del camión, durmiendo muchas veces bajo este, vistiendo casi siempre solo el mismo mono, atravesando rutas de un extremo al otro del país, a otro estilo y nivel de vida, familia, residencia fija en una ciudad pequeña del interior, con negocios para administrar, status, dinero en el bolsillo, auto de paseo (¡basta con el camión!) y la memoria llena de hechos y recuerdos de un pasado reciente y aventurero que, narradas con ese aire de quien ya conoció el otro lado de la vida, enmarcan la figura con un halo casi de leyenda. Conocemos y tratamos de cerca con muchos alambiqueros del Recôncavo, especialmente con uno de ellos que nos dio abundantes informaciones sobre los detalles de ese proceso, del cual es fruto auténtico y consciente. Juntos, en cierta ocasión, en la Feira de Santana, día feriado, pasamos la mañana anotando por sus patentes los lugares de origen de los camiones en fila en las calles transversales: Votuporanga, en el oeste paulista, e Icó, en el Ceará, fueron ese lunes los puntos extremos, línea que casi divide un continente, por él muchas veces recorrida en su camión antes y durante el segundo conflicto mundial, cuando el cabotaje marítimo prácticamente cesó, abriéndole las puertas de la casa de la fortuna, a la que entró y se instaló, sintiéndose hoy, por haber ascendido a alambiquero en el Recôncavo, casi como un nuevo y aristocrático "dueño de ingenio".

Son muchos los prejuicios de clase y las barreras sociales que esa burguesía recientemente nacida, adinerada, sin ningún pulimento mundano ni árbol genealógico frondoso, tiene que enfrentar en el medio social tradicional. Tratándose de alambiqueros, categoría en la que, en el Recôncavo, se concentran particularmente, parece que la propia actividad de fabricante de *cachaça*, las tortuosas peculiaridades con las que se reviste el mismo proceso de producción del aguardiente y el estigma del vicio que se cultiva con la *cachaça*, se revierten en el alambiquero, aumentando el área de resistencia a su ascenso social.

Nada de esto impidió, sin embargo, que este se multiplicara en número, riqueza y poder, encontrándose hoy ya en principio y proceso de concentración en la economía del aguardiente, a indicar la acentuación de sus características capitalistas y el fortalecimiento de las bases económicas en las que su posición social se asienta.

Así como encontramos esa burguesía emergente que aspira a ascender a las capas superiores colocadas en la escala de prestigio social, encontramos también, en la base de la pirámide, un tipo social en proceso de integración en el proletariado rural del Recôncavo. Nos referimos a los "*catingueiros*", el hombre de la Caatinga, del alto Sertón, mano de obra estacional, trabajador golondrina que todos los

años en época de cosecha, baja hacia el Recôncavo y es contratado en las plantaciones para la faena de corta la caña. Como en todas partes, esa mano de obra rural migratoria que periódicamente circula por itinerarios más o menos fijos, empleándose durante la cosecha y retornando a la Caatinga cuando termina la recolección, se forma en función de una economía y un mercado de trabajo basado en culturas agrícolas de ciclo anual en las que los períodos de trabajo intenso en el campo están mediados por un largo intervalo en el cual las tareas rutinarias de limpieza y conservación necesitan de muchos menos brazos. Ese respiro ritmado por el proceso productivo, alternando los índices cuantitativos de mano de obra necesaria, funciona periódicamente como foco de atracción y expulsión del *catingueiro*, el trabajador migrante del Recôncavo.

El fenómeno allí es antiguo e históricamente surgió como una de las fórmulas de solución espontanea para la crisis de brazos que siguió a la abolición del trabajo esclavo; de ahí en más se fue volviendo rutinario y hoy difícilmente las plantaciones podrían pasarse de este refuerzo estacional de fuerza de trabajo agrícola.

No hace falta decir que, en el Recôncavo así como en cualquier parte, ese trabajo migratorio periódicamente solicitado y después repelido por los establecimientos agrícolas es, por definición, trabajo no calificado, pagado con salarios más bajos a la media que se paga al trabajador local y sedentario. La calificación significaría, inevitablemente, la fijación, y esta implicaría un gravamen que ningún establecimiento agrícola podría soportar. Que la mano de obra sea rotativa es, de este modo, condición esencial; lo importante es contar con ella durante la cosecha y deshacerse de ella inmediatamente después. De ahí resulta, además, todo un conjunto de situaciones materiales y sociales que, al mismo tiempo, son una consecuencia del carácter y de la función migratoria de esa mano de obra y, por otro lado, apuntan precisamente a garantizarla, ya que su llegada durante el corte de la caña es tan importante como su partida cuando la cosecha termina.

Las idas y venidas de las levas de *catingueiros* en el Recôncavo no tienen, por otro lado, relación directa alguna con la sequía verde o el estiaje en el Sertón. El *catingueiro* no es un "flagelado" o un "retirante",[3] es un trabajador golondrina, y "*hobo*".[4] Por lo que parece, la relación constante entre esa ondulación demográfica y el ciclo agrícola, o extractivo, que se observa en todos los lugares donde el fenómeno existió o existe, confiere un cierto número de características

3 En Brasil se llama *retirante* a trabajador rural del Sertón que emigra, solo o en grupo, huyendo de las sequías (nota del traductor).

4 Ver J. Lambert y L. A. Costa Pinto (1944: 48-67); y también, L. A. Costa Pinto (1952).

comunes al fenómeno, incluso cuando ocurre en los lugares más diversos.

Una de esas características comunes es el "*gang system*", es decir, la migración se hace siempre en bandos, en grupos formados en torno a alguien más viejo y con experiencia que los comanda; generalmente es con él con quien se discute y se establecen las condiciones de trabajo y, en algunos lugares, el salario mismo es colectivo, calculado y pagado a todo el grupo y no individualmente – lo que no encontramos en el Recôncavo. Otra característica —y esta en el Recôncavo aparece y funciona— es el intermediario, el aliciente, el contratista como lo llaman ahí. Como el nombre lo indica, la función del contratista es atraer a los *catingueiros* y conducirlos, en la época de cosecha, al trabajo en las plantaciones. Él puede o no ser un *catingueiro* también y se lo remunera por el servicio prestado como pasador de mano de obra, con la diferencia, conocida y reconocida por todas las partes interesantes, entre el salario pagado por el empleador y el salario recibido del trabajador. Esta diferencia de precio, que es aproximadamente de 40 o 50 centavos en el precio unitario sobre el que se basa el cálculo del salario de cada trabajador (la unidad de cálculo es por lo general la tonelada de caña cortada), representa el lucro del contratista.

Cotejando los testimonios y las reacciones de los empleadores de esta mano de obra fluctuante en relación a esta y al trabajador sedentario, permanente, local, la impresión que nos llevamos es que existe una nítida preferencia por el *catingueiro*, en comparación al trabajador del Recôncavo, por parte de los hacendados. Esta preferencia por el advenedizo se explica, sobre todo, en términos de la facilidad con la que este acepta una remuneración más baja, condiciones materiales de absoluta pobreza, aceptando dormir en el piso desnudo de los galpones o, muchas veces, en las carretas para bueyes que por la noche estacionan junto a los corrales, todo esto sin reclamos ni reparos, con el ánimo de quien se considera superfluo porque es transitorio todo lo que no significa cortar más caña, ganar más dinero y volver al Sertón. Mientras que el trabajador local permanente, según las alegaciones de los empleadores, se comporta a partir de un estado de espíritu diferente, es más negociador y exigente, y el *catingueiro* llega como si lo hiciera para un servicio extraordinario, en relación al cual su único interés es realizar la tarea y volver a partir —lo que coincide perfectamente con el interés de quien alquila su brazo—.

Al reconocer explícitamente que el *catingueiro* es más ignorante y atrasado que el trabajador del Recôncavo, da la impresión de que es exactamente por eso que se lo prefiere. Comparando uno con otro, y comparando los testimonios de los empleadores sobre cada uno, es que logramos comprender el sentido profundo y correcto de la

afirmación del profesor Moore antes citada, sobre la significación que tiene, en tales casos, el hecho de que el trabajador tenga o no noción de la existencia de otras alternativas en relación a todo lo que dice respecto de sus condiciones y relaciones de trabajo —como factor de aceptación o rechazo, de conformismo o lucha, en contra o a favor del marco social en el que vive y trabaja—. En este sentido, parece no caber la más mínima duda de que el *catingueiro* presenta un *"lack of knowledge of alternatives"* mucho mayor que el trabajador del Recôncavo.

Esto, además, es lo que creemos confesó, diciendo lo contrario, un viejo y respetable "coronel", hacendado tradicional de la región, sentado en el balcón de su desván, mirando a lo lejos la faena de los trabajadores en el cañaveral: "En el Recôncavo el peor mal es que ya no saben *mandar*".

Dijimos antes que esto nos pareció una contra confesión porque nos parece que el patriarca no se refería a la falta de mando, ¡sino a la falta de obediencia!

El Recôncavo está hoy, como estructura social, viviendo un profundo proceso de cambio, que es la marca dominante en todos los planos de su cotidiano y contemporáneo. Por eso es que este es hoy *laboratorio de una experiencia humana*.

BIBLIOGRAFÍA

Costa Pinto, L. A. 1952 *Migrações Internas no Brasil - Estudo Preliminar* (Río de Janeiro: Instituto de Economia da Fundação Mauá).

Costa Pinto, L. A. 1957 "Social Structure, Social Change and Human Relations in Brasil" en *International Conference on Human Relations* (Países Bajos) septiembre.

Greaves, I. C. 1935 *Modern Production Among Backward Peoples* (Londres).

Gunnar, M. 1956 *Solidariedad o Desintegration* (México: Fondo de Cultura Económica).

Lambert, J.; Costa Pinto, L. A. 1944 "Problèmes Démographiques Contenporains. Les Faits" en *Les Publications Savantes de l'École Libre des Hautes Études au Brésil* (Río de Janeiro: Atlântica) Nº 5.

Manoni, O. 1950 *Psychologie de la Colonisation* (París, Éditions du Seuil).

Moore, W. 1951 *Industrialization and Labor - Social Aspects of Ecnonomic Development* (Nueva York: Institute of World Affairs; New School for Social Research).

Moore, W.; Tumin, M. 1949 "Some Social Aspects of Ignorance" en *American Sociological Review* (Sage) Vol. 6, diciembre.

LA ORIGINALIDAD DE LA COPIA: LA CEPAL Y LA IDEA DE DESARROLLO*

Fernando Henrique Cardoso

INTRODUCCIÓN

Entre los críticos de la cultura en la América Latina existe un debate intermitente interesante, al respeto de los efectos de la dependencia sobre la producción de las ideas. Algunos de los argumentos teóricos más utilizados en la literatura brasilera (como Antônio Cândido de Mello y Souza y Roberto Schwarz)[1] buscan mostrar que la *misma* idea, una vez transferida de los centros de producción internacional de la cultura hacia la periferia, se vuelve *otra cosa*. El clásico ejemplo quizás sea, como acentuó otro historiador de las ideas, el Prof. João Cruz Costa (1956), la transferencia del positivismo comteano a América Latina. La nítida connotación conservadora del positivismo en el

---

* Texto extraído de Cardoso, F. H. 1980 *As ideias e seu lugar* (Petrópolis: Vozes), capítulo 1. Publicado originalmente en la *Revista de la CEPAL* segundo semestre, 1977, pp. 7-40. Este trabajo no hubiera sido escrito sin la ayuda de José Serra, que me aconsejó en la selección de textos e hizo la indispensable investigación bibliográfica para fundamentar el análisis, además de sugerir pistas para la interpretación. Agradezco también la ayuda y las críticas de Winston Fritsch.

1 La obra central de A.C. Mello e Souza es *Formação da Literatura Brasileira* (1959). Otro importante sociólogo de las ideas, Roberto Schwarz, escribió, entre otros trabajos, "Las ideas fuera de lugar" (1973).

siglo XIX europeo, como su soberbio desprecio frente a la concepción marxista de la lucha de clases, ha cambiado bastante en Latinoamérica. El inhóspito *hábitat* latinoamericano, salpicado de formas de relaciones sociales y culturales producidas por sistemas de vida que incluso ya enganchados en la dinámica de la expansión capitalista internacional resistían a la racionalización creciente de la sociedad y de la economía, generó una interesante deformación en el positivismo. Se volvió el manifiesto de la idea de progreso. La diferencia de *hábitat* cultural no puede cortar por la raíz la otra idea de la filosofía política positivista, la de orden. Sin embargo, por lo menos mitigó sus ímpetos uniformizadores, frente a la variedad y el desorden constitutivo de un continente formado por la mezcla de modos de producción asentados en principios básicos conflictivos, y volvió el positivismo una ideología más reformista que reaccionaria. Los "políticos científicos" fueron partidarios de la República, en contra la monarquía brasilera; también fueron ellos los trompetistas del México iluminado (si no iluminista) de Don Porfirio —sepulturero temporalmente, del Antiguo Régimen y precursor, *malgré-lui,* de la Revolución Mexicana—.

En este orden de ideas, Roberto Schwarz escribió sensatas páginas sobre lo que ocurre con el consumo de las ideas importadas. Tomando uno de los mejores, sino el más completo romántico brasilero —Machado de Assis— Schwarz hizo la crítica del proceso de absorción cultural del pensamiento europeo por los "nativos". El liberalismo adoptado chocaba, por ejemplo, con una institución tan antiliberal —y, sin embargo, uno de los pilares de la sociedad brasilera de la época— como la esclavitud. Machado hizo sutilmente la crítica a este estado de las cosas y sus novelas se desarrollan en un mundo del "como si". Roberto Schwarz propuso, para caracterizar este tipo de "aculturación pervertida" de ideas, un abordaje que se conocería como el de "ideas fuera de lugar". Una especie de ecología cultural interesada en los efectos de los trasplantes de hábitat sobre la delicada asta de la ideología.

Como es natural, hubo una reacción a este abordaje. No faltaron "puristas" y "rigurosos" que criticaran la idea del "trasplante cultural", dado su posible mecanicismo y la analogía indebida entre el mundo social y el natural. En aquél, las propias relaciones estructurales son puestas y repuestas por la práctica de los hombres y, por lo tanto, al ser recreadas son de algún modo siempre *autóctonas*. No interesa para los fines de este ensayo profundizar en esta discusión. Incluso porque, entre personas de mente entrenada en los juegos del espíritu queda siempre sobreentendido que las tesis son propuestas *cum grano salis*.

De cualquier modo, quiero resaltar que haré lo opuesto del habitual en la historia de las ideas latinoamericanas: discutiré *las idea*

y *su lugar*. De pretensión y agua bendita, dice el dicho, cada quien se sirve libremente. Aun así, vale la afirmación de que por lo menos algunas ideas sobre el desarrollo económico son originales de la América Latina.

Para evitar que el tono jacobino y medio narciso prevalezca, conviene aclarar que también me cuidaré de mostrar que incluso las más originales interpretaciones latinoamericanas sobre el desarrollo económico tienen raíces extra continentales. Sin embargo, no tomaré las ideas sobre el desarrollo como meros "reflejos" del sol resplandeciente del pensamiento occidental. En materia de ideas, muchas veces, lo que es nuevo es, precisamente, el recalentado, siempre que se sume algún condimento al agua que se agrega para evitar que las viejas ideas queden secas con el nuevo hervor.

De otra forma, es muy difícil escapar de la maldición de los céticos: *nihil novi sub sole*.

LA CEPAL Y EL DESARROLLO

A. LAS IDEAS CORRIENTES SOBRE COMERCIO INTERNACIONAL Y DESARROLLO

La Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) canalizó y difundió un conjunto de tesis al respeto de las causas, condiciones y obstáculos al desarrollo, volviéndose una especie de marca registrada del pensamiento económico latinoamericano.

Para mostrar en qué consistió la novedad de las formulaciones cepalianas, conviene, sin embargo, resumir, primero, las concepciones que hasta entonces prevalecían sobre el comercio internacional y su papel en el crecimiento de las economías.

El punto de partida de la teoría del comercio internacional es la "ley de las ventajas comparativas" formulada por Ricardo. En términos sencillos, Ricardo señala que el comercio internacional llevaría a la especialización de la producción por países de acuerdo con los costos relativamente menores de la mano de obra y que este proceso generaría ganancias para todos los países. Así, según su ejemplo clásico, el costo unitario de la mano de obra para la producción vinícola y textil es más bajo en Portugal que en Inglaterra; sin embargo, la ventaja comparativa de los costos de mano de obra es mayor en el caso de la producción de vinos de que en la de telas, y sería por lo tanto más ventajoso, para ambos los países, producir vino en Portugal y textiles en Inglaterra.

Posteriormente, los economistas neoclásicos criticaron la teoría del valor propuesta por Ricardo, basada en los costos de la mano de obra. Afirmaron, en lo que se refiere a la teoría del comercio

internacional, que los costos de otros factores de producción, como el capital y la tierra, también constituyen costos relativos en el cálculo de las ventajas comparativas entre países. Con esta nueva formulación, las teorías neoclásicas del comercio internacional mantuvieron la ley ricardiana de las "ventajas comparativas".

Bertil Ohlin ofrece, posiblemente, la versión más completa de la teoría neoclásica pura sobre el comercio internacional. Pretende explicar las ganancias del comercio y analizar, al mismo tiempo, el efecto del comercio internacional sobre la remuneración de los factores de producción. Como corolario de las teorías de Ohlin sobre la especialización de la producción y el aprovechamiento de los factores de la producción de acuerdo con los recursos disponibles de un país, concluye que el comercio puede llevar a la *relativa* compensación de la remuneración de los factores de la producción entre los países (Ohlin, 1933).

Por razones evidentes, esta versión de la teoría del comercio internacional suscitó un debate mundial: el comercio se transformaba en un instrumento adecuado para reducir las desigualdades entre naciones. Esta discusión no fue promovida solamente por Ohlin, ya que en su hipótesis se ampliaban otras formulaciones, especialmente los estudios de Hecksher,[2] sobre el mismo tema. Desde entonces otras preguntas fueron presentadas: ¿la supuesta compensación de la remuneración de los factores producida por el comercio internacional sería relativa o absoluta; parcial o completa —es decir, serían eliminadas totalmente las diferencias entre las economías nacionales—.

Ohlin solamente aceptaba una tendencia a la compensación *relativa* de la remuneración de los factores, aunque la compensación *completa* supondría la total movilidad de los factores. Esta última hipótesis no pudo ser adoptada por la teoría internacional pura del comercio, ya que implica la homogeneización del espacio económico con el cual destruye la razón fundamental del comercio internacional: la especialización de la producción (Ohlin, 1933: 39).

Fue principalmente Samuelson el que dio un carácter extremo a la teoría neoclásica del comercio internacional. Utilizando un razonamiento matemático formal, demostró que si un conjunto de hipótesis sobre el comercio internacional fuese sostenible, tendría lugar una compensación *completa* y *absoluta* de la remuneración de los factores (1948: 67). Las consecuencias ideológicas de la demostración mencionada son notables: una vez aceptado el raciocinio de Samuelson, él posibilitaría afirmar que el comercio internacional resuelve las

2 El libro de Ohlin elabora la teoría de Hecksher y le otorga mayor consistencia. Ver Hecksher (1949).

desigualdades económicas entre las naciones —el subdesarrollo sería reducido *mediante* la especialización mundial de la producción—.

En artículos posteriores, Samuelson no llevó su hipótesis hasta las últimas consecuencias. Su argumento inicial, sin embrago, fue conservado por los más ardientes partidarios de las "ventajas comparativas" y del libre-comercio como panacea para corregir desigualdades de los factores de producción y de la disponibilidad de recursos entre los países.

Infelizmente para los defensores de esta versión extrema de la teoría pura del comercio internacional, algunos supuestos del modelo de Samuelson son tautologías. Gottfried Haberler, defensor de los mecanismos del mercado libre, señaló que Samuelson incluyó entre las condiciones de validez de su teoría ciertos supuestos ajenos a la realidad, como la homogeneidad de las funciones de producción en todos los países que realizan comercio (niveles similares de conocimiento tecnológico, de capacitación, de clima, de condiciones físicas y sociales, etc.) cuya inexistencia constituye la cuestión inicial de las disparidades entre países. "Debemos por lo tanto concluir que la teoría Lerner-Samuelson, aunque formalmente correcta, se basa en restricciones y supuestos tan ajenos a la realidad que difícilmente puede considerarse una contribución valiosa para la teoría económica" (Haberler, 1961).[3]

En síntesis: la aceptación da la tesis que afirma que hay una tendencia para la compensación absoluta de la remuneración de los factores a través del comercio internacional no viene directamente de la teoría ricardiana del comercio. Estuvo de moda a partir del momento en que los supuestos extremos (y débiles) de Samuelson tuvieron libre tránsito respeto del comercio internacional en ciertos círculos académicos.

Los economistas de inspiración marxista también creían en los efectos positivos del comercio internacional en la expansión del capitalismo en la periferia. Corrigieron la perspectiva ricardiana (que más tarde fue aceptada por los marginales y neoclásicos), poniendo más énfasis en el propio mecanismo de expansión del capital y del sistema productivo que simplemente en el comercio internacional.

De hecho, la teoría marxista suponía la movilidad plena de los factores en el plano mundial, mucho más que la teoría ricardiana y sus seguidores. Marx no hizo análisis teóricos del "subdesarrollo" —concepto inexistente en la época—. Cuando se refería a India, en algunos

3 Haberler se refiere a Lerner debido a su contribución en líneas generales similar (Lerner, 1952).

pasajes de sus artículos de periódico (Marx & Engels, s/f), demostraba confiar que la expansión de capitales desarrollaría la periferia.

Rosa Luxemburgo, más de medio siglo después, siguió afirmando la inevitabilidad de la expansión capitalista la escala mundial y la consecuente industrialización de los países que formaban la "retaguarda del capital". Hilferding —contemporáneo de Rosa— creía más en la hipótesis de la eficiencia de los mecanismos del mercado internacional que el propio Ricardo. Creía que las tarifas de intereses diferenciales llevarían a la exportación de capitales hacia la periferia, aunque encontrase dificultades para la generalización de la forma de trabajo asalariado como relación básica de la explotación económica. Bukharim y Lenin no escaparon a la regla: la exportación de capitales era una condición inherente a la expansión imperialista.[4]

Sin embargo, el Lenin de 1920 ya había cambiado de postura:

> las consecuencias progresistas del capitalismo, por el contrario, no se perciben ahí (en las colonias, a pesar de la infiltración del capital extranjero). Donde el imperialismo dominante necesita un apoyo social en las colonias, se une, antes que nada, con las clases dominantes del antiguo sistema precapitalista, los feudales de la burguesía comercial y usuaria, en contra la mayoría del pueblo. (Lenin, 1939: 12)

B. LAS IDEAS DE LA CEPAL

¿Cuáles fueron las ideas maestras sobre el desarrollo propuestas por la CEPAL? (¿Y por qué causaron tanto tumulto?).

El texto principal de la CEPAL sobre las relaciones entre Centro y Periferia —y, por lo tanto, sobre desarrollo y subdesarrollo— es el *Estudio Económico de América Latina,* de 1949, publicado por las Naciones Unidas en 1951. Una fundamentación teórica idéntica sobre el análisis del desarrollo latinoamericano se encuentra en un artículo publicado anteriormente por el Dr. Raul Prebisch —sin duda la gran figura economista de la CEPAL en aquel momento— bajo el título "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas", en abril de 1950.[5]

---

4 Paul Singer escribió recientemente un trabajo (1977), en que resume los aspectos relevantes de esta problemática. El estudio de Singer pone en la perspectiva histórica adecuada el pensamiento de estos autores.

5 Los análisis de las siguientes páginas sobre la década del cincuenta, están basadas en documentos de la CEPAL o de Presbisch. Para los primeros la colaboración de economistas como Celso Furtado, Juan Noyola, Regino Botti y otros fue de gran valor. Es difícil evaluar las contribuciones individuales ya que no hay estudios a respecto. El ensayo de Presbisch fue reimpreso en el Boletín Económico de América Latina (1962). Albert Hirschman llamó este ensayo "Manifiesto de la CEPAL" (1971: 280-281).

En estos textos, que fundamentan lo que vino a ser llamado de doctrina Prebisch-CEPAL, hay dos o tres ideas básicas e *innovadoras* para el contexto en que se daba la discusión económica.

Oponiéndose a la idea prevaleciente en los medios liberales-ortodoxos que aceptaban la premisa fundamental de la teoría de mercado relativa a las ventajas comparativas de la división internacional del trabajo, Prebisch afirma que las relaciones económicas entre el Centro y la Periferia tienden a reproducir las condiciones del subdesarrollo y a aumentar la brecha entre países desarrollados y subdesarrollados. La mano invisible del mercado aparecía, para Prebisch, como la madrasta: en lugar de corregir distorsiones, las acentuaba.

¿Por qué? Porque los países centrales se apropian de la mayor parte de los frutos del progreso técnico. ¿Cómo? Prebisch, a partir de evidencias presentadas en documentos de las Naciones Unidas que mostraban una tendencia al deterioro de los términos del intercambio entre bienes primarios y manufacturados, alinea los factores causales de esta estructura condicionante de diferencias crecientes:

> la tarifa de crecimiento de la productividad en la producción manufacturera es más alta que en la producción de bienes agrícolas;
> el aumento de la productividad debería trasladarse a los precios de los productos industriales, a través del menor valor incorporado a cada unidad producida;
> sin embargo, como en los países industrializados existe presión sindical para mantener el nivel de los salarios y la producción industrial se organiza de tal forma que los oligopolios defienden la tarifa de ganancia, los precios no declinan proporcionalmente al aumento de la productividad.[6]

En otros términos, lo que Prebisch llamó agentes de producción —obreros y empresarios— de los países industrializados, por su fuerza *político-organizacional*, bloquean el funcionamiento del mercado y producen, en el comercio internacional, un efecto específico: el deterioro constante de los términos de intercambio (*terms of trade)*. Esta es la segunda idea-central de la teoría cepaliana, resultado inmediato

6 ¿Por qué la renta en el centro creció, contradictoriamente, más que en la periferia? "Durante la creciente, una parte de los beneficios se fue transformando en aumento de salarios, por la concurrencia entre empresarios y por la presión sobre todo de las organizaciones obreras. Cuando, en la creciente, el beneficio tiene que comprimirse, aquella parte que se transformó en estos aumentos perdió, en el centro, su fluidez, en virtud de la conocida resistencia a la baja de los sueldos. La presión se desplaza entonces a la periferia con mayor fuerza que la naturalmente ejercible en caso que no fueran rígidos los salarios y las ganancias en el centro en virtud de las limitaciones de la concurrencia. Así, tanto menos se puedan comprimirse las remuneraciones en el centro, tanto mas tendrá de hacerlo en la periferia" (Presbich, 1962: 6).

de la idea anterior que muestra la inexistencia de ventajas universales del progreso técnico a través de su transferencia a la periferia: los precios de los productos primarios tienden a *declinar* en proporción del precio de los productos industrializados.

La síntesis anterior demuestra que Prebisch partió de un supuesto clásico fundamental.[7] Este predecía una baja relativa de los precios internacionales de los productos manufacturados, en comparación a los productos primarios; si esta relativa disminución sucediera, se podría esperar, como resultado, una tendencia para la compensación internacional de recursos (dado que los principales países productores de bienes primarios tienen niveles de renta menores). Es en este punto (y no en relación a las opiniones contemporáneas neoclásicas sobre el comercio mundial) que el análisis de Prebisch contrasta con la reinterpretación de las teorías de Hecksher y Ohlin realizada por Samuelson. Sin embargo, es útil recordar que el punto de partida de las contribuciones de Presbisch no fue la teoría neoclásica del comercio.

Es clara la postura cepaliana sobre las consecuencias de la tendencia al declive de los precios de los productos primarios en condiciones de amplia oferta de mano de obra y de aumento de la productividad, mientras el mismo proceso no ocurre en los países desarrollados. Esta ocasiona una *menor capacidad de acumulación* en la periferia, abriendo, por lo tanto, el debate en torno de la necesidad de una política específica para promover la acumulación y el desarrollo.

Se puede cuestionar, en el razonamiento de la CEPAL y de Prebisch, la falta de un mayor desarrollo en el análisis del mecanismo de explotación desde la Periferia hacia el Centro, pero no se puede decir que se descuidó del papel fundamental de la acumulación en economías de mercado, ni que faltaron referencias a las condiciones histórico-sociales específicas que en los países capitalistas son subyacentes a la acumulación: la mayor capacidad de lucha de los sindicatos de los países industrializados por sus intereses de clase y la fuerza político-organizativa de las grandes empresas capitalistas para impedir la baja de tarifas de ganancias bloquearían el automatismo de la transferencia de los beneficios de productividad supuesta por la teoría del comercio internacional.

Los supuestos políticos y estructurales del análisis cepaliano pueden ser discutibles en términos de un análisis económico que atribuya más peso a la "lógica del capital". Pero sería inadecuado sostener esta última de forma abstracta, sin pensar en las condiciones concretas

---

7 *"it follows that the Exchange values of manufactured articles, compared with the products of agricultura and of mines, have, as population and industry advance, a certain and decided tendency to fall"* (Mill, 1909: 703).

de la explotación social y me parece incorrecto pensar que la CEPAL, bien o mal, incurrió en el equívoco de creer que la explotación en el mercado internacional se da a través de desigualdades en los términos de intercambio como si estos supusiesen una explotación meramente o principalmente comercial.

C. REACCIONES CRÍTICAS

Las tesis cepalianas sobre el comercio internacional y el desarrollo no fueron aceptadas pacíficamente. Al contrario. Los sectores de pensamiento económico más ortodoxos (tanto liberales como marxistas) siempre criticaron, desde miradas opuestas, lo que se llamó de "el pensamiento de la CEPAL". Para los defensores fervientes de que la "lógica del mercado" es el mejor mecanismo para promover el *verdadero* desarrollo, la CEPAL siempre representó el caballo de Troya del izquierdismo. Detrás de las prudentes recomendaciones sobre la necesidad de la intervención correctiva del Estado, de la defensa de políticas proteccionistas, de la insistencia sobre el carácter estructural de la inflación latinoamericana etc., los liberales ortodoxos siempre vieron el riesgo de un socialismo burocrático.

No con menos pasión, la ultra-izquierda teórica también "desenmascaró" el carácter de clase de las formulaciones cepalianas en tanto no desnudaban los mecanismos de explotación social y económica que mantienen la subordinación de los trabajadores a la burguesía y de esta a los centros imperialistas. En cierta época —después de que la política de algunos partidos comunistas y populistas pasó a hacer coro a los clamores cepalianos a favor de la industrialización y del fortalecimiento de los centros internos de decisión sin criticar mas a fondo el carácter de dominación de clase de estos últimos— la ultra-izquierda casi pasó a creer que si no fuera por la existencia de la CEPAL, de los partidos comunistas y del populismo, la ansiada Revolución ya hubiera liberado los pueblos del yugo de clase y de los amarres del imperialismo. Así, la mirada cepaliana se volvió una especie de visera que amortiguaba la conciencia de los pueblos, ofreciéndoles el camino de un futuro próspero a través de la industrialización y del fortalecimiento del Estado.

¿CUÁL ES EL PESO DE ESTA CRÍTICA?

La teoría de Prebisch-CEPAL sostiene, como hemos visto, que el progreso técnico sumado a las *condiciones sociales específicas* produce consecuencias diferenciales entre el Centro y la Periferia. No parece correcto, por lo tanto, acusarlo de simplismo en este aspecto. El sistema explicativo deja abierto, sin embargo, algunos puntos: ¿por qué los empresarios de la periferia no retienen los beneficios generados por el

aumento de la productividad del sector agrícola, apropiándose de las diferencias derivadas de la reducción de los costos de producción y de la baja capacidad de presión (un nivel poco desarrollado de lucha de clases) de los trabajadores de la periferia?

Existe una grieta explicativa en el mecanismo de transferencia de las ganancias de la Periferia hacia el Centro, que la noción de "insuficiencia dinámica" del capitalismo periférico oscurece más de lo que explica. Hace falta un análisis de las relaciones internacionales de explotación —del colonialismo y del imperialismo— para volver más consistente y transparente la postura crítica inicial de la CEPAL.

Sin una explicación cabal de este fenómeno, aunque se reconozcan las diferencias del avance de las fuerzas productivas y de la capacidad desigual de lucha de los trabajadores del centro y de la periferia, la supuesta menor capacidad de acumulación en la periferia o deriva de la incapacidad de concurrencia empresarial de los productores locales frente a los que hacen la comercialización internacional, o viene de la "propensión al consumismo" de las elites locales. Esta explicación es débil, aunque comprensible en vista de la pequeña base de acumulación de que entonces disponían las economías periféricas. El consumo personal es proporcionalmente irrelevante para explicar las reinversiones de las empresas y por qué de hecho estas sucedieron, en la fase del esfuerzo concentrado de industrialización, que va desde la Segunda Guerra hasta los años setenta, mediante reinversiones constantes de ganancias. Esto muestra que el consumo personal tiene un papel bastante limitado en la explicación del desarrollo capitalista.

Esta deficiencia de la teoría cepaliana fue blanco de distorsiones y de críticas. Desde el punto de vista de la explicación de la relación entre desarrollo y subdesarrollo esta tiene seriedad, como explicaré adelante. Pero en relación a la constatación de la existencia de una relación de intercambio desfavorable a la Periferia y en relación a los efectos de este proceso sobre la teoría del comercio internacional, las tesis cepalianas son suficientemente fuertes para descalificar las teorías vigentes hasta entonces.

¿Por qué la tesis de la CEPAL sobre el deterioro de los términos de intercambio se sostiene? Porque sin haber una reducción de precios relativos a favor de los productos primarios (incluso sin suponer que la relación de intercambio se *hubiera deteriorado),* habría "explotación", debido a la distribución desigual de ganancias en el comercio internacional, considerándose el aumento de la productividad de los países industrializados.

Las estadísticas de la ONU mostraban que, hasta 1946-47, partiendo de 1876-1880, hubo una tendencia constante a la *deterioración* de los términos de intercambio. Prebisch, para sostener su argumento,

reprodujo en el artículo sobre "El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas" los datos de un documento de la ONU de 1949 sobre los "Post War Price Relations" del comercio internacional. Hans Singer, con menor elaboración explicativa que los documentos de la CEPAL y del artículo de Presbisch, llamó la atención sobre la misma tendencia (Singer, 1950: 472-499).

La base estadística del argumento fue considerada insuficiente por parte de Haberler y otros. El documento de las Naciones Unidas se refería al intercambio del Reino Unido, por lo que la falta de comparabilidad entre los productos industriales del Reino Unido con los de Alemania, Japón, Estados Unidos y de otras economías podría haber distorsionado los resultados. Hasta hoy continúa la controversia respecto de los datos sobre la relación de precios del intercambio; sin embargo, y admitiendo que por algún tiempo los precios del Reino Unido hubieran sido afectados por la baja productividad y por la sobrevaluación de la libra esterlina, la capacidad permanente de exportar productos depende de la capacidad de mantener los precios aproximadamente dentro del margen de los precios exógenos internacionales dados. En estos casos la regla de un único precio en el mercado mundial se debe mantener, por lo menos aproximadamente, para productos homogéneos. Se sostiene el argumento básico sobre el deterioro de los términos de intercambio, a pesar de las críticas.

CRÍTICAS Y TEORÍAS ALTERNATIVAS A LAS TEORÍAS DE LA CEPAL

A. LOS "ORTODOXOS"

Sin embargo, la respuesta de los "ortodoxos" a las formulaciones de la CEPAL no se hizo esperar. El Prof. Gottfried Haberler, de Harvard, negó terminantemente que los economistas dispusiesen "de cualquier ley que les permita predecir las tendencias de los precios a favor o en contra de los productores de materias-primas".[8] Reconoció, en efecto, la validez de una generalización grosera sobre las variaciones de corta duración en perjuicio de los países subdesarrollados, ya que durante las fases de depresión económica mundial los precios relativos de los productos primarios tendieron a empeorar (tendencia, dígase de paso, no comprobada más recientemente). Pero negó que se pudiesen prever regularidades. Haberler creía que había sido exagerada

8 Como ya he afirmado, Prebisch no postuló ninguna ley respecto de un empeoramiento inevitable de los términos del intercambio. Él trató solamente de explicar ciertos encuentros empíricos, proponiendo una hipótesis de interpretación y sugirió algunas medidas prácticas para enfrentar la difícil situación económica en los países periféricos. Haberler malinterpretó las ideas de Prebisch desde el inicio de su crítica.

la magnitud de la relación de intercambio desfavorable a los países exportadores de productos primarios. Aconsejó a los países subdesarrollados a convivir con su amarguras, consolados por la expectativa de que los ricos también pasan por ellas.[9]

No obstante, la fragilidad de sus conclusiones, Haberler presenta un argumento pertinente, aunque por vías equivocadas, al tocar en un punto significativo —y discutible— de la teoría cepalina: la inevitabilidad de la brecha entre centro y periferia. En efecto, Haberler argumenta que el empeoramiento en términos de intercambio de un país con respecto al Comercio Internacional en un período dado *no significa* que el bienestar de este país, al final del período, se vea afectado desfavorablemente (1961: 326).

Para demostrar su argumento, juega con la idea de "términos de intercambio de un solo factor", en lugar de tomar como base para el análisis el valor del intercambio entre mercancías. Con esto —sin desmentir la tesis Prebisch-CEPAL— alerta sobre el dinamismo requerido para entender los procesos de desarrollo económico. Dicho de otra forma: puede haber transferencia de recursos al centro, vía comercio exterior y, al *mismo tiempo,* gracias a los aumentos de productividad, puede haber crecimiento económico y hasta aumento del nivel de vida en la periferia. Así se puede ensanchar la brecha entre países desarrollados y en desarrollo, y el nivel de vida, en estos últimos, también puede aumentar en ciertos casos.

Haberler también intentó herir los fundamentos de la explicación cepaliana y *negar* la validez de la idea de que es por medio de la defensa de los sueldos y ganancias de los países industrializados que son bloqueadas las transferencias de las ventajas del progreso técnico. Argumentó que la concurrencia entre capitalistas y la quiebra del monopolio técnico ejercido por Inglaterra invalidaría el argumento de la CEPAL. Los productores de materias-primas, según Haberler, saben defenderse muy bien; quienes sufren son las capas de rentas fijas de los países desarrollados.[10] De igual forma, criticó las interpretaciones

---

9 La crítica más consistente a la existencia de esta tendencia —dejándose de lado las infundadas objeciones metodológicas en relación a los años base, a los países de referencia, a la confiabilidad de los datos etc., fue la de Gottfried Haberler (Ellis, 1957: 325-351)—. Su argumento básico es que la relación entre los precios de las mercancías no es un indicador adecuado para medir la relación de intercambio. Mejor sería analizar el "intercambio de un solo factor", aislando los efectos de alteraciones de productividad en una mercancía de exportación sobre el precio internacional del producto. Podría suceder una baja de precios relativos menor de que la reducción de costos inducida por el cambio tecnológico.

10 El argumento de Haberler, aunque específico en lo que refiere a las víctimas de la explotación (las capas de rentas fijas), guarda similitudes con el argumento de

de los efectos esperados de la Ley de Engels sobre el comercio internacional, enfatizadas más por Singer que por la CEPAL. Él dice que, aunque esta ley pudiera afectar a los productores de alimentos, sería, sin embargo, inadecuado generalizar sus consecuencias para el conjunto de los productores primarios, ya que no afectaría la producción mineral.

Los argumentos de Haberler, a pesar de sus fundamentos conservadores, también apuntan a una importante brecha en los trabajos iniciales de la CEPAL; la falta de mayor explicitación sobre el papel y la naturaleza de los ciclos económicos y su distinción frente a las tendencias de empeoramiento constante. Más tarde, en la pena de los epígonos, los efectos de las recesiones fueron tomados como expresión de tendencias irreversibles. A partir de esta concepción se imaginó un empeoramiento continuo y creciente no solo de la relación entre países desarrollados y subdesarrollados, si no de su propia situación de subdesarrollo.

En cierto modo, la perspectiva "catastrófica", que llevó mas tarde a la formulación de teorías del "desarrollo del subdesarrollo", estaba incrustada en la propia explicación cepaliana. Sería incorrecto, sin embargo, suponer que el énfasis de la argumentación de la CEPAL sobre las deficiencias del mecanismo de mercado internacional hubiese llevado a formulaciones predominantemente estáticas o catastróficas. Estas, si estaba contenidos en las formulaciones que he criticado, se contenían más virtualmente de que al pie de la letra. Solamente aparecerían si el campo teórico en que se situaron fuera plenamente desarrollado. El documento de 1949 incorporaba la idea de ciclos. Presentando la tendencia al agravamiento de las relaciones de intercambio en perjuicio de los países subdesarrollados, afirma que los precios de los productos industriales cayeron *menos* que el precio de los primarios durante la recesión, mientras en el final de los picos los productos primarios subirían más deprisa; la *resultante* sería negativa para los productos primarios. Sería inadecuado, por lo tanto, pensar que el diagnóstico cepaliano se basaba, como Haberler dio a entender, en una concepción puramente estática de las relaciones Centro-Periferia.

Bettelheim para criticar a Emmanuel. De hecho, Bettelheim rechaza la idea de que la "tarifa de explotación" sea mayor en los países pobres. Por definición (si se considera la relación entre masa de plusvalía generada y capital variable) el desarrollo de las fuerzas productivas acarrea una mayor tarifa de explotación. Sin embargo, el modelo teórico propuesto por estos autores no es suficiente para discutir la cuestión de la pobreza, puesto que puede haber mayor explotación y un nivel de vida más elevado, *simultáneamente*. La falta de claridad sobre los términos involucrados en el debate muchas veces confunde la discusión sobre estas cuestiones.

Prebisch incluso se convirtió, en su *política económica,* un fuerte defensor de la creación de condiciones para disminuir la brecha entre Centro y Periferia. El argumento teórico, sin embargo, podría dar margen a interpretaciones ambiguas y fue de estas de las que se valió Haberler.

Otros economistas hicieron como Haberler: dieron un paso atrás en el debate. Entre estos se destacó el Prof. Jacob Viner.[11] Lo cito:

> Lo que yo encuentro en los estudios de Prebisch y en otras publicaciones de carácter similar provenientes de las Naciones Unidas y de otras fuentes es solamente una identificación dogmática entre agricultura y pobreza, y la explicación de la pobreza de la agricultura por reglas inherentes a la naturaleza y a la historia, según las cuales los productos agropecuarios tienden a entrar en relaciones de intercambio permanentemente deterioradas comparadas con los productos manufacturados; las poblaciones agrícolas no se beneficiarían del progreso tecnológico de las manufacturas ni siquiera como compradores porque los precios de los productos manufacturados no bajan al disminuir sus costos reales. (Viner, 1951: 44)

Y agrega: "Esto no es más que confundir una simple coyuntura con leyes de tendencia inexistentes".[12]

Puesto que no vio en el razonamiento de Prebisch nada más allá de lo expuesto arriba (como ello no exigiera en sí mismo una mayor atención en vista de los datos de las Naciones Unidas, ni llevase a una reconsideración más completa de la teoría del comercio internacional), Viner pasó a "demostrar" que el problema real no estaba en la *agricultura* como tal, ni en la *industrialización* como tal, y sí en relación "a la pobreza y el retraso". ¿Cómo podría, sin caer en una tautología, presentar la pobreza y el retraso como causas de sí mismos? En todo caso se equivocaba en el comentario del razonamiento de Presbisch, ya que este se apoyaba en las tarifas diferenciales de los aumentos de productividad (o del desarrollo de las fuerzas productivas) entre países desarrollados y sub-desarrollados.

La agricultura era ofrecida como ejemplo para enfatizar que, generalmente, en América Latina la productividad se encontraba sector urbano industrial y que por lo tanto la pobreza era mayor en el campo. Y como cualquier persona que supiera algo sobre la agricultura

---

11 Ver al respecto la serie de conferencias pronunciadas por Jacob Viner, de la Princeton University, en Río de Janeiro, a invitación de la Fundação Getulio Vargas en julio y agosto de 1950. Fueron publicadas en portugués (1951).

12 Es difícil entender como Viner puede afirmar que en un período de 70 años —como aquel considerado por las estadísticas sobre intercambio de la Naciones Unidas— es un "período de corto plazo".

argentina no podría dejar de recordar, Prebisch siempre sostuvo que una mayor productividad agrícola constituía un instrumento útil para subir los niveles de vida.

En un terreno puramente teórico, sin embargo, la evidencia de que Viner no había entendido el sentido del principal argumento de Prebisch puede ser encontrada en este fragmento:

> Se afirma también que existe una ley histórica de que el progreso tecnológico es mas rápido en la industria que en la agricultura. Si fuera así, si dicha ley se expresaría por una baja relativa del costo real de la producción de manufacturas, esto contribuiría a producir un momento favorable y no desfavorable en relación a los precios de los productos agrícolas". (Viner, 1952: 144)

Como hemos visto, Prebisch había formulado su crítica justamente porque el intercambio internacional impedía el funcionamiento de este clásico mecanismo.

B. LOS LIBERALES "HETERODOXOS"

El énfasis en la separación entre una posible dirección teórica de las formulaciones cepalianas iniciales (que contenían algo de una visión estática relativa a la naturaleza de la brecha entre Centro y Periferia) y las proposiciones de una acción práctica para disminuir dicha brecha ayudan a comprender parte de la crítica hacia la CEPAL.

Conviene tener presente que las formulaciones económicas entonces vigentes (descontándose el análisis marxista) sobre cómo romper el círculo de hierro del subdesarrollo ponían todo el énfasis en la formulación del capital, concebido como un "factor" que dependía de dos mecanismos:

- la inversión extranjera;
- las exportaciones generadoras de "excedentes".

Se percibe que en lo que se refiere a las exportaciones e importaciones, el énfasis estaba puesto en que, incluso sin la industrialización, la periferia podría beneficiarse con el progreso del Centro porque existían mecanismos igualadores en el comercio internacional. Y en relación a las inversiones extranjeras, aun los mas ortodoxos defensores de sus ventajas, como Ragnar Nurkse, reconocían que ellos tendían a concentrarse en los sectores colonial-exportadores y que la estrechez del mercado interno se volvía un impedimento para atraer inversiones industriales para los países subdesarrollados.

Así, de alguna manera, las teorías vigentes sobre el desarrollo o reposaban en las ventajas del comercio internacional, o, de cualquier modo, terminaban por aceptar el círculo vicioso de la pobreza como elemento limitante fundamental de las economías periféricas.

La formulación crítico-liberal más prestigiosa sobre el subdesarrollo, en el inicio de los años cincuenta, provenía de un discípulo de Wicksell, que rompió con la ortodoxia: Gunnar Myrdal. Con la mirada crítica entrenada en su magistral obra sobre los negros norte americanos, Myrdal incorporaba sus preocupaciones, desde *An American Dilema,* una perspectiva "estructural". Sus análisis fueron ganando densidad política, como lo afirma *The Political Element in the Development of Economic Theory,* publicado en Londres en 1953. Pero cuando Myrdal desarrolló su hipótesis sobre la "causalidad circular y acumulativa" —que brindó elementos teóricos más sofisticados y sumó elementos críticos de teoría política a la vieja idea del círculo vicioso de la pobreza— tenía mucho más presente la situación asiática. Incluso en su obra cumbre, *The Asian Drama,* los males del subdesarrollo diagnosticados suponen una amplia economía campesina y condicionantes extra-económicos del desarrollado basados en una estructura de poder no secularizada.[13]

En el debate latinoamericano —que versaba sobre una región mucho más urbanizada y más alejada del desarrollo capitalista del centro— el gran argumento académico era el de la circularidad de la pobreza gracias a la timidez de los mercados. El peso de los factores extra-económicos era menos visible e impactó menos a la teoría económica.

Nurkse, en conferencias pronunciadas en Rio en julio y agosto de 1951, situó claramente la cuestión (1955): la limitada magnitud del mercado interno sería el mayor obstáculo al desarrollo.

¿Cómo romper esta barrera?

La respuesta de Nurkse también es clara. En situaciones marcadas por el círculo vicioso de la pobreza no se puede confiar en el automatismo de la Ley de Say: es necesario que ella se aplique de modo que produzca un efecto en cadena. Comentando el artículo anterior de Resenstein Rodin sobre la industrialización del Este y Sudoeste europeos, que mostraba las limitaciones de la concepción de una oferta *necesariamente* auto-soluble, Nurkse diagnostica:

13 Para los fines de nuestro análisis, la formulación más completa de la teoría de la causalidad circular y acumulativa se encuentra en Gunnar Myrdal (1965).

- solo el aumento de la productividad genera, realmente, una expansión del mercado (por lo tanto, influjos monetarios no producen más que inflación y la exportación *per se* no resuelve, si no que reproduce, el círculo vicioso);
- sin embargo, no es suficiente un aumento aislado de productividad: solo el encadenamiento y la complementariedad básica producida por una "ola de inversiones de capital en varias industrias" rompe el círculo;
- Schumpeter, con su teoría del empresario innovador y de las sucesivas olas de actuación empresarial, daría el soporte sociológico-económico a la teoría del primer impulso.

Así, se presentaba una elegante formulación de la llamada "teoría del crecimiento equilibrado" [14] basada en la ampliación de la magnitud global del mercado y en el aumento de los estímulos a la inversión industrial en general.

La discusión —cuyo desarrollo no cabe seguir en este trabajo— sobre lo que significa "amplitud de mercado" en su relación con el tamaño de la población y con el espacio geográfico fue intensa, en el inicio de los años cincuenta.[15] Y ni todos los economistas de los países desarrollados concordaron con Nurkse. Sin embargo, como veremos adelante, él hubiera hecho mas énfasis en realzar la necesidad de capital extranjero en lugar de los ahorros internos para aumentar

---

14 Fueron varios los autores que se orientaron por la teoría del "desarrollo equilibrado". Rosenstein Rodin, por ejemplo, después de rechazar las ventajas del desarrollo nacional autárquico y proponer un estilo de desarrollo basado en sustanciales inversiones y préstamos internacionales, también defendió una estrategia de crecimiento a través de industrias diferentes y complementarias, planeadas a larga escala. La industrialización de la periferia, por este mecanismo, tendría la ventaja de absorber las poblaciones rurales, en lugar de llevarlas a la emigración para engrosar el caldo de capital de los países ya desarrollados (Rodin, 1943: 245-255). En otro trabajo redefine las ventajas de la concentración y de darse un "gran impulso" a las economías atrasadas a través de inversiones de gran proporción. Ver Rosenstein Rodin, "Notas sobre la teoría del gran impulso" (Ellis, 1957: 67-93).

15 Un interesante desarrollo de esta discusión se encuentra en un autor que, en general, es visto como anticepaliano, Alejandro Kafka. Ver su artículo "Algunas Reflexiones sobre la Interpretación Teórica del Desarrollo Económico de América Latina" (Ellis, 1957: 3-35). Kafka discute la magnitud del mercado, tanto en términos del tamaño de los países como de sus recursos naturales, sin minimizar los efectos del comercio internacional para el desarrollo, a la condición de que exista "capacidad empresarial" para aprovecharlos. Aunque sea, es este sentido, cercano a Nurkse, lo interesante en el argumento de Karka es que él presenta las ventajas del desequilibrio, inclusive aquellas derivadas de la concentración de renta, para proporcionar un impulso de desarrollo. Este tipo de pensamiento tuvo influencias decisivas en las teorías del "crecimiento acelerado", de los años 1965-1975.

la productividad *per capita* y romper el círculo de hierro del retraso, compensó, a través de la teoría del "desarrollo equilibrado", un pensamiento *favorable* a la industrialización.

Albert Hirschman, con la sensibilidad que lo caracteriza, y siempre atento a la dialéctica de lo inesperado, empezó a proponer, en una conferencia dictada en 1954, una estrategia de desarrollo distinta. En lugar de adoptar la hipótesis del "crecimiento equilibrado" con su evidente preocupación por la falta del capital, Hirschman señaló que los desequilibrios fomentan, a veces, reacciones correctivas. También sugirió que una cadena de exigencias tecnológicas podría requerir nuevas inversiones; de modo que es importante considerar los efectos sucesivos que preceden o siguen las inversiones. Más tarde, en 1958, Hirschman publicó *Strategies of Economic Development,* donde dio consistencia teórica a sus hipótesis en relación a los efectos en cadena, "hacia delante y hacia atrás" (*backward and forward linkages*), como elemento clave en el proceso de desarrollo. Al mismo tiempo su libro vino a recordar ciertas posibilidades importantes y desapercibidas del desarrollo económico y oportunidades disponibles, a pesar de la escasez de capitales.

Albert Hirschman no fue un adversario de las afirmaciones de la CEPAL sobre la industrialización, sino un partidario con mirada crítica. Mostró que en el proceso de acumulación de capital el esfuerzo creativo interno es más importante, para las estrategias del desarrollo, que el lamento permanente respeto de la escasez del capital. Como su obra fue escrita durante la segunda mitad de la década de 1950, Hirschman pudo ser considerado, entre los economistas no latinoamericanos, como un pionero de la defensa de las ventajas del planeamiento y de la intervención pública en la economía. Algunas de sus explicaciones, como las referentes a la inflación y a los problemas de balance de pagos, se acercan a las consideraciones estructuralistas de la CEPAL, a pesar de haber sido propuestas independientemente.

Tanto Nurkse como Hirschman pasaron, por lo tanto, a interesarse no tanto por los efectos "automáticos" de la teoría de las ventajas comparativas, sino por los problemas reales del desarrollo: cómo acumular o utilizar mejor el excedente para —a través de la industrialización— romper con el retraso y el subdesarrollo.

C. LOS MARXISTAS

Fue a partir de la segunda versión leninista sobre el imperialismo que los economistas marxistas contemporáneos propusieron sus propios modelos frente a las formulaciones iniciales de la CEPAL. Dobb utiliza el razonamiento clásico marxista: la expansión de capitales sucederá en la periferia porque la elevación de la composición orgánica de

capitales en los países industrializados acelera la tendencia a la baja de tarifas de ganancias; luego los países coloniales, con trabajo abundante y barato y más baja composición orgánica de capital, atraerían inversores externos (Dobb, 1945).[16] Baran, que publicó un artículo en 1952 sobre "An interpretation of economic backwardness", recoge la herencia de la segunda versión de las relaciones centro-periferia de Lenin, sin poner mucha atención a la tradición ortodoxa marxista (en parte rescatada por Dobb) que veía en la industrialización de la periferia una consecuencia natural de la expansión capitalista mundial.

En efecto, Baran acepta la tesis de la estrechez del mercado como factor limitante del desarrollo: "La escasez de fondos de inversión y la falta de oportunidades de inversión representan dos aspectos del mismo problema. Un número mayor de proyectos de inversión, no lucrativo en las condiciones prevalecientes, podrían volverse más prometedores en un ambiente general de expansión económica" (Baran, 1963: 83). Consecuentemente, se vuelve "industrialista", por el mismo argumento de que es necesario aumentar la productividad y que la agricultura desarrollada requiere industrialización. Discute, además, los programas proteccionistas, de reformas fiscales etc., *pero* los condiciona al análisis político de las estructuras de poder vigentes. Sin modificaciones radicales de estas, el programa de reformas se vuelve ilusorio: "Para que los países menos desarrollados entren en la vía del crecimiento económico y del progreso social, la estructura política debe ser remodelada de manera drástica. Deben ser rotas las alianzas entre los señores feudales, los industriales conservadores y las clases medias capitalistas" (Baran, 1963: 91).

Más tarde, en el libro publicado en 1957, Baran reformula su punto de vista. Mantiene las críticas a las condiciones políticas negativas al desarrollo, pero critica a Nurkse y Hans Singer, sustituyendo la idea de la inexistencia de capitales (estrechez del mercado) por la de utilización inadecuada del "excedente económico" en los países subdesarrollados. También limita el alcance de las hipótesis sobre el deterioro de los términos de intercambio porque ella no afectaría a todos los países, y porque la necesidad monetaria sería pequeña en muchos de ellos.[17]

---

16 Paul Singer llama la atención sobre el desarrollo contradictorio del pensamiento de Dobb que, después de mostrar que habría inversiones en la periferia para contornar la tendencia a la baja de tarifa de ganancias, dijo que la producción industrial en las colonias será complementar y no rival al de la metrópoli (Singer, 1977: 16).

17 El libro de Baran (1957), es curioso en lo que concierne a la posición de la corriente neomarxista americana frente a las cuestiones del desarrollo. Baran hizo la crítica sistemática de la solución propuesta por Nurkse y acepta, con limitaciones, por Prebisch, sobre el papel de las inversiones extranjeras; ver capítulos VI y VII.

Baran introduce la idea de "excedente económico" y muestra que existe una utilización socialmente irracional de este y que, en cualquier circunstancia, su aplicación adecuada solucionaría la supuesta escasez de capitales. Las inversiones extranjeras no resuelven, si no que agravan las distorsiones en el uso del excedente.

Sin embargo, curiosamente, Baran no soluciona una contradicción en su exposición:

- admite y desarrolla la creencia marxista en el dinamismo del capitalismo y en el papel de la industrialización para llevar adelante el desarrollo (negando la validez de la explicación mecánica de que son las inversiones extranjeras aisladas —en carreteras y energía, por ejemplo— que *provocan* el desarrollo cundo el proceso real sigue, para Baran, la secuencia opuesta);
- consecuentemente acepta la teoría del "efecto acumulativo de las inversiones" al estilo de R. Rodin (ver p. 201 de la 7ª edición castellana de *Economía Política del Crecimiento);*
- rehace el argumento para hacer énfasis en la inversión *interna* y en el proceso de división social del trabajo;
- pero no enfatiza suficientemente el desarrollo de las fuerzas productivas.

Por esto, minimiza la importancia de la balanza de pagos y del deterioro de los términos de intercambio en el proceso de desarrollo. La explicitación coherente de su argumento llevaría a imaginar una tecnología autóctona (cosa que, en efecto, hace) o a tomar más en serio los efectos del deterioro de los términos de intercambio sobre el desarrollo.

No sigue esta vía y concentra la crítica en la tendencia al consumismo de las clases altas, en detrimento de *inversiones reales* (expansión de los medios de producción). Baran registró algo muy importante en la estructura del subdesarrollo, a saber, que se gasta en el país una pequeña parte de las inversiones industriales porque la adquisición de máquinas y patentes en el extranjero consume el grueso de las inversiones, pero *no* dio a este argumento el peso debido. Así, presentó una teoría que acepta que "la inversión tiende a convertirse en autogeneradora, y su carencia en auto-estancadora" (Baran, 1963: 201), y que observa en el uso irracional del excedente un factor *que frena* del desarrollo. Este llevaría a los países periféricos al estancamiento económico, del que solo saldrían por vías políticas.

Así, mientras la inspiración marxista más clásica no podía concordar con el análisis de la CEPAL porque *no veía* como un problema la falta de capitales, la tradición más política del análisis de Lenin, aceptada *ipso facto* por Baran, percibía la existencia de un problema que aparecía como si fuera de mercado y de insuficiencia dinámica de capitales. Sin embargo, al contrario de Presbisch, no creía que las reformas, el aumento de la productividad y la inversión de capital extranjero pudiera alterar drásticamente las condiciones prevalecientes en el subdesarrollo. Solo una revolución socialista liberaría las fuerzas productivas y permitiría elevar el nivel de vida de las masas, a través del mejor uso de excedente disponible.

Más recientemente, hubo un reposicionamiento de tesis cepalianas por economistas marxistas. Arghiri Emmanuel propuso, veinte años después de Prebisch, una teoría del "intercambio desigual". Solo que, en lugar de explicar la desigualdad al nivel del sistema productivo y de las peculiaridades de la organización de las empresas y de la lucha de clases, Emmanuel hizo énfasis en las desigualdades al *nivel de los intercambios*.

A partir de ahí hubo toda una derivación del debate escolástico marxista reciente sobre la "explotación" en el comercio internacional y las tarifas diferenciales de composición orgánica del capital entre centro y periferia. Charles Bettelheim critica —desde mi perspectiva— las proposiciones de Emmanuel mostrando que "explotación" en la teoría marxista se refiere a las relaciones *entre* clases (el propio capital, en aquella concepción, es una *relación social de explotación)* y que no se debe olvidar que la desigualdad de tarifas de composición orgánica del capital entre sectores de la economía o entre economías nacionales (es decir, de proporción entre el capital constante —máquinas y materias primas— y el capital variable, los sueldos) es un efecto de la desigualdad del *desarrollo de las fuerzas productivas*. Estas, a su vez, dependen de la desigualdad de las condiciones sociales y materiales de producción. Por esto parece inadecuado hablar en términos de explotación al nivel del comercio mundial, sin especificar los mecanismos de la explotación de clase que la provocan.[18]

---

18 Mas recientemente, economistas africanos y europeos desarrollaron una teoría llamada de "*l'échange inégal*" que, mirando hacia los efectos del desarrollo del capitalismo a la escala mundial (como Samir Amin), propusieron un modelo del mismo tipo, pero alineando formalmente de modo opuesto a las causas de la desigualdad: parten de que porque las industrias del centro son monopolistas los precios bajan y por eso los trabajadores pueden conseguir mayores salarios (Amin, 1973). El fundamento teórico de Amin se encuentra en su libro *L'accumulation à l'échelle mondiale* (1970). Rehaciendo la crítica de la teoría de la División Internacional del Trabajo, además de Amin, varios otros economistas retomaron el tema cepalino (aunque no

IDEAS EN LA PRACTICA

Es interesante percibir que, aunque el raciocinio de Prebisch y de la CEPAL estuviera basado en la necesidad imperiosa de aumentar la productividad *per capita* y de obtener, simultáneamente, la acumulación de capitales para elevar el bienestar de la masa de la población, este punto fue sumamente criticado por la izquierda y por la derecha. La izquierda lo criticó porque, una vez más, faltó la *explicitación* de los mecanismos por los que se compatibilizarían las dos metas; la derecha, porque no vio en el Manifiesto Latinoamericano (como llamó Hirschman al documento de 1949) más de que una acusación a los países ricos y una distribución internacional de formas capitales y aumentar la productividad.

Prebisch, sin embargo, fue explícito. Nos mostró que:

- el comercio internacional debería ser activo para ayudar al crecimiento de América Latina (Prebisch, 1949: 49);
- el aumento de la productividad era indispensable;
- sin acumulación, no habría desarrollo;
- sin embargo, insistió que este proceso no debería suceder a través de la compresión del consumo popular, que ya era muy bajo.

Cito textualmente fragmentos del artículo mencionado:

> "Para formar el capital necesario para a la industrialización y al progreso técnico de la agricultura, no parecería indispensable comprimir el consumo de la gran masa, que, en general, es demasiadamente bajo" (Prebisch, 1949: 51). Y aún: "si, por un lado, con el progreso técnico se consigue aumentar la eficacia productora, y si la industrialización y una adecuada legislación social por otro lado van elevando el nivel del salario real, se podría corregir, gradualmente, el desequilibrio de remuneraciones entre los centros y la periferia, sin prejuicio de esta actividad económica esencial (la exportación primaria)" (Prebisch, 1949: 53). Prebisch llega a poner límites a la industrialización (y al proteccionismo, en consecuencia) en función de aquellos objetivos: "si el propósito es aumentar lo que se llamó con justeza *bienestar mensurable de las masas*, conviene tener presentes los límites más

---

conocieran todos los textos escritos veinte años antes por Prebisch, Furtado y otros). Ver A. Emmanuel (1972). Como reacción a todas las corrientes, desde las cepalinas hasta las del "intercambio desigual", Christian Palloix los critica por no haber visto el desarrollo interno de las fuerzas productivas de la periferia. Sin embargo, se olvida de las "teorías de la dependencia" y no hace la articulación entre la reproducción interna y la expansión del capital monetario internacional (Palloix, 1971).

allá de los cuales una mayor industrialización podría significar perdida de la productividad" (Prebisch, 1949: 52).

A. LAS POLÍTICAS DE DESARROLLO

Más que en el debate teórico, las proposiciones cepalianas se abrieron a la crítica cuando pasaron a sustentar políticas determinadas.[19] En primer lugar, porque ellas hicieron énfasis en los desequilibrios estructurales y los economistas más preocupados con el corto plazo y con los aspectos monetarios del desarrollo vieron en ellas el riesgo de una retórica anticapitalista. La discusión sobre la inflación (en la cual no entraré) es el ejemplo más claro de este diálogo de sordos.

En el plan de las metas básicas y de los instrumentos de política económica para alcanzarla, hubo poca variación en la postura de la CEPAL durante los años cincuenta:

- industrialización y "sano" proteccionismo;
- política adecuada de asignación de los recursos externos;
- programación de sustitución de las importaciones;
- especial atención para no disminuir aún más los salarios, en el proceso de industrialización y para evitar la reducción de la capacidad de consumo de las grandes masas.

Las cuestiones eran claramente candentes. La CEPAL ha sido cuidadosa, hasta el final de los cincuenta, en la proposición de medidas social y políticamente complejas, como la reforma agraria y las políticas de ecualización social. Aun así, hablar de controles monetarios y de *programación* de inversiones parecía, para las miradas conservadoras, como algo herético.

Además de las declaraciones sobre el nivel de vida de las masas, en documentos como los transcritos arriba, el énfasis de las políticas cepalianas era puesto en la necesidad de la industrialización "programada", con los mecanismos necesarios de controles monetarios. La implementación de estas políticas suponía, sin embargo, la defensa de la necesidad del desplazamiento de los centros de decisión haca la periferia y, consecuentemente, el fortalecimiento de la capacidad decisoria y reguladora del Estado. No es difícil, por lo tanto, entender el

19 La mejor discusión sobre la CEPAL y su estrategia de desarrollo se encuentra en Albert Hirschman (1971). Este ensayo y el otro del mismo libro, "The Political Economy of Import-Substituting Industrialization in Latin America" son básicos para la comprensión de la historia de las ideas y del proceso de desarrollo.

porqué de la reacción liberal-conservadora contra la CEPAL. Incluso sin exacerbar la "cuestión social", sus ideas eran inquietantes.

Bajo este aspecto es curioso que, de algún modo, en el plan puramente ideológico, en la medida en que los formuladores de las soluciones inspiradas en el pensamiento marxista también criticaron la supuesta existencia de una alianza "feudal-imperialista", había cierta coincidencia entre ellos y algunas de las posiciones de la CEPAL. El lenguaje era distinto, los fundamentos de la explicación también, pero ambas vertientes veían en el *exterior* el principal enemigo y ambas coincidían en que sin un esfuerzo interno para remover "obstáculos al desarrollo" —los sectores tradicionales— no habría mejoría del nivel de vida de las masas. Estas coincidencias dieron una coloración levemente roja al pensamiento cepaliano.

Prebisch y la CEPAL, así como los representantes de este pensamiento en los países —el ejemplo más brillante fue el de Furtado con la SUDENE— se mantenían firmes en relación a la necesidad de industrializar y programar. Y mantenían el objetivo de aumentar el bien-estar de las masas.[20] No desdeñaban, sin embargo, políticas específicas para esto. Ni se puede pensar, por otro lado, que defendieran el proteccionismo a *outrance:* Prebisch siempre defendió la necesidad de alguna concurrencia. Su desconfianza frente al estatismo de tipo soviético llegaba al punto de preguntar si los éxitos innegables de la economía soviética —que los deslumbraban— no se debían más a la ampliación del sistema educacional y a la movilidad de la sociedad soviética que a la centralización excesiva (PLANDES, 1962: 150).

Más tarde, alrededor del final de la década, la CEPAL incorporó a su lucha por la industrialización y por la programación económicas la idea de la integración, Pasó a proponer y a implementar la formación de "mercados comunes" latinoamericanos: la ALALC y al Mercado Centro-Americano. No es difícil percibir que detrás de estos esfuerzos permanece la misma idea de estrechez del mercado —la búsqueda de la ansiada escala para las inversiones— y la noción política de que a través de "bloques" quizás fuera más fácil contraponerse a los intereses del Centro.

No obstante, hay una gran área de indecisión en el pensamiento cepaliano sobre el desarrollo: la política relativa a los capitales extranjeros y a una explicación sobre la naturaleza de la acumulación.

Una vez admitida la tesis de que el desarrollo capitalista depende del desarrollo de las fuerzas productivas (del progreso técnico no *in*

---

20 Es significativa a este respecto la conferencia de Prebisch sobre "La Planificación Económica", donde afirma: "Mediante la planeación, queremos redistribuir la renda, después de haberla subido, a favor de las masas populares" (PLANDES: 1962: 149).

abstracto, sino *incorporado* en la producción social[21]) y que este depende y a su vez altera tanto la división social (e internacional) del trabajo como el modo en que se da la explotación (y acumulación), se vuelven ineludibles ciertas cuestiones:

- ¿Cómo "incorporar" el proceso técnico: vía importación de tecnología, a través de desarrollo tecnológico autóctono o por intermedio de alguna forma de combinación entre ambos?[22]
- ¿Cómo asegurar un proceso de división interna del trabajo que favorezca la acumulación?
- ¿Cómo expandir la participación del Estado en la economía, directamente y a través de impuestos, para aumentar las probabilidades de la industrialización?
- ¿Cómo justificar la acumulación, reconociendo que ella supone trabajo acumulativo: se imponía alguna teoría de redistribución *explícita* o alguna teoría socialista que enfatizara la naturaleza de clase de la explotación capitalista?

La última cuestión, como dice, quedó en la penumbra en los textos principales, manteniéndose como meta, pero sin que se explicitara cómo alcanzarla, por razones claras para un organismo de la ONU dependiente de gobiernos reaccionarios.

Las dos principales cuestiones, sin embargo, implicaban una discusión sobre el papel del capital extranjero, Y esta se hizo, hasta el final de la década de 1950, de forma inconclusa.

En el artículo de Presbisch de 1950, la receta sobre cómo acumular es la siguiente:

> Para formar el capital necesario a la industrialización y al progreso técnico de la agricultura, no parecería indispensable comprimir el consumo de la gran masa, que, en general, es demasiado bajo. Además de ahorros presentes, las inversiones extranjeras, bien *encaminadas,* podrían contribuir para el aumento inmediato de la productividad por hombre. Lograda, de esta manera, cierta mejoría inicial, se podría desviar una parte importante de

---

21 Presbich nunca aceptó las teorías "populistas" sobre los males del progreso técnico. No obstante, alertaba, desde 1952, sobre el problema del empleo y la necesidad de adaptar la tecnología a las condiciones socio-económicas locales. Su trabajo es extremadamente perspicaz y actual en este aspecto (1973: 9-10).

22 Conviene, sin embargo, repetir que, desde el trabajo de 1949, Prebisch tiene presente que para alterar la relación Centro-Periferia seria necesario transferir tecnología sin descuidar de su adaptación debido a los problemas de desempleo y sería conveniente industrializar, pero sin mirar la autocracia.

> la producción para la formación de capitales, evitando un consumo prematuro. ((Prebisch, 1949: 3)

El realismo de Prebisch lo llevó a ver con cautela la contribución del capital extranjero. En las formulaciones iniciales de su doctrina, aparece como recurso *pro-tempore*: es necesario aumentar la formación interna de capitales para elevar la productividad y el Estado es el agente de aceleración de este progreso; pero teniendo en cuenta que existen distorsiones (inflación, alta propensión al consumo etc.), se recorrerá al capital extranjero. En 1952 Prebisch ya advertía sobre una tendencia cuyos desdoblamientos solo fueron retomados en los años sesenta: la de que había en emergencia la formación de un nuevo mercado para las inversiones extranjeras y que esta era interno (Prebisch, 1973: 7).[23] Criticaba, sin embargo, al capital extranjero por no haber acelerado este proceso. Con este ánimo, resalta el papel del capital extranjero: "Hace falta estimular estas inversiones, no solo por el capital que aportan, sino también por la ayuda técnica que traen consigo, por la propagación del saber hacer, de que tanto se necesita en estos países".[24]

En otros términos: sin explicitar en qué consiste la división *interna* de trabajo que podría propiciar la acumulación, manteniendo, por un lado, la fidelidad al imperativo del aumento de productividad y buscando, por otro lado, no disminuir los salarios reales de la masa de trabajadores, la salida para obtener el impulso inicial sería:

- control y reasignación del "excedente" obtenido por las exportaciones sobre las importaciones;
- desvío de recursos de los bienes de consumo corriente para el sector de bienes de capital;

---

23 "Ahora las inversiones extranjeras son llamadas preferentemente al desarrollo de actividades internas". En el ensayo escrito por Faletto y por mí, en 1966-1967, sobre dependencia, hacemos énfasis exactamente en las consecuencias de este proceso. Baran lo ha percibido solo tangencialmente. Los análisis sobre el imperialismo retenían mucho más los aspectos conectados al colonialismo y a la explotación tipo enclave o de productores primarios de que la industrialización con miradas hacia el mercado interno. Incluso mas recientemente, autores sofisticados como Mandel siguieron pensando la relación entre centro y periferia a la luz de las viejas relaciones imperialistas-exportadoras.

24 Se percibe, sin embargo, que en el mismo texto Prebisch muestra que los países periféricos deben hacer el esfuerzo de capitalizar la producción primaria para poder mejorar el nivel de vida de la población y que "la inversión extranjera, que antes era el elemento principal (en la producción primaria), pasa ahora a ser elemento suplementario, si bien de considerable importancia" (1973: 42).

- recurso adicional —pero importante— al capital extranjero para acelerar tanto la formación de capitales como el progreso técnico.

La trayectoria posterior de Prebisch – que escapa a los objetivos de este capítulo – fue consecuente con esta visión: tratados multilaterales de comercio internacional para defender el precio de los productos primarios —UNCTAD— y proposiciones para la multi lateralización y aumento de la "ayuda externa", para la obtención de aquel mínimo de capital y técnica adicionales para garantizar el gran salto para adelante en términos de industrialización y desarrollo.

B. ADAPTACIONES DEL PENSAMIENTO CEPALIANO A LAS SITUACIONES EMERGENTES

En sus líneas generales, las páginas anteriores resumen el pensamiento de la CEPAL (Prebisch, 1973: 8)[25] en su ápice. El cotejo con lo que se pensaba en la época indica la originalidad de las proposiciones cepalianas, sus fuentes y limitaciones. Indubitablemente, sin embargo, la argumentación teórica y las soluciones propuestas —aunque yo no haya analizado con detalles estas últimas— muestran cierta capacidad de reponer temas y soluciones en función de una situación histórica dada. En este sentido, no me parece que exagero si digo que hay un pensamiento económico latinoamericano. Sería ingenuo pensar que él no se nutrió de los modelos clásicos y de sus desarrollos. Pero recalentó la herencia teórica recibida para volverla más dúctil y capaz de explicar situaciones nuevas que emergieron.

A partir de la mitad de los años cincuenta, más o menos, ocurrió un cambio en el ritmo y forma del movimiento internacional de capitales y en la propia organización de las empresas capitalistas internacionales. Estas transformaciones alteraron la forma de las relaciones Centro-Periferia. No haré aquí siquiera la síntesis de este proceso. Es suficiente indicar que la actuación de lo que vino a llamarse Empresa Multinacional aumentó considerablemente. Aún más: estas empresas – algunos viejos *trusts* transformados en conglomerados y diversificando sus inversiones a escala mundial o nuevas organizaciones que surgieron con este carácter —pasaron a *intensificar* las *inversiones industriales en la periferia*—.

25 Para una antología con los principales textos, ver CEPAL (1969). Para evaluar la forma como se trasmitían los "enseñamientos de la CEPAL", a la mitad de 1960, ver las apostillas de la cátedra de "Desarrollo Económico", hechas por Oswaldo Sunkel y sus colaboradores. El libro de Sunkel y Pedro Paz (1970) ya agrega otros desarrollos del pensamiento latinoamericano.

Así, después de la Segunda Gran Guerra, *parecería* justificado el "optimismo" de los teóricos marxistas sobre los efectos que la expansión de capitales tendría para la industrialización de la periferia. Si hasta la mitad de los años cincuenta la lucha a favor de la industrialización periférica era, *al mismo tiempo,* una lucha antiimperialista, porque los *trusts* invertían poco en el sector secundario de la periferia, a partir de esta fecha la industrialización pasó a ser un objetivo del capital extranjero en algunos países de la periferia. Las relaciones entre las políticas públicas, las empresas del Estado y el capital externo se volvieron mas grandes y más complejas.

No obstante, la percepción intelectual de este proceso se dio de modo tardío en América Latina. La política norteamericana, especialmente durante la época de Kennedy y de la Alianza para el Progreso, aceptó parte de la crítica implícita en los análisis cepalianos pero *cambió su énfasis*. Trajo al primer plano las discusiones sobre los "obstáculos internos" al desarrollo —los sociales y políticos— y patrocinó explícitamente formas más activas de cooperación internacional, a través de la creación del Banco Interamericano de Desarrollo que pasó a financiar proyectos de salubridad, de reformas agrarias, de carreteras etcétera.

De algún modo la CEPAL se vio abrumada por esta política y en ella casi naufragó teórico-ideológicamente. La reunión de la OEA de Punta del Este en 1961 representa el punto más esplendoroso del afán reformista político-social americano en su encuentro con la crítica cepaliana. Hubo una legitimación de temas antes peligrosos, como reforma agraria, reforma de los impuestos, planeación etc. Pero también hubo el olvido momentáneo de las cuestiones estructurales de base: los términos de intercambio, la disparidad del progreso técnico y de los niveles salariales reales entre Centro y Periferia etc. A tal punto que parece justificable decir que el pensamiento cepaliano de esta época entró en la fase de declive relativo. A la consistencia y sencillez del momento de cumbre sucedió un período de creciente prolijidad e imprecisión teóricas en los textos de la CEPAL.

Al mismo tiempo en que cambiaba la forma de relación entre Centro y Periferia, por el desplazamiento de capital productivo a la Periferia (CEPAL, 1964) y por su forma oligopólica, el pensamiento económico latinoamericano registraba "tendencias al estancamiento" —confundiendo el ciclo recesivo que se abrió en el inicio de la década de sesenta con una ley relativa a la dificultad, si no a la imposibilidad, del desarrollo de la periferia—. Regresaba, y esta vez con fuerza, una vertiente del análisis teórico inicial que había quedado en segundo plano gracias a las preocupaciones correctas con el dinamismo del sistema capitalista, que daba norte a los mejores textos de la CEPAL.

He apuntado anteriormente la posibilidad de este desdoblamiento a partir de algunas de las líneas analíticas de la CEPAL. No obstante, esta no fue sino hasta los años sesenta la principal corriente del pensamiento cepalino. Parece que la crítica persistente de la izquierda (recuérdese las tesis de Baran de 1957) y el fracaso de las políticas de industrialización para mantener el nivel de salario real y para absorber la población económicamente activa —dado el crecimiento demográfico, las migraciones rurales-urbanas y el impacto inicial del estilo capital-intensivo de la industrialización— terminaron afectando ciertas convicciones bien asentadas en la CEPAL y de indiscutible arraigo en el pensamiento económico clásico (tanto liberal como marxista). El *agravamiento* del balance externo de pagos, en el principio de los años sesenta, acentuó todavía más los colores sombríos de los pronósticos de la época.

Sin embargo, no pensemos que este movimiento reflexivo fue hecho en completo detrimento del pensamiento anterior. Las tesis centrales permanecieron, volteándose inclusive a hablar del carácter *temporal* de la necesidad de recurso externos. No obstante, en el documento que resume el pensamiento cepaliano de los primeros años de la década de sesenta (Prebisch, 1963) pasan a ser introducidos *aspectos sociales*. Contradictoriamente, lo que podría haber sido una ampliación a la teoría, fue un factor de perturbación en relación al análisis de la acumulación y del desarrollo.

¿Por qué? Porque el carácter elíptico de la referencia a la explotación de clase, que quedaba en un segundo plano en el análisis original, mostró su fragilidad en la versión renovadora. Se pasó a criticar el "consumismo de las clases altas", la falta de movilidad social para renovar los liderazgos económicos y la mala distribución de renta de las sociedades subdesarrolladas, como si ellas pudieran cargar "distorsiones" y obstáculos insuperables al desarrollo capitalista.[26] El mercado de altas rentas, la inmutabilidad de la situación agraria, el consumo suntuario etc. limitarían la propia utilización de la capacidad industrial ya instalada. La estructura monopólica de las empresas, sumada a un régimen proteccionista, agravarían estas distorsiones.

Las estadísticas mostraban que en el inicio de los años sesenta *disminuía* el valor *per capita* en dólares de las exportaciones, que el deterioro de los términos de intercambio se había acentuado, que disminuirían las exportaciones agrícolas porque, suponía el documento de

26 Se debe notar que Prebisch tomó en cuenta la posibilidad, y probablemente la necesidad, de realizar esfuerzos internos de acumulación de capital que implicaban restricciones en el nivel de consumo de las clases altas. Pero él no presentó el argumento de una manera "estancada".

1963, la demanda internacional de este sector declinaría en los países ricos (Ley de Engel), sin que disminuyesen las necesidades de importación industrial de la periferia.

Por cierto, estos fenómenos eran reales. Su encadenamiento para explicar el movimiento expansivo del capitalismo, sin embargo, llevó a interpretaciones menos felices que sostenían la ausencia de una dinámica capitalista *real* y las dificultades para la obtención de efectos de desarrollo *reales*.

En esta época, la distinción —con fondo moral— entre "crecimiento" y "desarrollo" se popularizó. Este último proceso solo sucedería si hubiera una mejor distribución de renta y de propiedad, permitiendo un desarrollo más completo del hombre. Esta nunca ha sido naturalmente una versión oficialmente aprobada por la CEPAL, pero era vulgarmente adoptada por el pensamiento crítico latinoamericano. La fragilidad de esta posición está en que confunde la *crítica socialista* al capitalismo con su inviabilidad. En la misma época, en la práctica, las empresas multinacionales habían despegado precisamente un enérgico proceso de acumulación que contenía todos los ingredientes criticados arriba.

El pesimismo daba la tónica de los escritos de la época. En el decenio 1965-1975, sin embargo, no solo el comercio mundial fue extremadamente dinámico, si no que los términos de intercambio, en algunos años, llegaron a ser favorables a los productos agrícolas y minerales.

La historia preparó de esta forma una trampa a la ola pesimista. Esta venía de confusiones entre los ideales reformistas —que se fueron explicitando en los documentos de la CEPAL— y el análisis específico del desarrollo del capitalismo. La incompatibilidad entre este y las deseadas reformas motivaba frustraciones; sin embargo, el producto nacional de los países periféricos que se industrializaban no dejaba de crecer y el progreso técnico se acentuaba, a pesar de las "distorsiones".

Aun así, fueron elaboradas hipótesis específicamente estancadas con algo de inspiración neoclásica.[27] Algunos estudios cepalianos que

---

27 Celso Furtado (1966) buscó mostrar que la producción industrial se concentraba en torno de los bienes de lujo, con alta densidad de capital por trabajador con relación a la densidad media de la economía, lo que llevaría a una baja de la relación producto/capital y a mayor concentración funcional de renda. La baja relación entre producto y capital deprimiría la tarifa de ganancia, desestimularía inversiones y reduciría los ahorros. Habiendo abundante oferta de mano de obra y una alta relación capital/trabajo, la renta se concentraría y se perpetuaría el modelo. A pesar del esquematismo del argumento de arriba —y de su equívoco—, es mucho más valiosa e instructiva la caracterización de las contradicciones clásicas que afectan el desarrollo

no llegan a proponer hipótesis estancadas no dejan de señalar las consecuencias de la baja relación entre producto y capital sobre el estilo de desarrollo (Tavares, 1964). El hecho de que, desde entonces, algunos países latinoamericanos se vieron sometidos a regímenes políticos autoritarios permitió a muchos economistas acercarse de manera crítica a los obstáculos al desarrollo y a las consecuencias desastrosas de las políticas económicas impuestas a estos países.

¿UNA VEZ MÁS IDEAS INNOVADORAS?

C. EL ESTILO "PERVERSO" DE DESARROLLO

La crisis teórica por la cual pasó la explicación cepalina y su deficiencia en la comprensión de las transformaciones que sucedieron en la economía mundial no fue, sin embargo, puramente negativa. No hay que olvidar que en este entretiempo la CEPAL como institución siguió produciendo informes sustanciosos,[28] también fue en esta época que hubo una revalorización de la crítica social. Los estudios sobre distribución de la renta —que persistieron como preocupación de la Casa— y los análisis sobre la relación entre progreso técnico y bienestar social se volvieron dominantes. La contribución más creativa, en esta línea de pensamiento, fue la de Aníbal Pinto (1965; 1976),[29] quien insistió sobre la desigualdad interna de la distribución de las ventajas obtenidas con el aumento de la productividad. Pinto especifica en qué consiste para él la "heterogeneidad estructural" de las economías latinoamericanas como algo distinto de las concepciones dualistas. Ella resultaría de una marginalización social y de un estilo de desarrollo basado en polos de modernización, que provoca "una triple concentración de los frutos del progreso técnico, al nivel social, de los "extractos" económicos y al nivel regional" (p. 49).

Reconociendo que hubo un surgimiento de las inversiones extranjeras, Aníbal Pinto reafirma, sin embargo, que el motor del desarrollo seguía siendo el mercado interno. Algunos "dependentistas" ya habían demostrado que no existía más contradicción entre inversión extranjera y demanda interna, ya que las multinacionales que invirtieron en los sectores de consumo durable dependen del mercado interno. Aníbal Pinto reconoce —sin explicitarlo— que no existe estancamiento a

---

capitalista (deuda externa, inflación, falta de capacidad de consumo de las masas etc.) hecho en el mismo libro.

28 Cito, además de las relatorías anuales, e incluyéndome a los análisis económicos, dos trabajos importantes: *El desarrollo económico de América Latina en la posguerra* (ONU: 1963); y *El proceso de industrialización de América Latina* (ONU: 1965).

29 La introducción de Serra es un excelente guía para el análisis del período.

partir de este modelo,[30] cuyo dinamismo no se basa más en los sectores "tradicionales" de la economía, ni en la producción de bienes de consumo durables, como autos, refrigeradores, televisión, etcétera.

Así, se explicita que existe un "estilo maligno" de desarrollo, en la expresión de Ignacy Sachs, que *no supone* en el plano internacional la efectividad de los efectos de "*trickle down*" provocados por las inversiones y por el crecimiento económico. El estilo de desarrollo latinoamericano sería "concentrador y excluyente".

Este punto de vista, empíricamente reconocido y problematizado anteriormente por sociólogos y economistas críticos, generó un sinnúmero de estudios y discusiones, que pusieron énfasis en la falta de capacidad de absorber mano de obra por el tipo de desarrollo industrial vigente y en sus consecuencias sobre la concentración de renta.

La CEPAL, en el informe de 1968, reconoció la discusión y resumió las interpretaciones corrientes. Pedro Vuskovic (1969; 1970) se juntó a la línea teórico-crítica de Aníbal Pinto, sumándole connotaciones algo catastróficas en relación a la capacidad de empleo generada por este estilo de desarrollo y en relación a la capacidad de inversiones de las economías latinoamericanas.

No cabe hacer en este trabajo una reseña detallada de los desdoblamiento del pensamiento cepalino después que fue formulada la idea de que un estilo perverso de desarrollo estaba en marcha.[31] Lo que parece conveniente subrayar es que si el diagnóstico de los años iniciales ha sido brillante en comparación con las primeras revisiones del inicio de la década de sesenta y del pesimismo mal puesto de la misma época, *desde el punto de vista de una crítica más radical* al propio desarrollo capitalista, los equívocos estancados y el pesimismo (que la situaciones de mayor dinamismo, como la brasilera de 1968-1975) mostraron ser poco fundadas empíricamente) generaron dudas y preguntas que permitieron ampliar el horizonte cognoscitivo en relación a la naturaleza social y a los efectos del desarrollo capitalista. Los textos de Aníbal Pinto y Pedro Vuskovic, citados como ejemplo, indican la dirección que el pensamiento latinoamericano de inspiración cepaliana tomaría a partir de aquella época.

---

30 La critica general a la hipótesis estancada se encuentra en Maria C. Tavares y José Serra (1970). Que yo sepa, no hubo crítica explícita anterior a esta.

31 Vilmar Faria analiza bien y con detalles estos desdoblamientos (1976: 41-49). Para una reseña sobre los puntos de vista estancados en la CEPAL, ver Faria (1976: 37-40).

LA DEPENDENCIA ESTRUCTURAL

Alrededor de la mitad de la década del sesenta, dentro y fuero de la CEPAL había empezado otra línea de interpretación —mas sociológica y política— que, aunque no haya sido incorporada inmediatamente al pensamiento de la Casa, apreció en los textos de Vuskovic, de Celso Furtado y, especialmente, de Oswaldo Sunkel. Esta línea pasó a ser conocida como la "teoría de la dependencia".[32]

Hubo varias versiones alrededor del mismo tema. Como he indicado en otro trabajo (Cardoso, 1976),[33] las versiones iniciales escritas en la propia CEPAL entre 1965 y 1966 intentan retomar la cuestión de por qué no se produjeron algunas de las consecuencias de la industrialización periférica en relación al curso del desarrollo y acentúan, en su respuesta, algunos factores que habrían contribuido para esto:

- el primero y principal se refiere a que las inversiones extranjeras se dieron (como hemos visto) en el sector de producción de bienes de consumo durables haciendo que el ciclo de acumulación tuviese que completarse a escala mundial;
- especificando este proceso, quiere decir que las economías periféricas se industrializaron, sin embargo, el sector de producción de bienes de capital (Departamento I en el lenguaje marxista) siguió funcionando en el Centro. Por lo tanto, el dinamismo derivado de las inversiones en el mercado interno se propaga *hacia el centro,* a fin de completar el ciclo expansivo del capital;
- esto quiere decir que las economías centrales y periféricas son "interdependientes" pero a través de una asimetría específica que *repone* la cuestión de una posible deterioración de los términos de intercambio, si, en los sectores industriales, hay diferencias de salarios y de productividad reales entre Centro y Periferia.

Las consecuencias inmediatas de esta verificación pasan a ser, resumidamente, que

- existe dinamismo en la forma de expansión capitalista que yo he llamado de "desarrollo dependiente y asociado";

---

32 Presenté en el ILPES, en 1965, la primera versión de un estudio sobre dependencia en relación al desarrollo. Después de esta versión, Faletto y yo publicamos *Dependencia y Desarrollo en América Latina* (1969).

33 *Ensaios de Opinião*, Río de Janeiro Nº 4, pp. 6-15, 1977.

- pero este dinamismo es parcial y *repone* tanto los problemas del balance de pagos como de la asimetría internacional,[34] basada en desarrollos desiguales de las fuerzas productivas, en tarifas de ganancias y en salarios desigual en el Centro y en la Periferia;
- no subsisten, así, las tesis del "desarrollo del subdesarrollo" o de la súper explotación estancada;
- pero tampoco se puede pensar que las hipótesis de una expansión con efectos similares a lo que sucedió en el Centro sucederá en la Periferia, como tanto creían algunos marxistas confiados en la fuerza revolucionaria del desarrollo capitalista, cuanto algunos analistas orientados por las llamadas teorías de la modernización.

Esta no ha sido la única, ni siquiera la más influyente versión de la "dependencia". Ha habido otras, tanto o más estancadas y catastróficas como algunas hipótesis cepalianas ya criticadas. Y hubo interpretaciones más en términos de la "dependencia nacional" y de las dificultades con la "dependencia externa", que la versión de una "dependencia estructural" que, en líneas resumidas, boceté arriba.

Bien o mal, sin embargo, estos estudios buscan profundizar algunos elementos ya contenidos en las explicaciones de la CEPAL y explicitar tanto la cuestión del capital extranjero como el de la base de clases del desarrollo capitalista.

EL OTRO DESARROLLO

Por fin, en esta ya larga exposición sobre algunas contribuciones y dificultades del pensamiento latinoamericano, conviene decir una palabra más sobre la "crítica de la crítica".

El inconformismo con el "estilo perverso" del desarrollo también permitió un análisis —más sociológico— de los efectos de la expansión capitalista. En la CEPAL, desde los primeros trabajos de Medina Echavarría hubo esfuerzos para sobrepasar el contenido de racionalidad

34 Francisco de Oliveira llama la atención sobre una diferencia esencial, derivada de esta situación, en relación a la forma del ciclo de endeudamiento externo actual y lo que prevalecía en el período agroexportador y en la fase inicial del proceso de sustitución de importaciones. Si antes el problema se ponía al nivel de los intercambios mercantiles para financiar la expansión futura del sector de mercado interno, ahora, después de la internacionalización del capital productivo, es el ciclo de realización del capital financiero a nivel mundial quien comanda este proceso. Y la resolución de los obstáculos en el balance de pago pasa a ser básica para la realización de las ganancias del propio capital financiero y productivo internacional aplicados en la periferia (Oliveira & Mazzachelli, 1977).

formal con que los análisis del desarrollo se contentaban. Marshal Wolfe y sus colaboradores siguieron este estilo de interpretaciones del desarrollo (Wolfe, 1976; Graciarena, 1976), oponiéndose a los análisis que se volvieron moda en la ONU sobre "desarrollo unificado".

En lugar de aceptar la nueva versión de un patrón de desarrollo necesariamente equilibrado, así como fue propuesta en algunos documentos del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, Wolfe y otros sociólogos de la CEPAL sostuvieron que el progreso del desarrollo capitalista es contradictorio por naturaleza. La controversia anterior, entre las teorías basadas en la idea de equilibrio y aquellas —como las de Hirschman— que ponen el acento en los efectos desequilibradores del desarrollo, reaparece en la discusión sociológica. Algunos textos de la CEPAL presentaron una opinión crítica en relación a la posibilidad de existir caminos no contradictorios para el desarrollo como aquellos indicados por los proponentes de un "nuevo orden económica internacional" y un estilo de desarrollo "auto confidente y autónomo".[35]

No es que la generosidad de los que proponen "un otro desarrollo" sea incompatible con el ideario humanista de ciertos sectores del pensamiento crítico latinoamericano. Pero, siendo este pensamiento heredero en amplio sentido de la Escuela Clásica (liberal y marxista, con todas las contradicciones inherentes) por más plagado de contribuciones heterodoxas que enriquecen (y confundieron) las posiciones cepalianas, cuesta aceptar la utopía libertaria de la que se nutren los nuevos críticos. Entre perplejo y desconfiado, el "occidentalismo" cepaliano empieza a masticar conceptos y valores que todavía le son profundamente extraños,

Prebisch logró, en uno de sus textos mas ecléticos (*Transformación y Desarrollo: la gran tarea de América Latina, de 1970),* tragar varias modas: la cuestión del exceso de población y de su crecimiento acelerado, los maleficios relativos de la tecnología *capital-intensive,* la dependencia, las deformaciones de la ocupación etc. Pero en el trabajo recientemente publicado "Criticas al capitalismo periférico" (CEPAL, 1976: 7-74) rehace su trayecto teórico, en una especie de reafirmación del Manifiesto de 1949 *sumado* a temas pertinentes: dependencia, distribución desigual de los frutos del progreso técnico, democratización. El texto prácticamente no rompe la línea —"clásica", me atrevería a decir— de la CEPAL. No contiene, en este sentido, temas o explicaciones solo *ad hoc*. No se encuentra en el documento la incorporación de las cuestiones relativas al "otro desarrollo".

35 Ver el estimulante *paper* de José Medina Echavarría (1976).

Quizás sea por esto la deficiencia de un pragmatismo racionalista. Pero bien puede ser la desconfianza de una escuela de pensamiento que, habiendo intentado producir ideas en el contexto de una situación históricamente dada, visando encontrar salidas frente de impases estructurales, no quiere mas confundir el eventual con el fundamental, el ciclo con tendencia unidireccionales inexorables, la moda y la retórica con problemas centrales de la sociedad y del conocimiento.

Esto no vuelve el pensamiento cepaliano una bandera revolucionaria, pero le asegura, por lo menos, cierta consistencia y permite que se haga su crítica, a partir de puntos de vista más radicales sin que sea necesario tratarlo como "perro muerto", en la expresión utilizada por Marx cuando se recusó a minimizar la importancia de Hegel.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La comparación entre los análisis hechos por la CEPAL sobre el comercio internacional y el desarrollo y las concepciones prevalecientes en el mundo académico de aquella época (década de 1950), muestra que hubo originalidad en las formulaciones cepalianas. Críticas posteriores, aunque reconociendo, en general, el avance cepaliano frente a las teorías neoclásicas y marginales, buscaron limitar la novedad del pensamiento latinoamericano mostrando que sus formulaciones teóricas quedaron lejos de lo que dijo Marx un siglo antes. El argumento puede ser cierto en lo que se refiere a la teoría de la acumulación, pero carece de perspectiva histórica cuando se refiere a los problemas creados por la industrialización de la periferia y los obstáculos que la teoría vigente sobre el comercio internacional imponía a esta. Las formulaciones cepalianas tienen raíces evidentes en el pensamiento económico clásico y en el marxismo y están permeadas por un lenguaje keynesiano. Esta ambigüedad dificulta la determinación del marco teórico en que se mueve el análisis.

La originalidad del pensamiento cepaliano, por otro lado, no consistió apenas en acentuar la existencia de una tendencia a la reproducción de las desigualdades entre naciones a través del comercio internacional y de haberla explicado por la existencia de tarifas diferenciales de salarios y grados distintos de progreso técnico entre el Centro y la Periferia. Esto, por sí mismo, ya constituye una perspectiva de análisis más amplia que la implícita en las interpretaciones alternativas vigentes hasta entonces, Pero la originalidad de la CEPAL reside también en el esfuerzo para transformar esta interpretación en la matriz de un conjunto de políticas favorables a la industrialización. En este sentido, el pensamiento de la CEPAL generó *ideologías* y motivó la acción, abriéndose a la práctica política. Por la misma razón, se volvieron más visibles las debilidades de un análisis que apunta a

las causas de la desigualdad, pero limita la crítica a los umbrales del tema, sin revelar el contenido de clase de la explotación económica entre Centro y Periferia y en la Periferia.[36]

A nivel teórico, la originalidad de la versión cepaliana de la teoría del desarrollo quedó mas implícita que explicita. En la misma década en que ella fue formulada, economistas de Cambridge se dedicaban a criticar teóricamente la noción de "función de producción" y a revertir las teorías de la acumulación. En 1960, Piero Sraffa publicó el libro *Production of Commodities by Means of Commodities,* destinado a provocar un nuevo "regreso a los clásicos". En estos trabajos, especialmente en el de Sraffa, se nota cómo sería posible lidiar de modo riguroso con algunos problemas relativos a la teoría del valor y a los precios relativos —problemas implícitos en el análisis cepaliano— haciéndose la crítica cabal de las teorías marginalizadas.

Por cierto, Sraffa regresa a Ricardo y deja al margen las críticas de Marx a este. También deja al margen la teoría de la explotación y sus consecuencias sobre la lucha de clases, para concentrarse en la demostración del absurdo de las formulaciones neoclásicas sobre función agregada de producción, liberándonos del absurdo a través de la lógica pura, sin decirnos, sin embargo, en qué creer para explicar la acumulación. No obstante, se trata de una "copia" de Ricardo sumamente original, ya que a través de ella se resuelve teóricamente el problema del pasaje de valores a precios y se hace una crítica demoledora de la teoría neoclásica sobre la "función agregada de producción".[37]

Existen puntos de contacto entre la crítica de la "escuela de Cambridge" a las teorías neoclásicas y la crítica cepaliana a la teoría de los factores de producción y a la optimización de las ganancias relativas a nivel del comercio internacional. Los presuntos teóricos de Cambridge no involucran la discusión de la repartición de renta en el mercado internacional, pero podrían, en caso de redefinirse, explicitar mejor las implicaciones teóricas de la crítica cepaliana a las teorías

---

36 La mas desafiadora de las críticas me parece haber sido hecha por Francisco de Oliveira (1972).

37 No cabe, en este trabajo, mayor digresión sobre el tema, que escapa a la competencia de un sociólogo. Lo que Sraffa evidencia es la fragilidad del supuesto neoclásico de la posibilidad de medir la relación entre producto-por-hombre y capital-por-hombre para el conjunto de la economía sin tomar en cuenta el valor, puesto que los bienes físicos medidos son heterogéneos. Consecuentemente, es necesario conocer los precios relativos, lo cuales, a largo plazo, dependen de las condiciones técnicas vigentes, de la relación entre bienes de consumo y de producción y de la distribución del producto entre capital y trabajo. No es posible, por lo tanto, "optimizar los factores de producción" como si capital, sueldos y tecnología fueran dados y "rentables" según una relación técnica entre ellos.

neoclásicas del crecimiento económico. Si los textos de la CEPAL son más amplios que los de la escuela de Cambridge en la interpretación del porqué de las desigualdades —pues incluyen las luchas sindicales y los factores político-institucionales en la determinación del salario e, implícitamente, incluyen la explotación de clase— quedan muy por debajo de ellos en lo que se refiere a los análisis propiamente teóricos de la relación entre crecimiento capitalista y repartición de renta. En lugar de orientar su interés a problemas teóricos, los economistas cepalianos se limitaron a los problemas prácticos.

En los análisis cepalianos coexisten, sin integrarse (y su lenguaje lo denota), explicaciones clásicas, marxistas, keynesianas, neoclásicas y propiamente marginalizadas sobre los mecanismos de los precios del mercado y del crecimiento económico. La poca atención prestada a la teoría económica —explicable por el contexto histórico e institucional, pero no justificable— dificultó el reconocimiento por el mundo académico internacional de la originalidad de la versión cepaliana sobre el subdesarrollo y la desigualdad internacional. Ya es tiempo de volver sobre las evaluaciones hechas y reconocer que, incluso sin explicitar teóricamente sus descubrimientos, la escuela de la CEPAL direccionó críticas no respondidas a la teoría neoclásica sobre el comercio internacional. Rehacerlas, bajo inspiración de Sraffa, es una tarea tentadora para economistas teóricos que quieran utilizar viejos modelos para decir cosas originales.

La reposición de ideas en nuevos contextos, lejos de ser un proceso meramente repetitivo, implica un enriquecimiento. Si existe un mundo para el cual funciona el símil del movimiento continuo e inútil, es el del pensamiento: el trayecto de la "misma" idea en otro universo histórico-cultural la hace otra cosa. Pienso que las formulaciones cepalianas constituyen, en este sentido, un buen ejemplo de originalidad: versaron sobre una temática que se antepuso al pensamiento para enfrentar los problemas que surgieron en la práctica económica y, aunque partieron del instrumental de análisis producido en otros contextos, tuvieron que rehacerlo para intentar explicar una situación de desigualdad en el comercio internacional y justificar políticas favorables a la industrialización de la periferia. Si no fue hecho más, fue porque, como he acentuado, el radicalismo crítico de la CEPAL estaba contenido por su posición político-institucional —ya que al fin y al cabo se trata de un órgano inter-gubernamental— y porque faltó impulso para proponer la temática abordada en la perspectiva de una teoría de la reproducción y de la acumulación capitalista. Si he mencionado la escuela de Cambridge y la Sraffa fue para indicar que incluso dentro de los tímidos límites político-institucionales de la CEPAL, sin asumir la crítica marxista como punto de partida, sería posible

haber avanzado más —y más rigurosamente— en la crítica a la economía académica vulgar, entonces (como actualmente) predominante.

Sin embargo, decir que una perspectiva de análisis intelectual podría haber ido más lejos no implica negar los avances hechos por ella. Al contrario, creo que es propio de la buena teoría deja al lector con agua en la boca. Solo los dogmáticos se preocupan con cerrar el círculo del conocimiento y producen sistemas que crean la ilusión de que ellos son como la vieja esfinge que decía "descíframe o mueres". La creatividad en la ciencia se mide por la gula que una teoría despierta en sus seguidores para superarla y hacerlos tener que decir: sin esta brecha, no habría sido posible abrir atajos que me permitieron ver mas lejos. La CEPAL produjo ideas que ayudaron a comprender, en su momento, algunos de los problemas centrales de la acumulación capitalista en la periferia y algunos de los obstáculos que se le anteponen. No hay, por lo tanto, que escribir lápidas para sus ideas. Ellas se modificaron y, cambiando las plumas como suele pasar con las ideas-fuerza, siguieron vivas, a veces en otras instituciones o con otros colores, al mismo tiempo en que dejaron por el camino los segmentos muertos, como se acostumbra suceder con todas las interpretaciones científicas.

BIBLIOGRAFÍA

Amin, S. 1970 *L'accumulation à l'échelle mondiale* (París: Anthropos).

Amin, S. 1973 *Le développment inégal* (París: Editions de Minuit).

Baran, P. 1943 "On the political economy of backwardness" en Agarwala, A. N.; Singh, P. S. *The Economics of Underdevelopment* (Nueva York: Oxford University Press).

Baran, P. 1957 *The political Economy of Grown* (Nueva York: Monthly Review Press).

Cardoso, F. H. 1976 *O consumo da teoría da dependencia nos U.S.A.* (Princeton).

Cardoso, F. H.; Faletto, E. 1969 *Dependencia y Desarrollo en América Latina* (México: Siglo XXI).

CEPAL 1964 *El financiamiento externo de América Latina* (Nueva York: ONU).

CEPAL 1969 *América Latina: El pensamiento de la CEPAL* (Santiago: Editorial Universitaria).

Cruz Costa, J. 1956 *Contribuição à Historias das Ideias no Brasil* (Río de Janeiro: Livraria José Olympio.

Dobb, M. 1945 *Economía Política y Capitalismo* (México: Fondo de Cultura Económica).

Emmanuel, A. 1972 *L'échange inégal* (París: François Maspéro).

Faria, V. 1976 "Occupational marginality, employment and poverty in urban Brazil", Tesis de Doctorado (Harvard).

Furtado, C. 1966 *Subdesenvolvimento e Estagnação da América Latina* (Río de Janeiro: Civilização Brasilera).

Graciarena, J. 1976 "Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa" en *Revista CEPAL* (CEPAL) Nº 1.

Haberler, G. 1957 "Los términos de intercambio y el desarrollo económico" en Ellis, H. S. *El desarrollo económico y América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica).

Haberler, G. 1961 "A survey of the international trade theory" en *Special Papers in International Economics* (Princeton University) Nº 1.

Hecksher, E. 1949 "*The effects of foreign trade on the distribution of income*" en *American Economic Asociation, Readings in the Theory of International Trade* (Philadelphia).

Hirschman, A. 1971 "Ideologies of economic development in Latin America" en *A bias for hope. Essays on development and Latin America* (Yale University Press).

Kafka, A. 1957 "Algunas Reflexiones sobre la Interpretación Teórica del Desarrollo Económico de América Latina" en Ellis, H. S. *El desarrollo económico y América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica).

Lenin, V. I. 1939 *La Guerra y la Humanidad* (México: Frente Cultural).

Lerner, A. 1952 "Factor prices and International trade" en *Económica* (Columbia University).

Marx, K.; Engels, F. s/f *On Colonialism* (Moscú: Foreign Languages Publishing House).

Medina Echavarría, J. 1976 "Las propuestas de un nuevo orden internacional en perspectiva" en *Revista CEPAL* (CEPAL) noviembre.

Mello e Souza, A. C. 1959 *Formação da Literatura Brasileira* (São Paulo: Martins).

Mill, J. S. 1909 [1898] *Principles of Political Economy* (Aschley Editron).

Myrdal, G. 1965 *Teoria Econômica e Regiões Subdesenvolvidas* (Río de Janeiro: Saga).

Nurkse, R. 1955 *Problemas de formulación de capital* (México: Fondo de Cultura Económica).

Ohlin, B. 1933 *Interregional and Internactional Trade* (Cambridge: Harvard University Press).

Oliveira, F. de 1972 “A economía brasileira: critica à razão dualista” en *Estudos CEBRAP* (São Paulo) Nº 2, octubre.

Oliveira, F.; Mazzachelli, F. 1976 “Padrões da acumulação, oligopolios y Estado no Brasil: 1950-1976” en Martins, C. E. (org.) *Estado e Capitalismo no Brasil* (São Paulo: CEBRAP; HUCITEC).

Palloix, C. 1971 *L’économie mondiale capitaliste* (París: François Maspéro).

Pinto, A. 1965 “La concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano” en *Trimestre Económico* (México) Nº 25, enero-marzo.

Pinto, A. 1976 “Hetegeneidade estrutural e modelo de desenvolvimento recente” en Serra, J. (coord.) *América Latina, ensayos de interpretación económica* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

PLANDES 1962 "Planificación económica: exposición del Dr. Prebisch durante la inauguración de la Sociedad Chilena de Planificación" en *Panorama Económico* (Santiago de Chile).

Prebisch, R. 1949 ·O desenvolvimento econômico da América Latina e seus principais problemas" en *Revista Brasileira de Economia* Nº 3(3).

Prebisch, R. 1963 *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* (México: Fondo de Cultura Económica).

Prebish, R. (1952) 1973 *Problemas teóricos y prácticas del crecimiento económico* (CEPAL).

Presbisch, R. 1962 *Boletín Económico de América Latina* (Santiago de Chile) Nº 7(1), febrero.

Rodin, R. 1943 “Problems of Industrialization of Easter and South-Eastern Europe” en Agarwala, A. N.; Singh, P. S. *The Economics of Underdevelopment* (Nueva York: Oxford University Press).

Rodin, R. 1957 *Economía Política del Crecimiento*.

Samuelson, P. 1948 “International Trade and the Equalization of Factor Prices” en *Economic Journal* (Royal Economic Society) junio.

Schwarz, R. 1973 “Las ideas fuera de lugar” en *Estudos CEBRAP* (São Paulo) Nº 3, enero.

Singer, H. 1950 “The distribution of gains between investing and borrowing countries” en *American Economic Review* (Estados Unidos) mayo.

Singer, P. 1977 "A Divisão Internacional do Trabajo e Empresas Multinacionais" en Quieroz, M. V. *et al. Multinacionais: internacionalização e crise* (São Paulo: CEBRAP) Nº 28.

Sunkel, O.; Paz, P. 1970 *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (México: Siglo XXI).

Tavares, M. da C. 1964 "Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones" en *Boletín Económico de América Latina* (Santiago) Nº 9(1), marzo.

Tavares, M. da C.; Serra, J. 1970 "Além da estagnação: uma discussão sobre o estilo de desenvolvimento recente do Brasil" en Serra, J. (coord.) *América Latina, ensayos de interpretación económica* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Vuskovic, P. 1969 "Concentración y marginalización en el desarrollo latinoamericano" en Serra, J. (coord.) *América Latina, ensayos de interpretación económica* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Vuskovic, P. 1970 "A distribuição de renda e as opções de desenvolvimento" Serra, J. (coord.) *América Latina, ensayos de interpretación económica* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Wolfe, M. 1976 *Desenvolvimento: para que e para quem?* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

LA DIALÉCTICA INVERTIDA: 1960-1990*

Emília Viotti da Costa

"*Mai 68, on a refait le monde. Mai 86, on refait la cuisine*",[1] el dístico humorístico de un anuncio de mayo de 1986 en el diario francés *Le Monde*, por parte de una compañía que vende cocinas modernas a los consumidores franceses, captura un momento de transición de la cultura comprometida al consumismo que, a primera vista y para un observador incauto, parece de hecho tener su correspondencia en la transformación de la historiografía europea de los últimos años; transformación esta que teniendo en cuenta nuestra dependencia en relación a los centros hegemónicos de la cultura, provoca inevitablemente ecos en América Latina. Es verdad que se puede poner en cuestión la radicalidad de mayo de 1968 y dudar de que haya de hecho, rehecho el mundo (como sugiere el anuncio), pero no es posible dudar de que esta era la intención de miles de jóvenes (y algunos no tan jóvenes) que se reunieron en aquella ocasión en las calles de París y en otras capitales del mundo. Por otro lado, es posible también dudar de que la mentalidad consumista, individualista y fundamentalmente conservadora sugerida por el anuncio represente de manera acertada

---

* Extraído de *Revista Brasileira de História* Nº 14(27), 1994, pp. 9-26. Traducción al español: Eugenia Alzueta.

1 "Mayo 68, rehacemos el mundo. Mayo 86, rehacemos la cocina".

la mentalidad de las nuevas generaciones. Es probable que el anuncio muestre más el deseo de los empresarios y vendedores que el comportamiento real de los consumidores. No cabe duda, sin embargo, que el anuncio, posteriormente reproducido en la portada de un volumen de la *Radical History Review*, publicado en Estados Unidos en 1987 y dedicado al estudio del impacto de las nuevas formas de capitalismo consumista en la cultura y la política contemporánea, caracteriza bien la mentalidad de muchos historiadores y militantes al confrontarse estos con las nuevas tendencias, ya sea en el campo de la política, como en el campo de la historia.

Preocupados por las nuevas tendencias que desplazaron a los estudios de historia de los caminos tradicionales ampliando enormemente las áreas de interés, cuestionando los métodos y abordajes tradicionales, y muchas veces asociándose a propuestas políticas nuevas, algunos historiadores reaccionan como si de hecho esas tendencias representaran una ruptura peligrosa y una amenaza al proyecto de construcción de una sociedad más humana. Esa preocupación es aún más visible entre los que se dedican al estudio de la historia del trabajo, en el pasado, campo predilecto de los militantes. Un gran número de artículos y reseñas publicados recientemente, criticando la nueva historia social del trabajo, atestigua esa preocupación y hace de la historia del trabajo un campo ideal donde estudiar ese fenómeno. El campo parece estar divido en dos grupos. De un lado, están los que abordan con sospecha y reserva las nuevas tendencias y continúan reproduciendo en sus trabajos abordajes estructuralistas típicos de los años sesenta, sordos a nuevas propuestas. Del otro, están los que persisten en el trabajo de demolición de las posturas de aquellos años, convencidos de la validez de lo nuevo —solo porque es nuevo— sin preocuparse por examinar las posibles limitaciones e implicaciones de los nuevos abordajes.

Tanto una postura como la otra me resultan igualmente equivocadas. Una porque se niega a integrar la teoría a las transformaciones extraordinarias que ocurren en el mundo contemporáneo de los últimos treinta años, aferrándose a esquemas teóricos que ya no dan cuenta de lo real, perdiendo de este modo la capacidad de reclutar seguidores entre las nuevas generaciones; la otra porque, en su afán de originalidad, al invertir simplemente los postulados de la historiografía de los años sesenta en vez de integrarlos en una síntesis más rica, corre no solo el riesgo de recrear, bajo la apariencia de lo nuevo, un tipo de historia bastante tradicional, pero lo que es más serio, en el afán por buscar nuevos temas puede dejar enteramente de lado aspectos que son fundamentales para la comprensión de la vida del individuo en sociedad, dejándolo desprovisto de referenciales necesarios para que

este pueda situarse en el presente y proyectar la construcción de una sociedad más libre y más justa. La historiografía se transforma entonces en un ejercicio puramente estético y retórico o, lo que es peor, en un ejercicio meramente académico que termina sirviendo —a pesar de la intención explícita de los autores en sentido contrario— a propósitos eminentemente conservadores. En este campo así de polarizado, me parece que es de suma importancia determinarnos en reflexionar sobre estas tendencias, no para retornar a los abordajes y prácticas que fueron obviamente superadas por la propia historia contemporánea, ni para simplemente celebrar los nuevos abordajes, pero con el objetivo de abrir caminos a una nueva síntesis más fecunda.

Para poder entender la ruptura epistemológica que ocurrió en la historiografía en los últimos treinta años, es necesario examinar los profundos cambios que afectaron a la sociedad y, al mismo tiempo, alteraron las condiciones de producción intelectual. Para eso es preciso recordar, en primer lugar, qué señales de las tensiones que afloraron en los últimos años pueden ser trazados ya a fines de los años 50. Las obras de Sartre, *Crítica de la Razón Dialéctica* y la de su adversario Merleau Ponty, *Humanismo y Terror*, y las *Aventuras de la Dialéctica*, si bien respondían de manera diferente a los desafíos de su tiempo, ya contenían las perplejidades y dudas que desembocaron en el impasse teórico al que se enfrentan hoy los historiadores. En un ensayo publicado en los años sesenta, Merleau-Ponty observaba que la dialéctica también tiene su historia. Después de llamar la atención sobre la tensión entre libertad y necesidad que existe al interior de la dialéctica, observará que, dependiendo de la praxis social en diferentes momentos, los agentes históricos son llevados ora a enfatizar el papel del sujeto, y por lo tanto, de su subjetividad, su voluntad y su libertad, ora el de las fuerzas históricas. De hecho, cuando se examinan los cambios que ocurrieron en la historiografía en los últimos treinta años, se observa un deslizamiento progresivo de un momento estructuralista que privilegiaba la necesidad, hacia un momento anti-estructuralista que pone el énfasis en la libertad. De un énfasis en lo que se definía como "fuerzas históricas objetivas", hacia un énfasis en la "subjetividad" de los agentes históricos. De una preocupación por lo que en los años 60 se pensaba como "infraestructura", hacia una preocupación por lo que entonces se pensaba como "superestructura".

Lo que empezó como una crítica provechosa y necesaria a los mecanismos y reduccionismos economicistas y a la separación artificial entre infra y superestructura —separación hábilmente criticada por Raymond Williams— así como las críticas hechas por E. P. Thompson al estructuralismo de Althusser, acabaron, contrariamente a las intenciones de aquellos autores, en un vuelco total de la dialéctica.

Lo cultural, lo político, el lenguaje, dejaron de ser determinados para pasar a ser determinantes. La consciencia pasó a determinar al ser social. Así también la crítica bastante válida a las nociones esencialistas de clase y a las relaciones mecánicas entre clase y consciencia de clase, correctamente problematizadas en la importante obra de Goran Therborn, *Ideología del poder y el Poder de la Ideología* (1980) y los nuevos caminos que esa crítica abrió para la investigación de los procesos de construcción de las múltiples y frecuentemente contradictorias identidades (étnicas, religiosas, de clase, de género, de nacionalidad), desembocaron en posiciones que llevaron al completo abandono del concepto de clase como categoría interpretativa. La crítica válida al objetivismo positivista que postulaba una total autonomía del objeto en relación al sujeto y que confiaba ciegamente en el carácter científico de la historia, y el necesario reconocimiento de que el historiador construye su propio objeto, con frecuencia llevaron a un absoluto subjetivismo, a la negación de la posibilidad de conocimiento, e incluso hasta el cuestionamiento de los límites entre historia y ficción (Hayden, 1980: 6-27; 41-62).

A mi entender, tanto los abordajes tradicionales hoy sometidos a crítica como las nuevas posturas son profundamente anti dialécticas. Estos no solo postulan una separación artificial entre objetividad y subjetividad (o libertad y necesidad), olvidando que una implica la otra, sino también ignoran un principio básico de la dialéctica que afirma que son los individuos (hombres y mujeres) quienes hacen historia, si bien la hagan en condiciones que ellos no eligieron. El resultado de ese movimiento de una postura teórica a otra fue el que se pase simplemente de un reduccionismo a otro. Un nuevo tipo de reduccionismo sustituye al reduccionismo económico: cultural o lingüístico, tan insuficiente y equivocada como el anterior, apenas si invirtieron los términos del discurso historiográfico. A un tipo de reificación se le opone otra. A lo que se asistió fue a una mera inversión de dos posturas igualmente insatisfactorias, ninguna de las cuales le hace justicia a la complejidad de la dialéctica y de la teoría de la *praxis*.

En el proceso de liquidación de los abordajes tradicionales hubo otras víctimas. Una de ella fue la noción de proceso histórico. Insatisfechos (y con bastante razón) con una historia teleológica que percibía cada momento como una etapa necesaria de un proceso histórico linear que automáticamente conduciría a un hilo ya explicitado de antemano, un gran numero de historiadores pasó a negar que la historia obedeciera a cualquier lógica. Al mismo tiempo, abandonaron cualquier esfuerzo de totalización. Eso llevo al descredito y abandono de todos los modelos teóricos, emanaran estos de las teorías de modernización, de la teoría de la dependencia o de las teorías sobre los

modos de producción. Consecuentemente, las cuestiones teóricas que en el pasado con frecuencia se resentían por la falta de fundamento empírico y se perdían en debates escolásticos, estériles e infructíferos, pasaron a un segundo plano, cuando no fueron completamente olvidados. El empirismo volvió nuevamente a estar de moda. Ya no como un momento necesario de la teoría, sino como un fin en sí mismo. Como si la historia inocentemente se revelara a quien sea que se vuelque sobre los documentos. De un proceso deductivo, no dialéctico, que demostraba más de lo que investigaba, y que ya parecía conocer de antemano la historia, se pasó a un proceso inductivo que jamás se eleva al nivel teórico, y que cuanto mucho se funda en la esperanza de que la acumulación de datos y monografías venga un día a permitir la elaboración de una teoría. Se pasó también a privilegiar lo accidental, lo impredecible, lo inesperado, lo irracional, lo espontáneo, alcanzándose el punto de negar lisa y llanamente la existencia de un proceso histórico. La historia *tableau*, las historias de la vida cotidiana, que parecían enterradas hace mucho tiempo, resucitaron bajo un nuevo ropaje terminológicamente más sofisticado. Pero bajo ese ropaje, la vieja historia de la vida cotidiana, tan en boga en los años cincuenta, vuelve a circular. De este modo también la memoria, el testimonio ocuparon cada vez más el lugar de la historia. Porque la historiografía tradicional descuidara, erróneamente, la subjetividad de los agentes históricos (transformándola en un epifenómeno), la nueva historiografía hace de esta el centro de su atención. Hacer historia desde el punto de vista del participante pasó a ser el nuevo lema. La historia oral pasó a ser el género favorito. Se multiplicaron los estudios fundados exclusivamente en memorias, testimonios y entrevistas, como si estos contuvieses la historia toda o, en otras palabras, como si la historia de resumiera en una confusión de subjetividades, una especie de torre de Babel. Los más extremos llegaron a imaginar que la única salida es permitir que cada uno cuente su verdad. El trabajo del historiador en este caso se limitaría a registrar las diferentes versiones. Simultáneamente, la atención de los historiadores se desplazó de la preocupación por las estructuras globales de dominación, los procesos de acumulación del capital, el papel del Estado y las relaciones entre las clases sociales que habían preocupado a la historiografía tradicional, para las llamadas microfísicas del poder (Viotti da Costa, 1989: 3-24).

Esa tendencia que le debe mucho a Foucault representó una extraordinaria expansión de las fronteras de la historia: la locura, la anorexia, la criminalidad, la prostitución, la homosexualidad, la brujería, el carnaval, el olor, las procesiones, los misterios y los rituales, la teatralidad del poder, los mitos, las leyendas, las formas individuales y cotidianas de resistencia que en el pasado apenas si habían interesado

marginalmente a los historiadores, absorbieron gran parte de la energía de los jóvenes. Sin embargo, con raras y notables excepciones, quienes en número creciente se consagraran a esos estudios raramente intentaron establecer una conexión ente la micro y la macrofísica del poder. En la historiografía en general esos dos tipos de abordajes (con raras excepciones como por ejemplo en el libro de Carlo Guinzburg: *The Cheese and the Worms or the Knight Battles*, o el de Natalie Davis, *El retorno de Martin Guerre*, por ejemplo) continuaron por sendas paralelas sin jamás tocarse. El resultado fue que a pesar de la extraordinaria expansión de las fronteras de la historia y del enriquecimiento innegable de nuestra comprensión de la multiplicidad de la experiencia humana a través de los tiempos la macrofísica del poder permaneció en la sombra. Cuando el poder está en todas partes acaba por no estar en ningún lugar. Además de que el método de análisis derivado de una lectura simplificada y selectiva de la obra de Foucault si bien contribuyó a esclarecer y ampliar la comprensión de los diferentes lugares donde el poder se ejerce, se niega a explicar cómo y por qué peste se constituye, se reproduce y se transforma. Las conexiones entre lo cotidiano y la macrofísica del poder son olvidadas. Contrariamente a la intención original de Foucault, las microhistorias con frecuencia permanecen como piezas coloridas de un caleidoscopio roto, sin que se junten, sin articularse en dibujo alguno, sin superar ser fragmentos de una experiencia sin sentido.

Las formas de contestación que en el pasado se basaban en la crítica del estado y de las estructuras económicas y sociales no fueron validadas por la nueva práctica historiográfica, tal vez mejor sería decir que fueron descalificadas. Otras prácticas encontraron justificación en esa nueva historia que ve en cada gesto una forma de resistencia, celebra la espontaneidad, la resistencia cotidiana, las armas de los débiles (*weapons of the weak*) como dice James Scott, y predica la subversión del lenguaje (1985). Sin embargo, lo que potencialmente puede significar emancipación también puede fácilmente transformarse en un callejón sin salida, ya que es difícil posicionarse en una historia arbitraria, caótica, sin sentido ni dirección.

Ninguna de las tendencias citadas hasta aquí, contribuyó tanto al vuelco de la dialéctica como el excesivo énfasis en el discurso, sea este el discurso de los oprimidos o el de los opresores, de los reformistas o el de los conservadores —tendencia que llevo a lo que un autor llamó vulgar lingüicismo (*vulgar linguicism*)— (Jehlen, citado en Palmer, 1989: 163-164). Esa tendencia bastante generalizada en varios campos de la historia apareció en todo esplendor en los estudios que nacieron de preocupaciones femeninas. Brian Palmer en *Descent into Discourse*, después de reconocer el enorme valor y significado de esos nuevos

estudios, llama la atención sobre el hecho de que, si bien muchos de ellos utilicen la teoría del discurso, la gran mayoría no hace sino importar una terminología que apenas si sirve para adornar los textos de historia social que continúan, además, siguiendo metodologías bastante convencionales. Discurso, lenguaje, simbólico, deconstrucción, pasaron a ser expresiones de uso corriente, aunque con frecuencia más como parte del vocabulario que de la teoría (Palmer, 1990).

El paso siguiente fue la reificación del lenguaje. Esa tendencia aparece claramente en los estudios sobre la clase obrera (Gray, 1986; Foster, 1985). Stedman Jones, por ejemplo, autor de un controversial estudio sobre el cartismo (1983) después de afirmar que no existe realidad social por fuera o anterior al lenguaje, concluye que la clase se construye en una compleja retórica de asociaciones metafóricas, inferencias causales y construcciones imaginarias.[2] Criticando a Stedman Jones por no ir hasta las últimas consecuencias de esa metodología, Joan Scott (1987: 1-14) va todavía más lejos al proponer un método de análisis que muestre cómo ideas tales como clase se convierten a través del lenguaje en realidades sociales (*ideas such as class become through language, social realities*). Según ella, el lenguaje determina la forma de las relaciones sociales en vez del reverso,[3] Scott da prioridad al *concepto* de clase por sobre la *experiencia* de clase al afirmar que antes de que los individuos puedan identificarse como miembros de una clase y puedan actuar colectivamente como tal, estos necesitan tener el concepto de clase —lo cual evidentemente representa una inversión de las posturas teóricas tradicionales—.[4]

Con esto no quiero decir que el análisis del discurso no sea una técnica imprescindible para el trabajo del historiador. O que la retórica no sea una importante, o incluso fundamental vía de acceso a la compresión de la historia. Pero reconocer esto no es lo mismo que decir que el análisis del discurso basta para la comprensión de la historia. Y mucho menos, como quieren algunos, que lo que existe son solo textos sobre textos, y que el trabajo del historiado es semejante al del crítico literario y no pasa de una deconstrucción *ad infinitum*.[5]

Al describir los sucesos de 1968 y la emergencia del posestructuralismo, Terry Eagleton comenta con ironía que, incapaz de subvertir las estructuras de poder del estado, la generación del 68 subvirtió el

---

2 Léase la crítica a Stedman Jones en Neville Kirk (1987: 2-47). También en P. A. Pickering (1986), y J. Epstein (1986).

3 Críticas a Joan Scott en Stansell (1987: 24-30).

4 "Concepts like class are required before individuals can identify themselves as members of such group, before they can act colectively as such" (Scott, 1987: 39-45).

5 La anécdota de las tortugas en Clifford Geertz (1973).

lenguaje. En una reseña del libro de Furet sobre la Revolución Francesa, Lyn Hunt comentaba en 1981 que la historia de la Gran Revolución, hace tiempo asociada a la violencia, al hambre y al conflicto de clases, se transformó en un "evento semiológico". Ignorando las estructuras de poder y la manera por la cual estas median el lenguaje y la acción humana, Furet construiría una nueva metafísica (Palmer, 1990).

La historiografía contemporánea revela una preocupación creciente por problemas epistemológicos, con el discurso del propio historiador. Esa tendencia tampoco es nueva. En 1956, en una conferencia pronunciada en Estados Unidos, en la universidad Johns Hopkins, Derrida afirmaba: "necesitamos interpretar la interpretación más que interpretar las cosas". Su convocatoria encontraría un gran número de seguidores que se ocuparon más de discutir los límites de la consciencia histórica, en vez de la propia historia que, de esa forma, permaneció cada vez más inaccesible. El cuestionamiento de las categorías explicativas utilizadas por el historiador llevo a una obsesiva indagación sobre la validez de aplicar nuestras categorías a otros espacios, otros tiempos, otras culturas. ¿Pueden las categorías surgidas de la experiencia europea aplicarse a Oriente? (Said, 1979). ¿Puede el colonizador hablar sobre el colonizado? ¿Pueden los hombres hablar sobre la experiencia de las mujeres, o blancos sobre negros? ¿Es posible que se escriba sobre la historia de las clases subalternas o deberán los subalternos hablar por sí mismos? ¿Pueden los subalternos hablar?[6] ¿Serán las teorías sobre la división sexual del trabajo adecuadas al estudio de las regiones centrales del capitalismo aplicables a las regiones periféricas?, indaga una autora en un ensayo recientemente publicado en *Latin American Research Review* (Philips, 1990: 89-108). Las dudas se multiplican. Aquí también y una vez más, lo que puede ser una reflexión pertinente sobre las distorsiones que el sesgo del historiador impone a la construcción de la historia, puede también fácilmente conducir a la total negación de su posibilidad. Estamos lejos evidentemente, de las muchas certezas que caracterizaban a los años 60. Lo cual puede ser bueno, pero también puede ser malo.

Que la producción historiográfica derivada de una cierta lectura positivista de los autores clásicos de la dialéctica dejaba mucho que desear es una observación muy antigua. De cierta forma, mucho de lo que se caracteriza hoy como posmoderno, posestructuralista, encuentra sus raíces en la obra de un filósofo francés que ejerció una fascinación extraordinaria en los años sesenta pero que curiosamente

6 Es el título de un ensayo de Gayatri Chakorvaorty Spivak, publicado en Dary Nelson y Lawrence Grossberg (1988).

terminó en el ostracismo probablemente por sus vinculaciones políticas con el PCF. Tal vez no sea casualidad que en cuanto recayó el silencio sobre la importante obra de Jean-Paul Sartre, quien tomó su lugar fue uno de sus adversarios políticos, el periodista y panfletista Raymond Aron, cuya obra los intelectuales de los años sesenta despreciaban por la falta de profundidad de sus ideas, pero que desde entonces pasó a ser el gurú de una nueva generación. (Hace un tiempo, el *New York Times* dedicó una página entera a Raymond Aron escrita por un conocido intelectual de derecha). Sin embargo, cualquiera que se tome el trabajo de leer la introducción escrita por Sartre a la *Crítica de la Razón Dialéctica* (Jean-Paul Sartre, *Critique de la Raison Dialectique*, precedida por *Question de Méthode*, París, 1960) encontrará allí una crítica perspicaz a la historiografía marxista francesa de su tiempo, una crítica ciertamente más rica y estimulante que la hecha muchos años antes por Nietzsche a la historiografía de su propio tiempo. Sin embargo, fue este y no Sartre quien, junto a Raymond Aron, fue reciclado en los últimos años, no obstante haber sido Nietzsche uno de los ideólogos que sirvió de inspiración a los nazis.

Fue Sartre quien en los años sesenta criticó al intelectual marxista que creía servir a su partido violentando la experiencia y descuidando los detalles, simplificando groseramente los datos y conceptualizando el evento ante de incluso estudiarlo.[7] Sartre también denunció la transformación de un método de investigación en una metafísica. Los conceptos abiertos, diría él, se cerraron, ya no son llaves, esquemas interpretativos, estos se presentan como saber ya totalizado. La investigación totalizadora cedió su lugar a una escolástica de la totalidad. El principio heurístico: buscar el todo a partir de las partes se transformó en esa práctica terrorista de liquidar la particularidad.[8] Analizando la obra de Daniel Guérin titulada *La Lutte des Classes Sous la Première République*, Sartre comentaba: "Ese método no nos satisface, él es *a priori*, no extrae sus conceptos de la experiencia que quiere descifrar, está seguro de su verdad incluso antes de empezar [...] su único objetivo es hacer encajar los acontecimientos, las personas y sus actos en moldes prefabricados". Sartre criticaba la reducción de lo político a lo social, así como la incapacidad de los historiadores a

---

7 *"Pendant des années l'intellectuel marxiste crut qu'il servait son parti, en violant l'expérience, en négligeant les détails gênants, en simplifiant grossièrement les données et surtout en conceptualisant l'évènement avant de l'avoir étudié"*.

8 "Les concepts ouverts se sont fermés, ce ne sont plus des clés, des schèmes interprétatifs, ils se posent pour eux mêmes comme savoir déjà totalisé". "La recherche totalisatrice a fait place à une scolastique de la totalité. Le principe euristique : chercher le tout à travers les parties est devenu cette pratique terroriste, liquider la particularité".

integrar en la historia la perspectiva de los agentes históricos, también criticaba la reducción de la ideología a los intereses de clase. Acusaba a este tipo de historia de disolver los hombres reales en un baño de ácido sulfúrico. Sartre cuestionaba también los abordajes que establecían una relación mecanicista entre individuo y clase social y entre clase social y consciencia, entre praxis imaginaria y real. Insistía en la importancia de las mediaciones y condenaba el carácter teleológico de las explicaciones. En una famosa frase sintetizaba toda su crítica: "Valéry es un intelectual pequeño burgués, pero no todo pequeño burgués intelectual es Valéry" (Sartre, 2002); esa observación, según Sartre, definía la insuficiencia del marxismo de su tiempo. Fue Sartre también quien denunció la falta de estudios sobre la infancia: los historiadores, decía, "actúan como si los hombres experimentaran la alienación y la reificación por primera vez en el trabajo, cuando de hecho cada uno vive la alienación primeramente como niño, en el trabajo de los padres".[9] Fue Sartre quien llamó la atención sobre la importancia de la historia de la sexualidad que en su opinión no era sino una manera de vivir en un cierto nivel, y desde la perspectiva de una cierta aventura individual, la *totalidad* de nuestra condición.[10] Sartre criticó también los abordajes esencialistas, funcionalista y estáticos que ignoran el significado de las contradicciones y la importancia del proceso histórico diacrónico. Ya en los años sesenta, Sartre se propuso recuperar al hombre al interior del marxismo. Ese fue el proyecto que intentó desarrollar en su libro sobre Flaubert. Su compañera Simone de Beauvoir fue igual de pionera. Ella fue quien en los años sesenta enarboló la bandera del nuevo feminismo. Por lo tanto, en el centro de esos años ya se podían detectar las perplejidades y las directivas que desembocaron en la historiografía contemporánea, vía Barthes, Foucault, Lacan y Derrida.[11]

Nuestra historiografía actual se irguió en contra de los defectos señalados por Sartre, si bien al intentar evitarlos no siguió los caminos indicados por él. Nietzsche fue quien capturó la imaginación de la nueva generación con su esteticismo. Su idea de que es solo como

---

9 "Les marxistes aujourd'hui n'ont souci que des adultes, on croirait à les lire que nous naissons á l'âge où nous gagnons notre premier salaire, ils ont oublié leur propre enfance... comme si les hommes éprouvaient leur aliénation et leur réification dans leur propre travail d'abord, alors que chacun la vit d'abord comme enfant, dans le travail de ses parents".

10 "N'est qu'une manière de vivre à un certain niveau et dans la perspective d'une certaine aventure individuelle, la totalité de notre condition".

11 Sin embargo, a pesar de la diferencia que existe entre ellos, estos autores, a excepción de Sartre y de Simone de Beauvoir, tienden a ser antihumanistas y ahistóricos. Véase al respecto Kate Soper (1986).

fenómeno estético que la existencia y el mundo se justifican y que sus hechos y las cosas son creadas por el mismo acto de interpretar, pareció más atractiva que la propuesta sartreana que se mantenía todavía dentro de los límites del marxismo.

La insurrección contra la historiografía tradicional y sus métodos y abordajes, se evidencia de forma más clara en los estudios contemporáneos sobre la historia del trabajo. También allí se dan las mayores confrontaciones entre los representantes de los dos grupos, incluso porque, en este caso, lo que está en cuestión no es solo cuál es la mejor interpretación del pasado, sino también cuál es la mejor estrategia en el presente. Mientras la historiografía de los años 60 se focalizaba en las macrofísicas del poder y se preocupaba con las estructuras económicas y el papel del Estado y de los liderazgos obreros en la formación de la clase obrera, privilegiando los momentos de conflicto entre capital y trabajo, la historiografía contemporánea se focalizó en los rituales, el lenguaje, las formas cotidianas de resistencia y de ocio. Mientras que la historiografía tradicional se preocupaba en estudiar el impacto que la transformación industrial y el Estado tuvo en el movimiento obrero, la nueva historia invirtió la cuestión y pasó a preocuparse más por examinar el impacto que la movilización obrera tuvo tanto en la economía como en la organización del Estado. Mientras la historiografía tradicional concentraba su atención en la clase obrera, a la cual atribuía una predisposición revolucionaria, la nueva historiografía problematizó la noción de clase, cuestionando tanto la visión esencialista de la clase obrera característica de la historiografía tradicional como la inevitabilidad previamente asumida de su vocación revolucionaria. Cuestionó también la existencia de una solidaridad natural de la clase obrera exponiendo los conflictos internos entre varios tipos de identidad: político partidaria, nacional, religiosa, étnica, sexual, que en la práctica se articulan de varias formas a la identidad de clase, a veces reforzándola, a veces debilitándola. La nueva historiografía repudió también los abordajes teleológicos que asumían que la historia caminaba inevitablemente y de forma unilineal hacia el socialismo y que veían en cada momento histórico una etapa nueva en esa dirección. El foco de atención se desplazó del movimiento obrero, los partidos políticos y los sindicatos, a los obreros; de la clase obrera a los trabajadores; de la fábrica a la casa y la calle; del obrero a la familia obrera; del trabajo a las actividades recreativas y la cultura.

A partir de esa reevaluación de la experiencia obrera se volvieron a examinar las relaciones entre liderazgos y liderados, entre la elite sindical y los trabajadores, y entre los liderazgos sindicales y los gobiernos en el período populista. Cuestionaron los abordajes que asumían una conexión automática entre los tipos de actividades ejercidas

por los obreros y las formas de consciencia, al mismo tiempo que descartaron los conceptos de hegemonía y falsa consciencia frecuentemente utilizados por la historiografía tradicional. La masa de trabajadores urbanos no industriales que poco interesara a la historiografía tradicional pasó a ser foco de nuevas investigaciones. De esa forma, se alargaron los horizontes de la historiografía que pasó a interesarse por los movimientos sociales, a incluir a las mujeres y a cuestionar la validez de una historiografía que al conceptualizar la clase obrera en países en que mujeres y grupos étnicos diversos componían a la mayoría de los obreros, muchas veces los ignorara en beneficio del trabajador masculino y blanco, una historiografía que dejaba de lado el papel importante desempeñado por la mujer en la producción y reproducción de la clase obrera. En ese proceso de revisión, algunos autores llegaron a sugerir una reinterpretación feminista de la formación de la clase obrera.[12]

El vuelco dialéctico provocó en los últimos años un gran número de debates y algunas reacciones negativas. En un ensayo cuyo título revela las preocupaciones del autor, "En busca de un 'Nuevo' sujeto histórico: el fin de la cultura obrera, del movimiento obrero y el proletariado" (Schneider, 1987: 45-58), Michael Schneider caracteriza este conflicto que se tiene lugar dentro de los debates sobre la Social Democracia y su política en la Alemania de posguerra.

Dentro de este nuevo contexto, algunos escritores como André Gorz llegaron incluso a argumentar que en esta era posindustrial el proletariado desapareció, se volvió una minoría privilegiada. En su lugar aparecieron otros grupos. A partir de esa coyuntura, las formas tradicionales de consciencia proletaria no tienen condiciones de emerger. Estos autores llegan a vaticinar el fin del movimiento obrero y la emergencia de los movimientos sociales tales como los movimientos en pro de la paz (*peace movements*), los movimientos ciudadanos, los movimientos ecológicos, los movimientos de mujeres, etc. Otros miran con nostalgia a un pasado que ellos describen como un momento en que la cultura obrera era integradora y radical y culpan a las prácticas de la Social Democracia por su desaparición. Otros además, como Schneider, afirman que la inclusión de la Social Democracia y de los Sindicatos en el período de posguerra en el sistema político democrático y en la economía de mercado, contribuye a la mejoría de las condiciones de vida de los trabajadores, lo cual sumado a la nueva legislación sobre las relaciones laborales, condujo a la erosión de la consciencia de clase.[13] A medida que el reformismo social con-

12 Para mayores detalles, Emília Viotti da Costa (1990: 3-16).

13 Un proceso análogo se registró en Inglaterra en las dos décadas que sucedieron a

siguió una mayoría parlamentaria, disminuyó la convicción de que el proceso de emancipación humana residiera en el proletariado. El declive numérico del proletariado y las dificultades, si no imposibilidades, de crear una consciencia de clase llevaron a la redefinición de las estrategias políticas de transformación social y simultáneamente a la búsqueda de nuevos paradigmas historiográficos orientados hacia el estudio de la política de lo cotidiano, lo que dio margen al florecimiento de la nueva historia social del trabajo.

Analizando las consecuencias de esas nuevas prácticas políticas e historiográficas, Schneider observa que la solidaridad de pequeños grupos de trabajadores o de habitantes de una parte de la ciudad (grupos de vecinos), sin duda crea islas alternativas de cultura y reforma social, pero no pueden sustituir un programa político más inclusivo. Para este, el proyecto de estudiar la vida cotidiana que tiene como objetivo descubrir el potencial en la vida del hombre común y que enfatiza solo los aspectos negativos de las organizaciones clasistas y político partidarias más inclusivas, puede conducir a un callejón sin salida. Incluso en lo que se refiere al movimiento obrero, la historia que no va más allá de la vida cotidiana, que pone en valor los actos aislados de resistencia, tiene como resultado la disminución de la dimensión política del movimiento obrero. Después de notar las deficiencias metodológicas de esa nueva historia, Schneider concluye que muchos de esos estudios locales y regionales que se justifican en nombre de dar voz a los oprimidos y completar los silencios del discurso oficial, derivan en una compilación acrítica y asistemática de detalles, cuya relevancia nunca se cuestiona, un cementerio de fuentes, un repositorio de curiosidades. Finalmente, dice Schneider, existe siempre el peligro de que los historiadores que cultivan ese tipo de historia sean ellos mismos incapaces de evaluar críticamente su propia situación y vulnerabilidad (1987: 16-58).

Esa crítica que venía de un historiador alemán al analizar las tendencias de la historiografía en su país merece nuestra atención, más allá de que se pueda argumentar que el autor no parece visualizar un momento posterior en que una síntesis más rica sea posible, pareciendo escaparle a lo que hoy le parece derivativo, y es un momento necesario que a largo plazo puede tener como resultado la producción de una nueva historia y una nueva práctica más eficaz.[14]

Para que esa síntesis sea posible, sin embargo, es necesario escuchar esa crítica que hoy se yergue contra las tendencias de la historiografía contemporánea. Es preciso que se reconozca la necesidad

---

la Segunda Guerra Mundial (Cronin & Schneer, 1982).

14 Alf Ludtke intenta establecer un punto entre el nuevo y el viejo (1993: 38-54).

de que trabajemos en dirección a una nueva síntesis. Eso parece tanto más necesario de lo que se piensa del punto de vista de las sociedades latinoamericanas, donde las modas historiográficas europeas o norteamericanas se reproducen no necesariamente como resultado de las perplejidades nacidas de las condiciones estructurales internas, sino como producto de importación de modas intelectuales nacidas en otras realidades. Ese fenómeno muchas veces rotulado de dependencia cultural, apenas si se acentuó en un mundo en que el trabajo no solo la economía, sino el mismo trabajo intelectual es cada vez más internalizado y en que ese proceso de internacionalización continúa en gran parte pasando por los centros hegemónicos de producción cultural.

No quiero con esto decir que tenemos que aislarnos o interrumpir el diálogo fecundo que se establece con los intelectuales del mundo desarrollado. Esa postura resultaría inevitablemente en un empobrecimiento. Pero es necesario que pasemos de la posición de pasivos consumidores de categorías interpretativa a la de productores, y para eso es necesaria una evaluación crítica de lo que se produce en otras partes del mundo —tanto en el centro como en las periferias, remitiendo las categorías a las circunstancias de su creación, analizando las semejanzas y las diferencias de procesos históricos específicos para luego indagar sobre la validez de la aplicación de esas categorías a nuestras realidades—.

Cuando escucho a Michelle Perrot, una de las historiadoras de vanguardia en Francia, decir en una entrevista que la sociedad posmoderna es una sociedad en que las posibilidades de expresividad individual se multiplicaron, que el impacto del sistema políticos y de los modelos culturales fueron exagerados y que al final de cuentas las personas aún tienen su vida privada, que sus facultades críticas están cada vez más desarrolladas porque un mayor número de personada tienen educación, me pregunto si de hecho esa observación se aplica a las capas populares, tanto en los países periféricos como en los del centro. Pero cuando Perrot afirma que la sociedad posmoderna es una sociedad en que las personas tienen un respeto mucho mayor mutuo, me pregunto qué mundo viene viviendo. Racismo, torturas, líderes masacrados, guerrillas, escuadrones de la muerte, problemas de supervivencia que afectan el día a día de hombres y mujeres de las periferias, la violencia de lo cotidiano, la manipulación de los medios, esos y tantos otros problemas que conforman el día a día de miles de personas en las periferias del mundo no parecen haber ingresado en el universo de Michelle Perrot y de muchos otros intelectuales de vanguardia de los países desarrollados (Frader & Grazia, 1987: 27-40). Visto desde la periferia, el narcicismo celebratorio y las formas de

militancia de esta nueva vanguardia europea que ignora lo que pasa en los confines de sus ex colonias parecen sospechosos y eso me lleva a indagar la validez de categorías interpretativas nacidas de una experiencia tan diversa y a preguntarme hasta qué punto son estas útiles para entender nuestra realidad. Con esto no quiero decir que tengamos que simplemente descartarlas, pero sí, que es necesario mantener una postura crítica en relación a ellas.

Las tendencias historiográficas europeas y norteamericanas contemporáneas que fueron cada vez mejor recibidas entre nosotros nacieron de situaciones bastante concretas, algunas semejantes a las nuestras, otras, bastante diferentes, lo cual tenemos que tener en mente al decidir el grado de credibilidad que merecen. Estas se relacionan directamente a la crisis del sistema soviético y por asociación, a la crisis de una cierta lectura del marxismo del período de posguerra y la concomitante crítica de la organización y estrategias de los partidos de izquierda comprometidos con la Unión Soviética. En las periferias del mundo ese proceso de revisión se aceleró por el clima represivo desencadenado por la Guerra Fría. Los diversos fracasos de los regímenes *soi-disant* socialistas en el continente africano y los acontecimientos en China generaron nuevas dudas y una perplejidad tal que ni la Revolución cubana o nicaragüense consiguieron minimizar.

Durante años, la polarización este-oeste volvió difícil una evaluación crítica de las posiciones, y contribuyó a la formación de una ortodoxia disociada de las transformaciones que transcurrían en el mundo. En este contexto es que las generaciones más nuevas buscaron nuevas formas de acción política y la historiografía europea buscó nuevos caminos, repudiando las categorías tradicionales nacidas de una realidad diversa. Pero ese es tan solo un lado de la historia. El otro es mucho más difícil de ser analizado y tiene que ver con la internacionalización de la economía, la industrialización de las periferias y el consecuente proceso de industrialización que sufrió el centro; la adopción de nuevas técnicas industriales que economizan mano de obra dando como resultado la disminución del proletariado en los países centrales del mundo capitalista; el crecimiento del sector terciario, la presencia de un número creciente de trabajadores migratorios (italianos, portugueses y españoles, por ejemplo, en Francia y Alemania) y la mejoría de las condiciones de vida de ciertos sectores del proletariado a expensas de otros (blancos versus negros, en Estados Unidos, nacionales versus extranjeros en Inglaterra, Francia o Alemania) y la consecuente multiplicación de conflictos étnicos que dificultan la cohesión de clase; la expansión del sector informal (en el cual los trabajadores no tienen ni poder ni derechos); el extraordinario aumento de la participación de la mujer en la fuerza de trabajo (generando nuevos

problemas en la esfera doméstica y conduciendo al cuestionamiento de las nociones tradicionales de clase obrera y de rebelión feminista); la adopción por parte de los industriales de técnicas nuevas de control de la mano de obra con la renovación de *putting out systems* característicos de las primeras fases del movimiento industrial y el inevitable aislamiento de las trabajadoras; las transformaciones del patrón residencial con la desaparición de barrios exclusivamente obreros, dificultando el desarrollo de una consciencia proletaria; los cambios en las prácticas de ocio, la creciente importancia de los medios y el consecuente aislamiento de los individuos; y, finalmente, la generalización del consumismo que intensifica la tensión entre privación y deseo, y enfatiza lo individual a expensas de lo social, todo eso forzó una redefinición de la práctica y la teoría, de la política y la historiografía.[15] Es dentro de este marco, extremadamente complejo y que varía de una sociedad a la otra, que se constituyó la nueva historia.

Para nosotros la cuestión que se plantea es simple: si la nueva historiografía nació de condiciones históricas específicas, ¿hasta qué punto es válida en nuestro contexto? (¿Cómo comparar, por ejemplo, la situación del trabajador en América Latina con los trabajadores europeos y norteamericanos, y la situación de los consumidores en ambas regiones? ¿Cómo comparar los derechos del ciudadano europeo o norteamericano con la supuesta ciudadanía del hombre común en América Latina?).

No cabe duda de que la simple reproducción de las interpretaciones tradicionales (y, dicho sea de paso, también importadas de forma no muy crítica) originadas en experiencias bastante diferentes de las actuales, no basta para dar cuente de esa realidad. En este sentido, 1968 fue realmente una división de aguas. Pero el contraste inicialmente sugerido por el dístico con el que comencé esta charla: Mayo de 1968 rehízo el mundo, Mayo de 1986 rehace la cocina, militancia y consumismo, puede ser más una apariencia que una realidad, y ciertamente es reversible. Los acontecimientos en curso en Europa y la recurrente crisis del mundo capitalista, sentida de forma particularmente aguda en las periferias, sugieren que estamos entrando a un nuevo período de la historia. El momento favorece a una nueva síntesis que evite todas las formas de reduccionismo y reificación, sean estos económicos, lingüísticos o culturales, una síntesis que no pierda de vista la articulación entre microfísica y macrofísica del poder, que reconozca que la subjetividad es al mismo tiempo constituida y constituyente, una síntesis, en fin, que esté centrada en la teoría

15 Sobre el impacto del consumismo, ver volumen 37 de la *Radical History Review* (pp. 29-93).

de la *praxis* enriquecida por las nuevas experiencias y que conduzca hacia una nueva historiografía y una nueva estrategia (que permita coordinar los diversos movimientos sociales sin quitarles autonomía), y que a partir de una reflexión sobre el pasado y el presente prepare los caminos del futuro. El momento invita a la reflexión y fue este el propósito de esta charla (Adamson, 1987: 94-100).

BIBLIOGRAFÍA

Adamson, W. L. 1987 "Leftist Transformations: A Clash Between the Feasible and the Desirable" en *Radical History Review* (Estados Unidos: Duke University Press) Nº 37.

Cronin, J.; Schneer, J. (eds.) 1982 *Social conflicto political crisis in Modern Britain* (New Brunswick).

Epstein, J. 1986 "Rethinking Categories of Working-Class History" en *Labour/Le Travail* (Canadá) Nº 18.

Foster, J. 1985 "The Declassing of Language" en *New Left Review* (Reino Unido) Nº 150.

Frader, L.; Grazia, V. de 1987 "New Subjects, New Social Commitments: An Interview with Michelle Perrot" en *Radical History Review* (Estados Unidos: Duke University Press) Nº 37.

Geertz, C. 1973 *Thick Description* en *The interpretation of Cultures* (Nueva York: Basic Books).

Gray, R. 1986 "The Desconstructing of the Working Class" en *Social History* (Oxford Academic) Nº XI.

Kirk, N. 1987 "In defense of Class. A Critique of recent Revisionist Writing Upon the Nineteen Century Working Class" en *International Review of Social History* (Cambridge: Cambridge University Press) Nº 37.

Ludtke, A. 1993 "The Historiography of Every Day Life: The personal and the political" en Samuel, R.; Stedman-Jones, G. *Culture, Ideology and Politics* (Londres).

Nelson, D.; Grossberg, L. (eds.) 1988 *Marxism and the Interpretation of Culture* (Chicago).

Palmer, B. 1990 *Descent into Discourse. The Reification of Language and the Writing of Social History* (Temple University Press).

Palmer, B. D. 1989 "Descent into Discourse" en *Radical History Review* (Duke University Press) invierno.

Palmer, B. D. 1990 *Descent into Discourse. The reification of Language and the Writing of Scial History* (Filadelfia).

Philips, L. 1990 "Rural Women in Latin America: Directions for Future Research" en *Latin American Research Review* (Estados Unidos: University of Pittsburgh Press) Nº 25(3).

Pickering, P. A. 1986 "Class without words: Symbolic Communication in the Chartist Movement" en *Past and Present* (Reino Unido: Oxford University Press) Nº 112.

Said, E. W. 1979 *Orientalism* (Nueva York).

Sartre, J. P. 2002 *Crítica da razão dialética (precedido por Questões de Método)* (Río de Janeiro: DP&A Editora).

Schneider, M. 1987 *In search of a* "New historical subject": The end of working-class culture, the Labor Movement, and the Proletariat" en *International Labor and Working Class History* (Cambridge: Cambridge University Press) Nº 1(17), otoño.

Scott, J. 1986 "'On Language', Gender, and 'Working Class History'" en *International Labor and Working Class History* (Cambridge: Cambridge University Press) Nº 31, primavera.

Scott, J. 1987 "Reply to Criticism" en *International Labor and Working Class History* (Cambridge: Cambridge University Press) Nº 32, otoño.

Scott, J. C. 1985 *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven).

Soper, K. 1986 *Humanism and Anti-Humanism, Problems in Modern European Thought* (Londres).

Stedman Jones, G. 1983 *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982* (Cambridge).

Therborn, G. 1980 *The Ideology of Power and the Power of Ideology* (Verso).

Viotti da Costa, E. 1989 "Structures Versus Experience: What Do We Gain, What Do We Loose?" en *International Labor and Working Class History* (Cambridge: Cambridge University Press) Nº 36, invierno.

Viotti da Costa, E. 1990 "Estructuras versus experiencia: nuevas tendencias en la historia del movimiento obrero y de las clases trabajadoras en América Latina. Lo que se pierde y se gana" en *Boletim Informativo e Bibliografico de Ciências Sociais* (Brasil) Nº 29.

White, H. 1972 "The Historical Text as Literary Artifact" en *CLIO* (Purdue University Fort Wayne).

White, H. 1972 "The Structure of Historical Narrative" en *CLIO* (Purdue University Fort Wayne).

White, H. 1980 "The Value of Narrativity in the Representation of Reality" en *Critical Inquiry* (Chicago: University of Chicago Press) otoño.

IDEOLOGÍA Y PRAXIS DEL SUBIMPERIALISMO*

Ruy Mauro Marini

La estrecha vinculación a Estados Unidos que, bajo el nombre de "política de interdependencia continental", orientó a la diplomacia brasileña en el gobierno del mariscal Castelo Branco (1964-1967) ha contribuido a que se considerara al régimen militar brasileño como un simple títere del Pentágono y del Departamento de Estado. En realidad, esa política exterior tiene hondas raíces en la dinámica de la economía capitalista mundial y en la manera como Brasil se ve afectado por ella. En otras palabras, dicha política solo puede analizarse a la luz de los cambios sufridos en la posguerra por la economía norteamericana, internamente y en sus relaciones con los países periféricos a ella, e, inversamente, de las transformaciones por las que ha pasado la economía brasileña en las dos últimas décadas y su posición actual frente a Estados Unidos.

LA INTEGRACIÓN IMPERIALISTA

La progresión ascensional de la acumulación capitalista en la economía norteamericana y el proceso de trustización que se presentó allí, en este siglo, como una constante, tienen por resultado la

* Extraído de *Subdesarrollo y revolución* 1969 (México: Siglo XXI), pp. 66-89.

concentración siempre creciente de una riqueza cada vez más considerable. Si las inversiones en actividades productivas acompañasen el ritmo de crecimiento del excedente así obtenido, la estructura económica estallaría en crisis quizá más violentas que las de 1929, en virtud del mecanismo mismo que vincula el ciclo de coyuntura a la variación del capital constante. La política antiinflacionaria que se ha adoptado, de modo general, en Estados Unidos, después de la guerra, ha permitido contener el ímpetu del crecimiento económico y limitar el monto del excedente, sin lograr impedir, sin embargo, que este siga muy por encima de las posibilidades existentes para su absorción. Resultan de ahí las sumas siempre más grandes destinadas a las inversiones improductivas, principalmente en la industria bélica y en los gastos de publicidad. El restante, que no ha podido esterilizarse de esa manera, se precipita hacia el mercado exterior, convirtiendo a la exportación de capitales en uno de los rasgos más característicos del imperialismo contemporáneo (Baran, 1958).

La lógica capitalista, que subordina la inversión a la expectativa de beneficio, lleva esos capitales a las regiones y sectores que parecen más prometedores. La consecuencia es, a través de la repatriación de capitales, un aumento suplementario del excedente, que impulsa a nuevas inversiones en el exterior, recomenzando el ciclo en nivel más alto. Amplíanse así incesantemente las fronteras económicas norteamericanas, intensifícase la amalgama de intereses en los países en ellas contenidos y se vuelve cada vez más necesario que, bajo distintas maneras, el gobierno de Washington extienda más allá de los límites territoriales la protección que dispensa a sus nacionales.

A principios del siglo, el más prestigiado teórico marxista de entonces, Karl Kautsky, influenciado por el revisionismo bernsteiniano e impresionado por el proceso de trustización que, desde las dos últimas décadas del siglo XIX, caracterizaba la economía capitalista, formuló su teoría del "superimperialismo": tras la concentración progresiva del capital en un gigantesco trust mundial, se podría esperar la centralización política correspondiente y una transición necesaria y pacífica al socialismo. En su prefacio a la obra de Bujarin La economía mundial y el imperialismo que escribió en 1915, Lenin combate la teoría kautskyiana, aunque sin negar la tendencia integracionista presentada por el capitalismo mundial. Lo que pasará, advertía, es que tal tendencia se desarrollará en medio de contradicciones y conflictos, que darán un impulso a la tendencia opuesta, antes que ella llegue a su culminación. La guerra de 1914 y la Revolución rusa, la guerra mundial y los fenómenos que engendró —la formación del bloque socialista y los movimientos de liberación nacional— le dieron la razón.

Siempre es verdad, sin embargo, que la expansión del capitalismo mundial y la acentuación del proceso monopolista mantuvieron constante la tendencia integracionista, que se expresa hoy, de manera más evidente, en la intensificación de la exportación de capitales y en la subordinación tecnológica de los países más débiles. Otro marxista alemán, Ernst Talheimer, lo advirtió al acuñar en la posguerra su categoría de la cooperación antagónica. En un momento en que la dominación norteamericana parecía incontrastable, frente a la destrucción europea que siguió a la guerra mundial, Talheimer fue suficientemente lúcido para percibir que el proceso mismo de integración o cooperación, acentuándose, desarrollaría sus contradicciones internas. Eso fue sobre todo verdadero en lo que se refiere a los demás países industrializados, los que, sometidos a la penetración de las inversiones norteamericanas, volviéronse a su vez centros de exportación de capitales y extendieron simultáneamente sus fronteras económicas, dentro del proceso ecuménico de la integración imperialista. Las tensiones que intervinieron entre esos varios centros integradores, de desigual grandeza (como, por ejemplo, Francia y Estados Unidos), aunque no puedan, como en el pasado, llegar a la hostilidad abierta, y tengan que mantenerse en el marco de la cooperación antagónica, obstaculizan el proceso de integración, abren fisuras en la estructura del mundo imperialista y accionan vigorosamente en beneficio de lo que tiende a destruir las bases mismas de esa estructura : los movimientos revolucionarios en los países subdesarrollados.

Hay que advertir, en efecto, que no es solo al nivel de las relaciones entre los países industrializados que el proceso de integración imperialista alienta su propia negación. Eso se da, principalmente, al nivel de las relaciones entre esos países y los pueblos colonizados, y reside allí sin duda el factor determinante que lo encamina hacia su frustración. La exportación de capitales y de tecnología en dirección a esas naciones impulsa, de hecho, el desarrollo de su sector industrial, contribuyendo a crear nuevas situaciones de conflicto, desde dos puntos de vista, interno y externo, y a propiciar una crisis que altera las condiciones mismas en que se realiza esa industrialización.

Internamente, la industrialización se expresa, en un país rezagado, en la agudización de contradicciones sociales de varios tipos: entre los grupos industriales y los latifundistas-exportadores; entre la industria y la agricultura de mercado interno; entre los grandes propietarios rurales y el campesinado; y entre los grupos empresariales y la clase obrera, así como la pequeña burguesía. La diversificación económica se acompaña, pues, de una complejidad cada vez mayor en las relaciones sociales, que opone, en primer término, los sectores de mercado interno a los de mercado externo y luego, en el corazón

de los dos sectores, a los grupos sociales que los constituyen. Ni siquiera el capital extranjero invertido en la economía puede sustraerse a esas contradicciones y presentarse como un bloque homogéneo: el que se invierte en las actividades de exportación (Anderson Clayton, United Fruit) no tiene exactamente los mismos intereses que el que se aplicó en la producción industrial o agrícola para el mercado interno (industria automovilística, aparatos eléctricos domésticos, industria de enlatados) y reaccionarán de modo distinto, por ejemplo, delante de un proyecto de reforma agraria que signifique ampliación del mercado interno y cree en el campo mejores condiciones de trabajo y remuneración.

El hecho de que el proceso de diversificación social, que resulta de la industrialización, no se sincronice rigurosamente con el ritmo de la penetración imperialista conduce, por otra parte, a que se agraven los factores antagónicos entre la economía subdesarrollada y la economía dominante. Puede pasar —como sucedió, por ejemplo, en Brasil, entre los años 1930 y 1950— que el sector industrial nacional aumente de manera mucho más rápida que la desnacionalización económica resultante de las inversiones externas. Además de las disputas que surgen entonces, entre los dos sectores, en su lucha por el mercado interno, sus relaciones se agravan cuando —alcanzado determinado nivel de industrialización— las necesidades crecientes de la importación chocan, en el terreno cambiario, con las presiones del sector extranjero para exportar sus beneficios y con las distorsiones que la dominación imperialista impone a la estructura del comercio exterior.

La cuestión tiende a agravarse aún más por otra razón. La reducción del plazo de renovación del capital fijo en las economías avanzadas, como consecuencia del ritmo increíblemente rápido de las innovaciones tecnológicas (Mandel, 1962), lleva a que esas economías experimenten una necesidad apremiante de exportar sus equipos obsoletos a las naciones en fase de industrialización. El estrangulamiento cambiario que sus prácticas comerciales y financieras provocan en la capacidad para importar de esas naciones contrarresta, empero, esa tendencia. La contradicción solo puede superarse a través de la introducción de tales equipos en los países subdesarrollados bajo la forma de inversión directa de capital. La consecuencia de tal procedimiento es la aceleración del proceso de desnacionalización —por lo tanto, de integración— al mismo tiempo en que allí se implanta un desnivel creciente entre el marco tecnológico y las necesidades de empleo para una población en explosión demográfica. La manera por la cual se procura, pues, superar el estrangulamiento cambiario implica, por los problemas resultantes, la agudización de las tensiones sociales internas, factor decisivo en los movimientos de liberación nacional.

La cooperación antagónica entre la burguesía de los países subdesarrollados y el imperialismo es conducida así a un punto crítico, que ya no le permite existir en su ambigüedad e impone una disyuntiva entre la cooperación, tendiendo a la integración, y el antagonismo, marchando hacia la ruptura. Es lo que pasó en Brasil en 1964, y nos conviene examinar el mecanismo de esa crisis, así como sus consecuencias.

LAS ALTERNATIVAS DEL DESARROLLO CAPITALISTA BRASILEÑO

La crisis del sistema de exportación de Brasil, iniciada en los años treinta y claramente configurada al terminar la guerra de Corea, lanza a la sociedad brasileña a un proceso de radicalización de sus contradicciones, que expresa la imposibilidad de seguir procesándose el desarrollo industrial dentro de los marcos semicoloniales hasta entonces existentes. Esa imposibilidad se vuelve visible por la acción de dos limitaciones estructurales. La primera se manifiesta en la crisis del comercio exterior, donde se verifica una tendencia constante a la baja en los precios de los productos exportados y una incapacidad del principal mercado comprador —el norteamericano— para absorber las cantidades crecientes que necesita exportar la economía brasileña para atender a las importaciones necesarias a la industrialización. La segunda limitación se deriva del régimen de propiedad de las tierras, que estrangula la oferta de géneros alimenticios y materias primas requeridas por la industria y por el crecimiento demográfico urbano lo que, además de impulsar al alza de los precios (que estimula, a su vez, los movimientos reivindicativos de masas), concentra los rendimientos de la agricultura en manos de una minoría y obstaculiza la expansión del mercado interno para la producción industrial.

Los gobiernos de Café Filho y Juscelino Kubitschek, que suceden a la grave crisis política de 1954 producida por esa situación y que se clausura con el suicidio del presidente Vargas, siendo frutos del compromiso entre las clases dominantes en conflicto, tratarán de encontrar una fórmula de transacción, que permita superar la crisis económica, sin llevar a una confrontación definitiva de las posiciones implicadas. El recurso elegido es abrir la economía brasileña a los capitales norteamericanos, a fin de romper el nudo formado en el sector cambiario. La Instrucción 113, de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito (actual Banco Central), crea el marco jurídico para esa política, que llega a su auge con el Plan de Metas del gobierno de Kubitschek, el cual acarrea alrededor de 2,5 millones de dólares en inversiones y financiamientos y empuja de nuevo la expansión industrial.

Esa expansión empieza, sin embargo, a dar señales de agotamiento hacia 1960, en función de la disminución que se verifica en

el nivel de los ingresos internos, de la caída del precio y del volumen de las exportaciones, y de la fuerte exportación de beneficios, lo que sumerge al país en una grave crisis cambiaría; y también por acción de la aceleración del proceso inflacionario, expresión de la lucha que libra la burguesía industrial y financiera con los grupos empresariales rurales, así como con las clases asalariadas. Hay que tener presente, en efecto, que la expansión industrial brasileña, basada en la intensificación de las inversiones extranjeras y correspondiendo a la introducción masiva de una nueva tecnología, tuvo por resultado elevar sensiblemente la productividad del trabajo y la capacidad productiva de la industria, pero agravó por eso mismo el problema del empleo de la mano de obra. Así es que, entre 1950 y 1960, frente a una tasa de crecimiento demográfico de 3,1% al año y mientras la población urbana crece a casi un 6% anual y la producción manufacturera a más de 9%, el empleo en la actividad industrial no presenta un incremento anual mayor de 3 por ciento.[1]

La crisis estructural de la economía brasileña, cesados los efectos paliativos de la política de importación de divisas, estalló, pues, en una verdadera crisis que arrastró el país a la depresión. En tal situación, era inevitable que las contradicciones sociales, que se habían manifestado en los años 1953-1954, volviesen a presentarse con mucha más fuerza, sobre todo las que impulsaban a las masas obreras y medias de las ciudades a luchar por mejorar su nivel de vida. Presionada por ellas, y experimentando la clara conciencia de la imposibilidad de mantener la expansión industrial dentro de los cuadros estrechos que le trazaban el sector latifundista-exportador y los grupos monopolistas extranjeros, la burguesía intenta quebrar el círculo, rompiendo el compromiso con esas fuerzas e imponiendo su política de clase. Los gobiernos de Janio Quadros en 1961, y, vencida la indecisión parlamentaria de 1962, de Joáo Goulart, en 1963-1964, expresaron esa tentativa.

La política externa independiente y las reformas estructurales fueron las direcciones en que se movieron esos dos gobiernos buscando doblegar la resistencia de los sectores dominantes aliados. Con la primera, se trató de crear un área de maniobra en el campo internacional, que permitiera a Brasil diversificar sus mercados de productos básicos y sus suplementos de créditos, principalmente en el área socialista, y abrir camino para la exportación de productos

---

1 Datos proporcionados por Brasil, Ministerio de Planeamiento y Coordinación Económica, *Programa de Açao Económica do Govérno, 1964-1966*, Documento EPEA, Nº 1, noviembre de 1964, cap. IV. En "actividad industrial" se incluye la industria manufacturera y la industria extractiva mineral.

industrializados, en África y Latinoamérica, principalmente. Con las reformas se tendía en principio a la reformulación de la estructura agraria, capaz de abrir nuevos mercados al comercio interior y aumentar la oferta interna de materias primas y géneros alimenticios. Las dos orientaciones entraban en conflicto con los intereses del sector latifundista y de los grupos monopolistas exportadores, en su mayoría norteamericanos. La adopción de medidas restrictivas de financiamiento nacional de las inversiones extranjeras y a la remesa de beneficios al exterior, así como el esbozo de una política de nacionalizaciones, generalizó el conflicto a todo el sector extranjero de la economía e hizo muy tensas las relaciones entre el gobierno brasileño y el norteamericano.

Para garantizar una tal política, necesitaba la burguesía que las masas populares urbanas, de considerable peso político, las respaldaran. Pero, debatiéndose en una situación de crisis coyuntural, que mermaba su tasa de beneficios, tenía, paradójicamente, que enfrentarse a las masas, buscando contener sus reivindicaciones salariales. La pretensión de aplicar prácticas deflacionarias, en 1961, con Janio Quadros, y en 1963, con Goulart (Plan Trienal, 1963-1965), encontró viva resistencia popular, y la burguesía, por razones políticas, no pudo imponerlas por la fuerza. Confiando a Goulart la tarea de contener el movimiento de masas trató de utilizar su capacidad para explotar en beneficio propio el proceso inflacionario, a fin de sostener su margen de beneficio, lo que aceleró ese proceso. Las reivindicaciones obreras se radicalizaron, a través de huelgas cada vez más frecuentes y amplias, y la clase media entró en pánico ante la amenaza concreta de proletarización.

La agitación que la amenaza de reforma agraria llevaba al campo y la resistencia del sector industrial extranjero a las medidas nacionalistas limitaron cada vez más el apoyo del sector burgués a Goulart. Cuando se intensificó la campaña antigobiemista, bajo el pretexto de la subversión comunista, la clase media, que la crisis económica desorientaba, se dividió, pasando a engrosar en cantidades siempre mayores las huestes a la reacción. Impresionada por el voceo anticomunista y por la radicalización popular, y sintiendo, al fracasar el Plan Trienal, que Goulart no ofrecía ya condiciones para contener el movimiento de masas, la burguesía abandonó el terreno. Cuando la agitación alcanzó el sector militar, con la rebelión de los marineros, en marzo de 1964, quedó claro que, frente a la oposición radical a que se viera conducida la lucha de clases, el poder estaba vacío. En un gesto de audacia, el grupo militar de las altas esferas políticas apoderóse de él.

LA POLÍTICA DE INTERDEPENDENCIA

El gobierno de Gástelo Branco se caracterizó por una actuación internacional distinta a la llamada "política externa independiente", que practicaron los gobiernos de Quadros y de Goulart, y que se basaba en los principios de autodeterminación y no intervención. Desde que, a raíz del golpe de 1964, asumió la dirección del ministerio de Relaciones Exteriores, el canciller del gobierno de Castelo Branco, Vasco Leitão da Cunha, rechazó la idea de una política externa independiente, invocando razones geopolíticas, que vincularían estrechamente el Brasil al mundo occidental y particularmente a Estados Unidos, y declaró que el concepto básico de la diplomacia brasileña era el de la interdependencia continental. Adoptóse así una doctrina emanada de la Escuela Superior de Guerra, de responsabilidad del general Golberi do Couto e Silva, diplomado por la escuela norteamericana de Fort Benning y jefe del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), organismo creado por el régimen militar que, con sus dos mil agentes actuando en. el continente, ya fue comparado a una CIA en miniatura.

Esa doctrina, llamada de barganha (canje) leal, fue expuesta por Couto e Silva en su libro Aspectos geopolíticos do Brasil (Río de Janeiro, Biblioteca del Ejército, 1957) y parte del supuesto de que, por su propia posición geográfica Brasil no puede escapar a la influencia norteamericana. En tal situación, no le quedaría otra alternativa sino la de "aceptar conscientemente la misión de asociarse a la política de Estados Unidos en el Atlántico Sur". La contrapartida de esa "elección consciente" sería el reconocimiento por Estados Unidos de que "el casi monopolio de dominio en aquella área debe ser ejercido por Brasil exclusivamente". Esa expresión "casi monopolio" resulta, igualmente, de la imposibilidad de ignorar las pretensiones que, en este terreno, alimenta también la burguesía argentina.

Dos pronunciamientos oficiales consagraron la adopción de esa doctrina: las declaraciones del canciller Leitão da Cunha al recibir en Río de Janeiro, el 19 de mayo de 1965, a su colega de Ecuador, Gonzalo Escudero, y el discurso que pronunció días después, en la ciudad de Teresina (capital del estado de Piauí), el mariscal Castelo Branco.

Saludando al canciller ecuatoriano, aludió Leitão da Cunha a "un concepto inmanente a la naturaleza de la alianza interamericana, el de la interdependencia entre las decisiones de política internacional de los países del continente". "La concepción ortodoxa y rígida de la soberanía nacional —subrayó— fue formulada en una época en que las naciones no reunían, en sus responsabilidades, una obligación de cooperar entre sí, en la búsqueda de objetivos comunes." El canciller del gobierno militar brasileño preconizó todavía "el refuerzo de los instrumentos multilaterales para la defensa de la institución política

más americana —la democracia representativa"—. Y aclaró: "Pocos tienen dudas de que los mecanismos previstos en la Carta de la Organización de los Estados Americanos, contra agresiones o ataques abiertos, son enteramente inadecuados a las nuevas situaciones producidas por la subversión que trasciende las fronteras nacionales".

De este punto partió el mariscal Castelo Branco, en su discurso del 28 de mayo, cuando se refirió a la crisis dominicana que motivó la invasión estadounidense, apoyada por Brasil, como una agresión interna al continente. Después de proclamar la necesidad de sustituir el concepto de fronteras físicas o geográficas por el de fronteras ideológicas, el mariscal presidente declaró que, de acuerdo con la actual concepción brasileña de la seguridad nacional, esta no se limita a las fronteras físicas de Brasil, sino que se extiende a las fronteras ideológicas del mundo occidental.

Se sitúan en esa línea de pensamiento las ideas de la intervención en Uruguay y en Bolivia, alimentadas por Castelo Branco, así como el decidido apoyo del gobierno brasileño a la intervención de Estados Unidos en Santo Domingo. El aplauso de Brasilia a la decisión norteamericana de encaminar parte de su ayuda militar a los países latinoamericanos a través de la OEA fue también consecuencia de esa posición, y se une a la reivindicación de que se reactive el llamado "protocolo adicional", que vincula la ayuda militar a la ayuda económica. Otra consecuencia ha sido la tesis de la integración militar del continente, presente en la insistencia brasileña por la creación de un ejército interamericano permanente, actualmente desechada.

Para muchos, se trataba simplemente de un regreso de la política brasileña a la sumisión a Washington, que era la regla en el período anterior a Quadros, así como de la conversión definitiva de Brasil en colonia norteamericana. Nada menos cierto. Lo que se verificaba, en realidad, era la evolución, de cierta manera inevitable, de la burguesía brasileña hacia la aceptación consciente de su integración al imperialismo norteamericano, evolución que resulta de la lógica misma de la dinámica económica y política de Brasil y que puede tener graves consecuencias para América Latina.

EL COMPLEJO INDUSTRIAL-MILITAR

Se hace evidente su existencia cuando analizamos el programa de acción económica o Plan Trienal 1964-1966, adoptado por el gobierno del mariscal Gástelo Branco y elaborado por su ministro de Planeación y ex embajador en Washington, Roberto de Oliveira Campos.[2] Su objetivo era doble: reactivar el ritmo descendente del crecimiento

2 Véase *Programa de Ação Económica do Governo, 1964-1966, op. cit.*

del producto interno bruto, fijándolo en 6% para los años 1965-1966, y contener el aumento general de los precios, reduciéndolos del nivel de 92,4% en 1964 a 25% en 1965, y a 10% en 1966. Por otra parte, se proponía alcanzar "objetivos secundarios", entre ellos el equilibrio de la balanza de pagos, la redistribución de la renta y, en la práctica, la democratización del capital. Además de los instrumentos clásicos de política económica (política tributaria, salarial y crediticia, manipulaciones arancelarias, contención y selección de los gastos gubernamentales), la acción estatal contenía medidas estructurales, principalmente la reforma agraria y la reorganización del mercado interno de capitales.

Desde el punto de vista de nuestro análisis, el aspecto que más interesa es la actitud del plan en relación al capital extranjero. En un estudio publicado en su órgano oficial, la Confederación Nacional de la Industria (COMI) consideró que el programa de planeación económica de Campos se singularizaba, respecto a los planes económicos anteriores, "por el papel estratégico que da al capital extranjero y por las altas esperanzas en cuanto a sus ingresos". Tras recordar que, estableciendo una formación bruta de capital de 17 % al año, el Plan asignaba al capital extranjero el 28,1% en esa formación, en 1965, y el 29,4% en 1966, mientras preveía una disminución del ahorro nacional del 15,8% en los años 1954-1960, al 13% anual en 1965-1966, la CNI puntualizaba: "La disminución del ahorro nacional [...] dejará en inferioridad al capital privado nacional, cuyas inversiones serían alrededor de la mitad del influjo previsto de capital extranjero" (1965).

Esa orientación era confirmada por otros aspectos de la acción gubernamental. Según la misma CNI, las fuentes de crédito tuvieron su actuación fuertemente reducida en 1964, aumentando el crédito privado en 84,2% y el oficial en poco más de 50%, frente a una tasa de inflación de 92,4%. Esta contención del crédito se completó con una política tributaria basada principalmente en la hoja de salarios, lo que obligó a las industrias a buscar una solución para sus costos de producción en la reducción de mano de obra, es decir, en una mayor tecnificación. Es natural que haya sido la asociación con grupos extranjeros, que disponen siempre de líneas de crédito y cuentan con una tecnología disponible en virtud del ritmo de renovación tecnológica que se da en su país de origen, el camino más fácil para enfrentarse a esa coyuntura.

La política tendiente a forzar la democratización del capital de las empresas, sobre todo a través de estímulos fiscales a las reinversiones de los grupos dispuestos a concretarla, intensificó aún más esa tendencia. Ello también lo advirtió entonces la CNI, al señalar, en su estudio ya mencionado, que "si el ahorro nacional disminuye, la

'democratización' servirá tan solo para permitir que los capitales extranjeros tengan acceso a por lo menos parte del control de empresas nacionales".

Ahora bien, en el plan interno, la política económica del gobierno de Castelo Branco benefició ampliamente a las grandes empresas, tanto nacionales como extranjeras, especialmente aquellas dedicadas a la industria pesada, al mismo tiempo que, por la retracción deliberada que provocaba en la demanda, hizo prácticamente intolerable la situación para la pequeña y mediana industrias, vinculadas a la producción de bienes de consumo no durables.[3] En otras palabras, reveló la determinación expresa del régimen de consolidar una industria de bienes intermedios, de consumo durable y de equipos, altamente tecnificada y dotada de fuerte capacidad competitiva, capaz de convertir al país en una potencia industrial. Ello es explicable ya que una tal industria era la condición sine qua non para llevar a cabo la expansión exterior pretendida, y que, por otro lado, tal expansión constituía la respuesta más eficaz, desde el punto de vista de la gran industria, a la estrechez de mercados con la que chocaba la economía en el interior. Llega a crearse así una simbiosis entre los intereses de la gran industria y los sueños hegemónicos de la élite militar, la cual encontraría una expresión aún más evidente en los vínculos que establecen a nivel de la producción bélica. El despliegue de este nuevo sector de la economía brasileña pone al desnudo, como ningún otro, la deformación a la que está siendo conducida por las características peculiares de su desarrollo capitalista, y merece ser analizado un poco más minuciosamente.

Todo parece comenzar a fines del gobierno de Goulart, cuando este, preocupado en romper la dependencia en que se encontraba Brasil por la estandarización de material bélico impuesta por Estados Unidos a los países latinoamericanos, a raíz de la segunda guerra mundial, decide diversificar las fuentes de suministro y desarrollar, simultáneamente, la industria nacional. La estandarización de dicho

---

3 En una evaluación de la política practicada por su predecesor, el actual gobierno del mariscal Costa e Silva anota que, después de la crisis industrial de 1965, las ramas industriales se enfrentaron a condiciones totalmente distintas de evolución, pudiendo caracterizarse dos grandes grupos de industrias: el primero, constituido por el complejo mecánico, metalúrgico, metalúrgico-eléctrico, material de transporte y químico, presentó una "elevada tasa de crecimiento, del orden del 25% sobre el año anterior, aliada a un crecimiento de la productividad del trabajo también elevado, en tomo al 12%"; el segundo grupo, constituido por las industrias dichas "tradicionales", que comprenden la textil, madera y mobiliario, cueros, calzados, vestidos y alimentos, ostentó un "crecimiento relativamente menor de su producto en el período, hecho esencialmente ligado a la baja elasticidad-ingreso de la demanda, además de [un] crecimiento menos acentuado en la producción por hombre empleado" (Brasil, 1967: 159-160).

material, que se llevaba a cabo en el marco de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, allanaba el camino en esa dirección. En febrero de 1964, el ministro de Guerra de Goulart, general Jair Dantas Ribeiro, firmó con Bélgica un contrato de compra de 50 mil fusiles, con derecho de reproducción por la industria brasileña.

Derrocado Goulart, el nuevo ministro de Guerra, general Artur da Costa e Silva, confirma la operación. Casi al mismo tiempo, al tomar posesión de la presidencia de la Confederación Nacional de la Industria, el general Edmundo Maceo Soares e Silva se pronunció en favor de una política de sustitución de importaciones relativas a armamento y equipo militar, vinculando a ello la preservación de la soberanía nacional. Diferentes actos llevados a cabo por el gobierno indicaron la intención de poner en práctica esa orientación, explotando particularmente las facilidades ofrecidas por la industria bélica europea.

Es necesario recordar aquí que con la estandarización del material bélico la industria de guerra de Estados Unidos había creado un mercado permanente para sus excedentes en América Latina, y que el Departamento de Defensa norteamericano forjó a su vez un instrumento de control de los más eficaces sobre las fuerzas armadas del hemisferio. La actitud brasileña no podía considerarse sino como alarmante, y explica los contactos que, en agosto de 1965, el subsecretario norteamericano de Defensa para Asuntos del Extremo Oriente, Avin Freeman, buscó con industriales brasileños. Según se supo posteriormente, Freeman manifestó el interés del Pentágono en adquirir armas y otras manufacturas en Brasil para la guerra de Vietnam, en virtud de la dificultad para movilizar, en caso de guerra no declarada, las industrias norteamericanas para la producción de guerra.[4]

Por las mismas fechas, mediante autorización del Presidente de la República y del Ministerio de Planeación, se constituye el llamado Grupo Permanente de Movilización Industrial (GPMI), que abarca a las empresas de la región más industrializada del país (São Paulo, Guanabara y Minas Geráis), y cuenta con la asesoría directa de miembros de las fuerzas armadas.

En enero de 1966, regresando de un viaje a Estados Unidos, el presidente del gpmi, el industrial paulista Vitorio Ferraz, declaró en conferencia de prensa que la industria brasileña fabricaría armas de diversos tipos, municiones y vehículos de guerra para colaborar con los norteamericanos en la guerra de Vietnam. Aclarando que para ello se contaba ya con varias fábricas de telecomunicaciones y de municiones del país, Ferraz puntualizó: "Colaborando en el exterminio

4 Véase al respecto el reportaje publicado por el periódico conservador O *Estado de Sao Paulo,* São Paulo, 28 de febrero de 1966

del Vietcong [Brasil] aprovecharía la capacidad ociosa de sus fábricas y dará lugar a la creación de 180 mil nuevos empleos. Simultáneamente, combatiremos al comunismo y a nuestros problemas de desocupación".[5]

En los meses subsecuentes, el programa anunciado por Ferraz se puso en marcha. En marzo de 1966, Paul Hower, funcionario del Departamento de Defensa norteamericano y miembro de la Comisión Militar Mixta Brasil-Estados Unidos, llegó al país con la misión expresa de tratar la instalación en Brasil de una fábrica de aviones a turborreacción, del tipo antiguerrilla. En la segunda semana de agosto, el semanario de oposición Folha de Semana, de Río de Janeiro, daba detalles de la operación, proporcionando noticias sobre el avance de los estudios para la instalación de dicha fábrica en el estado de Ceará, en el noreste, bajo la supervisión del GPMI. La empresa reunía capitales privados nacionales y contaba con una inversión oficial de 20 millones de dólares, suministrados por la Superintendencia de Desarrollo del Noreste (SUDENE), organismo descentralizado, estando destinada su producción al abastecimiento interno y a la exportación a los demás países latinoamericanos. Desde entonces, el Instituto Tecnológico de Aeronáutica, establecimiento militar de investigación y enseñanza, ha elaborado y probado diversos prototipos de aviones ligeros, los cuales son proporcionados a la empresa privada, juntamente con las encomiendas del Estado para su fabricación.

EL SUBIMPERIALISMO Y LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

En su política interna y externa, el gobierno militar de Castelo Branco manifestó no solo una decisión de acelerar la integración de la economía brasileña a la economía norteamericana; expresó también la intención de convertirse en el centro de irradiación de la expansión imperialista en América Latina, creando inclusive las premisas de un poderío militar propio. En eso se distingue la política exterior brasileña que se ha puesto en marcha después del golpe de 1964: no se trata de aceptar pasivamente las decisiones norteamericanas (aunque la correlación real de fuerzas lleve muchas veces a ese resultado), sino de colaborar activamente con la expansión imperialista, asumiendo en ella la posición de país clave.

---

5 Estas declaraciones se tomaron del *Correio da Manha.,* Río de Janeiro, enero de 1966. Según el periódico, las empresas en cuestión eran, por un lado, "Telefunken", "Delta", "Motorola", "Electrónica", "Philips" e "Invelson", y, por otro, "Parque de Aeronáutica de Sao Paulo", "Fábrica de Artilharia da Marinha", "Arsenal de Marinha" y "Companhia Brasileira de Cartuchos",

Esa pretensión no nace tan solo de un deseo de liderato político, por parte de Brasil, sino que se debe principalmente a los problemas económicos que plantea la opción de la burguesía brasileña en pro del desarrollo integrado. El restablecimiento de su alianza con las antiguas clases oligárquicas, vinculadas a la exportación, que selló el golpe de 1964, dejó a la burguesía en la imposibilidad de romper las limitaciones que la estructura agraria impone al mercado interno brasileño. El mismo proyecto de reforma agraria adoptado por el gobierno de Castelo Branco no admite otra manera de alterar esa estructura sino a través de la extensión progresiva del capitalismo al campo, es decir, dentro de un largo plazo.

Por otro lado, al optar por su integración al imperialismo y al poner sus esperanzas de reactivar la expansión económica en los ingresos de capital extranjero, la burguesía brasileña concuerda en intensificar el proceso de renovación tecnológica de la industria. Atiende, así, a los intereses de la industria norteamericana, a la que conviene instalar allende sus fronteras un porque industrial integrado, que absorba los equipos que la rápida evolución tecnológica vuelven obsoletos.[6] Mas tiene que aceptar su contrapartida: en un país de fuerte crecimiento demográfico, que lanza anualmente al mercado de trabajo un millón de personas, la instalación de una industria relativamente moderna crea un grave problema de desempleo. Aunque con eso la burguesía soluciona, desde su punto de vista, los problemas que plantea el costo de producción industrial, puesto que, a pesar de los excedentes existentes de mano de obra, la economía brasileña presenta, como toda economía subdesarrollada, aguda escasez de mano de obra calificada.

Así, sea por su política de refuerzo de su alianza con el latifundio, sea por su política de integración al imperialismo, la burguesía brasileña no puede contar con un crecimiento del mercado interno en grado suficiente para absorber la producción creciente que resultará de la modernización tecnológica. No le queda otra alternativa que intentar expandirse hacia el exterior, y se le vuelve entonces necesario garantizar una reserva externa de mercado para su producción. El bajo costo de producción, que la actual política salarial y la modernización

6 Hablando en el Congreso norteamericano sobre la integración económica de Latinoamérica, el secretario de Estado adjunto para las Cuestiones Interamericanas, Jack H. Vaughn, reconoció que la industrialización resultante hará desaparecer los mercados tradicionales de ciertos productos norteamericanos, mas subrayó: "Igualmente América Latina ofrecerá un mercado más promisorio para productos de la industria norteamericana, de carácter cada vez más sofisticado" (*El Día*, 11 de septiembre de 1965).

industrial tienden a crear, señala la misma dirección: la exportación de productos manufacturados.[7]

No se trata de una tendencia totalmente nueva. La política exterior de Quadros y de Goulart buscaba también garantizar una reserva externa de mercado para una expansión comercial brasileña en África y Latinoamérica. La diferencia está en que entonces Brasil adoptaba una posición de freelancer, en el mercado mundial, confiando en que a través de las reformas estructurales internas, no tardarían en desaparecer las limitaciones que frenaban el crecimiento del mercado interno brasileño. La exportación aparecía, pues, como una solución provisional, tendiente a proporcionar a la política reformista burguesa el plazo necesario para que fructificara. Con Castelo Branco, al contrario, la burguesía trata de compensar su imposibilidad para ampliar el mercado interno a través de la incorporación extensiva de mercados ya formados, como el uruguayo, por ejemplo. La expansión comercial deja de ser así una solución provisional y complementaria a la política reformista y se convierte en la alternativa misma de las reformas estructurales.

Lo que se planteó así fue la expansión imperialista de Brasil, en Latinoamérica, que corresponde en verdad a un subimperialismo o a una extensión indirecta del imperialismo norteamericano (no nos olvidemos que el centro de un tal imperialismo sería una economía brasileña integrada a la norteamericana). Ese intento de integrar Latinoamérica, económica y militarmente, bajo el comando del imperialismo norteamericano y con el apoyo de Brasil, ha sufrido posteriormente muchas vicisitudes y siguen siendo hoy una intención. Sin

---

7 En un informe reciente preparado por expertos de las Naciones Unidas, se señala la tendencia actual al establecimiento de un nuevo esquema de división internacional del trabajo, dentro del cual los países industrializados deberán ceder las primeras fases de elaboración de materias primas a los países en vías de desarrollo, especializándose aquéllos en las "fases más avanzadas de elaboración y acabado de los productos, debido a su experiencia técnica y capacidad económica". Y se añade: "Según la tecnología moderna, la transformación de materias primas generalmente requiere de procesos industriales que: x) absorben gran cantidad de capital; n) requieren considerable experiencia industrial y tecnológica; y, m) requieren mercados internacionales, pues los mercados domésticos de las naciones en desarrollo son demasiado pequeños para absorber la producción potencial. Por lo tanto, este tipo de producción necesariamente tendrá que llevarse a cabo en cooperación con las industrias establecidas de los países desarrollados (por ejemplo, inversiones directas o indirectas, asociaciones en participación), de acuerdo con arreglos apropiados que proveerán la inversión de capital, la tecnología necesaria y los mercados para los productos". *Promoción de exportaciones mexicanas de productos manufacturados*. Preparado para el gobierno de México por una misión de las Naciones Unidas bajo el patrocinio del Programa de Asistencia Técnica, Naciones Unidas, Comisionado para la Cooperación Técnica, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, diciembre de 1966, pp. 7-13.

embargo, ha aclarado factores valiosos para estimar las perspectivas del proceso revolucionario brasileño y, en último término, latinoamericano, Un primer aspecto a considerarse es que la integración imperialista de Latinoamérica, en su nueva fase, iniciada con el golpe militar en Brasil, no se podrá ejercer sino en el marco de la cooperación antagónica. El antagonismo será más acentuado sobre todo allí donde se enfrentan burguesías nacionales poderosas, como es el caso de Argentina y Brasil,[8] pero la cooperación o la colaboración será cada vez más la regla que regirá las relaciones de esas burguesías entre sí y con Estados Unidos. El peso que tendrá en la balanza de influencia norteamericana y brasileña obliga a esa colaboración. Pero más que todo esa colaboración será necesaria a las clases dominantes del hemisferio para contener la ascensión revolucionaria de las masas que se verifica actualmente y que solo puede atenuarse con la marcha de la integración imperialista.

El caso brasileño es, en ese particular, paradigmático. El golpe militar de 1964 —significando el rompimiento, por parte de la burguesía, de la política de compromiso que practicó desde su llegada al poder (es decir, desde la revolución de 1930)— abre una etapa nueva en el proceso de la lucha de clases. Aunque muchos sectores sociales, principalmente de clase media, busquen restablecer entre la burguesía y las masas el diálogo político que existía antes de 1964, las relaciones de clase se caracterizan actualmente, por una escisión horizontal, que deja de un lado a la coalición dominante (esencialmente la burguesía, los empresarios extranjeros y los grandes propietarios de tierra) y, de otro, a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. La pequeña burguesía sufre contradictoriamente el efecto de esa escisión, asumiendo posiciones que van del radicalismo de extrema izquierda al neofascismo de la extrema derecha, sin olvidar los esfuerzos conciliadores de una capa céntrica, que obedece a la consigna de "redemocratización" lanzada por la directiva del PC brasileño.

A plazo más o menos corto, es inevitable que esa escisión horizontal de las relaciones de clase en Brasil provoque una guerra civil abierta. La expansión imperialista de la burguesía brasileña tiene que basarse en una mayor explotación de las masas trabajadoras nacionales, sea porque necesita de una producción competitiva para el mercado

---

8 La rivalidad brasileño-argentina se ha exacerbado después de la ascensión al poder del general Juan Carlos Onganía. Entre los muchos puntos de discordia que *existen* actualmente entre los dos países se encuentra el aprovechamiento de las aguas del río Paraná y las disputas sobre la influencia ejercida en Bolivia, Paraguay y Uruguay. Ambos países han desencadenado además una carrera armamentista, que trae consigo compras masivas de armas en el exterior y el desarrollo acelerado de sus respectivas industrias bélicas.

externo, lo que implica salarios bajos y mano de obra disponible, es decir, un elevado índice de desempleo; sea porque se procesa juntamente con un aumento de la penetración de los capitales norteamericanos, lo que exige la extracción de un sobrelucro de la clase obrera. Esa intensificación de la explotación capitalista del pueblo brasileño es factor suficiente para intensificar la lucha de clases, arriesgando la posición de la burguesía.

El momento preciso en que eso se dará no depende, desde luego, tan solo de la intensificación de la explotación capitalista, sino también del tiempo que llevará a las masas brasileñas para extraer su lección de los acontecimientos de 1964 y, principalmente, de la capacidad de la izquierda para orientarlas en ese proceso de maduración. Hay que contar, sin embargo, con el acelerado ritmo que lleva, en nuestros días, el proceso revolucionario en Latinoamérica y con las repercusiones que producirá sobre él la integración imperialista, lo que puede acelerar considerablemente la reorganización en nuevas bases de las izquierdas en Brasil.

La conjunción de los movimientos revolucionarios de Brasil y los demás países Latinoamericanos, es decir, la internacionalización de la revolución latinoamericana, aparece como la contrapartida inevitable del proceso de integración imperialista, en su nueva fase inaugurada por el golpe militar brasileño. El hecho de que la marcha de esa integración tienda a escindir cada vez más las relaciones entre las burguesías nacionales y las masas trabajadoras, deja entrever que el carácter de esa revolución, más que popular, será socialista. El análisis del caso brasileño proporciona en este sentido datos y perspectivas sumamente útiles.

BIBLIOGRAFÍA

Baran, P. 1958 "Crisis of Marxism?" en *Monthly Review* (Nueva York), octubre.

Brasil 1964 *Programa de Açao Económica do Govérno, 1964-1966. Documento EPEA* (Ministerio de Planeamiento y Coordinación Económica) Nº 1, noviembre.

Brasil 1967 *Diretrizes de govérno. Programa estratégico de desenvolvimento* (Ministerio de Planeamiento y Coordinación Económica) julio.

CNI 1965 *Desenvolvimento* & *Conjuntura* (Río de Janeiro) Nº 3, marzo.

Mandel, E. 1962 *Traite d´économie marxiste* (París).

EXPROPIACIONES CONTEMPORÁNEAS*

Virgínia Fontes

Las expropiaciones contemporáneas expresan, a mi juicio, la base social fundamental para la expansión de la relación capital-trabajo; de la misma forma en que fue el punto de apoyo para la expansión originaria del capital. Las actuales expropiaciones no solo inciden sobre la tierra y sobre los instrumentos directos de trabajo, sino sobre todo sobre cualquier freno socialmente impuesto a la plena disponibilidad de los trabajadores para el mercado. Como ejemplo, se multiplicaron las supresiones de derechos laborales; se agravó rápidamente la conversión de lo que hasta entonces se había constituido como "naturaleza común" en propiedad, sea de manera directa —como las aguas dulces y saladas— sea de manera indirecta —como la capacidad de reproducción biológica de los principales productos agrícolas alimenticios a través de semillas transgénicas: trigo, maíz y arroz, entre otras—. Finalmente, de aquí en adelante, inciden sobre la propia composición orgánica del ser humano por medio de la patente de elementos biológicos humanos. Tales expropiaciones corresponden a la manutención y expansión de la clásica expulsión del campo de los trabajadores rurales pero, por resultar una situación cuantitativa y cualitativamente

---

* Texto extraído de Aliaga, L.; Amorim, H.; Marcelino, P. (orgs.) 2011 *Marxismo: teoria, história e política* (São Paulo: Alameda) pp. 141-156.

nueva —el capital-imperialismo transnacional— también presentan aspectos originales. Los nuevos procesos son similares a los momentos formadores de capitalismo, pero no idénticos.

En esta ponencia, presentaremos un debate con algunas tesis distintas entre sí acerca del papel de las expropiaciones en la formación del capitalismo, elaboradas por Ellen M. Wood, I. Wallerstein y, finalmente, por Aníbal Quijano para el caso latinoamericano.

Ellen Wood, en su libro *Los orígenes del capitalismo agrario* (2001), presenta dos polémicas hipótesis. La primera, con un fondo propiamente histórico, defiende que el capitalismo se origina apenas en Inglaterra —y no en la figura del *burgués*—, teniendo como punto de partida las características específicas del campo inglés, en la tríada ya señalada por Marx, compuesta de "terratenientes que viven de las rentas capitalistas de la tierra, arrendatarios capitalistas que viven de las ganancias y trabajadores que viven de un salario" (Wood, 2001: 102), lo que corresponde especialmente al este y suroeste de Inglaterra.

La imposición de la necesidad del aumento de la productividad —la *compulsión*—, sobretodo sobre los arrendatarios —grandes o pequeños— resultó en una profunda transformación de las relaciones sociales de propiedad. En cuanto a la relevancia del tema, no ampliaremos sobre él por ahora. Su segunda hipótesis nos interesa más directamente: Wood reconoce que prácticamente no mencionó el trabajo asalariado a lo largo de su argumentación y, al asumir que no sería absurdo definir el capitalismo agrario inglés con base en esa tríada, insiste:

> Sin embargo, es importante tener presente que las presiones competitivas, y las nuevas "leyes de movimiento" que llevaban aparejadas, dependían en primera instancia, no de la existencia de una masa proletaria, sino de la existencia de arrendatarios-productores dependientes del mercado. Los trabajadores asalariados, sobre todo los que vivían únicamente del trabajo asalariado y dependían de este para subsistir y no solo como un suplemento estacional [...] seguían siendo una minoría en la Inglaterra del siglo XVII. (Wood, 2001)

Las presiones competitivas —exigencia mercantil del aumento de la productividad para garantizar la manutención de los arrendamientos, es decir, "produciendo de una forma más eficiente en costes en competencia directa con otros y en un mismo mercado" (Wood, 2001: 79)— afectaron a los arrendatarios que contrataban otros trabajadores y a los hacendados productores directos, con sus familias, incluso los que no contrataban mano de obra.

La gente podía depender del mercado —para las condiciones básicas de su propia reproducción— sin estar del todo desposeída. En

otras palabras, las *"dinámicas específicas del capitalismo ya estaban operando, en la agricultura inglesa, antes de la proletarización de la fuerza de trabajo"* (Wood, 2001: 103, itálicas nuestras).

Las hipótesis de Wood introducen dos cuestiones significativas para nuestra reflexión: en la primera, la de que no es la contraposición entre ciudad y campo lo que define las relaciones sociales capitalistas, sino una total subordinación del trabajo y del capital a los imperativos de la competencia mercantil entre los productores:

> En una sociedad capitalista, casi todo lo que hay son mercancías que se producen para el mercado. Más fundamental aun es el hecho de que tanto el capital como el trabajo son totalmente dependientes del mercado para las condiciones más básicas de su propia reproducción. [...] El mercado se vuelve el determinante principal y regulador de la reproducción social El surgimiento del mercado como determinante de la reproducción social presupuso la penetración de este en la producción de lo más imprescindible para la vida: la comida. (Wood, 2001: 4)

La segunda cuestión: su hipótesis parece confrontar la importancia de la expropiación como base social de la relación capitalista. De hecho, para examinar los orígenes, o el nacimiento de la relación social típicamente capitalista, Ellen Wood enfatiza que la compulsión productivista para el mercado, iniciada en el siglo XVI en Inglaterra, aunque ya incorporara asalariados, no tenía en estos su base fundamental, que incidía sobre todo sobre los propietarios arrendatarios y sus familias. La preocupación de Wood no es reducir el hecho de que las expropiaciones se convertirán en la forma central —y dramática— de la producción de los trabajares, garantizando la expansión de la relación social capital, sino enfatizar que en esta relación existe un elemento original: la exigencia del crecimiento de la productividad bajo condiciones mercantiles, alterando la noción misma de propiedad. Ese énfasis se aclara cuando comprendemos el objetivo central de su polémica: por un lado, oponerse a aquellos que consideran que el mero crecimiento del mercado tiene como resultado, por incrementos sucesivos, el capitalismo, sin considerar las especificidades de este modo de producción y, por lo tanto, reduciendo el papel de la profunda ruptura que el capitalismo significó frente a las formas sociales precedentes. En segundo lugar, se opone resolutamente al determinismo tecnológico, que pretende explicar las transformaciones sociales con base en la introducción de las nuevas técnicas o tecnologías, que figuran como externalidades, como *dios ex machina*, y no como resultado de exigencias sociales e históricas para su elaboración e implementación.

Sin embargo, si no es contradictoria con la tesis que estamos trabajando, es necesario ir más allá, porque Wood introduce un nuevo

elemento: la proletarización masiva de la fuerza de trabajo ocurrió después de la implementación de una dinámica *productiva y proletaria* específicamente capitalista, aunque circunscrita, en un primer momento, a ciertas localidades inglesas.

Además de la cuestión central que nos ocupa —¿es la expropiación la base social de la relación capital, como propone Marx?— esa formulación nos permite acordarnos que una vez en marcha el proceso descrito por Wood, este rápidamente fue capaz de absorber y transformar el conjunto de la vida social en su totalidad *aunque no transformara, de manera inmediata, el proceso de trabajo en asalariamento de forma homogénea*. Ese es el primer punto a resaltar: la dinámica capitalista, al transformar las relaciones de propiedad, incorporando lo que Wood llama *compulsión*, abre las puertas para que el polo en el cual predominan las relaciones altamente productivas o competitivas domine y transforme todo el conjunto de la vida social.

Asimismo, se puede deducir a partir de las hipótesis de Wood que la delimitación del campo, o la expulsión de los campesinos —de manera directa o por intermediación parlamentaria— no solo tenía como objetivo la expulsión de los trabajadores por parte de los arrendatarios o empresarios, sino que se volvió una creciente necesidad para todos los que necesitaban actualizar sus propiedades según el nuevo formato, el de la exclusividad capitalista. Hay aquí un segundo punto a remarcar: una vez implementado el régimen de propiedad y de producción competitiva/productivista capitalista, los demás sectores y fracciones de las clases dominantes que predominaron anteriormente necesitaron, de forma más o menos rápida, adecuarse a este, no necesariamente integrando plenamente el conjunto de las relaciones de explotación del trabajo tipo capitalista, sino garantizando que sus propiedades originadas en otras bases sociales se volvieran plenamente convertibles en propiedad capitalista (Hirschmann, 1979). En otros términos, eso significa la subordinación de los demás sectores a la lógica del capital.

La salida de las tierras se mostró imperiosa también para los campesinos. Ellos, aunque luchasen por la permanencia y por garantizar la perpetuación de sus tradiciones, se volvían cada vez menos capaces de competir con el avance de la propiedad y con la productividad de los arrendatarios. La necesidad del mercado favorecía la rápida conversión de los arrendatarios exitosos en grandes propietarios y permitía la permanencia de los grandes propietarios anteriores. Este es un tercer elemento a resaltar, pues el proceso de expropiación, aunque siempre tenga un trasfondo violento, también se presenta como resultado de transformación en las condiciones de subsistencia de los propios campesinos.

Al comienzo, en Inglaterra, junto al trabajo asalariado coexistió una parte de trabajadores no integralmente despojada de propiedad —hoy exclusiva, típicamente capitalista— sobre una porción de tierra, pero ya no capaces de proveer el sustento familiar. Así, el asalariamento, como práctica social originaria, se apoyaba tanto en la expropiación *tout court*, más visible como resultado en las áreas urbanas, cuanto en la expropiación de la propiedad comunal agraria, imponiendo a los campesinos un incremento de sueldo para su subsistencia.

¿Esta característica originaria reduciría la importancia de las expropiaciones en el mundo contemporáneo? ¿El salario complementario de pequeños propietarios o de campesinos no invalidaría la hipótesis con la cual trabajamos, que la expropiación es la condición central para la implantación y la expansión de la relación-capital? ¿Sería la relación social específicamente capitalista la *compulsión* de la competencia y no la correlación entre expropiación y concentración de la propiedad?

En el libro de Wood, la cuestión se plantea de manera bastante clara –el origen de la relación social capitalista es una profunda ruptura con las formas de la relación mercantil simple, y no su continuidad. Es este origen, o esta relación de transformación de las relaciones sociales de propiedad y esa nueva forma de resignación al mercado —*compulsión*—, las que impulsarán y exigirán la expropiación masiva de la población. Es este sentido —y solo en este— que la expropiación deriva de esa transformación, aunque no sea su causa original. Sin embargo, una vez que se haya iniciado, impone la expropiación como condición para su expansión.

Wood señala que no es posible identificar esos orígenes en las demás formas de transformación al capitalismo de otros países ya que, una vez con el proceso en marcha, este pasaría a integrarse a las distintas lógicas y a formas históricas con otras peculiaridades. Después que el capital se impuso —por la competitividad, por los bajos precios de sus mercancías cotidianas y no por productos de lujo— "ninguna entrada en la economía capitalista pudo ser igual a las anteriores, ya que todas quedaron sujetas a un sistema capitalista más grande y cada vez mas internacional" (Wood, 2001: 75). Para Ellen Wood, "las fuerzas competitivas del mercado [*compulsión*] fueron, por lo tanto, un factor fundamental en la expropiación de los productores directos. Pero esas fuerzas económicas fueron auxiliadas por la intervención de medios coercitivos directos para expulsarlos o poner fin a los derechos tradicionales de uso de las tierras" (Wood, 2001: 86).

En la peculiaridad rural inglesa frente al mundo europeo, los mercados aceleraron la polarización entre terratenientes cada vez más grandes y multitud de no propietarios. "El resultado fue la famosa

"tríada" formado por el terrateniente, el arrendatario capitalista y el trabajador asalariado", con una a una agricultura altamente productiva capaz de sostener a una gran población no dedicada a la producción agrícola" (Wood, 2001: 86).

"La proletarización, que supuso la completa mercantilización de la fuerza de trabajo, confirió unos poderes coercitivos nuevos y de mayor alcance al mercado, al crear una clase trabajadora totalmente dependiente del mercado y absolutamente vulnerable a sus rigores, sin mediación alguna y sin recursos alternativos" (Wood, 2001: 101-102).

Me parece, pues que, lejos de contraponerse a la centralidad de las expropiaciones, Wood busca interrogarse acerca de un momento inaugural, que permite explicar la mercantilización de la fuerza de trabajo como correspondiente a la emergencia de nuevas relaciones sociales de propiedad y de subordinación al mercado —competitividad, eficiencia, ganancia; en una palabra, mejoramiento o *improvement*—, una vez que trató de convertirse masivamente en mercancía la propia fuerza de trabajo.

Si Wood hace transcurrir las expropiaciones de las relaciones sociales de propiedad y de una nueva imposición obligatoria —la productividad y la competitividad— Wallerstein, al contrario, considera que la proletarización resulta de la presión de los trabajares, más que de la imposición de los empresarios capitalistas. Estos últimos serían favorecidos por la permanencia de las *households*, término inglés que designa las unidades domésticas y su economía complementaria, que rebajaban el valor de la fuerza de trabajo masculina por el trabajo no pagado del resto de la familia, en especial de las mujeres. Wallerstein reconoce, como Wood, que la proletarización europea no significó, de manera inmediata, la total expropiación de los trabajadores, habiendo ocurrido también de manera parcial y parcelaria. Al contrario de Wood, sin embargo, Wallerstein dejará de lado el proceso de expropiación, para enfatizar la semi-proletarización, con su cortejo de eurocentrismos, racismos y sexismos.

Según Wallerstein, el pleno asalariamiento sería más caro para los capitalistas, ya que debería asegurar la manutención integral de la familia operaria. (Wallerstein, 1987: 28). Ahora bien, si fue la lucha de los trabajadores quién impuso el asalariamiento, el que reduce las ganancias, ¿cómo explicar que haya ocurrido la proletarización contra el capital y que este, aun así, se haya expandido? A esta paradoja, nuestro autor responde sugiriendo que se establecieron "mecanismos de compensación" para la proletarización que ocurría en los países centrales. En primer lugar, a través de una ampliación geográfica permanente del capitalismo. Para explicarla, critica la tesis de que el expansionismo capitalista deriva de la búsqueda de nuevos mercados,

una vez que las periferias constituían malos clientes —tanto por no necesitar de malos productos, como por no disponer de los medios de pago—. La razón central del expansionismo sería la búsqueda de la fuerza de trabajo barata: "La expansión geográfica del sistema mundial servía para contrarrestar el proceso de reducción de las ganancias inherente a una mayor proletarización, al incorporar nuevas fuerzas de trabajo destinadas a ser semi-proletarizadas" (Wallerstein, 1987: 40).

Se observa, previamente, que Wallerstein considera el asalariamiento como una relación contractual y no como un proceso social de amplio espectro —y que ocurre de manera aparentemente natural, a través de fenómenos diversos y distintos entre sí, afectando enormes masas populares— cuyo resultado sería una mayor disponibilidad de trabajadores para el mercado, encontrasen o no contratos regulares de trabajo.

En su libro, él busca un espesor histórico en la formación del capitalismo. Sin embargo, existe una disociación entre los dos procesos: la producción social de trabajadores disponibles —parcial o integral— subordinados al mercado y, por otro lado, las modalidades diferenciadas de contratación de esos trabajadores. Wallerstein se enfoca apenas en el aspecto de la relación entre los trabajadores y los empleadores, dejando de lado el otro fenómeno, cuando, en realidad, están íntimamente imbricados. Este recorte lo lleva a considerar que la reivindicación de los trabajares europeos de asalariamiento pleno —es decir, de una remuneración equivalente del valor de su fuerza de trabajo— encontraba eco solamente en los grandes empresarios, capaces de expandirse hacia fuera de las fronteras europeas.

Así, no se desconsidera que, en los propios países centrales, la presión por mejores sueldos —y la reducción de la importancia de la *household*— no se dio solamente porque los trabajadores buscaban convertir "en trabajo asalariado las partes del proceso del producción doméstico que les traía escazas rentas" (Wallerstein, 1987: 37), pero porque se veían empujados a eso, por la creciente presión de las nuevas olas migrantes en los propios países centrales, que transbordarían en todo el mundo, a través de migraciones significativas en los siglos XIX y XX. Pero también fueron empujados por la creciente mercantilización del conjunto de bienes necesarios para la existencia, como señala Wood, lo que inclusive empujará a mujeres y niños a la venta de la fuerza de trabajo.

De cierta manera, Wallerstein rescata por cuenta propia y de manera particular la tesis de Lenin sobre la producción de una aristocracia obrera en los países dominantes del capitalismo, retrocediendo para la propia formación del proletariado en Europa. El equívoco es que, ahora, toda la clase obrera europea se vuelve, desde sus

principios, y como resultado de sus propias luchas, una aristocracia —blanca, europea, plenamente asalariada— en contrapunto a las demás clases trabajadoras en el mundo, solamente semi-proletarizadas. La cuestión de las clases sociales en los países centrales se desvanece, sustituida por el eurocentrismo llevado a cabo, de manera conjunta, por el obrero "pleno" europeo y "sus" capitalistas. La propia —y creciente— mezcla de la clase trabajadora europea se diluyó, en una suposición homogeneizadora.

Sin duda, Wallerstein toca un fenómeno importante: la diáspora europea de trabajadores migrantes a través del mundo fortaleció prejuicios de toda orden en los países periféricos, donde los empleadores capitalistas daban preferencia a los trabajadores blancos, de origen europeo, frente a trabajadores "nacionales" locales, frecuentemente descualificados y, muchas veces, integrados al mercado "oficial" de trabajo de manera precaria o estacional. Además, como Wood, nos muestra que la semi-proletarización —es decir, la expropiación parcial— se constituyó en una forma histórica y efectiva de subordinación de trabajadores. Es este también el origen eurocéntrico de racismos y sexismos que se generalizaron en todo el mundo.

Sin embargo, su contribución inaugura graves problemas. Disocia el proceso general de expropiación de las formas de remuneración y contratación de la fuerza de trabajo y no considera la creciente intensidad de la urbanización a nivel internacional, resultante de expropiaciones brutales y sistemáticas de masas de trabajadores en todo el mundo —inclusive en los países centrales. Al analizar de manera unilateral las luchas de los trabajadores europeos, homogeneiza de forma abstracta una clase trabajadora que, en algunos momentos, fue extremadamente combativa. Con ello, disloca para la clase trabajadora el peso de la producción de prejuicios —de la cuales, ciertamente fue y aún es, también portadora— que, de hecho, impone una dinámica social altamente competitiva bajo la cual deben sobrevivir tales trabajares. Confunde asalariamiento con una relación contractual —jurídica—, sin comprender que las extensas masas expropiadas integran el enorme contingente asalariado, independientemente de las formas contractuales jurídicas bajo las cuales ejercen sus actividades. Reduce el conjunto de contradicciones existentes en los diferentes países y en el escenario internacional a una contradicción en bloque, que opone países centrales a periféricos y, sobre todo, trabajadores machos blancos a los demás. Finalmente, aunque señala —de manera correcta, a mi juicio— la importancia de la semi-proletarización, no enfatiza el hecho de que, si somos rigurosos, una "semi-proletarización", implica una expropiación de los recursos sociales de producción, una vez que significa que los trabajadores —aunque propietarios de formas

tradicionales como la tierra y otros recursos, conocimientos, etc.— no pueden ya garantizar su subsistencia en las nuevas condiciones sociales. La expropiación capitalista no es una relación entre "cosas", aunque incida sobre "cosas" —como la tierra—, ni entre personas y cosas —aunque las involucre—, pero una relación social, distribución social en clases, a través del cual los trabajadores son permanentemente incapacitados de asegurar su plena existencia, impedidos tanto de retroceder para las formas antiguas, cuanto de asegurar su subsistencia en las nuevas modalidades sociales, a través de las formas tradicionales.

El libro de Wallerstein es parte de una extensa producción en la que parece emerger una especie de "culpa" de los países centrales, traducida por sus intelectuales en el combate legítimo y necesario al eurocentrismo. En muchos casos, ese "remordimiento" se expresó a través de formulaciones post-modernas, en las que desaparecía la propia existencia de una clase trabajadora europea o mundial, sustituida por la dominación entre países centrales y demás países, capitalistas o no. Bajo el peso de una dominación abrumadora, desaparecían los diversos procesos de extracción de plus valía y, sobre todo, desaparecían los vínculos que existen —desfigurados o no— entre trabajadores de los mas diferentes países. De esa forma, ese particular remordimiento resaltaba las raíces de la desigualdad, pero extinguía toda posibilidad de su superación. Expiación peculiar, que eternizaba las consecuencias de la colonización, contribuyendo para obstaculizar toda la acción común.

Algunos años después, el argumento de Wallerstein reaparece, en otro contexto, ahora latinoamericano: "Más de cien años después de la Independencia, una parte amplia de la servidumbre india estaba obligada a reproducir su fuerza de trabajo por su propia cuenta. [...] La inferioridad racial de los colonizados implicaba que no eran dignos del pago de salario" (Quijano, 2005: 234).

Aníbal Quijano no puede —si no es de manera poco rigurosa— ser incluido en el rol de post-moderno o de querer ocultar contradicciones. Al contrario, es uno de los autores que más provoca los elementos contradictorios con los cuales se encuentra en sus análisis, demostrando ser seguidor de la vía abierta por José Carlos Mariátegui. Quijano busca las especificidades de la situación de los países latinoamericanos, en especial de Perú, identificando una particularidad: aquí, la reproducción de los trabajadores nacionales sería impositivamente realizada a través de las formas tradicionales, reservados a los blancos —criollos o inmigrantes— los puestos asalariados.

Su tesis retoma claramente la cuestión planteada por Wallerstein, ahora bajo otro punto de vista. La hipótesis de que los trabajadores tendrían impuesto su proletarización en los países europeos tenía en

cambio la extensión colonizadora europea y la reproducción internacional de patrones racistas y sexistas. Así, para Quijano, el punto de vista de América Latina exige ubicar la otra cara de ese fenómeno, en la que identifica un tipo de control constitutivamente colonial, basado en primer lugar "en la adscripción de todas las formas de trabajo no pagadas a las razas colonizadas" —indios, negros, mestizos, después *oliváceos* y amarillos— y "segundo, en la adscripción del trabajo pagado, asalariado, a la raza colonizadora, los blancos" (Quijano, 2005: 235).

La primera discriminación sería exactamente la de estar o no directamente bajo el control del capital; es decir, ser o no asalariado por un empleador, estar en una actividad socialmente reconocida y remunerada. Para Quijano, por lo tanto, "*el control del trabajo en el nuevo patrón de poder mundial se constituyó, así, articulando todas las formas históricas de control del trabajo en torno de la relación capital-trabajo asalariado*, y de ese modo bajo el dominio de esta" (Quijano, 2005: 235, itálicas propias).

Obsérvese ahora que ya no es el capital el campo central de la relación, contra el que se disponen los diferentes —y segmentados— tipos de trabajadores; sino la relación entre capital y trabajo asalariado, la relación contractual trabajo-capital misma. Es esto lo que constituye el punto central de la dominación sobre los demás. No hay brecha o movimiento histórico contenido en los trabajadores regularmente contratados en los países periféricos porque, de la misma manera en que el proletariado blanco y eurocéntrico presentados por Wallerstein, están enlazados al capital, ejercen un colonialismo interno, sino blanco, por lo menos más blanco y menos oliváceo o amarillo, para usar la expresión de Quijano. No hay espacio común de lucha entre trabajadores bajo el capital, pues el asalariamiento contractual ha convertido a estos trabajadores en garantes del orden vigente y punta de lanza de las discriminaciones y opresiones.

La expropiación —parcial o total— como condición común, al mismo tiempo preliminar y expandida, de subordinación al capital, desaparece. Es mencionada, pero poniendo el foco principalmente sobre los saberes originarios, descualificados y pisoteados. Así, el único sentido de la expropiación es la pérdida de dimensiones sociales relevantes, pero no el de la subordinación al capital.

Retomemos la cuestión de la semi-proletarización. ¿Será que, en Latinoamérica tendrían lugar expropiaciones mayoritariamente parciales, no solamente forzando a los trabajadores nativos a una remuneración más baja, sino también imponiéndoles una doble jornada —la tradicional, no mercantil y otra—, capaz de asegurar algún rendimiento en dinero, totalmente subremunerada? En ese sentido, esos trabajadores nativos no integrarían el mundo del valor capitalista,

sino un mundo mixto, en el cual el valor de la fuerza de trabajo de algunos sería permanentemente reducido exactamente en función de su no-expropiación integral. Esta hipótesis sostiene la tesis de una súper-explotación, que debe ser investigada en otra ocasión.

Bien, nos parece que las sugerencias de Quijano involucran las mismas dificultades que señalamos en el análisis de Wallerstein, ahora presentadas sobre otra perspectiva. De hecho, tanto un autor como el otro dejan en la penumbra el tema de las expropiaciones y proletarizaciones. Wallerstein, resalta el *household* y supone que la lucha obrera por el asalariamento integral —por el pago del valor precisa de la fuerza de trabajo— la habría llevado a un compromiso con el capital expansivo, mientras Quijano, por su lado, considera que en Latinoamérica —o al menos en algunos países— ocurrió el movimiento contrario: una sujeción impuesta por el capital de los trabajadores locales —indígenas u oliváceos— a las condiciones sociales previamente encontradas por el capital y por el capitalismo —aunque modificadas por ellos mismos—, con el fin de ahorrar el coste del asalariado al capital y a producir nuevas formas de subordinación de los pueblos originarios. En este caso, la expropiación de los trabajadores de los recursos sociales de producción sería irrelevante, además de contraproductiva para el capital. O, aun, la expansión del capitalismo, al enfrentarse con diversas formas originarias y enfrentando distintas contradicciones, produjo formas híbridas de explotación de la fuerza de trabajo, volviendo la expropiación un momento secundario. Correspondiente a la tesis de Wallerstein, los asalariados fueron privilegiados en relación con los demás, privilegio marcado físicamente por el color de la piel y el origen.

Mi principal objeción a la tesis de Quijano es que se basa en el hecho de que considera que el proceso histórico sería idéntico al de los países centrales —donde se supone que hubo un asalariamento homogéneo de la fuerza de trabajo— o, entonces, se constituye en algo totalmente distinto, aunque la existencia del capital impregna las dos formaciones —la de los países centrales y la de los periféricos—. Desde el punto de vista de Latinoamérica, esa disyunción idéntica frente al otro es imposible, ya que la colonización produjo formas originales, aunque con la sustancia común de subalterización al capital.

Ahora bien, la totalidad de la forma capital —en su potencia expropiadora, base de la subordinación de las fuerzas de trabajo— no es homogénea y se mueve a través de procedimientos históricos diversos, híbridos, desiguales y promotores de desigualdades, aprovechándose de estas para profundizar las formas de explotación del trabajo. La expansión del capitalismo promueve profundas fracturas en el interior de las clases subalternas y, si estas fracturas se cubren de prejuicios

y segregaciones diversas, favorecen a que solo el capital se presente como universal —el término utilizado es eurocéntrico—, mientras todas las demás relaciones serían solo formas especificas e insuperables, marcas culturales semi-internas. La forma desigual, combinada y potencializada por las discriminaciones que la expansión del capital involucra se vuelve menos importante para Quijano, frente a la necesidad de las poblaciones originarias de enfrentarse al capital, que los estigmatizó por su color de piel u origen étnico, histórica, regional o en contra de los demás trabajadores, que llevan tales estigmas.

Lo que es similar en la expansión del capital no son la formas en que el asalariamiento contractual se realiza, sino la base social creada para garantizar su expansión, sea cual sea la condición en que se encuentra esa población. La semi-expropiaciones —o semi proletarización— indica que una parte mayor o menor de la fuerza de trabajo conservó —posiblemente, de forma contradictoria, como una imposición del capital y, en parte, debido a su propia capacidad de resistencia— formas no totalmente capitalistas de las relaciones sociales. La descualificación que incide sobre derrotados o resistentes resulta en formas de subalternización, por las sucesivas discriminaciones de las que serían víctimas. Ciertamente, hay aquí otro factor: en los países colonizados, la imbricación entre clases dominantes locales e internacionales fue bastante variada y, en ese sentido, la predominancia de relación-capital —expropiación-concentración, generalización del trabajo abstracto— en el conjunto de la vida social también fue bastante desigual.

La expropiación no debe ser considerada como un fenómeno solamente económico, una vez que es propiamente social, incluso si es parcial o ilimitada. Se trata de la imposición —más o menos violenta— de una lógica de la vida social pautada por la creciente mercantilización de los elementos necesarios para la existencia, en los que figura centralmente la nueva "necesidad", objetiva y subjetivamente, de la venta de la fuerza de trabajo. Esta venta —el asalariamiento— no está previamente regulada o reglamentada por algún tipo específico de contrato jurídico, que depende de relaciones de fuerza bastante complejas. Es una nueva forma de ser que se esparce, alcanzando, aunque de manera desigual, todas las poblaciones.

Si buscamos comprender cómo se expande la producción de valor típicamente capitalista, en el texto de Quijano podemos encontrar un elemento esencial: la expropiación limitada permite una sobrevida híbrida entre formas tradicionales y formas mercantiles, al mismo tiempo en que refuerza las discriminaciones sobre los que conservan sus características originales, señaladas como atraso o arcaísmo, no acordes con el mundo moderno, en que los segmentos totalmente

expropiados se encuentran regidos o no por contratos regulares o reglamentados de trabajo. Así, más allá de la contraposición entre criollos, blancos o blanqueados y nativos, realizada con el apoyo o la omisión de asalariados asignados al proceso, nuevas contraposiciones se insertan, segmentando a los que detienen contratos regulares —aun más blanqueados— mientras los demás, cualquier que sea el color de su piel u origen, serán identificados como "tradicionales", como "derrotados".

De cierta forma, la modalidad de explotación híbrida de la fuerza de trabajo en el mundo latinoamericano parece anticipar formas absolutamente contemporáneas, fruto de otro contexto, el del predominio del capital monetario.

La expansión de la relación social-capital —comenzando por la expropiación de recursos sociales de producción— no se refiere solo a la expropiación de la tierra, de manera absoluta, sino a la expropiación de las condiciones plenas de producir su existencia, según su modalidad precedente, y a la inserción directa o mediada en el mercado —sobretodo el mercado de la fuerza de trabajo— en las nuevas relaciones mercantiles. Esa relación-capital no se expande sola, de forma mecánica, según las leyes abstractas del funcionamiento general del capital, aunque sea una condición general de su expansión. Varía según la capacidad, posibilidad, interés o necesidad de extracción de excedente de trabajo bajo la forma de más valor para las clases dominantes y, por lo tanto, de su propia subordinación cada vez más plena al mercado competitivo, regido por la productividad y, sobretodo, por la ganancia. Si no es abstracta y conducida por un mecanismo rígido y ciego, es sin embargo difusa y generalizada, ocurriendo, en cada país o caso concreto, bajo diversas presiones. Resulta, sin embargo, en su conjunto, en la producción de crecientes olas de poblaciones disponibles para —y necesitadas de— vender su fuerza de trabajo, para suplir su subsistencia, casi completamente dependiente de los mercados.

La posibilidad de extraer excedente de trabajo bajo otras formas nunca desaparece por completo en ninguna sociedad capitalista, sea central o no. Quijano sugiere que, en Latinoamérica, "el capital ha existido solo como el eje dominante de la articulación conjunta de todas las formas históricamente conocidas de control y explotación del trabajo, configurando así un único patrón de poder, histórico-estructuralmente heterogéneo, con relaciones discontinuas y conflictivas entre sus componentes" (Quijano, 2005: 271).

Esa formulación asume, a mi juicio, que el total predominio del capital en el plan internacional no significa convertir todo el conjunto de las relaciones sociales en relaciones homogéneamente asalariadas,

es decir, a través de unificación de trabajadores bajo contratos más o menos homogéneos y en espacios comunes de trabajo.

La cuestión dramática se presenta exactamente en los períodos en que se intensifican procesos de expropiación de múltiples tipos, que pueden configurarse como escapes para el frente —aunque socialmente trágicas— para el conjunto de reproducción del capital, en especial cuando su formas más concentradas y dominantes se expresan a través del fomento a la difusión de las escalas diferenciadas de explotación de la fuerza de trabajo —difundidas bajo el rótulo de emprendedurismo, por ejemplo—. Así, lo que fue considerado como incompletud del capital en análisis anteriores, como el caso de Latinoamérica, puede ser convertido en formas de subordinación predominante de crecientes masas de trabajadores, tanto en Latinoamérica como en otros territorios.

La comprensión del capitalismo supone ir mas allá de los análisis de sus diversos sectores: económico, ideopolítico o cultural, necesitando integrarlos al suelo social en que se enraízan tanto las condiciones de posibilidad de extracción de más valor, cuanto la emergencia de distintas modalidades políticas y de subjetividades. Este suelo es el de la producción de trabajadores "libres", necesitados de mercado, disponibles para el capital, permanentemente recreados a través de formas diversas de expropiación.

BIBLIOGRAFÍA

Castel, R. 1995 *Les métamorphoses de la question sociale (une chronique du salariat)* (París: Fayard).

Hirschmann, A. O. 1979 *As paixões e os interesses* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Quijano, A. 2005 "Colonialidade do poder, eurocentrismo e América Latina" en Lander, E. (org.) *A colonialidade do saber. Eurocentrismo e ciências sociais. Perspectivas latino-americanas* (Buenos Aires: CLACSO).

Thompson, E. P. 1989 *Tradición, revuelta y consciencia de clase* (Barcelona: Crítica) tercera edición.

Wallerstein, I. 1987 *Le capitalisme historique* (París: La Découverte).

Wood, E. M. 2001 *A origem do capitalismo* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).

Dualismo y modernidad en Brasil

.br

LA HISTORIA DE LA DUALIDAD BRASILEÑA*

Ignácio Rangel

Al momento del descubrimiento de América, el modo de producción característico de Europa, era una *dualidad*: en el seno de una sociedad feudal, se habían desarrollado focos de capitalismo. Este era, incluso en su etapa inicial de desarrollo —el capitalismo mercantil— el que imprimía al feudalismo el prodigioso dinamismo, su virtual ferocidad, muy bien retratados en *Los Lusíadas*. Pero era el marco jurídico externo al mismo sistema, por el lado a través del cual entraría en contacto con una humanidad, no solo en régimen pre-capitalista, sino por lo menos, en el caso brasilero, todavía *pre-esclavista*.

Era una dualidad diferente de la que, después, surgiría aquí: a) porque era temporal, puesto que el capitalismo naciente forcejeaba por romper la estructura medieval, lo que haría después, con las revoluciones burguesas inglesa y francesa; b) porque su "núcleo" interno era lo más avanzado y el externo el más retrasado, contrariamente a lo que sería un rasgo importante de nuestra propia dualidad.

Al entrar en contacto con el amplio universo subdesarrollado —o mejor, *pre-desarrollado*— Europa lo hizo por su lado externo, comunicándole su naturaleza feudal, tanto por su aspecto económico, como por el jurídico. En otras palabras, Europa hizo de todo para enmarcar

* Extraído de *Revista de Economia Política* Nº 1(4) 1981, pp. 5-34.

a América en una estructura feudal y la marca más visible de este esfuerzo sería el Tratado de Tordesillas, el que, al mismo tiempo que dividía el continente americano entre las coronas de España y Portugal, y establecía que todas nuestras tierras pertenecían al rey —uno u otro, poco importaba, desde nuestro punto de vista. E, incluso cuando otros soberanos europeos —como Francisco I de Francia, que quería ver la cláusula del testamento de Adán, legando el mundo a España y a Portugal— pusieron en duda la validez de Tordesillas, fue para reclamar su parte de los bienes, no para discutir la validez del edicto que hacía de nuestras tierras, aún por descubrir, propiedad de cualquier soberano europeo y que, para nosotros, significaba que se firmaba uno de los principios sobre los que se levanta el edificio del Derecho Feudal —"*all land is king's land*", es decir, toda la tierra pertenece al rey.

Esta propiedad que, de paso, fundaba nuestro Derecho, no era una propiedad plena, inseparable de la posesión, así como la conoció el Derecho Romano clásico, si no una propiedad divisible entre propiedad directa o *nuda* y el dominio útil, así como esta institución resultó de las profundas transformaciones sucedidas en el Bajo Imperio y que, con numerosas pero no esenciales variantes, nos habían traído a través de toda la Edad Media europea.

Y no se crea que, por ser apenas directa o *nuda,* esta propiedad fuera una ficción jurídica vacía, sin mayor significación práctica, hasta porque, para imponerla, corrieron ríos de sangre —sangre europea, africano, pero, principalmente, amerindia—. Y, como ya se ha dicho, esta sería la base inconmovible sobre la cual se levantaba el edificio de nuestra Sociedad —desde su Economía al Derecho— por siglos afuera, hasta muy recientemente, y bajo cierto punto de vista, hasta los días actuales.

UN DERECHO APENAS MEDIO FEUDAL

Todo el derecho feudal se construye bajo dos dispositivos gemelos, ambos relativos a la propiedad o dominio sobre la tierra —el factor de producción que, a cierta altura del desarrollo de la sociedad, emerge como el estratégico, es decir, aquel que el comando confiere el dominio sobre todo el proceso productivo, sustituyendo, en esta condición, el "factor trabajo" (el esclavo) y antecediendo el "factor capital" (riqueza reproducible comprometida en el proceso productivo)—. Me refiero a los dispositivos que, por un lado, confieren al Estado, es decir, al rey, la propiedad (directa o nuda) de toda la tierra sobre la cual se extiende su soberanía y, por otro lado, que exige que toda tierra tenga un titular, integrado en la clase dominante, inclusive el propio rey. "*All land is king's land*" y "*Nulle terre sans seigneur*".

Históricamente la construcción del feudalismo comenzó por la vigencia del segundo principio, dado que, en el Bajo Imperio, la plena

propiedad del Derecho Romano clásico se había extendido, de hecho, a todas las tierras cultivables, lo que quiere decir que, en una población trabajadora hija, nieta o bisnieta de esclavos, incapaz de reproducir la propia vida sino trabajando la atierra, la clase que tuviese el monopolio de la tierra también tendría el dominio sobre el trabajador y sobre lo que este llegará a producir (las humildes semillas del capital de los siglos futuros). De hecho, los emperadores consolidaron legislativamente esta situación, atando a los trabajadores al suelo trabajadores y, por extensión, congelando en sus oficios a los artesanos, los pequeños servidores del Estado, etc. Más tarde, cuando este proceso estaba virtualmente concluido y todos los trabajadores, *mutatis mutandis,* habían sido transformados en *siervos de la gleba*, reduciendo los esclavos a la misma denominación, los libertos y los *ingenuos* empobrecidos, el Estado se invistió del poder de disponer de todas las tierras, independientemente de quién fuese el detentor del dominio útil.

Pero también la historia registra el caso inverso, en el que el dominio útil surgiría subsecuentemente a la afirmación de la propiedad nuda. En los reinos godos y, en general, donde el feudalismo se impuso por el camino de la conquista militar, este fue el camino que lo siguieron: invistiéndose, por derecho de conquista, del dominio directo de las tierras conquistadas, el jefe militar las dividía entre sus capitanes convirtiéndolos, *eo ipso,* en sus vasallos, obligados, a cambio de esta concesión, a ciertos servicios y prestaciones.

Este dominio, sin prejuicio de las obligaciones de vasallaje con el soberano, podría ser nuevamente desdoblado, reteniendo el señor una especia de propiedad nuda de *segundo grado* e invistiendo, en el señor de menor jerarquía, o, finalmente, en los siervos de la gleba, el dominio útil, también a cambio de ciertas obligaciones. Así, se constituía el llamado *anfiteatro enfitéutico*. (Enfiteusis es el instituto jurídico que, surgido en el Bajo Imperio Romano, llegó, muy modificado —para compatibilizarse con el moderno derecho contractual— a nuestros días).

Pues bien, el edificio de nuestro feudalismo empezó a construirse, sobre el ejemplo de los reinos godos de Europa medieval, por la afirmación de la propiedad nuda, pero, diferentemente de lo sucedido con aquellos reinos, los pisos inferiores del anfiteatro enfitéutico, cristalizadores del principio "*nulle terre sans seigneur*", tardaron mucho en levantarse, siendo sustituidos por instituciones representativas de otros modos de producción. De ahí resulta que el feudalismo surgido en Brasil a partir del Tratado de Tordesillas, pasó a tener, y no temporalmente, un *contenido* no feudal.

En resumen, entre los donatarios (y no solo los titulares de las capitanías hereditarias) y el rey, se establecían relaciones de carácter indudablemente feudal: relaciones de *soberanía* y *vasallaje,* al paso que

entre donatario-vasallo y la población del feudo, subordinada a él, se establecían relaciones típicas de otros modos —más primitivos— de producción, reflejando la etapa alcanzada de desarrollo de las fuerzas productivas.

SE ESTRUCTURA EL "POLO INTERNO" DE LA DUALIDAD

Así como, visto por su lado interno, el feudo europeo, al tiempo del descubrimiento de América, ya no era feudal si no una economía capitalista —lo que hacía de Europa una dualidad—, también el emergente feudo brasilero no era internamente feudal, es decir, *aún* no era feudal. Brasil nacía, pues, como una formación feudal, que asociaba, en unión dialéctica, un lado feudal con otro *pre-feudal*.

Este lado interno se distinguía mucho de ser homogéneo, puesto que abrigaba importantes elementos de varias formaciones sociales pre-feudales: desde la comunidad primitiva (de los indios, de los quilombos negros) hasta la esclavitud, para la cual tendía de patriarcalismo y de teocracia (de los Ramalhos, de los Caramurus y de los jesuitas, respectivamente). El período colonial abrigaría la evolución y la convergencia de todas estas formas, para la esclavitud desarrollada o greco-romana, como formación dominante del lado interno de la formación dual. Las otras formaciones —de patriarcalismo pre-esclavista, de la propia comunidad primitiva, de la teocracia, también pre-esclavista, y algunos prenuncios de feudalismo, en el seno de las haciendas de esclavos y en algunas regiones del inmenso país— no comprometían el carácter inequívocamente esclavista del sistema, visto por su laso interno. Un derecho cada vez más inspirado en el Derecho Romano tendía a dividir la sociedad en solo dos clases: los señores y los esclavos.

Faltaban, en el lado interno, las condiciones mínimas para un verdadero feudalismo, basado en la servidumbre de la gleba. En primer lugar, no existía una población dedicada solamente a producir la propia vida en las condiciones de la agricultura sedentaria enmarcada en la pequeña exploración agrícola. Ordinariamente, esta población resulta del largo y violento trabajo de esclavitud, aunque la historia también registre casos en que aparece directamente como fruto de la desagregación de la comunidad primitiva, hipótesis que debíamos excluir *a priori,* en el caso brasilero, en vista del inmenso atraso de la población amerindia.

Por otro lado, la ocupación efectiva del territorio, por la clase de los señores de esclavos, apenas empezaba, de modo que no estaba en condiciones de impedir el surgimiento de pequeñas explotaciones agrícolas independientes, en los posibles pero excepcionales casos en que ya hubiese condiciones económicas para esto, ni, como era el

caso general, el retorno a las condiciones pre-esclavistas de vida —por ejemplo, el nomadismo salvaje de los indios o los quilombos de los negros—. En estas condiciones, la hacienda de esclavos, basada en la coerción directa del trabajador, era la forma más dinámica y progresista de organización del trabajo social.

Esta hacienda era, naturalmente, una gran propiedad de la tierra, un *latifundio,* pero no solo en el sentido que después asumiría este término, es decir, un *gran dominio,* capaz de organizar la producción en base de la *pequeña explotación agrícola,* compatiblemente con la clásica divisibilidad de la propiedad, surgida en el Derecho Romano, pero solamente en el Bajo Imperio, como transición para la Edad Media. El latifundio esclavista de los tiempos coloniales y del principio de la monarquía independiente (con excepciones, especialmente en este último caso, percibida en la pampa gaucha y en ciertas franjas del sertón árido del Nordeste) no aspiraba ni siquiera al monopolio de la tierra por la clase de los señores (*"nulle terre sans seigneur"*). Por todo esto, su feudalismo se limitaba a "relaciones externas", que eran incuestionablemente feudales (relaciones de soberanía-vasallo), para lo que existían condiciones económicas y (desde Tordesillas) jurídicas.

El hecho de haber permanecido "desocupadas" —es decir, bajo el dominio aún indiviso y nudo de la Corona— gran parte de las tierras, es fácil de explicar. En efecto, no habiendo todavía condiciones económicas para la pequeña explotación agrícola, el monopolio eficaz de la tierra por la clase de los señores de esclavos no era indispensable para la operación de la clásica unidad productiva (la hacienda de esclavos), apoyada en la coerción directa del trabajador. Por otro lado, la Corona tendía a transmitir el dominio útil sobre *sus tierras*, solamente en la medida mínima necesaria a la operación económica de las unidades productivas a implementar. Así, con el título de dominio, ella invertía el *derecho* de "capturar indios", pero no el monopolio de la tierra, el cual, de hecho, no hacía falta a los vasallos-terratenientes de esclavos.

SE CONSTITUYE EL "POLO EXTERNO" DE LA DUALIDAD

Durante todo el período colonial, esta formación dual se relacionaba con el mercado capitalista europeo principalmente por una intermediación, a saber: la Corona. Directamente, o por intermediación de un *estanco* o concesión de servicio público, vendía en los mercados europeos los productos recibidos de la Colonia, en su parte decisiva, *como tributos cobrados a sus vasallos*. En otras palabras, el aparato de intermediación comercial —para no hablar del mercado al que se destinaban los productos— era algo raro a la sociedad y a la economía colonial, aunque, con el paso del tiempo, tendiese a aumentar, en el intercambio, la parcela correspondiente a un verdadero comercio y

no a un expediente más cómodo de percepción de los tributos debidos por los vasallos al soberano.

Con la Apertura de los Puertos (1808) y el consecuente surgimiento, dentro del país, de un aparato de intermediación mercantil distinto del antiguo servicio público concedido a una empresa por la Corona de Portugal (Compañía de las Indias Occidentales), surge un nuevo elemento para integrar a la economía y a la sociedad brasileña. Este aparato se conectaba, en el exterior, al naciente capitalismo industrial. Así, se configuraba una segunda dualidad —una especie de puente—, teniendo como cabecera: dentro del País, al naciente aparato de comercialización, y afuera, especialmente en Inglaterra, el mercado presidido por el capitalismo industrial, también naciente. Esta formación pasaba a hacer sistema con la dualidad preexistente, que pasaba a ser el "polo interno", con sus dos "lados", el esclavista y el feudal, como ya se ha dicho. Esta *segunda dualidad* —capitalismo mercantil aquí y capitalismo industrial afuera—, pasaba a constituir el "polo externo" de la *dualidad básica de la economía brasileña*.

Esta estructura (una formación agrupando cuatro modos elementales de producción, distribuidos dos a dos, para formar los "polos" interno y externo respectivamente), mantendría hasta la actualidad, aunque cambiando sus elementos constitutivos (sus "lados") y la manera como estos se combinan, para formar los dos "polos".

Aunque la economía y la sociedad coloniales fuesen duales — como las formaciones matrices metropolitanas de Europa Occidental eran duales—, fue solamente con la Apertura de los Puertos (y la Independencia, su corolario político), que surgió propiamente el edificio de la dualidad brasileña, así como, *mutatis mutandis,* llegaría a la actualidad, es decir:

Dualidad básica	polo interno	{ lado interno
de la		lado externo
economía brasileña	polo externo	{ lado interno
		lado externo

CÓMO CAMBIA LA DUALIDAD BRASILEÑA

Los elementos que, agrupados dos a dos componen la dualidad brasileña, no son otros sino los modos fundamentales de producción que considera el materialismo histórico marxista (es decir, las etapas de desenvolvimiento de estos modos fundamentales de producción), cinco en total, como es sabido:

1. la comunidad primitiva;

2. el esclavismo;
3. el feudalismo;
4. el capitalismo;
5. el socialismo.

Este cuadro, aparentemente muy sencillo, en realidad comprende una notable complejidad, si consideramos que, aunque toda la historia de la humanidad esté contenida en este —inclusive la historia aún inmersa en las brumas de un futuro altamente problemático—, entre la primer y la última etapa varios caminos son practicables y, en realidad, lo han sido.

En primer lugar, con la posible excepción del feudalismo, los otros modos de producción intermediarios (esclavismo y capitalismo) pueden ser rodeados en mayor o menos medida, lo mismo se aplica, con mayor razón aún, a las etapas de desarrollo de cada uno de los modelos fundamentales de producción. Para el tema que nos ocupa, es decir, la historia de la dualidad brasileña, no nos podemos contentar con el estudio de los cinco modos fundamentales de producción, considerando bajar a mayores detalles, en la consideración de las etapas de desarrollo que componen por cada modo y de las formas de transición entre uno y otro.

Así es que la transición de la comunidad primitiva al esclavismo puede hacerse directamente, como cuando el salvaje es cazado como un animal y domesticado por la violencia más abierta, como por otros modos. La sociedad tribal puede evolucionar hasta las formas basadas en el clan, como los barbaros germánicos que entraron en conflicto con el Imperio Romano, a principios de nuestra era, o transitar por formas incipientes de esclavitud, como el patriarcado y la teocracia, multiplicando las probabilidades de contorno de las formas esclavistas desenvueltas, del estilo greco-romano, o brasilero, de la etapa final del régimen colonial.

En Brasil, esta última hipótesis merece mayor atención, por ejemplo, en el estudio de la evolución de la sociedad gaucha que parece haber llegado a un feudalismo muy desarrollado y precoz, delineando la fase esclavista propiamente dicha, pero no las incipientes, a ejemplo de las misiones jesuíticas.

Tampoco en el polo externo, por el que tuvimos acceso al capitalismo, el pasaje hacia él se dirigió directamente al capitalismo desarrollado o "industrial". Al contrario, habiendo Brasil nacido bajo la égida de la primera etapa del capitalismo —el capitalismo mercantil— este permaneció, por mucho tiempo, como algo externo a nuestra formación social nacional. Esta, hasta cierto punto, reaccionando

a provocaciones emanadas del centro dinámico —como siempre lo hace— creó su propio capitalismo mercantil y, al mismo tiempo, rompió con el capitalismo mercantil europeo, pasando a orientarse a la *formación más avanzada y dinámica del mundo,* en aquellos tiempos, es decir, el capitalismo industrial inglés. (esta tendencia, de buscar, en cada movimiento, el centro más avanzado y dinámico del mundo, para gravitar en su entorno, parece ser una constante).

En suma, la sociedad dual brasileña, respondiendo, como cualquier otra formación, al crecimiento de sus propias fuerzas productivas, cambia de modo de producción y lo hace en el mismo sentido general en el que cambia la sociedad humana, pasando a un modo de producción superior, pero tiene una forma peculiar de cambiar, es decir, lo hace en obediencia a ciertas "leyes" específicas —las leyes de la dualidad brasileña— o sea:

1ª ley: Cuando se cumplen las pre-condiciones para el pasaje a una etapa superior —básicamente, cuando las fuerzas productivas de la sociedad crecen, entrando en conflicto con las relaciones de productos existentes, consustanciadas en la dualidad básica—, esta cambia, como todas las formaciones sociales en estos casos, pero lo hace apenas por uno de sus "polos", guardando el otro en su estructura e integrándose en la *nueva dualidad,* correspondiente a la etapa inmediatamente superior del desenvolvimiento.

2ª ley: Alternadamente, cambian el polo interno y externo.

3ª ley: El polo cambia por el proceso de pasar para el lado interno y el modo de producción ya presente en su lado externo.

4ª ley: Consecuentemente, el lado externo del polo en transformación se cambia, también, pasando a adoptar instituciones características de un modo de producción más avanzado, que compondrá una nueva unión dialéctica (de contrarios) con el lado interno recién creado.

La 5ª ley y el largo ciclo: Brasil es una economía extremadamente sensible a los acontecimientos internacionales, inclusive los económicos, particularmente los que se manifiestan por impulsos surgidos del centro dinámico, en torno del que gravita, juntamente con todo el mundo capitalista, sin excluir la amplia periferia subdesarrollada. El centro dinámico engendra movimientos periódicos o cíclicos que, desde nuestro punto de vista, asumen la forma de flujos y reflujos, que de cerca nos interesan, porque condicionan y regulan la amplitud y las condiciones de nuestro comercio exterior.

Dentro de estas fluctuaciones económicas merece especial atención el llamado "ciclo largo" o de "larga ola" que Joseph Schumpeter bautizó con el nombre del economista ruso que estudió con mayor atención y consecuencia: Nikolai Kondratieff.

En este momento, los ciclos más cortos —de Juglar y de Kitchin— tienen menor interés para nosotros, en primer lugar porque no siempre afectan el centro dinámico como un todo (el conjunto de los países desarrollados, capaces de participar del proceso de creación de nuevas técnicas, sintetizando nuevas tecnologías). Así, no se debe excluir la hipótesis de que, viviendo los países componentes del centro dinámico coyunturas desencontradas, envíen a la periferia impulsos contradictorios, que se anulen mutuamente. En segundo lugar, porque, siendo de corta duración (el más largo, el de Juglar, dura de 8 a 11 años), no dan tiempo a que nuestra economía y nuestra sociedad promuevan cambios institucionales y otras, de ajuste a la coyuntura. Vaya, los ciclos de Kondratieff son de larga duración —cerca de medio siglo—, con un cuarto de siglo de "fase a" o ascendiente, y otro cuatro de "fase b" o descendiente.

Dentro de los varios indicadores a través de los que se manifiestan los largos ciclos, merecen especial atención, desde nuestra perspectiva periférica, los relativamente mejor documentados, es decir: los que interesan al volumen físico o *quantum* del comercio exterior y a los precios relativos —de exportación *versus* de importación— vigentes en este comercio, es decir, los "términos del intercambio". Es por este camino que nuestras economías periféricas son alternadamente *atraídas y repelidas* por el centro dinámico, es decir, convocadas a participar más intensamente de la división internacional del trabajo o, al contrario, compelidas a buscar, bajo sus propios medios, mayor medida de auto-suficiencia o *autarquía,* mientras el centro atraviese una "fase a" o una "fase b" de la larga ola.

La expresión usual de centro dinámico, para identificar el grupo de países más desarrollados, capaces de sintetizar nueva tecnología, por oposición a la periferia subdesarrollada, puede introducir el error de suponer que la periferia es uniformemente pasiva, privada de *dinamismo*. Vamos, si es verdad que existe economías periféricas que, una vez disminuida la presión ejercida sobre estas por el centro dinámico, vía el comercio exterior, tienden a ajustarse pasivamente a la situación o a restaurar hábitos de consumo y técnicas de producción arcaicas, este seguramente no es el caso brasilero. Brasil suele reaccionar a las fluctuaciones económicas de largo plazo —las "fases" del ciclo de Kondratieff— de forma muy activa o *dinámica*, sea cuando se aplica a producir excedentes exportables, en las "fases a", sea cuando se aplica a *sustituir importaciones,* en las "fases b" de los ciclos. Y puede perfectamente suceder que la absorción de la técnica de vanguardia —y, en general, de cultura de vanguardia o *civilización*— sea más intensa en las fases recesivas del ciclo de que en las expansivas, todo

depende del "modo" como llevamos a cabo el esfuerzo de sustitución de importaciones.

No cabe aquí entrar en mayor detalle en la discusión de la compleja y aún poco conocida mecánica de largo ciclo, pero no queda duda que estos movimientos tienen mucho que ver con el modo en que se engendran y las condiciones con que se propagan las nuevas técnicas de producción o, como se dice, las *innovaciones tecnológicas*. En efecto, la economía se desenvuelve a través de un proceso de sustitución de técnicas consagradas por la experiencia y representativas de una etapa ya vencida del conocimiento científico, por nuevas técnicas en vía de definición, es decir, por la introducción de innovaciones tecnológicas.

Pero este un proceso no debe ser entendido como sencillo y linear. El caso es que, al introducirse una innovación tecnológica, esta debe cristalizar en un capital fijo (inclusive humano) más o menos importante que, no pocas veces, tendrá que ser desechado, si se pretende introducir una tecnología aun más nueva y avanzada. Por esta razón, la *nueva tecnología,* recién implementada, tiende a causar resistencia a la introducción de una *tecnología nuevísima*, como fruto del esfuerzo de implementación de la primera.

Mientras la producción de base de la nueva tecnología no encuentra los límites del mercado, el conflicto entre esta y la nuevísima tecnología es solo potencial, dado que las nuevas instalaciones, en proceso de implementación, o se destinarán a atender a una demanda aún insatisfecha o estarán desplazando la producción de instalaciones cristalizadoras de una tecnología ni nueva, ni nuevísima, sino vieja y arcaica. Sin embargo, una vez encontrados los límites de la demanda efectiva, el costo social de la implementación de la nuevísima tecnología puede revelarse prohibitivo, dado que deberá incluir un nuevo y pesado elemento de costo, es decir: el valor aún no amortiguado de las instalaciones basadas en la nueva tecnología, condenada a la chatarra. Se impone, pues, un ritmo de espera, marcado por las concurrencias de dos factores: 1) la depreciación o el perecimiento, con o sin uso, de las instalaciones ya creadas, reduciéndose así el peso del elemento extraordinario de costo; 2) el refinamiento ulterior de la técnica, aumentando la distancia, en términos de productividad, entre la antigua "nueva tecnología" (en proceso de envejecimiento) y la "nueva nuevísima tecnología", en proceso de definición y mejoramiento siempre mayor. En cierto punto, se romperá de nuevo el equilibrio, y un puesto de inversiones destinados a implementar esta última tecnología abrirá una nueva "fase a" del largo ciclo.

Bien, de la perspectiva de una economía periférica subdesarrollada, este ritmo de espera no tiene razón de existir. La propia crisis

resultante de la interrupción del esfuerzo de formación de capital en el centro dinámico, al reducir en este la demanda de importación de productos ofrecidos por las economías periféricas, reduce la capacidad de estas para importar y, por lo mismo, pone en evidencia una demanda insatisfecha, es decir, abre oportunidades de inversión independientes de los factores que, en el centro, imponen el ritmo de espera.

La "fase b" de los ciclos largos, por lo tanto, abre, en los países periféricos, oportunidades de inversión, al tiempo en que somete a duras pruebas las instituciones históricamente formadas, bajo la influencia de un comercio exterior en expansión. En principio, una forma cualquiera de sustitución de importaciones se vuelve necesaria y posible, pero, sobre instituciones preexistentes.

No es de sorprender que los grandes marcos políticos de nuestra historia nacional (la Independencia, la Abolición-Republica y la Revolución del 30) hayan ocurrido en las "fases b" de los largos ciclos (1º, 2º y 3º, respectivamente).

Entramos ahora en la "fase b" del 4º Kondratieff.

LA ESTRUCTURA POLÍTICA DE LA SOCIEDAD DUAL

Vimos que en la estructura económica de la dualidad brasileña se encuentran presentes cuatro modos elementares de producción, componiendo un modo único y complejo de producción —en los cuatro lados que, dos a dos, componen los polos del sistema—. Bien, simétricamente, podríamos suponer que en la sociedad política se encuentran representadas cuatro clases dirigentes, una para cada lado. Sin embargo, el Estado brasilero resulta de la alianza de solo dos clases dirigentes, asociadas en un "pacto de poder" implícito, que solo cambia con la dualidad, sean cuales sean las organizaciones por las que estas dos clases dirigentes se hagan representar.

En efecto, hay que considerar, para empezar, que el lado externo del polo externo de la dualidad, sin que cuya consideración no podríamos comprender el funcionamiento de la economía nacional, con la que hace sistema, se encuentra en el extranjero, es decir, fuera de la sociedad nacional y, aunque ejerce influencia, no poco preponderante, sobre los negocios del Estado, lo hace por intermedio de una o ambas clases dirigentes, no como integrantes del mismo. Nos quedan, pues, solo tres "lados" con derecho a aspirar a una posición dirigente, en el mismo Estado (lo cual, normalmente, y solo en los períodos de excepción, es siempre una *coalición*.

El polo interno está puesto bajo solo una clase y no dos, y su prototipo fue la clase de los vasallos-señores de esclavos, es decir, feudales, en sus relaciones externas (con la Corona) y esclavistas en el campo de

las relaciones internas. Simétricamente, la hacienda era un *feudo-villa* (en los sentidos medieval y romano de estos términos, respectivamente). Así, los intereses correspondientes a los dos modos elementales de producción, dialécticamente unidos en el polo interno, se manifiestan como órdenes distintos y contradictorio*s de intereses* (potencialmente inconciliables) del mismo grupo de personas, es decir, regresando al nuestro prototipo de la clase (híbrida) de los vasallos-señores de esclavos, la misma clase se encuentra entre los intereses de la hacienda, *como pueblo* y de la hacienda, *como feudo*.

La clase representante del polo externo también se encuentra asediada por dos órdenes diferentes de intereses, clásicas de modos elementales de producción asociados en este polo, en unidad dialéctica. Como en el caso del polo interno, su función principal consiste en conciliar —mientras sea posible— estos órdenes de intereses, diferentes, contradictorias y, al final, antagónicos, cuando será necesario *optar* entre estas, y hacerlo de pronto, es decir, en condiciones de crisis y bajo presión de todo el cuerpo social.

Esta *opción,* una vez hecha por una clase (o por una disidencia de esta, como luego lo veremos), cambia la identidad de la clase, cambia el polo, cambia la dualidad y, al final, cambia el régimen.

Considerando que el motor primario de todos estos movimientos es responsable por el desarrollo de todas las formaciones sociales, es decir, el crecimiento de las fuerzas productivas contenidas en el sistema, estas opciones no se hacen al azar, si no en un sentido único y previsible, es decir, por el cambio de un modo de producción a otro más avanzado (invariablemente el presente en el lado externo del polo, conforme la 3ª ley de la dualidad).

Al maduraren las pre-condiciones para esta *opción* entre los dos órdenes de intereses representados en el polo, la antigua unidad y cohesión de la clase dirigente en causa desaparecen. La "clase dual" se divide de alto a bajo, entre una disidencia *progresista* —es decir, partidaria del orden de intereses correspondiente al lado externo del polo— y una facción retrograda o *conservadora,* apegada a la preservación del vigente estado de las cosas. La *opción* en causa es, por lo tanto, una operación complicada, difícil y usualmente tardara, en la que todo el cuerpo social, y no solo la clase interesada, toma parte, no obstante ser, al final, una elección entre dos órdenes diferentes de intereses de la misma clase o grupo de personas.

No por esto es irrelevante el hecho de que, al final, todo debe conducir a esta *opción.* Cada miembro de la clase en cuestión se verá situado entre dos fuerzas opuestas, con el resultado ya indicado de que la clase se dividirá entre dos facciones. Pero es fácil observar que los dos grupos guardarán, hasta el final, mucho en común, es decir,

que una resistencia hasta las últimas consecuencias, à outrance, es altamente improbable, aún mas, dentro del aparato del Estado, como partícipe de la coalición dirigente, se encuentra la clase representante del otro polo, que, como veremos, no debe estar en crisis interna, ni internamente dividida, porque los órdenes de intereses contradictorios que representa todavía son conciliables. Esta clase está, pues, en condiciones de arbitrar las luchas internas de su socio y no admira que termine siempre por negociar, con la disidencia progresista de este nuevo pacto de poder. Esta disidencia buscará asumir el comando de toda su clase, reunificarla bajo su comando, no excluyendo más que los elementos más retrógrados y, en esta condición, pasará a componer la nueva coalición dirigente. Así, tendremos una nueva clase (por más que todavía no tenga esta conciencia), un nuevo polo y una nueva dualidad, es decir, un nuevo régimen.

Por fuerza de la 2ª ley de la dualidad (que quiere que se renueve solo un polo cada vez), desde que se constituye una nueva dualidad, dos clases dividirán el poder, es decir: una que representa el polo no renovado, pasando de una dualidad a otra: la segunda, que resulta de la disidencia de la clase representante del polo renovado —pero que es, al final, *otra clase*— es una formación social naciente. Así, la primera es una clase en plena madurez, consciente de sus intereses (una clase en sí y para sí), trae consigo una preciosa experiencia del uso de poder, al paso que la segunda es políticamente inexperta (una clase en sí), no obstante, es portadora de gran dinamismo. No debe espantar, pues, que en cada dualidad históricamente formada el poder sea ejercido *hegemónicamente* por la primera, la más vieja, desfrutando la otra de plena libertad para probar su dinamismo, en todo lo que no contradice con los intereses fundamentales de la clase hegemónica.

De ahí también resulta que la clase a renovarse es siempre hegemónica, que se acerca al fin de su trayectoria, cuando sus intereses contradicen con los de la otra clase dirigente y los de todo el cuerpo social y cuando, por otro lado, esta se encuentra internamente dividida, todo esto como consecuencia de la presión que las fuerzas productivas en expansión ejercen sobre las relaciones de producción del sistema.

En suma, cuando, bajo el asalto de las fuerzas productivas en expansión, las relaciones de producción vigentes amenazan con estallar —rompiéndose por su enlace más débil, en una secuencia donde poco hay de accidental—, sobreviene un *hecho exógeno,* es decir, el pasaje del centro dinámico a la "fase b" de largo ciclo. Desde el punto de vista de nuestra formación periférica, esto se traduce en caída del volumen físico de nuestras importaciones, en empeoramiento de los términos del intercambio, en contracción de la capacidad de importar, etc. Las contradicciones ya en proceso de empeoramiento, en el interior de la

economía dual se vuelven claramente inconciliables, rompiéndose la cadena por su unión más débil, es decir, suprimiendo el lado interno del polo en crisis.

Juzgo haber suplido los subsidios necesarios para que el lector me pueda acompañar por las etapas ya cumplidas de la historia de la dualidad brasileña, que es, al final, la Historia de Brasil.

PRIMERA DUALIDAD BRASILEÑA

La independencia de Brasil fue una consecuencia de la Gran Revolución Francesa (1789), que, siguiendo el camino de la Revolución Inglesa y de la Americana (Independencia), marcaría, de forma irreversible, el imperio del capitalismo desarrollado (industrial) en escala mundial. Bajo el impulso de la Revolución Industrial, el centro dinámico universal despegó una larga ola (la primera), la cual, tanto en su fase expansiva (1790-1815), como en la recesiva (1815-1848), obligó a la inmensa periferia subdesarrollada (de la cual Brasil hacía y sigue haciendo parte) a ajustarse según las condiciones específicas de cada país o región, a los impulsos venidos del centro.

Desde la Apertura de los Puertos (1808) empezó enérgicamente el proceso de integrarse el polo externo de la dualidad brasileña, hecho que encontraría su sanción política en la *Carta de la Ley* de 1815, fundando el Reino de Brasil, cambios subsecuentemente homologados por el Siete de Septiembre (1822), con la declaración formal de la Independencia, y por el Siete de Abril (1831), cuando con la abdicación de Pedro I, la nueva sociedad salía de sus pañales portugueses. El capital mercantil portugués, bajo cuya hegemonía (en íntima alianza con el capital industrial naciente, en Europa) las piezas esenciales de nuestra futura sociedad nacional (esencialmente, las haciendas de esclavos, subordinadas a la Corona Portuguesa por vínculos de soberanía-vasallaje) era desechado, como un aparto inútil, siendo su lugar tomado, en el interior de la nueva sociedad, *por una disidencia suya:* el nuevo capitalismo mercantil de *Brasil* (aunque no brasilero todavía). Así, se definía el polo externo de nuestra dualidad. Surgía, también, la clase de los comerciantes, que sería una de las clases dirigentes del Estado.

En relación al polo interno, había concluido virtualmente su larga y laboriosa evolución. Afuera, las tribus indígenas, todavía por "civilizar", "capturar" o exterminar, según las circunstancias, la sociedad se estructuraba básicamente en torno de las haciendas de esclavos, las que, por el lado interno, es decir, "del portón para adentro", se habían formado bajo la lógica incontestable del derecho esclavista (no por casualidad referido directamente al Derecho Romano clásico, es decir,

anterior a las *Institutas*), que tiende a reducir todo a la condición de los esclavos, inclusive los trabajadores libres y semi-libres.

En estas condiciones, la Independencia no podría significar otra cosa sino la hegemonía de la clase de los vasallos-señores de esclavos, la clase dual que se empeñaba en conciliar los intereses contradictorios oriundos de su doble condición de *terratenientes* y de *señores*, en los sentidos medieval y romano, respectivamente. En relación a la nueva clase de los comerciantes, podría desarrollarse bajo el patrocinio de su socio hegemónico, hasta donde sus respectivos intereses no se contradijeran. Esta clase, aunque oriunda de una clase hegemónica, era una fuerza naciente. Estos comerciantes, casi todos extranjeros, pero cuya presencia señala lo que hay de nuevo y característico en la sociedad brasileña de la época, estaban *todavía* políticamente desprevenidos para el ejercicio del poder.

La primera dualidad (como las subsecuentes, como ya veremos) se formaba en las condiciones de la "fase b" del largo ciclo – 1º Kondratieff. Podemos datarla del fatídico 1815, el año de Waterloo, de la estructuración de la Santa Alianza, del inicio de la fase recesiva del 1º Kondratieff y de la Carta de la Ley, que fundaba el Reino de Brasil. El Siete de Septiembre (1822) y el Siete de Abril (1831) fueron actos homologatorios de cambios de hecho. La sociedad y el Estado brasileros estaban estructurados y esta estructura se mantendría hasta los acontecimientos que culminaron, en 1888-1889, con la Abolición-Republica. Es decir, *en la primera dualidad brasileña,* teníamos:

Polo interno { *lado interno*: el esclavismo
lado externo: el feudalismo

Polo externo { *lado interno*: el capitalismo mercantil
lado externo: el capitalismo industrial

Cada uno de estos modos de producción está dialécticamente unido a los demás, es decir, interfiere en el funcionamiento de estos y sufre sus influencias, sin, por esto, perder la propia identidad. Bajo la presión de las fuerzas productivas en expansión, el esclavismo tiende al feudalismo, este al capitalismo mercantil, este al capitalismo industrial y, en un futuro todavía imprevisible, en la época de la primera dualidad, el capitalismo industrial daría origen al capitalismo financiero, más allá del cual está el socialismo. Sin embargo, esto no quiere decir que todos estos pasos sean dados, históricamente, al mismo tiempo. La resistencia de las relaciones de producción (que enmarcan jurídicamente todos los modos de producción presentes en cada dualidad) al empuje de las fuerzas productivas (del sistema, como un

todo) no es la misma en todas las capas de esta sociedad y, rotas las relaciones de producción en un punto, la situación general se desahoga, consolidándose las relaciones de producción vigentes en el resto del sistema.

De resto, dado que, como ya hemos visto, esta sociedad se caracteriza por el dominio de solo dos clases (duales), el rompimiento de las relaciones de producción, como hecho político que es, tiende a ocurrir en el nivel de los polos y no en de los lados (véase 1ª ley de la dualidad). Bien, como los polos no tienen ambos la misma edad (véase 2ª ley de la dualidad) es natural que el rompimiento suceda por el polo más antiguo.

El polo externo de la primer dualidad (capitalismo mercantil y capitalismo industrial) no ser formó al azar, pero como resultado de la *disidencia* surgida en el seno del viejo capitalismo mercantil (portugués) que fue la fuerza hegemónica modeladora de la sociedad colonial, políticamente representada por la clase de los comerciantes, la que, además de los elementos traídos de la antigua clase hegemónica, incluía contingentes representativos de comerciantes de otras procedencias, hecho que era suficiente para hacer de esta una "nueva " clase, desprevenida para el ejercicio del poder. La única clase capaz de lograr la hegemonía, como culminación de la evolución secular de la sociedad colonial, era la clase de los vasallos-señores de esclavos —internamente esclavista y externamente feudal—. El Estado brasilero en formación tendría, pues, la siguiente estructura.

Socio mayor (hegemónico): la clase de los terratenientes-señores de esclavos.

Socio menor: la clase de los comerciantes (principalmente exportadores-importadores) en estrecha conexión con el capitalismo industrial extranjero, que constituye el lado externo del polo externo).

Este socio menor era, sino el motor primario, por lo menos la cadena de transmisión por la cual el capitalismo industrial del centro dinámico impulsaba todo el sistema según sus intereses, a pesar de su inmadurez, como fuerza política independiente. La diplomacia inglesa —no coincidentemente apoyada por los navíos de la marina real— señalaba fuertemente su acción, presionando, en última instancia, para que el esclavismo fuera sustituido por el latifundio feudal. Mientras tanto, a lo largo de todo el curso de la primera dualidad, la función principal de este socio menor sería fortalecerse económicamente, asumir nuevas posiciones de comando en el sistema, y madurar políticamente, ganado cohesión, homogeneidad y clara conciencia de sus intereses, lo que le faltaba en el principio. En relación al socio mayor, la situación era distinta, porque las contradicciones fundamentales que deberían llevar a la crisis final del *polo y de la primer*

dualidad estaban así, encarnadas en el feudo-hacienda de esclavos y en la clase de los vasallos-terratenientes de esclavos.

Habiendo nacido virtualmente con el pasaje del 1º Kondratieff de la "fase a" para la "fase b", la primera dualidad debía probar su eficacia resolviendo el problema de garantizar el crecimiento de la economía, no obstante el estancamiento prolongado del comercio exterior. A lo largo de mucho tiempo, todo estuvo subordinado a esto, es decir, por la capacidad que probara tener la economía nacional de promover una forma cualquiera de *sustitución de importaciones,* sin lo que el crecimiento hubiera sido imposible.

Como bien observa Caio Prado Jr. (1962), a pesar de la libertad conferida a la Colonia, luego de la Apertura de los Puertos, para desarrollar su "industria" —lo que le era antes obstruido formalmente—, poco se pudo hacer en este sentido, bajo la mirada de la vigorosa concurrencia de la industria de los países céntricos, en un mercado virtualmente abierto, a la vista de la ínfima tarifa aduanera. Entre 1823 y 1850 más que duplicó su población —tanto la libre como la esclava—; todas las indicaciones son de que el período en causa fue de vigoroso crecimiento económico. Sin embargo, el giro del comercio exterior (exportaciones *más* importaciones) apenas cambió de (libras oro) £81.601.000 para £115.679.000.

Es cierto que este comercio exterior no era todo. Brasil tenía un *segundo comercio exterior,* expresado por la importación de esclavos, la que en el decenio 1841-1850 fue estimado en 50.000 (Prado Junior, 1953) "piezas" por año, en un valor comparable al de las importaciones del comercio exterior regular, lo que hace suponer un flujo de mercancías en sentido contrario ponderable, aunque menor que este. Sin embargo, este "segundo comercio exterior" se hacía con otras áreas periféricas, no con el centro dinámico, *de modo que debe ser apreciado como parte del esfuerzo periférico general de sustitución de importaciones,* hasta porque se destinaba a suplir un insumo crítico para la actividad que, dentro de Brasil, era responsable por el esfuerzo principal de sustitución de importaciones: *la hacienda de esclavos* (Paim, 1957).

En efecto, expulsado de la economía de mercado, el esfuerzo de sustitución de importaciones, en las condiciones de la "fase b" del 1º Kondratieff (1815-1850), asumiría la forma específica de *diversificación de la actividad productiva, en el interior de la hacienda de esclavos,* vale decir, en las condiciones de la *economía natural,* donde el poder de competición de la industria capitalista del centro dinámico llegaba más débil al verse limitado por una fuerte tarifa aduanera. La hacienda de esclavos creció en escala y se volvió *menos agrícola,* en la medida que reubicaba sus recursos internos (inclusive, pero no solo, mano de obra), orientando parte de estos para actividades *no*

agrícolas, clasificables como construcción e industria de transformación, sin hablar en ciertos "servicios". Al volverse más autónoma, la economía local, se volvía más autosuficiente, menos dependiente del comercio exterior. Esta, consecuentemente, pudo crecer con el comercio exterior, como lo estaban haciendo numerosos países, tanto desarrollados como subdesarrollados.

La hacienda de esclavos, por lo tanto, se comportó muy bien en la "fase b" del largo ciclo, pero sus contradicciones internas —precisamente en función del crecimiento de las fuerzas productivas— pasarían a intensificarse, conduciendo, después de todo, a su fin y al de la primera dualidad, al inaugurar la "fase a" del 2º Kondratieff. El polo interno, ahora más viejo, era por el que debería de llegar al final la primera dualidad.

La conversión del esclavismo en feudalismo (cambio del lado interno del polo) exige dos condiciones esenciales:

1. el surgimiento, en el seno de la clase de los esclavos, y a su lado, de una ponderable masa de trabajadores incapaces de reproducir la propia vida, más que por la labor de una pequeña porción de tierra. Es decir, que en el seno de la población esclava se había formado cierta masa de esclavos hijos y nietos de esclavos, sin experiencia, por lo tanto, de la vida nómada que sus padres y abuelos llevaban antes de ser esclavizados;
2. la apropiación, por la clase de los feudales, de toda la tierra accesible, habitable y cultivable, no quedando tierras libres donde aquellos trabajadores reducidos a la condición de agricultores sedentarios se pudieran instalar. Es decir, la supresión del régimen por el que la Corona, en el intento de negociar nuevos vasallajes, reducía al mínimo las tierras donadas a los terratenientes, lo que implicaba dejar, al lado de las tierras ya apropiadas por estos, tierras "desocupadas", es decir, libres o sin dueños.

La ley de población característica de las sociedades esclavistas, que dificultaba la reproducción de la masa servil, volviendo indispensable el flujo de nuevas olas de esclavos, conduce a una crisis cuando este flujo es interrumpido. En nuestro caso, esta interrupción sería consecuencia de la represión al tráfico por Inglaterra y de la ley brasileña de 1850 que también lo prohibía, de manera singularmente eficaz. El resultado sería el surgimiento de un creciente contingente de esclavos ya incapaces de producir la propia vida en las condiciones pre esclavistas, y de esclavos hijos y nietos de los salvajes esclavizados.

Así, se satisfacía la primera condición para el pasaje del esclavismo al feudalismo.

La segunda condición también empezaría a ser cumplida por otra legislación del mismo año: la ley de tierras. En efecto, mientras la masa de salvajes recién esclavizados fuera sustituida por sus hijos y nietos, la abolición de la esclavitud podría significar el surgimiento de una pequeña explotación agrícola generalizada en las *tierras desocupadas* y, como es natural, la clase de los terratenientes se levantaba como si fuera un solo hombre en contra de esto. La absorción de todas las *tierras desocupadas de interés agrícola* por los terratenientes, creando la condición "*nulle terre sans seigneur*", abría otra solución, es decir, la conversión de *esclavo en siervo de la gleba,* permitiendo la suspensión *parcial* de la violencia directa, en la medida en que el siervo está interesado en el resultado del propio trabajo y, en consecuencia, es un trabajador capaz de una productividad mucho mayor que la del esclavo, a punto de compensar el mayor costo de producción de mano de obra, la que, ahora, debe cubrir las necesidades de los miembros inactivos de la familia trabajadora.

La absorción, de hecho o de derecho, de las tierras desocupadas, reduce la letra muerta a la *propiedad nuda* de la tierra creada en Tordesillas. *Pari passu,* cambia el estatus del terrateniente, en sus relaciones con el *resto del mundo,* vale decir del "portón para afuera" de la hacienda. Las viejas relaciones feudales (soberanía-vasallaje) caducan y la *comercialización* de su propia producción, antes de una actividad secundaria de una entidad esencialmente *natural,* como la vieja hacienda de esclavos, pasa al primer plano. La hacienda tiende a volverse *internamente* feudal y *externamente* una empresa comercial. Políticamente, la clase de los *vasallos-señores* de esclavos tiende a volverse en la clase de los *terratenientes-comerciantes*, los terratenientes del período republicano.

Se preparaba la llegada de la segunda dualidad brasileña.

SEGUNDA DUALIDAD BRASILEÑA

El pasaje de la primera a la segunda dualidad no fue instantáneo, sino un proceso tardado, resultante del trabajo de las contradicciones que minaban el polo interno de la primera. El polo externo de esta, como ya quedó señalado, pasaría intacto y muy maduro y fortalecido a la segunda, puesto que la etapa de desenvolvimiento de las fuerzas productivas del sistema ya alcanzado todavía no entraba en conflicto con las relaciones de producción que lo enmarcaban. Importa, pues, dedicar mayor atención a lo que sucedía en el polo en proceso de renovación y regeneración.

Como en el Bajo Imperio romano y en su bárbara periferia durante los primeros siglos de nuestra era, la hacienda de esclavos brasileña, en las condiciones de la fase ascendiente del 2º Kondratieff, entró a acumular tensiones que, después de todo, deberían convertir la masa de esclavos (hijos y nietos de esclavos, a fuerza de los cambios decurrentes de la interrupción del tráfico) y de "libertos" y trabajadores libres y semi-libres, cuyo número venía creciendo dentro y alrededor de las haciendas, *en siervos de la gleba* o, como ya hemos dicho, "colonos" y "agregados".

Por otro lado, la interiorización del aparato de intermediación mercantil, que fundó la primera dualidad, según hemos visto, posicionaba este aparato, es decir, la clase de los comerciantes, en una parte vuelta al mercado interno, en posición propicia al progresivo vaciamiento de las relaciones de soberanía-vasallaje que presidían, en el origen, a las relaciones entre el *oikos* esclavista y el resto del mundo, vale decir, el mercado capitalista. Al mismo tiempo que el *señor de esclavos* se convertía (en las relaciones de producción internas de la hacienda) en *señor feudal, el vasallo,* que también lo era (en las relaciones externas de la misma), se convertía en *comerciante*. El capitalismo llegaba, pues, directamente, a la hacienda, por donde, en el advenimiento de la primera dualidad había llegado a la economía nacional, o sea, por el lado externo. Y era el mismo capitalismo mercantil, la primera etapa del desarrollo del capitalismo.

Así, surgía un elemento común a los dos polos de la dualidad. En el polo externo, el capitalismo mercantil estaba presente en el *lado interno;* en el polo interno, en el *lado externo.* Solamente en el primer caso, el capitalismo mercantil se unía dialécticamente al capitalismo industrial del centro dinámico e introducía en la economía nacional productos oriundos de una economía capitalista, es decir, mercancías desde su origen, al paso que, en el segundo, servía para *convertir en mercancías* productos oriundos de una *economía natural,* la mayoría de estos, *excedente* extraído, como *tributo feudal,* a los productores directos. Nada más equivocado que definir el régimen bajo el cual estos bienes eran producidos como *salariados*. Este, mismo en el marco urbano, era excepcional y por mucho tiempo sería un *falso salariado*.

Esto presentado, teníamos la *segunda dualidad brasileña:*

Polo interno { *lado interno*: feudalismo
lado externo: capitalismo mercantil
Polo externo { *lado interno*: capitalismo mercantil
lado externo: capitalismo industrial (del centro dinámico)

Sobre esta base económica se asentaba la estructura política del Estado, es decir:

Socio mayor: la burguesía comerciante, representativa del polo externo.

Socio menor: los terratenientes, propietarios feudales, por un lado, y comerciantes, por otro, representando el polo interno.

La clase comerciante (en alianza con la burguesía industrial del centro dinámico) nacida de la Apertura de los Puertos-Independencia, era ahora una formación madura, políticamente capaz de conducir los negocios del Estado, a modo de dar margen para que su socio menor, políticamente inmaduro, hiciera prueba de todo el dinamismo del que era capaz, ya que era la formación social naciente.

Habiendo nacido la segunda dualidad en las condiciones de la fase recesiva del largo ciclo (de hecho, los decenios ochenta y noventa estuvieron claramente abajo del *trend*, y, técnicamente, la "fase b" del 2º Kondratieff empezó en principios de los años setenta (véase Cuadro I) tenía, como la primera, que probar su capacidad de promover una forma cualquiera de sustitución de importaciones. Bien, al convertirse en latifundio feudal, la antigua hacienda de esclavos perdía mucho de la centralización del comando y no podría repetir el gran desempeño en los cuadros de la primera dualidad. Una sustitución natural de importaciones no podía ser sino un elemento auxiliar. En relación al esfuerzo principal, cabría al capital mercantil promoverlo, básicamente incentivando la diversificación de la producción interna, por procesos artesanales y manufactureros. Los emprendimientos industriales tuvieron un papel menos relevante y, cuando estuvieron presentes, fue a través de unidades productivas que solo se apoyaban en el mercado interno de factores, para la mano-de-obra no calificada y para las materias-primas, es decir, no eran eficaces como medios de sustituir importaciones.

Las formas en que se modificó la vieja hacienda de esclavos, antes de abrir el paso al latifundio feudal-mercantil, facilitaba el encaminamiento, bajo la orientación del capital mercantil urbano, del nuevo esfuerzo de sustitución de importaciones. En efecto, habiendo aumentado, en la fase ascendente del 2º Kondratieff, la renta monetaria de los terratenientes, muchos de ellos se cambiaron a las ciudades, llevando consigo un numeroso grupo de esclavos, remanentes de la sobredimensionada Casa Grande que, en la "fase b" del 1º largo ciclo, sería el centro del esfuerzo principal de sustitución de importaciones. Bien, cuando, bajo influencia del reflujo del largo ciclo, los ingresos monetarios de las familias nobles declinaron, sería impensable rehacer la Casa Grande, haciendo regresar a las haciendas una población ya urbanizada hacía años, a veces a toda una toda generación. Esta

población esclava fue siendo paulatinamente liberada y lanzada al mercado urbano de trabajo —no antes de la libertad—, como "negros de ganancia", por sus propios señores arruinados.

Por este lado, había condiciones propicias para la diversificación de la producción nacional —implicando, pues, la sustitución de importaciones— a través del desenvolvimiento de actividades artesanales de *transformación y construcción civil.* Estas actividades, estructuradas bajo el estímulo de la crisis del comercio exterior, resistieron, *por ser urbanas,* a la desestructuración, cuando la coyuntura externa nos designase otro campo primordial de acción, es decir, la producción de exportaciones, por fuerza del juego periódico de flujo y reflujo, que el centro dinámico mundial nos impone. Estas actividades exportadoras tendrían que ser básicamente agroprimarias, es decir, serían predominantemente rurales y no urbanas. Mientras tanto, bajo otra forma, nuestra economía periférica se mostraba capaz de expandirse, no solamente en las fases ascendentes, sino también en las fases recesivas de los largos ciclos.

La "pequeña producción de mercancías" que, bajo la orientación y mando del capitalismo mercantil, emprendíamos fue, desde más de un punto de vista, una preparación para la industrialización sustitutiva de importaciones, que, más tarde, en la fase recesiva del 3º Kondratieff, emprenderíamos. En primer lugar, se expandía el mercado, porque teníamos una producción de mercancías y no una producción natural o de auto-consumo. Sobre esta base, la moneda brasileña se estructuraba, y esto también era una importante pre-condición para la industrialización.

La República fue la homologación de los cambios sucedidos en la dualidad y, en buena parte, se identifica con la segunda dualidad. El personaje característico de esta, representante del socio hegemónico, fue la Casa Comisionada empeñada en el comercio de exportación-importación, apoyada en las comunidades de comerciantes que representaban la punta del edificio social en cada una de las "islas" que componían el "archipiélago económico brasilero", casi sin intercambio entre sí y casi enteramente orientadas a los mercados exteriores. En la base del mismo edificio, se encontraban los terratenientes-comerciantes, es decir, los "coroneles" representantes del polo interno o "socio menor".

La llegada de la "fase a" del 3º largo ciclo (convencionalmente fechado en 1896) se asociaba al estallido cafetero, la máxima manifestación del dinamismo del latifundio encarnado en el polo interno del sistema. La segunda dualidad también fue marcada por la I Guerra Mundial, que se reflejó sobre nuestra economía bajo la forma de una intensa crisis comercial, que tuvo el efecto de inducir un enérgico,

aunque temporal, esfuerzo artesanal de sustitución de importaciones, anticipando el largo receso, o sea, la Gran Depresión mundial, ya en la "fase b" del 3º Kondratieff, que nos traería la tercera dualidad, la II República y el pasaje a formas industriales de sustitución de importaciones.

TERCERA DUALIDAD BRASILEÑA

Hemos visto que, en la segunda dualidad, el "socio mayor" (y el más antiguo) fue el representante del polo externo, la clase de los comerciantes, en unidad con el capitalismo industrial del centro dinámico. Consecuentemente, por este polo debería llegar al final la segunda dualidad y su cambio debería suceder a través del pasaje, para el lado interno, del modo de producción antes presente en el lado externo del mismo. Consecuentemente, el capitalismo mercantil debería ser sustituido, en el lado interno del polo, por el capitalismo industrial.

Y efectivamente fue esto lo que sucedió. Con la Gran Depresión mundial, hecho que, con la II Guerra Mundial, firma el pasaje de la "fase b" del 3º largo ciclo, el viejo arreglo (por el que, por la intermediación del capitalismo mercantil interno, el capitalismo industrial del centro dinámico hacía sentir su presencia como mercado para nuestros productos de exportación y fuente de nuestros productos de importación) se reveló enteramente privado de perspectivas. Una vez más, la economía, en las condiciones del extendido estancamiento del comercio exterior, con una contracción sin precedentes de nuestra capacidad (véase Cuadro I), era llamada a un esfuerzo en profundidad de sustitución de importaciones.

Bien, sería impensable repetir el desempeño del polo interno, que caracterizó la primera dualidad (diversificando la producción de las haciendas de esclavos). En relación a la repetición de la experiencia de la segunda dualidad, organizándose la diversificación de la producción interna por vía artesanal, bajo el liderazgo del capital mercantil, sería posible y fue intentada, no solo *regionalmente* (en las regiones menos desarrolladas del país), si no también *sectorialmente* (en los sectores que, de inicio, no era posible modernizar o *industrializar)*. Pero el hecho de que, en ciertas actividades, especialmente de la industria de transformación, hubiera sido posible emprender una peculiar *sustitución industrial de importaciones* vendría a introducir en el sistema un nuevo elemento, de extraordinario dinamismo. Mientras tanto, esto quería decir que, en el esquema de la dualidad brasileña, se introducía un cambio de estratégica importancia, es decir: en el polo externo de la dualidad, *el capitalismo industrial* —antes presente del lado externo—, aparecía ahora del lado interno, sustituyendo el capitalismo mercantil. Era la tercera dualidad que nacía.

Este capitalismo industrial naciente tendría que abrir camino en una lucha intensa en contra de su homólogo —el capitalismo industrial del centro— exactamente como, poco más de un siglo antes, el capitalismo mercantil naciente lo hizo. En efecto, cada paso de la nueva industria llevaba a chocar con la industria metropolitana, que debía abrir una porción del mercado brasilero. De esta forma, como electricidades que se repelen, el surgimiento del capitalismo industrial en el lado interno del polo implicaba en su exclusión de lado externo y, para recomponer la dualidad, sería preciso su sustitución por otra formación (superior). Así, el lugar antes ocupado por el capitalismo industrial céntrico fue ocupado paulatinamente por el capitalismo financiero.

Para comprender esta transición, es indispensable que percibamos que, precisamente en la época de la llegada de la tercera dualidad, el capitalismo financiero estaba pasando por un profundo cambio, poco visible hasta entonces, pero muy evidente actualmente. En efecto, surgido de la unión del capital industrial con el capital bancario (es decir, con el capital financiero *stricto sensu*), el capital financiero (en el sentido amplio o de Hilferding) era, en sí mismo, una formación dual, cuyas partes constitutivas se unían dialectalmente, es decir, conflictivamente. En el inicio, el predominio indiscutible era del capitalismo industrial, que utilizaba al capital financiero (la banca y todo el aparato de intermediación financiera) como de un aparato auxiliar, para la promoción de sus propios intereses. En lo esencial, se trataba de organizar el suministro de productos primarios y materias-primas para el parque industrial metropolitano y de mercados para los productos del mismo. El capital financiero, en el sentido estricto, no tenía, en rigor, una política propia. Fue este el capitalismo financiero estudiado por Hilferding y la Inglaterra imperial era su manifestación más terminada.

Con el paso del tiempo, los papeles tendían a invertirse; es decir, los intereses del aparto de intermediación financiera tendían a emerger como dominantes, y estos intereses podrían, como en el pasado, coincidir con los del capitalismo industrial metropolitano o de origen, en conjunción con el que había nacido, pudiendo, inclusive, suscitar el surgimiento de otros capitalismos industriales, dentro de la metrópoli, o afuera de ella, potencialmente competitivos con el capitalismo industrial original. Las empresas *supra* o *multinacionales* son la manifestación más visible del capitalismo financiero llegado a esta segunda fase de su desarrollo, pero *no la única*.

En efecto, el capitalismo industrial *nacional* —por oposición al supra o multinacional implementado en los países periféricos— también tiene esta historia. Sin una medida correcta de tolerancia

—cuando no de complicidad— del capital financiero céntrico, nuestro capitalismo industrial habría de vencer mucho mayores dificultades para desarrollarse y quizás no hubiera podido hacerlo siquiera.

En la época de la llegada de la tercera dualidad brasileña, el capitalismo financiero europeo —particularmente el inglés, para el cual nos orientábamos, desde antes de la Apertura de los Puertos— no había todavía alcanzado esta etapa superior de desenvolvimiento. Su política seguía siendo organizar el suministro de materias primas y productos agro-primarios para la metrópoli y preservar nuestro mercado para los productos industriales metropolitanos. Sin embargo, otra sería la actitud del capital financiero norte-americano, que no era una fuente tradicional de productos industriales para Brasil y contaba con una amplia y diversificada producción primaria metropolitana, condición que el desenvolvimiento de la técnica solo tendía a consolidar, *industrializando la agricultura y la producción de materias-primas*. Consecuentemente, este nuevo capital financiero poco tenía que perder con el desarrollo de alguna industria en Brasil y, al contrario, tenía por ganar. Se sigue que la tercera dualidad nos traería no solo un cambio de hegemonía en el plano interno, si no también un cambio de hegemonía (la inglesa por la norte-americana) en el plano externo.

Teníamos, pues, la *tercera dualidad brasileña:*

Polo interno { *lado interno: feudalismo*
lado externo: capitalismo mercantil

Polo externo { *lado interno*: capitalismo industrial
lado externo: capitalismo financiero

Sobre esta base económica se levanta el edificio político del Estado:

Socio mayor: los terratenientes-comerciantes representantes del polo interno.

Socio menor: la burguesía industrial naciente, representante del polo externo.

Así como en las ocasiones anteriores, el origen de este socio menor fue una disidencia de la clase hegemónica de la dualidad anterior. Estos industriales, en el origen, no se juzgaban de esta forma, si no como comerciantes, como los otros, agrupados en las Asociaciones Comerciales, puesto que, en lugar de comprar y vender, simplemente, compraban *insumos* y vendían *productos*. Esto abría la posibilidad de que una parte creciente de los insumos, con que sintetizaban los productos, volviera a ser comprada dentro del país, para juntarse a los insumos importados. Consecuentemente, una parte cada vez más importante de valor incorporado en el producto sería el pago de factores

nacionales y, bajo este título, *Renta Nacional*. Estaba armado el esquema de sustitución de importaciones de la tercera dualidad.

La conciencia de que los "nuevos comerciantes" no eran eso, si no otra formación social —es decir, la *burguesía industrial*—, empezaría a definirse gradualmente, por fuerza de la propia crisis que daría nacimiento a la tercera dualidad. En efecto, al cerrar los mercados externos a nuestras exportaciones —no solo en términos de *quantum,* pero, quizás principalmente, de valor— se establecía una distinción clara entre los dos grupos de "comerciantes". Los primeros no tenían vocación para una sustitución (industrial) de importaciones y los segundo, sí. Políticamente, la crisis debilitaba a los primeros y fortalecía a los segundos, en la medida en que confería a estos una incumbencia de estratégica importancia para la economía nacional entendida como un todo. Los nuevos industriales pasaban a hacer justicia al apoyo y simpatía de todas las fuerzas vivas del país, inclusive las fuerzas populares y las masas trabajadoras. La propia crisis, en efecto, en el mismo acto de comprimir la capacidad importadora del país, establecía una reserva de mercado para uso de los sustituidores de importaciones.

La eficacia de la sustitución de importaciones se medía, naturalmente, en términos de la parte de insumos que pudieran ser suministrados por la economía nacional, es decir, en la medida que las *nuevas industrias* se pudieran apoyar en la pre existente economía nacional, donde la producción industrial era todavía una excepción, muy particularmente en lo que se refiere a los bienes de producción. Bien, el futuro de la producción industrial de equipos y otros bienes de producción era todavía imprevisible. Se sigue, por lo tanto, que la formación de capital implicaba un llamado en escala considerable a formas pre-industriales de producción, desde la agricultura exportadora y suministradora de materias-primas, hasta las oficinas artesanales de manutención de los servicios de utilidad pública y de las pocas fábricas existentes. En suma, no obstante la función de *ahorradora de mano-de-obra* que tenía la producción, en el proceso de instalarse, le generaba a la nueva industria una demanda de factores altamente *necesitada de mano-de-obra*, es decir, la mano-de-obra que debería ser ahorrada en el *futuro* era intensamente ocupada en el *presente*.

Por un lado, todo —para empezar, un derecho corporativo del trabajo, que creaba una especie de *servidumbre industrial de la gleba*, conectando fuertemente al trabajador con su máquina, y que encarecía el factor trabajo, cobrándose institucionalmente un segundo sueldo— conspiraba para imponer funciones de producción avanzadas o intensivamente industriales. Por otro, a la vista de las limitaciones inevitables de la capacidad para importar, se volvía inevitable el llamado intensivo al uso de mano-de-obra. Los recursos que el Estado obtenía

de su participación en el *segundo sueldo*, es decir, en los encargos salariales, eran la contrapartida de los subsidios concedidos por diversas vías al empresario, para el resultado final de abaratar el *factor capital*. Con un factor trabajo caro y un factor capital barato, la opción por una función de producción *intensiva en relación al capital* estaba, en buena parte, predeterminada.

Así, se posibilitaba una industrialización sectorialmente escalonada, es decir, la tercera dualidad engendraba un nuevo hecho, en una economía *periférica,* esto es, producía *su propio ciclo,* antes una prerrogativa exclusiva de los países industrializados integrados en el centro dinámico. No se trataba, por cierto, de un largo ciclo, inherente al centro dinámico mundial, como reflejo de los procesos de gestación y propagación de nueva tecnología, si no de ciclos medianos, aparentemente de la familia de los ciclos de Juglar, aparentemente inherentes a las fases de construcción del capitalismo industrial.

Nuestra experiencia, en los cuadros de la tercera dualidad, nos enseña que, periódicamente —por períodos aproximadamente decenales, como el de los ciclos de Juglar—, la economía, después de una fase ascendente (de aproximadamente cinco años) entra en una crisis que termina por producir ciertos *cambios institucionales* (en el fisco, en el cambio, en el derecho del trabajo, en los medios de acceso a las nuevas tecnologías y, en especial, en el aparto de intermediación financiera), y que *sensibiliza* nuevos grupos de actividades económicas aún no *modernizadas,* poniendo en marcha una ola de inversiones, cuyos efectos se propagaban a todas partes del sistema económico, lo cual es impelido, después de todo, por la nueva fase ascendente. Esta es la etiología de nuestro "milagro". Mientras tanto, agotado el impulso — cuando los puntos de estrangulación abren el paso a las actividades cargadas de capacidad ociosa—, sobreviene otra crisis, que confronta la economía con las posiciones polares de ociosidad y de anti ociosidad (es decir, un complejo de puntos de estrangulación), promoverá tensiones socio-políticas y, al final promoverá nuevos cambios institucionales, que viabilizan la nueva ola de inversiones, o sea, el nuevo "milagro".

Otra singularidad de la tercera dualidad es el hecho de que, aunque empezó en las condiciones de la fase recesiva de un largo ciclo, la industrialización sustitutiva de importaciones (o, más propiamente, la sustitución industrial de importaciones) no se interrumpió con el pasaje a la fase ascendente del 4º Kondratieff. El dinamismo del proceso de industrialización, produciendo siempre nuevas demandas de importaciones, hizo que el impulso se mantuviera, no obstante la considerable expansión de la capacidad para importar de los últimos tiempos. Esto no podría haber sucedido en un proceso artesanal de

sustitución de importaciones, solo en un proceso industrial. No es una posición privada de sentido, la de que Brasil prosiga en su esfuerzo de industrialización más allá de la sustitución de importaciones, tanto más cuanto el centro dinámico mundial (porque hace mucho que tenemos nuestro propio centro dinámico nacional) parece haber cerrado la fase ascendente (1948-1953, aproximadamente) y pasado a la fase recesiva del 4º largo ciclo. Volveremos a este tema, al tratar de la cuarta dualidad.

Mientras tanto, nos limitaremos a registrar que la industrialización que empezó como sustitución de importaciones de las actividades productoras de bienes no durables de consumo, pasó a la producción industrial de piezas, de bienes durables de consumo (que, al final, son máquinas), de bienes de inversiones y de insumos básicos. En otras palabras, tenemos hoy un parque razonablemente completo, poco importando que empezamos por donde, desde una mirada simplificada del problema, deberíamos haber terminado. Sin olvidar una industrialización ya muy avanzada de la propia agricultura, lo que vuelve intensas las contradicciones internas del sector y del sistema como un todo.

CONCLUSIÓN: LA CUARTA DUALIDAD

La cuarta dualidad está, claramente, en el futuro. No obstante, bajo cierto punto de vista, es tan actual como si ya hubiera sucedido. Está presente en la crisis que atraviesa la sociedad brasileña, que es, por lo que tiene de propio, de endógeno, la crisis de la tercera dualidad, la cual tiene toda la probabilidad de desembocar en la cuarta. Y, por lo que tiene de exógeno, lo que hay de más característico es la ya muy plausible entrada en la "fase b" de 4º ciclo de Kondratieff. Si es necesario datar esta transición y señalarla por un hecho especial, indicaríamos el año de 1973 y la crisis del petróleo. Basta comparar las tarifas de variación de la producción industrial en los principales países integrantes del centro dinámico, en los septenios 1967-74 y 1973-80 (véase Cuadro II).

La crisis de nuestro comercio exterior se manifiesta, esta vez, por un endeudamiento externo de tal medida que hubiera sido imposible sin que algo de muy estructural hubiera pasado, dentro y fuera de Brasil. El hecho de que el período transcurrido desde entonces haya estado marcado por un intercambio externo notable, y no por un colapso como lo que siguió a 1929, quizás sea explicable, y no deba servir de consuelo. También los años veinte y setenta del siglo pasado, así como los años veinte de este siglo (véase Cuadro I), fueron, técnicamente, parte de las "fases b" de los respectivos largos ciclos, pero, para nosotros, medidos por el modelo del intercambio externo, fueron decenios

de excepcional desempeño. Años de crisis, por cierto, como podemos convencernos examinando las vicisitudes políticas, pero, del mero punto de vista de desempeño del comercio exterior, años prósperos.

Como respuesta al espantoso endeudamiento externo (si lo compramos con las fuerzas probables del comercio exterior, como debe de ser), un vigoroso esfuerzo de sustitución de importaciones tendrá que ser instrumentado. Y, como el déficit cubierto por las entradas extraordinarias de capitales refleja esencialmente la importación de bienes de equipos y otros bienes de producción, el esfuerzo de sustitución de importaciones deberá recaer sobre muchos productos integrantes de este grupo. En otras palabras, el principal esfuerzo de sustitución de importaciones deberá orientarse para el Departamento I de la economía.

Gran parte de este esfuerzo no deberá ser una simple sustitución de importaciones (del tipo *petróleo* nacional contra *petróleo* importado), ni el cambio de un producto por otro susceptible de ser integrado en la misma función de producción (del tipo petróleo por alcohol), si no implicar radicales cambios de esta función, (como cuando queremos sustituir el auto de paseo por el metropolitano, como medio de producir pasajeros-km, en las grandes ciudades). Se sigue que el esfuerzo de formación de capital implícito en estas sustituciones de importaciones puede implicar vultuosas inmovilizaciones, por cada dólar/año de importación que deseemos ahorrar.

Esto nos lleva al punto débil de nuestro actual dispositivo económico, es decir: la falta de un aparato de intermediación financiera que permitiera viabilizar esta formidable formación de capital, vista por nuestros modelos actuales. En efecto, sin un adecuado aparato de intermediación financiera y sin una revisión del marco jurídico de las unidades productivas inversoras, no será posible garantizar una plena (o solo razonable) utilización para el potencial productivo ya creado, en el citado Departamento I, con el resultado de que deberíamos seguir importando numerosas cosas que ya estamos en condiciones de producir, simplemente por la incapacidad de sustituir el financiamiento externo por el financiamiento interno.

Suponiendo que hemos resulto este problema —el problema-síntesis—, lo que no debe tardar mucho, porque importa en cambios institucionales plausibles, a la vista del desarrollo ya registrado en el aparato de intermediación financiera y en el derecho que rige los servicios de utilidad pública (los principales inversores, desde ya), quedarían todavía los demás problemas.

El primero y más grave de estos problemas es la cuestión agraria, la cuestión titular, por así decirlo, porque su solución implicará un cambio del polo interno de la dualidad, el polo en crisis. En efecto,

estuvimos industrializando el País con una estructura agraria *por reformar,* y esto solamente fue posible por el motivo indicado cuando discutimos la tercera dualidad; a saber, que la ejecución de proyectos industriales (con una elevada razón capital-producto), en un país de capacidad para importar rígida y no disponiendo aún de un parque moderno productor de medios de producción, implicaba en la producción de estos medios por procesos pre-industriales, con empleo intensivo de mano-de-obra (métodos artesanales en las actividades de transformación, construcción civil rutinaria y agricultura muy primitiva, para ganar alguna receta cambial adicional). Bien, precisamente la negación de esta condición fue la que condujo al final, sector tras sector, *ciclo tras ciclo,* el esfuerzo de industrialización sustitutiva de importaciones, que generó una industria de bienes de producción gravemente subutilizada, una industria constructiva razonablemente equipada, ídem, y una agricultura, no solo mecanizada, si no que en los años setenta estuvo expandiendo su conjunto de fertilizantes químicos al ritmo de 14% al año. Todas estas actividades son ahora ahorradoras de mano-de-obra, lo que significa que el *multiplicador de empleo* de los inversores es mínimo, lo que significa que, incluso en períodos de intenso crecimiento económico, la tendencia del sistema es producir un sobredimensionado "ejército industrial de reserva", teniendo en cuenta que la agricultura ya expulsó del cuadro rural el excedente de la mano-de-obra que antes retenía y que se volvió innecesario, a la vista de la modernización del sector.

Sería, por cierto, posible restablecer temporalmente —y para esto no debemos buscar sino soluciones temporales, porque, al final, el excedente de la población debe ser usado en los sectores secundario y terciario, en el cuadro urbano— el complejo rural deshecho: sea en el cuadro rural, incentivando una producción de auto-consumo (de bienes agrícolas y no agrícolas) que absorbiese la mano-de-obra temporal o estructuralmente inactiva de la familia campesina; sea en el cuadro urbano, posibilitando la construcción suburbana, por el empleo de la mano-de-obra ociosa de la familia trabajadora urbana.

En los dos casos, el hecho inhibidor es el precio prohibitivo de la tierra, sea de la tierra agrícola, sea del suelo urbano. Este precio no es inherente a la tierra como tal, sino el resultado del hecho de que la tierra emergió como reserva de valor, lo que quiere decir que el precio de la tierra se volvió un *fenómeno financiero*.

A cierta altura, es inevitable una reversión de las expectativas, trayendo consigo la posibilidad de un colapso del precio de la tierra, desatando todo el nudo de contradicciones en que se mueve el sistema actualmente. No solo buena parte del desempleo urbano —causa eficiente de los altos niveles de criminalidad urbana— será reabsorbida,

si no que las diferencias entre las dos partes de que se compone el latifundio, vale decir, la clase hegemónica de la tercera dualidad, se volverán evidentes. Una disidencia del viejo latifundio feudal —propietarios capitalistas, por motivos especulativos, de amplias glebas ociosas— buscará deshacerse de sus tierras excedentes, precipitando con esto la caída del precio del factor, el cual, volviéndose accesible a pequeños adquirientes, destruirá el monopolio de la propiedad de la tierra, sin el cual ningún feudalismo será posible.

Llegará el fin de la tercera dualidad, constituyéndose la *cuarta dualidad brasileña*:

Polo interno { *lado interno*: semi-salariado (obreros, etc.)
lado externo: semi-capitalismo rural

Polo externo { *lado interno*: capitalismo industrial
lado externo: capitalismo financiero (centro dinámico mundial)

Sobre esta base económica se levanta el edificio político del Estado:

Socio mayor: la burguesía industrial, representando el polo externo.

Socio menor: la nueva burguesía rural, representando el polo interno.

Se nota la aproximación de dos polos, en lo que se refiere a los respectivos modos dominantes de producción. La economía y la sociedad se homogenizan, prenunciando el *fin del propio fenómeno de la dualidad*.

BIBLIOGRAFÍA

Paim, G. 1957 *Industrialização e Economia Natural* (ISEB).

Prado Junior, C. 1962 *História Econômica do Brasil* (São Paulo: Brasiliense).

Cuadro I
Centro dinámico mundial
(libras-oro 1,000)

Decenio	Export + Import. Media anual (a)	Población 1000 hab. Año medio (b)	Libras /hab (c)	Trend c/ 1925 c/1825 (d)	Coyuntura c/d (e)	Largo Ciclo (f)
1821-30	8.160,1	4 173	1,95	1,95	1,00	K 1.ª - b
1831-40	9.949,6	5 421	1,84	2,12	0,87	Idem
1841-50	11.567,9	7 042	1,64	2,30	0,71	Idem
1851-60	21.728,7	8 444	2,57	2,50	1,03	K 2.ª - a
1861-70	28.129,9	9 394	2,99	2,72	1,10	Idem
1871-80	36.461,4	10 718	3,40	2,96	1,15	K 2.ª - b
1881-90	41.308,6	13 014	3,17	3,21	0,99	Idem
1891-900	54.283,4	15 754	3,44	3,49	0,99	Idem
1901-10	79.506,5	19 965	3,98	3,79	1,05	K 3.ª - a
1911-20	123.494,4	26 514	4,66	4,12	1,13	K 3.ª - a
1921-30	148.032,7	33068	4,48	4,48	1,00	K 3.ª - b
1931-40	67.737,3	38 512	1,76	—	—	Idem

Fonte: Caio Prado Jr., *História Econômica do Brasil* — Apêndice.

Cuadro II
Centro dinámico mundial
Producción Industrial

	1967 a 1974 1967 = 100	% a.a.	1973 a 1980 1973 = 100	% a.a.
Bélgica	141	5,0	109	1,3
Canadá	147	5,6	112	1,6
França	152	6,1	110	1,4
R. F. Alemã	147	5,6	110	1,4
Israel	221	12,0	140	4,9 *
Itália	141	5,0	125	3,2
Japão	188	9,4	122	2,8
Holanda	168	7,5	113	1,8
Noruega	137	4,5	146	5,6
Espanha	210	11,1	122	2,9 *
Suécia	142	5,1	103	0,4
Suíça	137	4,6	101	0,1
Inglaterra	115	2,0	99	– 0,1
Estados Unidos	124	3,1	114	1,8

Fuente: ONU, *Monthly Bull, of Statistics*
*Extrapolación del sexenio 1973 a 1979

ESCLAVISMO COLONIAL: MODO DE PRODUCCIÓN HISTÓRICAMENTE NUEVO*

Jacob Gorender

El primer problema que se le presenta al estudioso del esclavismo colonial es, ciertamente, la comparación entre los portugueses, llegados en el siglo XVI al territorio hoy conocido como Brasil, y las tribus indígenas habitantes de este mismo territorio desde tiempos indefinidos. Con el descubrimiento en el año 1500 y la subsecuente colonización, se enfrentaron, una frente a otra, dos formaciones sociales heterogéneas: la de los conquistadores europeos y la de las tribus autóctonas.

Los primeros procedían de la sociedad feudal ibero-lusitana, pionera del mercantilismo y una de las más avanzadas de Europa Occidental en la época. Los habitantes del territorio a ser conquistado constituían una sociedad tribal y comunista primitiva, con un modo de vida nómada, inferior a los adventicios en lo que se refiere al estadio de desarrollo de las fuerzas productivas.

Esa confrontación entre dos sociedades tan heterogéneas en sus modos de producción abre la cuestión del resultado posible en casos de conquista de un territorio habitado. Se trata de una cuestión inexistente cuando conquistadores y conquistados son económica y socialmente homogéneos pero que encierra múltiples alternativas en caso contrario. Cuando Marx afirma que en todas las conquistas hay tres posibilidades, solo tiene en mente, la verdad, esta situación de

* Extraído de *O escravismo colonial* 1978 (São Paulo: Ática), pp. 53-59.

comparación entre sociedades heterogéneas, como se desprende de lo que escribió:

> El pueblo conquistador somete al pueblo conquistado a su propio modo de producción (por ejemplo, los ingleses en este siglo en Irlanda y, en parte, en la India); o él deja subsistir el antiguo modo de producción y se satisface con un tributo (por ejemplo, los turcos y los romanos); o entonces se produce una acción recíproca que da nacimiento a una forma nueva, a una síntesis (parte de las conquistas germánicas). (Marx, 1971: 18)

Si examinamos lo que ocurrió con la conquista portuguesa del territorio brasileño, verificaremos que ninguna de las tres posibilidades apuntadas arriba se llevó a cabo. El modo de producción feudal, dominante en el Portugal de la época, no se transfirió al país conquistado. Tampoco los portugueses dejaron subsistir el modo de producción de las tribus indígenas en las áreas que, sucesivamente, sometieron a su dominio. Sobra la hipótesis de la síntesis. El modo de producción resultante de la conquista —el esclavismo colonial— no puede ser considerado una síntesis de los modos de producción pre-existentes en Portugal ni en Brasil.

Cuando se inició la colonización de Brasil se empleaban esclavos en la economía portuguesa, pero este trabajo tenía un carácter subsidiario, complementario. Me refiero aquí, claro está, al Portugal continental y no a las islas atlánticas, ya que estas, a semejanza de Brasil, entran dentro del concepto de conquista y colonización. En el Portugal continental, el trabajo de esclavos tuvo, sin duda, la significación de un síntoma relevante en la coyuntura por la que transitaba el país, sin que esto indicase la tendencia fundamental en el desarrollo de la formación social portuguesa. A pesar del atraso multisecular que le imponían las relaciones de producción feudales, endurecidas por la propia expansión ultramarina, esa tendencia fue la de la transformación capitalista. En cuanto a los indígenas brasileños, ninguna evidencia muestra que se encontraran siquiera en evolución en el sentido del esclavismo.

Se impone, en consecuencia, la conclusión de que el modo de producción esclavista colonial es inexplicable como síntesis de los modos de producción pre-existentes, en el caso de Brasil. Su surgimiento no encuentra explicación en las direcciones unilaterales del evolucionismo ni del difusionismo. No es que el esclavismo colonial fuese una invención arbitraria fuera de cualquier condicionamiento histórico. Al contrario, el esclavismo colonial surgió y se desarrolló dentro del determinismo socio-económico rigurosamente definido, en tiempo y espacio. De este determinismo de factores complejos, precisamente, es que el esclavismo colonial emergió como un modo de producción

de características nuevas, antes desconocidas por la historia humana. No constituyó la repetición o el retorno del esclavismo antiguo, colocándose en una secuencia "regular" tras el comunismo primitivo, ni resultó de la conjugación sintética entre las tendencias inertes a la formación social portuguesa del siglo XVI y a las tribus indígenas. El estudio de la estructura dinámica del modo de producción esclavista colonial, demostrará lo que se afirma aquí: que se trató de un modo de producción históricamente nuevo, pues la otra conclusión no puede llegar si este estudio pusiera en evidencia leyes específicas distintas de las leyes de otros modos de producción.

Tras la delimitación de las tres posibilidades derivadas de las conquistas, Marx ha sugerido además la situación en que, de manera implícita, se encierra una cuarta posibilidad. Sobre tal situación, relevante en el empleo del trabajo esclavo, así se manifestó:

> Cuando se roba el esclavo, se roba directamente el instrumento de producción. Pero es necesario que la producción del país, para la cual se robó, esté organizada de tal manera que admita el trabajo de esclavos o entonces (como en América del Sur, etc.) es necesario que se cree un modo de producción que corresponda a la esclavitud. (Marx, 1971: 18-19)

En efecto, en América del Sur —más precisamente, en Brasil— tuvo lugar la creación de un nuevo modo de producción, cuyo reconocimiento, pensando en sus profundas implicaciones, corrobora las modernas líneas de investigación y de generalización sistemática del materialismo histórico.

Tal reconocimiento ha sido dificultado y hasta impedido, no obstante, por algunas afirmaciones del propio Marx, sobre las cuales es conveniente detenerse. Una de estas afirmaciones, referente sin duda a los Estados Unidos, y extraída de los Grundrisse, es la siguiente:

> La esclavitud de los negros —una esclavitud puramente industrial— que desaparece sin prisa y es incompatible con el desarrollo de la sociedad burguesa, presupone la existencia de tal sociedad: si junto a esa esclavitud no existiesen otros estados libres con trabajo asalariado, todas las condiciones sociales en los estados esclavistas asumirían formas pre-civilizadas. (Marx, 1971: 159)

A esta, se le suma otra afirmación, también perteneciente a los Grundrisse, en la parte dedicada a las Formen: "que a los dueños de los plantíos en América no solo los llamemos ahora de capitalistas, sino que lo sean, se basa en el hecho de que ellos existen como una anomalía dentro de un mercado mundial basado en el trabajo libre" (Marx, 1971: 476).

En el primer fragmento, la sociedad burguesa es dada como presupuesto de la esclavitud moderna, sin implicar la identificación entre ambas. En cuanto a la propia esclavitud moderna, Marx la define como "puramente industrial", para diferenciarla de la esclavitud patriarcal antigua. El segundo fragmento es más bien incisivo. Aunque no lo diga expresamente, la interpretación literal del texto conduce a considerar capitalista el modo de producción de los plantíos americanos, que empleaban esclavos, una vez que sus dueños son declarados capitalistas. Pero esta clasificación apela discursivamente al concepto de anomalía, bajo el argumento de su inclusión en el mercado mundial capitalista.

Las anomalías sociales no son inconcebibles —aun sin ejercer juicios de valor— y un ejemplo de ellas pude ser identificado en las reducciones jesuíticas rioplatenses. Creo, sin embargo, imposible clasificar de anómalo un modo de producción que representó una tendencia dominante, duró siglos, avasalló enormes extensiones de territorio, movilizó decenas de millones de seres humanos y sirvió de base a la organización de formaciones sociales estables e inconfundibles. La tesis de que el esclavismo americano constituyó un capitalismo anómalo —o fue una aberración, como dijeron después otros historiadores— refleja un entendimiento inmaduro del problema, tal como el que Marx desarrolló, sin intención de publicarlas, las reflexiones preparatorias de *El Capital*. En esta obra, la tesis sobre la anomalía está ausente del todo, y el tratamiento que el autor da a la cuestión del esclavismo americano se traduce en una conceptualización muy diferente y opuesta a la anterior. Las ideas de Marx al respecto de la esclavitud atendían un estadio de madurez que se manifiesta, de manera homogénea, en el propio texto de *El Capital* y en su Capítulo Inédito, que el autor dejó apenas en un esbozo (Marx, 1974).

Creo estéril la posición de los que sacralizan cada punto y cada coma salidos de la pluma de los clásicos del marxismo, lo que obliga a rechazar siquiera la posibilidad de contradicciones entre uno y otro pasaje de escritos de períodos diferentes, como si también los clásicos no debiesen recorrer los caminos penosos de la elaboración teórica, en cuyo curso la hipótesis y el error forman parte del proceso de conquista de la verdad. Considero correcta, a propósito, la advertencia de Gramsci de que se debe distinguir entre las obras publicadas bajo la directa responsabilidad del autor y las otras, que representan material preparatorio sin finalidad de publicación o que solo póstumamente vieron la luz (Gramsci, 1949: 76-79). En el caso de contradicción textual, es evidente que el requisito de la autenticidad, del punto de vista del pensamiento conclusivo del autor, pertenece al texto publicado bajo su inequívoca responsabilidad. Hago, no obstante, la reserva de

que, desde nuestro punto de vista como lectores, los textos valen por lo que son, sin importar que fueran destinados a ser publicados o no.

La riqueza de los Grundrisse no se invalida ni se disminuye por su naturaleza de apuntes para uso exclusivo del autor. Considero legítima, en consecuencia, la preferencia por una formulación de los Grundrisse frente a otra de El Capital, sabiendo, además, que porciones importantísimas del material preparatorio no llegaron a recibir una elaboración definitiva en la obra de Marx publicada en vida. Estrictamente por lo que dice y por el criterio científico en sí mismo, sin subordinación a argumentos de autoridad o de autenticidad filosófica es que, en la cuestión del esclavismo americano, considero inaceptable la tesis de carácter capitalista, anómala o no. Aun más porque el propio Marx se encargó de demostrar esa inaceptabilidad en lo que sobre el asunto escribió en su obra personal.[1]

Mientras no nos dediquemos a fondo al estudio de la economía política del modo de producción esclavista colonial, estaremos siempre tentados por los raciocinios que funcionan a partir de características comunes entre fenómenos históricos distintos. Las analogías pueden ser útiles y justificables, pero exigen siempre el máximo de cautela, sobre todo cuando se presentan como recurso fácil que mantiene el proseguimiento de análisis y del trabajo discursivo. Es tentador equiparar el esclavismo colonial al capitalismo y esto nos conduce a un callejón sin salida. Igualmente tentador es equipararlo al esclavismo antiguo. Ante esta *última* tentación cedió Genovese, cuando escribió que los sistemas esclavistas de las Américas deben ser comprendidos como un modo de producción esencialmente arcaico, donde no es paradójico que el historiador se refugie en la idea tan informe de "una paradoja específica" (Genovese, 1969: 22-26). Por su escala, el esclavismo americano presentó la apariencia de la resurrección del esclavismo mediterráneo antiguo, sobre todo romano. Hay en ambos, de hecho, un trazo común del trabajo esclavo como tipo dominante de exploración de la mano de obra. Pero la estructura y la dinámica

1 Desde este punto de vista, se percibe la naturaleza de las dificultades de argumentación de Ernesto Laclau en su polémica con Gunder Frank. Éste último se apegó a una cita de *La Historia de las Doctrinas Económicas* con el fin de apoyar en Marx la tesis sobre el carácter capitalista del esclavismo americano. Laclau se empeña en una refutación a partir de la aceptación literal del mismo texto, sin someterlo a la debida crítica. A mi parecer, la citación exhibida por Gunder Frank presenta las oscilaciones características de un pensamiento que todavía no atiende una suficiente profundidad discursiva. Laclau podría abandonar esta cita —en sí misma poco probatoria— y recorrer el pensamiento íntegro de Marx contenido en *El Capital* (Laclau, E. "Feudalismo y Capitalismo en América Latina" en Assadourian *et al.* 1973 *Modos de Producción en América Latina*.

fueron distintas en uno y en otro, tanto que la sociedad imperial romana se enfrentó con el impasse representado por la imposibilidad de evolución del esclavismo mercantil moderno. Me limito, por ahora, a exponer de manera sucinta el argumento, dejando para después su exposición sistemática.

También, a título de registro para su posterior desarrollo, apunto que Genovese, en su estudio de la historia comparada, precisamente por omitir en la investigación de las leyes específicas del modo de producción, se vio en la dificultad teórica para admitir la propia especificidad del esclavismo colonial. Esa dificultad fue agravada por la confusión categórica entre el modo de producción y la formación social, lo que no le permitió diferenciar entre la determinación esencial del modo de producción esclavista colonial, idéntica en todas las *áreas en que existió, y la asimilación por la superestructura* de las formaciones esclavistas en cada país de elementos peculiares de sus respectivas metrópolis. El mayor mérito del estudio de Genovese consiste, por esto, en el énfasis justificado con que impulsa la necesidad de investigación de esos elementos diferenciadores. Lo que no cabe es considerarlos un criterio definitivo del modo de producción como tal.

Como ya fue dicho, la presente obra pretende estudiar el esclavismo colonial al nivel de categoría-sistemática del conocimiento histórico.

Al contrario de un desbordamiento cronológico, tendremos el análisis de categorías y de relaciones categóricas, o sea, la estructura y la dinámica del sistema considerado en su totalidad orgánica. Ese análisis nos conduce al modo de producción como la síntesis más universal posible y, con base en ella, la formación esclavista en Brasil, como realidad histórica nacionalmente caracterizada. Si la formación social esclavista tuvo en Brasil peculiaridades que solo en él se manifestaron, el modo de producción dominante, en su concretismo conceptual, como pensamiento del concretismo empírico correspondió a la misma categoría histórica que existió en todos los países esclavistas del continente. Y no seré demasiado pretensioso si digo que pocos países ofrecen, tanto como Brasil, los elementos factuales adecuados a la comprensión de tal categoría, puesto que, justamente aquí, el esclavismo colonial tuvo una duración y riqueza de determinaciones mayores que en cualquier otra parte.

BIBLIOGRAFÍA

Assadourian, C. S. et al. 1973 *Modos de producción en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI).

Genovese, E. D. 1969 "The American Slave Systems in World Perspective" en *The World the Slaveholders Made* (Nueva York: Pantheon Books) pp. 22-26.

Gramsci, A. 1949 *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* (Turim: Einaudi Ed.).

Marx , K. 1971 "Introducción" en *Elementos Fundamentales para la Critica de la Economia Política (borrador) -1857-1858.* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina) volumen I.

Marx, K. 1974 *El Capital* (Buenos Aires: Siglo XXI) Libro I, Capítulo VI, tercera edición.

EL ORNITORRINCO BRASILEÑO*

Francisco de Oliveira

El ornitorrinco es portador de una insuperable combinación de extrañeza: primero, tiene una forma curiosamente adaptada y en sintonía con un extraño hábitat; segundo, la razón real de su lugar especial en la historia zoológica es su enigmática melánge de reptil (o de ave) con evidentes características mamíferas. Irónicamente, la peculiaridad que indica en primer lugar una afinidad premamífera (sus propias características de ánade) no sustenta esta clasificación. La boca del ornitorrinco es puramente una adaptación mamaria para alimentarse en aguas dulces, no un atavismo a una forma ancestral.

Stephen Jay Gould, Bully for Brontosaurus.

Indudablemente, la teoría del subdesarrollo, única alternativa original a las teorías clásicas del crecimiento de Smith y Ricardo, no es evolucionista. Como ya se sabe, el evolucionismo tuvo una gran influencia en prácticamente todos los campos de la ciencia. El propio Marx abrigó una gran admiración por Darwin, el autor de uno de los paradigmas científicos más importantes de todos los tiempos y cuya primacía es, actualmente, casi absoluta. Pero ni Marx ni los teóricos del subdesarrollo eran evolucionistas. La teoría de Marx, centrada en rupturas, consideraba los intereses de clase concretos como la fuerza motriz de la historia, es decir, la conciencia, por imperfecta que fuera, de los sujetos constituyentes: "Los hombres hacen su propia historia". El evolucionismo excluye la "conciencia": la selección natural opera aleatoriamente para eliminar a los más débiles. Por su parte, los teóricos de la Comisión Económica para América Latina de la ONU (CEPAL) estaban influidos por Weber —y marginalmente también por Marx—, cuyo paradigma es la singularidad: no la selección, sino la acción imbuida de significado. No hay un equivalente weberiano de la "finalidad" evolutiva de la reproducción de las especies.

* Extraído de *New Left Review* Nº 24, noviembre/diciembre 2003, pp. 37-53.

Así pues, el subdesarrollo no formaba parte de una cadena evolutiva que parte del mundo primitivo y atraviesa etapas sucesivas hasta alcanzar el pleno desarrollo. Por el contrario, se trataba de una singularidad histórica, es decir, de la forma que adoptaba el desarrollo capitalista en las ex colonias una vez convertidas en periferia del sistema mundial y que proporcionaba los *inputs* para la acumulación de capital en el centro de la economía-mundo capitalista. Esta relación, que se mantuvo incluso a través de drásticas transformaciones, era precisamente lo que impedía a las antiguas colonias "evolucionar" y alcanzar las etapas superiores de la acumulación capitalista; es decir, ponerse a la altura del centro dinámico por muy a menudo que recibieran inyecciones de modernización desde este. El marxismo contaba con un extraordinario arsenal para formular la crítica de la economía clásica y su teoría de la acumulación contenía un estudio general del desarrollo capitalista. Pero no era capaz de especificar sus formas históricas concretas, principalmente en la periferia. Cuando se produjo el intento de realizar esta tarea se obtuvieron resultados de gran importancia, como la "vía prusiana" o la "revolución pasiva", pero estos tenían un elevado grado de generalidad. De hecho, durante un largo período de tiempo predominó una especie de "evolucionismo marxista" que proporcionaba una teorización invertebrada de la periferia capitalista y se basaba en el programa de Stalin de las etapas históricas que atravesaban todo el camino desde el comunismo primitivo, antes de la emergencia de las clases, hasta el comunismo moderno después de su desaparición. En el caso de América Latina, donde la teoría del subdesarrollo era considerada "reformista" y una aliada del imperialismo estadounidense, la aceptación de la teoría de las etapas condujo a graves errores de estrategia política.

El subdesarrollo podía calificarse como un ejemplo de la "revolución pasiva" gramsciana, como mantienen Carlos Nelson Coutinho (1989) y Luis Jorge Werneck Vianna (1997). Pero, a diferencia de la teoría del subdesarrollo, esta noción no dice nada acerca de las particulares condiciones ex coloniales de América Latina que dotan a los Estados de la región de su especificidad política. Al igual que guarda silencio, también, sobre los antecedentes de la fuerza de trabajo en las degradantes instituciones de la esclavitud y de la *encomienda,* que les confieren su especificidad social. Florestan Fernandes se acercaba a una interpretación acorde con las líneas trazadas por Gramsci en *A Revolução Burguesa no Brasil* (1975), pero también estaba notablemente en deuda con la CEPAL y con Celso Furtado. Detrás de estos escritores se hallan los análisis clásicos de Brasil, realizados en la década de 1930, donde se estudiaban detenidamente las peculiaridades de la colonia portuguesa en América del Sur y de una sociabilidad

moldeada por una combinación del legado ibérico con un sistema de explotación basado en la esclavitud.

De este modo, el subdesarrollo no era una evolución truncada sino un producto de la dependencia derivada del entrelazamiento del lugar ocupado por Brasil en la división internacional del trabajo capitalista con la articulación de los intereses económicos internos. Por esta razón, la lucha de clases interna brindó una apertura, vinculada a la transformación en la división internacional del trabajo, que se materializó en la revolución de 1930 y llevó a la toma del poder de Vargas y a la industrialización mediante la sustitución de las importaciones que resultó de la misma. En su libro *Formação Económica do Brasil* (1959), Celso Furtado nos da la clave de esta coyuntura: la crisis económica de 1929 condujo a una especie de *18 de brumario* brasileño en el que la industrialización emergió como un proyecto para prolongar la dominación a través de otras formas de división social del trabajo, incluso a expensas de hacer caer a los propietarios cafeteros de su posición central dentro de la burguesía local. El término "subdesarrollo" no es neutral: su prefijo indica que las formaciones periféricas, así constituidas, ocupan un lugar en la división internacional capitalista del trabajo, que es consecuentemente jerárquica, puesto que de otro modo el concepto carecería de sentido. Pero el concepto no constituye una etapa ni en sentido darwiniano ni en sentido estalinista.

AVANZAR A TRAVÉS DEL ATRASO

Mi *Crítica de la razón dualista* intentaba hacer converger estos caminos entrecruzados: como ejercicio de crítica respondía a la tradición marxista y como estudio atendiendo a la especificidad, a la línea de la CEPAL. Aunque las pasiones de la época me llevaron a lanzar cierta invectiva contra los *cepalinos*, hace tiempo que me arrepentí de aquellos errores que eran una manera torpe de intentar introducir nuevas consideraciones en la construcción de un modelo de subdesarrollo específicamente brasileño. A su modo, eran un homenaje del vicio a la virtud. El ensayo era marxista y *cepalino*, en el sentido de que pretendía mostrar cómo la articulación de las formas económicas del subdesarrollo contenía fuerzas políticas no como una contingencia externa, sino como un factor estructurador. Furtado había rozado esta cuestión en su interpretación de la crisis de sobreproducción de café de la década de 1930, pero posteriormente abandonó esta gran intuición. *El 18 brumario de Luis Bonaparte (Marx & Engels, 1975)* debería haber enseñado ya a los marxistas que la política no es externa a los movimientos de clase y que las clases se forjan en la lucha, pero también habían olvidado esta lección. Estos eran los dos legados que yo retomé al intentar comprender por qué y cómo líderes como

Vargas y sus títeres —el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) y el Partido Social-Democrático (PSD)— habían presidido la industrialización de Brasil, apoyando un sector industrial moderno sobre una agricultura de subsistencia atrasada.

En este proceso había tres puntos destacados. El primero se refería a la función que cumplía la agricultura de subsistencia en la acumulación de capital doméstica. Sobre esta cuestión Raúl Prebisch y Furtado habían chocado de bruces contra la realidad al plantear que el sector atrasado constituía un obstáculo para el desarrollo, una tesis todavía de moda en teorizaciones como el análisis de Arthur Lewis de la regulación salarial en condiciones de exceso de fuerza de trabajo (Lewis, 1995; Prebisch, 1949; Gurrieri, 1982).

Estas ideas carecían de cualquier fundamento histórico, dado que la economía brasileña había exhibido una tasa de crecimiento secular desde el siglo XIX sin parangón en ninguna otra economía capitalista del mundo (Angus Maddison, 1995). Los estudios económicos del café mostraban que en su ciclo inicial de expansión se utilizaron los predios de los recolectores destinados a la agricultura de subsistencia para cubrir sus necesidades a un bajo coste, un sistema incorporado posteriormente al sistema desarrollado de la *fazenda* y cuyos beneficios hay que atribuir a un proceso de "acumulación primitiva". El propio Furtado, al estudiar el cultivo de subsistencia en el nordeste y en Minas, percibió su "función" en la génesis de la acumulación y en la expansión de los mercados orientados hacia el exterior de São Paulo. Entonces sostuve que la agricultura atrasada financiaba la agricultura moderna y la industrialización.

El nacimiento del sistema bancario brasileño moderno, una de cuyas cunas estuvo en Minas, ofrecía pruebas adicionales de la relación existente entre las formas de subsistencia y los sectores más avanzados del capital, un tema que podemos encontrar en *La guerra civil en Francia* de Marx y Engels (1975). En aquellos momentos señalé que la agricultura de subsistencia no solo ayudó a reducir el coste de la reproducción de la fuerza de trabajo en las ciudades, facilitando la acumulación de capital industrial, sino que también produjo un superávit que como no podía ser reinvertido se estaba drenando hacia la especulación de bienes raíces. El ensayo de Francisco Sá Jr., escrito en la misma época, exploraba este proceso en los contextos locales del nordeste (1993).

Es en esta trama de imbricaciones entre la agricultura de subsistencia, el sistema bancario, la financiación de la acumulación industrial y el abaratamiento de la reproducción de la fuerza de trabajo en las ciudades, donde descansa el fulcro de la expansión capitalista en Brasil. Pero la línea de investigación seguida por Furtado y por la

CEPAL no lo percibía, a pesar de todo su mérito heurístico. Discrepé firmemente de las teorías que consideraban la agricultura atrasada simplemente como una obstrucción, que trataban el crecimiento explosivo de las ciudades como un fenómeno marginal y que asumían que la regulación legal de un salario mínimo era incompatible con la acumulación de capital. Esto no significa que yo considerara que estas eran unas bases sólidas para la expansión del capitalismo brasileño. Por el contrario, era y es la debilidad de este último lo que genera una distribución de la renta tan desigual, lo cual constituye un grave obstáculo para la acumulación futura.

A partir de aquí, deduje una explicación del papel jugado por el "ejército de reserva" que desarrolla actividades informales en la ciudad. Para la mayoría de los pensadores de la época sus integrantes eran poco más que consumidores del excedente o meros *lumpen*. Sin embargo, en mi opinión, este ejército era una de las formas mediante las cuales se rebajaba el coste de la reproducción de la fuerza de trabajo urbana. El fenómeno de las construcciones chabolistas explicaba la paradoja de que los pobres, incluidos los obreros fabriles, fueran los propietarios de sus hogares —si así es como puede llamarse al horror de las *favelas*—, ya que de este modo se reducía el coste monetario de su propia reproducción.

No se trataba ni de una adaptación darwiniana a las condiciones rurales y urbanas de la expansión capitalista en Brasil ni de una "estrategia de supervivencia", como cierto tipo de antropología lo habría interpretado. Por el contrario, eran básicamente el reflejo tanto de las formas que adquirían los problemas sin resolver de la cuestión agraria como del *status* de la fuerza de trabajo, es decir, de la subordinación al Estado del proletariado como una nueva clase social urbana, ya que ambas cuestiones eran manifestaciones diversas de la forma brasileña específica del *transformismo*, consistente en una modernización conservadora, o de su revolución en la producción sin una revolución burguesa. Una vez rechazado el dualismo de las teorías de la CEPAL, lo que saltaba a la vista era el carácter "productivo" de nuestro atraso, es decir, su papel indispensable como acompañante de la expansión capitalista. Con ello, el subdesarrollo podía pasar a considerarse como una excepción permanente al sistema capitalista en su periferia. Como decía Benjamin, los oprimidos saben lo que les está pasando. En último término, el subdesarrollo es la excepción que se hace con ellos, pero no es la única: los poblados chabolistas como excepción a la ciudad, el trabajo informal como excepción a la mercancía, el patrimonialismo como excepción a la competencia intercapitalista, la coerción estatal como excepción a la acumulación privada, el keynesianismo *avant la lettre*, y esto último también salpica a los "capitalismos tardíos" (Fiori, 1999).

El estado singular de subdesarrollo se podía haber resuelto mediante una vía no evolutiva, por sus propias contradicciones, si hubiera habido una voluntad social de sacar ventaja de las "riquezas de iniquidad" existentes en la periferia. El lugar de Brasil en la división internacional del trabajo capitalista, ratificada en cada ciclo de modernización, podría haber proporcionado los medios técnicos para "saltar de etapa", como ocurrió en las épocas de Vargas y de Kubitschek. El crecimiento de los sindicatos podía haber puesto punto final a los elevados niveles de explotación posibilitados por el bajo coste de la mano de obra. La reforma agraria no solo podría haber restañado el flujo del "ejército de reserva" a las ciudades, sino también haber acabado con el poder patrimonial. Pero faltaba la mitad de la solución: la burguesía nacional no compartía el objetivo de una emancipación de tales características. Por el contrario, ya debilitada por la creciente internacionalización de la industria, sobre todo en las ramas más avanzadas del sector industrial, dio la espalda a una alianza con las clases subordinadas.[1] El golpe de 1964, al que siguieron otros en la mayoría de los países de América Latina, clausuró las posibilidades que una vez se encontraron abiertas.

La prolongada dictadura militar que dirigió el país entre 1964 y 1984 optó claramente por el "camino prusiano": una dura represión política, un control férreo de los sindicatos, un elevado grado de coerción estatal, un incremento en el peso de las empresas estatales en la economía con el que ningún nacionalista de épocas anteriores hubiera soñado y una apertura al capital extranjero; en definitiva, y utilizando la frase de Antonio Barros de Castro, la industrialización a "marchas forzadas" del país. No se hizo ningún esfuerzo para erradicar el patrimonialismo ni para resolver el grave problema de la financiación interna de la expansión capitalista que había sido el talón de Aquiles de la constelación de fuerzas anterior. En lugar de ello, la deuda externa se convirtió en la vía de salida, abriendo las puertas a la financiarización de la economía y del Estado. Los resultados se hicieron visibles durante el último gobierno militar bajo la dirección del mismo gerifalte económico, Delfim Neto, que había supervisado el anterior "milagro brasileño". Considerado capaz de hacer milagros, se reveló como un completo impostor.

---

1 Fernando Henrique Cardoso (1964) reconocía que la burguesía industrial nacional prefirió una alianza con el capital internacional. Probablemente, este sea el mejor trabajo académico que haya realizado este antiguo sociólogo, ahora ex presidente y eterno candidato a ocupar el Planalto. Roberto Schwarz mantiene que durante su presidencia Cardoso implementó al pie de la letra las conclusiones de su libro: al renunciar a un proyecto nacional, la burguesía local optó sin titubear por integrar al país en el capitalismo global.

ANATOMÍA DEL ORNITORRINCO

¿Cómo es el ornitorrinco? Está sumamente urbanizado, con escasa población y fuerza de trabajo rural y, por lo tanto, con pocos residuos precapitalistas y, por el contrario, tiene una fuerte industria agropecuaria. Cuenta con un sector industrial óptimamente desarrollado que ha experimentado la segunda revolución industrial y que en estos momentos dirige lentamente sus pasos hacia la tercera revolución, molecular-digital o de la información. Su sector servicios se encuentra muy diversificado: orientado al extremo de la población con la renta más elevada, se caracteriza más por un derroche extravagante que por la sofisticación; respecto al otro extremo, es considerablemente primitivo, ya que se halla limitado por el escaso gasto que realizan los pobres. El sector financiero se encuentra todavía un tanto atrofiado, lo que se debe a la financiarización de la economía y a la elevada deuda interna, aunque representa, no obstante, una elevada proporción del PIB. En 1998 esta fue del 9%, mientras que la cifra de Estados Unidos, Alemania y Francia es únicamente del 4% y la de Reino Unido, del 6%, que son las economías situadas en el centro financiero del capitalismo globalizado.[2] En términos de población económicamente activa, el segmento rural es pequeño y descendente, el empleo industrial, que alcanzó su pico más alto en la década del setenta, actualmente está reduciéndose y se ha producido un *boom* sostenido de los empleos en el sector servicios. Este es el retrato de un animal cuya "evolución" ha seguido todos los pasos familiares. Si fuera un primate, prácticamente sería un *homo sapiens*.

Aparentemente, el ornitorrinco está dotado de "conciencia", puesto que fue democratizado hace casi tres décadas. Pero todavía tienen que brotar el conocimiento, la ciencia y la tecnología: básicamente aún está imitando, aunque el desciframiento del genoma *Xylella fastidiosa* indica que puede no estar lejos de alcanzar ciertos avances en el campo de la biogenética (Moura, 2000).[3] Esperemos que no decida clonarse a sí mismo. ¿Qué está faltando en esta "evolución"? La respuesta descansa en su sistema circulatorio: un porcentaje de deuda tan elevado en el PIB como el que presenta demuestra que la

---

2 La cifra brasileña está extraída de IBGE, "Sistema de Cuentas Nacionales"; para los otros países, las medias para el período comprendido entre 1985 y 1991 están tomadas de Fernando Cardim de Carvalho y están disponibles en <www.mre.gov.br>. Nótese, sin embargo, que la cifra brasileña data del período de baja inflación después del Plan Real, lo que distorsiona los cálculos del producto del sector financiero, planteando varias dificultades metodológicas. A modo comparativo, en 1993, el sector financiero representaba una cifra estimativa del 32,8% del PIB brasileño.

3 La *Xilella fastidiosa* es una bacteria que causa una gama de enfermedades en las plantas y que afecta especialmente a los naranjos y a los cafetos.

economía no puede funcionar sin una aportación de dinero desde el exterior. Los préstamos que ha recibido son formidables: en 2001, la deuda externa total alcanzó la alarmante cifra del 41% del PIB y el pago de los intereses de la misma fue del 9,1% del PIB. Hay pocas economías capitalistas como esta. Quizá la proporción sea igualmente alta en Estados Unidos, pero hay una diferencia radical: el flujo vital que circula internacionalmente y que regresa a Estados Unidos es su propia sangre, el dólar, emitido por el mismo Estados Unidos. Desde este punto de vista, la "evolución" ha dado un paso hacia atrás: nosotros ya no tenemos delante el subdesarrollo, sino una situación que si recuerda a algo es a la crisis de la década de 1930, cuando el coste del pago de la deuda, es decir, el pago de los intereses más la amortización del principal, consumió todos los ingresos del país provenientes de las exportaciones (Villamova Villela & Suzigan, 1973).[4] Pero hay una diferencia fundamental, ya que si bien antes de 1930 las exportaciones de café constituían toda la economía de Brasil, actualmente estamos tratando con un país industrializado que, no obstante, está regresando a la misma posición financiera subordinada.[5] Esta dependencia externa también ha generado una carga igualmente aterradora consistente en la deuda interna contraída como mecanismo para absorber la liquidez doméstica inyectada por el flujo de capital especulativo desde el extranjero. Pero también es un anticipo sobre la producción futura, de tal modo que si se suma la deuda interna y la externa el resultado es que para producir un determinado PIB anual Brasil debe contraer una suma equivalente de deuda. La financiarización de la economía se ha convertido en un proceso recurrente.

LA SUBYUGACIÓN DEL TRABAJO VIRTUAL

Bajo las condiciones de subdesarrollo del pasado, el trabajo "informal" podía considerarse una transición temporal hacia la formalización de las relaciones salariales, lo que daba señales de estarse produciendo a finales de la década de 1970 y, en mi opinión, combinando una acumulación total insuficiente con una atención preferente hacia la industria (Silva Pires, 1995). En términos teóricos, aquí se expresaba *este lado del valor:* la misma fuerza de trabajo creada por la migración

4 Me he referido particularmente a su investigación en un ensayo sobre la extrema violencia de la crisis del período de entreguerras (1975).

5 Entre el último cuatrimestre de 2002 y marzo de 2003, los préstamos extranjeros que financiaban las exportaciones brasileñas se secaron y el *real* perdió el 30% de su valor. Una vez que los temores políticos suscitados por el gobierno del PT se desvanecieron, los fondos exteriores volvieron a afluir y el tipo de cambio aumentó de nuevo. En la actualidad, esta dependencia económica tan dramática, acompañada de niveles de inestabilidad tan alarmantes, es prácticamente irreversible.

hacia las ciudades era utilizada, más que como ejército de mano de obra de reserva precapitalista, para proporcionar servicios a las ciudades inmersas en un proceso de industrialización.

Subyugada por el resultado de la combinación de la revolución molecular-digital con la globalización del capital, la productividad del trabajo ha dado un salto de campana hacia la plenitud del trabajo abstracto. Bajo su actual constitución dual —formas concretas y "esencia" abstracta— el aprovechamiento del trabajo vivo siempre ha encontrado un obstáculo en la porosa frontera entre el total de tiempo trabajado y el tiempo productivo trabajado. Todo crecimiento en la productividad del trabajo se origina en la lucha del capital por cerrar la brecha entre estas dos cantidades. En un plano ideal, el objetivo sería transformar el total de tiempo trabajado en trabajo no remunerado, algo que solo la hechicería podría lograr. En este punto se da una confluencia virtual del plusvalor absoluto y del relativo, ya que es absoluto en la medida en que el capital hace uso del trabajador cuando le necesita y relativo porque esto únicamente es posible gracias a una enorme productividad.

Nos encontramos así ante una contradicción: la trayectoria del plusvalor relativo debería ser la disminución del trabajo no remunerado, pero en realidad ocurre todo lo contrario. Más exactamente, los aumentos en la productividad del trabajo significan la desaparición de los intervalos de no trabajo, y todo el tiempo de trabajo se convierte en tiempo de producción. Los servicios son la región de la división social del trabajo donde esta ruptura es más vívida. Se ha creado un tipo de "trabajo abstracto virtual". Sus formas "exóticas" pueden encontrarse allí donde el trabajo aparece como recreación, entretenimiento, comunidad entre trabajadores y consumidores, es decir, en los centros comerciales. Pero es en la información donde reside el trabajo abstracto virtual. Los tipos de trabajo más duros y más primitivos también se localizan allí. Su forma es una fantasmagoría, un no lugar y un no tiempo, que equivale a todo el tiempo. Pensemos en alguien que está en su casa accediendo a su cuenta bancaria a través del ordenador, haciendo el trabajo que previamente había estado asignado a un cajero de banco: ¿qué tipo de trabajo es este? Aquí, la potencia explicativa de conceptos como formal e informal desaparece.

Bajo esta perspectiva, parecería que el subdesarrollo ha consistido en una evolución inversa. Las clases dominantes, integradas en una división del trabajo que coloca a los productores de materias primas en contra de los productores de bienes de capital, optan por una forma interna de división del trabajo que preserve su dominio. Es la "conciencia", antes que la aleatoriedad, la que efectúa la selección. Hoy en día, el ornitorrinco ha perdido su capacidad de elegir y, con ello,

su evolución se ha truncado. La literatura evolucionista y neoschumpeteriana sobre la economía de la tecnología sugiere que el progreso técnico es incremental y que, por ello, depende de la acumulación científica previa (Fernandez da Silveira, 2001). Mientras que durante la segunda revolución industrial el progreso técnico estuvo basado en un conocimiento ampliamente difundido, que permitía a los países "saltar hacia adelante" apropiándose ágilmente de él, la nueva versión del conocimiento científico no está disponible en los estantes de los supermercados de innovaciones, sino que se halla guardada bajo llave en las patentes. Además, este conocimiento científico es desechable y efímero, como ha señalado Derrida. La combinación de su carácter desechable y efímero y de su progreso incremental veta el camino a las economías y sociedades que permanecen en la retaguardia del conocimiento científico. El desciframiento del genoma de la *Xylella fastidiosa* parece poco más que un adorno o un objeto para el orgullo local, es decir, una demostración de las habilidades de los investigadores brasileños en un nicho de especialización y no un presagio de una nueva pauta de la producción de conocimiento de ahora en adelante.

LA MATRIZ INASEQUIBLE

La revolución molecular-digital erosiona la frontera existente entre la ciencia y la tecnología: ambas están determinadas por un único proceso. La ciencia nace de la producción de tecnología y viceversa. Esto implica que los productos tecnológicos no están disponibles para ser utilizados, pues se hallan divorciados de la ciencia que los produce; razonamiento también válido si invertimos sus términos: el conocimiento científico no puede producirse sin la tecnología apropiada. La fabricación de bombas atómicas y de hidrógeno y la producción correspondiente de energía nuclear —aunque la fusión todavía tenga que completarse satisfactoriamente— ya evidencian los síntomas de esta cancelación o supresión. La revolución molecular-digital *deletes* [elimina] —por utilizar un término informático— definitivamente la barrera entre ellas. Los productos puramente tecnológicos que quedan son meros bienes de consumo.

Desde el punto de vista de la acumulación de capital, esto tiene profundas consecuencias. La primera y más obvia es que los países o sistemas periféricos —actualmente subnacionales— únicamente pueden copiar las mercancías disponibles, no la matriz tecnocientífica que las produce. El resultado es una perpetua carrera contrarreloj. La segunda consecuencia, y también la menos obvia, es que la acumulación que se realiza mediante la copia de las mercancías disponibles está sometida a un acelerado proceso de obsolescencia y no deja nada tras de sí, a diferencia de lo que ocurría con la acumulación basada

en la segunda revolución industrial. La nueva matriz exige niveles de inversión que siempre están por encima de la capacidad de las fuerzas de acumulación domésticas, con lo que se refuerzan los mecanismos de dependencia financiera externa. Los resultados siempre se quedan cortos respecto a los esfuerzos: los niveles de acumulación, medidos por el coeficiente de inversión en el PIB, están en declive, al igual que las tasas de crecimiento. En términos utilizados frecuentemente por los teóricos de la CEPAL, se produce un menoscabo de la ratio capital-producción: cada vez se necesita más capital para obtener cada vez menos producto.[6] Desde el momento en el que la globalización incrementa la productividad del trabajo sin generar acumulación de capital —precisamente por la naturaleza divisible de la forma técnica molecular-digital—, el nivel de ingresos se mantiene abrumadoramente desigual intensificando esta contradicción. Otro ejemplo lo encontramos en la productividad de los vendedores de bebidas refrescantes en las entradas de los estadios, que se ha visto incrementada por la gestión *just in time* de sus existencias por parte de los fabricantes y distribuidores de refrescos, pero el trabajo por el que los vendedores realizan el valor de estas mercancías difícilmente podría ser más primitivo. La acumulación molecular-digital engrana el empleo más despiadado de la fuerza de trabajo.

LOS CALLEJONES SIN SALIDA DE LA PERIFERIA

Vencer esta cualidad desechable y efímera para que Brasil se colocara a la cabeza del progreso técnico requeriría un esfuerzo colosal de investigación técnica y científica, así como multiplicar la partida en el PIB destinada a la investigación y el desarrollo durante un dilatado período de tiempo. Según Carlos Fernandez da Silveira, en 1997 la cantidad dedicada por este país a dicha partida estaba por debajo del 1,5%. La acumulación de capital necesaria para dar un salto de tales proporciones significaría no solo que se produjera una elevación del porcentaje de inversión del PIB durante un período prolongado —en

6 Actualmente se está discutiendo la posibilidad de que Brasil produzca su propia oferta de televisiones digitales, sin copiar las que ya están disponibles internacionalmente. Otra opción sería establecer un consorcio tecnocientífico con China. El ministro de Hacienda del PT, Antonio Palocci, considera que no es rentable, puesto que requeriría una inversión de billones de *reales* para obtener un rendimiento precario, dado el reducido tamaño del mercado brasileño y el sistema de patentes supervisado por la OMC. Para él, cualquier intento de exportar televisiones digitales hechas en Brasil sería un ensueño peligroso. El mismo dilema se presentó en el caso de las televisiones en color y se resolvió adaptando los modelos Palm-M y NTSC, es decir, copias disponibles. No se realizó ningún esfuerzo tecnológico-científico para crear un modelo original, sino que únicamente se adaptaron modelos existentes.

1999 se mantuvo en cerca de un 18%—, sino, sobre todo, cambiar la composición de la inversión para que se destinara una proporción más elevada a I+D (BNDES, 2001). Ha habido períodos históricos en los que ciertos subsistemas económicos nacionales han consumado hazañas como ésa a expensas de una exacerbada represión política y de un régimen extremadamente frugal en el que la producción de bienes de consumo ocupa un papel insignificante. Por ejemplo, en el caso de Japón, el ahorro entre la población es tan habitual que el país tiene actualmente un enorme excedente de depósitos que no se transforman en inversión; ni siquiera el consumo de aparatos electrónicos —cuya producción se ha trasladado a China— puede absorber las rentas japonesas. Si tomamos el ejemplo de la Unión Soviética, el arrinconamiento absoluto de la producción de bienes de consumo implicó la paralización de su agricultura y finalmente condujo a la extensión del hambre. En este caso, las formas técnicas de la acumulación de capital propias de la segunda revolución industrial facilitaron avances extraordinarios, pero en la medida en que eran característicamente indivisibles, no pudieron ser utilizadas para producir beneficios salariales: los equipos metalúrgicos no pueden fabricar pan.[7] La paradoja estriba en que la acumulación de capital bajo las formas de la segunda revolución industrial podía avanzar utilizando el conocimiento tecnocientífico disponible, aunque las formas fueran en sí mismas indivisibles; en la revolución molecular-digital, las formas son divisibles, pero el propio conocimiento tecnocientífico se vuelve indivisible en la unidad de la ciencia y el desarrollo.

El caso de Brasil era bastante distinto. Aquí, incluso en los años mejores, vividos bajo el gobierno de Kubitschek, la inversión nunca superó el 22% del PIB. Para aumentar este porcentaje, la dictadura militar recurrió a la financiación externa creando una enorme deuda que se convirtió en un generador de crecimiento forzado y de subordinación financiera. Pero dado que la acumulación incremental debe ser constante, no habiendo "día después" cuando dejan de requerirse elevadas tasas de inversión, actualmente parece no haber nada a lo que aferrarse en un país que acaba de confeccionar un programa de

7 En los debates teóricos de la década de 1950, el "modelo" adoptado por la Unión Soviética parecía colocar a este país en una posición de ventaja —como Maurice Dobb y Nicholas Kaldor sostenían— debido a que los bienes de capital guiaban el desarrollo económico. Pero no se prestó la debida atención teórica a la indivisibilidad de las formas técnicas de la segunda revolución industrial, que finalmente condujeron a los atolladeros de la experiencia soviética. Utilizando la ecuación keynesiana, $Y = C + S$ o I. Lo que en el caso soviético significó que no hubo manera de que el consumo no se resintiera, aunque el modelo efectivamente produjo tasas de crecimiento deslumbrantes en el primer período de los planes quinquenales.

Hambre Cero para hacer frente a las terribles y prosaicas consecuencias de una distribución inconmensurablemente desigual de la renta.

Los efectos de un crecimiento asombroso de la productividad del trabajo —la del trabajo abstracto virtual— se vuelven devastadores cuando alcanzan la periferia. Aprovechándose de la enorme reserva de trabajo "informal" creado por la industrialización, la acumulación molecular-digital no necesitó socavar drásticamente las formas concretas-abstractas del trabajo, excepto en algunos pequeños reductos fordistas. La extracción de plusvalor podía ser acometida sin resistencia, libre de los impedimentos que con todas las barreras anteriores frenaban la explotación absoluta.

En la década de 1980, la tendencia hacia la formalización de las relaciones salariales se estancó, y se extendió lo que todavía inapropiadamente se llama trabajo informal. La convergencia con la denominada reestructuración productiva dio como resultado lo que Robert Castel (1998) ha llamado la "desafiliación", o la deconstrucción de la relación salarial. Este proceso se puede observar a todos los niveles y en todos los sectores de la economía. Terciarización, temporalidad y flexibilización; tasas de desempleo que rozan el 30% en el gran São Paulo y el 25% en Salvador; menos contradictorio de lo que podría parecer, las ocupaciones priman sobre los empleos: grupos de jóvenes venden prácticamente de todo en los cruces de las carreteras, limpian y ensucian a la vez los parabrisas de los coches y trapichean por todas partes. En São Paulo, las calles Quinze y Boa Vista —las zonas tradicionales de recreo de los banqueros y de sus empleados— se han convertido en grandes alfombrados de surtidos de ferretería. El área alrededor del magnífico y espléndidamente iluminado Teatro Municipal expone los dramas de una sociedad en ruinas, un bazar variopinto donde se venden horrendas copias *kitsch* de bienes de consumo de alta calidad. Miles de vendedores de Coca-Cola, Guaraná, cerveza y agua mineral se agolpan en las entradas de los estadios deportivos dos veces por semana. En el plano teórico permanecemos mudos de asombro: esto es trabajo abstracto virtual. Los programas de caridad intentan "formar" a esta fuerza de trabajo proporcionándole "titulaciones", una tarea de Sísifo que equivale a intentar llenar una cesta de agua y que se prosigue con la convicción de que el buen empleo pasado de moda, "el que está en los libros", regresará cuando se reanime el ciclo económico.[8] La verdad es, más exactamente, lo contrario:

8 En todos estos cursillos de "recualificación", los trabajadores adquieren algunos conocimientos de informática, lo que para el nuevo trabajador polivalente equivale a formular una plegaria a Dios. No hay nada más trágico que el hecho de que se les estén enseñando los fundamentos mismos de la desechabilidad.

cuando se produzca la reanimación, será intermitente y su duración impredecible. En cada período venidero de crecimiento el trabajo abstracto virtual calará más profundamente.

A pesar de presentar unas tasas de crecimiento espectaculares, sostenidas durante un largo período de tiempo, el ornitorrinco es una de las sociedades capitalistas más desiguales de la tierra, más, incluso, que las economías más pobres de África que en términos estrictos no se pueden considerar realmente capitalistas. Estoy tentado de decir, con elegancia francesa, *etpour cause*. Los determinantes más obvios de la contradicción descansan en su combinación de dependencia exterior con un *status* deprimido del trabajo. Este último en cierto momento sostuvo un modelo de acumulación que financió la expansión —es decir, el subdesarrollo— pero, combinado con lo primero, crea un mercado interno que solo puede consumir copias, hallándose atrapado en un círculo vicioso.

Desde el momento en el que la revolución molecular-digital se convierte en el principal modelo técnico de acumulación de capital, el mercado puede seccionarse sin dar lugar a crisis de liquidez derivadas de la sobreacumulación. Estas se producen únicamente cuando la concentración galopante de riqueza se desacelera. Respecto al consumo de la población, a pesar de las críticas bien intencionadas, no hay crisis de liquidez, ya que la compartimentación digital es plenamente capaz de descender a los infiernos de una distribución de la renta pasmosamente desequilibrada. Las crisis de sobreacumulación únicamente se desarrollan como problemas de competencia oligopolista, como ocurre actualmente en el sector de las telecomunicaciones, después de producirse la privatización. En ellas, la codicia por la porción más jugosa hace que los gigantes de la telecomunicación global se lancen a una competición encarnizada, instalando sistemas de telefonía móvil y bajando los precios de los aparatos telefónicos —progresivamente de importación—, tropezando únicamente con el obstáculo de la indigencia de los pobres. Aun así, prácticamente todos los productos de la revolución molecular-digital pueden llegar a los sectores con las rentas más bajas como bienes de consumo duradero, como lo atestiguan los enjambres de antenas e, incluso, de antenas parabólicas instaladas en las casuchas de las *favelas*. Podría decirse, al estilo de la Escuela de Frankfurt, que esta capacidad para llevar el consumo a las capas más pobres de la sociedad constituye en sí misma el narcótico social más poderoso. Celso Furtado ya había advertido de este proceso, aunque, en mi opinión, sobredimensionó la importación de los modelos de consumo voraz en lugar de ver la distribución de la renta como su determinante. Su último libro, pequeño pero excelente, modifica y perfecciona esta admonición (Furtado, 1966; 1972; 2002).

LA EMERGENCIA DE UNA NUEVA CLASE

Desde luego, en un principio las organizaciones de la clase obrera podrían transformar la estructura no igualitaria de nuestra distribución de la renta, al igual que lo hicieron en los subsistemas nacionales de Europa con la creación del Estado del bienestar, cuando la extensión de las relaciones salariales se convirtió en el vector para que la fuerza de trabajo adquiriera un poder colectivo. Hasta cierto punto, esto efectivamente se produjo en la década de 1970. El golpe militar de 1964 ya era una reacción ante los signos de que las organizaciones obreras dejaban de ser las meras "correas de transmisión" de lo que la literatura sociológica denominó dominación "populista".[9] La emergencia de los grandes movimientos sindicales de la década de 1970, y de los cuales el PT es en gran medida el producto, parecía indicar que podía seguirse una ruta "europea".[10] La cuota de la renta nacional atribuible a los salarios se incrementó y la lógica universalizadora de las demandas perseguidas por los sindicatos "auténticos" —en los sectores del automóvil, del petróleo y de la banca— pretendió poner en marcha la expansión de la salarización de las relaciones laborales y de sus correlatos, la seguridad social y diversos beneficios indirectos. Las empresas públicas estuvieron en la vanguardia de este proceso —los trabajadores del petróleo eran "funcionarios públicos" empleados en la producción de mercancías—, lo que dio lugar a abundantes fondos de pensiones.

En 1980 este movimiento se detuvo y a partir de entonces su caída fue en picado. Al haber sido erosionado por la reestructuración de la producción, por el trabajo abstracto virtual y por el "poder" político, el trabajo dejó de poseer una "fuerza" social. Las transformaciones en las bases tecnomateriales de la economía difícilmente podían dejar de tener repercusiones sobre la composición de la clase. Si Edward Thompson estaba en lo cierto al insistir en que un "trabajador" no

---

9 Actualmente se está produciendo una reevaluación de dicha literatura, que consideraba el populismo como un modelo cuasi fascista de América Latina que se nutría de la pasividad de las clases trabajadoras. Véanse Alexandre Fortes (s/f) y Jorge Ferrerira (2001).

10 En esto había una contradicción: el que se llamó "auténtico" movimiento sindicalista —en oposición a los títeres instalados en los grandes sindicatos por la dictadura— trabajaba siguiendo las pautas estadounidenses. Las negociaciones efectuadas individualmente en cada fábrica se extendieron por todas partes, precisamente, porque los empleadores eran mayoritariamente multinacionales, sobre todo en el sector automovilístico, que siempre encabezó el movimiento en el cinturón industrial de São Bernardo. El ejemplo clásico era Metalúrgicos de São Paulo. Posteriormente, la crisis de la deuda externa, y la consecuente incapacidad de los fabricantes para trasladar la subida de costes a los consumidores, trajo consigo este sindicalismo al estilo estadounidense más próximo a los modelos europeos.

es meramente una posición en el proceso de producción, la cuestión pendiente estriba en saber si habría trabajadores de no existir estas posiciones. La representación de la clase perdió su base y el poder político se fundó sobre la misma debilitada. En las condiciones específicas de Brasil, una pérdida de tales características tiene una enorme trascendencia. Hoy en día no hay ninguna ruptura a la vista con la larga "ruta pasiva" de Brasil, pero esto ha dejado de ser subdesarrollo.

La estructura de clase también se vio truncada o modificada. Las capas superiores del antiguo proletariado se convirtieron, en parte, en lo que Robert Reich (1992) llamó "analistas simbólicos". Ellos son los administradores de los fondos de pensiones que tuvieron su origen en las antiguas empresas públicas, de los cuales el más poderoso es Previ, el fondo de los funcionarios del todavía nacional Banco do Brasil. Este estrato está sentado en los consejos de administración de instituciones financieras clave, como el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), en calidad de representantes de los trabajadores. La creación de estos fondos fue producto del florecimiento final del Estado del bienestar brasileño, que básicamente estuvo organizado en empresas públicas. La Constitución de 1988 creó el Fondo de Asistencia a los Trabajadores (FAT), que actualmente es la mayor fuente de capital a largo plazo del país y que opera, precisamente, a través del BNDES.[11] Este simulacro de socialización ha producido lo que Robert Kurz (1999) llama "sujetos monetarios". La función de los trabajadores que ascienden a estos puestos es garantizar la rentabilidad de los mismos fondos que están financiando la reestructuración de la producción que crea el desempleo.

Actualmente, los sindicatos del sector privado también están organizando sus propios fondos de pensiones, después del ejemplo de los del sector público. Irónicamente, así fue precisamente como Força Sindical derrotó al sindicato de las entonces industrias nacionalizadas del acero (Siderúrgica Nacional), que estaba vinculado al CUT (Central Única dos Trabalhadores), mediante la constitución de un "club de inversores" para financiar la privatización de la empresa.[12]

---

11 La partida de fondos de la FAT en los pasivos del BNDES aumentó desde el 2% 100 en 1989 al 40% en 1999. Véase *Relatório de Atividades do BNDES de 1994 a 1999*. A su vez, la porción de gastos del BNDES en Formación Bruta de Capital Fijo, es decir, en inversión total, fluctuó entre un 3,25% en 1990, un 6,26% en 1998 y un 5,93% en 1999 (*BNDES*, junio de 2001).

12 Força Sindical fue fundada en 1991 a partir de las bases de los sindicatos de São Paulo por Luis Antonio Medeiros, un antiguo jefe comunista "pragmático". Uno de sus líderes actuales, Antonio Rogério Magri, fue ministro de Trabajo con el gobierno de Collor antes de ser destituido en medio de acusaciones por corrupción. El CUT se creó en 1983 por sindicalistas de orígenes diversos: comunistas tanto prosoviéticos como prochinos, troskistas y católicos.

Nadie preguntó seguidamente qué pasaba con las participaciones de los trabajadores, que o bien se esfumaron o bien fueron adquiridas por el grupo Vicunha que actualmente controla la industria. Esto explica las recientes convergencias pragmáticas entre el PT y el PSDB, y la aparente paradoja de que el gobierno de Lula esté llevando a cabo, y radicalizando, el programa de Cardoso. No se trata de un error, sino de la expresión de un estrato social genuinamente nuevo que se basa, por un lado, en técnicos e intelectuales que actúan como banqueros (el núcleo del PSDB) y, por otro, en trabajadores convertidos en gestores de fondos de pensiones (el núcleo del PT).[13] Lo que ambos grupos tienen en común es el control sobre el acceso a los fondos públicos y un conocimiento privilegiado del interior del mundo financiero.[14]

La formación de esta clase en la periferia del capitalismo globalizado —las teorías de Reich atienden esencialmente a este fenómeno en el centro dinámico del sistema— necesita un escrutinio más de cerca. Ya que no solo hay un sitio nuevo para ella en el sistema —sobre todo en el sector financiero y en sus mediaciones en el Estado—, lo que satisface uno de los criterios marxistas para definir a una clase, sino que también hay una nueva "experiencia" de clase, en términos de Thompson. Las recientes celebraciones por el cumpleaños del antiguo tesorero de la CUT difícilmente podrían brindar una ilustración más vívida del hecho de que esta experiencia se circunscribe al nuevo estrato.[15] No puede extenderse al conjunto de los trabajadores. De hecho, estas personas ya no son trabajadores. Se reúnen en los nuevos *pubs* mezclándose con la burguesía y con sus ejecutivos, pero no por ello debemos confundirles, puesto que su "lugar en la producción" se encuentra en el control del acceso a los fondos públicos, que no es

---

13 El consejo de administración del FRB-Par, el *holding* que controla la aerolínea Varig, ofreció tres asientos al PT. Entre los que se convirtieron en parte del órgano directivo de la organización se encuentra, o así era hasta fechas recientes, un miembro del consejo administrativo del BNDES, el banco estatal que financió la reestructuración del sector de la aviación civil, en el que Varig —sumamente insolvente— es la empresa principal.

14 En el caso extremo de la Rusia postsoviética, ese conocimiento y ese control previos sobre las empresas públicas se convirtieron, sencillamente, en saqueo, pero las privatizaciones de Brasil y de Argentina difirieron únicamente en grado. Aquellos que bajo el gobierno de Cardoso fueron economistas y hoy son banqueros son innumerables. La historia de las privatizaciones de Menem podría provenir del Chicago de la época de la prohibición del alcohol. Véase el devastador análisis de Horacio Verbitsky (1991).

15 El momento cumbre de las celebraciones que tuvieron lugar tras la victoria del PT en las elecciones presidenciales de 2002 fue una fiesta ofrecida por el antiguo tesorero de la CUT y de la campaña de Lula. La prensa contó un número de entre 15 y 18 *jets* privados y pequeñas aeronaves aterrizando en la *fazenda* donde se celebró la fiesta. ¿Quién iba a saber que los trabajadores poseían tantos aviones?

el de la burguesía. La clase también reúne los requisitos gramscianos, dado que precisamente se deriva de un nuevo consenso entre el Estado y el mercado. Finalmente, en la medida en que las clases se forjan en la lucha de clases, su dinámica descansa en la apropiación de parcelas importantes de los fondos públicos. Aquí es donde yace su especificidad: su derecho de retención no recae sobre los beneficios del sector privado, sino sobre el lugar en el que se generan parte de esos beneficios, es decir, sobre las finanzas públicas. Un weberiano diría que la nueva clase está cobrando forma en una "acción racional con arreglo a valores", lo que en último término es la forma de su conciencia.[16]

Visto desde otro ángulo, el ornitorrinco se nos presenta con la peculiaridad de que los principales fondos de inversión son propiedad de los trabajadores. "¡Esto es socialismo!", es lo que exclamaría alguien que resucitara ahora después de haber muerto durante las primeras décadas del siglo XX. Pero contrariamente a las esperanzas de algunos, el ornitorrinco carece de momento ético-político. La hegemonía, en la formulación de Gramsci, se desarrolla en la superestructura, y aquí el ornitorrinco no tiene "conciencia", únicamente réplica superestructural. El teórico que lo previó fue Ridley Scott en *Blade Runner.*

Este es el ornitorrinco. Ya no es posible que permanezca subdesarrollado y se aproveche de las ventajas brindadas por la segunda revolución industrial e, igualmente, es imposible que progrese mediante la acumulación molecular-digital, ya que las condiciones internas que permitirían una ruptura de estas características son deficientes. Lo que queda son las "acumulaciones primitivas" del tipo amparado por la privatización. Sin embargo, bajo el dominio del capital financiero, actualmente estas son meras transferencias de propiedad y no, cabalmente, "acumulación". El ornitorrinco está condenado a arrastrarlo todo al vórtice de la financiarización. En estos momentos, bajo el gobierno del PT, ha llegado el turno de la seguridad social, y aquélla impedirá la redistribución de la renta y la creación de un nuevo mercado que sentaría las bases para la acumulación molecular-digital. El ornitorrinco capitalista es una acumulación truncada y una sociedad caracterizada por una desigualdad incorregible. Larga vida a Marx y a Darwin, a quienes la periferia capitalista ha reunido finalmente. Marx deseaba la aprobación de Darwin, pero este no tuvo tiempo de leer *El capital.* Sin embargo, ¿no fue en estas tierras, en las Galápagos, donde Darwin tuvo su epifanía?

---

16 Me referí a este fenómeno en "Medusa ou as classes médias e a consolidado democrática", en Guillermo O'Donnell y Fábio Reis (eds.), *A democracia no Brasil: dilemas e perspectivas,* São Paulo, 1988, donde consideré la "medusa" de técnicos como un segmento importante de las clases medias.

BIBLIOGRAFÍA

BNDES Relatório de Atividades do BNDES de 1994 a 1999.

Cardoso, F. H. 1964 *Empresário Industrial e Desenvolvimento Económico* (São Paulo).

Castel, R. 1998 *As metamorfoses da questao social* (Petrópolis).

Coutinho, C. N. 1989 "Uma via náo-clássica para o capitalismo" en D'Incao, M. C. (ed.) *História e Ideal: Ensaios sobre Caio Prado Jr.* (São Paulo).

Fernandez da Silveira, C. E. 2001 *Desenvolvimento tecnológico no Brasil: Autonomia e dependencia num país industrializado* periférico. Tesis doctoral (University of Campinas).

Ferrerira, J. 2001 (ed.) O populismo e sua história. Debate e crítica (Río de Janeiro).

Fiori, J. L. (ed.) 1999 *Estados e moedas no desenvolvimento das nagoes* (Petrópolis).

Fortes, A. s/f *Trabalhismo e populismo: novos contornos de um velho debate* (Brasil).

Furtado, C. 2002 *Em busca de novo modelo: reflexoes sobre a crise contemporánea,* (São Paulo).

Furtado, C. 1966 *Subdesenvolvimento e estagnagáo na América Latina* (Río de Janeiro).

Furtado, C. 1972 *Análise do "modelo" brasileiro* (Río de Janeiro).

Gurrieri, A. (ed.) 1982 *La obra de Prebisch en la CEPAL* (México).

Kurz, R. 1999 Os últimos combates (Petrópolis).

Lewis, A. 1955 *Theory of Economic Growth* (Londres).

Maddison, A. 1995 *Monitoring the World Economy 1820-1992* (París).

Marx, C.; Engels, F. 1975 Obras escogidas (Madrid: Ediciones Akal).

Moura, M. 2000 "O novo produto brasileiro" en *Pesquisa FAPESP* N° 55.

Oliveira, F. 1975 "A emergencia do modo de produçao de mercadorias: uma interpretado teórica da economia da República Velha no Brasil" en Fausto, B. (ed.), História geral da civilizando brasileira, vol. III, O Brasil republicano (São Paulo).

Oliveira, X. 1988 "Medusa ou as classes médias e a consolidado democrática" en O'Donnell, G.; Reis, F. (eds.) *A democracia no Brasil: dilemmas eperspectivas* (São Paulo).

Prebisch, R. 1949 "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas" en *El Trimestre Económico* N° 16(43).

Reich, R. 1992 The Work of Nations (Nueva York).

Sá Jr., F. 1993 "O desenvolvimento da agricultura nordestina e a funçáo das actividades de subsistencia" en *Estudos CEBRAP* (Brasil) enero.

Silva Pires, E. L. 1995 Metamorfoses e regulagáo: o mercado de trabalho do Brasil nos anos oitenta. Tesis doctoral, Departamento de Sociología (São Paulo: Universidad de São Paulo).

Verbitsky, H. 1991 *Robo para la corona: los frutos prohibidos del árbol de la corrupción* (Buenos Aires).

Villela, A.; Suzigan, W. 1973 Política do goberno e crescimento da economía brasileira, 1889-1945 (Río de Janeiro).

Werneck Vianna, L. J. 1997 *A Revoluçao Passiva* (Río de Janeiro).

DEMOCRACIA Y DOMINACIÓN: UNA DISCUSIÓN (VÍA INDIA) CON REFERENCIA A AMÉRICA LATINA (BRASIL)*

José Mauricio Domingues**

DEMOCRACIA Y SERIALIDAD

En su extenso libro sobre la democracia, Habermas definió, de manera algo sorprendente, al Estado democrático constitucional (*Rechstaat*) cómo aquel basado en el "ejercicio burocrático de la dominación (*Herrschaft*) legal":

> En definitiva, el Estado se vuelve necesario como un poder (*Gewalt*) sancionador, organizador y ejecutivo, toda vez que la ley debe hacerse efectiva. Estos son ciertamente complementos no solo funcionalmente necesarios para el sistema del derecho, sino implicaciones legales objetivas, que estaban contenidas *in nuce* en los derechos subjetivos […] No es la forma legal como tal la que legitima la dominación política, sino solamente el vínculo con el *derecho legítimamente* producido (Habermas, 1992: 168-70).

Esta definición es, en efecto, más sorprendente porque surge en el interior de lo que constituiría un esfuerzo sistemático de sustituir las teorías elitistas de la democracia por un modelo "discursivo",

---

* Texto extraído de *DADOS – Revista de Ciêncisa Sociais* Nº 52(3), 2009, pp. 551-579. Republicado en Tapia, L. (comp.) 2009 *Democracia y teoría política en movimiento* (La Paz: Muela Del Diablo; CIDES).
** Agradezco a João Feres sus comentarios a una versión anterior de este artículo. Traducción al castellano de Flavio Gaitán.

comunicativo y mucho más democrático. Es verdad que el abandono de la idea de "colonización" del mundo de la vida por sistemas auto-regulados, proceso en el cual el derecho podría operar como "medio" de la colonización antes que como expresión del primero (Habermas, 1981: 458; 536-539), anuncia la teoría benigna y un tanto aguada de la democracia que emergería posteriormente de su modelo más general. En esta, al mismo tiempo que el Estado continúa siendo un sistema auto-regulado conducido por el poder (ladeado por la economía, dirigida por el dinero), el mundo de la vida, mediado por la acción comunicativa y la interacción significativa, sería representado por la sociedad civil, un foco de solidaridad. Esta, a su vez, sería discursivamente mediada por las esferas públicas, que permiten una "política deliberativa" generadora de normas (legalmente) vinculantes, calcadas en la libertad "subjetiva" (producidas histórica e intersubjetivamente). El universalismo tendría que resultar de ese proceso público-discursivo. El "poder comunicativo" por un lado y el "poder político" por otro, sumados al "poder administrativo" (conceptos siempre difíciles de distinguir en su obra), son totalmente diferenciados en el "Estado democrático constitucional", que deja de ser visto como el centro de la sociedad. Esto es lo que Habermas entiende por democracia, más allá de la teoría elitista de los grupos de poder, como así también de las preocupaciones de los pluralistas con intereses (fijos) libremente expresados (Habermas, 1992, 359). Su definición contrasta así con los tipos de dominación de Weber ([1921-1922] 1980), en particular la racional-legal, pero remite directamente a ellos.

Cohen y Arato (1992) expandieron históricamente esa división y subrayaron el triple carácter de la vida social (mercado, Estado, sociedad civil), el papel de las asociaciones y movimientos sociales, como así también el perfil auto-limitante de estos últimos (que no deberían pretender asumir la "sociedad política"). La participación e incluso la desobediencia civil son cruciales en sus propuestas, aunque el papel constitucional del derecho y los límites que este impone a todos los miembros de la sociedad, una enseñanza liberal, son también claves en su concepción. Recientemente, Alexander (2006) produjo otra versión de la "esfera civil", en realidad retomando el concepto de Parsons de "comunidad societaria" y una oposición binaria entre lo "sagrado" y lo "profano", relativa a aquello que estimamos en la sociedad civil. Si Alexander acepta los límites impuestos por formas "incivilizadas" de vida social y como la esfera civil se encuentra entrelazada con estas, insiste en su especificidad en términos de solidaridad, universalismo e individualismo, como el elemento llave de la democracia, yendo más allá de la jerarquía y de la desigualdad, como así también del particularismo, inevitable en otras esferas sociales principales.

En Habermas (1990: 150-159; 1992: 632-659) ese procedimiento de construcción de la democracia está íntimamente ligado a lo que denominó "patriotismo constitucional", cuyos orígenes se encuentran en el rechazo al nacionalismo étnico alemán que culminó en el nazismo. Es decir, opone fuertemente el universalismo en términos normativos al particularismo, en tanto se requieren procesos históricos concretos para que dicho patriotismo cívico se establezca. Esta es también, en cierta medida, la perspectiva de Anderson (1998, capítulos 1 y 17), que enfatiza lo que él llama "serialidad abierta" (infinita y más libre) y la fuerza integradora, universalizante, del nacionalismo (en que aquella puede fluir dentro de ciertos límites), contra el particularismo que se difunde en tiempos recientes, con su "serialidad cerrada", repetitiva, rígida, finita y su política de la identidad, sea en el sudeste asiático u en otra parte del planeta, a menudo bajo el ropaje de la política étnica (siendo originalmente la estadística uno de sus pilares principales).

De forma casi opuesta, Chatterjee (2004) introdujo, para hablar de la política popular en la "mayor parte del mundo", la oposición entre la política de la "sociedad civil", en sentido más tradicional, como legal y formalmente establecida, y la de la "sociedad política". Esta última es una esfera en la cual los gobiernos —o las *praxis* gubernamentales— implementan políticas que deben lidiar con prácticas ilegales e informales llevadas a cabo por poblaciones que se convierten en blanco de perspectivas particulares (es decir, "cerradas" versus universales, "abiertas"), a servicio, hoy globalmente, del capital, mientras que, al mismo tiempo, ellas luchan para afirmar sus propios deseos y necesidades:

> En suma, la idea clásica de soberanía popular, expresada en los hechos político-legales de la ciudadanía igualitaria, produjo la construcción homogénea de la nación, al tiempo que las actividades gubernamentales requieren clasificaciones múltiples, que se cruzan y transforman, de poblaciones como blanco de diversas políticas, generando una construcción necesariamente heterogénea de lo social. (Chatterjee, 2004: 36)

Este fue, de hecho, un problema que, de acuerdo con Chatterjee (2004: 36-38), Marshall no entendió en su afirmación clásica sobre los derechos civiles, políticos y sociales, los cuales son ellos mismos heterogéneos, llevando este último directamente a la esfera gubernamental. Esta es una visión que, a su vez, nos permitiría ir más allá de los conceptos clásicos de "dominantes" (*rulers*) y "dominados" (*ruled*). La democracia en la India se ha desarrollado, de manera bastante ambigua según el autor, a partir de la complicada dinámica de esa "sociedad política" y de su carácter heterogéneo y de la relación particularística con el Estado. Chatterjee aparentemente asume "como un hecho", al menos en la India tanto como en occidente, los aspectos

constitucionales de la democracia, aunque esta "democracia capitalista moderna", afirma de modo extraño, pertenezca solamente al último. No focaliza explícitamente en el movimiento y partido Hindutva (el nacionalismo hindú radical y excluyente), pero ese desarrollo lamentable de la política hindú es uno de los blancos subyacentes en su crítica a la modernidad homogeneizante (Chatterjee, [1994] 1998: 228-231, con tonos frankfurtianos), que permanece en el trasfondo de su argumento, en la medida en que atribuye aquella tendencia homogeneizante solo a la dinámica del capitalismo. Por otro lado, podríamos legítimamente preguntar si el Hindutva debería ser visto más como política étnica radical y su nacionalismo del tipo de una serialidad cerrada étnicamente determinada.[1]

Aunque la cuestión de esa "sociedad política" sea mucho más dramática que cualquier otra situación que se pueda encontrar en occidente, ella ciertamente refleja discusiones generadas por formas gubernamentales neoliberales y maneras de operar a través de las propias nociones de libertad y responsabilidad individual (Rose, 1999). Aunque la influencia de Gramsci sobre Chatterjee (2008) permanezca difusa, en este punto se apoya en Foucault y explícitamente argumenta contra la preferencia de Anderson por el universalismo, en conexión con el nacionalismo homogeneizante, y en favor del particularismo, así como, hasta cierto punto, de la informalidad, reconociendo también el carácter heterogéneo del espacio social (en contraposición al espacio homogéneo del capital). Tres formas del ejercicio moderno del poder, en verdad de la "dominación" —soberano, disciplinar y biopolítico— fueron presentadas en los trabajos del último Foucault ([1976] 1997: 23-24; 30-36; 215-225; [1978] 1979). La soberanía desciende de la problemática de la legitimidad del poder real en occidente y fue, durante el siglo XVIII, traducida en los derechos del ciudadano, en rigor en su concepción, siempre transferida al Estado y terminando por enmascarar apenas el funcionamiento del poder disciplinar. Este fue aplicado sobre el individuo, en torno a saberes específicos, en el conjunto de la sociedad, sin concentrarse en el Estado. Y la biopolítica, que en ciertas ocasiones denomina gubernamentalidad, lidia con las poblaciones y la "regulación" de la vida, permitiendo un tipo de sobrevida para el Estado *vis-à-vis* el poder disciplinar. Mientras el segundo conduce a una sociedad "normalizada", la tercera se vincula a este por medio de la misma noción de "norma". Estas formas son productivas, no solo "represivas". Foucault además no consideró suficiente,

1 De cualquier manera, el nacionalismo es un antiguo enemigo para Chatterjee (1986; 1993). Para una discusión complementaria sobre la democracia en la India, ver Jayal (2001; 2007).

ni de hecho adecuado, pensar el poder básicamente en términos de la soberanía del Estado, oponiendo a esta los derechos de los ciudadanos. Era necesario, como alternativa, un discurso anti-disciplinar más amplio.

Es contra este argumento de fondo que quiero discutir la democracia en América Latina, en particular en Brasil en las últimas décadas (subcontinente que ha sido mencionado, de hecho, solo por Cohen y Arato, entre el grupo de autores citado). En primer lugar, me propongo aquí a rechazar la idea de Habermas, para mí absurda, de que la democracia equivale a dominación, sin importar cómo sea definida. La democracia existe, y puede sobrevivir, *contra* la dominación, aun cuando no podamos hoy divisar formas de democracia que puedan dar cuento de ello —después de todo, hablamos del Estado, controlado por colectividades políticas y burocráticas, separadas de los ciudadanos y basadas en un aparato jerárquico y en el "comando" (*Befehl*)—; estando ese Estado, además, en las sociedades modernas, estrechamente entrelazado con el capitalismo y sus clases dominantes (aun cuando la dominación no pueda ser reducida solo al Estado o a las clases sociales, más allá de la importancia que estas o aquel puedan tener). Hacer de la necesidad virtud es de por sí una tarea difícil, pero transformar el vicio en virtud no tiene sentido alguno. Es verdad que esos sistemas políticos son competitivos, con las colectividades dominantes siendo sustituidas periódicamente por procesos electorales, aun cuando los aparatos burocráticos estatales queden fuera de esos procesos. De cualquier forma, grandes maquinarias organizacionales y jerárquicas, con diversas camadas, se mantienen activas en múltiples niveles. Así, si no tenemos como quebrar con las formas elitistas de la democracia, seamos al mismo tiempo más radicales y más realistas, dejando patentes las limitaciones del presente, pero desafiándolas, simultáneamente, desde el punto de vista de la relación entre el Estado y la sociedad. Por eso es que la idea de libertad como una "creación" (o como sea que se la denomine) del poder me parece también totalmente insatisfactoria: la libertad no es un producto de la dominación, sino su exacto opuesto, aunque también se relacione a la noción de poder afirmativamente por parte de las subjetividades individuales y colectivas.

En segundo lugar, muchos en América Latina han señalado los problemas que la democracia tiene que encarar en la región. No pretendo ocuparme de esos problemas, pero sí espero ofrecer una visión más extensa y optimista de la cuestión. Después de todo, la sociedad civil, en el sentido de Habermas y Chatterjee, se está expandiendo —es decir, las asociaciones y los movimientos sociales, de modo general se han se fortalecido, en diversos ritmos y momentos en los diferentes

países diferentes, con la inclusión formal y legalmente vinculada avanzando de manera acelerada en las últimas décadas en ciertos aspectos, especialmente en los estrictamente políticos—. La "sociedad política", en el sentido que Chatterjee le atribuye, sin embargo, se ha replegado también en vastas regiones, con una expansión simultánea de la violencia. De todos modos, mientras que esas categorías de hecho poseen una materialidad propia, son problemáticas si se las presentadas de manera tan aguda. La dicotomía que opone aquellas "sociedades" no puede ser aceptada, a menos que se adopte una concepción del estilo binario de la división "sagrado-profano" de Alexander con una señal invertida en lo concerniente a Chatterjee y, además, la suposición de que ella provee más que una estructura discursiva. Y no es este el caso. El largo debate acerca del *dualismo* en América Latina nos debería aconsejar contra este modo de usar los conceptos, teniendo en cuenta que esos dos mundos se encuentren mucho más entrelazados de lo que Chatterjee sugiere.

Con el objetivo de lograr mis metas me apoyaré en el argumento que desarrollé en términos más generales, así como en relación a América Latina. Para comenzar, rechazo cualquier visión dualista. En un vértice más positivo, introduciré en especial el par ciudadanía instituyente e instituida y el concepto de "abstracciones reales" y el retrato en cuatro dimensiones del imaginario moderno basado en libertad, igualdad, solidaridad y responsabilidad, que aparecen ligados y opuestos a la dominación, la desigualdad, la fragmentación, el egoísmo y la irresponsabilidad (Domingues, 2002a; [2008] 2009).[2]

Es verdad que, en muchos aspectos, especialmente en algunos países, la democracia parece ser frágil. En ese sentido, cumple en ciertas ocasiones un rol clave una tensión, de ningún modo negativa y que será explorada más adelante, que se produce entre lo que Eisenstadt (1999) denomina aspectos "participativos" y "constitucionales" de la democracia (aunque simples intentos de eliminar o restringir

2 La esfera pública —abarcando no sólo la llamada acción comunicativa, sino todas las formas de coordinación de la acción, incluyendo al mercado, la jerarquía y las redes— se destacará en la descripción abajo de la democratización, antes que la sociedad civil. Esta noción es demasiado vaga, a pesar de su importancia en discusiones clave sobre la democracia y la democratización en América Latina. No creo que sea aceptable en los esquemas adaptados de Cohen y Arato o del Habermas tardío, pues ella no encaja realmente en la teoría general de este autor (Habermas, 1981), consistiendo en una maniobra *ad hoc*. A su vez, el antiguo uso gramsciano apunta, en verdad, especialmente para la sociedad en su conjunto, aun cuando no subraya la dimensión económica que era central para el "sistema de las necesidades" en Hegel. Sin embargo, se debe observar que, para un tipo de discusión que no desarrollaré aquí, el concepto paralelo de "hegemonía" es aún de inmenso valor. Y, obviamente, asociaciones de diversa índole son cruciales para el estado de la democracia.

la democracia por medio de perspectivas antidemocráticas o elitistas sean mucho más problemáticos). Es por medio de esta tensión que la articulación de lo que serían para Castoriadis (1975: 138; 493; 1999: 119) los dos principales aspectos de la democracia —el poder del "demos", enraizado en la autonomía de los agentes y su auto-limitación por medio de un "nomos"— podría ser alcanzada. Tal vez, de ese modo, pueda lograrse una solución más interesante para los dilemas presentados por las concepciones opuestas de Habermas y sus asociados, por un lado, y de Foucault y Chatterjee, por otro.

Comenzaremos con una breve discusión sobre los desarrollos contemporáneos de la democracia en América Latina. Luego analizaremos ciertos aspectos del régimen democrático brasileño. Considero que, aún con los múltiples problemas que pueden encontrarse, la democracia ha florecido en toda la región y en Brasil en particular y de ningún modo se encuentra estancada o erosionada como algunos autores han sugerido (Mainwaring & Pérez-Liñan, 2005). Finalmente, retomaremos una discusión teórica más sistemática.

TENDENCIAS DEMOCRATIZADORAS EN AMÉRICA LATINA: AVANCES, LÍMITES Y PROBLEMAS

La crítica que realizó O'Donnell (1994 y 1996) a las democracias liberales que existen en América Latina fue ampliamente difundida. En su argumento enfatizó el aspecto "delegativo", o sea, la elección de líderes poderosos (como Menem, en Argentina, y Fujimori, en Perú), a los que la ciudadanía les otorgaba un *cheque en blanco* que les permitía hacer lo que quisieran, inclusive cambiar sus políticas iniciales y la orientación general de sus gobiernos, volviéndolas irreconocibles. Subrayó también los rasgos particularistas de muchos de esos sistemas políticos, entre los cuales se destacaba el clientelismo. Por último, se enfatizaba la falta de control y transparencia (*accountability*) de los detentores del poder respecto de la sociedad. Otros autores, aun cuando reconocieron avances en toda América Latina, han sido muy críticos de aquellos países donde los gobiernos han sido forzados a renunciar en función de protestas populares, violándose, supuestamente, el respeto por las reglas constitucionales (Mainwaring & Hagopian, 2005: 1-2) (algo que ocurre cuando esos gobiernos no cumplen sus promesas, rompiendo con las políticas con las cuales se habían comprometido). Roniger (2005) destacó lo que veía como "neopopulismo" y "neoclientelismo" y su acción deletérea sobre el tejido democrático, la persistencia de la violencia y la violación de los derechos civiles básicos, pudiendo generar una erosión de la confianza en la democracia, según como es medida por instrumentos como el "Latinobarómetro"

—problema destacado también por otros estudios sobre el tema (Méndez, O'Donnell y Pinheiro, [1997] 2003)—.

"Populismo" me parece una construcción problemática, que difícilmente tenía sentido en la perspectiva propuesta por Gino Germani, profundamente deudora del funcionalismo y de la teoría de la modernización (Domingues & Maneiro, 2004), y se vuelve en la actualidad demasiado vaga conceptualmente, operando más como un término de abuso y denuncia de demagogia en general (en cuyo caso "cesarismo", sea "progresista" o "conservador", sería probablemente un concepto más adecuado). El clientelismo, sin embargo, ha sido una presencia realmente recurrente y característica de la política de toda la región, como varios estudios recientes demuestran (por ejemplo, para Argentina y México, Auyero, 2001; Fox, 1997). Lo mismo puede decirse en relación a la efectivación de la ciudadanía civil por un Estado aún "despótico" que a menudo trata a sus poblaciones como "súbditos" y posee un "poder infra-estructural" relativamente reducido, es decir, no es capaz de gobernar muchos aspectos de la sociedad por intermedio de sus propias instituciones (Mann, [2004] 2006), abandonando a sus "ciudadanos" a su suerte frente la conductas criminales (especialmente cuando son pobres) y tratando violentamente y a menudo de manera ilegal a aquellos que serían transgresores de la ley. En otras palabras, castigándolos sin respeto por sus derechos civiles (una vez más, especialmente cuando son pobres). Los derechos sociales tuvieron peor destino, dado que se hicieron efectivos de modo bastante limitado durante el período del Estado desarrollista y del corporativismo y, cuando ocurrió la democratización a partir de la década de 1980, el credo neoliberal no los contemplaba, sino todo lo contrario (Barrientos, 2004).

En su argumento, Roniger (2005) señala, sin embargo, aun cuando puede sonar algo pesimista, que esa confianza reducida en la democracia significaría simplemente que el régimen está consolidado pero que los ciudadanos no están muy satisfechos con sus resultados. Después de todo, se puede agregar, los ciudadanos parecen estar insatisfechos no solamente en América Latina sino en todo el mundo, especialmente en función de las reformas neoliberales (Hagopian, 2005: 321-324). Roniger también resalta ciertos cambios que han llevado, a pesar de esos problemas y de la falta de recursos de muchos grupos populares para participar plenamente de la política, al surgimiento de nuevas formas de política participativa y a una perspectiva de la democracia que va más allá de las teorías "elitistas" que prevalecieron en la vida académica durante la transición de las dictaduras militares e incluso después de su final en los años 1980-1990. Mientras que esos regímenes eran "minimalistas", las nuevas experiencias implicaron

participación de masas, control público y deliberación. Es esto lo que muestran, por ejemplo, estudios sobre México (control electoral) y Brasil (presupuesto participativo) y lo que sugieren discusiones sobre una esfera pública ampliada y pluralizada (Avritzer, 2002; Avritzer & Costa, 2004), para no hablar de lo que la paulatina apertura y en ocasiones pluralidad de los sistemas judiciales evidencia (Domingues, [2008] 2009). Recientemente, Bolivia en particular ha sido escenario de una profundización de las prácticas democráticas, de una fuerte movilización social y del paso de elecciones tradicionales a una gran participación comunitaria y al uso constante de referendos (un instrumento comúnmente usado en Europa, pero odiado por los conservadores en América Latina) a pesar de las tensiones relativas a "serialidades étnicas" (García Linera, 2004; Domingues, Guimarães, Mota & Pereira da Silva, 2009).

Mi argumento reciente es también que, a pesar de la persistencia del clientelismo, de la importancia de los poderes "fácticos" (tales como la alta concentración de los medios masivos de comunicación privados, naturalmente orientados hacia el neoliberalismo) y las restricciones al ejercicio de derechos, la democracia nunca ha sido tan fuerte en América Latina. El subcontinente viene atravesando en las últimas décadas por una verdadera "revolución molecular", a pesar del proyecto "transformista", también actual, del neoliberalismo, que propugna por una democracia mínima —configurándose de este modo dos "giros modernizadores" en competencia, los cuales, en su enfrentamiento, han moldeado la región en las últimas décadas (Domingues, [2008] 2009)—. El *telos* del imaginario moderno, conteniendo en su centro la libertad igualitaria, se ha traducido en una amplia movilización social, llevando a un cambio de los grupos políticos dominantes (las llamadas "élites", término que debería ser realmente evitado, al menos en función de su bagaje ideológico excesivamente pesado, que incluye el papel negativo o limitado que reserva para las "masas") y el restablecimiento, cambio, y consolidación de las instituciones democráticas. En realidad, la defenestración de políticos que traicionan sus compromisos básicos debería ser vista como un avance en la región, que productivamente evidencia la tensión antes mencionada entre los aspectos constitucionales y participativos de la democracia, incluyendo la desobediencia civil, y más aún en la medida en que eso no ha significado su reemplazo por líderes militares. En vez de esto, los vicepresidentes asumieron el cargo o nuevas elecciones fueron convocadas, sin quiebre de las reglas constitucionales. Además, presidentes "delegados" como Menem y Fujimori ha sido encarcelados y procesados y pueden terminar sus días en la cárcel por corrupción y abuso de los derechos humanos.

Oleadas de movilización popular son constantes en América Latina. Posiblemente en la mayor parte de los países, aunque no en todos, están menguando, pero su legado es innegable. La constitucionalización también ha progresado, implicando cobertura legal más fuerte para el Estado y mayor poder de legitimación, así como un reconocimiento más avanzado de los derechos y la flexibilización de códigos jurídicos anteriormente más rígidos, con una tendencia que muestra avances en los sistemas legales y en el imperio de la ley, a pesar de los problemas y limitaciones. El molde estatal se ha mostrado, de modo general, más adaptable y capaz de responder a la creciente complejidad de la modernidad (Domingues, [2008] 2009). Las constituciones han sido consistentemente universalistas, pero los derechos colectivos de los pueblos originarios y en ocasiones también de las poblaciones negras han sido incluidos en los nuevos textos democráticos (Dávalos, 2005), por medio, en gran medida, de los giros modernizadores de "serialidades cerradas" en tanto subjetividades colectivas activas y auto-construidas.

Se debe agregar que América Latina ha avanzado exactamente en aquellos lugares donde una virtual conjunción entre los diversos movimientos sociales ha logrado, directa o indirectamente, realizar cambios en las instituciones y prácticas, antes que permaneciendo ajenos al sistema político intentando preservar una autonomía absoluta y quimérica (Adal Mirza, 2006; Svampa, 2008). Obviamente el riesgo de caer en manos de los gobiernos e inclusive de la gubernamentalidad en América Latina, en especial por el clientelismo o al menos soportando mansamente administraciones de izquierda, aumenta con la decisión de entrar de modo más directo en el juego político y comprometerse en el plano de las instituciones. Sin embargo, de ello pueden surgir nuevas *redes*, de colaboración efectiva y más amplia, entre los movimientos, pero también entre ellos y gobiernos realmente democráticos (Maneiro, 2007; Domingues, [2008] 2009; Domingues, Guimarães, Mota & Pereira da Silva, 2009). No hace falta decir que en ocasiones las colectividades dominantes se mantuvieron en el poder, otras veces fueron desplazadas por otras colectividades. La competencia electoral funciona en toda América Latina y en parte ha reestructurado los sistemas de dominación burocrático-políticos.

El peronismo, el varguismo y el Estado mexicano, así como las relaciones entre el campesinado y el Estado después de la revolución boliviana de 1952 —en definitiva, el corporativismo en general— brindaron los esquemas disciplinarios más fuertes aplicados a las clases trabajadoras en América Latina (en ocasiones combinando la acción estatal con algún tipo de fordismo privado y otros tipos de ideología y apoyándose tal vez en elementos remanentes de las ideologías estatales

coloniales). Aun cuando esos esquemas perdieron el soporte que en algún momento disfrutaron de esa armazón corporativista y en muchos casos de la transformación masiva de las poblaciones en trabajadores y la absorción de la disciplina industrial, han logrado continuidad, aunque aplicados desigualmente a toda la sociedad. Los esquemas disciplinarios no han recibido, sin embargo, un tratamiento sintético en el subcontinente —al contrario, por ejemplo, de China y del sudeste asiático, en relación al neodesarrollismo y el neoliberalismo (Ong, 1999; 2006)—. En lo que respecta al "biopoder", parece encontrar sus principales expresiones en los esquemas sociales focalizados, *vis-à-vis* los programas sociales y las nuevas políticas derivadas originalmente de los programas compensatorios vinculados a las "políticas de ajuste" (para una visión general de estas últimas, ver Domingues, [2008] 2009, aunque no existen investigaciones sobre el biopoder llevada a cabo seriamente en América Latina, excepto en lo que atañe a la administración de las razas, su blanqueamiento en el inicio del siglo XX y su mestizaje posterior). Pero el elemento de dominación presente en tales esquemas ha sido largamente ignorado por los investigadores. Si bien sus avances son decisivos, por otro lado, la ciudadanía ha sido a menudo tomada de manera acrítica como la solución a todos los problemas de la región (O'Donnell *et al.*, 2004).

LA TRAYECTORIA BRASILEÑA

Brasil atravesó a lo largo del siglo XX por lo que algunos autores (Reis, Vianna, inspirados por Barrington Moore Jr.) caracterizaron como un proceso de "modernización conservadora" originada en un acuerdo entre los grandes propietarios de tierra y la burguesía industrial. Este proceso generó, en el largo plazo, la industrialización, el fin de las formas personales de dominación y el establecimiento de una "poliarquía" (en el sentido de Dahl, 1971), es decir, libertad de transitar, de vender la propia fuerza de trabajo, y participar, a partir de mediados de los años ochenta, del derecho de sufragio, de los debates públicos y de manifestaciones, además, por supuesto, de elecciones formalmente justas, a pesar de la violencia continua, endémica, típica de la historia del país. La modernización conservadora se completó, básicamente, con la transición de la dictadura militar (que fue su última manifestación, autoritaria, pero también industrializadora) al gobierno civil, elegido indirectamente en 1985 y la promulgación, en 1988, de una nueva constitución progresista. La ampliación y pluralización de la esfera pública fue otro aspecto del proceso. Las siguientes elecciones consolidaron la nueva democracia, con sus virtudes y problemas (Domingues [2002b] 2003; Costa, 2002; Weyland, 2005).

La participación popular ha sido bastante significativa, no obstante todas las restricciones generadas por las profundas desigualdades y la falta de reconocimiento de amplios sectores de la población, así como, a pesar de la extrema concentración de los medios privados de comunicación, el poder remanente de las oligarquías rurales regionales y los enclaves autoritarios dentro del Estado[3]. Aquella revolución molecular democrática se ha ido desplegando al menos hasta recientemente (a pesar de la larga ola de movilización social que se inició durante los años 1970 haberse disuelto ya hace tiempo), el Partido de los Trabajadores (PT), una vez más, al menos en sus orígenes, representó una forma novedosa de combinar, en una vasta red de diferencias, movimientos sociales y política institucional, y su ascenso al poder representó una ruptura (bastante) parcial con las políticas "transformistas" neoliberales que implementaron los gobiernos anteriores (Vianna, 1997; Domingues, [2008] 2009). Brasil compartió con otros países de la región el padrón más amplio de transición a la democracia: la transferencia formal de la soberanía a sus ciudadanos, en el padrón tradicional señalado por liberales clásicos o concepciones "elitistas", incluyendo elementos apuntados por discusiones innovadoras sobre la sociedad civil, de cualquier modo, sin embargo, muy distantes de la comprensión de Foucault de aquella noción como atinente solo al poder de Estado —aun cuando, para decirlo una vez más, los sistemas de dominación hayan sido reestructurados—.

Pero el carácter "despótico" de gran parte del Estado brasileño no se desvaneció y los sistemas de dominación operan de manera brutal en ciertas dimensiones. Las fuerzas policiales tratan la criminalidad y a las clases populares a menudo sin interés o incluso con extrema dureza; los derechos civiles no son protegidos (¡aunque el componente de *propiedad* claramente lo es!). Por otro lado, la pobreza continúa siendo un problema generalizado, que fue focalizado durante el gobierno de Fernando Henrique Cardoso a mediados de los años 1990 por medio de programas compensatorios derivados de las políticas sustentadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, que acompañaron sus programas "de ajuste estructural".

---

3 ¿Esta falta de reconocimiento implica una condición de "subciudadanía" para amplios sectores de la población brasileña (Souza, 2003)? En este punto hay un problema real, en tanto las condiciones sociales que contribuyen para la ciudadanía concreta deben ser tenidas en cuenta —y las mismas son deficientes en todo el mundo, pero en particular en sociedades en las cuales las desigualdades están profundamente enraizadas, como es el caso de Brasil—. Por otro lado, la ciudadanía instituida es en gran medida formal y debemos, por consiguiente, ser cuidadosos para no extender excesivamente el alcance de esa reserva, para no hablar de la movilización instituyente, de enorme impacto, de la población brasileña de las últimas décadas.

Estas políticas se redoblaron en programas de transferencia de renta, llevando finalmente a la implementación del "Bolsa Familia", por el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva. Este programa alcanzaba a más de 12 millones de familias en 2009. Si inicialmente era posible ver en esos programas una manera de "administrar" la pobreza, antes que eliminarla (Lautier, 2004), el Bolsa Familia se torna de definición extremamente difícil, dificultad que se presenta curiosa teniendo en cuenta que se han realizado pocos estudios académicos acerca de su funcionamiento concreto, a pesar de que se está convirtiendo en el principal paradigma de la política social en América Latina (para una visión general y la exploración de varias hipótesis, ver Kerstenetzky, 2009). El programa dispone de escasas sumas de dinero para hogares con baja renta, actuando como política focalizada que busca impedir que los más pobres entre los pobres pasen hambre, ayudándolos a salir de esa situación de miseria, con dos "condicionalidades": control médico y escolar de sus niños. ¿Es básicamente un programa clientelista, por medio del cual el gobierno Lula ganó apoyo entre los más pobres, y le habría garantizado su reelección en 2006? ¿O se trata de un programa limpio basado en criterios técnicos y sin interferencias políticas, casi movilizando una filosofía originada en los derechos (Hunter & Power, 2006; Hilgers, 2008)? ¿Representa una política moderna que a largo plazo se convertirá en una renta básica del ciudadano, aunque hoy pudiera confrontarse con otros programas de transferencia directa de renta (Lautier, 2006-07; Domingues, [2008] 2009)? ¿Implica una estrategia económica que ayuda a reforzar el Mercado interno de bienes no durables, una especie de keynesianismo de los pobres? ¿O es simplemente una manera de lidiar pragmáticamente con la enorme deuda que la sociedad brasileña tiene con sus sectores más pobres, a un costo muy bajo (Barros, Carvalho, Franco y Mendonça, 2006; Domingues, [2009] 2011)?

Martínez (2003: 46-7) observó en una ocasión, probablemente apoyándose en la noción de "imaginario magmático" de Castoriadis (1975), que el peronismo en Argentina podría significar cualquier cosa a través de sucesivas inflexiones. Si esto no es exclusivo de América Latina (la política en particular y la vida humana en general son constitucionalmente articuladas por esa fluctuación magmática del sentido), las políticas no muy bien definidas ideológicamente de los partidos progresistas en el poder en el subcontinente desde mediados del siglo XX llevan esta concepción bastante lejos. Creo que en cierta medida ocurre esto con el Bolsa Familia, lo que significa también que su dirección futura no está aún establecida. Pienso que tiene un componente clientelista, distante sin embargo del tipo "denso" que implica el cambio directo de beneficios por votos, así como de las relaciones

"cliente-patrón" que hasta recientemente tenían peso predominante en América Latina, con tipos bastante particularistas de vínculo de confianza —además, el clientelismo cambió mucho en el mundo entero (Eisenstadt & Roniger, 1984; Roniger, 2004)—. Creo que se halla distante inclusive de la versión "fina" del clientelismo, en la cual esas relaciones son muy más débiles y el "cliente" es virtualmente autónomo de modo absoluto para tomar decisiones electorales. Lo denominé "clientelismo burocrático". No estamos hablando, de ningún modo, de un derecho, aunque muchos estén inclinados a orientar el programa en esa dirección y posiblemente ello suceda en el futuro. Sin embargo, esto no se puede afirmar actualmente, pues se trata de un beneficio concedido de encima hacia bajo, como política social condicionada (a saber, miseria y comportamiento regulado), sin armazón constitucional (aun cuando está incluida en la legislación ordinaria del Congreso Nacional), involucrando algún tipo de dependencia y alianza política débil (Domingues, [2008] 2009: 57-58).[4] Se debe agregar que, dadas las circunstancias, el programa tiene enormes méritos. Obviamente no es irracional que las "masas" lo respalden electoralmente, pues de hecho contribuyó a reducir la miseria. Ha funcionado además como una manera de desarrollar ciertos aspectos del mercado interno. Pero lo que quiero explorar aquí es antes el carácter focalizado y particularista del programa (para decirlo correctamente, al menos en su versión actual), que implica un tipo específico de "subjetividad colectiva", o sea, una serialidad agudamente cerrada —la *vasta serialidad cerrada y pasiva de los muy pobres*—. La misma es establecida estadística y econométricamente, aunque los comités locales tengan un importante papel a cumplir en la base. Además, desde el punto de vista de los beneficiarios, el subsidio es recibido desde la cúspide, de encima hacia abajo, aun cuando las raíces del programa se encuentren en una movilización social amplia (si bien no precisamente por parte de los sectores más pobres de la población) y en la constante tematización de la pobreza en debates públicos que tuvieron lugar desde, al menos,

4 El 8 de enero de 2004 la Ley de Renta Básica de Ciudadanía, que fue durante largo tiempo la bandera del Senador Eduardo Suplicy, fue aprobada, pero no se han disponibilizado recursos para su implementación, aunque el senador y el gobierno, incluso el propio presidente, lo hayan vinculado al Bolsa Familia, creado el 9 de enero del mismo año por la Ley 10.836, como medio de dar forma legal al aspecto específico, más limitado, del programa conocido como Hambre Cero (*Fome Zero*). Beneficiarios focalizados (por nivel de ingreso) y condicionalidades son claramente definidas por ley (reformada el 10 de junio de 2008, por la norma 11.692). A su vez, el volumen de recursos disponibles y el número de beneficiarios son definidos, de acuerdo a la ley, por el gobierno teniendo en cuenta los recursos disponibles en el presupuesto. Desde entonces no ha habido ninguna modificación que pretendiera transformar el Bolsa Familia en un esquema de renta básica.

inicio de los años 1990. Antes de seguir adelante, me gustaría desarrollar una corta digresión teórica.

La ciudadanía nació en occidente, por medio de los derechos civiles, originalmente como un medio de asegurar la vida de los individuos y garantizando sus títulos de propiedad, base del capitalismo y de las clases sociales modernas. Los derechos políticos eran vistos como una manera de controlar al Estado, una nueva entidad formada por el contrato general de los ciudadanos, que de este modo le transferían su soberanía. Una *libertad igualitaria* universalista subyace en esa definición, especialmente en lo que concierne al desplazamiento personal dentro de un territorio nacional y a la posibilidad de establecer contratos, aunque los pobres —de modo general simplemente las clases trabajadoras— se hayan encontrado en una posición mucho más problemática desde el comienzo en lo que se refiere al conjunto de derechos políticos. La burguesía no ganó estos derechos sin lucha (y a veces peligrosas alianzas con el proletariado, pero con compromisos evidentes con las clases dominantes agrarias, que fueron también parte del proceso). Los derechos sociales fueron introducidos para corregir la exclusión de las clases trabajadoras de los beneficios de la modernidad, de la economía de mercado, y su inclusión en la vida social de modo que aquella libertad pudiera ser realmente disfrutada. Si en algunos momentos hubo movimientos preventivos del Estado en relación a las clases trabajadoras en ese sentido y algunas preocupaciones biopolíticas en la base de la creación de los Estados del Bienestar Social europeos, esos derechos fueron duramente conquistados, en ocasiones por medio de cruentas luchas, en un largo proceso histórico. El contraste entre la situación actual, aún en Europa, con aquella de los años 1960-1970 debería actuar a modo de alerta. En principio los derechos sociales tendían a ser vistos también como universales, aun cuando la cuestión del particularismo surgió desde el comienzo y los sistemas "corporativistas" crearon aún otros problemas. Los derechos implicaban lo que llamé "abstracciones reales", en la medida en que los ciudadanos individuales, en su universalidad y falta de calidades específicas, tenían acceso a estos; además de la propia estructura de la vida social volverse en gran medida determinada por su establecimiento. Así, implicaron también el elemento "instituyente" de la ciudadanía, aunque, al ser conquistados, esos derechos se hayan convertido en lo que puede ser denominado ciudadanía "instituida", junto con la entrega de la soberanía al Estado, que ahora se depara con ciudadanos pasivos. Esta situación se agrava por el hecho de que los derechos sociales son en gran medida implementados por un cuerpo burocrático (Domingues, 2002a)

Todo aquello es cierto, pero la complejidad del proceso desapareció de la descripción de Chatterjee y está ausente de su crítica excesivamente rápida a Marshall. Por otro lado, en América Latina la ciudadanía civil ha sido contemplada de manera demasiado benigna, como si la dominación y la desigualdad, por intermedio de la propiedad y de las relaciones de trabajo capitalistas, no hubieran sido introducidas precisamente por ella desde las Constituciones del siglo XIX; y la ciudadanía política, con la cesión formal (y además, con seguridad, ideológica) de la soberanía, no legitimara la existencia del sistema de dominación estatal que incluso autores como Habermas no pueden dejar de reconocer (para no hablar de Marx y Weber, Poulantzas, Foucault y Mann) (Domingues, [2008] 2009). En Brasil, la Constitución de 1988 abrazó precisamente esa concepción universalista de los derechos, en todas sus dimensiones. Si no se concretaron, es posible afirmar, como hacen algunos, que el texto trazó un "programa" para la sociedad brasileña (Oliven, Ridenti & Brandão, 2008). De este modo, fue sobre todo una serialidad abierta que se incluyó en las bases de la Constitución de 1988 (no obstante, protecciones específicas para unos pocos grupos particulares). Es exactamente con ese núcleo de universalismo nacional que el Bolsa Familia y su serialidad cerrada, con su biopolítica y leves propósitos disciplinarios (mediante condicionalidades) rompe efectivamente, a pesar de aseveraciones de que en el futuro el programa podría derivar en una renta básica ciudadana –a una serialidad abierta–. El hecho de que las condicionalidades no parecen ser severamente controladas no cambia el corazón del programa.

Aquí se debe considerar una cuestión adicional. Pues Chatterjee habla de la "política de los gobernados" sin implicar pasividad, con un alto nivel de actividad para sus realizadores. En efecto, encontramos eso también en Brasil, por ejemplo y tal vez especialmente (en verdad de modo similar en parte a lo que él mismo describe para la India), en lo que concierne a los graves problemas de los asentamientos ilegales de las ciudades: sus favelas. Ellas se han vuelto áreas de preocupación del Estado, de poder disciplinar y biopolítico (con sus peritos y ahora también, a menudo, por medio de Organizaciones No Gubernamentales —ONG—). Hay en ese sentido limitaciones en lo que atañe a políticas concretas (probablemente ocurre del mismo modo en la India), dado que los lazos informales son fuertes y escapan de la visión del Estado. A veces la atención es dirigida sin la actuación colectiva inmediata por parte de sus habitantes, pero hay una larga historia de movilización pacífica y de creación de asociaciones representativas, así como de revueltas, además de guerra de hecho entre traficantes de drogas y entre ellos y la policía, por ejemplo, en las favelas de Río de Janeiro (Valadares, 2005). La serialidad cerrada implicaba actividad

en ese sentido. Este no es, sin embargo, el caso del programa Bolsa Familia, en el cual la serialidad cerrada significa pasividad —excepto tal vez al momento de votar— sin el universalismo y los derechos del concepto de la ciudadanía "instituida".

Es verdad que las serialidades cerradas son en cierta medida inevitables y han permanecido así, por lo menos, desde que la ciudadanía social entró en escena, dado que ella difícilmente permite un universalismo consistente y completo, además de los problemas que nos fuerza a encarar la colonización de la vida social por los cuerpos burocráticos que han sido centrales para el Estado del Bienestar (Habermas, 1981). Es cierto además que la heterogeneidad de la vida social y la pluralidad de identidades de las subjetividades colectivas han crecido sustancialmente en la actual fase de la modernidad, la tercera, que incluye un espacio-tiempo igualmente más heterogéneo,[5] más allá de las posibilidades que el mercado y el Estado disfrutaron en algún momento de homogeneizar el tejido social —fenómeno que pertenece tanto al centro como a las periferias y semi-periferias de la modernidad global (Domingues, 2002a; [2008] 2009)—. Pero debemos preguntarnos: ¿esto significa que tenemos que replicarla en los acuerdos de la política social? ¿O podemos perseguir algún tipo de perspectiva universalista también en ese sentido, mientras nos esforzamos en brindar nuevo sentido a la ciudadanía civil y revigorar la ciudadanía política? A pesar de las limitaciones, es dentro del imaginario de la modernidad, con sus demandas universalizantes de libertad igualitaria, solidaridad y responsabilidad, contra la dominación, la desigualdad y la fragmentación, a lo que se agrega una concepción de responsabilidad que va más allá del egoísmo neoliberal, que América Latina viene avanzando los últimos años. La ciudadanía está en gran medida instituida. La actividad de los ciudadanos se vuelve, sin embargo, necesaria para ampliarla, así como para evitar que decaiga en la soberanía sin estorbos de los grupos dominantes del Estado y de la burocracia. ¿Se debería escoger un camino particularista?

En la modernidad global cada región tiene sus propias raíces civilizatorias y es bastante evidente que las de la India difieren

5 Chatterjee (2006: 8) está parcialmente en lo cierto en este punto, aunque antes que del capital y del mero espacio social, debiéramos referirnos al espacio homogéneo, vacío, abstracto y paramétrico (kantiano-newtoniano) de la ciudadanía y de sus "abstracciones reales" en contraste con el (post-eisteiniano) espacio-tiempo desigual, concreto, heterogéneo, pleno de relaciones sociales y afectos, que es característico de los reanclajes concretos de la modernidad (que pueden asumir forma serial cerrada) (Domingues, 2002a). Es cierto, sin embargo, que la dinámica expansiva del capital ha sido crucial y particularmente importante en la propagación de las "abstracciones reales" por el mundo, sin contar occidente (y América Latina también).

enormemente de las de América Latina. Esas cuestiones ventilan, sin embargo, más que temas regionales. Aunque el Estado se vuelve más duro y violento en la India, podemos singularizar la actitud de acomodación del centro y una pluralidad de demandas de otros sectores de la sociedad como típica de aquel país del sur de Asia (Nandy, 2002; Eisenstadt, 2003), engendrando particularismo (sea por medio de la serialidad de las castas reestructuradas o de cuestiones más circunscriptas), aunque el universalismo de la constitución de la India de 1949 sea bastante obvio (no obstante provea defensas particularistas para los sectores destituidos de la población, en especial de las castas inferiores). Tal vez ello pueda ser contrastado con el imaginario moderno latino-americano, más universalista, aunque de manera más general la región no haya sido escenario de divisiones ideológicas agudas (en contraposición a feroces batallas sociales y políticas) y haya tenido como ideología de Estado, en varios períodos, la integración de todos en la nación. El tema de la heterogeneidad es, sin embargo, inevitable en ambos subcontinentes, tanto como las demandas de universalismo y soberanía popular, más allá de las reacciones a aquellos que gobiernan o de la simple afirmación de demandas que, en la India, por medio de demostraciones violentas, pero sin consecuencia, han asumido frecuentemente una forma ritual, en lugar de cuño sustantivo (Chakrabarty, 2007). Además, aquellos que están incluidos en la ciudadanía formal en lo que se refiere a los derechos políticos, demandando derechos civiles y en ocasiones sociales, son los mismos que (pasando diariamente de una dimensión a otra) comparten lazos informales y pueden volverse, de algún modo, más pasiva o activamente, los blancos de políticas focalizadas.

CONCLUSIÓN: RETORNANDO A LA TEORÍA, RETORNANDO A LA DEMOCRACIA

Chatterjee busca que su contribución, de modo foucaultiano, deje fuera discusiones sobre dominantes (*rulers*) y dominados (*ruled*), focalizando, en vez de ello, sobre quienes gobiernan y son gobernados. No quiero entrar en disputas semánticas. Basta decir que no consigo ver mucha diferencia en la formulación, toda vez que aquellos que gobiernan lo hacen porque dominan, y aquellos que son gobernados lo son porque, por su parte, son dominados. Por otro lado, la dominación es posible en una sociedad compleja solo en la medida en que quienes están por encima pueden gobernar, amoldando la subjetividad y los modos de vida de los que están por bajo, por medio del poder "infraestructural", o sea, de modo más sofisticado y sutil que el uso del puro poder "despótico". Es cierto que la "productividad" del poder, más allá de sus aspectos represivos (aunque obviamente sin desconsiderarlos)

debe ser central para un análisis de las jerarquías y de la dominación en la vida social moderna. En ese sentido, como Foucault demandaba, carecemos de una política que vaya más allá del Estado y del momento de la soberanía, dado que el poder se esparce por el tejido social. Pero carecemos también de una política que vaya más allá del poder del Estado en el sentido ascendente, globalmente, considerando que las sociedades no son auto-contenidas, como argumentaré inmediatamente en términos más concretos.

Pero al tiempo que el poder de las corporaciones y del capitalismo de manera general (o de blancos y hombres) permanece formidable en el plano societal y la emancipación no puede ser completa si no son radicalmente enfrentados, el Estado es un *locus* de poder —y de lucha— que continúa siendo extremadamente importante en la modernidad contemporánea. Es todavía en gran medida el centro de la vida política, al contrario de la posición casi luhmanniana de Habermas, en la cual la esfera pública y la sociedad lo desplazarían de algún modo, disminuyendo su relevancia. No encuentro evidencia empírica que respalde esto. En realidad, aunque la democratización se haya realizado con significado profundo en América Latina, y el fortalecimiento y pluralización de la esfera pública esté cumpliendo un papel clave, es en otra dirección que viene ocurriendo el descentramiento del Estado nacional. Organizaciones internacionales —como el FMI y el Banco Mundial, así como poderosos gobiernos de los países centrales y las "agencias de evaluación de riesgo"— han forzado políticas que sistemáticamente pasan de largo las discusiones realizadas democráticamente, como se puede atestiguar, por ejemplo, en los casos de América Latina (Domingues, [2008] 2009) y de África (Fergusson, 2006). Si en el primer caso esto fue, en cierta medida, revertido recientemente, en el continente africano el descentramiento del Estado es aún más radical y ha sucedido sin una revolución democrática molecular que la acompañe, haciendo de este modo de la democracia casi una cáscara vacía.

¿Es posible y deseable reafirmar la necesidad de un Estado nacional más fuerte en ese sentido? Creo que sí, pero ese no es exactamente el punto que quiero destacar aquí. En realidad, quiero dividir esa cuestión y condicionarla a una concepción más profunda del significado de la democracia, que pueda, como afirmamos en la introducción, apuntarla como un baluarte contra la dominación. Necesitamos el imperio de la ley, necesitamos la ciudadanía instituida; necesitamos serialidades de carácter abierto y cerrado (no es preciso decir, en especial las primeras) que estén consagradas en el derecho constitucional o infraconstitucional, así como en arreglos burocráticos, siendo deseable que vaya más allá de cualquier forma de clientelismo, denso,

fino o burocrático. En otras palabras, necesitamos del Estado y sus aparatos, teniendo en cuenta que no sabemos cómo librarnos de él más de lo que sabemos cómo librarnos del capitalismo (aunque más recientemente, aparentemente, hayamos confiado en nuestra capacidad de dar cuenta del racismo y del patriarcado). Pero si podemos pensar en el Estado, representando, en cierta medida, por medio del derecho, de los operarios públicos y de los políticos, la voluntad del pueblo, ahora preso de la pasividad, como ciudadanía instituida, debemos estar conscientes del hecho de que, una vez que la soberanía les es cedida, la semilla de la dominación es ineludiblemente sembrada. Habermas está atento a ello y reconoce un sistema político poderoso, autónomo y auto-referenciado, pero parece creer que la mera agregación de la "democracia deliberativa" como otra dimensión de la política resuelve el problema. Pero no lo hace. Foucault y Chatterjee están en lo cierto en ese sentido. Sin embargo, no podemos elegir solo la resistencia o los aspectos extra-institucionales de la política para tener más democracia, como el último de estos autores sugiere. La política de la soberanía aún tiene un papel a cumplir contra la dominación. Es obvio que la India no es América Latina y que sería exagerado y abusivo juzgar aquí la política de aquel país —si bien no podemos tratar livianamente ni su tradición constitucional ni la fuerza que ha demostrado continuamente—. El hecho es que el paulatino desarrollo democrático de América Latina ha incluido ambas dimensiones de la política que Chatterjee describe como aquellas de las sociedades civil y política. Con todo, como la cuestión del particularismo versus el universalismo no es simple de solucionar, se expresa significativamente, por un lado, por la emergencia (y, esperemos, caída) del chauvinismo del Hindutva en la India y, por otro, por las demandas étnicas democratizantes en toda América Latina. ¿Puede el nacionalismo, de manera más abarcativa, y abstracta, reconciliar y superar esas dos posibilidades de desarrollo? Esto es improbable y de algún modo deben ser alcanzados compromisos, como la India ha procurado desde su independencia, mientras que, en América Latina, no obstante el corporativismo, solo más recientemente esa cuestión haya sido introducida de manera frontal.

El Estado necesita ser, por lo tanto, re-colonizado por la sociedad, de modo de volverse más representativo de la voluntad popular, de coaliciones populares que puedan cambiar frente a la modernidad contemporánea para ir más allá del neoliberalismo, de la fragmentación, de la administración de la pobreza, como así también de las situaciones radicales de la política étnica y religiosa. Este es el momento de la democracia instituyente —en ese sentido, también participativa— sea que la entendamos como auto-limitante en lo que se

refiere a la garantía de cualquier persona de debatir y discordar libremente o, de manera más general, como el sostén del imperio de la ley —el momento de la democracia constitucional, con sus elementos de ciudadanía instituida—. Obviamente, la etnicidad radical milita precisamente contra esa auto-limitación y contra la libertad igualitaria que la democracia en parte presupone y debería producir, más allá de cuales sean los mecanismos institucionales y los resultados sustantivos que debe movilizar para ello. En todo caso, la desobediencia civil debería ser vista como un modo legítimo de la política, inclusive en democracias constitucionales bien establecidas y no debería haber razón para que los movimientos sociales sustenten cualquier "fetichismo legal", combinando en ocasiones giros legales e ilegales (en principio pacíficos si vivimos en una democracia) para alcanzar sus metas (Santos, 2007: 97-98). Pero es menester tener en cuenta también que no debería existir motivos para que los movimientos sociales limiten el alcance de sus opciones a la "sociedad civil" en la tradición habermasiana, como si la política propiamente dicha fuera espacio privilegiado de una "élite" específica o como si al involucrarse en ella estos pudieran contaminarse. América Latina tiene, en verdad, una tradición de ir más allá de esta concepción, sea en el sistema corporativista de los años 1930-1960 o, en la actualidad, en las relaciones en red entre los movimientos sociales, los partidos y los Estados que señalé anteriormente. Es evidente que el riesgo de cooptación está siempre latente, pero parece que los movimientos deben encararlo de modo de insertarse en el sistema político e impulsar cambios que respondan a sus programas (Domingues, 2007).

Esto nos lleva a una cuestión final: la representación. No quiero aquí retomar un debate ya largo y algo tedioso, que viene desarrollándose hace algunos años y se relaciona, de modo general, con la obvia crisis de representación, en particular con la falta de credibilidad de los partidos políticos. Mientras que América Latina ha mostrado que estos pueden ser productivos en la vida democrática en muchos casos si expresan la renovación de la vida social, esta forma bien puede revelar fallas que la tornan problemática para la expresión de una gama compleja de cuestiones y subjetividades colectivas en la modernidad contemporánea. Además, los partidos –así como los movimientos sociales– sufren de los mismos males que los sistemas políticos; expresamente, la cristalización de colectividades dominantes (o gobernantes) que acaban estableciendo sistemas de dominación. Estos son, sin embargo, los canales de representación que tenemos en la sociedad contemporánea y el corte del nexo entre representación y autorización (para representar) parece altamente problemático y peligroso a esta altura, sea en relación a las organizaciones de la "sociedad civil" (como ONG, en realidad cuerpos burocráticos privados) y causas

públicas (Avritzer, 2007), o a los aparatos estatales y la denominada "representación funcional", como en el caso del Ministerio Público brasileño (Vianna *et al.*, 1999). La *mediación*, particularmente con relación a derechos y cuestiones "difusas", sigue siendo el mejor camino para observar la contribución de estos agentes a los procesos democráticos.

De cualquier modo, la ciudadanía instituida permanece como una cuestión clave para la vida democrática, con la actividad de las subjetividades colectivas, su concreción y sus giros modernizadores, de inspiración más universalista o más particularista, en oposición a la dominación, a la reificación y a la pasividad. La democracia florece o decae dependiendo de la dinámica de la ciudadanía instituyente. En este proceso, aunque por sí mismas no sean suficientes ni puedan dar cuenta de los grupos políticos dominantes y auto-referentes (las llamadas "élites"), la extensión de las instituciones "poliárquicas" asume evidentemente un papel importante, permitiendo la discusión racional libre (luego, la constitución y ampliación de las esferas públicas), así como la participación y la ampliación del derecho al sufragio. Giros modernizadores defensivos en el sentido de mantener ciertos aspectos de la democracia ante poderosas subjetividades colectivas estatales dependen en gran medida de la ciudadanía instituida e instituyente, así como lo hacen los giros que proyectan ir más allá del estado actual de la democracia en cualquier parte del mundo, por lo que podrían constituir en etapas posteriores serialidades abiertas o serialidades cerradas. Creo que este es el camino por medio del cual la democracia liberal puede corresponder, desafiada y transformada, a sus promesas originales y la libertad, en lo que respecta a los sistemas políticos, tener todavía chances contra la dominación. Esta es la forma por la cual la teoría crítica puede permanecer crítica, realista y comprometida con la democracia. Esto es válido tanto para los países centrales como para la periferia y la semi-periferia, dado que son cuestiones que, con peculiaridades y características específicas, conciernen a la situación de la democracia en las sociedades profundamente complejas de la tercera fase de la modernidad.

Pero aquí debemos reflexionar con sobriedad. Porque a la democracia y a la ciudadanía se les ha pedido, con frecuencia, más de lo que pueden producir. Podemos y debemos desafiar a la democracia liberal y avanzar más allá de sus límites. Sin embargo, hay otros sistemas de dominación con los cuales tenemos que lidiar, tales como el capitalismo, el patriarcado, la dominación étnica y racial (en este caso en los planes económico y social también). Incluso el avance de la democracia depende de la especie de ciudadano que le presta soporte. Esta deriva de una amplia gama de relaciones sociales, a las cuáles

no se les debe permitir que queden en las sombras. Ellas no han sido capaces de quebrar el desarrollo de la democracia en América Latina en tiempos recientes, ni tampoco en la India, como muchos temieron quizá con razón, aun cuando occidente brinda un extenso registro histórico que demuestra los límites de la democracia, y de "la sociedad civil", cuando el poder está distribuido tan desigualmente. En todo caso, esas desigualdades son, ciertamente, para no ahondar demasiado, elementos que no contribuyen para el desarrollo de la democracia y que, claramente, le imponen barreras. Una tensión crucial e ineludible de la modernidad radica aquí.

BIBLIOGRAFÍA

Adeal Mirza, C. 2006 *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Anderson, B. 1998 *The Spectre of ComParísons: Nationalism, Southeast Asia, and the World* (Londres: Verso).

Auyero, J. 2001 *La política de los pobres: las prácticas clientelares del peronismo* (Buenos Aires: Manantial).

Avritzer, L. 2002 *Democracy and the Public Space in Latin America* (Princeton: Princeton University Press).

Avritzer, L. 2007 "Sociedade civil, instituições participativas e representação: da autorização à legitimidade da ação" en *Dados* (Brasil) Vol. 50.

Avritzer, L.; Costa, S. (2004) 2005 "Teoria crítica, democracia e esfera pública" en José Maurício Domingues y María Maneiro (comps.), *América Latina hoje. Conceitos e interpretações* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Barrientos, A. 2004 "Latin America: towards a liberal-informal welfare regime" en Gough, I.; Wood, G. (comps.) *Insecurity and Welfare Regimes in Asia, Africa and Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press).

Barros, R.; Mirela de Carvalho, S. F.; Mendonça, R. 2006 "Uma análise das principais causas da queda recente da desigualdade de renda no Brasil" en *Econômica* (Brasil) Vol. 8.

Castoriadis, C. 1975 *L'Institución imaginaire de la société* (París: Seuil).

Castoriadis, C. 1999 "Quelle democratie?" en *Figures du pensable* (París: Seuil) Nº VI.

Chakarbarty, D. 2007 "'In the name of politics': democracy and the power of the multitude in India" en Chakrabarty, D.; Majumdar, R.; Sartori, A. (comps.) *From the Colonial to the Postcolonial. India and Pakistan in Transition* (Oxford: Oxford University Press).

Chatterjee, P. 1986 *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse* (Minneapolis: University of Minneapolis Press).

Chatterjee, P. 1993 *The Nation and its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories* (Princeton: Princeton University Press).

Chatterjee, P. (1994) 1998 "Secularism and toleration" en *A Possible India. Essays in Political Criticism* (Nueva Delhi: Oxford University Press).

Chatterjee, P. 2004 *The Politics of the Governed. Reflections on Popular Politics in Most of the World* (Nueva York: Columbia University Press).

Chatterjee, P. 2008 "Gramsci nel ventunesimo secolo" en *Studi culturali* (Italia) Nº 2. En <http://www.griseldonline.it/eventi/chatterjee_relazione.pdf>.

Cohen, J.; Arato, A. 1992 *Civil Society and Political Theory* (Cambridge: The MIT Press).

Costa, S. 2002 *As cores de Ercília. Esfera pública, democracia e constelações pós-nacionais* (Belo Horizonte: UFMG).

Dahl, R. 1971 *Poliarchy: Participation and Opposition* (New Haven: Yale University Press).

Dávalos, P. (org.) 2005 *Pueblos indígenas, Estado y democracia* (Buenos Aires: CLACSO).

Domingues, J. M. 2002a *Interpretando a modernidade. Imaginário e instituições* (Río de Janeiro: FGV).

Domingues, J. M. (2002b) 2003 "O fim da modernização conservadora e a nova história do Brasil" en *Estudos de sociologia* (Belo Horizonte: UFMG).

Domingues, J. M. (2007) *Aproximações à América Latina. Desafios contemporâneos* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Domingues, J. M. (2008) 2009 *La modernidad contemporánea en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI; CLACSO).

Domingues, J. M. (2009) 2011 "Desenvolvimento e dependência, desenvolvimentismo e alternativas" en *Teoria crítica e (semi) periferia* (Belo Horizonte: UFMG).

Domingues, J. M.; Maneiro, M. (2004) 2007 "Revisitando a Germani: la interpretación de la modernidad y la teoría de la acción" en *Desarrollo económico* (Argentina: IDES) Vol. 44.

Domingues, J. M.; Guimarães, A.; Mota, A.; Pereira da Silva, F. (orgs.) (2009) *A Bolívia no espelho do futuro* (Belo Horizonte: UFMG).

Eisenstadt, S. N. 1999 *Paradoxes of Democracy. Fragility, Continuity, and Change* (Washington; Baltimore; Londres: The Woodrow Wilson Center Press; The John Hopkins University Press).

Eisenstadt, S. N. 2003 "The puzzle of Indian democracy" en *Civilization and Multiple Modernities* (Leiden: Brill).

Eisenstadt, S. N.; Roniger, L. 1984 *Patrons, Clients and Friends. Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society* (Cambridge: Cambridge University Press).

Ferguson, J. 2006 *Global Shadows. Africa and the Neoliberal World Order* (Durham; Londres: Duke University Press).

Fernandes, F. 1975 *A revolução burguesa no Brasil* (Río de Janeiro: Zahar).

Foucault, M. (1976) 1997 *Il Fault défendre la société* (París: Seuil).

Foucault, M. (1978) 1979 "A governamentalidade" en *A microfísica do poder* (Río de Janeiro: Graal).

Fox, J. 1997 "The difficult transition from clientelism to citizenship: lessons from Mexico" en Chalmers, D. A. *et al*. (comps.) *The New Politics of Inequality in Latin America. Rethinking Participation and Representation* (Oxford: Oxford University Press).

García Linera, Á. 2004 "Democracia liberal versus democracia comunitaria" en *El Juguete Rabioso* Año 3, Nº 96.

Habermas, J. 1981 *Theorie des kommunikativen Handelns* (Frankfurt am Main: Suhrkamp).

Habermas, J. 1990 *Die nachholende Revolution* (Frankfurt am Main: Suhrkamp).

Habermas, J. 1992 *Faktizität und Geltung* (Frankfurt am Main: Suhrkamp).

Hagopian, F. 2005 "Conclusion. Government performance, political representation, and public perceptions of contemporary democracy" en Hagopian, F.; Mainwaring, S. P. (comps.) *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks* (Cambridge: Cambridge University Press).

Hilgers, T. 2008 "Causes and consequences of political clientelism: Mexico's PRD in comparative perspective" en *Latin American Politics and Society* (Wiley) Vol. 50.

Hunter, W.; Power, T. J. 2007 "Rewarding Lula: the Brazilian elections of 2006" en *Latin American Politics and Society* (Wiley) Vol. 49.

Jayal, N. G. (comp.) (2001) 2007 *Democracy in India* (Nueva Delhi: Oxford University Press).

Kerstenetzky, C. L. 2009 "Redistribuição e desenvolvimento? A economia política do programa Bolsa Família" en *Dados* (Brasil) Vol. 52.

Lautier, B. 2004 "Les politiques sociales au Mexique et au Brèsil: l'assurance, l'assistance, l'absence" en Lautier, B.; Marques Pereira, J. (comps.), *Brèsil, Mexique: deux trajectories dans la mondialisation* (París: Karthala).

Lautier, B. 2006-2007 "Les politiques sociales au Brasil durant le gouvernement de Lula: aumône d'État ou droits sociaux" en *Problèmes d'Amérique latine* (Francia) Nº 63.

Mainwaring, S.; Hagopian, F. 2005 "Introduction. The third wave of democratization in Latin America" en Hagopian, F.; Mainwaring, S. P. (comps.), *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks* (Cambridge: Cambridge University Press).

Mainwaring, S.; Pérez-Liñan, A. 2005 "Latin America democratization since 1978. Democratic transitions, breakdowns, and erosions" en Hagopian, F.; Mainwaring S. P. (comps.) *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks* (Cambridge: Cambridge University Press).

Maneiro, M. 2007 *Encuentros y desencuentros. Estado y movimientos de trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires (1996–2005)* (Río de Janeiro: IUPERJ).

Mann, M. (2004) 2006 "A crise do Estado-nação latino-americano" en Domingues, J. M.; Maneiro, M. (comps.) *América Latina hoje. Conceitos e interpretações* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Martínez, T. E. 2003 *Requien por un país perdido* (Buenos Aires: Aguilar).

Méndez, J.; O'Donnell, G.; Pinheiro, P. S. (comps.) (1997) 2003 *La (in)efectividad da ley y la exclusión en América Latina* (Buenos Aires: Paidós).

Nandy, A. 2002 *Time Warps. Silent and Evasive Pasts in Indian Politics and Religion* (New Brunswick: Rutgers University Press).

O'Donnell, G. 1994 "Delegative democracy" en *Journal of Democracy* (Johns Hopkins University Press) Vol. 5.

O'Donnell, G. 1996 "Illusions about consolidation" en *Journal of Democracy* (Johns Hopkins University Press) Vol. 7.

O'Donnell, G. *et al*. 2004 *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas* (PNUD).

Oliven, R. G.; Ridenti, M.; Brandão, G. M. (orgs.) 2008 *A Constituição de 1988 na vida brasileira* (São Paulo: Hucitec).

Ong, A. 1999 *Flexible Citizenship. The Cultural Logics of Transnationality* (Durham; Londres: Duke University Press).

Ong, A. 2006 *Neoliberalism as Exception. Mutations in Citizenship and Sovereignty* (Durham; Londres: Duke University Press).

Roniger, L. 2004 "Political clientelism, democracy and market economy" en *Comparative Politics* (CUNY) Vol. 36.

Roniger, L. 2005 "Global times once again: representative democracy and countervailing trends in Iberoamerica" en *Iberoamericana* (Madrid: Iberoamericana) Vol. 17.

Rose, N. 1999 *Powers of Freedom. Reframing Political Thought* (Cambridge: Cambridge University Press).

Santos, B. de S. 2007 *Renovar a teoria crítica e reinventar a emancipação social* (São Paulo: Boitempo).

Souza, J. 2003 *A construção social da subcidadania. Para uma sociologia política da modernidade periférica* (Belo Horizonte: UFMG).

Svampa, M. 2008 *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político* (Buenos Aires; México: CLACSO; Siglo XXI).

Valadares, L. do P. 2005 *A invenção da favela. Do mito de origem à favela.com* (Río de Janeiro: FGV).

Vianna, L. W. 1997 *A revolução passiva. Iberismo e americanismo no Brasil* (Río de Janeiro: Revan).

Vianna, L. W. *et al.* 1999 *A judicialização da política e das relações sociais* (Belo Horizonte: UMG).

Weber, M. (1921-1922) 1980 *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tübingen: J. C. B. Mohr).

Weyland, K. 2005 "The growing sustainability of Brazil's low quality democracy" en Hagopian, F.; Mainwaring, S. P. (comps.) *The Third Wave of Democratization in Latin America. Advances and Setbacks* (Cambridge: Cambridge University Press).

Configuraciones y transiciones entre lo rural y lo urbano

.br

LA REVOLUCIÓN BRASILEÑA*

Caio Prado Jr.

El término "revolución" encierra una ambigüedad (bueno, en verdad muchas, pero quedémonos aquí con la principal) que dio lugar a frecuentes confusiones. En el sentido en que es comúnmente usado, revolución quiere decir el empleo de la fuerza y de la violencia para derribar un gobierno y que algún grupo, categoría social u otra fuerza sea cual sea de la oposición tome el poder. La revolución tiene aquí el sentido que más apropiadamente cabe al término "insurrección". Pero revolución tiene también el significado de transformación del régimen político-social que puede ser, y en reglas generales lo fue, históricamente desencadenada o estimulada por insurrecciones. Pero que no necesariamente lo es. El significado mismo se concentra en la transformación, y no en el proceso inmediato a través del cual se realiza. La Revolución Francesa, por ejemplo, se desencadenó y fue en seguida acompañada, sobre todo en sus primeros tiempos, por sucesivas acciones violentas. Pero no fue eso, por cierto, lo que constituyó lo que se entiende propiamente por "revolución francesa". No son, está claro, la toma de la Bastilla, las movilizaciones campesinas de julio y agosto de 1789, la marcha del pueblo sobre Versalles en octubre del mismo

---

* Extraído de *A revolução brasileira; A questão agraria no Brasil* 2014 [1966] (São Paulo: Companhia das Letras), pp. 291-355. Traducción al español: Eugenia Alzueta.

año, la caída de la monarquía y la ejecución de Luis XVI, el Terror y otros incidentes del mismo tipo los que constituyen la Revolución Francesa, o incluso que simplemente la caracterizan o le dan contenido. La revolución en su sentido real y profundo significa el proceso histórico marcado por reformas y modificaciones económicas, sociales y políticas sucesivas que, concentradas en un período histórico relativamente corto, derivan en transformaciones estructurales de la sociedad, y en especial, de las relaciones económicas y del equilibrio reciproco entre las diferentes clases y categorías sociales. El ritmo de la historia no es uniforme. En este se alternan períodos o fases de relativa estabilidad y aparente inmovilidad, con momento de activación de la vida político-social y bruscos cambios en que se alteran profunda y aceleradamente las relaciones sociales. O más precisamente, en el que las instituciones políticas, económicas y sociales se vuelven a modelar con el objetivo de ajustarse mejor y mejor atender a necesidades generalizadas que antes no encontraban debida satisfacción. Son esos momentos históricos de brusca transición de una situación económica, social y política hacia otra, y las transformaciones que entonces se verifican, laos que constituyen o que propiamente se deben entender como revolución.

Es en ese sentido que el término "revolución" se emplea en el título del presente libro. El objetivo de este es esencialmente mostrar que Brasil se encuentra en la actualidad frente o en las inminencias de uno de aquellos momentos señalados más arriba, en que se imponen de pronto reformas y transformaciones capaces de reestructurar la vida del país de manera concorde a sus necesidades más generales y profundas, y a las aspiraciones de la gran masa de población que, en el estado actual, no son debidamente atendidas. Para muchos —aunque así y todo, en el conjunto del país, una minoría insignificante, si bien logre hacerse escuchar más porque detenta en sus manos las palancas del poder y la dominación económica, social y política— todo va, en lo fundamental, muy bien, faltando apenas (y aquí se observan algunas divergencias de segundo orden) algunos retoques y perfeccionamientos de las actuales instituciones, a veces no más que simples cambios de hombres en las posiciones políticas y administrativas, para que el país encuentre una situación y un equilibrio satisfactorios. Para la gran mayoría restante, sin embargo, e incluso cuando esta no se dé perfecta cuenta de la realidad, incapaz como es de proyectar en un plano general y de conjunto sus insatisfacciones, sus deseos y sus aspiraciones personales, lo que es menester para darles condiciones satisfactorias y seguras de existencia es mucho más que esto. Y sobre todo algo más profundo y que lleve la vida del país por un nuevo rumbo.

Y los hechos profundos y adecuadamente analizados lo confirman. Brasil se encuentra en uno de esos instantes decisivos de la evolución de las sociedades humanas en que se hace patente, y sobre todo sensible y suficientemente consciente para todos, el desajuste de sus instituciones básicas. Donde las tensiones que se observan, tan vívidamente manifestadas en descontento e insatisfacciones generalizadas y profundas, en fricciones y conflictos, efectivos y de múltiples potencialidades, que dilaceran la vida brasileña y sobre ella pesan en permanencia y sin perspectivas apreciables de solución efectiva y permanente. Situación esta que es efecto y causa al mismo tiempo de la inconsistencia política, de la ineficiencia, en todos los sectores y escalones, de la administración pública; de los desequilibrios sociales, de la crisis económica y financiera que, viniendo de larga data y mal encubierta en el corto plazo —de uno o dos decenios— por un crecimiento material especulativo y caótico, empieza ahora a mostrar su verdadera cara; la de la insuficiencia y precariedad de las mismas bases estructurales en que se asienta la vida del país. Es eso lo que caracteriza a Brasil en nuestros días. Es, además de todo y como complemento, el más absoluto escepticismo y descreencia generalizada en cuanto a posibles soluciones verdaderas dentro del actual orden de cosas. Lo que lleva, sin verse o sin verse aún, en términos concretos, a cambios de ese orden, a una corrida desenfrenada para el "sálvese quien pueda", cada cual cuidando únicamente (y por eso erradamente) sus intereses inmediatos e intentando sacar el mejor provecho, en beneficio propio y para el momento en curso, de las eventuales oportunidades que por ventura se presenten al alcance de la mano.

Ese es el panorama desalentador que ofrece la realidad brasileña de nuestros días, para quien va con su análisis al fondo de las cosas y no se deja engañar con algunas apariencias vistosas que aquí o allá disfrazan lo que está por detrás y que constituye la sustancia de aquella realidad. En la base y origen de estos graves síntomas se encuentras desajustes y contradicciones profundas que amenazan y ponen en estado de *shock* el desarrollo normal del país y la propia conservación de sus valores morales y materiales. Esto es lo que está en juego, y lo que se tratará de mostrar en el presente libro, al mismo tiempo intentando aportar la complementación del análisis que vienen a ser las directrices, aunque muy generales y amplias, por las cuales se deberán, o más bien se podrán, orientas las reformas institucionales de interés que la actual coyuntura impone. Una cuestión se relaciona o debe necesariamente relacionarse con la otra. No es viable proponer reformas que constituyen efectivamente una solución a los problemas pendientes, sin la condición de que esas reformas propuestas estén presentes en los propios hechos investigados. En otras palabras, de

nada serviría, como se hace tantas veces, traer soluciones dictadas por la buena voluntad y la imaginación de reformistas, aunque inspirados por las mejores intenciones, pero que, por más perfectas que en principio y teóricamente se presenten, no encuentran en los mismo hechos presentes y actuantes las circunstancias capaces de promoverlas, impulsarlas y realizarlas. Es de Marx la tan justa observación, comprobada por todo el discurrir histórico, de que los problemas sociales nunca se proponen sin que, al mismo tiempo, se proponga su solución que no es ni puede ser forjada por ningún iluminado cerebro, pero que se presenta, y ahí es cuando debe ser desvendada y señalada, en el mismo contexto del problema que se ofrece, y en la dinámica del proceso en que esa problemática se propone. Y es así porque, contrariamente a una forma muy vulgarizada, pero no por eso menos falsa, de considerar los hechos históricos, esos hechos no se desenvuelven en dos planos, que serían, uno de ellos, aquellos hechos propiamente, y el otro, el de la problemática y de las decisiones a ser aplicadas a los mismos hechos. En otras palabras, no se pueden destacar —aunque se distingan, pero dialécticamente se relacionen, esto es, se integren en conjunto a un todo— los hechos históricos (que son acontecimientos políticos, económicos y sociales) de la consideración de esos mismo hecho, del conocimiento o de la ciencia de estos, con el objetivo de darles esta o aquella dirección deseada. Los hechos históricos, humanos como son, difieren de los hechos físicos que son exteriores al hombre. En ellos, pensamiento y acción (que constituye el hecho) se confunden, o más bien se interrelacionan en un todo en el que, aunque separados, se componen en conjunto. El Hombre es, en los hechos de los que participa, simultáneamente autor y actor, ser agente y ser pensante; y es agente en la medida en que es pensante, y es pensante como agente. No puede de esta forma —y, de hecho, no suceden así las cosas— dirigir los acontecimientos, ni siquiera considerarlos adecuadamente y analizarlos, por fuera de ellos. Y "dirección" y "análisis" ya constituyen, en sí y de por sí, propiamente *hechos* que también tienen que ser tomados en cuenta. En consecuencia, la solución de los problemas pendientes económicos, sociales y políticos, y las reformas institucionales que se imponen deben ser buscadas y encontradas en las mismas circunstancias en que tales problemas se proponen. Ellas y solo ellas contienen las soluciones viables y ejecutables. Es en el mismo proceso histórico del que participamos en la actualidad, y en el que se configura la problemática que enfrentamos, que se configuran también las respuestas a esa problemática y las directrices que deberán de adoptarse y seguir. O, por lo contrario, otra perspectiva y posición que pueden ser eventualmente adoptadas, y que adoptan efectivamente las fuerzas políticas conservadoras, y en el caso más extremo,

las reaccionarias. Es esa y solo esa la alternativa que efectivamente se propone, y fuera de la cual no existe sino el utópico e irrealizable, que frecuentemente no es sino una manera de maquillar y disfrazar la oposición a cualquier modificación, el apego al *status quo*.

Esas premisas nos proveen el método a seguir en la indagación que nos interesa, y desde luego alejan ciertas cuestiones preliminares que se proponen frecuentemente, en los días que corren, en los círculos políticos de la izquierda brasileña. Esto es, precisamente en aquellos sectores que aceptan y pretenden impulsar la revolución. Nos referimos, en particular, y sobre todo, a la indagación acerca de la "naturaleza" o "tipo" de revolución que se intenta realizar. ¿Será "socialista" o "democrático-burguesa", o cualquier otra? Una indagación como esta plantea, desde luego, mal la pregunta y de manera irresoluble en la práctica, ya que la respuesta solamente podrá inspirarse —siendo que le falta otra premisa más objetiva y concreta— en convicciones predeterminadas de orden puramente doctrinario y apriorístico. Esto porque del simple concepto de revolución de esta o aquella naturaleza nada se podrá extrae en materia de norma política y acción efectivamente practicable. La calificación dada a una revolución solamente es posible después de determinar los hechos que la constituyen, esto es, después de fijadas las reformas y transformaciones oportunas e que se verificarán en el curso de la misma revolución. Ahora, es precisamente de esas reformas y transformaciones de lo que se trata. Y una vez determinadas, sean cuales sean —lo que solo es posible con un análisis de los hechos ocurridos, pasados y presentes— será de interés secundario (por lo menos inmediato y a fines prácticos, que son los que realmente en el momento nos interesan) saber si la calificación y clasificación conveniente es esta o aquella. De este modo poco importa, al empezar el análisis y la indagación de las transformaciones que constituyen la revolución brasileña, saber si estas merecen esta o aquella designación, y si se entran dentro de esta o aquella fórmula o esquema teórico. Lo que cuenta es la determinación de tales transformaciones, y esta se buscará en los hechos ocurrentes y en la dinámica de estos mismos hechos. Es necesario preliminarmente que se compenetren con esto los teóricos y organizadores de la revolución brasileña. A saber, que también en el terreno de los hechos humanos, tanto como en el de los hechos físicos, donde ya hace mucho que no se piensa de otra forma, el conocimiento científico consiste en saber *lo que pasa*, y no *lo que es*. La concepción metafísica de las "esencias" —lo que las cosas *son*— necesita dar lugar en las ciencias humanas, de una vez por todas, como ya lo dio hace tiempo en las ciencias físicas, a la concepción científica de lo que *acontece*. Concepción esta en la que propio *ser* no es sino *acontecer*, un momento de ese acontecer. Es lo

que *acontece* lo que constituye el conocimiento científico, y no *lo que es*. Necesitamos saber qué acontecerá, o puede y tiene que acontecer en el transcurso de la revolución brasileña. Y no indagar su naturaleza, aquello que ella es, su calificación, definición o catalogación.

Es en una línea de pensamiento tal que tiene que hacerse la determinación de las reformas y transformaciones constituyentes de la revolución brasileña. Esto es, no por la deducción a priori de algún esquema teórico preestablecido, de algún concepto predeterminado sobre la revolución. Y sí por la consideración, el análisis y la interpretación de la coyuntura económica, social y política real y concreta, buscando en ella su dinámica propia, que revelará tanto las contradicciones presentes, como también las soluciones que en ella se encuentran inmanentes y que no necesitan traerse desde fuera del proceso histórico y ser aplicadas a este en una terapéutica de superciencia planea por encima de las contingencias históricas efectivamente presenciadas. El análisis y la determinación adecuados sobre aquellas contradicciones deben revelarnos desde luego —so pena de infirmar el análisis e interpretación efectuados que se revelarían en tal caso fallidos o insuficientes— deben revelar de por sí y sin mayores indagaciones, las soluciones que naturalmente implican y en consecuencia admiten y justifican.

Está claro que, para un marxista, es en el socialismo donde desembocará finalmente la revolución brasileña. Para él, el socialismo es la dirección hacia la cual marcha el capitalismo. Es la dinámica del capitalismo proyectado en su fututo. Y sea cual sea la manera particular en que el capitalismo se presente en cada país en la actualidad —manera "particular", sin duda, en cuanto a las circunstancias y elementos secundarios que no excluyen, más bien explican, la naturaleza esencialmente única del capitalismo, que es uno solo y el mismo en todas partes—, sea cual sea el grado de desarrollo, extensión y maduración de las relaciones capitalistas de producción, lo cierto es que el capitalismo se encuentra en la base y esencia de la economía contemporánea por fuera de la esfera socialista; y en ella se incluyen, si bien bajo formas y modalidades varias, todos los países y pueblos por fuera de aquella esfera. Siendo como es el socialismo la contrapartida del capitalismo en vías de desintegración a escala mundial, es donde irá a desembocar al final, más temprano que tarde, la humanidad de hoy.

Esto, sin embargo, representa una previsión histórica, sin fecha pautada ni ritmo de realización prefijado. Y podemos incluso añadir, sin un programa predeterminado. De este modo, no interfiere directamente o no debe interferir en el análisis y la interpretación de los hechos corrientes, y mucho menos en la solución a ser dada a los problemas pendientes o en la determinación de la línea política a ser

seguida ante la emergencia de situaciones inmediatas. En otras palabras, la previsión marxista del socialismo no implica necesariamente la inclusión de esta, en toda parte y todo momento, a la orden del día. Para un marxista, por ejemplo, la menor huelga o desacuerdo entre empleados y empleadores, capitalistas y trabajadores, representa un paso hacia el socialismo, por mínimo que sea, y los participantes de la disputa sean conscientes de esto o no —y en reglas generales no lo son—. Esto no significa, todavía, que las reformas socialistas, o cualquier referencia al socialismo, sean propuesta para el caso.

Es ese, además, uno de los puntos, y de capital importancia, en que más claramente se caracterizan las posiciones sectarias y directamente antimarxistas, a saber, en la visión de una revolución socialista siempre eminente e inmanente en todos los acontecimientos de la lucha social y política. Lo cual lleva a actitudes y formulaciones que no tienen otro efecto, en la práctica, que aislar a los que asumen aquellas posiciones sectarias y neutralizarlos. La previsión marxista del socialismo no excluye, muy por lo contrario, la concentración de la lucha en objetivos que inmediatamente y de forma directa no se relacionan con la revolución socialista. Y pueden incluso, aparentemente, entrar en contradicción con ella – como fue el caso, en un ejemplo paradigmático, de la repartición y entrega de la tierra, en la Revolución Rusa de 1917, a los campesinos. Son consideraciones teóricas y con un alcance que va mucho más allá de los hechos del momento y que permiten al marxista establecer aquella relación que para quienes no son marxista puede pasar completamente desapercibida. E incluso no pueden, en muchos casos, comprenderla, ni siquiera admitirla, ya que eso sería estar de acuerdo con la interpretación que el marxismo da a la evolución histórica. Es el caso, en el ejemplo recordado más arriba, de la huelga. Para el marxismo, la huelga es manifestación de la lucha inerradicable de clases que separa y hace que se enfrentes proletariado y burguesía. Es un simple episodio de esa lucha el que tendrá un desenlace final y fatal, sean cuales sean las vicisitudes momentáneas, en la victoria del proletariado en conjunto y como clase, y en la institución del socialismo.

Para quienes no son marxistas, las cosas se muestran naturalmente bajo otro aspecto, y la huelga solo constituye un incidente pasajero provocado por circunstancias ocasionales, que se resuelve simplemente atendiendo o no, parcial o integralmente, las reivindicaciones propuestas, sin mayores consecuencias en la organización básica y estructural del sistema capitalista. Pero la oposición del marxista, a pesar de sus implicaciones teóricas, no quiere decir que este vea en la huelga como su única y esencial proyección socialista, e interprete (como se acusa a los comunistas, e infelizmente se los juzga muy

sectarios, estando esto tan alejado del marxismo como sus propios adversarios) como mera movilización y ejercitación del proletariado para el acto final de insurrección y toma de poder. Recordemos aquí la vieja polémica de Marx, retomada por Lenin, contra los anarquistas para quienes las huelgas no serían más que preliminares a la "huelga general" con la que se daría el ensayo final de insurrección y el derrumbe del poder de la burguesía. El marxismo difiere mucho de esto, y quien no lo percibe, nada tienen de marxista. Cualquier huelga —y esto puede y debe generalizarse para los demás incidentes de la lucha revolucionaria, sea cual sea su fase, etapa o momento— tiene una significancia propia en sí. Lo que esencia y fundamentalmente se objetiva en cada incidente de la lucha revolucionaria es la conquista de las reivindicaciones propuestas, de las finalidades y aspiraciones a la orden del día. Y la táctica empleada se orienta por completo en este sentido, y no objetivando el socialismo y la revolución que ha de instituirlo. La huelga u otro incidente de la lucha revolucionaria no encubre finalidades secretas y excusas, no constituye una maniobra astuta que apuntaría a otros objetivos que no son los expresos y que le sirven de bandera y programa. Los comunistas que piensan y actúan de este modo no son verdaderos marxistas, sino más bien factores adversos a la revolución y la victoria del socialismo. No existen los objetivos ocultos o disfrazados, o no tienen que existir en la lucha revolucionaria. Es esa dialéctica la que independientemente de la voluntad de los individuos, llevará la lucha del proletariado al momento decisivo en que se propondrá su natural conclusión que es el socialismo, a través de acciones en favor de objetivos más restrictos e inmediatos, que son los que se proponen concretamente en la coyuntura del momento. En cuanto a las intenciones y a la acción de los comunistas en ese momento, estas se concentran o deben concentrarse en el incidente en transcurso y en los expresos objetivos que se presentan ante ellos y que es todo lo que debe momentáneamente importar en el acontecimiento.

Son esas circunstancias, además, esa posición y perspectiva de los comunistas inspirados en el verdadero marxismo, las que hacen posible la unión de sus fuerzas con las de otras corrientes políticas que pueden no aceptar el socialismo y serle incluso adversas, pero que coinciden en los objetivos que en el momento se proponen. Es que son estos objetivos, y solamente ellos, los que inspiran a los comunistas. Y si los comunistas los relacionan con la acción que implican, con otras aspiraciones —y el socialismo en última instancia— lo hacen en el plano únicamente teórico, y como mera previsión científica de quien considera la historia desde un punto de vista dialéctico en el que cada hecho encierra un *devenir* que lo proyecta en el futuro y en la fatal

transformación de la sociedad. Esta no es la interpretación de quienes no son marxistas, que pueden de este modo unirse a los comunistas que no tienen, en lo que respecta a la acción práctica inmediata —y es este un punto capital del marxismo—, otra finalidad que la propia, a saber, la consecución de la victoria en el terreno de la acción en curso y de los objetivos que en ella se proponen.

La teoría revolucionaria brasileña, que es la respuesta a ser dada a las cuestiones propuestas en la actual coyuntura del país, no se inspira de este modo en un ideal expreso en la "naturaleza" de la revolución para la cual se supondría a priori que marcha o debe marchar la evolución brasileña —revolución socialista, democrático-burguesa o cualquier otra—. Revolución esta a la que se trataría, en el mismo orden de ideas, de ir aproximando y modelando las instituciones del país, y ajustando de este modo los hechos con el fin de alcanzar un modelo preestablecido. Nada hay de más irreal e impracticable que eso. La teoría de la revolución brasileña, para que sea algo efectivamente práctico en la conducción de los hechos, será simplemente —pero no simplistamente— la interpretación de la coyuntura presente y del proceso histórico del que resulta. Proceso este que, en su proyección futura, dará una respuesta cabal a las cuestiones pendientes. En esto consiste fundamentalmente el método dialéctico. *Método de interpretación*, y no recetario de hechos, dogma, marco de la revolución histórica dentro de esquemas abstractos preestablecidos.

Es cierto, y lo repetimos nuevamente, que, como marxistas, y considerando por consiguiente la revolución brasileña dentro del contexto general del mundo contemporáneo, estamos seguros de que iremos al final a desembocar en el socialismo, esto es, en la socialización de los medios de producción, en la eliminación de la explotación del trabajo y la división de la sociedad en clases antagónicas, así como en las demás consecuencias de todo orden material y moral que de esto derivan. Pero esto a fuerza no de una previsión que sería más bien adivinación, ni tampoco de una presupuesta fatalidad histórica, de un destino que tendería necesariamente a realizarse, sino como consecuencia simplemente del desarrollo de los hechos que, a partir del momento actual (el que se trata ahora de interpretar), se irán sucediendo unos como resultado y en consecuencia de los inmediatamente anteriores. Al conocer esos hechos actuales en su interrelación y en sus contradicciones, podemos de ahí inferir las soluciones a dar a tales contradicciones. Soluciones reales, en el sentido de que promueven el progreso y el desarrollo histórico, y no su estancamiento a partir de los intentos de conciliación y armonización de los contrarios, lo que representa la salida conservadora, si no reaccionaria, de la problemática social. Y son esas soluciones reales, en el sentido anterior, las que,

aplicadas y realizadas (en esto consiste el problema político por excelencia, que también se define y propone en la misma interpretación de la coyuntura presente), se harán, cada una a su turno, en una nueva serie de hechos y una nueva situación y coyuntura a la que se aplicará el mismo método. Y si, basados en consideraciones de orden mucho más general y amplio que las proporcionadas por los simples datos ofrecidos por la realidad brasileña actual, podemos prever o explicar ese proceso en el sentido del socialismo, pero no lo hacemos, porque eso sería irrealizable y utópico, en base a la serie completa de hechos que se interponen entre el día de hoy y el de la realización final del socialismo. No nos es posible adivinar esa serie, pero tan solo el momento presente como resultado de un proceso pasado, y que se proyecta, en consecuencia, en un momento siguiente, y a continuación de este que trata de promover e incitar hacia delante en base a una acción política y norma revolucionaria, dictadas por la misma coyuntura en que hoy se proponen las cuestiones pendientes.

Este desdoblamiento por etapas de la teoría revolucionaria, y de la mano de los propios hechos que interpreta y al mismo tiempo se propone orientar, se vuelve muy claro al considerar el ejemplo histórico cercano a nosotros, tanto en el espacio como en el tiempo, así como también por los múltiples rasgos que tiene en común con nuestro caso, y que viene a ser lo ocurrido en Cuba. Allí se partió de una lucha contra una dictadura opresiva y violenta, que llegó a los límites extremos de la corrupción y de la más cínica falta de respeto a los derechos ciudadanos más elementales. Esto es lo que, fundamentalmente, inspiró y estimuló la oposición de Fidel Castro y de su partido al régimen de Batista, oposición esta que culminó con el desembarque en la playa Colorada y con la organización de insurrección de Sierra Maestra.

Alcanzado, sin embargo, este punto, la mera oposición a Batista y su régimen empieza precipitadamente a evolucionar y a transformarse en dirección a una revolución agraria y anti-imperialista. Esa rápida maduración de la Revolución Cubana prueba el acierto, desde el punto de vista revolucionaria, de la oposición asumida por Fidel Castro, fueran cuales fueran hasta ese momento las limitaciones de su movimiento, limitado hasta ese entonces, como lo estaba, a la oposición a Batista. Lo cual, sobre todo, vale para la acción revolucionaria no es lo que se proclama y en última instancia se proyecta. Y si el sentido dialéctico de esa acción, esto es, su potencialidad en proyección al futuro y su contenido, si bien latente, no expresado y hasta incluso inesperado para la mayoría de los participantes, de transformaciones políticas, económicas y sociales que este encierra y de ellos derivan como consecuencia y natural desdoblamiento.

Así era el movimiento desencadenado por Fidel y su puñado de compañeros de Sierra Maestra. Movimiento este que ya contenía el germen de la futura y próxima revolución socialista, si bien nadie, y ni siquiera el mismo Fidel Castro, contemplara en el momento. Si no es que acaso lo sospecharan, ya que todo lleva a creer que fueron más bien el profundo instinto revolucionario de Fidel y su gran agudeza política los que guiaron a él y a su movimiento. Y no la consecuencia claramente distinta de lo que estaba ocurriendo y de las consecuencias que se seguirían.

Pero, sea como sea, la insurrección de Sierra Maestra, si bien fue lanzada inicialmente con una proyección mucho menos, solo con la caída de la dictadura, luego que comienza a cobrar forma y a afirmarse, ya asume el carácter de revolución agraria. Para volverse, inmediatamente luego a la toma de poder, en anti-imperialista también. Esos dos aspectos de la revolución se encontraban completamente relacionados entre sí por la predominancia de monopolios imperialista norteamericanos en la agroindustria del azúcar en la que se basa la economía cubana. Del acierto inicial, y bajo el impulso revolucionario consecuente de los fidelistas, derivaban los aciertos siguientes y el desencadenamiento del proceso que terminaría en la revolución socialista en que Cuba se encuentra hoy. Y puede acompañarse a la par el progresivo desdoblamiento y la maduración de la teoría revolucionaria de Fidel, que partiendo del constitucionalismo (ataque al cuartel de Moncada, 1953) y del liberalismo anti-dictatorial (desembarco en la playa Colorada y organización de sublevación de Sierra Maestra), evolucionó hacia la revolución agraria y anti-imperialista, para desembocar finalmente en la revolución socialista (1959).

Este, entre otros, es el ejemplo al cual tenemos que honrar en Brasil. Se trata de definir una teoría revolucionaria que sea expresión de la coyuntura económica, social y política del momento, y de que se revelen las cuestiones pendientes y las soluciones posibles hacia las que estas cuestiones apuntan. O más bien, las alternativas de esas soluciones, entre las que se elegirán las que signifiquen un impulso y una aceleración del proceso histórico, la marcha de este hacia delante. La transformación en oposición a la conservación del status quo. Una teoría como esta es que necesita la revolución brasileña y no de especulaciones abstractas acerca de la "naturaleza de esa revolución, de su tipo y de su correspondencia con algún esquema ideal, propuesto por fuera y por encima de los hechos concretos y proveídos de forma inmediata por la realidad económica, social y política que el país está efectivamente viviendo.

Lamentablemente, esa especulación es la que caracteriza los debates y los intentos de teorización sobre la revolución brasileña. Lo

que representa, a nuestro parecer, uno de los principales factores de las desfavorables vicisitudes —¡y qué vicisitudes!— que sufrieron el proceso de transformación de nuestras instituciones y la marcha hacia delante del país. Es un enfoque falseado y desviado de la realidad brasileña, porque se pierde en abstracciones inspiradas en modelos apriorísticos, que impiden la elaboración de una teoría adecuada de la revolución brasileña capaz de orientar y encaminar los hecha de manera verdaderamente consecuente y fecunda. Las fuerzas revolucionarias vienen adquiriendo en Brasil, sobre todo a partir de la última Gran Guerra, un impulso considerable. No solamente en términos de conglomerado y de acumulación de potencialidades, sino además de consciencia colectiva del proceso en curso y en el que tan claramente se evidencia la necesidad de reformas sustanciales y profundas de nuestras estructuras políticas, económicas y sociales. La consciencia revolucionaria tiene hoy en Brasil —y eso ya viene de relativamente larga data, y gana terreno día a día— una considerable proyección. No es casualidad ni es por simple exhibicionismo que el golpe del 1º de abril de 1964 se adornó con el nombre de "revolución". Es que sus promotores sabían, como saben, la resonancia popular de esa expresión y la penetración que tiene en grandes capas de la población brasileña. Y a la par de esa consciencia revolucionaria, las contradicciones inmanentes de la vida brasileña alcanzan tal agudeza que ya no hay cómo disfrazarlas, mucho menos con algunos retoques superficiales, como se hace patente con las medidas que viene adoptando el gobierno salido del golpe de abril. Medidas estas que, a pesar de los considerables sacrificios que vienen imponiendo a importantes sectores de la población, no consiguen aplacar ninguno de los grandes males que afligen al país y que frenan su progreso material y cultural. Más bien, por lo contrario, vienen agravando muchos de ellos.

Sin embargo, a pesar de aquellas circunstancias altamente favorables a la maduración del proceso revolucionario brasileño, lo que se ve, además de la agitación superficial, a veces fastuosa, pero sin ninguna profundidad o penetración en los sentimientos y la vida de la población, por fuera de eso, lo que hay de real es la estagnación de aquel proceso revolucionario. O, todavía peor, la degeneración hacia las peores formas de oportunismo demagógico que explotan las aspiraciones populares por reformas. Ese fue el espectáculo que proporcionó al país el convulsionado gobierno depuesto el 1º de abril. Muchos, en realidad casi toda la izquierda brasileña, interpretaron aquel período desafortunado como de ascenso y avance revolucionario. Pero, de hecho, de nada sirvió más que para preparar el golpe de abril y el amontonamiento en el poder de las fuerzas más retrógradas de la reacción. Eso porque les dio a esas fuerzas la justificación que

necesitaban —la alarma provocada por el desorden administrativo, implantado al abrigo de la inepcia gubernamental, aprovechado y explorado por la agitación estéril sin ninguna penetración en el sentimiento popular, y estimulado la mayoría de las veces por intereses subalternos y mezquinas ambiciones personales—. Eso fue lo que permitió que la reacción encubriera sus verdaderos propósitos, y engañara a buena parte de la opinión pública con el pretexto de salvar al país del caos que parecía inminente. Y que llevara esa opinión, si no hasta el apoyo, por lo menos a la aceptación pasiva del golpe.

Eso fue el gobierno de João Goulart y su triste final. Y con él, y para su nefasta trayectoria, colaboraron las desorientadas izquierdas brasileñas sin otra perspectiva que servirse, o mejor, ponerse al servicio de ambiciones políticas que nada tenían ni podían tener en común con sus ideas y finalidades.

Al analizar en los próximos capítulos la "teoría" de la revolución brasileña oficializada y consagrada, en sus líneas generales, en los círculos dirigentes de nuestras izquierdas, comenzando primero y principalmente por los comunistas, así como por la estrategia y táctica resultantes de esta teoría, tendremos oportunidad de verificar de qué manera las graves distorsiones observadas en la interpretación de la realidad política, económica y social brasileña contribuyeron a los errores que venían siendo cometidos desde hacía larga data en la acción política de la izquierda, y que llevaron finalmente al desastre del 1 de abril. Esos errores se agravaron considerablemente después de la renuncia de Jânio Quadros en agosto de 1961, degenerando entonces en ese elementar y grosero oportunismo al que hicimos referencia, y que caracterizó la situación depuesta en abril de 1964. No sorprende que las izquierdas brasileñas, privadas de una teoría satisfactoria y capaz de conducirlas con seguridad a sus objetivos, se hayan dejado llevas por las seducciones de demagogos instalados en el poder. Y que marcharan con ellos hacia el desastre que cualquier observador menos apasionado e influenciado por opiniones ajenas a la realidad brasileña podría haber previsto con facilidad.

Realmente, a falta de una teoría tal, y por eso incapacitadas a conducirse en la complejidad de los hechos reales que no se ajustaban a sus esquemas teóricos sin correspondencia con la realidad, las izquierdas brasileñas no podían, como de hecho no lo lograron, movilizar efectivamente a las verdaderas fuerzas revolucionarias. En lo que respecta al proletariado, no fueron más allá de las reivindicaciones salariales inmediatas que la precipitada inflación hacía fácil no solo de alzar, sino de conducir a aparentes victorias. Esto en las ciudades, porque en el campo, donde el asunto se presentaba mucho más complejo, la cosa era peor, ya que las prédicas a una masa trabajadora rural,

disfrazada para la circunstancia de campesinado de tipo europeo de los siglos XVIII y XIX, y las imprecaciones contra el "feudalismo" no encontraban allí, ni podían encontrar, resonancia alguna.

Estos son solo algunos síntomas, entre otros, de las limitaciones encontradas por las izquierdas en su actuación práctica. Veremos mejor estos puntos, y otros semejantes, en el desarrollo del tema que constituirá el objeto de los próximos capítulos. Junto y derivado de esa desconexión entre la teoría y la práctica, las izquierdas no consiguieron despertar y movilizar de manera efectiva y revolucionariamente fecunda a las fuerzas progresistas del país. Con raras excepciones, no fueron más allá de una agitación superficial, promovida en torno a eslóganes, y que desbarataba sin mayor provecho las energías revolucionarias y las desencantaba respecto de sus aparentes líderes. Y de este modo la acción revolucionaria se redujo de hecho a pequeñas minorías y se concentró en reservadas cúpulas que, si se agitaban mucho y daban así la impresión, a veces y para quienes estaban involucrados, de que eran grandes acontecimientos, en realidad macaban el paso a la espera de una feliz casualidad que hiciera que el poder algún día les cayera en las manos, como un *fiat* del destino. Cuando se observa con atención los acontecimientos políticos brasileños de estos últimos años, se comprueba que de hecho lo que se encontraba efectivamente movilizado y actuando en la lucha revolucionaria, o más bien en aquello que se pretendía tal, eran únicamente las cúpulas reducidas izquierdizantes que llenaban todo el campo que debería pertenecer a esa lucha. Cúpula política en el Congreso Nacional y en una u otra asamblea estatal o cámara municipal, cúpula sindical en los sectores operarios, cúpula intelectual en los sectores profesionales, cúpula estudiantil, cúpula militar. Todo, pero las bases, las masas populares, asistían pasivamente, o apenas más que eso, a los acontecimientos. En la mejor de las hipótesis, en los momentos de mayor tensión, hacían como las hinchadas en los partidos de fútbol.

En estas condiciones, encerradas en sus eslóganes, que ni con su infinita y monótona repetición se abrían camino y proyectaban directrices eficaces y normas fecundas de acción —para eso no servían sus inaplicables esquemas teóricos—, y privadas así de perspectivas concretas, las izquierdas no lograron nunca conseguir, por fuera de una agitación la mayoría de las veces completamente estéril, otra salida para su aislamiento que no fuera la triste contingencia de alianzas con cualquier dispositivo partidario que aceptase su apoyo y participación a cambio de las migajas de pequeños favores políticos mucho más de naturaleza personal que cualquier otra cosa. Y se procedía realmente de esta forma al precio de concesiones y abdicaciones de orden ideológico. La máxima instancia de esto, después de muchas

otras anteriores, pero de menor envergadura, fue sin duda el apoyo y la colaboración prestados en las elecciones presidenciales de 1955 al candidato del dispositivo PSD-PTB, el señor Juscelino Kubitschek. Época, además, de esa alianza espuria, de la trayectoria política de la izquierda brasileña, y de los comunistas en particular, que iría a terminar en el desastre del 1 de abril.

Espuria —espuria más allá de cualquier duda— porque Juscelino Kubitschek se presentaba con su programa de desarrollo y metas que implicaba claramente, y puede decirse hasta expresamente, la promoción de los intereses del gran capital brasileño e internacional. Particularmente de este último, ya que en la base del llamado a los grandes trust internacionales y del estímulo a sus iniciativas en Brasil era que, fundamentalmente, se asentaba el programa de desarrollo endosado por el candidato. Lo que se comprobaría cuando el presidente electo viajaría por Europa, antes de asumir, arreglando con grandes grupos internacionales a los que ofrecería, con promesas formales de largo favorecimiento por parte de su próximo gobierno, una generosa participación en las actividades económicas brasileñas. Y luego de inaugurado el gobierno, fue lo que se vio, y en lo que no es necesario insistir aquí. Nunca se vio, ni siquiera se imaginó tamaña orgía imperialista en Brasil y semejante penetración del imperialismo en la vida económica brasileña.

Paralelamente, y relacionada a esa política de favorecimiento a los intereses imperialistas, estaba la promoción del gran capital nacional, ya sea a través de estímulos crediticios (para lo que funcionaba el Banco de Desarrollo Económico, dirigido por el más puro exponente de la economía capitalista, el señor Roberto Campos, el cual reuniendo capitales arrancados por medio de préstamos forzados al conjunto de contribuyentes brasileños, del adicional al impuesto de rentas, se servía de estos para financiar a las grandes empresas), ya sea por la inflación que reduce los salarios reales e incrementa con esto los lucros capitalistas. *Entreguismo e inflación* a escalas sin precedentes, esa fue la esencia del gobierno Kubitschek, sin contar los negociados y oportunidades de buenos negocios a costas del Estado y de la nación, como fue en particular el caso de la construcción de Brasilia. Y fue eso lo que llevó, por un lado, al total avasallamiento de la economía brasileña por el capital imperialista, y por el otro, a la redoblada explotación del trabajo por el capital (que es la consecuencia más directa e inmediata de la inflación) y a la resultante concentración y acumulación capitalistas en proporciones jamás vistas en Brasil. Nunca se enriqueció tanto Brasil como en estos "cincuenta años de desarrollo en cinco" del gobierno de Kubitschek, así como tampoco se empobreció tanto y tan rápidamente. Lo cual, disfrazado por la

euforia inflacionaria y especulativa de estos últimos años, empieza ahora a sentirse claramente.

A pesar de esto, las izquierdas brasileñas, incluso los comunistas, continuaron apoyando el gobierno de Kubitschek y a las fuerzas políticas que el presidente representaba. Y se mantuvieron en esta línea en ocasión de la sucesión de 1960, dando su participación a la candidatura del mariscal Lott quien, además de lo que se conocía de sus retrógradas opiniones políticas, ya se había destacado comandando la II Región Militar (San Pablo) nítidamente orientado hacia la reacción. Fue él el primer jefe militar en San Pablo en extender sus atribuciones y funciones por fuera de la esfera militar que le competía, con el fin de perseguir periodistas y organismos de prensa popular, ostentando procesos militares escandalosos (precursores y ciertamente también modelos de los IPMs[1] de nuestros días) que mal disfrazan, so pretextos fútiles, la furia anticomunista y antipopular del entonces comandante de la Región de San Pablo. Recuerdo, además, que fue el mariscal Lott quien, en 1957, en calidad de ministro de Guerra, aprobó sin reservas la cesión de la isla Fernando de Noronha al Ejército norteamericano, consumando con esto el más ostentoso golpe lanzado por el imperialismo contra la soberanía brasileña. Abriendo un precedente que daría abundantes frutos. Fue ese el candidato "nacionalista" que nuestras izquierda apoyaron en las elecciones de 1960.[2]

Le sigue un pequeño intervalo del meteórico gobierno de Jânio Quadros, la aventura janguista referida arriba. Y siempre, sin ninguna vacilación o examen de consciencia y autocritica que les abriera los ojos a la esterilidad de una lucha que nada podría aportar, muy por lo contrario, a sus objetivos programáticos, y que apenas si favorecía las maniobras políticas de sus espurios aliados, las izquierdas brasileñas continuaron insistiendo en su oportunista línea política de apoyo a un dispositivo partidario vacío de cualquier contenido ideológico, y que esencialmente solo disputaba las ventajas de la asunción y del usufructo del poder para su facción. En contrapartida, lo que las izquierdas ganaban con ese apoyo era únicamente la oportunidad de una proyección política que por sus propias deficiencias no lograban alcanzar por otros medios más constructivos. Proyección esta, sin embargo, que finalmente solo resultaba en una agitación demagógica y superficial, sin reales perspectivas revolucionarias y condenada al desastre de abril, que ya muchos meses antes los únicos que no lo habían

1 *Inquéritos Policiais Militares* (Indagatorias Policiales Militares).

2 No tiene lugar aquí ningún menosprecio a las cualidades personales del mariscal Lott, sino únicamente una crítica a la desorientada y oportunista línea de acción política de la izquierda brasileña.

previsto eran ingenuos embriagados en la euforia de momentáneos y aparentes logros, o sino cegados por falsas ilusiones acerca del verdadero contenido y sentido de la lucha en que se habían alistado.

Y este último punto nos interesa analizar aquí más detenidamente. A saber, el papel que jugaron las insuficiencias teóricas de las izquierdas brasileñas en la génesis de aquellas ilusiones que no les permitieron percibir la realidad de la situación o presentir el desenlace que les esperaba. Fueron sin dudas esas insuficiencias teóricas que hicieron posible encajar el mezquino embate de facciones que agitaba la escena política brasileña, en teorías calcadas de modelos ajenos y completamente alejados de la realidad del país, asemejando así aquella lucha con los grandes y profundos acontecimientos revolucionarios: nada menos que conflictos decisivos de clases y categorías sociales que hablaban de la propia estructura económica y social del país. Una revolución agraria, anti-feudal, anti-imperialista. Que no se trataba en absoluto de eso se comprobó amargamente cuando un simple desfile militar bastó para echar por tierra la aventura y dispersar sin mayor esfuerzo a los crédulos pseudo-revolucionarios. Pero mientras duró la aventura, fue la ilusión alimentada de groseros errores de interpretación teórica de la realidad brasileña, a saber, de que el país estaba viviendo momentos revolucionarios profundos y decisivos, fue eso sin dudas lo que deslumbró y estimuló a las izquierdas brasileñas —a su parte honesta y sinceras sin dudas, porque los intereses personales también jugaron allí su papel— a continuar con su desacertada acción política. Acción esta que, por no contar con directrices justas, no fue capaz de despertar y movilizar, sino en proporciones mínimas y ampliamente suficientes, a las verdaderas fuerzas y a los impulsos revolucionarios. Y es por eso que se perdió en una estéril agitación.

Analizaremos más adelante, junto con los necesarios pormenores, aquellas concepciones teóricas de las izquierdas y los esquemas de acción que, por sus desaciertos, llevaron su campaña a tan funesto desenlace. Lo que sobre todo aquí nos interesa es llamar la atención sobre los graves riesgos, y los males que de estos resultan, de una insuficiencia teórica como aquella observada en el caso de las izquierdas brasileñas. Si bien contaban con condiciones altamente favorables a el desencadenamiento del proceso revolucionario, dada la madurez de las contradicciones presentes en la coyuntura económica y social brasileña, las izquierdas no solo permanecieron años marcando el paso —una vez que la estéril agitación en la cual se metieron no puede considerarse proceso—, pero encima comprometieron y atrasaron considerablemente la marcha de aquel proceso.

Se trata, pues, en primer lugar, en esta nueva fase en que nos encontramos, de reconsiderar atentamente, y sin convicciones y

actitudes prejuiciosas, las circunstancias en que se procesa la evolución histórica, social y económica de nuestro país. Y buscar allí, y no en esquemas abstractos desligados de la realidad brasileña, las fuerzas y factores capaces de alentar las transformaciones económicas y sociales inmanentes a la coyuntura presente. Así como la naturaleza, dirección y eventual ritmo de esas transformaciones. Se trata, en suma, de reelaborar la teoría de nuestra revolución, a fin de pautar acertadamente gracias a ella la acción política de la izquierda brasileña. Pero para eso tenemos que empezar por la apreciación críticas de las concepciones teóricas hasta hoy consagradas y que de manera tan lamentablemente equivocada vienen inspirando a las fuerzas políticas renovadoras de nuestro país. De esto nos ocuparemos en el próximo capítulo.

MODERNIZACIÓN, ESTADO Y CUESTIÓN AGRARIA

Moacir Palmeira

La amplia literatura que se ha ocupado de los cambios en el campo brasilero en las últimas décadas pone especial atención, no sin razón, sobre la llamada modernización de la agricultura. En realidad, contrariando las previsiones de los analistas de las décadas de los cincuenta y sesenta, el sector agrícola, a partir del final de los años sesenta, absorbió crecientes cantidades de crédito agrícola, incorporó los llamados "insumos modernos" a su proceso productivo, tecnificando y mecanizando la producción, y se integró a los modernos circuitos de comercialización. El aumento de la productividad permitió el aumento de la producción de materias primas y alimentos para la exportación y para el mercado interno. Incluso la producción de alimentos para abastecimiento de las ciudades, a pesar de las dificultades que tendrían que ver con orientaciones de la política económica, serían, bajo la comprensión de algunos estudiosos, "bastante razonables" (Graziano da Silva, 1987: 25). La alteración de la base técnica de la agricultura, asociada a su articulación, por un lado, "con la industria productora de insumos y bienes de capital para la agricultura, y por otro, con la industria procesadora de productos naturales" llevó a la formación del llamado "complejo agroindustrial" (Delgado, 1985: 19; Sorj, 1980: 29-30) o a la "industrialización de la agricultura" (Graziano da Silva, 1987: 19).[1]

---

* Extraído de *Estudos Avançados* Nº 3(7) 1989, pp. 87-108.

1 En la primera redacción de este articulo, todavía no conocíamos el libro de Delgado (1985: 62-63;149) que piensa el CAI (complejo agroindustrial) no solo como en

Esta modernización, que se hizo sin que la estructura de la propiedad rural fuera afectada, tuvo, en el sentido de los economistas, "efectos perversos": la propiedad se concentró aun más, las disparidades de los ingresos se acrecentaron, el éxodo rural se acentuó, subieron la tarifa de explotación de la fuerza de trabajo en las actividades agrícolas, creció la tarifa de auto-explotación en las propiedades menores, empeoró la calidad de vida de los trabajadores del campo. Por esto, a los autores les interesa utilizar la expresión "modernización conservadora".

Sin querer reducir la importancia de este proceso, buscaremos llamar la atención en este trabajo sobre otros procesos sociales que se desarrollaron más o menos en el mismo período, y que menos o más articulados con lo que es descrito como modernización, pero con autonomía, contribuyeron a la alteración de la base técnica de producción en amplios segmentos del campo brasilero, para formar su perfil actual y configurar los problemas que se perciben como importantes por la población, especialmente por aquellas configuraciones de intereses que, en posiciones antagónicas en el espectro social, vinculan sus destinos al destino de la parte agraria del país, aun cuando sus motivaciones poco tengan de agrarias o no tengan un proyecto para la agricultura y desconfíen que exista esta identidad.

En muchos casos, las motivaciones económicas de los capitalistas que invierten en la agricultura, cualquiera que sea el origen de sus capitales, no residen en la perspectiva de obtener mayores ganancias en este campo que en otros sectores de la economía o, como los *rentiers* clásicos, en retirar ingresos nada compatibles con sus ganancias. Se trata más bien de la perspectiva de una aplicación de dinero comparativamente ventajosa, dentro de los marcos de una determinada política considerada la coyuntura del mercado, a otras aplicaciones financieras (Delgado, 1985). Para los trabajadores rurales, no se trata apenas de representar la agricultura, si no de acabar con la articulación jerarquizada de intereses que se piensan bajo este término. El proyecto en que invierten es un proyecto de clase, no es un proyecto de sector, y la sociedad vislumbrada en su manifestación no entra en los límites de la agricultura.

Los procesos que vamos a abordar no son ignorados por la literatura de la modernización. Al contrario, la mayor parte de las informaciones con que vamos a trabajar fueron encontradas en estos textos.

---

la integración técnica, pero en términos de integración de capitales intersectoriales, sugiere que la propia idea de "sector agrícola" queda comprometida en este proceso. Agradezco a José Francisco Graziano da Silva la indicación que, como se hará evidente a lo largo del texto, fue de mucha importancia.

En el ejercicio que vamos hacer, lo que cambia es la autonomía, atribuida, hasta nuevo aviso, a cada uno de estos procesos, y las implicaciones sociales, efectivamente no extraídas por los autores, por lo menos de una forma sistemática, de la ocurrencia de dichos procesos.

LA EXPROPIACIÓN DEL CAMPESINADO

En los últimos cuarenta años, el perfil de la distribución espacial de la población brasilera sufrió un cambio profundo. Entre 1940 y 1980, se invirtieron los porcentajes de las poblaciones rural y urbana; la primera cayendo de aproximadamente 70% de la población total para situarse cerca de 30%, mientras la segunda crecía de 30% a 70%.

Las migraciones internas fueron las grandes responsables del crecimiento urbano y la FIBGE estima que, en 1970, de 30 millones de migrantes, total acumulado de residentes en municipios distintos al que nacieron, 21 millones "se dirigían a las áreas urbanas" (FIBGE, 1979: 23). George Martine, considerando también la migración rural-urbana intramunicipal estima que 7.299.000 migrantes se desplazaron del campo hacia la ciudad en la década de 60 y 11.003.000 en los años setenta (Martine, 1984: 203).

El crecimiento de las migraciones del campo hacia la ciudad no fue linear. En los años sesenta, por ejemplo, el flujo migratorio sufrió una baja en el ritmo, que volvió a acelerarse en la década siguiente. La homogeneidad de este proceso también es discutible. En el mismo período, las ciudades medianas pasaron a tener un papel importante como receptoras de migrantes y hubo una cierta redirección regional de las migraciones. Aún en los años sesenta, un cambio importante sucedió en relación con los períodos anteriores: las migraciones interurbanas se revelaron más importantes que las migraciones del campo hacia la ciudad. Pero, en los años setenta, aunque manteniendo la supremacía de aquellas, el flujo de migrantes rurales tuvo un crecimiento significativo (FIGBE, 1979: 24; Martine, 1984).[2]

Por otro lado, esto que a los autores les gusta designar como "éxodo rural" es anterior a la modernización de la agricultura, tanto en términos de flujos objetivos, como la simple lectura de datos censales sugiere, cuanto en términos de su percepción por la sociedad como un problema. Alfredo Wagner Berno de Almeida (1977: 41-42), haciendo un análisis de la literatura que, entre 1930 y 1972, trató del "éxodo rural", señala que el marco temporal adoptado por los autores inicia en 1930. A partir de este año, empezaría ocurrir el vaciamiento del

2 Martine llama la atención sobre posibles problemas estadísticos en estas variaciones, pero no niega que hayan sucedido.

campo, atribuido ora a las sequías del Nordeste, ora a la industrialización, ora a la urbanización.

En torno a la mecanización agrícola que, algunos estados, empieza a tomar impulso en las décadas del cuarenta y del cincuenta, se discute si es la causa o la consecuencia del éxodo. Aspásia Camargo, refiriéndose al segundo gobierno de Vargas, se acuerda que "pronto la oposición reconoce el problema agrario. Muchos, asustados por los visibles efectos de un acelerado éxodo rural que altera la fisionomía de las grandes capitales, transfiriendo para estas los graves problemas que afligen al campo, solicitan la adopción de medidas gubernamentales correctivas" (Camargo, 1981: 148). La misma autora deja clara, a lo largo de su trabajo, la estrecha vinculación establecida entre el éxodo rural y el problema agrario durante las discusiones en torno a la reforma agraria en el período anterior a 1964. Posiblemente, estos desplazamientos de la población han acompañado diferentes tipos de crisis en el sector agropecuario y los movimientos, ni siempre regulares, de crecimiento de las actividades económicas en las ciudades que, conyugados o no a estos, exceden alguna atracción sobre determinados segmentos de la población rural.

Lo que hay de nuevo en el "éxodo rural" de las décadas más recientes es que, incorporado en él, está la expulsión sistemática de trabajadores rurales de diferentes categorías[3] del interior de los grandes dominios. Es cierto que la expulsión de trabajadores dependientes —habitantes, agregados, colonos o semejantes— también sucedía en el pasado, pero el proceso al que nos referimos tiene características muy peculiares. Si, en el pasado, el trabajador que había sido expulsado encontraba casa y trabajo en condiciones cercanas en otra propiedad o, en otro momento, reconstituía la primera relación, en la expulsión reciente la salida de la propiedad es definitiva y sin sustitución o, dicho de otra forma, es el contrato tradicional[4] mismo que es liquidado.

---

3 Salvo referencia expresa en itálicas, emplearemos los términos "trabajador rural" y "campesino" como equivalentes, como se volvió usual en Brasil en los últimos años, incluidos los asalariados permanentes y temporarios, los socios e inquilinos, así como los tierra tenientes y pequeños propietarios familiares, que no están en cuestión en este momento, pero de que, luego, trataremos.

4 El tipo de contracto de vinculaba, en el pasado, entre el habitante y el propietario de la tierra era mucho más que un simple contracto de trabajo. Lo que el trabajador potencial buscaba en un ingenio o en una hacienda era una casa para vivir y esto es lo que le permitía trabajar para el patrón, en cambio de algunos días de trabajo gratuitos señales o pagados a un valor inferior a los demás, o tener acceso a una pequeña extensión de tierra para cosecha personal, mediante el pago de una cantidad fija en dinero y algunos días de trabajo gratuito anuales. Era la vivienda que también garantizaba al trabajador accedo al agua, a la leña y, eventualmente, a la madera y al pasto de la propiedad y lo insertaba en una relación de deudas permanentes con

No nos parece carente de sentido hablar de expropiación del campesinado. No se trata tanto del despojo de los trabajadores rurales de sus medios de producción, porque de ellos, de alguna manera, ya habían sido o siempre estuvieron expropiados, sino de su expropiación de relaciones sociales, por ellos vividas como naturales, que tornaron viable su participación en la producción y sobre las cuales, por esto mismo, ejercen un control que se traduce en un cierto saber hacer.

Los datos censales, en su precariedad, indican una clara y progresiva disminución del número de empleados permanentes, socios y otras condiciones, categorías que describen a los trabajadores residentes dentro de las propiedades, que de cerca del 40% del personal ocupado en los establecimientos agropecuarios en 1940 pasaron a cerca de 13% en 1980, aunque, para los primeros, se ha registrado un cierto crecimiento entre 1970 y 1980. Los empleados temporales, que, por regla general, indican trabajadores asalariados no-residentes dentro de los establecimientos, son subestimados per el censo, en que pese a la importancia que les han sido atribuida por estudios específicos realizados en los últimos 20 años. Según el censo agropecuario ellos, que serían 1.183.870 en 1940, correspondiendo a 10,43% del personal ocupado en la agropecuaria, pasaron a 2.767.880 en 1980 o 13% del total de este año. Ângela Kageyama (1986: 77), todavía, reorganizando los datos de los últimos censos, estimó a los empleados temporarios en 3,4 millones para 1975 y en 4,5 millones para 1980.

El carácter general de esta verdadera expropiación del campesinado[5] se revela en el momento en que, incluso en las áreas de la frontera agrícola en expansión, las expulsiones de los que ocupaban de forma ilegal dejan de ser episodios de una trayectoria que puede terminar, aunque no necesariamente, con la conquista definitiva de un pedazo de tierra (Velho, 1972) para dar lugar a una "urbanización" precoz (Grabois, 1971) que señala el "cierre de la frontera" para los trabajadores (Graziano da Silva, 1982).[6] Pero todavía, el alcance de la expropiación aparece cuando la propia reproducción de la pequeña propiedad establecida en el sur del país empieza a ser amenazada por la falta de alternativas para las nuevas generaciones, el latifundio limitando su fijación como pequeños propietarios en la propia región y reduciendo las posibilidades de migración para el centro o el norte; pero también por su endeudamiento frente a los bancos y

---

el propietario. (Palmeira, 1976: 305-315; Sigaud, 1979: 33-36; Garcia Jr., 1983; 1986; Heredia, 1986; Almeida & Esterci, 1979; y Bastos, 1977b).

5 Para hacer un paralelo entre esta expropiación y el proceso clásico ver Sigaud (1979: 35-36); y, en una mirada un poco distinta, Martins (1980: 16-17).

6 Para una crítica a la idea del "cierre de la frontera" ver Martins (1979: 17-18; 1986).

por la inviabilidad de los más débiles económicamente en el interior del proceso de competencia que se instala con la entrada del gran capital en circuitos sobre los cuales, anteriormente, los agricultores tenían un cierto control (Peixoto *et al.*, 1979; Figueiredo, 1984: 163; Coradini, 1982). Paradójicamente, las cooperativas modernas, que se expanden en el sur del país, garantizan al pequeño agricultor menos control del mercado que los intermediarios tradicionales, aun cuando les aseguran mayores ganancias (Coradini, 1982: 59-60; Delgado, 1985: 164-190).

Si, en el último de los casos, existe una cierta asociación entre la expropiación del campesinado y la llamada modernización de la agricultura, es necesario no olvidar que se trata de un movimiento independiente y, por regla general, anterior a la propia modernización. Tanto es que, escribiendo en 1967 sobre las "favelas rurales", expresión espacial de la expulsión de años recientes, Maria Isaura Pereira de Queiroz (1978: 221-222) se refiere a este surgimiento, en principio del siglo, en Rio Grande do Sul: "asociado a las transformaciones del trabajo dentro de las estancias del ganado, principalmente con el gradual cercamiento de los campos y de las propiedades" y a su desarrollo, a mediados de los cincuenta, en el norte de Paraná y en São Paulo, con la sustitución de la cosecha de productos agrícolas para la exportación por la pecuaria. Celso Furtado (1964: 149-151) y Manuel Correia de Andrade (1964: 169-170) hablan de la expulsión de los habitantes, con características semejantes, en la década de cincuenta e inicio de los años sesenta, de la zona de la selva nordestina, con la expansión de la caña de azúcar provocada por el aumento del consumo interno y por el rescate de las exportaciones de azúcar. Investigaciones más recientes han vinculado la expulsión de habitantes, agregados, ocupas y otros trabajadores, en diferentes zonas del país, a la sustitución de productos agrícolas (Bastos, 1977b; Grynspan, 1987: 58-60); a la incorporación de las nuevas tierras por un producto comercial tradicional (Heredia, 1986); a la especulación inmobiliaria (Grynspan, 1987: 41-60); a la sustitución de la agricultura por la actividad pecuaria (Garcia Jr., 1975; 1983: 352-354; Almeida & Esterci, 1979; Bastos, 1977b; Graziano da Silva, 1978: 91-92; Martins, 1980: 45-66; Grynspan, 1987) o a los movimientos de la lucha de clases en el campo (Palmeira, 1979: 41-55; Sigaud 1979; Garcia Jr., 1986). Lo que harán la mecanización, la creación de una infraestructura costosa —de la cual la irrigación es el mejor ejemplo— y la utilización sistemática de los insumos modernos —y los patrones gerenciales centralizadores que introducen— es crear una limitación de orden técnica, mas allá de la imposibilidad estructural del restablecimiento de los contractos tradicionales.

La expropiación, concebida de esta forma, no implica, necesariamente, una proletarización. Aunque pueda ser la condición para la oferta de los "brazos dóciles de un proletariado libre", a que se refiere Marx (1950, p. 174) a la industria o a la agricultura moderna, no se trata de una fatalidad. Ella puede viabilizar la formación de un proletariado pero, por sí misma, no lo produce. Así, la expulsión de los campesinos del interior de las grandes propiedades no impidió que los pequeños productores, entre 1940 y 1988, aumentaran en número más que cualquier otra categoría de trabajador rural —los "responsables y miembros no-remunerados de la familia" entre 1940 y 1980 pasaron de 5,7 millones, poco mas de 50% del total, para 15,6 millones, casi 74% de todo el "personal ocupado en los establecimientos agropecuarios" (FIBGE, 1986: 281)—[7] aunque también fuesen afectados por la expropiación, una "expropiación indirecta" (Martins, 1981: 141). Pero lo que es importante retener es que, tratándose de un proceso que involucra lucha,[8] la expropiación no tiene un resultado correcto y, en determinadas circunstancias, la ruptura de las relaciones sociales tradicionales es la misma condición para que el trabajador dependiente se transforme en un campesino autónomo, en condiciones precarias y por poco tiempo. Y, también, por paradójico que pueda parecer, el acceso a la propiedad de una porción de tierra puede ser, muchas veces, no la preliminar de la expropiación, como en el caso anterior, pero su misma expresión, al implicar en la negación de la posibilidad de acceso al nuevo propietario a la selva, a la leña, al agua, a campos de utilización colectiva, etc. (Esterci, 1985: 124-156). Por esta razón, no tiene sentido pensarla en términos de una adecuación funcional anticipatoria a una posterior proletarización o, mucho menos, lo que se volvió más frecuente en los últimos años, abordarla simplemente como un efecto perverso de la modernización.

Si insistirnos en la disociación entre expropiación y modernización y en la distinción entre expropiación y proletarización es menos por la obsesión del rigor conceptual que por la intención de llamar la atención sobre ciertos efectos que son específicos de la expropiación.

Así, si la simple salida de migrantes de las zonas rurales ya contribuye a generar desequilibrios en las estructuras sociales que sirven de soporte, entre otras, a las actividades económicas; con la expulsión

---

7 Para una mirada de problema de compatibilidad entre los datos de diferentes censos y, especialmente, entre Censos Agropecuarios y Censos Demográficos, ver también el trabajo de Graziano da Silva (1982) y Ary Silva Jr. (1984: 115-163).

8 Martins (1981: 123) llamó la atención, con mucha propiedad, para el crecimiento en el número de ocupantes de los Censos, entre 1970 y 1975, un posible resultado de resistencia de aquellos trabajadores a la expulsión.

sistemática de trabajadores de los grandes dominios rurales y la inviabilidad de la pequeña propiedad, en algunas áreas, son las propias estructuras las que son transformadas. La desvinculación del trabajador de sus condiciones de producción tradicionales, al mismo tiempo que impide su reproducción social como agregado, habitante o colono —designaciones que siguen siendo utilizadas con distintos significados—, provoca la alteridad del "sistema de posiciones y oposiciones sociales" (Bourdieu, 1966: 125) que circunscribe sus prácticas sociales y de los grupos con los que se relaciona.

Para citar un solo ejemplo: pongamos como ejemplo la oposición fundamental entre habitantes y dueños del ingenio (señores del ingenio), en la zona de la caña de azúcar en el Nordeste, personal, exclusiva, apenas admitiendo mediadores que contribuyesen para su plena realización, espacialmente circunscrita. Con la expulsión, cede el lugar a un conjunto de oposiciones sociales en que la anterior continúa siendo fundamental, pero, por decirlo así, cambia de naturaleza.

La figura del señor de ingenio, destituida de sus atributos anteriores, pasa a tener a su frente nada más que un conjunto de habitantes individualizados pero una "fuerza de trabajo segmentada" (Sigaud, 1979: 128-131) entre fichados, que tienden a coincidir con los trabajadores aún resistentes en las propiedades, y clandestinos, que corresponden tendencialmente a los trabajadores expulsados que actualmente residen en las márgenes de los pueblos y ciudades. Estas nuevas oposiciones (propietario-fichado; propietario-clandestino y fichado-clandestino) no son cerradas ni espacialmente circunscritas, como eran las relaciones habitante-señor de ingenio. Al contrario, se suponen mutuamente y suponen otras relaciones, sobretodo con la figura del contratista —reclutador de mano-de-obra— que se vuelve el mediador entre trabajadores clandestinos y propietarios. El contratista, a su vez, al mismo tiempo que se opone socialmente al propietario y al "trabajador marginal", e indirectamente al trabajador residente del ingenio de azúcar (con quien el trabajador que recluta va competir), depende de un cierto tipo de comerciante local, el "dueño de la venta" (Sigaud, 1983) que lo financia directamente, pero sobretodo de forma indirecta, al vender mantenimientos a créditos a sus trabajadores.

De esa forma, se establece otra oposición entre trabajadores de contratista y "dueños de la venta". Por otro lado, el antiguo habitante, una vez roto el contracto que establecía con el señor del ingenio, a quien actualmente solo vende su fuerza de trabajo, como único mediador con mundo afuera de los ingenios, también es puesto en la condición de vendedor de la producción de su tierra y/o de pequeño intermediario en los mercados de la zona (Palmeira, 1971; Garcia, 1984) donde compite con el pequeño propietario de las áreas cercanas

y con el trabajador —*ponta de rua*—, que también actúan en el pequeño negocio, fundiéndose con ellos su la oposición frente al comercio establecido, donde, en la mayoría de las veces, se abastecen a sí mismos y a los grandes propietarios como consumidores.[9]

Es del juego entre estas diversas relaciones que va resultar, a cada momento, el peso relativo de cada una de las categorías sociales que se articulan en torno de las diferentes posiciones en los diversos mercados que se establecen, mercado de trabajo, mercado de tierras, mercado de productos y —¿por qué no?— mercado político (Garcia Jr., 1986: 31-32; 39-40).[10] Se puede percibir que no se trata del mero desdoblamiento de papeles que eran antes desempeñados por los mismos personajes sociales, ni del acercamiento —o de la puesta en relación— de posiciones sociales antes, por así decirlo, vinculadas a distintos universos sociales. Se trata también del surgimiento de nuevos personajes y posiciones, capaces de generar nuevos intereses y de producir grupos que asuman estos intereses como suyos pero que solo existen porque disminuyeron las distancias entre estos distintos universos y porque se ha estructurado un nuevo sistema de posiciones.

Es plausible suponer que reorganizaciones sociales equivalentes hayan ocurrido en aquellas zonas donde la literatura llama la atención sobre la emergencia de nuevas figuras como el *bóia-fria*, el nuevo campesino tecnificado, el campesino integrado, el *kulaks* de frontera y otras tantas.

ESTADO: ACCIÓN Y PRESENCIA

La acción del Estado ha sido destacada, con mayor o menor énfasis, por los que estudiaron la agricultura brasileña o por quienes analizaron el proceso de modernización. Sin embargo, las implicaciones del hecho de que la modernización ha sido tocada por el Estado son, por regla general, dejadas a un lado, a favor de un discurso que, explícita o implícitamente, acredita dichos cambios a un empresario moderno, urbano, que fue al campo o a un empresario rural que, por alguna razón —quizás por ya ser visto como un empresario, aunque cohibido— se modernizó.

Esta fábula del empresario rural moderno puede ser ilustrada por un reportaje recientemente publicado en una de las más grande e influentes revistas de circulación semanal de Brasil. (Veja, 1989: 106-110).

---

9 Del lado de los grandes terratenientes también operan desplazamientos en el género, pero no hay espacio para abordarlo en los límites de este articulo. Su análisis puede ser encontrado en Heredia (1986) y en Garcia Jr. (1986).

10 Un atencioso análisis de la formación de estos mercados y de su articulación puede ser encontrada en el artigo de Afrânio Raul Garcia Jr. (1987).

Pero tanto los documentos gubernamentales como muchos de los análisis hechos por los economistas y científicos sociales tienden a tratar al sector privado y al Estado como entidades desconocidas entre sí. Todos resaltan, no hay dudas, el peso de los empresarios en la conducción de los negocios del Estado. Pero las relaciones entre ambos son pensadas en términos de representación e influencia. Si esa forma de pensar ya se mostraba inadecuada para entender el funcionamiento del Estado brasileño de antes del período autoritario, aun mas insuficiente se revela cuando se trata de entender cómo ha operado el Estado en las décadas más recientes, como presentan los trabajos de René Dreifuss (1981) y Fernando Henrique Cardoso (1975).

Es difícil pensar la modernización de la agricultura conducida por el Estado sin pensar las transformaciones sufridas por el propio Estado. Es necesario no elaborar propiamente una teoría del moderno Estado brasilero, de que los científicos políticos se han ocupado con menos o mayor éxito, pero buscar indicar, aunque de manera mas aproximada, lo que ha sido la acción del Estado en el campo, analizar los medios a través de los cuales esta acción se ha dado y sobretodo explorar sus implicaciones. Pero esto no es suficiente. Es necesario pensar lo que la simple presencia del Estado en el campo ha significado.

En la primera mitad de la década de sesenta fue elaborada una legislación específica para el campo. El primer paso fue el Estatuto del Trabajador Rural, en 1963. Luego, siguió el Estatuto de la Tierra, en 1964, posiblemente pieza clave del nuevo aparato jurídico, y toda una extensa legislación complementar. También se creó una legislación a la seguridad social que tuvo efectos importantes a partir del inicio de los años setenta.

La perspectiva más común para el abordaje de estas leyes, tomadas de manera aislada o agregadas según la preferencia del analista, gira en torno de cuatro cuestiones: ¿Quién las hizo? ¿A quién le sirvió? Y, si el observador se sitúa más hacia la izquierda, ¿ha sido cumplida? O, si prefiere situarse a la derecha, ¿era adecuada a nuestra realidad? Estas preguntas son quizá el mayor obstáculo para la percepción sociológica de un nuevo hecho: una legislación que empezó a existir.

Tanto el Estatuto del Trabajador Rural como el Estatuto de la Tierra y sus desdoblamientos fueron resultado de un largo proceso de luchas sociales y políticas (Camargo, 1981). Lejos de representar la imposición unilateral de la voluntad de un grupo, reflejaron un juego de conflictos y composiciones entre los intereses de los sectores sociales involucrados con la cuestión de la tierra o de los derechos laborales, al mismo tiempo que expresaron las alteraciones en las "composiciones de poder y estilos del populismo" que desembocaron en el golpe militar de 1964 (Camargo, 1981: .224). Nunca es tarde para recordar

que este proceso de lucha se interrumpió con el Estatuto de la Tierra o cualquier otra pieza jurídica posterior. Durante el régimen autoritario y en el período subsecuente, el juego de presiones y contrapresiones siguió existiendo, direccionando la legislación hacia un lado o hacia el otro (Palmeira, 1987).

Antes de indicar una política, la nueva legislación impuso un nuevo recorte de la realidad, creó categorías normativas para el uso del Estado y de la sociedad, capaces de permitir modalidades, antes impensables, de intervención del primero sobre esta última. Al establecer, con fuerza de ley, conceptos como latifundio, minifundio, empresa rural; arrendamiento, socios, colonización etc., el Estado creó una camisa de fuerza para los tribunales y para sus propios programas de gobierno, al mismo tiempo que hizo posible su intervención sin el concurso de mediadores y abrió espacio para la actuación de grupos sociales que reconoció o cuya existencia lo indujo. En este sentido, independientemente de la efectividad de las políticas posibilitadas ella —la reforma agraria, la modernización agrícola o la colonización—, la nueva ley pasó a tener existencia social a partir del momento en que fue promulgada. Se volvió una referencia capaz de permitir la reordenación de las relaciones entre grupos y propiciar la formación de nuevas identidades.

Valdría la pena comparar el Estatuto de la Tierra con la Ley Nº 22.631 que creó un Servicio Social Rural (SSR), en 1995. Mientras esta listaba una serie de atribuciones para el SSR, que iba de la "prestación de servicios sociales en el medio rural", visando la mejoría de las condiciones de vida de su población —alimentación, habitación, salud, incentivos a la actividad productora— hasta el aprendizaje de técnicas de trabajo, el fomento a la "economía de las pequeñas propiedades", la creación de "comunidades" y la "realización de encuestas y estudios", el Estatuto de la Tierra se proponía a "dar organicidad a todo el sistema rural del país". El Mensaje Nº 33, ítem 18, del proyecto de Ley Nº 4.504 de 1964, es explícito: "De ahí la denominación del proyecto que por constituir un verdadero Estatuto de la Tierra visa regular los diversos aspectos de las relaciones del hombre con la tierra, tratándolos de forma orgánica y global".

Mientras el SSR era administrado por un Consejo Nacional con un presidente nombrado por el Presidente de la República a partir de una triple lista presentada por la Confederación Rural Brasilera —que, incluso, poseía la mayoría de los miembros de los consejos de aquella entidad autárquica—, el Estatuto de la Tierra creó el Instituto Brasilero de Reforma Agraria (IBRA), directamente subordinado al Presidente de la Republica, "ubicando en el propio jefe de la Nación la responsabilidad por la eficiente ejecución del proceso de

modernización de nuestra estructura agraria" (Ley Nº 4.504, 1964, mensaje Nº 33, ítem 28).

En el texto de la ley que creó el SSR y de la gran mayoría de los documentos que lo antecedieron o les dieron continuidad —anteproyectos, proyectos, emendas, mensajes, pareceres parlamentares y técnicos, manifestaciones de asociaciones de propietarios rurales, discursos etc.— o lo que está en juego es el medio rural, la población rural, la clase rural, el agricultor, el ruralista, el agrario —sustantivizado— u otras cosas. De vez en cuando, cuando se trata de comparaciones con la industria (SESI) o el comercio (SESC), aparece la expresión "trabajador rural" (Raposo, 1960). Por otro lado, el Estatuto de la Tierra está orientado con una retórica mucho más cercana a la que informaba las formulaciones de los partidarios de la reforma agraria antes de 1964. Los términos que utiliza —propietarios rurales, trabajadores rurales, socios, arrendatarios, ocupas— suponen una diversidad de intereses, negada en el caso anterior, y apunta a la posibilidad de políticas específicas para cada una de aquellas categorías, sin la mediación de entidades patronales.

La legislación no determina una política. El Estatuto de la Tierra, en su ambigüedad, abre la posibilidad de diferentes vías de desarrollo de la agricultura y ofrece múltiples herramientas de intervención al Estado. En los gobiernos que posteriores a 1964, una vía fue priorizada: la de la modernización del latifundio, en perjuicio de aquella que era, aparentemente, privilegiada por el Estatuto: la formación de propiedades familiares. Bernardo Sorj (1980: 107), refiriéndose a la Amazonia, ya había llamado la atención sobre la no definición a priori de la forma que la colonización asumió en la zona. En realidad, sería más justo decirnos que una vía de transformación del campo fue siendo construida, en la misma medida que aquellos instrumentos de intervención eran accionados en función de las diferentes coyunturas de juego de intereses que se anteponen en torno a las cuestiones ligadas a la tierra y a la producción rural, que están lejos de ser estáticas o referidas a un elenco fijo de grupos sociales e instituciones.

El lugar estratégico atribuido a la especulación financiera y a la importancia atribuida a la exportación de productos agropecuarios y agroindustriales como fuente de divisas para el país, en el modelo de desarrollo adoptado por el régimen militar, fueron, seguramente, decisivos para la elección de la vía de la modernización conservadora. Delgado relativiza el papel desempeñado por la agricultura como fuente de divisas. Según él, la exportación agrícola, "en el inicio del período, de 1967 hasta 1979, [...] comanda prácticamente la lista de exportaciones globales, con participación alrededor de los 80%". Pero, a lo largo de la década, hay una diversificación de su perfil: "con la

introducción de nuevos e importantes productos agrícolas y, principalmente, productos agrícolas elaborados por el sector industrial posterior a la agricultura" (Delgado, 1985: 27). Su conclusión es que "este cambio en la estructura del comercio exterior agrícola altera un poco el enfoque de considerar el sector agrícola como fuente proveedora de divisas para el resto de la economía, para también realzar un nuevo aspecto de las relaciones internacionales del sector agrícola, que es el de la integración de las relaciones inter-industriales" (Delgado, 1985: 26).

Es difícil dimensionar lo que significó la intervención del Estado en la conducción de este proceso. Su alcance, todavía, no deja lugar a dudas. Existe un cierto acuerdo entre los autores de que la gran herramienta del Estado fue el crédito subsidiado. Un estudio reciente muestra que el volumen real del crédito rural, en la primera mitad de los años setenta creció casi tres veces, permaneciendo estable en los siguientes años. Pero los subsidios siguieron creciendo hasta el final de la década, pasando a representar cerca de 18% del valor total de la producción agrícola, cuando, en el inicio del período, correspondían al uno o 2%. El mismo trabajo, comparando el volumen del crédito concedido con el valor bruto de la producción agrícola en el mismo período, señala evidencias de desvío de préstamos para otras actividades: en la segunda mitad de la década, el valor de los créditos concedidos se situaba entre el 70% y el 90% del valor bruto de la producción (Graham *et al.*, 1987: 22-23). Los datos también apuntan a una creciente concentración de créditos en torno a un pequeño número de grandes prestatarios (Graham *et al.*, 1987: 24-25).

Otro instrumento utilizado generosamente por los gobiernos fueron los incentivos fiscales a las actividades agropecuarias y conexas, en especial en las áreas de la SUDENE y de la SUDAM. Entre 1975 y 1985, los fondos de incentivos fiscales, segundo informe preparado por la Comisión: de Evaluación de los incentivos fiscales (COMIF) difundidos por la presa (Abbott, 1988: 18), "recibieron 6.000 millones de dólares y 620 millones". El informe apunta a la baja rentabilidad de proyectos, o no-cumplimientos de sus objetivos de creación de empleos y distribución de renta: "El Fondo de Incentivos de la Amazonia (FINAM) recibió 1 billón de dólares y 100 millones, de los que mas de la mitad se destinó al sector agropecuario. De los emprendimientos agropecuarios incentivados, apenas 3% tuvieron alguna rentabilidad —los demás, perjuicio—" (Abbott, 1988).

En relación con el Nordeste, el informe presenta que:

> FINOR agropecuario recibió 1,3 mil millones de dólares, de 1975 a 1985, siendo que 1,157 mil millones de destinaron a la pecuaria, básicamente para "modernizar latifundios". La media de las áreas incentivadas fue de

> 4.500 hectáreas, mientras el tamaño en por medio de los establecimientos siguieron como "latifundios por exploración", después de 14 años, de acuerdo con el último informe del INCRA. (Abbott, 1988)

Un tercer instrumento de peso en la conducción de la política de modernización fue la política de tierras públicas. Respaldados en los dispositivos legales que inhiben la propiedad pública de inmuebles rurales de forma permanente (Estatuto de la Tierra, art. 10, esp. 1) y en toda una sub legislación que surgió adentro de la burocracia gubernamental, expresa en ordenanzas, normas, instrucciones, exposiciones de motivos y hasta en sencillas órdenes de servicio, los gobiernos del período autoritario operaron una transferencia del patrimonio de la tierra de la Nación para particulares, sobretodo en la Amazonia legal. De las 126.581.645 hectáreas adquiridas e incorporadas por la Unión y por el INCRA entre 1970 y 1985, 31.829.966 fueron transferidas de manera definitiva, bajo la forma de propiedades rurales para particulares[11]. Uno de los mecanismos más utilizados para operar esta transferencias fueron las licitaciones —subastas de tierras— que beneficiaban a los grandes terratenientes y a grupos económicos nacionales y extranjeros interesados en la tierra como reserva de valor, por el tamaño de la parcela vendida —entre 500 y tres mil hectáreas—, por la inexistencias de limitaciones a la adquisición de varias parcelas por un mismo grupo[12] y de exigencias como aquellas que se anteponen al reconocimiento de poses, más allá de la propia mecánica de las subastas y de todo el ritual involucrado —edictos, proyectos— que excluyen los que no tienen recursos para cubrir las ofertas y los que no disponen de recursos financieros y culturales para ni siquiera entrar en el juego. De los casi 32 millones de hectáreas al que nos referimos, 12.224.984 hectáreas fueron, así, incorporados al inventario de tierras de la gran propiedad. Curiosamente, esta política generosa de alienación de tierras públicas a grupos nacionales y extranjeros ha sido acompañada de un creciente involucramiento de las Fuerzas Armadas en el problema latifundista y con la cuestión de la tierra.[13]

En estos números no están incluidas las áreas que fueron objeto de contratos de concesión de dominio de tierras públicas, al respecto de los que no disponemos más que informaciones fragmentarias, que,

---

11 Fuente: Dados generales sobre la actividad de la tierra hasta 1985, INCRA-DF-DFT, marzo de 1986.

12 Según datos de la misma fuente, un único grupo económico adquirió, en una única licitación, en el Territorio Federal del Amapá, en noviembre de 1978, cerca de 160 mil hectáreas.

13 Acerca de la esta cuestión ver Almeida (1980) y Martins (1984).

según el documento del INCRA (Zanatta, 1984: 187) son "una forma especial de regularización de áreas de hasta 600 veces el módulo de exploración indefinida, cuyos títulos presenten errores insanables", pudiendo ser realizada sin concurrencia —"una forma adoptada para proteger inversiones pioneras en la Amazonia"— o a través de concurrencia pública —"concesión de áreas destinadas a proyectos de colonización por empresas particulares".[14]

Para atender las demandas de otros sectores de la sociedad, el Estado brasileño todavía políticas, no necesariamente vinculadas a la agricultura, pero que resultaron en cambios importantes. Me refiero, básicamente, a la construcción de grandes obras públicas, y, especialmente, a la construcción de grandes hidroeléctricas, que provocaron el desplazamiento forzado de millones de familias, la desactivación de todo un sector de actividades económicas y alteraciones significativas en la organización social de las poblaciones afectadas (Sigaud *et al.*, 1987). Estas presas, así como los azudes públicos y las carreteras, que provocaron la valorización de tierras cercanas, se sumaron a las políticas que ya mencionamos anteriormente en el estímulo a la especulación de la tierra.

Creemos que hay un acuerdo entre los autores al respecto de los efectos perversos de estas políticas y de su carácter excluyente. Esta también ha sido la mirada de los gobiernos que, a lo largo de los años, han formulado y reformulado planos y programas, y desarrollado acciones más genéricas o más dirigidas a contemplar los excluidos. Esto es una consecuencia no solamente de una voluntad política de compensar aquellos que pagaron un alto precio por el desarrollo si no el resultado de la incapacidad de los mediadores tradicionales de absorber el impacto de un proceso de exclusión social de que fueron co-instigadores cuando no del propio vaciamiento de las funciones de mediación ejercidas por los grandes terratenientes operada por la legislación y por la acción del Estado de que fueron beneficiarios. A lo largo de los últimos 20 años, sucedieron los programas especiales, sectoriales o regionales, o aún, combinado estas dos características, dirigidos a atender las poblaciones y áreas desfavorecidas.

La principal de estas políticas que tenían como objetivo el trabajador rural fue la política previsional. No ha sido casualidad que

---

14 El ejemplo más conocido fue la concesión de 400.000 hectáreas del Pará, en 1975, a la constructora Andrade Gutierrez para la implantación del "Proyecto Tucumã", denunciada, en la época, por la Confederación Nacional de os Trabajadores en la Agricultura como lesiva a los intereses de los trabajadores y de la Nación. Diez años después, según la nota publicada por la prensa: "Invasión e inseguridad ponen fin al sueño de Tucumã" (*Jornal do Brasil*, 31 de mayo de 1987: 20-21), el emprendimiento estaría en crises y seria escenario de graves conflictos sociales.

la creación e implantación del Programa de Asistencia al Trabajador Rural (PRORURAL) coincidió con el impulso de la modernización de la agricultura. El PRORURAL dio existencia al Fondo de Asistencia al Trabajador Rural (FUNRURAL), anteriormente creado, comprendiendo algunos de los beneficios de la legislación previsional urbana al campo. Al contrario de algunos ensayos de previsión rural anteriormente, era una política global para el conjunto de los trabajadores rurales, incluyendo desde el asalariado rural hasta el pequeño propietario familiar. El PRORURAL garantizaba la participación de sindicatos patronales y de trabajadores en sus consejos y previa la celebración de convenios, para la presentación de seguro social, entre otras instituciones, con sindicatos, entidades privadas etc. (Chiarelli, 1972). La creación de esta red de relaciones involucrando sindicatos de trabajadores, sindicatos patronales, hospitales particulares, médicos, asociaciones médicas, ayuntamientos municipales y representaciones locales del FUNRURAL sería responsable, después de algunos años, por importantes cambios en las relaciones sociales en el campo y propiciaría, en los años ochenta, la eclosión de conflictos de cierta altura, sobretodo en el sur del país (Coradini, 1988).

Las ventajas ofrecidas por las políticas de modernización beneficiaron los terratenientes tradicionales, pero también atrajeron para el campo capitales de otros sectores de la economía para quienes el campo comenzó a ser visto como una alternativa interesante de inversión. Grandes grupos económicos entraron en la producción agrícola o agroindustrial e inmovilizaron capitales en tierras, contando no solo con su valorización, pero también con la perspectiva de captación de recursos públicos para la realización de aplicaciones financieras más ventajosas en el momento. Graziano da Silva (1982: 77), analizando a finales de los años setenta la expansión de la agricultura paulista, señala que "además de reserva de valor, la tierra todavía ha constituido un importante medio de acceso a otras formas de riqueza, de que son típicos ejemplos el crédito rural y los incentivos fiscales". Sorj (1980: 109-110), refiriéndose a la Amazonia, afirma que la "posibilidad de ganancias extraordinarias ha determinado la conducción excepcional de empresas multinacionales, que se caracterizan por no realizar inversiones en compras de tierras, aunque hayan abierto una excepción en relación con el caso brasileño".

Este estilo de intervención del Estado tendría otro efecto: atraer intereses ligados a esos capitales hacia dentro de la máquina del Estado, que es donde suceden las decisiones y los ajustes económicos. Si, en el pasado, los intereses de la gran propiedad rural se hacían sentir a través del Legislativo y de la articulación de clientelas personales dentro de la burocracia estatal, ahora es la propia garantía

de la condición de propietario y la propia creación de oportunidades económicas que pasan por dentro de la máquina estatal. Es como si el mercado de tierras atravesara la máquina del Estado. El Estado deja de ser un mero regulador externo de este mercado. Se vuelve también uno de los loci y uno de los agentes económicos, junto con algunos de los órganos públicos que lo componen, de algunos de sus funcionarios y de los vendedores y compradores de tierra convencionales, de estas transacciones.[15]

Esto fortalece al viejo capital agrario, que ya disponía de sus articulaciones, pero sobretodo propicia una coalición de intereses, cualquiera que sea el origen de los grupos que expresan o de los recursos que manipulan, en torno de la especulación con la tierra. Las clientelas seguirán existiendo, personalizadas, pero no exclusivamente personales, porque pasa a existir un imperativo de eficacia: es necesario que se tomen ciertas decisiones de interés común para los que hacen negocio con la tierra. Se vuelve común en los organismos de Estado no solo la presencia de cabilderos profesionales, representando intereses de diferentes individuos o empresas y de funcionarios públicos competentes e imparciales que también se ponen al servicio de intereses privados que, por efecto de su propia actuación, acaban convirtiendo en interés público.

La atención dada a la acción planeada, intencional, del Estado en el campo, que, sin ninguna duda, fue decisiva para el proceso de modernización técnica de los sectores importantes de la agricultura brasilera, no pueden dejar en la obscuridad los efectos que su simple presencia tuvo en una esfera más amplia, en el sentido de alterar esquemas de dominación preexistentes.

Esta presencia, en sí misma, no es nueva. Aun en las formas mas estereotipadas de dominación política tradicional, la autonomía extralegal de que gozaban los jefes municipales del gobierno era una especie de "carta blanca que el gobierno estatal otorga a los correligionarios locales, en cumplimiento de su compromiso del tipo del 'coronelismo'" (Nunes Leal, 1976: 51).

Lo que es nuevo es una presencia que ya no pasa necesariamente por la mediación de los jefes locales, disminuyéndoles el poder, a través del vaciamiento de sus funciones o por el reconocimiento o creación de nuevos mediadores. No es que los mediadores pierdan necesariamente el control sobre sus clientelas, pero este control pasa a ser mediatizado por el control que tendrán que ejercer sobre determinados puestos en la máquina del Estado —un Estado centralizado

15 Sobre la necesidad de estudiar el proceso regulatorio en el mercado de tierras, ver Delgado (1985: 214; 191-228).

como nunca— volviéndose más complejo su trabajo de dominación. El patrocinio ejercido por los grandes propietarios, afectado por la salida masiva de los trabajadores de dentro de las haciendas, deja de ser un mecanismo exclusivo de la articulación de los campesinos con el Estado y con la sociedad. Se abre la posibilidad de jefes alternativos y de patrones alternativos, al mismo tiempo que se amplía el espacio para organizaciones extrañas al sistema tradicional de dominación.

Si, en lugar del camino de la modernización del latifundio, otra vía de desarrollo de la agricultura hubiera sido accionada o impuesta por fuerza de las luchas sociales, ciertamente los resultados serían otros. Pero queremos llamar la atención sobre el hecho de que, independientemente de la vía tomada, las premisas legales de la acción del Estado, articulados a las propias transformaciones por sufridas por este como maquina administrativa, además de los efectos provocados por su presencia directa en el campo, impusieron un cambio de las relaciones Estado/terratenientes/campesinos. El reconocimiento social, operado legalmente por el Estatuto del Trabajador Rural, e la posibilidad, abierta por el Estatuto de la Tierra, de una intervención directa del Estado sobre grupos reconocidos como parte del sector agrícola o de la agricultura, permitirían la elaboración y la aplicación de políticas propias para cada uno de estos grupos. El campesino —el trabajador rural— se volvió objeto de políticas, lo que hasta entonces era impensable, generándole condiciones para el vaciamiento de las funciones de mediación entre campesinos y Estado, hasta entonces ejercida por los terratenientes o por sus organizaciones.

El Estatuto del Trabajador Rural reconoció la existencia del trabajador rural como categoría profesional, como parte del mundo del trabajo. Este, a su vez, fue concebido como parte de un mundo más grande, concebido por la legislación laboral, elaborada durante el Estado Nuevo, dividido entre los intereses conciliables del capital y del trabajo. El Estatuto de la Tierra reconoció la existencia de una cuestión agraria, de intereses conflictivos dentro de aquello que, hasta entonces, era tratado como un todo indivisible, la agricultura o, en el lenguaje corporativista, la clase rural. Pero, al hacerlo, intentando identificar diversas posibles líneas de conciliación de estos intereses, intentando ordenar las relaciones en la agricultura sin restringirse a solamente una de sus dimensiones —la oposición entre terratenientes y campesinos o asalariados rurales en las formulaciones reformistas anteriores a ‘64— terminó alargando el sector de la cuestión agraria, o mejor, creando condiciones para que en el juego entre la referencia legal y la actuación del Estado, por un lado, y los intereses conflictivos de los terratenientes y trabajadores, por otro, cuestiones como la de las tierras públicas y su destino, la colonización, el crédito y de

la relación entre campesinos adeudados y bancos consignatarios, el cooperativismo, las obras publicas en el área rural, problemas como sequias e inundación, entre otros, se incorporasen a la concepción de la cuestión agraria de los campesinos y, en un cierto sentido, también de los grandes propietarios, y se volviesen, además de objeto de conflictos específicos, en pretextos para el cuestionamiento de la política global del gobierno para el campo.

LA AFIRMACIÓN POLÍTICA DEL CAMPESINADO Y EL GIRO DE LA IGLESIA

La implantación de los sindicatos de trabajadores rurales, que corrió paralela a la intervención de Estado, contribuiría de modo decisivo a debilitar los modelos tradicionales de dominación. Antes de su actuación, su simple presencia amenazaría aquellos modelos. El sindicato sería no solo un mediador alternativo, si no un vehículo para la implementación de reglas impersonales que son la negación de la dominación personalizada del latifundio. A través del sindicato, los trabajadores pudieron tener acceso a la Justicia y la implementación de las leyes se volvió una posibilidad real.

Los riesgos de absorción de los sindicatos por los esquemas de clientelas tradicionales fueron minimizados por su inserción en una estructura vertical y nacional, la del movimiento sindical de los trabajadores rurales. Si fuesen entidades meramente locales, el resultado quizás fuese diferente. Pero ellos son piezas de una política para cuya elaboración contribuyen, pero que solo se completa en nivel estatal, en la programación de las federaciones de trabajadores rurales, y a nivel nacional, en la programación de su confederación.

Otra importante presencia, a lo largo de estos años, sería la Iglesia católica. En rigor, la Iglesia, como institución, siempre estuvo presente en el campo. Pero, si esta permaneció, como en el pasado, cubriendo, en la formulación de José de Souza Martins, aspectos de la vida del trabajador rural no abarcados por los principios contractuales que informan la acción de partidos y sindicatos (Martins, 1985: 124), en las últimas décadas cambió el sentido de su actuación. De soporte de las formas tradicionales de dominación pasó a base de protestas campesinas frente al Estado luego del régimen militar.

Surgiendo como fuerza política en la lucha por la tierra y por los derechos laborales en los años cincuenta, de la convergencia conflictiva de las ligas campesinas y sindicatos rurales, estimulados por partidos de izquierda y por la Iglesia Católica, el movimiento sindical de los trabajadores rurales tuvo un papel fundamental en la transformación de la cuestión de la reforma agraria en cuestión política.

Al contrario de lo que generalmente se supone, la represión al movimiento campesino y los intentos de domesticación emprendidos por el régimen militar no lograron impedir que el esfuerzo de la organización de los trabajadores prosiguiera. Por razones ya analizadas en otra parte (Palmeira, 1985), las entidades sindicales se reorganizaron con relativa rapidez y, al mismo tiempo que sostuvieron luchas que se dispersaron políticamente como resultado de la propia coyuntura nacional, partieron para ampliar y fortalecer su organización a nivel nacional. El cemento ideológico de esta empresa política comandada, a partir de 1968, por la Confederación Nacional de los Trabajadores en la Agricultura, sería la bandera de la reforma agraria.

Utilizando hábilmente la referencia legal existente, el movimiento sindical consiguió mantener su perfil de fuerza autónoma exigiendo el cumplimiento de la ley, enfrentando públicamente al gobierno en el campo en que le era posible combatir —iniciativas gubernamentales que afectasen directamente intereses de los trabajadores rurales—, en un momento en que prácticamente no existía un movimiento organizado fuera de los intentas armados y luchando, además, por mantener juntos en la misma organización todos los campesinos —del trabajador eventual al pequeño propietario familiar— y a todos los beneficiarios potenciales de la reforma agraria. En la imposibilidad de la movilización política —sustituida por la defensa individual de los trabajadores y por la presión posible frente a los órganos del poder—, el movimiento sindical desarrolló un intenso trabajo pedagógico en torno a la cuestión de reforma agraria como punto de convergencia de los intereses de las diferentes categorías de trabajadores rurales.

Incorporado al proceso de desarrollo de la organización sindical, ocurría otro proceso de consecuencias igualmente importantes: la elaboración de una identidad de clase por los que trabajan en el campo. La adopción de la identidad del campesino significaba juntar, en torno a la vinculación a la tierra a través del trabajo, a personas y grupos separados políticamente por el recorte por inserción en una relación de dominación determinada, por una vinculación espacial cualquiera, por una determinada manera de disponer del producto de su trabajo, o por particularidades étnicas o religiosas.

Con la legislación, el problema de identidad, fundamental al reconocimiento político, se volvió más complejo. Al introducir nuevas figuras jurídicas —socios, arrendatarios, asalariados, etc.— y hacer que el trabajador fuera obligado a asumirlas para el ejercicio de las nuevas prácticas introducidas en su vida por la seguridad social, por los tribunales, por el propio sindicato, la legislación contribuía a la ruptura de las identidades "tradicionales" y abría la posibilidad de una dispersión de identidades. El problema fue agravado por la censura gubernamental

con el uso del término "campesino". El movimiento sindical de los trabajadores rurales consiguió, todavía, realizar la hazaña política de, desprendiéndose de la diversidad de términos que eran utilizados por los organismos oficiales, de campônio a rurícola, apropiarse de manera eficaz del que resultó simultáneamente el más neutral —por genérico— y el menos neutral —por su referencia al trabajo—: trabajador rural. El movimiento consiguió inculcarlo en sus bases, adoptándolo como un término "naturalmente" genérico para unir todos los que viven del trabajo de la tierra —ocupas o pequeños propietarios, arrendatarios o socios, asalariados permanentes o temporales— y ser reconocido por las demás fuerzas sociales como su representante.

En este proceso, los trabajadores rurales fueron madurando un proyecto propio de reforma agraria que contraponían a las políticas elaboradas por el gobierno militar. Proyecto propio no significa proyecto elaborado en el aislamiento, por un pequeño grupo de iluminados, ni, mucho menos, un proyecto que haya surgido espontáneamente de las bases. Se trata de una construcción que se va bocetando a lo largo de los años, bajo exigencias puestas por las luchas desarrolladas en diversos niveles, cristalizando en conclusiones de encuentros, seminarios, tomas de posiciones, declaraciones, etc. El proyecto va incorporando análisis producidos por intelectuales y evaluaciones de los que ocupan posiciones clave en el movimiento, que acaban siendo sistematizadas por ocasión de grandes eventos, como el *III Congreso Nacional de los Trabajadores Rurales* —en mayo de 1979—, patrocinado por la Confederación Nacional de los Trabajadores en la Agricultura (CONTAG). Allí se propuso una "reforma agraria amplia, masiva, inmediata y con la participación de los trabajadores" y se asoció reforma agraria y democracia, se creó un espacio nuevo para la discusión de este tema y, por la ausencia de interlocutores en aquel momento, la Confederación lo ocupó completamente. En el período de reorganización partidaria, ningún partido tenía condiciones de proponer —por el distanciamiento del problema y por el grado de detalle de una propuesta que sistematizaba una experiencia vivida— algo que se acercase al proyecto de Movimiento Sindical de los Trabajadores Rurales.[16]

Este espacio buscó ampliarse entre 1979 y 1984, con la nueva orientación adoptada por el movimiento sindical de dar prioridad a las luchas colectivas. Movilizaciones sin precedentes en torno de

16 Las conclusiones del tercer y del cuarto Congreso Nacional de los Trabajadores Rurales, además de reivindicaciones sobre la reforma agraria y la política agrícola propiamente dichas, incluyen propuestas articuladas sobre colonización, tierras públicas, incentivos fiscales, grandes obras públicas, Justicia Agraria, sequia proyectos especiales. Aún tratan de las cuestiones laborales y provisionarías y hacen consideraciones sobre el modelo económico y la política nacional.

precios mínimos y otros ítems de la política agrícola, seguridad social, articulación de las luchas en torno a la tierra, huelgas de asalariados, protestos en masa en contra de la construcción de presas o por la exigencia de indemnización en tierras, manifestaciones públicas en torno de problemas como sequías y presas o apenas exigiendo reforma, sucedieron, afirmando la presencia del movimiento sindical y delimitando un campo de luchas mucho más amplio que la simple oposición entre campesinos y terratenientes.

En el período anterior a 1964, en que pesará la importancia de la movilización campesina, la reforma agraria permanecía, en términos de Octavio Ianni, "una cuestión planteada por la ciudad; planteada en el horizonte del partido, o de los partidos, y que tiene que ver con una comprensión de la cuestión de la tierra que no es propiamente la del campesino, y que termina siendo la del campesino, en cierta medida" (Ianni, 1983: 64). En realidad, lo que se daba era el encuentro de un discurso urbano con la movilización campesina y la reapropiación de este discurso por el campesinado que emergía políticamente, sin que esta reelaboración se completase antes de 1964. Si la reforma agraria era planteada y hasta exigida por la movilización campesina, esta era formulada por una multiplicidad de programas partidarios, proyectos de ley, etc., que competían por el encuentro de la fórmula más adecuada, al mismo tiempo que competían por el marco del campesinado que emergía como fuerza política (Grynspan, 1987).

En los años recientes, la reforma agraria sería planteada por el movimiento de los trabajadores rurales y por un aliado poderoso, la Iglesia Católica que, desde la mitad de los años setenta, volvió a preocuparse por el problema agrario, involucrándose directamente en la organización de los trabajadores, en especial en las áreas de expansión de la frontera agrícola del norte y del centro-este. Se invertía el sentido de las cosas, comparativamente a los años cincuenta y sesenta: en lugar de que la reforma agraria fuera el objeto de concientización de los campesinos, producido por una élite urbana el problema era ahora que las organizaciones de trabajadores vendieran a una ciudad también transformada la idea de la reforma y lograsen, junto con fuerzas urbanas, obligar al gobierno a realizarla. Es significativo que haya sido creada en 1982 una Campaña Nacional por la Reforma Agraria, cuyos promotores e integrantes eran, no los partidos políticos o los sindicatos urbanos, si no la Confederación Nacional de los Trabajadores en la Agricultura, la Comisión Pastoral de la Tierra, la Línea 6 de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil y dos pequeñas organizaciones de intelectuales pro-reforma agraria: la Asociación Brasilera de Reforma Agraria (ABRA) y el Instituto Brasilero de Análisis Sociales y Económicas (IBASE) que proponían a las fuerzas sociales volver

"la Reforma Agraria una bandera y un movimiento concreto de toda la sociedad en apoyo a la Lucha de los trabajadores rurales".

LA REFORMA AGRARIA COMO CUESTIÓN

Si lo que vimos hasta aquí hace algún sentido, podríamos concluir, negativamente, que los cambios sufridos por la sociedad brasilera en las últimas décadas, no se limitaron a su económica, y tampoco los cambios en su economía se limitaron al campo, y tampoco los cambios sufridos por el campo se limitaron a la agricultura, y tampoco los cambios en la agricultura fueron apenas económicos, y tampoco los cambios en el sector agrícola se restringieron a la modernización tecnológica o a la integración al mercado o a la integración al complejo agroindustrial y, finalmente, tampoco los cambios sufridos por el sector agrícola más allá de la modernización se limitaron a sus efectos perversos.

Las transformaciones ocurridas en el campo fueron más grandes que la modernización —valorada positivamente— y sus efectos —lamentados y, algunas veces, justificados por los que la estudian—. Buscamos presentar algunos de los procesos que, paralelamente a la modernización, pesaron en la transformación del perfil del sector agrario brasilero.

La puesta en evidencia de estos procesos sugiere que estos se combinaron en dos movimientos relativamente autónomos y contradictorios. Por un lado, la progresiva ilegitimidad de las formas tradicionales de dominación, asociadas a la incapacidad del Estado —un Estado que no es mero árbitro, si no parte en las luchas sociales— de generar nuevas formas de legitimidad que han llevado a la multiplicación de los conflictos y a la ampliación de su "dominio". No son simplemente conflictos en torno a la tierra, de la producción o de las condiciones de trabajo, sino también de construcción de obras públicas, de asistencia médica, etc. No son simplemente conflictos que involucran campesinos y terratenientes y, mucho menos, que se solucionen solamente entre ellos.

Por otro lado, las ventajas aseguradas por el Estado, en el centro de la política de modernización, atrajeron para las actividades agropecuarias y agroindustriales, pero sobre todo para la especulación de la tierra, capitales de los más diversos orígenes, generándose una coalición de intereses en torno al negocio con la tierra incrustado en la propia máquina del Estado. Paradójicamente, la modernización provocó un aumento del peso político de los propietarios de tierras, modernos y tradicionales.

La reforma agraria es planteada en el orden del día por el primer movimiento. No se trata de una política más entre otras, que puede o no ser accionada por los gobernantes. Es una demanda social que

ellos no pueden ignorar. Es una cuestión socialmente impuesta. De ahí la dificultad que tienen de librarse del tema, aun cuando se vuelve políticamente inconveniente. Pero el peso de los intereses agrarios en el interior del Estado es suficientemente grande para inmovilizar cualquier intento en este sentido. El gobierno de la "Nueva República" elaboró planes de reforma agraria, los archivó y siguió hablando de reforma agraria. La Constituyente la inscribió en el texto de la nueva Carta, pero la inviabilizó al introducir la idea de "propiedad productiva", libre de desapropiación.

No se trata, simplemente, de un problema de gobierno, ni de un problema que involucre apenas a determinados grupos. Lo que está en juego en la cuestión actual de la reforma agraria —por fuerza de los procesos vitales que vimos— es la oposición entre dos movimientos que involucran la confrontación de intereses diversificados y que, por así decirlo, atraviesan toda la sociedad. En estas confrontaciones lo que, a su vez, está en juego, es la propia manera de operar del Estado. El impasse del Estado en administrar esta cuestión socialmente construida también refleja el de la sociedad en elegir el Estado que desea para gestionar sus propios impasses.

BIBLIOGRAFÍA

Abbott, M. L. 1988 "Fundo Fiscal absorbió US$ 6,6 mil millones en 10 años" en *Jornal do Brasil* (Brasil) 28 de abril.

Almeida, A. W. B. 1977 "Êxodo: uma tradição paralela" en Palmeira, M.; Almeida, A. W. B. *A invenção da migração. Projeto emprego e mudança sócio-econômica no Nordeste* (Río de Janeiro: Museu Nacional; UFRJ).

Almeida, A. W. B. 1980. *G.E.TA.T.A segurança nacional e o revigoramento do poder regional* (Río de Janeiro: CPT-Maranhão).

Almeida, A. W. B.; Esterci, N. 1979 "Trabalho e subordinação no sertão cearense" en *Revista de Ciências Sociais* (Brasil) Nº 10(1/2), pp. 95-130.

Bastos, E. C. G. 1977a "Laranja e lavoura branca", Tesis de Maestría (Río de Janeiro: Programa de Pós- Graduação em Antropologia Social; Museu Nacional; UFRJ).

Bastos, E. C. G. 1977b *Relações sociais no cultivo do algodão no Sertão. Projeto emprego e mudança sócio-econômica no Nordeste* (Brasil: Convênio UFRJ; FINEP; IPEA).

Bastos, E. C. G. 1964 *Lei Nº 4504* (Brasil) 30 de noviembre.

Bourdieu, P. 1966 "Condition de classe et position de classe" en *Archives Européenes de Sociologie* (Francia) Nº VII.

Camargo, A. A. 1981 "A questão agrária: crise de poder e reformas de base (1930-1964)" en Fausto, B. (org.) *História geral da civilização brasileira. O Brasil republicano. Sociedade e Política (1930-1964)* (São Paulo: Difel) Tomo III, Vol. 3.

Cardoso, F. H. 1975 *Autoritarismo e democratização* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Chiarelli, C. A. G. 1972 *Teoria e prática do PRORURAL* (São Paulo: LTr).

Coradini, O. L. 1982 "Produtores, cooperativismo empresarial e multinacionais: o caso do trigo e da soja" en Coradini, O. L.; Frederico, A. *Agricultura, cooperativas e multinacionais* (Río de Janeiro: Zahar).

Coradini, O. L. 1988 "Representações sociais e conflitos nas políticas de saúde e previdência social rural", Tesis de Doctorado (Río de Janeiro: Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional do Río de Janeiro).

Correia de Andrade, M. 1964 *A terra e o homem no Nordeste* (São Paulo: Brasiliense) segunda edición.

Delgado, G. C. 1985 *Capital financeiro e agricultura no Brasil: 1965-1985* (São Paulo: Ícone; UNICAMP).

Dreifuss, R. A. 1981 *1964: a conquista do Estado* (Petrópolis: Vozes).

Esterci, N. 1985 "Conflito no Araguaia: peões e posseiros contra a grande empresa", Tesis de Doctorado (São Paulo: USP).

FIBGE 1979 *Indicadores sociais-relatório 1979* (Río de Janeiro: FIBGE).

FIBGE 1986-1987 *Estatísticas históricas doBrasil. Séries econômicas, demográficas e sociais - 1550 a 1985* (Río de Janeiro: FIBGE).

Figueiredo, V. 1984 "Modernização sem reforma: uma solução precária para a questão agrária no Brasil" en *Tempo Brasileiro* (Brasil) Nº 77 abril-junio.

Furtado, C. 1964 *Dialética do desenvolvimento* (Río de Janeiro; São Paulo; Lisboa: Fundo de Cultura).

Garcia, M. F. 1984 "Feira e trabalhadore rurais", Tesis de Doctorado (Río de Janeiro: Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional; UFRJ).

Garcia Jr., A. 1975 "Terra de trabalho", Tesis de Maestría (Río de Janeiro: Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional; UFRJ).

Garcia Jr., A. 1983 "O Sul: caminho do roçado", Tesis de Doctorado (Río de Janeiro: Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional; UFRJ).

Garcia Jr., A. 1986 "Libres et assujettis: latransition des travailleurs dependants aux trav leurs libres dans le Nord-Est du Brésil" en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (Brasil) Nº 65, noviembre.

Garcia Jr., A. 1987 *Industrialização e transformações sociais no campo* (Río de Janeiro: Museo Nacional).

Grabois, G. P. 1971. Nova Imperatriz - estudo preliminar. Río de Janeiro, PPGAS/Museo Nacional/UFRJ. Simposio de Pesquisas, mimeografiado.

Graham, D. H. *et al.* 1987 "Thirty years of agricultural growth in Brazil: crop performance, regional profile, and recent policy review" en *Economic Development and Cultural Change* (Chicago: University of Chicago Press) Nº 36(1), pp. 1-34, octubre.

Graziano da Silva, J. (coord.) 1978 *Estrutura agrária e produção de subsistência na agricultura brasileira* (São Paulo: Hucitec).

Graziano da Silva, J. 1982 *A modernização dolorosa* (Río de Janeiro: Zahar).

Graziano da Silva, J. 1987 "Mas, qual Reforma Agrária?" en *Reforma Agrária* (Brasil) Nº 17(1), abril-julio.

Gryspan, M. 1987 "Mobilização camponesa e competição política no Estado do Río de Janeiro (1950-1964)", Tesis de Maestría (Río de Janeiro: Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional; UFRJ).

Heredia, B. 1986 "As transformações sociais na "plantation" canavieira: o caso do sul de Alagoas", Tesis de Doctorad (Río de Janeiro: Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional; UFRJ).

Ianni, O. 1983 "Intervenção na mesa-redonda: os anos 60: reforma agrária e questão agrária no período populista" en *Anais do Seminário Revisão Crítica da Produção Sociológica Voltada para a Agricultura* (São Paulo) 24-25 de marzo.

Kageyama, A. 1986 "O trabalhador temporário na agricultura em 1980" en *Reforma agrária* (Brasil) Nº 15(4), enero-marzo.

Martine, G. 1984 "Loss datos censitarios sobre migraciones internas: evolución y utilización" en ABEP *Censos consensos contra-sensos. Anais do III Seminario Metodológico dos Censos Demográficos* (Ouro Preto: ABEP; Fundación Ford).

Martins, J. S. 1980 Expropriação e violência: a questãopolítica no campo (São Paulo: Hucitec).

Martins, J. S. 1981 *Os campones e a política no Brasil* (Petrópolis: Vozes).

Martins, J. S. 1984 *A militarização da questão agraria no Brasil* (Petrópolis: Vozes).

Martins, J. S. 1985 "A igreja face à política agrada do Estado" en Paiva, V. (org.) *Igreja e questão agrária* (São Paulo: Loyola).

Martins, J. S. 1986 "A reforma agrária e os limites da democracia na 'Nova Repúblic'" (São Paulo: Hucitec).

Marx, K. 1950 *Le Capital* (París: Sociales). Tomo III.

Müller, G. 1988 "Ambivalência da modernização agrária. Novos Estudos" en *CEBRAP* (Brasil) Nº 21, julio.

Nunes Leal, V. 1976 *Coronelismo, enxada e voto* (São Paulo: Alfa-Omega) segunda edición.

Palmeira, M. 1971 *Feira e mudança econômica* (Río de Janeiro: Simposio de Investigaciones, Programa de Posgrado en Antropología Social; Museo Nacional; UFRJ).

Palmeira, M. 1976 "Casa e trabalho: nota sobre as relações sociais na 'plantation tradicional'" en *XLII CONGRÈS INTERNATIONAL DES AMERICANISTES* (París) 2-9 de septiembre.

Palmeira, M. 1979 "Desmobilização e conflito, relações entre trabalhadores e patrões na agroindústria pernambucana" en *Revista de Cultura e Política* (São Paulo) Año l, Nº 1, agosto.

Palmeira, M. 1985 "A diversidade da luta no campo: luta camponesa e diferenciação do campesinato" en Paiva, V. (org.) *Igreja e questão agrária* (São Paulo: Loyola).

Palmeira, M. 1987 "Reforma agraria e constituição" en *Ciência Hoje* (Brasil) Nº 35, septiembre.

Peixoto, H. R. *et al.* 1979 *A soja na pequena agricultura* (Brasilia: BINAGRI).

Pereira de Queiroz, M. I. 1978 *Cultura, sociedade rural sociedade urbana: ensaios* (Río de Janeiro; São Paulo: Libros técnicos e científicos; EDUSP).

Raposo, B. F. S. (org.) 1960 *Serviço social rural* (Río de Janeiro: Serviço Social Rural).

Sigaud, L. 1979 *Os clandestinos e os direitos* (São Paulo: Duas Cidades).

Sigaud, L. 1983 "As vendas de ponta de rua" en *Anuário Antropológico* (Río de Janeiro: Tempo Brasileiro) Nº 81.

Sigaud, L. 1986 "Efeitos sociais de grandes projetos hidrelétricos: as barragensde Sobradinho e Machadinho" en *Comunicación* (Brasil: Museo Nacional; UFRJ) Nº 9.

Sigaud, L. *et al.* 1987 "Expropriação do campesinato e concentração de terras em Sobradinho: uma contribuição à análise dos efeitos da política energética do Estado" en *Ciências Sociais Hoje* (São Paulo: Vértice; ANPOCS).

Silva Jr., A. *et al.* 1984 "Emprego rural: uma análise crítica das categorias dos censos agropecuários e das estatísticas cadastrais" en *Revista Brasileira de Estatística* (Brasil) Nº 45(179-180), julio-diciembre.

Sorj, B. 1980 *Estado e classes sociais na agricultura brasileira* (Río de Janeiro: Zahar).

VEJA 1989 (São Paulo) Año 22, Nº 38, septiembre.

Velho, O. G. 1972 *Frentes de expansão e estrutura agrária* (Río de Janeiro: Zahar).

Zanatta, O. 1984 "A titulação de terra rural no Brasil" en *Simpósio Internacional de Experiência Fundiária* (Brasilia: INCRA) 20-24 de agosto.

EL CORONELISMO DESDE UNA INTERPRETACIÓN SOCIOLÓGICA*

Maria Isaura Pereira de Queiroz

INTRODUCCIÓN

El Coronelismo ha sido comprendido como una forma específica de poder político brasilero, que surgió durante la Primera República y cuyas raíces se remontan al Imperio; los municipios ya eran feudos políticos que se transmitían por herencia —una herencia no configurada legalmente, pero que existía de manera informal—. Una de las grandes sorpresas de los republicanos históricos, casi inmediatamente después de la Proclamación de la República, fue la persistencia de este sistema, que se creía haber anulado con la modificación del proceso electoral. La Constitución Brasilera de 1891 otorgó el derecho de voto a todo ciudadano brasilero o naturalizado que fuera alfabetizado; así, parecían extintas las antiguas barreras económicas y políticas, y un amplio electorado podría teóricamente expresar libremente su elección.[1] Todavía, se verificó desde luego que la extensión del derecho al voto a todo ciudadano alfabetizado no ha hecho más que aumentar

---

* Extraído de *O mandonismo local na vida política brasileira e outros ensaios* 1976 (São Paulo: Editora Alfa-Omega), pp. 163-216.

1 Durante el Imperio, había una serie de exigencias de edad y de fortuna para que el individuo fuese considerado elector; la calificación de elector era dada por "mesas" o por "consejos", compuestos de personas influyentes que tenían poderes para eliminar de las listas a quien quisieran. Ver Pereira de Queiroz (1969: 61).

el número de electores rurales o citadinos, que siguieron obedeciendo a los mandos políticos ya existentes. La base de la antigua estructura electoral se había ensanchado, pero los jefes políticos locales y regionales eran prácticamente los mismos, y continuaron eligiendo para la Cámaras, para las Superintendencias de Estados, para el Senado, a sus parientes, sus aliados, sus favoritos, sus protegidos. De ahí viene la exclamación desilusionada de muchos republicanos histórico: "¡Esta no es la Republica de mis sueños!".

A pesar del tránsito del Imperio a la República, la estructura económico-política persistía, y con ella persistían los "coroneles", un nombre que databa ya del Imperio. ¿De dónde venía este título marcial? Se había originado de los títulos de la Guardia Nacional, creada poco tiempo después de la Independencia para defender la Constitución, auxiliar en la manutención del orden evitando las revueltas, y promover la seguridad regional y local. Todos los habitantes libres del país se integraban en los diversos niveles de la Guardia Nacional; los jefes locales más prestigiados automáticamente ocupaban los puestos más elevados, eran "coroneles"; seguidos de mayores, capitanes y otros jefes no tan importantes, teniendo bajo sus órdenes todos aquellos que no tenían medios de ocupar mejores posiciones. La Guardia Nacional reflejaba, pues, en el escalamiento de sus puestos, la estructura socioeconómica de las diversas regiones (Fleiuss, 1925: 160-161; de Magalhães en Nunes Leal, 1948; de Queiroz, 1969: 43). Extinta la Guardia Nacional poco después de la Proclamación de la República, persistió sin embargo la denominación de "coronel", otorgada espontáneamente por la población a aquellos que parecían detentar entre sus manos grandes porciones de poder económico y político.

Línea política divisoria en el coronelismo: Así, un "coronel" importante constituía una especie de elemento socioeconómico polarizador, que servía de punto de referencia para conocer la distribución de los individuos en el espacio social, fueran sus pares o sus inferiores. Era el elemento-clave para saber cuáles eran las líneas políticas divisorias entre los grupos y subgrupos en la estructura tradicional brasilera. La pregunta "¿Quién eres tú?" recibía invariablemente la respuesta: "Soy de la gente del Coronel Fulano". Esta manera de argumentar daba inmediatamente a quien escuchaba las coordenadas necesarias para conocer el lugar socioeconómico del interlocutor, además de su posición política. El término "gente" indicaba primeramente que no se trataba de alguien del mismo nivel que el "coronel" o su familia; en caso contrario, el parentesco sería invocado para situar al individuo dentro del grupo (diría, por ejemplo, "soy primo del coronel Fulano"). La formulación "gente" indicaba un individuo de nivel inferior, que podía hasta ser pariente, pero siempre sería pariente pobre.

En segundo lugar, la conexión con el coronel Fulano también se daba inmediatamente a conocer si el individuo estaba en posición de apoyo al poder local o regional, o en su contra, ya que nadie desconocía la actitud de los coroneles en relación con la situación a la oposición. Finalmente, también la posición del coronel Fulano en relación a otros coroneles era conocida por todos; el individuo que era su favorito también asumía las alianzas y las enemistades y se ponía como aliado o antagonista de la "gente" de otros coroneles. "Gente del coronel Fulano" significaba entonces su clientela.

La ubicación sociopolítica, teniendo como punto de referencia al "coronel" no era, sin embargo, exclusiva de los individuos de las capas inferiores, sino que se extendía a todos los niveles sociales. Todo "coronel" era integrante en nivel elevado de un grupo de parentesco más o menos amplio; y los grandes "coroneles" se constituían realmente en jefes supremos tanto de toda su parentela cuanto de las parentelas aliadas, pudiendo traspasar perfectamente su autoridad del ámbito local o regional, el estadual y presentarse hasta el nivel nacional. El "coronel" como jefe político nacional tuvo en Pinheiro Machado su representante más concluido (Costa Porto, 1951).

Integrante de una elite controladora del poder económico, político y social en el país —integrante, por lo tanto, de una oligarquía para utilizar el término apropiado— se ha definido al "coronel" principalmente por sus características políticas. Por ejemplo, la definición de Nunes Leal, en su obra clásica: el coronelismo sería una forma de adaptación entre el poder privado y un régimen político de extensa base representativa (Nunes Leal, 1948). Sin duda el aspecto político es lo que más llama la atención, entre todas las características que componen la figura del coronel; pero no es el único. Considerarlo solo bajo este aspecto es mutilar un conjunto complejo, tanto en sí mismo cuanto en su evolución histórico-social y política. Buscaremos, pues, no solo analizar las bases políticas de la organización coronelista, como también los fundamentos socioeconómicos de la misma, y finalmente aclarar el proceso de su decadencia.

LA ESTRUCTURA CORONELÍSTICA COMO UNA ESTRUCTURA DE CLIENTELA POLÍTICA

Uno de los trabajos de sociología política más recientes sobre la estructura coronelista es el de Jean Blondel, investigador francés que la estudió entre 1950 y 1960, en la forma todavía vigente en el Estado de la Paraiba. Para él, el "coronel" se define por el poder político: "cuando el dominio sobre el cual el protector actúa es muy extenso y reúne un gran número de electores, se le atribuye el nombre de *coronel,* porque en otro momento él era con frecuencia coronel de la Guardia

Nacional. El *coronelismo* es entonces la forma tomada por esta protección" (Blondel, 1957: 58). Así, el poder político es medido a través de la cantidad de votos de que dispone un jefe local o regional en el momento de las elecciones. Buscando mantener o expandir la fuerza de los coroneles, los jefes electorales son elementos de conexión indispensable entre el coronel y la masa de los votantes. La estructura, a grosso modo, se presenta jerarquizada en tres niveles" los coroneles; debajo de ellos los jefes electorales; y, en la base de la estratificación política, los electores. Además del papel de proselitismo, el jefe electoral tiene la función de organizar la masa, manteniéndola "en forma" para los pleitos.

Jean Blondel distingue tres tipos de estructura coronelística: primero, el mando personal, en que el coronel "domina a través de un sistema bien organizado de jefes electorales que van a ver los electores, transmiten las órdenes y las enmarcan en el día de la elección" (Blondel, 1957: 61). En seguida, el jefe político dominando individuos también de nivel y poder, los que, a su vez, dominan al electorado, una forma indirecta de poder desde el punto de vista del jefe más elevado, que lo vuelve menos absoluto que en el primer caso, una vez que en este último el jefe no tiene seguridad total de que recogerá todos los votos (Blondel, 1957: 62). Finalmente, también existe la dominación "colegial", donde "cada miembro de la familia domina una zona, pero, como esta permanece unida y como no hay un jefe especial, la dominación es más *aristocrática* que monárquica" (Blondel, 1957: 61-62); en este caso, casi todos los puestos locales —médicos, jueces, despachantes, algunas veces los sacerdotes y naturalmente los diputados—, están en las manos de gente que pertenece al grupo familiar.

Cuando el poder es directo sobre el electorado, el coronel tiene certeza de dominar las elecciones. Sin embargo, cuando entre el electorado y el coronel existen intermediarios, sean jefes locales de algún cargo, dominando de quinientos a mil electores, sean jefes locales pequeños o medianos, dominando 100 o 200 electores y hasta menos, el poder se vuelve más fluctuante. Blondel observa que muchas veces "los pequeños jefes políticos adquieren una verdadera libertad de elección y pueden ejercer presión sobre la familia dominante" (Blondel, 1957: 62). Los subjefes políticos, como podríamos llamarlos, son los que ejercen el poder de manera absoluta sobre los votantes y constituyen una especie de *grandes electores,* ya que es sus manos que está el electorado. Así, cuando se estudia el coronelismo en determinada región, es necesario en primer lugar verificar qué tipo de jefe coronelista existe al nivel del grado superior de mando, al nivel de grado medio y qué posibilidad de *defensa* cuenta el elector, en el grado inferior de la escala de poder. Pues incluso este no siempre es totalmente un "secuaz", pudiendo detener alguna posibilidad de maniobra (de Queiroz, 1968d).

ESTRUCTURA CORONELÍSTICA REGIONAL

Además de una primera tarea, que es la de determinar la estructura coronelística de una región, cuando se decide estudiarla desde su hecho político, hay también que verificar si se trata de una localidad donde el control de un coronel o de una parentela es único o rígido; o si se trata de una localidad en que diversas familias disputan el Poder. En el primer caso, se trata realmente de un poder absoluto y, por lo mismo, casi no da margen a las luchas. Estas pueden ser terribles cuando dos o más familias pretenden reinar. "La presencia, frente a frente, de solo dos familias tiende a dar más agresividad a las relaciones políticas. En donde tres, cuatro o cinco familias se oponen, las divergencias son menos brutas", ya que en este caso las alianzas se vuelven indispensables (Blondel, 1957: 62-63).

Existieron en Brasil coroneles de varios grados, desde el pequeño coronel dominando apenas 200 electores, hasta el gran coronel, el mandatario nacional con otros niveles de coroneles debajo de él. La cantidad de grados de la estructura coronelista cambiaba dependiendo de la región y de la zona. Esta forma, que Jean Blondel llamó de "dominación indirecta" —mucho más compleja de que la "dominación directa"—, habría sido la regla en el país; la "dominación directa" solo habría sucedido en un número muy pequeño de casos, o en el caso del último coronel de la escala, en relación al su electorado que comandaría directamente. Por lo menos es lo que indican las investigaciones hasta ahora efectuadas y la descripción de varios "casos" de coronelismo constante en la obra de diversos autores (Nunes Leal, 1948; Moraes, 1963; Lins, 1960; y Machado Neto, 1972).

En la zona Serrana de Santa Catarina, por ejemplo, en las dos primeras décadas, el modelo era el de la dominación indirecta, pues el poder en los municipios de Curitibanos, Canoinhas, Xanxerê, etc. estaba dividido entre jefes políticos mayores y menores, en una lucha por momentos latente, por otros violenta unos con los otros, haciendo y deshaciendo alianzas, disputando el poder local, por un lado, y, por el otro, el regional, por la búsqueda y el apoyo de los jefes políticos de la familia Ramos, la familia hegemónica regional (Pereira de Queiroz, 1957).

En el municipio de Jeremoabo, en el norte de Bahía, la antigua hegemonía total de la familia Sá se vio amenazada por la aparición de una "oposición", a partir de 1945; tanto la "situación" (PSD) como la "oposición" (UDN) eran formadas por conjuntos de coroneles menores, superados por la figura de jefes regionales de mayor alcance (Pereira de Queiroz, 1972).

La multiplicidad de los coroneles es, de esta forma, el aspecto esencial, la originalidad de la estructura política de Brasil en la Primera República, una característica que se conecta directamente a la estructura

socioeconómica tradicional del país, fundamentada en grupos de parentesco que son al mismo tiempo grupos de familiares de sangre, con sus alianzas y grupos de asociados económico-políticos. Jean Blondel reconoce que en la Paraiba "el jefe político es el sucesor de este jefe de clan del que hubo muchos ejemplos en el sertón, en la época en que era esencial la necesidad de hacer reinar el orden; también es el sucesor del dueño de tierras que cultiva la caña-de azúcar en la zona del litoral" (Blondel, 1957: 60). En su multiplicidad de aspectos y en su evolución, ya hemos trazado el perfil de estos jefes en trabajos anteriores, desde la época colonial, bajo el rótulo genérico de "dirigentes locales" (Pereira de Queiroz, 1955; 1969). El coronelismo se integra, pues, como un aspecto específico y datado dentro del conjunto formado por los jefes que componen el control local brasilero, fechado en la Primera República, aunque el término *coronel* data de la segunda mitad del Imperio, porque es allí que el coronelismo alcanza su plena expansión y la plenitud de sus características. El coronelismo es la forma asumida por el control local a partir de la Proclamación de la República; el control político local tuvo varias formas desde la Colonia, y así se presenta como el concepto más amplio en relación con los tipos de poder político-económico que históricamente marcaron Brasil.

EL NEGOCIO ELECTORAL

El segundo aspecto esencial existente es el de la posibilidad de negociación y la consideración del voto como una posesión, que marca a los electores frente a los respectivos jefes, y que proviene justamente de la multiplicidad de niveles jerárquicos. Jean Blondel observó atentamente que la dominación más rígida era la ejercida directamente por el jefe político sobre sus subordinados, con el apoyo de la fuerza. Sin embargo, ya al final del Imperio, Afonso Celso llamó la atención sobre el hecho de que los políticos estaban en la dependencia de sus electores; debían servirlos, buscando satisfacer sus deseos, a cambio del voto; terminaban siendo "una especie de procurador o comisario-general para todas las incumbencias, incluso para las de orden más particular" (Celso, 1901: 23, 24 y 27).

Anteriormente a la República, solo votaban los ciudadanos con propiedades; de acuerdo con la última ley electoral del Imperio, el elector necesitaba justificar un ingreso anual mínimo de $200,000-, cantidad muy alta en la época. El voto de estos ciudadanos constituía, pues, un bien cuyo valor era conocido y que les permitía intercambiarlo por favores y beneficios. Una vez extendido el voto a la mayoría de los ciudadanos, el modelo persistió entre los jefes políticos mayores; en los menores, a veces detentores de menos de una centena de votos y, finalmente, entre estos y los propios electores. Era "normal",

en el período de elecciones, que los jefes políticos y sus jefes electorales salieran en *tournées* por el interior, cargados de regalos para los electores —botas tipo vaqueras para los hombres, ropa de algodón estampado para las mujeres de la familia del electores, ropas y juguetes para los niños e, incluso, en un sobre, junto con la credencial de elector, había otros mil reis…—. Sabroso folklor electoral hasta ahora poco conocido y poco tomado en consideración, pero que tiene un significado patente,[2] ya que revela una verdadera "compra" del voto.

Sin embargo, es importante no olvidar que la obtención de los votos no siempre se expresó por la forma benigna de la compra, puesto que se encontraba insertada en una estructura de dominantes y dominados, donde los dominantes detentaban varias formas de poder en sus manos, incluso y principalmente el económico. La opresión, la violencia y la crueldad también fueron armas utilizadas por los coroneles para captar votos, tan empleadas y usuales cuanto los favores y los beneficios. ¿Hubo diferencias entre el empleo de la violencia o de la negociación de una región para la otra? Por lo que conocemos de la historia de las elecciones paulistas, el poder de negociación parecía plenamente instalado en el primer decenio. Es posible, e incluso probable, que esto no sucediera en otras regiones del país, donde la forma violenta de obtención de voto se conservó por más tiempo. Por lo menos es lo que dice Juan Blondel de la Paraíba, hablando del lento pasaje de una dominación sin piedad a otra más tranquila; decía que, en 1957 —su época— el jefe político "capta los electores o los conserva gracias a frecuentes favores para que ellos lo consideren indispensable. De la antigua dominación del *jefe político* que imponía sus órdenes a través de la fuerza, de la época en que el jefe electoral era verdaderamente el jefe de un pequeño ejército, permanece, sobretodo, una apariencia externa. El *jefe político* sigue asegurando la protección de sus hombres, pero esta protección, con el desenvolvimiento de la conciencia nacional pierde, cada vez más, su carácter político para tomar un aspecto administrativo. El elector adoptó el hábito de pedir cada vez más. Él sabe que existen un Estado y una Federación que lo pueden auxiliar" (Blondelm, 1957: 64-65). Bien sabemos que la persistencia del poder de negociación en relación al voto, hasta hace más o menos veinte años, no se dio solo en la Paraíba, ya que lo encontramos todavía vigente en el norte de Bahía en los años cincuenta (Blondelm, 1957: 64-65).

---

2 Hemos escuchado muchas veces que, durante el primer decenio de este siglo, en la época de las elecciones, había verdaderas movilizaciones familiares, reuniones de parentela de los jefes políticos con el fin de hacer los paquetes y los sobres, destinados a las diversas familias de los electores que serían distribuidos en la tournée. Supimos que la costumbre existía en el interior de Bahía, hasta 1950, más o menos.

Así, la extensión del voto a todos los alfabetizados, conquista republicana, en lugar de implementar un sistema de elección, que consiste en la afirmación de la opinión del electorado, votando por los candidatos que le parecieran los más capacitados, amplió el antiguo sistema en que el voto era un bien de intercambio. Durante el Imperio, era un bien de intercambio que se negociaba entre electores y candidatos pertenecientes a casi todos los niveles socioeconómicos más elevados; en la República, las normas "liberales y democráticas", introducidas como una corrección de lo que había de adhesión durante el Imperio (por ejemplo la compra de votos), fueron reinterpretadas en términos de las condiciones socioeconómicas existentes y tuvieron como resultado extender a todos los niveles de la jerarquía social el mismo sistema anterior, acentuándolo. De este modo, como ya lo habíamos dicho en el trabajo anterior, no era la elección el momento de la decidir por los más capacitados y sí "un momento de poder de negociación o de reciprocidad de talentos. El individuo entrega su voto porque ya recibió un beneficio o porque todavía espera recibirlo" (Blondelm, 1968: 130).

Esta extensión del poder de negociación fue posible porque la ley electoral republicana también restringió el sistema de voto, que no abarcó a toda la población, sino solo a los adultos alfabetizados. La mano de obra rural utilizada en las haciendas era analfabeta y por lo tanto no votaba; formaba los grupos de hombres de confianza con que los coroneles mayores y menores imponían su ley, pero no constituía la masa del electorado. Esta era formada por los que ocupaban las zonas rurales; por los pequeños funcionarios, artesanos, vendedores, en los pequeños núcleos y pueblos, los que constituían la capa inferior alfabetizada. En investigaciones efectuadas en el antiguo "sertón de Itapecirica" fueron encontradas cartas fechadas en el inicio de la República, todavía en el siglo XIX, dirigidas a los habitantes que allí residían y solicitándoles el voto, a cambio de vínculos de parentesco o amistad. Era a este electorado económicamente independiente a quien se dirigían los regalos en las vísperas de las elecciones. También era este el electorado que más sufría con la opresión y con las violencias. Era este el electorado sacrificado cuando un coronel nacional como Rodrigues Alves, Presidente de la República, prometía "terminar con la Disidencia[3] a balazos" a principios de siglo, en São Paulo.

La existencia de la compra de voto no impedía las injusticias y los abusos de poder, aunque siempre constituyese una limitación a ellos, en la medida en que el coronel necesitaba de los votos de "sus

3 En los dos primeros decenios de la República, se llamó Disidencia a la oposición formada en São Paulo dentro del Partido Republicano Paulista, reduciéndolo en dos alas que se combatieron furiosamente.

electores". En una zona determinada, la división de poderes entre varios jefes en lucha podía constituir una posibilidad mayor de negociación para los habitantes, aunque también significase conflictos violentos y sangrientos en la localidad: los habitantes podían "negociar" su apoyo a determinado jefe, oponiéndolo a aquellos considerados como totalmente déspotas". Los habitantes vivían en tierras de su propiedad; en un barrio rural donde sus parientes y cómplices, pequeños propietarios como ellos, también habitaban en general; formaban, pues, un bloque con el cual se debe contar y que pesa en una elección.[4] Siempre fueron hombres libres, propietarios, y su situación de libertad desarrolló la conciencia de su "igualdad" en relación a los terratenientes, en una sociedad cuya definición principal, durante casi tres siglos, sucedió en función de la división entre hombres libres y esclavos. La elevación de los esclavos a hombres libres, en 1888, no diluyó esta diferencia; la pasó a otra perspectiva, dividiendo ahora a los poseedores de los no-poseedores. Los antiguos esclavos no se transformaron en poseedores de la tierra con la liberación, sino en mano-de-obra desproveída de tierras; y los habitantes, que ya existían, siguieron como pequeños propietarios.

Este sentimiento de "igualdad" siempre volvió extremadamente ambiguas las relaciones entre los componentes de las pirámides de poder brasileras, y en todos los niveles existentes dentro de ella: se encontraba en las relaciones de los pequeños jefes políticos con los electores que controlaban directamente, ya que sabían el valor que tenía su voto (que también aducían el de otros votantes del mismo "barrio rural", en general, debido a las normal de solidaridad de la parentela); existió entre los pequeños, los medianos y los grandes coroneles, ya que eran todos ellos *jefes* disponiendo de una clientela subordinada, que podía traer la victoria o la derrota a un gran coronel regional o nacional. La existencia de este sentimiento de "igualdad" deja las relaciones de dominación-subordinación a la disposición de cualquier susceptibilidad y de pudor. Un pequeño jefe puede perfectamente abandonar al gran coronel que siempre acompañó para pasarse con otro, con toda su clientela, desde si se considera ofendido en su dignidad. Esta dependencia del mayor en relación a los de nivel inmediatamente inferior, y de estos en relación con los del siguiente nivel, y así sucesivamente hasta el habitante, permitía que el voto se volviera realmente un "bien de intercambio", y llevaba a los grandes y medianos coroneles a todo un comportamiento de paternalismo diplomático y de etiqueta refinada, en relación a sus inmediatos—, un

4 Sobre la organización de "barrios rurales" y el problema de la parentela, ver Garcia Fukui (1972).

comportamiento que hoy está lejos de haber sido totalmente identificado, estudiado e interpretado.

Fue, por esta razón, que pudimos escribir en el otro trabajo: "del elector al líder político hay un intercambio de servicios, una reciprocidad o contraprestación, semejantes a las que rigen las relaciones individuales básicas. Y así, se espera lealtad tanto del elector al coronel como del coronel al elector" (Pereira de Queiroz, 1968d: 130). La exigencia de un coronel para que sus favoritos voten por determinado candidato tiene como contrapartida el deber moral que el coronel asume de auxiliar y defender a quien le dio el voto. Son estos los aspectos específicos del juego electoral brasilero, desde que la república los extendió a todos los ciudadanos alfabetizados: "Votar por un candidato indicado por un coronel no es aceptar pasivamente su voluntad; es dar conscientemente un voto a un jefe poderoso, de quien ya se obtuvo algo, o se desea obtener algo. El voto es, pues, consciente, pero orientado de manera distinta al del voto de un ciudadano de sociedad diferenciada y compleja; en el primer caso, el voto es un bien de intercambio; en el segundo caso, el voto es la afirmación personal de una opinión".[5]

En una sociedad en que las relaciones básicas habían sido siempre regidas por la reciprocidad del don y del contra-don dentro del parentesco, tanto en el interior de la misma capa como entre capas de posición socioeconómica diferente, el mismo modelo se extiende al sector público, en el momento en que este gana amplitud. Esto hace que la causa de un jefe sea realmente la causa de los dependientes, de manera clara y concreta. Si el coronel era de la "situación", sus protegidos tenían libertad de acción para hacer lo que querían, con la seguridad de quedar impunes; sin embargo, cuando el coronel se encontraba en la "oposición", era como si la maldición hubiera caído sobre él y su gente: eran perseguidos, maltratados, apresados y reviraban pagando violencia con violencia, aunque sabían a lo que se arriesgaban. Para el protegido, nada mejor que su coronel quedara con la "situación", a fin de que pudiera perseguir a sus adversarios sin temor y gozar de los privilegios de su condición.

Esta organización existía desde la época colonial, con las luchas de las familias alrededor del poder local; estas se habían extendido al poder provincial y al poder nacional después de la independencia del país, y persistían después de la Proclamación de la República, marcando con su sello la apropiación del poder, en cualquiera de sus niveles. "Situación" y "oposición" habían constituido en el pasado las

5 Sería necesario reestudiar las relaciones coronel-electores, para revelar el verdadero sentido del llamado "voto de cabresto" (compra de votos), durante la Primera República (Pereira de Quieroz, 1968: 130).

grandes divisiones políticas brasileras, más importantes que cualquier ideología partidaria; y seguían con la misma profundidad y magnitud después de instalado el régimen republicano. Persistían en todos los niveles de poder —federal, estatal y municipal—. E incluso asumían el aspecto de "guerras de familia", como en el pasado.

Dentro de una dualidad estructural como esta, las disputas y violencias eran mucho más intensas que de una "mitad" frente a otra, aunque no estuvieran ausentes de conflictos internos (Carvalho Franco, 1970). Sin embargo, los coroneles se devoraban entre sí, mucho más de lo que devoraban a sus protegidos; "situación" y "oposición" se enfrentaban entre cuerpos sangrientos, mucho más de lo que los jefes de una y otra facción en relación a sus subordinados respectivos. Toda la historia de la Primera República es formada por luchas de este tipo, mucho más que por la opresión de los coroneles a sus inferiores (Pereira de Queiroz, 1969).

EL ORIGEN DE LA ESTRUCTURA CORONELÍSTICA: LOS GRUPOS DE PARENTELA

Un coronel también era, en general, el jefe de una parentela extensa, de la que constituía, por decirlo así, la cúspide. La parentela estaba formada por un gran grupo de individuos reunidos entre sí por vínculos de parentesco carnal, espiritual (compadrazgo) o de alianza (uniones matrimoniales). Gran parte de los individuos de una familia provenían de un mismo tronco, ya fuera legalmente, o por vía bastarda; las alianzas matrimoniales establecían lazos de parentesco entre las familias, casi tan preciados como los de sangre; finalmente, lo vínculos entre compadres unían tanto padrinos y ahijados, como a los compadres entre sí, de modo tan estrecho como el propio parentesco carnal.[6]

Definición de "parentela": El término "parentela" que estamos utilizado no ha sido muy empleado en el lenguaje socio-antropológico; pero no se trata, en el caso brasilero, de la "gran familia", constituida de varias generaciones de parejas viviendo juntas bajo el mismo techo; por otro lado, el grupo familiar sobrepasa la familia nuclear, ya que reúne, en una red de reciprocidades, deberes y derechos, a tíos, sobrinos, primos, además de abuelos y nietos, extendiéndose por lo tanto no solo hacia arriba sino hacia abajo en la gran corriente de las generaciones, y extendiéndose también horizontalmente a los dos márgenes de modo indistinto. Es decir, el parentesco brasilero siempre ha sido reconocido tanto en la línea paterna como en la materna. Los términos más utilizados en la literatura socio antropológica no

6 Sobre el problema del compadre, ver Arantes Neto, 1970; Garcia Fukui, 1972.

son, pues, plenamente adecuados a la realidad brasilera, y el término "parentela", menos utilizado, puede reflejarla mejor si está convenientemente definido.

Entendemos por "parentela" brasilera un grupo de parentesco de sangre formado por varias familias nucleares y algunas familias grandes (es decir, que sobrepasan el grupo padre-madre-hijo), viviendo cada quien en su hogar, generalmente económicamente independientes; las familias puedes encontrarse dispersas en grandes distancias una de las otras; pero el alejamiento geográfico no rompe la vitalidad de los vínculos, o de las obligaciones recíprocas.[7] Su principal característica es la compleja estructura interna, que puede ser tanto de un tipo igualitario (por ejemplo, en las regiones de habitantes en que las familias tienden a estar todas situadas en el mismo nivel socioeconómico) como de tipo estratificado (lo que sucedía sobre todo en las regiones de agricultura de exportación y también en las de pasto, existiendo en el interior de la parentela varias capas sociales).[8] Fuera igualitaria, fuera estratificada, la parentela presentaba fuerte solidaridad horizontal, en el primer caso, vertical y horizontal en el segundo, uniendo tanto a los individuos de la misma categoría como a los individuos de niveles socioeconómicos distintos.

No estamos lejos de creer que se trata de un tipo *sui generis* de familia, no suficientemente definido en la literatura socio antropológica existente, ya que todavía no encontramos otra que se le asemeje en cuanto a las características. Quizás la estructura más cercana fuese la estructura de clanes, para la cual las distancias físicas también podían estar abolidas sin que se anulara el parentesco, como era el caso de los clanes escoceses. Sin embargo, el clan es en general internamente igualitario y es parte de una estructural tribal, existiendo en un contexto socio económico específico en que la ciudad es inexistente o no tiene expresión. La parentela brasilera, internamente estratificada, al contrario, es parte de un complejo socioeconómico en que la ciudad siempre ha sido un elemento fundamental, desde la época colonial; la ciudad (o por lo menos el pueblo) era sede del poder político, era el lugar donde se encontraba la Cámara, y por lo mismo se volvía objeto de intensas disputas en las luchas de familias (Costa Pinto, 1942: 3). Internamente heterogéneas en relación a la economía, muchas veces

---

7 Para ilustrar esta afirmación, léase Espiridião de Queiroz Lima, 1946, para las familias formando grupos estratificados; y Maria Isaura Pereira de Queiroz, 1968c, para los habitantes.

8 Es muy importante recordar siempre que hubo en Brasil regiones de habitantes (y todavía las hay), en las que la estructura socioeconómica tiende a ser igualitaria. Ver Cândido, 1972; Pereira de Queiroz, 1971 y 1973.

formadas de grupos familiares de diversas formas, distribuidos en una jerarquía que revelaba dónde se encontraban el poder económico y político, las parentelas eran siempre internamente heterogéneas. Pero, paradójicamente, individuos y familias se sentían unidos por los mismos intereses sociopolíticos y económicos, y unidos los defendían; se sobreponía el interés de la parentela al de las familias y al de los individuos, y por lo mismo aquel se volvía finalmente el primer interés de todos.

Una vez proclamada da Independencia, la formación de la Guardia Nacional acompañó las divisiones de las jerarquías familiares, cada batallón representando una parentela, por decirlo de alguna forma. Es lo que retrata muy bien Espiridião de Queiroz Lima en su libro sobre parentelas cearenses. Así, en la familia de José Pereira Calvacanti, este tenía el puesto de teniente, y su hermano más joven, Simão Correa de Araújo, era alférez; dos parientes por alianza de la familia Queiroz Lima cuyo jefe más importante tenía el puesto de Capitão (de Queiroz Lima, 1946: 70). Esta unión de los miembros de la parentela dentro de un mismo batallón, o de un mismo regimiento de la Guardia Nacional como entonces, reflejaba su solidaridad interna. Sin embargo también mostraba que, si esta solidaridad realmente existía, no impedía las diferencias de jerarquía socioeconómica, ya que los diversos grados de la Guardia Nacional también reflejan el nivel de fortuna que se alcazaba el individuo: alférez inferior al Teniente, el Teniente inferior al Capitán, y, en la cumbre, sobrepasando a todos, el Coronel. El término "coronel" nombraba entonces, en la mayoría de los casos, no solo el individuo que detentaba una gran suma de poder económico y político, sino también lo que se encontraba en la capa superior de los grupos de parentela.

Las parentelas presentaban indiscutibles ventajas económicas, tanto para los jefes como para los miembros que las componían. Aunque las familias conyugales y las grandes familias que formaban el conjunto de la parentela fueran en general económicamente independientes y autosuficientes, la parentela ofrecía el apoyo de su disponibilidad económica, amparando a los miembros que pasaban por negocios desastrosos o malas cosechas. La solidaridad económica, latente en lo cotidiano, emergía en los momentos de necesidad; no solo traía tranquilidad a los miembros de la parentela, sino que también permitía el desarrollo del espíritu de la iniciativa de sus miembros: al empezar un negocio nuevo, contaban con el apoyo de la parentela, que también formaría una retaguardia garante en caso que el negocio fracasara. La parentela constituía un gran grupo económico, formado de familias con sus economías particulares, que reunían sus bienes cuando era necesario.

Además de grupos económicos, la parentela también era un grupo político, cuya solidaridad interna garantizaba la lealtad de los miembros en relación con los jefes. La exclamación del Coronel Azeredo, jefe político del Mato Grosso, dirigiéndose a Euclides Malta, jefe político de otro Estado, ilustra esta afirmación: "Hiciste muy bien, Euclides, eligiendo solo a los tuyos. Yo, como no tengo parientes, cada persona que envío para el Gobierno de Mato Grosso es un traidor" (de Queiroz, 1969: 89). La explicación del desencanto del Coronel Azeredo era sencillo: sin un vínculo de sangre o de alianza que lo ligara al jefe, quien se viera electo Gobernador de un Estado buscaría cautivar las simpatías de los jefes locales, emancipándose del jefe político que lo eligió.

Como grupo, la parentela presentaba tres aspectos interconectados —el político, el económico, el del parentesco—, mostrando que la sociedad en la que estaba implementada las esferas socioeconómica y política estaban aún poco diferenciadas. Los sectores político, económico y de parentesco, reunidos, garantizaban el funcionamiento de la sociedad y le daban una característica propia.

Sin embargo, esta indiferenciación no significaba de ningún modo armonía o equilibrio hacia dentro o fuera de las parentelas. Por el contrario, justamente porque eran esferas indiferenciadas, cualquier conflicto en un sector repercutía violentamente en todos los otros, determinando rupturas en general profundas (de Queiroz, 1968b). La indiferenciación constituía, pues, un factor de fragilidad, que se contraponía a la solidaridad afectiva también existente, como se vio, en una clara dialéctica de oposiciones. Dentro y fuera de las parentelas, las relaciones podían ser de alianza, con base en los vínculos afectivos y en la similitud de intereses económicos y políticos; pero también podrían ser de competencia y rivalidad, llevando frecuentemente a conflictos sangrientos, desencadenados hasta por causas aparentemente sin importancia. No eran raras —al contrario— las rupturas en el interior de las parentelas, llevando a la formación de dos nuevos grupos que se distinguían por la ferocidad de sus relaciones. Parece que estos grupos eran tanto más profundamente enemigos cuanto mayor fuera la unión anterior.

En la base de estos retazos estaban casi siempre ambiciones de control o de posesión, y recurrían a la posibilidad de ascenso a puestos más elevados en la jerarquía del Poder. De una capa a la otra, en el interior de la pirámide familiar, la ascensión social no solo era posible, sino que constituía su "ley natural". En primer lugar, lo que hacía que uno de los miembros de la parentela ascendiese a las posiciones de control eran sus calidades personales para el liderazgo, reconocidas en general por sus pares. Fortuna, instrucción o matrimonio podían reforzar las calidades personales para hacer que el individuo subiera

a la posición suprema; pero también constituían vías de acceso a ella, independientemente de cualidades personales. De aquí se concluye que la ascensión al puesto supremo, dentro de una parentela, no era marcada por la herencia —el hijo del coronel sustituyendo al padre dentro del grupo de parientes— sino que oscilaba de acuerdo con las calidades de los candidatos, que eran todos los individuos que tuviesen la misma situación socioeconómica entre los parientes.

Así, cuando Clementina de Matos, gran coronel de la Chapada Diamantina, sintió que se acercaba la muerte, mandó buscar a su sobrino Horacio, que vivía lejos, para entregarle el liderazgo de la parentela, aunque tuviera un hijo varón; este fue preterido, pero aceptó dulcemente la determinación paterna, reconociendo la personalidad superior del primo.[9] Más o menos por la misma época —a las vísperas del siglo XX— en la Zona Serrana del interior de Santa Catarina, el viejo coronel Almeida, debilitado con la edad, pasó el bastón del poder al coronel Chiquinho de Albuquerque, forastero en la región integrado en el grupo de los Ameida, ya que reconocía en él las calidades para el ejercicio del liderazgo; pero su hijo Henriquinho de Almeida no se conformó con la decisión paterna, al contrario de sus numerosos hermanos, que obedecieron, ya que creía ser el sucesor de su padre. La parentela se fundió entre Chiquinho de Albuquerque y Henrique de Almeida, y esta división fue uno de los factores más importantes para desencadenar de la Guerra del Contestado, de 1911 a 1916 (Pereira de Queiroz, 1957; Vinhas de Quieroz, 1966; Teixeira Monteiro, 1972).

La pirámide de la parentela no era internamente estática e inmóvil; muy al contrario, había en su interior capas socioeconómicas y una dinámica de ascensiones-bajadas, que podía actuar como elemento de refuerzo de su continuidad, como constituir un factor de fragmentación interna, formándose entonces dos bloques enemigos de parientes. Así, aunque constituyendo centros de vigorosa solidaridad interna, contradictoriamente también estaban las parentelas sujetas a la fragmentación por las más variadas razones; la solidaridad interna efectiva era una especie de contrapartida de una fragilidad también real, ambas indisolublemente conectadas por una dialéctica de anverso y reverso.[10] Sin embargo, todavía está por hacerse el estudio de las

---

9 Se cuenta que la investidura fue hecha virtualmente: Clementino de Matos alineó la parentela en su cuarto y mandó que Horacia de Matos aplicase media docena de reglazo a cada uno, símbolo de poder que entonces asumía. Ver Moraes, 1963: 47-48; Barbosa, 1956: 6-8; y Machado Neto, 1972: 13.

10 Estamos utilizando el término "dialéctica" dentro de la concepción de G. Gurvitch, que muestra la existencia de otros movimientos, conflictivos o no, más allá de la oposición de los contrarios. Gurvitch, 1962.

alianzas y de los conflictos, en sus razones aparentes y ocultas, para intentar comprender como se hacían y deshacían estos grupos, aclarando afirmaciones que, presentadas hasta ahora como seguras, en realidad no pasan de conjeturas.

En el interior de las parentelas, que también llamamos de "pirámides familiares", la solidaridad operaba en general con base en la interdependencia entre las diferentes partes sobrepuestas que las componían, ya que eran internamente estratificadas en función de actividades económicas y de posiciones sociales. De una parentela a la otra, era la confluencia o la oposición de intereses económicos y políticos la que determinaba la adhesión o alejamiento. Si la parentela fuese dominada por un "colegiado" de coroneles, la fragmentación y las luchas internas se volvían casi inevitables. Y esto porque todos los coroneles que la formaban eran jefes supremos en potencia, peleándose por cuestiones menores. Así, los coroneles actuaban en función de dos diferentes criterios, que por momentos los llevaban a la reconciliación, por otros al disenso: en primer lugar, sus ambiciones personales, tanto económicas como políticas; en segundo lugar, la lealtad familiar y de amistad. Ya vimos cómo en la parentela de los Almeida, la frustración de Henriquinho al verse desterrado por la decisión de Chiquinho de Albuquerque para el puesto supremo, lo llevó a él y a sus protegidos a una lucha que se dispersó por los sertones de la Zona Serrana de Santa Catarina y duró hasta 1940, por lo menos.

Estudiando las familias de habitantes, Maria Sylvia de Carvalho Franco percibió que la solidaridad interna de estas era bastante frágil: "Es suficiente que entre en escena un componente mínimo de intereses económicos, para que incluso las prescripciones fundamentales de autoridad paterna *versus* piedad filial dejen de ser respetadas" (Carvalho Franco, 1969: 44). Lo que ella encontró al nivel de los habitantes debe ser extendido a todos los grupos de parentela brasileros, ya que lo mismo puede ser dicho de las parentelas coronelísticas para las que un nuevo sector de fricción debe ser accionado además del sector económico —el sector político—. Desde este punto de vista, no se oponen familias de terratenientes y familias de habitantes; también en aquellas, a pesar de la solidaridad y como un reverso *necesario* de la misma, las quiebras internas eran frecuentes y violentas, formándose por la fragmentación nuevos grupos de parentela.[11]

---

11 No estamos de acuerdo, pues, en este punto con Maria Sylvia Carvalho Franco, que opone la "enorme importancia y solidez de las relaciones familiares en la antigua sociedad brasilera" a la fragilidad de las familias de habitantes. Ambas eran frágiles y fácilmente afectadas por la violencia.

Si decimos que la fragmentación y la fragilidad forman el reverso necesario de los grupos de parentela coronelístico, es porque la solidaridad de un grupo tiene como factor de su refuerzo y solidez la existencia de un enemigo externo, contra el que debe luchar para sobrevivir, sea por medios poco severos, sea por medios violentos. El conflicto entre parentelas surge como un importante factor de sus continuidades; el conflicto las perpetúa, por la exigencia de lealtad y apoyo unánime que todos deben a todos en su interior, volviéndose así el determinante de la continuidad de las parentelas en el tiempo. Cualquier obra de los memorialistas, cronistas o estudiosos que hayan sido publicadas sobre las tres primeras décadas del siglo XX y todavía prolongándose por lo menos en algunos puntos del país, como veremos a la continuación, muestra cómo era la violencia, en todos los niveles de la sociedad, una forma "normal" de respuesta a determinadas situaciones o acciones. Lo que Maria Sylvia de Carvalho Franco llamó un "ajuste violento" constituía realmente una de las "modalidades *tradicionales* de actuar" (Carvalho Franco, 1969: 27),[12] en todos los niveles de la sociedad brasilera, anterior al período plenamente coronelístico (de 1889 a 1930), durante este, y hasta los días actuales. La naturalidad con que siempre se recurrió al "ajuste violento" en relación al enemigo muestra cómo fue realmente habitual en la sociedad brasilera.

Las peleas entre parentelas rivales constituían, por otro lado, un antídoto para luchas que podrían desencadenarse entre las propias capas internas de la parentela, ya que fomentan una solidaridad vertical intensa.[13] Cuando la lucha tenía lugar en el interior de una parentela, seguía una línea que cortaba la pirámide en porciones, de arriba a abajo, y no una línea separando las capas socioeconómicas, que se mantenían armónicas; resultaban de esta lucha nuevas pirámides de parentela, internamente también estratificadas. No tenemos noticias de conflictos que hayan levantado una capa socioeconómica contra la otra, en el interior de la parentela; las disputas contra parentelas rivales sirvieron justamente para desviar a los grupos de luchas de este tipo, luchas de inferiores contra superiores.

El conflicto inter e intra-parentelas resultó, pues, siempre, en una formación de nuevas parentelas, en la aparición de nuevos

---

12 Nuevamente, lo que la autora encontró al nivel de los habitantes es también válido para nosotros al nivel de los coroneles.

13 Antonio Candido representó la parentela brasilera bajo la forma de círculos concéntricos; el núcleo sería formado por la familia del "patriarca" (o del "coronel", siguiéndose varios círculos concéntricos con parientes, agregados etc. Creemos que el modelo geométrico más adecuado sea el de la pirámide truncada, formada enteramente de capas sociales sobrepuestas, divididas entre sí por el dinero y por el prestigio, ya que muestra claramente la subordinación de unas capas a otras. Ver Cândido, 1951.

"coroneles". Y como la tierra era extensa, existía la posibilidad de que los vencidos se embrollaran en el sertón, acompañados de su gente, desbravando zonas incógnitas y conquistando nuevos dominios, en los que durante algún tiempo reinarían sin gravamen. Hasta que la nueva parentela surgida en su propio seno, o proveniente del exterior, también intentase allí instalarse y dominar, surgiendo entonces la dicotomía "situación" y "oposición", norma fundamental y expresión política de la sociedad brasilera desde el período colonial. Los conflictos siempre emergieron, también en un desencadenar de violencias, que los perpetuaron.

Solidaridad[14] y conflicto[15] surgen de esta forma, en la sociedad brasilera coronelística y en la que estuvo anteriormente, como dos caras de la misma moneda, no existiendo una sin su opuesta inherente, complementaria y recíproca, por más ambigua y paradójica que sea. Y porque existen ambas, también existen las violencias, [16] que tienen como finalidad el exterminio, el aniquilamiento del oponente. Solidaridad, conflicto y violencia fueron factores de conservación de la estructura brasilera de las parentelas y una de las bases del sistema coronelístico. La dinámica de esta sociedad hizo con que surgiesen a menudo nuevas parentelas, pero no hizo con que estas se transformasen sino lentamente. Debido a aquellos factores, también, no se propició la formación de capas socioeconómicas distintas de la parentela, y apoyadas solamente en vínculos socioeconómicos. La lucha en contra del "otro grupo" hizo que muchas veces las divergencias socioeconómicas internas de la parentela permanecieran latentes y no operasen. A través del tiempo, la solidaridad de la parentela, los conflictos y las violencias reforzaron la estructura de las parentelas, haciéndolas acomodarse con las diversas formas políticas que sucesivamente se instalaron en el país —Colonia, Imperio, República—. Y se tradujo en dichos como este: "¡Para los amigos, todo; para los enemigos, el rigor de la ley!"

---

14 Solidaridad: unión consiente o no entre individuos o grupos en contacto unos con los otros, que los hace adherir fuertemente unos a los otros. Ver Bailly, 1947; Willems, 1961.

15 Conflicto: oposición consciente o latente entre individuos o grupos, con la finalidad de subordinar o destruir el opositor. Las solidaridades internas siempre se refuerzan frente a la amenaza de un conflicto externo, pendiente o abierto, consciente o inconsciente. Ver Bailly, 1947; Willems, 1961.

16 Violencia: abuso de fuerza llevado a efecto con vigor excesivo, sin dudar y con una constancia que la hace permanecer en el tiempo, asociada al conflicto, contribuyendo para tornar más resistente las solidaridades. Bailly, 1947; Willems, 1961.

EL FUNDAMENTO DE LA ESTRUCTURA CORONELISTICA: LA POSESIÓN DE BIENES DE FORTUNA

Como bien lo observa Costa Porto, en un libro muy lúcido de los problemas del coronelismo brasilero, que delinea la biografía de Pinheiro Machado, coronel de los coroneles durante la Primera República, el prestigio de los coroneles "les confieren la capacidad de hacer favores" (Costa Porto, 1951); cuanto mayor es esta capacidad, mayor electorado tendrá y más alto se situará en la jerarquía política, sea que ocupe cargos administrativos, o no: será jefe municipal, estatal o hasta federal.

Bien, en Brasil los medios de acceso a la fortuna fueron principalmente la herencia, el matrimonio y el comercio.

Pensándolo bien, no utilizamos el concepto de "gran propietario" para definir al coronel. No es raro, en Brasil, que el poder de otros bienes de fortuna superara el poder extraído exclusivamente de la posesión de la tierra. En primer lugar, siendo esta muy abundante, solo se volvió fuente de poder para los que poseían capitales para explotarla[17] o para los que lograban reunir gente que, a cambio de una parte, fuese obligada a servir y a defender al propietario. En general, los primeros —los que poseían capitales— siempre se pusieron en la escala socioeconómica superior a los segundos, es decir, los que únicamente se apoyaban en sus agregados y los tenían al mismo tiempo como fuente de ganancia y como fuente de poder.[18] Por esta razón, las ricas regiones de monocultivos de exportación —un tipo de agricultura que exigía mucho capital para organizarse y producir— constituirán también en el país, y desde la época colonial, las sedes efectivas del poder político. Las regiones que se dirigieron al pastoreo rudimentario, o las regiones en que solo eran encontrados habitantes trabajando la tierra con el brazo familiar,[19] fueron casi siempre regiones pobres y por eso sin mayor expresión en el cuadro político nacional, aunque la extensión de la propiedad también fuese, generalmente, desmesurada. Y, en este caso, la región de propiedades ganadera, que permitían mayor dominio sobre los hombres, tendió a cobrar mayor importancia política de que las simples regiones de habitantes.

Herencias, matrimonios y despotismo: Herencia y matrimonio, generalmente, se presentan unidos en la preservación de las fortunas y del despotismo local.[20] La herencia fue un medio, por decirlo

---

17 Manoel Correa de Andrade lo muestra muy bien en uno de sus estudios, 1963.

18 Con el sistema de socios, el propietario rural tenia uno y otro.

19 Ver las diversas estructuras rurales brasileras en Pereira de Queiroz, 1971.

20 Ver harta documentación en Manoel Correa de Andrade, 1963; Espiridião Queiroz Lima, 1946; Ulysses Lins de Albuquerque, 1957, 1960; y Francisco de Paula Ferreira de Rezende, 1944.

así, "natural" de preservación del estatus y del poder, utilizada por determinados grupos en contra de otros; es bien conocida y no hace falta ningún análisis detallado. Ya el matrimonio fue empleado de dos maneras con la misma finalidad: 1) El matrimonio en el interior de la propia parentela —tíos con sobrinas, primos con primas— siendo tan largamente utilizado que, en 1919, João Brígido observaba escandalizado que era tan habitual que solo faltaba, como en el reino de los animales, que los padres se unieran con sus propias hijas (dos Santos, 1919: 289); era la manera de impedir que la fortuna fuera para las manos de extraños o se dividiera. 2) El matrimonio fuera de la parentela, dando como resultado la alianza de dos grupos poderosos que pasaban a ser "parientes", y por lo tanto íntimamente unidos, tanto económica como políticamente, pudiendo elevarse en la jerarquía del dominio gracias a esta suma de fuerzas familiares, económicas y políticas.[21]

Además de instrumento de defensa de posiciones sociales para los grupos existentes, el matrimonio era un importante medio de integración y de ascensión social para los ambiciosos que, no perteneciendo a una parentela importante, o siendo forasteros, pretendiesen conquistar una posición destacada. Wilson Lins cuenta, por ejemplo, cómo el "joven Franklin Links de Albuquerque" llega a Pilão Arcado con su padre y sus hermanos para intentar la vida. Dentro de poco tiempo, sus hermanas y hermanos se habían casado con las más viejas familias locales, de tal modo que Franklin se vio "completamente integrado en el medio y, aunque sin querer participar de la vida política del municipio, gozando de mucha influencia…" Pero, la alienación del joven a las luchas políticas locales y regionales no duró mucho y él fue alzado a las altas posiciones, por lo que siempre contó con el apoyo de los grupos de parentela a que se había aliado por los matrimonios de los hermanos (Lins, 1960: 79).

La distancia geográfica no era impedimento para los matrimonios inter parentelas, al contrario: buscar mujer o marido en regiones lejanas era establecer en ellas una punta de lanza, una posibilidad de injerencia en los negocios o en la política de otras localidades. Viajes constantes de una propiedad rural a la otra, para visitar parientes, para cerrar negocios, para estrechar la mano a un correligionario, ponían los jefes de familiar a la par de los jóvenes existentes en las parentelas aliadas, permitiendo tratar matrimonios que no solo unían

21 Así, Horacio de Matos, coronel de la Chapada Diamantina, al casarse busca novia en la poderosa familia Medrado, asentando con esta alianza las bases definitivas de su poder regional. Walfrido Moraes, 1963: 128; Zahidé Machado Neto *et al.*, 1972: 50; Olympio Barbosa, 1956.

dos grupos socioeconómicos y políticos, sino dos regiones geográficas. Así, el matrimonio con gente de otras localidades también constituyó al nivel de las parentelas un medio de luchar en contra de la inmensidad del espacio, como ya hemos visto a nivel de los habitantes en otro trabajo (Pereira de Queiroz, 1968c), impidiendo el aislamiento total de creadores y cosechadores en sus haciendas —aislamiento que siempre ha sido de los más relativo—s. De esto modo, los vínculos que se establecían entre los varios grupos de parentelas se volvían independientes de ubicación en el espacio geográfico, de su vecindad o de su distanciamiento; matrimonios y alianzas anulaban los factores exclusivamente físicos.

Sin embargo, aún más importante que el propio matrimonio, la posesión de fortuna —para la que el comercio parece haber concurrido quizás más que cualquier otra actividad económica— fue un factor que pesó fuertemente en la ascensión sociopolítica de los individuos en todos los períodos de la historia brasilera.[22] Las grandes fortunas rurales general se asentaron, también, o se asociaron estrechamente al ejercicio de las actividades comerciales.[23] Es suficiente observar las historias de los coroneles del Vale del S. Francisco, donde en las primeras décadas del siglo XX parecía existir la estructura coronelística en su forma más exacerbada, para verificar esta asociación.[24] Franklin Lins de Albuquerque, por ejemplo, se transfiere a Pilão Arcado "para intentar la vida en el comercio y en la cosecha". Ms tarde, jefe político prestigioso, no abandona sus relaciones comerciales, "transformándose en un perspicaz movedor de capitales, dirigiendo una empresa exportadora influyente en el mercado internacional de ceras vegetales" (Lins, 1960: 79). El propio Horácio de Matos, que parece encarnar el prototipo del Coronel, aún joven se cambia al Morro do Chapéu, "donde, con escasos recursos, decide establecerse con una tienda de

---

22 En este punto, el "coronel" de las primeras décadas del siglo XX no hizo más que continuar en la vía trazada por los viejos comandantes, terratenientes y condes del tiempo del Imperio, que a su vez perpetuaban la manera de ser de capitanes-mayores y regidores del período colonial. Sergio Buarque de Holanda observa que las "elites del Primer Reinado vienen más de la clase de los comerciantes urbanos que de la aristocracia rural", y es de esta que salen los ministros, por ejemplo. Sergio Buarque de Holanda, 1973. Esta observación muy posiblemente puede ser generalizada para todas las épocas.

23 Para el período del Imperio, en São Paulo, los libros de Carlota Pereira de Queiroz muestran bien la integración de actividades comerciales y rurales, tanto para los hacenderos de café del Vale del Paraíba, cuanto para los del Oeste paulista. Ver Pereira de Queiroz, 1965 y 1969.

24 Esta asociación también existía entre los habitantes, entre los que era difundida la creencia (que persiste hasta hoy) de que el comercio es la vía más segura para la fortuna.

telas y menudillos haciendo, además, un comercio modesto de diamantes y carbonatos" (Morais, 1963: 79).

DELMIRO GOUVEIA, FIGURA EXCEPCIONAL DEL CORONELISMO

Pero el ejemplo más claro de la ascensión mediante la adquisición de bienes de fortuna en el comercio es el del Coronel Delmiro Gouveia, pionero de la industrialización en el Nordeste. Hijo natural de Delmiro de Farias y de Leonila Flora da Cruz Gouveia, después de haber iniciado la vida como modesto empleado de la carretera de hierro, se entregó al comercio como vendedor ambulante, "conduciendo productos manufacturados, que vendía o permutaba por pieles", haciendo "negocios de compra y venta, o, simplemente, de trueque" (Rocha, 1963: 43). Finalmente consiguió organizar su propia empresa, comerciando con "cueritos" de cabra y otros animales, amplió cada vez más sus negocios, hasta alcanzar la integración en la elite de la capital pernambucana, donde llegó a dictar la moda masculina de los "cuellos Delmiro Gouveia", altos y bien planchados… Vivía en un palacete en Apipucos adornado por pintores franceses, frecuentaba teatros, viajaba al exterior y, debido a su propia situación de fortuna y prestigio, fue llevado a participar de las luchas políticas que tenían lugar alrededor del poder, en Recife. Apoyando la "oposición", el coronel Delmiro encontró dificultades para llevar adelante sus proyectos para convertir a Recife en un mercado enteramente moderno y modelo, el "mercado del Derby", especie de pionero de los supermercados actuales; dificultades que culminaron con el incendio premeditado del mismo por las fuerzas de la "situación". Una hazaña sentimental —el secuestro de una joven menor de edad, por quien, a los cuarenta, se enamoró— lo obligó a abandonar Recife y refugiarse en Alagoas. Fue allí que le vino la idea de aprovechar la fuerza hidroeléctrica de la Cascada de Paulo Afonso para la instalación de una industria de cables, que sería el punto de partida para un gran proyecto, la Compañía Agro-Fabril Mercantil. Según rezaban los estatutos de esta, explotaría en "los Estados de Pernambuco, Algoas y Bahía el comercio de ganado, caballar, cabruno y ovino, cosecha de algodón, irrigación de tierras secas, fuerza eléctrica y sus aplicaciones, e industria textil" (Rocha, 1963: 105). Instalado en una región pobre, que enriquecía con sus iniciativas, y que volvía populosa, ya que acudían trabajadores desde muy lejos trabajadores queriendo emplearse en la "Fabrica de Piedras", como era conocido su establecimiento industrial, tomó partido por el coronel Aureliano Menezes, que era jefe político de la "oposición" en Jatobá (actualmente Petrolândia), auxiliándolo no solo con el apoyo de los votos que comandaba, como también financieramente. Los jefes "situacionistas", los coroneles José Gomes y José Rodrigues, no podían ver con buena

mirada a la nueva estrella política que surgía, un coronel poderoso rodeado "de guardias y prestadores de servicios", que disponía de dinero y de empleos para distribuir, y que así amenazaba volverse la primera figura de la región, concentrando en sus manos el poder económico y el político. Los dos coroneles se unieron en contra de un adversario que súbitamente llegó a modificar el escenario regional y, de su unión, se originó el plan del asesinato del adversario, en 1917, llevado a cabo por matones (Mota, 1967: 37-38; Rocha, 1963; Martins, 1963). El crimen comenzó una gran revuelta local, y los ejecutantes fueron presos, pagando el crimen cometido; sin embargo, los 'cabezas' quedaron naturalmente impunes: pertenecer a la capa de los líderes, y aún más a la "situación", traía claramente ventajas inestimables. La historia del coronel Delmiro Gouveia evidencia la importancia de los bienes de fortuna en la adquisición de posición socioeconómica y de influencia política, factor aún superior a la integración en una parentela. Su fortuna le permitió prescindir de esta, tanto en la ascensión social cuanto en la manutención de su posición económica-política.

El forastero que llegase con algún capital a una localidad, y allí se estableciera abriendo "venta", estaba iniciando un camino que lo podía llevar hasta el liderazgo político; tenía en las manos una "clientela" natural de compradores a los que podía hacer diversos favores (el "vender sin pagar", no era menor), gente humilde y grandes figuras locales. Conectándose así tanto a la clase más elevada como a la clase "media" a la que pertenecía, y a la clase baja, el modesto comerciante ocupaba una posición clave que lo elevaba fácilmente al puesto de jefe electoral, y, ampliando su fortuna, en poco tiempo se incluiría entre los coroneles locales. El comercio no constituía una ocupación desdeñada o despreciada;[25] por el contrario, era una actividad prestigiada, que, según la voz popular, podía llevar a los más altos destinos.

En un medio retraído como el brasilero, desde el punto de vista ocupacional, y cuya capa superior alcanzaba el poder con la venta de productos para el exterior, es decir, con la producción de mercancías destinadas al comercio de exportación, la noción de comerciante naturalmente se confundía con la de fortuna. El propio comercio interno adquiría otra dimensión, el pequeño comerciante local se presentaba dotado de un mérito que no ha sido considerado por los estudiosos. Si la base del coronelismo era, como escribió Costa Porto, "la capacidad de hacer favores", el comerciante, pequeño o grande, aparecía

25 En los cancioneros populares, la figura del comerciante aparece como la de un hombre rico y poderoso, que trata casi de igual para igual con príncipes y reyes. Ver la Historia de Dona Gincura, o la Historia da Donzela Teodora en Cascudo, 1970: 195; y 1955: 144.

realmente como alguien dotado de excelentes medio de "hacer favores" a los demás.

Por otro lado, es conocido que un individuo desproveído de bienes, incluso perteneciendo a un importante grupo de parentela, no alcanzaba una posición socioeconómica satisfactoria, a no ser que la parentela lo protegiera, haciéndolo subir posiciones en desacuerdo con sus bienes de fortuna, pero de acuerdo con el valor que la parentela le reconocía. En suma, en la estructura coronelística, solamente los individuos bien asignados de fortuna heredada o adquirida tenían posibilidades de hacer favores y conquistar clientes. Y desde este punto de vista la historia de Delmiro Gouveia se volvía nuevamente muy clarificada: individuos como él podían llegar a ser coroneles debido al poder económico, sin que la falta de una parentela poderosa constituyera un obstáculo. La parentela era el elemento que auxiliaba y facilitaba una ascensión sociopolítica, tanto es así que toda la sociedad brasilera se encontraba recortada en grupos de estos tipos; pero el verdadero motor de ascensión era constituido por los bienes de fortuna.

Incluso más, puesto que las parentelas estaban formadas, internamente, de capas sobrepuestas que se distinguían también la una de las otras por los bienes de fortuna de sus miembros, sobrepasando hasta las relaciones afectivas. Los parientes ricos pertenecían siempre a capas más elevadas de que los parientes pobres; aunque que los parientes pobres tuviesen lazos de sangre muy estrechos con los parientes ricos, una posición secundaria les estaba reservada en relación a ellos. Los miembros de la parentela conocían perfectamente su posición socioeconómica dentro de la pirámide, y, de capa en capa, sabían a quién estaban subordinados. Así, sobre una larga base de clientela inferior muy pobre, que le servía de sustento, la pirámide de la parentela se elevaba en distintas capas según su fortuna, de la que transcurrían el prestigio y la suma de poder de que disfrutaban los individuos. La fortuna era la base real de todo este edificio, fuera este producto simplemente del comercio de mercancía de cualquier tipo o procediera de grandes cosechas, de creación de ganado o de cosechas variadas. La fortuna abría todas las puertas; el forastero rico podía integrarse en las grandes parentelas por el matrimonio y así reforzar su posición de líder. Dentro de la parentela, por otro lado, la adquisición de fortuna también fue un factor de ascensión interna para sus miembros.

Sin embargo, no podemos olvidar que otro ingrediente entraba en la ascensión socioeconómica y política de los que se volvían coroneles, y esto tanto dentro como fuera de la parentela: la posesión de cualidades personales inequívocas, que los fortalecían en la posición a que se alzaban. Decimos "fortalecían" porque la fortuna siempre era más

importante para llevarlos a determinadas posiciones de que las calidades del jefe. Pero en general ambas actuaban juntas. Así, del pequeño jefe político local al gran jefe nacional, los coroneles presentaban, en distintos grados, esta virtud indefinible que Max Weber llamó "carisma" —un conjunto de dotes personales que un individuo impone a los demás, haciendo que estos le obedezcan, volviendo sus órdenes indiscutibles justamente porque vienen de él—. El carisma era, según Max Weber (1994: 127-128), la virtud de los caudillos; todos los coroneles, pequeños o grandes, eran un caudillo o un caudillito.

Esta calidad indispensable explica por qué, dentro del grupo de la parentela, el liderazgo supremo no pasaba directamente de padres a hijos; el jefe elegía como su seguidor a aquel que presentase las calidades exigidas, pudiendo la designación recaer hasta sobre un extraño que la familia hubiese adoptado, por poseer bienes de fortuna.[26] Otra forma de ser hacer la elección era por un junta de jefes de parentela, aliados entre sí, que elegían como líder a aquel en que reconocían las virtudes requeridas.[27] Esta forma de liderazgo era muy antigua en el país; provenía directamente de los tiempos coloniales, había reinado durante el Imperio, y persistía soberanamente durante la Primera República.

De este modo, el liderazgo coronelístico, que siempre fue un liderazgo económico y un liderazgo de parentelas, asumía además de todo un aspecto claramente carismático, ya que el elegido (sin importar el tipo de elección y las razones de su ascensión social), por el solo hecho de ser el gran jefe, tenía inexplicable cualidad de despertar la adhesión afectiva y entusiasta de los hombres, llevándolos espontáneamente a la obediencia, una cualidad que también concurría para reforzar la solidaridad interna del grupo.[28] La posibilidad de ascensión social en este tipo de sociedad venia del hecho de no existir una rígida determinación en la sucesión de los liderazgos, es decir, venia del hecho de que la determinación de los liderazgos se apoyaba tanto en el factor económico cuanto en las calidades personales del individuo; y esto dentro y fuera de las parentelas. Se puede decir que el liderazgo político del coronel era, en primer lugar, resultante de su posición económica, que

---

26 Recordamos las ascensiones al liderazgo ya relatadas anteriormente, de Horacio de matos en la Chapada Diamantina, y de Chiquinho de Albuquerque en la Zona serrana de Santa Catarina.

27 Fue lo que se dio entre las parentelas que se habían escondido en la Mata Mineira, para abrir haciendas de café (Ferreira de Rezende, 1944).

28 Ya hemos interpretado los "mesías" brasileros como coroneles cuyo poder es de base religiosa. La religión se presentaba como un nuevo canal de ascensión para el poder. Los "mesías" eran jefes carismáticos, jefes políticos, jefes económicos y jefes religiosos (Pereira de Queiroz, 1957, 1965).

daba al individuo la posibilidad de ejercicio del poder, poniéndolo en situación de hacer favores; la existencia de la parentela era una condición importante de apoyo para la conservación del poder dentro del conjunto de parientes; pero, entre los parientes, el jefe por excelencia era aquel que presentase las calidades indispensables; el gran coronel siempre era un *primus inter pares*.

Jean Blondel, que estudió el coronelismo todavía existente en la Paraíba en 1955, es de la opinión de que hubiera habido una evolución, traducida en el "crecimiento de los nuevos jefes, independientes de los sistemas tradicionales, que deben a su profesión, y ya no a sus tierras, tener poder sobre los electores" (Blondel: 60). En realidad, han existido estos jefes desde la Independencia, y un análisis como el que hemos efectuado sobre el despotismo local brasilero lo revela claramente (Pereira de Queiroz, 1969).

Hemos analizado el comercio como vía de ascensión para el coronelismo. Las profesiones liberales, a partir de la Independencia, también constituyeron canales para lo mismo. De los tres canales —fortuna, parentela y profesiones liberales— este último fue el más reciente, datando los otros dos del período colonial. El surgimiento de este canal surgió de la creciente urbanización en el occidente del país, acompañada de la burocratización en vía de ampliarse, y de la exigencia de cursos superiores para ocupar determinados cargos (Pereira de Queiroz, 1973b); pero este nuevo canal se ajustó perfectamente con el sistema económico y con el sistema de las parentelas, ampliando las posibilidades de ascensión existentes en la sociedad global, para los individuos de menores posesiones o de menos prestigio social.[29] De este modo, lo que Juan Blondel nombra "nuevos coroneles", en lugar de formar un grupo opuesto al de los antiguos, como piensa el autor, estaban desde hacía mucho integrados en la estructura ya existente, conectados íntimamente a los antiguos, sea por alianza, sea por el matrimonio, sea por otros vínculos.

FACTORES DE LA DECADENCIA DE LA SOCIEDAD CORONELISTICA: CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO, URBANIZACIÓN, INDUSTRIALIZACIÓN

Dentro de una sociedad no industrializada, el núcleo urbano, sea un poblado, una villa o una pequeña ciudad tiene distintas funciones —centro comercial donde se concentran y distribuyen mercancías; polo de relaciones y comunicaciones; concentración de los organismos de instrucción etc.—. En todos los casos, este siempre es un elemento de

29 Gilberto Freyre fue quizás el primer a llamar la atención para esta función de la instrucción, en su libro *Sobrados e Mucambos*. Ver Gilberto Freyre, 1951.

organización del medio rural circundante y sede del poder. Cuanto mayor es su importancia, más funciona como coordinador del medio rural y como base de comunicaciones.

Los jefes locales y coroneles nunca desconocieron ni subestimaron estas cualidades, y siempre buscaron desarrollar, en la región que dominaban, un centro urbano que estuviera bajo su control y que constituyese al mismo tiempo el centro de sus actividades: actuaron o como fundadores, o como protectores de ciudades que fueran *suyas*, en el pleno sentido del término. Poblados, villas y ciudades constituyeron entonces sedes de grupos de parentela, o de un grupo de parentela, aumentando con la multiplicación de estos grupos.[30] Por todas partes, en el país, la fundación de las villas abrió la necesidad de implementar un mínimo de disciplina en áreas que estaban desiertas, extendiendo hasta ellas los elementos de administración indispensables para el vínculo con la sociedad global. En la villa se ubicaban las Cámaras municipales y otras instituciones de Gobierno, concentrándose allí la autoridad sobre los alrededores, y pasando a constituir, por esto, el sustento de lucha entre las parentelas.

Las villas y pequeñas ciudades estaban dominadas por uno o más grupos de parentelas, cuya estructura se inscribía en la propia disposición de las casas a través del espacio: en el centro, la Matriz, cuyas proporciones reflejaban la fortuna del grupo dominante, rodeada, en la Plaza y en sus calles adyacentes, por casas amplias y cómodas de las grandes familias, vecinas de los edificios públicos; caminando hacia la periferia, las casas se volvían más modestas y, finalmente, en la periferia exterior, se ubicaban familias e individuos pertenecientes a las capas inferiores de la parentela. Esta configuración se dio en Brasil en general y contrariaba otra configuración socio espacial, representada por la gran propiedad: en esta, la distinción espacial de los grupos económicos se presentaba subdividida en solo dos "mitades" —capas superiores y capas inferiores— desigualmente distribuidas por el espacio alrededor de la casa grande, y permitiendo un contacto mucho más intenso entre individuos de posiciones sociales diferentes. Así, la forma tomada por las villas y por los poblados en Brasil muestra un tímido inicio de división según el factor económico, que no existía en la gran propiedad (en la que residía una sola parentela), haciendo que el grupo de vecindad urbano tendiese a ser social y económicamente homogéneo —los ricos y pobres entre ellos, fuera cual fuera su

30 Espiridião de Queiroz Lima describe el fenómeno en Ceará; Francisco de Paula Ferreira de Rezende muestra cómo operó en la región de la Mata mineira; tuvimos ocasión de analizarla en la Zona Serrana del Contestado. Ver Quieroz Lima, 1946; Ferreira de Rezende, 1944; Pereira de Queiroz, 1957.

parentela—. Sin embargo, esta ubicación de las familias en las ciudades, de acuerdo con la posición socioeconómica e independientemente de la parentela, no era suficiente para minar su solidaridad que, como hemos visto, contribuía para suavizar las distinciones económicas existentes dentro de ella.

En efecto, cabras, agregados y habitantes esposaban el partido de "su" coronel con tal vigor que pasaban a encarar los componentes del grupo coronelístico adversario como enemigos íntimos. Se trataba de una solidaridad que no era solamente afectiva y sentimental, sino que estaba fundamentalmente conectada a la realidad: transcurría por la manera en que estaban estructurados los grupos en parentelas aliadas u hostiles, dominando determinada región y dejando entonces toda libertad de acción a sus protegidos, o luchando por el dominio y dando a estos una actividad efectiva para alcanzar lo que deseaban —una actividad que involucraba la destrucción del grupo adverso—. En esta estructura, la solidaridad dentro del mismo extracto socioeconómico, la solidaridad horizontal, no solo era inexistente sino que no encontraba posibilidades de nacimiento.

BROTE DE URBANIZACIÓN EN EL SUR

A partir de la segunda mitad del siglo XIX y durante todo el período de la Vieja República, tuvo lugar principalmente en el Sur del país (es decir, en las regiones enriquecidas por el café) un importante brote de urbanización, es decir, de multiplicación y crecimiento de núcleos urbanos, junto con un rápido crecimiento demográfico, procesos que, en Brasil, precedieron por mucho a la industrialización (Pereira de Queiroz, 1973b). Debido al aumento de volumen de población, la estructura interna de las ciudades de complicó mucho más, las antiguas instituciones se ampliaron, nuevas instituciones aparecieron, se multiplicaron las ocupaciones para las que era exigido una preparación previa y específica. En las ciudades desarrolladas de esta forma, a la antigua relación de tipo primario, personal y afectivo, poco a poco se asoció y creció la relación de tipo secundario, impersonal, indiferente, ya no conectando a individuos sino a gremios.[31] La parentela siempre se ha caracterizado internamente por las relaciones personales y afectivas[32] entre sus miembros, independientemente de las capas o

31 Así son llamadas las relaciones entre personas que no son tomadas como individuos y sí como representantes de una categoría ocupacional, o de una categoría económica. Este tipo de relación es extremamente difundida en las grandes ciudades, en que conocemos, por ejemplo, panaderos, lecheros, carteros etc., pero no sabemos sus nombres ni nada que se prenda a ellos como individuos.

32 La afectividad puede tanto ser representada por la afección como por el odio. Las

de las categorías sociales a que pertenecen; desde que el grupo de la parentela se fijó en la ciudad, y que esta creció más allá de determinado límite (cuyo nivel todavía no ha sido establecido a partir de estudios concretos), las relaciones impersonales e indiferentes pasaron a ser dominantes, pasando a un segundo plano las relaciones personales y afectivas.

Dos procesos internos de la sociedad brasilera, pero externos a la estructura coronelística, actuarán en contra de ella; a estos se sumará un tercer proceso, externo al país, pero que acentúa los demás —la industrialización—. En un primer momento, la urbanización y el crecimiento demográfico son procesos que concurren para el desarrollo y la manutención de la estructura coronelística, para, en seguida, por su propio incremento, llevar a *choques* que tienden a arruinarla. La ciudad populosa, internamente muy diferenciada, va huyendo del poder de los coroneles, un tipo muy rudimentario de autoridad como para servir a un conjunto complejo. Las capas urbanas intermediarias crecieron mucho, entre la capa superior y las inferiores, acentuando las distancias socioeconómicas entre estas. Poco a poco, grupos ocupacionales específicos se estructuraron, y estos no solo no son dominados por el poder coronelístico, sino que también se oponen a él por una necesidad de la propia nueva estructura que surge. El coronel, que fue el antiguo "dueño" de la ciudad, se vuelve uno de los elementos de la estructura de poder, al lado de otros que por momento actúan como sus aliados y por otros como sus opositores.

El nuevo tipo de sociedad ya está prefigurado en la propia pequeña ciudad coronelística, y se expresa en la separación entre los diferentes barrios, habitados por población de distintos extractos; es decir, el barrio de vecindad urbano se compone de grupos socioeconómicos homogéneos, como ya hemos visto. La vecindad no se da más entre elementos de nivel socioeconómico distintos (como se podía observar en el interior de la gran propiedad) sino entre elementos de niveles socioeconómicos semejantes. Cada capa tiende a quedarse cerrada dentro de sí misma, diluyéndose los vínculos que la ataban a las demás. En otros términos, hay una debilidad de la solidaridad vertical que distinguía a los grupos de parentela, y un incremento de la solidaridad horizontal, donde capa tiende a ser solidaria en su interior.

Esta transformación fue gradual y todavía está en proceso; la propia estructura interna de las parentelas contribuyó para que no hubiera ruptura, cuando se inició el pasaje de un tipo estructural a otro. Y esto porque la posesión de bienes económicos —criterio por

---

relaciones primarias tienen fuerte carga sentimental, que puede tanto ser de afección cuanto de odio.

excelencia de la distinción en capas en la nueva sociedad— ya existía y era importante en la forma social anterior. La persistencia de este criterio de distinción de la posición sociopolítica de individuos y de grupos hizo que el cambio desde una sociedad dominada por las pirámides de parentela hacia una sociedad estructurada según el prestigio económico y ocupacional, no produjera grandes conflictos: ambas formas sociales estaban basadas en la posesión de bienes de fortuna. Las modificaciones siguieron la línea de la riqueza del país; por eso el Estado de São Paulo, debido al café, tuvo un ritmo más acelerado.

Nuevas instituciones, que se volvieron necesarias, contribuyeron a este fin. Al principio, estas fueron dominadas por el poder coronelístico; la creación de la policía, por ejemplo, en 1842, fue interpretada por muchos como una reducción del poder local, ya que esta innovación (es decir, la creación de superintendencias de policías en los municipios, para las que eran designados licenciados en Derecho) parecía quitar a los jueces de paz locales —bajo el control de los coroneles— los amplios poderes que poseían en la represión de la criminalidad. En realidad, pronto se verificó que esta novedad era inocua; los pobres delegados y subdelegados, perdidos en el fundo del sertón, no disponiendo de fuerzas para efectuar detenciones, aislados de los centros provinciales, solo podían vivir acogiéndose a la sombra del líder local, auxiliándolo y compartiéndolo su suerte. De esta forma, lo que pareció una debilitación de los jefes locales terminó constituyendo algo que les aumentaba la autoridad y el poder. El poder coronelístico, en plena vitalidad, imponía su dominio a las nuevas instituciones.

Sin embargo, el surgimiento de estas nuevas instituciones estaba profundamente conectado —y determinado— por el crecimiento demográfico y por la urbanización en ampliación, que reclamaban nuevas formas de organización y sociedad. Las nuevas instituciones se conectaban a una división más grande del trabajo, a una especialización de funciones, que aquellos procesos exigían. La especialización de funciones, a su vez, significaba un desdoblamiento de la autoridad, antes concentrada en las manos de los coroneles; la creación de nuevos órganos constituía, así, una discapacidad de sus poderes. La ley electoral de 1916, por ejemplo, sacó de las Cámaras Municipales (y, por lo tanto, de los coroneles que las dominaban) el alistamiento electoral y el conteo de las elecciones, pasándolos para el Poder Judicial; la Cámara Municipal quedaba impedida de calificar como electores solo aquellos que fuesen votar con el jefe local, impedía de frenar, tanto en el momento del alistamiento cuanto en el momento del conteo, los nombres que no fuesen interesantes. Se trataba de una amputación de la autoridad de los coroneles, pasando la parte restada al Poder Judicial, que en principio debería ser un poder neutral. Aunque

hubiese, de inicio, maneras de delinear la nueva ley, preservando el poder coronelístico, en realidad cada vez más, a partir del final del siglo XIX, leyes y decretos tendieron a fortalecer instituciones como el Poder Judicial, garantizándoles independencia en relación a los líderes locales, regionales e incluso nacionales.

Otra creación nueva fue el cargo de Alcalde o de Intendente Municipal (el nombre cambiaba de acuerdo con el estado) —jefe de la administración local que también debería ser electo—; las funciones administrativas escapaban, así, de las manos del Presidente de la Cámara Municipal, diferenciando al poder legislativo del poder administrativo, lo que correspondía a una nueva división del trabajo y también a un intento por dividir el poder. De esta manera, toda una serie de medidas fueron tomadas durante la República, que por detrás de la reducción del poder de las Cámaras Municipales afectaba también a los jefes políticos locales. Estas entregaron a la policía el poder de represión; con lo que el Alcalde perdió las funciones administrativas (Pereira de Queiroz, 1969: 81-84). Nuevas instituciones o instituciones reformadas, al principio sufrieron de las mismas intenciones de permanecer, por vías indirectas, subordinadas al liderazgo local, poco a poco se fueron liberando, principalmente en las regiones más ricas y más urbanizadas.

Toda institución, una vez creada o profundamente reformada, tendía también a crear una vida propia, distinta de la del despotismo. El surgimiento de otras concurrió para fortalecerlas en su camino hacia la independencia. Así, todas las nuevas creaciones se hacían al mismo tiempo que, con el crecimiento urbano, se ampliaba la cantidad de funciones, ocupaciones y actividades enteramente desconectadas de los acuerdos agrarios. Es decir, tomaba cuerpo, cada vez más, una población que no dependía del trabajo de la tierra para ganar su sustento. Y en determinado momento se volvió posible hablar en la existencia de una "realidad urbana" distinta de la "realidad rural" en el país. Una de las expresiones de la independencia institucional fue el establecimiento de garantías de inamovilidad, tenencia e irreductibilidad de que pasaron por ley a gozar los jueces federales, y que en 1926 fueron extendidas a los jueces estatales. "Dueños" de sus cargos, no habiendo ya la amenaza de la persecución del líder local, intentando suprimirlos, expulsarlos, desterrarlos a los confines del Estado, ellos pudieron juzgar sin sufrir una influencia demasiado opresiva por parte de los coroneles.

Como podemos observar, el crecimiento demográfico y el crecimiento urbano fueron determinando toda una dinámica de multiplicación de trabajos y de servicios que minaba y arruinaba el poder de los jefes locales. Poco a poco se volvía visible que el coronelismo era

condescendiente con un tipo muy específico de sociedad, definido por la indistinción de funciones, por la poca diferenciación de las ocupaciones, y por la poca necesidad de especialización, por la tímida división del trabajo, lo que quiere decir, por el significado modesto de la instrucción, que cualquier individuo podía desempeñar, con un mínimo en entrenamiento, una gran variedad de funciones. Cuando el desarrollo del país propició el surgimiento de una sociedad cuyas características fueron opuestas a aquellas, y que se presentaba cada vez más como compleja en la interdependencia de los sectores de actividades perfectamente distintas, entonces el principio mismo que permitió el surgimiento y la existencia de los coroneles estaba comprometido, y su desaparición, en un futuro más o menos cercano, estaba sellado.

Sin embargo, si la dominación clara y visible de las parentelas fue comprometida debido a la evolución socioeconómica, el fenómeno no se dio sin generar condiciones para su permanencia. Estas condiciones se volvieron posibles porque las parentelas no se habían restringido a ejercer solo actividades agrarias; en realidad, sus posesiones estaban apoyadas en varios tipos de inversiones, donde la hacienda de café o de la cosecha de cacao o de la caña, no constituían sino un aspecto. Ya hemos visto la importancia que tuvo el comercio para asegurar la posición, o promover la ascensión social de los coroneles y de sus parentelas. Cuando surgieron los primeros servicios de importancia, urbanos o no (carreteras de hierro, bancos y las industrias mismas), además del capital extranjero, y compitiendo muchas veces con él, surgieron en el mercado brasilero las ricas parentelas, que se integraron en el desarrollo urbano e industrial del país.[33] Dominando en partes la gran industria, el gran comercio, las grandes organizaciones de servicios públicos o privados; con sus miembros ejerciendo las profesiones liberales, los coroneles y sus parientes, poseedores además de las grandes propiedades rurales, se mantuvieron en las capas superiores de la estructura socioeconómica y política del país, en una continuidad de liderazgo que persiste, en algunos casos, hasta la actualidad.

La transformación ocurrida sucedió a nivel de la solidaridad que mantenía a los grupos estratificados de las parentelas unidos los unos a los otros; resultó de la intensificación y de la transformación de las actividades económicas y se expresó en el surgimiento de ciudades con barrios muy diferenciados —residenciales de gente rica viviendo en verdaderos ranchos, residencias de clase media con pequeñas casas

33 Pierre Monbeig, 1952, lo muestra en su trabajo; ver también, más recientemente, Juan Marc Martins, 1966.

que daban directamente a la calle, viviendas populares y habitaciones colectivas de los estratos inferiores—. La ampliación de las actividades económicas destruyó las oposiciones de los grupos de parentelas en que estas participaban como bloques. Sin embargo, los grupos familiares de los extractos elevados comprendieron que sus intereses económicos estaban conectados, y que la competencia no se daba más en el campo político y sí en el campo económico. Los coroneles fueron abandonando poco a poco una acción directa en el escenario político, transfiriendo esta actuación a las capas medianas y para los profesionales liberales.

La transferencia tuvo inicio durante el siglo XIX; sin embargo, se trataba entones de elementos de la clase media que actuaban como representantes y como subordinados de los grandes jefes políticos, que preferían permanecer exclusivamente al frente de sus negocios o de sus haciendas. Pero, en esta fase, el abandono del poder político por los coroneles no era sino en apariencia; las capas medianas surgieron en escena, pero en las bambalinas los grandes grupos de las antiguas parentelas gobernaban el juego político, aceptando y rechazando a los representantes que no les parecían suficientemente dedicados o leales. Pero a medida que las capas medias urbanas se densificaron, su posibilidad de una actuación política independiente crecía; sin embargo, no fue sin lucha que alcanzaron un instrumento que les permitía tener un movimiento más libre —un instrumento representado por el voto secreto, en torno del cual se impartieron verdaderas batallas políticas en la década del veinte—. Así, las capas medianas rompieron la solidaridad vertical que las mantuvo presas en el interior de las parentelas y se reforzó la solidaridad horizontal, es decir, la solidaridad de individuos ocupando posiciones socioeconómicas semejantes en el interior de la estratificación social, fuera cual fuera la parentela a que pertenecieran. En relación a la solidaridad vertical que unía a las capas más elevadas de la parentela a las capas inferiores, esta fue la primera en romperse; no resistió a la nueva distribución en el espacio urbano, impuesta por el crecimiento de las ciudades.

La disociación de los aspectos económico y político en el interior del país, la preferencia de las capas elevadas de la parentela por el poder económico que les permitió seguir ejerciendo, por detrás de los bastidores, la dominación política que aparentemente perdían, correspondió al surgimiento de la "conciencia de clase" en el país, que se surgió casi exclusivamente, en principio, al nivel de las capas superiores, manteniéndose ausente de las capas medianas e inferiores. Esta se expresó en el surgimiento, todavía en el inicio del siglo XX, de organizaciones patronales —Patronato Agrícola, Federación de la Industria Animal, Cooperativa de Caficultores, Asociaciones Comerciales,

Federación de las Industrias—, verdaderas asociaciones de clase, nacidas del refuerzo de la solidaridad horizontal. Su surgimiento muestra cómo los antiguos coroneles rivales pasaban a colaborar, con el fin de mantener su supremacía en una sociedad que se transformaba; un mismo emprendimiento económico podía reunir actualmente en su directorio individuos que en otro momento se peleaban, unidos hoy para mantener la hegemonía de la clase.

Así, la continuidad en el poder exigió que las parentelas buscaran echar por la borda de su barco a parientes pobres, ahijados, agregados —en fin, toda la clientela—, manteniéndose solo las conexiones con los miembros que ocupaban la misma clase superior. La ruptura, sin embargo, no fue brutal; se fue haciendo de manera gradual, encontrando frenos en las relaciones afectivas que buscan persistir, en el respeto por los lazos de sangre cuando unían parientes de niveles socioeconómicos diversos, en la etiqueta familiar, así como en las propias condiciones específicas de ubicación (ciudades más o menos grandes, posibilidad de continuar habitando en la vecindad de los parientes etc.).[34] Por esto, en lugar de poder hablar en una "decadencia de la parentela", sería más prudente la referencia a un "proceso de decadencia en curso", proceso que, insistimos, todavía tiende a mantener grandes bloques de parientes unidos y solidarios, pero con su lugar marcado en las capas socioeconómicas superiores, mientras se van diluyendo los lazos e incluso los recuerdos de cuando el parentesco existía verticalmente.

CONCLUSIÓN

No fue un único factor el que desencadenó el proceso de decadencia de la estructura coronelística, sino una conjugación de varios factores, que actuaron con mayor o menor intensidad en las diversas regiones del país. El crecimiento demográfico, la urbanización, o la industrialización constituyen procesos que se desenvuelven de manera acelerada o no según el momento histórico o según la región en que suceden.

Esta diferenciación en la persistencia de la estructura coronelística corre pareja con la constatación de que el poder político, en la cumbre de su fuerza y del ejercicio de autoridad, siempre de desplazó en el espacio y en el tiempo, de una región a otra del país, según

34 La propia economía también podía actuar como freno contra la disociación entre las capas superiores y medias de una parentela. La capa superior, al lanzarse en negocios, podía recurrir a los ahorros de la capa mediana, enseñándoles ventajas y ganancias que resultarían de la aplicación de su dinero en aquel emprendimiento. Muchos emprendimientos continuaron debido a los lazos verticales de parentela, uniendo de otra forma capas superiores y medianas, a través de la participación en las mismas iniciativas.

las regiones ascendían en la expansión económica. En el inicio de la República, los Estados de São Paulo y Minas Gerais eran los que dominaban el escenario político; entonces una queja generalmente formulada era que, incluso en los municipios más alejados, solo eran electos para las Cámaras Municipales los simpatizantes de la política paulista y minera (Pereira de Queiroz, 1969). Esto significaba que los coroneles de las regiones pobres dependían de las regiones ricas.[35] Las transformaciones demográfico-económicas, que desencadenaron una urbanización en nuevos moldes en el Sur del país, también se conectaron a la riqueza regional; esta fue mucho más lenta, a veces hasta imperceptibles, en las regiones menos afortunadas.

EL FIN DEL CORONELISMO

La desaparición del coronelismo no es presenta solo progresiva, como también irregular. En algunos puntos del país, ya en 1940 podía ser dado prácticamente como extinto. Pero perduraba en esta época, todavía en la Zona Serrano del interior de Santa Catarina, la misma lucha de parentelas que había dividido a los hermanos Almeida en el inicio del siglo (Teixeira Monteiro, 1972). En 1953, en el norte de Bahía, la estructura coronelística todavía permanecía fuerte. En 1957, Jean Blondel percibió, en relación al Estado de la Paraíba, que la dominación familiar persistía, que grandes parentelas dominaban el interior, alcanzando "al monopolio casi absoluto de todas las posibilidades de progreso en la escala social" (Blondel, 1957: 61-62). En 1965, Marcos Vinícios Vilaça y Roberto Cavalcanti de Albuquerque describieron las actividades de cuatro viejos coroneles que todavía existían en el interior de Pernambuco; para los dos autores, ellos eran una especie de testimonios de un orden anterior que conseguía todavía mantenerse políticamente.

Y que, aún más, utilizaban los mismos sistemas, como lo muestra un recorte de periódico datado de 12 de diciembre de 1968: uno de los coroneles, Chico Heraclio, había contratado pistoleros que mataron un Regidor y a su hija, que lo acompañaba. Se había desencadenado este "ajuste por la violencia" por la victoria electoral del Alcalde, Vicealcalde y Regidores, electos por el MDB, en el pleito sucedido —victoria con la que no se conformaba Chico Heráclio, líder de la Arena—. Como se puede observar, bajo la capa de nuevos partidos se acobijaban viejos odios, persistían viejos métodos de acción. Y todavía persisten en muchos puntos del país.

---

35 El mal estar traído por esta disputa viene a luz en 1929-30, cuando la gran crisis del café pareció por un momento privar el Estado de São Palo de la posibilidad de seguir en el poder.

BIBLIOGRAFÍA

Albuquerque, U. L. 1957 *Um Sertanejo e o Sertão* (Río de Janeiro: Livraria José Olympio Ed.).

Albuquerque, U. L. 1960 *Moxotó Brabo* (Rio de Janeiro: Editora Livros Organização Simões).

Arantes Neto, A. A. 1970 *Compadrio in Rural Brazil: Structural Analysis of a Ritual Institution.* Tesis de Maestría, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas, Universidade de São Paulo.

Bailly, R. 1947 *Dictionnaire des Synonymes de la Langue Française* (París: Larousse).

Barbosa, O. 1956 *Horacio de Matos. Sua Vida, Suas Lutas* (Bahia).

Blondel, J. 1957 *As Condições da Vida Politica no Estado da Paraíba* (Río de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas).

Brigido dos Santos, J. 1919 *O Ceará, Homens e Fatos* (Río de Janeiro: Tipografía Besnard Frétes).

Buarque de Holanda, S. 1973 "Sobre uma doença infantil da Historiografia", Suplemento Literário de *O Estado de* São Paulo, 17 y 24 de junio de 1973.

Câmara cascudo, L. 1953 *Cinco Livros do Povo* (Río de Janeiro: Libraria José Olympio).

Câmara cascudo, L. 1979 *Vaqueiros e Cantadores* (Río de Janeiro: Ed. Livros de Oiro).

Candido, A. 1951 "The Brazilian Family" en *Brazil, Portrait of Half a Continent* (The Drysden Press).

Candido, A. 1972 *Os Parceiros de Rio Bonito* (São Paulo: Editora Duas Cidades).

Carvalho Franco, M. S. 1969 *Homens Livres na Ordem Escravocata* (São Paulo: Instituto de Estudos Brasileiros).

Celso, A. 1901 *Oito Anos de Parlamento* (Río de Janeiro: Laemmert & Cia).

Correa de Andrade, M. 1963 *O Homens e a Terra no Nordeste* (São Paulo: Ed. Brasiliense).

Costa Pinto, L. A. 1942-1943 "Lutas de Família no Brasil (era colonial)" en *Revista do Arquivo Municipal* (São Paulo) N° 7(87-88).

Costa Porto 1951 *Pinheiro Machado e seu Tempo* (Río de Janeiro: Livraria José Olympio).

Ferreira de Rezende, F. P. 1968 *Minhas Recordações* (Río de Janeiro: Livraria José Olympio).

Fleiuss, M. 1925 *História Administrativa do Brasil* (São Paulo: Cia. Melhoramentos de São Paulo).

Freyre, G. 1951 *Sobrados e Mucambos* (Río de Janeiro: Livraria José Olympio).

Fukui, L. F. 1972 *Parentesco e Familia entre Sitiantes* Tradicionais. Tesis de Doctorado, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Sociales, Universidades de São Paulo.

Gurvitch, G. 1962 *Dialectique et Sociologie* (París: Flammarion Éditeurs).

Leal Rosa, D. 1972 "O coronelismo na Chapada Diamantina: um estudo de poder local" en *O Coronelismo na Bahia, Cadernos de Pesquisa* N° 3, Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidade Federal da Bahia.

Lins, W. 1960 *O Médio São Francisco* (Salvador: Livraria Progresso Editora).

Machado Neto, Z. "Nota prévia sobre o coronelismo na Bahia da República Velha" en *O Coronelismo na Bahia, Cadernos de Pesquisa* N° 3, Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidade Federal da Bahia.

Magalhães Martins, F. 1963 *Delmiro Gouveia, Pioneiro e Nacionalista* (Río de Janeiro: Editora Civilização Brasileira).

Martin, J. M. 1966 Énergie et Industrialisation: L'Experience *Brésilienne* (Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine: París).

Monbeig, P. 1952 *Pionniers et Planteurs de São Paulo* (París: Librairie Armand Colin).

Moraes, W. 1963 *Jagunços e Heróis* (Editora Civilização Brasileira: Río de Janeiro).

Mota, M. 1967 *Quem foi Delmiro Gouveia*? (São Paulo: Aquimedes Edições).

Nunes Leal, V. 1948 *Coronelismo, Enxada e Voto* (Río de Janiero/São Paulo: Revista Forense).

Pereira de Queiroz, C. 1965 *Um Fazendeiro do Século XIX,* (São Paulo: Conselho Estadual de Cultura).

Pereira de Queiroz, C. 1969 *Vida e Morte de um Capitão-Mor* (São Paulo: Conselho Estadual de Cultura).

Pereira de Queiroz, M. I. 1955 "Contribuição para o estudo da Sociologia Política no Brasil" en *Anais do I Congresso Brasileiro de Sociologia* (São Paulo: Sociedad Brasileira de Sociologia).

Pereira de Queiroz, M. I. 1957 *La Guerre Sanite au Brésil: Le Mouvement Messianique Du "Contestado"* (São Paulo:,Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP).

Pereira de Queiroz, M. I. 1965 *O Messianismo no Brasil e no Mundo* (São Paulo: Dominus Ed./Ed. de la Universidade de São Paulo).

Pereira de Queiroz, M. I. 1968b *Os Cangaceiros: Les Bandits d'Honneur Brésiliens* (París: Julliard).

Pereira de Queiroz, M. I. 1968c "Le paysan brésilien traditionnel et la perception des étendues", en *Perspectives de la Sociologie Contemporaine* (París: Presses Universitaires de France).

Pereira de Queiroz, M. I. 1968d "Política, Ascensão e Liderança num Povoado Baiano" en *Revista del Instituto de Estudos Brasileiros* N° 3 (São Paulo).

Pereira de Queiroz, M. I. 1969 *O Mandonismo Local na Vida Política Brasileira* (São Paulo: Instituto de Estudos Brasileros).

Pereira de Queiroz, M. I. 1971 "L'évolution de la structure sociale dans l'agriculture brésilienne" en *Sociologia Ruralis* (Wageningen) N° 9(3).

Pereira de Queiroz, M. I. 1973a *Bairros Rurais Paulistas* (São Paulo: Editora Duas Cidades).

Pereira de Queiroz, M. I. 1973b "Do rural e do urbano no Brasil" en *Vida Rural e Mudança Social* (São Paulo: Cia. Editora Nacional).

Queiroz Lima, E. 1946 *Antiga Família do Sertão* (Río de Janeiro: Livraria Agir Editora).

Rocha, T. 1963 *Delmiro Gouveia, o Pioneiro de Paulo Afonso* (Maceió: Departamento Estadual de Cultura).

Teixeira Monteiro, D. 1972 *Os Errantes do Novo Século: Um Estudo sobre o Surto Milenarista do "Contestado"*. Tesis de Doctorado, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Filosofía, Letras e Ciencias Humanas, USP.

Vilaça, M. V.; Albuquerque, R. C. 1965 *Coronel, Coronéis* (Río de Janeiro: Ed. Tempo Brasileiros).

Vinhas de Queiroz, M. 1966 *Messianismo e Conflito Social: A Guerra Sertaneja do "Contestado"* (Río de Janeiro: Editora Civilização Brasileira).

Weber, M. 1944 *Economia y Sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica).

Willems, E. *Dictionnaire de Sociologie* (París: Librairie Marcel Riviére).

SOCIABILIDAD VIOLENTA: POR UNA INTERPRETACIÓN DE LA CRIMINALIDAD CONTEMPORÁNEA EN EL BRASIL URBANO*

Luiz Antonio Machado da Silva

La violencia se liberó de cualquier fundamento ideológico.
Hans M. Enzensberger

El historiador de costumbres obedece a leyes más duras de que las que rigen el historiador de hechos; aquel debe volver todo probable, hasta lo verdadero, al paso que en el dominio de la historia propiamente dicha, lo imposible es justificado por la razón de haber pasado.
Honoré de Balzac

INTRODUCCIÓN

Este ensayo analiza una de las formas de organización social de las relaciones de fuerza que son legal y administrativamente definidas como crimen común violento, tal y como estas se configuran contemporáneamente en las grandes ciudades brasileras, con particular referencia al caso de Río de Janeiro.[1] Tomo este complejo de prácticas como una de las expresiones actuales del desarrollo histórico del individualismo, es decir, una de sus formas cristalizadas, y lo focalizo en su impacto sobre la estructuración de las rutinas cotidianas.

Esta cuestión podría ser discutida en sus aspectos más amplios y más profundos, remitiendo a marcos de referencia abstractos y culturalmente inconscientes, los últimos responsables por los significados culturales que subyacen a la formación del sentido y a la orientación

---

* Extraído de *Sociedade & Estado* Nº 19, 2004, pp. 53-84.

1 El enfoque en Río de Janeiro se justifica por el simple motivo de que esta es la ciudad oficial donde vivo y que mejor conozco, tanto por la experiencia existencial directa cuanto por el trabajo sociológico. Sin embargo, más allá de esto, creo que Rio puede ser tomado como un "caso particular posible", "bueno para pensar" la sociabilidad violenta.

de la acción por "criaturas" de este ordenamiento. El producto de este modo de reflexión sería una metanarrativa direccionada a la comprensión global del proceso social que, al menos idealmente, podría explicar tanto las particularidades del comportamiento de los criminales a lo largo del tiempo y del espacio, como su relación con las propias interpretaciones sociológicas "de alcance medio".

Alerto al lector sobre el hecho de que mi interés es otro. Sin rechazar su relevancia para las cuestiones que elaboro, quiero evitar este abordaje que me parece conducir a un modo de análisis "desencarnado", que no es compensado por las ventajas cognitivas que puede ofrecer. La alternativa que propongo implica considerar la relación entre la producción simbólica y ciertas prácticas sociales —esto que supongo una expresión particular, tópica, específica, del individualismo contemporáneo— en su concreción y singularidad más inmediata. Generar seguimiento a este interés requiere definir un enfoque y un recorte que son estrictamente analíticos. Comparada a la alternativa anterior, esta también tiene un alto costo: el abandono voluntario de la posibilidad de producir un argumento totalizador del tipo, por ejemplo, de la dialéctica general-particular-singular. En otras palabras, para efectos del texto presente, el crimen común violento no es el "momento" de un proceso, sino un "objeto construido" parcial, autónomo y, por lo tanto, auto-contenido.[2]

Creo que, con esta decisión, me mantengo cercano a lo que vuelve al crimen común violento un problema central de la agenda pública y, en consecuencia, una cuestión sociológica. Me pierdo en la amplitud de la explicación, pero esto quizás sea compensado por la aprehensión de la profundidad de cambio en las relaciones sociales que la ganancia en concreción proporciona. Y subo el volumen de potenciales interlocutores, en la medida en que puedo participar directamente de un debate crucial en la actualidad, aunque, como intentaré indicar adelante, mi argumento va en dirección muy distinta del punto de vista más difundido en esta discusión, en especial entre científicos sociales, políticos y administradores.

Una segunda observación introductoria que considero oportuna es consecuencia directa del modo de análisis que he elegido. Según lo entiendo, implica necesariamente trabajar en el plano del modelo clásico-ideal, que es contra-factual por definición y no debe ser confundido con la descripción empírica de la realidad. Adelanto que no

2 Presentando de una tercera manera el estatuto de mi argumento, yo diría que no estoy interesado en hablar sobre la "verdad" de las relaciones de fuerza que trato, sino de proponer una interpretación, entre otras posibles, sobre cómo los involucrados las viven —cómo las practican, experimentan y representan—.

creo que exista una contradicción entre esta afirmación y la mención anterior a la ventaja de ganar concretamente: es suficiente añadir que a) estaré lidiando con un modelo clásico-ideal "histórico", y no "sociológico", para usar la clásica distinción de Weber; y, b) que el recorte que propongo privilegia las regularidades de los cursos de acción cotidianos, más que su institucionalización formal.

Finalmente, una última observación antes de iniciar el desarrollo de argumento. Para comprender cómo las relaciones de fuerza que estructuran, en la actualidad, un complejo de prácticas asociadas a lo que es definido como crimen común violento, interfiriendo radicalmente sobre la organización de la vida cotidiana en las grandes ciudades brasileras, elaboraré la noción, que reconozco que aún es muy incipiente, de "sociabilidad violenta". La intensión central es captar la naturaleza y el sentido de lo que me parece una radical transformación de calidad de las relaciones sociales a partir de las prácticas de criminales comunes, cambio que la creciente producción sociológica,[3] excesivamente absorbida por el debate sobre políticas de seguridad y administración de la justicia, ha tenido enorme dificultad en aprehender. Esto significa decir que mi argumento tiene más que ver con la perspectiva de análisis que con la aprehensión empírica de las características de las prácticas estudiadas.

Así, debido a las restricciones de espacio del artículo no puedo discutir a fondo los atributos descriptivos del comportamiento "real" de los actores, de modo que las escasas referencias que hago son meramente ilustrativas. Sin duda, esta ausencia acrecienta la fragilidad del razonamiento. Sin embargo, creo que ella no lo inviabiliza, al menos como una hipótesis de trabajo plausible —que es el límite de mis expectativas en relación a este texto— en la medida que la base de conocimiento "de hecho" del complejo de prácticas aquí discutidas es detallada y ampliamente compartida. Es claro que este conocimiento es poco sistematizado y no tiene nada de homogéneo o consensual, una vez que combina, por un lado, la racionalización de la experiencia vivida y su crítica sociológica, por otro. Intereses y valores en conflicto o simplemente distintos entre sí y divergentes. Pero este es, como ya he indicado, mi punto de partida y mi tema: no pretendo "superar" esta complejidad ni tampoco "desencarnar" mi interpretación.[4] Pre-

---

3 Entre los numerosos balances críticos conteniendo una revisión de la bibliografía brasilera, ver Lima *et al.* (2000) y Adorno (1993). Ver, por otro lado, el pionero trabajo de Zaluar (1985) y, para una interpretación más reciente, Peralva (2000).

4 Irónicamente, hasta donde estoy informado, es una obra de ficción de Paulo Lins que contiene el equivalente a una "densa descripción" (Geertz) del crimen común violento más compatible con la perspectiva aquí propuesta (Lins, 1997). El presente

sentado de forma un tanto brutal, creo que conocemos mucho, y cada vez más, sobre las prácticas de la sociabilidad violenta, pero esto no nos ha llevado a una evaluación adecuada sobre su significado histórico y cultural.

En estos comentarios iniciales está implícito que no serán tratados como ciertos temas que también involucran de alguna forma el énfasis en la dimensión desestabilizadora de la fuerza involucrada en las relaciones sociales; constituyen puntos críticos en la rutina de la vida cotidiana y, como tales, también forman parte de los problemas de la agenda pública contemporánea. Esto porque su construcción cognitiva y sus significados culturales siguen caminos diversos. Así, cabe sumar que, adoptando el recorte propuesto, no estaré tratando todas las formas de organización de las relaciones sociales de fuerza (ni siquiera toda forma de violencia física; la "violencia doméstica", por ejemplo, no es aquí abordada), ni de todas las formas de crimen común (queda fuera del análisis los "crímenes de cuello blanco"), ni del conjunto de la acumulación económica de la cual la "violencia urbana" es uno de los vínculos (la economía de las drogas no es tratada), ni de organización social de la violencia en otras formaciones sociales (el "caso" colombiano, combinando narcotráfico y guerrilla, parece apuntar para un desarrollo de la violencia privada con características muy distintas de Brasil).

---

texto estaba en final de redacción, inclusive con esta cita ya incluida, cuando la película que llevó el libro de Paulo Lins a la pantalla se transformó en éxito de taquilla y crítica, generando enorme polémica sobre la postura moral adoptada por productores y directores. En una palabra, a la parte de la denuncia de procedimientos poco ortodoxos en la realización de las filmaciones, sus críticos identifican lo que sería una incompatibilidad entre el tratamiento estético y una postura moral de los creadores frente a los aspectos factuales del guion. Creo que sería posible sugerir que, bajo la apariencia de un debate ético-político, esta discusión expresa la dificultad de la percepción social convencional (laico y/o sociológica) en reconocer el cambio de calidad del crimen violento pero, al mismo tiempo, la fascinación con aquello que está afuera de su capacidad de aprehensión. En el centro de la polémica está la producción de una antinomia que la perspectiva dominante no consigue disolver: por un lado, el modo de tratamiento estético de prácticas criminales, considerado por algunos como una glamourización moralmente indefendible; por otro, el reconocimiento de la inmensa riqueza factual de una descripción "interna" de estos fenómenos que demuestra su distancia de las relaciones sociales más convencionales, exponiéndoles el carácter radicalmente singular, que no es cuestionado en su facticidad, si no solamente en su significado moral —interceptando, en consecuencia, su aprehensión cognitiva—. En suma, creo que el problema construido por el debate suscitado por la recepción de la película no se refiere a la especificidad del crimen violento —que es el elemento común, que unifica los polos de la discusión— sino a su estatuto, es decir, si debe ser públicamente expuesto y discutido y, en caso afirmativo, cuál es la temática ética y/o estéticamente legítima y políticamente oportuna.

Estoy convencido de que el lector perdonará la repetición de algunas ideas que considero centrales para la comprensión de mi argumento, así como la extensión de las notas al pie, cuyo objetivo es conservar la linealidad y la economía en la presentación del raciocinio.

EL CRIMEN COMÚN VIOLENTO Y LA "VIOLENCIA URBANA" COMO REPRESENTATIVIDAD

Mi punto de partida es una constatación: existe una expresión muy difundida y colectivamente aceptada por las poblaciones urbanas para describir cognitivamente y organizar el sentido subjetivo de las prácticas que involucran lo que legalmente se define como crimen común violento y víctimas actuales o potenciales —violencia urbana—. Narrativas que buscan explicar los motivos de la acción, así como evaluaciones morales de conductas y fenómenos de la vida cotidiana en las grandes ciudades se fundamentan en esta expresión para ser aceptadas y comprendidas. Esto permite tomar la violencia urbana como una representatividad colectiva, categoría de censo común constitutiva de una "forma de vida". En este sentido, ella no puede ser corregida ni falsificada, pero puede ser objeto de crítica racional.[5]

Analizada en sus contenidos de sentidos más esenciales, la representatividad de la violencia urbana selecciona e indica un complejo de prácticas que son consideradas amenazas a dos condiciones básicas del sentimiento de seguridad que acostumbran acompañar la vida rutinaria —integridad física y la garantía patrimonial—. Esta apunta para el crimen común, pero el punto de atención es la fuerza incrustada en él, la cual es definida como responsable por el rompimiento de la "normalidad" de las rutinas cotidiana, es decir, de su carácter cognitivo y axiológicamente no-problemático y moralmente lícito. Esta es la razón por la que violencia urbana no es simple sinónimo de crimen común ni de violencia en general.

Se trata, por lo tanto, de una construcción simbólica que destaca y recorta aspectos de las relaciones sociales que los agentes consideran relevantes, en función de los que construyen el sentido y orientan sus acciones. Desde esta perspectiva, posee un significado instrumental

5 "La "incorregibilidad" del censo común como recurso necesario para el análisis social no debería esconder su estatus de tópico [...] Si el censo común es en sí organizado como un "tópico", las creencias que están involucradas [...] están, en principio, abiertas a la evaluación racional" (Giddens, 1997: 296). Considero que, adoptando esta perspectiva, no necesito tratar la violencia urbana ni como falsa conciencia, ni como dato bruto de la realidad, ni como categoría mental abstracta y arbitraria, susceptible de ser sociológicamente desarmada en sus reglas de construcción. Quedo también desobligado de desarrollar una discusión conceptual sobre la violencia "en general".

y cognitivo, en la medida que representa, de manera percibida como objetivamente adecuada a determinadas situaciones, regularidades de hecho relacionadas a los intereses de los agentes en estos contextos. Pero, como toda representatividad, la violencia urbana es más que una simple descripción neutral. En el mismo movimiento en que identifica relaciones de hecho, apunta a los agentes modelos más o menos obligatorios de conducta, portando, por lo tanto, una dimensión práctico-normativa institucionalizada que debe ser considerada.[6]

Conjugando estos dos aspectos, una vez constituida como representatividad, la violencia urbana es un "mapa" que presenta a los actores un complejo de relaciones de hecho y cursos de acción obligatorios —expresión simbólica de un orden social, para todos los efectos prácticos—. Más explícitamente: la representatividad de la violencia urbana construye un componente de obligación normativa subjetivamente aceptado que, en ciertas situaciones y bajo determinadas condiciones, sustituye cursos de acción relativos a otras referencias sin, no obstante, cancelarlas.

Antes de dar por presentado este punto de partida y pasar a describir esquemáticamente como se estructuran las prácticas representadas como violencia urbana, algunos comentarios adicionales son relevantes.

En primer lugar, es pertinente proponer, al menos como hipótesis de trabajo, que, como categoría de entendimiento y referencia para modelos de conducta, la violencia urbana está en el centro de una formación discursiva que expresa una forma de vida constituida por el uso de la fuerza como principio organizador de las relaciones sociales. Es decir, la representatividad de la violencia urbana capta, simbólicamente, un ámbito de vida cotidiana en que ocurre la universalización de la fuerza como fundamento de un complejo orgánico de prácticas que suspende —sin cancelarla o sustituirla integralmente— la tendencia a la monopolización de la violencia por el Estado, generalizando y "desconcentrando" su uso legitimado. Así, esta representatividad puede ser considerada la clave para la comprensión sociológica de un

6 En lo que dice respeto a la comprensión de la violencia urbana, la conexión entre los modelos de conducta y la pérdida de valores éticos han galvanizado la atención de la observación sociológica (denunciando su compromiso esencial con una perspectiva jurídico-institucional de análisis), generalmente en una perspectiva de denuncia tan apasionada que algunas veces llega a impedir, otras a distorsionar, la propia percepción de que, junto con garantías exteriores de imposición, estos modelos son aceptados como obligatorios. Si la aceptación de estas máximas de conducta y la legitimización de la autoridad a ellas relacionada se asocia o no a una ética mundana —cuestión colocada por lo que parece ser una absoluta falta de trascendencia en los contenidos normativos de los modelos de conducta de la sociabilidad violenta (que ni por esto puede ser considerada una simple orden empírica)— es otro problema.

complejo de prácticas sociales que no son coherentes con las rutinas cotidianas estatalmente organizadas, pero que, tampoco pueden o deben ser evitadas o negadas. Por otro lado, también se debe notar que la violencia urbana se constituye como una comprensión "exterior" de este complejo de prácticas, ya que su punto de vista es el de las rutinas convencionales (por esto se produce como un problema en la realidad de la vida cotidiana y, por esto, este problema tiene los contornos específicos que busco presentar en este texto), pero al mismo tiempo expresa *adhesión* al modo en que ellas se organizan.[7] Como materia inicial y desafío para el análisis sociológico, su riqueza está exactamente en esta ambigüedad: ella expone la vivencia colectiva del carácter fragmentado de la forma de vida urbana en Brasil de hoy e introduce la posibilidad de aprehender un padrón de sociabilidad construido (por los dominados) como violencia urbana,[8] a partir de la incorporación crítica de esta representatividad.

Como consecuencia de esta observación, vale resaltar un segundo punto. Las afirmaciones anteriores, si correctas, reducen la importancia de las frecuentes discusiones sobre la magnitud real del incremento de las prácticas relativas a la violencia urbana, así como sugiere la irrelevancia de consideraciones sobre la "paranoia" de la violencia, presentada como una falla en la percepción de las poblaciones urbanas, inducidas por el tratamiento generado por los medios al crimen violento. Desde el punto de vista aquí adoptado, estas son cuestiones falsas, pues lo que caracteriza la violencia urbana, como cualquier construcción simbólica, es justamente el hecho de que ella constituye lo que describe.[9] Y, más importante, la noción de violencia urbana, como ya fue mencionado, no se refiere a comportamientos aislados, sino a su articulación como un orden social (característica que permanece sea que demuestre o no su relación con el crecimiento cuantitativo del crimen común violento).

---

7 Las reiteradas afirmaciones respecto de la "banalización" de la violencia, sosteniéndose en que consideran un aumento cuantitativo del crimen común violento, parecen reconocer la dimensión de adhesión, pero no el carácter problemático captado por la violencia urbana.

8 Es tentadora la posibilidad de relacionar estos comentarios a la noción fenomenológica de "mundos paralelos", pero no queda duda de que ella solo entraría como metáfora.

9 Estos comentarios no descalifican los análisis que apuntan el efecto ideológico —estigmatización y refuerzo del prejuicio— contenido en el uso, intencional o no, de la representatividad de la violencia urbana como refuerzo del "mito de las clases peligrosas". Lo que descalifican es el recurso a estas interpretaciones como forma de rechazar el carácter "real" —su concreción como experiencia vivida— del orden social captado por ella.

Finalmente, es necesario reconocer que el raciocinio aquí desarrollado es poco frecuente. Aunque no es el objetivo de este ensayo emprender una crítica de las múltiples interpretaciones actuales de la violencia urbana, puede ser útil la confrontación con lo que me parece ser una de las bases de este relativo aislamiento. Explícita o implícitamente, muchos estudios sobre la violencia "en general", en algunos casos es concebida como un atributo de cualquier relación social, en otros como históricamente contingente. A partir de ahí, se sigue un análisis de la intensificación de fenómenos en los últimos años, explicada según una lógica fundada en la jerarquización de las formas de violencia, a veces causal —la violencia de tipo X causa o favorece el surgimiento de la violencia de tipo Y—, a veces histórica —la violencia de tipo X es más frecuente o intensa en ciertas coyunturas que en otras—.

Desde la perspectiva aquí adoptada, estas modalidades de interpretación incurren en dos errores. En primer lugar, desplazan la violencia, de su estatuto de objeto (en la medida que un análisis sociológico debe incorporar la representatividad de los agentes) al de concepto. En este caso, al mismo tiempo que ella es el tema o la cuestión a ser entendida, también se vuelve el fundamento del análisis. Como consecuencia, en segundo lugar, la violencia urbana es concebida en un espacio homogéneo (la violencia "en general"), a lo largo del cual se jerarquizan varios subtipos.

Sin querer reducir la riqueza de las interpretaciones contemporáneas de la violencia a estos aspectos, queda sugerido por lo tanto que existen en ellas una cierta circularidad (confusión entre objeto y concepto) y reduccionismo (homogeneización) que necesitan ser delineados. Una de las razones más fuertes que imponen esta necesidad es el hecho de que la especificidad de la violencia urbana —que, a fin de cuentas, es lo que interesa— se pierde cuando ella es concebida como un caso particular que solo puede ser aprehendido a través del conocimiento de la especie a que pertenece.

Retornemos a las atribuciones de sentido que caracterizan la violencia urbana, las que, como acaba de ser dicho, privilegian y destacan un ámbito de las rutinas cotidianas caracterizado por un complejo de prácticas reconocidas como amenazas a la integridad física y patrimonial y, en relación a las que se construyen modelos de comportamiento y experiencias vividas no convencionales. Tanto las justificaciones subjetivas para la aceptación de estos modelos cuanto su carácter imperativo, parecen tener una relación escasa con motivos, garantías externas y otras condiciones situacionales relacionadas a otras esferas de la vida social.

La capacidad de aislar y ordenar autónomamente este ámbito, que es intrínseca a la representatividad de la violencia urbana, genera el sentido común de una amplia gama de prácticas. Hace mucho tiempo que asaltos, robos, secuestros, linchamientos, etc., han rápidamente dejado de ser percibidos como desviaciones ocasionales —por agentes, víctimas y observadoras— sin que, por esto, se pueda afirmar que se trata solamente de un proceso de incorporación de estas relaciones sociales al orden institucional-legal, a las costumbres dominantes o a las rutinas vividas como no problemáticas. Al contrario, hay fuertes indicios de que los padrones convencionales de sociabilidad, regulados en el ámbito del Estado, en determinados contextos y bajo ciertas condiciones discutidas más adelante —y el énfasis en estas condicionalidades es absolutamente central para una buena comprensión del argumento aquí desarrollado— pierden la validez y son sustituidos según disposiciones subjetivas y coerciones recíprocamente articuladas, que constituyen el ámbito propio de la violencia urbana. Es probablemente debido a este destaque radical que las relaciones sociales construidas como "clásicas" conservan la capacidad de movilizar tan intensamente la atención, los sentimientos y las emociones de las poblaciones de las grandes ciudades. Es también esto lo que permite afirmar que la violencia urbana representa un complejo de prácticas jerárquicamente articuladas —es decir, un orden social— y no solo un conjunto inorgánico de comportamientos individuales, cuyo sentido está afuera, en los padrones de conducta que constituyen el orden social de las que estos comportamientos de desvían. Por otro lado, como he insistido, nada de esto autoriza la afirmación de que la violencia urbana destruye o sustituye los padrones convencionales de sociabilidad. La innovación histórica y el núcleo del problema teórico-metodológico es justamente la convivencia, por contigüidad y no como "lucha de valores", entre los dos padrones.

Finalmente, vale la pena repetir que las atribuciones de sentido de la violencia urbana implican, directa o indirectamente, el reconocimiento por las poblaciones urbanas de la fragmentación de sus rutinas cotidianas. En ese sentido, los modelos de conducta a que se refiere esta representatividad buscan lidiar con el miedo y la percepción de riego personal y expresan, implícitamente, una participación subordinada en el complejo de prácticas que constituye la violencia urbana. En otras palabras: las poblaciones que producen esta representatividad y por ella organizan (parte de) sus conductas no son las "portadoras" (los agentes productores) del sentido de este orden social. Construir la representatividad de la violencia urbana solo les permite una adhesión orgánica que, en última instancia, valida este

orden social y al mismo tiempo, reorganiza la vivencia y permite la comprensión de una rutina cotidiana fragmentada.

Antes de presentar en rápidos vínculos la organización de una sociabilidad violenta —núcleo del programa de trabajo que intento desarrollar en este artículo, que aquí apenas puede ser apenas bocetada—, considero útil una reconstrucción crítica de lo que creo ser la perspectiva dominante[10] de su interpretación, en la medida que ella vuelve inviable la comprensión de lo que propongo: que, en las grandes ciudades brasileras, está adelantado el proceso de consolidación, en el ámbito de las rutinas cotidianas, de un orden social cuyo principio de organización es el recurso universal a la fuerza. Este me parece ser el sentido más fundamental de la representatividad de la violencia urbana y pasa, por lo tanto, por el rechazo al punto de vista adoptado por los análisis más difundidos.

EN CONTRA DE LA INTERPRETACIÓN DOMINANTE

En las últimas décadas, en virtud de una dramática intensificación de la experiencia colectiva de inseguridad personal, las poblaciones urbanas vienen dando especial atención a los problemas de manutención del orden público en las ciudades brasileras, focalizando las dificultades de las agencias de control y represión al crimen, pero involucrando todo el proceso institucionalizado de administración de la justicia. De hecho, parece estar cada vez más distante el trato de la cuestión como un simple "caso de policía", estrictamente conectado a los desvíos de comportamiento de los policías, o como un simple problema de eficiencia de los aparatos represivos.[11] El tema se enmarca

---

10 Quizás fuera mejor sustituir la expresión "perspectiva dominante" por "perspectiva erudita", para subrayar el hecho de que se trata de un entendimiento muy generalizado entre científicos sociales, políticos y administradores, pero no tanto entre los segmentos subalternos, o por lo menos no en toda su coherencia. El lector ya debe haber percibido que una de mis hipótesis es que hay poca consistencia entre la "perspectiva dominante" (erudita) y la violencia urbana como matriz de representatividad orgánica vinculadas a un complejo de prácticas esencialmente semejantes. En la próxima sección, busco presentar una explicación para la disyunción entre ellas. Sin embargo, debo reconocer que, infelizmente, no dispongo de elementos —evidencias y aparato conceptual— para un tratamiento sistemático de esta cuestión, en particular porque, como el lector también habrá percibido, no creo que sean aplicables, sin una revisión muy profunda que no estoy preparado para emprender, los marcos de referencia construidos a partir de las diversas acepciones de la idea de "lucha simbólica".

11 Esta afirmativa, claramente, no niega que el evidente desastre —administrativo, político, económico, etc.— de estas agencias responde en gran parte por la visibilidad y permanencia del tema en la agenda pública, así como para la propia hegemonía del enmarcado cognitivo que describo a continuación. En Brasil, todavía en el final de la década de setenta, desde las pioneras contribuciones de Edmundo Campos Coelho (1978; 1987), por ejemplo, se viene acumulando un volumen creciente de

como uno de los aspectos del debate sobre la expansión de la ciudadanía, con el enfoque ampliado para incorporar de manera más directa la relación entre democratización y administración de la justicia.

Sin embargo, por todos los títulos relevantes, a pesar de representar un gran avance en el conocimiento sobre cuestiones relacionadas a la seguridad de las poblaciones urbanas y a la garantía de derechos civiles, considera que el punto de vista desde el cual él ha sido tratado, inviabiliza el entendimiento de las propias prácticas tenidas como responsables por los riegos que dan origen a la preocupación colectiva con la cuestión. Esto porque, como intentaré sugerir a continuación, el punto de vista a partir del cual el problema ha sido aprehendido tiene la peculiar característica de desarmar el propio objeto.

La primera dificultad es respecto a la comprensión del actor y de la acción. La perspectiva dominante define a los agentes que amenazan al orden público por la características jurídico-formales de sus actividades, como criminales (es decir, practicantes de ciertas categorías de ilícitos penales que constituyen el crimen común violento). En consecuencia, las conductas en cuestión pasan a ser comprendidas en términos de las propias reglas violadas, y no en términos del sentido construido por los criminales para sus prácticas. En esta línea, la ineficacia de los aparatos de manutención del orden, a veces relacionada a problemas económico-financieros y de formaciones del personal, y siempre a la impunidad y corrupción, es presentada como la variable causal más importante. En otras palabras, la conducta criminal es explicada por su bajo "costo de oportunidad", en un tipo de interpretación en el cual la formación de los comportamientos es vista como una reacción mecánica a condiciones contextuales, de modo que los criminales serían puros "aprovechadores" circunstanciales del estado de anomia provocado por la desorganización del sistema de administración de la justicia. Se supone, sin mayores cuestionamientos, que los criminales actúan por referencia a las propias reglas infringidas, es decir, se presupone que los contenidos de sentido que articulan motivos, orientaciones subjetivas y referencias normativas son idénticos tanto para los criminales como para el resto de las poblaciones urbanas.

Este modelo que, como he comentado, puede ser remitido a la más convencional teoría del desvío, se generalizó como la base de una lógica explicativa que organiza un amplio debate público con argumentos

---

investigaciones sobre la actuación de la policía en la represión al crimen común, en especial la Policía Militar, y sobre la vida en las penitenciarias. Sin embargo, dadas las dimensiones y en enfoque del presente artículo, esta literatura no puede ser aquí incorporada.

bastante variados, sin embargo, todos convergiendo, como acabo de sugerir, sobre referencias a costos de oportunidad de las conductas criminales supuestamente muy bajos. Además del hecho de ampararse en una presuposición no demostrada de que la formación de la conducta es idéntica para criminales y no criminales, se pude sumar otra dificultad en la sustentación empírica desde este punto de vista. Todas las investigaciones disponibles demuestran que los riegos de toda orden a que se expone los criminales son inequívocamente altísimos, de modo que la insistencia en bajos costos de oportunidad para explicar sus prácticas sugiere una especie de esquizofrenia analítica.

De cualquier forma, vale la pena en este momento adelantar otra dificultad del modelo explicativo dominante, relacionada a sus implicaciones para el debate sobre propuestas de intervención política. En la medida que el crimen, y más específicamente el crimen violento organizado, aparece como resultado de la ineficacia de los controles estatales en sus varias instancias, favoreciendo la adopción de comportamientos desviantes, se sigue como consecuencia lógica el supuesto de que tales conductas podrían ser canceladas, inviabilizadas o al menos reducidas a proporciones tolerables por la manipulación de variables institucionales. El funcionamiento interno de los aparatos estatales de control social, por lo tanto, queda reforzado como objeto privilegiado de la atención, lo que contribuye para mantener en una posición de puro epifenómeno las propias prácticas que dieron origen a toda la reflexión.

De hecho, una vez que la construcción de sus acciones por los propios criminales deja de ser el objeto de atención a ser considerado, el problema puesto por sus prácticas desaparece por una especie de efecto boomerang, convirtiéndose en una cuestión de *institutional building* que involucra la reorganización de las agencias del orden estatal, sus relaciones con la sociedad civil y la formulación de políticas democráticas de seguridad pública. En esta línea, es cierto que la comprensión de las dificultades de funcionamiento de las formas convencionales de regularidad de la vida cotidiana puede ser, y ha sido, ampliada. Y también es cierto que el debate en torno a políticas de seguridad más eficientes y democráticas que se articula a partir de esta es extremadamente relevante y ofrece buenos resultados. Sin embargo, me arriesgo afirmar que se trata de un acontecimiento muy relativo, en la medida que, como acabo de sugerir, las prácticas que, en última instancia, están en el origen de la reflexión quedan reducidas a una simple condición intersticial de desvío (cuya explicación es remitida al bajo costo de oportunidad de las conductas así clasificadas) e indicación de anomia (remitida a la ineficacia regulatoria del Estado).

El intento de criticar o sobrepasar las representatividades de censo común organizadas a partir de la violencia urbana, rompiendo la unidad entre prácticas y presentaciones, tiene como efecto la disolución del objeto original, las prácticas de agentes sociales definidos como criminales. El problema del comportamiento de los criminales es sustituido por una reorientación del interés analítico a partir del cual las deficiencias del sistema de administración de la justicia pueden aparecer como un complejo causal, y las acciones de los criminales (la violencia urbana) como consecuencias o derivaciones —justificando así, implícitamente, la ausencia del análisis específico de la formulación de las conductas de los "portadores" de la violencia urbana—.

Se tiene, como consecuencia, una problemática desenfocada, que genera una serie de distorsiones, de las que la más importante es un cierto etnocentrismo, indirectamente mencionado algunas líneas arriba: la suposición de que los contenidos de sentido que organizan las acciones de criminales y no-criminales son los mismos, en ambos casos expresiones subjetivas de los contextos normativos regulados por el Estado.[12]

Sin embargo, es necesario añadir que todas estas críticas, por muchas que sean, no descalifican la interpretación dominante, solo niegan que ella se constituya en una explicación causal de la violencia urbana. De hecho, ella corresponde a toda una inmensa y multifacética discusión que tematiza la crisis institucional y de legitimidad en que vivimos y, en este sentido, me parece irreprochable.

En este punto, me debo desviar por un instante de la cuestión central del presente texto, para hacer un breve comentario que explicite cómo, por qué y bajo qué términos puedo aceptar la adecuación de la interpretación dominante a pesar de las críticas que vengo presentando.

Considero que atravesamos, en las últimas décadas, una profunda crisis de legitimidad que expone con toda intensidad la debilidad estructural el Estado brasilero. Específicamente, creo que estamos saliendo de lo que podría ser considerada una versión *cabocla* de los "treinta años gloriosos", capaz de reproducir nuestra secular desigualdad social y, al mismo tiempo, favorecer la inclusión social

12 Es evidente que queda en el aire la cuestión del porqué, dado que los controles estatales no funcionen bien, volviendo la violencia urbana "racional" para los actores individuales debido al bajo costo de oportunidad, solo una pequeña parte de la población practica el crimen violento. Es en este marco, como forma quizás inconsciente de resolver esta dificultad, que se desarrollan las interpretaciones economicistas que, de diferentes maneras, se asocian a la pobreza y al crimen. A propósito, cf. la brillante crítica de Coelho (1978).

y modernizar la configuración del Estado, absorbiendo y pacificando los conflictos. Me refiero a un trípode que empezó a ser producido alrededor de los años treinta del siglo XX, pero afectó su forma más terminada durante las tres décadas subsecuentes de la post-guerra, que puede ser muy brevemente esquematizado a continuación:[13]

a) en el plano de la economía, un fuerte y sustentado crecimiento basado en un exitoso proceso de sustitución de importaciones, favoreciendo la movilidad ascendente y la inclusión social;

b) en el plano político-institucional, la "ciudadanía regulada" (Santos, 1979), que organizó la expansión económica para no amenazar la desigualdad fundamental de la sociedad brasilera (a su vez una de las condiciones del camino adoptado para el crecimiento económico) y redujo, prolongando en el tiempo, el proceso de inclusión social, controlando las pretensiones universalistas contenidas en las luchas sociales del período en la medida que las absorbía;

c) en el plano simbólico-cultural, la "ideología del desarrollo", que articulaba las justificaciones para el camino de crecimiento económico adoptado y hacia que las luchas sociales convergiesen para la reproducción de la "ciudadanía regulada", en dos dimensiones conjuntas. Por un lado, los obstáculos de la expansión económica eran atribuidos a las relaciones internacionales (desequilibrio en los términos de intercambio del comercio con los países centrales, "dependencia", imperialismo, etc.) reorientando y reduciendo la virulencia de los conflictos internos. Por otro, la ideología del desarrollo favoreció una especie de socialización anticipatoria que garantizaba la univocidad de las luchas sociales, en la medida que los "ciudadanos de segunda clase" (o simplemente no-ciudadanos) podrían percibirse como futuros "ciudadanos completos", sea por la vía de la movilidad individual considerada como una expectativa viable, sea por el progresivo fortalecimiento colectivo como categoría económica, percibido como capaz, en un fututo discernible, de forzar la puerta de entrada en plena ciudadanía;

13 Todavía de forma esquemática, sin embargo, un poco más desarrollada de que es posible en el espacio de este articulo, comento esta cuestión, enfocando las características más permanentes del desenvolvimiento del capitalismo en Silva (1990). Allí, también sugiero que la constitución del asalariado en nuestro país fue incompleta y la incorporación a la ciudadanía fue selectiva.

d) en condiciones "normales", este trípode garantizaba la transformación de conflictos de legitimidad —que cuestionarían la desigualdad básica de la sociedad brasilera—, en conflictos distributivos capaces de ser absorbidos en la estructura institucional como parte rutinaria de la lucha política. Sin embargo, a cada tanto este pacifismo era puesto en duda, haciendo aparecer la fragilidad básica del Estado brasilero, que siempre persiguió una legitimidad que solo obtenía parcialmente. Pero la crisis era resuelta a través del mecanismo de la ciudadanía regulada, por la incorporación de las categorías sociales más amenazantes —y todo el arreglo (claramente no intencional) bocetado arriba se reproducía por algún tiempo más—.

Este modo de integración social se empieza a desestructurar mediados de los años setenta. La crisis del petróleo se superpone al agotamiento del proceso de sustitución de importaciones que ya empezaba a manifestarse, inviabilizando la reproducción del sistema de dominación que se había consolidado en las décadas anteriores. Además, expone la fragilidad básica de un Estado nacional que no ha sido capaz de reducir significativamente las desigualdades sociales, apenas delineando la radicalidad de las luchas sociales de manera esquematizada arriba. Así, se explicita en toda su crudeza, una crisis de legitimidad durante mucho tiempo reprimida, la cual se manifiesta, entre otros aspectos, por la incapacidad del conjunto de las instituciones estatales de garantizar patrones de sociabilidad inclusivos y colectivamente aceptables.

Considero que lo que vengo llamado interpretación dominante de la criminalidad violenta representa una de las innumerables tematizaciones de la doble cara de esta crisis: institucional y de legitimidad. Su atención se concentra en la capacidad de control social por parte del Estado y el análisis se orienta para la búsqueda de formas de reforzarla, sobrepasando el arreglo anterior, para combinar eficiencia con control de la sociedad y, así, garantizar la adhesión activa de la población.

En este sentido, lo que vengo llamando punto de vista dominante construye una problemática "real", además de ética y políticamente relevante. Poniendo en tela de juicio ciertas "garantías externas" de la legitimidad del Estado —es decir, la eficacia de las agencias de seguridad pública y su nivel más o menos democrático— señala, en última instancia, la profunda crisis de autoridad ampliamente reconocida y, por esto mismo, la cuestión central de la agencia pública.

Sin embargo, con el fin de explicar el sentimiento de inseguridad generalizada que está en el centro de la experiencia de vida urbana

en la actualidad, esta perspectiva establece una secuencia de nexos causales entre:

a) una crisis de legitimidad del Estado;
b) la debilidad de la capacidad de control social por parte de las agencias estatales, en particular;
c) el rompimiento del orden público, debido al mal funcionamiento de sus "garantías externas";
d) la ampliación del recurso a la violencia como medio de obtención de intereses; y,
e) la expansión y organización de la criminalidad que recurre a este medio.

Se trata, por lo tanto, de la imputación de una cadena causal que explica la desconcentración de la violencia física (el uso generalizado de violencia por los criminales indica que el Estado pierde su monopolio de hecho, aunque lo mantenga formalmente) por procesos estrictamente internos al propio orden estatal, considerada como padrón universal de sociabilidad. En esta lógica, aquello que era inicialmente objeto de la atención, puesto por la vivencia de inseguridad cotidiana —las prácticas amenazadoras de agentes definidos como criminales comunes violentos— ahora reaparece como resultado o consecuencia mecánica de relaciones sociales "desencajadas" (Giddens) de las propias conductas criminales y presentadas como explicación de estas. El momento de "reencaje" por los criminales del sistema político-institucional aparece como simple correa de transmisión de aquellas relaciones, ya que parece generar una simple conducta desviada, expresión de la ausencia de una sólida sustentación de los parámetros normativos en las áreas urbanas. Fundamentado en este modelo explicativo, de desenvuelve, como se sabe, un amplio debate sobre propuestas de la intervención correctiva, todas girando alrededor de la actividad regulatoria y de las políticas sustantivas del Estado.[14]

---

14 Dejando a un lado las diatribas moralistas, muy comunes, pero aparentemente inocuas, destaco, entre la miríada de posibles ilustraciones de esta lógica explicativa, materia publicada en la revista *Veja* del 8 de septiembre de 1993, a propósito del episodio conocido como la "chacina de Vigário Geral", que me parece paradigmática tanto por su extensión —13 páginas, varios autores— cuanto por la cercanía de los análisis académicos. Llena de referencias al "fracaso del Estado", "ausencia del Estado", "decadencia de la policía" etc., como conclusiones sobre la ineficiencia de los órganos públicos (inclusive, pero no solo, de la policía) y su "descaso" en relación a las regiones de vivienda de pobreza urbana, la mencionada relación causal aparece

Para volver menos abstractos estos comentarios, miremos más de cerca la explicación dominante. Ella toma como unidad de análisis la relación entre dos agentes: por un lado, los propios criminales y, por otro, los policías como encargados directos de la actividad institucional de mantenimiento del orden público en su operación más inmediatamente metidas en las rutinas cotidianas. Sin embargo, no parece exagerado sugerir que prácticamente todo el peso de la lógica explicativa que intenta aprehender esta relación recae sobre las condiciones y el modo de funcionamiento del aparato represivo. Empezando con la actuación de los policías, pero pocas veces restringiéndose a ellos, la explicación enfatiza la crisis moral y de autoridad de las instituciones responsables por el control social y administración de la justicia, causa de una incapacidad radical de cumplimiento de sus atribuciones, la cual se manifiesta bajo las más variadas formas de corrupción de los agentes del orden, impunidad de los criminales, y trato discriminatorio de las poblaciones más pobres. El resultado final es la criminalización de la propia policía, la profundización de la desprotección de las capas populares (agravamiento del problema de garantía de sus derechos civiles) y el estímulo al desenvolvimiento del crimen organizado.

De paso, se percibe que este es el nivel más inmediato y tópico de una explicación cuyo sentido profundo es extraído del reconocimiento de que ella trata de la expresión ubicada de una crisis institucional que es antes política que económica (lo que veo como una ventaja desde el punto de vista dominante sobre las explicaciones economicistas, que no desaparecieron, pero son cada vez menos difundidas). De hecho, aunque sea recurrente la mención a la penuria de las agencias gubernamentales, en una línea de razonamiento cada vez más generalizadora que remite a la crisis fiscal y a la reconversión de la economía, estas causas de la naturaleza económico-financiera tienen antes el estatuto de variables intervinientes en la interpretación dominante, ya que la ineficiencia y la desmoralización interna del aparato policial son vistas como parte de una crisis política que afecta el conjunto de la relación entre Estado y sociedad.

Esta descripción, claramente muy esquemática y superficial, no pretende captar la riqueza y variedad de los análisis, sino exponer el punto de vista que fundamenta la lógica explicativa de la inseguridad de la vida cotidiana en las grandes ciudades brasileras. La intención fue solamente describir lo que considero como el nexo causal básico de la interpretación, construida como una relación entre orden público

---

ahí de forma sintética y explícita: "El orden desertó la favela [sic]. [...] La desbandada de los servicios básicos entregó Vigário Geral a los traficantes" (1993: 29). Ver Silva (1995).

y criminalidad violenta en la actualidad: por un lado, como variable independiente, una profunda crisis de autoridad que genera impunidad y corrupción y vuelve ineficaz el funcionamiento de las agencias estatales, inclusive y especialmente las relacionadas al control social y a la administración de la justicia; por otro, la variable dependiente a ser explicada: el crecimiento del crimen violento organizado en los espacios en que la actividad regulatoria y las políticas sustantivas del Estado no consiguen llenar.

Creo que ahora puedo resumir los principales elementos de mi crítica a lo que considero el punto de vista dominante en el debate en torno a la criminalidad violenta contemporánea, sin llevar el lector a pensar que pretendo descalificarlo integralmente:

a) el agente es definido en términos del estatuto legal de su comportamiento, y no del análisis de sus prácticas concretas, la cual llevaría a la discusión de las características específicas de la formación de la conducta de los "portadores" de la violencia urbana;

b) el objetivo implícito es, por lo tanto, romper con las representatividades de censo común de la violencia urbana;

c) el modelo interpretativo se fundamenta en la suposición de que el comportamiento de cualquier agente individual pueda ser comprendido como una reacción adaptativa a contextos normativos definidos. En este aspecto no hay diferencia entre criminales y no-criminales;

d) este modelo articula un análisis objetivado y exteriorizado de las prácticas que generaron todo el esfuerzo de comprensión en virtud de su carácter vivido como problemático por amenazaren las rutinas cotidianas organizadas alrededor del orden normativo garantizado por el Estado;

e) de esta forma, se desplaza el enfoque de las prácticas al aparato político-institucional responsable por el control normativo;

f) la asociación entre los aspectos "b" y "d" sostiene una concepción totalizante de la vida social que se expresa concretamente en la suposición de la universalidad del orden estatal (lo que no implica presuposiciones de consenso ni de integración social monolítica, ya que es justamente la falta de un grado aceptable de ambos lo que se vuelve objeto de atención);

g) por todo esto, las condiciones contextuales de posibilidad de desenvolvimiento de ciertos cursos de acción (las prácticas que

> el censo común define como violencia urbana) se transformaban en causas de estas conductas, de modo que la formación de las acciones que dieron origen a toda la reflexión desaparece de las consideraciones.[15]

En la próxima sección busco sugerir que un punto de vista que recupere un análisis de las prácticas sociales propiamente dichas y que no pretenda negar o sobrepasar la violencia urbana puede revelar y poner en discusión, como hipótesis de trabajo, una tendencia que la explicación dominante no tiene condiciones de percibir: la transformación de la violencia, de medio de obtención de intereses minimizados por su concentración como monopolio formal del Estado, en el centro de un padrón de sociabilidad en formación que no se confronta con el orden estatal, pero que le es contiguo. Creo que es justamente esto lo que confiere especificidad histórica a la violencia contemporánea en las grandes ciudades —su capacidad de fragmentar, en el sentido fuerte de este término, la vida cotidiana— volviéndola un objeto sociológico singular y un problema social mucho más complejo y profundo que lo que su aprehensión por lo que considero la interpretación dominante hace creer.

MARCAS DE LA MORFOLOGÍA DE LA SOCIABILIDAD VIOLENTA

Fundamentado en las consideraciones desarrollados en las secciones anteriores, me gustaría presentar un boceto de interpretación alternativa que, como acabo de sugerir, no pretende negar la relación entre baja legitimidad, dificultad de control social (es decir, de validez del orden legitimo) y posibilidad de desconcentración de la violencia, desarrollando la noción, aún muy incipiente, de "sociabilidad violenta".

Creo que es posible empezar recordando que la característica central de la representatividad de la violencia urbana es captar expresar un *orden social,* más que un conjunto de comportamientos aislados. Es decir, las amenazas percibidas a la integridad física y patrimonial no provienen simplemente de agentes y comportamientos aislados, sino de un complejo orgánico de prácticas. Esta construcción genera disposiciones de conducta que llevan en consideración los códigos

15 Otra condición de posibilidad, respecto a las bases materiales de reproducción de la violencia urbana, es su asociación con el tráfico de drogas y con el acceso a tecnologías cada vez más sofisticadas (armamentos) que este permite. Esta, sin embargo, no me parece ser una relación necesaria, como generalmente es considerada; en principio, las prácticas definidas como violencia urbana pueden conectarse a cualquier otro soporte que garantice continuidad a lo largo del tiempo. En este sentido, la "discriminación" de la producción y uso de drogas puede dificultar la reproducción de la violencia urbana, pero no es garantía de su eliminación.

organizativos de este complejo. Pero no me parece un despropósito agregar que la violencia urbana, como referencia para la formación de las acciones, está lejos de cancelar o sustituir orientaciones subjetivas relacionadas al orden estatal. Hasta porque es a partir de estas que la representatividad de la violencia urbana se construye, ya que la experiencia que la fundamenta es la amenaza a la seguridad, y la evaluación de esta se reporta a un orden institucional-legal ideal tomada como parámetro. De ahí mi sugerencia anterior, de que la violencia urbana es una categoría producida por los dominados, caracterizando una aprehensión "exterior" de este orden social, pero no por esto menos coherente con ella.

Así, la violencia urbana aprehende una novedad en gestación en las últimas décadas. Su punto de partida es el reconocimiento de que los comportamientos violentos —de agentes individuales o pandillas que se forman y desarman aleatoriamente, sin permanencia en el tiempo— no desaparecen, sin embargo, ya no gravitan más alrededor del orden estatal, destacándose y organizándose como un orden instituido. Sin embargo, si no me equivoco en relación a la convivencia entre dos conjuntos distintos (pero no necesariamente opuestos) de orientaciones de la acción, este debe ser solo el punto de partida de la reflexión. De hecho, el desafío teórico y político es explorar cómo es posible esta relación de pura contigüidad, una vez que ella niega la unidad fundamental de la vida social representada, en el cuadro conceptual general que estoy adoptando, por la idea de "lucha (inconsciente) de valores" que se procesa en la subjetividad de los agentes durante la formación de sus conductas, al perseguir fines objetivamente contradictorios. Para volver el punto aún más claro, repito que, si mi descripción de la violencia urbana es correcta, no hay lucha, sino convivencia de referencias, conscientes o por lo menos claramente "monitoreadas", a códigos normativos distintos e igualmente legitimados, que implican la adopción de cursos de acción divergentes.

No tengo la pretensión de resolver el problema, pero una hipótesis para estudios posteriores puede empezar repitiendo la indicación de la configuración básica del complejo de prácticas aprehendido por la representatividad de la violencia urbana: la transformación del uso de la fuerza, como medio eventual de obtención de intereses, en principio de regulación de las relaciones sociales.[16] Pero este padrón de articulación de las prácticas sociales autonomiza un ámbito de las rutinas cotidianas, produciendo una "forma de vida" que no se "desencaja" y,

16 Es justamente este aspecto esencial que la interpretación dominante, al abandonar la representatividad de la violencia urbana como parte integrante de su objeto, deja de captar.

por lo tanto, no interfiere sobre los cursos de acción articulados alrededor del orden estatal. En la medida que el principio que estructura las relaciones sociales es la fuerza, no hay espacio para la distinción entre las esferas de la política, de la economía y de la moral. De la misma manera, se puede caracterizar los agentes responsables por la génesis y consolidación de este ordenamiento como una especie de caso-límite del desarrollo del individualismo, en que el abandono de referencias colectivas moderadoras de la busca de los intereses individuales termina por eliminar también el autocontrol (pero el raciocinio instrumental que garantiza la forma social de "fines" o "intereses" a puros "deseos" irrestricticos o "pulsaciones").[17] Para los portadores de la violencia urbana, el mundo se constituye en una colección de objetos (ahí incluidos todos los demás seres humanos, sin distinguir sus "pares") que deben ser organizados para servir a sus deseos. Hay, ciertamente, límites para la realización de estos deseos, pero ellos tienen el estatuto de la resistencia material representada por la objetividad del mundo (inclusive los límites impuestos por el reconocimiento de la fuerza de los demás portadores).

Si estas consideraciones son correctas, habría una disyunción en la formación de las conductas entre los portadores de la violencia urbana (los cuales, como acabo de sugerir, no pueden ser vistos como un colectivo organizado en torno a intereses o valores comunes que, en última instancia simplemente, no existen) y los contingentes dominados, capaces de, bajo ciertas circunstancias, adherir a este orden sin cancelar la aceptación del orden estatal.

Un orden social como este no puede ser simplemente entendido como una configuración empíricamente dada, pero, por otro lado, las nociones de reciprocidad, solidaridad, intersubjetividad etc., tan significativas a la tradición del pensamiento social, tienen una utilidad limitada para su análisis, una vez que la acción se constituye como un conjunto de comportamientos monótonamente organizados bajo la forma de intentos de control de un ambiente que solo ofrece resistencia física a la manipulación del agente. Lo que "unifica" estas conductas en un complejo de prácticas organizadas es justamente el reconocimiento (estrictamente instrumental) de la resistencia física presentada por la fuerza de que pueden disponer los demás agentes.

En otras palabras, la formación de las prácticas clásicas de la violencia urbana no pasa por justificaciones de valor, a no ser las que los dominados desarrollan como parte de la representatividad de la

17 En este punto, quizás sea útil recordar que este es un argumento clásico-ideal, que empuja a sus límites lógicos los aspectos destacados para el análisis y, por lo tanto, no existe, en su pureza, en la realidad.

violencia urbana. Pero esta es una comprensión "exteriorizada", de los dominados, que expresa su reconocimiento de la fragmentación de la vida cotidiana, relacionándolos solo con deseos, pulsaciones y/o intereses estrictamente individuales regulados pura y simplemente por el reconocimiento de una jerarquía de fuerza física (con mayor o menor recurso a tecnologías que la vuelven más eficiente) producido por la reiteración de demostraciones factuales y no por acuerdo, negociación, contrato u otra referencia común compartida.[18]

Si esta línea de reflexión tiene alguna plausibilidad, podemos extraer algunas implicaciones que quizás sean útiles para orientar estudios posteriores.

La primera de ellas se refiere al hecho de que la "sociabilidad violenta" no dispone de un lenguaje propio, recurriendo, para expresarse como "forma de vida", a una profunda resignificación del lenguaje corriente. No me atrevo a elaborar esta cuestión, que demanda mucha más investigación y conocimiento empírico de lo que poseo. Solo llamo la atención sobre el hecho de que eventuales errores de "traducción", al desconsiderar este punto, pueden llevar —en realidad, creo que han llevado—, por parte de los analistas, el puro y simple desconocimiento de la peculiaridad de la "sociabilidad violenta" que intenté elaborar arriba. Quizás una relectura del lenguaje de la "sociabilidad violenta" debiera empezar a considerar que, si es posible pensarla, con Weber, como "empresa", debería al mismo tiempo considerar que no tiene sentido aplicar este concepto aun aceptando la separación entre "esferas de valor", es decir, distinguiendo entre política y economía.

Una segunda implicación que me gustaría mencionar se dirige a la problematización de lo que puede ser entendido como "organización de la criminalidad", una cuestión que viene siendo muy debatida y estudiada, y que está implícitamente tematizada en el presente trabajo, aunque, seguramente, mis comentarios sobre la violencia urbana como orden social poco tengan que ver directamente con la formación de grupos de criminales y no solo los involucrados con el tráfico de drogas.[19] Pero los modelos corrientes de comprensión de

---

18 Es probablemente esta característica fundamental que, desapercibida, muchas veces lleva el observador a definir como gratuitos e inexplicables (o explicables como puro sadismo, patología de naturaleza psicológica) innúmeros actos de fuerza muy explorados por los medios.

19 Este puede ser el caso, por ejemplo, de la recuperación por los criminales de categorías religiosas, como "diablo", por ejemplo, que necesitan ser mejor ubicadas en el contexto de la sociabilidad violenta. Identificaciones con el diablo, relativamente comunes en la retórica de los criminales, pueden indicar una adhesión a valores religiosos, negando, por lo menos en parte, el argumento que vengo desarrollando. Pero también pueden indicar el "préstamo" de una categoría disponible para formular

la organización de la violencia criminal ("bandidismo pre-moderno", "*gang* juvenil", "mafia" etc. y en el límite, "ejército") simplemente no se aplican. Esto es porque todos ellos se basan en principios como honor, lealtad, compañerismo, cooperación o solidaridad, que reproducen la idea tradicional de una pacificación entre iguales (reducción del recurso a la violencia abierta entre los pares), reorientando las prácticas violentas al "exterior". De esta forma, también se mantiene inalterada la comprensión del uso de fuerza como medio de obtención de intereses y no como principio de organización de prácticas.

Pero negar la adecuación de estos modelos no implica el desconocimiento de la existencia, no propiamente de "acción colectiva", si consideramos el sentido corriente de esta expresión, que siempre contiene, de alguna forma, la idea de cooperación alrededor de objetivos comunes, pero, digamos, de "prácticas individuales conyugadas". Estas acciones, aunque puedan generar acumulación (o articularse con emprendimientos que buscan ganancia y/o poder, casi siempre ilegales, que operan en los límites exteriores del orden estatal) no son propiamente empresas, en el sentido de una jerarquía orientada a fines colectivos. El complejo formado por estas prácticas también se fundamenta en el mismo principio general de la subyugación por la fuerza, constituyéndose en una especie de amalgama de intereses estrictamente individuales, con un sistema jerárquico y códigos de conducta que pueden ser sintetizados por la metáfora de la "paz armada": todos obedecen porque y como se saben más débiles por la demonstración de hecho en momentos anteriores, saben también que la insumisión implica necesariamente retaliación física. En el límite, se puede decir que no hay "fines colectivos" ni "subordinación"; todas las formas de interacción se constituyen en técnicas de sumisión que eliminan la voluntad y las orientaciones subjetivas de los demás participantes como elemento significativo de la situación.

Si es correcto afirmar, como propongo, que en el orden de la violencia urbana las prácticas se articulan a través de demonstraciones factuales de fuerza y no por intermedio de referencias de valor compartidas, la aplicación de estos modelos de organización de la violencia criminal solo expresa una postura etnocéntrica que no reconoce la especificidad de la configuración que analizan. De hecho, mi hipótesis es que no se trata de "contra-poderes" o de formas ubicadas

---

la auto-imagen de los "portadores" de la violencia urbana, traduciendo la maldad representada por el diablo en la esfera religiosa en fuerza autónoma, principio de organización de la forma de vida que ellos instituyen. Si este es el caso —punto que solo la investigación puede elucidar—, entonces en lugar de simple inversión, como en general se cree, se trataría de resignificación.

de "capitalismo de riesgo" (pues este último solo hace sentido relacionado al "sobrio capitalismo burgués" y ambos solo hacen sentido a partir de la diferenciación entre esferas de valor que, como vengo sugiriendo, desparece en la sociabilidad violenta).

Finalmente, una palabra sobre la distribución territorial de la coexistencia entre orden estatal y violencia urbana. Ningún aspecto del argumento aquí desarrollado implica suposiciones sobre una eventual homogeneidad geográfica o ecológica de esta combinación. De hecho, parece ser incuestionable que, al contrario, existe heterogeneidad, tanto en razón de prácticas intencionales de auto-aislamiento de los extractos más favorecidos cuanto de procesos más impersonales que explican el peso relativo de cada una de las ordenes en las áreas de las grandes ciudades,[20] sin olvidar las consideraciones logísticas, instrumentales, de los portadores de la sociabilidad violenta.

Así es que, aunque la violencia urbana sea una característica general de la configuración social de las ciudades brasileras que abarcan, por lo tanto, todo su territorio, es más o menos consensual que ella afecta más directa y profundamente las áreas desfavorecidas, especialmente las favelas, probablemente debido a la forma urbana clásica de estas zonas, en general muy densas y con un trazado vial precario, dificultando el acceso de quien no está familiarizado con ellos y, por lo tanto, favoreciendo el control por agentes que logran establecerse en ellos. Los habitantes de estas áreas están más directamente sometidos a la violencia urbana y, por lo tanto, merecen un comentario especial.

Como toda población urbana, ellos articulan sus prácticas según una doble inserción, como participantes del orden estatal y, paralelamente, de la sociabilidad violenta. En relación a la primera, ellos se han organizado en torno de distintos proyectos, individuales y colectivos, con diferentes grados de adhesión. Se puede decir, así, que están activamente involucrados en la compresión de su propia situación, independiente de la dirección de las prácticas que esta comprensión indica (las cuales, como sabemos, cambian mucho en el tiempo y en el espacio). En este sentido, incluso en los momentos más autoritarios de funcionamiento del control estatal sobre la organización de sus conductas, ha habido espacio para el desarrollo de una capacidad autónoma de formas de acción para la obtención de sus intereses. Pero en relación a la adhesión a la sociabilidad violenta, ella se caracteriza antes como sumisión que como subordinación, en la medida que este último término implica la existencia, en cierto grado, de la formación

20 A partir de un enmarcado muy distinto del mío, de cierta forma Caldeira (2000), en su discusión de la relación entre crimen, segregación y ciudadanía, incorpora la dimensión espacial de las cuestiones aquí tratadas.

de conductas autónomas. Enraizada como un ámbito de la vida cotidiana, ella no produce un desplazamiento entre las fuentes institucionalizadas de poder y las rutinas cotidianas, reduciendo a límites mínimos la comunicación necesaria a la producción de la comprensión de la propia situación, que es la base de la formación autónoma de la conducta.

La sociabilidad violenta, llevando a estos lugares el riesgo personal al paroxismo, genera miedo en los agentes sociales que siguen constituyéndose de tal forma que no están preparados para "abandonar" a la violencia como principio (es por esto que ellos constituyen el extracto dominado). La conocida "ley del silencio" parece ser más perniciosa de lo que normalmente se imagina: no se trata solo del cierre para los "de fuera" de las poblaciones más directamente afectadas por la sociabilidad violenta, sino de la incomunicabilidad entre sus propios miembros producida por el miedo y por la desconfianza. Esta quizás sea la consecuencia más perversa de la implementación de la sociabilidad violenta como orden instituido. Las poblaciones que ella somete siguen, de cierta manera, viviendo su vida "normal", organizadas como subalternas al orden estatal, pero bajo la condición de ser impedidas de se apropiaren colectivamente de la "otra parte" de esta misma normalidad dividida.

CONCLUSIÓN

Este texto presenta un programa de trabajo y, como tal, no comporta una conclusión. Sin embargo, incluso corriendo el riego de reforzar el carácter anticlimático de este final, me gustaría retomar un comentario anterior, de que la interpretación dominante articula una reflexión a partir de la cual una intervención social de carácter "correctivo", que recomponga la legitimidad del Estado, así reforzando la eficacia de los controles representados por el sistema de administración de la justicia, tendría como resultado la recomposición de la integración social en las grandes ciudades brasileras. De hecho, gran parte de la discusión pública en la actualidad se refiere a la naturaleza, al sentido y a los protagonistas de las intervenciones más adecuadas para este fin. Como he sugerido a lo largo de este trabajo, el elemento común que estructura este debate es creer que medidas político-institucionales, reorganizando el marco normativo en que se desarrollan los conflictos y las prácticas, son suficientes para recomponer el tejido social.

Gran parte de este artículo intenta justificar un rechazo de este punto de vista y sugerir un programa de investigación direccionado a la comprensión del desarrollo de una forma radicalmente nueva (pero, como debe haber quedado claro, nada revolucionaria) de organización social que, lejos de representar una simple expresión de la

ineficacia de los controles estatales, tiene un desarrollo relativamente independiente de estos). Me parece muy prematuro siquiera un simple intento de lidiar con propuestas de manipulación de la sociabilidad violenta, sea para deshacerla, sea para reorientarla. Pero quizás sea posible empezar por la idea de que, cualquiera que sea el camino, tendrá que orientarse por medidas capilares, en el campo de las prácticas cotidianas, que estimulen el reconocimiento mutuo, a modo a reconstituir la alteridad cancelada por la forma de vida representada por la violencia urbana.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, S. A 1993 "Criminalidade urbana no Brasil: um recorte temático" en *Boletim Informativo y Bibliográfico de Ciências Sociais* (Río de Janeiro) Nº 35(1), p. 24.

Caldeira, T. P. do R. 2000 *Cidade de muros: crime, segregação e cidadania en São Paulo* (São Paulo: Ed. 34; EDUSP).

Coelho, E. C. 1987 *A oficina do diabo: crise e conflitos no sistema penitenciário do Rio de Janeiro* (Río de Janeiro: Espaço e Tempo; IUPERJ).

Coelho, E. C. 1978 "A criminalização da marginalidade e a marginalização da criminalidade" en *Revista de Administração Pública* (Brasil) Nº 12(2), pp. 139-161, abril-junio.

Giddens, A. *Política, Sociologia e teoria social* (São Paulo: Unesp).

Lima, R. K. de; Misse, M.; Miranda, A. P. M. 2000 "Violência, criminalidade, segurança pública e justiça criminal no Brasil: uma bibliografía" en *Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciências Sociais* (Río de Janeiro) Nº 50, segundo semestre.

Lins, P. 1997 *Cidade de Deus* (Río de Janeiro: Companhia das Letras).

Silva, L. A. M. da 1990 "A (des)organização do trabalho no Brasil urbano" en *São Paulo en Perspectiva* (São Paulo) Nº 4(3-4), pp. 2-5, julio/diciembre.

Silva, L. A. M. da 1995 "Um problema na interpretação da criminalidade urbana violenta" en *Sociedade e Estado* (Brasil) Nº 2.

Peralva, A. 2000 *Violência e democracia: o paradoxo brasileiro* (São Paulo: Paz e Terra).

Santos, W. G. dos 1979 *Cidadania e justiça* (Río de Janeiro: Forense).

Zaluar, A. 1985 *A máquina e a revolta* (São Paulo: Brasiliense).

Relaciones étnico-raciales, desigualdades y diferencia

.br

LA NOCIÓN DE FRICCIÓN INTERÉTNICA*

Roberto Cardoso de Oliveira

Al concebir la estructura de este ensayo, algunas cuestiones de orden teórica se impusieron a la reflexión y, prácticamente, nos guiaron en la elaboración y en la explicación de los resultados de la investigación acerca de las relaciones entre indios y blancos en el alto Solimões. Verificamos, así, que la constante búsqueda de refinamiento metodológico y conceptual que se percibe en los estudios de contacto interétnico, aunque puede ser considerada como el proceso natural de desarrollo de cualquier ciencia, puede ser entendida también —y sobre todo— como el resultado de la eterna frustración de los etnólogos en comprender la estructura y la dinámica de las relaciones entre pueblos de distintas etnias, insertos en una situación determinada: la situación de contacto.

Poco se puede seguir diciendo acerca de un tema tan tratado y, en general, bien desarrollado por especialistas de diferentes orientaciones teóricas. Nos detendremos en tres de estas orientaciones, que consideramos las más importantes para el conocimiento del fenómeno del contacto, para, enseguida, evaluarnos la influencia de estas orientaciones en el estudio de las relaciones interétnicas en Brasil.

* Extraído de *O índio e o mundo dos brancos* 1964 (São Paulo: Difusão Europeia do Livro) capítulo 1, pp. 13-30.

Finalmente, buscaremos desarrollar algunas consideraciones sobre aspectos de este contacto que se recomiendan al analista en vista de su significación. En síntesis, intentaremos mostrar que el conocimiento del contacto interétnico será alcanzado de modo más completo si enfocamos las relaciones interétnicas como relaciones de fricción.

La etnología moderna cuenta con diversas tradiciones de estudio del fenómeno de las relaciones entre pueblos de distintas culturas fundadas bajo puntos de vista específicos. Son estos puntos de vista los que deseamos explicitar. Y debemos sumar, aún, que el enfoque de nuestras indagaciones está circunscrito a las relaciones entre grupos tribales y sociedades nacionales, dejando así de lado una serie de fenómenos susceptible de ser encontrada en otros contextos, donde las poblaciones o las culturas en contacto no se caracterizan por los componentes mencionados: el tribal y el nacional. En este sentido, dos tradiciones se imponen inmediatamente: la británica, conocida como *social change studies*; y la norteamericana, difundida por los *acculturation studies*. Ambas —principalmente la segunda— marcaron su presencia en Brasil, influyendo las investigaciones aquí conducidas acerca del mismo tema. La tercera, menos conocida entre nosotros —y de formulación más reciente— ha mostrado su eficacia en los estudios africanistas realizados por etno-sociólogos franceses. Podríamos llamar a esta corriente estudios de situación.

En los estudios británicos de cambio social —para restringirnos a apenas un tipo específico de cambio, el resultante del contacto interétnico— la noción de institución social parece ocupar un lugar central, sobre todo cuando reflexionamos sobre la actualidad del clásico libro de Malinowski, *The Dynamics of Culture Change*, publicado en 1945, pero cuyas ideas básicas ya habían sido difundidas en su ensayo introductorio a los *Methods of Study of Culture Contact in Africa*, editado en 1938 por el Instituto Internacional de Lenguas y Culturas Africanas (Memorandum XV). Las ideas desarrolladas en estos trabajos bien podrían ser tomadas como la expresión de un punto de vista de la corriente de la antropología social británica cuando esta se detiene en los estudios de cambio social y de dinámica cultural. La preocupación de aprehender la realidad resultante del contacto interétnico valiéndose del análisis de instituciones correspondientes, por ejemplo, por la aceptación tácita del principio de que las instituciones actúan unas sobre las otras según sus respectivas naturalezas —las instituciones tribales serían modificadas por la acción de la institución religiosa occidental, las económicas por sus recíprocas, y así sucesivamente— lleva al investigador a minimizar la influencia de los agentes externos a aquellas esferas formalmente fuera de sus respectivos campos de acción. De esa forma, el misionario o administrador afectarían el

orden tribal solamente en aquellas esferas relacionadas con el sistema religioso o con el sistema administrativo.

Bien, todas las afirmaciones de Malinowski relativas a los efectos negativos de la "colonización" y su concepción, aunque ingenua, de la fuerte espoliación sufrida por los pueblos africanos, pierden el significado y quedan destituidas de cualquier valor instrumental —líneas maestras que deberían pertenecer a la imaginación— para explicar la situación de contacto como totalidad. Es cierto que esta teoría encontró excelentes críticos dentro y fuera de Inglaterra, como Gluckman y Balandier, entre otros. Pero se puede decir, sin miedo de caer en exageraciones, que esta ficción teórica produjo frutos amargos para la antropología social en sus intentos de comprender el contacto interétnico, específicamente entre poblaciones indígenas y sociedades coloniales.

Por otro lado, el uso del concepto de cultura —en detrimento de la utilización adecuada de concepto de sociedad— podría llevar a la antropología británica a posiciones muy semejantes a las adoptadas por la norteamericana. Esto no sucedió gracias a la influencia de los trabajos de Radcliffe-Brown, Firth, Evans-Pritchard y Mayer Fortes, por citar los principales jefes de escuela o líderes de grupos de antropólogos en aquel país. En lo que se refiere específicamente al estudio del contacto interétnico, tenemos un ejemplo de esta orientación culturalista —engendrada por los trabajos de Malinowski— en el pequeño libro de la pareja Wilson, aparecido en 1945, bajo el título *The Analysis of Social Change*. La adopción del término "cambio social" en el título no implica la aceptación de un punto de vista funcional-estructural que ya era empleado en las monografías escritas en aquel país. La verdad es que el espíritu inglés no trajo para los estudios de contacto interétnico el mejor de sus esfuerzos teóricos y metodológicos, con excepción, ciertamente, de Malinowski y, en cierto sentido, de Lucy Mair, esta, se debe acentuar, sin la profundidad que se podría desear. Los trabajos sobre *social change* que vendrían a continuación, como el de Firth, sobre Tikopia (Firth, 1959), se preocupan más en analizar los mecanismos de cambio inherentes a las sociedades tribales, tomando el contacto apenas como un estímulo a las alteraciones en el orden social, y no estudian el cambio en términos de su naturaleza histórico-estructural, a saber, de la especificidad de las relaciones entre poblaciones tribales y sociedades coloniales.

¿Cómo explicar el contacto si toda la orientación está concentrada en la descripción de una tercera sociedad, resultante de la conjunción de otras dos, en términos preconizados por Malinowski? Las tres diferentes órdenes culturales son identificadas por él —la tribal, la occidental y la transaccional o, en otras palabras, la tercera sociedad

resultante— y el mecanismo de esta teoría queda más claro cuando Malinowski distingue un tipo distinto de determinismo en cada uno de estos órdenes. Si realmente queremos entender el contacto propiamente dicho, tenemos que hacerlo en situación. ¿Y cómo hacerlo si empezamos por fraccionar la situación concreta en tres órdenes diversos? No importa que Malinowski haya hecho enunciaciones tan justas como la de que "la verdadera naturaleza del fenómeno [de contacto cultural] consiste en la interacción de dos diferentes mundos culturales [...] distanciados por el prejuicio racial y una política diferenciada" (Malinowski, 1938). Del mismo modo, tampoco importa que él evalúe con objetividad los aspectos extorsivos y tiránicos de este contacto y, aun, intente entender "la situación del contacto como un todo integral" (Malinowski, 1945). Involuntariamente, Malinowski contribuyó a mistificar el problema de la situación del contacto, jamás comprendiendo en toda su extensión el fenómeno del "tribalismo" o del nacionalismo africano ya emergente.

Estos fenómenos serán analizados, en la misma África, por investigadores franceses como la psicóloga Mannoni (1950)[1] o el sociólogo Balandier. Este último, en el primer capítulo de su libro *Sociologie Actuelle de l'Afrique Noire,* boceta una teoría del contacto manipulando la noción de situación colonial. Para Balandier, esta noción, si bien está fundada en hechos comúnmente descritos por autores anglosajones, como los choques raciales o las fricciones entre civilizaciones, no son examinados en términos de las condiciones particulares que los producen. Al conjunto de estas condiciones es que Balandier llama situación colonial. Se puede definirla limitándose a las condiciones más generales y presentadas de estas condiciones. Son ellas:

> el dominio impuesto por una minoría extranjera, racial [o étnicamente] y culturalmente distinta, en nombre de una superioridad racial [o étnica] y cultural afirmada de modo dogmático, a una mayoría, autóctona, materialmente inferior; este dominio provoca el establecimiento de relaciones entre civilizaciones heterogéneas: una civilización con máquinas, con una economía poderosa, de ritmo rápido y de origen cristiana imponiéndose a civilizaciones sin máquinas, con economías "atrasadas", de ritmo lento y radicalmente no-cristiana; el carácter antagónico de las relaciones existentes entre estas dos sociedades que se explica por el papel del instrumento a la que es condenada la sociedad colonizada; la necesidad, para mantener ese dominio, de recurrir no solo a la "fuerza" si no también a un conjunto de supuestas justificaciones y de comportamientos estereotipados, etcétera. (Balandier, 1955: 33)

1 Este autor es frecuentemente citado por Balandier.

Comentando que la situación colonial debe ser estudiada con una totalidad (*totalité*) que implica grupos relacionados entre sí en términos de dominio y sumisión y cuya modificación profunda y rápida exige que la analicemos históricamente, escribe Balandier que de esta situación la sociedad colonizada participa en grado variable "según su tamaño, su potencial económico, su conservatismo cultural", y que para su conocimiento es indispensable tener en cuenta esta doble realidad: "la colonia" o la sociedad global en cuyo seno se inserta, y la situación colonial; sobre todo cuando esta torna evidente los hechos resultantes del "contacto", los fenómenos o procesos de cambio" (Balandier, 1955: 34).

Las concepciones científicas de los africanistas, fundadas en las experiencias coloniales de sus respectivos países, se oponen a las americanistas, especialmente las formuladas por la etnología norteamericana. En esta última, las concepciones pasan a expresar una realidad "racial" cuya naturaleza es más fácilmente enmascarada que la emergente de la situación colonial, como indica, incluso, el propio Balandier. Él dice que

> las diferencias radicales de civilización, de lengua, de religión, de costumbres que actúan en el cuadro de la situación colonial, son aquí [es decir, en la situación negro/blanco en Brasil y en los EE.UU.-RCO] atenuadas y no sirven ni para enmascararlas, ni para complícalas, porque el estado de subordinación y el prejuicio racial no pueden aparecer aquí como fundados en la naturaleza —la alteridad se borra y la identidad de derecho se afirma, porque estos fenómenos representan lo que queda a eliminar del pasado colonial—. (Balandier, 1955: 29)

Naturalmente estas reflexiones de Balandier están basadas en la situación blanco-negro en las Américas, y no en la situación del indio. Pero nos pueden servir también como un punto de vista bastante agudo en lo que se refiere a la coyuntura indígena, sea de los Estados Unidos, sea de Brasil, aunque el fenómeno de la "distancia cultural" no pueda dejar de ser también considerado. En estos países, en virtud de que los indios constituyen las minorías, poco peso tienen en la estructura político-económica global, hecho que tiende a destituir la relación indio-blanco de cualquier aspecto crucial para el blanco. Y, como consecuencia, el problema indígena no llega a conmover la conciencia nacional —hecho del que se resiente la propia etnología, sobretodo la norte-americana—.

¿Cómo podríamos resumir la experiencia norteamericana en lo que concierne a la situación de contacto? De la misma forma que buscamos comprender el punto de vista inglés, adoptando para eso los trabajos de naturaleza programática-metodológica como el de Malinowski —con el riesgo de ser acusados resucitar cosas viejas—,

intentaremos ahora destacar la perspectiva norteamericana a través el examen de obras más sistemáticas, todas tendientes a orientar los investigadores en el estudio del contacto, particularmente de los fenómenos aculturativos emergentes. Dos memorandos exprimen el pensamiento norte-americano en este sentido: el firmado por Redfield, Linton e Herskovits, publicado en 1936, bajo el título *Memorandum for the Study of Acculturation* (Redfield, Linton & Herskovits, 1936: 149-152), y el firmado por Siegel, Vogt, Watson e Broom, intitulado *Acculturation: An Exploratory Formulation*, editado en 1954 (Siegel *et al.*, 1954: 973-1002). Otros dos trabajos de Keesing y de Beals, ambos publicados en 1953, no podrán ser objeto de consideración equivalente a la destinada a los memorandos, por constituir, básicamente, obras críticas de textos y posiciones y no trabajos teóricos sistemáticos.

Creemos que, a esta altura, dos puntos ya quedaron definitivamente marcados. El primero, referente al concepto de situación de contacto —en los términos propuestos por Balandier—, ofrece las líneas maestras para la investigación de las relaciones interétnicas, pues revela la fragilidad de los esquemas teóricos contenidos en los trabajos de Malinowski y de sus seguidores. El segundo se relaciona con la crítica hecha a aquellas teorías por los propios antropólogos británicos, que subrayaron los aspectos sociológicos de la realidad tribal en detrimento de los culturales, en un esfuerzo por depurar los prejuicios culturalistas. En último análisis, trataron de desplazar el centro de la gravedad, que se encontraba en la cultura, hacia la sociedad. La concretización de esta separación por los antropólogos sociales británicos, con el desarrollo espectacular de las teorías estructuralistas, acabaría por volver muy nítida la línea divisoria entre ellos y sus colegas americanos. Estos, no obstante, intentarían incorporar en sus sistemas de interpretación culturalista algunos conceptos sociológicos, siendo los más fructíferos el de sujeción-dominación (en el Memorando de 1936, III, B) y el de papel intercultural (en el Memorando de 1954). Haremos énfasis en ambos en el análisis que sigue.

Si comparamos el Memorando del 36 con el del 54, vemos que, en un cierto sentido, hubo un retroceso teórico, si se tiene en mente el dualismo sociedad y cultura. El de 1936 se encuentra en gran parte dirigido al aspecto sociológico del contacto, como se puede ver por la lectura de los párrafos A y B de la III parte, intitulada "Analysis of acculturation". En estos párrafos son obviados los tipos de contacto que pueden suceder, señalando los autores la dimensión y composición de los grupos poblacionales en conjunción, la naturaleza de esta conjunción —hostil o pacífica—, la desigualdad social y política de los grupos y las estructuras de dominio y sujeción. En los demás párrafos e ítems que lo componen, el proceso de aculturación es desmembrado

en complejos de relaciones entre rasgos culturales y no entre entidades sociales, individuales o colectivas, como sería de esperar si quisiéramos que los autores asumiesen caminos capaces de explicar las relaciones entre los hombres. Excepciones pueden ser hechas en la parte IV, donde la dimensión individual es reconocida, y tratada en términos de los mecanismos psicológicos subyacentes. En síntesis, el Memorando constituye un documento útil, proveedor de indicadores sensibles para la investigación etnológica, sin descuidar de los aspectos propiamente sociológicos de la conjunción intercultural, pero en escala distinta.

El Memorando posterior, de 1954, es bastante más ambicioso y traduce el empeño de sus signatarios en presentar, aunque en carácter exploratorio, un esquema teórico sobre la aculturación. Se basan, así, en el resultado de casi veinte años de investigación acerca del mismo tema, lo que les permite evaluar bien la fecundidad de los puntos de vista hasta entonces adoptados. Ese Memorando no cuida de efectuar un levantamiento sistemático de los conceptos de aculturación que habitan la historia de las ideas en etnología. Sus autores se fundan en una amplia bibliografía, a destacarse, en el sentido de la historia del concepto de aculturación, el trabajo de Ralph Beals, "Acculturation", publicado en el *Anthropology Today*, en el año anterior. Así, en su intento de teorización, el Memorando del 54 reserva, con rigor, dos ítems para consideraciones de carácter sociológico: el ya mencionado *papel intercultural* y el referente a la *comunicación intercultural*. En el primer ítem, no hace más que retomar problemas bastante discutidos por Malinowski e incluso presentados de manera muy precisa por él mismo (véase, sobretodo, *Dynamics of Culture Change*). En el segundo tema, parece entrar en problemas de orden semántico o de significación intercultural, pero luego decepciona al lector esperanzado en encontrar nuevas ideas en un campo de mayor importancia para el entendimiento de la situación de contacto. Sin embargo, a pesar del desplazamiento hacia un cierto psicologismo, el desarrollo de este ítem es bien hecho y de muy estimulante lectura.

Una de las reacciones más recientes motivadas por las ideas contenidas en este último Memorando es la de los norteamericanos Dohrenwend & Smith, presentada en un artículo, bajo el título "Toward a Theory of Acculturation" (Dohrenwend & Smith, 1962: 30-39). En su trabajo —cuyas críticas no repetiremos in *extenso*— percibimos una preocupación claramente sociológica en la formulación de los problemas y en la comparación de las soluciones. Por un lado, la concepción de un sistema de estatus —preexistente en la situación de conjunción— sigue sirviendo de guía a los autores de esta crítica; por otro, es el concepto de cultura el que constituye la unidad más inclusiva por

ellos visualizada. La consecuencia de esto se hace sentir en la identificación de tres condiciones a ser impuestas por una cultura A sobre la otra B, cuando la primera domina a la segunda.

> 1) Reclutar miembros de B para sus actividades en posición de bajo estatus, por ejemplo, servicio de cultivos o hacer uso de los nativos en el sector de la limpieza y orden de las organizaciones militares. 2) Excluir los miembros de B que deseen admisión en las actividades en posiciones de estatus igual o alto, por ejemplo, escuelas segregadas o servicio civil cerrado. 3) Obtener admisión en las actividades de B en posiciones de estatus alto, por ejemplo, funcionarios de las colonias que imponen nuevas reglamentaciones de matrimonio, programas de impuestos, etcétera.

Y concluye:

> La cultura más débil, B [diríamos nosotros: la tribal-RCO] debe claramente someterse al reclutamiento en posiciones de bajo estatus, aceptar la exclusión de las ordenes deseables en las actividades de A, y permitir la admisión de aquellos de fuera en posiciones de alto estatus en sus propias actividades. Esta es una situación de completo dominio de la cultura A sobre la cultura B. (Dohrenwend & Smith, 1962: 31-32)

Ejemplifica sus condiciones, a continuación, con la situación de contacto en la Unión Sudafricana, buscando tipificarla como un caso extremo de dominación entre dos culturas. Bien, toda la exposición de los autores adquiriría un sentido mucho más exacto si hablasen de sociedades en oposición, en lugar de superioridad de una cultura sobre la otra. La cuestión no es académica, como puede parecer a primera vista. Si cultura y sociedad constituyen conceptos, deben expresar realidades diversas, con contenidos ontológicos específicos y definidos y no, simplemente, ser mutuamente traducibles uno en el otro, como parece ser el caso con el que estamos tratando. En este sentido, y con referencia específica a la cultura como objeto sustantivo de investigación, dos pequeños ensayos nos parecen relevantes para la crítica de su conceptualización: el de David Bidney (1953) y el de Leslie White (1959). Sin embargo, se aclara que nuestras consideraciones no buscan reducir la cultura a un epifenómeno, a algo vacío de significación como quieren algunos sociólogos.[2] Al contrario, vemos en la cultura —y también en la investigación culturalista— una dimensión de lo real a ser explorada con mucha ganancia científica. Nuestras restricciones al punto de vista culturalista se deben a su poca penetración

2 Véase, por ejemplo, Costa Pinto (1963).

en las estructuras cruciales de un determinado fenómeno: el contacto interétnico.

Simultáneamente, con el objetivo de establecer una tipología, Dohrenwend & Smith fundamentan sus análisis en teorías de estratificación, por lo tanto de carácter sociológico, e intentan disminuir los mecanismos de interacción social, en una demostración de la inoperancia práctica y teórica del concepto de cultura que, al final, es utilizado de manera superflua en su trabajo. En cuanto al mérito de la orientación sociológica adoptada, nos gustaría recordar la excelente crítica hecha recientemente por Rodolfo Stavenhagem en dos trabajos de 1962,[3] en los que denuncia el carácter mistificador de las teorías de estratificación social cuando la realidad estudiada se traduce en un sistema de clases en oposición —lo que en cierto sentido es tautológico, puesto que no existe clase que no esté en oposición a otra, como concibe el propio Stavenhagem—. Se concluye que el artículo de Dohrenwend & Smith ofrece una contribución al estudio del contacto interétnico, con su énfasis en las relaciones sociales emergentes de la situación intercultural (por lo tanto con un retorno al punto de vista sociológico), permanece, así, atado a esquemas sociológicos poco explicativos para el completo conocimiento de la situación de contacto.

¿Cuáles son los reflejos de estos trabajos en Brasil? Se puede decir, sin riego de exagerar, que la influencia norteamericana es mayor que las demás: la francesa, la británica y la de lengua alemana —la de los círculos culturales—, esta última no mencionada específicamente en este artículo, por no centrarse en el problema del contacto como tal, a no ser como uno de los medios por los cuales se procesa la difusión cultural.[4] Como en los demás países de Latinoamérica donde la antropología tuvo un desarrollo razonable, en Brasil las teorías de aculturación fascinaron a los etnólogos y las circunscribieron a su problemática. Fueron los sociólogos, en sus investigaciones sobre le negro que, superando la tradición afro-brasileña, de inspiración etnológica y folclórica, imprimieron en sus trabajos una orientación diversa, la cual se podría nominar "estudios de relaciones raciales". Roger Bastide, Florestan Fernandes, Oracy Nogueira, investigando las relaciones entre negros y blancos en São Paulo; Tales de Azevedo y Luis Aguilar

---

3 En estos trabajos el autor presenta que en las sociedades estructuradas en clases, las teorías de estratificación social construidas sobre estas desvían la atención del investigador para el sistema de estatus, para relaciones de tipo jerárquico en lugar de enfocarlas en las relaciones de oposición, las más significativas.

4 La moderna etnología de lengua alemana, aunque ejerza poca o ninguna influencia en Brasil, ya hace mucho se libertó de los esquemas del Padre Schmidt, remodelando su abordaje en dirección de la Antropología Social de orientación estructuralista (Gjessing, 1962: 171-172).

Costa Pinto, respectivamente en Bahía y en Río de Janeiro, atribuirán a sus investigaciones el carácter sociológico de lo que se venían resintiendo los estudios sobre el negro en Brasil. Recientemente, Fernando Henrique Cardoso y Octavio Ianni, siguiendo la misma línea moderna de concepción, pero con la adopción de una perspectiva dialéctica de interpretación de las relaciones interraciales, dieron un nuevo avance a las teorías de contacto interétnico o interracial en Brasil con sus importantes trabajos: *Capitalismo e Escravidão* (1962) del primero y *Metaformosos do Escravo* (1962), del segundo[5]. En la etnología indígena, la modernización de investigación se haría por otros modos.

La obra de Artur Ramos es bastante conocida y todos nosotros tenemos bien claro el lugar ocupado por ella en la etnología brasileña. En referencia al problema de la aculturación, sin embargo, a pesar de haber sido citada por Ralph Beals (1953: 628), el antropólogo brasilero no hace más que repetir las ideas difundidas por autores norteamericanos de manera meramente explicativa y no analítica. Para el campo específico de las relaciones entre grupos tribales y sociedades nacionales, entonces, el trabajo de Ramos nada aporta. En este terreno, la contribución de los etnólogos brasileños se dio más en el campo particular de la investigación empírica que dentro de las formulaciones teóricas y programáticas. Dos trabajos, todavía, fueron escritos con estas últimas intenciones. El de Eduardo Galvão (1957), *Estudo sobre a aculturação dos grupos indígenas do Brasil* —ponencia presentada en la *1ª Junta Brasilera de Antropología* (Rio de Janeiro, 1953)— y el de Darcy Ribero (1957), *Línguas e Culturas Indígenas do Brasil*, ensayo evaluativo de la configuración de los grupos tribales en la primera mitad de nuestro siglo y que contiene, al mismo tiempo que contiene sugerencias para investigaciones de interés inmediato. Ribeiro denomina a este programa las "tareas de la etnología". Tanto en uno como en el otro trabajo, todavía son las teorías de la aculturación las responsables por la mayor parte de las formulaciones y por los objetivos subyacentes. Sin embargo, algunas posiciones radicales son asumidas por Galvão y Ribeiro e indican una cierta insatisfacción en cuanto a los modelos de investigación generados desde el punto de vista aculturativo.

Eduardo Galvão, mientras expone y discute las ideas de Redfield, Linton y Herskovitz —Memorando del 36— examinando a la luz de estas algunos grupos brasileños, hace algunas restricciones de carácter

5 Ambos los trabajos constituyeron la tesis de doctorado en Sociología (Silla I), presentados en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo.

teórico sobre la eficacia del punto de vista aculturativo para la explicación total de los fenómenos de contacto. Así, dice,

> los objetivos de una investigación etnológica serían fallidos, si se limitan en este caso a "fenómenos de nivel aculturativo", según el concepto clásico. El punto de apoyo del cambio cultural de los Tenetehara[6] no resulta apenas de los préstamos, de las herramientas, de la introducción de nuevas especies de cultivo, y de su movilización para la colecta de babasú, sino también de las relaciones económicas entre indios y civilizados. Si fue importante la transformación de un cultivo de subsistencia en una producción de comercio, la oscilación de precios en la plaza nacional y extranjera para el babasú, principal producto de colecta y vía de integración del Tenetehara en la economía local, es uno de los factores condicionantes de asimilación y de cambio cultural de estos indios. Frente a estos problemas, un enfoque limitado a aspectos que podrían ser considerados 'aculturativo' tendría poco valor. (Galvão, 1957: 70-71)

Y más adelante subraya aún más sus restricciones, comentando que "En las monografías sobre grupos indígenas los capítulos de aculturación o de cambio social todavía sufren de cierta limitación, que adviene de la falta de conocimiento de la cultura cabocla o de la frente pionera que entra en contacto con el indio" (Galvão, 1957: 71). Pero estas consideraciones bastante oportunas de Galvão no asumen el papel que se podría esperar, de centro vital de un abordaje más adecuado a los estudios de contacto, específicamente de las relaciones entre poblaciones tribales y segmentos de la sociedad nacional. Galvão, líneas más adelante, retorna al punto de vista aculturativo, escribiendo que

> El objetivo de la antropología, después de todo, no es simplemente describir las culturas indígenas como se encuentran en el momento, si no el de intentar alcanzar la dinámica y el funcionamiento de transmisión y de cambio cultural. En otros términos, busca generalizaciones sobre el fenómeno cultural, no solamente la etnografía de las tribus de Brasil. (Galvão, 1957: 71)

Su invitación a la promoción de los estudios acerca del proceso de asimilación (Galvão, 1957: 71-72), como medio para transcender los esquemas culturalistas, me parece su más positiva contribución a los estudios de las situaciones de contacto, aunque, aun ahí, no sume mucho al Memorando del 36.

---

6 La grafía de los nombres tribales obedece a la convención instituida por la *1ª Reunião Brasileira de Antropologia* (Río de Janeiro, 1953), sobre la uniformización de los nombres tribales, cuyo texto se encuentra publicado en la *Revista de Antropología*, N° 2, diciembre de 1954, São Paulo.

En esta misma línea de preocupaciones —que ya se encontraban bocetadas en las obras de Nimuendaju, Baldus y Schaden— fue escrito el ensayo *Línguas e Culturas Indígenas do Brasil* por Darcy Ribeiro. La importancia del contexto histórico y de la estructura económica regional es realzada por Darcy Ribeiro a punto de formular un concepto específico, de manipulación simultánea con el concepto de aculturación. Se trata del fenómeno de integración, que Darcy Ribeiro entiende más como estado que como proceso. Así, dice que los grupos tribales que se encuentran integrados participan "intensamente de la economía y de las principales formas de comportamiento institucionalizado de la sociedad brasilera" y sufren de "profunda descaracterización" en sus lenguas y culturas (Ribeiro, 1957: 57). Explicando la clasificación de determinados grupos indígenas en la categoría de integrados, escribe que fueron relacionados

> los grupos que, habiendo experimentado todas las compulsiones referidas pudieron sobrevivir, llegaron al siglo XX aislados de la población nacional, y se insertaron en la vida económica como reserva de mano de obra o como productores especializados de ciertos artículos para el comercio. Estaban confinados en parcelas del antiguo territorio o despojados de sus tierras, deambulaban de un lugar al otro, siempre siendo perseguidos. (Ribeiro, 1957: 13)

El objetivo descriptivo y no teórico de Ribeiro le impidió sobre los mecanismos de interacción entre indios y blancos, insertados en sistemas sociales distintos: el tribal y el nacional. Sin embargo, su experiencia indigenista lo llevo a apuntar, como tema básico a ser considerado por los investigadores del "proceso de integración y aculturación", la cuestión de la supervivencia física de las poblaciones tribales, desplazando, así, el énfasis metodológico hasta entonces puesto en la cultura, hacia el propio destino de las poblaciones. Él llama la atención para los factores de exterminación tribal, "decurrentes de la interacción biótica y ecológica" y responsables por los exterminios de los contingentes poblacionales bastante significativos en el ámbito de las respectivas tribus que sufren la despoblación hasta mismo antes de haber iniciado el proceso de aculturación (Ribeiro, 1957: 62). A estos factores Ribeiro los llama "pre-aculturativos". Finaliza sus formulaciones sobre las tareas de la etnología en Brasil con las siguientes reflexiones:

> las investigaciones etnográficas deberán ser proyectadas a modo de incluir siempre una preocupación específica con los problemas de supervivencias de las poblaciones tribales. Esto significa que debemos incorporar en la temática de las investigaciones etnológicas, como problemas tan relevantes

> cuanto el estudio de la mitología, del sistema de parentesco y tantos otros, la investigación meticulosa de la estructura demográfica, del grado de natalidad, del índice de fertilidad, los efectos disociativos de las epidemias y otros que permitan caracterizar las primeras etapas de integración. Esta perspectiva, más allá de llevar la etnología a interesarse más por los destinos de los pueblos que son su objeto de estudio, vendrá a beneficiar las investigaciones etnológicas, prestándoles más acuidad, porque, no siendo ningún grupo —ni siquiera el más aislado— enteramente indemne de influencias de la civilización, ellos solo pueden ser debidamente comprendidos, si lo tienes en mente estas circunstancias" (Ribeiro, 1957: 63)

Esta preocupación sobre el destino de las comunidades tribales es una constante en la etnología brasileña, desde los trabajos de Nimuendaju y Baldus, hasta Schaden, Galvão y Darcy Ribeiro. El enraizamiento de todos ellos a la realidad nacional —y no solamente indígena— les permitió, de cierta forma, repensar los problemas presentados por las teorías de la aculturación, característicamente descomprometidas con la supervivencia de las comunidades tribales. Paradójicamente, las culturas eran defendidas de forma sistemática e incluso en el mejor de los casos —cuando el etnólogo estaba realmente interesado en el destino de las comunidades—, eran confundidas con el indio de "carne y hueso". Por eso, cuando nosotros discutimos el problema de fricción interétnica como un tema de reflexión y de investigación de carácter básicamente sociológico —para dar una connotación más clara al término compuesto étnico-sociológico, común en la etnología brasileña después de los trabajos de Baldus y de Schaden—, podemos decir que estamos fundados en un orden de preocupaciones para nada originales en Brasil. Una vez aclarado este punto, que podría generar algunas confusiones en relación con la ambición de este trabajo y dado como fundamental el carácter sociológico de la investigación, ¿cuáles son las ideas directrices, las más fecundas a nuestro parecer, que podrían nortear el estudio de las relaciones entre los miembros de las sociedades tribales y los de la sociedad nacional?

La primera, ya enunciada por Balandier, como vimos, sería la preliminar de que la sociedad tribal mantiene con la sociedad envolvente —nacional o colonial— relaciones de oposición, histórica y estructuralmente demostrables. Se percibe bien que no se trata de relaciones entre entidades contrarias, simplemente diferentes o exóticas una en relación a la otras si no contradictorias. Es decir, que la existencia de una tiende a negar la otra. Y no fue por otra razón que nos valemos del termino fricción interétnica para enfatizar la característica básica de la situación de contacto. Tenemos un ejemplo de esto en el proceso de expansión de la sociedad brasileña sobre los territorios tribales, resultando en la destrucción de los indígenas —despoblación,

desorganización tribal, desagregación y dispersión de las poblaciones tribales etc.—; la supervivencia de algunas sociedades tribales, aunque descaracterizadas, no es suficiente para esconder el sentido destructor del contracto. En último análisis, son los miembros de estas sociedades los que se acomodan en un sistema social que los aliena. Por otro lado, los segmentos nacionales —representados por individuos expuestos, en la mayoría de los casos en contra su voluntad, frente a grupos tribales hostiles— son obligados a enfrentarlos con el fin de sobrevivencia. Es el caso de los caucheros colocados en la difícil situación de estar entre los indios y el seringalista.[7] Como se puede ver, las sociedades en oposición, en fricción, también poseen dinámicas y contradicciones propias. De ahí, podemos entender la situación de contacto como una "totalidad sincrética" o, en otras palabras —como ya escribimos en otro lugar— "como situación de contacto entre dos poblaciones dialécticamente "unificadas" a través de intereses diametralmente opuestos, aunque interdependientes, por más paradójico que parezca".

En segundo lugar, asentada la idea básica de la oposición entre el orden tribal y el orden nacional, tocaría al investigador determinar aquellas dimensiones de la realidad social que, una vez descritas y analizadas, explicarían mejor la dinámica del contacto interétnico. Para eso, nada mejor que formular algunos problemas para la investigación, cuyo balance y consecuente busca de solución serviría de medio de identificación de aquellas dimensiones de lo social a ser examinadas por el investigador. Intentamos seguir estas directrices en el presente ensayo preguntando, inicialmente, quién decide, en última instancia, sobre el destino de las poblaciones tribales del alto Solimões, inmersas en un área de fricción interétnica. Esto fue realizado en el segundo capítulo, La empresa y el indio, donde describimos la situación, e intentamos profundizar el análisis, en el capítulo final, sobre El Mundo de los Blancos, tomando específicamente los Tukúna. No sería suficiente decir que es la sociedad dominante, nacional, quien decide sobre el destino de los Tukúna; nos pareció indispensable ubicar el grupo o los grupos, organizados o no, que realmente dominan las poblaciones tribales en aquella área de la frontera. Lo que hicimos fue penetrar en la dimensión política de la situación de contacto con el fin de describir y analizar la estructura del poder subyacente: el poder en la esfera tribal, tradicional, y cómo este es transfigurado cuando la sociedad indígena se inserta en otra más grande, más poderosa, que le retira —en principio parcial y, luego, totalmente— su autonomía. La progresiva pérdida de la autonomía tribal, la

7 Proprietario del seringal (caucho).

irreversibilidad del proceso y la ocupación definitiva de los territorios indígenas surgieron para nosotros como un tema de la mayor significación estratégica para la comprensión de fenómenos de interacción entre indios y blancos en el alto Solimões, particularmente entre los Tukúna y la sociedad regional.

Buscamos preguntarnos sobre el destino de los bienes indígenas; es decir, de sus bienes de producción, lo que nos permitió penetrar en el orden social a través de su dimensión económica. Pero no lo hicimos de una forma meramente descriptiva; al contrario, intentamos estudiar los aspectos que mejor nos capacitarían para el efectivo conocimiento del proceso de contacto entre dos sociedades de economías distintas: una mercantil y monetaria, y otra presa de un régimen de producción para la subsistencia. El surgimiento de la mercancía como entidad social y económica —y no solo económica—, puede ser comprendido a través del análisis del proceso de incorporación de la idea de "valor de cambio" en los bienes indígenas producidos hasta entonces contemplando solo su valor de uso. Este problema fue presentado por nosotros y desarrollado en el cuarto capítulo, Del Orden Tribal al Orden Nacional, en el que también buscamos, de forma simultánea, revelar la peculiaridad del "campo semántico" indígena, identificando los valores cruciales del mundo Tukúna y su función reguladora del orden tribal. Así, se presentó lo que llamamos "cálculo social" Tukúna; es decir, la unidad de las diversas instituciones tribales —como la mitad, el clan, el sistema de parentesco—, partes constitutivas de un sistema de posiciones sociales, cuya función principal es la de orientar a los individuos Tukúna en el tejido de relaciones sociales intra e inter tribales. Es cuando presentamos el mundo natural —zoológico y botánico— como repartidor, por medio de los epónimos pertenecientes a un clan, de los signos susceptibles de simbolizar el mundo social y, así, ordenar la vida tribal.

Realizado este tipo de indagación, buscamos subrayar la "distancia cultural" existente entre la sociedad indígena y la sociedad regional, examinando algunos casos en que se hace evidente la imponderabilidad de la comunicación interétnica o de la intercomunicación entre campos semánticos distintos. Esto fue hecho en el quinto capítulo, El Caboclo, donde, al mismo tiempo, se intentaba describir la figura del indio, visto con la mirada del blanco y aún como él mismo se veía a sí mismo con esa mirada. Se estudió en este capítulo un tipo extremo de alienación, la que denominamos caboclismo. La dimensión social elegida para el análisis fue la auto-identificación tribal, es decir, las modalidades de conciencia engendradas por la situación de contacto. Todavía no estaríamos poniendo una visión comprensiva sobre la situación de los Tukúna si no intentásemos vislumbrar —en el

capítulo final, intitulado El Mundo de los Blancos— lo que se esconde de detrás de la capa de estereotipos o de representaciones "raciales" con que el blanco, regional, veía el indio; lo que existía por detrás de una conducta por momentos paternalista, por otros agresiva, que configuraba las relaciones indios y blancos en la situación de contacto y, aún más, en la coyuntura actual, lo que se podría prever relativamente al destino de los Tukúna ubicados a la fuerza en el orden nacional. Todos estos problemas estimularon nuestra imaginación en el tratamiento de los datos y en las reflexiones que hicimos sobre ellos.

El capítulo de carácter más descriptivo y que ofrece el mayor número de datos históricos, demográficos y ecológicos, es el tercer, lo que llamamos El Territorio Ocupado. El título es abiertamente ambiguo, ya que presenta el área actualmente ocupada por los Tukúna y sus territorios primitivos, mientras que rebela que estos territorios fueron ocupados por los blancos en el proceso histórico de expansión de la sociedad nacional. En este capítulo se buscó proveer al lector de información indispensables para la construcción de un marco de referencias empíricas, sin el cual este no estaría habilitado a ubicar geográfica y socialmente nuestro objeto de investigación. Este capítulo, como el segundo, sirve de introducción a los tres siguientes, que constituyen, con rigor, el cuerpo del ensayo.

La forma ensayística adoptada se debe a la intención del autor de tratar de forma comprensiva los datos empíricos obtenidos, deteniéndose a describir apenas aquellos fenómenos que se impusieron por su alta dignificación para el entendimiento de los mecanismos psico-sociales inherentes a la situación de contacto interétnico. El estilo impresionista de numerosas explicaciones fue elegido justamente por ser, a nuestro juicio, el que mejor podría transmitir al lector el resultado de nuestro análisis y de nuestras reflexiones. Así, sacrificamos, conscientemente, el número y la extensión de la información etnográfica que serían mejor presentadas si diésemos un tratamiento monográfico al material "de campo". Sin embargo, la existencia de una investigación como la de Nimuendaju, sistemáticamente citada en este ensayo, aunque no sea del todo accesible al lector común —por estar publicada en inglés— siempre podría ser consultada con el fin de ampliar el conocimiento acerca de la cultura Tukúna. El Informe, por su carácter meramente factual, por las mismas razones también fue dejado a un lado —y, aún más, por no dar lugar a interpretaciones conducidas continuadamente sobre el material empírico en el intento de desnudarlo de su apariencia y de su contingencia con el fin de alcanzarlo en sus aspectos esenciales—. Si las etiquetas no fuesen tan peligrosas, podríamos decir que se intentó realizar un ensayo de

"etnología fenomenológica", amparado en una sociología estructural y dinámica.

BIBLIOGRAFÍA

Balandier, G. 1955 *Sociologie Actuelle de l'Afrique Noire: Dynamique des Changements Sociaux en Afrique Centrale* (París: Presses Universtaires de France).

Beals, R. 1953 "Acculturation" en *Anthropology Today: An Encyclopedie Inventory* (Illionis: The University Chicago Press).

Bidney, D. 1953 "The Concept of Culture and Some Cultural Fallacies" en *Theoretical Anthropology* (Nueva York: Columbia University Press).

Cardoso, F. H. 1962 *Capitalismo e Escravidão no Brasil Meridional: O Negro na Sociedade Escravocrata no Rio Grande do Sul* (São Paulo: Difusão Europeia do Livro).

Costa Pinto, L. A. 1963 "Sociologia, Antropologia e Sociedades em Mudança" en *Textos de Sociologia: Problemas da abordagem interdisciplinar* (Río de Janeiro: Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Brasil).

Dohrenwend, B. P.; Smith, R. J. 1962 "Toward a Theory of Acculturation" en *Southwestern Journal of Anthropology* N° 18(1) (Albuquerque: Universidad de Nuevo México).

Firth, R. 1959 *Social Change in Tikopia: Re-study of a Polynesian Community after a Generation* (Londres: George Allen & Unwin Ltd).

Galvão, E. 1957 "Estudos sobre a Aculturação dos Grupos Indígenas do Brasil" en *Revista de Antropologia* N° 5(1) (São Paulo).

Gjessing, G. 1962 "Componential Analysis and The Study of Meaning" en *Language: Journal of the Linguistic Society of America* N° 32(1) (Baltimore).

Ianni, O. 1962 "Raça e Classe" en *Educação e Ciências Sociais* N° 7(10) (Río de Janeiro: CBPE).

Keesing, F. 1953 *Culture Change: An Analysis and Bibliography Sources to 1952* (California: Stanford).

Malinowski, B. 1938 "Introductory Essay: The Antrhropology of Changing African Cultures" en *Methods of Study of Culture Contact in Africa* (Londres: Oxford University Press).

Redfield, R.; Linton, R.; Herskovits, M. J. 1936 "Memorandum on the Study of Acculturation" en *American Anthropology* N° 38.

Ribeiro, D. 1957 "Línguas e Culturas Indígenas do Brasil" en *Educação e Ciências Sociais* N° 6 (Río de Janeiro: Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais).

Siegel et al. 1954 "Acculturation: An Exploratory Formulation" en *American Anthropology* N° 56(6) (Wisconsin).

Stavenhagem, R. 1962a "Estratificación Social y Estructura de Clases" en *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* N° 27(8) (México).

Stavenhagem, R. 1962b "Las relaciones entre la Estratificación Social y la Dinámica de Clases" en Seminario sobre Estructura Social, Estratificación y Movilidad con referencia a América Latina (Río de Janeiro).

White, L. A. 1959 *The Analysis of Social Change: Based on Observations in Central Africa* (Londres: Cambridge University Press).

RAZA Y POLÍTICA EN BRASIL*

Carlos Hasenbalg

Pocas veces las víctimas de un orden social tienen suficiente cohesión social y perspicacia política para atacar a sus peores enemigos. Con frecuencia, un ataque tal es simplemente demasiado peligroso. Y a cualquier individuo le puede parecer que existen las perspectivas de una solución personal para lo que es básicamente un problema social.

Barrington Moore Jr., Thoughts on violence and democracy.

Más de 300 años de esclavitud resultaron en la concentración de los brasileños no blancos en las áreas menos desarrolladas del país, y su restricción a un estatus subordinado. En comparación a otras clases bajas agrarias, les faltó a los esclavos emancipados la fantasía de un pasado o mundo tradicional en que los hombres fuesen tratados con justicia.

Después de la abolición final, el racismo, la discriminación y la segregación geográfica de los grupos raciales bloquearon los principales canales de movilidad social ascendiente, de manera que se perpetuaron graves desigualdades raciales y la concentración de negros y mulatos en el extremo inferior de la jerarquía social. Si la cantidad restricta de movilidad social individual fue menos que suficiente para realizar la difusión de la "democracia racial", nos hemos llevado a preguntarnos por qué la afiliación racial no logró proporcionar el vínculo colectivo para estimular las demandas de los negros por movilidad social grupal y por la disminución de las desigualdades raciales.

De hecho, la tranquilidad racial de la historia brasileña en el siglo XX fue interrumpida por diversos movimientos negros. Sin embargo, esos movimientos no solo tuvieron una vida corta y local, tampoco fueron

* Extraído de *Discriminação e Desigualdades Raciais no Brasil* 2005 [1979] (Belo Horizonte y Río de Janeiro: Editora da UFMG e IUPERJ) cap. 8, pp. 233-271.

exitosos al llamar la atención a sus reivindicaciones integracionistas, ni en originar una tradición visible de la protesta negra. Hay algo de ironía en el hecho de que la principal concesión nominal a la demanda de la igualdad racial —la promulgación de la Ley Afonso Arinos en 1951, que condena la discriminación de raza o color en lugares públicos— se haya originado de un incidente discriminatorio en que un negro norteamericano estuvo involucrado.[1]

Desde el fin de la esclavitud, las inequidades raciales han persistido sin el recurso de formas severas de represión. Así, la tímida respuesta blanca a las formas de protesta racial es indicativa de la modesta amenaza presentada por los negros al *status quo* racial. La repetida afirmación de que "no tenemos problema racial en Brasil" no es solamente una cuestión de orgullo nacional, como parece, si no que ha suficientemente efectiva para contener las dispersas manifestaciones de inconformidad racial. Ninguna ideología racista elaborada o formas de organización blanca para lidiar con una "amenaza negra" son distinguibles.

Como proposición general, se puede afirmar que la privación absoluta y la completa pobreza rara vez los llevaron a una acción política organizada. La posición de la mayoría de los no-blancos en el sistema de estratificación ha sido tal que la cantidad de recursos que el grupo disponía para movilizar parte de ellos en una acción colectiva, era muy limitada. Igualmente, los costos previstos de tal movilización pueden haber parecido ser suficientemente altos para impedir este curso de acción.

Inversamente, las elites brasileñas blancas apelaron a una combinación distintiva de mecanismos con el objetivo de asegurar la aquiescencia de los racialmente subordinados. Importantes dentro de estos mecanismos son: a) la cooptación social, a través de la movilidad ascendiente controlada, por parte de la población de color —normalmente los miembros más claros o más ambiciosos; b) formas sutiles de manipulación ideológica, que tienden a ocultar las divisiones raciales a través de la énfasis en formas simbólicas de integración; c) el *ultimo ratio* de la dominación, tal como se expresa en formas de represión (o la amenaza de emplearlas), no distinto de aquellas a las que el resto de la clase baja está expuesta. Y, finalmente, estos mecanismos desmovilizadores operan dentro de un sistema político relativamente rígido, siendo una de sus características más persistentes el compromiso y el patrón de resolución de conflictos entre las elites dominantes, tendiente a suprimir a la organización autónoma de los grupos subordinados.

---

1 Katherine Dunhan, la bailarina negra americana, fue rechazada su hospedaje en un hotel de lujo en São Paulo.

A continuación, se hará un intento de análisis, con algún detalle, del origen, el funcionamiento y las consecuencias de los principales mecanismos societarios que explican el reducido nivel de conflicto interracial y la baja movilización de los negros brasileros *qua* negros. Dos consideraciones son necesarias, desde el principio, para delimitar el objetivo de la discusión. Primero: aunque el enfoque de interés se dirija a las dinámicas de las relaciones raciales durante el periodo post abolición, algunos elementos centrales del sistema de relaciones raciales, que tiene conexión directa con el nivel contemporáneo de conflicto intergrupal, se desarrollaron y se establecieron durante la esclavitud. Así, el análisis exige atención sobre un conjunto de desarrollos históricos, principalmente económicos y demográficos, en que las raíces deben ser buscadas en el pasado colonial y esclavista. Segundo: puesto que la discusión a seguir enfatiza ciertos desarrollos estructurales, políticos e ideológicos que están en el núcleo de la poca visibilidad política de la raza, en Brasil, ningún intento sistemático de explicar los movimientos sociales negros de este siglo será hecho. Referencias a estos movimientos sociales serán hechas solamente cuando sean necesarias para ilustrar la línea de argumentación principal.

EL MERCADO DE TRABAJO Y EL ANTAGONISMO RACIAL

El argumento de que la emergencia de mercados de trabajo segmentados es una fuente importante de antagonismo racial puede iluminar la evolución histórica de las relaciones raciales en Brasil. Ni durante la época de la esclavitud, ni después de la abolición, se formaron mercados de trabajo racialmente segmentados en Brasil. Esta circunstancia ayuda a explicar el bajo nivel de antagonismo racial en Brasil.

La teoría del mercado de trabajo segmentado y el antagonismo racial, formulada por Edna Bonacich, ofrece el cuadro necesario para extraer algunas conclusiones acerca de la evolución, a largo plazo, de los mercados de trabajo en Brasil, durante y después de la esclavitud (Bonacich, 1972a: 627-647; 1972b).

La idea central de Bonacich es que el antagonismo étnico o racial surge primero en un mercado de trabajo segmentado a lo largo de las líneas étnicas o raciales. Un mercado de trabajo escindido debe contener al menos dos grupos de trabajadores cuyo precio del trabajo difiera, o diferiría si cumpliesen la misma función. Los determinantes iniciales del precio de trabajo, en un mercado de trabajo que es segmentado por la introducción de un nuevo grupo de trabajadores, son los recursos y los motivos (Bonacich, 1972b: 549-550).[2]

2 Tres tipos de recursos son considerados: recursos económicos, información y recursos políticos. Los motivos se relacionan a la intensión de los trabajadores de

De acuerdo con Bonacich, "la empresa intenta pagar el mínimo posible por el trabajo, independientemente de la etnia, y es mantenida en jaque por los recursos y motivos de los grupos de trabajadores. Como recursos y motivos con frecuencia varían según la etnia, es común encontrar mercados de trabajo segmentado étnicamente" (Bonacich, 1927b: 553). En un mercado de trabajo escindido, un triple conflicto entre empresas, un trabajo más caro y un trabajo más barato puede evolucionar para formas extremas de antagonismo racial. Cuanto a los intereses de estas clases, los empleadores desean tener una fuerza de trabajo tan barata y dócil como sea posible, para competir con otras empresas. El trabajo mejor pagado es amenazado por la introducción del trabajo más barato en el mercado, pues puede forzarlo a dejar el territorio o reducir su precio al nivel de este último. El trabajo más barato, a su vez, es utilizado por las empresas para perjudicar la posición del trabajo más caro, sea para romper las huelgas o para rebajar el nivel de los sueldos. El trabajo más barato o carece de recursos para resistir a la oferta de empleo (o uso de fuerza) de los empleadores o busca un retorno a la otra base económica y social (Bonacich, 1972b: 553-554).

Dependiendo de las relaciones de poder entre estos sectores, tres típicos resultados pueden transcurrir de mercados de trabajo segmentados. Primero: el proceso de *desplazamiento,* por el que el trabajo más barato desplaza los pequeños empresarios independientes y el grupo de trabadores mejor pagado reduce los sueldos de este último. El sur de los Estados Unidos, en la época de la expansión del plantío esclavista, nos da un ejemplo de este desplazamiento: "El trabajo libre que podría haber sido empleado en esta calidad fue expulsado, y el pequeño agricultor independiente fue forzado a abandonar las mejores tierras y la producción de los principales cultivos" (Bonacich, 1972a: 608). El segundo proceso, la *exclusión*, tiene más probabilidades de ocurrir cuando el trabajo mejor pagado tiene fuerza suficiente para oponerse a los intereses de los empresarios. Los trabajadores mejor remunerados resisten al desplazamiento, sea impidiendo la presencia física de trabajadores más baratos en el área de empleo, sea expulsándolos si ya estén presentes. La política de la Australia blanca en contra los migrantes asiáticos y polinesios, la resistencia a la inmigración de chinos y japoneses en la costa del Pacífico de los Estados Unidos y los actuales reclamos de los blancos contra la continua entrada de negros

---

seguir de forma permanente en la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo de trabajadores temporales cuesta menos que la de trabajadores permanentes, porque los primeros muestran mayor disposición en aceptar condiciones de trabajos indeseables y están menos dispuestos a involucrarse en disputas laborales.

e indios en la Gran Bretaña son ejemplos de movimientos de exclusión promovidos por trabajadores blancos organizados. La *casta* es el tercer proceso y es el resultado más posible, donde sea que el trabajo más barato esté presente y no pueda ser excluido. En este caso, los trabajadores de sueldos más altos se reservan ciertos empleos y vuelven ilegal la posibilidad de los empleadores de utilizar el trabajo más barato para sustituirlos. La casta, argumenta Bonacich, es esencialmente una aristocracia del trabajo, en que el trabajo mejor pagado lidia con el potencial de descenso de sueldos del trabajo más barato excluyéndolos de ciertos tipos de empleo. El sistema Jim Crow del sur de los Estados Unidos en el periodo posterior a la Guerra de Secesión y el de Sudáfrica son buenos ejemplos de casta o aristocracias de trabajo.[3]

Considerándose ahora la evolución histórica de Brasil hasta la abolición de la esclavitud, se puede afirmar que los dos procesos de antagonismo racial previstos por la teoría de los mercados de trabajo segmentados —exclusión y casta— no lograron suceder, simplemente porque, durante todo el periodo, no se formó una clase perceptible de trabajadores blancos mejor pagados, amenazados de desplazamiento.

Debido al carácter colonial de la economía —con la correspondiente monopolización por los esclavos de la posición de trabajadores agrícolas en las plantaciones, produciendo mercancías para exportación— muy poco trabajo urbano fue exigido, para permitir la formación de una clase trabajadora libre bien pagada. Hasta la mitad del siglo XIX, las ciudades brasileras eran, además de sede de las funciones administrativas, militares y religiosas, un poco más que lugares de paso para los bienes agrícolas, dirigidos para el mercado internacional y los bienes importados. Además de un pequeño sector artesanal, la producción urbana estaba limitada a unos cuantos productos de bajo valor unitario que no podían ser importados.[4] Por lo tanto, la predominancia de la funciones comerciales de las ciudades implicó un bajo grado de división del trabajo y restringió enormemente la diferenciación interna de la fuerza de trabajo urbano. De hecho, difícilmente se puede hablar de la formación de un mercado de trabajo libre urbano con una numerosa clase de trabajadores asalariados, hasta los últimos años del siglo XIX, cuando el país experimentó su primera ola de desarrollo industrial.

---

3 Restricciones al sufragio, educación y entrenamiento del grupo de trabajo más barato son mecanismos típicos del arreglo de castas. Bonacich considera el radicalismo como una cuarta alternativa, poco frecuente, en que los dos grupos de trabajadores forman una coalición en contra la clase capitalista para impedir la rebaja salarial.

4 Singer, *Desenvolvimento econônico e evolução urbana*, p. 360.

En relación con la evolución agraria en Brasil desde el inicio del periodo colonial, vale la pena percibir que la estructura de grandes propiedades y la alta concentración de propiedad de la tierra emergió en territorios anteriormente no ocupados o dispersamente poblados. En contraste con los Estados Unidos, donde la expansión hacia el sur y el oeste de las plantaciones esclavistas se produjo a costa de pequeños propietarios y colonos blancos, el sistema de plantación brasilero —y su apéndice económico, los campos de cría de ganado del sertón— se expandió geográficamente, sin producir el desplazamiento de una clase pre existente de pequeños propietarios o de campesinos blancos. Esto fue particularmente verdadero durante el ciclo económico del azúcar en el Nordeste, hasta el final del siglo XVII, cuando la reducida población blanca constituía una elite empresarial y administrativa.

Fue solo durante el siglo XVIII que la población blanca de Brasil experimentó un crecimiento sustancial. Como se vio anteriormente, el estallido minero que resultó en la ocupación de la región Centro-Sur no solo atrajo la población del área azucarera nordestina decadente, también estimuló una vigorosa afluencia de emigrantes europeos. Una consecuencia demográfica del estallido minero fue el considerable aumento de la población blanca —de 100 mil en 1700 a un millón en 1800—. En el inicio del siglo XIX, el grupo blanco alcanzaba un tercio de la población total. Pero, con el sucesivo agotamiento de la minería de oro y diamantes, todos aquellos blancos que no pudieron enriquecerse en la minería y en el comercio —volviéndose más tarde grandes terratenientes en Minas Gerais y en la zona cafetera— se dispersaron geográficamente, volvieron a la agricultura de subsistencia y, eventualmente, se juntaron a las filas de los pobres rurales.

A pesar del hecho de que durante el periodo final de la era colonial la población blanca no era ya la pequeña minoría de periodos anteriores, varias circunstancias económicas y demográficas inhibieron la formación de mercados de trabajos segmentados durante el siglo XIX.

La primera y más importante fue la manutención de la predominancia del sistema de producción agrícola orientada a la exportación, heredado de los tiempos coloniales. A pesar de las nuevas posibilidades traídas por la liberalización del comercio externo, en 1808, y de la independencia política, en 1822, la predominancia de una organización económica neocolonial obstruyó el desarrollo del mercado interno. De la misma forma, la predominancia del trabajo esclavo en las fuerzas de trabajo agrícola y urbana bloqueó la formación y expansión de un mercado de trabajo libre y mantuvo deprimida la condición de los hombres libres, blancos y no blancos, cuya fuerza de trabajo era su único recurso económico.

El periodo entre la decadencia final de la minería y la mitad del siglo XIX fue de crecimiento y diferenciación económica relativamente lentos. Hasta 1850, el tráfico internacional de esclavos satisfizo las demandas de trabajo de los diferentes sistemas económicos regionales. Después de esta fecha, el área azucarera del Nordeste inició un lento proceso, pero estable, de conversión para el trabajo formalmente libre, aunque dependiente —sometidos a las relaciones de trabajo pre-capitalistas—, al paso que la producción de café en el Sudoeste se basó, por lo menos hasta la década de 1880, en el tráfico interregional de esclavos para satisfacer sus necesidades de trabajo. De su modesta posición en la década de 1820, el café se volvió el principal producto de exportación brasileño durante el siglo pasado. Como ocurrió en la expansión del plantío de azúcar en el siglo XVII, las plantaciones esclavistas de café se extendieron en tierras espacialmente ocupadas por sitiadores.

Otra circunstancia que inhibió el antagonismo racial fue el carácter del flujo migratorio hacia Brasil durante el siglo pasado. Antes de la década de 1880, cuando la migración masiva empezó, un número considerable de inmigrantes europeos entró en el país, siendo distinguidos en dos grupos. El primer grupo era compuesto por europeos de posición económica alta, que participaron en el comercio de exportación/importación y se concentraron en los principales centros urbanos. El segundo grupo, formado como resultado de los programas de colonización del gobierno, se establecieron en pequeños lotes de tierra en las provincias de Rio Grande del Sur y Santa Catarina. Aunque por distintas razones —estatus económico y localización geográfica, respectivamente— ninguno del grupo pudo sentir la amenaza del desplazamiento por el trabajo no blanco libre y esclavo.

En resumen, aunque la clase baja blanca haya crecido a partir de inicios del siglo XVIII en adelante, ningún grupo de trabajadores blancos, dotados de recursos y motivación necesarios para implementar un arreglo de casta, existió hasta los últimos días del sistema esclavista.

> El clásico síndrome heredado del pasado —el latifundio de tipo *oikos,* el monocultivo de exportación y el esclavismo— [...] inhibió el desarrollo de un sector urbano fuerte y autónomo, así como la consolidación de un campesinado independiente. El impacto de la esclavitud difícilmente puede ser subestimado. Pospuso el desarrollo contractual en las relaciones de trabajo, siendo el esclavo una mercancía en sí. El esclavismo tuvo un carácter amplio en la agricultura brasileña, no dejando lugar para una fuerza de trabajo libre. La población blanca pobre [y no-blanca libre] no tenía más opciones sino: ponerse a servicio de una plantación vecina o restringirse a las actividades de subsistencia, cambiando su base de cultivo, en la medida

> en que la tierra ocupada se tornase atractiva para los grandes propietarios de tierra. Además, el esclavismo postergó la penetración del Estado, y de esta forma [aplazó] la extensión de la ciudadanía en el país, visto que el terrateniente competía por el monopolio de la violencia en sus dominios. (Reis, 1977)[5]

La abolición de la esclavitud en 1888 introdujo cambios importantes en la estructura de los mercados de trabajo y en las relaciones de trabajo. Aunque estos cambios no hayan sido uniformes en las diferentes regiones del país, persiste el hecho de que el proceso de transición para el trabajo libre sucedió bajo el control incontestado de las clases propietarias de tierra regionales.

En la zona azucarera del Nordeste, la transición para el trabajo libre estaba bastante adelantada en la época de la abolición, y los esclavos remantes fueron absorbidos por las formas vigentes de relaciones de trabajo tradicionales.[6] Los productores de caña de azúcar contrabalancearon las condiciones adversas del mercado internacional con algunos esfuerzos en el sentido de la modernización agrícola —mejorías en el transporte, innovaciones técnicas en el cultivo y procesamiento de la caña y la sustitución de los antiguos ingenios por sistemas tecnificados—. Sin embargo:

> La abolición de la esclavitud no cambió las relaciones de trabajo, que continuaron basadas en intercambios altamente desiguales entre terratenientes y trabajadores. Así, aunque las innovaciones técnicas fueron introducidas, el trabajo fue preservado como un recurso pre-mercado, atado por mecanismos sociales e institucionales consolidados en el pasado. (Reis, 1977: 18)

En las siguientes décadas, esta situación permanecerá en gran parte inalterada. Al menos hasta 1930, el control de los agricultores sobre la tierra, una elevada densidad demográfica y la falta de oportunidades para emigrar a otras regiones volverían viable la inmovilización del campesinado nordestino a través del uso de una coerción extra económica. Esta numerosa clase campesina, vale la pena observar, era racialmente mezclada y, aunque sujeta a diversas formas de relaciones de trabajo pre-capitalistas, presentaba un bajo grado de diferenciación interna en términos de recursos económicos y políticos.

---

5 La síntesis interpretativa contenida en este trabajo irá a formar la base para la discusión subsecuente sobre la estructuración de los mercados de trabajo en el sector rural después de la abolición.

6 "El arreglo de trabajo más difundido sustituyó los esclavos por habitantes de condición. Era permitido a los habitantes cultivar pequeños lotes de subsistencia, a cambio de una cosecha regular de la caña para los ingenios de cosecha" (Reis, 1977: 5).

A su vez, el bajo nivel de acumulación de capital, la predominancia de sistemas de trabajo tradicionales, con la correspondiente demanda reducida del sector agrícola, inhibían el desarrollo urbano e industrial del Nordeste, así aplazando la formación de una clase trabajadora urbana.

La evolución económica y demográfica del Sudeste fue analizada más detalladamente en el capítulo IV. En esta región, y particularmente en São Paulo, donde el levantamiento cafetero estaba en marcha, el problema del trabajo presentado por la abolición de la esclavitud fue resuelto por la promoción de la migración europea. En vísperas de la abolición, la frontera cafetera de São Paulo carecía de una reserva de trabajo para garantizar la expansión ulterior. En lugar de movilizar trabajo interno, la opción de los terratenientes fue la introducción masiva de trabajadores extranjeros.

Lanzando algunas dudas acerca de la capacidad empresarial de los terratenientes, Elisa M. P. Reis expuso la idea de que su fuerza residía en su capacidad política de utilizar el Estado como actor político para promover sus intereses económicos.

> Fue apenas cuando los hacendados paulistas acumularon poder político suficiente para poner los recursos públicos a su servicio para garantizar una oferta de trabajo adecuada, que finalmente se "convirtieron" para el trabajo libre. Los subsidios gubernamentales [para los programas de migración], además de reducir los gastos de los hacendados, desempeñaron un papel crucial en la mercantilización del trabajo. Aseguraron que el mercado de trabajo funcionaria de forma adecuada, al mismo tiempo que reducía la capacidad de negociación del trabajo, en la medida que la manutención de una oferta ilimitada comprimía los sueldos hacia abajo. (Reis, 1977: 12-13)

Los trabajadores negros fueron desplazados por inmigrantes, no únicamente en los cultivos de café, sino también en los centros urbanos, que se encontraban en una fase de rápido desarrollo económico y de industrialización. Negros y mulatos fueron, así, excluidos de los sectores de empleo más dinámicos y limitados a las situaciones de desempleo o de empleos en servicios no calificados. El hecho crucial, sin embargo, es que el desplazamiento de la fuerza de trabajo no-blanca no resultó de la presión organizada de la clase trabajadora blanca —que políticamente no tenía voz dentro del marco oligárquico de la Primera República— pero sí de las iniciativas, prejuicios y preferencias de los terratenientes y empresarios urbanos.

Como fue presentado anteriormente, un proceso similar de marginalización económica ocurrió en el resto de la región Sudoeste, aunque el desplazamiento y la degradación ocupacional de los no-blancos

no hayan sido tan severos como en São Paulo, debido al menor impacto de la afluencia migratoria extranjera.

Por lo tanto, aunque una evidente estratificación ocupacional a lo largo de líneas raciales, con los no-blancos concentrados en base a la jerarquía, se haya desarrollado en el periodo de 1888-1930, no se generó un mercado de trabajo racialmente segmentado, ni la clase trabajadora blanca inmigrante sintió la amenaza del desplazamiento por parte del trabajo no-blanco más barato.

El registro histórico de la industrialización y crecimiento económico después de 1930 —cuando la inmigración internacional para Brasil se terminó— indica que la incorporación por parte de la población no-blanca a la clase trabajadora industrial sucedió sin cualquier reacción organizada del lado de los trabajadores blancos. Las prácticas discriminatorias sutiles e informales probaron ser eficaces en el control de la penetración de los negros y mulatos en la clase media asalariada.

LA FRAGMENTACIÓN DE LA IDENTIDAD RACIAL Y LA COOPTACIÓN SOCIAL

Algunas de las mismas circunstancias históricas que impidieron la formación de mercados de trabajo racialmente segmentados durante la esclavitud en Brasil, se encuentran en la base de la constitución de un sistema multirracial de categorización social y de la fragmentación de la identidad racial de población de color.

Si es cierto que el principio orientador del esclavismo era *divide et impera*, parece ser también evidente que el principio no fue aplicado de manera uniforme en las diferentes sociedades esclavistas de cultivo. Si la esclavitud coexistió o no con una numerosa población blanca, hizo una gran diferencia. En donde en número de blancos fue suficientemente grande, tanto para controlar la masa de esclavos cuanto para llenar las posiciones ocupacionales privilegiadas, poco espacio fue dejado para la formación de un grupo intermediario de mestizos. Inversamente, donde los hacendados dominantes no podían contar con una numerosa clase de colonos blancos, un grupo dentro de la población de color fue generalmente cooptado para realizar las mismas funciones. Mestizos y mulatos claros fueron, en este caso, los candidatos más posibles para ocupar las posiciones intermedias.

Son estas las circunstancias resaltadas en la clásica explicación de Marvin Harris acerca de los orígenes del sistema de color brasilero y del sistema racial bipartito de los Estados Unidos. Los señores de esclavos brasileros "fueron obligados a crear un grupo libre intermediario de mestizos para interponerse entre ellos y los esclavos, pues había ciertas funciones económicas y militares esenciales para

cuales el trabajo esclavo era inútil y para las que no había blancos disponibles".[7] En relación a los Estados Unidos:

> Todos esos tipos intersticiales de actividades económicas y militares, que en Brasil solo podían ser inicialmente ocupadas por mestizos libres, eran realizados en los Estados Unidos por los pequeños propietarios rurales del Sur. Por el hecho del aflujo de africanos y la aparición de mulatos en los Estados Unidos solo ocurrió *después* de que se estableciese una numerosa clase de blancos intermediaria y no hubo, en efecto, lugar para el liberto, fuera este mulato o negro.[8]

Más allá de la falta de trabajadores blancos cualificados para llenar posiciones intermediarias, factores como el desequilibrio en la proporción del sexo del grupo blanco, a lo largo de un extenso periodo de tiempo, y las otras condiciones en que el mestizaje racial ocurrió en Brasil, también han sido utilizados para explicar la formación de un sistema multirracial de clasificación.[9]

Con el paso del tiempo, un cruce más grande entre los grupos originales (blancos, mulatos y negros) buscó diluir las categorías raciales originales en un continuo de color —al que se relaciona un complejo sistema de nomenclatura racial— en donde las diferencias mínimas en el tono de la piel se volvieron datos sociales significativos. Una vez que el continuo de color se estableciera, se volvió prácticamente imposible transformarlo en un sistema racial rígido, de tipo *casta*. Así, se creó una situación en que:

> las otras cosas siendo iguales, los favores son distribuidos entre los mestizos sobre la base de sus aparentes grados de mezcla. Es decir, una recompensa es atribuida a los grados de blanqueamiento entre las personas de color. Los grados de color tienden a tornarse un determinante del estatus en un gradiente continuo de clases sociales, con los blancos en las posiciones superiores. Así, suponiendo igualdad cultural entre el grupo, cuanto más blanca fuera la apariencia, más oportunidades económicas y sociales.[10]

---

7 Harris, *The origins of the Descent Rule*, p. 53-54. Algunas de las funciones intersticiales desempeñadas por los mestizos libres eran, según Harris, alejar los indios de la costa azucarera, capturar esclavos indígenas, perseguir y traer de regreso los esclavos negros huidos, trabajar en la industria de ganado y auxiliar la formación de culturas alimenticias básicas de la colonia. Una explicación del origen de la "salida de emergencia del mulato" brasilera puede ser encontrada en Degler (1971).

8 Harris, *op. cit.*, p. 55.

9 Ver Blalock Jr., *Towards a theory of minority-group relation*, p. 171-173; y Degler, *op. cit.*, p. 226-238.

10 Cox, *Caste, class and race*, p. 360. Vale la pena observar que, en la tipología de

Las principales implicaciones del sistema de color son: a) como regla general, las oportunidades de diferencias de movilidad social ascendiente están conectadas a distintos matices de color; b) parte de los miembros más ambiciosos y de piel más clara de la población no-blanca puede ser absorbida en los niveles medios y eventualmente superiores del sistema blanco, sin constituir una amenaza al monopolio de la propiedad, poder y prestigio de la clase dominante blanca. En la medida que el Brasil post-abolicionista preservó el sistema de color, la práctica colonial del siglo XIX de cooptación social de los miembros más claros y capaces del grupo de color fue mantenida.[11] Como consecuencia de la identidad racial fragmentada de los no-blancos y de la cooptación de parte del grupo, las aspiraciones políticas y económicas de base racial son transformadas en proyectos individuales de movilidad social ascendiente, con el resultado de que gran parte de las energías de las personas de color son absorbidas en la "inmediata cuestión de conseguir incrementos de blancura" o de garantizar posiciones sociales conquistadas. Hubert M. Blalock Jr. Evaluó con perspicacia las consecuencias políticas de la existencia de un sistema de color:

> Existe un gran número de razones por las cuales se puede esperar mucho conflicto de poder intergrupal en situaciones en la que existe un sistema de color. Al no haber demarcaciones nítidas o barreras de color, siempre existe la posibilidad de movilidad ascendiente para unos cuantos exitosos. El potencial liderazgo minoritario es de esta forma dirigido para el grupo de elite. Como la discriminación no es legalmente impuesta y como no sería fácil introducir la discriminación legal basada en raza o etnia, el sistema logra ser mucho más sutil. Los individuos responsables [por la discriminación] no pueden ser prontamente identificados, ni habrá formas simbólicas de discriminación capaces de movilizar cualquiera de los grupos.[12]

De manera similar, Carl N. Degler enfatiza la distinción socialmente aceptada entre negros y mulatos, que proporciona a estos últimos una salida de las desventajas de la negritud, inhibiendo así el sentido de solidaridad necesario al éxito de las organizaciones a favor de los

---

Cox de las situaciones de relaciones raciales, Brasil es incluido en la "situación de amalgama", aunque la mayoría de las características de la situación de la clase dominante —excepto por la ausencia de una pequeña clase de administradores blancos temporales— sean las que mejor se adaptan a las relaciones raciales brasileras.

11 Referencias a la cooptación de mulatos y mestizos de piel clara durante los siglos XVIII y XIX se pueden encontrar en: Stein, S. & Stein, B., *The colonial heritage of Latin America*, caps. IV y VI.

12 Blalock Jr., *op. cit.*, p. 173.

derechos de los negros. En relación a los líderes potenciales de movimientos sociales negros, Degler afirma:

> Gracias a la "salida de emergencia" del mulato, sin embargo, esos líderes naturales en potencia son estimulados a verse a sí mismos como diferentes —en realidad mejores que los negros—. No son incluidos en la definición brasilera de "negro" y, así, siguen su camino alejando su capacidad, dinero y prestigio de organizaciones por los derechos de los negros [...] En Brasil, algunos hombres (como Frederick Douglas, Booker T. Washington, W. E. B. Dubois, John Hope, etc.) quedarían ciertamente tentados a ignorar su conexión con los otros negros y utilizar la "salida de emergencia" del mulato para la ascensión individual. Hasta se puede decir que todos los grandes líderes en potencia de los negros se escaparon por la "salida de emergencia" para su propia ascensión, pero con pérdida para los negros en general. (Degler, 1971: 182-183)[13]

Sin embargo, debería ser enfatizado que los obstáculos a la formación de organizaciones y movimientos sociales negros en Brasil parecen ir en las dos direcciones. Por un lado, como Blalock y Degler correctamente resaltan, el sistema de color tiende a drenar el liderazgo potencial de los negros. Por otro lado, la distancia social entre la elite de color y la masa de negros, sumado al compromiso de la mayoría de los negros, en esfuerzos que buscan simplemente garantizar la supervivencia, vuelve difícil para un liderazgo potencial encontrar un público para movimientos de demanda organizados. En términos del marxismo, la mayoría de los negros está más cerca del lumpemproletariado que del proletariado.

LAS ARMAS IDEOLÓGICAS: "BLANQUEAMIENTO" Y "DEMOCRACIA RACIAL"

Si es difícil determinar si la formación de un sistema de color en Brasil fue la consecuencia deseada de las políticas implementadas por los colonizadores portugueses o un mecanismo social que evolucionó, no intencionalmente, a partir de las limitaciones del proceso inicial de colonización, el "blanqueamiento" y el mito de la "democracia racial" brasilera son, evidentemente, los productos intelectuales de las elites dominantes blancas. Estos conceptos se destinan a socializar la totalidad de la población (blancos y negros igualmente) y a evitar potenciales áreas de conflicto social.

---

13 El argumento de Degler se presenta como un diagnóstico adecuado de la situación post abolición, aunque se debe observar que varios líderes y militantes de la prensa y organizaciones negras en São Paulo y Río de Janeiro eran mulatos.

Como fue presentado anteriormente, el sistema de color implicó la fragmentación de la identidad racial de los no-blancos y la transformación del potencial de acción colectiva en expectativas individuales de movilidad ascendente. Las consecuencias del sistema de color, es decir, la debilidad de la solidaridad no-blanca, el escape individual de la negritud y la cooptación social de liderazgos potenciales recibieron un mayor esfuerzo, cuando el ideal de blanqueamiento se volvió parte del proyecto de las elites dominantes para trascender el subdesarrollo brasilero. El ideal de blanqueamiento, ya presente en el pensamiento abolicionista, no era solo una racionalización *ex-post* de la avanzada etapa de mestizaje racial de la población del país como también un reflejo del pesimismo racial del fin del siglo XIX.

> El legado colonial de degradación social y de prejuicio racial surgieron en el siglo XIX, bajo la forma de un agudo pesimismo racial, con la creencia de que solamente la inmigración de blancos europeos a través de la colonización podría formar la fuerza de trabajo industrial capaz de trasformar Latinoamérica. [14]

La "apatía, indolencia y despreocupación" de la masa predominantemente de color de la población era un factor crucial en el diagnóstico del retraso económico brasilero hecho por las elites. Estas supuestas características de la clase baja nativa eran aisladas de las condiciones históricas que impidieron su acceso a la propiedad y su socialización en la disciplina de mercado del trabajo libre. Consecuentemente, la inmigración europea era presentada como la solución, a corto plazo, para el problema del trabajo causado por la abolición de la esclavitud, así como una contribución, a largo plazo, para el blanqueamiento de la población del país.

Las suposiciones racistas del ideal de blanqueamiento eran que la superioridad blanca y el desaparecimiento gradual de los negros resolverían el problema racial brasilero. "Una vez que la ideología del blanqueamiento es aceptada, el mulato representa un paso adelante en la dirección de la 'redención' de la raza [negra], a través de su aniquilación".[15] Sin embargo, las doctrinas racistas europeas y norteamericanas no eran aceptadas *tout court*.

> Frente a la experiencia de su sociedad multirracial, la tesis del blanqueamiento ofrecía a los brasileros un raciocinio para aquello que creían ya estar pasando. Tomaron prestada la teoría racista de Europa y luego desecharon dos de las principales suposiciones de la teoría —el carácter innato de

14 Stein, S.; Stein, B., *op. cit*., p. 119.

15 Cardoso, *Capitalismo e escravidão no Brasil Meridional*, p. 301.

> las diferencias raciales y la degeneración de los mestizos— para formular su propia solución para el "problema negro". Una parte no pequeña de sus atractivos era el sentido de alivio —a veces incluso de superioridad— que esta solución les ofrecía al comparar su futuro racial con el de los Estados Unidos.[16]

Una implicación adicional de la ideología del blanqueamiento era la creencia difundida en la homogeneización racial ("arianización") de la población, una creencia en que deseo y realidad se fundían. Así, la consecuencia práctica del dicho, según el cual "nosotros brasileros nos estamos transformando en un único pueblo" (donde "único pueblo" significa "única raza"), era la de dejar de enfatizar la percepción de divisiones raciales.

Thomas E. Skidmore, observó que, como resultado de los cambios en el escenario internacional, alrededor de la década de 1950, la idea del blanqueamiento dejó de ser un objetivo respetable a ser proclamado por las elites culturales brasileras.[17] Sin embargo, independientemente de cuánto perdió su legitimidad como objetivo nacional públicamente proclamado, el ideal del blanqueamiento no solo mantuvo amplia aceptación popular, también condicionó el comportamiento de los no-blancos, a través de los esfuerzos del blanqueamiento social y biológico.

El blanqueamiento social corresponde a la noción popular de que "el dinero blanquea". Esencialmente, el dinero activa el mecanismo de compensación parcial de estatus a través del cual las personas de color exitosas en términos educativos y económicos, son percibidas y tratadas como más claras que las personas de apariencia semejante, pero de estatus inferior. Una consecuencia importante del blanqueamiento social es que la adopción por los no-blancos socialmente ascendientes de las normas y valores del extracto blanco, dentro del cual la aceptación social es buscada, implica normalmente la transformación del grupo negro de origen en un grupo de referencia negativa. Así, el blanqueamiento social no solo promueve la división interna entre los no-blancos, si no que se encuentra en el núcleo de las manifestaciones de prejuicio de mulatos ascendientes contra negros.

El proceso de blanqueamiento de la población brasilera ocurre desde hace varias décadas. Más allá del impacto de la migración europea y de la práctica tradicional de explotación sexual de mujeres negras por hombres blancos de clase media y alta, el blanqueamiento efectivo de la población resulta de la tendencia de las personas de

---

16 Skidmore, *op. cit.*, p. 77.

17 *Ibídem*, p. 214.

color para elegir compañeros de matrimonio más claros que ellas mismas. Frente a la recompensa atribuida al grado de blancura, el sistema induce a los no-blancos a casarse con personas más claras para maximizar las posibilidades de movilidad ascendente de su prole. Para las personas de piel más oscura, confinadas en posiciones sociales inferiores, siempre existe la esperanza de que sus hijos, si se blanquean convenientemente, tengan más oportunidades de que ellas tuvieron. En las palabras de Degler, el estímulo al blanqueamiento en Brasil

> reduce el descontento social entre los negros, una vez que las barreras que contienen a los mulatos en los Estados Unidos, independientemente de clase y educación, son mucho menos rígidas en Brasil. Así, un negro en Brasil puede esperar que sus hijos sean capaces de romper las barreras que lo mantuvieron en una situación inferior si pudieren simplemente casarse con alguien de piel más clara de que él. Sus hijos, en fin, pueden avanzar social y ocupacionalmente, aunque él no haya podido. Una realidad así actúa como válvula de seguridad para el descontento y frustración entre negros y mulatos.[18]

En resumen, el ideal del blanqueamiento funcionó como refuerzo simbólico del mecanismo por el cual "la existencia de oportunidades de movilidad social individual induce un cálculo racional al negro, según el cual sus oportunidades de ascensión son estimadas como estando en proporción inversa a su solidaridad étnica".[19] Una cultura racista, que estimula una exhibición narcisista de la blancura y condena al segmento más oscuro de la población hasta su gradual desaparición, difícilmente puede construir un terreno fértil para la negritud y el orgullo racial entre los no-blancos.

Si el ideal de blanqueamiento se transformó en la sanción ideológica del sistema de color desarrollado durante la esclavitud, el mito de la "democracia racial" brasilera es, indubitablemente, el símbolo integrador más poderoso creado para desmovilizar los negros y legitimar las desigualdades raciales, vigentes desde el fin de la esclavitud.

En relación con las pre-condiciones históricas que favorecieron la formación del mito de la democracia racial, Emilia Viotti da Costa enfatiza el sistema del paternalismo y clientelismo tradicional que aún permeaba la sociedad brasilera, durante la transición de la esclavitud para la libertad.[20] Bajo esta estructura clientelista, la movilidad social

---

18 Degler, *op. cit*., p. 195

19 Souza, *Raça e política no Brasil urbano*, p. 70.

20 Costa, *Da monarquia à república: momentos decisivos*, p. 227-242.

fue el resultado de un mecanismo de la patronal, controlado por la elite blanca, más de que la competitividad del mercado.

> Segura en sus posiciones, controlando la movilidad social y permeada por un concepto jerárquico de organización social, que sancionaba las desigualdades sociales y enfatizaba las obligaciones mutuas en lugar de la libertad personal y los derechos individuales, la elite brasilera no temía a los negros como los norte-americanos. Así, el señor de esclavos brasilero, que compartía con los señores de esclavos de cualquier parte estereotipos negativos de los negros, nunca tradujo esos estereotipos en "racismo" y discriminación legal.[21]

La estructura clientelista, con la correspondiente falta de una amenaza de poder y la competencia económica limitada, sobrevivió después de la abolición de la esclavitud. Esto eliminó la necesidad de un sistema de segregación racial.

Como observó Florestan Fernandes, la ideología de la democracia racial brasilera era incompatible con (e inútil dentro de) una sociedad esclavista. Como tal, solo podría desarrollarse plenamente cuando las relaciones entre blancos y negros pudiesen ser representadas en consonancia con las bases jurídicas del régimen republicano establecido en 1889. Sin embargo, la noción de una democracia racial ya estaba prefigurada en algunas de las evaluaciones pasadas de la relación señor-esclavo, así como las ideas del benigno señor y del tratamiento suave y humano de los esclavos.[22]

El mito de la democracia racial no solo implicó una "reconstrucción idílica" del pasado y la persistencia del clientelismo, también fue sostenido por las realidades sociales del periodo republicano inicial, la falta de discriminación legal, la presencia de algunos no-blancos dentro de la elite y la ausencia de conflicto racial declarado. A su vez, la comparación frecuente de estas realidades con la situación racial de otras sociedades, particularmente los Estados Unidos, ayudaba a moldear la auto-imagen favorable de los brasileros con referencia a las relaciones raciales.

Los principios más importantes de la ideología de la democracia racial son la ausencia de prejuicios y discriminación racial en Brasil y, consecuentemente la existencia de oportunidades económicas y sociales iguales para blancos y negros. De hecho, más que una simple cuestión de creencia, esos principios asumieron el carácter de mandamientos: "1) En ninguna circunstancia debe ser admitido que la

---

21 *Ibídem*, p. 238.

22 Fernandes, *A integração do negro na sociedade de clases*, p. 227-242.

discriminación racial existe en Brasil; y 2) Cualquier expresión de discriminación racial que pueda aparecer debe siempre ser atacada como no-brasilera".[23] El contenido de este "verdadero culto de la igualdad racial" es encarnado en afirmaciones populares tales como "el negro no tiene problema", "no tenemos barreras basadas en el color" y "somos un pueblo sin prejuicios".

Desde el punto de vista de lo no-blancos, los efectos de la ideología de la democracia racial son semejantes a aquellos del credo liberal de la igualdad de oportunidades. Es decir, la responsabilidad por su baja posición social es transferida al propio grupo subordinado. La consecuencia lógica de la negación del prejuicio y de la discriminación es la de traer para el primer plano la capacidad individual de los miembros del grupo subordinado como causa de su posición social, en detrimento de la estructura de relaciones intergrupales.

Admitiéndose que la auto-imagen y la confianza de los miembros de un grupo son la función de la posición del grupo en la jerarquía social, la evidencia dominante de la subordinación social de los no-blancos seguramente debe haber contribuido para el sentimiento de inferioridad que vino a ser conocido como "el complejo" —un síndrome socio psicológica que el liderazgo negro de las décadas de 1920 y 1930 intentaron erradicar de sus seguidores—.

La adhesión de los brasileros blancos a la ideología de la democracia racial es tanta que la distinción entre "falsa conciencia", como conjunto de concepciones cuya inadecuación no es clara para sus adherentes, y "falsedad de la conciencia" o hipocresía pura, se vuelve difícil. Esta adhesión implica un doble patrón en donde concepciones prejuiciosas sobre los negros y prácticas discriminatorias disfrazadas coexisten con una pulida etiqueta racial, por la cual las manifestaciones públicas de prejuicios y las formas abiertas de discriminación incurren en una severa desaprobación.

Dos consecuencias prácticas de la aceptación monolítica por parte del grupo blanco de la mitología racial son dignas de nota. Primero, una vez que la democracia racial y sus corolarios —inexistencia de prejuicios y discriminación racial— son tomados como un dato, las manifestaciones de prejuicio en contra los negros son atribuidas a las diferencias de clase antes que de raza. Así, cualquiera que puedan ser las desigualdades entre blancos y negros, estas no son el resultado de consideraciones raciales, pero surgen de la clase y de la baja posición social de los negros. Esta opinión, que es común entre blancos educados y ha sido aceptada por analistas de relaciones raciales brasileras,

---

23 T. Lynn Smith, *Brazil, people and institutions* (Baton Rouge, 1963: 66), citado en Degler, *op. cit*., p. 96-97.

tales como Donald Pierson y Charles Wagley,[24] claramente deja sin explicación los hechos de que, nueve décadas después de la abolición, los negros todavía estén súper representados en la base de la jerarquía social y de que los no-blancos de clase media sufran formas severas de discriminación. Segundo, la ideología racial oficial produce un sentido de alivio entre los blancos, que pueden deshacerse de cualquier responsabilidad por los problemas sociales de negros y mulatos. El consenso generalizado entre los blancos, en el sentido de que el país no tiene un problema racial, impidió la formación de coaliciones con grupos blancos que, bajo otras circunstancias, podrían haber sido más receptivos a las demandas de los movimientos sociales negros y que resultó en el que Florestan Fernandes adecuadamente describió como aislamiento político de los negros. El caso de los movimientos de protesta negra en São Paulo, durante la Primera República e inicios de la década de 1930, es ilustrativo a este respecto. Estos movimientos o se enfrentaban con la indiferencia de los blancos o entonces eran condenados como expresiones de "intolerancia y racismo negro" que amenazaban la paz social. El resultado del consenso ideológico blanco a respecto de cuestiones raciales fue

> la neutralización del "medio negro" como colectividad o categoría racial para cualquier proceso dotado de real eficacia política. Al final, lo que pasó puede ser descrito sociológicamente como la *contención efectiva del radicalismo negro por el orden social inclusivo* (aunque quedase en los límites de la "legitimidad" y defendiera la continuidad de este mismo orden social).[25]

Después del fin de la esclavitud, el mito de la democracia racial y las imágenes vigentes de la armonía racial permitieron la sustitución de las medidas redistributivas a favor de los no-blancos por sanciones ideológicas positivas e integración simbólica de los racialmente subordinados. Simultáneamente, la conformidad de los blancos hacia la ideología racial dominante dejó a los negros políticamente aislados e impidió la formación de coaliciones con aliados blancos más poderosos, para luchar por la reducción de las desigualdades raciales.

---

24 Pierson 1942 *Negros in Brazil: a study of race contact at Bahia*, 1942; y Wagley, *From caste to class in north Brazil*, p. 47-62.

25 Fernandes, *O negro no mundo dos brancos*, p. 277. El autor enfatiza la reacción autocrática de los grupos dominantes a los movimientos negros y la falta de receptividad a las demandas igualitarias de los negros por los movimientos políticos opuestos a la Vieja Republica. Se debe notar también que el mito de la democracia racial fue producido por las elites conservadoras y liberales. Sin embargo, el pensamiento social y político de la izquierda tiene su responsabilidad en la desmovilización política de los negros, en la medida en que o descuidó las demandas autónomas del grupo o entonces redujo la condición del negro a las de proletariado.

Como construcción ideológica, la "democracia racial" no es un sistema desconectado de representaciones; está profundamente enraizada en una matriz más amplia de conservadurismo ideológico, en que la preservación de la unidad nacional y la paz social son las principales preocupaciones. Bolivar Lamounier presentó la interpretación según la cual la concepción de la política brasilera, caracterizada por la tendencia al "compromiso" es central para la conciencia conservadora del país[26] La idea de un compromiso, como búsqueda de rumbos de acción alternativos a la violencia (particularmente formas colectivas de violencia), ayuda a establecer la concepción de un carácter nacional brasilero que incluye nociones como la del "hombre cordial", del "pueblo pacífico" y de la propensión a la tolerancia y conciliación. El desarrollo de una concepción ideológica como esta es interpretado por Lamounier como una respuesta adaptada al potencial de conflicto inherente a la sociedad brasilera. Es en este sentido que el "énfasis brasilero en la 'democracia racial', por ejemplo, puede ser observado como un medio cultural dominante en que el principal efecto fue el de mantener las diferencias interraciales totalmente fuera del campo político, como conflicto apenas latente".[27]

Así, la imagen de la armonía étnica y racial como parte de una concepción ideológica más amplia de la "naturaleza humana" brasilera es asociada a un mecanismo de legitimización destinado a disolver la tensión, así como a anticipar y controlar ciertas áreas del conflicto social.

La desmovilización producida por la ideología racial vigente en la sociedad civil ha sido reforzada por la producción simbólica del estado (legislación y medidas constitucionales) y por las afirmativas ritualistas de las autoridades del propio estado, en el sentido de que el objetivo nacional de integración racial ya había sido afectado.

> Con (la abolición) y la legislación subsecuente reforzadas por las idealizaciones prematuras de lo que podría llegar a ser, un costo adicional fue establecido para los beneficios casi enteramente simbólicos; un conjunto de parámetros fue creado para toda la estrategia negra futura, en la medida que las reglas del juego prohíben una definición explícita de estos objetivos y los limitan, aunque la ocurrencia de prejuicios y actos discriminatorios dependa de factores que, para lo negros, son incontrolables.[28]

---

26 Lamounier, *Ideologia conservadora e mudanças estruturais*, p. 5-21.

27 *Ibídem*, p. 16.

28 Lamounier, *Raça e classe na política brasileira*, p. 50.

Finalmente, se debe resaltar que la ideología racial de Brasil, además de inhibir la articulación de las demandas autónomas de los negros, no es neutral en relación a otras áreas del conflicto social. Frente a la elevada correlación entre posición de clase y afiliación racial, la imagen de armonía racial y el mito de una democracia racial desempeñan una función igualmente importante en el encubrimiento del potencial de conflicto de clases y de la polarización objetiva de clases. La identificación de los no-blancos con un grupo racial "aceptado" es menos angustiante que el sentimiento de pertenencia de los segmentos subordinados de la estructura de clases.

> el énfasis obsesivo en la armonía racial (en desacuerdo con su definición anterior como efectivamente una cuestión no relevante) desprecia cualquier análisis de clase; por lo tanto, irónicamente, la raza, también en su sentido relevante (relacionado a la clase), es ignorada, aunque la forma cosificada como ella es presentada, junto con la identificación de raza y clase, eventualmente le brinda sus matices aparentemente armoniosos.[29]

En cierto sentido, la sociedad brasilera creó el mejor de los dos mundos. Al mismo tiempo que mantiene la estructura del privilegio blanco y la subordinación no-blanca, evita la constitución de la raza como principio de identidad colectiva y acción política. La eficiencia de la ideología racial dominante se manifiesta en la ausencia de conflicto racial abierto y en la desmovilización política de los negros, haciendo que los componentes racistas del sistema permanezcan incuestionados, sin la necesidad de recurrir a un alto grado de coerción.

CONDICIONES EXISTENCIALES DE LOS NO-BLANCOS

Se ha sugerido que los movimientos revolucionarios tienen poca probabilidad de suceder cuando la sociedad es capaz de atender a las nuevas necesidades y expectativas o en situaciones estáticas, en que las expectativas no ascienden. Las revoluciones tienen más probabilidades de suceder "cuando un periodo de desarrollo económico y social objetivo es seguido por un corto periodo de grave reversión. Las personas temen entonces, subjetivamente, que el terreno conquistado con un gran esfuerzo pueda ser rápidamente perdido; su sentimiento se vuelve, entonces, revolucionario".[30]

Aunque esta perspectiva teórica tenga como objetivo explicar irrupciones revolucionarias generales, puede ayudar a percibir la

---

29 Henfrey, *Imperialism and race relations as a dimension of social control: Guyana and Brasil*, p. 267.

30 Davies, *Toward a theory of revolution*, p. 134.

emergencia de movimientos étnicos y raciales con tendencias revolucionarias o integracionistas. Sin embargo, dado que esta generalización establece un lazo directo entre dos diferentes conjuntos de circunstancias, es decir, condiciones socioeconómicas objetivas y estados mentales individuales, se puede esperar un aumento en su poder explicativo, cuando las condiciones políticas interventoras en las relaciones causales postuladas sean explicitadas. En este sentido, la teoría puede ser complementada, afirmando que un aumento en la razón expectativa/satisfacción ofrece la oportunidad, pero una elite, una organización y una ideología son necesarias para iniciar un movimiento social revolucionario (o reformista).

Esta simple conceptualización ofrece el marco para examinar otros factores que se relacionan con el potencial de acción colectiva de los negros en Brasil. Las partes anteriores de este capítulo analizaron algunos de los mecanismos sociales que inhibieron la formación de un liderazgo negro e impidieron la formulación de una estrategia negra y una contra ideología racial. Esta parte investiga ciertos aspectos de la historia social después de la abolición de los no-blancos que también están en la base del bajo nivel de movilización política del grupo. Serán enfatizadas las circunstancias sociales que mantuvieran una gran proporción de no-blancos en situaciones de total privación, dificultando su adquisición de habilidades organizacionales y obstruyendo la percepción de una conexión causal entre la pertenencia racial y baja posición social.

Considerando todo el periodo desde el final de la esclavitud, uno de los factores más importantes que afectó el nivel de movilización política de los negros es la neutralización política de la clase baja rural, una clase en que los no-blancos han estado representados más que proporcionalmente, particularmente en las regiones agrícolas menos desarrolladas.[31] La contrapartida política del "sistema represivo de trabajo", posible por la distribución desigual de la tierra y por la escasez de empleos agrícolas, es el sistema de dominación tradicional conocido como "coronelismo", en que las personas importantes, generalmente grandes propietarios de tierra, desempeñan el papel de intermediarios entre la población rural dependiente y el Estado y los centros políticos nacionales. "En las regiones menos desarrolladas o decadentes, la dominación tradicional fue mantenida con el apoyo del centro [político], a cambio de la manutención del orden interno y del

31 En 1940 y 1950 más de cuatro quintos (82%) de la población de color vivían fuera del Sudoeste en rápida industrialización y urbanización. A su vez, 73% de los no-blancos económicamente activos en 1940 y 64% en 1950 trabajaban en la agricultura. La proporción de blancos en la agricultura era de 64% en 1940 y 54% en 1950.

apoyo electoral".[32] Los procesos de industrialización y urbanización, la instituciones políticas del Estado Nuevo y del periodo post-1964 debilitaron el núcleo local de poder en beneficio del centro político, y debilitaron el papel mediador de los coroneles. Sin embargo, la evolución de la estructura agraria del país y las políticas (o la falta de) dirigidas al sector agrícola perpetuaron el estado de dependencia y la ausencia de poder de la clase baja rural – cuya única reacción viable al *status quo* agrario después de 1930 fue la migración a las ciudades o áreas de fronteras agrícolas. La convincente evidencia de la total privación y de la "estabilidad de las expectativas" de las masas rurales —incluyendo blancos y no-blancos, igualmente— es que, todavía en 1970, 58,8% de los trabajadores agrícolas eran analfabetos (en comparación al 17,9% de los trabajadores de las actividades no-agrícolas), y en 1972, 75,8% de la población rural con alguna renta monetaria recibía un salario mínimo o menos, al paso que apenas 39,6% de la población urbana recibía una renda extremadamente baja.[33]

En relación a la población no-blanca de la región de mayor desarrollo en el país, el Sudoeste, es importante recordar que, hasta 1930, permaneció fuera de los sectores capitalista de empleo, como consecuencia de la competitividad de los trabadores europeos. La gran mayoría de los negros y mulatos fue consecuentemente mantenida en situaciones de marginalidad económica y aquellos que podían emplearse en las áreas urbanas lo hacían principalmente en servicios domésticos y otros servicios no-calificados, en los que prevalecían la dispersión ecológica y relaciones de dependencias personal.[34]

Sin embargo, la exclusión de la estructura ocupacional capitalista emergente no representó un grave declive en los estándares de vida para la mayoría de negros y mulatos —solamente el pequeño grupo de artesanos calificados y pequeños comerciantes perdieron terreno por causa de la competitividad económica de los inmigrantes—. Aunque, las posiciones profesionales ocupadas por los no-blancos, muchas

---

32 Cintra, *A política tradicional brasileira. Uma interpretação das relações entre centro e periferia*, p. 69. El clásico análisis del coronelismo se encuentra en Leal (1948).

33 La fuente de índices de analfabetismo es el Censo Demográfico de 1970. Los datos acerca de la renda monetaria son del P.N.A.D., 4° trimestre, 1972, citados en: Calsing, *La política salarial do Brasil: um estudo do salário mínimo*, p. 95.

34 Negros y mulatos tuvieron mejores condiciones en Rio de Janeiro que en las ciudades del estado de São Paulo. Boris Fausto incluye la población negra de Rio de Janeiro adentro del ejército industrial de reserva, al paso que la de São Paulo es clasificada como parte del "excedente de fuerza de trabajo", concentrado en los servicios degradaos de la productividad mínima. Ver Fausto, *Trabalho urbano e conflito social*, p. 25-26.

mantenidas a través del paternalismo de clase alta tradicional, tenían poca probabilidad de elevar las expectativas sociales del grupo.[35]

Los no-blancos también permanecieron fuera de algunas de las más importantes áreas de conflicto social en que podrían aprender a actuar políticamente. En la medida que los negros y mulatos permanecieron fuera de los sectores más combativos de la clase trabajadora industrial —como textiles y zapateros en Río de Janeiro y São Paulo, y ferroviarios en São Paulo— ellos fueron excluidos de la adquisición de habilidades políticas y técnicas organizacionales que podrían haber sido transferidas para los movimientos sociales negros. Así, cualquiera que fuesen las manifestaciones de protesta negra durante la Vieja Republica, los militantes negros no podían contar con aliados externos ni con una mayor experiencia ganada en las luchas sociales del periodo.

Después de 1930, el crecimiento económico y la industrialización de Brasil se procesaron firmemente en la forma de sustitución de importaciones, lo que sucedió paralelamente a una rápida urbanización de la población de color del Sudoeste. Las condiciones más favorables del mercado de trabajo resultaron en una creciente diferenciación ocupacional del grupo. Aunque una gran mayoría de negros todavía permanezca en el subproletariado urbano, el periodo después de 1930 se caracteriza por la emergencia de una pequeña elite de no-blancos de clase media y por la incorporación de un número sustancial de negros y mulatos a la clase trabajadora industrial. Este proceso de estratificación interna y la consecuente modificación en el patrón de las relaciones sociales dentro del grupo de no-blancos levantó otros obstáculos a la producción de una identidad colectiva y movilización del grupo.[36]

Los no-blancos de clase media han estado ubicados en una posición ambivalente, que se refleja en su patrón de adaptación a su estatus recién adquirido. Este es el sector de la población no-blanca que experimentó la mayor suma de ganancias económicas y sociales en relación con las generaciones pasadas. Sin embargo, debido a sus realizaciones educacionales más elevadas y a las formas de discriminación enfrentadas a su movimiento ascendente, este grupo se encuentra en

---

35 Para la evidencia acerca de los sectores de la población no-blanca que sufrieron el máximo de competencia de los migrantes, ver: Fernandes, *op. cit.*, 1965, v. I, parte I.

36 Para un análisis de la incorporación de los no-blancos a la clase trabajadora industrial y de la formación de la pequeña elite de los no-blancos de la clase media, ver los capítulos IV y V de este trabajo. Las distribuciones laborales y ocupacionales de los no-blancos del Sudoeste en 1940 y 1950 se encuentran en las Tablas IV, V y VI del Apéndice.

mejor posición para visualizar la operación de mecanismos racistas. Con base en esto, es posible concebir este grupo como la principal fuente de liderazgo negro, organizando, de hecho, las pocas manifestaciones de no-conformismo racial durante las últimas décadas, por parte de los miembros más jóvenes y educados de la clase media de color. No obstante, como resultado de su desvinculación de la masa de negros y su acceso restringido a los blancos de posición social semejante, la típica reacción de los no-blancos de clase media ha sido la de aislamiento social. Es interesante percibir, en relación a esto, que la caracterización de Florestan Fernandes de los valores y comportamientos del mulato y del negro ascendentes en São Paulo se asemeja bastante al retracto de la "burguesía negra" americana, dibujado por E. Franklin Frazier: la adhesión a una ética de individualismo competitivo y a un moralismo riguroso, la preocupación con las marcas exteriores de una alta calidad de vida, la fuga a la identificación con la masa de negros y la obsesión por la competitividad por estatus (Fernandes, 1965; Frazier, 1966).[37]

Si una orientación individualista hacia la movilidad social ascendente es característica de la pequeña clase media de no-blancos, desde un punto de vista político, la predominancia de la identidad de clase sobre la identidad racial es quizás la característica más relevante de los negros y mulatos de la clase operaria urbana. Una explicación más razonable para la tendencia del comportamiento político en términos de clase, en lugar de la afiliación racial, debe ser considerar algunos aspectos históricos de la incorporación de negros y mulatos a las clases trabajadora industrial. Primero, después de que la abundante oferta de trabajadores migrantes terminó alrededor de 1930, las industrias brasileras adoptaron prácticas de reclutamiento y ascenso menos discriminatorias que los sectores jerarquizados de empleos de la nueva clase media en comercio, bancos y administración pública. Segundo, los negros y mulatos recién incorporados a la clase trabajadora industrial se beneficiaron de la legislación social promulgada por el estado, bajo el sistema corporativo de controles laborales de Vargas.

> la década del treinta introdujo cambios generales en la política laboral nacional. Fue particularmente importante, para el trabajador negro, la medida que estableció la vigencia del salario mínimo. Tal medida garantizó, al negro y al mulato, cierta equidad en la competencia salarial con los blancos involucrados en los mismos niveles laborales. (Fernandes, 1965: 147)[38]

---

37 Una importante diferencia entre los dos casos es la ausencia en Brasil del mito del capitalismo negro como parte de mundo fantástico descrito por Frazier.

38 Para un análisis sensible de la relación entre identificación de clase y lealtad

Tercero, y posiblemente la más importante, es la tradición ideológica de la clase trabajadora industrial —sindicalismo, anarquismo, socialismo y comunismo— traídos a Brasil por los trabajadores de origen europeo. Como se podría esperar, estas corrientes ideológicas, que continuaron a atraer los líderes de la clase media más militantes y autónomos después de 1930, recurrían para la unidad de la clase trabajadora en lugar de sus divisiones internas —raciales o de cualquier otra naturaleza—. Aunque la falta de énfasis en la heterogénea composición racial de la clase trabajadora fue reforzada por la relativa homogeneidad socio económica de esta clase y su debilidad numérica y política.

En relación al subproletariado de color, además de las evidentes dificultades de organización y movilización de un grupo cuyas actividades son casi enteramente dedicadas al "proceso de simplemente seguir vivo", la reacción más posible a la situación de contacto interracial es la del "individuo [que] acepta y reconoce implícitamente su inferioridad. No la discute ni la enfrenta como una afronta moral. Por esto, no sabe si existe o no existe prejuicio de color".[39]

En resumen, el proceso de estratificación interna de la población negra y mulata lo llevó a una situación en que las manifestaciones esporádicas de descontento y protesta racial permanecieron confinadas a los círculos relativamente pequeños y cerrados de intelectuales no-blancos, sin repercusiones importantes a nivel de la masa.[40]

Otras dos características de las relaciones raciales brasileras que tiende a obstruir la percepción de una relación causal entre el color de la piel, la discriminación y baja posición social pueden ser introducidas en este momento. La primera es el hecho de que los negros y mulatos comparten condiciones de vida muy cercanas a las de muchos blancos y mestizos casi blancos, de clase baja. La segunda peculiaridad es la ausencia, en Brasil, de un paralelismo institucional, por el cual diferentes grupos raciales desarrollan y mantienen instituciones sociales y culturales separadas.

El hecho de que comparten condiciones de vida cercanas con los blancos de la clase baja no solo significa que muchos negros y blancos ocupan posiciones semejantes en la estructura de clases, como

---

electoral de los negros al PTB (Partido Trabalhista Brasileiro) en un período posterior, ver Souza, *op. cit*.

39 *Ibídem*, p. 184.

40 La única excepción a esta tendencia son los movimientos sociales negros de São Paulo en las décadas de 1920 y 1930. Un intento de análisis de las causas de esta excepción será hecha en el final de esta sección.

también implica una amplia gama de relación social entre los dos grupos —de contactos amistosos y superficiales en el trabajo y en vecindades racialmente mixtas, hasta relaciones sociales más íntimas, como el matrimonio interracial que, aunque no sea tan numeroso como algunos autores nos harían pensar, son más frecuentes dentro de las clases más bajas—. En relación con los patrones de sociabilidad interracial, podemos percibir que la clase baja blanca carga un folclor de concepciones estereotipadas del negro. Sin embargo, estos estereotipos son con frecuencia verbalizados en contextos amistosos, y las situaciones pocas veces evolucionan para el conflicto interpersonal y para la violencia, al menos que la intensión ofensiva esté claramente presente. A pesar de su participación en los estereotipos negativos y generalizados del negro, el comportamiento interracial de clase baja blanca es más igualitario que el de blancos en posiciones sociales más elevadas. Esto se debe probablemente a su falta de alternativas y a su menor preocupación con el miedo de perder el estatus.

Aunque los no-blancos estén desproporcionalmente concentrados en favelas, no hubo una tendencia a la formación de guetos racialmente homogéneos con estructuras institucionales autosuficientes. Incluso en zonas más urbanizadas e industrializadas, Brasil está lejos de acercarse a la situación descrita como competitiva de relaciones raciales de P. L. Van den Berghe, en donde las divisiones raciales "se expresan a través de la segregación espacial a nivel ecológico y duplicaciones de instituciones análogas (en organizaciones eclesiásticas y sistemas escolares paralelos) a nivel de la estructura social".[41]

La falta de paralelismo institucional no significa que los negros brasileros estén desprovistos de formas de asociación propias. Al contrario, tienen una rica tradición de vida asociativa, en gran parte centrada en torno a las instituciones religiosas y recreativas. Estas instituciones, sin embargo, pocas veces han practicado una política de exclusivismo racial, y su evolución durante el siglo actual está marcada por la transición de una situación inicial, en que era objeto de desconfianza de los blancos y de frecuentes invasiones policiales, para una de cooptación cultural y de control social por el grupo dominante blanco. Durante las primeras décadas de este siglo, los batuques y congados, así como la samba, eran originalmente expresiones culturales del negro. Con el paso del tiempo, esas manifestaciones culturales negras fueron incorporadas como una parte legítima de la cultura nacional. Un proceso semejante sucedió con las instituciones religiosas y recreativas afro-brasileras, que primero aceptaron la presencia de la clase baja blanca y, posteriormente, incluyeron blancos de clase media

41 Berghe, *Race and racism*, p. 30.

y patrocinadores ricos. En Rio de Janeiro, es evidentemente el caso de los centros de umbanda y candomble y de las escuelas de samba: además de ofrecer servicios religiosos y facilidades recreativas para una amplia y diversificada parte de la población blanca, la llamada popular de estas instituciones frecuentemente ha hecho de ellas objeto de manipulación electoral, por la cual los votos son cambiados por protección, favores políticos y patronato de políticos y blancos ricos. Las escuelas de samba, hoy una atracción turística, son incluso patrocinadas oficialmente durante el carnaval. Así, contextos institucionales que bajo otras circunstancias podrían haber aumentado la solidaridad racial de los negros, fueron perdidos.

Hasta ahora he examinado ciertos aspectos de la historia social de los no-blancos que tienen la responsabilidad directa por el bajo nivel de movilización política del grupo. Fueron reservadas algunas observaciones finales para la excepción más importante del marco general de la desmovilización política de los negros después de la abolición, es decir, los movimientos sociales negros de São Paulo durante la tercera y cuarta décadas del siglo actual. La emergencia de estos movimientos de inconformidad y protesta racial demanda un esfuerzo interpretativo, en la medida en que fueron los únicos en lograr una sustancial participación de masa.

El desarrollo de manifestaciones poco comunes de protesta racial en São Paulo se relacionó a ciertas peculiaridades del proceso de transformación económica sucedido en este estado —desarrollo económico y modificación de la estructura social urbana acelerados, presencia masiva de inmigrantes europeos y altas tasas de movilidad social ascendientes—.[42] Más concretamente, las circunstancias propicias para la protesta racial pueden ser encontradas en la trayectoria social divergente de negros y migrantes europeos en los centros urbanos de São Paulo. En ningún otro lugar del país fueron los inmigrantes blancos tan evidentemente los 'ganadores' y los negros 'perdedores' del desarrollo económico y de la prosperidad. Aunque muchos trabajadores extranjeros hayan sido incorporados a la jerarquía social urbana a través del extremo inferior, compartiendo así, con negros y mulatos, condiciones de degradación social y económica, los inmigrantes europeos y sus descendientes establecieron rápidamente un

42 Los más ricos y bien documentados análisis de los movimientos sociales negros en São Paulo se encuentran en Fernandes (1965; 1972), especialmente Cap. V y XIII. Otras referencias a los movimientos sociales negros en Brasil pueden ser encontradas en Degler, *op. cit*. Para testimonios personales de algunos líderes negros ver también *Cadernos Brasileiros*, *80 anos de Abolição*, N° 7, Río de Janeiro, 1968.

monopolio virtual de las oportunidades de movilidad social ascendiente.[43] Por lo tanto, la clausura a los no-blancos de los principales canales de movilidad social ascendiente, dentro de una situación de rápido desarrollo económico e igualmente acelerada modificación en las posiciones relativas de los dos grupos, aumentó la visibilidad de la discriminación racial como causa de la posición sub privilegiada de negros y mulatos.

Las condiciones objetivas llevaron, así, a la formación de una masa de no-blancos, probando una situación de 'privación relativa'. A su vez, "Los letrados y semi-letrados radicales del "medio negro" captaron ese estado de frustración, convirtiendo el desajuste sistemático y una inquietud amorfa en el substrato de la *protesta negra,* a través de la cual presentan y difunden el reclamo a la *Segunda Abolición*" (Fernandes, 1972: 268).

La convergencia de una masa insatisfecha con una elite militante resultó en la prolífica, aunque discontinua, publicación de periódicos negros durante las décadas de 1920 y 1930 y en la creación de algunas organizaciones negras, entre las cuales la más importante, la Frente Negra Brasilera, fue fundada en 1931. Los temas más recurrentes y los objetivos manifestados de la prensa y organizaciones negras eran: la elevación moral, educacional y social de los negros (una llamada específicamente dirigida al público negro); la demanda de igualdad social, económica y política con los blancos; y la denuncia del prejuicio de color, un concepto que en el uso brasilero incluye el prejuicio y la discriminación. Florestan Fernandes mostró convincentemente la falta de receptividad a las demandas de los movimientos negros por el grupo dominante blanco, aunque argumente que estos movimientos ejercieron una influencia socialmente constructiva entre negros y mulatos en São Paulo.[44]

> La desaparición de las organizaciones negras a finales de la década de 1930 ilustra los mecanismos políticos activados en Brasil, cuando la cooptación social y los controles ideológicos se revelan como inadecuados para contener las demandas de los grupos subordinados: cuando, en 1937, la Frente Negra Brasilera amenazó con la posibilidad de transformase en un partido político, fue puesta en la ilegalidad por el régimen Vargas.

---

43 Los europeos formaban el grueso de la recién nacida clase trabajadora industrial de São Paulo, en cambio otros migrantes eran más exitosos en el campo de las pequeñas y medianas empresas. Sin embargo, incluso aquellos inmigrantes que permanecieron adentro del ejército de trabajo industrial estaban en una situación de ventaja comparativa en relación a la población urbana negra y mulata.

44 *Ibídem*, Cap. XIII.

EL CONTEXTO POLÍTICO DE LAS RELACIONES RACIALES

Olvidando las circunstancias específicas que explican la neutralización política del negro, podemos preguntarnos acerca de la dinámica en general de la política brasilera. Este cuestionamiento, a su vez, exige una comparación entre el nivel de movilización de negros y mulatos y el de otros grupos sociales.

Las restricciones a la extensión de la ciudadanía y la poca tolerancia presentada por las sucesivas coaliciones en el poder a las presiones de abajo están entre los trazos más persistentes del sistema político brasilero. De hecho, la evolución política en Brasil después de fin del Imperio es la historia de los esfuerzos exitosos de los grupos política y económicamente dominantes, en el sentido de instaurar la modernización económica del país y, simultáneamente, de controlar y posponer la movilización política de los grupos y clase sociales subordinados. "Es posiblemente el caso de que en un campo político tradicionalista, en que la sumisión de aquellos que obedecen está tan profundamente enraizada en diferencias de oportunidades económicas y culturales, el costo de las imposiciones a través de la coerción sea bastante bajo".[45]

En Brasil, la ausencia de un rompimiento revolucionario con el pasado parece estar en la base de la opción no democrática y autoritaria de su industrialización capitalista y de la posición paternalista de sus grupos dominantes, *vis-à-vis* los sectores populares. Aunque se aplique a toda Latinoamérica, la imagen de Charles W. Anderson de un "museo vivo" describe adecuadamente la política brasilera, particularmente la persistencia de las clases agrarias de grandes propietarios como contendientes políticos relevantes (Anderson, 1967).[46] La contrapartida del poder de los propietarios de tierra, en una situación en que un campesinado o una clase media rural independiente no existen, ha sido la exclusión económica y política de las masas rurales.

Brasil inició el proceso de industrialización sin pasar por la experiencia de una demolición a gran escala de las estructuras agrarias tradicionales. De hecho, el arreglo federalista y la constitución liberal de la Primera Republica reforzaron el poder oligárquico de las aristocracias agrarias regionales: "Debido a la sumisión y la dependencia de

---

45 Cardoso, *Autoritarismo e democratização*, p. 190.

46 Como observa el autor: "Así, con la excepción de situaciones 'realmente revolucionarias', la regla normal del cambio político latinoamericano es que nuevos contendientes en el poder pueden ser sumados al sistema, pero los antiguos no pueden ser eliminados [...] Mientras, en la historia del Occidente, las experiencias revolucionarias o de cambio secular tienen secuencialmente eliminado varias formas de capacidad de poder, la política latinoamericana contemporánea es algo como un museo vivo, en que todas las formas de autoridad política de la experiencia histórica occidental siguen existiendo y operando" (Anderson, 1965: 105).

las masas rurales, el voto era 'naturalmente' convertido en una forma más de demonstrar lealtad al señor de la tierra".[47]

Durante la primera fase de la industrialización, bajo el mandato republicano oligárquico, una orientación de *laissez-faire* prevaleció en la estructura de las relaciones de trabajo urbano. La "cuestión social" levantada por la inquietud de los trabajadores fue definida como una "cuestión de policía" y la reacción del Estado hacia el movimiento de las clases trabajadores —que alcanzó su punto más elevado en los años de 1917-1919— fue puramente represiva.

> Se atribuía, con alguna procedencia, la infusión de la experiencia sindical europea en la vida obrera brasilera, vía inmigración, la responsabilidad por la creciente capacidad de demandas por parte de la fuerza de trabajo urbano y, de acuerdo con el ideario *laissez-fairiano,* fuera del orden del mercado solo existía el orden de la coerción, o, por otro lado, se daba estabilidad al orden del mercado por el orden de la represión. [48]

Bajo el régimen de Vargas, establecido en 1930, sucedió un proceso de centralización y concentración del poder político en el Estado. El Estado intervencionista emergió no solo como el instrumento para regular las relaciones entre trabajo y capital, sino también como agente de la industrialización. Si la legislación laboral y el sistema corporativo de controles de trabajo del régimen de Vargas representaban la extensión de la ciudadanía social a la clase trabajadora industrial, dejando intocada la situación del subproletariado urbano, al mismo tiempo su objetivo era impedir la organización independiente del trabajo, negando así la dimensión política de la ciudadanía. La legislación social de Vargas fue claramente promulgada con un ojo en las experiencias pasadas de conflicto industrial (1917-1919) y el otro en la futura "paz social" exigida por la acumulación industrial.

En la medida en que el mercado interno debía desarrollarse sin afectar seriamente la economía agraria de exportación, que aseguraba los recursos externos para sostener las políticas de industrialización, los intereses agrarios permanecieron dentro de la colisión de poder y la exclusión de las masas rurales se perpetuó.

> Como ha se ha señalado con frecuencia, la subordinación de la burguesía, su dependencia de la protección e incluso la iniciativa del Estado son un desvío de la clásica experiencia inglesa de una ascensión burguesa al poder. Por el contrario, el periodo de Vargas constituyó un intento de modernizar

47 Reis, *Brazilian agrarian structure: obstacles to democratic development*, p. 22.

48 Santos, *A regulação social no Brasil: cidadania, acumulação e equidad na política brasileira*, p. 122.

> desde arriba. Precisamente porque no hubo una debilitación del poder agrario, solo un Estado fuerte podría realizar tal cosa. Especialmente después de 1937, el régimen mostró un fuerte compromiso con la industrialización, aunque la todavía poderosa oligarquía rural tuviese también que ser llevada a cuentas en la balanza de poder. (Reis, 1975: 25)

La caída del Estado Nuevo, en 1945, inauguró un periodo de liberalismo constitucional y de competencia política, aunque el orden sindical corporativista montada por Vargas permaneciera sustancialmente intacta. "El individuo posesivo debería ser liberto de los frenos y limitaciones de la 'voluntad nacional', pero las clases subalternas deberían seguir subordinadas al ideal de colaboración y de armonía entre clases sociales".[49]

Durante el periodo 1945-1964, el peso estructural del sector agrario disminuyó y el Brasil urbano se volvió el centro de la vida política. Sin embargo, a la medida que las prácticas electorales fueron restauradas, el papel intermediario de los señores de la tierra entre el campesinado y el sistema nacional fue reactivado. "A pesar de la modernización, el mundo rural permaneció cerrado y la influencia de fuera siguió siendo filtrada a través de esas estructuras mediadoras" (Reis, 1975: 26).

La llamada *experiencia populista,* por la cual la movilización controlada y el soporte electoral de los sectores populares sostenían las alianzas nacionalistas y desarrollistas, marcó la política urbana brasilera hasta el golpe militar de 1964. Independientemente de si el populismo representaba una incorporación política parcial o pura manipulación de los sectores urbanos, uno de sus requisitos esenciales era la exclusión de las masas rurales, exigido por el proceso de acumulación en la economía como un todo y por la manutención de la colisión política populista. De hecho, las Ligas Campesinas y la movilización rural de finales de la década de 1950 e inicios de 60 indicaban uno de los límites de la alianza populista. El otro límite era puesto por la movilización autónoma de la clase trabajadora en los años críticos de 1962-1964.

> La burguesía aceptaría la participación popular controlada, y el "populismo" fue la forma encontrada para mantener la tutela. Cuando el sector popular manifestó señales de independencia y cuando la vieja estabilidad agraria sufrió la amenaza de la organización campesina, las condiciones para una nueva "coalición reaccionaria" emergieron. Una vez más, Brasil adoptó un camino para la modernización, cerca de lo que Moore llama "revolución de arriba", basado en una creciente concentración de poder,

49 Vianna, *Liberalismo e sindicato no Brasil*, p. 254.

> ahora con los militares como el agente crucial de la modernización. (Reis, 1975: 27)[50]

El tema subyacente, en la descripción anterior de la evolución política de Brasil, es la ausencia de serios cismas entre los grupos dominantes y la consecuente restricción en la definición de la ciudadanía política y de los actores políticos legítimos. Desde el punto de vista de las masas, la herencia demográfica de la plantación esclavista, el acelerado crecimiento de la población y la existencia de una clase campesina voluminosa (con el papel de reservatorio de fuerza de trabajo) son ciertamente factores que debilitaran la capacidad de organización autónoma de los sectores populares urbanos. La ausencia de estas características en países latinoamericanos, como Argentina y Chile, tiene posiblemente alguna relación con las credenciales políticas más impresionantes de sus clases trabajadoras urbanas.

Esta breve incursión en la política republicana brasilera permite algunas observaciones a título de conclusión. Primero, un sistema político que combina represión con relaciones de autoridad, cargadas de matices paternalistas, como medio para impedir la articulación de demandas populares constituye un contexto inhibidor para la emergencia de movimientos sociales —sea de orientación racial o de clase—. Segundo, los negros y otros grupos sociales subordinados, como los campesinos, la clase trabajadora urbana y el subproletariado fueron sujetos a mecanismos de dominación que incluyen controles ideológicos, cooptación social y pura represión. Sin embargo, la evidencia histórica parece sugerir que, además de represión política, que fue a veces utilizada, una delicada mezcla de controles ideológicos y cooptación social fue el instrumento más exitoso para obtener la *concordancia* de los brasileros negros. Para todos los grupos subordinados, los cambios del régimen político fueron mucho menos importantes que los trazos permanentes de la comunidad política brasilera, los trazos que definen su constitución no escrito: un autoritarismo difuso y, de ser necesaria, la represión.

---

50 Por causa de la ausencia de una sociedad industrial de masa enteramente constituida y del carácter no-movilizador de Estado Nuevo y del régimen post-1964, el resultado político de la "modernización conservadora" en Brasil fue antes el autoritarismo que el fascismo. Como observa un analista político: "Los regímenes autoritarios son característicamente desmovilizadores. Esto implica que las comunicaciones son manipuladas para reducir un saliente de cuestiones o evitar que problemas se transforman en cuestiones, siento esto ya, claramente, un medio de impedir la formación de orientaciones coherentes entre el público" Lamounier, *Ideology and authoritarian regimes: theoretical perspectives and a study of the Brazilian case*, p. 250.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, C. W. 1967 *Politics and economic change in Latin America: the governing of restless nations* (Princeton: Van Nostrand).

Bonacich, E. 1972 "A theory of ethnic antagonism: the split labor market" en *American Sociological Review* (Estados Unidos: Sage) Nº 37(5), pp. 337-559, octubre.

Bonacich, E. 1975 "Abolition, the extension of slavery, and the position of free blacks: a study of split labor markets in the United States, 1830- 1863" en *American Journal of Sociology* (Chicago: University of Chicago Press) Nº 81(3), pp. 627-647.

Berghe, P. L. Van den 1967 *Race and racism* (Nueva York: Wiley).

Blalock Jr., H. M. 1967 *Toward a theory of minority-group relations* (Nueva York: Capricorn).

Cadernos Brasileiros 1968 *80 anos de Abolição* (Río de Janeiro) Nº 7.

Causing, F. F. 1978 *A política salarial do Brasil: um estudo do salario mínimo* (Río de Janeiro: IUPERJ).

Cardoso, F. H. 1962 *Capitalismo e escravidão no Brasil Meridional* (São Paulo: Difusão Européia do Livro).

Cardoso, F. H. 1975 *Autoritarismo e democratização* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Cintra, A. O. 1974 "A política tradicional brasileira: uma interpretação das relações entre centro e periferia" en *Cadernos do Departamento de Ciência Política* (Belo Horizonte) Nº 1, pp. 59-112.

Costa, E. V. da 1977 *Da monarquia à república: momentos decisivos* (São Paulo: Grijalbo).

Cox, O. C. 1970 *Caste, class, and race* (Nueva York: Modem Reader).

Degler, C. N. 1971 *Neither black nor white-slavery and race relations in Brazil and the United States* (Nueva York: Macmillan).

Davies, J. C. 1971 "Toward a theory of revolution" en Davies, J. C. (ed.) *When men revolt and why* (Nueva York: The Free Press) pp. 134-147.

Fausto, B. 1976 *Trabalho urbano e conflito social* (São Paulo: Difel).

Fernandes, F. 1972 O *negro no mundo dos brancos* (São Paulo: Difusão Européia do Livro).

Frazier, E. F. 1966 *Black bourgeoisie* (Nueva York: Collier Books).

Harris, M. 1969 "The origins of the Descent Rule" en Foner, L.; Genovese, E. D. (eds.) *Slavery in the New World* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall).

Henfrey, C. s/f *Imperialism and race relations as a dimension of social control. Guyana and Brazil* (The University of Liverpool).

Iamounier, B. 1968 "Ideologia conservadora e mudanças estruturais" en *Dados* (Río de Janeiro) Nº 5, pp. 5-21.

Iamounier, B. 1968 "Raça e classe na política brasileira" en *Cadernos Brasileiros* (Brasil) Nº 47, pp. 39-50, mayo-junio.

Iamounier, B. 1974 *Ideology and authoritarian regimes, theoretical perspectives and a study of the Brazilian case* (Los Angeles: University of California).

Leal, V. N. 1948 *Coronelismo, enxada e voto* (Río de Janeiro: Livraria Forense).

Pierson, D. 1942 *Negros in Brazil: a study of race contact at Bahia* (Chicago: University of Chicago Press).

Reis, E. M. P. 1975 *Brazilian agrarian structure: obstacles to democratic development* (Cambridge: Harvard University).

Reis, E. M. P. 1977 *Conservative modernization in Brazilian agriculture: the post-abolition plantation* (Houston) noviembre.

Santos, W. G. dos 1978 *A regulação social no Brasil: cidadania, acumulação e eqüidade na política brasileira* (Río de Janeiro: IUPERJ).

Singer, P. 1968 *Desenvolvimento econômico e evolução urbana* (São Paulo: Editora Nacional).

Skidmore, T. 1974 *Black into white: race and nationality in Brazilian thought* (Nueva York: Oxford University Press).

Smith, T. L. 1963 *Brazil, people and institutions* (Baton Rouge), p. 66.

Souza, A. de 1971 "Raça e política no Brasil urbano" en *Revista de Administração de impresas* (Brasil) Nº 11(4), pp. 61-70.

Stein, S. J.; Stein, B. H. 1970 *The colonial heritage of Latin America* (Nueva York: Oxford University Press).

Vianna, L. W. 1976 *Liberalismo e sindicato no Brasil* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Wagley, C. 1969 "From caste to class in North Brazil" en Tumin, M. (ed.) *Comparative perspectives in race relations* (Boston: Little, Brown and Co.) pp. 47-62.

RACISMO Y SEXISMO EN LA CULTURA BRASILEÑA*

Lélia Gonzalez

ENTONCES, ¿CÓMO NOS QUEDAMOS?

Fue entonces que unos tipos blancos buena onda nos invitaron a una fiesta de ellos, diciendo que era nuestra también. Era un evento de un libro sobre nosotros, fuimos muy bien recibidos y tratados con toda la consideración. Hasta nos llamaron para sentarnos en la mesa en que estaban ellos, haciendo un bonito discurso, diciendo que la gente era oprimida, discriminada, explotada. Eran todos gente elegante, educados, viajados por este mundo de Dios. Sabían de las cosas. Y fuimos a sentarnos allá en su mesa. Pero estaba llena de gente y no pudimos sentarnos junto a ellos. Pero nos organizamos bien, buscamos unas sillas y nos sentamos detrás de ellos. Ellos estaban tan ocupados, enseñando cosas al público, que ni siquiera notaron que, si se apretaran un poco, hasta se podría abrir un espacio y todos sentarnos en la mesa. Pero la fiesta era suya, y nosotros no podíamos jugar con estarnos moviendo. Teníamos que ser educados. Y había discurso tras discurso, todo con mucho aplauso. Fue entonces que la chava que estaba

---

* Texto extraído de *Revista Ciências Sociais Hoje* 1984 (ANPOCS), pp. 223-244. Presentado en la junta del Grupo de Trabajo "Temas y problemas de la población negra en Brasil" en el *IV Encuentro Anual de la Asociación Brasilera de posgrado e investigación en ciencias sociales*, Río de Janeiro, 31 de octubre de 1980.

sentada con nosotros se atrevió. La habían llamado a responder una pregunta. Ella se levantó, fue hasta el micrófono para hablar y empezó a reclamar sobre algunas cosas que estaban pasando en la fiesta. Se había armado el lío. La negrada parecía estarlo esperando para empezar el caos. Hablando alto, gritaban y abucheaban tanto que no se podía escuchar nada más. Era evidente que los blancos se quedaron blancos de coraje. Y con razón. Nos habían invitado para la fiesta de un libro que hablaba de nosotros y nosotros nos portábamos de esa forma, interrumpiendo sus discursos. ¿Era posible? ¡Si ellos sabían de nosotros incluso más que nosotros! ¡Si ahí estaban, de buena fe, enseñándonos muchas cosas sobre nosotros mismos! Hubo un momento que no se pudo aguantar más el caos que se había generado por esa gente negra ignorante y mal educada. Era demasiado. Fue entonces que un blanco enojado se tiró sobre un criollo que había agarrado el micrófono para hablar en contra los blancos. Y la fiesta terminó en pelea.

Ahora, entre nosotros, ¿quién tuvo la culpa? La chava negra, claro. Si no hubiera metido la lengua donde no debía. Ahora está quemada entre los blancos. Hablan mal de ella hasta hoy. Igual, ¿quién le dijo que se portara así? No en vano, ellos siempre lo dicen: "cuando un negro caga en la entrada, caga en la salida".

La larga epígrafe habla mucho más de que lo que se puede leer. De inmediato, lo que se percibe es la identificación del dominado con el dominador. Y eso ha sido bien analizado por Fanon, por ejemplo. Nuestro intento aquí es preguntarnos acerca del porqué de esta identificación. Es decir, ¿qué ha pasado para que el mito de la democracia racial haya tenido tanta aceptación y difusión? ¿Cuáles fueron los procesos que determinaron su construcción? ¿Qué es lo que oculta, además de mostrar? ¿Dé que forma la mujer negra es situada en su discurso?

El *lugar* en que nos situamos determina nuestra interpretación acerca del doble fenómeno del racismo y del sexismo. Para nosotros, el *racismo* se constituye como la *sintomática* que caracteriza la *neurosis cultural brasilera*. En este sentido, notaremos que su articulación con el sexismo produce efectos violentos sobre la mujer negra en particular. Consecuentemente, el lugar desde donde hablamos, trae otro concepto, aquel que de forma habitual veníamos utilizando en textos anteriores. Y el cambio se fue gestando a partir de algunos conceptos que, forzando su emergencia en nuestro discurso, nos llevó a rescatar la cuestión de la mujer negra bajo otra perspectiva. Se trata de la noción de la mulata, doméstica y madre negra.

En la ponencia presentada en el "Encuentro Nacional de la Latin American Studies Association" (LASA), en abril de 1979 (Gonzales, 1979a), hablamos brevemente de la mulatada, no como una noción

de carácter étnico, si no como una profesión. Intentamos desarrollar un poco más esta noción en otro trabajo, presentado en un simposio realizado en Los Ángeles (UCLA) en mayo de 79 (Gonzales, 1979c).

Allí, hablamos de esta doble imagen de la mujer negra en la actualidad: mulata y doméstica. Pero allí también surgió la noción de la madre negra, bajo otra perspectiva. Y nos quedamos ahí.

En este tiempo, participamos de una serie de encuentros internacionales que trataban la cuestión del sexismo como tema principal, pero que seguramente abrían espacio para la discusión también del racismo. Nuestra experiencia ahí ha sido bastante rica. Es importante señalar que la militancia política en el Movimiento Negro Unificado se constituyó como un factor determinante para nuestra comprensión de la cuestión racial. Por otro lado, la experiencia vivida como miembro del Gremio Recreativo de Arte Negra y Escuela de Samba Quilombo nos permitió la percepción de diversas facetas que se convirtieron en elementos muy importantes para la concretización de este trabajo.

Y se empezó a perfilar, para nosotros, lo que se podría llamar contradicciones internas. El hecho es que, como mujer negra, sentimos la necesidad de profundizar nuestra reflexión, en lugar de seguir en la reproducción y repetición de los modelos que nos eran ofrecidos por el esfuerzo de la investigación de las ciencias sociales. Los textos nos hablaban de la mujer negra desde una perspectiva socio-económica que esclarecían una serie de problemas presentados por las relaciones raciales. Pero siempre permanecía —y se permanecerá— algo que desafiaba las explicaciones. Y esto nos empezó a molestar. Exactamente a partir de las nociones de mulata, doméstica y madre negra que estaban presentes, golpeándonos con su insistencia.

Nuestro soporte epistemológico se da a partir de Freud y Lacan, es decir del psicoanálisis. Justamente porque como nos dice Miller en su *Teoría de la lengua* (1976):

> Lo que empezó con el descubrimiento de Fred fue un otro abordaje del lenguaje, otro abordaje de la lengua, cuyo sentido solo vino a la luz cuando lo retoma Lacan. Decir más de lo que sabe, no sabes lo que dice, decir otra cosa que no lo que se dice, hablar para no decir nada, ya no son, en el campo freudiano, los defectos de la lengua que justifican que creación de las lenguas formales. Estas son propiedades que no se pueden eliminar y positivas del acto de hablar. Psicoanálisis y Lógica, una se funda sobre lo que la otra elimina. En análisis encuentra sus bienes en el desecho de la lógica. O aún: el análisis desencadena lo que la lógica doméstica. (Miller, 1976: 17)

Ahora, en la medida que nosotros negros estamos en la escoria de la sociedad brasileña, pues así lo determinada la lógica de la dominación, cabe una indagación vía el psicoanálisis. Y justamente a partir

de la alternativa propuesta por Miller, es decir: ¿por qué el negro es eso que la lógica de la dominación intenta —y logra muchas veces, como bien sabemos— domesticar? El riesgo que aquí asumimos es el del acto de hablar, con todas sus implicaciones. Exactamente porque hemos sido hablados, infantilizados —*infante* es aquel que no tiene habla propia, s el niño del que se habla en la tercera persona, porque es hablado por los adultos— es que en este trabajo asumimos nuestra propia habla. Es decir, la basura va hablar. Y tranquilos.

La primera cosa que percibimos en esta conversación sobre el racismo es que todos creen que es natural. Que el negro tiene que vivir en la miseria. ¿Por qué? Bueno, porque tiene algunas cualidades que no son interesantes: irresponsabilidad, incapacidad intelectual, tontería, etc. Entonces, es natural que sea perseguido por la policía, ya que no le gusta trabajar. ¿Sabes? Si no trabaja es bandido y si es bandido es ladrón. Luego, debe ir a la cárcel, naturalmente. Negro menor de edad solo puede ser ladronzuelo o levantador de cartera, ya que hijo de pez, pescadito es. Mujer negra, naturalmente, es cocinera, muchacha, mucama, sirvienta, cobradora en autobús o prostituta. Es suficiente con leer el periódico, escuchar la radio o ver la tele. Ellos no quieren nada. Por lo tanto, tienen que ser de las favelas.

¿Racismo? ¿En Brasil? ¿Quién lo dijo? Eso es cosa de americanos. Acá no hay diferencia porque todos somos sobretodo brasileños, gracias a Dios. El negro aquí es bien tratado, tiene los mismos derechos que nosotros. Tanto es que, cuando él se esfuerza, escala en la vida. Conozco uno que es doctor; muy educado, culto, elegante y con unos rasgos tan finos. Ni parece negro.

Ahí es donde percibes que la onda es domesticarlos. Y si nos paramos a mirar algunos aspectos de la llamada cultura brasileña, nos damos cuenta que en sus manifestaciones más o menos conscientes oculta, revelando, las marcas de la africanidad que la constituyen. ¿Cómo puede ser? Siguiendo este camino, también podemos señalar el lugar de la mujer negra en este proceso de formación cultural, así como los diferentes modos de rechazo/integración de su papel.

Por esta razón, nosotros vamos a trabajar con dos nociones que nos ayudarán a sacar lo que pretendemos caracterizar. Estamos hablando de nociones de conciencia y de memoria. Como conciencia entendemos el lugar del desconocido, del oculto, de la alienación, del olvido y hasta del saber. Es por ahí que el discurso ideológico se hace presente. La memoria la entendemos como el no-saber que conoce, el lugar de inscripciones que restituyen una historia que no fue escrita, el lugar de la emergencia de la verdad, esta verdad que se estructura como ficción. La conciencia excluye lo que la memoria incluye. En tanto lugar del rechazo, la conciencia se expresa como discurso

dominante —o como efectos de este discurso— en una determinada cultura, ocultando la memoria, frente a la imposición de lo que la conciencia afirma como verdad. Pero la memoria tiene sus sabidurías, su juego de cintura: ella habla a través del disparate del discurso de la conciencia. Lo que intentaremos es sacar este doble juego, también llamado dialéctica. Y, en lo que se refiere a la gente, la *criollada*, entendemos que la conciencia hace de todo para que nuestra historia sea olvidada, sacada de la escena. Y lo apela todo en ese sentido. Pero esto ahí está...[1] y habla.

El mito que se trata de recrear aquí es el de la democracia racial. Y es justamente en el momento del rito de carnaval que este mito es actualizado con toda su fuerza simbólica. Y es en este instante que la mujer negra se transforma, única y exclusivamente, en la reina, en la "mulata diosa de mi samba", que "pasa con gracia/haciendo broma/haciendo la inocente/sacando nuestra tranquilidad".[2] Es en el desfile de los primeros grupos de las escuelas de samba que vemos su máxima exaltación. Allí, ella pierde su anonimato y se trasfigura en la Cenicienta del asfalto, adorada, deseada, devorada por las miradas de los príncipes altos y güeros, que vienen de tierras lejanas solo para verla. Ellos, a su vez, intentan fijar su imagen, extrañamente seductora, en todos sus detalles anatómicos; y vienen los "flashes", como fuegos artificiales electrónicos. Y ella lo da todo, pues sabe que mañana va a estar en las páginas de las revistas nacionales e internacionales, vista y admirada por todo el mundo. Esto, sin hablar del cine y de la televisión. Y ahí está ella mágicamente luminosa e iluminada, en el fantástico espectáculo.

Todas las jóvenes negras que desfilan en el más humilde bloque del más lejano suburbio, sueña con la pasarela de la Marquês de Sapucaí. Tiene este sueño dorado, este cuento de hadas en el que "La luna envidiándote te hace mueca/Porque, mulata, tú no eres de este planeta".[3] ¿Y por qué no?

Así como todo mito, el de la democracia racial oculta algo más de lo que muestra. En un primer acercamiento, percibimos que ejerce su violencia simbólica sobre la mujer negra, de una forma especial.

---

1 El mejor ejemplo de su eficacia está en la ideología del blanqueamiento. Pues fue justamente un criollo, apodado de mulato, quien fue el primero en articular un discurso científico. Estamos hablando del "don" Oliveira Vianna. Blanqueamiento, no importa en qué nivel, es lo que cobra la conciencia de nosotros, para mal aceptar nuestra presencia. Se hacemos algún criollaje, luego viene la conciencia con un formato "portase como gente". Y hay muchos de nosotros que entra en esas.

2 *"Que passa com graça/fazendo pirraça/fingindo inocente/tirando o sossego da gente"*. Parte de la canción *Mulata Assanhada*, de Ataufo Alves.

3 Parte de la canción de *O teu cabelo não nega*, Lamartine Babo.

Porque el otro lado de la deificación del carnaval ocurre en el cotidiano de esta mujer, en el momento en que ella se transforma en empleada doméstica. Es por ahí que la culpabilidad generada por su deificación se ejerce con gran agresividad. Es así como se constata que los términos mulata y doméstica son atribuciones de un mismo sujeto. El nombramiento depende de la situación en que somos percibidas.[4]

Si regresamos al tiempo de la esclavitud, se pueden encontrar muchas cosas interesantes. Muchas cosas que explican toda esta confusión que la gente blanca hace con nosotros porque somos negros. Para las que somos negras entonces, ni hablar. ¿Será que nuestras abuelas hicieron algo para que nos traten de esta forma? ¿Pero qué era una mucama?[5] El diccionario *Aurélio* lo define así:

> Mucama. (Del *quimbumdo mu"kama "amásia esclava"*) S.f. Bras. La joven esclava negra y de mascota que era elegida para auxiliar en los servicios caseros o acompañar personas de la familia y que, *en ocasiones*, era *ama de leche*. (El subrayado es de la autora).

Parece que el primer aspecto a observar es el propio nombre, significado procedente de la lengua quimbunda, y el significado que tiene en ella. Nombre africano, atribuido por los africanos y que quedó inscripto en el diccionario. Otro aspecto interesante es el desplazamiento del significado en el diccionario, es decir, en el código oficial. Podemos percibir una cierta neutralización, un vaciamiento del sentido original. O, por veces, es que de pronto, se torna visible alguna cosa de aquello que los africanos sabían, pero que necesitaba ser olvidado, ocultado.

Veamos lo que dicen otros textos a respecto de mucama. June E. Hahner, en *La mujer en Brasil* (1978) lo expresa así:

> la esclava negra generó para la mujer blanca de las grandes casas, condiciones de vida amena, fácil y en gran parte de las veces ociosa. Cocinaba, lavaba, planchaba, fregaba las salas y cuartos en rodillas, cuidaba de los hijos de la señora y satisfacía las exigencias del señor. Tenía sus propios hijos, el deber y la fatal solidaridad de amparar a su compañero, de sufrir con los demás esclavos de la senzala y del campo y de someterse a los castigos corporales que le eran personalmente destinados [...] El amor para la

---

4 En este sentido, vale la pena señalar un tipo de experiencia bastante común. Me refiero a los vendedores que tocan la puerta de mi casa y, cuando abro, me preguntan de forma amable, "¿Está la señora? "Siempre les contesto que la señora salió y, una vez más, afirmo como somos percibidas por el brasilero "cortés". Otra pregunta frecuente, pero en lugares públicos es: ¿Trabajas en la televisión?" o "¿Eres artista?" Y sabemos bien que significa este "trabajo" y esta "arte".

5 Nota del traductor: criada.

> esclava [...] tenía aspectos de verdadera pesadilla. Las incursiones abusadas y degradantes del señor, hijos y parientes por las senzalas, el descaro de los curas a quien las Ordenaciones Filipinas, con sus castigos pecuniarios y degredo para África, no los intimidaban ni los hacia desistir de los concubinatos y mancebías con las esclavas. (Hahner, 1978: 120-121)

Más adelante, citando a José Honório Rodrigues, se refiere a un documento de finales del siglo XVIII en el que el virrey de Brasil en la época excluía de sus funciones como capitán general a quien manifestara "bajos sentimientos" y machara su sangre por el hecho de haberse casado con una negra. Es posible observar ya en aquellos tiempos la manera en que la conciencia —en este caso, revestida de su carácter de autoridad— buscaba imponer sus reglas del juego: concubinato todo bien; pero matrimonio es demasiado.

Al caracterizar la función de la esclava en el sistema productivo de la sociedad esclavista —prestaciones de bienes y servicios—, Heleieth Saffioti muestra su articulación con la prestación de servicios sexuales. Y por ahí, resalta que la mujer negra terminó convirtiéndose en el "instrumento inconsciente que, gradualmente, minaba el orden establecido, sea en su dimensión económica, sea en su dimensión familiar" (1976: 165). Esto porque el señor acababa por asumir posiciones antieconómicas, determinadas por su postura sexual; como había negros que disputaban con él en el terreno del amor, usaba la apelación, es decir, la tortura y venta de los competidores. Y el desorden se establecía justamente porque las relaciones sexuales entre los señores y las esclavas desencadenaban, por más primarias y salvajes que fueran, procesos de interacción social incongruentes con las expectativas de comportamiento, que presidian a la estratificación en castas. Así, no solo hombres blancos y negros se volvían concurrentes en la disputa de las negras, pero también las mujeres blancas y negras disputaban la atención de los hombres blancos (Saffioti, 1976: 165).

Por lo que los dos textos nos dicen, es posible constatar que el invento de la mulata y de la domestica se hizo a partir de la figura de la mucama. Y, por lo que vemos, no es casual que, en el diccionario Aurelio, la otra función de la mucama está entre paréntesis. Debe ser ocultada, recalcada, sacada de escena. Pero eso no significa que no esté ahí, con su languidez perturbadora. Y el momento privilegiado en que su presencia se manifiesta es justamente el de la exaltación mítica de la mulata en ese entre paréntesis que es el carnaval.

En relación con la doméstica, ella no es más que la mucama permitida, la de la prestación de bienes y servicios, es decir, el burro de carga que lleva a su familia y la de los demás en la espalda. De ahí que sea el lado opuesto de la exaltación; porque está en lo cotidiano. Y es

en ese cotidiano que podemos constatar que somos percibidas como domésticas. El mejor ejemplo de esto son los casos de discriminación de mujeres negras de clase media, cada vez más crecientes. No basta con ser "educadas" o estar "bien vestidas" —porque la "buena apariencia", como podemos ver en los anuncios de empleo, es una categoría "blanca", atribuida únicamente a las "blancas" o de "piel clara"—. Los porteros de los edificios nos obligan a entrar por la puerta de servicio, obedeciendo a las instrucciones de los administradores blancos, los mismos que las "devoran con los ojos" en el carnaval o en fiestas [...] solo puede ser doméstica, luego su entrada es la de servicio. Y, pensándolo bien, entrada de servicio es algo medio mañoso, ambiguo, ya que sin querer nos remite a otras entradas. Es por ahí que percibimos que no es posible fingir que la otra función de la mucama haya sido olvidada. Ahí está.

Pero es justamente aquella negra anónima, habitante de la periferia, en los bajos de la vida, quien sufre de forma más trágica los efectos de la terrible culpabilidad blanca. Exactamente porque es ella quien sobrevive en la base prestación de servicios, aguantando la crisis familiar prácticamente sola. Esto porque su compañero, sus hermanos o sus hijos son objeto de persecución policial sistemática —escuadrones de la muerte: "manos blancas están matando negros a lo loco"—; se observa que son jóvenes negros, con menos de treinta años. Por otro lado, observemos quién conforma la mayoría de la población carcelaria en este país.

Cabe preguntarse una vez más: ¿Cómo es que llegamos a este estado de las cosas, aun con la abolición y todo lo demás? Quien nos responde es un blanco muy importante —ya que es científico social, claro— llamado Caio Prado Junior. En un libro llamado *Formación del Brasil Contemporáneo* (1976), él nos dice una serie de cosas interesantes acerca del tema de la esclavitud.

> Realmente la esclavitud, en las dos funciones que ejercerá en la sociedad colonial, factor trabajo y factor sexual, no determinará más que relaciones elementales muy sencillas [...] La otra función del esclavo, o más bien de la mujer esclava, herramienta de satisfacción de las necesidades sexuales de sus señores y dominadores, no tiene un efecto menos elemental. No irá ultrapasar también el nivel primario y puramente salvaje del contacto sexual, no aproximándose más que muy remotamente de la esfera propiamente humana del amor, en que el acto sexual se involucra todo un complejo de emociones y sentimientos tan amplios que hasta llegan a pasar a un segundo plano aquel acto que finalmente lo originó. (Prado Junior, 1976: 342-343)

Después de leer algo así, no dan ganas de hablar nada más porque parece estar todo dicho. Pero hagámoslo. En relación a los dos hechos señalados y conjugados, basta volver a mirar el texto de Heleieth. Ella le da la vuelta al autor, dentro del mismo espacio discursivo en el que él se situó. Pero nuestro registro es otro, también lo vamos a cuestionar. Por lo que expuso, tenemos la impresión de que el blanco no coge, pero comete acto sexual y que llama a su calentura necesidad. Y, todavía, dice que el animal solo se divierte.

¿Cómo es que se puede entender? Se puede. El texto tiene riqueza de sentido, en la medida en que es una expresión privilegiada de lo que podríamos llamar *neurosis cultural brasileña*. Sabemos que el neurótico construye modos de ocultamiento del síntoma porque eso le trae ciertos beneficios. Esta construcción lo libra de la angustia de enfrentarse con la represión. En realidad, el texto en cuestión apunta más allá de lo que pretende analizar. En el momento en que habla de algo, negándolo, se revela como un desconocimiento de sí mismo.

Desde esta perspectiva, él tendría poco qué decir acerca de esta mujer negra, de su hombre, de sus hermanos o de sus hijos. Justamente porque él les niega el estatus de sujeto humano. Lo trata siempre como objeto. Incluso como objeto del saber. Es por ahí que comprendemos la resistencia de ciertos análisis que, al insistir en la prioridad de la lucha de clases, se niegan a incorporar las categorías de raza y sexo. Es decir, insisten en olvidarlas (Freud, 1925).[6]

Y rescatando la cuestión de la mujer negra, nosotros vamos a reproducir algo que escribimos hace mucho:

> Las condiciones de existencia material de la comunidad negra remiten a condicionamientos psicológicos que tienen que ser atacados y desenmascarados. Los diferentes índices de dominación de las diferentes formas de producción económicas existentes en Brasil parecen coincidir en un mismo punto: la reinterpretación de la teoría del "lugar natural" de Aristóteles. Desde la época colonial hasta los días actuales, se percibe una evidente separación en relación al espacio físico ocupado por dominadores y dominados. El lugar natural del grupo blanco dominante son viviendas sanas, ubicadas en los más bellos rincones de la ciudad o del campo, debidamente protegidas por diferentes formas de seguridad que van desde los capataces, capitanes, guardias blancas etc., hasta la policía formalmente constituida. Desde la casa grande hasta los bellos edificios y residencias actuales, el criterio ha sido el mismo. Mientras el lugar natural del negro es

6 Si leemos el periódico *Jornal do Brasil* del 28 de octubre de 1980, podemos tener una idea de cómo se da ese olvido. Se trata de un caso más de discriminación racial de una mujer negra; en el caso una maestra. Como la historia terminó en muerte, yendo hacia la alzada judicial, el criminal, junto con sus cómplices afirman que la causa del crimen no fue el racismo, si no la incompetencia de la maestra.

> el opuesto, evidentemente: de la senzala a las favelas, viviendas populares, ocupaciones y conjuntos "habitacionales" [...] de la actualidad, el criterio ha sido simétricamente el mismo: la división racial del espacio […] En el caso del grupo dominado lo que se constata son familias completas apretadas en pequeños cubos en que las condiciones de higiene y salud son las más precarias. Además, aquí también existe la presencia policial; pero que no es para proteger, sino para reprimir, violentar, poner miedo. Es por ahí que se entiende por qué el otro lugar natural del negro sea la cárcel. La sistemática represión policial, por su carácter racista, tiene como objetivo cercano la instauración de la sumisión psicológica a través del miedo. A largo plazo, lo que se busca es el impedimento de cualquier forma de unidad del grupo dominado, mediante a la utilización de todos los medios que perpetúen su división interna. Mientras, el discurso dominante justifica la actuación del aparato represor, hablando de orden y seguridad social. (Gonzalez, 1979c)

Por lo visto, y contestando a la pregunta que hicimos hace tiempo, parece que no llegamos a este estado de las cosas. Lo que parece es que nunca salimos de ahí. Basta releer lo que dijeron Hahner y Heleieth. Sucede que la mucama "permitida", la empleada doméstica, solo provoca la culpabilidad blanca, porque ella sigue siendo mucama de todas formas. Por eso, ella es violenta y concretamente reprimida. Hay muchos ejemplos en ese sentido; si articulamos la división racial y sexual del trabajo es fácil comprenderlo. ¿Por qué crees que ella solo ocupa actividades que no implican relacionarse con el público, es decir, en actividades donde no puede ser vista? ¿Por qué los anuncios de empleos hablan tanto de "buena apariencia"? ¿Por qué creen que, en la casa de las señoras, ella solo puede ser cocinera, hacer el servicio de limpieza y algunas veces la que sirve la mesa? ¿Por qué es "natural" que ella sea la sirviente en las escuelas, supermercados, hospitales, etcétera?

¿Y cuándo, como en el famoso "caso Marli"[7] —que tiene su contrapartida en el "caso Aézio"[8] donde al final pasó lo que pasó—, ella da el grito en el cielo, denunciando lo que están haciendo con los hombres de su raza? Ahí las cosas se ponen complicadas y se tienen que

---

7 En 1980, en Belford Roxo, una mujer negra de unos 27 años, Marli Pereira da Silva, en plena dictadura militar, decidió enfrentar los grupos de exterminio para afirmar que su hermano Paulo Pereira da Silva, de 19 años, había sido asesinado por policías militares infiltrados en estos grupos. Sin temer las amenazas de muerte, Marli estuvo en comisarías y batallones intentando reconocer los asesinos de su hermano. Una fotografía suya en los periódicos de la época destaca la mujer pobre y negra mirando para la multitud de policías perfilados en el patio del batallón de la Policía Militar, en Nueva Iguaçu, en un intento de reconocer los asesinos.

8 "Caso Aézio": un sirviente de albañil murrio torturado en una celda de la una comisaria en Barra da Tijuca en 1979.

resolver de algún modo. O se parte de la ridiculización o se asume la culpabilidad mediante la estrategia de no asumirla. ¿Entiendes? Nosotros explicamos: los programas radiofónicos llamados populares son líderes en el arte de ridiculizar a la criolla que defiende su criollismo de las investigaciones policiales —ella sabe lo que le pasará a él, ¿no? El "caso Aézio" nos sirve de prueba—. Que se escuche las secciones policiales de estos programas. Después de todo, uno de los medios más eficientes de huir de la angustia es ridiculizar, es reír de aquello que la provoca. En el "caso Marli" por ejemplo, la cosa es llevada tan en serio, que ella tiene que esconderse. Es en serio porque se trata de su hermano —y no de su hombre—; por lo tanto, nada mejor para neutralizar la culpabilidad despertada por su acto que el gesto de folklorizarla, de transformarla en una "Antígona Negra", en una heroína, única e inigualable. Con eso la masa anónima de las Arlis es olvidada, reprimida. Y todo sigue bien en este país tropical. Elemental, mi querido Watson.

Es por ahí que entendemos por qué nos dicen ciertas cosas, por qué nos están agrediendo. Hay una canción antigua que se llama "Nêga do cabelo duro" que muestra muy bien por qué ellos quieren que nuestro pelo quede lacio, brilloso y suave, ¿no es? Es por eso que dicen que tenemos morros de vaca en lugar de labios, horno en lugar de nariz y pelo malo, porque es duro. Y cuando nos quieren elogiar nos dicen que tenemos rasgos finos —fino se opone a grueso, ¿no?—. Y hay quien lo cree tanto que termina utilizando crema para aclarar, estirar el pelo, volviéndose *lady* y teniendo vergüenza de ser negra. Qué tontería. Quizás, ni tenemos que defendernos de las groserías que se refieren directamente al hecho de que somos negros. Y hasta podemos poner ejemplos que lo dejan claro.

No hace mucho tiempo que estábamos platicando con otras compañeras en una conversación acerca de la situación de la mujer en Brasil. Fue entonces que una de ellas nos contó una anécdota muy reveladora, que complementa lo que ya sabemos acerca de la vida sexual de los chavos blancos hasta hace no mucho: iniciación y prácticas con las criollas. Y es ahí que entra la historia que nos fue contada —gracias, Ione—. Cuando llegaba la hora del matrimonio con la pura, frágil e inocente virgen blanca, en la noche de nupcias, a los chavos no se les paraba. ¿Se imaginan la vergüenza? ¿Y dónde es que estaba la medicina providencial que permitía la consumación de la boda? Bastaba que el recién casado oliera una ropa usada de la criolla para luego poder "presentar los documentos". Nos quedamos pensando en esta práctica, muy común en los intramuros de la casa grande, de la utilización de esta santa medicina llamada catinga de criolla —después

desplazado por el olor a cuerpo o nada más. Es fácil comprender cuando nos ofenden por ser una negra sucia, ¿verdad?

Por esas y otras razones, que nos da ganas de reír cuando seguimos leyendo el libro del "Señor" Caio Prado Junior (1976: 343). Aquel fragmento que reproducimos aquí, termina con una nota al pie, donde él refuerza todas las tonterías que dice sobre nosotras, citando a un autor francés en francés. Nosotras lo tradujimos:

> "El milagro del amor humano es que, *sobre un instinto tan sencillo, el deseo, se construye los edificios de sentimientos más complejos y delicados*". (André Maurois) Es este milagro que el amor de la senzala no se realizó y ni se podía realizar en el Brasil-colonia. (Itálicas de las autoras)

Por lo expuesto, parece que ni Freud consiguió definir mejor neurosis que André Maurois. En cuanto a la negativa del "Señor" Caio Prado Júnior, desafortunadamente, sabemos lo que él, olvidadizo, afirma: el amor de la senzala solo realizó el milagro de la neurosis brasileña, gracias a esa cosa tan sencilla que es el deseo. Tan sencilla que Freud pasó toda su vida escribiendo acerca de ella —quizás porque no tenía nada que hacer, ¿verdad, Lacan?— En definitiva, Caio Prado Júnior odia a nuestra gente.

La única consideración que nos hace es cuando habla de la "buena figura de la ama negra" de Gilberto Freyre, de la "madre negra", de la "nana", que "rodea la cuna del niño brasileño de una atmósfera de bondad y ternura" (Prado Junior, 1976: 343). En ese momento somos vistas como una figura y nos tornamos gente. Pero luego él empieza a discutir la diferencia entre esclavos-cosa y el negro-persona para llegar, una vez más, a una conclusión pesimista sobre ambos.

Es interesante constatar cómo, a través de la figura de la "madre-negra", la verdad surge de la equivocación (Lacan, 1979). Exactamente esa figura a la que se le ayuda es quien pone el pie en la raza dominante. Es a través de ella que el "oscuro objeto del deseo" —la película de Buñuel—, en portugués, se acaba tornando en la "voluntad negra de comer carne", en la boca de los jóvenes blancos que hablan portugués. Lo que queremos decir es que la mujer negra no es el ejemplo de amor extraordinario y dedicación total que le gustaría a los blancos, pero tampoco la entreguista, la traidora de la raza que algunos negros ven, apresurados en su juicio. Ella, apenas, es la madre. Así mismo, es la madre. Porque la blanca, en realidad, es la otra. No es así, nos preguntamos: ¿quién es la que amamanta, baña, limpia la caca, la que duerme, la que se despierta en las noches para cuidar, la que enseña a hablar, que cuenta cuentos y todo lo demás? Es la madre, ¿cierto? Pues entonces, ella es la madre en esa locura que es la cultura

brasileña. Como mucama, es la mujer; entonces la "nana", es la madre. La blanca, la llamada esposa legítima es justamente la otra que, por más difícil que parezca, solo sirve para parir los hijos del señor. No ejerce la función materna. Esa función es realizada por la negra. Por eso, la "madre negra" es la madre.

Y cuando hablamos de la función materna decirnos que la madre negra, al ejercerla, pasó todos los valores que le conciernen a los niños brasileños, como dice Caio Prado Júnior. Esos niños, esos *infantes*, son la llamada "cultura brasileña", cuya lengua es el *prietugués*. La función materna produce respeto a la internalización de los valores, la enseñanza de la lengua materna y a una serie de otras cosas más que forman parte de nuestro imaginario (Gonzalez, 1979c). Ella nos transmite ese mundo de cosas que nosotros vamos a llamar de lenguaje. Y gracias a ella, a lo que nos trasmite, entramos en el campo de la cultura, exactamente porque es ella quien nombra el padre. Actualmente, nadie más quiere una niñera negra, solo sirve si es portuguesa. Pero, ¿es un poco tarde, ¿no? El pie ya fue puesto.

MUCHA MILONGA PARA UNA SOLA MIRONGA

Só uma palabra me devora
Aquela que o meu coração não diz.
Abel Silva.

Cuando se leen las declaraciones de Don Avelar Brandão, Arzobispo de Bahía, quien dice que la africanización de la cultura brasileña es una forma de regresión, se siente desconfianza. Porque, a fin de cuentas, lo que está hecho, está hecho. Y el Bispo ahí se equivoca. Se despertó tarde porque Brasil ya está y es africanizado. M. D. Magno tiene un texto que nos impresionó, justamente porque lo discute. Cuestiona la latinidad brasilera afirmando que esta cosa llamada Brasil no es nada más que una América Africana, es decir, una *Améfrica Ladina*. Para los que entienden el criollo, el texto señala para un yacimiento que la tosquedad europeizante hace de todo para esconder, para sacar de escena.

Y justamente por eso estamos ahí, driblando para intentar entendernos. Aunque hablando, nosotros, así como todos, estamos haciendo uso de la escritura. Por eso vamos intentar señalar aquel que firmó, su marca, su sello —aparentemente sin serlo—, su rúbrica, su apellido como padre de esta adolecente neurótica que conocemos como cultura brasilera. Y cuando se habla de padre, se habla de la función simbólica por excelencia. Como dice el dicho: "hijos de mi hija, mis nietos serán; hijos de mi hijo, serán o no". Esta es la función paterna.

Es más una cuestión de asumir que de tener certeza. No es otra cosa que la función de la ausencia que promueve la castración. Es gracias a Frege que podemos decir que, como el cero, se caracteriza como la escritura de una ausencia:

> El nombre que se atribuye a la castración. Y ¿qué es lo que falta para que esta ausencia no sea ausente, para completar esta serie? Un objeto que no existe, que es retirado de la salida. Pero los mitos y las construcciones culturales, etc., van a erigir algo, alguna ficción para poner en este lugar; es decir, ¿cuál es el nombre del Padre y cuál es el nombre del lugarteniente del Nombre del Padre? Por una razón importante, porque si en caso que sepa cuál es el nombre del lugarteniente del Nombre del Padre, encontraré este uno (S1) que quizás no sea nada más que el Nombre del Padre.

Es por eso que hablamos en Sobre-nombre,[9] es decir, en ese S1 que inaugura el orden significante de nuestra cultura. Coincidimos con Magno cuando atribuye al significante Negro el lugar de S1. Para eso, basta con que pensemos en el mito de origen elaborado por Mário de Andrade, que es el Macunaíma. Como todos sabemos, Macunaíma nació negro, "negro retinto e hijo del miedo de la noche". Después él se blanquea como muchos criollos que conocemos y de repente, quiere volverse nórdico. Es por ahí que podemos entender la ideología del blanqueamiento, la lógica de la dominación que tiene como objetivo la dominación de los negros mediante la internalización y la reproducción de los valores blancos occidentales. Pero no podemos olvidar que Macunaíma es el héroe de nuestra gente. Y nadie mejor que un héroe para ejercer la función paterna.[10] Esto sin hablar en los demás como Zumbi,[11] Ganga-Zumba y hasta mismo Pelé. Ni pensar en este otro héroe llamado de *Alegría del Pueblo*, nacido en Pau-Grande. Ellos están como repetición del S1, como representantes populares

---

9 Nota del traductor: *sobrenome* en portugués es apellido.

10 El juego de Mano es llamar Macunaíma de Máquina-iman, el eroe sin la H, ¿entendieron?

11 Que se atente para el hecho de la permanencia de Zumbi en el imaginario popular nordestino como aquel que hace con que los niños traviesos se porten mejor. "Si no haces silencio, Zumbi vendrá por ti". Por ahí, nos acordamos no solo el temor que los señores del plantío tenían frente a un ataque sorpresa del grande general negro, como también lo que decía las madres que, refiriéndose al padre que está por llegar, amenazan los hijos que contarle al padre sus travesuras. Que se atente también para la fuerza simbólica de Zumbi como significante que provoca la conciencia negra en su despertar. No es casualidad que el 20 de noviembre, día de su muerte de 1965, es considerado el Día Nacional de la conciencia negra y que nada tiene que ver con el día 13 de mayo. Ese desplazamiento de fechas (del 13 al 20) no deja de ser una forma de asumir la paternidad de Zumbi y la denuncia de la falsa maternidad de la Princesa Isabel. Al fin de cuentas, sabemos que la madre negra es que es la madre.

del héroe. Los héroes oficiales no tienen nada que ver con eso, son productos de la lógica de la dominación, no tiene nada que ver con "el alma de nuestra gente".

Es por esta vía que se puede entender una serie de discursos en contra del negro y que son como modos de ocultar, de no asumir la propia castración. ¿Por qué será que dicen que "negro corriendo es ladrón"? ¿Ladrón de qué? Quizás de una omnipotencia fálica. ¿Por qué será que se dice que "negro cuando no caga en la entrada, caga en la salida"? ¿Por qué el hecho de que uno de los instrumentos de tortura utilizados por la policía del litoral es llamado de "mulata" —es un palo de escoba que introducen al ano de los presos? ¿Por qué será que todo aquello que lo molesta es llamado "cosa de negro"? ¿Por qué será que al leer el diccionario, en la palabra negro, encontramos una polisemia marcada por el peyorativo y por el negativo? ¿Por qué será que el "Señor" Bispo tiene miedo a la africanización de Brasil? ¿Por qué será que lo llama "una regresión"? ¿Por qué siempre dicen para que nos ubiquemos en nuestro lugar? ¿Qué lugar es este? ¿Por qué será que el racismo brasileño tiene vergüenza de sí mismo? ¿Por qué será que se tiene "el prejuicio de no tener prejuicio" y al mismo tiempo se considera natural que el lugar del negro sea en la favelas, villas y viviendas populares?

Es gracioso cómo ellos se burlan de nosotros cuando decimos que somos *Framengo*. Nos llaman ignorantes, diciendo que hablamos mal. E ignoran que la presencia de esta erre en el lugar de la ele no es nada más que la marca lingüística de un idioma africano, en el que la ele no existe. Por fin, ¿quién es el ignorante? Al mismo tiempo, creen que es muy simpática el habla "brasileña", que elimina las erres de los infinitivos verbales, que condensa usted en tú. No perciben que están hablando *prietugués*.

Y por hablar en *prietugués*, es importante destacar que el objeto parcial por excelencia de la cultura brasileña es la *bunda*[12] —el término viene del *quimbundo* que, a su vez, y en conjunto con el *ambundo*, viene del ramo lingüístico bantú que "casualmente" se llama *bunda*—. Y dicen que el significante no marca. Quien piensa de esa forma[13] no entiende el problema. De repente bunda es lengua, es lenguaje, es sentido, es cosa. De repente es *desculante* percibir que el discurso de la conciencia, el discurso del poder dominante, nos quiere hacer creer que todos somos brasileros, con ascendencia europea, muy civilizados etcétera.

---

12 Nota del traductor: culo.

13 Basta mirar en la tele y percibir cómo las masas entienden bien los significantes que nos atraviesan. La U.S. Top tiene un anuncio de Jeans que nada más enseña un grupo bamboleando y esto sin hablar en la Sardina 88, "la más rica de Brasil".

Pero en el momento de mostrar lo que ellos llaman de "cosas nuestras", hablan de samba, tutú, maracatu, frevo, condomblé, umbanda, escuela de samba, entre otras. Cuando quieren hablar del encanto, de la belleza de la mujer brasileña, luego surge la imagen de mujeres bronceadas en la playa, del caminar bamboleado, direcciones en la mirada, coqueteo y requiebre. Y para culminar, hablan de este tonto orgullo de decir que somos una democracia racial. Pero cuando los negros dicen que no somos, caen sobre nosotros, insultándonos de racistas. Contradictorio, ¿no? En realidad, además de otras razones, reaccionan de esta forma justamente porque nosotros le pusimos el dedo en la llaga, decimos que el rey está desnudo. Y el cuerpo del rey es negro y el rey es esclavo.

Y luego surge la pregunta. ¿Cómo es que se puede? ¿Qué inversión es esta? ¿Qué subversión es esta? La dialéctica del amo y del esclavo lo explica.

Y es justamente en el carnaval que el reinado de este rey se manifiesta. Nosotros sabemos que el carnaval es una fiesta cristiana que ocurre en un espacio cristiano, pero lo que llamamos carnaval brasilero contiene, en su especificidad, un aspecto de subversión, de sobrepaso de límites permitidos por el discurso dominante, por el campo de la conciencia. Esta subversión en la especificidad solo tiene que ver con el negro. No es casualidad que, en ese momento, nosotros dejamos de ocupar las columnas policiales y somos promovidos a las portadas de revistas, el cuadro principal de la tele, del cine, entre otras cosas. De repente, nosotros dejamos de ser marginales para transformarnos en el símbolo de la alegría, de la diversión, del encanto especial del pueblo de esta tierra llamada Brasil. Es en ese momento que Oropa, Francia y Bahía son mucha más Bahía de que cualquier otra cosa. Es en este momento que la negrada va para la calle a vivir su gozo y hacer su fiesta. Expresiones como: *botá o bloco na rua, botá prá frevê* —que se volvió nombre de danzas en el éxtasis del carnaval nordestino—, *botá prá derretê, deixa sangrá, dá um suó*,[14] etc., son la prueba de esto. Es también en este momento que los no negros saludan y abren paso para el amo-esclavo, para el señor, en el reconocimiento manifiesto de su realeza. Es en este momento que la exaltación de la cultura americana se da a través de la mulata, de este "producto de exportación" —lo que nos remite a reconocimiento internacional, a un asentimiento que va más allá de los intereses económicos, sociales, etc., aunque se articule con estos—.

14 Nota del traductor: expresiones utilizadas con frecuencia en las canciones de carnaval, en que abrevian las palabras.

No es coincidencia que la mujer negra, como mulata, medio sabiendo, rompe todo con su bamboleo. Cuando se dice que el portugués inventó la mulata, nos remite exactamente al hecho de haber instituido la raza negra como objeto; la multa es criolla, es decir, negra nacida en Brasil, sin importar las construcciones basadas en los diferentes tonos de piel. Esto tiene más que ver con las explicaciones del saber constituido que con el conocimiento.

También es en el carnaval que se tiene la exaltación del mito de la democracia racial, justamente porque en ese corto periodo de manifestación de su reinado el amo-esclavo demuestra que él sí, coge y conoce la democracia racial. Exactamente por eso que en el resto de año se refuerza el mito como tal, justamente por aquellos no quieren mirar hacia donde este apunta. La verdad que se oculta en este, y que solo se manifiesta a lo largo del reinado del esclavo, tiene que ser reprimida, sacada de escena, restando las ilusiones que la conciencia genera para sí misma. Si no, ¿cómo es que también se explica el hecho de que los blancos prohíben nuestra presencia en lugares considerados elegantes y de que nosotros no tenemos ese tipo de comportamiento con ellos? Y es queriendo profundizar sus entendimientos que Magno se pregunta si

> En la dialéctica amo-esclavo, porque es la dialéctica de nuestra fundación [...], en donde el señor siempre se apropia del saber esclavo, la inseminación, por vías de este saber apropiado, como marca que va generar en relación con el S2, no fue producida por el esclavo, que en la dialéctica, rescata el lugar del señor, clandestinamente, como todo esclavo. (…) es decir, el lugar del señor era de alguien más, pero la producción y la apropiación del lugarteniente de nombre del padre vino marcada, al fin de cuentas, por este elemento africano.

Diferentes lugares de la cultura brasileña son caracterizados por la presencia de este elemento. En el caso de la macumba, por ejemplo, como las del 31 de diciembre en las playas de Rio de Janeiro, para las ofrendas que se multiplican en cada esquina —o cruce— de metrópolis como Rio y São Paulo, y esto sin hablar del fútbol. Que se atente para las fiestas en Salvador —muy amenazadoras para el inseguro eurocentrista del Bispo de allá—. Pero que se atente para los hospicios, prisiones, e las favelas, como lugares privilegiados de la culpabilidad en cuanto a la dominación y represión. Que se atente para las prácticas de esta culpabilidad a través de la llamada acción policial. solo porque el significante-maestro fue robado por el esclavo que se impuso como señor. Que se atente, por fin, para la samba de la Portela cuando habla de Macunaíma: "*Vou m"embora, vou m"embora/ Eu aqui volto mais não/ Vou morar no infinito e virar constelação*". Y

¿qué significa constelación, sino el lugar de inscripción, de marcación del nombre del Padre?

Si la batalla discursiva, en términos de cultura brasileña, fue ganada por los negros, ¿qué habrá ocurrido con aquel que, según sus cálculos, ocuparía el lugar del señor? Estamos hablando del europeo, del blanco, del dominar. Desbancando el lugar del padre, él solo puede ser, como dice Magno, el tío o el cuerno; de la misma forma que la europea terminó siendo la otra.

BIBLIOGRAFÍA

Azevedo, T. de 1975 *Democracia racial: ideologia e realidade* (Petrópolis: Vozes).

Barbosa, W. de A. 1972 *Negros e Quilombos em Minas Gerais* (Belo Horizonte).

Bastide, R.; Fernandes, F. 1953 *Relações raciais entre negros e brancos em São Paulo* (São Paulo).

Bojunga, C. 1973 "O brasileiro negro, 90 anos depois" en *Encontros com a Civilização Brasileira* (Río de Janeiro) Nº 1, julio.

Bourdieu, P. 1974 *A economia das trocas simbólicas* (São Paulo: Perspectiva).

Bourdieu, P.: Passeron, J. C. 1970 *La Reproduction* (París: Les Éditions de Minuit).

Cabral, A. 1973 *Return to the source* (Nueva York: Africa Information Service; PAIGO).

Candeia e Isnard 1978 *Escola de Samba, árvore que esqueceu a raiz* (Río de Janeiro: Lidador; SEEC).

Cardoso, F. H. 1975 *Autoritarismo e Democratização* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Fanon, F. 1970 *Escunha, Blanco* (Barcelona: Nova Terra).

Fernandes, F. 1972 *O negro no mundo dos brancos* (São Paulo: Difusão Européia do Livro).

Fernandes, F. 1978 *A integração do negro na sociedade de classes* (São Paulo: Atica).

Fontaine, P. M. 1979 *Models of economic development and system of racial relations: the Brazilian development and the afro-brazilian condition* (mimeo).

Fontaine, P. M. 1980 "Transnational relations and racial mobilization: emerging black movements in Brasil" en Stack Jr., J. F. (ed.) *Ethic identities in a transnational world* (Connecticut: Greenwood Press).

Freitas, D. 1978 *Palmares, a guerra dos escravos* (Río de Janeiro: Graal).

Freud, S. 1967 *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca Nueva).

Freyre, G. 1940 *O mundo que o português criou* (Río de Janeiro: José Olympio).

Freyre, G. 1951 *Sobrados e Mucambos* (Río de Janeiro: José Olympio).

Freyre, G. 1977 *Obra Escolhida* (Río de Janeiro: José Olympio).

Gonzalez, L. 1978 "O brasileiro como um além-raça" en *Folha de São Paulo* (São Paulo) mayo.

Gonzalez, L. 1979a *Cultura, etnicidade e trabalho: efeitos linguísticos e políticos da exploração da mulher* (Pittsburgh: Annual Meeting of the Latin American Studies Association) 5-7 de abril.

Gonzalez, L. 1979b *A Juventude negra brasileira e a questão do desemprego* (Pittsburgh: Annual Meeting of African Heritage Studies Association) 26-29 de abril.

Gonzalez, L. 1979c *O papel da mulher negra na sociedade brasileira* (Los Ángeles: Spring Symposium the Political Economy of the Black World) 10-12 de mayo.

Gonzalez, L. 1979d *Racism and its effects in Brazilian society* (Venecia: Women's Conference of Human Rights and Mission) 24-30 de junio.

Gonzalez, L. 1980a "The Unified Black Movement", Simposio *Race and Class in Brazil: New Issues and Approaches* (Los Ángeles: Center for Afro-American Studies, UCLA) 28 de febrero - 1 de marzo.

Hahner, J. E. 1978 *A mulher no Brasil* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Hasenbalg, C. A. 1979 *Discriminação e desigualdades Raciais no Brasil* (Río de Janeiro: Graal).

Hasenbalg, C. A. 1980 *Race and socieconomc inequalities in Brazil* (mimeo).

Ianni, O. 1978 *Escravidão e racismo* (São Paulo: Ficitec).

Lacan, J. 1966 *Écrits* (París: Seuil).

Lacan, J. 1979 *O Seminário, Livro I* (Río de Janeiro: Zahar).

CONTRIBUCIONES FEMINISTAS PARA EL ESTUDIO DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO*

Heleieth Saffioti

Aunque el escenario internacional proporciona un sinnúmero de contribuciones feministas para la comprensión, el combate y la prevención de la violencia de género, en este artículo, se tomara únicamente a Brasil, para un breve análisis. A lo largo del análisis del tema expresado en el título se establecerán distinciones útiles entre diferentes modalidades de este tipo de violencia. Por ahora, basta con aclarar el concepto más amplio, mencionando las categorías sociales, objetivo de las agresiones —físicas, sexuales, emocionales— de los machos o de quién las ejerce a veces.

Violencia de género es el concepto más amplio; abarca víctimas como mujeres, niños y adolescentes de ambos sexos. En el ejercicio de la función patriarcal, los hombres tienen el poder de determinar la conducta de las categorías sociales nombradas, recibiendo autorización o, por lo menos, tolerancia de la sociedad para punir lo que se les presenta como *desvío*. Aunque no exista ningún intento, por parte de las víctimas potenciales, de trazar distintos caminos del prescrito por las normas sociales, la ejecución del proyecto de dominación-explotación de la categoría social *hombres* exige que su capacidad de mando sea auxiliada por la violencia. En efecto, la ideología de género es insuficiente para garantizar la obediencia de las víctimas potenciales a

* Extraído de *Cadernos Pagu* Nº 16, 2001, pp. 115-136.

los dictámenes del patriarca, teniendo este la necesidad de hacer uso de la violencia.

Nada impide, aunque sea inusitado, que una mujer practique violencia física contra su marido/compañero/novio. Las mujeres, como categoría social, no tienen, entretanto, un proyecto de dominación-explotación de los hombres. Y esto hace una gran diferencia. En relación con los niños y adolescentes, las mujeres también pueden desempeñar, por delegación, la función patriarcal. De hecho, eso ocurre con frecuencia. En el proceso de edipización de las generaciones más jóvenes, madres, maestras o niñeras —por mencionar algunos de estos agentes— ejercen la función del patriarca.

En la brillante película dirigida por Zhang Yimou, *La linterna roja*, queda claro que la figura del patriarca puede ser incorporada por cualquier ciudadano. En efecto, en la película, el patriarca, con cuatro esposas, nunca se muestra de forma nítida. Ningún espectador es capaz de ver su rostro, ya que él siempre es filmado en la penumbra, de perfil y de espaldas. Yimou, que se ha dedicado a analizar el patriarcado en otras películas de su filmografía, entendió que el poder es atribuido a la categoría social hombres, y los ejemplares de esa categoría pueden hacer uso o no de él, o aun delegarlo. La primera esposa, por ejemplo, se distinguía de las demás en la medida en que, por un lado, ya no se presentaba con atractivos sexuales y, por otro, seguramente como consecuencia de esto, se volvía una jueza, exigiéndole el cumplimiento de las normas que, tradicionalmente, regían aquella situación. Diversas formas de violencia de género son ejecutadas contra las esposas sin que el agente inmediato de estas prácticas sea, necesariamente, el patriarca. Al contrario, este hasta parece afable en varias circunstancias.

El orden patriarcal de género, prescinde, rigurosamente, de su presencia física para funcionar. Agentes sociales subalternos, como los criados, garantizan la perfecta operación de la lubricada máquina patriarcal. Incluso la eliminación física de quien comete una transgresión de género puede ser llevada a cabo en la ausencia del patriarca por aquellos que desempeñan sus funciones. En otra película dirigida por Yimou, *Semilla de crisantemo*, es posible asistir al proceso de construcción del patriarca, en que la práctica de violencia se revela desde la infancia.

Cabe llamar la atención sobre el hecho de que esta violencia de género practicada directamente por el patriarca o por sus representantes puede recaer sobre otro hombre. Nada impide también que una mujer provoque este tipo de violencia contra un hombre o contra otra mujer. El orden de prioridad —*pecking order*— en la sociedad humana es muy compleja, toda vez que resulta de tres jerarquías/contradicciones de género, de etnia y de clase. El núcleo aquí reside en el hecho de que el patriarca, exactamente por ser todo poderoso, cuenta con

numerosos adeptos para la implementación y larga defensa del orden de género, garantizando así sus privilegios.

Se utiliza el concepto de dominación-explotación o explotación-dominación, porque se concibe el proceso de sujeción de una categoría social con dos dimensiones: de la dominación y de la explotación. Al contrario de lo que piensan algunas autoras (Combes & Haicault, 1984: 155-173), no se admiten distintos territorios para la dominación y la explotación. Las autoras mencionadas entienden la primera dimensión nombrada como un proceso situado en el campo de la política y la segunda como un proceso característico del campo económico. De raíz *weberiana*, esta concepción divide una sola realidad. Esta ya constituye suficiente razón para rechazar esa manera de pensar. Además, existen otros dos motivos: explotación y dominación no son procesos diferentes, separados; la connotación que explotación tiene en el pensamiento de Combes y Haicault es únicamente económica, lo que se revela muy pobre. En el fenómeno del abuso sexual, por ejemplo, puede existir explotación económica, cuando el abuso involucra a la prostitución de otros; también puede haber exclusivamente la obtención de beneficios propios, como el placer, sin ventajas financieras. De esa forma, se comprende explotación-dominación como un único proceso, con dos dimensiones complementares.

Aunque no se acepten muchas de las ideas presentadas por Bourdieu, se admite el uso de su concepto de dominación simbólica:

> La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, de su espacio, su momento, sus instrumentos. (Bourdieu, 2000: 22)

En este sentido, la propia dominación constituye, por si, una violencia.

> La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro,

> etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto. (Bourdieu, 2000: 51)

La violencia simbólica impregna cuerpo y alma en las categorías sociales dominadas, atribuyéndoles esquemas cognitivos conforme a esta jerarquía, como ya había, hace mucho tiempo, revelado (Bem, 1983: 598-616). Es exclusivamente en ese contexto que se puede hablar de la contribución de mujeres para la producción de la violencia de género. Se trata de un fenómeno situado más allá de la conciencia, lo que excluye la posibilidad de pensar en complicidad femenina con hombres en lo que se refiere al recurso a la violencia para la realización del proyecto masculino de dominación-explotación de las mujeres. Como el poder masculino atraviesa todas las relaciones sociales, se transforma en algo objetivo, traduciéndose en estructuras jerarquizadas, en objetos, en sentido común.

> Lo que la teoría del esquema de género propone, entonces, es que el fenómeno del modelado sexual deriva, en partes, del procesamiento del esquema de género, de una prontitud generalizada de un individuo para procesar información en la base de asociaciones vinculadas al sexo, que constituye el esquema de género. Específicamente, la teoría propone que el modelado sexual resulta, en partes, de la asimilación del propio concepto por el esquema de género. (Bem, 1983: 604)

Se hace necesario, sin embargo, poner atención sobre el hecho de que la indeterminación parcial de los fenómenos sociales abre espacio para la operación de esquemas cognitivos capaces de volver transparente el tejido que el androcentrismo interpone entre la sociedad y las mujeres (Mathieu, 1985: 169-245). Esto equivale a decir que no todo el conocimiento es determinado por la óptica del género (Bem, 1993). Gracias a esto, las mujeres pueden ofrecer resistencia al proceso de explotación-dominación que sobre ellas se impone; millones de ellas han procedido de esta forma. No solamente a lo que concierne a las relaciones de género, sino también a las interétnicas y las de clase, se puede afirmar que siempre están presente mecanismos de resistencia, alcanzando mayor o menor éxito.

No siempre, sin embargo, el fenómeno fue percibido de este modo por feministas estudiosas de la violencia de género. Azevedo (1985), la primera en publicar acerca de este sub tema, levantó, de las 293.055 actas de denuncia encontradas en los cincuenta Distritos Policiales hasta entonces existentes en São Paulo, entre diciembre de 1982 y febrero de 1983, 2.316 referentes a la violencia física. Casos aislados de violencia sexual no fueron considerados, pero aparecieron algunos asociados a la violencia física. Esta investigación consistió en

un estudio cuantitativo, importante para dimensionar la magnitud del fenómeno en el Municipio de São Paulo, pero no avanzó en la comprensión de la violencia de género, ya que no tenía el propósito de colectar informaciones de orden cualitativa y, por lo tanto, de someterla a análisis. Se trata, pues, de un retrato instantáneo del fenómeno, permaneciendo en la superficialidad característica de un mapa.

No obstante, fue relevante publicar el libro, con el fin de llamar la atención sobre el fenómeno y generar nuevos estudios y acciones de combate a la violencia de género, sobretodo en su modalidad doméstica. La autora asumió una postura victimista, que no permite la percepción de la reacción de la víctima, interpretándola como incapaz de defenderse. En rigor, no es fácil para una mujer, romper con la relación amorosa sin un auxilio externo. Sin embargo, las mujeres siempre reaccionan contra el agresor, de las más diferentes maneras. Sus reacciones pueden no ser adecuadas para poner fin a la violencia de los agresores, pero existen si no en todos los casos, al menos en su mayoría. ¿Por qué, entonces, seguir nombrando a las mujeres que sufren violencia de género, especialmente la doméstica y a la intrafamiliar, como víctimas? Pues bien, si el orden patriarcal de género es impuesto, y no requiriere ni siquiera legitimización, según Bourdieu, las mujeres son efectivamente víctimas de esta situación. La posición presentada en ese artículo implica la creencia en la necesidad de legitimización social, proceso realizado por casi la totalidad de los miembros de la sociedad brasileña y de prácticamente todas las demás existentes en la actualidad.

Cabe advertir al lector la conveniencia de analizar el fenómeno a partir de dos ángulos. El más importante de estos concierne a la colectividad, imponiéndolo a un análisis en términos de categorías de sexo. En este sentido, los hombres están, permanentemente, autorizados a realizar su proyecto de dominación-explotación de las mujeres y, para eso, necesiten hacer uso de su fuerza física. Se puede considerar este hecho como una contradicción entre la prohibición para la práctica privada de la justicia y la consideración de cualquier tipo de violencia como crimen.

MacKinnon (1989) no interpreta este fenómeno como contradicción, sino como una autorización para que los hombres cometan violencia contra las mujeres, en la medida en que solo los excesos son codificados como tipos penales. Se aprueba esta visión, ya que es fácilmente comprobable. Se toma el ejemplo del delito de lesiones. El autor está sujeto a castigo solo cuando la violencia cometida deja marcas en el cuerpo de la víctima. Cuando esto no ocurre, son necesarias pruebas testimoniales. Por supuesto, rara vez se dispone de este tipo de pruebas. La violencia doméstica y la intrafamiliar pueden ser

practicadas frente a parientes, especialmente hijos menores. Sin embargo, estos testimonios son invalidados por el vínculo de parentesco. Así, el leve delito de lesiones nunca sirve de base para el castigo de su autor. Como muchos hombres lo saben, buscan golpear las mujeres en la cabeza, lugar donde las eventuales marcas son disfrazadas por el pelo.

El delito de lesiones es el crimen más frecuentemente cometido contra las mujeres. Después de él, el crimen de la amenaza, también de difícil comprobación. En Brasil, hasta el grave delito de lesiones no es siempre suficiente para la condena del perpetuador. Así era hasta noviembre de 1995, período en que todos los excesos eran juzgados de acuerdo con el Código Penal, y sigue siendo así bajo la ley 9.099, en vigor desde noviembre de 1995. El espíritu de la conciliación preside esta nueva legislación, siempre buscando la composición de intereses. Aboliendo la figura del reo y de la pérdida de la primacía, sustituye las penas privativas de la libertad por las penas alternativas. Estas pueden ser la obligatoriedad de la entrega de una canasta básica o el pago del alrededor de medio salario mínimo. Claramente, no se pueden aceptar estos tipos concretos de penas alternativas, ya que solo hace sentido cuando presenta carácter pedagógico. Como los recursos financieros son escasos, se prioriza el trabajo con las víctimas. Sin embargo, trabajándose apenas una de las partes de la relación violenta, no se redefine la relación, sea esta marital, filial o la que involucra otros personajes. Hay que invertir en el cambio no solo de las mujeres, sino también de los hombres.

En por lo menos dos ciudades de Brasil —Río de Janeiro (RJ) y São Gonçalo (SG)— se hicieron acuerdos con jueces, que alteraron sus sentencias en dirección a la enseñanza de los hombres violentos, obligándolos a frecuentar grupos de reflexión supervisados por grupos multidisciplinarios de maestros feministas hombres (RJ), o a prestar servicios en asociaciones destinadas a la orientación de mujeres víctimas para sectores del Estado u ONG capaces de auxiliarlas. Penas alternativas como estas, de carácter pedagógico, ofrecen una expectativa de cambios en las relaciones de género. El Noos, ONG ubicada en la ciudad de Río de Janeiro, desarrolla un trabajo bastante interesante con agresores, discutiendo sus conductas violentas hacia sus compañeras. Han tenido mucho éxito, una vez que el índice de recaída es irrelevante.

El otro ángulo partir del cual se puede analizar las relaciones entre hombres y mujeres es el individual. Las parejas son capaces, aunque raramente, de construir una relación a la par, igualitaria sin jerarquía. Esto ocurre pocas veces, ya que esta convivencia democrática entre hombres y mujeres contradice todo el contexto social en el

cual ocurre. Bem (1993) y su marido intentaron educar a sus hijos fuera del esquema de género, revelando, a través de relatos, lo difícil que es nadar contra la corriente. Se camina en la dirección opuesta a la de todas las instituciones sociales siempre corriendo el riesgo de que interpretaciones equivocadas perturben el desarrollo considerado normal de los niños y de los adolescentes. Este problema también está presente en las familias en que el padre y la madre gozan de igualdad. Siempre habrá aquellos que ponen en duda la masculinidad del hombre o que lo consideran flojo, dominado por su mujer. En la educación de los hijos fuera del esquema de género dominante pasa lo mismo.[1] En rigor, no se puede, de ninguna manera, educar a una generación inmadura fuera del esquema de género. Lo que se puede hacer es educar a los más jóvenes según una matriz de género alternativa.

Butler acuñó el concepto de inteligibilidad cultural de género que, aunque discutible en virtud de su explícita polaridad orden-desorden, expande el horizonte de las(los) estudiosas(os) de las relaciones hombre-mujer.

> Los géneros "inteligibles" son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo [...] Su insistencia y proliferación otorgan grandes oportunidades para mostrar los límites y los propósitos reguladores de ese campo de inteligibilidad y, por tanto, para revelar —dentro de los límites mismos de esa matriz de inteligibilidad— otras matrices diferentes y subversivas de desorden de género. (Butler, 2007: 73)

Dejando las categorías binarias a un lado, se puede aprovechar la concepción de Butler para pensar múltiples matrices de género: una dominante y las demás compitiendo por la hegemonía. De esta forma, no se trata de pensar una nueva educación fuera del género, sino fuera de la matriz dominante, adoptando una matriz alternativa o fundiendo para el efecto de la observación, algunas matrices subversivas sin jamás considerarlas como desorden, hermana gemela de la patología, recordando vivamente a Durkheim, con su par normal y patológico.

Para Butler, esta concepción ofrece, por medio del concepto de *performance*, un importante camino para salir del impasse: "no existe una identidad de género detrás de las expresiones de género; esa

---

1 La primera vez que estuve en Cuba, visité una guardería, en la que observé niños y niñas utilizando los mismos juguetes, independiente del sexo. Me acerqué de un niño que jugaba que muñecas y le pregunté si hacía lo mismo en su casa. Me contestó: "No, ¡yo soy varón!". En una sociedad planificada, el Estado toma las delanteras de la transformación social, mientras la familia constituye el fuerte de la resistencia de cambio.

identidad se construye performativamente por las mismas «expresiones» que, al parecer, son resultado de esta" (Butler, 2007: 85). De esta forma, no es difícil de entender la adopción de una matriz de género distinta de la dominante. Además, la elección no recae necesariamente sobre una única matriz de género, posibilitando, tanto hombres como a mujeres, transitar de una a otras. Se refuta la afirmación de Lauretis, es decir, "las mujeres están a la vez dentro y fuera del género" (De Laureits, 1989: 26), pues se entiende que ellas se comportan según diversas matrices de género. Estas pueden incluir o excluir la matriz dominante, pero al menos una matriz alternativa está presente.

Si esto es válido para las mujeres, también lo es para los hombres. En realidad, cuando Lauretis menciona mujeres fuera del género, se las piensa así como los hombres, fuera del "contrato patriarcal" (De Laureits, 1989: 24). Por consiguiente, ninguna de las categorías de sexo puede estar fuera de todas las matrices de género. Si el "género es una manera primordial de significar relaciones de poder" (Scott, 1988: 42), ni hombres ni mujeres pueden situarse fuera de este. Claramente, esta movilidad por las distintas matrices de género permite la re-significación de las relaciones de poder, lo que constituye el objetivo prioritario de las diferentes vertientes del feminismo. Prácticamente toda la bibliografía aquí utilizada defiende la idea de esta procedencia de género en la constitución de la identidad, o en una fórmula más maleable, de las subjetividades de los seres humanos (Saffioti, 1997: 59-79).

Desde la posición de la *víctima* no hay espacio para que se re-signifiquen las relaciones de poder. Esto revela un rígido concepto de género. En otros términos, la postura de la víctima también es esencialista social una vez que el género es el destino. En la concepción flexible aquí expuesta no hay lugar para cualquier esencialismo, sea biológico o social. Cabe subrayar que la categoría histórica género no constituye una camisa de fuerza; no prescribe un destino inexorable. Está claro que el género lleva en sí un destino. Además, cada ser humano —hombre o mujer— disfruta de cierta libertad para elegir su trayecto. El género, de esta forma, presenta un carácter determinante, pero siempre dejando espacio para el imponderable, un grado variable de libertad de opción, cierta margen de acción. Esto no equivale a afirmar que la mujer es responsable por el orden patriarcal de género y por sus resultados, en los cuales se sitúa la violencia. Al contrario, a lo largo de la historia de la humanidad, las mujeres han ofrecido resistencias al dominio masculino desde su implementación, hace cerca de 7.000 - 6.500 años (Johnson, 1997) o, siguiendo otro sistema de fechas, hace 5.100 - 2.500 años (Lerner, 1986).

Si las mujeres siempre se opusieron al orden patriarcal de género; si el carácter primordial del género moldea las subjetividades; si el

género se sitúa más allá de la conciencia; si las mujeres gozan de pequeñas partes de poder frente a las detentadas por los hombres; si las mujeres son portadores de una conciencia de dominadas (Mathieu, 1993), se vuelve difícil, si no imposible, pensar en estos seres como cómplices de sus agresores. Sin embargo, esta noción existe en el feminismo. En Brasil, esta fue defendida por Chauí y Gregori (1985: 25-62; 1989: 163-175). Estos trabajos fueron objeto de mucha crítica por tomar como socialmente iguales las categorías de sexo, cuyas relaciones son atravesadas por el poder. El contrato del matrimonio pone sobre la mesa esta disparidad de dominio del otro (Pateman, 1993). Hoy en día, el tiempo nos permite afirmar que, seguramente, esa toma de posición fue una reacción a la postura de víctima entonces vigente. En este sentido, tuvo el mérito de llamar la atención de los(as) críticos(as) sobre la necesidad de investigar el equilibrio, que, por definición, no estaría ni en el victimismo ni en la condenación de las mujeres como cómplices. En realidad, en ambos textos hay mucha ambigüedad, ya que la mujer oscila entre un ser pasivo, una cosa y el ser cómplices del agresor. En otras palabras, se trataba de responsabilizar a las mujeres por las agresiones sufridas. En última instancia, se culpabilizaba a las mujeres por la dominación-explotación de que son objetos por parte de los hombres, pero las tomaban como incapaces de reaccionar. De hecho, se confundía el tratamiento de cosa exento a las mujeres con una presuntiva incapacidad de acción/reacción. Actualmente, es posible evaluar como positivo el papel desempeñado por estas publicaciones, una vez que provocaron la emergencia de otras posiciones con mayor capacidad de discernir entre la pasividad y las estrategias calculadas utilizadas por mujeres víctimas de violencia en relación con sus agresores.

No se puede afirmar con seguridad que las posiciones aquí examinadas hayan dado lugar a otras, fruto de estudios más profundos, contando con el auxilio de la extensa literatura internacional. Gregori nos dio señales de haber cambiado de óptica, aunque se haya desplazado a otra temática. El victimismo parece seguir presente en el escenario brasilero, no obstante la existencia de una apreciable producción en varias vertientes de feministas,[2] resaltando a una que sitúa la relación como central y que, desplaza, en este mismo movimiento, la violencia de los hombres para la relación hombre-mujer.[3]

---

2 Véase: Sohiet (1989), Grossi (1994), Oliveira, Geraldes y Lima (1998), y Suarez y Bandeira (1999).

3 Véase: Saffioti y Muñoz (1994), Saffioti (1994: 443-461), Saffioti y Almeida (1995), y Saffioti en Santos (1999: 142-163).

Soarez presenta una postura monstruosa, rotulando de feminista en el singular todas las miradas que conducen al concepto de violencia contra la mujer o que analizan la violencia de género a partir de este enfoque. Objeta esta postura de manera enfática por ser, a su modo de ver, comprometida con la ideología feminista, una vez más en el singular, adoptando el modelo de la violencia doméstica. Ningún esfuerzo es realizado en el sentido de distinguir estos "modelos" en términos conceptuales. Un subtítulo de su libro revela de qué forma ella aprendió lo que llama de "modelo feminista". Se puede leer en las páginas 124-5:

> En qué términos la perspectiva feminista define la violencia doméstica como un mecanismo de poder y control de los hombres sobre las mujeres; cuál es el entendimiento de mujer con que este modelo opera; como se constituyó, con base en este modelo, una psicopatología de las víctimas, que se vuelve inteligible su comportamiento frente a la violencia; de qué manera el agresor es concebido y cuáles son las características explícitas e implícitas quien pueden revelarlo (Soares, 1999).

No se puede negar que haya una perspectiva feminista, construida a lo largo de las luchas de las mujeres por una sociedad menos injusta. Que exista un modelo feminista es, al menos, bastante discutible. La perspectiva feminista entiende el género como categoría histórica, por lo tanto sustantiva, así como categoría analítica, por lo tanto, adjetiva. No existe un modelo de análisis feminista. Rigurosamente, el único acuerdo existente sobre el concepto del género reside en el hecho de que se trata de un modelado social, estadísticamente, aunque no necesariamente, referido al sexo. Se vale decir que el género puede ser construido independientemente del sexo. El acuerdo, sin embargo, termina ahí. Todavía hay feministas que trabajan con el concepto de sexo/género, otras que se apoyan en las diferencias sexuales para explicar el género, deslizándose, por momentos, cerca del esencialismo biológico, y otras todavía, que afirman de tal forma la primacía social, que acaban por negar o, por lo menos, ignorar el cuerpo, abrazando el esencialismo social. La perspectiva feminista también se puede expresar por medio de, para hacer uso del término de Suárez, un modelo que considera el ser humano como una totalidad, en que es relevante tanto el cuerpo cuanto el modelado social.[4] Por lo tanto, no existe un modelo feminista; hay una perspectiva feminista que se traduce en diversos modelos. Ignorar las diferentes vertientes del feminismo

4 Véase: Jaggar y Bordo (1989), Haraway (1991), Bordo (1993), Butler (2007), Grosz (1994), Welton (1998) y Bordo (1999).

es grave, pues homogeniza una realidad bastante diferenciada. En la medida que estas diferencias no son captadas, la aproximación a la realidad es infinitamente más pobre que esta.

En cuanto al carácter ideológico del feminismo, afirmado por Soares, discutir este asunto sería retroceder algunas décadas, es decir, transportarse para un momento histórico en que todavía se creía en una ciencia neutral. Si los enfoques feministas son denominados ideológicos por esta autora, la ciencia de los hombres, la ciencia oficial es neutral. Ahora bien, ni en el campo de las ciencias naturales se cree todavía en estos cuentos. En el campo de la epistemología, la contribución feminista ha sido valiosa, criticando la razón cartesiana y, en esta dirección, ampliando los horizontes de los(as) estudiosos(as). Existe bastante literatura a este respecto, en la que se incluyen algunas de las más expresivas autoras y sus obras.[5]

¿No habría, entonces, razones para esclarecer las posiciones y las especificidades de cada tipo de violencia de género? ¿No debería distinguirse solamente entre el nombrado "modelo feminista" por Soares y la violencia doméstica o intrafamiliar? En primer lugar, violencia doméstica no es lo mismo que violencia intrafamiliar, que Soares utiliza como sinónimos. Mientras en la segunda la violencia recae exclusivamente sobre miembros de la familia nuclear o extensa, no restringiéndose, por lo tanto, al territorio físico del domicilio, caben en la primera víctimas no parentales consanguíneos o afines. Entonces en este caso empleadas domésticas, todavía con una fuerte presencia entre las víctimas de violencia sexual cometidas por sus patrones, ahijadas(os) y agregadas(os), viviendo parcial o integralmente en el domicilio donde el agresor es el *paterfamilias*.[6]

El criterio de Soares para condenar el llamado "modelo feminista" es el de la consideración exclusiva del orden del género como responsable por la violencia de género. Sucede que esto no es verdad. Hace años numerosas(os) feministas trabajan simultáneamente con esta compleja realidad de la imbricación de género, etnia y clase social. La

---

5 Véase: Harding y Hintikka (1983), Gould (1984), Keller (1985), Falco (1987), Harding (1991; 1998), y Bordo (1993).

6 Para complicar todavía más la discusión, Sores menciona una psicopatología de las víctimas. Los estudios sobre violencia de género, en sus varias modalidades, demostraron que, ni víctimas ni agresores son necesariamente psicópatas. Los porcentuales de agresores con pasaje por la psiquiatría son muy bajos Y aún más los enfermos mentales. Los medios de comunicación y los(as) estudiosos(as) menos informados sobre el fenómeno tienden a patologizar, preferencialmente, los agresores. Aunque se haya intentado, innúmeras veces, dibujar el perfil psicológico de las víctimas y de los agresores, jamás se ha logrado este intento. O ese perfil no existe o la psicología todavía no ha desarrollado técnicas capaces de capturarlo.

mayor parte de esta literatura viene exactamente de los Estados Unidos, país en que Soares entró en contacto con esta problemática. Un fragmento del libro de esta autora revela su particular interpretación de la literatura a la que tuvo acceso.

> Distintas perspectivas se encuentran insertadas bajo el paradigma de la violencia doméstica o de la violencia intrafamiliar. Ninguna de estas [...] está radicada en grandes modelos explicativos, así como ocurre con el paradigma de la violencia contra la mujer. No se trata, de esta forma, de un modelo propiamente estructurado, de un sistema explicativo. Se puede decir que lo que estamos llamando paradigma de la violencia doméstica incluye un amplio conjunto de ideas y posiciones que no reconocen el recorte de género como una única explicación plausible y, se basan, al contrario, en análisis multifactoriales (Soares, 1999: 155-156).

Aun en el terreno de la crítica al "modelo feminista", la autora, al referirse a la violencia de género, afirma: "Ya que esta no se explica exclusivamente por las relaciones de género, otros factores como el *status* socioeconómico, aceptación de la violencia y estrés, por ejemplo, son igualmente considerados". Aquí, aparecen por lo menos, tres problemas. En la medida en que se mencionan "otros factores" además del género, este es comprendido como un factor, y de ninguna manera lo es. Sí es una categoría histórica y una categoría analítica, vale repetir, pero jamás un factor. Comprender el género como un *factor* es incidir en el error de Barros y Mendonça (Soares, 1999: 195), autores criticados por Saffioti (Barros y Mendoza, 1995).

La noción de *status* socioeconómico se vincula al tipo de inserción de los *socii* en la estructura social, por lo tanto, a las clases sociales —que tampoco son un factor—. El estrés puede ser un factor y, muchas veces, un indicador de otros fenómenos. En las situaciones de violencia, el estrés funciona como detonador del fenómeno, no como causa. "Aceptación de la violencia" es una expresión muy fuerte y su existencia puede ser muy cuestionable. Parece ser que la cuestión es la falta de alternativa en una sociedad machista. Sin embargo, se puede trabajar con la hipótesis de la "aceptación de la violencia" en un sentido opuesto al utilizado por Soares. La "aceptación de la violencia" deriva justamente del orden patriarcal de género, de la primacía masculina. Es la autora misma quien ofrece argumentos a favor de la tesis que rechaza, es decir la organización social de género produciendo aceptación de la violencia por parte de las mujeres.

De esta forma, aunque la violencia de género aparezca en una situación compleja, en que intervienen diversos fenómenos, estos no son de la misma naturaleza, ni presentan la misma capacidad de determinación. Una vez más, se llama la atención sobre el riesgo de la

homogenización de una realidad extremadamente diversa y, por lo tanto, rica. El papel primordial de los científicos sociales consiste en la captación de este relieve multicolor mostrado por la sociedad. La uniformización de lo real siempre constituyó el objetivo de los que atribuyen o atribuían relevancia exclusiva a las determinaciones generales o comunes. Al contrario, las determinaciones específicas o históricas siempre fueron preocupaciones primordiales de los que tienen como objetivo la captación de una realidad en flujo permanente, en transformación. Si es cierto que el orden patriarcal de género no opera solo, también es cierto que este constituye el caldo de cultura en el que tiene lugar la violencia de género, el cemento que edifica diversas desigualdades, inclusive entre hombres y mujeres.

En la década del setenta se produjeron obras ancladas en un espíritu separatista, con resentimiento, que se conoció como feminismo radical. Lamentablemente, no se trataba de un movimiento radical en el sentido político, sino en el sentido sexista. Aunque esta corriente del feminismo no haya sido expresiva, ha hecho ruido. A excepción de las feministas que pensaban de esta forma —hace mucho tiempo esta vertiente no se expresa— no se encuentra en la literatura especializada un sexismo con el signo intercambiado. De esta manera, la recuperación de un tipo de pensamiento de corta duración y de poco o ningún fruto duradero adquiere aires antiguos.

Pero, ¿por qué insistir en las distinciones entre violencia de género, violencia contra mujeres, violencia doméstica y violencia intrafamiliar? Aunque las tres últimas entren en el primer título, existen argumentos para justificar su permanencia por separado, ya que esta no involucra únicamente relaciones violentas entre hombres y mujeres —en las que por regla los hombres figuran como agresores— pero también de adultos contra niños y adolescentes. Las relaciones de género, como el contexto de este tipo de violencia, permiten anticipar cuáles son los agentes de agresión y cuáles son los personajes víctimas. Ocurre que la sociedad no es únicamente androcéntrica, si no también adultocéntrica. Estas dos características caminan juntas, al menos en las sociedades urbanas-industriales actuales. La violencia en contra de las mujeres, sin incluir mujeres en todas las edades, excluye hombres en cualquier etapa de vida. Se admite esta afirmación como justificación para elegir la nomenclatura de violencia doméstica. Sin embargo, hay agresiones codificadas como crímenes, que solo pueden ser ejecutadas por hombres, como es el caso de la violación. Aunque los crímenes de naturaleza sexual no sean monopolio de los hombres, estos constituyen entre 97% y 99% de los agresores. La violencia doméstica no especifica el vector de la agresión, aunque sea poco común que las mujeres agredan física y sexualmente hombres.

Puede ser que ocurra, y sucede verbalmente, lo que no constituye su exclusividad, ya que los hombres también proceden de esta manera.

Se considera importante trabajar con esta categoría, ya que incluye la violencia practicada por mujeres, que, si es pequeña hacia los hombres, es bastante significativa hacia niños y adolescentes. Como su *locus* privilegiado es el espacio doméstico, aunque no se restrinja a este, se permite la aplicación del viejo dicho "*em briga de marido e mulher não se mete a colher*",[7] de trágicas consecuencias, una vez que el Estado justifica fácilmente su no-intervención en el espacio privado. Se percibe que este espacio privado es concebido no solamente a nivel territorial, pero también simbólico, lo que atribuye a los hombres el derecho de ejercer su poder sobre las mujeres, aunque ya estén separados. Eso cobra cada vez para relevancia cuantas más mujeres se muestran independientes, exitosas financieramente, y, sobretodo, cuando toman la iniciativa de la ruptura de la relación. Finalmente, la violencia intrafamiliar, que presenta una gran superposición con la doméstica, se restringe a las personas vinculadas por parentesco consanguíneo o por afinidad. Quienes ya estudiaron la violencia incestuosa saben de la importancia de diferenciar este tipo de violencia (Saffioti, 1992). El trauma resultante de una violación cambia considerablemente de la situación en que el agresor es desconocido o hasta conocido, pero no familiar, para la circunstancia agravante de ser ejecutado por el padre, por el tío, por el abuelo, etc. Si no alcanzan el grado de abstracción de conceptos, estos cuatro títulos constituyen, al menos, categorías analíticas muy útiles. Admitiendo un cierto grado de licencia, se pueden considerar conceptos no solo descriptivos, sino, al menos, heurísticos.

Por último, falta examinar en qué términos se analizan las relaciones de género en el conjunto de las relaciones sociales. Azevedo y Guerra (1989: 25-47) tratan la violencia de género, de manera general, como el fenómeno de las relaciones interpersonales, como si estas existieran afuera de la estructura social. De hecho, piensan la estructura de clases, por un lado, y , por otro, las relaciones interpersonales.[8] Se trata de una equivocación, ya que ninguna relación

---

7 Es un dicho popular utilizado en Brasil que sugiere que nadie debería involucrarse en problemas de otras parejas, por más graves que sean.

8 Para escribir un capítulo de libro acerca de la violencia contra niños y adolescentes, hice un levantamiento, sino exhaustivo, al menos grande de las publicaciones sobre esta temática en Brasil. Todos los autores ubican su temática en el contexto de las clases sociales, como si esta fuera la única contradicción existente en la sociedad brasileña. Pocas veces se establecen diferencias entre negros y pardos, por un parte, y blancos, por otra. Ningún de los trabajos computados traía el recorte de género, especialmente en el contexto de una estructura social integrada por las tres contradicciones mencionadas. Véase Saffioti (1996: 136-211).

social sucede fuera de la estructura. Todas cumplen las medidas que estructuran la sociedad como un todo. Concebir las relaciones interpersonales de manera separada a la estructura de clases, representa una mirada incompatible, que no contribuye a aclarar por qué la sociedad permite violencia intrafamiliar, doméstica, contra mujeres y de género. Percibir las diferencias internas de la sociedad significa una gran contribución.

Bajo pena de perder la mirada de la sociedad como un todo, no se pueden separar relaciones interpersonales y estructurales. Seguramente, la más grande contribución de preguntas de ciertas corrientes del feminismo ha sido el ataque a los análisis incompatibles, tan marcados en la ciencia de los hombres. Además, esta contribución epistemológica ha provocado fisuras en este edificio tan antiguo, es decir, la ciencia oficial, abriendo caminos para un nuevo tipo de conocimiento, en que el objeto es la sociedad en su totalidad, con todo en que ella posee: contradicciones, desigualdades, injusticias.

BIBLIOGRAFÍA

Azevedo, M. A. 1985 *Mulheres espancadas – a violência denunciada* (São Paulo: Cortez Editora).

Barros, R. P.; Mendonca, R. 1995 *Os Determinantes da Desigualdade no Brasil. Texto para discussão nº 377* (Río de Janeiro: IPEA).

Bem, S. 1983 "Lipsitz. Gender Schema Theory and Its Implications for Child Development: Raising Gender-aschematic Children" en *a Gender-schematic Society. Signs - journal of women in culture and society* (Chicago: The University of Chicago Press) N° 8(4).

Bem, S. L. 1993 *The Lenses of Gender – transforming the debate on sexual inequality* (New Haven: Yale University Press).

Bordo, S. 1993 *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body* (Berkeley: University of California Press).

Bordo, S. 1999 *Feminist Interpretations of René Descartes* (Pensilvania: University Park, Pensilvânia, The Pennsilvania State University Press)

Bordo, S. 1999 T*he Male Body – a new look at men in public and in private* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux).

Bourdieu, P. 2000 *La dominación masculina* (Barcelona: Anagrama).

Butler, J. 2007 *EI género en disputa El feminismo y la subversión de la identidad* (Barcelona: Paidós).

Chauí, M. 1985 "Participando do debate sobre mulher e violencia" en *Perspectivas Antropológicas da Mulher* Nº 4 (Río de Janeiro: Zahar Editores)

Combes, D.; Haicault, M. 1984 *Monique. Production et reproduction, rapports sociaux de sexes et de classes. Le sexe du travail* (Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble).

De Lauretis, T. 1989 "La tecnología del género" en *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction* (Londres: Macmillan Press).

Falco, M. J. 1987 *Feminism and Epistemology – Approaches to Research in Women and Politics* (Nueva York/Londres: The Haworth Press).

Gould, C. C. 1984 *Beyond Domination – New Perspectives on Women and Philosophy. Totowas* (NJ: Rowman & Allanheld Publishers)

Gregori, M. G. 1989 "Cenas e queixas: mulheres e relações violentas" en *Novos Estudos CEBRAP* Nº 23.

Grossi, M. P. 1994 *Novas/Velhas Violências contra a Mulher no Brasil. Estudos Feministas* (Río de Janeiro: CIEC/ECO/UFRJ).

Grosz, E. 1994 *Volatile Bodies* (Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press).

Haraway, D. J. 1991 *Simians, Cyborgs, and Women – The Reinvention of Nature* (Nueva York: Routledge)

Harding, S. 1991 *Whose Science? Whose Knowldge? – Thinking from Women's Lives* (Ithaca/Nueva York: Cornell University Press).

Harding, S. 1998 *Is Science Multicultural? – Postcolonialisms, Feminisms, and Epistemologies* (Bloomington/ Indianapolis: Indiana University Press).

Harding, S.; Hintikka, M. B. 1983 *Discovering Reality – Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science* (Dordrecht, Holanda/Boston, USA/ Londres, Inglaterra: D. Reidel Publishing Company).

Jaggar, A. M.; Bordo, S. R. 1989 *Gender/Body/Knowledge* (New Brunswick/Londres: Rutgers University Press).

Johnson, A. G. 1997 *The Gender Knot – unravelingt our patriarchal legacy* (Filadelfia: Temple University Press).

Keller, E. F. 1985 *Reflections on Gender and Science* (New Haven/ Londres: Yale University Press).

Lerner, G. 1986 *The Creation of Patriarchy* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press).

Mackinnon, C. 1979 *Toward a Feminist Theory of the State* (Cambridge: Harvard University Press).

Mathieu, N. 1985 "Quand céder n´est pas consentir. Des determinants matériels et psychiques de la conscience dominée des femmes, et de quelques-unes de leur interprétations en ethnologie" en Mathieu, N. (org.) *L´arraisonnement des femmes – Essais*.

Oliveira, D. D.; Geraldes, E. C.; Lima, R. B. (orgs.) 1998 *Primavera já partiu. Petrópolis, Editora Vozes*.

Pateman, C. 1993 *O Contrato Sexual* (São Paulo/Río de Janeiro: Editora Paz e Terra).

Saffioti, H. 1994 "Violência de Gênero no Brasil Atual" en *Estudos Feministas* (Río de Janeiro: CIEC/ECO/UFRJ) Nº 2.

Saffioti, H. 1994 "Violência de Gênero no Brasil Contemporâneo" en Saffioti, H.; Muñoz-Vargas, M. *Mulher Brasileira é Assim* (Río de Janeiro/Brasília: Editora Rosa dos Tempos-NIPAS/UNICEF).

Saffioti, H. 1996 "No fio da navalha: violência contra crianças e adolescentes no Brasil atual" en *Quem mandou nascer mulher?* (Río de Janeiro: Rosa dos Tempos/UNICEF).

Saffioti, H. 1997 "Violência de Gênero – lugar da práxis na construção da subjetividade" en *Lutas Sociais* Nº 2 (PUC/SP).

Saffioti, H. 1999 "O estatuto teórico da violência de gênero" en Santos, J. B. T. (org.) *Violência em tempo de globalização* (São Paulo: Editora HUCITEC).

Saffioti, H.; Almeida, S. S. 1995 *Violência de Gênero: Poder e Impotência* (Río de Janeiro: Livraria e Editora Revinter Ltda).

Scott, J. W. 1988 "Gender: A Useful Category of Historical Analysis" en *Gender and the Politics of History* (Nueva Iorque: Columbia University Press).

Soares, B. M. 1999 *Mulheres invisíveis – violência conjugal e novas políticas de segurança* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).

Sohiet, T. *Condição Feminina e Formas de Violência – mulheres pobres e ordem urbana 1890-1920* (Río de Janeiro: Editora Forense Universitária Ltda).

Suarez, M.: Bandeira, L. (orgs.) 1999 *Violência, Gênero e Crime no Distrito Federal* (Brasília: Editora UnB).

Welton, D. 1998 B*ody and Flesh – A Philosophical Reader* (Malden: Blackwell Publishers).

Ciudadanía, democratización y movimientos sociales

.br

DEL *LAISSEZ-FAIRE* REPRESIVO A LA CIUDADANÍA EN RECESO*

Wanderley Guilherme dos Santos

El objetivo principal de este análisis es la política social brasileña de los últimos diez años, más precisamente, después de 1964. No obstante, una vez más será necesario tomar como punto de referencia importante e inevitable, la década del 30. El desvío histórico del capítulo 2 ya fue suficiente, supongo, para traer al primer plano de la escena histórica la década del treinta, que solo encontrará un paralelo después de 1964, o mejor, después de la creación del INPS (Instituto Nacional de Previsión Social) en 1966. Entre el advenimiento de la República y el inicio de la regulación social acelerada de 1931 a 1940, aproximadamente, se encuentra, en rigor, el mismo vacío que se interpone entre la Consolidación de las Leyes del Trabajo, promulgada en 1943, y la creación del INPS, en 1966, a lo que también le sigue una rápida reformulación de las relaciones entre los diversos estratos sociales y el Estado brasileño. A los efectos del presente análisis, por lo tanto, sería suficiente la fijación de dos períodos históricos —1930-1943 y 1966-1971— para que quedara delimitado el alcance de la historia significativa de la política social brasileña del período republicano. Sin embargo, para una mejor comprensión, se hará una breve mención de los antecedentes de la década del treinta, así como una sucinta

* Extraído de *Cidadania e Justiça: a política social na ordem brasileira* 1979 (Río de Janeiro: Campus), capítulo 4, pp.71-82. Traducción al español: Lucía Baudizzone.

referencia al tiempo que media entre el fin del Estado Nuevo y el período contemporáneo de la historia brasileña.

LA REPÚBLICA VIEJA: FALSO LAISSEZ-FAIRE Y COACCIÓN

La tentativa de organizar la vida económica y social del país según principios *laissez-fairianos* ortodoxos se expande, teóricamente, desde la abolición del trabajo esclavo, en 1888, hasta 1931, cuando el entonces jefe de gobierno revolucionario, Getúlio Vargas, anuncia, repetidamente, la necesidad de una intervención significativa del Estado en la vida económica con el propósito de estimular la industrialización y la diferenciación económica nacional. Algunas calificaciones son, sin embargo, indispensables a tal periodización. En primer lugar, hay que señalar el hecho archiconocido de que las relaciones de trabajo en el sector agrícola de la economía jamás llegaron a aproximarse a las condiciones de la acumulación *laissez-fairiana* clásica. Es verdad que se había abolido la esclavitud, no por eso la movilidad del factor trabajo fue totalmente garantizada, substituyendo la forma de servidumbre. La penetración de las leyes del mercado en la economía agraria brasileña se hizo muy lentamente y en una clara desincronización con el ritmo de implantación del orden capitalista en el área urbana. La prevalencia ideológica del laissez-faire es, por lo tanto, restricta al área urbana de la sociedad, cuyas relaciones económicas y sociales se deberían pautar por los principios que guiaron a las organizaciones sociales europeas en el período que va desde el inicio de la industrialización a las primeras leyes de regulación social.

En segundo lugar, se vio que a principios de la década del veinte se inicia la producción de leyes sociales efectivas en el país, lo que, si, de cierto modo, no comprometía el ideario *laissez-fairiano* (dado que todavía se trataba de acuerdos por así decir privados entre empleadores y empleados), ya indicaba el reconocimiento de la insuficiencia de los automatismos del mercado para la optimización de la "felicidad del mayor número", tal como lo deseaban los utilitaristas clásicos. Hasta económicamente, sin embargo, la inestabilidad de las relaciones externas del país había obligado a sucesivas intervenciones en el orden económico en el sentido de preservar las ganancias del sector exportador. De este modo, se puede considerar que la hegemonía ideológica del *laissez-faire* tuvo una vida corta en Brasil, restringida al *área urbana, entre 1888 y 1931, en lo que concierne a la economía*, y vulnerada a partir de 1923 en lo que respecta a las relaciones sociales.

Orientándose la elite por los principios del *laissez-faire* clásico, se vuelve bastante comprensible que, después de la ley de sindicalización, de 1907, que permitía la libre organización del trabajo según sus propias normas y concepciones, e independientemente de cualquier

intervención estatal, ninguna atención específica fuera dirigida a las condiciones de acumulación urbana en el país (dado que el área rural, por acuerdo tácito, estaba fuera de cualquier consideración p*ública, excepto la protección d*e la renta del sector exportador). En respuesta, si los industriales y comerciantes ya se habían organizado en asociaciones y grupos de presión desde el siglo anterior, es, sobre todo, la fuerza de trabajo que, desde entonces (1907), ingresa de forma asociativa y organizada en la vida política y social. En la capital de São Paulo, por ejemplo, se crean siete asociaciones de trabajadores, entre 1888 y 1900, 41, entre 1901 y 1914, y 53, entre 1915 y 1929 (Azis, 1966: 200). La consecuencia, desde el punto de vista de la generación de demandas sociales, sería igualmente evidente. El número de huelgas obreras de todo tipo, inclusive en la capital de São Paulo, pasaría de 12, entre 1888 y 1900, a 81, entre 1901 y 1914, a 107, entre 1917 y 1920 (Azis, 1966: 131; Fausto, 1976: 253) . No habrá sido coincidencia, por lo tanto, que las primeras tentativas de alterar la concepción del orden social prevaleciente (*laissez-fairianismo* estricto) surjan a principios de la década del veinte (Ley Eloy Chaves), ni que su promotor haya sido un representante de São Paulo, con buenos contactos entre los industriales. Es que la respuesta del poder público a la creciente organización y agresividad de la fuerza de trabajo se había resumido en pura represión.

En efecto, entre 1893 y 1927, es posible relacionar por lo menos cinco leyes represivas de la actividad político-sindical de la clase obrera urbana, todas buscando, principalmente, la expulsión de trabajadores extranjeros por motivos de militancia sindical. Se atribuía a la fusión de la experiencia sindical europea en la vida obrera brasileña, vía la inmigración, la responsabilidad por la creciente movilización de la fuerza de trabajo urbano; y, de acuerdo con la ideología *laissez-fairiana* fuera del orden del mercado solo existía el "orden" de la coacción, o por otro lado, se daba estabilidad al orden del mercado por la represión. Los escasos resultados alcanzados, sin embargo, llevarían a otros actores privados a que reconsideren el papel de la fuerza de trabajo industrial y las normas que deberían dar estabilidad al orden social. Es de ese reconocimiento que surgirán las iniciativas de las cajas de jubilación y pensiones de índole remedial, es decir, compensando, mínimamente, las deficiencias en la distribución de beneficios, que era regulada estrictamente por el mercado en la esfera acumulativa. Y en esta esfera el Estado solamente podría interferir, en el caso que lo deseara, lo que, en absoluto, correspondía a la orientación de la elite. De este modo, se crea la desincronización entre la política social compensatoria, iniciada en 1923, y la política social vía regulación del proceso acumulativo, que solo se iniciará después de la revolución de 1930.

El saldo líquido de la política brasileña de *laissez-faire* fue, así, escaso. La posibilidad de éxito, en el orden social, dependía, evidentemente, de su desempeño en la esfera económica y este fue de escaso valor. La preocupación excesiva con la estabilidad monetaria, acoplada a la necesidad de proteger, principalmente, el sector cafetero, produjo una política económica errática e inconsistente, agravada por las amenazas latentes en las relaciones económicas con el exterior. Si, por un lado, la fortuna de la economía rural dependía de las eventualidades del comercio internacional, quedaba el crecimiento industrial, por otro, perjudicado por la escasez de visión, o de intereses, de la elite decisoria. La estructura económica poco se diferencia, en consecuencia, con una tasa de crecimiento industrial apenas razonable, entre 1911 y 1929, y débil entre 1920 y 1928 (Villela & Suzigan, 1973: 172), a lo que le sigue la depresión generalizada del período de 1929 a 1932.

Quedó a cargo de la variable "natural" *crecimiento poblacional* la línea de determinación más relevante para la evolución de las relaciones sociales durante todo el período. El crecimiento vegetativo de la población fue rápido y aparentemente igual para todas las regiones del país. La diferencia que se había observado entre las regiones de debió a las migraciones internas y a las inmigraciones. La migración interna se aceleró después de 1872 y es superior a la inmigración, hasta 1890, impulsada por las sequías en el Noreste y por la decadencia del caucho en el Amazonas. A partir de entonces, la inmigración internacional se sobrepone a la inmigración interna y, además, se ubica diferencialmente: la migración interna se ubica en el Norte y Noreste y en el Distrito Federal y la migración internacional se dirige a São Paulo y se ubica en la industria. Será solamente como resultado de la depresión del 29 y de la necesidad de proteger el trabajo nacional (ley de los 2/3, de diciembre de 1930), ya después de la revolución, que la migración interna recobra importancia, nuevamente en dirección a São Paulo y, nuevamente, para la industria (Villela & Suzigan, 1973: 249).

La consecuencia principal de esos movimientos desbalanceados de población fue la creciente participación de inmigrantes en las actividades industriales y de servicios urbanos, paralela a su involucramiento cada vez menor en los trabajos agrícolas. Que el movimiento sindical creciera en números y en capacidad de movilización y de formulación de demandas aparece, así, como consecuencia comprensible de la interacción de las diversas variables en juego: una elite ideológicamente cerrada y una estructura de recursos que se diferenciaba poco, y muy lentamente, con relación a la capacidad creada de demandas y reivindicaciones. La respuesta represora del *laissez-faire* brasileño, que ya mencionamos, era, al mismo tiempo, inevitable y suicida. Inevitable debido a la rigidez ideológica de la elite y de la estructura

de los recursos disponibles, y suicida en virtud de la imposibilidad de garantizar la acumulación por la pura y simple vía de la coacción. Se hacía indispensable un cambio en la composición de la elite, o, por lo menos, en parte de ella, que permitiera la renovación del dispositivo ideológico con que se enfrentaba el problema del orden económico y social, en primer lugar, y, como corolario, que se alteraran las normas que presidian el proceso de acumulación y las relaciones sociales que ahí se daban. Este programa será realizado, a un ritmo verdaderamente vertiginoso, por la revolución del 30, tal como se verá en la siguiente sección.

LA REVOLUCIÓN DEL 30: LA EXTENSIÓN REGULADA DE LA CIUDADANÍA

Las investigaciones que se acumulan, así como las revisiones que se hacen, contribuyen para la fijación de un punto aparentemente indiscutible: cualesquiera que hayan sido los motivos que estimularon a la nueva elite gubernamental pos 30, lo cierto es que, decisivamente, se la orientó por el camino de la acumulación y diferenciación de la estructura económica del país, al lado de la tradicional política de protección al sector cafetero (Malan, Abreu & Pereira, 1977: 23). Con relación al sector cafetero, la revolución del 30 inaugura, en plena depresión, un keynesianismo *avant la lettre*, preocupándose con el mantenimiento del nivel de empleo y buscando solucionar la cuestión vía compra y quema de stocks. La dificultad de todo el problema económico del país se encontraba, sin embargo, en la diferenciación industrial y, tal como la experiencia de las décadas anteriores había demostrado, no se podía confiar que fuera obtenida por la simple operación del mercado *laissez-fairiano*. El Estado debería intervenir en el orden de la acumulación y reestructurarlo, creando las condiciones para que se procesara tan rápidamente como la estructura de los recursos lo permitiera.

Se comprobó, en el capítulo 2, que después de 1923 hubo varias tentativas con el fin de regular el proceso de acumulación. Todas, sin embargo, sin ningún efecto práctico significativo. Ley de vacaciones, sobre el trabajo de menores y de mujeres, sobre la seguridad e higiene en el trabajo, fueron sucesivamente pedidas, sugeridas, eventualmente aprobadas y, no obstante, pocas alteraciones actuaban en la esfera de la acumulación. Al mismo tiempo, estos eran los principales ítems de las demandas de los trabajadores, y, sobre todo, de las huelgas obreras que se sucedían y se intensificaban[1] . Mientras se podía

1 La lista de demandas hechas reiteradamente en congresos obreros, en el período, puede ser verificada en Dias (1962).

observar algún progreso del lado de la política previsional *strictu sensu*, por la multiplicación de las CAPs —que no constaba, además, de la pauta de reivindicaciones de la fuerza de trabajo—, se verificaba la intensificación de la represión del poder público a las demandas de los trabajadores referentes al proceso de acumulación. La elite pos 1930 invertirá este orden y solo después de reorganizar sustancialmente la esfera de la acumulación es que pondrá su atención en la política previsional convencional, para introducir también ahí innovaciones nada despreciables. Es importante señalar, ya que el esbozo histórico del tema ya fue hecho en el capítulo 2, el formato, por así decirlo, de la ingeniería institucional que presidió a la reorganización del proceso acumulativo, pues este formato echará raíces en el orden social brasileño con repercusiones en la cultura cívica del país e inclusive en los conceptos y prejuicios de los análisis sociales corrientes.

Sugiero que el concepto clave que permite entender la política económica social pos 30, así como hacer el pasaje de la esfera de la acumulación a la esfera de la equidad, es el concepto de ciudadanía, implícito en la práctica política del gobierno revolucionario, y que dicho concepto podría ser descripto como el de *ciudadanía regulada*. Por *ciudadanía regulada* entiendo el concepto de ciudadanía cuyas raíces se encuentran, no en un código de valores políticos, sino en un sistema de estratificación ocupacional, y que, además, dicho sistema de estratificación ocupacional es definido por una normativa legal. En otras palabras, son ciudadanos todos aquellos miembros de la comunidad que se encuentran ubicados en cualquiera de las ocupaciones *reconocidas* y *definidas* por ley. La extensión de la ciudadanía se hace, pues, vía regulación de nuevas ocupaciones y/o profesiones, en primer lugar, y mediante ampliación del alcance de los derechos asociados a estas profesiones, más que por ampliación de los valores inherentes al concepto de miembro de la comunidad. La ciudadanía está incorporada en la profesión y los derechos del ciudadano se restringen a los derechos del lugar que ocupa en el proceso productivo, tal como reconoce la ley. Así se vuelven preciudadanos todos aquellos cuya ocupación la ley no reconoce. La implicación *más inmediata de este punto es obvia: serían preciudadanos todos los trabajadores del área rural, que forman parte activa del p*roceso productivo y, sin embargo, desempeñan actividades difusas, a los efectos legales; así como serían preciudadanos los trabajadores urbanos en iguales condiciones, es decir, cuyas ocupaciones no hayan sido reguladas por la ley.

La asociación entre *ciudadanía* y *ocupación* proporcionará las condiciones institucionales para que aumenten, posteriormente, los conceptos de marginalidad y de mercado informal de trabajo, ya que en estas últimas categorías quedarán incluidos no solo los desempleados,

sino también los subempleados y los empleados inestables, y también todos aquellos cuyas ocupaciones, por más regulares y estables, aún no hayan sido reguladas. La permanente presión por parte de los diversos sectores de la sociedad brasileña, teniendo en cuenta la regulación de sus ocupaciones (sociólogo, procesador de datos, etc.) atestiguan hasta donde el concepto subliminal de *ciudadanía regulada* se diseminó en la cultura cívica del país. El origen de este "hallazgo" de ingeniería institucional se encuentra en la práctica revolucionaria pos 30, siendo esta una de las principales brechas que se abren en la ideología *laissez-fairiana*, permitiendo, al mismo tiempo, la creación de un espacio ideológico donde la activa interferencia del Estado en la vida económica no entra en conflicto con la noción, o la intención, de promover el desarrollo de un orden fundamentalmente capitalista.

En efecto, al lado de las medidas gubernamentales que buscaban resolver todas las cuestiones que formaban parte de la agenda de demandas del trabajo industrial (vacaciones, trabajo infantil y de mujeres, etc.) y que se sucedían con rapidez después de 1930, se promulga una nueva ley de sindicalización, en 1931, que distingue entre sindicatos de empleados y de empleadores y fija la sindicalización por profesiones (de Moraes Filho, 1952: 221-222). Mientras que, de acuerdo con la ley de 1907, el sindicalismo era libre para definir quien pertenecía o no al sindicato, la nueva ley establece quien puede pertenecer al sindicato y más, el funcionamiento de este pasa a depender del registro en el recién creado Ministerio de Trabajo. Por medio del Decreto 22.132, del 25 de noviembre de 1932, en su primer artículo, se fijaba que solamente podían presentar reclamos laborales frente a las Juntas de Conciliación y Juicio los empleados sindicalizados, es decir, los trabajadores cuya ocupación fuera reconocida por ley y que pudieran, pues, registrarse en un sindicato. Por medio del Decreto 23.768, artículo cuatro, del 18 de enero de 1934, solo podían gozar de vacaciones los trabajadores sindicalizados. A pesar de la Constituyente de 1934 haber declarado tales decretos inconstitucionales, por sí misma, por el Decreto 24.694, del 12 de julio de 1934, tornaba la sindicalización como facultativa, pero dejaba a los no sindicalizados por fuera de las convenciones colectivas del trabajo, que habían sido creadas por el decreto revolucionario de 1932.

Paralelamente, se instituía, en 1932, la *carteira de trabalho*,[2] que era la evidencia jurídica fundamental para el goce de todos los

2 La *carteira de trabalho* es un documento obligatorio para toda aquella persona que tenga un trabajo en relación de dependencia en Brasil. Contiene información sobre la vida profesional del trabajador y sobre sus aportes jubilatorios (nota del traductor).

derechos laborales, y en ella se fijaba la profesión del trabajador. Al mismo tiempo, se producía abundante legislación que regulaba categoría por categoría económica, en el área urbana, evidentemente, sin lo que sería imposible la implementación de las leyes. Con la Carta de 1937, finalmente, se corona todo ese diseño de ingeniería. La población económicamente activa es dividida en regulados y no regulados, los regulados lo son por categoría profesional y solamente los trabajadores regulados podrían asociarse a sindicatos, que a su vez deberían estar reconocidos por el Estado.

La regulación de las profesiones, la *carteira profissional*[3] y el sindicato público definen, de este modo, los tres parámetros en el interior de los cuales pasa a definirse la ciudadanía. Los derechos de los ciudadanos son consecuencia de los derechos de las profesiones y las profesiones solo existen vía regulación estatal. El instrumento jurídico que comprobaba el contrato social entre el Estado y la ciudadanía regulada es la *carteira profissional* que se vuelve, en realidad, mucho más que una evidencia laboral, un certificado de nacimiento cívico. Cuando, después de reestructurar en estos moldes la esfera de la producción, el Estado se centra en la política social *strictu sensu*, el orden de ciudadanía regulada así generada condicionará el sistema de desigualdades resultantes de la política oficial previsional, por un lado, y el desarrollo de un conflicto político e intraburocrático al mismo tiempo, por otro lado.

En 1933, como se vio anteriormente, el Estado crea el primer instituto de jubilaciones y pensiones (IAPM), en concordancia con el sistema CAP, sin embargo, con algunas diferencias organizacionales. En este momento, prácticamente todas las dimensiones conflictuales del proceso acumulativo habían sido reguladas, o reestructuradas, según la ingeniería institucional ya descripta. Al enfocarse en la política previsional, por lo tanto, el gobierno ya traía incorporada en su política las siguientes consecuencias: en primer lugar, varias políticas sociales, *lato sensu*, que incumbe al gobierno administrar en beneficio de los ciudadanos – por ejemplo, salud pública, educación, saneamiento, nutrición, vivienda – dejaban de tener grupos específicos legítimos que las demandaran, dado que el reconocimiento social se hacía por categorías profesionales. El patrón de demandas por tales políticas sería, por lo tanto, difuso. En segundo lugar, se crearon barreras a la entrada en el escenario político, vía regulación de las ocupaciones, y, consecuentemente, todas las demandas relativas a empleo, salarios, renta y beneficios sociales depend*ían* de un reconocimiento previo, por parte del Estado, de la legitimidad de la categoría demandante. Si era cierto

3 También se le dice *carteira profissional* a la *carteira de trabalho* (nota del traductor).

que el Estado les debía explicación a los ciudadanos, era este mismo Estado el que definía quien era y quien no era ciudadano, según su profesión. Definido el propósito de la *ciudadanía regulada,* el Estado se enfoca, entonces, en el establecimiento de una política previsional. Al reconocer, en la creación del IAPM, algunos de los principios que informaban el sistema CAP, como por ejemplo la vinculación de los beneficios a las contribuciones pasadas, y al admitir trato diferencial en términos de salario, de acuerdo con la categoría profesional, se consagró en la práctica la desigualdad de los beneficios previsionales dados a los ciudadanos estratificados en categorías profesionales.

De hecho, el abanico salarial se dispersaba entre el salario mínimo, debido a todos los trabajadores reconocidos como tales, por ley, y los salarios arbitrados por las convenciones colectivas para las diversas categorías profesionales —el llamado piso salarial o salario profesional—. En principio, tal discriminación aparecería como justa, de acuerdo con los principios del mercado, ya que a la mano de obra más calificada y más escasa deberían corresponder salarios más elevados. Siendo los beneficios previsionales debidos a los ciudadanos por vía de la regulación profesional, y siendo la contribución de cada uno en función de su nivel de renta, la regulación de la ciudadanía implicó, en la práctica, una discriminación en la distribución de los beneficios previsionales en la misma medida que el que más podía contribuir, mayores y mejores beneficios podría demandar. La universalidad aparente de la ley en su participación profesional se convertiría en desigualdad entre los ciudadanos vía sistema previsional. La vinculación entre acumulación —la contribución de cada categoría profesional para el proceso de crecimiento, marcada por la diferencia de salarios- y equidad— distribución de los beneficios proporcionales a la contribución pretendida- fue, de este modo, consagrada definitivamente.

Desde 1933, cuando es creado el IAPM, hasta 1953, cuando, con la creación de la CAPFESP, desaparecen las últimas CAP, el sentido de la evolución es claro: se trataba de sustituir el principio de *membership* individual, este como característico del sistema CAPs, por el sistema de *ciudadanía regulada*. Al mismo tiempo, se fijaban algunos parámetros para el desarrollo del conflicto. En un primer nivel, los diversos sectores sociales que van siendo creados como consecuencia del simultáneo proceso de división social del trabajo y del crecimiento poblacional buscan ingresar en el campo de la ciudadanía por medio del reconocimiento ocupacional y profesional. Para los que ya ingresaron, sin embargo, el conflicto adquiere otro significado, es decir, mejorar su posición en la escala de distribución de los recursos disponibles mediante el mantenimiento del empleo y del aumento de salarios

y ganancias. Esto en cuanto a lo que se podría llamar conflicto básico o, correlativamente, de política social preventiva.

Simultáneamente, otro conflicto evolucionaba. Dado que la prestación de servicios previsionales era función de la contribución, es decir, del contrato establecido entre el Estado, a través del Instituto que lo representaba, y los ciudadanos estratificados, cuanto más favorecida fuera la categoría profesional en la esfera de la producción, mejor también lo sería en la esfera de la compensación, es decir, en lo que respecta a los beneficios previsionales y a la asistencia médica. Siendo tripartito el gobierno de los órganos previsionales, el control de los institutos más poderosos ofrecía sustancial recurso político, no solo en función de mejores servicios prestados, sino también en la capacidad de ofrecer empleos a clientelas específicas. La burocracia sindical brasileña, vinculada al Estado, y que se genera en virtud de los dispositivos legales de la década del 30, encontró en los recursos diferenciados de la red previsional una óptima forma de integrarse al sistema de ciudadanía regulada, ya que la forma de obtener recursos diferenciales de poder requería el mantenimiento de un sistema estratificado de ciudadanía. La distribución de los puestos de mando del sistema previsional al liderazgo sindical requería, en contrapartida, la sumisión política de ese liderazgo a las orientaciones de quien controlara el Ministerio de Trabajo. Por otro lado, la discrepancia en el valor de esos puestos comprometía a los que los ocupaban con la reproducción del mismo sistema de desigualdades.

El sistema previsional estatal permitió, de este modo, la consolidación de los lazos que ataban a un mismo destino a la oligarquía política que controlaba las instituciones del Ministerio de Trabajo y a la oligarquía sindical que controlaba los organismos obreros. En la base de todo se encontraba la práctica de la ciudadanía regulada, sin la cual todo el sistema de control sindical y de distribución de beneficios previsionales compensatorios perdería en eficacia. Desde el punto de vista de otro concepto de ciudadanía, por lo tanto, pasaban a ser ítems importantes de la agenda reivindicatoria tanto la uniformización de los beneficios y servicios prestados por el sistema previsional, como su unificación en un organismo único que disminuyera sus costos de operación al mismo tiempo en que aumentara la eficiencia de su administración. Es eso, exactamente, que intentará Vargas, ya en el declive de su período dictatorial, con la creación del Instituto de Seguros Sociales, que será revocado inmediatamente al inicio del gobierno democrático de Dutra.

Al período *laissez-fairiano* represivo de la República Vieja lo sucedió la época del énfasis simultáneo en la diferenciación de la estructura productiva, en la acumulación industrial, y en la regulación social.

Los dos movimientos convergen para un único lecho a través del concepto no expresado de *ciudadanía regulada* que permitía administrar, al mismo tiempo, los problemas de la acumulación y de la equidad en el contexto de una escasez, primero, aguda y, después, crónica de recursos. El sistema fue rápidamente montado en los primeros cuatro años de la década del 30 y sólidamente institucionalizado. Y va a condicionar la estructura del conflicto social desde el fin del Estado Nuevo hasta el movimiento de 1964, con una única, aunque ponderable, modificación legal: la promulgación de la Ley Orgánica de Previsión Social, en 1960, que uniformizó, sin unificar, los servicios y beneficios prestados por el sistema previsional brasileño. Fue este el único golpe en el concepto de ciudadanía regulada, metido en las instituciones sociales brasileñas. Al desvincular la prestación de servicios de asistencia médica y el pago de beneficios de las categorías profesionales (aunque manteniendo a los últimos como función de la contribución pretérita), la LOPS comenzó a minar el concepto de ciudadanía regulada en la etapa intermedia del proceso de conversión de los anónimos miembros de la comunidad brasileña en ciudadanos estratificados. El punto inicial del proceso, sin embargo, el del nacimiento cívico vía regulación de la ocupación en el proceso acumulativo, permanece casi inalterado hasta hoy. A pesar de la ausencia de modificaciones sustantivas en el orden de la ciudadanía regulada, instaurada por el Estado Nuevo, en el período que media entre el restablecimiento de la democracia política limitada, en 1945, y el movimiento militar de 1964, vale la pena narrar, brevemente, las interacciones sociales que lo ocuparon.

BUROCRACIA Y POLÍTICA EN EL ORDEN DEMOCRÁTICO LIMITADO

El sistema económico brasileño emergió para el orden democrático limitado pos 1945, sustancialmente diferente de aquello que era en 1930. Si las transformaciones se dieron debido de la orientación de política económica del gobierno revolucionario y después dictatorial de Vargas, si en virtud de las limitaciones de la Segunda Guerra Mundial, si, además, como resultado fortuito de una sumatoria de circunstancias inesperadas, es irrelevante aquí. Lo que sí importa considerar es que las variables mencionadas en el capítulo 2 como indispensables al entendimiento del juego social se habían modificado ponderablemente. La extensión de la división social del trabajo se había profundizado de modo significativo, no solo en términos de la distribución de la población económicamente activa por grandes grupos, tales como agricultura, industria y servicios, pero, sobre todo, en la propia composición del producto físico, lo que indica modificaciones importantes en la estructura ocupacional, por un lado, y en

la estructura de la escasez, por otro. Los movimientos migratorios para los grandes centros impulsaron el proceso de urbanización —lo que, aunque favoreciendo el proceso acumulativo, suscita problemas sociales básicos, como saneamiento, vivienda y salud pública—. El ejército de mano de obra industrial había crecido y el número de asociaciones sindicales también, aunque contenidas por el autoritarismo político. Pero estaban ahí, listas, para iniciativas, ni bien la atmósfera política lo permitiera.

Las concepciones económicas y de administración del gobierno se habían alterado profunda, aunque silenciosamente. Keynes se incorporaba al stock de prácticas económicas, mientras se iniciaba en el mundo la revisión de toda la legislación social, rasgo que efectivamente marca a los países más adelantados en la segunda posguerra. Así, ideas, recursos, físicos e institucionales, eran nuevos, así como era nueva la estructura básica del país. El precio político pagado había sido la institucionalización de un orden semicompetitivo, ya sea en términos políticos, en términos económicos o en términos sociales. El Estado regulaba casi todo, o todo, cuando el conflicto amenazara con pasar los límites que la elite considerara apropiados. El Estado autoritario brasileño, que, en realidad, se extiende desde 1930 a 1945, buscó su legitimidad, como subrayó Azevedo Amaral, en la necesidad de contener los conflictos sociales dentro de los límites de la supervivencia de la comunidad, tal como los entendía y definía la elite dirigente.[4] Era, en sentido estricto, un Estado de legitimidad hobbesiana. Sus instituciones sociales y económicas fueron aparentemente adecuadas a los propósitos de la elite en el poder, pero, después de 1945, se trataba de administrar un orden relativamente democrático, en términos políticos, en un contexto social y económico ampliamente regulado.

A pesar de las objeciones a las prácticas e instituciones heredadas del Estado Nuevo, muy pocas cosas serán alteradas, si es que alguna cosa es alterada, en el período que rige hasta 1964. Las organizaciones sociales, entre ellas los sindicatos, ahora liberadas para una disputa más abierta por una mayor participación en los beneficios del progreso económico, rápido encontrarán en la política represiva del gobierno de Dutra los límites legales de la acción sindical. Intervenciones y el cierre de asociaciones obreras se sucederán durante el primer gobierno después de 1945, iniciándose el ciclo de las conquistas sindicales lentas y costosas. La práctica de regulación de las profesiones, como bautismo cívico, permanece, así como también esto permanece como el primer escalón de ingreso en el campo de la ciudadanía. El

4 Un penetrante análisis del fenómeno del estado autoritario moderno se puede encontrar en Azevedo (1938)..

segundo nivel se estructura en torno de la disputa salarial por parte de los actores cívicos ya reconocidos, arbitrada por la Justicia del Trabajo, como antes, solo que ahora en un ambiente político más competitivo. La política compensatoria, es decir, aquella vinculada al sistema previsional, permanece, como en los tiempos de Vargas, administrada por representantes del Ministerio de Trabajo y de la burocracia sindical. Esta tendrá un comportamiento doble durante el período. En lo que respecta a las ganancias en el proceso acumulativo, vía aumento de salarios, se coloca, naturalmente al lado de sus representados, inclusive como recurso de poder *ante el Estado*, comportándose de manera reaccionaria en lo que concierne a las instituciones previsionales, oponiéndose a las propuestas de parte de la elite burocrática gubernamental para uniformización y unificación de los servicios. Comprometida con el mantenimiento de un sistema de ciudadanía estratificada, que le daba recursos de poder *ante sus representados*, intentará preservar el sistema de cualquier alteración significativa. El conflicto social se estructurará, políticamente, en la esfera de la acumulación y, burocráticamente, en la esfera de la distribución.

Las tasas aceleradas de crecimiento económico, de urbanización y de inflación, durante la década del 50, solamente intensificarán las disputas cuyo diseño ya se había esbozado después del derrocamiento del Estado Nuevo. El crecimiento industrial introducirá distorsiones cada vez más grandes entre los beneficios previsionales destinados a las variadas categorías ocupacionales, reforzando el poder burocrático de las distintas oligarquías sindicales, lo que, finalmente, las conducirá, por un lado, a cristalizar sus posiciones de reivindicación creciente, en la esfera de la acumulación, y de reaccionarismo y corrupción, en la esfera distributiva compensatoria. Al mismo tiempo, los nuevos grupos sociales urbanos, y los viejos grupos sociales rurales, aprovechando el ambiente político semi-competitivo, inician movimientos reivindicatorios, independientemente de su reconocimiento cívico-profesional. Son las ligas campesinas, en el Noreste, y las explosiones de violencia urbana, en el Centro-Sur, que muestran los límites de la democracia regulada en ese entonces vigente.

La respuesta del poder público, inclusive durante el gobierno de João Goulart, es, en la mejor de las hipótesis, pobre. La misma ampliación de la ciudadanía, vía regulación de las ocupaciones, es, a partir de ahí, el mismo comportamiento a veces conciliatorio, a veces represivo, en términos salariales. La acumulación se daba dentro del mismo lecho institucional dejado por Vargas y la distribución compensatoria seguía, igualmente, el mismo patrón. La magnitud de los problemas, sin embargo, se alteraba rápidamente. El deterioro de las áreas urbanas se daba aceleradamente presionando los problemas

habitacionales, de saneamiento y de salud. Si los últimos eran problemas difusos, pudiendo ser postergados por falta de organizaciones que presionaran por su solución, tal no era el caso de la cuestión habitacional, en lo que respecta a los sectores medios urbanos, agasajados, demagógicamente, con sucesivos decretos legislativos de congelamiento de los alquileres, lo que solo transfería el problema para el futuro.

Peores, sin embargo, eran los problemas generados por la expectativa de consumo de bienes disponibles. Aprendida la lección de que el aumento de la participación en el flujo de bienes devenía de la capacidad de movilización y reivindicación, pasaron los distintos grupos sociales a organizarse en asociaciones civiles, al margen de la legislación sindical, pero que desempeñaban, en parte, funciones similares: la disputa por una mejor posición en la captura de flujos de renta. Transferido el problema de la esfera institucional de la acumulación para la esfera estrictamente monetaria, lo que fue, al mismo tiempo, inducido y propiciado por la aceleración del proceso inflacionario, se evadieron las cuestiones institucionales básicas, no obstante, el énfasis, retórico o con buena intenci*ón poco importa, que en ellas* habían puesto, sucesivamente, Jânio Quadros e João Goulart.

Por el lado distributivo compensatorio los avances fueron igualmente escasos. Además del innegable progreso consolidado en la victoria de la burocracia estatal contra la oligarquía sindical alrededor de la uniformización de los servicios previsionales, alcanzado a través de la Ley Orgánica de Previsión Social apenas la creación del salario familiar, en 1963, y que se inscribe en la línea de expansión del alcance de la previsión, característico de todos los sistemas, nada más existe para ser anotado. El Estatuto del Trabajador Rural, promulgado en 1963, en realidad evidencia solamente el uso simbólico de la política social en la exacta medida en que, por atrás de los objetivos solemnes del Estatuto, nada se aclaraba sobre las formas de financiamiento del programa pretendido.

El flujo de los conflictos sociales hacia afuera de las instituciones heredadas del Estado Nuevo no encontró respuesta institucional a la altura, teniendo por resultado líquido la radicalización de las demandas y la intolerancia política creciente de los diferentes actores sociales, las cuales, asociadas a la capacidad cadente del Estado de producir y de asignar recursos,[5] terminan por producir el contexto de parálisis gubernamental y administrativo de fines de 1963 y principios de 1964, que, en parte, ayudan a explicar el movimiento militar de 1964 (dos Santos, 1973). Después de un poco menos de 20 años de

5 Un buen análisis del período en este aspecto se encuentra en Stepan (1971).

práctica de democracia relativa, esta se mostró incompatible con un orden de ciudadanía regulada. Por esta o aquella razón, los diversos grupos sociales fueron incapaces de contratar nuevas formas institucionales de administrar el proceso de acumulación, por un lado, y los parámetros de equidad, por otro. Dada la resistencia del orden conservador de la ciudadanía regulada, el conflicto se resolvió por la ruptura de la democracia limitada. En el contexto del presente estudio, ese es el significado del movimiento militar de 1964. En apariencia y, nuevamente, como en el 30, se trataba de reformular las instituciones en que se procesaban la acumulación y la distribución compensatoria, y nuevamente por vía autoritaria. El capítulo siguiente propone la discusión de lo que fue conseguido a lo largo de los últimos diez años en relación con la problemática aquí analizada.

BIBLIOGRAFÍA

Azevedo, A. 1938 *O Estado Autoritário e a Realidade Nacional* (Río de Janeiro: Jose Olympio Editora).

Azis, S. 1966 *Sindicato e Estado (suas relações no formação do proletariado de São Paulo)* (São Paulo: Dominus Editora).

de Moraes Filho, E. 1952 *O Problema do Sindicato Único no Brasil (seus fundamentos sociológicos)* (Río de Janeiro).

Dias, E. 1962 *História das Lutas Sociais no Brasil* (São Paulo: Edaglit).

dos Santos, W. G. 1973 "Paralisia de Decisão e Comportamento Legislativo: A experiência brasileira 1959-1966" en *Revista de Administração de Empresas* Nº 13(2).

Fausto, B. 1976 *Trabalho Urbano e Conflito Social (1890-1920)* (DIFEL).

Malan, P. S.; Bonelli, R.; de Paiva Abreu, M.; Pereira, J. E. 1977 *Política Econômica Externa e Industrialização no Brasil (1939-1952)* (Río de Janeiro: IPEA).

Stepan, A. 1971 *The Military in Politics – Changing Patterns in Brazil* (Princeton University Press).

Villela, A. V.; Suzigan, W. 1973 *Política do Governo e Crescimento da Economia Brasileira (1889-1945).* (Río de Janeiro: IPEA).

CUANDO NUEVOS PERSONAJES ENTRARON EN ESCENA*

Eder Sader

PRESENTACIÓN

Este texto es producto de investigaciones y reflexiones en tomo de la nueva configuración social que asumieron los trabajadores del *Gran* São Paulo[1] en la década de los años setenta. Lo que denomino "nueva configuración de los trabajadores" no es un fenómeno que abarque esa clase en su conjunto, sino, más bien, a una pequeña parte de ella, la cual constituye los movimientos sociales, como nuevos modelos de la acción colectiva que nos permiten hablar del surgimiento de nuevos sujetos políticos. Considerando que ese surgimiento abre un nuevo período en la historia de las clases trabajadoras brasileñas, me propongo investigar las circunstancias y características de esa nueva configuración.

Me enfrenté a varios problemas en el curso de mi investigación, el mayor de los cuales radicaba en las dificultades y las incertidumbres ligadas a la formulación misma de la finalidad. Si desde un principio hubiera tenido claramente definidos mi objetivo y mis interrogantes,

---

* Extraído de Gerónimo de Sierra (Comp.) *Democracias emergentes en América del Sur* (México D.F.: Centro de Investigaciones Interdisciplinares en Humanidades / UNAM, 1994 [1988]), pp.59-93.

1 *Gran* São Paulo, esto es, la ciudad de São Paulo y su zona metropolitana. Cuando el texto hace referencia a São Paulo siempre incluye la zona metropolitana.

habría podido definir con mayor rigor las hipótesis y los métodos de investigación. A decir verdad, las cosas no sucedieron así. Desde un principio percibí que los nuevos movimientos revalorizaban lo cotidiano en relación con las clases populares, me dediqué a estudiar tanto los elementos que integraban el tipo de vida de ese sector de la población como la dinámica de los movimientos sociales, pero sin saber a ciencia cierta cómo orientaría mi investigación. Era un campo muy vasto, y vacilé entre las exigencias del rigor científico, el cual implica una delimitación mayor y más precisa del terreno que se va a estudiar, y los impulsos nacidos de un interés político que conducían a interrogantes de mayor alcance. Como ya dije, ignoraba en cuáles aspectos de la realidad podría descubrir mejor el significado de las novedades previamente observadas, y así por algún tiempo investigación y reflexiones consideraron aspectos muy diversos y sin conexión evidente.

He de confesar que la manera como procuré entender el significado de lo que estaba aconteciendo, a través de los movimientos sociales de São Paulo, exigió un largo recorrido intelectual que emprendí sin saber, al principio, de qué se trataba. Me guiaron mis propias interrogantes, las cuales, Inicialmente, no tenían bien definidos sus contornos y, por lo tanto, no podrían configurar "el objeto de la investigación", tal como apareció posteriormente en plena jornada.

Por fin, casi simultáneamente, se delinearon con mayor claridad el objeto, las interrogantes y la ruta de 1ª investigación. El objeto se definió en tomo de las nuevas características de los movimientos sociales de la década del setenta. Los temas centrales se inician interrogando sobre las formas mediante las cuales los movimientos sociales abrieron nuevos espacios políticos, reelaborando temas de la experiencia cotidiana. ¿Cómo ocurrió todo pilo? ¿Cuáles son los problemas, implicaciones y consecuencias que de ahí se derivaron?

Al observar la forma de proceder de esos movimientos, caemos en la tienta de que se realizaron en una especie de prolongación del espacio político. Rechazando la política tradicionalmente instituida y politizando cuestiones de lo que es cotidiano en los sitios donde se trabaja o donde se habita, "inventaron" nuevas formas políticas. Ahora bien, la historia de los movimientos sociales no se reduce a su historia interna. Los trabajadores no son meramente resultado de sus propias acciones, sino también de su interacción con otros agentes. La "política reinventada" de los movimientos tuvo que enfrentarse a la "vieja política" aún dominante en el sistema estatal. ¿Cómo incidían los movimientos sociales de los trabajadores en el sistema de poder establecido? ¿Cómo se determinan recíprocamente los diversos agentes políticos en el escenario público ya transformado? Esas cuestiones se planteaban acaloradamente en los años ochenta. A mi modo de ver, la

comprensión de las potencialidades de los movimientos sociales exige que se consideren los procesos que las constituyeron en la década anterior.

IDEAS Y PREGUNTAS

IMPACTO DE LO NUEVO

Al presentar una comunicación al *IV Encuentro Regional de Historia de São Paulo*, efectuado en 1978, el historiador Kazumi Munakata afirmó que "el acontecimiento político más importante del primer semestre del presente año no fue la postulación del general Figueiredo para presidente de la República y la consiguiente crisis en los círculos militares; tampoco la aparición de la candidatura disidente del senador Magalhaes Pinto; tampoco la formación del Frente Nacional de Redemocratización. En realidad, el acontecimiento político más importante fue la aparición súbita del movimiento huelguista que, iniciado en el corazón del ABC (SP), rápidamente se extendió por los grandes centros industriales del estado, envolviendo, hasta el día de hoy, a centenares de millares de trabajadores" (Munakata, 1980: 61). En el momento en que escribo esto, nueve años después de aquellos sucesos; después de que el general Figueiredo dejó el poder y volvió a su casa; cuando la transición de un régimen militar a uno civil ya parece haber recorrido las etapas decisivas con el gobierno de la "Alianza Democrática"; cuando nada queda ya del "Frente Nacional de Redemocratización"; cuando el movimiento obrero ni siquiera logró verdaderos cambios en las esferas de la política salarial, de la libertad sindical, del derecho a la huelga (como hubiera sido de esperar puesto que habían surgido nuevos actores en el escenario político), la afirmación de Kazumi, atrevida en aquella época, hoy corre el riesgo de parecer banal. Con todo, es preciso que nos situemos en aquel momento para poder apreciar las proporciones de esa osadía. Bastaría considerar su empeño por polemizar sobre el lugar concedido al movimiento obrero en las representaciones dominantes. El ejemplo más obvio: en los medios de comunicación masiva, las noticias sobre las huelgas aparecían en las secciones dedicadas a la economía o en las páginas que se ocupaban de los sectores de la producción donde ocurrían las huelgas.

Es muy probable que en la historia política del Brasil el período 1978-1985 (consiguientemente, entre las huelgas del ABC y la victoria de Tancredo Neves en el Colegio Electoral), quede como el momento decisivo en la transición a una forma nueva de sistema político. A su vez, este nuevo sistema político está condicionado por significativas alteraciones en el conjunto de la sociedad civil. Entre las rupturas, inevitables en cualquier transición, una de las más impresionantes que estamos describiendo es, sin duda, la que atraviesa la historia

del movimiento obrero, o de las "clases populares" o de los "sectores oprimidos". (Estas mismas vacilaciones en tomo de la nomenclatura, presentes en la interpretación de los hechos, indica ya una novedad en la forma como aparecieron y que no se acomodaba a las denominaciones empleadas antes.) Quienes intervenían en el campo social o lo interpretaban, en el propio calor del momento comprendieron que algo nuevo aparecía en la historia social del país, cuyo significado, por lo pronto, no se captaba inmediatamente con facilidad.

La novedad que emergió en 1978 fue en primer lugar anunciada mediante imágenes, relatos y análisis acerca de grupos populares muy diversos que irrumpían en el escenario público reivindicando sus derechos, comenzado ante todo por el derecho a reivindicarlos. El impacto de los movimientos sociales en 1978 condujo a una revalorización de prácticas sociales presentes en la vida popular cotidiana, oscurecidas por las modalidades dominantes de su imagen (Paoli, 1964). En esta forma se redescubrieron movimientos sociales desde su gestación en el transcurso de los años setenta. Fueron considerado' entonces por su lenguaje, por los sitios donde se manifestaban, por los valores que profesaban, como indicadores del surgimiento de nuevas identidades colectivas. Tratábase de una novedad en el terreno de lo real y en las categorías de la representación de lo real. Absorber el impacto de esta realidad llevaría tiempo. Mis investigaciones y reflexiones sobre esos acontecimientos forman parte de un movimiento intelectual que tiende a comprender su significado.

Para comenzar a identificar mi demanda, me permito retomar uno de aquellos momentos en que los nuevos actores comenzaron a ocupar los espacios públicos.

En la soleada mañana del 1 de mayo de 1980, la gente que había comenzado a llegar al centro de São Bernardo para conmemorar esa fecha, se topó mil la ciudad ocupada por ocho mil policías armados, con órdenes de impedir cualquier concentración. Desde las primeras horas del día las vías de u (eso estaban bloqueadas por comandos policiales que revisaban ómnibus, camiones y automóviles que se dirigían a la ciudad metalúrgica. Durante la mañana, en cuanto un helicóptero sobrevolaba los locales previstos para las manifestaciones, vehículos de asalto de diversos tipos hacían ver que las fuerzas del orden se aprestaban a imponer medidas represivas. Todo ello se debió a que en aquel Día del Trabajo cumplía un mes la huelga declarada por los obreros metalúrgicos de ese centro, lo cual hizo que el jefe del Servicio Nacional de Información prometiera que "doblegaría" a la "república de San Bernardo". Así lo que pudo haber sido meramente una desavenencia sobre cuestiones salariales se convirtió en enfrentamiento político que polarizó a la sociedad. Por solidaridad con la huelga se

formaron comités de apoyo en fábricas y barrios del gran São Paulo. Pastorales de jerarcas de la Iglesia, parlamentarios de la oposición, la Barra de Abogados, sindicatos, artistas, estudiantes, periodistas, profesores, consideraron la huelga del ABC como expresión de la lucha democrática en curso. No tardó la respuesta: fueron intervenidos los sindicatos promotores de la huelga y enviados a la cárcel 12 de sus dirigentes. Además, agentes de los servicios de seguridad aprehendieron a miembros de la Comisión de Justicia y Paz y a personas que militaban en la oposición.

Pocos minutos después de las 9 horas, el obispo S. E. Claudio Humes principió una misa en la iglesia de la Matriz a la que asistieron tres mil personas, en un ambiente tenso, pues se preguntaban qué iría a pasar cuando se iniciara el programado y ya prohibido desfile. En las calles cercanas daban vueltas pequeños grupos que intercambiaban señales y ocultaban sus banderolas. De repente cundió el rumor de que la policía militar había comenzado a dispersar a los manifestantes que se encontraban frente al templo. Algunos respondieron lanzando piedras. Se condujo al interior de la Matriz a dos obreros lesionados. Entre los parlamentarios presentes, el senador Teotonio Vilella procuró convencer al coronel Braga, jefe de la operación militar, para que desalojara la plaza. El coronel insistía en que solo permitiría el acceso a quien, portador de un megáfono, anunciase que se había cancelado la manifestación. Hasta que a las 10:30 horas el coronel recibió órdenes de Brasilia para que evitase enfrentamientos de alcance imprevisible y permitiera la concentración. La noticia se difundió rápidamente, y los pequeños grupos comenzaron a congregarse. Hasta entonces no se habían dado cuenta los participantes de que constituían una multitud impresionante, calculada en 120 mil personas, la mayor desde la implantación del régimen militar.[2]

La maravillosa sorpresa que produjo la inmensa dimensión de aquellos pequeños grupos una vez reunidos, consolidó una imagen que evocan quienes vivieron esos sucesos cada vez que hablan de los movimientos sociales de la década pasada. En narraciones contenidas en documentos pastorales de la Iglesia aparece una infinidad de pequeños grupos comunitarios que se reunieron en una "*caminhada*". No se debe a la casualidad que el cántico de Vandré entonado aquella mañana de mayo, desde la salida de la plaza de la Matriz hasta el estadio de Vila Luclides, quedase incorporado como pieza obligatoria

2 Ver *Veja*, 7 de mayo de 1980; *Isto É*, 7 de mayo de 1980; *Movimento*, 5 al 11 de mayo de 1980; *Em Tempo*, 1 al 14 de mayo de 1980; y la observación (naturalmente participante) del autor.

a los ritos de la época de la resistencia,[3] En aquella manifestación la lucha social aparece en la forma de pequeños movimientos que, en un momento dado, convergieron e hicieron surgir un sujeto colectivo con visibilidad pública. Lo acontecido el 1 de mayo de 1980 parecía resumir la historia de todo un movimiento social que aquel día mostraba su cara al sol.

La imagen viva del surgimiento de un sujeto colectivo, como afirmación de los sectores sociales hasta entonces excluidos del escenario oficial, fue después conformada por testimonios que enfocaron la atención en personajes nuevos que abandonaban las rutas preestablecidas. Haciendo a un lado choques de intereses encontrados, las diferentes interpretaciones mostraban que el conflicto fabril había superado el contexto sindical, y que, expresando una disposición colectiva de autoafirmación, había abierto un espacio nuevo para la expresión política de los trabajadores.

DOS IMÁGENES

Por lo que a mí se refiere, inicié mi estudio preguntándome sobre el significado y alcance de los cambios observados en el comportamiento de las clases populares en la vida política del país, especialmente en São Paulo.

Partí de algunas cosas que me parecían evidentes: los votos obtenidos por el MDB en las elecciones a partir de 1974, la difusión de las características de los movimientos populares en los barrios de la periferia del *Gran* São Paulo, la formación del llamado "Movimiento del Costo de la Vida", el aumento de las corrientes sindicales de protesta contra la estructura ministerial tutelar, la aparición de las comunidades de base, la formación del Partido de los Trabajadores

---

3 El canto a que nos referimos se titulaba "Para nao dizer que na falei de flores", pero se popularizó con el nombre de "Caminhando" (Caminando). La composición, obra de Gerardo Vandré, se presentó en el Festival de la Canción de 1967, en Río de Janeiro, e inmediatamente se convirtió en uno de los himnos de protesta de aquellos años. El estribillo dice: "Ven, vamos ya, enhorabuena; esperar no es lo mismo que saber. Quien sabe actuar, no espera a que las cosas sucedan". Va acompañado de las siguientes estrofas:
"¡Ha!, soldados armados, amados o no, / Extraviados casi todos, con las armas en la mano. / En los cuarteles aprenden una antigua lección. / A morir por la patria y a vivir sin razón. / En escuelas, calles, campos y edificaciones. / Todos somos soldados, armados o no / Caminando y cantando, en pos de la canción. / Todos somos iguales, abrazados o no. / Los amores en la mente, por la vereda las flores; / La certeza en la frente y la historia en la mano. / Caminando y cantando, en pos de la canción, / Aprendiendo y enseñando una nueva lección".
Desde principios de los años setenta, el régimen militar prohibió "*Caminhando*". Los grupos comunitarios lo adoptaron como expresión de su resistencia.

serían manifestaciones de un movimiento colectivo de protesta contra el orden social vigente.[4]

Todos esos acontecimientos producían una imagen que contrastaba marcadamente con aquella comúnmente aceptada sobre los trabajadores. Para aclarar dicha imagen sencillamente aprovecharé algunas referencias recogidas sin dificultad. Principiaré con palabras del superintendente general de la *Fiat* de Brasil, pronunciadas a principio de los años setenta: "La disciplina, la dedicación al trabajo, el entusiasmo de los obreros brasileños contrastan profundamente con las agitaciones y convulsiones que afligen en la actualidad a todos los países desarrollados del área capitalista".[5]

Este cuadro idílico provendría de la integración de los trabajadores al orden social. A cambio de su dedicación, los trabajadores estaban disfrutando de las ventajas del bienestar. Esto es lo que aparece en un reportaje publicado en varios números del *Jornal do Brasil* en 1976, citado por J. F. Rainho:

> más preocupado por tener comodidades en una casa de su propiedad, sustituyendo con el televisor las asambleas libertarias y propagandísticas que él mismo [sic] organizaba a principios de siglo, el obrero brasileño de hoy en día se ha incorporado a la sociedad de consumo y ya no piensa como los pioneros italianos, por lo general anarquistas, que trabajaron en las fábricas hasta 1930, y que se enorgullecían de su papel en la historia. (Naumanne Pinto & Caravaggi, 1976; citado por Rainho, 1980: 13)

La ligereza de esas generalizaciones no merece un comentario. Lo que interesa es que esa representación o imagen de pasividad y conformismo se asienta en una tradición muy arraigada en el pensamiento político brasileño, como montaje histórico de un paradigma que define los parámetros a través de los cuales se concibe la forma de ser de los trabajadores. Desde Oliveira Vianna, la heterogeneidad interna, la dispersión y un comportamiento atomizado de los obreros, que expresa una incapacidad para universalizar sus objetivos, se verían determinados por las características propias de la formación histórica de la sociedad brasileña, de su Estado y de su industrialización. Se consideraron los resultados de las experiencias históricas como hechos determinados por la propia estructura social. Es ahí donde cristaliza la imagen de una clase incapaz de acción autónoma (Paoli, Sader & Tellos, 1984; Paoli & Sader, 1986).

---

4 Acerca del significado de las elecciones, consúltese B. Lamounier y F. H. Cardoso (1978); y B. Lamounier (1980). Los demás aspectos se tratarán en páginas siguientes.

5 Citado en las "Resoluções do 1° Congresso dos Metalúrgicos de São Bernardo do Campo", 1974.

Las derrotas sufridas por el movimiento obrero en 1964 y 1968, en primer lugar, reforzaron la imagen de impotencia. Durante algún tiempo, el trabajo de F. Welfort sobre las huelgas de Osasco y Contagem —donde afirma que "el movimiento obrero no debe considerarse solo como algo que depende de la historia social sino también como sujeto de su propia historia" (Weffort, 1972: 10)— quedó un tanto olvidado en lo referente a las causas de esos movimientos. A fin de cuentas, la consolidación del régimen militar a principios de la década se hizo tras la pulverización y el silencio impuesto a los movimientos sociales. En los relatos e interpretaciones de esos días no encontramos casi nada sobre los procedimientos que aplicaban los trabajadores. En una sociedad impulsada por los ritmos de la acumulación de capitales, ocupan una posición dominante los discursos de los economistas en los cuales los obreros solo aparecen como factores de la producción. Como ejemplo muy claro de la desaparición de los obreros en los discursos de la época, recuerdo un libro valiente intitulado *A industria automovilística e a 2ª. Kamlucao Industrial no Brasil,* por el empresario Ramiz Gattá, quien logró hablar de todo lo referente a esa gesta —orígenes del ramo, papel de los diferentes gobiernos, vicisitudes de la política bancaria, debates públicos con "círculos antiindustriales", fundación de la ANFAVEA, discusiones en la FIESP, divergencias con los agricultores, sin sentir la necesidad de dedicar alguna de sus 500 páginas, a hablar de los trabajadores—.

Entre tanto ocurrieron cambios decisivos a lo largo de la década, pero a través de mudanzas progresivas tan sutiles que llevaría bastante tiempo mostrarlas en su totalidad. En pequeños actos, hasta entonces considerados insignificantes o reiteración de una situación de impotencia, comenzaron a percibirse nuevas connotaciones. Manifestaciones incapaces de incidir en la institucionalidad estatal —antes interpretadas como signos de inmadurez política— comenzaron a valorizarse como expresión de resistencia, autonomía y creatividad. Creo que esos cambios constituían un efecto retardado y más profundo de las derrotas de los años sesenta. Expresaban una crisis en los hitos políticos y analíticos que delimitaban los conceptos sociales sobre el Estado y la sociedad en nuestro país. En el marco de esa crisis, los intelectuales (académicos o militantes) dejaron de considerar el Estado como enclave o instrumento privilegiado de los cambios sociales y comenzaron a enfatizar cierta polarización —a veces maniquea— entre sociedad civil y Estado. De nuevo recurro a Weffort:

> La decepción, más y más generalizada, en lo referente al Estado, a partir de 1964, pero sobre todo después de 1968, abrió el camino para descubrir la sociedad civil. En realidad, el descubrimiento de que en política contaban

> otras cosas, además del Estado, principió con los hechos más sencillos de la vida de los perseguidos. En los momentos más difíciles, tuvieron que valerse de quienes se encontraban a su alrededor. Ya no había partidos a los que se pudiera recurrir, ni tribunales en los que se pudiera confiar. En la hora difícil, el primer recurso lo ofrecía la familia, después los amigos y en algunos casos también los compañeros de trabajo. Si había alguna probabilidad de defenderse, convenía contar con la ayuda de un abogado valiente, por lo general un joven recientemente recibido que hubiese hecho política en la Facultad. ¿De qué hablamos aquí, si no es de la sociedad civil, aún en el estado "molecular" de las relaciones interpersonales? La Iglesia Católica era la iónica institución con fuerza suficiente para acoger a los perseguidos". (Weffort, 1984: 93)

De esa experiencia tensa del "terror de Estado", es que Weffort deriva la elaboración de la sociedad civil y la alteración del propio modo de abordar las cuestiones políticas:

Queríamos tener una sociedad civil, precisábamos de ella para defendemos del Estado monstruoso que teníamos enfrente. Eso significa que si no existiese tendríamos que inventarla. Si resultaba pequeña habría que agrandarla [...] Evidentemente, cuando aquí hablo de "invención" o de "engrandecimiento" no tomo esos términos en el sentido de propaganda artificiosa. Los tomo como signos de valores presentes en la acción política, que le conferían sentido exactamente porque la acción buscaba convertirlos en realidad (Weffort, 1984: 95).

Nos encontrábamos en esos momentos de crisis en los que se modifican las propias interrogantes y los puntos de vista desde los cuales la propia sociedad se cuestiona. En eso consiste la "invención" de que habla Weffort, apuntando al campo de las experiencias vividas de donde brotan las especulaciones teóricas. Es por la experiencia de cerramiento del Estado que este dejó de ser visto como parámetro en el cual se medía la relevancia de cada manifestación social.[6] Comenzaron a surgir cuestionamientos sobre las potencialidades de los movimientos sociales que solo podrían desenvolverse fuera de la institucionalidad estatal. Como dice Weffort, ya no es un movimiento exclusivamente intelectual. Las ideas corresponden aquí —esto es, manifiestan tanto como producen— al surgimiento de los nuevos modelos de prácticas colectivas. Esta nueva valorización de la "sociedad civil" expresaba una alteración de posiciones y significados en la sociedad, que se presentaban tanto en las categorías de pensamiento como en las orientaciones de las acciones sociales.

Si examinamos las ideas formuladas sobre las prácticas y condiciones de existencia de los trabajadores, percibiremos una significativa

6 Véase la tesis de posgrado de Vera Silva Telles (1984).

diferencia entro las representaciones elaboradas a principios de los años setenta y las hechas al finalizar esa década. En la primera mitad de los años setenta, se veía a las clases trabajadoras completamente subyugadas por la lógica del capital y por la dominación de un Estado omnipotente. Divididas por la competencia en el mercado del trabajo y por las estrategias empresariales,[7] atomizadas por su situación de migrantes rurales que pierden sus referencias culturales en la metrópoli (Berlinck, 1977; Rodrigues, 1974; Menezes, 1976), despolitizadas por la acción de un Estado que hace a un lado o reprime los mecanismos de representación (Cardoso, 1977), enajenadas y masificadas por los medios de comunicación (Chucid, 1977; Sodré, 1981). Incluso sus estrategias de sobrevivencia aparecían en función de la proliferación capitalista: la autoconstrucción, mecanismo por el cual la población más pobre resolvía su problema habitacional, abarataba el costo de reproducción de la fuerza laboral, permitiendo rebajar los salarios reales (Oliveira, 1972). El aprendizaje profesional, a través del cual las familias de los trabajadores concebían un ascenso social o simplemente se protegían en un mercado laboral altamente competitivo, al convertirse en un proceso generalizado terminó disminuyendo los salarios reales de los obreros calificados (Romanelli, 1978; Paiva, 1980). Estas observaciones, hechas en el campo de las ciencias sociales —sobre los hábitos sociales de los trabajadores, determinados o subsumidos por la lógica del capital y de su Estado—, corresponden a lo registrado sobre declaraciones de obreros y militantes.

A finales de la década, varios textos comenzaron a describir la irrupción de los movimientos laborales y populares que surgían con la marca de autonomía, de protesta contra el orden establecido. Era el "nuevo sindicalismo" que pretendía ser independiente del Estado y los partidos; eran los "nuevos movimientos de los barrios" que se constituyeron en un proceso de auto-organización, que reivindicaban, derechos sin intercambio de favores como antes se acostumbraba (Telles, 1981; Bava, 1980; Singer & Brant, 1980; Evers, 1982); era el surgimiento de una "nueva sociabilidad" en asociaciones comunitarias, en donde la solidaridad y la autoayuda se contraponían con la marca a los valores de la sociedad inclusiva (Singer & Brant, 1980; Boff, 1979; Perani, 1978; Frei Betto, 1981); eran los "nuevos movimientos sociales" que politizaban espacios antes silenciados en la esfera privada (Paoli, 1985). De donde menos se esperaba parecían surgir nuevos sujetos colectivos, que creaban su propio espacio y requerían nuevas categorías para ser inteligibles (Paoli, 1982).

---

7 Consúltese E. Bacha (1976); M. Conceicao Tavares (1974); P. Singer (1972); F. Oliveira (1972).

Todo ello exige una discusión más amplia. Sin embargo, para la finalidad de este capítulo en el cual procuro exponer las circunstancias y características de la configuración del tema de mi estudio, basta con esa descripción para comprender por qué, a medio camino de la primera formulación, caí en la cuenta de que me hallaba delante de una transición entre modelos de legitimación del orden hacia otros de contestación, y que, en esa forma, era incapaz de dar cuenta del fenómeno. No me encontraba simplemente frente a un movimiento de ruptura de los modelos de legitimación del orden. Incluso porque ni esa protesta estaba muy generalizada ni tampoco lo había estado la legitimación. Yo me encontraba, sí, frente a un surgimiento de una nueva configuración de las clases populares en el escenario público. Es decir, no solo en comparación con los modelos de principios de la década, sino también —y sobre todo— con los períodos históricos anteriores, el final de los años setenta presenciaba el surgimiento de una nueva configuración de clase. Por los sitios donde se constituían como sujetos colectivos; por sus temas, valores y lenguaje; por las características de las acciones sociales en cuyo seno se movían, se anunciaba la aparición de un nuevo tipo de expresión de los trabajadores, que podría ser contrastado al tipo libertario[8] de los primeros decenios del siglo, o frente al tipo populista posterior a 1945. La investigación tendría que dar cuenta de la naturaleza de esa nueva configuración.

DE LAS ESTRUCTURAS A LAS EXPERIENCIAS

Al preparar en su primera forma el proyecto de esta investigación experimentaba insatisfacción con lo que me parecían modos dominantes de los procesos de reproducción social. En una vertiente, la reproducción social parecía asegurada por la coerción del Estado militar; en la otra, por los automatismos económicos de la acumulación capitalista; y, en una tercera vertiente, por la alienación ideológica producida en las clases dominadas. En todos esos casos, los actos de las clases sociales aparecen como simples actualizaciones de estructuras previas. Consiguientemente, por permanecer sencillamente pasivas ante los mecanismos de renovación del orden, las alteraciones de este último también tendrían que ser explicadas por las alteraciones de los mencionados mecanismos estructurales. En ese contexto, tenía mucho sentido la misma idea de constitución de sujetos colectivos desempeñando algún papel creador en los procesos históricos.

---

8 Para una exposición del tipo libertario, véase A. Simao (1976); B. Fausto (1976); F. Foot Hardman (1986). Acerca del tipo populista, consúltese L. M. Rodrigues (1966); F. Weffort (1975).

En la descripción de una crisis de la sociología clásica, que Alain Touraine presenta en su libro sugerentemente intitulado *Le retour de Vacteur,* percibimos una problemática similar. Según Touraine, la sociología se constituyó como un modelo de análisis de la vida social en el cual el sistema social parece conducido por un movimiento que va de la tradición a la modernidad, de la fe a la razón, de la reproducción a la producción, de la comunidad a la sociedad. Ese modelo entraría en crisis a consecuencia de acontecimientos históricos que destruían la creencia en una evolución que armoniza el orden y el progreso. Sin pretender exponer en toda su amplitud el raciocinio del autor, apunto la importancia que él asigna a la relación entre actor —o sujeto— y sistema:

> El aspecto más importante de la sociología clásica consiste en que, creando grandes conjuntos históricos portadores de sentido en ellos mismos, los reducía al análisis de la acción social y los convertía en investigación sobre la posición del actor (sujeto) en el sistema. Por otra parte, ve en toda situación el resultado de relaciones entre los sujetos, definidos por sus orientaciones culturales y por sus conflictos sociales. (Touraine, 1984: 35)

Ahora bien, al observar las características de los movimientos sociales que se presentaron en São Paulo en los años setenta, caemos en la cuenta de que difícilmente pueden explicarse por la exposición de las "condiciones dadas", provenientes del sistema social: los modelos de la acumulación capitalista, el desarrollo urbano (o la crisis del mismo) y la forma del Estado. Partiendo de las condiciones del llamado "milagro brasileño", con la superexplotación de muchos y las ventajas de unos pocos, no es posible deducir ni los cambios en el comportamiento sindical, ni las motivaciones presentes en las comunidades de base, ni la aparición de amas de casa de la periferia urbana en las movilizaciones de los barrios (como de hecho sucedió), ni tampoco ninguna de las tendencias presentes en la acción de las clases sociales.

A decir verdad, siempre es posible relacionar los procesos sociales concretos con las características "estructurales", pero ese procedimiento no añade absolutamente nada a la comprensión del fenómeno. A lo sumo proporciona una apariencia de seguridad teórica al situar un caso particular dentro de un esquema interpretativo ya consagrado. Tomemos, por ejemplo, los clubes de madres de familias que se popularizaron en el *Gran* São Paulo en el transcurso de los años setenta. Se les puede considerar y "explicar" como expresión de contradicciones generadas por el capitalismo "en las circunstancias brasileñas", como respuesta popular a las carencias sociales dictadas por los modelos de desarrollo vigentes, por la ausencia de canales institucionales de manifestación. Así quedan reducidos al campo general

de las "luchas de un sector de la clase trabajadora en defensa de las condiciones de reproducción de la fuerza laboral". El único problema está en que, en ese proceso, desaparecen las características singulares que más llaman la atención si nos dedicamos a examinar el fenómeno en toda su originalidad. En el caso de marras, los modelos comunitarios, una formulación particular de las nociones de justicia y derecho y la aversión por lo que se considera política, por vía de ejemplo, aparecen como simples "rasgos coyunturales" de un proceso histórico siempre igual.

La imposibilidad de percibir la naturaleza de los nuevos movimientos sociales a través de un análisis centrado en las llamadas determinaciones estructurales, quedó de manifiesto después del estudio pionero de María Herminia T. Almeida sobre el nuevo sindicalismo (Almeida, 1975). Detectó que estaba ocurriendo algo nuevo en el sindicalismo, especialmente en el *Sindicato dos Trabalhadores nas Industrias Metalúrgicas de São Bernardo*. Fijó la atención en la estructura productiva de las industrias, a fin de analizar la organización sindical moldeada por la CLT. Se comprobó que las transformaciones en la base productiva no estuvieron acompañadas de una adecuación en la legislación sindical, y que se provocó una crisis en el sindicalismo. En las industrias modernas, de donde surgen las temáticas nuevas, surge también un nuevo sindicalismo. Luego, después de referirse brevemente a los puntos programáticos de esa nueva corriente sindical, saca una conclusión sobre su orientación ideológica: "En resumen, parecería que la ideología de esa nueva corriente sindical se aproximaría al 'sindicalismo de los negocios' [...] norteamericano: combativo, 'apolítico'", sólidamente (Almeida, 1975: 73) enclavado en la empresa, técnicamente preparado para enfrentarse a los problemas generales y específicos de sus representados, y resolverlos.

La fuerza de tal orientación provendría de que en ella se encuentra "un proyecto organizativo y político-sindical más en armonía con los intereses del sector 'moderno' de los asalariados fabriles" (Almeida, 1975: 71).

La trayectoria del sindicalismo metalúrgico de São Bernardo refutó oso pronóstico de María Herminia Almeida,[9] mostrándose muy diferente al pragmatismo "apolítico" del "sindicalismo de negocios" norteamericano. Pero, lo que más nos interesa ahora es buscar los puntos de su elaboración que la llevaron de un análisis tan cuidadoso de las relaciones entre estructura industrial y legislación sindical, a

9 Cabría decir lo mismo que antes dijo J. Humprey, cuando trabajaba en una caracterización del sindicalismo de São Bernardo, que parecería confirmada por su desarrollo. Véase J. Humprey, *op. cit.*

una tan deficiente caracterización de las orientaciones de los agentes sociales que intervenían en ello.

Creo que el problema central radica en el modo en que utiliza la noción de "intereses". Dice que el proyecto de aquella corriente sindicalista correspondía a los "intereses" del sector moderno de los asalariados fabriles, haciendo a un lado cualquier análisis específico sobre los valores asumidos por tales agentes. Esto equivale a decir que los intereses se derivan naturalmente de las características de las industrias donde se les empleaba. En ese caso sería inexplicable la diversidad de orientaciones entre las corrientes sindicales asentadas en sectores industriales con estructura productiva similar.

También en los primeros estudios sobre los movimientos sociales urbanos predominaban las explicaciones que atribuían las características de la combatividad y de la autonomía con que surgían, a los meros modelos de acumulación capitalista en el país. Obligado a intervenir directamente en la producción, el Estado perdía toda su ambigüedad y se quitaba la máscara. Un Estado incapaz de asegurar las condiciones necesarias para la propia reproducción de la fuerza de trabajo aparecía como ajeno —después se le consideró enemigo— a los movimientos sociales con que los trabajadores buscarían defender esos intereses rechazados.[10]

Ese tipo de interpretaciones ya se había enfrentado con las dificultades puestas de manifiesto por el propio curso del proceso político en el país. Con la instauración del régimen civil de la "Nueva República", el Estado continuó desempeñando un papel decisivo en la acumulación capitalista, pero difícilmente podría afirmarse que estuvo libre de toda ambigüedad y de toda máscara. Ahora bien, si se habla de ambigüedades y máscaras es preciso hablar de los *procesos de atribución de significado* y del *mundo simbólico* que definen hechos sociales en esos términos. Una vez establecido que las características políticas se derivan directamente de factores económicos, el analista las naturaliza, con lo cual se pierde la dimensión de lo que los antropólogos han denominado "enorme plasticidad del organismo humano"; o sea, la vasta gama de respuestas posibles delante de una misma solicitación previamente dada.[11] También podríamos, volviéndonos a

---

10 "La 'debacle' del populismo no es sino la disolución de la ambigüedad del Estado, determinada por el movimiento de centralización del capital. El Estado se convierte en el principal productor, de donde se sigue la imposibilidad de seguir disimulando su carácter represor y opresor" (Oliveira, 1977: 1903). Una aplicación de esa tesis, en forma muy particular al análisis de los movimientos sociales urbanos, se encuentra en J. Álvaro Moisés (1979). Ese tipo de explicación predominó en los primeros estudios sobre movimientos sociales urbanos en el Brasil.

11 En forma más particular la investigación etnológica cuestiona las ideas acerca

los sociólogos, referimos a los estudios de Max Weber sobre los tipos de dominación legítima, donde precisamente la legitimidad de la dominación (o sus ambigüedades, o bien sus máscaras) no está dada por sí misma, sino por el sentido que tiene para los agentes sociales implicados" (Weber, 1944).[12] Finalmente, en el campo del marxismo, podríamos referimos a los estudios de Gramsci sobre los mecanismos de la hegemonía, por la cual una clase dominante obtiene el consentimiento de los dominados (Gramsci, 1968).

El hecho es que, pretendiendo explicar movimientos sociales mediante determinaciones estructurales, los analistas llegan a insolubles callejones sin salida.

A uno de esos entraron quienes, deseando hablar de "autonomía" de los movimientos sociales, la presentaban como consecuencia de la estructura política y económica. Tales movimientos serían autónomos porque, buscando las condiciones necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo, encontraban un Estado que se anteponía inflexiblemente a esos intereses. Aun cuando una explicación así pudiese dar cuenta de la realidad empírica observada (de lo cual puede dudarse), la noción misma de autonomía vinculada a todo ello quedaba bastante mutilada. Sería una autonomía frente al Estado (aunque en ese caso sería preferible hablar de "antagonismo"), si bien no habría ninguna autonomía en el sentido de papel creador en la historia.

Otro de los callejones sin salida se encuentra en la idea de las "condiciones necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo", que necesariamente no serían satisfechas debido a los modelos de acumulación capitalista. Según Marx, en cuya obra se inspiran los expositores de esa explicación de las contradicciones urbanas, las condiciones necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo se definen históricamente, correspondiendo un nivel instituido socialmente (por las luchas de clase, por la cultura) (Marx, 1946: 124). Ahora bien, ¿cómo pueden ser necesidades sociales cuando necesariamente no podrán satisfacerse? ¿Dónde se hallan constituidas en cuanto necesidades? lista paradoja ya la había observado Edson Nunes en una sugerente comunicación acerca de los estudios sobre movimientos reivindicativos urbanos (Nunes, 1985).

---

de las demandas y necesidades, pensadas en cuanto elementos naturales que deben recibir respuestas culturales. Desde Marcel Mauss, por lo menos, el conjunto de las instituciones sociales configura una totalidad que ya pertenece al dominio de la cultura.

12 Véase, dentro de esta línea, la articulación llevada a cabo por M. Lucia Montes (1981).

Una conclusión derivada de observaciones sobre esos callejones es que no se pueden deducir ni orientaciones ni formas de comportamiento de las "condiciones objetivas dadas". Tales deducciones presuponen una noción de las "necesidades objetivas" que moverían a los "actores", sin las mediaciones simbólicas que las constituyen en cuanto necesidades sociales. Quien pretenda captar la dinámica de los movimientos sociales explicándolos por las condiciones objetivas que los rodean, esquivando un análisis específico de sus características aparentes, no caerá en cuenta de aquello que los singulariza. Se le escapará, por ejemplo, lo que diferenció el liderazgo de los obreros metalúrgicos de San Bernardo de la dirección sindical de los trabajadores metalúrgicos de São Paulo, o la diferencia entre una comunidad de base y una sociedad de amigos del barrio. Esto, en definitiva, equivale a dejar escapar lo principal.

Eso mismo me llevó al estudio de los procesos de atribución de los significados, mediante los cuales una ausencia se define como *carencia* y *como necesidad,* y por los cuales, asimismo, ciertas acciones sociales se definen como en correspondencia con los intereses de una colectividad. Rehíce así el trayecto de las ciencias sociales, y me di cuenta de que su crisis se manifestaba en la pérdida de poder explicativo de los modelos globales que la habían sustentado, lo cual no implica que sean irrelevantes las aportaciones de sus creadores para el conocimiento de la vida social, incluso en sus aspectos más actuales (Touraine, 1984).

Sobre la mediación entre estructuras dadas y acciones sociales desarrolladas, expongo los puntos que me sirvieron de referencia en el estudio.

Respecto a la elaboración cultural de las necesidades, es cierto que los diferentes movimientos sociales tratados en estas páginas, desde que se encuentran en una misma sociedad, parten de una definición similar de lo que es necesario: alimentos que sacian el hambre, ropas de abrigo, significado de la vivienda, medios de transporte, descanso, etc. Es cierto que, constituyéndose en campo genérico de las llamadas clases trabajadoras, dichos movimientos se insertan en un conjunto de prácticas que pueden identificarse como luchas por la obtención de bienes y servicios que satisfagan sus necesidades de reproducción. Esto lo comparten los clubes de madres de Grajaú, los movimientos de las *favelas* de Itaquera, los miembros de los sindicatos de obreros metalúrgicos de Osasco. Aun así, el *modo* como lo hacen (el tipo de acciones que ejecutan para alcanzar sus objetivos), y también la importancia relativa atribuida a los diferentes bienes (materiales o simbólicos que reivindican), depende de una constelación de significados que orientan sus acciones.

Depende, en primer lugar, del significado de aquello que define un grupo determinado en cuanto tal, es decir de su identidad. No se trata de una supuesta identidad esencial, inherente al grupo y anterior a sus prácticas, sino de la identidad derivada de la posición que asume. Tal identidad se encuentra encamada en instituciones determinadas, donde se elabora una historia común que le da substancia, y en donde se regulan las prácticas colectivas que la actualizan. ¿Quiénes son los sujetos en cuestión? ¿Son militantes de algún partido, o miembros de una comunidad de base?

Ante todo, depende del modo como que se articulan los objetivos "prácticos" a los valores que dan sentido a la existencia del grupo en cuestión.

Pueden luchar en beneficio de un barrio, pero sin querer inmiscuirse en los conflictos políticos por respeto al orden vigente. Pueden luchar por esas mejoras a través de una movilización política que, suponen, contribuirá a la transformación de la sociedad. Pueden luchar en pro de mejores condiciones de trabajo como afirmación de una dignidad colectiva y así sucesivamente.

Depende, por último —y quizás por encima de todo— de las experiencias vividas y que quedaron plasmadas en ciertas representaciones que surgieron de ahí, se convirtieron en formas del grupo, se identificaron con él, reconocieron sus objetivos, a sus enemigos y al mundo que los rodea.

Me encontraba, por consiguiente, en situación de repensar las relaciones entre las condiciones de existencia de los trabajadores y las características tic los movimientos sociales, y recurrí al modo como E. P. Thompson concilio la constitución histórica de las clases sociales:

Las clases se constituyen a medida que hombres y mujeres *viven* sus relaciones de producción y *experimentan* sus situaciones determinantes, dentro del "conjunto de relaciones sociales" como una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar esas experiencias para darles formas culturales (Thompson: 38).

Aun cuando las personas se encuentren —de salida— en una sociedad ya estructurada de una manera determinada, la constitución histórica de las clases depende de la *experiencia* de las condiciones dadas, lo cual implica tratar dichas condiciones en el marco de las significaciones culturales que las impregnan. En la elaboración de esas experiencias es donde se *identifican intereses,* constituyendo entonces colectividades políticas, sujetos colectivos, movimientos sociales. (Sin duda, en la medida en que dichos movimientos constituyen un agente activo en la formación social, en esa misma medida la "estructura ya dada" es también producida por las interacciones y las luchas de clase.)

Al llegar aquí, finalmente retomo la cuestión del paso de una forma a otra de la configuración social de los trabajadores. ¿Cómo pensar el cambio ocurrido? Si no se puede pensar que los cambios hayan sido resultado de la acción imperiosa de una realidad independiente de la voluntad de los "actores" sociales, ¿se hallaría la fuente de los cambios o mudanza en esta voluntad? En efecto, una revalorización de los sujetos sociales, considerados como "dueños de sus acciones", constituyó un movimiento intelectual de oposición al "objetivismo" preexistente (Cardozo, 1983; Paoli, Sader & Telles, 1984; Ribeiro, 1984). Pero seguir esta trayectoria equivaldría a mantener una falsa dicotomía entre sujetos y estructuras. Ahora bien, los sujetos están implicados en estructuras objetivas de la realidad. Si consideramos que la llamada "realidad objetiva" no es algo exterior a la persona, sino que está impregnada de los significados de las acciones sociales que la constituyeron en cuanto realidad social, debemos también considerar a las personas no como soberanos indeterminados sino como productos sociales.

Cuando Castoriadis, cuya *Instituição imaginaria da sociedade* constituyó una guía básica en esta trayectoria intelectual, habló de autonomía y de indeterminación, no pretendía hacer a un lado el mundo *objetivado*. Por el contrario, dijo que la sociedad se encuentra presa "entre las coerciones de lo real y de lo racional, siempre inserta en una continuidad histórica y, por consiguiente, codeterminada por lo que previamente se encontraba ahí, trabajando siempre con un simbolismo ya dado y cuya manipulación no es libre".

Ahora bien, sostiene que, aun así, el "hacer histórico" "establece y se da otra cosa que lo que simplemente es, y que tiene en sí *significados* que no son ni reflejos de lo percibido ni simple prolongación y sublimación de las tendencias de la animalidad, ni elaboración estrictamente racional de los datos" (Castoriadis, 1982: 176-177).

Lo indeterminado no abarca, por consiguiente, todo el hacer histórico, pero sí constituye una dimensión del mismo, a través del cual una capacidad creadora de la imaginación produce nuevos significados. Esa capacidad, a la que Castoriadis denomina "imaginario radical", se realiza en la historia bajo la forma de un "imaginado" (o "imaginario efectivo"). Los sistemas de significados son los que se hallan en la base de los simbolismos de cada sociedad, de sus instituciones y de los fines a los cuales subordina su funcionalidad.

Con esas reflexiones procuré concebir las alteraciones en las prácticas colectivas de los trabajadores como una reelaboración de lo imaginario constituido, a través de nuevas experiencias, en las cuales se producen alteraciones de lenguaje y dislocamiento de significados. De ahí emanan las prácticas instituyentes.

DEL CARÁCTER DE CLASE A LAS CONFIGURACIONES SOCIALES

Son muy diversas las referencias empíricas de los estudios sobre los movimientos sociales: una categoría sindical de trabajadores, una comunidad lie base o un conjunto de comunidades, los *favelados* de una determinada lávela o de una ciudad pequeña, los habitantes organizados de un fraccionamiento clandestino, mujeres pertenecientes a los clubes de madres, o "movimiento popular" concebido como un conjunto de movimientos, etc. Luego se plantea la cuestión para elucidar las relaciones entre esos agrupamientos empíricamente dados y la conceptualización de las clases sociales. Si por una parte los estudios concretos revelan formas originales de las prácticas colectivas, a menudo encubiertas por una explicación simplificada a través de las "clases sociales", por la otra quedan por elaborar los conceptos que permitirían fundamentar esos estudios.

Una vez planteada la cuestión, a menudo se respondió con un esfuerzo estéril para insertar las nuevas realidades en los viejos esquemas. Así, por ejemplo M. Gloria Gohn, preocupada por la imprecisión de los estudios existentes, atribuyó la confusión a: "que no se especifica la naturaleza de los movimientos sociales urbanos y, por otra parte, a que no se reconoce que todo movimiento social tiene siempre un carácter de clase inscrito en su propia lógica" (Gohn, 1985: 46).

Considerando que por ahí encontraría la clave para la comprensión de esos movimientos, concluye: "Según la clase social tenemos una forma de manifestación de las contradicciones sociales, las cuales se expresan a través de diferentes formas de luchas que van a caracterizar movimientos sociales distintos" (Gohn, 1985: 49).

De acuerdo con esa concepción, los movimientos constituyen derivados de diferentes clases sociales previamente configuradas. Serían como manifestaciones de una esencia.

Yo no considero que se deba abandonar la conceptualización marxista de la existencia "objetivamente dada" de las clases sociales, a condición de que nos entendamos bien sobre el significado de esa objetividad. Si pensamos en la realidad objetiva como resultado de acciones sociales que se han objetivado —y que, por tanto, es concomitantemente exterior a los actores sociales y fruto reiterado de que sus prácticas institucionalizadas— (Berger & Luckmann, 1978), podremos pensar en la existencia objetiva de la división de clases en la sociedad capitalista como una "realidad virtual", una condición vivida y continuamente reelaborada. "Clase social" de ese tipo designa una condición que es común a un conjunto de individuos. Ahora bien, esa condición se ve alterada por el mismo modo en que es vivida. Francisco de Oliveira, estudiando la constitución de las clases e identidades

de clase en Salvador, a través de la relación entre las esferas de producción y de reproducción, observa que para tal investigación:

> es necesario, en primer lugar, atenerse a la objetividad de la división social del trabajo [...] Ahora bien, la reproducción no es simplemente el eterno retomo de la producción, pues en ese caso transformaría los resultados en reposición de lo presupuesto. La reproducción es el movimiento en el cual y por el cual la objetividad se representa. (Oliveira, 1987: 12)

La representación implica representaciones simbólicas por las cuales los agentes se reconocen, identifican a los demás y a sí mismos. Ese proceso incide necesariamente en las condiciones dadas en la esfera de la producción.

La integración de los movimientos sociales implica una forma particular de elaboración de esas condiciones (elaboración mental en cuanto forma de percibirla, pero también elaboración práctica en cuanto transformación de esa existencia). En este sentido, los movimientos sociales ejecutan cortes y combinaciones de clase, configuraciones y cruzamientos que no estaban previamente dados.

Consideremos el célebre pasaje de *Dieciocho Brumario* en el cual Marx discute la realidad de clase de los campesinos parcelarios franceses, para explicar su forma pasiva de representación, a través de Luis Bonaparte:

> En la medida en que millones de familias campesinas viven en condiciones económicas que las separan unas de otras, y oponen su modo de vida, sus intereses y su cultura a los de otras clases de la sociedad, estos millones constituyen una clase. Pero en la medida en que existe entre los pequeños campesinos a lo sumo un nexo local y en que la semejanza de sus intereses no crea comunidad alguna entre ellos, ni ningún enlace nacional, ni ninguna organización política, exactamente en esa medida no constituyen una clase. Por consiguiente, son incapaces de hacer valer sus intereses de clase en nombre propio [...] No pueden representarse, y tienen que ser representados.[13]

Se encuentran ahí dos conceptos de clase: en el primero, "objetivamente dado", se define la clase por las condiciones de existencia; en el segundo depende de la elaboración "subjetiva" de la organización de los sujetos implicados. No se trata de escoger entre los dos conceptos, sino de articularlos en cuanto que representan dos momentos indisolubles. La distinción entre los dos momentos a menudo pasa inadvertida, o bien no se *problematiza* cuando la representación subjetiva

13 K. Marx, *Os pensadores,* abril, p. 403.

aparece más próxima a la producción objetiva, como sucede en los casos en que un movimiento obrero aparece como representación de la clase obrera. En el caso de los nuevos movimientos sociales, estos no son exclusivamente de condición proletaria, la cual se halla conformada de tal modo que los contornos clasistas se diluyen.[14]

Es verdad que en la tradición marxista esa dualidad se articuló en forma muy particular: la realidad objetiva creaba una "clase en sí", y el tener conciencia de esa realidad creaba la "clase para sí".[15] Este concepto fue nítidamente expresado por dos marxistas franceses en el transcurso de los debates políticos posteriores a 1968, donde asumieron la defensa de las posiciones leninistas:

Lenin distingue cuidadosamente el sujeto teórico-histórico de la revolución (el proletariado como clase, que se deriva del modo de producción), y el sujeto político-práctico (la vanguardia que se deriva de la formación social) que representa no ya al proletariado "en sí", dominado económica, política e ideológicamente, sino al proletariado "para sí", consciente del lugar que ocupa en el proceso de la producción (Bensaid & Nair, 1969: 14).

Ahora bien, no es indispensable que la distinción entre dichos dos niveles asuma esa forma. T. Negri (1980),[16] por ejemplo, articula una "composición técnica de la clase obrera", la cual correspondería a la composición orgánica del capital, con una "composición política", la cual correspondería a su cultura y a su tradición de lucha.

La discusión sobre las condiciones impuestas por la división capitalista del trabajo social en nuestro país, tiene sin duda importancia si se desea comprender los movimientos sociales. Ahora bien, precisamente de ahí comienzan a surgir las mayores interrogantes. Lo que desafió la inteligencia de quienes se interesaban en el fenómeno fue la aparición de una nueva configuración de los trabajadores, de otra identidad social, de una nueva forma de representación colectiva. Por ello, si bien nuestra investigación procuró descubrir los elementos que conformaron la condición proletaria de São Paulo, se detuvo particularmente en el estudio de los movimientos sociales que reelaboraron esa experiencia.

He empleado con tanta frecuencia la noción de sujeto al referirme a los movimientos sociales, que ya no puedo esquivar una discusión sobre el significado de ese concepto. Pocas nociones son tan ambiguas o se hallan tan cargadas de sutilezas y malentendidos como esta. Si en

---

14 Véanse las sugerencias de F. Oliveira (1987: 116-117).

15 Esta formulación aparece en Marx (1950).

16 En esa misma línea, véase Bologna (1982).

un enunciado presupone la soberanía del "actor", en otro presupone su sujeción. En suma, de la filosofía a la lingüística, pasando por el psicoanálisis, pisamos un terreno minado, escenario de muy encendidas discusiones. No se trata aquí evidentemente, de recorrer toda la historia polémica del concepto,[17] lo que nos llevaría, por lo menos, hasta Descartes. Con todo, tengo obligación de elucidar las significaciones inherentes a los términos usados en esta exposición.

Un primer motivo para el empleo de esa noción se halla en el hecho de que los agentes de los movimientos sociales, tratados aquí, expresan una insistente preocupación por la elaboración de las identidades colectivas, como forma de ejercicio de sus autonomías. En este momento, el término aparece más como objeto de análisis que como instrumento conceptual. Así, en la famosa asamblea del Movimiento del Costo de la Vida, celebrada el 20 de junio de 1976, S. E. Mauro Morelli, obispo de la zona sur, proclamaba que "debemos ser sujetos de nuestra propia historia".[18]

Probablemente a partir de esas pláticas, de donde surgieron los movimientos, muchos escritores adoptaron el término y procuraron elaborarlo teóricamente. Demos un vistazo a este ejemplo:

J. A. Moisés, al hablar de las luchas de los obreros metalúrgicos de San Bernardo, dice: "tal vez convenga reconocer la existencia de una estrategia subyacente en esos movimientos que apuntan, precisamente, hacia la constitución de un *nuevo sujeto colectivo*. La lucha por la ciudadanía es lo que da contenido al movimiento sindical que, para afirmarse, acaba por entrar en política" Moisés (1979: 36).[19]

J. C. Petrini, al describir el desenvolvimiento de una comunidad de base, afirma: "Así comenzó el lento proceso de la agregación popular [...] que constituyó a esas personas como *sujeto popular*, con identidad propia, progresivamente conquistada, con conciencia de compartir una historia similar, problemas y esperanzas comunes, los mismos valores, y también un destino común" (Petrini, 1984: 89).

L. Boff, caracterizando el proceso de constitución de comunidades, escribe: "la masa, mediante las asociaciones, se transforma en *pueblo* que comienza a recuperar su perdida memoria histórica, elabora una conciencia de su situación de marginalización, elabora un proyecto de su porvenir e inaugura prácticas de movilización para mudar la realidad circundante".

---

17 Pude comprender mejor algo sobre el tema, gracias sobre todo a las notas de un curso de Marilena Chauí sobre "A morte da consciencia na filosofía contemporánea".

18 Ver *Cademos do CEas,* Nº 45, 1976.

19 Itálicas mías.

En la página siguiente, refiriéndose al mismo proceso, añade: "se construyó sobre la participación de todos, con fuerte presencia del pueblo organizado, un *nuevo sujeto histórico* emergente en la sociedad y en la Iglesia" (Boff, 1986: 58-59).

S. Caccia Bava, refiriéndose a una pluralidad de prácticas de los trabajadores que habían constituido diversos movimientos sociales, afirma: "La articulación de esos nuevos espacios públicos, el intercambio de experiencias y la creación de nuevos valores entre los trabajadores a través de estos procesos de movilización, colocan como posibilidad histórica la expresión independiente y autónoma de los trabajadores y de su constitución en cuanto *sujeto político*" (Caccia Bava, 1983: 9).

Heloisa Martins se refiere al programa de trabajo del CEDI (Centro Ecuménico de Documentación e Información): "orientado a la reconstrucción de las luchas obreras en la región del ABC, con el objeto de colaborar en la construcción de un nuevo sujeto histórico" (Martins, 1987: 15).[20]

E. Tilman Evers, discutiendo el significado de los nuevos movimientos sociales, observa: "lo que puede tener pertinencia práctica para los movimientos sociales actuales son los primeros y tímidos pasos hacia su transformación en sujetos de su propia historia" (Evers, 1984: 18).[21]

Encontramos variaciones en el empleo del concepto: en algunos casos se refiere a capacidad de expresión en el plano de la política, pero en otros, no. Variaciones en su relación con los hechos empíricos que lo mismo denomina agrupamientos bien delimitados que "pueblo" en cuanto categoría histórica. Una característica común es que la noción de "sujeto" se presenta asociada a un *proyecto*, partiendo de una realidad cuyos contornos no están plenamente dados, y en cuyo devenir el propio analista proyecta sus perspectivas y formula sus retos. Otra característica común, vinculada a la anterior, es la connotación con la idea de autonomía, como elaboración de la propia identidad y de proyectos colectivos de cambio social partiendo de las propias experiencias.

En última instancia (Oliveira, Velloso & Gomes, 1982), la constitución de cualquier colectivo, en cuanto sujeto, no implica su autonomía. Tenemos varios ejemplos de sujetos colectivos constituidos a través de identidades que se les atribuyeron. Podemos considerar así la identidad de los trabajadores formada por el *getulismo*. Aquel vasto movimiento social ciertamente se constituyó en actor social con incidencia en el escenario político; mientras que los modelos a través de

20 Itálicas mías.

21 Itálicas mías.

los cuales se representaba expresaban su subordinación a un proyecto exterior a ellos.

Ahora bien, si no hay correlación necesaria entre autonomía y sujeto, es un hecho que la autonomía presente en los movimientos desvirtuó algunas de las características que constituyen la noción de sujeto. Por una parte, la pluralidad de los movimientos, sin la necesaria constitución de un "centro estructurante", actúa contra la idea de un "sujeto histórico" capaz de ordenar la diversidad y de atribuir racionalidad a los datos. Por la otra, la extremada mutabilidad de los movimientos —en el sentido de que sus componentes constantemente se transfieren de una forma a otra de manifestación— trabaja contra la sedimentación de las identidades colectivas.

La noción de sujeto ya había sido blanco de una artillería (Guattari & Rolnik, 1986; Guattari & Negri, 1985) pesada en el interior de la filosofía, debido a sus connotaciones nacionalistas. F. Guattari, quien prefiere el término "procuración *(agenciamiento)* colectivo de la enunciación" —porque refiere en forma más directa la expresión subjetiva a los procesos singulares de constitución colectiva—, en un texto escrito en colaboración con T. Negri relaciona las nuevas formas de producción de subjetividad con los cambios ocurridos en los modos de producción. Simplificando mucho: a medida que las modalidades de la producción capitalista invaden todos los resquicios de la sociedad, provocan también en lo social una politización sin precedente, y, junto con ella, una descentralización de lo político.

E. Laclau también estudia los nuevos movimientos sociales, partiendo de una crítica de la noción clásica de sujeto. Considera que las transformaciones del capitalismo en el siglo XX debilitaron el vínculo de las experiencias de los trabajadores en el local de la producción y las vividas en otros medios, las cuales se multiplicaron y se hicieron más importantes. Consiguientemente, el agente social ya no tiene unidad ni homogeneidad, pues depende de varias "posiciones del sujeto", a través de las cuales queda constituido en diversas instancias. Procurando desentrañar (Laclau, 1983: 43) lo peculiar de los movimientos sociales, dice que su característica central:

> es un conjunto de posiciones del sujeto (a nivel de lugar de residencia, aparatos institucionales, diversas formas de subordinación cultural, racial o sexual) que se han convertido en puntos de conflicto y de movilización política. La proliferación de estas nuevas formas de lucha proviene de una creciente automatización de las esferas sociales contemporáneas, de una autonomización sobre la cual solo puede lograrse una noción teórica de todas sus implicaciones, si se parte de la noción de sujeto como agente descentralizado, *destotalizado*.

El empleo de esta noción, por lo tanto, exige ciertos cuidados. La conservo porque las ambigüedades que lleva consigo también impregnan las nociones sucedáneas, lo cual quizá señale la existencia de problemas más hondos en el pensamiento constituido. Las nociones de actor y de agente, que he utilizado hasta aquí indistintamente, encierran una tradición sociológica que justamente definía la prioridad del sistema social. El actor social, a semejanza de quien representa un papel, designaba al portador de papeles definidos en el nivel de la estructura social. Sucede que, a partir del momento en que surgieron movimientos de protesta contra las concepciones sistémicas a varios términos se les dio una nueva connotación. Touraine retomó la noción de actor, considerado ya como elemento dotado de autonomía. Nada impide hacer otro tanto con la noción de agente. Es un hecho que, en el Brasil, a partir de los discursos pronunciados en las comunidades Je base, la noción de sujeto surgió con ese nuevo sentido. Por eso preferí emplearla, usándola en el sentido que elabora Castoriadis, cuando puede denotar tanto autonomía como heteronomía.

Cuando empleo la noción de sujeto colectivo es en el sentido de colectividad donde se elabora una identidad y se organizan prácticas, a través de las cuales sus miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades, constituyéndose en esas luchas.

Si la existencia de sujetos no entraña como correlación necesaria el ejercicio de la autonomía, esta resulta inconcebible sin aquellos. Ya no se trata de la idea de algún sujeto histórico privilegiado —por ejemplo, el proletariado de una tradición marxista, a la manera como fue finalmente sacralizado en la *Historia y conciencia de clase,* de Luckacs— que estuviera en el centro de los hechos antes que cualquier acontecimiento, gracias a su lugar en la estructura; un sujeto desde cuya posición se pudiera captar el sentido de toda la sociedad y de toda la historia. Pero se trata de una pluralidad de sujetos, cuyas identidades resultan de sus interacciones en procesos de reconocimientos recíprocos, y cuyas composiciones son mutables e intercambiables. Las posiciones de los diferentes sujetos son desiguales y jerarquizables: sin embargo, esa ordenación no es anterior a los acontecimientos, sino resultado de ellos. Más aún, y sobre todo, la racionalidad de la situación no se encuentra en la conciencia de un actor privilegiado, pues es también resultado del encuentro de varias estrategias.

Al terminar estas reflexiones que sirven de referencia para la relación entre sujeto y autonomía, voy a permitirme una cita más, esta vez bastante larga. En esta cuestión no puedo menos que recurrir a Castoriadis, quien opone autonomía y alienación a partir de la "démarche" del psicoanálisis. La frase de Freud que toma como premisa es: "Donde estaba el Id, estará el Ego". No se trata de que el Consciente pueda

absorber y agotar el Inconsciente, sino de que regrese a "la instancia de decisión". Si, como dice Lacan, "el inconsciente es el discurso del Otro", la autonomía es el proceso por el cual mi discurso toma el sitio de ese discurso extraño que está en mí y que me domina. Lo que es "Mi discurso" no puede ser la eliminación del "discurso del Otro", que brota constantemente en los impulsos inconscientes de cada uno. Así (simplificando y empobreciendo la exposición de Castoriadis) la máxima de Freud no está tomada como idea reguladora con referencia a un estado imposible, concluido, sino a una situación activa de una persona que no cesa de retomar sus fantasías, pero sin dejarse dominar por ellas. Entonces, ¿qué es el sujeto en cuanto ámbito de autonomía?

No es el sujeto actividad pura, sin trabas ni inercias ese fuego fatuo de los filósofos positivistas, esa llama independiente de cualquier sustentáculo, enlace o alimento. Esta actividad del sujeto que "trabaja sobre sí misma" encuentra su objeto en la multitud de temas (el discurso del Otro)

con la cual nunca cesa de relacionarse, pues sin ese objeto sencillamente no existe. El sujeto es también actividad sobre alguna cosa, pues de lo contrario no sería nada. Esta actividad, por consiguiente, está codeterminada por aquello que ella se da como objeto (Castoriadis, 1982: 127).

Existe, entonces una interacción recíproca de sujeto y objeto en la propia constitución del sujeto. En esta concepción, el sujeto autónomo no es el que se halla (mera creación voluntarista) libre de todas las determinaciones externas, sino el que es capaz de reelaborarlas en función de aquello que define como voluntad propia. Si la noción de sujeto está asociada a la posibilidad de la autonomía, esto se debe a la dimensión de lo imaginario como capacidad de darse algo diferente de aquello que ya está dado.

LOS DISCURSOS QUE CONSTITUYEN SUJETOS

Afirma Hannah Arendt que "el acto humano primordial debe contener la pregunta que se hace a cualquier recién llegado: '¿Quién es'" (1981: 191).

El discurso que revela la acción revela también a su sujeto. Así, del discurso dependería la atribución de sentido a las cosas, partiendo del primer significado, el cual permite el diálogo humano, esto es, el establecimiento de identidades.

¿La identidad se revela en el discurso? Más que eso: desde el punto de vista del psicoanálisis se constituye en esa operación. De ella aprendemos que los impulsos del inconsciente solo pueden reconocerse cuando reciben un nombre y quedan, por lo tanto, inscritos en el lenguaje. Pero así como la palabra que designa al deseo no es el

propio deseo, la identidad expresada en el discurso del sujeto tampoco es igual al inconsciente mudo que lo mueve a hablar.

Como subrayan los lingüistas, el lenguaje no es un mero instrumento neutro que sirve para comunicar alguna cosa independiente de él. El lenguaje» forma parte de las instituciones culturales con que nos encontramos en los diálogos *socializados*. Es, a decir verdad, la primera de ellas, la que suministra el molde primordial, por cuyo medio daremos forma a cualquiera de nuestros impulsos. Es condición porque nos "condiciona" y nos inscribe en un sistema ya dado, y porque constituye un medio para poner a nuestro alcance otras realidades aún no dadas.

En un texto bellísimo sobre la fenomenología del lenguaje, Merleau-Ponty (1980: 133) habla de una significación que: "ejecuta la mediación entre mi intención, aún muda, y las palabras, de tal manera que mis palabras me sorprenden a mí mismo y me manifiestan mi pensamiento".

En esta forma, al expresar algo, el sujeto no solo comunica algo a los demás, también se lo comunica a sí mismo:

> Si la palabra busca encamar en una intención significativa, que es apenas un *cierto vacío,* no es para recrear en otra persona la misma carencia, la misma privación, sino para saber de *qué* hay carencia y privación. ¿Cómo se llega a esto? La intención significativa se da en un cuerpo, y se conoce a sí misma buscando un equivalente en el sistema de significaciones disponibles, las cuales representan la lengua que hablo y el conjunto de escritos y de cultura de que soy heredero. Para la intención significativa —deseo mudo— se trata de realizar un cierto arreglo de los instrumentos ya *significantes* de las significaciones ya formuladas (instrumentos morfológicos, sintácticos, léxicos, géneros literarios, tipos de narrativa, modo de presentar los acontecimientos, etc.), suscitando en el oyente el presentimiento de otra significación, de una nueva significación, e inversamente, promoviendo en quien habla o escribe el enraizamiento de la significación inédita en las significaciones ya disponibles. (Merleau-Ponty, 1980: 134-135)

Recurriendo al lenguaje, en cuanto estructura dada para poder expresarse, el sujeto se inscribe en la tradición de toda su cultura. Pero, en ese mismo acto de expresarse, realizando un nuevo arreglo de las significaciones instituidas, suscita nuevos significados.

Si pensamos en un sujeto colectivo, nos encontramos, en su génesis, con un conjunto de necesidades, anhelos, temores, motivaciones, suscitado por la trama de las relaciones sociales en las cuales se constituye. Así, si tomamos un grupo de trabajadores residentes de algún barrio de la periferia, podemos identificar sus carencias, tanto de bienes materiales necesarios para su reproducción, como de acciones y

símbolos a través de los cuales se reconocen en aquello que, en cada caso, es considerado como parte integrante de su dignidad. Pero esas demandas de reproducción material y de reconocimiento simbólico se encuentran, antes del discurso, a lo sumo en estado de existencia *virtual*. Existen sin forma en la *actualidad*. Por supuesto, cuando nos referimos a esa existencia virtual anterior al discurso, solo se trata de una situación lógica, porque tales demandas jamás existen en ese estado mudo, sino que en cada situación concreta se encuentran materializadas de un modo particular. A través del discurso esas demandas reciben un nombre y son objetivadas en formas específicas. También a través del discurso es que la carencia virtual de bienes materiales, se actualiza en una falta de casa o de choza propias, de zapatos o de vestido, de frijoles, de arroz, de carne, de escuela para los hijos o de televisión. Asimismo, a través de los discursos la demanda de reconocimiento de la propia dignidad puede ser satisfecha mediante el trabajo arduo, la preservación del fin de semana para poder pescar, la libertad individual, la integridad familiar, el culto religioso o la libertad política.

Al referirnos a un "discurso" pensamos en el empleo ordenado del lenguaje, en una plática o en un texto en que el sujeto se dirige a un público (o en último caso, a una segunda persona). Los diversos discursos que leemos o escuchamos en una sociedad durante un período determinado —charlas de Liria, sermones de don Pablo, discursos presidenciales— pueden encajar en matrices discursivas que constituyen, en esa sociedad y en ese tiempo, una manera (junto con sus variantes) de señalar sus problemas, objetivos y valores. Aun cuando se expresen a través de discursos los antagonismos y mecanismos del poder que constituyen las luchas sociales, no encontraremos sistemas compartimentados que separen de modo absoluto los modelos discursivos de unos y otros. Foucault discute las intricadas relaciones existentes entre discurso y poder:

> Es precisamente en el discurso donde se articulan el poder y el saber. Por esa misma razón, es necesario concebir el discurso como una serie de segmentos discontinuos, cuya función táctica no es ni uniforme ni estable. Por eso, precisamente, no se ha de imaginar un mundo del discurso dividido entre el discurso acogido y el discurso excluido, o entre discurso dominante y discurso dominado, sino una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diversas. Esta es la distribución que es indispensable rehabilitar puesto que abarca cosas dichas y cosas escondidas, enunciaciones tanto requeridas como prohibidas; porque se ocupa de variantes y de efectos diferentes, teniendo en cuenta quién habla, el poder de que dispone, el contexto institucional en que se halla colocado; y porque

> también se ocupa de transposiciones y de la reutilización de fórmulas idénticas para objetivos opuestos. (Foucault, 1976: 133)

Aquello que se dice o que está oculto, aquello que se elogia o que se censura, compone lo imaginario dentro de una sociedad, a través de lo cual sus miembros experimentan sus condiciones de existencia. No quiero decir que todos los discursos sean iguales, y ni siquiera que se deriven de una misma matriz discursiva. Ahora bien, si busca *interpelar* un público determinado, todo discurso debe aprovechar un sistema de referencias compartido por quien habla y por sus oyentes. Se constituye un nuevo sujeto político cuando surge una matriz discursiva capaz de reordenar los enunciados, de señalar aspiraciones difusas o de articularlas en otra forma, logrando que los individuos se reconozcan en esos nuevos significados. Así, formadas en el campo común de lo imaginario en una sociedad, aparecen matrices discursivas que expresan las divisiones y los antagonismos de esa sociedad.

En un sugerente texto, en el cual expone algunas premisas referentes a un trabajo de investigación sobre los orígenes del peronismo, Oscar Landi emplea el concepto de "sistemas de interpelaciones" que estructuran las diferentes formaciones discursivas, dándoles determinadas características políticas. Se trata de un "sistema" porque lo fundamental es el modo de combinarlo entre las diversas "interpelaciones", las cuales asignan a los agentes sociales su sitio en cada una de las esferas de la sociedad. Partiendo de esas diferencias, se piensa en la aparición de una nueva hegemonía, la cual implica:

> la realización "exitosa" de un sistema de interpelaciones mediante el cual los individuos o grupos se reconocerían a sí mismos como parte de un "nosotros" que los incluye. Este proceso no consiste en conquistar la adhesión de diferentes sectores sociales e ideologías paradigmáticas de clase, sino en desarticular las formaciones discursivas contrarias, en desprender sus interpelaciones y articularlas en la matriz doctrinal propia, aun cuando sea de una manera temporal y conflictiva. (Landi, 1979: 10)

Así, en nuestro caso, en el surgimiento de los nuevos actores sociales, de las nuevas configuraciones e identidades de los trabajadores en el escenario público, en lo que parece el inicio de otro período en la historia social de nuestro país, nos encontramos con el nacimiento de nuevas formas discursivas que *tematizan* de un modo nuevo los elementos que componen las condiciones de existencia de esos sectores sociales.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

Los movimientos sociales que se adentraron en el escenario público (y lo modificaron) a finales de la década anterior, trajeron nuevas modalidades de elaboración de las condiciones de vida de las clases populares y de la expresión social.

Sus características comunes permiten hablar de una nueva configuración de clase, la cual resalta si lo comparamos con el tipo predominante antes de 1964.

De las experiencias del autoritarismo y de las experiencias de la auto-organización nació una actitud de profunda desconfianza en toda institucionalización que escape al control directo de las personas que en ella intervienen, así como una actitud de profunda revalorización de la autonomía de cada movimiento. Por ello mismo, la diversidad de los movimientos, producida por la diversidad de las condiciones que envuelven a cada uno, se reproduce en el empeño por mantener esa autonomía.

El repudio a la forma instituida del ejercicio político, considerándola como manipulación, encontró su contrapartida en la voluntad de ser "sujetos de su propia historia", tomando las riendas de las decisiones que afectan sus condiciones de existencia. Con eso ampliaron su propia noción de política, pues politizaron múltiples esferas de lo cotidiano.

Apoyándose en los valores de la justicia contra las desigualdades imperantes en la sociedad; de la solidaridad entre los dominados, los trabajadores y los pobres; de la dignidad constituida en la propia lucha con la que hacen reconocer su valor, convirtieron la afirmación de la propia identidad en valor que antecede a los cálculos racionales para la obtención de objetivos concretos.

De la experiencia de las huelgas a finales de la década —acontecimientos cruciales en la elaboración de su historia, atribuyéndoles un sentido de transformación social— provino la idea de que solo mediante la lucha conquistarán sus derechos.

Pero ya vimos que la diversidad es una de las características de esos movimientos sociales. Resulta difícil, por lo tanto, pensar en un modelo homogéneo o en un modelo que los represente y sirva de paradigma de lo imaginario en las clases populares. Las identidades constituidas en los clubes de madres, en los grupos de las fábricas, en el "sindicalismo auténtico", en las comisiones de salud, aun cuando son variables y mutuamente influenciables, conservaron su diversidad. Los acontecimientos decisivos donde se encontraron y que constituyeron "momentos de fusión",[22] produjeron nuevas formas de identidad

22 Utilizo el concepto de "momentos de fusión" en el sentido que le da L. Kowarick,

colectiva que crearon referencias comunes de mayor alcance y vínculos más firmes. Básicamente, esto es lo que ocurrió en las huelgas de 1979-1980. Ahora bien, no por eso desapareció la singularidad de las múltiples formas de movimientos.

Así tenemos, en esta nueva configuración de las clases populares, formas diferenciadas de expresión, que se vinculan con diversas historias y experiencias. En los clubes de madres, sus prácticas expresaron la valorización de las relaciones primarias y de la propia afirmación de las conquistas de la fraternidad. Ya vimos, en las comisiones de salud, la valorización de las conquistas logradas en los espacios de los servicios públicos. En la oposición sindical, vimos la valorización de la organización y de la lucha en la fábrica. En el sindicalismo de San Bernardo vimos la valorización de la recuperación del sindicato como espacio público laboral, y a las huelgas y asambleas como formas de afirmación política.

Las clases populares se organizan en una muy grande variedad de planos, según el lugar de trabajo o de residencia, según algún principio comunitario que las congregue. En cada forma de organización se expresa una manifestación obsesiva por la propia autonomía. Se manifiesta en muy diversas formas, pero sobresalen las "acciones directas", a través de las cuales expresan sus respectivas voluntades. Por todo ello son muy intermitentes, mudables, flexibles e inestables.

Los movimientos sociales ni sustituyen a los partidos ni pueden cancelar las formas de representación política. Por otra parte, estas ya no abarcan todo el espacio político y pierden fuerza en la medida en que no perciben esa nueva realidad.

Los movimientos sociales fueron uno de los elementos de la transición política que tuvo lugar entre 1978 y 1985. Eran expresión de tendencias profundas en la sociedad que denotaban la pérdida de base del sistema político instituido. Expresaban la enorme distancia existente entre los mecanismos políticos establecidos y las formas de la vida social. Fueron aún más que todo eso: fueron factores que aceleraron esa crisis y que apuntaban hacia la transformación social. Encerraban la promesa de una renovación radical de la vida política.

Apuntaban, asimismo, hacia una política constituida a partir de situaciones de la vida cotidiana; hacia una nueva concepción de la política, a partir de la intervención directa de los interesados. Colocaron

---

como "estuarios coyunturales" en donde desembocan luchas que caminaban paralelas, como diversidades que temporalmente presentan elementos aglutinadores. Este concepto "no es un mero compendio de experiencias anteriores; su momento de encuentro representa algo nuevo cuando se redefinen las fuerzas sociales, generando espacios para desarrollos futuros" (Kowarick, 1982: 25).

la reivindicación de la democracia en un enlace con las esferas de la vida social, en las que la población obrera interviene directamente: en las fábricas, en los sindicatos, en los servicios públicos y en las administraciones de los barrios.

Ponían de manifiesto que en la realidad existían sitios oscuros de los que no se ocupaban los discursos instituidos, y que no aparecían claramente en los escenarios establecidos de la vida pública. Constituyeron un espacio público que iba más allá del sistema de representación política.

A través de sus formas de organización y de lucha ampliaron las fronteras de la política. Percibíase en ellas la autonomía de los sujetos colectivos que buscaban el control de sus condiciones de vida, en oposición a las instituciones de poder establecidas.

Hoy en día, cuando se consuma la transición política del país, lo que era promesa se convirtió en historia. En alguna forma se resolvieron las cuestiones planteadas. Aspiraciones difusas de justicia social y de democracia, presentes en la sociedad, fueron recogidas y elaboradas en forma diferente por la Alianza Democrática que constituyó la llamada "Nueva República". A partir de 1982, con el establecimiento de los primeros gobiernos estatales del PMBD, un nuevo aparato del Estado comenzó a actuar a fin de reconocer la legitimidad de las organizaciones populares e incorporarlas a su propia dinámica. No es este el lugar de hacer un análisis del nuevo régimen y de las contradicciones que encierra, frente a la preservación de un sistema autoritario y la ya lograda liberalización; frente a la proclamación de objetivos de justicia social y la hegemonía de los grandes capitales, que ocasiona una política de sacrificios para los trabajadores. Baste decir que, en una u otra forma, este proyecto salió victorioso en las batallas políticas decisivas libradas entre 1982 y 1984. Referirlas sería el tema de otra historia.

Lo que aquí nos interesa es que, en ese sentido, el proyecto político implícito en los movimientos sociales de finales de la década de los años setenta, sufrió una derrota. Por eso mismo hoy en día frecuentemente se ven sus promesas como ilusiones, mistificaciones, errores de evaluación. La verdad es que *toda* representación pasada encierra "ilusiones", porque, siendo contemporánea de los sucesos que representa, no puede dar cuenta de ellos en su totalidad de los acontecimientos que continúan desenvolviéndose, y las necesidades de la acción la llevan a suponer una idea general de su significado. En ese sentido, aunque ya no abriguemos las "ilusiones" de hace ocho años, no podemos borrar el hecho de que, en efecto, aquellos movimientos eran portadores de aquellas promesas, y que tuvieron aquellos significados, en cuanto posibilidades colocadas en una situación abierta.

Fueron proyectados hacia enfrentamientos decisivos cuando apenas se estaban constituyendo como sujetos políticos. El ritmo de sus historias no era el mismo que el de la política instituida, y fue esta última la que señaló las fechas. Conducidos antes de tiempo a los combates políticos expresaron su inmadurez en cuanto alternativas de poder en el plano de la representación política.

Ahora bien, los movimientos políticos constituidos en la década en los años 70, con las formas de expresión que ellos mismos habían establecido, se convirtieron en un elemento de la vida política del país. Sus promesas, inscritas en la memoria colectiva, pueden reactualizarse; y son, incluso, condición para que entre nosotros exista una democracia efectiva.

BIBLIOGRAFÍA

Almeida, M. H. 1975 "O Sindicato no Brasil: novos problemas, velhas estruturas" en *Debate e Crítica* (Brasil) Nº 6.

Arendt, H. 1981 *A condicao humana* (Forense).

Bacha, E. 1976 *Os mitos de una década* (Brasil: Paz e Terra).

Bava, S. C. 1980 "Moviementos reivincativos urbanos na Grande São Paulo: un estudo de caso" en *Relatorio a Fapesp* (Brasil).

Bensaid, D.; Nair, A. 1969 "A propósito del problema de organización: Lenin y Rosa Luxemburgo" en *Teoría marxista del partido político II* (Brasil: Pasado y Presente).

Berger, P.; Luckmann, T. 1978 *A construção social da realidade* (Brasil: Vozes).

Berlinck, M. 1977 *Marginalidade social e relacoes de classe em São Paulo* (Brasil: Vozes).

Betto, F. 1981 *O que sao comunidades eclesiais do base* (Brasiliense).

Boff, C. 1979 "A influencia política das comunidades eclesiais de base" en *Religiao e Sociedade* (Brasil) Nº 4.

Boff, L. 1986 *E a Igreja se fez povo* (Brasil: Vozes).

Bologna, S. 1982 "Composição de classe e teoria do partido na origem do movimento de conselhos operários" en *Processo do trabalho e estratégias de classe* (Brasil: Zahar).

Caccia Pava, S. 1983 "Práticas cotidianas e movimentos sociais", Tesis para obtener el grado de maes*tro* (Brasil: USP).

Cardoso, F. H. 1977 *O modelo político brasileiro* (Brasil: Difel).

Cardozo, R. 1983 "Movimientos sociais urbanos; balanco crítico" en Sorj, B.; Almeida, M. H. (orgs.) *Sociedade e política no Brasil pos-64* (Brasiliense).

Castoriadis, C. 1982 *A instituição imaginaria da sociedade* (Brasil: Paz e Terra).

Chucid, S. 1977 *Televisao o consciencia de classe* (Brasil: Vozes).

Conceicao Tavares, M. 1974 *Da substitacao de importacoes ao capitalismo financiero* (Brasil: Zahar).

Evers, T. 1982 "Movimentos de bairro em São Paulo: o caso do 'Movimento do Custo da Vida'" en *Alternativas populares da democracia* (Brasil: Vozes).

Evers, T. 1984 "Identidade: a face oculta dos movimentos sociais" en *Novos Estudos* (Brasil: Cebrap) abril.

Fausto, B. 1976 *Trabalho urbano e conflicto social* (Brasil: Difel).

Foot Hardman, F. 1986 *Nem pátria, nem patrao* (Brasiliense).

Foucault, M. 1976 *La volonté de savoir* (París: Gallimard).

Gohn, M. G. 1985 *A forca da periferia* (Brasil: Vozes).

Gramsci, A. 1968 *Literatura e vida nacional* (Brasil: Civilização Brasileira).

Guattari, F.; Rolnik, S. 1986 *Micropolítica. Cartografias do desejo* (Brasil: Vozes).

Guattarim, E. F.; Negri, T. 1985 *Les nouveaux espaces de liberté* (París: Bedou).

Kowarick, L. 1982 "Os caminos do encontró - Reflexoes sobre as lutas sociais em São Paulo" en *CEDEC* (Brasil: CEDEC).

Laclau, E. 1986 "Os novos movimentos sociais e pluralidade do social" en *Revista Brasileira de Ciencias Sociais* (Brasil) Nº 2.

Lamounier, B. (org.) 1980 *Voto de Desconfianza* (Brasil: Vozes).

Lamounier, B.; Cardoso, F. H. (coords.) 1978 *Os Partidos e as Eleições no Brasil* (Brasil: Paz e Terra).

Landi, O. 1979 "Lenguajes, identidades colectivas *y* actores políticos" (mimeo).

Martins, H. 1987 "Igreja e movimento operario no abc - 1954-1975", Tesis Doctoral (Brasil: USP).

Marx, K. 1946 "Compra y venta de la fuerza de trabajo" en *El Capital* (México: FCB).

Marx, K. 1950 *Misère de la philoshophie* (París, Costes).

Menezes, C. 1976 *A mudanca* (Brasil: Linngo).

Merleau-Ponty, M. 1980 *Os pensadores* (São Paulo: Abril).

Moisés, J. A. 1979 "Contradiçoes urbanas. Estado e movimentos sociais" en *Revista de Cultura e Política* (Brasil) Nº 1.

Montes, M. L. 1981 *O poder e a cultura: novos temas, velhas reflexoes* (mimeo).

Munakata, K. 1980 "O lugar do movimento operário" en A*nais do IV Encontro Regional de Historia de São Paulo* (Araraquara: ANPUH-UNESP).

Negri, T. 1980 *Del obrero-masa al obrero-social* (Barcelona: Anagrama).

Neumanne Pinto, J.; Caravaggi, M. I. 1976 "O perfil do operário brasileiro de hoje" en *Jornal do Brasil* (Brasil) enero.

Nunes, E. 1985 "Carencias urbanas e reivindacoes populares" en *Cedec* (Brasil).

Oliveira, F. 1972 "A economía brasileira: crítica a razao dualista" en *Estudos Cebrap* (Brasil: Cebrap) Nº 2.

Oliveira, F. 1977 *Elegía para unta re(li)giao* (Brasil: Paz e Terra).

Oliveira, F. 1987 *O elo perdido* (Brasiliense).

Paiva, V. 1980 "Estallo, Sociedade e educacao no Brasil" en *Encontros com a civilizacao Brasileira* (Brasil) Nº 22.

Paoli, M. C. 1982 "Os trabalhadores urbanos ñas falas dos outros" en *Comunicacao* (Brasil: Museo Nacional UFRI) Nº 7.

Paoli, M. C. 1985 "Mulheres: o lugar, a imagem o movimiento" en *Perspectivas antropológicas da mulher* (Brasil) Nº 4.

Paoli, M. C.; Sader, E. 1986 "Sobre 'clases populares' no pensamento sociológico brasileiro" en Cardoso, R. (org.) *A aventura antropológica* (Brasil: Terra).

Paoli, M. C.; Sader, E.; Telles, V. 1984 "Pensando a classe operária: os trabalhadores sujeitos ni imaginário académico" en *Revista Brasileira de História* (Brasil) Nº 6.

Perani, C. 1978 "Cebs: alguns questionamentos" en *Cadernos do ceas* (Brasil) Nº 56.

Petrini, C. 1984 *Cebs: um novo sujeito popular* (Brasil: Paz e Terra).

Rainho, J. F. 1980 *Os peões do grande ABC* (Brasil: Vozes).

Ribeiro, A. C. 1984 "Paradigma e movimento social: por onde andam nossas idéias?" en *Anpocs* (Brasil).

Rodrigues, L. M. 1966 *Sindicalismo e conflito industrial no Brasil* (Brasil: Difel).

Rodrigues, L. M. 1976 *Trabalhadores, sindicatos e industrializacao* (Brasiliense).

Romanelli, O. 1978 *História da educacao no Brasil, 1930/1973* (Brasil: Vozes).

Simao, A. 1976 *Sindicato e Estado* (São Paulo: Dominus).

Singer, P. 1972 "O Milagre Brasileiro; causas e conseqüencias" en *Cadernos Cebrap* (Brasil: Cebrap).

Singer, P.; Brant, V. C. 1980 *São Paulo: o povo em movimento* (Brasil: Vozes).

Sodré, M. 1981 *O monopólio da fala* (Brasil: Vozes).

Telles, V. 1981 "Movimentos populares nos años 70; formas de organizacao e expressao" en *Relatorio a Fapesp* (Brasil).

Telles, V. S. 1984 *A experiencia do autoritarismo e praticas instituintes*. Tesis de Maestría, Universidad de San Pablo.

Thompson, E. P. "¿Lucha de clases sin clases? en *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (Anagrama).

Touraine, A. 1984 *Le retour de l'acteur* (París: Fayard).

Velloso, M.; Oliveira, L. L.; Gomes, Â. M. de C. 1982 *Estado Novo: ideologia e poder* (Brasil: Zahar).

Weber, M. 1944 *Economía y Sociedad* (México).

Weffort, F. 1972 "Participacao e conflito industrial: Contagem e Osasco - 1968" en *Cadernos Cebrap* (Cebrap) Nº 5.

Weffort, F. 1975 "*Sindicato e política*", Tesis de "*libre docencia*" (Brasil: USP).

Weffort, F.1984 *Por qué Democracia?* (Brasiliense).

LA EROSIÓN DEL CAMPO POPULAR Y LAS ALTERNATIVAS EMERGENTES*

Ana Maria Doimo

Se ha vuelto un lugar común, en los últimos años, cierto discurso genérico que achaca la llamada crisis de los movimientos sociales al efecto político dispersivo provocado por el restablecimiento de los canales tradicionales de participación política y al supuesto aumento de la sensibilidad del Estado en relación a las demandas populares, como si estos movimientos hubiesen sido un mero fenómeno coyuntural, de resistencia al autoritarismo político. Por otro lado, siempre hay quien prefiere decir que estos "nuevos sujetos" entraron en "reflujo", como si tuviesen vida propia e, incluso, pudieran decidir hibernar por un buen tiempo, a la espera de una oportunidad histórica más favorable para la implementación de su proyecto político transformador.

Que hay una crisis, ninguna duda cabe. Pero su explicación más profunda, más allá de los cambios coyunturales o de la visión cosificada del descenso, debe ser buscada en la intersección entre la condición estructuralmente ambigua de los movimientos de acción directa, y las conexiones activas que los actualizaron coyunturalmente como campo ético-político referido a lo popular. Lo que antes podía convivir en un cierto equilibrio inestable en estas prácticas, hoy se redefine: a) La Iglesia Católica se retrae y se interioriza nuevamente para repensar

* Extraído de *A Vez e a Voz do Popular* 1995 (São Paulo: Anpocs/Relume-Dumará) capítulo 5, pp. 201-219.

su actuación *ad intra* y *ad extra*; el modelo de las CEB cae en el punto de mira de la crítica interna, perdiendo terreno como fuente alimentadora de las redes de movimientos locales, y los segmentos intermediarios de corte liberal humanista ganan espacio en la implementación de la línea social de la CNBB; b) las ONG, especialmente las de extracción ecuménica y las más secularizadas, pasan a incorporar criterios de eficacia y a dedicarse a acciones más propositivas en términos de políticas públicas, en detrimento de la mera "asesoría" a movimientos populares; c) la intelectualidad académica abandona su "optimismo teórico" en relación a estos movimientos y elige como prioritarias cuestiones relativas a la transición política y a la reingeniería institucional; d) y los segmentos de izquierda, antes comprometidos con la causa de la gran transformación social, con frecuencia por la vía del poder, pasan a asumir crecientes compromisos con el sistema partidario, la reforma del Estado y la gestión de la cosa pública.

Los resultados para el movimiento popular son flagrantes: a) gradual desagregación de las redes de movimientos locales, con un sensible decrecimiento del volumen de reivindicación de acción directa; b) sucesiva desarticulación de su universo cognitivo y simbólico, mediante desactivación de los programas organizativo-movilizadores de educación popular; c) estímulo al empeño activo-propositivo, especialmente en lo que se refiere a la oxigenación de los aparatos político-administrativos, a la conquista de nuevos dispositivos institucionales vueltos hacia la participación directa y semi-directa y a la garantía de los derechos de ciudadanía.

Un campo ético-político que pierde sus condiciones de sustentación y sus fuentes de legitimización no es más de que un campo de erosión. Y, al tratar estos factores, no estoy ni estimulando nostalgias ni proyectando pesimismos, aunque sepamos que "nada será como antes".[1] De cualquier forma, no hay como desconocer que, en el propio proceso de erosión del movimiento popular, fueron liberadas varias energías socio-políticas y recursos de poder, capaces de componer nuevas alternativas de participación.

REORIENTACIÓN DE LOS APORTES Y NUEVAS ALTERNATIVAS

Como bien señaló Rubem César Fernandes (1933: 56-9), "sustituir 'pobres' o 'pueblo' por 'sociedad civil' no es tan fácil, porque implica reconocer que, dentro de la 'sociedad civil', somos constreñidos a actuar según decisiones racionales, persiguiendo nuestros objetivos por medios que se enmarquen en las reglas públicas", lo que, evidentemente,

1 Esta feliz expresión fue utilizada por Novaes (1989) al consolidar una profunda evaluación de la pastoral popular, a pedido de sus propios protagonistas.

nos pone mucho más cerca del Iluminismo de que de la tradición romántica.

No es casualidad que diversos pilares del MP ha sido redefinidos en los últimos años. La intelectualidad, antes ocupada con "nuevos movimientos", se vuelve hacia cuestiones institucionales y a acciones que buscan reformas del Estado. Destaquemos a Francisco Weffort que, después de haber formulado la idea paradigma de que "necesitábamos construir la sociedad civil" en tiempos de dictadura, ayudando a legitimar la recuperación de la capacidad activa de las clases populares, se consagró nuevamente durante la apertura pública, intentando hacer valer la importancia de la actuación político-institucional, fortaleciendo la democracia política. José Álvaro Moisés también, después de haber apostado mucho en el poder de fuego de los "nuevos movimientos sociales", se voltea para revindicar la construcción de instituciones democráticas capaces de procesar las demandan económicas y sociales, cuestionando profundamente las concepciones de la asamblea, corporativas, y, en fin, de los movimientos de antes (Weffort, 1984; 1989; Moisés, 1988). Entre otros, también son ejemplos de esta reorientación la reciente critica teórico-metodológica elaborada por Lúcio Kowarick (1994) sobre los movimientos urbanos, así como el creciente número de estudios sobre los arreglos político-institucionales a nivel local, especialmente las experiencias de "presupuesto participativo" (Azevedo & Avritzer, 1994; Lima, 1994; Genro, 1994, entre otros). Todavía crecen las reflexiones en torno a la relación entre los movimientos sociales y las políticas sociales, sea en el área de la salud (Cardoso, 1987; Jacobi, 1989), de la vivienda (Ghon, 1991; Moura, 1994) o aún en torno a la cuestión del menor y del adolecente (Silva, 1994; Zaluar, 1994). En este contexto de revalorización de la dimensión institucional, se suman las preocupaciones con la cuestión de la reforma del Estado y de la gobernabilidad, a través de un prisma que refuta el asociacionismo ingenuo (Nogueira, 1994).

La izquierda más radical, que pasó a ocupar puestos en el interior de los aparatos de Estado, especialmente a través de las administraciones populares-democráticas (después de haber sufrido una especie de esquizofrenia ideológica, en el dilema entre "ser Estado y ser movimiento"), terminó acostumbrándose a convivir con los nuevos valores activo-propositivos entonces implementados. La solución práctica encontrada individualmente por buena parte de los militantes fue el alejamiento de las redes de los movimientos locales. Muchos de ellos, provenientes de la CEBs o pastorales, también se desconectaron de las tareas religiosas específicas para solo encargarse de tareas políticas, impuestas por el nuevo movimiento. De cualquier modo, se instauraron profundas divergencias, rompiendo el amplio consenso anterior,

fundado en principios ético-políticos genéricos como democracia de base, autonomía e independencia.

No es de extrañarse que, al final de la década, una sucesión de pequeños ensayos haya emergido indagando quién era al final el "pueblo" del movimiento popular y cuales, en fin, podrían ser los movimientos calificados como tal. El CAMP, por ejemplo, promovió en Porto Alegre un seminario con militantes de base, específicamente destinado a discutir "las concepciones de movimiento popular". En otro texto, de militantes petistas, se intenta definir qué es movimiento popular después de ser listadas nada menos que cinco definiciones (Zaniratti & Petri, 1989). También el equipo del Programa Movimiento Popular del INCA (1990) elaboró un texto posicionándose sobre el "papel del movimiento popular en la sociedad brasilera actual". La FASE, a su vez, se pronuncia intentando mostrar que el principio del movimiento popular esta en el "popular urbano" (Abreu, 1989, 1991).

Detrás de esta crisis conceptual se encuentra un conflicto en las condiciones de sustentación de este campo ético-político, cuando finalmente se empieza a mirar la imposibilidad de abarcar todo y a todos bajo la firma "movimiento popular", aunque, frecuentemente, prevalezcan evaluaciones holísticas, auto-integrales y egocéntricas del tipo "nosotros, los movimientos organizados, somos el movimiento popular" y "ellos, los segmentos inorgánicos de la sociedad, aún necesitan ser trabajados por nosotros".

En el plano intra-eclesial, la crisis es visible y transpira por varios poros. Crecen los estudios que indican la estación de "sequia" o de "invierno" en la Iglesia,[2] y aumenta la angustia de quien optó por interactuar con la lógica racional-competitiva de la participación política institucional, bastante incompatible con los movimientos de acción-directa y las actividades comunitarias de la Iglesia, ambos regidos por la lógica consensual-solidaria.

Vaya, si desde el Vaticano II la Iglesia se pone a sí misma el desafío de convivir positivamente con la modernidad, la cúpula, en Roma, seguramente no quiere realizarlo por el comunitarismo de inspiración marxista. No es casualidad que una serie de restricciones empiecen a surgir a partir de la mitad de los años 80: Don Pedro Casaldáliga es invitado a dar explicaciones sobre sus relaciones con el gobierno sandinista de Nicaragua; Leonardo Boff es condenado al silencio obsequioso, más adelante alejado del puesto de editor de la *Revista Eclesiástica Brasilera* (REB) y, finalmente, se desconecta de la Iglesia; seminarios

2 Ver, por ejemplo, todos los artículos del N° 9 de la revista *Comunicações de ISER*, 1990; o *Libânio*, 1990.

son cerrados; algunas CJPs quedan bajo estado de intervención. Se trata de la "ofensiva vaticana", como dice Della Cava (1986).

Por otro lado, impactada con la reducción de su clientela en Brasil —de 91,8% en 1970 a 76,2% con 1990—[3] la Iglesia responde al vertiginoso crecimiento de la sectas pentecostales (de 4,8% en 1970 para 16% en 1990)[4] impulsando el movimiento de Renovación Carismática, cuyos métodos son muy parecidos al de los pentecostales evangélicos, como encuentros animados por músicas espirituales, predicaciones en plaza pública, visitas a casas en la periferia, curas, grandes celebraciones en estadios e intensa utilización de los medios de comunicación masivos. Della Cava (1991) trata con propiedad esta cuestión al analizar los probables impactos de los proyectos millonarios "Evangelización 2000" y "Lúmen 2000", que buscan evangelizar a través de los medios electrónicos. Mientras, consta que ya existan, actualmente, millares de Grupos de Oración y escuelas de evangelización idealizadas por la Renovación Carismática, instaladas en 60 diócesis del país (Nascimento, 1989; 1990).

En las bases, las divergencias entre CEBS y carismáticos también ya se manifiestan. La percepción es la de que las CEBs son "grupos de acción", que estimulan los movimientos sociales, y los carismáticos "grupos de oración", que no se involucran en las movilizaciones (entrevista 05); el sentimiento es que estos están "minando" aquellos, y las resistencias locales, inevitablemente, se instauran de parte en parte (entrevista 03).

En realidad, la Iglesia vive la paradoja de tener que reproducir la idea de comunidad en la sociedad urbano-industrial, intentando descubrir caminos que alcancen a la gran "masa". Esa paradoja se observa en las concepciones divergentes acerca de lo que es la propia Iglesia. El Concilio Vaticano II la presentó como Pueblo de Dios, enfatizando su dimensión carismática y profética, ampliamente elaborada en América Latina por la Teología de la Liberación; pero, después de una intensa actividad de comunión comunitaria en la base de la participación del movimiento, esta noción de Iglesia como "servicio" sufre una redefinición. "En el sínodo mundial de los obispos de 1985, la

---

3 Estos datos son de investigación realizada por la LPM, a pedido de la revista Veja, que publicó extensa materia (la portada del número anuncia "La decadencia del catolicismo en Brasil": Alcântra, 1991). En Belo Horizonte, mediante el proyecto Construir la Esperanza, la Arquidiócesis local constató, a través de investigación desarrollada en 1991 y coordinada por la Pe. Alberto Antoniazzi (miembro del INP y vice-rector de la PUC-MG), que 73,3% de la población se declararon católicos, siendo que solamente 31,7% presentaban practica activa (Arquidiócesis de Belo Horizonte, 1991).

4 Datos extraídos de la revista *Veja* (1990).

expresión hegemónica pasó a ser 'Iglesia misterio' en lugar de 'Iglesia pueblo de Dios'. El poder eclesiástico rescató, con mayor énfasis, su carácter jerarquizado, de forma centralizada, teniendo al Papa en la cabeza y los laicos en el último escalón" (Azevedo, 1989).

Para esquivar este impulso de retractación institucional, los sectores proféticos y modernizantes señalan con el tema de la "inculturación", según el cual se espera que la cultura circundante, *en su diversidad,* sea reelaborada y traducida lejos de cualquier "cierre ideológico". El equipo de Asesoría del ISER posee, por ejemplo, una colección de seis videos sobre este tema que, destinados a los agentes pastorales, vehiculan nuevos mensajes de los principales teólogos latinoamericanos sobre los retos fundamentales de la espiritualidad y de la inculturación. Por otro lado, sectores intermediarios de la jerarquía eclesial también eligen el tema de la diversidad de la cultura brasilera como el gran lema del impulso modernizante de la Iglesia en los años noventa.[5] El objetivo es movilizar a las bases para la asimilación de los valores de la modernidad, a través del "rescate de la dimensión ética y comunicativa de la razón". Dentro de esta estrategia, hace mucho sentido el documento resultante de 27ª Asamblea General de la CNBB, *Exigencias éticas del orden democrático,* sobre el que fue realizado importante seminario, "Sociedad, Iglesia y Democracia" (CNBB, 1989; INP, 1989) y la serie de seminarios denominada "Semana Social" en la que laicos y clérigos de las regionales de la CNBB debatieron y presentaron propuestas generales para los siguientes temas: "dominación política y cultural", "desarrollo económico y social", "Estado democrático" y "nuevos sujetos emergentes".

En el núcleo de estas tensiones intra-eclesiales está, evidentemente, la crisis de las CEB, indicada por los constantes debates entre sus propios "intelectuales orgánicos" (Comblin, 1990). Mientras algunos solo ven la ven sobrevivir si supera su carácter profético, espontáneo e improvisado, institucionalizándose en el interior de la Iglesia, otros argumentan por su mantenimiento como "movimiento", bajo pena de ser domesticadas y ahogadas por la estructura autocrática de la Iglesia. Sin embrago, lo que está por detrás de este debate es la exhaustividad del propio modelo de la CEBs, en razón del estancamiento de su crecimiento y del correr de sus redes en relación a otros grupos circundantes (Follmann, 1992; Perani, 1987). El informe de

5 El Instituto Nacional de Pastoral (INP), de la CNBB, por ejemplo, elaboró, en agosto de 1989, el "Proyecto Directrices 91", abordando la misión de la Iglesia en el ámbito de las culturas. Fueron previstos cuatro grupos de estudio sobre: a) la cuestión de las culturas; b) el sistema económico-político-militar; c) los movimientos populares; d) la emergencia de los movimientos feminista, juvenil, negro, ecológico.

investigación de Regina Novaes (1989), evaluativo de las pastorales populares —elaborado a pedido y a partir del proyecto del Equipo de Asesoría del ISER—, trae cuestiones y problemas fugaces sobre las ambigüedades de este trabajo: racionalismo pastoral o universo simbólico popular, pastoral de elite o pastoral de masa, eficacia política o espiritualidad, pluralismo o uniformidad pastoral. La necesidad de evaluación de este universo viene, en cierta medida, del reconocimiento de que la participación concomitante de los miembros de estas redes en distintos espacios —movimiento(s), actividades propias de la CEB, consejos populares, núcleos partidarios, campañas electorales, pro-central de movimientos populares y otros posibles encuentros y reuniones— han resultado en una militancia cansada y desgastada del punto de vista personal.[6]

A pesar de los intentos de superar las ambigüedades, evocando el rescate de la "dimensión subjetiva de la lucha: estas muy posiblemente son insolubles, incluso porque no pretenden abandonar la actuación partidaria ni tampoco desconectarse completamente de la Iglesia para una actuación estrictamente secular, como lo hizo la AP en la mitad de los años 60. La solución fue implementar la creación de una "pastoral política" junto a una extensa red de militantes cristianos diseminados por todo el territorio nacional, de la que también hacen parte los principales "peritos" de la Iglesia popular, como Frei Betto y los hermanos Boff. A través de esta red, reconocida como Movimiento Fe & Política,[7] circulan informaciones, se discuten plataformas políticas y candidaturas, se mapean las corrientes ideológicas y se profundizan estrategias de una "espiritualidad de lucha", pasando por el estudio de las corrientes ideológicas (Boff *et al.*, 1987: 10). Por esta red fluyó, inclusive, el núcleo articulador básico de la creación de la Central de Movimientos Populares, fundada en octubre de 1993, después de casi diez años de empeño obstinado.

El arrastrado proceso de creación de esta Central indica, por cierto, las dificultades teóricas y políticas de enmarcar el *ethos* del movimiento popular en un aparato formal de representación. Desde el

---

6 Un estudioso de Teología, Carlos G. Tursi, asoció esta obstinada dedicación a la participación a la imagen bíblica del "siervo sufridor", descrito por Isaías. Él, que acompañó de cerca las luchas de propietarios urbanos en Fortaleza (CE), sujetos a la represión policial, indaga en qué medida esta entrega enamorada a la lucha no contendría una "predisposición al sufrimiento" inducida por "esquemas previos" de la Iglesia, suprimiéndose la subjetividad personal de cada uno en razón de incertidumbres antológicas de la propia Iglesia (Tursi, 1991). Ver, también, trabajo de Souza (1994) sobre la producción del "militante total" por la Iglesia progresista.

7 Ver la presentación de este movimiento en su propia revista periódica, *Cadernos Fé & Política* (1989) y, especialmente, al artículo de Pedro de Oliveira (1989).

punto de vista teórico, las dificultades pasan tanto por la definición del universo popular como por el establecimiento de criterios de representación capaces de compatibilizar, en un mismo cuerpo formal, la diversidad organizativa y fragmentaria reivindicativa de los movimientos. Desde el punto de vista político, las dificultades son todavía más grandes, en razón de la ausencia de consenso sobre quiénes serían al final los movimientos circunscritos por el movimiento popular. Están los que ven sentido en una Central si esta congrega solamente movimientos de naturaleza urbana; están los que no aceptan el paralelismo en relación a la CONAM —Confederação Nacional de Associações de Moradores— (Confederación Nacional de Asociaciones de Habitantes), creada en 1982 por sectores no identificados con el MP; están, todavía, aquellos que consideran precipitada la propuesta, ya que la "base" estaría siendo "atropellada" por un proyecto elaborado de "arriba hacia abajo"; y finalmente, están los que entienden que esta Central debería incorporar, fuera de la CONAM, a todos los movimientos del campo popular, de los urbanos a los movimientos de mujeres niños de la calle, negros, deficientes físicos y así sucesivamente. Venció esta última. La Central fue creada; pero, sin duda, expresando paradójicamente las señales de la propia erosión del campo popular.

En efecto, una de las fisuras básicas empieza a configurarse en el ámbito del propio campo católico progresista, entre la línea más profética y la más modernizante. Mientras aquella todavía se encuentra seducida por el rechazo al Estado, apostando, quizás, en la idea del doble poder, esta parte para inversiones en la interacción selectiva con el institucional, a punto, por ejemplo, del CERIS —órgano oficial de la CNBB— promover una secuencia de diez encuentros para la discusión del "funcionamiento de las Alcaldías y Cámaras Municipales", en nombre del inicio de la "reflexión de una realidad en pleno mudanza" (CERIS, 1989; Pinheiro & Medina, 1989). Fue apenas un inicio, porque la jerarquía cuidó de frenar su continuidad.

La mayor oposición, sin embargo, vino de posturas de militantes de las ONG ecuménicas en relación a los católicos de la Teología de la Liberación. Herederos de la tradición protestante que históricamente construyó límites muy claros entre los dominios de lo sagrado (esfera privada) y de lo secular (esfera pública), estos militantes empezaron a resentirse de conductas refractarias al impulso modernizador necesario, especialmente a lo que se refiere al trato con la esfera política institucional. Y pasaron a visualizar algo así como una cristiandad popular que no estaría logrando separar los espacios público y privado,[8]

8 El concepto de cristiandad es alusivo a los tiempos de estrecha simbiosis de la Iglesia con el Estado, visando la universalización de su estructura. Su sentido

o presintieron cierto oportunismo del tipo "ahora que las fuentes católicas están secando, ellos vienen hacia nosotros".

Libres de restricciones autocráticas, los militantes de este ecumenismo secular transitaron con mucha más soltura en la nueva coyuntura política, sin culpas y sin cualquier pudor en relación a la interacción positiva con la institucionalidad política. Véase, por ejemplo, el Encuentro de Agentes de Proyectos de la CESE (1990), en el que se discutieron "los desafíos en el relacionamiento entre el movimiento popular brasilero y el Estado", con alrededor de 90 participantes, representando una muestra dos los aproximadamente 500 proyectos apoyados por la CESE en todo el país. Dentro de los subtemas de este encuentro, fueron discutidas las experiencias de "administración democrática", con la presencia, entre otros, de Maria Luiza Fontenelle, ex alcalde de Fortaleza (CE), Vítor Buaíz, ex alcalde de Vitória (ES) y Ermínia Maricato, ex secretaria de vivienda de la Alcaldía de São Paulo (ver también CESE, 1991).

De hecho, las ONG del campo ecuménico, juntamente con las más secularizadas, fueron una especie de buque insignia del debate sobre las nuevas modalidades de "administración popular-democrática" (CESE, 1990; 1991) y del rescate del saber técnico-competente para el mejor desempeño del "asesor" frente a los nuevos desafíos coyunturales (CESE, 1990b). Tímidamente, también los "peritos" de la Iglesia popular empezaron no solo a pensar en la fase activo-propositiva del movimiento popular, como a reflexionar sobre las relaciones entre "mercado, comunidad y religión" (Oliveira, 1991). Sin embargo, mientras estos apostaban por el proyecto de la referida Central, reservando a las ONG solamente el papel de asesoría o de servicio a los movimientos populares, dentro de la misma lógica otorgada y un tanto clandestina que les dio origen, aquellos partieron para la creación de la Asociación Nacional de ONG y para la construcción de la presencia pública de estas organizaciones.

El cambio del perfil de las ONG no es circunstancial. Si, en los años setenta y ochenta, las palabras clave eran "educación popular" y

---

originario está conectado a la expansión de la Iglesia durante la Edad Media, pero ha sido constantemente reelaborado en diferentes contextos históricos. En Brasil, por ejemplo, se habla en cristiandad colonial por referencia a la fusión Iglesia-Estado durante el periodo colonial y el Imperio; en neo cristiandad, para designar las sucesivas alianzas durante el periodo republicano, forjadas en un proceso de separación formal entre la Iglesia y el Estado; y hasta se habla en cristiandad eclesiástico-militar, para denotar el apoyo dado por la jerarquía a la implementación de los regímenes militares en América Latina. Las interpretaciones más entusiastas de la renovación de la Iglesia defienden que el surgimiento de la "Iglesia Popular" tendría acabado con la era de la cristiandad (Richard, 1982; Castro, 1985).

"derechos humanos", en los años noventa pasan a girar en torno a la ecología, la democratización, a las diferencias inherentes a la sociedad civil, a la diversidad cultural y, en fin, de los derechos de ciudadanía.

> Las ONG brasileras actualmente viven una importante transición. Las nuevas palabras clave, las proyecciones entre quién sube y quién baja en el baile de las instituciones, las nuevas tendencias de cooperación, las diferencias entre grandes y pequeñas señalan todas en una misma dirección: la tendencia (¿la necesidad?) de abrir un espacio propio de actuación, regido por reglas y estilos característicos del tipo de institución que son las ONG, autónomas en relación a la lógica de las empresas, del partido, de las iglesias. La creación de la Asociación Brasilera de ONG parece ser un paso en este sentido. La transición es crítica, por lo tanto, y puede implicar una crisis de identidad para muchas organizaciones. Los riesgos y las posibilidades de esta crisis caracterizan el momento actual de las ONG en Brasil. (Fernandes & Carneiro, 1991: 21)

De hecho, los años noventa señalan un nuevo nivel para las ONG, ubicado bien arriba de aquel papel de dar apoyo y asesoría a "grupos de base". Hoy, estar cerca de los movimientos sociales significa transcender las cuestiones inmediatas y no perder de vista el largo plazo o la "dimensión más amplia". En otras palabras, significa fortalecer la sociedad civil para que ella pueda influir en las políticas públicas, ampliando los espacios de participación de la sociedad para más allá de los formatos tradicionales representativos de intermediación política. En una reciente reunión de agencias de cooperación que apoyan a programas en Brasil, realizada en Recife (PE) en los días 14 y 15 de octubre de 1993, esto quedó claramente explicitado. Fue destacado y elogiado, por ejemplo, el Movimiento por la Ética en la Política como ejemplo de una "alianza de organizaciones diversas que representa un avance en el sentido de una visión pluralista, sin ninguna postura anti-Estado" (Reunión, 1993: 7).

La presión de la cooperación internacional en el sentido de disuadir la postura "en contra" es visible. La Misereor, por ejemplo, una organización de la Iglesia Católica Alemana que hasta 1992 mantuvo compromisos financieros relativamente fijos con aproximadamente 250 socios en Brasil, lanzó un documento preliminar en este mismo año anunciando cambios en sus criterios. Esta refuta tanto "modelos desocupados y utopías simplistas" como "grupos que se cierren en sí mismos" y requiere "caminatas con pasos concretos y viables"; "propuestas constructivas" que incorporen la participación activa de la población; eficiencia en lo que se refiere al impacto político-social-económico; proyectos que apunten mecanismos de auto-sustentación. Busca, en fin, "una relación razonable entre costos y efectos positivos

de los proyectos —tanto en termino cualitativos como cuantitativos—" (Misereor, 1990).

La búsqueda de mayor transparencia sobre estrategias, criterios, toma de decisiones y procedimientos administrativo-financieros surge como requisito indispensable para el establecimiento de asociaciones, cuyos objetivos se redefinen en torno a mayor cualificación y especialización de las intervenciones, a fin de obtener resultados más cualificados. Un ejemplo paradigmático de esta nueva fase pro-ciudadanía es la Campaña Contra el Hambre y por la Vida que, además de "concientizar la sociedad brasilera, movilizar la solidaridad y politizar la cuestión del hambre, alcanzó clases normalmente no alcanzadas y logró crear una instancia complementaria, el Consejo de Seguridad Alimentaria (CONSEA), en asociación con el Gobierno Federal, compuesto por 21 miembros de diferentes sectores de la sociedad civil junto con siete miembros de Estado" (Misereor, 1990: 10).

Sin embargo, además de conquistar derechos de ciudadanía y de influir en el cambio de las relaciones entre Estado y sociedad por la vía de consejera, las ONG se ponen como vehículo de organización societaria en el ámbito de la creciente fragmentación que señala el fenómeno de la globalización en este final de siglo. Como bien señaló Fernandes, "simultáneamente a la internacionalización, se regresa a los valores territoriales, las lealtades locales, identidades diferenciales, jerarquías sagradas etc. [...] por el que el derecho de ser diferente gana una preeminencia que subvierte las ideas clásicas del Iluminismo sobre consenso y ciudadanía" (Fernandes, 1993: 60). La construcción de ciudadanía en este caso requiere, más allá de los partidos políticos —que se organicen en torno a un eje vertical regido por la lógica racional-competitiva— organizaciones multidireccionales que actúen en un plano horizontal según criterios consensuales-solidarios. Se requiere un nuevo formato político que, aunque no busque la representación, actúe en el espacio público con base en una ética fundada en principios altruistas. "Privadas pero públicas", es de esta forma como las ONG empiezan a ser concebidas en los años noventa, componiendo una especie de "tercer sector" entre el Estado y la Sociedad, como vehículos de la construcción democrática junto a la sociedad civil.

Esta concepción de ONG como "organizaciones e iniciativas privadas que buscan la producción de bienes y servicios públicos" (Fernandes, 1993: 21) ya encuentra respaldo en instituciones de gran tamaño como el Banco Mundial y la Fundación Ford. Esta última, por ejemplo, estableció para el trienio 1993-95, en convenio con el CEBRAP y la Universidad de Texas, un programa interdisciplinar de becas de estudio denominado "Políticas Públicas para la Consolidación de la Democracia", dirigido a la formación de profesionales de nivel

superior vinculados a las ONG de la sociedad civil actuantes en Brasil y con disponibilidad para hacer prácticas en ONG en los Estados Unidos de América. El Banco Mundial, a su vez, ha aumentado el número de proyectos en asociación con ONG. Según Aubrey Williams, que integra el Departamento de Temas Externos del Banco, responsable por la cooperación con ONG, se inició en 1988 un esfuerzo sistemático para aumentar esta asociación. "A partir de entonces, incrementamos en más de tres veces los proyectos del Banco que cuentan con la participación de ONG, y se volvió más frecuente esta participación en el análisis y en el planeamiento de proyectos —y no solo en su implementación. De los 228 proyectos aprobados por la Junta de Directores Ejecutivos del Banco para el año fiscal de 1990, 50 cuentan con la participación de ONG— en acentuado contraste con la media actual de 16 proyectos en los 17 años anteriores" (Williams, A., 1990: 33).

Consta, incluso, que han aumentado vertiginosamente la cooperación de agencias norte-americanas con las ONG latinoamericanas, en la medida que las agencias europeas pasaron a priorizar los países de Europa Oriental en razón de la apertura del Este Europeo. Argumentando una escasez de recursos y evocando el censo del "deber cumplido", en la medida en que ya habrían invertido suficiente para la democratización de la sociedad brasilera, las entidades europeas de ayuda crearon expectativas bastante desalentadoras a las ONG brasileras de pequeño tamaño. El clima entre ellas es el de tener que "cerrar las puertas" muy pronto. Las que perduran saben que declina la benevolencia de las agencias confesionales europeas para proyectos de movilización y organización popular y crece el interés de agencias laicas en acción pautadas por criterios de eficacia y racionalidad, basados en el cálculo de costo/beneficio. "Desenvolvimiento autosostenible", es lo que hoy sensibiliza la política de ayuda externa por parte de las agencias de colaboración internacional. Traducir esto en proyectos dirigidos a la ampliación de los derechos de ciudadanía y de oxigenación de la esfera pública es el desafío para todos aquellos que se encuentran involucrados con organizaciones de esta naturaleza.

En suma, la tendencia de las ONG de mayor tamaño es de redefinición de su perfil: parámetros menos dogmáticos y más definidos por el pluralismo político y la institucionalidad democrática; revisión del paradigma del "popular por el popular" y recuperación del Estado y de la nación, por la vía de la elaboración de políticas sociales sectoriales y de proyectos para la sociedad como un todo; reexaminación de los métodos y concepciones educativas y mayor iniciativa propia para proyectos de impacto en la esfera pública' dejar de ser solamente "servicio" para los movimientos populares y desarrollar un carácter propositivo, inclusive conviviendo con el mercado.

EL CAMBIO DE VALORES Y EL RECURSO A LA CIUDADANÍA

Se percibe que aquellos protagonistas del campo "popular" que habían actuado bajo el *ethos* movimentalista marcado por el paralelismo y por la negación indiscriminada de la institucional redefinieron su lugar y su postura en el juego de las relaciones entre la sociedad y el Estado. Ahora, mediante conductas "activo-propositivas" y la selectividad positiva en relación al espacio institucional, se redefinen incluso los procedimientos de acción y ético-políticos, de tal suerte que se desactivan los proyectos de "educación popular" y se incrementan conductas integrativas y corporativas, que tiene como eje el recurso a la ciudadanía.

Nueva coyuntura política, nuevo arreglo de fuerzas políticas y reajuste de los líderes de los movimientos. Al final, ha pasado el tiempo de la actitud defensiva contra la dictadura militar y de la mera reivindicación de ítems específicos de supervivencia. Ha llegado la hora de convertir la energía socio-política producida en el ámbito de los movimientos en acciones propositivas que rompan el espíritu refractario a la institucionalidad y el corporativismo reivindicativo. Se ha vuelto urgente pensar "mas allá del propio ombligo" y construir propuestas viables para la sociedad como un todo. Ha sido necesario, en fin, enfriar cierto romanticismo cristiano movido por la lógica consensual-solidaria, y dar lugar al cálculo racional y a la plena manifestación de la pluralidad social según criterios competitivos.

En el núcleo de estos cambios, es imposible dejar de percibir, también, que el movimiento popular, tan cantado en prosa y verso, no significa más que una categoría de auto-identificación de un campo multicentrado de redes movimentalistas, recubiertas por un repertorio común de lenguaje; un campo que, a pesar del anhelo universalista, circunscribe un universo particular de relaciones y representaciones, reelaboradas por varias identidades internas que entre sí disputan los recursos de poder ahí producidos.

Sería un equívoco pretender universalizar los criterios de participación y de representación internos a este campo: sus disputas internas y sus ambivalencias políticas condujeron al inmovilismo de los procesos decisivos: además, la esfera pública jamás será una simple extensión de los movimientos sociales.

Quizás ahí residan las principales explicaciones para el fracaso de la propuesta de creación de los consejos populares, luego del primer año de la gestión petista en las ciudades de São Paulo y de Campinas, en 1989. Concebidos como asambleas de ciudadanos, a las que les sería dado el derecho de participar directamente de las decisiones del poder municipal, se esperaba que los CP fuesen creados de "abajo hacia arriba" por el propio "movimiento popular". Sin embargo, dividida

"entre la cruz y la espada",[9] la propuesta terminó frustrando todas las expectativas, ni siquiera llegando a definir lo que serían al final estos consejos populares territoriales.

Esta fue sin duda una lección particular de que, si un discurso ético-político genérico puede ser útil en determinada coyuntura para estimular el perfil expresivo-disruptivo de los movimientos de acción directa, en otra coyuntura este puede ser saboteado por el perfil integrativo-corporativo de estos mismos movimientos. Y queda la interrogante: si existe el deseo de construir o de privilegiar la institucionalidad política democrática, ¿cómo se podría dar cabida a una fórmula que sobreponía una identidad particular sobre las demás, sin la observancia de reglas de un procedimiento que contemplase las diferencias? Y más: ¿cómo podría un campo movimentalista pretender universalizar códigos ético-políticos de negación de la institucionalidad política, si él mismo se basa en acciones colectivas que recurren al Estado, legitimando su carácter proveedor? Todo parece muy paradójico, pero jamás se podría cultivar el principio de la garantía de las diferencias y de la diversidad socio-cultural, manteniéndose una concepción estática y esencialista de movimiento social.

Aunque no sea fácil cambiar las palabras, especialmente cuando cargan un fuerte sentido ideológico, de orientación y de actitudes, la calificación de las prácticas y la definición de un censo de futuro, en el caso del MP no fueron necesarias grandes rupturas, en razón de sus propias ambigüedades internas. Fue suficiente con disuadir las conductas "en contra" y desestimular los códigos ético-políticos referidos a la negación de lo institucional, realzando el lenguaje de los derechos que, al final, hace tiempo ya estaba presente. De ahí al surgimiento del recurso generalizado a la ciudadanía fue un paso, incluso porque en la misma proporción con que se desactivó el gran ciclo reivindicativo popular y el reinado de la "pedagogía popular", creció el grado de exigencia de las agencias internacionales en relación con la mayor racionalidad en el uso de los recursos y en relación a los "resultados concretos de la acción".

La cuestión de la ciudadanía pasa ahora a ser reconocida como derecho de acceso a la participación y a bienes, en la acepción clásica de Marshall, que divide analíticamente la ciudadanía en tres tipos, la civil, la política y la social, desarrollados en las formaciones liberal-democráticas europeas a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX. Se sabe

9 A propósito, el Movimiento Popular de São Mateus (SP) promovió, con apoyo del Sindicato de los Metalúrgicos de São Bernardo do Campo y Diadema, una "semana de debates del poder popular" titulada "Entre Cruz e la Espada". El seminario fue realizado en la Iglesia de São Mateus del 25 a 29 de mayo de 1992, contando con diputados petistas, el prof. Dalmo de Abreu Dallari y el Senador Eduardo M. Suplicy.

que, desde el punto de vista sociológico, la ciudadanía supone una sociedad civil fuerte y organizada, capaz de conquistar y de instituir derechos, correspondiendo al Estado el papel de consolidarlos bajo la forma de tribunales de justicia, organismos de representación política y sistemas educativos, asistencial y previsional (Marshall, 1967). En los últimos 50 años, sin embargo, el Estado creció con tal vigor, ampliando sus funciones sobre la sociedad que esta ecuación prácticamente se invirtió. Además, la creciente pérdida de su capacidad proveedora ha detonado acciones directas en búsqueda del rescate de derechos históricamente consolidados. En Brasil, por otro lado, no se llegó ni siquiera a la plena configuración de una esfera pública, ya que el Estado se expandió tan acentuadamente a partir de una dinámica centrada en el clientelismo y en la tecnocracia que, en lugar de una plena ciudadanía, se estableció una fuerte y poderosa burocracia, un sistema representativo frágil, una sociedad civil marcada por la desarticulación social y, consecuentemente, una ciudadanía "regulada" o "concedida" (Santos, 1979; Sales, 1994).

Por otro lado, con la quiebra de los modelos desarrollistas de posguerra, el fracaso del socialismo real y el vacío ideológico dejado por la crisis de las utopías de izquierda, se volvió imposible el mantenimiento del discurso más radical que propugnaba el "poder popular" a través de la implementación de conductas asociadas al doble poder o al poder paralelo. No es de extrañarse que en pleno límite del siglo XXI, se reactive el discurso liberal para, en nombre de la ciudadanía, representar el generalizado clamor por la autonomía de la sociedad en relación al Estado.

En este nuevo contexto, toda la energía socio-política creada en Brasil por el gran ciclo reivindicativo popular de los años 1975-1990 fue entonces canalizada para dar cuerpo a este recurso, a través de nuevas alternativas de participación que se instauraron en la intersección entre el Estado y la sociedad, sea a través del establecimiento de sistemas de consejos sectoriales, vinculados a la definición y a la implementación de políticas sociales, sea a través de lo que convencionalmente se llamó presupuesto participativo, una experiencia vinculada a la definición de políticas públicas más generales. Son alternativas deliberadamente formuladas dentro del espíritu "activo-propositivo", tendiente a romper el corporativismo puntual de las demandas locales y a instaurar perspectivas integrativas para toda la colectividad, a través de políticas regulatorias.

De hecho, muchas cosas han sido realizada bajo esta perspectiva, desde el proceso Constituyente. Es importante recordar, por ejemplo, que la conquista de determinados derechos sociales y de dispositivos de democracia directa, en la Constitución de 1988, especialmente la

iniciativa popular de ley, contó con intensa articulación de redes del movimiento del MP. También la ley de Reforma Urbana, propuesta por una amplia coalición de más de 40 entidades populares, organizaciones profesionales y ONG, fue aprobada, previendo mayor democracia en la administración municipal y la creación de un fondo nacional para apoyar a la construcción habitacional de auto-ayuda (Williams, 1990). En lo que se refiere a la salud, se creó el Sistema Único de Salud previendo la descentralización de los servicios y la participación de la comunidad a través de un sistema de consejo en los tres niveles de gobierno (municipal, estatal y federal), con funciones de fiscalización y control de las políticas públicas del sector.

En lo que se refiere a los derechos civiles, se destaca el Movimento Nacional de Meninos e Meninas de Rua (MNMMR) —Movimiento Nacional de Niños y Niñas de Calle— que, ya en su primer encuentro, en 1986, congregó a 500 niños de calle de todo el país para analizar la coyuntura y declarar sus necesidades y expectativas, preparando el terreno para la elaboración del Estatuto da Criança e do Adolecente (Estatuto del Niño y del Adolecente), a fin de codificar los derechos de los menores y definir las responsabilidades de los adultos y del Estado. En 1989, en un nuevo encuentro, ya con alrededor de 700 participantes, presentaron documentación a las autoridades locales y el Ministerio de Justicia y marcharon rumbo a Brasilia para ratificar simbólicamente el Estatuto. Y, en 1992, organizaron otro encuentro, ahora mirando hacia la implementación del Estatuto y la proyección de políticas públicas dedicadas a mejorar las condiciones de vida de niños y adolescentes en los campos de la educación, vivienda, salud y mercado de trabajo (Moreira, 1993: 38-9).[10]

La guiñada "consejera" de los movimientos de acción-directa, reunidos bajo la firma del MP, significa la institucionalización de la posibilidad de atender las demandar sobre bases negociadas, teniendo a la vista la disponibilidad de recursos presupuestales. Se trata de un tipo ampliado de participación en la gestión de bienes y servicios, que se relaciona "a la capacidad de los grupos de interés de influenciar, directa o indirectamente, las macro propiedades, directrices y formulación de políticas públicas" (Azevedo, 1994: 259). Sin embargo, presenta dificultades en relación a la propia constitución interna de la representación —ya que esta siempre es decidida *ad hoc*— y en relación a la legitimidad de las decisiones, ya que no siempre consigue expresar los

10 Dando respaldo a este tipo de lucha por derechos civiles y sociales, las ONG disponen de redes informatizadas de comunicación, capaces, en pocas horas, de reclutar apoyos a nivel nacional e internacional y de generar restricciones a acciones violentas y limitadas.

intereses de toda la colectividad, objetivo de estas mismas decisiones. Un cuidadoso y detallado estudio de Cátia Silva (1994) sobre la implementación de los Consejos Tutelares del Niño y del Adolecente en São Paulo muestra los sucesivos conflictos e impases en este contrato de establecimiento de estatus público a los grupos de interés.

En este mismo camino de la estrategia "consejera", diversas nuevas alternativas de participación han sido llevadas a efecto, en el ámbito del poder local, a través del "presupuesto participativo", que se pauta por los siguientes principios: mayor eficacia de la máquina administrativa por la cercanía con el ciudadano; transparencia de los aparatos y de las informaciones; debates entre intereses y proyectos diferenciados; decisión de prioridades entre Estado y sociedad en la definición y la distribución de las decisión de poder; y, en fin, cooperación en la ejecución y en la fiscalización de la implementación de estas decisiones (Fontana, 1994).

Este es un tipo de iniciativa que, también a nombre de la ciudadanía, corta transversalmente tanto la estructura de clases como las grandes estructuras de poder, como los partidos políticos, el parlamento e incluso el poder ejecutivo, insertando, en el proceso decisorio, grupos de intereses y redes horizontales de solidaridad. Sin embargo, se sabe que, para evitar un mero consejo romántico e ingenuo, cuyo riesgo sería el de reproducir los mismos vicios y limitaciones de la política tradicional, en una disputa de todos contra todos, la experiencia del presupuesto participativo debe instituir reglas de convivencia entre la participación directa y la representación parlamentaria, así como criterios que permitan puntuar los intereses en una escala de prioridades, impidiendo que la mera retórica hábil de los liderazgos, o su fuerza política, direccionen, a su arbitrio, las inversiones en beneficio de su propia clientela (Genro, 1994).[11]

Además de representar la lucha por la posibilidad del acceso a efectivos, así como la tarea de crear nuevos formatos ampliados de participación, la ciudadanía también ha sido reapropiada como si tuviese vida propia para redimir las relaciones de exclusión social. Hemos presenciado, por ejemplo, tanto la *ciudadanía en acción* en contra del hambre y por la vida, como su original vivacidad para mover caravanas por el país, lanzando la esperanza de nuevos arreglos políticos estructurales. Cuáles serían, no se sabe muy bien. Lo que se sabe es que el sueño revolucionario de gran transformación de la sociedad abre terreno para la reingeniería del sistema de representación de intereses, con vistas a una mayor apertura de posibilidades de integración social, por la ampliación de los derechos de ciudadanía.

---

11 Sobre las recientes experiencias de presupuesto participativo, ver Genro (1994); Lima, G. (1994); Fontana (1994) y Azevedo & Avritzer (1994).

Existe, sin duda, un nuevo optimismo en el aire. Pero es necesario tener cuidado para no paralizar esta categoría mediante contenidos simbólicos que transciendan su sentido original. Al final, cuando el significado de un concepto, marcado en referencia a determinado proceso histórico, pasa a ser reapropiado en otro contexto bajo una forma reivindicativa, no es más que una señal contundente de fragilidad de sus condiciones de sustentación. Por otra parte, cuando una idea se desenraiza y gana estatura para adaptarse a otras coyunturas mediante sucesivas reelaboraciones, es señal de que puede estar ganando el mismo perfil de las palabras-mito, cuya naturaleza simbólica, así como ya vimos en relación al concepto de movimiento social, es inversamente proporcional a su rigorosa delimitación conceptual. Cuidado con la reificación de la ciudadanía.

Algunos analistas, decepcionados con la llamada transición conservadora y el frágil papel desempeñado por los movimientos sociales en el proceso de apertura política, concluyeron que ellos no habrían logrado implementar su "proyecto político", sufriendo una derrota al proyecto de las fuerzas neoliberales (Sader, 1988).

Esta cuestión de derrota o de victoria es muy relativa, porque todo depende de cuáles son los intereses que comparecen en el escenario de los conflictos y, sobretodo, cómo las fuerzas socialmente relevantes, portadoras de estos intereses, disputan entre sí las energías socio-políticas producidas en este escenario. En el caso del movimiento popular, perdieron los segmentos más radicales que apostaron a su capacidad de voltear la sociedad al revés, e imprimir sobre esta el "poder popular", a través de cierta estrategia consejera de base territorial. Sin embargo, ganaron todos aquello que, en cierta altura, reelaboraron la súper tendencia liberal del mundo contemporáneo por el reconocimiento de los límites entre las esferas pública y privada, por la formalización de nuevos derechos sociales, por la instauración de nuevos formatos directos o semi-directos de participación y, en fin, por el llamado a la ciudadanía. En otras palabras, ganaron todos los que consiguieron, de hecho, implementar el principio de autonomía, es decir, el principio de que las lógicas de la participación movimentalista y de la participación política institucional son diferentes, y que el territorio de esta no es una mera extensión de aquella.

Así, aunque los analistas económicos hayan consagrado la década de los ochenta como la "década perdida", con un sensible aumento de los índices de pobreza y exclusión social, se puede decir que el saldo positivo de este largo y complejo proceso de organización popular fue ampliar las posibilidades de equiparar políticamente las demandas sociales, frente a la disponibilidad de recursos públicos.

BIBLIOGRAFÍA

Abreu, H. B. 1989 *Articulação das tutas urbanas:* considerações sobre as propostas em disputa. *Proposta - Experiências em Educação Popular* (Río de Janeiro) N° 39, febrero.

Abreu, H. B. 1991 *Movimentos populares urbanos: crise e perspectivas* (Río de Janeiro).

Azevedo, D. 1989 "Postura diante da modernidade divide Igreja Católica" en *Folha de São Paulo* (São Paulo) marzo, p. A-6.

Azevedo, D. 1994 "Planejamento, cidade e democracia: reflexões sobre o papel dos governos locais nos anos 90" en Diniz, E. *et al*. (orgs.) *O Brasil no rastro da crise* (São Paulo: ANPOCS; IPEA; HUCITEC).

Boff, C. *et al.* 1987 *Cristãos: como fazer política* (Petrópolis: Vozes; IBASE).

Cadernos Fé & Política 1989 (Petrópolis: Movimento Fé e Política; CDDH) Nº 1.

Castro, M. 1985 *Igreja e autoritarismo no Brasil* (Petrópolis: Vozes).

CERIS 1989 "Fundo de Apoio a Miniprojetos" en *CERIS Informa* (Río de Janeiro).

CESE 1991 "Experiências cie administração popular" en *Debate* (Salvador) Nº 1(1), mayo.

CESE 1990 *Movimento Popular e listado: uma relação desafiadora* (Salvador: Encontro de gentes de projetos CESE).

CNBB 1989 *Sociedade, Igreja e democracia* (São Paulo: Loyola).

Comblin, J. 1990 "Algumas questões a partir da prática das Comunidades Eclesiais de Base no Nordeste" en *Revista Eclesiástica Brasileira* (Río de Janeiro) Nº 50(198), pp. 335-81, junio.

Della Cava, R. 1991 "A Conferência Nacional dos Bispos do Brasil e os meios de comunicação social: 1962-1989" en Della Cava, R.; Montero, P. *Eo verbo se faz imagem: Igreja Católica e os meios de comunicação social no Brasil* (Petrópolis: Vozes) pp. 21-129.

Della Cava, R. 1986 "A Igreja e a abertura: 1974-1985" en Krischke, P.; Mainwa-Ring, S. *A Igreja nas bases em tempo de transição: 1974-1985* (Porto Alegre; São Paulo: L&PM; CEDEC) pp. 13-45.

Fernandes, R. C. M Carneiro, L. R. 1991 *ONGs anos 90: a opinião dos dirigentes brasileiros* (Río de Janeiro: Núcleo de Pesquisa; ISER).

Fernandes, R. C. M. 1993 "Sociedade civil e ecumenismo" en *Comunicações do ISER* (Río de Janeiro) N° 44, pp. 55-64.

Follmann, J. I. 1992 "O cotidiano católico numa paróquia suburbana da Região Metropolitana de Porto Alegre, RS" en Sanchis, P.

(org.) *Catolicismo: cotidiano e movimentos* (São Paulo; Río de Janeiro: Loyola; Grupo de Estudos do Catolicismo do ISER) pp. 155-208.

Fontana, A. 1994 *Modernização, novos contextos e novo modelo de elaboração e execução de orçamentos públicos* (Vitória).

Genro, T. 1994 *O controle público não estatal e o orçamento participativo* (Porto Alegre).

Ghon, M. da G. 1991 *Movimentos sociais e lutas pela moradia* (São Paulo: Loyola).

INP 1989 "Projeto Diretrizes '91. Grupo I" en *A questão das culturas e a missão da Igreja* (Belo Horizonte).

INCA 1990b "Equipe do Programa de Movimento Popular" en *O que é movimento popular? Qual seu papel na sociedade brasileira hoje?* (Cajamar).

Jacobi, P. 19 *Movimentos sociais e políticas públicas* (São Paulo: Cortez).

Kowarick, L. 1994 *Investigação urbana e sociedade, comentários sobre nuestra América* (Caxambu).

Lima, G. 1994 *A política de relações com a comunidade e o orçamento participativo: a experiência de Porto Alegre* (Porto Alegre).

Libânio, J. B. 1990 "Inverno da Igreja" en *Tempo e Presença* (Río de Janeiro) Nº 12(249), pp. 29-31, enero-febrero.

Moisés, J. A. 1988 "Sociedad civil, cultura política y democracia: los obstáculos de la transición política" en *Revista Mexicana de Sociologia* (México) Nº 50(3), pp. 37-60, julio-septiembre.

Moreira, B. 1993 "A marcha do desenvolvimento" en *Desenvolvimento de Base: Revistada Fundação Interamerícana* (São Paulo) N° 1, pp. 38-40.

Moura, A. S. 1994 *Espaço urbano, direito e conflitos coletivos no Brasil: do argumento jurídico ao argumento social* (Caxambu).

Nascimento, G. 1989 "Aumento das seitas preocupa igrejas tradicionais" en *Folha de São Paulo* (São Paulo) p. A-8, 5 de noviembre.

Nascimento, G. 1990 "Grupo católico quer combater avanço de seitas" en *Folha de São Paulo* (São Paulo) p. A-8, 27 de mayo.

Nogueira, M. A. 1994 *Governabilidade, política e reforma política* (Caxambu).

Novaes, R. 1989 *Nada será como antes, entre urubus e papagaios* (Río de Janeiro: ISER).

Oliveira, P. R. de A. 1989 "Igreja dos pobres e a atividade político-partidária" en *Cadernos Fé & Política* (Petrópolis) N° 1, pp. 31-49.

Oliveira, P. R. de A. 1991 *Mercado, comunidade e religião* (Río de Janeiro: ISER).

Perani, C. 1987 "Novos rumos da Pastoral Popular" en *Cadernos do CEAS* (Salvador) N° 107, pp. 37-46, enero-febrero.

Pinheiro, M. L. B.; Medina, C. A. 1989 *Funcionamento das prefeituras e câmaras municipais: um início de debate* (Río de Janeiro: CERIS).

Richard, P. 1982 *Morte das cristandades e nascimento da Igreja: análise histórica e interpretação teológica da Igreja na América Latina* (São Paulo: Paulinas).

Sader, E. 1988 *Quando novos personagens entraram em cena* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Sales, T. 1994 "Raízes da desigualdade social na cultura política brasileira" en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (São Paulo: ANPOCS) N° 25, pp. 26-37, junio.

Silva, C. A. P. 1994 *Os Conselhos Tutelares da Criança e do Adolescente de São Paulo e o segmento pró-cidadania: conflitos, negociações e impasses na construção de espaços públicos* (São Paulo: FFLCH; USP).

Souza, N. R. 1994 *Á Igreja Católica progressista e a produção do militante* (Caxambu).

Tursi, C. G. 1991 *Síndrome do servo sofredor na formação seminarística* (Fortaleza: Instituto Teológico; Pastoral do Ceará).

Weffort, F. C. 1989 "Incertezas da transição na América Latina" en Moisés, J. A.; Guilhon Albuquerque (orgs.) *Dilemas da consolidação democrática* (Río de Janeiro: Paz e Terra) pp. 69-116.

Weffort, F. C. 1984 *Por que democracia?* (São Paulo: Brasiliense).

Williams, A. 1990 "Cresce a participação das ONGs no desenvolvimento" en *Finanças á Desenvolvimento* (Brasil) pp. 31-33, diciembre.

Zaluar, A. 1994 *Cidadãos não vão ao paraíso* (Campinas: UNICAMP).

Zaniratti, J. A.; Petri, J. 1989 *O PT e a central do movimento popular* (Porto Alegre: Zonal 112; PT).

CONFLUENCIA PERVERSA, DESPLAZAMIENTO DE SENTIDO, CRISIS DISCURSIVA*

Evelina Dagnino

La "crisis latinoamericana" —esa expresión con la que, desde hace mucho tiempo, tanto los nativos como los otros califican nuestras condiciones de existencia como sociedades— actualmente asume varias dimensiones. Este texto explora los contornos de una crisis discursiva, que parece atravesar las experiencias contemporáneas de construcción democrática en gran parte del continente. Esta crisis discursiva resulta de una confluencia perversa entre, por un lado, el proyecto neoliberal que se instala en nuestros países a lo largo de las últimas décadas y, por otro, un proyecto democrático, participativo, que emerge a partir de las crisis de los regímenes autoritarios y de los diferentes esfuerzos nacionales de profundización democrática. Esta confluencia, y la crisis que se origina de ella, son particularmente visibles en Brasil, aunque me parezca posible defender la idea de que, con diferencias de intensidad, considerando los diferentes ritmos y modos de implementación de las medidas neoliberales y de los procesos democráticos nacionales, este escenario es compartido por muchos de los países de América Latina. Enfoco a continuación lo que parecen ser las especificidades de esta crisis en el contexto brasileño, marcado

* Extraído de *La cultura en las crisis latinoamericanas* editado por Alejandro Grimson (Buenos Aires: CLACSO, 2004), pp. 195-216.

por la disputa político-cultural entre estos dos proyectos y por los desplazamientos de sentido que esta opera en tres ideas —Sociedad Civil, Participación y Ciudadanía— que constituyen las referencias centrales para la comprensión de esta confluencia.[1] Finalmente, discuto de forma muy preliminar las implicaciones de este proceso de re-significación para las representaciones vigentes de política y de democracia y las posibilidades de enfrentamiento de esta crisis.

El proyecto de construcción democrática actualmente enfrenta en Brasil un dilema cuyas raíces están en la existencia de una confluencia perversa entre dos procesos distintos, conectados a dos proyectos políticos distintos.[2] Por un lado, un proceso de ensanchamiento de la democracia, que se expresa en la creación de espacios públicos y en la creciente participación de la sociedad civil en los procesos de discusión y de toma de decisión relacionados con las cuestiones y políticas públicas (Teixeira, Dagnino & Silva, 2002). El marco formal de este proceso es la Constitución de 1988, que consagró el principio de participación de la sociedad civil.[3] Las principales fuerzas involucradas en este proceso comparten un proyecto democrático y participativo, construido desde los años ochenta alrededor de la expansión de la ciudadanía y de la profundización de la democracia. Este proyecto emerge de la lucha en contra del régimen militar emprendida por sectores de la sociedad civil, entre los que los movimientos sociales desempeñaron un papel fundamental.

En el recorrido de este proyecto dos marcos importantes deben ser mencionados. Primero, el restablecimiento de la democracia formal, con elecciones libres y reorganización partidaria, abrió la posibilidad de que este proyecto, configurado en el interior de la sociedad y que orientó la práctica de varios de sus sectores, pudiese ser llevado al ámbito del poder del Estado, en el nivel de los ejecutivos municipales y estatales y de los parlamentos y, más recientemente, en el ejecutivo

---

1 Parte de esta discusión está en Evelina Dagnino (2002). Agradezco al Conselho Nacional de Pesquisa (CNPq) por el apoyo concedido a la investigación de la que hace parte esta discusión.

2 Es necesario aclarar desde luego que lo que designo aquí provisoriamente como dos proyectos, constituyen, de hecho, dos conjuntos de principios básicos sobre los que se articula toda una variedad de sub proyectos, que presentan una relativa diversidad interna.

3 La Constitución brasilera de 1988, conocida como "Constitución Ciudadana", incluye mecanismos de democracia directa y participativa. Entre estos, el establecimiento de Consejos Gestores de Políticas Públicas, en los niveles municipal, estatal y federal, con representación paritaria del Estado y de la sociedad civil, destinados a formular políticas sobre cuestiones relacionadas con la salud, niños y adolescentes, asistencia social, mujeres, etcétera.

federal, con la elección de Luís Inácio Lula da Silva como Presidente de la República. Así, los años noventa fueron escenario de numerosos ejemplos de este tránsito de la sociedad civil hacia el Estado.

Segundo, y como consecuencia, durante este mismo período, la confrontación y el antagonismo que habían marcado profundamente la relación entre el Estado y la sociedad civil en las décadas anteriores cedieron lugar a una apuesta en la posibilidad de su acción conjunta para la profundización democrática. Esta apuesta debe ser entendida en un contexto donde el principio de la sociedad se volvió central como característica distintiva de este proyecto, subyacente al propio esfuerzo de creación de espacios públicos donde el poder del Estado pudiese ser compartido con la sociedad. Entre los espacios implementados durante este período se destacan los Consejos Gestores de Políticas Públicas, instituidos por ley, y los Presupuestos Participativos, que, a partir de la experiencia pionera de Porto Alegre, fueron implementados alrededor de 100 ciudades brasileras, gran parte gobernada por partidos de izquierda, principalmente el Partido de los Trabajadores (PT).[4]

Por otro lado, con la elección de Collor en 1989 y como parte de la estrategia del Estado para la implementación del ajuste neoliberal, comenzó la emergencia de un proyecto de Estado mínimo que se exime progresivamente de su papel de garantizador de derechos, a través del encogimiento de sus responsabilidades sociales y su transferencia hacia la sociedad civil. Este proyecto constituye el núcleo duro del ya conocido proceso global de adecuación de las sociedades al modelo neoliberal producido por el Consenso de Washington. Mi argumento es entonces que la última década está marcada por una confluencia perversa[5] entre estos dos proyectos. La perversidad estaría puesta, desde luego, en el hecho de que, avanzando en direcciones opuestas y hasta antagónicas, ambos proyectos requieren una sociedad civil activa y propositiva.

Esta identidad de propósitos, en lo que toca a la participación de la sociedad civil, es solo aparente. Pero esta apariencia es sólida y cuidadosamente construida a través de la utilización de referencias comunes, que vuelven su desciframiento una difícil tarea, especialmente

---

4 Los Presupuestos Participativos son espacios públicos para deliberación sobre el presupuesto de las administraciones municipales, donde la población decide sobre dónde y cómo las inversiones deben ser realizadas. Diferentemente de los Consejos Gestores, cuya existencia es una exigencia legal, los Presupuestos Participativos derivan de elecciones políticas de los diferentes gobiernos municipales y estaduales.

5 Por perversa, me refiero aquí a un fenómeno cuyas consecuencias contrarían su apariencia, cuyos efectos no son inmediatamente evidentes y se revelan distintos de lo que se podría esperar. En español, la palabra más adecuada según sugerencias que recibí, sería "tramposa".

para los actores de la sociedad civil involucrados, cuya participación se apela muy vehementemente y en términos tan familiares y seductores. La disputa entre proyectos políticos distintos asume entonces el carácter de una disputa de significados para referencias aparentemente comunes: participación, sociedad civil, ciudadanía, democracia. La utilización de estas referencias, que son comunes, pero abrigan significados muy distintos, instala lo que se puede llamar crisis discursiva: el lenguaje corriente, en la homogeneidad de su vocabulario, obscurece diferencias, diluye matices y reduce antagonismos. En este obscurecimiento se construyen fraudulentamente los canales por donde avanzan las concepciones neoliberales, que pasan a ocupar terrenos insospechados. En esta disputa, donde los resbalones semánticos, los desplazamientos de sentido, son las principales armas, el terreno de la práctica política se constituye en un terreno minado, donde cualquier paso en falso nos lleva al campo adversario. Es ahí que la perversidad está presente, instaurando una tensión que actualmente atraviesa la dinámica del avance democrático en Brasil.

Por un lado, la constitución de los espacios públicos representa el saldo positivo de las décadas de lucha por la democratización, expresado especialmente —pero no solo— por la Constitución de 1988, que fue fundamental en la implementación de estos espacios de participación de la sociedad civil en la gestión de la sociedad. Por otro lado, el proceso de encogimiento del Estado y de la progresiva transferencia de sus responsabilidades sociales hacia la sociedad civil, que ha caracterizados los últimos años, estaría confiriendo una dimensión perversa a estas jóvenes experiencias, acentuada por la nebulosidad que rodea las diferentes intensiones que orientan la participación. Esta perversidad es claramente expuesta en las evaluaciones de los movimientos sociales, de representantes de la sociedad civil en los Consejos gestores, de miembros de las organizaciones no gubernamentales (ONG) involucradas en asociaciones con el Estado y de otras personas que de una manera o de otra vivieron la experiencia de estos espacios o se empeñaron en su creación, apostando en el potencial democrático que estos traerían. Ellas perciben esta confluencia perversa como un dilema que cuestiona su propio papel político: ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Qué proyecto estamos fortaleciendo? ¿No ganaríamos más con otro tipo de estrategia que priorizase la organización y la movilidad de la sociedad, en lugar de actuar junto con el Estado?[6] El riesgo —real— que ellas perciben es que la participación de la sociedad civil

6 Testimonios de activistas de la sociedad civil, recogidos por los estudios de Luciana Tatagiba, Gema Galgani y Magnólia Said y Ana Cláudia Chaves Teixeira, reunidos en Dagnino (2002).

en las instancias decisorias, defendida por las fuerzas que sostienen el proyecto participativo democrático como un mecanismo de profundización democrático y de reducción de la exclusión, pueda terminar sirviendo a los objetivos del proyecto que le es antagónico.

El reconocimiento de los dilemas presentados por esta confluencia perversa impone, desde mi punto de vista, inflexiones necesarias en el modo como hemos analizado el proceso de construcción democrática en Brasil, las relaciones entre Estado y sociedad civil y la problemática de la constitución de espacios públicos y su dinámica de funcionamiento. En realidad, lo que esta confluencia perversa vino resaltar es una dimensión frecuentemente olvidada: la inmensa complejidad de este proceso, que resiste a análisis simplistas y unidimensionales. Una de estas inflexiones es la necesidad de conferir un mayor peso explicativo a la noción de proyecto político, en el nivel teórico, y en consecuencia, invertir, en el nivel empírico, en la investigación y análisis de los distintos proyectos políticos en disputa, y especialmente en el esfuerzo de desvendar la creciente opacidad construida por referencias comunes, a través de la explicitación de los desplazamientos de sentido que sufren.

Utilizamos el termino proyecto político en un sentido cercano a la mirada gramsciana, para designar los conjuntos de creencias, intereses, concepciones de mundo, representaciones de lo que debe ser la vida en sociedad, que orientan a la acción política de los diferentes sujetos. La virtud específica de este abordaje, sobre la que estamos trabajando largamente (Dagnino, 1988; 2000) está en el vínculo indisoluble que establece entre la cultura y la política. En este sentido, nuestra hipótesis central sobre la noción de proyectos políticos es que estos no se reducen a las estrategias de actuación política en el sentido estricto, pero expresan y vehiculan y producen significados que integran matrices culturales más amplias. Así, por ejemplo, determinadas versiones de las nociones que destacamos aquí como temas principales de la confluencia perversa —sociedad civil, participación y ciudadanía— al mismo tiempo encuentran raíces y producen ecos en la lenta emergencia de una cultura más igualitaria que confronta las varias dimensiones del autoritarismo social de la sociedad brasilera. Otras reiteran bajo nuevas apariencias las visiones de una democracia elitista y restricta que ha caracterizado el proyecto dominante en estas últimas décadas.

Una primera implicación de esta inflexión, que no analizaremos aquí, se refiere a las relaciones Estado-sociedad civil y a la necesidad de repensar, a partir de esta perspectiva, el análisis recurrente de estas relaciones que tiene como eje central la brecha entre la sociedad civil —considerada como "polo de virtudes democráticas"— y el Estado, frecuentemente visto como "encarnación del mal" y obstáculo fundamental a la participación y a la democratización. Las consecuencias

negativas de esta visión homogeneizadora se agravan en la medida en que esta tiende a simplificar la inmensa complejidad del proceso de construcción democrática y de las relaciones que lo constituyen. Así, el ritmo y la naturaleza de la construcción democrática encontrarían gran parte de su explicación en el análisis del conflicto que deriva de esta brecha entre Estado y sociedad civil. La noción de proyectos políticos puede contribuir a superar esta visión homogeneizadora tanto del Estado como de la sociedad civil y el reconocimiento de su diversidad interna, como base para repensar sus relaciones. La identificación y la distinción clara de los diferentes proyectos políticos presentes en el interior del aparato de Estado y en la sociedad civil nos lleva a percibir que la brecha estructural entre ambas instancias no es suficiente para entender sus relaciones. Esta debe ser combinada con otras brechas, constituidas por estos distintos proyectos, que no necesariamente coinciden, pero la atraviesan. Esta perspectiva de análisis puede proporcionar un escenario mucho más complejo de la dinámica de la construcción democrática que la tan difundida reducción maniquea de los dos polos principales de esta dinámica.

Un segundo punto propone un ejercicio preliminar de análisis de los desplazamientos de sentido por los que han pasado las nociones de sociedad civil, participación y ciudadanía y sus implicaciones para el significado de política y democrática. Si estos desplazamientos expresan y configuran una disputa política, su análisis debe exponer los distintos proyectos que estos sentidos esconden y revelan, contribuyendo a diluir la crisis discursiva que su obscurecimiento ha provocado.

LA CONFLUENCIA PERVERSA Y EL DESPLAZAMIENTO DE SIGNIFICADOS

La investigación de los distintos proyectos de construcción democrática y de los significados que los constituyen se ponen como tarea analítica en Brasil por lo menos desde los años ochenta, con la ruptura de la momentánea "unidad" de la sociedad civil que se había construido en torno del restablecimiento del Estado de Derecho y de las instituciones democráticas. El debate entre las varias concepciones de democracia que se inicia en aquellos años, expresando la diversidad que siguió a la "unidad", catalizó buena parte de las energías intelectuales y políticas del país. Sin embargo, en los últimos años, lo que denominamos arriba "confluencia perversa" y la crisis discursiva que esta determina agudizaron, desde nuestro punto de vista, la necesidad de esta tarea.

El avance de la estrategia neoliberal determinó una profunda inflexión en la cultura política en Brasil y en América Latina. Así, menos reconocida y debatida que la reestructuración del Estado y de la

economía que ha resultado de la implementación de este proyecto, hay una redefinición de significados en el ámbito de la cultura que integran la transformación que se ha operado en nuestros países.

En el caso de Brasil, lo que hay quizás de específico en este proceso es que él se confronta con un proyecto político democrático, maduro desde el período de la resistencia al régimen militar, fundado en la ampliación de la ciudadanía y en la participación de la sociedad civil. Al contrario de otros países del continente, este proyecto, gestado en el interior de una sociedad civil bastante consolidada, encuentra un soporte significativo en varios de sus sectores, y ha sido capaz, como vimos, de inspirar la creación de nuevas instituciones que abrigasen sus principios, como los Consejos gestores, los Presupuestos Participativos, etc. La constitución de este campo ético-político, que tiene un papel fundamental en la transición democrática, fue analizada por varios autores (Alvarez, Dagnino & Escobar, 1998; Doimo, 1995; Baierle, 1998). Pero recientemente, su tránsito para el aparato del Estado en varios niveles posibilitó la emergencia de experiencias participativas democráticas que emergen por todo el país.

En otras palabras, el proyecto neoliberal encuentra en Brasil un contenedor relativamente consolidado, aunque evidentemente no hegemónico, capaz de construir un campo de disputa. La existencia de este contenedor y de esta disputa determina, en nuestra perspectiva, direcciones específicas a las estrategias y formas de actuación de las fuerzas vinculadas al proyecto neoliberal en nuestro país que, si no se alejan de las direcciones adoptadas en el nivel global, adquieren especificidad propia en la medida en que son forzadas a establecer relaciones de sentido y un terreno de interlocución con el campo adversario. La necesidad de esta interlocución se acentúa en el interior de los espacios públicos de participación del Estado y de la sociedad civil cuando se enfrentan de frente a esos dos proyectos. Es posible entender mejor el escenario y la naturaleza de esta interlocución si nos acordamos que en los años noventa en Brasil son caracterizados por una inflexión en las relaciones entre el Estado y los sectores de la sociedad civil comprometidos con el proyecto participativo democrático, donde estos últimos sustituyen la confrontación abierta de las décadas anteriores por una apuesta en la posibilidad de una actuación conjunta al Estado. La llamada "inserción institucional" de los movimientos sociales es evidencia de esta inflexión (Carvalho, 1997; GECD, 2000). Así, gran parte de la interlocución entre el proyecto neoliberal, que ocupa mayoritariamente el aparato del Estado, con el proyecto participativo se da justamente a través de los sectores de la sociedad civil que se involucran en esta apuesta y pasan a actuar en las nuevas instancias de participación junto al Estado.

En este sentido, la coincidencia en la exigencia de una sociedad civil activa y propositiva, que estos dos proyectos antagónicos presentan, es, de hecho, emblemática de una serie de otras "coincidencias" a nivel del discurso, referencias comunes que, examinadas con atención, esconden distinciones y divergencias fundamentales. Así, lo que esa "confluencia perversa" determina es un obscurecimiento de estas distinciones y divergencias, por medio de un vocabulario común y de procedimientos y mecanismos institucionales que guardan una similitud significativa.

Las nociones de sociedad civil, participación y ciudadanía mantienen entre sí una estrecha relación y fueron seleccionadas porque son, desde nuestra perspectiva, elementos centrales de este desplazamiento de sentido que constituye el mecanismo privilegiado en la disputa política que sostiene hoy alrededor del diseño democrático de la sociedad brasileña. Esta centralidad, por un lado, se relaciona con el papel que estas desempeñaron en el origen y en la consolidación del proyecto participativo. Por otro, y en consecuencia, estas son fundamentales exactamente porque constituyen los canales de mediación entre los dos campos étnico-políticos. Además, más allá del escenario específico donde estas nociones se insertan en el debate brasileño, también son parte constitutiva de la implementación del proyecto neoliberal a nivel global. En este sentido, nos estamos diferenciando de un análisis que ve estos desplazamientos como predominantes determinados por la imposición global de los elementos políticos-culturales "adecuados" a la implementación del modelo neoliberal.

Si la vieja teoría de la dependencia dejó una lección, fue resaltar el mecanismo de la "internalización" de los elementos "externos". Esta internalización sucede como parte integrante de la formulación de proyectos políticos de los actores locales. Esto no impide reconocer que los grados de autonomía en la formulación de estos proyectos están muy lejos de ser ilimitados. Pero significa también reafirmar el evidente: la adopción del modelo neoliberal expresa una gran porción de intereses, deseos, creencias y aspiraciones presentes en los países latinoamericanos —en sus sociedades civiles y en sus Estados—. Me parece que es en este sentido que debemos entender la producción transnacional de las representaciones de aquellas ideas. Es decir, reconociendo que esta producción se constituye, por lo menos en el caso brasilero, pero sospecho que, en parte significativa de otros casos, también en diálogo con y como re-significación activa de los elementos en oposición con potencial hegemónico alternativo. Esto significa reconocer y, de una cierta forma, rehabilitar el espacio de la localidad y de lo nacional, como aliado activo en la construcción, calificación y enfrentamiento del proyecto neoliberal.

La redefinición de la noción de sociedad civil y de lo que ella designa quizás haya constituido el desplazamiento más visible producido en el ámbito de la hegemonía del proyecto neoliberal. Por esa razón, es también el más estudiado. El acelerado crecimiento y el nuevo papel desempeñado por las ONG; la emergencia del llamado Tercer Sector y de las Fundaciones Empresariales, con el fuerte énfasis en una filantropía redefinida (Fernandes, 1994; Landim, 1993; Alvarez, 1999; Paoli, 2002; Salamon, 1997); y la marginalización —que algunos autores llaman "criminalización" (Oliveira, 1997)— de los movimientos sociales, evidencian este movimiento de redefinición.

El resultado ha sido una creciente identificación entre "sociedad civil" y ONG, donde el significado de la expresión "sociedad civil" se restringe cada vez más a designar apenas estas organizaciones, cuando no en mero sinónimo del "Tercer Sector". Reforzada por lo que ha sido llamado de "oenegización" de los movimientos sociales (Alvarez, 1999), esta tendencia es mundial. Pero sería necesario profundizar los significados locales específicos de estos desplazamientos, así como señalar la heterogeneidad constitutiva del campo de las ONG (Teixeira, 2000) que tendemos a ignorar. El papel de las agencias internacionales ha sido abundantemente direccionado en la raíz de estos desplazamientos (Mato, 2003). Pero sería necesario investigar los distintos papeles que en él desempeñan, en primer lugar, las distintas organizaciones no gubernamentales. Su testimonio, vinculado a los diferentes proyectos políticos que las movilizan es, con frecuencia, también afectado por la necesidad de asegurar su propia sobrevivencia. Además de estas, los gobiernos locales tienen un papel fundamental, en todos los niveles —municipal, estatal y federal, en el caso brasileño— que, dependiendo de sus respectivos proyectos, buscan aliados confiables y temen la politización de la interlocución con los movimientos sociales y con las organizaciones de trabajadores, una tendencia alimentada por los medios, con frecuencia por motivos semejantes.

Las relaciones entre Estado y ONG parecen constituir un campo ejemplar de la confluencia perversa que mencionamos antes. Dotadas de competencia técnica e inserción social, interlocutores "confiables" entre los varios posibles interlocutores en la sociedad civil, son frecuentemente vistas como los aliados ideales por los sectores del Estado empeñados en la transferencia de sus responsabilidades para el ámbito de la sociedad civil. Un eventual rechazo de este papel (Galgani & Said, 2002) se dramatiza cuando se enfrenta con la posibilidad concreta de producir resultados positivos —fragmentados, puntuales, provisorios, limitados, pero positivos— en relación con la disminución de la desigualdad y a la mejoría de las condiciones de vida de los sectores sociales afectados.

El sólido predominio de las ONG, expresa, por un lado, la difusión de un paradigma global que mantiene vínculos estrechos con el modelo neoliberal, en la medida que responde a las exigencias de los ajustes estructurales determinados por este. Por otro lado, con el creciente abandono de vínculos orgánicos con los movimientos sociales que las caracterizaba en períodos anteriores, la autonomía política de las ONG crea una situación peculiar donde estas organizaciones son responsables frente a las agencias internacionales que las financian y el Estado que las contrata como prestadoras de servicios, pero no frente a la sociedad civil, de la que se asumen como representantes, ni tampoco frente a los sectores sociales de cuyos intereses son portadoras, o frente a cualquier otra instancia de carácter propiamente público. Por mejor intencionadas que sea, su actuación traduce fundamentalmente los deseos de sus equipos directivos (Dagnino, 2002).

Quizás menos exploradas son las importantes implicaciones de esta reconfiguración de la sociedad civil para una dimensión fundamental, íntimamente conectada a la idea de participación y a la constitución de espacios públicos, que es la representación/representatividad de la sociedad civil. La cuestión de la representatividad asume varias fases y/o es comprendida de diversas formas por parte de diferentes sectores de la sociedad civil. Por un lado, la capacidad de presión del Movimiento Sin Tierra (MST), por ejemplo, se evidencia en la realización de protestas y manifestaciones de masa que, así como en el número de participantes en el Presupuesto Participativo y su capacidad de movilización, prueban sus respectivas representatividades, entendidas en un sentido clásico.

Por otro lado, existe un desplazamiento en la comprensión de la representatividad, tanto por parte del Estado cuanto por parte de actores de la sociedad civil. En el caso de las ONG, por ejemplo, esta representatividad parece desplazarse hacia el tipo de competencia que poseen: el Estado las ve como interlocutoras representativas en la medida que detentan un conocimiento específico que proviene de su vínculo —pasado o presente— con determinados sectores sociales: jóvenes, negros, mujeres, portadores de VIH, movimientos ambientales, etc. Portadoras de esta capacidad específica, muchas ONG también pasan a verse como "representantes de la sociedad civil", en un entendimiento particular de la noción de representatividad. Consideran incluso que su representatividad viene del hecho de que expresan intereses difusos en la sociedad, a los que "darían voz". Esta representatividad vendría entonces mucho más de una coincidencia entre estos intereses y los defendidos por las ONG de que de una articulación explicita, o relación orgánica, entre estas y los portadores de estos intereses.

Este desplazamiento de la noción de representatividad no es claramente inocente ni en sus intenciones ni en sus consecuencias políticas. Su ejemplo más extremo es la composición del Consejo de la Comunidad Solidaria[7], creado por el Gobierno Fernando Henrique Cardoso y centro de las políticas sociales durante su mandato, donde la representación de la sociedad civil se daba a través de invitaciones a individuos con alta "visibilidad" en la sociedad, artistas de televisión, personas que escriben con frecuencia en los medios impresos, etc. Este entendimiento particular de la noción de representatividad la reduce a la visibilidad social, entendida, a su vez, como el espacio ocupado en los varios tipos de medios.

Estrechamente conectada a este proceso de desplazamiento, la noción de participación, que constituyó el núcleo central del proyecto participativo y democrático, recurre a los mismos caminos. Por un lado, la resignificación de la participación acompaña la misma dirección seguida por la reconfiguración de la sociedad civil. Con la emergencia de la llamada "participación solidaria" y el énfasis en el trabajo voluntario y en la "responsabilidad social", tanto de individuos como de empresas. El principio básico aquí parece ser la adopción de una perspectiva privatista e individualista, capaz de sustituir y redefinir el significado colectivo de la participación social. La propia idea de "solidaridad", la gran "bandera" de esta participación redefinida, es desviada de su significado político y colectivo, pasando a apoyarse en el terreno privado de la moral. Además, este principio ha demostrado su efectividad en redefinir otro elementos crucial en el proyecto participativo, promoviendo la despolitización de la participación: en la medida que estas nuevas definiciones dispensan los espacios públicos donde el debate de los propios objetivos de la participación puede tener lugar, su significado político y potencial democrático es sustituido por formas estrictamente individualizadas de tratar cuestiones como la desigualdad y la pobreza (Telles, 2001).

Por otro lado, en gran parte de los espacios abiertos a la participación de sectores de la sociedad civil, lo que se espera es que asuman funciones y responsabilidades vinculadas a las implementación

---

7 El consejo de la Comunidad Solidaria, creado en el gobierno de Cardoso y presidido por la primera dama, la antropóloga Ruth Cardoso, encuentra similares por toda la América Latina (el Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS) en Chile, el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL) en México, la Red de Solidaridad en Colombia) y es ejemplar de la política neoliberal de participación de la sociedad civil y de las empresas privadas en las políticas sociales. En un ejemplo claro de la confluencia perversa que mencionamos, después de su período inicial, varios de los representantes de la sociedad civil conectados al proyecto participativo se retiran del Consejo.

y ejecución de políticas públicas, proporcionando servicios antes considerados como deberes del Estado, y ya no simplemente que compartan el poder de decisión cuanto a la formulación de estas políticas. El papel de las llamadas "organizaciones sociales", la denominación utilizada en la Reforma Administrativa del Estado, implementada por el entonces Ministro Luiz Carlos Bresser Pereira a partir de 1995, para designar la forma de participación de la sociedad civil en las políticas públicas, instituidas por la Constitución de 1988, se reduce a aquella función y es claramente excluido de los poderes de decisión, reservados al llamado "núcleo estratégico" del Estado (Bresser Pereira, 1996).

Aquí, una vez más, el significado político crucial de la participación es radicalmente redefinido y reducido a la gestión. El énfasis gerencialista y emprendedor transita del área de la administración privada hacia el ámbito de la gestión estatal (Tatagiba, 2003) con todas las implicaciones despolitizadas decurrentes de estas. Estos significados vienen a contraponerse al contenido propiamente político de la participación tal y como es concebida en el interior del proyecto participativo, marcada por el objetivo de la "efectiva división del poder" entre Estado y sociedad civil (Dagnino, 2002), por medio del ejercicio de la deliberación en el interior de los nuevos espacios públicos.

Finalmente, la noción de ciudadanía ofrece quizás el caso más dramático de este proceso de desplazamiento de significado. Dramático en primer lugar, porque fue precisamente por medio de esta noción que el proyecto participativo obtuvo sus mayores ganancias culturales y políticas, en la medida que fue capaz de fundar una redefinición innovadora de sus contenidos que penetró profundamente en el escenario político y cultural de la sociedad brasileña. Un resumen de los elementos fundamentales de esta redefinición,[8] puede ayudar a esclarecer el significado dramático de esta apropiación neoliberal de la noción de ciudadanía.

La entonces llamada nueva ciudadanía, o ciudadanía ampliada, empezó a ser formulada por los movimientos sociales que, a partir del final de los años setenta y a lo largo de la década de los ochenta, se organizaran en Brasil alrededor de demandas de acceso a los equipos urbanos como vivienda, agua, luz, transporte, educación, salud, etc. y de cuestiones como género, raza, etnia, etc. Inspirada en su origen por la lucha por los derechos humanos —y contribuyendo para la progresiva ampliación de su significado— como parte de la resistencia en contra la dictadura, esta concepción buscaba implementar un proyecto de construcción democrática, de transformación social,

8 La discusión de esta redefinición, resumida aquí, puede ser encontrada en Dagnino (1994; 2001)

que impone un lazo constitutivo entre cultura y política. Incorporando características de sociedades contemporáneas, como el papel de las subjetividades, el surgimiento de sujetos sociales de un nuevo tipo y de derechos también de un nuevo tipo, así como la ampliación del espacio de la política, este proyecto reconoce y enfatiza el carácter intrínseco de la transformación cultural con respecto a la construcción de la democracia. En este sentido, la nueva ciudadanía incluye construcciones culturales, como las subyacentes al autoritarismo social,[9] como objetivos políticos fundamentales de la democratización. Así, la redefinición de la noción de ciudadanía, formulada por los movimientos sociales, expresa no solo una estrategia política, sino también una política cultural.

Un primer elemento constitutivo de esta concepción de ciudadanía se refiere a la misma noción de derechos. La nueva ciudadanía asume una redefinición de la idea de derechos, cuyo punto de partida es la concepción de un derecho a tener derechos. Esta concepción no se limita a provisiones legales, al acceso a derechos definidos previamente o a la efectiva implementación de derechos formales abstractos. Esta incluye la invención/creación de nuevos derechos, que surgen de luchas específicas y de sus prácticas concretas. En este sentido, la propia determinación del significado de "derecho" y la afirmación de algún valor o ideal como un derecho son, en sí misma, objetos de lucha política. El derecho a la autonomía sobre el propio cuerpo, el derecho a la protección del medio ambiente, el derecho a la vivienda, son ejemplos —intencionalmente muy diferentes— de esta creación de nuevos derechos. Además, esta redefinición incluye no solo el derecho a la igualdad, como también el derecho a la diferencia, que especifica, profundiza y amplia el derecho a la igualdad.[10]

Un segundo elemento, que implica el derecho de tener derechos, es que la nueva ciudadanía, al contrario de las concepciones tradicionalmente vigentes en Brasil, no está vinculadas a una estrategia de clases dominantes y del Estado de incorporación política gradual

---

9 Por autoritarismo social designamos una matriz cultural, vigente en Brasil y en la mayoría de los países latinoamericanos, que preside la organización desigual y jerárquica de las relaciones sociales, en el ámbito público y privado. Basada en diferencias de clase, raza y género que constituyen la base principal de una clasificación social que impregnó históricamente la cultura brasilera, estableciendo diferentes categorías de personas jerárquicamente dispuestas en sus respectivos "lugares" en la sociedad, esta matriz reproduce la desigualdad de las relaciones sociales en todos los niveles, subyaciendo a las practicas social y estructurando una cultura autoritaria (Dagnino, 1994).

10 Para una discusión específica de la relación entre el derecho a la igualdad y el derecho a la diferencia, ver Dagnino (1994).

de los sectores excluidos, con el objetivo de una mayor integración social o como una condición legal y política necesaria para la instalación del capitalismo. La nueva ciudadanía requiere —es inclusive pensada como consistente en este proceso— la constitución de sujetos sociales activos (agentes políticos), definiendo lo que consideran ser sus derechos y luchando para su reconocimiento como tales. En este sentido, es una estrategia de los no-ciudadanos, de los excluidos, una ciudadanía "desde abajo".

Un tercer punto es la idea de que la nueva ciudadanía trasciende una referencia central en el concepto liberal: la reivindicación al acceso, inclusión, participación y perteneciente a un sistema político ya dado. Lo que está en juego, de hecho, es el derecho de participar en la propia definición de este sistema, para definir de qué queremos ser miembros, es decir, la invención de una nueva sociedad. El reconocimiento de los derechos de ciudadanía, tal y como es definido por aquellos que lo son excluidos en el Brasil actual, señala para transformaciones radicales en nuestra sociedad y en su estructura de relaciones de poder. De ahí la importancia que esta noción adquirió en la emergencia de experiencias participativas como los Presupuestos Participativos y otras, donde los sectores populares y sus organizaciones luchan para abrir espacio para el control democrático del Estado mediante la participación efectiva de los ciudadanos en el poder. Además, no hay duda de que estas experiencias expresan y contribuyen para reforzar la existencia de ciudadanos-sujetos y de una cultura de derechos que incluye el derecho a ser co-participante en gobiernos locales. Asimismo, este tipo de experiencia contribuye para la creación de espacios públicos donde los intereses comunes y privados, las especificidades y las diferencias, pueden ser expuestas, discutidas y negociadas.

Apuntando también para la superación del concepto liberal de ciudadanía, otro elemento de esta visión ampliada es que la ciudadanía no está más confinada dentro de los límites de las relaciones con el Estado, o entre Estado e individuo, pero debe ser establecida en el interior de la propia sociedad, como parámetro de las relaciones sociales que en esta se traban. El proceso de construcción de ciudadanía como afirmación y reconocimiento de derechos es, especialmente en la sociedad brasilera, un proceso de transformación de prácticas arraigadas en la sociedad como un todo, cuyo significado está lejos de quedar limitado a la adquisición formal y legal de un conjunto de derechos, y por lo tanto, al sistema político-judicial. La nueva ciudadanía es un proyecto para una nueva sociabilidad: no solamente la incorporación en el sistema político en sentido estricto, si no un formato más igualitario de relaciones sociales, en todos los niveles,

inclusive nuevas reglas para vivir en sociedad —negociación de conflictos, un nuevo sentido de orden y de responsabilidad públicos, un nuevo contrato social etc.—. Un formato más igualitario de relaciones sociales en todos los niveles implica el "reconocimiento del otro como sujeto portador de intereses válidos y de derechos legítimos" (Telles, 1994: 46). Esto también implica la constitución de una dimensión pública de la sociedad, en que los derechos puedan consolidarse como parámetros públicos para la interlocución, el debate y la negociación de conflictos, volviendo posible la reconfiguración de una dimensión ética de la vida social.

Este proyecto significa una reforma moral e intelectual: un proceso de aprendizaje social, de construcción de nuevos tipos de relaciones sociales que, implican, claramente, la constitución de ciudadanos como sujetos sociales activos. Pero para la sociedad en su conjunto, también se requiere aprender a vivir en diferentes términos con estos ciudadanos emergentes que se niegan a permanecer en los lugares social y culturalmente definidos para ellos. Este es uno de los puntos en que el radicalismo de la ciudadanía como política cultural parece bastante claro.

La diseminación de esta concepción de ciudadanía fue expresiva, y no solo orientó las prácticas políticas de diversos tipos de movimientos sociales, como también cambios institucionales, como las ya incluidas en Constitución de 1988, conocida, como ya hemos mencionado, como la "Constitución Ciudadana".[11]

Gracias a esta diseminación, a diferencia de otros países del continente, en Brasil la expresión "ciudadanía" estuvo lejos de solo limitarse a designar el conjunto de la población y fue llenada por un significado político claro. Es este significado político, en su potencial transformador, que pasa a ser objetivo de las concepciones neoliberales de ciudadanía.

Las redefiniciones neoliberales de ciudadanía reposan sobre un conjunto de procedimientos. Algunos resucitan la concepción liberal tradicional de ciudadanía, otros son innovadores y contemplan nuevos elementos de las configuraciones sociales y políticas de la contemporaneidad. En primer lugar, una vez más, reducen el significado colectivo de la redefinición de ciudadanía anteriormente emprendida por los movimientos sociales bajo un entendimiento estrictamente individualista de esta noción. Segundo, se establece una seductora conexión entre ciudadanía y mercado. Volverse ciudadano pasa a significar

11 Para un análisis de este impacto a nivel institucional, ver Benevides (1998); para un ejemplo, entre muchos, del significado de esta noción de ciudadanía en las prácticas de los movimientos sociales, ver Dagnino (1995).

la integración individual al mercado, como consumidor y como productor. Este parece ser el principio subyacente a un enorme número de programas para ayudar a las personas a "adquirir ciudadanía"; es decir, aprender a iniciar microempresas, volverse calificado para los pocos empleos todavía disponibles, etc. En un contexto donde el Estado se exenta progresivamente de su papel de garante de derechos, el mercado es ofrecido como una instancia sustituta para la ciudadanía.

Los derechos laborales están siendo eliminados en nombre de la libre negociación entre patrones y empleados, de la "flexibilidad" del trabajo, etc. Mientras, los derechos sociales garantizados por la Constitución brasileña desde los años cuarenta, son eliminados bajo la lógica de que constituyen obstáculos al libre funcionamiento del mercado, restringiendo así el desarrollo y la modernización. Esta misma lógica transforma los ciudadanos-portadores de derechos en los nuevos villanos de la nación: enemigos de las reformas diseñadas para disminuir las responsabilidades del Estado. Así, se registra una inversión peculiar: el reconocimiento de derechos, considerado en el pasado reciente como indicador de modernidad, se vuelve símbolo del "retraso", un "anacronismo" que bloquea el potencial modernizante del mercado (Telles, 2001). Aquí encontramos una poderosa legitimización de la concepción de mercado como instancia alternativa de ciudadanía, en la medida en que el mercado se vuelve la encarnación de las virtudes modernas y el único camino para el sueño latinoamericano de inclusión en el Primer Mundo.

El desplazamiento de significados que sufre la noción de ciudadanía también es dramático porque se vincula directamente a la gestión de nuestra cuestión más urgente: la pobreza. A contracorriente del movimiento que se enunciaba a finales de los años ochenta e inicio de los noventa, cuando la cuestión social y la pobreza pasan a ser vistas bajo la óptica de la construcción de la ciudadanía y de la igualdad de derechos, así como paradigmáticamente evidencia la creación del Consejo de Seguridad Alimentar (CONSEA), el proyecto neoliberal propone otra forma de gestión social[12]. El principal recurso de esta forma de gestión —el llamado a la solidaridad— se restringe a la responsabilidad moral de la sociedad, bloqueando su dimensión política y desarmando las referencias a la responsabilidad y el bien públicos, precaria y penosamente construidas desde los años ochenta (Telles, 2001). Es a través de este entendimiento de ciudadanía, restringido a la responsabilidad moral privada, que la sociedad es llamada a

12 El Consejo de Seguridad Alimentar, que afirmaba la alimentación como un derecho, fue disuelto en los primeros días del gobierno de Fernando Henrique Cardoso y sustituido por el ya mencionado Consejo de la Comunidad Solidaria.

engancharse en el trabajo voluntario y filantrópico, que se vuelve cada vez más el hobby favorito de la clase media brasileña.[13] La ciudadanía es identificada con y reducida a la solidaridad para con los pobres, a su vez, entendida en la mayoría de las veces como mera caridad. En un comercial televisivo, en un modelo exhaustivamente repetido actualmente en Brasil, una conocida actriz brasileña, invita al público o donar el equivalente a cinco dólares americanos por mes para un programa de asistencia a los niños. La actriz termina enfáticamente diciendo: "¡Esto es ciudadanía!".

Esta comprensión de ciudadanía domina las acciones de las fundaciones empresariales, el llamado tercer sector, que proliferó en Brasil en los últimos años. Caracterizado por una ambigüedad constitutiva entre los intereses mercantiles de maximización de ganancias a través de su imagen pública basada en la "responsabilidad social", estas fundaciones son los nuevos campeones de la ciudadanía en Brasil. Así como en los sectores del Estado ocupados por las fuerzas neoliberales, este discurso de la ciudadanía es marcado por la total ausencia de cualquier referencia a derechos universales o al debate político sobre las causas de la pobreza y de la desigualdad. Una de las consecuencias es el desplazamiento de estas cuestiones: tratadas estrictamente bajo el ángulo de la gestión técnica o filantrópica, la pobreza y la desigualdad están siendo retiradas de la arena pública —política— y de su propio dominio, el de la justicia, igualdad y ciudadanía. La propia sustitución del término sociedad civil por la importación del termino Tercer Sector —el primero y el segundo serían el Estado y el mercado— para sustituir el de sociedad civil designa el intento de retirar la ciudadanía del terreno de la política, retomado una vez más por su detentor exclusivo: el Estado. Es importante recordar que uno de los puntos fundamentales del esfuerzo democrático de los años ochenta, que se inicia en los años setenta con la lucha en contra de un Estado autoritario y centralizador, era también una batalla contra una concepción estatista del poder y la política, por una visión ampliada de la política y sus agentes. Esta visión ampliada incluía la sociedad civil como una arena política legítima y enfatizaba la ciudadanía, como hemos visto, como un proceso de constitución de sujetos políticos.

Es en la formulación de políticas sociales con respecto a la pobreza y a la desigualdad, que la definición se centró gran parte de las luchas organizadas por la demanda de derechos iguales y por la

13 Un estudio sobre las motivaciones subyacentes al trabajo voluntario en Brasil probablemente reforzaría nuestro argumento, al iluminar la emergencia de concepciones privatistas, individualistas y auto-centrales que tienden a orientar la práctica del voluntarismo en todo el mundo. Ver Leslie Hustinx y Frans Lammertyn (2003).

extensión de la ciudadanía y a donde se dirigió la participación de la sociedad en el esfuerzo de garantizar derechos universales a todos los ciudadanos, por lo tanto, en el terreno privilegiado del proyecto democrático, que se evidencia con más claridad el avance de estas versiones neoliberales de ciudadanía. Con el avance del modelo neoliberal y la reducción del papel del Estado, las políticas sociales son formuladas cada vez más estrictamente como esfuerzos de emergencias direccionadas a determinados sectores sociales, cuya supervivencia está amenazada. Los objetivos de estas políticas no son vistos como ciudadanos, con derechos a tener derechos, si no como seres humanos "necesitados", a ser atendidos por la caridad, pública o privada.[14] Al ser confrontados con esta mirada, reforzada por la escasez de recursos públicos destinados a estas políticas y por la gravedad y urgencia de la situación a ser enfrentada, sectores de la sociedad civil invitados a participar en nombre de la "construcción de ciudadanía" con frecuencia subordinan su mirada universalista de derechos y se rinden a la posibilidad concreta de atender algunos desatendidos.

Este desplazamiento de "ciudadanía" y "solidaridad" obscurece su dimensión política y corroe las referencias a la responsabilidad y al interés públicos, construidas con mucha dificultad por las luchas democráticas de nuestro pasado reciente. La distribución de servicios y beneficios sociales pasa cada vez más a ocupar el lugar de los derechos y de la ciudadanía, obstruyendo no solo la demanda de derechos —no existen instancias para esto, ya que esta distribución depende solamente de la buena intención y de la competencia de los sectores involucrados— pero, aún más grave, impidiendo la propia formulación de los derechos y de la ciudadanía y la enunciación de la cuestión pública. Cuando se procesa el desarmamiento de las mediaciones institucionales y políticas que posibilitan que el derecho pueda ser formulado, reivindicado e instituido como parámetro en la negociación del conflicto, el significado de la idea de pobreza como denegación de derechos se completa (Telles, 2001). La eficacia simbólica de los derechos en la construcción de una sociedad igualitaria y democrática se pierde, reforzando aún más un ya poderoso privatismo como la orientación dominante en el conjunto de las relaciones sociales.

Todos estos desplazamientos parecen estar articulados por un eje más amplio —a cuya identificación más precisa aún pretendemos llegar— que propone una despolitización de estas tres nociones, referencias centrales de las luchas democráticas, y, así, una redefinición

14 Las expectativas de cambio social en este cuadro, anunciadas por la elección de Lula, se encontraron relativamente frustradas por el Programa Fome Zero, que todavía no ha logrado romper de manera clara con esta concepción.

de las propias nociones de política y de democracia establecidas y conquistadas por estas luchas. Así, el proyecto neoliberal operaría no solo con una concepción de Estado mínimo[15], pero también con una concepción minimalista tanto de la política como de la democracia. Minimalista porque restringe no solo el espacio, la arena de la política, si no sus participantes, procesos, agenda y campo de acción.

Así, la disminución de las responsabilidades sociales del Estado encuentra su contrapartida en la disminución del espacio de la política y de la democracia. Ambos deben ser limitadas al mínimo indispensable. Como en el Estado mínimo, esa disminución es selectiva y sus consecuencias son la profundización de la exclusión exactamente de estos sujetos, temas y procesos que puedan amenazar el avance del proyecto neoliberal. Menciono apenas dos ejemplos expresivos de esta concepción, que pueden indicar la intensidad con que esta confronta los avances de la construcción democrática en Brasil. El primer es la acusación direccionada, tanto por los medios como por el Gobierno de Cardoso, al movimiento social más importante en Brasil actualmente —el Movimiento de los Sin Tierra— para descalificarlo como interlocutor: "Es un movimiento político". El segundo es la respuesta dada por Fernando Henrique Cardoso a las críticas que recibió cuando, luego en el inicio de su gobierno, envió tanques del Ejército para enfrentar una huelga de los trabajadores petroleros, considerada como "política" porque defendía, entre otras cosas, el mantenimiento del monopolio estatal del petróleo. Inquirido sobre si este sería un procedimiento democrático, respondió: "la democracia se hace en el Congreso". El proyecto participativo y democrático se articuló precisamente para combatir estas miradas estrechas, reduccionistas y excluyentes de la política y de la democracia. Aquí, por lo tanto, se configuran proyectos claramente distintos, no hay confluencia, ni tampoco perversidad.

CONFLUENCIA PERVERSA, CRISIS DISCURSIVA Y AGENDA INTELECTUAL, CULTURAL Y POLÍTICA

El esfuerzo de identificación de los distintos proyectos políticos en disputa adquiere sentido si puede contribuir al enfrentamiento de la crisis discursiva que frena el avance del proceso de construcción democrática en Brasil. Esta identificación puede ayudar a exponer el conflicto y, en esta medida, reafirmar la política como ámbito apropiado para su tratamiento y la democracia como formato capaz de

15 Mínimo, no cuesta recordar, cuando se trata de asignar recursos para las políticas sociales de reducción de desigualdad; no cuando se trata de subsidiar empresarios y banqueros.

abrigarlo. La exposición del conflicto —que la confluencia perversa dificulta— puede quitarle su carácter perverso y mostrarla como aquello que es, una disputa político-cultural entre distintos modelos de sociedad y los respectivos sectores sociales empeñados en ellos.

Si la transparencia del conflicto puede se constituir en una alternativa eficaz, un camino posible pasa por la exacerbación de las diferencias entre estos proyectos, por un lado, y el debate abierto y la confrontación clara entre ellos, por otro. En esta dirección, dos respuestas se alinean. Una es la exploración de forma más radical de lo que se podría llamar de "núcleos duros" del proyecto participativo democrático. El primero parece ser la noción de derechos que, profundamente marcada por la carga igualitaria de su historia y por la experiencia reciente de los movimientos sociales que le adicionaron a la idea de invención de nuevos derechos, puede resistir más duramente a las resignificaciones neoliberales. Otro "núcleo duro" residiría en el segundo termino de la noción de espacios públicos: el énfasis en la constitución de estos espacios, que en Brasil ocupó parte significativa de la acción política de los sectores democráticos durante los últimos años, se re orientaría para la lucha por su calidad, para asegurar su calificativo público y lo que lo promete. La existencia de espacios efectivamente públicos solo se garantiza por la efectiva pluralidad y diversidad de sus participantes, por la equivalencia de sus recursos de información, conocimiento y poder. Lo que seguramente remite a otra, larga y difícil, agenda cultural y política.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarez, S. E. 1999 "Advocating Feminism: The Latin American Feminist NGO 'Boom'" *en International Feminist Journal of Politics* (Taylor & Francis) Nº 1(2).

Alvarez, S. E.; Dagnino, E. 1995 "Para Além da 'Democracia Realmente Existente': Movimentos Sociais, a Nova Cidadania e a Configuração de Espaços Públicos Alternativos", Trabajo presentado en la *XIX Reunião Anual da*

Associação Nacional de Pós-Graduação em Ciências Sociais (Caxambu: ANPOCS).

Baierle, S. G. 1998 "The Explosion of Experience: The Emergence of a New Ethical-Political Principle in Popular Movements in Porto Alegre, Brazil" en Alvarez, S.; Dagnino, E.; Escobar, A. (orgs.) *Cultures of politics. Politics of cultures: re-visioning Latin American social movements* (Boulder: Westview Press).

Benevides, M. V. 1989 *A Cidadania Ativa* (São Paulo: Ática).

Bresser Pereira, L. C. 1996 "Da administração pública burocrática à gerencial" en *Revista do Serviço Público* (Brasil) Nº 47, enero-abril.

Dagnino, E. 1994 "Os Movimentos Sociais e a Emergência de uma Nova Noção de Cidadania" en Dagnino E. (org.) *Os Anos 90: Política e Sociedade no Brasil* (São Paulo: Brasiliense).

Dagnino, E. 1995 "On Becoming a Citizen: The Story of D.Marlene" en Benmayor, R.; Skotnes, A. (orgs.) *International Yearbook of Oral History and Life Stories* (Oxford: Oxford University Press).

Dagnino, E. 2001 "Cultura, ciudadanía y democracia: los discursos y prácticas cambiantes de la izquierda latinoamericana" en Escobar, A.; Alvarez, S. E.; Dagnino, E. (orgs.) *Política Cultural & Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos* (Bogotá: Taurus; ICAHN).

Dagnino, E. 2002 *Sociedad Civil, Espacios Públicos y Democratización: Brasil* (México: Fondo de Cultura Económica).

Dagnino, E. 2004 "Sociedade civil, participação e cidadania: de que estamos falando?" en Mato, D.; Garcia, I. (coords.) *Políticas de Ciudadanía y Sociedad Civil en Tiempos de Globalización* (Caracas: UCV).

Doimo, A. M. 1995 *A Vez e a Voz do Popular* (Río de Janeiro: Relume Dumará; ANPOCS).

Fernandes, R. C. 1994 Privado, porém público (Río de Janeiro: Relume-Dumará).

Galgani, G.; Said, M. 2002 "Consejo Cearense de Derechos de la Mujer (CCDM) - Espacio de diálogo entre las demandas de los Movimientos de Mujeres y el Estado" en Dagnino, E. (org.) *Sociedad Civil, Espacios Públicos y Democratización: Brasil* (México: Fondo de Cultura Económica).

GECD 2000 "Os Movimentos sociais e a Construção democrática: Sociedade Civil, Espaços Públicos e Gestão Participativa" en *Idéias* (IFCH – UNICAMP) Nº 5-6.

Hustinx, L.; Lammertyn, F. 2003 "Collective and Reflexive Styles of Volunteering: A Sociological Modernization Perspective" en *Voluntas* (Srpinger) Nº (14)2, junio.

Landim, L. 1993 "A invenção das ONGs –do serviço invisível à profissão sem nome", Tesis de Doctorado en Antropología Social (Río de Janeiro: Universidade Federal do Rio de Janeiro).

Mato, D. 2003 "Global and Local Agents in the Transnational Making of Representations of Ideas of 'Civil Society' and the 'Third Sector'", Trabajo presentado en el XXIV International Congress of the Latin American Studies Association (LASA).

Oliveira, F. 1999 "Privatização do público, destituição da fala e anulação da política: o totalitarismo neoliberal" en Oliveira, F.: Paoli, M. C. (orgs.) *Os Sentidos da Democracia. Políticas do Dissenso e Hegemonia Global* (São Paulo: Vozes; NEDIC; FAPESP).

Paoli, M. C. 2002 "Empresas e responsabilidade social: os enredamentos da cidadania no Brasil" en Santos, B. de S. (org.) *Democratizar a Democracia - Os caminhos da democracia participativa* (*Río de Janeiro*: Civilização Brasileira).

Salamon, L. 1997 "Estratégias para o Fortalecimento do Terceiro Setor" en Ioschpe, E. B. (org.) *Terceiro Setor: Desenvolvimento Social Sustentado* (Río de Janeiro: Paz e Terra).

Tatagiba, L. 2002 "Los consejos gestores y la democratización de las políticas públicas en Brasil" en Dagnino E. *Sociedad Civil, Espacios Públicos y Democratización: Brasil* (México: Fondo de Cultura Económica).

Telles, V. da S. 1994 "Sociedade civil, direitos e espaços públicos" en *Polis* (São Paulo: Instituto Polis) Nº 14.

Telles, V. da S. 2001 *Pobreza e Cidadania* (São Paulo: Editora 34).

Teixeira, A. C. C. 2002 "La actuación de las Organizaciones No-Gubernamentales: Entre el Estado y la Sociedad Civil" en Dagnino E. (org.) *Sociedad Civil, Espacios Públicos y Democratización: Brasil* (México: Fondo de Cultura Económica)

Teixeira, A. C. C.; Dagnino, E.; Almeida Silva, C. . 2002 "La Constitución de La Sociedad Civil en Brasil" en Dagnino, E. (org.) *Sociedad Civil, Espacios Públicos y Democratización: Brasil* (México: Fondo de Cultura Económica).

Teixeira, A. C. C. 2003 *Identidades em Construção: Organizações Não-Governamentais no Processo Brasileiro de Democratização* (São Paulo: Annablume; FAPESP).

SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS*

ALBERTO GUERREIRO RAMOS (1915-1982)
Sociólogo negro nacido en el estado de Bahía. Se graduó en Ciencias Sociales (1942) y Derecho (1943) en Río de Janeiro. Después de su formación, trabajó en el Departamento Nacional de la Niñez, perteneciente al Departamento Administrativo de Servicio Público (DASP), y promovió un sector de investigación social en el Teatro Experimental do Negro (TEN), lo cual fue fundamental para las interpretaciones expresadas en su libro *Introdução Crítica à Sociología Brasileira* (Río de Janeiro: Andes, 1957) y en *A Redução Sociológica* (Río de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1958). Estas obras incorporan también sus experiencias docentes en el Instituto Superior de Estudios Brasileros (1954-1958) y en la Escuela Brasilera de Administración Pública, donde dio clases desde su creación en 1952 hasta su exilio en los Estados Unidos, en 1967, forzado por la dictadura. Formó parte de la asesoría

---

* Los editores de la antología agradecemos a los/as colegas y amigos/as que colaboraron en la redacción de las biografías de los/as autore/as que aparecen entre paréntesis: Luiz Augusto Campos (Carlos Hasenbalg y Lélia González), Christian Lynch (Wanderley Guilherme dos Santos), Eugênia Motta (Luiz Antonio Machado da Silva), Guilherme Leite (Virginia Fontes), Felipe Macedo (Darcy Ribeiro y Ruy Mauro Marini), Lucas Carvalho (Moacir Palmeira y Maria Isaura Pereira de Queiroz), Andre Bittencourt (Silviano Santiago y Elide Rugai Bastos) y Karim Helayel (Fernando Henrique Cardoso y Roberto Schwarz).

del segundo gobierno de Getúlio Vargas y se involucró en el debate sobre el desarrollo nacional en tanto mentor del proyecto político del Partido Laborista Brasileño, condensado tanto en *A crise do poder no Brasil* (Río de Janeiro: Zahar, 1961) como en *Mito e verdade na Revolução Brasileira* (Río de Janeiro: Zahar, 1963). En el exilio, ligado al Departamento de Administración de la Universidad de Southern California, desarrolla una prestigiosa carrera que culmina en la publicación de *A Nova Ciência das Organizações* (Río de Janeiro: FGV, 1981). Además de las obras mencionadas, se destaca asimismo el libro *Cartilha Brasileira do Aprendiz de Sociólogo* (Río de Janeiro: Andes, 1954), luego reeditado y ampliado en los libros *Administração e Estratégia do Desenvolvimento* (Río de Janeiro: FGV, 1966) y *O problema nacional do Brasil* (Río de Janeiro: Sâga, 1960). Guerreiro fue además precursor de la crítica al universalismo inserto en el pensamiento occidental, que propiciaría el pensamiento colonizado de las naciones subdesarrolladas. Su libro *A Redução Sociológica* buscó la adecuación de los sistemas teóricos a la realidad concreta periférica, de modo que las Ciencias Sociales sirvieran como consciencia crítica al proceso de desarrollo nacional. Faltaba ese ajuste en la sociología que abordaba al negro como "objeto" o "cuestión" y no como sujeto histórico de la formación nacional, lo cual evidenciaba la "patología social" brasileña, de inferiorización ética y estética del negro y su negación como componente demográfico y cultural constitutivo. El desajuste con la realidad brasileña, para Guerreiro, se reflejaría también en los embates político-ideológicos tanto del sector liberal como del comunista, que suponían configuraciones de clase y objetivos políticos provenientes de la idealización de las sociedades centrales, una modernización extrovertida.

ANTONIO CANDIDO (1918-2017)

Nació en Río de Janeiro y se graduó en Ciencias Sociales en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo en 1942, mismo año en que fue nombrado primer asistente del profesor Fernando de Azevedo en la cátedra de Sociología II de la USP. Fue también en esa cátedra donde defendió su tesis de doctorado, "Los parceiros do Rio Bonito", en 1954. Antes de eso, en 1945, el autor ya se había presentado a concurso para la cátedra de Literatura Brasileña en la misma institución, lo que le valió el título de libre-docente con el trabajo "Introdução ao método crítico de Silvio Romero", incluso sin haber sido aprobado. A partir de 1958 Candido deja su posición en la cátedra de Sociología y asume como profesor en la Facultad de Assis, donde dictó la cátedra de Literatura Brasileña de 1958 hasta 1960. Volvió a la USP en 1961, esta vez a cargo del curso de Teoría Literaria

y Literatura Comparada, creado por él. Coordinó también el Instituto de Estudios del Lenguaje (IEL) de la Unicamp. Además de ser, dentro de la universidad, un precursor tanto en los campos de la sociología como de la teoría literaria, el autor fue el fundador de la revista *Clima* (1941), columnista de literatura, militante del Partido Socialista Brasileño y uno de los fundadores del Partido de los Trabajadores. Además de las obras ya mencionadas, podemos enumerar como sus trabajos más importantes: *Ficção e confissão* (1956), *Formação de la literatura brasileira* (1959), *Tese e antítese* (1964), *Literatura e sociedade* (1965), *A educação pela noite e outros ensaios* (1987) y *O discurso e a cidade* (1993). La percepción de la dinámica social como proceso es clave en prácticamente toda la obra de Antonio Candido. Ya en su tesis de doctorado —un estudio sobre los medios de vida de los grupos caipiras en una región paulista— está en juego percibir los significados del cambio social, como la urbanización, que ponía en riesgo la figura del arrendatario o *parceiro*, al mismo tiempo que implicaba la creación de nuevas formas de sociabilidad, que solo pueden ser entendidas en perspectiva histórica. Formado además en literatura brasileña, aporta la famosa tesis de la consolidación histórica de un "sistema literario" en Brasil a partir de la articulación entre obras, un conjunto de productores literarios relativamente conscientes de su papel y la formación de un público lector. En vez de pensar en términos de rupturas radicales estilísticas, como entre Romantismo y Arcadismo, el autor percibe continuidades que, dialécticamente, permitirán justamente la formación de ese sistema. En el mismo sentido, en su abordaje crítico la relación entre texto y contexto deja de ser disyuntiva, sino que es necesaria para la comprensión de cómo el proceso social actúa en la organización interna de las obras literarias.

SILVIANO SANTIAGO (1936)

Nacido en Formiga, Minas Gerais, se formó en Letras Neolatinas en la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG). Muy tempranamente viajó a Francia para realizar sus estudios doctorales ("A gênese dos moedeiros falsos") sobre la obra de André Gide, en la Universidad de París-Sorbonne (1968). Durante el doctorado, en 1962, asume un puesto de profesor en la Universidad de Nuevo México, en los Estados Unidos. A partir de entonces dicta clases en la Universidad de Rutgers, en la Universidad de Toronto y en la Universidad Estatal de Nueva York, en Buffalo. En esta última se hace cargo del Departamento de Francés y recibe un puesto permanente (*tenure*). En 1972 se retira de Buffalo y dicta clases en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro (PUC). En los años setenta retorna definitivamente a Brasil como profesor asociado de la PUC-Río y, más tarde, es

nombrado también profesor adjunto de la Universidad Federal Fluminense (UFF). Ya jubilado, Santiago sigue ejerciendo como crítico y autor literario, habiendo recibido el Premio Jabuti en 2017 por su novela *Machado*. Con una carrera marcada por la intersección entre teoría literaria y ficción, podemos destacar como las principales obras del primer grupo *Uma literatura nos trópicos: ensaios sobre dependência cultural* (1976), *Vale quanto pesa: ensaios sobre questões político-culturais* (1982), *Nas malhas de la letra* (1989), *O cosmopolitismo do pobre: crítica literaria e crítica cultural* (2004), *As raízes e o labirinto de la América Latina* (2006) y *Genealogia de la ferocidade* (2017). Como autor literario se destacan sus libros *Em liberdade* (1981), *Stella Manhattan* (1985), *De cócoras* (1999), *Mil rosas roubadas* (2014) y el ya citado *Machado* (2016). El autor es uno de los precursores de los llamados estudios pos-coloniales. En su ensayo más famoso, "O entre-lugar do discurso latinoamericano", sugiere los desafíos inherentes a la reflexión desde el sur al desmitificar un modelo de crítica persistente en las tradiciones intelectuales de los países con experiencia colonial: las investigaciones de las fuentes y de las influencias, que tenderían a remitir las obras a un "original" metropolitano replicando el discurso de las "economías deficitarias". La aparición de un contradiscurso crítico, según él, debe enfatizar antes la diferencia que la unidad y la identidad, ya que los artistas y los intelectuales en contextos pos-coloniales se sitúan necesariamente en un espacio entre la asimilación a un modelo original y la necesidad constante de reescritura. Principalmente a partir de los años noventa el autor pasó a trabajar también con la categoría de "cosmopolitismo", a partir de la cual procura releer la tradición intelectual brasileña comprometida entre el "particularismo" y el "universalismo". A contrapelo de las formas de cosmopolitismo que toman como centro a Europa, Santiago propone que se considere otra forma por él denominada "cosmopolitismo del pobre", vista a partir de personajes marginales, como el "refugiado" o el "pachuco", que transitan y se insertan en las metrópolis globales.

DARCY RIBEIRO (1922-1997)

Nació en Montes Claros (Minas Gerais) e inició la carrera de Medicina en Belo Horizonte, donde militó en el movimiento estudiantil y en el Partido Comunista Brasileño (PCB), pero abandonó esta carrera para estudiar en la Escuela Libre de Sociología y Política, en San Pablo, donde se graduó en 1946. Fue investigador del Servicio de Protección al Indio, en el Centro Brasileño de Investigaciones Educativas (CBPE) y docente de la Facultad Nacional de Filosofía. Fue uno de los mentores de la Universidad de Brasilia, de la cual fue rector hasta ser nombrado ministro de Educación y después Jefe de la Casa Civil,

en el agitado gobierno de João Goulart, entre 1962 y el golpe de 1964, que fuerza su exilio a Uruguay y después a Perú, Venezuela y Chile, donde ejerció actividades docentes. Al regresar al país, es electo vicegobernador del Estado de Río de Janeiro en el mandato de Leonel Brizola (1983-1987), por el Partido Democrático Laborista (PDT), siendo el principal creador de los Centros Integrados de Educación Pública (CIEPs). Es electo senador, en los años noventa, y en su mandato elaboró la Ley de Directrices Básicas de la Educación Nacional. Lejos del país, buscaría responder "por qué Brasil no funciona" a partir del análisis presentado en *O processo civilizatório: Etapas de la evolução social* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1965), entendido como el progreso de innovaciones tecnológicas que condicionan las *Configurações históricas e cultuais dos Povos Americanos* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1975). Estos serían "pueblos nuevos" estructurados a partir de la "incorporación histórica" de las innovaciones de Europa que despuntó en la "aceleración evolutiva", trasplantada a los pueblos coloniales que lograron desarrollarse (sobre todo los Estados Unidos). En América Latina, la clase dominante se relacionaba con la metrópolis tanto para mantener su dominio sobre la población local y esclavizada, como por la dependencia de la exportación económica. Esta lógica se mantiene incluso con la industrialización, pues la tecnología incorporada es sobrepasada y la inserción y consumo de los sectores avanzados se restringen a una pequeña parte de la población. Estas ideas serían retomadas para analizar *O Povo Brasileiro* (San Pablo: Companhia das Letras, 1995), por su perspectiva histórico-antropológica. Su dedicación a la educación superior, expresada en *A Universidade necessária* (Río de Janeiro: Paz e Terra, 1969), deriva de la idea de que la autonomía del pueblo está intrínsecamente relacionada a su capacidad de desarrollo científico-tecnológico autónomo y a la ampliación universal de la educación básica. A pesar de una carrera política intensa, Ribeiro publicó decenas de libros y artículos, no solo políticos o académicos, sino también literarios, además de la autobiografía *Confissões* (San Pablo: Companhia das Letras, 1997).

ROBERTO SCHWARZ (1938)

Hijo de intelectuales judíos, nació en Viena, Austria, y emigró a Brasil con apenas cuatro meses de edad, traído por sus padres, que huían de la represión nazi. Cursó su carrera de Ciencias Sociales en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras (FFCL) de la Universidad de San Pablo (USP), recibiéndose de bachiller y licenciado en 1960. Fue integrante del famoso seminario sobre *El Capital* de Marx, que tuvo lugar en la misma universidad entre los años cincuenta y sesenta, y que contó con la participación de figuras que se destacarían nacional

e internacionalmente, tales como Fernando Henrique Cardoso, Ruth Cardoso, Octavio Ianni, José Arthur Giannotti, Fernando Novais, Paul Singer, Bento Prado Jr., Francisco Weffort y Michael Löwy. El estudio sistemático de *El Capital* proveyó los principios de composición para los integrantes del seminario, entre ellos, Roberto Schwarz, que utilizó los aportes teórico-heurísticos del grupo para la realización de sus estudios sobre la obra del escritor brasileño Machado de Assis. Luego de concluir sus estudios en la USP, aconsejado por el sociólogo y crítico literario Antonio Candido, el joven estudiante migra al campo de los estudios literarios, volviéndose magíster en Literatura Comparada en la Universidad de Yale, Estados Unidos, en 1963. En 1976, obtiene el grado de doctor en la Universidad de París III (Sorbonne Nouvelle), en Estudios Latinoamericanos (Estudios Brasileños), con una tesis de doctorado que sería publicada el año siguiente con el título *Ao vencedor as batatas* (1977). Al regresar a Brasil, se integra al Instituto de Estudios de la Lengua (IEL), vinculado a la Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP), pasando a dar clases tanto en el nivel de grado como de posgrado entre los años 1978 y 1992. Es autor del famoso y polémico artículo "As ideias fora do lugar", publicado por primera vez en 1973 en la revista *Estudos* del Centro Brasileño de Análisis y Planeamiento (CEBRAP), el cual fue recogido en el libro *Ao vencedor as batatas*. Publicó además *Um mestre na periferia do capitalismo: Machado de Assis* (1990), trabajo en el cual realiza una fina lectura del libro *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881) de este autor. Teniendo en cuenta el modo por el cual la materia social es codificada en el plano de la forma literaria, el crítico literario identifica que el principio formal de la novela sería la volubilidad del narrador, que oscilaría permanentemente entre dos polos distintos de orientación de las conductas: el polo del recetario liberal-burgués y el de la sociedad esclavista. Entretanto, su diagnóstico resalta que la volubilidad no sería un rasgo de la idiosincrasia del personaje narrador, sino que esta sería un rasgo generalizable a las élites señoriales brasileñas del siglo XIX. Es posible destacar además otras de sus publicaciones: *A sereia e o desconfiado* (1965), *O pai de família e outros estudos* (1978), *Que horas são?* (1987), *Sequências brasileiras* (1999) y *Martinha versus Lucrécia* (2012).

LUIZ WERNECK VIANNA (1938)

Nació en Río de Janeiro, donde cursó dos carreras: en primer lugar, Derecho en la antigua Universidad del Estado de Guanabara (actual Universidad del Estado de Río de Janeiro, UERJ) en 1962 y, en segunda lugar, Ciencias Sociales en la Universidad Federal de Río de Janeiro en 1967, ya en plena dictadura. Werneck concilió esta segunda carrera

con la representación legal de presos políticos, junto a compañeros como Antônio Modesto de la Silveira. En 1970 finalizó la maestría en Ciencia Política en el Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro (IUPERJ), actual Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la UERJ, aunque no llegó a presentar su disertación pues tuvo que exiliarse en Chile, vía San Pablo, debido a la persecución militar. Poco después de su retorno a Brasil, fue aceptado en el Doctorado en Sociología en la USP y participó activamente de la vida intelectual y política de San Pablo. Dirigido por Francisco Weffort, defendió en 1976 su tesis "Liberalismo e Sindicato no Brasil", publicado como libro en ese mismo año por la editorial Paz e Terra. Durante su estadía en San Pablo, integró los equipos del Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos (DIEESE) y participó de los debates e investigaciones promovidas por el Centro Brasileño de Análisis y Planeamiento (CEBRAP). Durante todo ese tiempo, concilió sus actividades académicas con la militancia en el Partido Comunista Brasileño (PCB). De vuelta en Río de Janeiro, se desligó del PCB en el inicio de los años ochenta y pasó a ser profesor del antiguo IUPERJ, en el cual fue docente durante treinta años. Fue uno de los pioneros en utilizar el pensamiento de Gramsci para pensar críticamente sobre Brasil a través de su interpretación del proceso de modernización de la sociedad brasileña como una revolución pasiva. Además de varios artículos y de su primer libro ya mencionado, su lectura gramsciana sobre Brasil gana cuerpo en *A revolução passiva: Iberismo e americanismo no Brasil* (Río de Janeiro: Revan, 1997) y, más recientemente, en *Diálogos gramscianos sobre o Brasil atual: Entrevistas com Luiz Werneck Vianna* (Río de Janeiro: Verbena Editora / Fundação Astrojildo Pereira, 2018). De manera paralela, el interés del autor por el derecho gana un nuevo alcance en el escenario brasileño posterior a la Constitución de 1988, destacándose desde entonces en sus análisis de coyuntura y en sus investigaciones y trabajos de análisis de la magistratura brasileña, de las formas de acceso al poder judicial, de la judicialización de la política y de las relaciones sociales.

ELIDE RUGAI BASTOS (1937)

Nació en el Estado de San Pablo y se graduó en Filosofía en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo en 1960. Realizó su maestría en Ciencia Política en la Universidad de San Pablo con una disertación sobre las Ligas Campesinas (1980) y su doctorado en Ciencias Sociales en la PUC-SP con una tesis sobre Gilberto Freyre y la formación de la sociedad brasileña (1985), además de un pos-doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. De 1961 a 1989 fue profesora de la PUC-SP y, desde entonces, pasó a dar clases en la Unicamp, donde

obtuvo su libre-docencia con el trabajo "O pensamento sociológico no Brasil: Consenso ou crítica?" (1998). La autora es además colaboradora en el CEDEC e investigadora senior de la Universidad Federal de San Pablo. Tanto su disertación como su tesis de doctorado fueron publicadas como *As Ligas Camponesas* (1984) y *As criaturas de Prometeu. Gilberto Freyre e a formação de la sociedade brasileira* (2006), respectivamente. Es además autora de *Gilberto Freyre e o pensamento hispânico*. *Entre Dom Quixote e Alonso El Bueno* (2003). Junto a estos libros, podemos destacar su trabajo como compiladora de diversas antologías nacionales e internacionales, tales como *O pensamento de Oliveira Vianna* (con João Quartim de Moraes, 1991), *Intellectuels et politique. Brésil-Europe — XIXe-XXe siècles* (con Denis Rolland y Marcelo Ridenti, 2003) y *Conversas com sociólogos brasileiros* (con Fernando Abrucio, Maria Rita Loureiro y José Marcio Rego, 2006). Se destacan también sus artículos sobre la llamada escuela sociológica paulista. A lo largo de su trayectoria, ha trabajado con temas y objetos muy distintos. Sin embargo, desde su maestría sobre la cuestión agraria en Brasil una de sus preocupaciones centrales es comprender las dimensiones heurísticas de los momentos de "crisis", que permitirían ver los fundamentos más generales de la vida social, los nexos que, en situaciones de aparente "normalidad", están encubiertos. Es así que podemos observar tanto los movimientos de luchas sociales en el campo como la escuela sociológica paulista, especialmente la obra de Florestan Fernandes, como cuestionadores del bloque agrario-industrial en el poder. Las investigaciones pioneras de la autora sobre Gilberto Freyre pueden también ser entendidas en esta misma dirección, al destacar la importancia de las ideas y de los intelectuales para el movimiento general de la sociedad y la necesidad de comprender por qué ciertas interpretaciones, especialmente las conservadoras, tuvieron más éxito que otras en transformarse en fuerzas sociales efectivas.

GABRIEL COHN (1938)

Nacido en el Estado de San Pablo, se graduó en 1964 en Ciencias Sociales en la Universidad de San Pablo (USP). Realizó su disertación de maestría (1967), su tesis de doctorado (1971) y su libre-docencia (1977) también en la misma institución, en la cual ganó el título de Profesor Emérito en 2011. Presidió la Sociedad Brasileña de Sociología (1985-1987) y la Asociación Nacional de Pos-Graduación e Investigación en Ciencias Sociales (2005-2006). Formado en el interior del grupo de sociólogos liderado por Florestan Fernandes en la USP, que en la década del sesenta se orientaría al estudio de las bases del desarrollo económico brasileño, su investigación de maestría, dirigida por Octavio Ianni y publicada en el libro *Petróleo e nacionalismo*

(1968), buscaba reconstituir las diferentes dimensiones sociales y las constelaciones de interés que llevaron a grupos empresariales, políticos y burocráticos a la creación de Petrobras. Al cambiar al tema de la comunicación en su investigación de doctorado, publicada con el título *Sociologia da comunicação: Teoria e ideologia* (1973), procuró colocar en perspectiva crítica los estudios hasta entonces dominantes en ese campo, y al mismo tiempo rastrear la dimensión ideológica de algunos de sus conceptos centrales, como masa, público y élite. Ese libro fue un vector importante de la recepción de autores como Theodor Adorno, Max Horkheimer y Jürgen Habermas en Brasil en los estudios sobre comunicación, además de la antología *Comunicação e indústria cultural* (1971), también editada por el autor. Al final de la década del setenta, publica un trabajo innovador sobre Max Weber, resultado de su libre-docencia: *Crítica e resignação: Fundamentos de la sociología de Max Weber* (1979), publicado en español en 1998 por la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina). Desde entonces, Gabriel Cohn se dedica a analizar la teoría social clásica y contemporánea, con énfasis en las obras de Max Weber y Theodor Adorno y en los temas de la dominación, de la industria cultural y de la racionalización. También publicó importantes trabajos sobre Florestan Fernandes y el legado intelectual de su obra (y de su grupo en la USP) para la teoría sociológica. Recientemente, parte de su producción fue reunida en *Weber, Frankfurt: Teoria e Pensamento Social 1* (2017).

FLORESTAN FERNANDES (1920-1995)

Nació en San Pablo y se formó en Ciencias Sociales en la Universidad de San Pablo (USP) en 1944. Realizó su maestría en la Escuela Libre de Sociología y Política (ELSP) ("A organização social dos Tupinambá", 1947) y su doctorado en la USP ("A função social da guerra na sociedade Tupinambá", 1951). A partir de 1954, pasó a desempeñarse como director de la cátedra de Sociología I de la USP, tomando el lugar de Roger Bastide, y diez años más tarde se volvió catedrático efectivo de la misma materia con la tesis "A integração do negro na sociedade de classes". Jubilado compulsivamente en 1969 por el Acto Institucional Nº 5 (AI-5) de la dictadura, dicta clases por tres años en la Universidad de Toronto. Al retornar a Brasil, integra el cuerpo docente de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo. Es elegido diputado federal por el Partido de los Trabajadores en 1986, y participó de la Asamblea Nacional Constituyente. Diez años después de su muerte, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil decidió dar el nombre de Florestan Fernandes a su centro de educación en Guararema (San Pablo), hoy uno de los

principales espacios de formación de los movimientos populares en América Latina. Entre sus principales obras, podemos listar, además de las mencionadas anteriormente: *A sociología numa era de revolução social* (Río de Janeiro: Zahar, 1976, 2ª ed.), *Mudanças sociais no Brasil* (San Pablo: Difel, 1979, 3ª ed. revisada), *Sociedade de classes e subdesenvolvimento* (Río de Janeiro: Zahar, 1975 [1968]), *A sociología no Brasil* (Petrópolis: Vozes, 1980 [1977]), *A revolução burguesa no Brasil* (San Pablo: Globo, 2006 [1975]) y *O negro no mundo dos brancos* (San Pablo: Global, 2007 [1972]). Autor de trabajos pioneros sobre la sociedad tupinambá, considerados referencia en la etnología indígena contemporánea, Florestan Fernandes también contribuyó a cambiar los términos del debate sobre la cuestión racial en Brasil. Criticando los efectos conservadores del "mito de la democracia racial" en el proceso de cambio social, señala que el legado del pasado de una sociedad esclavista y patrimonialista se estaba reactualizando en el interior de la modernización acelerada que la sociedad brasileña experimentaba a mediados del siglo XX. Además, intervino en el debate sobre desarrollo y dependencia a través de su concepto analítico "capitalismo dependiente", a partir del cual analizó los sentidos y los efectos del estilo "autocrático" de revolución burguesa en la periferia del capitalismo. En lugar de la conexión entre capitalismo y democracia, el autor apunta a la articulación estructural entre modernización, atraso y encerramiento político típico de esos contextos.

LUIZ DE AGUIAR COSTA PINTO (1920-2002)

Nació en Salvador, Bahía. Se graduó en Ciencias Sociales en la Facultad Nacional de Filosofía (FNFi) de la Universidad de Brasil (UB) en 1942. En los años cuarenta se desempeñó como profesor asistente en la FNFi/UB en la cátedra de Sociología regida por Jacques Lambert, y defendió su tesis de libre-docencia, "O ensino da sociologia na escola secundária" en 1947. En 1958, con *Recôncavo: Laboratório de uma experiência humana*, fue nombrado catedrático de Sociología en la Facultad de Ciencias Económicas de la UB. Este libro también sería la primera publicación del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales (CLAPCS), creado un año antes y del cual fue su primer director. Siempre integrado a las redes internacionales de la Sociología, fue vice-presidente de la International Sociological Association (1956 y 1959) y tuvo amplia circulación internacional por universidades de América Latina y norteamericanas. Después del golpe militar de 1964, se fue de Brasil y realizó una larga carrera en la Universidad de Waterloo (Canadá). Entre sus principales libros, podemos citar *Lutas de famílias no Brasil* (1949), *O negro no Rio de Janeiro: relações de raças numa sociedade em mudança* (1953), *Sociología*

e desenvolvimento (1963*), La sociología del cambio y el cambio de la sociología* (1963) y *Estructura de clases y cambio social* (1964) (los dos últimos editados en la Argentina por las editoriales Eudeba y Paidós, respectivamente). La principal innovación teórica de Costa Pinto, en lo que se refiere al debate sociológico del desarrollo, es el concepto de "marginalidad estructural". A través de esta noción el autor procuró demostrar que, en las sociedades en desarrollo, no serían solo los elementos "tradicionales" los que estarían en crisis a partir de los cambios sociales en curso, sino también el propio patrón "moderno" que se quiere imponer, por ser incapaz de rediseñar la totalidad de la estructura social. Por lo tanto, en lugar de una visión dicotómica del proceso de cambio social, Costa Pinto ya alertaba sobre las imbricaciones entre arcaísmo y modernidad, conspirando ambos contra el futuro de la sociedad brasileña.

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO (1931)

Nació en Río de Janeiro. Se graduó en la carrera de Ciencias Sociales de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras (FFCL) de la Universidad de San Pablo (USP) al final de 1952. En octubre de 1953, se convirtió en asistente de Roger Bastide y en auxiliar de enseñanza en la cátedra de Sociología I de la USP, desempeñando estas funciones hasta diciembre de 1954, momento en que Bastide retorna a Francia y Florestan Fernandes asume como catedrático interino, quien invita al entonces joven sociólogo a desempeñarse, en enero de 1955, como su asistente primero. Cardoso integró el famoso seminario sobre *El Capital* de Marx, que tuvo lugar en la USP entre los años cincuenta y sesenta, el cual contó con la participación de figuras que alcanzarían prestigio nacional e internacional, tales como Ruth Cardoso —su esposa—, Octavio Ianni, José Arthur Giannotti, Fernando Novais, Paul Singer, Bento Prado Jr., Francisco Weffort, Roberto Schwarz y Michael Löwy. Las discusiones en torno al principal trabajo de Karl Marx fueron fundamentales en la elaboración de su tesis de doctorado, dirigida por Florestan Fernandes, y titulada "Formação e desintegração na sociedade de castas: O negro na ordem escravocrata do Rio Grande do Sul", defendida en 1961. Un año después, su tesis fue publicada con el título de *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional: O negro na sociedade escravocrata do Rio de Grande do Sul*. En 1964, debido al golpe cívico-militar, se exilió en Chile, donde dictó clases en el Instituto Latinoamericano de Planeamiento Económico y Social (ILPES), órgano vinculado a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), volviéndose además director adjunto de su División Social. Trabajó asimismo en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), y además fue nombrado profesor en la Facultad

de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. En este período, escribió el famoso ensayo *Dependência e desenvolvimento na América Latina*, con la colaboración del intelectual chileno Enzo Faletto, en el cual formalizaron la categoría "dependencia", diagnosticando las especificidades del desarrollo capitalista en los países dependientes. En 1967 se trasladó a París, pasando un período en la Universidad de París-Nanterre, donde se desempeñó como profesor. Al retornar a Brasil en 1968, fue aprobado en concurso público para el cargo de catedrático de la cátedra de Política de la USP. En 1969, fue jubilado compulsivamente por el Acto Institucional Nº 5 (AI-5), decretado el 13 de diciembre de 1968 por la dictadura cívico-militar, durante el gobierno del general Costa e Silva. En 1969, junto a otros intelectuales afectados por las jubilaciones compulsivas, fundó el Centro Brasileño de Análisis y Planeamiento (CEBRAP). De 1982 a 1986 presidió la International Sociological Association (ISA). En 1983 fue electo senador, una vez que Franco Montoro, de quien era suplente, fuera elegido gobernador de San Pablo. Cardoso fue uno de los fundadores del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB). Fue ministro de Relaciones Exteriores y ministro de Hacienda durante el gobierno de Itamar Franco, y fue uno de los mentores del Plan Real. Fue elegido presidente de la República por dos mandatos consecutivos (1995-2002). De su producción intelectual, es posible destacar: *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional* (1962), *Empresário industrial e desenvolvimento econômico no Brasil* (1964), *Dependência e desenvolvimento na América Latina* (1969), *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes* (1971), *O modelo político brasileiro* (1972), *Autoritarismo e democratização* (1975) y *As ideias e seu lugar* (1980).

EMÍLIA VIOTTI DA COSTA (1928-2017)

Nació en San Pablo y se graduó en Historia en la Universidad de San Pablo en 1954. Desde entonces se interesó por la esclavitud en Brasil, tema que investigó de manera meticulosa y creativa. Se doctoró, con tesis de libre-docencia, defendida en 1964, con un estudio sobre la esclavitud en las regiones cafeteras, que se convirtió en el germen de su obra *Da Senzala* à *Colônia* (San Pablo: Difusão Europeia do Libro, 1966), obra seminal en la cual aporta documentos y elementos innovadores sobre las condiciones de vida del esclavo y sus ansias de libertad, la abolición de la esclavitud y la transición hacia el trabajo libre. Fue nombrado docente de la USP el mismo año del trágico golpe de 1964. Debido a su crítica al régimen militar fue encarcelada en 1969 y jubilada compulsivamente por el Acto Institucional Nº 5 (AI-5), como tantos otros colegas de la universidad. Se exilió en los Estados Unidos, donde se desempeñó como docente invitada en algunas universidades

hasta volverse en 1973 *full professor* de la Universidad de Yale, donde dictó clases por casi veinte años. A contramano de la historiografía oficial, Viotti dialogó y polemizó tanto con referencias importantes del marxismo brasileño (como Caio Prado Jr. y Nelson Werneck Sodré) como con colegas de la USP involucrados en investigaciones sobre temáticas similares a las suyas (tales como Otavio Ianni, Fernando Henrique Cardoso y Paula Belgueiman). Su sólida producción historiográfica es una contribución fundamental para el pensamiento crítico brasileño. Además de su primer libro ya mencionado, se destacan también, entre otros: *Da Monarquia* à *República* (San Pablo: Grijalbo, 1977) y *Coroas de Glória, Lágrimas de Sangue: a Rebelião de escravos em Demerara em 1823* (1a edición publicada en inglés por la Oxford University Press en 1994; edición brasileña publicada en 1998 por Companhia das Letras). Combinando siempre la micro y la macro historia, utilizó con maestría el método dialéctico marxista en el análisis de la sociedad brasileña para enfatizar los conflictos inherentes a la construcción histórica brasileña y la centralidad de los agentes sociales y políticos en la definición de los rumbos del país.

RUY MAURO MARINI (1932-1997)

Oriundo de Barbacena, Minas Gerais, se mudó a Río de Janeiro (1950) para estudiar Medicina, e ingresó tres años después en la Facultad Nacional de Derecho, carrera de la cual también se apartó para finalmente ingresar en la recién creada Escuela Brasileña de Administración Pública, de la Fundación Getúlio Vargas, donde tuvo contacto con Guerreiro Ramos, que allí impartía clases, y se volvió su asistente. Una beca de estudios le permitió partir a Francia, de donde retornó en 1960. Se afilió a la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera (POLOP), donde establecería contacto con Theotônio dos Santos y Vânia Bambirra, dos de sus principales interlocutores, así como exponentes de la vertiente marxista de la Teoría de la Dependencia. Estos debates se consolidarían en la Universidad de Brasilia, donde dictó clases desde 1962 hasta su exilio en 1964, forzado por la dictadura, a México y después a Chile, volviendo al primer país después del golpe de 1973. En el exilio, dictó clases en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en sus dos estadías en el país. Volvió definitivamente a Brasil en 1985, y permaneció académicamente activo hasta su fallecimiento. El activismo político comunista en las coyunturas adversas que enfrentó en Brasil y en Chile postergó la consolidación de su pensamiento en obras más sistemáticas. Las ideas contenidas en artículos como "Brazilian 'interdependence' and imperialist integration" (Nueva York: *Monthly Review*, diciembre de 1965) se desdoblarían en su pensamiento marxista latinoamericano

expresado posteriormente en *Subdesarrollo y revolución* (México: Siglo XXI, 1985 [1969]), y en el clásico *Dialéctica de la dependencia* (México: Era, 1990 [1973]). Entre otros escritos de relevancia, se destacan *El reformismo y la contrarrevolución: estudios sobre Chile* (México: Era, 1976), *El ciclo del capital en la economía dependiente* (México: Nueva Imagen, 1979) y *América Latina: Dependência e Integração* (San Pablo: Brasil Urgente, 1992). Su innovación teórica para analizar las economías dependientes se expresa principalmente a través del concepto de "superexplotación", entendida como la remuneración inferior a la reproducción de los medios de existencia del proletariado colocado en situación de miseria. Esta sería una compensación necesaria de la burguesía periférica por sus pérdidas de lucro en el intercambio desigual con las economías centrales, intercambio del cual depende su acumulación. Economías como la brasileña, que lograron la industrialización, practicarían, además de la superexplotación, un subimperialismo regional, al exportar sus manufacturas y extraer insumos en los intercambios con países periféricos de menor capacidad técnica, lo que refuerza su visión del capitalismo como fenómeno global que se desarrolla por la acumulación asimétrica e interdependiente entre diversos niveles.

VIRGINIA FONTES (1954)

Nació en Río de Janeiro y se graduó en Historia en la Universidad Federal Fluminense (UFF) en 1977. Realizó su maestría en la misma institución, bajo el título de "Continuidades e rupturas na política habitacional brasileira (1920-1979)". En 1992, defendió su tesis de doctorado, "Démocratie et Révolution: Sciences Sociales et pensée politique au Brésil contemporain (1973-1991)", en la Universidad París-X. A partir de 1982 se desempeñó como profesora colaboradora de Teoría y Metodología de la Historia de la UFF. En 1986 pasó a ocupar el cargo de profesora efectiva en la misma universidad. Trabajó además por 10 años como profesora en la Fundación Oswaldo Cruz (Fiocruz), tanto en la Escuela Politécnica de Salud Joaquim Venâncio, como en la Escuela Nacional de Salud Pública Sérgio Arouca. Colaboró activamente con diferentes movimientos sociales; entre ellos, se destaca su intensa colaboración con el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST). En ese ámbito, desde 2000, es profesora de la Escuela Florestan Fernandes. Entre sus principales obras podemos enumerar *O Brasil e o capital-imperialismo: Teoria e história* (2010); *Reflexões im-pertinentes: história e capitalismo contemporâneo* (2005) e *História do Brasil recente: 1964-1992* (1994, con Sonia de Mendonça). Autora de trabajos pioneros sobre la dinámica de la acumulación capitalista, considerados como referencia en los estudios marxistas, Virgínia Fontes también contribuyó en la transformación de los términos

del debate sobre el papel contemporáneo del imperialismo. A partir del análisis de los procesos expropiatorios, la autora reelaboró la teoría del desarrollo capitalista, demostrando que no es posible pensar en los términos de una acumulación normalizada, basada en el contrato entre capital y trabajo. Ese proceso, al contrario, es descrito por Fontes como permeado por actos violentos de pillaje, fraude y robo. Según la autora, expropiaciones masivas (del acceso a la tierra, de derechos, de elementos de la naturaleza) se vuelven condición, medio y resultado de la propia acumulación del capital. Tal reflexión le permitió intervenir en el debate sobre desarrollo y dependencia a través de su concepto de "capital-imperialismo", a partir del cual investigó la expansión del capitalismo en una nueva escala, la del consorcio entre capitales concentrados y competitivos. Desde un punto de vista macrosociológico, ese análisis abrió una nueva perspectiva para correlacionar la teoría del valor, la lucha de clases y la organización estatal de la dominación contemporánea. Desde un punto de vista micro y mesosociológico, ha proporcionado investigaciones sobre el papel de las entidades empresariales en la sociedad civil y en el Estado brasileño.

IGNACIO RANGEL (1914-1994)

Nació en Mirador, Maranhão, y se formó en derecho en la Facultad de São Luís. Se mudó luego a Río de Janeiro, donde hizo carrera como economista (de formación autodidacta). Se desempeñó en el grupo de asesoramiento económico de Getúlio Vargas en la década del cincuenta, colaborando en los proyectos de Petrobras y de Eletrobras. En la misma década, fue jefe del Departamento Económico del Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE). También integró los equipos del Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), volviéndose, junto a sus colegas del ISEB y a Celso Furtado, uno de los principales intelectuales del proyecto nacional de desarrollo económico brasileño. De su producción de ese período, se destacan *A dualidade básica de la economía brasileira* (1957) y *A inflação brasileira* (1963). Luego de su jubilación anticipada en 1976 —ya que después del golpe de 1964 su salud se debilita—, publica tres colecciones de ensayos: *Recursos ociosos e política econômica* (1980), *Ciclo, tecnologia e crescimento* (1982) y *Economía brasileira contemporânea* (1987). Vale destacar además que las columnas publicadas por Rangel en el inicio de los años sesenta en el diario Última *Hora*, de Río de Janeiro, fueron reunidas en el libro *Do ponto de vista nacional* (1993). Rechazando una visión unilateral de los fenómenos económicos, que según el autor deberían ser entendidos al interior de una totalidad histórico-social específica, Rangel procura localizar la especificidad de la sociedad brasileña a través de su dualidad básica, conformada por un sector capitalista y otro pre-capitalista.

Sin embargo, el punto fundamental de su análisis no es únicamente indicar la coexistencia entre diferentes etapas del desarrollo económico dentro de la sociedad brasileña, sino también investigar cómo actúan unas sobre otras y entran en conflicto, imponiendo una dinámica específica al sistema económico. En otras palabras, Rangel procura ver los sectores pre-capitalistas y capitalistas de la economía brasileña —su dualidad básica— como una unidad dialéctica, que se expresaría en el conjunto de la sociedad.

JACOB GORENDER (1923-2013)

Nació en Salvador, en 1923, en una familia de inmigrantes judíos ucranianos. Se formó en la Facultad de Derecho de Bahía, donde en 1942 comenzó su militancia comunista, aunque no concluyó la carrera. Luego de retornar del frente de la Segunda Guerra Mundial, donde sirvió en la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB), pasó a desempeñarse en el Partido Comunista Brasileño (PCB), ocupando importantes cargos directivos. En los primeros años del régimen militar, en virtud de sus discordancias con la orientación prestista (es decir, favorable a Luís Carlos Prestes), Gorender y su grupo más orientado a la izquierda en el interior del PCB fueron expulsados, lo que resultó en la fundación del Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR) en 1968. Fuertemente reprimidos, varios miembros del PCBR son encarcelados, incluyendo al propio Gorender. Al salir de la prisión en 1971, continúa con sus reflexiones sobre la formación de la sociedad brasileña, y publica en 1978 *O escravismo colonial*. En ese libro se propone superar la polémica que entonces dividía a parte de las Ciencias Sociales y del debate de la izquierda en Brasil, acerca de si el pasado colonial fue feudal o capitalista, al defender la tesis del carácter colonial esclavista del pasado brasileño, visto como un modo de producción específico y como base de la acumulación originaria del capitalismo en Brasil. Publicó además *Gênese e desenvolvimento do capitalismo no campo brasileiro* (1987), *A burguesia brasileira* (1981) y *Marxismo sem utopia* (1999). A pesar de su trayectoria al margen de las instituciones académicas de enseñanza e investigación, su producción intelectual fue reconocida, por lo que se desempeñó en los años noventa como profesor visitante en el Instituto de Estudios Avanzados de la USP y en la pos-graduación del Departamento de Historia, que le concedió en 1996 el título de "Especialista de Notorio Saber".

FRANCISCO DE OLIVEIRA (1933)

Nació en Recife y se graduó en Ciencias Sociales en 1956 en la Universidad de Recife, actual Universidad Federal de Pernambuco. Al poco tiempo comenzó a trabajar en el Banco del Nordeste (1956-1957)

como técnico en desarrollo económico y, posteriormente, en la Superintendencia de Desarrollo del Nordeste (Sudene) (1959-1964), recién creada por el ex-presidente Juscelino Kubitschek, donde tuvo una actuación destacada, junto con Celso Furtado. Fue encarcelado por el golpe de 1964 y pasó tres años en Guatemala y en México trabajando en misiones internacionales del BID y de las Naciones Unidas, con estadías intermitentes en Río de Janeiro y San Pablo. Invitado por Octavio Ianni en los setenta para participar de un proyecto del CEBRAP sobre planeamiento nacional, acabó por instalarse en la capital paulista. *Chico* de Oliveira, tal como es conocido, tuvo una actuación destacada y prolongada en el CEBRAP, hasta 1995. En el seno de los debates sobre la realidad social brasileña, se volvió una figura pública bastante conocida por sus intervenciones incisivas y certeras. Su ensayo *Crítica* à *razão dualista,* de 1972, tuvo una repercusión impresionante al agitar el debate intelectual brasileño sobre el subdesarrollo con una visión dual sobre lo arcaico y lo moderno. Participó de la fundación del Partido de los Trabajadores (PT) en 1980 e integró el año siguiente la primera dirección ejecutiva de la Fundación Wilson Pinheiro, instituida por el directorio nacional del partido como uno de sus principales instrumentos de formación política hasta el inicio de los años noventa. En 1988 ingresó en el Departamento de Sociología de la USP, y en 1995 fundó, con otros colegas de universidad, el Centro de Estudios de los Derechos de la Ciudadanía (CENEDIC). En 2003 se desvincula del PT. Preocupado por pensar críticamente la formación de Brasil como periferia capitalista, insistió en la importancia de las dimensiones regionales internas para pensar un país continental, tal como quedó plasmado en su obra *Elegia para uma re(li)gião* (San Pablo: Paz e Terra, 1977). Del mismo modo, sugirió la metáfora del ornitorrinco, animal *sui generis*, mezcla de pájaro, réptil y mamífero, en su libro *O ornitorrinco* (San Pablo: Boitempo, 2003), para considerar el tipo de capitalismo existente en Brasil que, con todas sus contradicciones e imperfecciones, lleva los rumbos nacionales a un callejón sin salida. *Brasil: uma biografia não autorizada* (San Pablo: Boitempo, 2018) es su libro más reciente en el que, dialogando con su producción previa, aporta nuevos elementos coyunturales para entender la crisis actual del país.

JOSÉ MAURICIO DOMINGUES (1960)

Nació en Río de Janeiro y se graduó en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro (PUC-RJ) en 1985. Concluyó su maestría en el Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro (IUPERJ) con la tesis "Leituras no grande livro de la América" en 1989, y su doctorado en la London School of Economics and Political

Science (LSE) con la tesis "Sociological Theory and Collective Subjectivity" en 1993. Dio clases en la PUC-RJ, en la LSE, en el Instituto de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad Federal de Río de Janeiro (IFCS-UFRJ), en el IUPERJ —del cual fue director ejecutivo— y finalmente en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IESP-UERJ). En 2018 recibió el premio Annelise Maier de la Fundación Alexander von Humboldt, del Ministerio de Educación de Alemania. Entre sus principales obras podemos listar *Sociological Theory and Collective Subjectivity* (1995), *Subjetividade coletiva, criatividade social e a modernidade brasileira contemporânea* (1999, versión en inglés: 2000), *Interpretando a modernidade* (2002, versión en inglés: 2006), *Do ocidente à modernidade: intelectuais e mudança social* (2003), *Ensaios de sociología* (2004), *Latin America and Contemporary Modernity: A Sociological Interpretation* (2008, versión en portugués: 2009, traducción al español: 2009), *Teoria crítica e (semi)periferia* (2013), *Desarrollo, periferia e semiperiferia na terceira fase da modernidade global* (2012), *Global Modernity, Development, and Contemporary Civilization: Towards a Renewal of Critical Theory* (2012, versión en portugués: 2013), *Emancipation and History: The Return of Social Theory* (2017, versión en portugués: 2018), *Critical Theory and Contemporary Modernity* (en prensa). Autor de una vasta obra en el área de la teoría sociológica, la teoría social y la teoría crítica sobre la modernidad, América Latina y la globalización, Domingues articuló una teoría de la subjetividad colectiva, así como una visión propia de la modernidad global y de la teoría crítica, que define como "ecuménica". Brasil también figura con prominencia en sus estudios, incluyendo su trayectoria política. Escribe regularmente para la prensa y para sitios web brasileños e internacionales.

CAIO PRADO JUNIOR (1907-1990)

Nació en San Pablo, en el interior de unas de las más importantes familias de la burguesía cafetera paulista. Se graduó en Derecho en 1928 en la Facultad de Derecho del Largo de São Francisco. En la década siguiente, aunque no concluyó las carreras, frecuentó las disciplinas de Historia y Geografía en la recién creada Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo (USP), entrando en contacto con los profesores de la misión francesa que daría clases en los inicios de la vida universitaria en San Pablo. En 1934, fue uno de los fundadores de la Asociación de Geógrafos Brasileños (AGB). Militante comunista, fue vice-presidente de la sección paulista de la ANL en 1935, y en los años cuarenta fue electo diputado estatal y fue líder de la bancada del Partido Comunista en la Asamblea Legislativa de San Pablo. También tuvo una destacada actuación en la actividad

editorial, tal como lo demuestra la creación de la editorial Brasiliense (1943) y de la *Revista Brasiliense* (1955-1964), importantes foros de discusión cultural y política de la izquierda en el país. Entre sus principales obras, podemos mencionar *Evolução política do Brasil* (1933), *Formação do Brasil contemporâneo: colônia* (1942), *A revolução brasileira* (1966) y *A questão agrária no Brasil* (1979). A pesar de su vinculación al PCB, su forma de entender el marxismo como método —y no como modelo rápidamente aplicable a cualquier sociedad— lo llevó a entrar en conflicto con las tesis sobre el país dominantes en el partido. En vez de localizar el proceso histórico de la sociedad brasileña en la transición del feudalismo al capitalismo, el autor señala cómo Brasil se encuentra ligado, desde el inicio de la colonización, a la expansión global del capitalismo, incluso cuando la sociedad estuviese dotada de particularidades que merecen ser investigadas. Entre estas, señala el surgimiento de un sector "orgánico", ligado directamente al "sentido de la colonización" —la producción a gran escala de mercaderías para los mercados externos— y de un vasto sector "inorgánico", los cuales representan un obstáculo para la formación de la nación y la superación del orden colonial.

MOACIR PALMEIRA (1942)

Nació en el Estado de Alagoas. Se graduó en Ciencias Políticas y Sociales en 1964 en la primera promoción de la Escuela de Sociología y Política de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, habiendo realizado de 1962 a 1963 una especialización en Ciencias Sociales en la Universidad Federal de Bahía. Obtuvo su título de doctor en Sociología en 1971 con la tesis "Latifundium et capitalisme au Brésil: lecture critique d'un débat" en la Universidad París V (René Descartes), en Francia, que se volvería un clásico en la discusión sobre la cuestión agraria en Brasil. Actualmente es profesor titular del Departamento de Antropología del Museo Nacional de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Fuera de la Universidad, tuvo una importante actuación como asesor de la Confederación Nacional de Trabajadores en la Agricultura (CONTAG) entre 1978 y 1989 y fue director de Recursos Agrarios del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (entre 1985 y 1986). Con importantes contribuciones en las áreas de estudios campesinos, cuestión agraria y antropología de la política, los trabajos de Moacir Palmeira son reconocidos por el tratamiento analítico riguroso de los datos empíricos. Entre ellos, se destacan: "Casa e trabalho: nota sobre as relações sociais na plantation tradicional" (*Contraponto*, V. 2, Nº 2, 1977); "Modernização, Estado e questão agrária" (*Estudos Avançados*, V. 3, Nº 7, 1989); "Impacto dos assentamentos: um estudo sobre o meio rural brasileiro" (escrito con

Sergio Leite, Beatriz Heredia, Leonilde Medeiros y Rosângela Cintrão; Brasilia: NEAD, San Pablo: UNESP, 2004); "Política ambígua" (escrito con Beatriz Heredia; Río de Janeiro: Relume Dumará, 2010). Si es posible identificar un tema principal en su obra, tal vez sea el de la política. Desde su tesis de doctorado, donde investiga los límites de los presupuestos compartidos tanto por los defensores de las tesis feudalista como capitalista en la discusión sobre las relaciones sociales en la agricultura, pasando por las discusiones sobre campesinado y movimientos sociales, hasta más recientemente en las investigaciones sobre el "tiempo de la política" y las elecciones en pequeñas comunidades, Palmeira busca reconstituir las más diversas manifestaciones políticas o de la política y captar las acepciones que se inmiscuyen en ellas. Entendida en esos términos, la "política", aunque emerja más fuertemente en momentos específicos de la vida social, es constitutiva y no tangencial a las relaciones entre individuos y grupos sociales, operando como un mecanismo fundamental en la socialización de visiones del mundo y orientaciones de las conductas, así como en la configuración de conflictos sociales.

MARIA ISAURA PEREIRA DE QUEIROZ (1918)

Pionera entre las mujeres en la enseñanza e investigación en las Ciencias Sociales institucionalizadas en Brasil, es autora de una extensa producción sobre los más diversos temas, tales como mesianismo, caciquismo local, *cangaço*, cultura brasileña, entre otros. Hija de una familia tradicional, sus padres eran descendientes de hacendados del café (los Queiroz Telles y los Pereira de Queiroz) del Valle de Paraíba y del Oeste paulista. En 1946, ingresó en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras (FFCL) de la USP, y se graduó en 1949. En 1951 fue nombrada asistente de la cátedra de Sociología I de la FFCL de la misma universidad, año en que también ingresó en la École Pratique de Hautes Études, donde obtuvo su doctorado, en 1955, con la tesis "La 'Guerre Sainte' au Brésil: le mouvement messianique du 'Contestado'". Algunos años después, en 1958, se trasladó a la cátedra de Sociología II. En 1963 pasó a ser profesora libre-docente con la tesis "O Messianismo no Brasil e no mundo". En 1973 pasó al cargo de profesora adjunta de la FFCL de la USP. A lo largo de su trayectoria académica, Queiroz circuló internacionalmente por universidades de Francia, Canadá, Senegal, Suiza, Italia y Bélgica. Fue reconocida por el Premio Jabuti en 1966, entre otros, y desde 1990 es profesora emérita de la Universidad de San Pablo. Entre sus principales trabajos destacamos: "O Messianismo no Brasil e no mundo" (1963 [San Pablo: Alfa Omega, 1976, 2ª ed.]), "O campesinato brasileiro. Ensaios sobre civilização e grupos rústicos no Brasil" (Petrópolis: Vozes, 1973, 1ª ed.),

"O coronelismo numa interpretação sociológica" ("O Brasil Republicano", Tomo III de la *Historia de la Civilização Brasileira*, San Pablo: Difel, 1975, 1ª ed.), "O mandonismo local na vida política brasileira e outros ensaios" (San Pablo: Alfa-Omega, 1976, 1ª ed.) y "Cultura, sociedade rural, sociedade urbana no Brasil" (San Pablo: EDUSP, 1978, 1ª ed.). Uniendo estudios monográficos a una perspectiva teórica más amplia de los procesos sociales, Queiroz abordó sus trabajos buscando comprender los mecanismos de cambio y conservación de diversas estructuras de la sociedad brasileña. Los tan diferentes objetos empíricos a los cuales la socióloga paulista se viene dedicando demuestran cómo el estudio de la transición de lo rural a lo urbano, el gran tema de su obra, no se deja abarcar por un único camino de investigación. Esta postura se revela en el presupuesto fundamental de que la sociedad está en constante movimiento, rehaciéndose a partir de procesos que articulan sucesivamente lo tradicional y lo moderno, lo antiguo y lo nuevo.

LUIZ ANTONIO MACHADO DA SILVA (1941)

Nació en Río de Janeiro y se graduó en Sociología y Política en la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Río de Janeiro en 1964, habiendo hecho una especialización en Ciencias Sociales en la Universidad Federal de Bahía en 1963. Concluyó la maestría en el Programa de Pos-graduación en Antropología Social (PPGAS) del Museo Nacional en 1971 con una disertación titulada "Mercados metropolitanos de trabalho manual e marginalidade". Se doctoró en Sociología en 1979 en Rutgers, en la Universidad Estatal de Nueva Jersey, con la tesis "Lower Class Life Strategies: A Case Study of Working Families in Recife's (Brazil) Metropolitan Area". Machado, como es más conocido, pasó a integrar el equipo docente del antiguo IUPERJ en 1973, permaneciendo desde 2010 como profesor del IESP-UERJ, su institución sucesora. También fue profesor del Departamento de Sociología del Instituto de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad Federal de Río de Janeiro de 1986 a 2011. Autor de varios textos pioneros en la sociología brasileña, una de las características de sus trabajos es la combinación entre investigación etnográfica y análisis sociológico de amplio alcance. En sus primeros textos, por ejemplo, discute las teorías sobre marginalidad partiendo de la descripción detallada de las formas concretas de trabajo y de la concepción de los propios trabajadores sobre sus actividades. Machado también investigó las formas de organización social y política en las favelas, y su artículo "A política na Favela", publicado por primera vez en 1967, se volvió un clásico sobre el tema. Más recientemente viene trabajando sobre el tema de la violencia urbana, por el cual es más conocido hoy en día.

Propone el concepto de "sociabilidad violenta" para el tratamiento de esa cuestión, cuya relevancia no es solo sociológica, sino también política. Este tema lo lleva a participar activamente del debate público.

ROBERTO CARDOSO DE OLIVEIRA (1928-2016)

Nació en San Pablo, donde se graduó en Filosofía en la Universidad de San Pablo (USP) en 1953. Influenciado por Darcy Ribeiro, acabó migrando hacia la Antropología, siendo uno de los principales artífices de la institucionalización de esta disciplina en Brasil. En 1954 comienza a trabajar en el Museo del Indio / Servicio de Protección al Indio (SPI), pasando posteriormente por el Centro Brasileño de Investigaciones Educativas (CBPE) entre 1957 y 1958, por el Museo Nacional y por el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS) entre 1958 y 1972, por el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Brasilia (UnB) entre 1972 y 1985 y por el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Unicamp entre 1986 y 1994. Su primer trabajo de campo en los años cincuenta sobre los indios Terêna resultó en 1960 en la publicación de su primer libro, *O Processo de Assimilação dos Terêna*. Distanciándose de la perspectiva culturalista dominante en la etnología brasileña, valorizó la perspectiva conflictiva del contacto. Consolidando este enfoque, introdujo el concepto de "fricción interétnica" en uno de sus más emblemáticos libros, *O índio e o mundo dos brancos*, publicado en 1964. Dos años después, defendió su tesis de doctorado en la USP bajo la orientación de Florestan Fernandes, en la cual examinó el proceso de urbanización de los Terêna. Autor de quince libros y más de un centenar de artículos, Roberto Cardoso de Oliveira contribuyó de manera significativa a estrechar los lazos entre el pensamiento crítico brasileño y el del resto de América Latina, participando activamente con el mexicano Rodolfo Stavenhagen del nacimiento del debate sobre el "colonialismo interno". En vez de insistir en la "especificidad de los indios brasileños", considerados como más "primitivos" que los de otros países de la región, Cardoso de Oliveira los encuadró dentro de la estructura de clase de la sociedad brasileña. Del mismo modo, el autor también contribuyó de manera significativa al debate sobre la relación entre Epistemología y Antropología, así como a la incidencia política de corte indigenista, sobre todo en lo relativo a la intervención del Estado en áreas indígenas.

CARLOS HASENBALG (1942-2014)

Nació en Buenos Aires, y se graduó en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 1965. Formó parte de una de las primeras generaciones en cursar un posgrado en la Facultad

Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Chile, entonces dirigida por su futuro colega de trabajo, Glaucio Ary Dillon Soares. En 1968, fue invitado a integrar el equipo de profesores que luego fundaría la Pos-graduación en Sociología del Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro (IUPERJ), actual Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IESP-UERJ). Entre 1970 y 1978, dividió sus tareas de investigación y docencia en el IUPERJ con su doctorado en la Universidad de California, Berkeley. Bajo la orientación de Robert Blauner, Hasenbalg elaboró una de sus obras más relevantes, *Race Relations in Post-Abolition Brazil: The Smooth Preservation of Racial Inequalities*, publicada en portugués el año siguiente bajo el título *Discriminação e desigualdades raciais no Brasil* (Río de Janeiro: Graal, 1979; reeditada en Río de Janeiro: EdUFMG/IUPERJ, 2005). En sus casi cuarenta años en el IUPERJ, Hasenbalg publicó algunos libros y decenas de artículos científicos sobre los mecanismos discriminatorios de reproducción de las desigualdades raciales en Brasil, la mayoría de ellos en coautoría con su amigo y colega de instituto, Nelson do Valle Silva. Ambos fueron impulsores del Centro de Estudios Afro-Asiáticos, núcleo de investigación responsable de la edición de la revista *Estudos Afro-Asiáticos*. Entre sus obras, podemos citar *Lugar de negro* (1982, con Lélia Gonzalez), *Cor e estratificação social* (1999, con Nelson do Valle Silva y Marcia Lima) y *Origens e destinos* (2003, con Nelson do Valle Silva). Su principal contribución al pensamiento crítico brasileño y latinoamericano reside en la utilización de técnicas y datos estadísticos robustos para mensurar la desigualdad de oportunidades entre brancos y negros en Brasil, y así dimensionar los efectos del racismo en la estructura de clases en el país. Sus conclusiones y análisis colocaron en jaque tanto a los autores que negaban la existencia de racismo en Brasil —sobre todo a los seguidores de la obra de Gilberto Freyre—, como así también a la perspectiva teórica originada en la obra de Florestan Fernandes, que reconocía la existencia de preconcepto racial en el país, pero lo consideraba una reminiscencia pre-moderna que sería naturalmente superada por la modernización del país. De este modo, la obra de Hasenbalg contribuyó también a la denuncia del racismo en Brasil y a la reorganización del movimiento negro a fin de los años setenta e inicio de los ochenta.

LÉLIA GONZALEZ (1935-1994)

Nació en Belo Horizonte, en el seno de una enorme familia de trabajadores, de padre ferroviario y madre empleada doméstica. Al mudarse a Río de Janeiro para acompañar a su hermano, un jugador de fútbol de relativo éxito, Lélia estudió Historia y Filosofía en la entonces

Universidad del Estado de Guanabara (actual Universidad Federal de Río de Janeiro), e inició su carrera de profesora de nivel secundario. Posteriormente, sería profesora universitaria en la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ) y, principalmente, en la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Río. A fines de la década del setenta, Lélia Gonzalez se involucra en la reorganización de acciones colectivas del renaciente movimiento negro, siendo una de las impulsoras del Movimiento Negro Unificado (MNU), que se volvería una de las más importantes organizaciones antirracistas de los años ochenta. Es en ese período de militancia que ella produce sus primeros escritos, entre los cuales merecen destacarse *Lugar de negro* (1982, con Carlos Hasenbalg), *A mulher negra na sociedade brasileira* (1982), *Racismo e sexismo na cultura brasileira* (1983), *A categoria político-cultural de amefricanidade* (1988) entre otros. En su militancia intelectual, Lélia se destacó por el intercambio con diferentes activistas y pensadores antirracistas y feministas de América Latina y de África, lo que le hizo acuñar la noción de "amefricanidad", una referencia a la unidad de la lucha antirracista en lo que años después sería llamado el "Atlántico Negro". Sus escritos versan sobre la interacción entre raza y género, siendo precursora de aquello que posteriormente sería señalado por la noción de interseccionalidad. Dentro de ellos, se destacan las reflexiones en torno del proceso existencial de volverse una mujer negra en un país patriarcal como Brasil, donde el mito de la democracia racial y la apología del mestizaje imponen contradicciones y ambivalencias a tal condición. En ese sentido, elaboró de manera pionera una concepción existencialista de la negritud, atenta al papel del sexismo y del racismo en la producción de un "lugar" social particular y en un contexto nacional "neurótico", que produce prácticas discriminatorias a través de un discurso patriótico supuestamente anti-racial.

HELEIETH SAFFIOTI (1934-2010)

Nació en Ibirá, en el interior del Estado de San Pablo, y se graduó en Ciencias Sociales en la Universidad de San Pablo en 1960. Marxista autodidacta, comenzó luego de la graduación a dar clases en la UNESP y a investigar sobre la condición de las mujeres en Brasil, analizando a las profesoras primarias y a las obreras de la industria textil. En 1964, fue aceptada por Florestan Fernandes para realizar su doctorado, tras lo cual presentó el trabajo "A mulher na sociedade de classes" como libre-docente en la UNESP en 1967. Publicado como libro en 1969, con prefacio de Antônio Candido, este se transformó en una referencia pionera en los estudios de género en Brasil, y fue fuertemente influyente en el feminismo. Al imbricar los problemas de las

mujeres con los de la sociedad en general, analizó de manera minuciosa las relaciones entre la posición de las mujeres y el capitalismo, la evolución de la condición de la mujer en el país y la emancipación femenina. Sus siguientes investigaciones continuarían explorando la relación entre capitalismo, patriarcado y racismo, vinculando clase, género y raza, tal como lo ha expresado en los libros *Emprego doméstico e capitalismo* (Río de Janeiro: Vozes, 1978), *Do artesanal ao industrial: a exploração de la mulher* (San Pablo: Hucitec, 1981), *Mulher brasileira: opressão e dominação* (Río de Janeiro: Achiamé, 1984) y *O poder do macho* (San Pablo: Moderna, 1987). Entre 1988 y 2006 también fue profesora de la PUC de San Pablo y se destacó en ese período por sus investigaciones sobre violencia de género, tema sobre el cual publicó decenas de artículos y los libros *Violência de gênero: poder e impotência* (Río de Janeiro: Revinter, 1995) y *Gênero, patriarcado e violência* (San Pablo: Perseu Abramo, 2004). El trabajo de Saffioti tuvo influencia sobre políticas públicas a nivel local y nacional y continúa siendo de inspiración para colectivos y movimientos feministas brasileños.

WANDERLEY GUILHERME DOS SANTOS (1935)

Nació en Río de Janeiro y se graduó en Filosofía en la Universidad de Brasil (actual UFRJ) en 1958. Fue jefe del departamento de Filosofía del Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), vinculado al Ministerio de Cultura desde 1961 hasta 1964, cuando este fue cerrado por el golpe militar. Junto a otros colegas del Instituto, como Cândido Mendes y Hélio Jaguaribe, fundó en 1965 el antiguo Instituto Universitario de Investigaciones de Río de Janeiro (IUPERJ, actual IESP-UERJ). Realizó su doctorado en la Universidad de Stanford, en 1979, con la tesis "Impass and Crisis in Brazilian Politics". Fue también profesor de Teoría Política del antiguo departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Federal de Río de Janeiro y hoy es profesor del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad de Río de Janeiro (IESP-UERJ). Entre sus principales obras, podemos mencionar: *Quem dará o golpe no Brasil* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1961), *Reforma contra reforma* (Río de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1963), *Ordem burguesa e liberalismo polític*o (San Pablo: Duas Cidades, 1978), *Poder e política: crônica do autoritarismo brasileiro* (Río de Janeiro: Forense, 1978), *Cidadania e justiça* (Río de Janeiro: Campus, 1979), *Sessenta e quatro: anatomia de la crise* (San Pablo: Vértice, 1986), *Crise e castigo: partidos e generais na política brasileira* (Río de Janeiro: IUPERJ, 1987); *Paradoxos do liberalismo: teoria e história* (Río de Janeiro: Vértice, 1988); *O cálculo do conflito: estabilidade e crise na política brasileira* (Río de Janeiro: IUPERJ/UFMG, 2003), *Horizonte do desejo: instabilidade, fracasso coletivo e*

inércia social (Río de Janeiro: FGV, 2006), *O ex-Leviatã brasileiro: do voto disperso ao clientelismo concentrado* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006), *Governabilidade e democracia natural* (Río de Janeiro: FGV, 2007), *A democracia impedida: o Brasil no século XXI* (Río de Janeiro: FGV, 2017), entre otros. Desempeñándose en diversas áreas, Wanderley Guilherme dos Santos se destacó mayormente por sus investigaciones pioneras sobre ciencia política brasileña, que versan sobre teoría política, pensamiento político, instituciones, democracia, competición política y análisis de coyuntura.

EDER SADER (1941-1988)

Nacido en San Pablo, se formó en Ciencias Sociales en la USP. Siempre concilió sus actividades académicas con la militancia política, iniciada como adolescente en el movimiento estudiantil. Con 20 años y como estudiante de grado, fue uno de los fundadores, en 1961, de la Organización Marxista Revolucionaria Política Obrera (POLOP), de la cual también participaron Ruy Mauro Marini, Vânia Bambirra, Michael Löwy y Theotônio dos Santos, entre otros. Con el golpe militar de 1964, Sader comenzó a vivir en la clandestinidad. Luego de varios años de resistencia, se exilió en Chile en 1970, donde se desempeñó como profesor tanto en la PUC de Chile como en la Universidad de Concepción y se involucró en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Con el golpe de Pinochet en 1973 partió hacia París. Residió en Francia entre 1973 y 1979, desempeñándose como docente en la Universidad de París VIII y como activo militante internacionalista. En ese contexto, Eder Sader vivenció no solamente la oscuridad del autoritarismo, sino también la emergencia de una nueva izquierda en Europa y en el mundo. Su retorno a Brasil a finales de los años setenta coincidió con el apogeo de las luchas sociales contra el régimen militar y con la reorganización de los movimientos sociales populares. Así, el investigador-militante se insertó ampliamente en los debates intelectuales y políticos del Brasil y de la América Latina del momento, participando de la etapa inicial de nacimiento del Partido de los Trabajadores (PT) en San Pablo. También editó la *Revista Desvios*, vehículo importante en la divulgación del debate sobre los nuevos movimientos sociales en Brasil. Tanto en su militancia como en sus escritos, Sader fue un mordaz crítico de la izquierda hegemónica en Brasil, principalmente en lo relativo a su carácter nacionalista, pluriclasista y vanguardista. Autor de varios textos con importante impacto en la militancia de la izquierda brasileña y latinoamericana entre los años sesenta y ochenta (algunos de ellos escritos con el seudónimo "Raul Villa"), Sader publicó en 1982 el libro *Um rumor de botas,* sobre el golpe militar en Brasil y en

Chile. Su libro *Quando novos personagens entraram em cena,* publicado en 1988 luego de la prematura muerte de Sader, fue su trabajo más emblemático. Resultado de su tesis de doctorado defendida un año antes, se trata de una referencia seminal para el entendimiento de la emergencia de los "nuevos" movimientos populares en Brasil durante las décadas del setenta y ochenta. Más allá de eso, en *Novos Personagens* encontramos también una de las mejores lecturas sociales de la redemocratización política de Brasil.

ANA MARIA DOIMO

Se graduó en Ciencias Sociales en 1975 en la UNESP y realizó la maestría en Antropología Social en la Universidad Estatal de Campinas, bajo la orientación de Carlos Rodrigues Brandão, con el trabajo "Movimento social urbano, Igreja e participação popular". En 1993 defendió en la Universidad de San Pablo su tesis de doctorado en Ciencia Política, bajo la orientación de Ruth Cardoso, titulada "Movimento Popular no Brasil pós-70". Durante su carrera académica, fue profesora de la Universidad Federal de Espírito Santo entre 1977 y 1997, desempeñando múltiples actividades de enseñanza, investigación, extensión y administración, además de involucrarse en el movimiento docente por la democratización de la universidad. Entre 1997 y 1999 fue profesora visitante en la Universidad del Estado de Río de Janeiro, pasando a desempeñarse a partir de 2001 como profesora de la Universidad Federal de Minas Gerais. Reivindicó y practicó la investigación participante, concepción y método que tanto contribuirían al pensamiento crítico brasileño (y latinoamericano) al problematizar la relación entre sujeto y objeto y entre teoría y práctica, resaltando la importancia del involucramiento y del compromiso con los movimientos populares. Participó desde la primera edición del Grupo de Trabajo de Movimientos Sociales Urbanos de la Asociación Nacional de Pos-Graduación e Investigación em Ciencias Sociales (Anpocs) en 1979, y fue coordinadora del mismo a mediados de los noventa. Su disertación de maestría fue publicada como libro por la editorial Vozes en 1984 y su tesis de doctorado por la editorial Relume-Dumará en 1995, bajo el título *A vez e a voz do popular: movimentos sociais e participação política no Brasil pós-70.* Este libro se transformó en una de las principales referencias en el estudio de los movimientos sociales en el Brasil contemporáneo al combinar una rica narrativa empírica sobre la ascensión y la crisis de los movimientos populares en el país entre las décadas del setenta y del noventa con la propuesta teórico-metodológica de encuadrarlos como "campos ético-políticos". Iniciativas diversas y a veces fragmentadas de movimientos comunitarios y de base fueron interpretadas, así, a partir de su substrato común de

acción y de lenguaje (modelados por la educación popular, la comunicación popular, las dinámicas colectivas, la investigación participante y la iglesia popular), posibilitando una mirada amplia hacia las luchas de nuestro tiempo y su inteligibilidad.

EVELINA DAGNINO

Se graduó en Periodismo en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul en 1966. Realizó dos maestrías, ambas en Ciencia Política. La primera en la Universidad Federal de Minas Gerais, concluida en 1970 con una disertación dirigida por Antonio Octávio Cintra sobre la relación entre valores y sistema político; la segunda en 1975 en la Universidad de Stanford en los Estados Unidos, donde también defendió su tesis de doctorado diez años después, dirigida por Richard Fagen, sobre el nacionalismo y la producción ideológica del Estado en los años treinta y cuarenta. Fue profesora visitante en varias universidades del exterior y posee una activa presencia en comités e instituciones internacionales. A contracorriente de visiones institucionalistas y formalistas sobre la "(re)construcción democrática" en Brasil y en América Latina, Dagnino lidera a partir de los años noventa una agenda de investigación colectiva que amplía el alcance del debate sobre el tema, refinándolo al reposicionar la cuestión de los sujetos de la democratización, las relaciones entre Estado y sociedad y las articulaciones entre cultura y política. En esta línea, se destacan los libros *Os Anos 90: política e sociedade no Brasil* (San Pablo: Brasiliense, 1994), *Cultura e política nos movimentos sociais latino-americanos* (editado con Sonia Álvarez y Arturo Escobar, 1a edición publicada en inglés en 1998; versión brasileña publicada dos años después por la Editorial de la UFMG), *Sociedade civil e espaços públicos no Brasil* (San Pablo: Paz e Terra, 2002), *A disputa pela construção democrática na América Latina* (editado con Alberto Olvera y Aldo Panfichi, publicado simultáneamente en portugués por la editorial Paz e Terra y en español por el Fondo de Cultura Económica, 2006). Sus investigaciones contribuyeron a elucidar el carácter ambiguo, contradictorio y complejo de la política latinoamericana contemporánea, así como las nuevas formas de articulación entre capitalismo y democracia en la actualidad. Tanto en el plano teórico como en el empírico, Dagnino enfatizó el desplazamiento de sentidos de actores, agendas y proyectos políticos a partir de los años noventa, así como la "confluencia perversa" entre el proyecto neoliberal y el proyecto democrático.

SOBRE LOS EDITORES

BRENO BRINGEL

Sociólogo y politólogo hispano-brasileño. Realizó estudios de grado, especialización, maestría y doctorado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, donde también fue profesor por tres años. En España se involucró en el movimiento estudiantil, en luchas urbanas, en el movimiento antiglobalización y en comités y redes internacionalistas con movimientos latinoamericanos. En el inicio de 2011 fue nombrado profesor del Instituto de Estudios Sociales y Políticos (IESP) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), donde coordina, con José Maurício Domingues, el Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina (NETSAL). En los últimos diez años fue investigador/profesor visitante en diversas universidades de la Argentina, Brasil, Chile, España, Francia, Portugal, Suiza, Reino Unido y Uruguay. En 2015 fue nombrado *directeur d'études associé* por la Fundación Maison des Sciences de l'Homme de París. Participa de iniciativas de investigación militante y de proyectos de extensión y de formación con movimientos populares. Coordinó el Grupo de Trabajo de Movimientos Sociales de la Sociedad Brasileña de Sociología (SBS) y el Grupo de Trabajo de Teoría Social de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Actualmente, es uno de los coordinadores del Grupo de Trabajo "Investigación militante" de CLACSO y es Presidente del Research Committee on Social

Classes and Social Movements (RC-47) de la Asociación Internacional de Sociología (ISA), elegido para el período 2018-2022. Fue editor de la *Revista Dados,* una de las más antiguas e importantes de Brasil, y es editor y fundador, junto a Geoffrey Pleyers, de Open Movements, iniciativa editorial con sede en Londres, asociada a Open Democracy, que busca promover una sociología pública y global de los movimientos sociales. Sus investigaciones recientes abordan dos temas centrales: las transformaciones del activismo y de los movimientos sociales contemporáneos, y la construcción teórica y geopolítica de la sociología y del pensamiento crítico latinoamericano. Entre sus libros más recientes se encuentran *Brasil, cambio de era: crisis, protestas y ciclos políticos* (Madrid: Catarata, 2018, con José Maurício Domingues), *Protesta e indignación global* (Buenos Aires: CLACSO, 2017, con Geoffrey Pleyers) y *Global Modernity and Social Contestation* (Londres: Sage, 2015, con José Maurício Domingues).

ANTONIO BRASIL JR.
Sociólogo brasileño. Realizó su bachillerato y licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ), donde también realizó las carreras de maestría y doctorado en Sociología. Se desempeñó como profesor del Departamento de Sociología y Metodología de las Ciencias Sociales de la Universidad Federal Fluminense por dos años (2013-2015), donde también se desempeñó en el Programa de Pos-Graduación en Sociología. Desde 2015 es profesor del Departamento de Sociología y del Programa de Pos-Graduación en Sociología y Antropología de la UFRJ, desarrollando investigaciones y dirigiendo alumnos y trabajos en las áreas de Pensamiento Social en Brasil y Teoría Sociológica. Miembro de la comisión directiva de la Sociedad Brasileña de Sociología (SBS) para el período 2017-2019, y coordinador del Grupo de Trabajo "Pensamiento social en Brasil" de la SBS. Es miembro del Grupo de Trabajo "Teoría social y realidad latinoamericana" de CLACSO. Participa del equipo de investigadores de la Biblioteca Virtual del Pensamiento Social [http://bvps.fiocruz.br]. Desde 2018, integra el equipo de editores de la revista *Sociologia & Antropologia*. Es autor de *Passagens para a teoria sociológica: Florestan Fernandes e Gino Germani* (San Pablo: Hucitec; Buenos Aires: CLACSO, 2013).

COLECCIÓN **ANTOLOGÍAS DEL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO [BRASIL]**

Esta antología del pensamiento crítico brasileño, cuyo recorte temporal abarca desde mediados del siglo pasado hasta el presente, supone un esfuerzo por presentar algunos de los principales ejes y autores/as que organizaron la reflexión sobre la sociedad brasileña desde entonces.
No se trata de agotar los temas y las cuestiones que fueron emergiendo a lo largo de este tiempo, tampoco los/las autores/as más importantes o representativos/as. Semejante tarea sería siempre frustrante e incompleta. Más bien, se busca ofrecer un panorama general respecto de cómo el pensamiento crítico fue ganando, desde la década de 1950, una relativa organización e incluso cierta acumulación intelectual en el país. La variedad de períodos, autores/as y perspectivas aquí presentes no borra un rasgo relativamente común al pensamiento crítico brasileño: se trata de una reflexión históricamente orientada, que entiende que el proceso de formación de una sociedad de origen colonial y estructurada a partir de la esclavitud y de la gran propiedad rural genera efectos de larga duración en la dinámica social, haciéndose sentir hasta el presente. Presente duro, con fuertes retrocesos sociales y políticos, que hace más urgente que nunca la tarea de rescatar y actualizar el pensamiento crítico. Como decía Francisco de Oliveira en "La tarea de la crítica", "la excepción obliga a pensar excepcionalmente". Esperamos que la presente antología contribuya en esa dirección y que, al mismo tiempo, sirva para acercar más Brasil al resto de América Latina y el Caribe.

De la introducción de Breno Bringel y Antonio Brasil Jr.

Patrocinado por
Asdi
Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CLACSO
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Alberto Guerreiro Ramos
Antonio Candido
Silviano Santiago
Darcy Ribeiro
Roberto Schwarz
Luiz Werneck Vianna
Elide Rugai Bastos
Gabriel Cohn
Florestan Fernandes
Luiz de Aguiar Costa Pinto
Fernando Henrique Cardoso
Emilia Viotti da Costa
Ruy Mauro Marini
Virginia Fontes
Ignacio Rangel
Jacob Gorender
Francisco de Oliveira
José Mauricio Domingues
Caio Prado Junior
Moacir Palmeira
Maria Isaura Pereira de Queiroz
Luiz Antonio Machado da Silva
Roberto Cardoso de Oliveira
Carlos Hasenbalg
Lélia Gonzalez
Heleieth Saffioti
Wanderley Guilherme dos Santos
Eder Sader
Ana Maria Doimo
Evelina Dagnino

ISBN 978-987-722-375-0
9 789877 223750